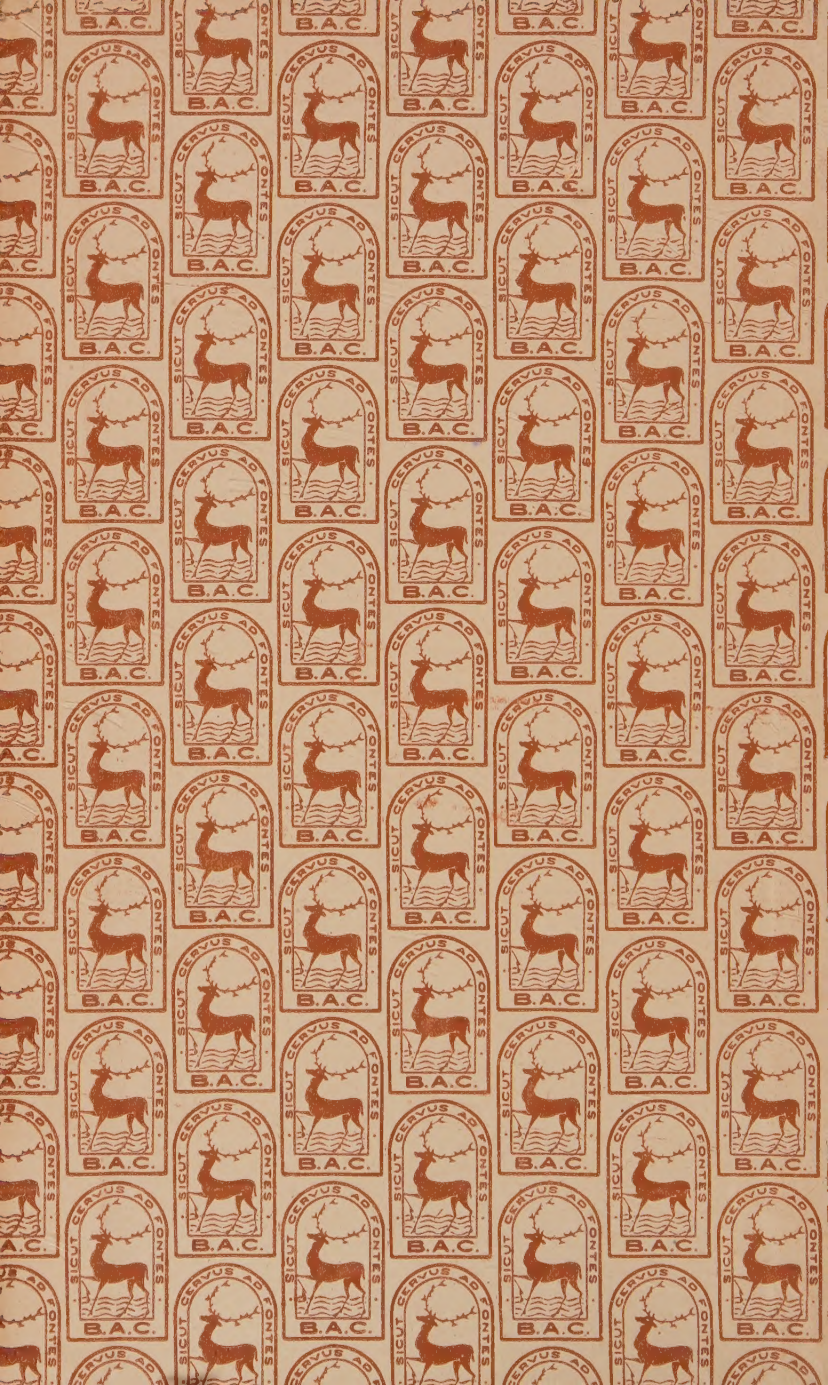
OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO

I


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISION DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACION CON LA B.A.C., ESTA INTEGRADA EN EL AÑO 1953 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TURRADO, *Rector Magnífico.*

VOCALES: R. P. Dr. Fr. AGAPITO SOBRADILLO, O. F. M. C., *Decano de la Facultad de Teología;* R. P. Dr. MARCELINO CABREROS, C. M. F., *Decano de la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. BERNARDO RINCÓN, *Decano de la Facultad de Filosofía;* R. P. Dr. JOSÉ JIMÉNEZ, C. M. F., *Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas;* R. P. Dr. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., *Catedrático de Sagrada Escritura;* R. P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Catedrático de Historia Eclesiástica.*

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—APARTADO 466
MADRID · MCMLIII

OBRAS COMPLETAS DE

SAN BERNARDO

I

Vida de San Bernardo, por el P. Pedro de Ribadeneira, S. I. Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias.

EDICIÓN ESPAÑOLA PREPARADA POR EL

RVDO. P. GREGORIO DIEZ RAMOS, O. S. B.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMLIII

NIHIL OBSTAT:
Lic. Antonio G. del Cueto,
Censor.

NIHIL OBSTAT:
Fr. Quintiliano P. Tajadura, O. S. B.
Censor.

IMPRIMATUR:
† José María,
Ob. aux. y Vic. gral.
Madrid, 23 diciembre 1953.

IMPRIMI POTEST:
† Fr. Isaac M.ª Toribios, O. S. B.
Abad de Silos.
Santo Domingo de Silos, 15 marzo 1953.

INDICE GENERAL

Págs.

PRÓLOGO ... XVII
Carta encíclica «Doctor Mellifluus» ... XXI

VIDA DE SAN BERNARDO

I ... 3
II ... 10
III ... 12
IV ... 16
V ... 18
VI ... 20
VII ... 22
VIII ... 26
IX ... 29
X ... 33
XI ... 36
XII ... 38
XIII ... 39
XIV ... 40

INDICE DE LOS ESCRITOS DE SAN BERNARDO ... 43

INTRODUCCION GENERAL A LA DOCTRINA DE SAN BERNARDO

I.—*La obra de San Bernardo* ... 47
II.—*Fuentes de la doctrina de San Bernardo* ... 54
III.—*Doctrina teológico-dogmática* ... 60
ARTÍCULO 1.—Principio, método y regla de fe ... 61
§ 1. Principios ... 62
§ 2. Método ... 62
§ 3. Regla de fe ... 63
ARTÍCULO 2.—Dios y Trinidad ... 64
§ 1. Dios ... 64
§ 2. Trinidad ... 65
ARTÍCULO 3.—Cristología ... 66
ARTÍCULO 4.—Mariología ... 67
§ 1. María, segunda Eva ... 68
§ 2. Divina maternidad ... 68
§ 3. Corredención ... 69
§ 4. Maternidad espiritual ... 70
§ 5. Dispensadora de todas las gracias ... 71
§ 6. Realeza de María ... 72
§ 7. Inmaculada Concepción ... 72
§ 8. Santidad de María ... 74
§ 9. Asunción de María ... 75
§ 10. Culto de María ... 76
ARTÍCULO 5.—Angeología ... 77
ARTÍCULO 6.—Iglesia ... 78
§ Jerarquía de la Iglesia ... 80

Págs.

ARTÍCULO 7.—Pecado original ... 81
ARTÍCULO 8.—Gracia y libre albedrío ... 82
§ 1. Gracia ... 82
§ 2. Libre albedrío ... 83
§ 3. Concordia entre la gracia y el libre albedrío ... 84
ARTÍCULO 9.—Predestinación y justificación ... 85
§ 1. Predestinación ... 86
§ 2. Justificación ... 87
ARTÍCULO 10.—Sacramentos ... 87
§ 1. Bautismo ... 87
§ 2. Eucaristía ... 88
§ 3. Penitencia ... 89
§ 4. Matrimonio ... 89
ARTÍCULO 11.—*Escatología* ... 90
IV.—*Doctrina ascético-mística* ... 92
ARTÍCULO 1.—Esquema de la ascesis bernardina ... 93
ARTÍCULO 2.—Amor carnal (primer grado) ... 96
ARTÍCULO 3.—Amor egoísta o interesado (segundo grado). 99
ARTÍCULO 4.—Amor interesado de Dios (tercer grado) ... 100
ARTÍCULO 5.—Amor puro de Dios (cuarto grado) ... 102
§ 1. Noción previa de la unión mística ... 104
§ 2. Tiempo en que se realiza esta unión ... 105
§ 3. Matrimonio místico en vida mortal ... 106
§ 4. La experiencia de San Bernardo ... 110
§ 5. Matrimonio místico en el cielo ... 110
§ 6. Doctrina de San Bernardo sobre el amor puro y el quietismo de Mme. Guyón ... 112
ARTÍCULO 6.—La gracia (primer medio) ... 113
ARTÍCULO 7.—Devoción a la Humanidad de Cristo (segundo medio) ... 114
ARTÍCULO 8.—Devoción a María (tercer medio) ... 118
ARTÍCULO 9.—Devoción a los santos (cuarto medio) ... 119
ARTÍCULO 10.—La humildad (quinto medio) ... 121
ARTÍCULO 11.—La meditación y la oración (sexto y séptimo medios) ... 123
ARTÍCULO 12.—La penitencia (octavo medio) ... 124
V.—*Influencia de la doctrina de San Bernardo* ... 125
ARTÍCULO 1.—Aportación de las obras de San Bernardo al Breviario Monástico ... 126
ARTÍCULO 2.—Difusión de las obras de San Bernardo ... 127
ARTÍCULO 3.—Plagio y citación de las obras de San Bernardo ... 129
ARTÍCULO 4.—Atribución a San Bernardo de obras apócrifas ... 130
ARTÍCULO 5.—Influencia de la doctrina de San Bernardo sobre los escritores de su Orden ... 132
§ 1. Amor o caridad de Dios ... 132
§ 2. Comentarios al Cantar de los Cantares ... 133
§ 3. Doctrina sobre los misterios de Cristo ... 134
ARTÍCULO 6.—Influencia en otros autores contemporáneos suyos ... 134

Págs.

ARTÍCULO 7.—Influencia en la escuela franciscana 135
ARTÍCULO 8.—Influencia en las monjas de Helfta 136
ARTÍCULO 9.—Influencia en los tiempos posteriores 137

INTRODUCCION PARTICULAR A LOS SERMONES DE SAN BERNARDO

I.—*La predicación en la Edad Media* 141
II.—*Sermones de San Bernardo* 144
III.—*Número y división de los sermones* 146
IV.—*Epoca de composición* 147
V.—*Lenguaje* 147
VI.—*Contenido* 148

SERMONES DE TIEMPO

INTRODUCCIÓN 153

En el Adviento del Señor

SERMÓN 1.—En el Adviento del Señor y de seis circunstancias suyas 155
SERMÓN 2.—Sobre las palabras de Isaías al rey Acaz: «Pide al Señor tu Dios que te haga ver un prodigio o de lo profundo del infierno o de lo más alto del cielo» 163
SERMÓN 3.—De tres Advientos del Señor y de siete columnas que debemos levantar en nosotros 167
SERMÓN 4.—De dos Advientos del Señor y de la devoción a las verdaderas virtudes 172
SERMÓN 5.—Del Adviento intermedio del Señor y de tres renovaciones del espíritu 177
SERMÓN 6.—De tres Advientos del Señor y de la resurrección de la carne 179
SERMÓN 7.—De tres utilidades del Adviento del Señor 183

Homilías sobre las excelencias de la Virgen Madre

HOMILÍA 1 185
HOMILÍA 2 192
HOMILÍA 3 206
HOMILÍA 4 216

En la vigilia de la natividad del Señor

SERMÓN 1.—Sobre la lección del Martirologio: «Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá» 228
SERMÓN 2.—Sobre estas palabras: «¡Oh Judá y Jerusalén!, no temáis; mañana saldréis y el Señor estará con vosotros» 233
SERMÓN 3.—Sobre estas palabras del Exodo: «Hoy sabréis que viene el Señor y mañana veréis su gloria» 239
SERMÓN 4.—De la medicina de la siniestra y de las delicias de la diestra del Altísimo 247
SERMÓN 5.—Sobre estas palabras de la Iglesia: «Santificaos hoy y estad preparados; porque mañana veréis a la Majestad de Dios con vosotros» 255

Págs.

SERMÓN 6.—De la anunciación de la natividad del Señor en el Martirologio ... 261

En la natividad del Señor

SERMÓN 1.—De las fuentes del Salvador ... 270
SERMÓN 2.—De tres principales obras de Dios y de tres maravillas ... 275
SERMÓN 3.—Del lugar, del tiempo y de otras circunstancias del nacimiento del Señor ... 280
SERMÓN 4.—Sobre haber encontrado los pastores a María y a José, y al infante puesto en el pesebre ... 285
SERMÓN 5.—Sobre las palabras del Apóstol: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones» ... 287

En el día de los Santos Inocentes

SERMÓN.—De las cuatro festividades continuadas: Del nacimiento del Señor, de San Esteban, de San Juan y de los Santos Inocentes ... 291

En la circuncisión del Señor

SERMÓN 1.—Sobre la lección del Evangelio: «Después que se cumplieron los ocho días para haber de circuncidarse el Niño, se llamó su nombre Jesús» ... 294
SERMÓN 2.—De los nombres del Salvador ... 298
SERMÓN 3.—Del día octavo ... 301

En la Epifanía del Señor

SERMÓN 1.—Sobre las palabras del Apóstol: «Apareció la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador»; y de tres apariciones de Cristo ... 308
SERMÓN 2.—De los Magos y de lo que se lee en los Cantares: «Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón» ... 316
SERMÓN 3.—Sobre la lección del Evangelio: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?» ... 319

En la octava de Epifanía

SERMÓN.—De la circuncisión, del bautismo y de las palabras del Señor a San Juan: «Así es razón que cumplamos nosotros toda justicia» ... 324

Domingo primero después de Epifanía

SERMÓN 1.—Sobre el milagro hecho en las bodas y sobre lo que dice el Señor: «Y vosotros sed semejantes a los hombres que aguardan que su señor vuelva de las bodas» ... 326
SERMÓN 2.—De las espirituales bodas significadas en la historia evangélica ... 330

En septuagésima

SERMÓN 1. ... 337
SERMÓN 2.—Sobre las palabras de la Escritura: «Infundió el Señor sueño en Adán» ... 341

Págs.

En el principio del ayuno

Sermón 1.—Qué sea ungir la cabeza y lavar la cara 343
Sermón 2.—Cómo debemos convertirnos a Dios 348
Sermón 3.—Sobre el ayuno de cuaresma 352
Sermón 4.—De la oración y del ayuno 355
Sermón 5.—De tres modos de oración 358
Sermón 6.—De la oración del Señor 362
Sermón 7.—Del peregrino, del muerto y del crucificado 365

Diecisiete sermones predicados en la cuaresma sobre el salmo 90, «Qui habitat»

Prólogo 368
Sermón 1.—Sobre el primer verso: «El que habita en el socorro del Altísimo permanecerá bajo la protección del Dios del cielo» 370
Sermón 2.—Sobre el segundo verso: «Dirá al Señor: Tú eres quien me recibes y mi refugio: mi Dios es y yo esperaré en El» 374
Sermón 3.—Sobre el tercer verso: «Porque El me libró del lazo de los cazadores y de la palabra áspera» 376
Sermón 4.—Sobre el cuarto verso: «Te hará sombra con sus alas, y debajo de sus plumas vivirás confiado» 380
Sermón 5.—Sobre el quinto verso: «Su verdad te cercará como escudo» 384
Sermón 6.—Sobre la segunda parte del quinto verso: «No temerás nada de todo cuanto espanta por la noche»; y sobre el sexto verso: «Ni de la saeta que vuela por el día, ni de los males que se preparan en las tinieblas, ni de los acometimientos del demonio del mediodía» 386
Sermón 7.—Sobre el séptimo verso: «Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no se acercará» 391
Sermón 8.—Sobre el octavo verso: «Con tus ojos contemplarás y verás el castigo de los pecadores» 404
Sermón 9.—Sobre el nono verso: «Porque tú eres, Señor, mi esperanza; un altísimo refugio has escogido» 413
Sermón 10.—Sobre el décimo verso: «No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada» 420
Sermón 11.—Sobre el undécimo verso: «Porque El mandó a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos» 426
Sermón 12.—Sobre el undécimo verso: «Porque a sus ángeles mandó que te guarden en todos tus caminos»; y sobre el duodécimo: «En las manos te llevarán para que no tropieces con tu pie contra la piedra» 435
Sermón 13.—Sobre el duodécimo verso: «En sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en alguna piedra» 442
Sermón 14.—Sobre el décimotercero verso: «Andarás sobre áspides y basiliscos y hollarás los leones y dragones» 446
Sermón 15.—Sobre el décimocuarto verso: «Porque esperó en mí le libraré; yo le protegeré porque conoció mi nombre». 453
Sermón 16.—Sobre el décimoquinto verso: «A mí clamó y yo oiré; con él estoy en la tribulación; yo le salvaré y le colmaré de gloria» 459
Sermón 17.—Sobre el décimosexto verso: «Le llenaré de largos días y le haré ver mi salvación» 463

Págs.

En el domingo de Ramos

SERMÓN 1.—De los tres órdenes que obsequian a Cristo 469
SERMÓN 2.—De la pasión, de la procesión y de los cuatro órdenes que asisten a ella 472
SERMÓN 3.—De cinco días: el de la procesión, el de la cena, el de la pasión, el de la sepultura y el de la resurrección ... 477

En la feria de la Semana Santa

SERMÓN.—De la pasión del Señor 481

En la cena del Señor

SERMÓN.—Sobre el bautismo, el sacramento del altar y el lavatorio de los pies 492

En el día santo de Pascua y tiempo de resurrección

SERMÓN 1—De los siete sellos que desató el Cordero 497
SERMÓN 2.—Predicado a los abades sobre la lección del Evangelio: «María Magdalena y María madre de Santiago y Salome compraron aromas para ir a ungir a Jesús» 510
SERMÓN 3—De la inmersión de Naamán por siete veces en el Jordán y de la manera de purificarse de siete especies de lepra. De siete apariciones del Señor resucitado, en la que están designados siete dones del Espíritu Santo 517

En la octava de Pascua

SERMÓN 1.—De la fe victoriosa y de los tres testimonios en el cielo y en la tierra 522
SERMÓN 2.—De los tres testimonios 528

En las rogativas

SERMÓN.—De los tres panes 531

En la Ascensión del Señor

SERMÓN 1.—Sobre la lección del Evangelio 532
SERMÓN 2.—Cómo subió sobre todos los cielos el Señor para cumplir todas las cosas 535
SERMÓN 3.—Del entendimiento y del afecto 539
SERMÓN 4.—De los malos ascensos del demonio y del primer hombre, y de seis buenos ascensos de Cristo y de nosotros. 545
SERMÓN 5.—Del entendimiento y del afecto 555

En la fiesta de Pentecostés

SERMÓN 1.—Cómo el Espíritu Santo obra en nosotros tres cosas 565
SERMÓN 2.—De las obras de la Trinidad sobre nosotros y de la gracia triplicada del Espíritu Santo 569
SERMÓN 3.—De las varias operaciones del Espíritu Santo en nosotros 575

En el domingo IV después de Pentecostés

SERMÓN.—De David y de Goliat y de las cinco piedras 581

Págs.

En el domingo VI después de Pentecostés

SERMÓN 1.—Sobre la lección del Evangelio, cuando la turba, que se detuvo con el Señor por tres días, fué alimentada con siete panes ... 585
SERMÓN 2.—De las siete misericordias ... 588
SERMÓN 3.—De los fragmentos de las siete misericordias ... 591

En el domingo I de noviembre

SERMÓN 1.—Sobre las palabras de Isaías: «Vi al Señor sentado», etc. ... 595
SERMÓN 2.—Sobre las palabras del profeta Isaías ... 597
SERMÓN 3.—Sobre las palabras del profeta Isaías ... 601
SERMÓN 4.—Sobre las palabras del profeta Isaías ... 605
SERMÓN 5.—Sobre las palabras del profeta Isaías ... 608

SERMONES DE SANTOS

INTRODUCCIÓN ... 619

En la Conversión de San Pablo

SERMÓN 1.—Cómo debemos convertirnos a ejemplo suyo ... 621
SERMÓN 2.—Humildad y mansedumbre de Saulo ... 627

En la purificación de la bienaventurada Virgen María

SERMÓN 1.—De tres misericordias ... 629
SERMÓN 2.—Del orden y modo de la procesión de Cristo al templo ... 632
SERMÓN 3.—Del Niño, de María y de José ... 634

En el natalicio de San Víctor, confesor

SERMÓN 1. ... 637
SERMÓN 2. ... 641

En el natalicio de San Benito, abad

SERMÓN ... 645

En la fiesta de la Anunciación de la bienaventurada Virgen María

SERMÓN 1.—Sobre las palabras del salmo: «Para que habite la gloria en nuestra tierra, la misericordia y la verdad mutuamente vinieron a encontrarse y se dieron el beso la justicia y la paz» ... 655
SERMÓN 2.—De los siete dones del Espíritu Santo en Cristo ... 665
SERMÓN 3.—De la mujer adúltera, de Susana y de la bienaventurada Virgen María ... 669

En la natividad de San Juan Bautista

SERMÓN.—El triple calor y la triple luz de la antorcha ... 677

En la vigilia de los apóstoles San Pedro y San Pablo

SERMÓN.—De los tres auxilios que recibimos de los santos ... 686

En la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo

SERMÓN 1.—De la triple custodia que ejercen los apóstoles sobre nosotros y de tres grados en nuestro modo de vivir. 688

Págs.

Sermón 2. ... 692
Sermón 3.—Sobre la lección del libro de la Sabiduría: «Aquéllos fueron varones misericordiosos», etc. ... 698

En la Asunción de la bienaventurada Virgen María

Sermón 1.—De los recibimientos de Cristo y de María ... 702
Sermón 2.—Sobre el modo de limpiar, adornar y amueblar la casa ... 705
Sermón 3.—De María, Marta y Lázaro ... 712
Sermón 4.—De los cuatro días de Lázaro. Elogios de la Virgen. 717

En el domingo dentro de la octava de la Asunción de la bienaventurada Virgen María

Sermón.—De las doce prerrogativas de la bienaventurada Virgen María, según las palabras del Apocalipsis: «Un portento grande apareció en el cielo: una mujer estaba cubierta con el sol y la luna a sus pies y en su cabeza tenía una corona de doce estrellas» ... 724

En la natividad de la bienaventurada Virgen María

Sermón.—Del acueducto ... 737

En la fiesta de San Miguel

Sermón 1.—De los oficios de los ángeles para con nosotros y de nuestra reverencia para con ellos ... 751
Sermón 2—Sobre las palabras del Evangelio: «El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen en mí», etc. ... 756

En la fiesta de Todos los Santos

Sermón 1.—Sobre la lección evangélica: «Viendo Jesús a las turbas subió a un monte» ... 759
Sermón 2.—Del estado de los santos antes de la resurrección. 772
Sermón 3.—Cómo las almas santas estarán sin mancha ni arruga ... 779
Sermón 4.—Del seno de Abrahán y del altar bajo del cual el bienaventurado San Juan oyó a las almas de los santos; y de los siete panes, acerca de los cuales se lee que quedaron otras tantas espuertas ... 783
Sermón 5. ... 789

En el tránsito de San Malaquías, obispo

Sermón 1. ... 798
Sermón 2 ... 805

En la fiesta de San Martín, obispo

Sermón.—De los ejemplos de obediencia ... 810

En la fiesta de San Clemente, papa y mártir

Sermón.—De las tres aguas ... 824

En la vigilia de San Andrés, apóstol

Sermón.—Cómo debemos prevenir con ayunos a las solemnidades de los santos ... 829

Págs.

En la fiesta de San Andrés, apóstol

SERMÓN 1.—De tres géneros de peces que hay en el mar, en los ríos y en los estanques 832
SERMÓN 2.—De los cuatro extremos de la cruz 839

En la muerte de Dom Humberto, monje de Claraval

SERMÓN 846

En la dedicación de la iglesia

SERMÓN 1.—De cinco misterios de la dedicación 852
SERMÓN 2.—De cómo debemos concordar con nosotros mismos y con los demás 857
SERMÓN 3.—De los tres preparativos de guerra que necesitamos para guardar y defender el castillo 860
SERMÓN 4.—De las tres misiones 864
SERMÓN 5.—De dos consideraciones de sí mismo 869
SERMÓN 6.—De la reverencia que se debe a los lugares sagrados 877

SERMONES VARIOS

INTRODUCCIÓN 881
SERMÓN 1.—Del engaño y brevedad de la vida presente 883
SERMÓN 2.—De la obediencia, paciencia y sabiduría; o del modo de conocernos a nosotros mismos, que somos hombres. 889
SERMÓN 3.—Sobre el cántico del rey Ezequías: «Dije en medio de mis días», etc. 895
SERMÓN 4.—Del modo de buscar a Dios y del triple vínculo con que nos hemos de unir a El 902
SERMÓN 5.—Sobre las palabras de Habacuc: «Estaré de pie sobre mi lugar de guardia» 906
SERMÓN 6.—De la piel, carne y huesos del alma 909
SERMÓN 7.—Sobre la triple gloria, según aquello del Apóstol: «El que se gloría, gloríese en el Señor» 912
SERMÓN 8.—De los diversos afectos y estados en que se halla el alma bajo de Dios 915
SERMÓN 9.—Sobre las palabras del Apóstol a los romanos: «Las cosas invisibles de Dios se han hecho visibles desde la creación del mundo», etc. Y sobre las palabras del salmo: «Oiré lo que me dice el Señor Dios», etc. 921
SERMÓN 10.—De la vida y de los cinco sentidos del alma 924
SERMÓN 11.—Del doble bautismo y de que tenemos que abandonar la propia voluntad 927
SERMÓN 12.—Del principio, medio y fin, según aquello del Eclesiástico: «Acuérdate de tus novísimos», etc. 929
SERMÓN 13.—De tres misericordias y de cuatro compasiones ... 932
SERMÓN 14.—De los siete dones del Espíritu Santo contra los siete vicios 934
SERMÓN 15.—De cómo hemos de buscar la sabiduría 938
SERMÓN 16.—De los tres géneros de bienes y de la vigilancia sobre los pensamientos 940
SERMÓN 17.—De la triple custodia: de la mano, de la lengua y del corazón 946
SERMÓN 18.—Del gozo espiritual o de las palabras del Apóstol: «El reino de Dios no es comida, ni bebida», etc. 952

Págs.

Sermón 19.—Sobre las mismas palabras del Apóstol: «El reino de Dios no es comida, ni bebida», etc. 955
Sermón 20.—Sobre las palabras del Señor: «Todo el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado». 959
Sermón 21.—Sobre las palabras de la Sabiduría: «El Señor condujo al justo por caminos rectos» 962
Sermón 22.—De cuatro deudas 963
Sermón 23.—De la discreción de espíritus 970
Sermón 24.—De las numerosas utilidades de la palabra de Dios 974
Sermón 25.—Sobre las palabras del Apóstol: «Quiero que primero se hagan preces, oraciones», etc. 976
Sermón 26.—De que debemos someter nuestra voluntad a la voluntad divina 982
Sermón 27.—Contra el pésimo vicio de la ingratitud 985
Sermón 28.—Sobre lo que se lee en Job: «En las seis tribulaciones te librará y en la séptima no te tocará el mal» ... 991
Sermón 29.—Del triple amor de Dios 996
Sermón 30.—Del leño, del heno y de la paja 999
Sermón 31.—Del cuidado solícito de los pensamientos 1000
Sermón 32.—Del triple juicio: propio, humano y divino 1002
Sermón 33.—Sobre las palabras del salmo 23: «¿Quién subirá al monte del Señor?» 1005
Sermón 34.—Sobre unas palabras de Orígenes 1011
Sermón 35.—De los tres órdenes de la Iglesia. Predicado a los Padres reunidos en capítulo 1015
Sermón 36.—De la altura y profundidad del corazón 1020
Sermón 37.—En los trabajos de la recolección. Sobre aquellas palabras del salmo: «Esta es la generación de los que buscan a Dios, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob». 1023
Sermón 38.—Durante el trabajo de la recolección. Sobre aquello del Apóstol: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» 1028
Sermón 39.—En los trabajos de la recolección. De las dos mesas o del riego inferior 1030
Sermón 40.—De los siete grados de la confesión 1033
Sermón 41.—De la virtud de la obediencia y de sus siete grados 1041
Sermón 41.—De cinco negocios y de cinco regiones 1052
Sermón 43.—De la magnanimidad, de la longanimidad, de la unanimidad 1058
Sermón 44.—De aquellas cosas en que los misterios de Cristo no parecen haberse cumplido todavía 1059
Sermón 45.—De la trinidad en Dios y en el hombre 1060
Sermón 46.—De la conexión entre la virginidad y la humildad. 1063
Sermón 47.—De las cuatro soberbias 1064
Sermón 48.—De la pobreza voluntaria 1065
Sermón 49.—De la triple palabra 1066
Sermón 50.—De la manera de ordenar rectamente los afectos. 1067
Sermón 51.—De la purificación de María y de la circuncisión de Cristo 1069
Sermón 52.—De la casa de la divina Sabiduría, esto es, de la Virgen María 1070
Sermón 53.—De los nombres del Salvador 1072
Sermón 54.—De la aparición de Cristo 1074

Págs.

SERMÓN 55.—De las seis hidrias espirituales 1075
SERMÓN 56.—De cómo se han de llenar las hidrias místicas con un triple temor 1077
SERMÓN 57.—De los siete sellos que desató Cristo 1079
SERMÓN 58.—De las tres mujeres que ungen al muerto, esto es, de la mente, de la mano, de la lengua; las cuales procuran la salud del prójimo 1080
SERMÓN 59.—De los tres panes del hombre espiritual 1081
SERMÓN 60.—Sobre el ascenso y descenso de Cristo y nuestro. 1082
SERMÓN 61.—De los cuatro montes a que debemos subir 1085
SERMÓN 62.—De las varias y verdaderas imitaciones de Cristo. 1086
SERMÓN 63.—De los tres medios que señaló Cristo para alcanzar la bienaventuranza, conforme a aquello: «El que quiera venir en pos de mí», etc. 1087
SERMÓN 64.—De la preciosa vida y muerte de los santos 1087
SERMÓN 65.—De la conexión que hay en las tres parábolas de Cristo, según San Mateo: «El reino de Dios es semejante a un tesoro escondido en un campo», etc. 1088
SERMÓN 66.—De las ocho bienaventuranzas opuestas a otros tantos pecados 1089
SERMÓN 67.—De las dos clases de preceptos de la ley: los morales y los figurados 1091
SERMÓN 69.—De la triple renovación de la triple vejez 1092
SERMÓN 70.—De la vigilancia y solicitud en procurar la salvación 1094
SERMÓN 71.—Comparación de la servidumbre en Egipto con la servidumbre del diablo 1094
SERMÓN 72.—Del camino de los impíos y del camino del Señor. 1096
SERMÓN 73.—De la insensatez de los hombres que no temen ni aman a Dios 1099
SERMÓN 74.—De la corrupción de los hombres 1100
SERMÓN 75.—Que no debemos diferir la penitencia para la muerte 1101
SERMÓN 76.—De la necesidad y recomendación de la divina gracia 1102
SERMÓN 77.—De los diversos géneros de hombres que conocen y no conocen a Dios; igualmente de los que Dios conoce y no conoce 1102
SERMÓN 78.—De la diferencia entre tabernáculo, atrio y casa. 1104
SERMÓN 79.—De que siempre y en todo nos debemos someter a la voluntad de Dios 1104
SERMÓN 80.—De las varias uniones 1105
SERMÓN 81.—De la alabanza de Dios en la boca del pecador. 1106
SERMÓN 82.—De la guarda constante del corazón 1106
SERMÓN 83.—De que se han de recibir con cautela las alabanzas humanas 1108
SERMÓN 84.—De la constancia contra la tentación del diablo ... 1108
SERMÓN 85.—De la caída irreparable del alma 1110
SERMÓN 86.—Del peso, medida y número de la creación 1110
SERMÓN 87.—Del beso del Esposo o de la gracia de la contemplación 1111
SERMÓN 88.—Del recto uso de los dones de Dios 1115
SERMÓN 89.—Del beso que desea la esposa, esto es, del Espíritu Santo 1117

Págs.

Sermón 90.—De los tres ungüentos: de la compunción, de la devoción, de la piedad ... 1118
Sermón 91.—De tres emisiones ... 1122
Sermón 92.—De la triple introducción: en el huerto, en la despensa, en el aposento ... 1126
Sermón 93.—De las propiedades de los dientes aplicadas a la profesión de la vida religiosa ... 1129
Sermón 94.—Del proceso de la vida cristiana o espiritual, según la tropología de Elías huyendo de Jezabel ... 1131
Sermón 95.—De cómo los predicadores han de templar la amargura de la doctrina ... 1132
Sermón 96.—De las cuatro fuentes del Salvador y de las aguas que de ahí hemos de sacar ... 1134
Sermón 97.—De la suavidad de la palabra y del yugo de Cristo, duro por de fuera y dulcísimo por dentro ... 1139
Sermón 98.—De los hijos de la paz, en los cuales habita Dios. 1142
Sermón 99.—De cuatro géneros de hombres que obtienen el cielo ... 1143
Sermón 100.—De la diferencia entre el pueblo y el prelado. 1144
Sermón 101.—De cuatro modos de amar ... 1145
Sermón 102.—Del modo de volver a Dios ... 1146
Sermón 103.—De cuatro grados que se distinguen en el progreso de los elegidos ... 1147
Sermón 104.—De cuatro impedimentos de la confesión ... 1150
Sermón 105.—De los requisitos para la justificación y la salvación ... 1151
Sermón 106.—De tres cosas necesarias para hacer penitencia. 1152
Sermón 107.—De los afectos en la oración ... 1153
Sermón 108.—De las sangrías espirituales ... 1155
Sermón 109.—De que debemos evitar el esplendor vano de la virtud ... 1156
Sermón 110.—Coloquio del hombre consigo mismo o con su alma ... 1157
Sermón 111.—De cómo hemos de demostrar la fe con la vida y las costumbres; o de los seis testimonios que debemos presentar a Dios ... 1158
Sermón 112.—De cuatro conciencias ... 1162
Sermón 113.—De que debemos evitar los pecados propios y los ajenos ... 1163
Sermón 114.—De las numerosas paces ... 1164
Sermón 115.—De tres corazones ... 1164
Sermón 116.—De dos muertes y otras tantas resurrecciones ... 1165
Sermón 117.—De cuatro fuentes espirituales en donde se curan cuatro enfermedades del alma ... 1166
Sermón 118.—De seis grados ascensoriales ... 1167
Sermón 119.—De tres cosas que debemos considerar en la Encarnación ... 1167
Sermón 120.—Del triple ministerio ... 1168
Sermón 121.—Sobre la enseñanza del temor y de la caridad. 1168
Sermón 122.—De los vicios que deben temer los que ayunan. 1169
Sermón 123.—De la vida del espíritu ... 1169
Sermón 124.—De cuatro grados de la buena voluntad ... 1171
Sermón 125.—De cómo hemos de glorificar a la sabiduría de Dios ... 1173
Sentencias o esquemas ... 1179

PROLOGO

DESDE hace algunos años venimos madurando la idea de una edición bilingüe de las obras completas de San Bernardo.

Mas como, por una parte, habremos de aguardar bastante tiempo hasta poseer la edición crítica latina prometida por el P. Jean Leclercq y, por otra, el público de habla española, sediento de doctrina sana y escogida, ha agotado en poco tiempo la selección hecha por el P. Germán Prado, O. S. B., y pide con insistencia una pronta edición de todas las obras, nos hemos determinado a ofrecer la presente con la sola traducción española. Al mismo tiempo queremos tributar un homenaje de veneración y cariño a este gran Santo de la Edad Media en el VIII centenario de su muerte (1153-1953).

En dos tomos incluímos todas las obras de San Bernardo: TOMO I: Sermones de tiempo, de santos y varios. TOMO II: Sermones al Cantar de los Cantares, Tratados y Selección de cartas.

De las cartas hemos preferido hacer una selección, porque la mayoría tratan de asuntos particulares y tienen, por lo mismo, poco interés para gran parte de los lectores, que sólo buscan en sus escritos la sana doctrina espiritual.

En cuanto a la traducción, siguiendo el espíritu de la B. A. C., espíritu renovador de valores antiguos, *hemos querido reproducir la versión del P. Adriano de Huerta, erudito cisterciense del siglo XVIII, gran devoto del Santo y entusiasta propagador de sus escritos. La versión abarca únicamente los* Sermones de tiempo, *los* Sermones de santos, *los* Sermones varios, *los* Sermones al Cantar de los Cantares *y los* Tratados. *Pero como nuestro deseo, al presentar la versión castellana de las* Obras de San Bernardo, *es ofrecer una doctrina pura en un lenguaje correcto, nos hemos creído en el deber de arreglar, siempre que ha sido necesario, la dicción del P. Adriano y de corregir los pasajes obscuros (en los* Sermones al Cantar de los Cantares *las correcciones son del P. Germán Prado, O. S. B.). No obstante, advertimos que en este punto*

nos hemos portado con extraordinaria sobriedad y sincero respeto hacia la primera versión. Sin duda ninguna, creemos que la traducción de los Sermones de tiempo, *de los* Sermones de santos, *de los* Sermones al Cantar de los Cantares *y de los* Tratados *seguirá siendo, ahora más que antes, traducción del P. Adriano de Huerta.*

Los Sermones varios *y la* Selección de cartas *los hemos traducido nosotros directamente del latín, sirviéndonos de la edición de los Maurinos, transcrita por Migne en su Patrología latina.*

Como biografía nos ha parecido bien poner la Vida de San Bernardo *por el P. Pedro de Ribadeneira, S. I., escritor ilustre del siglo XVI. Las razones que nos han movido a ello son las siguientes: 1.ª Imposibilidad de poder presentar una obra original nuestra; la relevante personalidad de San Bernardo, de una actividad extensísima, difícilmente se puede incluir en un corto número de páginas sin hacer, al mismo tiempo, una obra enana. Por otra parte, la voluminosidad de los tomos no permite una larga biografía, ni entra tampoco en los fines de la B. A. C. 2.ª El no hallar entre las primeras biografías del Santo una que, por la brevedad de la exposición y contenido selecto, merezca la honra de encabezar una edición de las* Obras de San Bernardo *en la Biblioteca de Autores Cristianos. 3.ª Deseos de servir al espíritu de la B. A. C.,* espíritu renovador de valores antiguos. *Ahora bien, la* Vida de San Bernardo *por el P. Pedro de Ribadeneira es la biografía más perfecta, dentro de la brevedad requerida, que hemos podido hallar en la literatura clásica castellana. Si hay algunas deficiencias históricas, las hemos suplido con notas adecuadas.*

En esta presente edición no incluímos bibliografía ninguna, salvo la indicada en la Introducción *al pie de las páginas, y nos contentamos con remitir a cuantos deseen profundizar en el conocimiento de la persona y obra de San Bernardo a la* Gran bibliografía bernardiana *que los PP. Jean Leclercq, O. S. B., y Jean de la Croix acaban de preparar y está para salir a luz pública.*

Finalmente, nos creemos en la obligación de manifestar nuestro agradecimiento al R. P. Pedro Tellería, O. S. B., por su abnegada colaboración en la preparación del primer tomo de las Obras de San Bernardo.

GREGORIO DÍEZ RAMOS, O. S. B.

CARTA ENCICLICA «DOCTOR MELLIFLUUS»

EN EL OCTAVO CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN BERNARDO

A LOS VENERABLES HERMANOS,
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y DEMÁS ORDINARIOS DE LUGAR
EN COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA

PIO PAPA XII

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

El Doctor Melifluo; «último entre los Padres, mas no inferior a los primeros» [1], *sobresalió por tales dotes de alma e ingenio, concedidos por Dios como celestiales gracias, que pareció dominar con su santidad, su sabiduría y su prudentísimo tacto en la resolución de los negocios sobre las varias y con frecuencia turbulentas circunstancias de su época. Por lo cual, no sólo los sumos pontífices y escritores de la Iglesia católica, sino, también, no raras veces los mismos herejes le tributaron grandes alabanzas. Así, nuestro antecesor de feliz memoria Alejandro III, al incluirle con aplauso de todos en el catálogo de los santos, escribió reverente estas palabras: «... Trajimos a nuestra memoria la santidad y vida admirable de este hombre bienaventurado; cómo, apoyado en la prerrogativa singular de la gracia, no sólo brilló en sí mismo por la santidad y religión, sino irradió también por toda la Iglesia con la luz de la doctrina y de la fe. Y el fruto que con su palabra y su ejemplo se obtuvo en la casa del Señor, ninguna región de la cristiandad le desconoce, pues extendió los estatutos de la santa religión a las naciones más distantes y bárbaras... y volvió a la rectitud de la vida espiritual... a una multitud innumerable de pecadores»* [2]. «Fué, dice el carde-

---

[1] Mabillón, *Introducción a las Obras de San Bernardo*, n. 23: PL 182, 25-26.

[2] Litt. Apost. *Contigit olim.* XV cal. febr. an. 1174 Anagniae d

nal Baronio, un varón verdaderamente apostólico, más aún, un verdadero apóstol enviado por Dios, poderoso en palabra y obra, que ilustró por todas partes y siempre su apostolado con prodigios portentosos, para que se le pudiese llamar... no menos que a los apóstoles más esclarecidos... ornamento y sostén de toda la Iglesia católica» [3].

A estas manifestaciones de gran alabanza, a las cuales se pueden añadir otras muchas, aplicamos nuestra mente al celebrarse el octavo centenario del día en que el restaurador y amplificador de la sagrada Orden Cisterciense, tras una muerte piadosa, voló al cielo de esta vida terrena, que tanto había ilustrado con la luz de su doctrina y el fulgor de su santidad. Y nos es grato traer a la memoria y proponer por escrito sus señalados servicios para que no sólo los miembros de su instituto, sino también todos aquellos a quienes deleita de una manera especial cuanto es verdadero, cuanto es bello, cuanto es santo, encuentren ahí con qué excitarse a seguir sus preclaros ejemplos de virtud.

Casi toda su doctrina está tomada de las páginas de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, que día y noche meditaba atentamente, no de las sutilezas de los dialécticos y filósofos, a quienes muchas veces parece despreciar [4]. *Con todo, hay que advertir que no rechaza la humana filosofía cuando es digna de tal nombre—la cual, en verdad, conduce a Dios, enseña a vivir rectamente e inicia en la sabiduría cristiana—, sino, más bien, aquella que se aprovecha de la vana verbosidad y de las capciosas cavilaciones para levantarse insolente a las cosas divinas y escrutar todos los arcanos de Dios; de tal manera que—como era frecuente en aquel tiempo—viola la integridad de la fe y cae en una lamentable herejía.*

«Ves, escribía, que en el modo de saber hace consistir (San Pablo) [5] *el fruto y la utilidad de la ciencia. Mas ¿qué se entiende por eso de* modo de saber? *¿Qué ha de entenderse sino con qué orden, con qué aplicación, con qué fin?* Con qué orden : *de suerte que aprendamos, ante todo, lo más necesario para la salvación.* Con qué aplicación : *a fin de aprender con más ardor lo que más vivamente puede movernos al amor.* Con qué fin : *para no aprender por va-*

---

[3] *Annal.*, t. 12, a. 1153, p. 385, D-E (Roma, editorial Vaticana, 1607).

[4] *Serm.* 1 *en la fiesta de San Pedro y San Pablo*, n. 3.

[5] Cf. 1 Cor. 8, 2.

nagloria o por curiosidad o por algo semejante, sino sólo por motivo de tu propia edificación o la del prójimo. Porque hay quienes quieren saber con el único fin de saber; y es torpe curiosidad... Hay quienes quieren saber para vender su ciencia, o sea, para allegar riquezas o conseguir honores con ella; y es un tráfico vergonzoso. Pero los hay también que quieren saber para edificar a otros; y es caridad. Los hay, finalmente, que quieren saber para su propia edificación; y es prudencia» [6].

Pero la doctrina, más bien, la sabiduría que sigue y ama con pasión, la describe ajustadamente con estas palabras: «Pues éste es el Espíritu de sabiduría y de inteligencia, que cual abeja que forma cera y miel, tiene en sí mismo no sólo con qué encender la antorcha de la ciencia, sino también con qué derramar el gusto y las dulzuras de la gracia. No crean, pues, haber recibido este beso ni el que entiende la verdad y no la ama, ni el que la ama y no la entiende» [7]. *¿Qué haría la ciencia sin el amor? Inflaría. ¿Qué el amor sin la ciencia? Erraría»* [8]. *«Lucir solamente es vano; saber solamente, poco; arder y lucir, perfecto»* [9]. *Mas de dónde nazca la verdadera y genuina doctrina y cómo debemos enlazarla con la caridad, lo explica con estas palabras: «Dios es sabiduría y quiere que se le ame no sólo con amor, sino también con sabiduría... Pues, si despreciáis la ciencia, presto se burlará de vuestro celo el espíritu de error. Este espíritu artificioso no tiene medio más eficaz para arrebatar del corazón el amor que el conseguir que vaya destituído de prudencia y discreción»* [10].

En estas palabras se demuestra claramente que sólo una cosa buscaba San Bernardo en su investigación y meditación: el dirigir, guiado y sostenido más por el amor que por las sutilezas de las opiniones humanas, cuantos rayos de verdad encontraba, al sumo Verdadero, pidiendo de él luz para las mentes, fuego de amor para las almas y normas rectas para orientación de las costumbres. Esta es la verdadera sabiduría, que trasciende todas las cosas humanas y que todo lo encamina a su fuente, esto es, a Dios, a fin de conducirle los pecadores. El Doctor Melifluo no avanza con paso torpe, confiado en la agudeza de su ingenio, por

[6] *Serm. 36 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
[7] *Serm. 8 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.
[8] *Serm. 69 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
[9] *Serm. en la Natividad de San Juan Bautista*, n. 3.
[10] *Serm. 19 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 7.

las sendas inciertas e inseguras del raciocinio, no se apoya en aquellos silogismos estudiados y obscuros de que abusaban frecuentemente no pocos dialécticos de su tiempo, sino, como águila que se esfuerza por contemplar con sus ojos el sol, se dirige con rápido vuelo a la cumbre de la verdad. La caridad que le mueve desconoce las barreras y parece añadir alas a su mente. Para él la doctrina no es el último término, sino, más bien, el camino que conduce a Dios; no es algo frío en que se detiene el ánimo inútilmente, como jugando consigo mismo, aprisionado por fulgores engañosos, sino algo que mueve, empuja y rige el amor. Por lo cual, apoyado en esta sabiduría, meditando, contemplando y amando, asciende San Bernardo a la cumbre de la doctrina mística y se une a Dios para gozar algunas veces en esta vida terrena de una felicidad casi infinita.

Su estilo florido, vivaz, flúido y esmaltado de sentencias luminosas, está impregnado de tal suavidad y dulzura que conquista las mentes de los lectores, las deleita y las encamina a las alturas, que excita la piedad, la alimenta y la perfecciona, que, finalmente, compele al ánimo a buscar el bien, no el caduco, ni el pasajero, sino el verdadero, el cierto, el que permanece para siempre. Por esto sus escritos han estado siempre en gran honor y la misma Iglesia ha tomado para su liturgia no pocas de sus páginas, que rebosan sabor celestial e inspiran una piedad ardiente[11]*. Parecen vivificados por el soplo del Espíritu divino e iluminados con resplandor tal, que nunca podrá apagarse en el transcurso de los siglos, pues nace de un escritor sediento de verdad y de amor, y deseoso de nutrir a los demás y de conformarles a su imagen*[12].

Nos agrada, venerables hermanos, reproducir, para utilidad de todos, algunas sentencias hermosísimas sobre esta mística disciplina entresacadas de sus escritos: «Os hemos hecho saber que toda alma, aunque se halle cargada de vicios, envuelta en pecados como entre redes, capturada por los deleites, cautiva en su destierro, encarcelada en el cuerpo..., que toda alma, repito, aunque se encuentre, por decirlo así, sumida en la mayor desesperación y se sienta ya como condenada, puede, si quiere, desandar su camino y hallar en sí misma energías suficientes no sólo para respi-

[11] Véase la *Introducción general a las Obras de San Bernardo.*
[12] FENELÓN, *Panegírico de San Bernardo.*

rar con la esperanza del perdón y de la misericordia, sino también para atreverse a aspirar a las celestiales bodas del Verbo, contraer la más íntima alianza con Dios y llevar el yugo suave del amor con el Rey de los ángeles. Porque ¿qué no puede emprender con confianza cerca de Aquel de quien sabe que lleva impresa en sí la imagen y la semejanza?» [13] *«Tal conformidad desposa al alma con el Verbo, cuando, siéndole ella semejante por su naturaleza, procura asemejarse a El por su voluntad, amándole como El la ama. Luego si le ama perfectamente, despósase con El. ¿Qué cosa más dulce que esta conformidad? ¿Qué cosa tan deseable como este amor, que hace que, no contentándose el alma con las instrucciones recibidas de los hombres, se acerque animosamente ella misma al Verbo, se adhiera fuertemente a El, le pregunte y consulte familiarmente sobre todas las cosas, de forma que la capacidad de su inteligencia sea la medida de la audacia de sus deseos? Todo ello constituye un verdadero contrato de matrimonio espiritual y santo. Y aún me quedo corto al decir* contrato ; *es abrazo. Abrazo, ciertamente, cuando un mismo querer y no querer hace de dos espíritus uno solo. Y no es de temer que la disparidad de las personas haga claudicar en algo la conveniencia de voluntades, porque el amor no entiende de respeto. Dícese amor de amar, no de honrar... El amor abunda para sí. El amor, cuando viene, traduce y cautiva en sí mismo todos los afectos. Por eso, el que ama, ama, y no sabe otra cosa»* [14].

Y después que nos ha advertido que Dios quiere más ser amado que reverenciado y temido, añade aguda y sagazmente esto otro: «Este (amor) basta por sí, éste agrada por sí y por causa de sí. El es para sí su mérito, él su premio. El amor no requiere causa además de él, sino fruto. Su fruto es su uso. Amo porque amo, amor por amar. Cosa grande es el amor, mas si vuelve a su principio, si, devuelto a su origen y vertido en su fuente, toma siempre de ella de dónde fluya constantemente. Sólo el amor es entre todos los movimientos, sentires y afectos del alma, con lo que puede la criatura pagar a su Autor, si no equitativamente sí en cierta proporción» [15].

---

[13] *Serm. 83 sobre el Cantar de los Cantares,* n. 1.
[14] Ibid., 3.
[15] Ibid., 4.

Habiendo con frecuencia experimentado él mismo en su contemplación y oración esta divina caridad, con la que nos podemos unir estrechísimamente a Dios, brotan de su ánimo estas vehementes palabras: «¡Dichosa el alma que mereció ser prevenida con tanta bendición de dulcedumbre! ¡Dichosa aquella a quien se dió sentir abrazo de tanta suavidad!, el cual no es otro sino el amor santo y casto, el amor suave y dulce, amor de tanta serenidad como sinceridad, amor mutuo, íntimo y fuerte, que junta, no en una sola carne, sino en un espíritu; que hace de dos, no ya dos, sino uno solo, diciendo Pablo [16]: Quien se adhiere a Dios se hace un mismo espíritu con El» [17].

Esta excelsa doctrina mística del Doctor claravalense, que supera y puede saciar todos los deseos humanos, en esta nuestra edad, parece algunas veces menospreciada, postergada u olvidada por muchos; los cuales, implicados en los negocios y preocupaciones cuotidianos, no buscan ni desean otra cosa que lo útil y provechoso para esta vida mortal; los cuales raras veces levantan los ojos al cielo y casi nunca aspiran a los bienes supremos, que no perecen.

Y aunque no todos pueden alcanzar la cumbre de esa divina contemplación, de la que habla San Bernardo con palabras y sentencias elevadísimas, aunque no todos logran unirse tan íntimamente a Dios que se sientan ligados al Sumo Bien, de una manera misteriosa, con vínculos de celestial matrimonio; sin embargo, todos pueden y deben, a sus tiempos, levantar la mente de estas cosas terrenas a las celestiales y amar con una diligente voluntad al supremo Dispensador de todas las cosas.

Por lo cual, mientras hoy mengua poco a poco la caridad en los ánimos de muchos y, no raras veces, llega a apagarse por completo, creemos que se deben meditar atentamente estos escritos del Doctor Melifluo; pues de sus sentencias, que, por otra parte, dimanan del Evangelio, puede pasar, tanto a la vida privada de cada uno como a las públicas relaciones de los hombres, una fuerza nueva y elevada que gobierne las costumbres de los ciudadanos y las ajuste a los preceptos cristianos, y que, de ese modo, ofrezca remedios oportunos a tantos y tan grandes males como turban y atormentan a la sociedad. No amando los hombres a su Autor, de quien nacen todas las cosas que po-

[16] 1 Cor. 6, 17.
[17] *Serm.* 83 *sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.

seen, tampoco se aman entre sí; al contrario—como acontece con frecuencia—, se enfrentan unos con otros por el odio y el rencor y riñen ferozmente. Pero Dios es Padre amantísimo de todos; y nosotros somos hermanos en Cristo, a quienes El redimió con la efusión de su sangre sacrosanta. Por tanto, siempre que no volvemos amor a Dios, que nos ama, ni reconocemos reverentes su divina paternidad, se rompen sin piedad los vínculos del amor fraterno; y—como frecuentemente, por desgracia, puede verse—nacen las discordias, las luchas, las enemistades; las cuales pueden llegar a minar y derribar los fundamentos mismos de la comunidad humana.

Debemos, pues, restituir a los ánimos de todos esta caridad con que tan vehementemente se inflamó el Doctor claravalense, si queremos que florezcan por todas partes las costumbres cristianas, que pueda desempeñar provechosamente su oficio la religión católica y que, apaciguadas las enemistades y compuestas todas las cosas con justicia y equidad, amanezca una paz serena para el fatigado y ansioso género humano.

Con esta caridad, con la que es necesario que nos unamos a Dios siempre y estrechamente, deben arder de una manera especial cuantos han abrazado el instituto del Doctor Melifluo; pero, también, todos los miembros del orden clerical, cuyo oficio propio es exhortar y excitar a los demás a inflamarse en el amor divino. Del cual—como hemos dicho—más que nunca tienen necesidad en estos nuestros tiempos los ciudadanos, la familia, la sociedad de todos los hombres. Si él hierve y empuja los ánimos hacia Dios, meta suprema de los mortales, florecerán todas las virtudes; por el contrario, si está debilitado o apagado, la tranquilidad, la paz, la alegría y todos los demás bienes dignos de este nombre, se desvirtuarán o se apagarán por completo como cosas que proceden de Aquel que «es la caridad» [18].

De esta caridad divina ninguno ha hablado quizás tan bellamente, tan altamente, tan vehementemente como San Bernardo: «La causa de amar a Dios, dice, es Dios mismo; la medida, amarle sin medida» [19]. *«Donde hay amor no hay trabajo, sino gusto»* [20]. *Lo cual confiesa haber experimen-*

[18] 1 Io. 4, 8.
[19] *Del amor de Dios*, c. 1.
[20] *Serm.* 85 *sobre el Cantar de los Cantares*, n. 8.

tado cuando escribe: «¡Oh amor santo y casto! ¡Oh dulce y suave afecto..., tanto más suave y dulce cuanto es divino todo lo que se siente! Sentir estos afectos es ser deificado» [21]. *Y en otra parte: «Mucho mejor es, Señor, para mí abrazarte en la tribulación y tenerte conmigo en la hoguera, que estar sin ti aun en el cielo»* [22]. *Y cuando llega a la suprema y perfecta caridad, con la cual se une a Dios en un íntimo desposorio, entonces goza de tal alegría y de tal paz, cual no se pueden encontrar mayores: «¡Oh lugar de verdadero descanso!..., donde no se ve a Dios como turbado por la ira o como distraído por las preocupaciones, sino se saborean los efectos de su bondad y de su benevolencia. Esta contemplación no está llena de espanto, sino de delicias; no excita una curiosidad inquieta, sino la sosiega. No cansa al sentido, sino le tranquiliza. Aquí verdaderamente se reposa. Dios tranquilo lo tranquiliza todo; y mirar al quieto es descansar»* [23].

Sin embargo, esta perfecta quietud no es muerte del alma, sino vida verdadera: «Más bien..., es un descanso vivificador y vigilante que alumbra los sentidos interiores y, desterrando la muerte, comunica una vida inmortal. Es verdaderamente sueño, pero tal que no embota los sentidos, sino los transporta y los arroba. Lo diré sin vacilar: es una muerte; y, si os parece dura la frase, escuchad al Apóstol, el cual, escribiendo a algunos que aún vivían en la carne, decíales así [24]: Estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» [25].

Esta perfecta quietud del alma, en la que volviendo amor por amor gozamos de Dios, que nos ama, y en la que le dedicamos y dirigimos nuestras personas y todo lo nuestro, no lleva a la desidia, ni a la pereza, ni a la inercia, sino a una abnegación diligente, ingeniosa y activa con la que trabajemos en procurar, mediante la moción de la gracia divina, nuestra salvación y la de los demás. Pues esta excelsa contemplación o meditación, que guía y empuja el amor divino, «rige las pasiones naturales, dirige las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida, y, finalmente, da al hombre la ciencia de las cosas divinas y humanas. Esta es la que se-

[21] *Del amor de Dios*, c. 10, n. 28.
[22] *Serm.* 17 *sobre el Salmo* 90, n. 4.
[23] *Serm.* 23 *sobre el Cantar de los Cantares*, n. 16.
[24] Col. 3, 3.
[25] *Serm.* 52 *sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.

para las cosas confusas, junta las desunidas, recoge las derramadas, penetra lo oculto, busca lo verdadero, examina lo verosímil, escudriña lo fingido y aparente. Esta es la que en medio de las prosperidades presiente las adversidades; la que en las adversidades casi no siente: de las cuales cosas, la una pertenece a la fortaleza, la otra a la prudencia» [26].

Y, en realidad, aunque el Doctor claravalense anhela permanecer en esa altísima y suavísima meditación o contemplación, que alimenta el espíritu divino, con todo, no se cierra entre las paredes de su celda—que «habitada asiduamente se hace agradable» [27]—, sino está prontísimo con el consejo, la palabra y las obras a trabajar, dondequiera que sea, en pro de Dios y de la Iglesia. Afirmaba que «no debemos vivir para nosotros, sino para todos los demás» [28]. Por eso, escribía de sí y de los suyos: «Así, también a nuestros hermanos, entre quienes vivimos, por el mismo derecho de fraternidad y sociedad humana, somos deudores de consejo y auxilio» [29]. Cuando veía con ánimo dolorido a la religión santísima puesta en peligro o turbada por las persecuciones, no escatimaba trabajos, caminatas, preocupaciones, para defenderla valientemente y ayudarle según sus posibilidades. «Nada de cuanto se relaciona con la gloria de Dios lo juzgo ajeno de mí» [30]. Y a Luis, rey de los francos, escribía estas frases enérgicas: «Nosotros, hijos de la Iglesia, de ningún modo podemos disimular las injurias a la Madre, su desprecio y la conculcación de sus derechos... En efecto, estamos en pie y lucharemos hasta la muerte, si fuere necesario, por nuestra Madre, con las armas que nos son lícitas: no con espadas, sino con oraciones y gemidos ante Dios» [31]. Y a Pedro el Venerable, abad de Cluny: «También me glorío en mis tribulaciones, si he sido digno de sufrir por la Iglesia. He ahí mi gloria que aprecio muchísimo: el triunfo de la Iglesia. Pues si fuimos socios en el trabajo, lo seremos también en la consolación. He debido colaborar y compadecerme con la Madre...» [32]

---

[26] *Sobre la consideración*, l. 1, c. 7.
[27] *Imitación de Cristo*, l. 1, c. 20, 5.
[28] *Serm.* 41 *sobre el Cantar de los Cantares*, n 6.
[29] *Serm.* 3 *en el Adviento*, n. 5.
[30] Carta 20.
[31] Carta 221, n. 3.
[32] Carta 147, n. 1.

Y cuando el cuerpo místico de Jesucristo se vió turbado por cisma tan nefasto que incluso los buenos fluctuaban entre una y otra parte, él se entregó totalmente a componer las divisiones y a volver la unidad a los espíritus. Cuando los príncipes, dentro del ámbito de su dominio terreno, se enemistaban con horribles discordias, de las que podían originarse grandes detrimentos para los pueblos, él se presentó como árbitro de la paz y conciliador de la mutua concordia. Cuando, finalmente, los santos lugares de Palestina, consagrados por la sangre del divino Redentor, se hallaron en gran riesgo ante los combates encarnizados de los ejércitos enemigos, por mandato del Sumo Pontífice, excitó con fuerte voz de milagros y más fuerte caridad a los príncipes y pueblos cristianos a emprender bajo el signo de la cruz una nueva cruzada; y si ella no tuvo un feliz resultado, no se ha de atribuir en modo alguno a culpa suya.

Sobre todo, cuando la integridad de la fe católica y de las costumbres, recibidas de los mayores como herencia sagrada, se hallaban en gravísimo peligro por las obras de Arnaldo de Brescia, de Gilberto Porretano y, principalmente, de Abelardo, entonces, sostenido por la divina gracia, hizo cuanto pudo con sus sapientísimos escritos y sus viajes trabajosos para que se combatiese y se condenase los errores y se condujese, en lo posible, a los errados al recto camino y al buen comportamiento.

En este particular, sabiendo bien que no vale tanto la sabiduría de los doctos cuanto la autoridad del Romano Pontífice, procuró que se atendiese a esta autoridad que reconocía como suma e infalible en la resolución de tales cuestiones. Así, a nuestro antecesor de feliz memoria Eugenio III, que en otro tiempo había sido su discípulo, le escribió estas palabras que revelan su caridad y su reverencia extraordinarias hacia él, unidas a aquella libertad de espíritu propio de los santos: «El amor que os profeso no os considera como Señor; os reconoce por hijo suyo aun entre las insignias y el esplendor de vuestra excelsa dignidad... Por tanto, os amonestaré, no como maestro, sino como madre; de todos modos, como amante [33]*. Y después le dirige estas frases vehementes: «¿Quién sois? El gran sacerdote, el pontífice sumo. Sois el príncipe de los obispos, el*

[33] *Sobre la consideración*, prólogo

heredero de los apóstoles...; sois, en la potestad, Pedro; en la unción, Cristo. Sois aquel a quien fueron entregadas las llaves, a quien fueron confiadas las ovejas. Hay también, sin duda, otros que son porteros del cielo y pastores de los rebaños; pero vos lo sois tanto más gloriosamente cuanto con mayor excelencia que ellos habéis heredado uno y otro nombre. Tienen ellos asignados a sí sus rebaños, uno cada uno; pero a vos están confiados todos; es decir, a uno solo un solo rebaño. Ni sólo de las ovejas, sino también de los pastores sois único pastor» [34]. *Y todavía: «Del mundo habrá de salirse quien quiera explorar las cosas que no pertenecen a vuestro cuidado»* [35].

Clara y bellamente reconoce el magisterio infalible del Pontífice Romano cuando se trata de las cosas y juicios referentes a la fe y las costumbres. Y así, al descubrir los errores de Abelardo, que «cuando habla de la Trinidad sabe a Arrio; cuando de la gracia, a Pelagio; cuando de la persona de Cristo, a Nestorio» [36]; *«que... pone grados en la Trinidad..., modos en la majestad, números en la eternidad»* [37]; *y en quien «todo lo vindica para sí el ingenio humano, sin reservar nada a la fe»* [38]; *no sólo deshace, pulveriza y refuta sus falacias y capciosos embustes, sino escribe también estas graves palabras a nuestro antecesor de inmortal memoria Inocencio II: «Conviene poneros al tanto de todos los peligros, principalmente de los que tocan a la fe. Porque juzgo conveniente que los daños de la fe han de ser resarcidos allí donde ella no puede perecer. Pues ésta es la prerrogativa de esa Sede... Es tiempo de que conozcáis, Padre amantísimo, vuestro principado... En él llenaréis por completo el lugar de Pedro, cuya sede poseéis, si confirmáis en la fe con vuestra advertencia los corazones que vacilan, si con vuestra autoridad castigáis a los corruptores de la fe»* [39].

De dónde pudo sacar este humilde monje, que apenas disponía de recursos humanos, aquella fuerza con que vencía arduas dificultades, resolvía cuestiones complicadísimas y dirimía las causas más intrincadas, únicamente se puede conocer si se considera aquella santidad de vida que

[34] Ibid., l. 2, c. 8, n. 15.
[35] Ibid., l. 3, c. 1, n. 1.
[36] Carta 192.
[37] *Errores de Abelardo*, c. 1, n. 2.
[38] Carta 188, n. 1.
[39] *Errores de Abelardo*, prólogo.

le aureolaba, unida a su constante estudio de la verdad. Con ferventísima caridad ardía, como hemos dicho, en amor a Dios y los prójimos, lo cual, como sabéis, venerables hermanos, es el precepto principal y como un resumen de todo el Evangelio; de tal suerte que no sólo se unía al Padre celestial con un vínculo místico y perpetuo, sino, también, nada deseaba tanto como ganar almas para Cristo, proteger los derechos santísimos de la Iglesia y defender con pecho vigoroso la integridad de la fe católica.

Y gozando de tanta gracia y estimación ante los sumos pontífices, ante los reyes y ante el pueblo, no se envanecía, ni aceptaba la gloria vana y pasajera de los hombres; mas se apoyaba siempre en aquella humildad cristiana que «sustenta a las demás virtudes..., protege a las sustentadas..., consuma a las protegidas» [40], *«pues sin ella... no parece que hay virtudes»* [41]. *Por lo cual, «no halagaba su alma el honor ofrecido, ni se movía su pie para inclinarse a la gloria, ni le deleitaban más la tiara y el anillo que el rastrillo y la azada»* [42]. *Y sufriendo tantos y tan grandes trabajos para gloria de Dios y provecho del nombre cristiano, se llamaba a sí mismo «siervo inútil de los siervos de Dios»* [43], *«vil gusano»* [44], *«árbol estéril»* [45], *«pecador, ceniza...»* [46].

Esta humildad cristiana, así como todas las demás virtudes, las alimentaba la contemplación de las cosas celestiales, las alimentaban las incesantes oraciones encaminadas a Dios, con las que atraía la gracia suprema para sí y para los trabajos que emprendía.

De una manera especialísima, se abrasaba en un amor tan vehemente a Jesucristo, divino Redentor, que, movido y excitado por él, escribió páginas hermosísimas y sublimes, que son la admiración de todos, y fomentan la piedad de los lectores: «¿Qué otra cosa nutre tanto el espíritu del que lo medita..., hace las virtudes más varoniles, fomenta las buenas y loables costumbres y las inclinaciones castas y honestas? Todo alimento del alma carece de substancia si no va condimentado con este aceite; es insípido si no está sazonado con esta sal. El leer me fastidia si no leo

---

[40] *De las costumbres y oficio de los obispos*, c. 5, n. 17.
[41] Ibid.
[42] *Vita prima*, l. 2, c. 4, n. 26.
[43] Carta 37.
[44] Carta 215.
[45] *Vita Prima*, l. 5, c. 2, n. 12.
[46] *Serm.* 71 *sobre el Cantar de los Cantares*, n. 5.

allí el nombre de Jesús. El hablar me disgusta si no se habla allí de Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón. Pero también es medicina. ¿Está triste alguno de vosotros? Pues venga Jesús a su corazón y de allí pasa a la boca; y, apenas es pronunciado este nombre adorable, produce una luz resplandeciente que ahuyenta los disgustos y restablece la calma y la serenidad. ¿Cae alguno en pecado? ¿Corre por esto desolado a la muerte por la senda de la desesperación? Pues invoque este nombre vital y al punto respirará de nuevo aires de vida... ¿Quién, aterrado con la aprensión de algún inminente peligro, no se ha visto libre de todo temor y ha recobrado la más completa seguridad al invocar este nombre, que inspira fuerza y generosidad?... Nada hay más propio para detener el ímpetu de la ira, abatir la hinchazón del orgullo, curar las llagas de la envidia...» [47]

A este amor a Jesucristo se unía una tiernísima y suavísima piedad hacia su excelsa madre, a quien, como madre amantísima, amaba a su vez y veneraba apasionadamente. De tal suerte confiaba en su potentísimo patrocinio, que no dudó escribir estas palabras: «Nada quiso darnos Dios que no pasase por manos de María» [48]. Y también: «Tal es la voluntad de aquel que ha querido que todo lo tengamos por mano de María» [49].

Y nos es grato, venerables hermanos, proponer aquí a la meditación de todos aquella página, más hermosa que la cual no se encuentra ninguna entre las alabanzas de la Virgen Madre, ninguna tan vehemente, ninguna tan apta para excitar nuestro amor hacia ella, ninguna tan útil para fomentar la piedad e inducir a la imitación de los ejemplos de sus virtudes: «Ajustadamente se compara María a la estrella; porque, así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí mismo, así, sin lesión suya, dió a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad. Ella, pues, es aquella noble estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos. Esta misma, repito, es la esclarecida y singular estrella, elevada por necesarias causas sobre este mar grande y espacioso, que brilla en méritos e

[47] *Serm. 15 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.
[48] *Serm. 3 en la Vigilia de Navidad*, n. 10.
[49] *Serm. en la Natividad de María*, n. 7.

ilustra en ejemplos. ¡Oh cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras fluctuar entre borrascas y tempestades antes que andar por la tierra!; no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres verte oprimido por las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si te agitan las ondas de la soberbia, de la detracción, de la ambición, de la emulación, mira a la estrélla, llama a María. Si la ira o la avaricia o el deleite carnal impelen violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a sumergirte en la sima sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las ansiedades, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás, si la sigues; no desesperarás, si la ruegas; no te perderás, si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente al puerto, si ella te ampara...» [50]

Pensamos que no podemos terminar de una manera mejor esta carta encíclica que invitando a todos con palabras del Doctor Melifluo a excitar con un esfuerzo cada día más ardiente su devoción hacia la purísima Madre de Dios y a imitar diligentísimamente, cada uno en su propio estado, sus excelsas virtudes. Si en el siglo XII amenazaban graves daños a la Iglesia y a la sociedad humana, no son menores los peligros que gravitan sobre esta nuestra edad. La fe católica, de la que nacen los mayores consuelos para los hombres, languidece frecuentemente en los espíritus, y hasta se ve atacada pública y ferozmente en algunas regiones y naciones. Y cuando se descuida o se ataca impíamente la religión cristiana, pronto se ve, por desgracia, apartarse del recto camino las costumbres públicas y privadas y, a veces, caer miserablemente en los vicios por las sendas del error.

---

[50] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 17.

En lugar de la caridad, que es vínculo de la perfección, de la concordia y de la paz, aparecen los odios, las enemistades, las discordias.

La inquietud, la ansiedad, el temblor invaden los espíritus de los hombres. Se teme que, si languidece poco a poco y se desvanece en muchas mentes la luz del Evangelio, o —lo que es peor—se rechaza completamente por las mismas, caigan los fundamentos de la concordia familiar y social y, como consecuencia, vengan tiempos peores y más desgraciados.

Del mismo modo, pues, que el Doctor claravalense pidió y obtuvo de la Virgen María, Madre de Dios, la ayuda para aquella su edad tormentosa, así pidamos también todos nosotros con piedad y oraciones intensísimas a la divina Madre que alcance de Dios oportunos remedios para estos gravísimos males que se temen o comienzan a nacer, y que, poderosísima y sincera, consiga con el auxilio divino que nazca, por fin, una paz sólida y fructífera para la Iglesia, para los pueblos, para todas las gentes.

Estos son los ubérrimos y saludables frutos que, por la intercesión de San Bernardo, deseamos traiga la celebración del centenario de su piadosísima muerte. Todos, junto con Nos, rueguen suplicantes, para que, contemplando y meditando los ejemplos del Doctor Melifluo, nos esforcemos por seguir cuidadosa y alegremente sus huellas santísimas.

Sea prenda de estos frutos saludables la bendición apostólica que con dilatada caridad impartimos a vosotros, venerables hermanos; a la grey encomendada a cada uno de vosotros y, de una manera especial, a cuantos han abrazado el instituto de San Bernardo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 24 del mes de mayo, en la fiesta de Pentecostés, del año 1953, XV de nuestro pontificado.

PIO, PAPA XII

VIDA DE SAN BERNARDO

VIDA DE SAN BERNARDO

POR EL RVDO. P. PEDRO DE RIBADENEIRA, S. I.

I

En la provincia de Borgoña hay un lugar pequeño que antiguamente fué de poco nombre y estima, y se llama Fontana [1]; mas ahora con gran razón es famoso y célebre, por haber nacido en él San Bernardo Abad, espejo de toda virtud y retrato de santidad, cuya vida, sacada de los cinco libros que de ella escribieron Guillelmo, abad de Bonevales, y Godofrido, monje de Claraval, compañero y secretario del mismo Santo [2], es de esta manera:

---

[1] Fontaines es en la actualidad una aldea de 400 habitantes, a dos kilómetros de la capital de Borgoña. Sus casas se asientan entre jardines alrededor de una graciosa colina, coronada por las ruinas de un castillo de historia. En la Edad Media, el conjunto tenía un aspecto más sombrío. Desde esta atalaya solitaria se divisa: al oeste, Notre-Dame d'Etang; al este, una vasta llanura, en que la vista se pierde hasta encontrarse con el Jura y los Alpes; al norte, la verde campiña; al sur, los bosques de Citeaux.

El castillo de Fontaines dominaba en otro tiempo la aldea y la llanura. De la morada feudal sólo quedan vestigios. La antigua ermita, que se hallaba al sudeste, a unos metros de las murallas, y que estaba dedicada a San Ambrosiano, por guardarse en ella las reliquias del mismo Santo, traídas de Constantinopla por Teselino, ha dado lugar a una iglesia más espaciosa, pero desprovista de todo carácter monumental. Búsquedas inteligentes y concienzudas han dado por resultado el hallazgo del plano del *claustrum*, del siglo XII (cf. VACANDARD, *Vie de Saint Bernard* [1895] t. 1, p. 1 ss.).

[2] Son muchos los que han escrito sobre la vida y hechos de San Bernardo. Varios de sus discípulos, admiradores de sus virtudes y de su trascendental importancia, se creyeron en la obligación de narrar sus hechos aun antes de su muerte. Migne, en el tomo 185 de la *Patrología Latina*, recoge las biografías primitivas del Santo, que ordinariamente se denominan con los nombres de *Vita prima*, *Vita secunda*, *Vita tertia*, *Vita quarta*. La *Vita prima* se compone de cinco libros, cuyos autores son: Guillermo de Saint-Thierry (l. 1); Ernaldo de Bonneval (l. 2); Gaufrido d'Auxerre (l. 3-5). Es la más larga de las cuatro y la más crítica. Dichos autores escribieron la vida de Bernardo de Claraval, pero no la vida de San Bernardo. En favor de su autenticidad tiene el siguiente hecho honroso: en 1155, antes de que se diera a la publicidad, se reunieron en Claraval los obispos y abades que habían asistido a la muerte de

En el dicho lugar de Fontana hubo un caballero honrado y virtuoso, por nombre Tesalino[3], buen soldado y juntamente siervo de Dios, porque de tal manera seguía la milicia, que no se olvidaba de la profesión de cristiano. Estaba casado con Aleta de Montebarto[4], mujer virtuosa, honesta y fecunda, de quien tuvo seis hijos varones y una hija. Entre los cuidados de su casa y familia no se olvidaba Aleta del temor del Señor y de las obras de misericordia, porque, en dando a luz el hijo, lo ofrecía a Dios con sus propias manos y le criaba a sus pechos, no fiándose de damas; y en siendo un poco crecido, le daba a comer manjares groseros, como quien le criara más para el yermo que para el siglo. Estos fueron los padres de San Bernardo, que fué el tercer hijo.

Estando su madre encinta de él, vió en sueños que tenía en sus entrañas un perrillo todo blanco y el lomo rojo, que ladraba; y, consultando el caso con un siervo de Dios, le respondió que aquel hijo sería un gran predicador y ladraría contra los malos para guardar la casa de Dios, que es la Iglesia, y con su lengua medicinal curaría las llagas

---

San Bernardo para revisarla. Después de leída, todos concurrieron en afirmar que era el mejor memorial de su vida, hechos, doctrina y espíritu. A esta *Vita prima* se la añadió después, como libro 6, el *Liber miraculorum in Germanico itinere patratorum*, compuesto más tarde por varios autores, y de un carácter marcadamente legendario. La *Vita secunda* es un resumen de la *Vita prima*, con una cronología más perfecta, con algunas correcciones y tres adiciones, una de las cuales es el *Testamento de San Bernardo*. La compuso Alano d'Auxerre, discípulo y admirador del Santo, entre los años 1167-1170. Esta *Vita secunda* tiene un defecto. Alano d'Auxerre se deja llevar de una tendencia panegirista. Recalca cuanto puede ensalzar su virtud y atenúa o suprime cuanto puede rebajarla. La *Vita tertia* es una edición primitiva de los libros 3-5 de la *Vita prima*, por Gaufrido d'Auxerre. La *Vita quarta* fué compuesta por Juan el Ermitaño, discípulo de los discípulos de San Bernardo. La obra apareció entre los años 1180-1182. Está dividida en dos libros. El primero contiene detalles preciosos—al parecer históricos—sobre la familia del santo Abad. El segundo trata de asuntos diversos y es notoriamente legendario. Además de estas cuatro biografías, poseemos algunos otros escritos primitivos de escaso valor histórico.

[3] Tescelino, llamado *el Moreno*, era un castellano, es decir, caballero poseedor de castillo. Aunque súbdito del gran duque de Borgoña, tenía también un pequeño número de vasallos. Su linaje permanece obscuro, porque no era de la alta nobleza. Tescelino formaba parte del número de castellanos guerreros de la Edad Media. Su apellido, no obstante, ha pasado a la historia por haberle llevado el gran santo del siglo XII, San Bernardo. Personalmente, Tescelino era guerrero famoso y uno de los consejeros principales del ducado. Murió hermano converso de Claraval.

[4] Alicia de Montbard descendía, según una creencia general, de los antiguos duques de Borgoña. Era hija del poderoso señor Bernardo de Montbard y de Humberga de Riceys.

de muchas almas. Nació San Bernardo [5], y su madre le crió con mayor cuidado que a los otros hijos, y lo más pronto que pudo le puso al estudio y le dió buenos maestros. Era el niño cuidadoso en el estudio, obediente a los maestros y padres, y afable con todos, amigo del silencio y quietud y enemigo del bullicio. Resplandecían en él una vergüenza virginal y una simplicidad y candor de ánimo mortificado para todas las cosas del siglo. Siendo muchacho, le dió un recio dolor de cabeza; trajéronle una mujer hechicera para que le sanase; supo quién era, y luego se levantó de la cama dando voces y echándola con grande enojo de allí, y fué el Señor servido de darle salud por no haberla querido por mano de aquella mujer, con ofensa suya. Estaba una noche de Navidad en la iglesia para asistir a los maitines y, con deseo de saber la hora en que el Señor había nacido, quedóse un poco dormido. Apareciéle el Niño Jesús, hermosísimo sobre todo lo que se puede decir, y recreando su alma con una suavidad inefable. Con este regalo y favor del cielo, comenzó a darse a la contemplación, en la cual fué eminentísimo, y quedó muy devoto del sagrado misterio del nacimiento del Señor y persuadido de que aquella hora de la media noche en que le había visto había sido la propia en que el Verbo Eterno y Niño tierno había nacido. Cuando le venía a mano algún dinero, dábalo de limosna a los pobres, pero con gran secreto, porque no se supiese la obra de caridad que hacía.

Siendo ya mancebo, murió su santa madre muy cristianamente, con no poco sentimiento de su hijo Bernardo por faltarle tal arrimo y tal maestra [6]. Era de muy linda disposición y rara hermosura y la sangre hervía por la mocedad, y las compañías y ocasiones que le tiraban a soltar la rienda de sus apetitos eran muchas.

---

[5] San Bernardo nació el año 1090.

[6] Alicia de Montbard murió, con la muerte de los justos, el primero de septiembre, fiesta de San Ambrosiano, de quien era muy devota, del año 1106 ó 1107. La víspera se sintió gravemente enferma. El castillo se alarmó; pero Alicia no permitió que por causa suya se suprimiese la solemnidad de la fiesta. Como de costumbre, se hallaban reunidos en la mansión señorial los clérigos de San Martín de Champs. Terminada la misa, se la administraron los sacramentos del viático y extremaunción. Después de la comida, todos rodearon su lecho. Alicia anunció con el rostro iluminado que iba a morir. Entonces los asistentes entonaron las letanías, que siguió ella con atención. Al llegar a la invocación: «Por tu pasión y tu cruz líbranos, Señor», elevó su mano para hacer la señal de la cruz, que no pudo terminar. Por un impulso del amor, su alma dejó el cuerpo para volar al cielo.

Tuvo grandes tentaciones del enemigo y algunas mujeres lascivas le armaron lazos y molestaron para que perdiese la preciosa joya de la castidad; mas, con el favor del Señor, todas las venció y conservó aquel don de la pureza celestial, que, una vez perdida, no se puede cobrar. Una vez se descuidó un poco y puso sus ojos en una mujer hermosa sin advertir lo que hacía; y, cuando cayó en la cuenta, quedó tan corrido y avergonzado de sí mismo, que por tomar venganza de sí y pagar con la pena aquella culpa se arrojó desnudo en un estanque de agua helada (porque era invierno) que estaba allí cerca, hasta la garganta; y estuvo allí tanto tiempo, que con el gran frío casi se extinguió el calor natural y le sacaron medio muerto. Pero con aquel acto tan fervoroso mereció que Dios con su gracia le mortificase la concupiscencia de la carne y apagase las llamas del fuego infernal que reina en nuestros miembros. Viendo, pues, el santo mozo los grandes peligros en que estaba, comenzó a pensar cómo se libraría de ellos y se acogería a alguna religión como a puerto seguro. Estando deliberando esto, tuvo grandes tentaciones y asaltos del enemigo y de sus ministros. Hacíale guerra la flor de su edad, proponiéndole los deleites sensuales y exhortándole a no dejar lo presente por lo por venir. El demonio le representaba que, aunque cayese en algún pecado, podría en la vejez hacer penitencia de él y que Dios es clemente y misericordioso, como quien tan bien sabe nuestra flaqueza y dió su sangre por nosotros en la cruz. No faltaban otros amigos y compañeros que, habiendo entrado por el camino ancho de la perdición, le exhortaban con sus palabras y con sus ejemplos a hacer lo que ellos hacían. El mundo le ofrecía grandes esperanzas de honra y hacienda, fundadas en su grande ingenio, letras y gentil disposición; y sus mismos hermanos y deudos (que en semejantes deliberaciones son los más crueles y peligrosos enemigos) eran los que más atizaban aquel fuego, alegando su delicada complexión para llevar la austera y áspera vida de religión y que por otro camino más blando podía servir a Dios y aprovechar a las almas sin enterrar los talentos que le había dado; con los cuales, siguiendo el curso de las buenas letras que había comenzado[7], podría al-

[7] San Bernardo fué el único de los siete hermanos dedicado a las letras. Su temperamento concentrado y pacífico le llevaba a ello. Además, su madre, movida de presentimientos consoladores, tenía sobre él grandes ideales; sus estudios los hizo en Chatillon-sur-Seine,

canzar el premio debido a la excelente ciencia y virtud y honrar su casa e ilustrar su patria y aprovechar al mundo. Hallóse turbado y afligido el virtuoso mozo con la confusión de tan varios pensamientos y entendió la cautela con que las cosas de Dios se deben tratar y que no se ha de descubrir la vocación de Dios, cuando llama a la perfección, sino a muy pocas personas, espirituales y escogidas, como lo hizo aquel mercader evangélico que, habiendo hallado el tesoro en el campo, lo escondió y vendió cuanto tenía para comprar aquel campo y gozar del tesoro que en él había. Mas aunque San Bernardo, por tantas partes combatido, estuvo vacilante, pero al fin, favorecido del Señor, rompió las cadenas y salió vencedor, porque, estando en una iglesia llorando muchas lágrimas y derramando su angustiado corazón con grandes suspiros en el acatamiento del Señor y suplicándole que le encaminase en lo que había de ser para su mayor servicio, fué alumbrado con la lumbre del cielo; y, fortalecido con su gracia, se determinó a militar bajo el estandarte de la cruz como valeroso soldado[8] y a llamar y llevar consigo todos los que pudiese para aquella gloriosa conquista; e hízolo de tal manera, que ganó para Dios a un tío suyo, hermano de su madre, que se llamaba Viderico[9], gran soldado, rico y señor de un castillo; el cual abrió el camino a los demás, y luego le siguieron Bartolomé y Andrés, los dos hermanos menores de San Bernardo; lo mismo hicieron

---

en donde había una famosa escuela. Los estudios en la Edad Media abarcaban las humanidades: *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y *quatrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música), la filosofía y la teología. San Bernardo sobresalió en la retórica y dialéctica. Cuando acababa de terminar los estudios humanísticos, ocurrió la muerte de su madre. Volvió de nuevo a Chatillon para seguir con la filosofía y la teología. En este período segundo de su juventud tuvieron lugar sus luchas internas, las tentaciones contra la castidad, de que nos hablan sus biógrafos, y sus vacilaciones ante el ideal futuro. En Chatillon, Tescelino tenía una casa de su propiedad, donde habitaría San Bernardo durante el tiempo de sus estudios.

[8] Esto sucedía probablemente al comienzo del año 1111, en que Bernardo alcanzaba los veintiún años de edad.

[9] Ordinariamente se le distingue con el nombre de Gaudry. Era hermano de su madre, y por lo mismo, de la familia de los Montbard, descendientes de los antiguos duques de Borgoña. Gaudry también tenía un castillo. Se parecía a su hermana en el fervor cristiano; fué el primero en corresponder al llamamiento de San Bernardo.

luego Guidón y Gerardo, los dos hermanos mayores. De suerte que sólo quedaba el menor de todos los hermanos, por nombre Eduardo, a quien les pareció que era bien dejar en el siglo para consuelo de su padre (que era viejo) y para gobierno de la casa y hacienda que tenían [10]. Determinaron todos los hermanos de San Bernardo y su tío y otros treinta que le siguieron entrar en la religión del Cister, que poco antes había sido fundada por el venerable abad Roberto bajo la Regla de San Benito y confirmada por el Sumo Pontífice el año del Señor de 1098; la cual tenía un solo monasterio dentro de un bosque apartado, y, por la grande aspereza de vida y encerramiento que en ella se guardaba, había muy pocos que la quisiesen abrazar [11]. Este lugar escogió San Bernardo y sus hermanos y los otros compañeros para darse de veras a Dios en perfecta humildad y menosprecio del mundo; pero sucedió que

[10] Tescelino y Alicia tuvieron siete hijos: Guido, Gerardo, Bernardo, Humbelina, Andrés, Bartolomé y Nivardo. Bartolomé, sumiso por carácter, se rindió pronto a las insinuaciones de Bernardo. Andrés, por el contrario, era el más guerrero y el más valiente de todos. Bernardo tuvo que sufrir rudo combate antes de conquistarle para la religión; ni hubiera logrado la victoria sin una providencial aparición de la madre a Andrés. Guido, humilde y piadoso, aceptó muy pronto el ideal que Bernardo le ofrecía, pero estaba casado con Isabel de Fórez, mujer enérgica, que adoraba a su esposo y que le había hecho padre de dos niñas encantadoras. Isabel negó rotundamente el permiso, y Bernardo tuvo que sufrir muchos desaires. Sólo ante la alternativa de morir (pues había caído enferma) o vivir separada de su esposo, escogió lo segundo y se rindió a los deseos de su cuñado; y, generosa, no sólo dió a su marido, sino también a sí misma. Gerardo fué el más difícil de conquistar. Su ideal de las armas, de la guerra, de la gloria, no admitía otro ideal. Se rindió después de haber sido herido, conforme a una predicción de su hermano, y hecho prisionero. Libertado sobrenaturalmente de las cadenas, siguió a Bernardo y a sus compañeros a Chatillon, donde, reunidos todos, se preparaban para ingresar en el monasterio de Citeaux. Nivardo no les pudo seguir de momento, a pesar de sus grandes deseos, por ser demasiado joven; pero lo hizo tan pronto como alcanzó la edad competente. Finalmente, Humbelina, la única hermana, casó con Guido de Marcy, sobrino del duque de Borgoña, Hugo II. En los primeros años de matrimonio se dió al lujo y a las ostentaciones, hasta que en una visita que hizo a sus hermanos en Claraval, Bernardo, que al principio no la quiso recibir, la hizo ver la vanidad en que vivía. Desde entonces Humbelina sintió nostalgias del claustro, y sólo después de algunos años obtuvo el deseado permiso de su esposo. Siguió a su cuñada Isabel de Fórez al monasterio de Jully, donde ésta se hallaba al frente de un grupo de benedictinas discípulas de San Bernardo. Cuando Isabel dejó la casa para hacer por sí misma una nueva fundación, Humbelina la sucedió en el cargo de abadesa.

[11] La Orden del Cister, que abrazó San Bernardo, la había fundado pocos años antes San Roberto, abad de Molesmes, monasterio benedictino de Borgoña. Descontento de la vida poco austera de sus hermanos en religión, abandonó un día el monasterio seguido de

Guidón, hermano mayor, halló un día en la calle a Eduardo, el menor de todos sus hermanos, entreteniéndose con otros muchachos, y le dijo: «Eduardo, quédate con Dios, que nosotros nos vamos al monasterio y te dejamos por heredero de toda nuestra hacienda.» A estas palabras respondió el muchacho, no con juicio de muchacho, sino de varón sabio: «Pues ¿cómo vosotros tomáis el cielo y me dejáis la tierra? No es ésta buena partición.» Y así, de allí a algunos días, él también siguió a sus hermanos y entró en el monasterio [12], donde fueron todos recibidos el año del Señor de 1113, con gran consolación de Esteban Abad, que había sucedido a Roberto, y de los pocos monjes que con él estaban y con grande esperanza que Dios les diera copiosa y feliz sucesión y que se dilatarían por todo el mundo los hijos de aquella casa, conforme a una revelación que poco antes había tenido uno de aquellos santos monjes, como adelante se verá. Y no solamente creció aquella sagrada religión en los insignes varones que tuvo, sino también en las santas monjas que tuvieron principio de un monasterio que por la ocasión de la entrada de San Bernardo y de sus treinta compañeros se les edificó. Porque, como algunos de ellos fuesen casados y sus mujeres, por servir mejor al Señor, hubiesen librado a sus maridos del vínculo conyugal y quisiesen ellas ofrecerse también en holocausto a su Criador, para recogerlas se hizo un monasterio en la parroquia linganiense, que se llama Villeto, solicitándolo San Bernardo; el cual monasterio fué muy célebre en la religión y santidad, y con el tiempo, muy abastado de riquezas y posesiones; y de aquella como raíz y planta se extendió el fruto por otras partes.

---

unos cuantos discípulos y se retiró a un paraje solitario en medio de los bosques, llamado *Cistercium*. Allí echaron los cimientos de una nueva abadía el 21 de marzo de 1098. Se hicieron famosos por su austeridad y se les llamaba los «nuevos caballeros de Cristo»; pero las vocaciones eran escasas. Reclamado San Roberto por sus súbditos de Molesmes, le sucedió en el cargo de abad (1099) el prior Alberico. A su muerte (26 de enero de 1109), la Orden comenzaba a prosperar. Su sucesor, Esteban Harding, mantuvo la austeridad que les distinguía. Pero a la escasez de vocaciones se unió la peste, que en poco tiempo se llevó la mayor parte de los religiosos. La Orden parecía extinguirse, cuando en 1112 llegó San Bernardo con sus compañeros.

[12] Nivardo no entró en la religión sino unos años después que sus hermanos, cuando San Bernardo era ya abad de Claraval.

II

Comenzó su noviciado San Bernardo siendo de veintitrés años, y comenzóle con tan grande estudio y cuidado de su aprovechamiento, que no parecía que empezaba, sino que acababa. Tenía siempre en el corazón, y de muy ordinario en la boca, estas palabras: «Bernardo, Bernardo, ¿a qué viniste a la religión?» Dióse tanto a la mortificación, no sólo de los afectos interiores y pasiones desordenadas, sino también de los sentidos exteriores, que parecía que no usaba de ellos sino en lo precisamente necesario. Veía y no veía; comía y no comía; dormía y no dormía; tanto estaba absorto y transportado en Dios. Había estado un año entero en la sala de los novicios, y no sabía si el techo era de bóveda o de madera; y habiendo entrado muchas veces en la iglesia, que tenía muchas ventanas, no pensaba que había en ella más que una. Tenía tan sujeta la carne y tan rendida al espíritu, que más parecía estar muerto que mortificado. El silencio, perpetuo; la risa, rarísima y modestísima, tomada con razón por no parecer demasiadamente austero; el hábito, pobre, grosero y vil, pero limpio; porque, aunque era amigo de la pobreza, no lo era de la poca limpieza. Iba a comer como a tormento, y con sólo la memoria del manjar estaba harto. Aborrecía el sueño como a una semejanza de la muerte, y cuando, forzado de la necesidad, tomaba algún reposo, era tan superficial y ligero, que a ningún otro, sino a él, se le pudiera dar. Y cuando veía a algún religioso dormir mal compuesto o roncando, lo sentía mucho y decía que dormía como seglar y no como religioso. Con los muchos ayunos y vigilias y con la extrema penitencia y aspereza de vida, se le estragó tanto el estómago, que lo poco que comía no lo podía retener, y si algo quedaba, más era para dilatar la muerte que para sustentar la vida. Y vino a perder el gusto de tal manera, que algunas veces, por descuido de quien le servía, vino a comer grosura cruda por manteca y beber aceite por agua, sin caer en ello [1]. Y con tan poca salud, nunca se pudo acabar con él, siendo novicio, que en los trabajos de la comunidad admitiese alguna relajación; antes, siendo

[1] Esta enfermedad que el P. Rivadeneira hace sufrir a San Bernardo durante el tiempo del noviciado, tuvo su lugar histórico más tarde, poco después de la fundación de Claraval.

ya profeso, acudía a los novicios y pensaba y decía que los demás eran santos y perfectos, y podían tomar alguna remisión, mas que a él, como imperfecto y principiante, no le convenía sino rigor y estrechura.

Fué esto de suerte que, si los monjes se ocupaban en algo que él no supiese hacer, lo recompensaba tomando otra ocupación en aquel mismo tiempo de igual o mayor trabajo y más vil y humilde. Una vez fueron los monjes a segar por obediencia a una heredad del monasterio, y a él le mandaron que se estuviese quedo por sus pocas fuerzas y porque no lo sabía hacer ; pidió al Señor con muchas lágrimas que le diese gracia y destreza en segar ; y dióse la Dios tan cumplida, que se aventajó a los demás, y toda la vida le duró esta gracia, con admiración de los monjes y mucho gusto suyo por la devoción que sentía segando, acordándose de la merced que el Señor le había hecho.

Estando San Bernardo tan mortificado y su carne tan sujeta al espíritu y el espíritu tan recogido, tan interior, viviendo siempre dentro de sí, vino a ser como un espejo limpio y terso para recibir los rayos de la divina sabiduría. Y así, no sólo alcanzó un perfectísimo hábito de oración y meditación, sino también un altísimo grado de contemplación pasiva, por la cual, enajenado de los sentidos y obras exteriores y derretido y empapado en una suavidad inefable con un silencio profundo y con unos abrazos castísimos, se unía con el sumo Bien. Y el Señor le regalaba en tanto grado, que una vez, estando arrodillado delante de un crucifijo, el mismo crucifijo extendió el brazo y se le echó encima, abrazándole y acariciándole con sumo amor. En las mismas obras exteriores vino, por singular privilegio del Señor, a ocuparse de tal modo en lo que hacía y juntamente a tratar interiormente con Dios, que era cosa de maravilla. Porque no era San Bernardo de los que, con pretexto de darse a la contemplación, huyen el trabajo, o por su gusto particular dejan el bien común, antes juntaba la acción con la contemplación y anteponía las cosas públicas o de obediencia a las suyas propias y voluntarias. Mas cuando él se hallaba libre y sin obligación de acudir a las cosas comunes y de obediencia, de tal manera se sumía y anegaba en la consideración de las cosas invisibles como si no tuviera sentido ni memoria de cosa alguna de la tierra. Un día entero caminó junto al lago de Lausana, y a la noche, hablando sus compañeros de aquel lago, quedó

maravillado, afirmando muy de veras que no le había visto ni sabía qué lago fuese. Otra vez, yendo a hablar a los padres de la cartuja, le prestaron un caballo bien aderezado y con un freno curioso; y como el prior de la cartuja reparase en el aderezo que llevaba el caballo, fué el Santo avisado de ello y, abriendo los ojos para ver lo que antes no había visto, dijo que él también se maravillaba; y con gran sinceridad confesó que no había reparado en ello. Por donde se ve cuán abstraído y absorto andaba siempre este santísimo varón, no sólo en los ejercicios corporales, sino en otros negocios de mucha importancia, en los cuales parece imposible no distraerse de las cosas divinas. Lo mismo se puede decir de la doctrina de San Bernardo, porque solía en el campo y en los bosques tratar familiarmente con el Señor y recibir rayos y lumbre del cielo, y en la oración y meditación, penetrar los altísimos misterios de la teología. Y solía decir, por gracia, a sus amigos, que lo poco que sabía de la Divina Escritura, lo había aprendido meditando y orando en los campos, sin tener otro maestro que las encinas y hayas. Mas esta ciencia de la Divina Escritura, que él decía era poca, fué uno de los raros y eminentes dones que recibió; porque así tenía penetradas todas las palabras y ápices de los Libros sagrados, que cuanto hablaba, escribía o predicaba era Sagrada Escritura, no como quien la cita, sino como quien la tenía rumiada, digerida y convertida en sí. Y el mismo Santo confesó algunas veces que estando orando había visto la Sagrada Escritura como declarada y expuesta cabe sí. Y no por esto dejaba de leer y estudiar con gran cuidado las interpretaciones de los Padres y doctores santos, no igualándose con ellos y haciéndose el maestro, sino, como humilde discípulo, sujetándose con modestia a lo que ellos habían escrito y siguiendo con gran acierto la huella que ellos nos han dejado, como en sus devotísimas obras se puede ver.

III

Habiendo, pues, estado algún tiempo esta luz divina y resplandeciente escondida, quiso el Señor ponerla en el candelero para que alumbrase a todos los de su casa; e inspiró al abad Esteban que edificase un monasterio en Claraval y que hiciese abad de él a San Bernardo, que

era todavía mozo y de poca salud y no acostumbrado a tratar con seglares en semejantes ocupaciones. Era Claraval un lugar junto al río Alba, en el territorio de Langres, muy antigua cueva de ladrones y salteadores. Llamábanle el valle de los Ajenjos o por haber allí muchos o por la amargura de los que caían en manos de los ladrones. Aquí se hizo el nuevo monasterio, y fué la primera como colonia y población que salió del Cister[1]. San Bernardo procuró cuanto pudo no ser superior de ninguno, sino sujeto a todos; mas, al fin, bajó la cabeza a la obediencia, considerando especialmente que no iba a regalo, sino a trabajo. Porque el monasterio no tenía fundación, la casa era muy fría, estrecha y mal acondicionada; de suerte que aquellos padres que la fundaron pasaron muy grande necesidad, hambre, sed, frío y desnudez. La comida era de hojas de haya cocidas; el pan, de cebada y mijo; tan desabrido, que un religioso huésped se llevó uno de aquellos panes para mostrarlo como por milagro, teniéndole por tal que los que lo comían pudiesen vivir. Era procurador de la casa Gerardo, hermano del Santo, y viendo la extrema pobreza que los religiosos padecían y no hallando manera para remediarla, se fué a San Bernardo y le expuso la necesidad del convento y que, al menos, serían menester once libras de sueldo para proveer al convento para que no pereciesen los monjes. Animó el Santo al procurador, su hermano, e hizo oración, y luego llegó a la puerta una mujer que, echándose a sus pies, le dió de limosna doce libras, suplicándole encomendase a Dios a su marido, que estaba gravemente enfermo. Agradeció el Santo la limosna y dijo a la mujer que, volviendo a casa, encontraría sano a su marido, como le halló.

Y con este suceso, el Abad reprendió suavemente la pusilanimidad del procurador; y aquellos religiosos aprendieron a confiar en Dios, que nunca desampara a los que de veras le sirven.

Teníase San Bernardo por indigno de que Dios se sirviese de él para la salvación de las almas, pero la caridad

[1] Se echaron los cimientos de la nueva abadía de Claraval el 25 de junio de 1115. El valle escogido para este fin estaba incluído en los dominios del conde de Troyes y desembocaba en la ribera derecha del Aube. Tenía una profundidad de 1.000 a 1.200 metros. Se le conocía con el nombre de «valle del Ajenjo». Un riachuelo le regaba y le bañaba la luz. Se abría ampliamente al oriente para estrecharse al occidente; dos montículos casi iguales se elevaban a norte y sur. Era muy difícil encontrar un valle más iluminado.

grande que ardía en su pecho le hacía olvidar su indignidad y con grandes ansias buscar y procurar la salud de sus prójimos. Púsose una noche a considerar esto en la oración, y tuvo una visión en esta forma · Parecíale que de todas partes, por aquellos montes venía grandísimo número de hombres, de diversos estados y hábitos, y que bajaban al valle donde estaba su monasterio, de suerte que no cabía la gente en todo aquel contorno. La significación de la visión, el efecto la mostró en la multiplicación de los religiosos que militaron bajo este gran Patriarca y de los muchos y ricos monasterios que en tantas partes por su mano se fundaron. Entre los otros que vinieron a tomar el hábito, para mayor consolación de San Bernardo, uno de los primeros fué Teselino, su padre, que, haciéndose hijo y hermano en espíritu del que había engendrado según la carne, entró en el monasterio y acabó santamente su peregrinación. La hermana, que sola quedaba y estaba casada con un hombre rico y dada a galas y pompas en el mundo, habiendo venido muy ataviada y acompañada a ver a sus hermanos al monasterio, quedó confusa porque no la quisieron ver; y, oyendo las palabras de vida que le dijo San Bernardo (que, vencido de sus gemidos y lágrimas, salió a verla), se trocó de manera que todo el cuidado que antes ponía en ataviar y engalanar su cuerpo, lo convirtió en hermosear su alma y enriquecerla con obras de penitencia y piedad ; con tan grande fervor, que su mismo marido, al cabo de dos años, le dió licencia para entrar en el monasterio de las monjas de Villeo y consagrarse al Señor, y allí perseveró santamente y dió su espíritu a Dios.

Pero no es tanto de maravillar que Dios Nuestro Señor trajese a tantos hombres de tan diferentes estados y condiciones para que le sirviesen en un género de vida tan rigurosa y perfecta bajo la Regla e institución de San Bernardo, cuanto el modo raro y maravilloso con que los traía por la intercesión y oraciones del mismo Santo. Vino una vez una cuadrilla de caballeros mozos, bizarros y gallardos, por ver al santo Abad, de quien la fama grandes cosas publicaba. Era tiempo de Carnestolendas, y ellos, con el ardor de la juventud, buscaron un lugar allí, cerca de la iglesia, para correr y ejercitarse en las armas y entretenerse. Rogóles el Santo que no lo hiciesen, y no quisieron ; mandó traer cerveza y darla a beber, echándola pri-

mero su bendición. Apenas habían salido del monasterio, cuando, movidos de un nuevo espíritu del cielo, comenzaron a tratar entre sí de la vanidad del mundo, de sus engaños y peligros; y de tal suerte se inflamaron en el deseo de la perfección, que luego, sin tardanza, todos juntos, con un ánimo y una voluntad, volvieron al monasterio y con mucha humildad pidieron ser admitidos en él, y con gran fortaleza y paciencia, pasando por muchos trabajos, perseveraron gloriosamente en la religión.

Mudanza fué ésta verdaderamente de la diestra del muy alto. Pero no lo fueron menos otras, entre las cuales fué una la de un clérigo llamado Marcelino, que, yendo a recibir a San Bernardo (que venía a Maguncia) en nombre del arzobispo, su señor, y diciéndole quién era y quién le enviaba, el Santo se paró y, poniendo los ojos en él, díjole: «Otro Señor mayor os ha enviado que se quiere servir de vos.» Y, aunque al principio el clérigo contradecía y estaba ajeno y muy fuera de tal pensamiento, al cabo se rindió, y en compañía de otros muchos hombres doctos y honrados vino al monasterio de Claraval a pedir el hábito. Y no es de menor admiración lo que le sucedió con Enrique, hermano carnal del rey de Francia, antes es tanto mayor cuanto era de más alta dignidad la persona con quien le sucedió. Había venido este príncipe a Claraval a tratar con el santo Abad algunos negocios de importancia. Cuando los hubo acabado, pidió que se juntasen todos los monjes para despedirse de ellos y encomendarse a sus oraciones. Hízose así; luego le dijo el Santo que tenía esperanza que no moriría en el estado en que al presente estaba, sino que presto entendería por experiencia cuán eficaz era la intercesión que había pedido de aquellos siervos de Dios. Cumplióse aquella profecía, de manera que el mismo día se determinó Enrique a seguir las pisadas de Cristo Nuestro Señor y morir en la cruz de la santa religión. Sintió esta mudanza de su señor toda su familia, que le lloraba en vida por muerto; pero, de entre los otros criados, había uno que se llamaba Andrés, el cual tuvo tan extraño sentimiento, que salió como fuera de sí y, frenético con la cólera, comenzó a decir blasfemias y graves injurias contra el santo Abad, como contra un embaucador y falso profeta. Rogó el príncipe al Santo que le sosegase y pusiese mayor cuidado que en los otros para convertirle al Señor, y San Bernardo le dijo: «Dejadle ahora, que

está muy amargo y ciego con la pasión, y tenedle por vuestro.» Y como a Enrique, con esta nueva esperanza, le creciese más el deseo y tornase a pedir al bienaventurado Padre que le hablase, el Santo le respondió con rostro severo: «¿No os he dicho ya que es vuestro?» Oyeron este razonamiento los circunstantes y el mismo Andrés, el cual, estando más obstinado y furioso que antes, meneando la cabeza, decía dentro de sí (como después lo confesó): «Ahora sí que conozco que eres falso profeta, porque jamás será lo que tú dices.» Partióse al día siguiente muy despechado, echando maldiciones al Abad y suplicando a Dios que se abriese la tierra y se hundiese aquel monasterio. Mas aquella misma noche, estando en la posada, sintió tan grandes estímulos o impulsos y movimientos interiores, que se levantó luego de la cama sin aguardar el día y volvió a Claraval y pidió con gran humildad el hábito, con admiración y consuelo de los que allí estaban y sabían lo que había pasado. En otro camino que hizo San Bernardo a Flandes, ganó para el Señor algunos flamencos nobles y letrados, que le siguieron y se volvieron con él a Borgoña. Y en Chalons, ciudad de la Campaña de Francia, tendiendo las redes de la predicación, cogió una gran manada de excelentes sujetos, y cada día se veía entrar por las puertas de su monasterio a muchos que, movidos de la fama del Santo y desengañados de la vanidad y embustes del mundo, venían a imitar a Cristo debajo de tan valeroso capitán.

IV

Al principio de su gobierno, midiendo a sus súbditos con su espíritu y fervor, fué más severo y riguroso de lo que convenía; porque primeramente, cuando recibía a algún novicio, entre otras cosas, le avisaba que dejase fuera del convento el cuerpo y que solamente entrase con el espíritu.

Cuando confesaba a sus monjes, cualquiera falta, por ligera que fuese, le parecía grave, y pedía a todos tan grande perfección, que a muchos les quitaba la esperanza de alcanzarla y aun la gana de procurarla. De donde nacía una cierta tristeza en los corazones de los súbditos, que les quitaba el aliento y la devoción y aquel fervor que suele ser grande espuela para aprovechar y correr en la virtud.

Mas era tan grande la opinión que todos tenían de la santidad de su buen Padre, que daban toda la culpa a su flojera o a su poca capacidad, sin quejarse de él ni contradecirle a cosa que mandase. Y esta humildad de los súbditos, por voluntad de Dios, abrió los ojos al superior; porque, viendo San Bernardo la humildad y modestia de sus religiosos, comenzó a echarse a sí la culpa, y determinó de no cargarlos, ni afligirlos, ni decirles nada, sino atender a sí hasta que Dios le descubriese otra cosa. Estando en esto, se le apareció de noche un niño vestido de una celestial luz y le mandó expresamente que no dejase de decir a sus hijos todo lo que sentía, porque no sería él el que hablase, mas el Espíritu Santo hablaría en él. Y, juntamente con este mandato, le infundió el Señor una nueva gracia y singular don de suavidad y dulzura, con la cual aprendió a compadecerse de los flacos y ajustarse y acomodarse a la capacidad de los rudos y sacar de cada uno lo que (salva la disciplina religiosa) buenamente pudiese. Y así vino a trocarse de tal manera, que pareció otro hombre, y comenzó con extraordinaria ternura y solicitud a proveer y prevenir las necesidades, no sólo del alma, sino también del cuerpo, de todos sus súbditos. Y porque algunos echaron de ver que debajo de sus hábitos viejos y remendados traía un áspero cilicio, lo dejó, temiendo que otros, con graves enfermedades, le quisiesen imitar y seguir aquel rigor por ver que él, estando enfermo y flaco, no le dejaba; tanto era el cuidado que después que el Señor le enseñó tuvo el santo Padre de la salud de sus hijos. Con esta blandura del santo Abad creció más el fervor de sus hijos, con una santa contienda; cuanto el Padre era más amoroso para con ellos, tanto ellos eran más rigurosos para consigo mismos, y más obedientes a sus mandatos, y con más cuidado y ansia anhelaban la perfección y la observancia de su Regla. Rezaban el oficio divino con suma atención y devoción, holgaban mucho con la santa pobreza, que era extrema; trabajaban y ocupábanse a sus horas en la labor de manos con grande alegría; guardaban en aquel monasterio un recogimiento y un silencio tan extraño, que juntamente se veía una muchedumbre de gente y un silencio de yermo y soledad. En todas las virtudes se esmeraban y a porfía cada uno procuraba ir delante de todos y no quedarse atrás, por ver a su santo Pastor y Prelado con tan gran fervor, que sólo el

verle los componía e inflamaba y arrebataba para el cielo. Guardaba, entre otros, un aviso muy importante para los que gobiernan religiosos: que sus reprensiones eran modestas y suaves, y si el que era reprendido no las aceptaba con blandura y humildad, antes se enojaba y alzaba la voz, el Santo por entonces disimulaba y guardaba el castigo para otro tiempo. Porque decía que, cuando el que reprende y el que es reprendido están enojados, más parece esgrima o contienda que corrección.

V

Pero, aunque San Bernardo se trocó para con los otros, no se mudó para consigo mismo, porque siempre guardó aquella entereza y rigor de vida que dijimos; de donde vino a enflaquecerse en gran manera y a verse agobiado de varias y graves enfermedades, y los mismos médicos se maravillaban cómo, estando tan flaco y exhausto, podía atender a ocupación alguna; y el mismo santo Padre al cabo lo conoció, y se acusó por haberse excedido tanto en la penitencia y estragado su complexión con demasiada aspereza, debilitando sus miembros e impidiendo de su parte la mayor gloria del Señor. Porque, ciertamente, fué maravillosa y extraordinaria la aspereza que en su vida este Santo usó, y parece que humanamente no podía vivir, si el Señor no le sustentara sobrenaturalmente. Mas estaba tan encendido y abrasado en el amor de Dios, que no pensaba en otra cosa, de día y de noche, sino cómo podría amplificar más su gloria y aprovechar las almas, y procuraba estas dos cosas con grande ansia y solicitud. A este blanco tiraban todas sus acciones, su conversación, más divina que humana; su oración, el escribir tantas cartas de tan graves negocios, el interpretar las divinas Letras, los razonamientos con personas particulares y los negocios públicos que trataba; y añadióle el Señor una elocuencia tan admirable y una sagacidad y prudencia maravillosa, con la cual se acomodaba a la condición, capacidad y costumbres de cada uno de los que trataba. Con los labradores hablaba como si se hubiera criado en el campo; con los caballeros, como cortesano; con los idiotas usaba comparaciones de cosas materiales y groseras; con los letrados y sofistas disputaba de cuestiones sutiles con grande ingenio y agudeza. Y, finalmente, como excelente pescador,

tenía diferentes cebos y anzuelos para pescar, proporcionados al gusto y al natural de cada uno; y todo esto nacía de su gran caridad y el deseo que tenía de ganar almas para el Señor. También era efecto de esta caridad la compasión y dolor que sentía de los pecados y faltas de sus prójimos; y especialmente de los que tenía a su cargo. Porque, aunque era tan amoroso, como dijimos, no dejaba de amonestar y reprender, como padre, secreta y públicamente al que faltaba y de tomar todos los medios posibles para corregirle; y cuando esto no bastaba, le cortaba como a miembro podrido y le apartaba de su congregación. Pero cuando le obligaba a esto la necesidad, quedaba tan afligido y traspasado de dolor, que no hay madre que así sienta la muerte corporal de su hijo como él sentía la espiritual de cualquiera de los suyos. Tales eran las entrañas del verdadero imitador de Cristo porque era muy compasivo y muy blando, y no le sufría el corazón ver a nadie triste y desconsolado. Mas no era maravilla que con los hombres fuese tan blando el que con las mismas bestias era tan humano; porque algunas veces, yendo de camino, le aconteció ver alguna liebre perseguida de los perros o alguna ave que huía del gavilán, y él, movido de compasión, les echaba la bendición para librarlos, protestando a los cazadores (como es verdad) que en vano los seguirían. De este horno tan encendido de caridad salía el oro fino de la paciencia firme y constante que tuvo San Bernardo, la cual manifestó claramente en las continuas tribulaciones y enfermedades que padeció desde el principio de su bienaventurada conversión hasta el último momento de su vida, que no fué sino una muerte prolija. Pero también se ve que la misma caridad y amor del Señor le daba fuerzas para que, cuando se ofrecía alguna grave necesidad y cosa de su servicio, estando como estaba flaco, debilitado y consumido, por divina dipensación, parecía que cobraba nuevas fuerzas y nuevo vigor para trabajar y ocuparse en ella. También mostró su paciencia en algunas cosas graves de honra, de hacienda y de su persona que se le ofrecieron. Escribió el siervo del Señor una vez a un obispo, que era consejero del rey, rogándole que le avisase de ciertas cosas que iban mal encaminadas. Respondióle el obispo con enojo, tratándole de necio y atrevido, y el santo Abad le volvió a escribir con tanta sumisión y humildad, que le confundió y se le hizo grande amigo.

Envióle un abad rico seiscientos marcos de plata de limosna para que los gastase en beneficio de su Orden. Robáronselos en el camino, y cuando lo supo, dijo: «Bendito sea Dios, que nos ha librado de tan gran carga»; y habiéndole quitado, o por engaño o por fuerza, diez monasterios o los sitios donde se habían de edificar, estuvo muy sereno, sin querer jamás pleitear con los que le habían hecho aquel agravio. Un religioso de otra religión, poco estable en su vocación, habiendo leído algunas obras muy espirituales de San Bernardo, fué a Claraval y pidióle con grande instancia que le recibiese entre sus monjes; y como el Santo no se lo concediese, juzgando que era mejor que perseverase donde había comenzado, saliendo el pobre hombre de sí, alzó la mano y dió un grande bofetón al santo Abad con tanta fuerza, que luego se le hinchó el carrillo; y él le defendió y le amparó para que no le hiciesen mal alguno, antes le acomodasen y regalasen.

VI

Tuvo muchos contrarios y perseguidores, por los cuales hacía fervorosa oración, y procuraba con humildad y sumisión ablandarlos y devolver bien por mal, beneficios por injurias y honra y reverencia por desprecios y afrentas. Pero ¿qué maravilla es que fuese tan paciente el que era tan humilde? Porque el verdadero humilde nunca piensa que se le hace injuria; y, como el Santo decía, no quería parecer humilde, sino vil. Fué tan admirable la humildad de este glorioso Santo y estaba tan fundado en esta virtud y tan metido y sumido en el abismo de su nada, que ninguna cosa le pudo desvanecer ni levantar. Ofrecíéronle muchas veces grandes dignidades y obispados, y ninguno quiso aceptar, teniéndose por indigno de todos. Y era tanta su autoridad y el respeto que sus mismos superiores le tenían, que no se atrevieron a hacerle fuerza, porque sabían cuán contrario era a su voluntad. Mas no hay para qué gastar muchas palabras en referir aquí el catálogo de sus virtudes, porque todas las abrazó, y fué tan excelente en cada una de ellas como si no tuviera más que aquélla. Era sereno en el rostro, modesto en el hábito, circunspecto en las palabras, temeroso en sus obras, asiduo en la meditación, en la oración continuo, de la cual fia-

ba más que de la propia industria o trabajo suyo. Era magnánimo en la fe, longánime en la esperanza, perfecto en la caridad y próvido y despierto en sus consejos; eficaz en los negocios y nunca menos ocioso que cuando estaba ocioso; alegre en las injurias, vergonzoso en sus alabanzas, suavísimo en sus costumbres, santo en sus merecimientos, glorioso en los milagros; y él mismo fué el primero y mayor de todos sus milagros. En sus sermones tuvo una virtud más divina que humana para quebrantar los corazones más duros que las piedras e inflamar a los tibios y flojos en el amor del Señor. Y viendo esto el demonio, procuraba divertirle y embarazarle para que o no repartiese a los oyentes los dones de Dios o se tiznase en alguna vanagloria por haberlos bien repartido. Una vez, predicando, se le ofreció un lindo concepto, y púsosele delante que sería bien guardarle para otro sermón; pero el Señor interiormente le habló y le dijo: «En tanto que guardares esto, no te darán otra cosa que digas»; y así la dijo luego. Otra vez, oyéndole mucha gente con grande aplauso y admiración, le vino una tentación de vanagloria, pareciéndole que le decían: «Mira qué de gente te oye y con cuánta atención.» Paróse un poco, pensando si dejaría el sermón; mas, entendiendo que ésta era voz del demonio, volvió la cabeza atrás y dijo: «Ni por ti lo comencé ni por ti lo dejaré»; y prosiguió adelante con su sermón. Y con ser San Bernardo tan adornado de todas las virtudes y un celestial prodigio en el mundo, estando una vez muy malo y oprimido de una grandísima copia de flemas que le ahogaban y le quitaban la respiración, se arrobó y, estando como en éxtasis, le pareció que le llevaban delante del tribunal del Señor, donde también estaba el enemigo del género humano para acusarle; y, habiendo el maligno concluído su acusación y puéstole los cargos, dándole tiempo para que se descargase, él, sin turbación alguna, respondió de esta manera: «Yo confieso que no soy digno de la gloria eterna; mas mi Señor la posee por dos títulos, por ser Unigénito del Eterno Padre y heredero del real reino celestial; y, por haberle comprado con su sangre, él se contenta con el primero de estos dos títulos, y esto solo le basta, y del segundo me hace a mí donación, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo.» Quedó el perverso acusador confuso y aquella forma de juicio y de tribunal desapareció y el santo varón volvió en sí; para que se vean cuán

diferentes son los juicios de los pecadores y de los santos. Pero sigamos el curso de nuestra narración.

VII

Había deseado el santo Abad estarse toda la vida en aquel rincón desconocido de los hombres; pero el Señor le sacó a luz para que repartiese al mundo los tesoros y gracias que en su celda había allegado. Fué necesario que saliese con ella para reconciliar con la Iglesia romana a los cismáticos, para convencer públicamente a los herejes y para promover el bien y establecer la paz entre los católicos. Levantóse en tiempo de San Bernardo, después de la muerte de Honorio, sumo pontífice, un peligroso cisma en la Iglesia [1], porque un romano principal, llamado Pierleone, tomó con malas artes el nombre de Anacleto y usurpó la Cátedra de San Pedro y se opuso al verdadero pontífice, Inocencio, segundo de este nombre. Hubo grande escándalo y una muy peligrosa división en la cristiandad, porque en los principios no se podía tan fácilmente averiguar cuál de los dos se había de tener por legítimo sucesor de San Pedro y vicario general del Señor. Celebrábanse en varias partes sínodos nacionales sobre este artículo, y especialmente en Francia fué convocado el concilio en la villa de Tampes [2]; y para poder con mayor luz y asistencia del Espíritu Santo decidir una dificultad tan grande, pareció al rey de Francia y a los más principales prelados que ante todo se llamase al concilio al Abad de Claraval, por el grande concepto que todos tenían de su sabiduría y santidad. Llamáronle, y el santo Abad, constreñido de la obe-

[1] Al presentarse la cuestión embrolladora del cisma de Anacleto II (1130-1138), San Bernardo era ya conocido en toda la cristiandad por sus virtudes heroicas y por su influencia notoria en la sociedad mediante sus escritos y cartas. Primeramente había llamado poderosamente la atención con su apasionada *Apología*, o defensa de la Orden cisterciense, en contraposición a la Orden de Cluny, compuesta probablemente hacia el año 1127 y dirigida a su íntimo amigo Guillermo de Saint-Thierry. Después, su gran prestigio le hizo intervenir, mediante sus escritos y sus cartas, en la reforma de religiosos y religiosas, de sacerdotes y de seglares. Cuando en 1128, en el concilio de Troyes, se trató de la aprobación de los estatutos con que se había de regir la naciente Orden de los Templarios, fué indispensable la asistencia de San Bernardo. Nada, pues, de extraño que al estallar, dos años después, el cisma de Anacleto, se acudiese a él como al único salvador de la situación.

[2] El concilio de Etampes tuvo lugar a fines del año 1130. Asistió lo más escogido de la nobleza y clero franceses.

diencia de sus prelados y de la importancia del negocio, vino lleno de temblor y temor, considerando la gravedad y peligro de lo que se había de tratar, aunque tuvo gran consuelo en el camino y quedó muy animado con una visión y revelación del Señor. Llegado al lugar del concilio, fué recibido como ángel del cielo, y en la primera sesión, por común consentimiento y unanimidad, se determinó que se pusiese aquella controversia en manos de San Bernardo para que la determinase y todos siguiesen su parecer, que es cosa grandísima y grande argumento de la estima que todos tenían del espíritu del Señor que moraba y hablaba en él, y aunque él procuró excusarse con su modestia, por parecerle carga intolerable y sobre sus fuerzas. Finalmente, vencido de los ruegos y de la autoridad de aquella sagrada congregación, lo aceptó, confiado tanto en Dios cuanto desconfiado en sí. Y, después de haber invocado el favor del cielo y hecho todas las diligencias para acertar, declaró a Inocencio por sumo y verdadero papa y pastor de la Iglesia, sin que hubiese en todo aquel concilio persona que le contradijese y se opusiese a tal declaración; y con esto fué Inocencio obedecido en el reino de Francia. Y porque el rey Enrique de Inglaterra se mostraba duro y de contrario parecer, el glorioso Abad pasó allá, le persuadió a que se conformase con lo que se había determinado en Francia, tomando sobre su conciencia cualquiera culpa que en hacerlo pudiese haber, y el rey lo hizo, y para honrar más al pontífice vino a Francia, adonde había llegado como huyendo de Italia. Inocencio, con gran alegría de todos, le recibió en Chartres y le dió su bendición apostólica [3].

Mas, porque todavía en la provincia de Gascuña duraba el cisma por la ambición de Gerardo, obispo de Angulema, el cual, favorecido de Guillelmo, conde y príncipe poderoso, hacía grandes desafueros, fué enviado por el papa el santo Abad para poner en razón al conde y refrenar la tiranía del mal obispo. Fué San Bernardo a Gascuña, habló al conde Guillelmo y procuró reducirle a la obediencia del verdadero pastor, y lo mismo hicieron algunos obispos y personas religiosas; y, aunque él se avino a ello, nunca se quiso rendir a que volviesen a sus iglesias los obispos que con violencia habían sido echados de él. Mas viendo el Santo la obstinación del conde y que los medios humanos

[3] Enero de 1131.

no aprovechaban, tomó los divinos e hizo lo que aquí diré: Fué a la iglesia, celebró misa, tomó el Santísimo Sacramento sobre una patena en las manos y salió donde estaba el conde, que por estar excomulgado no podía entrar en la iglesia y estaba a la puerta; y con el rostro encendido, que echaba llamas, y con los ojos centellando, y con una voz terrible y espantosa, le habló de esta manera: «Nosotros te hemos rogado, y tú nos has menospreciado; todos estos siervos de Dios te han suplicado, y tú no has hecho caso de ellos. He aquí que el Hijo de la Virgen, Cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues, viene a tu presencia. Este es tu Juez, a cuyas manos ha de venir tu alma; veremos si haces caso de El, si le vuelves las espaldas, como nos las has vuelto a nosotros.» A estas palabras tembló el conde; cayó al suelo, volvió a levantarse; tornó a caer de nuevo sin poder hablar, echando salivas y espumarajos por la boca, espantado y atónito. Finalmente, hizo todo lo que el Santo le mandó, y trabó después tan estrecha amistad con él, que con sus santos consejos y dulces palabras se trocó de tal manera, que, dejando el Estado, se retiró e hizo muy áspera penitencia y fué santo, y como tal hace mención el martirologio romano el 11 de febrero. Mas el obispo Gerardo quedó obstinado en su malicia, y poco después se le halló una mañana muerto en la cama sin confesión ni viático.

Después de esto, persuadió San Bernardo al emperador Lotario (que en la ciudad de Lieja se vió con el papa)[5] que dejase una vana y ambiciosa pretensión que tenía de cobrar la investidura de los obispados que al emperador Enrique, su predecesor, se había quitado. Volvió el papa a Italia, habiendo compuesto las cosas de Francia y celebrado un concilio en Reims, y quiso pasar por Borgoña para visitar a Claraval y ser huésped del santo Abad en aquel monasterio, donde vivían sus monjes más como ángeles venidos del cielo, que como hombres vestidos de un saco de carne. Allí estuvo el sumo pontífice con suma consolación por lo que vió. Salieron los monjes en procesión, no con

[4] San Bernardo estuvo dos veces en Gascuña: una en 1131 y otra en 1134, para completar la labor que había comenzado. Convertido Guillermo X en la primera visita, volvió a caer de nuevo, impulsado por Gerardo, obispo de Angulema. La escena dramática que describe aquí el P. Ribadeneira la copia literalmente de sus biógrafos (*Vita prima*, l. 2, c. 6, n. 38). Guillermo murió santamente el día de Viernes Santo de 1137, unos años después del impenitente Gerardo.

[5] Marzo de 1131

evangelios dorados ni cruz de plata (que no la había), sino con cruz de palo y pobres ornamentos; mas con tanta devoción y modestia, que el papa, los cardenales y obispos no pudieron contener las lágrimas. Comió el papa en el refectorio, y toda la comida fué de lechugas y legumbres, y por gran regalo hubo un poco de arrope, y para el papa un pez que sólo con dificultad se pudo hallar.

Estaban en Italia las cosas todavía turbadas, y para sosegarlas intimó el pontífice otro concilio en la ciudad de Pisa [6], en el cual, entre otras cosas, fué Anacleto declarado en excomunión, asistiendo siempre San Bernardo a todos los negocios que allí se trataban, no solamente como ayudador y particionero, sino, en cierta manera, como árbitro y ministro principal del papa. Y acabado esto, por su mandado, fué el siervo del Señor a la ciudad de Milán, que estaba desunida del verdadero pontífice, y la unió y redujo a su obediencia.

Fueron con el Santo a Milán dos cardenales legados a látere: Guidón, obispo de Pisa, y Mateo, obispo albanense, y por voluntad de San Bernardo, también Gaufredo, obispo carnotense, gran amigo suyo y varón de gran prudencia y autoridad. Cuando llegaron a siete millas de Milán salió toda la ciudad a recibirle: eclesiásticos y seglares, ricos y pobres, caballeros y oficiales; y, sin reparar en los cardenales y prelados que venían con él, se echaban a sus pies, y se los besaban y tenían por grande dicha el verle, oírle y hablarle y cortar de su pobre vestido pedazos de paño por reliquias, con que sanaban muchos enfermos; y por más que el Santo reprendía al pueblo por la honra que le hacía y le exhortaba a que honrase y reverenciase a aquellos prelados, que por ser cardenales de la santa Iglesia romana y legados del vicario de Cristo eran dignos de toda veneración, no hubo remedio, y así, con este aplauso y regocijo y apretura de gente, entró en Milán [7]. De allí volvió a Claraval guiado siempre por la mano del Señor, con extraordinario regocijo de todos sus hijos y contento de su alma; porque pensaba que se habían ya acabado los trabajos de aquellos negocios pesados y distracciones y que podría en aquel rincón reposar y atender a su aprovechamiento con mayor quietud. Pero no le sucedió como pensaba, porque el papa, hallándose todavía cercado de

[6] Mayo y junio de 1138.
[7] Junio de 1135.

trabajos por todas partes y apretado de Rogerio, rey de Sicilia, que favorecía al antipapa, le mandó ir de nuevo a Roma, porque no hallaba quien le pudiese ayudar mejor que San Bernardo, como la experiencia le había enseñado. Obedeció el gran siervo del Señor como verdadero hijo de obediencia [8]. Fué a Roma, y de allí a verse con el rey, y redujo a muchos a la obediencia de Inocencio, y al mismo Pedro Pisano, famoso jurista, que hacía las partes de Anacleto, y convenció al rey Rogerio evidentemente, de manera que no pudiese pretender ignorancia; pero, ciego con la pasión y con la codicia de quedarse con los bienes de la Iglesia que había usurpado, no quiso hacer demostración pública, como San Bernardo le aconsejaba. Mas, por las oraciones del santo Abad, Dios atajó el cisma y los males que de él resultaban con la muerte del falso pontífice Anacleto, el cual, asaltado de una pestífera enfermedad que le duró tres días, impenitente, pasó de esta vida para dar en la otra cuenta al eterno Juez de los daños que con su ambición y tiranía había causado a la Iglesia. Luego que murió Anacleto, los de su parcialidad eligieron otro sucesor suyo; mas éste, con mejor consejo, se vino de noche a San Bernardo y, dejadas las insignias del sumo pontífice, que había tomado, llevándose consigo el mismo Santo, se echó a los pies del verdadero pontífice Inocencio, del cual fué benignamente recibido. Y con esto se acabó aquel cisma tan largo y lastimoso, dando todos, después del Señor, la honra y loa de tan deseado fin al santo Abad, que, habiendo gastado en esta gloriosa empresa siete años, con el favor del cielo la acabó.

VIII

Mas, no pudiendo sufrir las alabanzas de los hombres y la reverencia que toda la corte romana le hacía, al cabo de cinco días impetró licencia del papa para volverse a su pobre casa, como lo hizo, de donde envió algunos religiosos al papa por su mandado para que habitasen en el monasterio que Su Santidad había reparado en el lugar de

[8] Febrero de 1136. En este viaje su hermano Gerardo, que le acompañaba a todas partes, cayó enfermo de gravedad. San Bernardo pactó entonces con Dios para que le dejara todavía por algún tiempo, pues tenía gran necesidad de él. Terminado el viaje—tiempo pactado—, volvió a caer enfermo y murió santamente.

Las Tres Fontanas, que es donde Pablo fué descabezado y hoy día tiene título de San Vicencio y Anastasio.

Entre los otros monjes fué como abad Bernardo Pisano, discípulo del santo Abad y gran religioso y persona que había sido muy estimada en el siglo; el cual, muerto Inocencio y Celestino y Lucio, sus sucesores, fué elegido con gran aprobación por sumo pontífice, y se llamó Eugenio III, a quien después San Bernardo escribió aquellos divinos libros *De consideratione*[1].

No pudo tampoco el amigo de Dios sosegar otra vez en su rincón como él deseaba, antes le fué necesario salir presto de él para reprimir y confundir a algunos herejes que se habían levantado en aquella sazón, como lo había hecho con los cismáticos[2], viendo los miembros desunidos y apartados de la Iglesia con su cabeza. Uno de éstos fué Pedro Abelardo, hombre de agudo ingenio, pero hinchado y vano; el cual, engañado del padre de la mentira, comenzó a sembrar nuevas doctrinas y algunas opiniones falsas y perniciosas. Avisóle el Santo benigna y secretamente para que las revocase, y viendo que los medios blandos no aprovechaban, en un concilio que se celebró en Sens, en Francia, en presencia de muchos prelados y doctores, le convenció y le concluyó de tal manera, que el pobre hombre, lleno de vergüenza y confusión, no supo qué responder a las objeciones del Santo[3].

También tuvo otro encuentro con Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, varón muy versado en las divinas Le-

---

[1] La elección de Eugenio III tuvo lugar en febrero de 1145, cuando Roma se hallaba en guerra intestina entre el Papado y el Senado, que acababa de sublevarse.

[2] Se refiere al cisma de Anacleto II, del que ha hablado anteriormente.

[3] Abelardo nació en Pallet el año 1079. Dotado de extraordinario ingenio, ambicioso y apasionado, se aplicó con energía al estudio de la filosofía y de las letras. A los veinte años terminaba su carrera y se presentaba como rival de los más ilustres profesores. A pesar de no haber obtenido la licencia de ningún maestro—cosa requerida entonces—, sentó cátedra de profesor en la montaña de Santa Genoveva (París). Su prestigio, ya muy grande, ahogó las muchas protestas que se levantaron contra él. En la explicación de la verdad, rechazó todo argumento de la Sagrada Escritura y de la Tradición y dijo que sólo tenían fuerza las pruebas de razón. Así estaban las cosas, cuando San Bernardo, defensor acérrimo del conocimiento tradicional patrístico, entró como caudillo aguerrido en la pelea. En junio de 1140 se celebró concilio en Sens (Francia) para estudiar la doctrina de Abelardo. Citado al concilio, asistió ciertamente, pero se negó ante toda la asamblea a dar explicaciones y apeló a Roma. No obstante, todo el concilio, por unanimidad, condenó su doctrina. En Roma, el papa Inocencio II mandó quemar públicamente sus

tras, mas temerario y arrogante, que con más sutileza que verdad enseñaba nueva doctrina en el misterio de la Santísima Trinidad. Disputó con el Santo dos días en el concilio de Reims[4] que celebró el papa Eugenio III, y le hizo retractarse de los errores que había enseñado. No fué de menor daño la impiedad de un falso y perverso maestro llamado Enrique, vilísimo apóstata, que puso su boca en el cielo y publicó guerra contra Jesucristo, impugnando los santos sacramentos y echando por tierra los antiguos usos de la jerarquía eclesiástica. Y, porque era decidor y sagaz, había hecho gran progreso en la parte de Gascuña, donde por su detestable doctrina se veían las iglesias sin sacerdotes, y los sacerdotes sin la debida reverencia, y, para decirlo en un palabra, los cristianos sin Cristo. Envió el papa un legado para remedio de tan graves daños, el cual pasó por Claraval, y llevó consigo a San Bernardo, que fué recibido con increíble devoción por todos aquellos pueblos; y con su vida y doctrina y milagros arrancó de los corazones de la gente engañada la mala semilla que el demonio, por Enrique, su ministro, había sembrado; y los que habían sido pervertidos se redujeron a la fe y prendieron y entregaron al hereje al obispo[5]. Otra vez salió de su recogimiento para apaciguar a los ciudadanos de Metz de Lorena y algunos príncipes comarcanos, que traían guerra cruda y peligrosa entre sí, porque no pudo negarlo al arzobispo de Tréveris, que, como buen pastor, deseaba excusar el daño de sus ovejas y los males que de aquella discordia podían suceder; y había venido a Claraval en persona y, echándose a los pies del santo Abad, le había suplicado humildemente, por las llagas de Jesucristo, que tomase la mano para pacificar los ánimos desunidos y feroces que con sus enemistades tan graves amenazaban a la Iglesia. Hallábase ya viejo el Santo y al cabo de su vida

obras en la iglesia de San Pedro y condenó su doctrina y su persona. Finalmente, amargado y sin prestigio, Abelardo se refugió en Cluny junto al bondadoso Pedro el Venerable, quien logró reconciliarle con la Iglesia y con San Bernardo.

[4] Año de 1147.

[5] Enrique fué un seductor ilustrado que sembró el sur de Francia (Provenza, Languedoc, Gascuña) de doctrinas perversas e inmorales. Bajo apariencias de una piedad austera y aires de reformador celoso, alimentaba ideas subversivas y apetitos groseros. Ceñido el cabello y la barba larga, caminaba con los pies desnudos; dormía sobre el suelo y vivía de limosnas; pero sus relaciones secretas degeneraron en libertinaje y sus noches no fueron siempre puras. Los encantos de su persona conquistaban las multitudes, principalmente

y en la cama enfermo; y haciendo más caso por su grande caridad de la salud espiritual de sus hijos que de la suya personal, se fué luego con el mismo arzobispo, y el Señor le dió luego súbitamente fuerzas para aquella jornada, porque la tomaba para su servicio. Y, aunque halló dos ejércitos enemigos puestos a punto para pelear, los aplacó de manera que, dejadas las armas de común consentimiento, pusieron todas sus diferencias en su manos, y él las decidió con gran paz y contento de las partes, y aquella tempestad y torbellino se convirtió en una serena concordia y tranquilidad.

Maravillosa cosa parecerá a algunos que un pobre religioso, vestido de un saco vil y despreciado, hiciese cosas tan grandes y tan extrañas y que tuviese tan grande autoridad y fuerza, no sólo para convertir del siglo al Señor tantas personas de todos los estados, sino para unir la Iglesia desunida, sujetar a los reyes, espantar a los príncipes, confundir a los herejes y persuadir a los pueblos todo lo que quería, como si fuera señor de los corazones.

IX

Pero no hay que maravillarse, porque no hay quien pueda resistir al Espíritu y brazo del Todopoderoso. La opinión de la santidad de Bernardo era grandísima; sus palabras, como saetas agudas flechadas por la mano del Señor; su oración tan eficaz y poderosa, que alcanzaba del cielo todo lo que quería; y los milagros que Dios obraba por él eran tantos, tan continuos y tan grandes, que ellos solos bastaban para rendir el mundo a su voluntad. Godofrido, monje de Claraval, que fué compañero y secretario del Santo[1], afirma por cosa cierta y notoria que un solo día, con la imposición de sus manos en una aldea de la

---

de mujeres (VACANDARD, *o. c.*, t. 2, pp. 218-219). Su doctrina consistía en un grosero neomaniqueísmo. Denigraba el sacerdocio y minaba el matrimonio. Su actuación resonó en toda Francia. Fueron muchos los incautos que precipitó en el error. Se le arrestó dos veces: en una quedó libre después de hacer pública, pero hipócrita, retractación de sus errores, y en la otra logró escapar. Para arrancar la cizaña sembrada, San Bernardo recorrió gran parte del sur de Francia. Con todo eso, no pudo terminar su obra, porque negocios urgentes le reclamaron en Claraval. Finalmente, Enrique fué hecho prisionero una tercera vez y relegado para el resto de su vida a las prisiones del obispado de Tolosa. Todos estos hechos ocurrieron entre los años 1135-1145.

[1] *Vita prima*, l. 4, c. 5, n. 30.

ciudad de Constancia, en presencia de muchos testigos, alumbró once ciegos, sanó diez mancos y dieciocho cojos; y que en la ciudad de Colonia, dentro de tres días, doce cojos y dos estropeados y tres mudos y diez sordos cobraron entera salud, de suerte que algunos hombres piadosos, queriendo por su devoción notar y escribir los milagros que el Santo hacía y comenzándolo a hacer, después lo dejaron, vencidos por la muchedumbre y gran copia de ellos. El mismo Santo se maravillaba de los milagros que Dios obraba por él, no sabiendo a qué cosa atribuirlo, porque por su profunda humildad conocía y decía que no eran por la santidad, que no tenía, ni por sus merecimientos, sino por la salud y aprovechamiento de muchos, para que estimasen y honrasen la virtud que ellos pensaban que tenía. Y que no hace Dios los milagros para bien de aquellos por quien los hace, sino para provecho de los que los ven y lo saben, ni para que los que hacen más milagros sean tenidos por más santos, sino para que todos sean amigos e imitadores de la santidad. Y por esto lo pasaremos nosotros en silencio, y solamente referiremos aquí unos pocos, de los cuales los que los leyeren se puedan aprovechar. Comencemos por el primer milagro que el Santo hizo volviendo de fundar un monasterio llamado de Las Tres Fuentes.

Tuvo aviso que un deudo suyo, llamado Gisberto, estaba para morir y ya sin habla y sin haberse podido confesar. Era hombre noble y rico, pero de mala vida y usurpador de la hacienda ajena. Entró el siervo del Señor en la iglesia para decir misa y encomendarle a Dios, y a la misma hora volvió el enfermo en sí y comenzó a hablar y a llorar sus pecados; mas, en acabando San Bernardo la misa, el enfermo volvió a perder el habla. Fué el Santo a visitarle y hallóle en aquel estado; rogáronle que hiciese oración por él, y San Bernardo, alzando los ojos al cielo y movido del Señor, respondió con gran libertad a los que allí estaban: «Vosotros sabéis las malas obras que ha hecho este hombre y que tiene mucha hacienda mal ganada. Restituya él y sus hijos lo que no es suyo y deje los malos tratos y los modos injustos que ha usado contra los pobres, que, si así lo hiciere, morirá como cristiano.» Todo lo hizo el enfermo como el Santo lo mandó, y luego la lengua, muda y atada, quedó suelta y libre y habló, y se con-

fesó con mucha contrición y, tomados los otros santos sacramentos de la Iglesia, expiró, con mucha edificación de todos y esperanza de la eterna salud [2]. Cuando predicaba contra aquel hereje Enrique (que dijimos) [3] en las partes de Tolosa, un día, acabado el sermón, aquella buena gente le trajo gran cantidad de panes para que los bendijese. Hízolo el Santo y díjoles: «En una cosa veréis, hijos, si es verdad lo que os predico y falso lo que os enseñan y os quieren persuadir vuestros contrarios; es a saber, si todos vuestros enfermos que comieren de este pan quedaren sanos.» Estaba presente el obispo de Chartres y, pareciéndole que aquella proposición del Santo era muy universal, quiso modificarla, y añadió: «Habéis de entender que sanarán si comieren con fe de este pan.»

Entonces replicó San Bernardo: «No digo yo eso, señor, sino como mis palabras suenan: que todos los enfermos que gustaren de este pan cobrarán salud, para que se entienda que nosotros somos legítimos y verdaderos embajadores de Dios.»

Como lo dijo, así fué: que todos cuantos comieron de aquel pan sanaron, sin excepción alguna. La fama de aquel milagro voló luego por toda aquella provincia y aprovechó para extinguir la herejía y para despertar y encender los corazones de aquellos pueblos en la devoción del santo Abad, que concurrían de todas partes por verle y hacerle reverencia en tanto número, que le fué necesario para huir aquella honra torcer el camino de Salat (donde había sido el milagro) para la ciudad de Tolosa [4].

En aquella misma comarca, y para el mismo efecto y confirmación de la fe, sanó a un clérigo del colegio de San Saturnino, paralítico incurable, que también se llamaba Bernardo, tan debilitado y consumido, que por momentos parecía que había de expirar. Echóle la bendición el Santo y partióse, y en aquel punto, confortándosele los nervios y cobrando fuerzas, arrojóse de la cama donde estaba y corrió tras el santo Abad y le asió y le detuvo y se echó a sus pies y los besó con gran devoción y afecto y le hizo compañía; y, para ser agradecido a Dios, tomó el hábito del Cister y se sujetó a la obediencia de San Bernardo; y, habiendo dado buenas muestras de religión y de pruden-

[2] Ibid., l. 1, c. 9, n. 43.
[3] Véase § 8, n. 5.
[4] *Vita prima*, l. 3, c. 6, n. 18.

cia, fué elegido por el mismo San Bernardo abad de otro monasterio llamado Valdaqua[5]. Pues ¿quién podrá referir el dominio que este gran santo tuvo sobre los demonios y la fuerza e imperio con que los echaba de las personas que cruelmente atormentaban? No solamente estando él presente y poniendo sobre ellos sus manos, o haciendo la señal de la cruz, o dándoles a beber un poco de agua bendita, sino también estando ausente huían los espíritus infernales de la estola del Santo como de un espantoso suplicio. Pero, dejando aparte los otros milagros que tocan a esto, diré sólo dos memorables:

Estando en la ciudad de Milán para reducirla a la unidad de la Iglesia y a la obediencia del romano pontífice (como se dijo arriba), entre los otros muchos y señalados milagros que el Santo hizo fué el de una mujer honrada y de conveniente edad, en la que había entrado Satanás y poseídola muchos años y maltratado de tal manera, que la había quitado el oír y ver y hablar y sacaba una lengua que parecía la trompa de un elefante o de algún otro horrible monstruo más que la de una mujer.

Tenía el rostro muy fiero y espantable; el aliento, hediondo e insufrible y digno del huésped que la atormentaba. Lleváronla al Santo una mañana, por fuerza, al tiempo que decía misa en el templo de San Ambrosio; miróla con ojos blandos y piadosos, y luego conoció que aquel demonio era rebelde y se había enseñoreado por permisión del Señor tan fuertemente de aquella pobre mujer, que con dificultad se podía echar; y, volviéndose al pueblo, que era innumerable, le encargó que todos orasen atentamente, y a los clérigos, que tuviesen a la mujer firme e inmoble.

Entrando al misterio de la consagración, cuantas cruces hacía sobre la hostia, otras tantas, volviéndose a la endemoniada, hacía sobre ella, con increíble rabia y dolor de aquel espíritu maligno, el cual le mostraba con el crujir de los dientes, con los gestos y meneos, con los alaridos y movimientos de todo el cuerpo. Finalmente, habiendo dicho el *Pater noster*, tomó el Cuerpo del Señor en la patena y poniéndola sobre la cabeza de la triste mujer, hablando con el demonio, le dijo: «He aquí, ¡oh espíritu maligno!, a tu Juez. He aquí al Señor todopoderoso. Contrástale si puedes. Este es el sagrado Cuerpo que se formó en las entrañas de la Virgen, y fué extendido en la

[5] Ibid., n. 19.

cruz, y puesto en la sepultura, y, resucitando de la muerte, subió triunfante a los cielos. En virtud de esta soberana Majestad, yo te mando que dejes a esta sierva suya y que no te atrevas a molestarla ya más en adelante.» Salió aquel infernal espíritu y pertinaz poseedor de aquella pobre mujer, alabando todos al Señor y confesando que el Santísimo Sacramento del Altar es eficacísimo y poderosísimo contra todo el poder del infierno cuando se trata con la pureza y con la fe que conviene. Este es el primer milagro[6].

El segundo es que, estando en Pavía, un pobre labrador le trajo a su mujer endemoniada para que la sanase, y el demonio comenzó a hacer burla del Santo y decir: «No me echará de mi casa este comedor de puerros y cebollas», y otras palabras injuriosas para irritarle. Mas él, verdadero humilde, no se movió, sino que mandó llevasen a la mujer a la iglesia de San Syro, obispo que había sido de Pavía y resplandecía con muchos milagros. Lleváronla a la iglesia, y no quiso Dios que San Syro la sanase por guardar aquella honra para San Bernardo, a cuya presencia la tornaron a traer. El demonio comenzó a escarnecerle y a decir: «No me echó Syrillo, menos me echará Bernardillo.» Al oír esto San Bernardo, dijo: «No te echó Syro ni te echará Bernardo, sino que te echará Jesucristo.» Hizo oración por ella y quedó sana[7].

X

No tuvo menor don en otros milagros más íntimos y espirituales que conciernen al bien de las almas, como se verá por algunas cosas que aquí referiré. Había en el convento de Claraval un monje menos perfecto que los demás, al cual el santo Abad mandó por cierta culpa secreta suya que no comulgase; mas él, en una solemne fiesta, viendo comulgar al convento y temiendo la vergüenza e infamia, se llegó con los demás al altar, diciendo la misa San Bernardo. Recibió de su mano el Santísimo Sacramento con los otros monjes, porque el Santo, por ser la causa oculta, no se le quiso negar, mas volvióse al Señor para que castigase aquella temeridad. Habiendo tomado el mon-

[6] *Vita prima*, l. 2, c. 3, nn. 13-14.
[7] Ibid., c. 4, nn. 21-22.

je la sagrada hostia, no se la pudo pasar por mucho que lo procuró, hasta que después, postrándose a los pies de su prelado, con muchas lágrimas le dijo en secreto lo que pasaba y le mostró la hostia en la boca. El santo Padre, reprendiéndole de su atrevimiento y dándole saludable penitencia, le absolvió, y con esto el monje pasó aquel celestial manjar, para que se vea la cuenta que se debe tener con la obediencia de los superiores en el uso de los santos sacramentos. Otro monje hubo en el mismo convento que, hallándose seco e indevoto para llorar los pecados que había cometido en el siglo, pidió al Santo con grande afecto que le alcanzase del Señor espíritu de ternura y devoción, y por su oración le alcanzó tan copioso, que de allí en adelante sus ojos fueron unas fuentes de lágrimas. Trataba una vez San Bernardo en la corte del rey de Francia una paz de grande importancia, y la reina, aunque en lo demás se le mostraba muy devota, en el tratar de la paz le era contraria. Había sido casada con el rey muchos años sin tener hijos, y por esto la tenían por estéril, estando ella afligidísima por esta causa y todo el reino descontento. Y como la reina manifestase un día su desconsuelo y ansia al siervo de Dios, él la amonestó que no impidiese aquella paz, sino que la procurase, porque de esta manera el Señor cumpliría su deseo.

La reina lo hizo así, y al cabo de un año, por las oraciones del Santo, dió a luz un hijo [1]. Cuando estaba San Bernardo para partir, la segunda vez, de Roma, deseó llevar consigo algunas reliquias. Ofreciéronle la cabeza entera de San Cesáreo, mártir, y él, por su modestia, no quiso sino sólo un diente. Quisieron sacarle de las quijadas, pero no pudieron, antes quebraron dos cuchillos que tomaron por instrumento para sacarle. Entonces San Bernardo dijo: «Menester es rogar al santo mártir que se digne hacernos tan gran presente.» Hizo oración y, llegándose con reverencia a la sagrada cabeza, con dos dedos sacó fácilmente el diente que los otros con hierro no habían podido sacar [2]. Otra vez, estando enfermo y muy apretado, ordenó a uno de los monjes que habían quedado con él (porque los demás estaban ocupados) que fuese a la iglesia a hacer oración por él. Hízolo el religioso en tres altares distintos que allí estaban de la gloriosa Virgen María,

[1] *Vita prima*, l. 4, c. 3, n. 18.
[2] Ibid., c. 1, n. 1.

nuestra Señora, y de San Lorenzo, mártir, y de San Benito, abad, y luego entró en la celda de San Bernardo la Reina de los ángeles, acompañada de los otros dos santos, y con una suavidad y una serenidad imposibles de imaginar, con su blanda mano le tocó donde le dolía y totalmente le sanó. Porque, entre los dones que tuvo este santo Abad, fué uno ser devotísimo de la Sacratísima Virgen, y ella singularmente le regaló y favoreció. Y se dice que alguna vez le roció los labios con un chorro de leche saliendo de sus sagrados pechos, y que de allí le vino la dulzura y suavidad de estilo que está derramada por todas sus obras.

Otra vez, entrando en la iglesia mayor de Espira, ciudad de Alemania y cámara del Imperio, acompañado de todo el clero y de gran muchedumbre de pueblo, se arrodilló tres veces en tres lugares diferentes y dijo en el primero: «O clemens!» ; en el segundo: «O pia!», y en el tercero, «O dulcis Virgo Maria!»[3] Y en memoria de esta devoción y salutación del Santo, hoy día en la misma iglesia están tres láminas de metal, y en ellas escritas estas palabras, y cada día se canta la *Salve Regina* con gran solemnidad y música; y los mismos herejes (que hay muchos en aquella ciudad) vienen a oírla. No es justo que, entre tantos milagros, nos olvidemos de uno muy notable que en el escribir una epístola le aconteció. Estaba en el convento de Claraval un monje sobrino del Santo, llamado Roberto ; el cual, siendo mozo, engañado de algunos falsos amigos, dejando la religión en que había comenzado a servir al Señor, se pasó a la cluniacense. Determinó el santo Abad, como buen pastor, recobrar su oveja, y para esto escribirle una epístola; y llamando a Guillelmo Rieval (que después fué abad de Claraval), le ordenó que tomase *papel (sic)* y tinta y se saliese con él al campo, donde con más quietud pudiese escribir. Al tiempo que San Bernardo dictaba la carta y Guillelmo la escribía, comenzó de repente a llover fuertemente; y como el secretario quisiese levantarse de donde estaba y recoger el *papel*, porque no se mojase, el Santo le dijo: «Obra es de Dios ; escribe y no te-

[3] Este pasaje está tomado de la *Vita quarta*; por tanto, de carácter legendario. La *Salve* no puede ser de San Bernardo, porque ya existía en códices anteriores a su época. En cuanto a la triple invocación final, la cita el abad cisterciense de Hautecombe y obispo de Lausanne unos años antes del viaje de San Bernardo a Alemania para predicar la cruzada, viaje en que, según Juan el Ermitaño, ocurrió dicho episodio (cf. *El autor de la Salve*, por el P. Santiago Navarro, C. M. F.: «Estudios Marianos», v. 7, p. 426).

mas»; y así escribió y acabó su epístola, en medio del agua, sin mojarse, porque la caridad, que movía al santo Padre a dictar la carta, fué tan poderosa, que cubrió el *papel* y le defendió del agua [4]. Y por este milagro se pone esta epístola por la primera de las de San Bernardo, que son admirables, y comienza: «Cum satis et plusquam satis», etc.

XI

Tuvo don de profecía, y por espíritu divino sabía las faltas que hacían sus monjes, aunque estuviesen muy lejos, y las tentaciones que padecían y las persecuciones que los seglares levantan. También es cosa cierta que algunas veces se le aparecían las almas de algunos monjes que morían en los conventos de su Orden, pidiéndole su bendición y licencia para irse a la otra vida. Vino una vez a Claraval un monje del monasterio fusnaciense y, queriéndose volver a su casa, San Bernardo le llamó aparte y le dijo: «Di a tal monje (nombrando la persona) que se enmiende de tal cosa (eran faltas muy ocultas); que, si no se enmienda, presto vendrá sobre él el juicio de Dios.» Quedó asombrado el monje y dijo al Santo: «Padre, ¿quién os ha dicho estas cosas?» Respondióle: «Sea quien fuere, dile tú lo que yo te digo, porque, si no lo hicieses, serás participante del castigo.» Ganó una vez que fué a Catalauno gran número de estudiantes para Dios, que habían sido discípulos de un famoso doctor, llamado Esteban de Vitreyo, y, estando un día platicando con ellos antes de darles el hábito, le avisó el portero que estaba a la puerta aguardando Esteban, maestro de aquellos mozos, que con ellos quería tomar el hábito. Alegráronse sobremanera los discípulos, por ver que su maestro los seguía, mas el Santo, alumbrado con luz del cielo, dió un gran gemido y dijo, oyéndolo todos: «El espíritu maligno le ha traído aquí; solo viene y solo se volverá.»

Quedaron todos maravillados de aquellas palabras, y el Santo, por no alterar las nuevas plantas, aunque de mala gana, le recibió con los otros novicios y le exhortó a la perseverancia. Pero al cabo de seis meses se salió, confesando él mismo que cuando estaba en la celda de los novicios

[4] *Vita prima*, l. 1, c. 11, n. 50.

veía un negrillo que le sacaba del oratorio. Y, puesto caso que el demonio le había traído para que fuese lazo a los otros, no salió con su intento, porque los demás con su salida se confirmaron en su vocación y él solo se salió [1]. Un monje llamado Gaufrido (a quien, estando muy desconsolado y sin remedio, el Santo le había alcanzado con su oración gran serenidad y singular alegría de conciencia), siendo novicio, deseó en extremo la salud eterna de su padre carnal, y pidió al Santo con gran afecto que le encomendase a Dios, y él le respondió: «No dudes, hijo, que tu padre ha de ser un buen religioso y yo le tengo que enterrar con estas manos.» Y así sucedió, porque el viejo entró en religión, y, afinado en la virtud, cayó malo estando San Bernardo lejos de Claraval; y anduvo cinco meses continuos peleando con la enfermedad hasta que volvió el Santo y se halló a su muerte y con sus manos le enterró, como lo había profetizado. Estando en Claraval otro monje llamado Roberto gravemente enfermo, fué desahuciado de los médicos, y, estando San Bernardo en Roma, se le apareció una noche en espíritu y le visitó amorosamente y cantó los maitines en compañía de algunos monjes, y por la mañana Roberto se halló del todo sano. Otra vez envió a un monje tudesco llamado Enrique a las partes más remotas de Alemania; el cual, temiendo que, antes que volviese de aquel largo camino, el santo Padre pasaría de esta vida (porque estaba muy flaco y debilitado), iba muy desconsolado por el deseo que tenía de recibir en aquel punto su santa y última bendición. Entendió San Bernardo el deseo y pena de su hijo, y echándole la bendición a la partida, le dijo: «Id con alegría, porque volveréis sano y me hallaréis vivo como deseáis.» Sucedió al buen monje que, pasando un río helado cerca de la ciudad de Argentina, cayó en él, y, ahogándose, vió delante de sí al santo Abad, y por su medio se salvó y volvió a su convento sano y alegre y halló sano al santo Padre, como él se lo había profetizado. Habiendo entrado en el convento de Claraval y tomado el hábito en él tres mozos, el uno de ellos, por instigación de Satanás, poco después lo dejó, y, temiendo los monjes que los otros dos novicios sus compañeros no hiciesen lo mismo, el Santo, mirándolos a la cara, dijo que uno de ellos no tendría jamás tentación de momento y que el otro sería combatido de muchas, pero que, al fin, preva-

[1] *Vita prima*, l. 1, c. 13, n. 65.

lecería y quedaría vencedor, y, como lo dijo, así sucedió[2]. En cierta ocasión, el rey de Francia, Luis, se enojó contra algunos obispos y los echó de sus iglesias, sin quererse amansar con las muchas y graves cartas que para aplacarle le escribió el siervo de Dios, ni con la humildad de los mismos obispos, que, echados a los pies del rey, le pedían perdón. Díjole el Santo, amenazándole: «Señor, esta vuestra obstinación costará la vida a vuestro hijo primogénito y príncipe jurado, Felipe.» El Santo lo dijo y Dios lo cumplió, y el rey, reconociendo su culpa, se humilló y rindió[3].

XII

Sería cosa de nunca acabar si quisiésemos proseguir esta materia. Bastan los ejemplos que hemos referido para entender los merecimientos, dones y excelencias de este gran siervo del Señor y que Dios le envió al mundo para que lo alumbrase con sus rayos, como un sol resplandeciente, y para que los papas, reyes, emperadores, príncipes y repúblicas gozasen de su luz y acudiesen a él en los negocios más obscuros y enmarañados, y él los ilustrase y desenvolviese; y no solamente las provincias más cercanas se aprovechasen de su santidad, doctrina, consejos y milagros, sino también las otras de Dacia, Suecia y demás le reverenciasen y le escribiesen cartas con extraordinaria devoción, como lo hicieron. Cualquiera cosa que hubiese traído sobre sí, se tenía por una preciosa reliquia; y hasta un plato de barro, por haber comido en él una vez el Santo, bastó para dar salud a un obispo que tomó unos bocados de pan y bebió un poco de agua que había mandado echar en él.

Y su báculo, puesto a la cabecera de la cama de una pobre mujer que era muy atormentada por el demonio, bastó para espantarle de manera que la dejase[1]. El concurso de la gente por dondequiera que pasaba era tan grande, que no se puede decir. En Roma no podía salir de casa sin que toda la corte y todo el pueblo se fuese tras él. En Milán y en otros lugares de Lombardía, por la innumera-

[2] Ibid., l. 4, c. 3, n. 18.
[3] Ibid., c. 2, n. 11.
[1] *Vita prima*, l. 2, c. 6, nn. 34-35.

ble gente que venía a verle y a tomar su bendición, era necesario que se encerrase y se asomase por alguna ventana y que de allí les diese su bendición. Cuando pasaba los Alpes, salían a él los pastores y hombres salvajes a porfía y quedaban haciendo fiesta por haberle visto.

XIII

Pero, habiendo sido este gran patriarca de la Iglesia tan honrado, tan estimado y reverenciado en el mundo, no le faltaron sus trabajos y persecuciones, con los cuales el Señor le quiso probar para que de ellas saliese puro y resplandeciente como el oro del crisol.

Hízose en su tiempo una jornada muy famosa para la conquista y defensa de Tierra Santa, que los infieles y sarracenos infestaban. Mandó el sumo pontífice Eugenio III, que había sido discípulo y monje de San Bernardo (como dijimos), a su Padre y Maestro que predicase la cruzada y las indulgencias de ella a todos los que fuesen a aquella jornada o para librar a sus hermanos o para dar sus vidas por ellos.

Predicó el Santo; y en prueba de que Dios le mandaba predicar, hizo innumerables y evidentes milagros; y movió tanto las provincias y reinos a tomar las armas, que el emperador Conrado y el rey Luis de Francia en persona con grandes ejércitos fueron a ella. Pero, por justo y secreto juicio del Señor, tuvo mal suceso, quedando nuestra gente deshecha y perdida, y los infieles triunfando con nuestros despojos e insolentes con la victoria. Hubo de este suceso grande tristeza y llanto en toda la cristiandad, y como San Bernardo había sido el principal predicador y solicitador de aquella empresa y el que más había animado y encendido los pueblos a ella, levantóse contra él una brava tempestad; llamábanle embaucador, embustero, falso profeta, ruina y calamidad de toda la cristiandad. Vióse muy afligido el fiel y bienaventurado siervo del Señor, y conoció que era tentación y probación suya y que Dios le hacía muy grande merced en servirse de él y tomarle por escudo para que todos los golpes de las murmuraciones y quejas y todas las saetas de las lenguas diesen en él y no en el Señor, como él mismo lo escribe al comienzo del segundo libro *De consideratione,* al papa Eugenio. Y para

que se viese que Dios había mandado que predicase lo que predicó acerca de esta jornada, además de los otros y grandes milagros que antes de ella había hecho en testificación de esta verdad, después de ella hizo otros y alumbró a un ciego. Y el Señor, que humilla a sus santos para más ensalzarlos, volvió por San Bernardo y nos dió a entender que hemos de obedecerle en lo que nos manda y reverenciar sus juicios y no escudriñarlos, y que muchas veces las pérdidas temporales son ganancias espirituales y ayuda para el cielo [1].

XIV

Estando, pues, el santo Abad ya viejo, cansado, exhausto y consumido de los trabajos, penitencias, enfermedades, caminos y negocios gravísimos de toda la vida y con grandes ansias de entrar en la eterna y ver cara a cara al sumo Bien, le sobrevino una enfermedad dolorosa y peligrosa de estómago, que no podía retener la comida, con suma flaqueza e hinchazón de piernas. Llevábala con tanta suavidad y dulzura de espíritu como quien, después de una larga navegación, se ve llegar al deseado puerto. El mismo escribe una carta al abad Arnaldo, amigo suyo, en que le da cuenta de su enfermedad con estas palabras: «Hemos recibido a vuestra caridad con caridad y no con alegría. Porque ¿qué alegría puede haber donde todo está lleno de amargura? Sólo el no comer me da algún deleite. El sueño ha huído de mí para que aun el dolor no se mitigue estando los sentidos dormidos. Todo lo que padezco es casi desmayos de estómago; hánseme hinchado las piernas y pies como a los hidrópicos, y en todos estos trabajos y dolores (por no encubrir al amigo que está cuidadoso del estado de su amigo, para hablar como menos

[1] Esta segunda cruzada al Oriente tuvo lugar entre los años 1147-1149. Su fin era sostener el pequeño reino de Palestina, implantado en la primera. San Bernardo, en su predicación, recorrió gran parte de Alemania. En los demás países influyó más con sus escritos que con su palabra. La cruzada no tuvo ningún éxito, ni siquiera parcial. Los soldados quisieron llevar a San Bernardo como caudillo, pero él se excusó diciendo: «¿Quién soy yo para hacer de general, ordenar las tropas en batalla y marchar a su frente? Y, aunque tuviera energías para ello, ¿qué cosa hay más distante de mi profesión?»

sabio según el hombre interior en la carne flaca), el espíritu está pronto. Rogad al Salvador que no quiera la muerte del pecador y que no dilate más mi fin, sino que le defienda y ampare.» Todo esto es de San Bernardo, dando cuenta de su última enfermedad y del ánimo que Dios le daba [1].

Estando ya para morir, se juntaron los obispos de los pueblos comarcanos y muchos abades y monjes. Lloraban todos con gran ternura la pérdida de tan santo Padre, pero él los animaba y consolaba, y por su humildad les decía que era ya razón que el siervo inútil y desaprovechado no ocupase aquel puesto en balde y que el árbol estéril fuese arrancado. Finalmente, entre las lágrimas y manos de sus hijos entregó su purísima alma al Criador el 20 de agosto del año del Señor 1153, siendo de edad de sesenta y cuatro años casi cumplidos. Para enterrarle le pusieron (como el mismo santo Padre lo había mandado) encima del pecho una cajita con unas reliquias de San Tadeo (de quien era muy devoto), que le habían traído aquel año de Jerusalén, y solía decir que tendría por singular beneficio del Señor salir del sepulcro el día de la resurrección general en compañía de este santo apóstol. Apareció algunas veces después de muerto a algunos de sus religiosos, resplandeciente y vestido de inmensa gloria, y obró muchos y grandes milagros, como los había hecho en vida, y canonizóle el papa Alejandro III el año de nuestra salud de 1165. Fué devotísimo (como dijimos) de la Beatísima Virgen María nuestra Señora, a la cual siempre miró como a su norte en su navegación, y túvola tan favorable y propicia, como se ve en el discurso de su vida, que aquí queda referido, y en los innumerables milagros y obras con que edificó, alumbró y espantó al mundo, que, sin duda, de esta devoción para la Virgen Santísima se derivaban en él como arroyos de su fuente. Tenía en su rostro una gracia maravillosa y apacible, más de espíritu que de carne; en los ojos resplandecía una pureza angélica y una simplicidad de paloma; el cuerpo era tan flaco y consumido, que parecía que no tenía su carne; la cara, sonrosada; el cabello y barba, rubia y en la vejez cana; la estatura, mediana y antes grande que pequeña. Dejó fundados 160 monasterios de su Orden, y tan poblados y llenos de tantos religiosos, que en sólo el convento de Claraval vivían 770. Lo

[1] *Vita prima*, l. 5, c. 2, nn. 9-10.

que toda la Iglesia debe a este Santo y glorioso Patriarca por la vida celestial que vivió, por los ejemplos admirables de todas las virtudes que dejó, por las obras y libros dulcísimos y doctísimos con que la ilustró, por los beneficios singulares y universales que le hizo, por los milagros estupendos que obró y por la sagrada religión que instituyó y amplificó y extendió por todas las provincias de la cristiandad y por lo que sus santos hijos y verdaderos imitadores de su gran Padre han hecho y hacen es tanto, que es mejor reverenciarlo con el silencio que apocarlo con nuestro bajo estilo.

INDICE DE LOS ESCRITOS DE SAN BERNARDO

1. *Sermones de tiempo.*
2. *Sermones de santos.*
3. *Sermones varios.*
4. *Sermones al Cantar de los Cantares.*
5. *Tratado sobre los grados de la humildad y de la soberbia.*
6. *Libro sobre el amor de Dios.*
7. *Apología a Guillermo, abad de San Teodorico.*
8. *Tratado a Enrique, arzobispo de Sens, sobre las costumbres y ministerio de los obispos.*
9. *Tratado sobre la gracia y el libre albedrío.*
10. *Alabanza de la nueva milicia de los soldados templarios.*
11. *Carta o diálogo sobre el antifonario cisterciense.*
12. *Oficio de San Víctor.*
13. *Tratado a Hugo de San Víctor sobre el bautismo y otras cuestiones por él propuestas.*
14. *Sermón o libro a los clérigos acerca de la conversión.*
15. *Puntos heréticos de Pedro Abelardo.*
16. *Tratado contra algunos puntos de los errores de Pedro Abelardo.*
17. *Libro sobre el precepto y la dispensa.*
18. *Libro sobre la vida y obras de San Malaquías, obispo de Irlanda.*
19. *Cinco libros sobre la consideración a Eugenio III.*
20. *Sentencias.*
21. *Cartas.*

INTRODUCCION GENERAL A LA DOCTRINA DE SAN BERNARDO

INTRODUCCION GENERAL A LA DOCTRINA DE SAN BERNARDO

I. LA OBRA DE SAN BERNARDO

La personalidad de San Bernardo es extraordinariamente fecunda en todos los aspectos de la vida. Fué el hombre del siglo XII, como San Agustín del V y Santo Tomás del XIII. Lo llenó todo con su sorprendente contribución a las diversas actividades humanas. Este es un hecho cierto e incontrastable, que no puede negar ninguno que haya leído la historia de su vida y de su obra [1].

Su actividad fué interna y externa. De su actividad interna tenemos la obra de su propia santificación. Obra grande, sobrehumana, de constante negación del propio ser para transformarle en el ser de Cristo, obra que exige para sí el máximum de nuestras energías. De su actividad externa tenemos, por una parte, una obra también grande y de numerosas facetas, que es su vida de acción como renovador del Cister, reformador de la sociedad laica y religiosa, defensor del Papado, pacificador de discordias y disensiones, obrador de milagros, etc.; por otra parte, su obra escrita, obra perenne que nos describe el pensar y el sentir del gran benedictino del siglo XII, y que contribuyó, como más adelante veremos, a imbuir en los espíritus de su tiempo y de los tiempos posteriores ideas claras que hiciesen germinar en sus corazones pensamientos de reforma y de perfección.

En este sentido, esta última obra de San Bernardo supera a las anteriores, pues mientras ellas se limitan a un campo de acción relativamente pequeño—su propia perso-

[1] VACANDARD, *Vie de Saint Bernard*, dos tomos. Perfecta en lo que se refiere a su actividad exterior, pero incompleta en lo que a su vida interior atañe. Sobre este aspecto véase la reciente obra de DOM J. LECLERCQ, O. S. B., *Saint Bernard Mystique* (Desclée de Brouwer 1948).

na, su siglo XII—, esta tercera tiene una área ilimitada. Mientras haya mundo, San Bernardo continuará trabajando, seguirá viviendo vida de acción mediante sus escritos.

Esta es la obra que ahora intentamos estudiar.

Sus escritos, en sí considerados, no son muy numerosos; llenan únicamente dos tomos de la *Patrología Latina* (182-183), cifra pequeña para muchos Santos Padres. Escritor fecundo por naturaleza, sus numerosas preocupaciones no le permitieron entregarse plenamente al trabajo intelectual. Con todo eso, sus pocas obras, en medio de una actividad semejante, nos causan admiración. Mas, si no por el número, sobresalió, ciertamente, por el valor de su doctrina. Por lo general, todas sus obras son de ocasión, pedidas por un tercero, a quien San Bernardo no se puede negar, o exigidas por su situación de abad, padre de sus monjes, a quienes debe distribuir el alimento espiritual de la palabra divina. Sólo el tratado *De laudibus Virginis Matris* le compuso con el único fin de saciar su devoción hacia la Santísima Virgen [2]. Y, como obras de acción, han de carecer naturalmente de la profundidad de los escritos largamente estudiados y concebidos. Esto no obstante, tienen su valor, porque tienden a un fin propio, que es ayudar a los otros en su conversión o santificación, y porque este fin le sigue y le alcanza San Bernardo hermosa y enérgicamente con la seguridad de quien domina la materia y la sabe llevar a la práctica.

Aunque sus escritos en la mayor parte sean de ocasión y momentáneos, hay unos que lo son más y otros que lo son menos. Para conocerlo bien, debemos hacer una clasificación de sus obras. En una parte podemos poner los sermones. Estos, que alcanzan la mitad de su producción, son, por lo general, los menos pensados, los menos estudiados, los menos ordenados; mas, por eso mismo, los más espontáneos, la expresión más justa de su sentir; y no ya de su sentir momentáneo y superficial, sino vivido constantemente, hecho su mismo ser. Los sermones, pues, aunque llevan consigo los defectos de toda obra improvisada, son un auténtico reflejo del sentir de San Bernardo.

[2] *De laudibus Virginis Matris*, pref.

En otra segunda parte podemos colocar las cartas[3]. Estas alcanzan la cifra de más de 460 auténticas, además de algunas otras dudosas, cifra a la que pocos Santos Padres han llegado[4]. Llenan la cuarta parte de su producción literaria y tratan en su mayoría de asuntos de disciplina. Constituyen, por lo mismo, un valioso aportamiento a su actividad externa. En ellas rarísima vez habla de sí[5]. Como los sermones, o quizá más, llevan la característica de la espontaneidad; y si los unos son la expresión genuina y desnuda de su sentir, las otras lo son de su alma ardiente, apasionada, integérrima, enamorada de la madre Iglesia. Finalmente, en una tercera parte podemos colocar sus tratados ascéticos y dogmáticos. Estos tienen más estudio y en ellos resplandece cierta lógica. Son la fuente del pensamiento bernardino.

Para saber comprender y apreciar en su justa medida las obras de San Bernardo y la doctrina que en ellas se encierra, debemos trasladarnos a su siglo, que es el siglo XII, tan diferente del nuestro en todos los aspectos, aun en la misma esencia de la vida, del sentir y del pensar. Ignorar esto sería naufragar en la apreciación de sus obras. Porque es indudable que muchas costumbres del siglo XII, ya se refieran a pasatiempos, ya a conversaciones o gustos literarios, que constituían para los de entonces raptos de delicias y de amor, a nosotros nos causan náuseas; su misma vida, tan monótona y pausada, nos resultaría insoportable. Así, pues, en las obras de San Bernardo hay muchas cosas que a nosotros nos pueden desagradar, pero que en su tiempo constituían el encanto de los oyentes. Por ejemplo, la cita continua que hace de la Sagrada Escritura —prescindiendo de si está o no conforme con las reglas de la justa interpretación—es algo que empalaga para muchos de hoy la lectura de sus obras. ¿Y quién se atreverá a afirmar que la cita frecuente de los sagrados Libros sea de mal gusto? ¿No es la Sagrada Escritura el libro de la unción, de la suavidad, de las dulzuras divinas? Cada siglo

[3] Pero no todas, sino sólo aquellas que tienen carácter de carta. Las otras más extensas, que constituyen verdaderos tratados, fueron objeto de un estudio más profundo, como lo indica el mismo San Bernardo en el exordio de cada una. En nuestra edición, como en la de Migne, forman parte de los tratados.

[4] San Gregorio Magno es el Santo Padre de quien más cartas se conservan; la cifra alcanza las 800.

[5] Cartas 266 y 449.

tiene sus gustos, más o menos logrados, pero que debemos respetar en estricto deber de justicia, si queremos que se respeten los nuestros.

Mas, prescindiendo de la época y de sus diversos gustos particulares y considerando las cosas desde el solo punto de vista de su objetividad, ¿no podríamos preguntar por sus defectos y virtudes? Y en nuestro caso, ¿no podríamos tratar de descubrir los defectos y virtudes de las obras de San Bernardo? Si tenemos fe en una cierta perfección-tipo, creada por la aceptación común y constante de la Humanidad basada en el progreso, es indudable que será más o menos perfecta una cosa según se adapte más o menos a este tipo universal de perfección.

Las obras de San Bernardo, como todas las obras humanas, tienen sus cualidades y sus defectos y, hablando en general, todas las cualidades y defectos de los escritores cristianos de la Edad Media. Es un hecho que no deja de sorprender la uniformidad que existe en todos éstos, principalmente en lo que se refiere a la literatura. Acostumbrados a ver la brevedad del imperio de los gustos modernos, nos sorprende una igualdad tan constante. Si describiéramos la historia de los gustos con una línea en la que se indicasen los altos y los bajos con una curvatura de la misma, en los siglos medios no se descubriría más que una gran recta con tenues ondulaciones. Estos defectos de San Bernardo, a que nos referimos ahora, por el hecho de ser defectos de toda la Edad Media y, por lo mismo, una herencia de sus mayores, no desdoran en absoluto la simpática y relevante personalidad del gran benedictino del siglo XII. Mas, aunque no rebajan su gloria, ésta habría crecido en alto grado si, descubriendo, a la manera de los genios, lo bueno y lo malo, lo perfecto y lo imperfecto que existe en todas las épocas, hubiera abandonado lo uno y perfeccionado lo otro. Los defectos son los siguientes :

1) Lamentable negligencia en escoger los textos de la Sagrada Escritura en que fundamenta su doctrina. La mayor parte de las veces tienen un sentido muy diverso del que San Bernardo les da. Tales textos, más que autorizar su doctrina, la desacreditan y desprestigian, sobre todo, ante los aficionados de hoy, ansiosos de objetividad.

2) Faltas igualmente notables en la exégesis bíblica por no conocer o, más bien, por no hacer caso de las leyes de la recta filología. Un ejemplo típico le tenemos en la

cuarta homilía sobre el *Missus est*[6]. San Bernardo comenta aquellas palabras del ángel a María: *Quia non est impossibilis apud Deum omne verbum*, y dice así: «¿Qué palabra habrá imposible para aquel que todo lo hizo con su palabra? Llámame la atención esto que hallo en el dicho del ángel, que no dice precisamente «porque no hay ninguna *cosa* imposible para él, sino ninguna *palabra*. ¿Acaso puso *palabra* porque Dios puede obrar todo cuanto se puede expresar con una facilidad incomparablemente mayor que aquella con que pueden los hombres decir cuanto quieren, aun lo que de ninguna manera pueden?» Y como esta explicación no acaba de satisfacerle, continúa dando otras explicaciones a cuál más originales. Y no hay que decir que se halla en una ignorancia invencible. Padres muy anteriores y que no ignoraba habían señalado con éxito los primeros principios de la recta filología. Tales son San Jerónimo, a quien San Bernardo no aprendió a gustar; San Juan Crisóstomo, Teodoreto y, en general, todos los Padres de la escuela antioquena.

3) Difusión excesiva en la exposición de sus ideas. Una de las razones por las que no agradan a muchos los escritos medievales es esta excesiva difusión. A consecuencia de la prolijidad de las ideas y de las repeticiones e intercalaciones de otras ideas secundarias, el espíritu se fatiga, y nace el tedio y la confusión. Diríase que estos autores no pretenden con sus obras un fin determinado y utilitarista, sino, más bien, entretener santamente a sus oyentes. Las producciones literarias son el reflejo de la vida de una época, y la vida medieval, sobre todo de los elementos nobles y cultos, careció con mucha frecuencia de fines verdaderamente prácticos. Para comprobar todo cuanto vamos diciendo en San Bernardo, basta un breve repaso de sus obras. Aunque escribió siempre con un fin marcadamente utilitarista, no logró independizarse por completo de este defecto de su época. No obstante, su dicción es correcta; su léxico, no muy rebuscado, y su doctrina, bastante clara.

4) El último defecto que vamos a señalar, más propio ya de San Bernardo, es la frecuente falta de síntesis y orden que se encuentra en sus sermones. Decimos en sus sermones porque, evidentemente, en sus tratados sigue cierta lógica más o menos pronunciada y visible. A veces,

[6] *Homilía 4 sobre el «Missus est»*, n. 7.

buscando una cosa, se encuentra otra, quizás más bella, pero que no viene a cuento. Este defecto le confiesa ingenuamente, aunque sin darle importancia, el mismo San Bernardo[7].

Pero junto a estos pequeños defectos, en cierto sentido imputables, hay inestimables virtudes que los absorben y hacen de los escritos de San Bernardo una obra maestra de extraordinario valor. Entre éstas sobresale, en primer lugar, la *unción*, «ese no sé qué de dulce, fuerte y tierno a la vez que empapa el estilo y le hace penetrar hasta las profundidades del alma, a la manera de la gracia divina»[8]. Por su boca parece hablar el Espíritu Santo, como en otro tiempo por la boca de la Esposa del Cantar de los Cantares. Todo en él es dulzura, suavidad, amor. Como el bálsamo oloroso, la palabra de San Bernardo penetra despacio, pero profundamente, en el alma, y, ya dentro, hace germinar pensamientos y obras de vida, de santidad y de amor de Dios. Este vocablo *unción* es propio de San Bernardo; es su palabra feliz, es la expresión poética de sus sentimientos tiernos hacia Dios, la Virgen y los santos.

Como segunda virtud señalamos la pureza de su doctrina. Fiel intérprete de los Santos Padres, enseña todo cuanto ellos han enseñado y mira con desconfianza todo cuanto no han profesado o la Iglesia no ha creído. La ortodoxia fué una de sus glorias que más amó. Nacía de su celo ardiente por la fe.

A éstas hay que añadir la vida, la piedad, el amor de Dios y de las almas que respiran todas sus obras. Los ejemplos son numerosos. Su unción y vida pueden verse en los sermones 67, 28, 83 de su comentario al Cantar; su piedad y amor a la Virgen, en sus homilías sobre el *Missus est*; finalmente, su amor de Dios, en los sermones sobre la vigilia y día de Navidad.

Es indudable, pues, que los escritos de San Bernardo tienen un valor grande y perenne que no poseen escritos de otros autores. Hay que admitir igualmente en ellos una verdadera superioridad de doctrina. La mejor prueba de este valor y superioridad es la fama imperecedera que le

[7] *Sermón 13 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 9; cf. *En la Natividad del Señor*, serm. 1, n. 8.

[8] VACANDARD, *Dictionnaire de Theologie Catholique*, palabra «Bernard», 5.

han conquistado, y de la cual goza y gozará mientras ellos existan y haya sobre la tierra fieles que los lean. Esta gloria no la adquirió por sola su vida, sino también y principalmente por sus obras. Mientras que la gloria que alcanza la vida es perecedera—porque la vida acaba—, la gloria que conquistan las obras intelectuales, las obras del espíritu, es perenne, porque el espíritu es eterno e inmortal. Ahora bien, San Bernardo no sólo tuvo gloria conspicua durante su vida, sino también después de su muerte; no sólo gozó de ella en los siglos medios, sino también goza en los modernos. Otra prueba de la superioridad de su doctrina es el título de doctor que le da la Iglesia, título que sólo algunos de sus fieles han merecido en veinte siglos de existencia. Además, diversos autores, entre ellos Mabillón, le han apellidado el último Padre de la Iglesia, no inferior a los primeros [9]. En favor de este aserto presentan la razón de que goza de todas las condiciones requeridas para ser Padre de la Iglesia, es a saber, santidad de vida, antigüedad, doctrina ortodoxa, basada no en argumentos filosóficos, sino en la Tradición y Sagrada Escritura. Tiene, igualmente, San Bernardo dos apelativos que caracterizan su doctrina y su personalidad: *Melifluo* y *Teodidacta*. El primero es el más conocido, y con él se le distingue ordinariamente desde principios del siglo XV. Este refleja las íntimas cualidades de su doctrina: unción, piedad, vida, amor, suavidad, dulzura, etc. El segundo explica el origen. Su doctrina no es de la tierra, sino del cielo; no es fruto de la humana inteligencia, sino de la oración, del fervor, de la meditación. Su doctrina es el amor inefable del Esposo celestial, que, destilado de los pechos de la Esposa fecunda, se infiltra suavemente en el alma de San Bernardo para de nuevo volver a brotar de sus labios santificados [10]. San Bernardo no se ha enseñado a sí mismo; ha sido Dios quien le ha enseñado.

Son muchos y muy entusiastas los elogios que han hecho de sus obras los diversos escritores—especialmente franceses—que han tratado de ellas. Oigamos a Fenelón en su panegírico de San Bernardo: «Escritos dulces y tiernos, sacados y confeccionados del mismo Espíritu Santo;

[9] «Ultimus inter Patres, sed primis certe non impar» (PL., t. 182, p. 26, n. 23).

[10] Figura empleada frecuentemente por San Bernardo al hablar de los oradores sagrados.

precioso monumento con que ha enriquecido a su Iglesia, nada os podrá destruir; y la continuidad de los siglos, lejos de ensombreceros, sacará de vosotros su luz. Viviréis para siempre y San Bernardo vivirá también en vosotros» [11].

II. FUENTES DE LA DOCTRINA DE SAN BERNARDO

Ya hemos indicado, al declarar por qué se le llama último Padre de la Iglesia, cuáles sean las fuentes de su doctrina: en primer lugar, las Sagradas Escrituras; en segundo lugar, la Tradición. Escritura y Tradición fueron siempre el gran argumento de San Bernardo.

Antes de que viniera la imprenta a multiplicar los libros, eran relativamente escasos los tratados de ascética, y los monjes se veían en la precisión de repetir la lectura de una misma obra. De aquí que recurrieran invariablemente a la Santa Biblia, monumento perenne y don divino, venido directamente del cielo. Las Sagradas Escrituras fueron el libro por antonomasia de San Bernardo. Constituían el alimento cotidiano de sus meditaciones. Confesaba de sí mismo que entendía mejor el sentido de las Escrituras en su misma fuente que en las exposiciones de los Santos Padres, lo cual no quería decir que los tuviese en descrédito [1]. Sabía de memoria todas las Sagradas Escrituras. Prueba de ello son las numerosas citas que hace a cada paso en sus escritos, principalmente en los sermones. Muchas veces, mientras meditaba, se le ponía delante de sus ojos toda la Sagrada Escritura con la exposición de la misma [2].

Es hermoso evocar la simpática figura de San Bernardo con su viejo pergamino de la Biblia, con sus ojos mirando fijamente hacia lo alto, con su corazón ardiendo en llamas de amor. ¡Cuántas veces habría recorrido esas

[11] «Doux et tendres écrits, tirés et tissus du Saint-Esprit même, precieux monument dont il a enrichi l'Eglise, rien ne pourra vous effacer; et la suite des siècles loin de vous obscurcir, tirera de vous sa lumière. Vous vivrez à jamais et Bernard vivra aussi en vous.»

[1] *Vita prima*, l. 1, n. 24.

[2] «Nam et confessus est, aliquando sibi meditandi vel oranti sacram omnem, velut sub se positam et expositam, aparuisse Scripturam» (*Vita prima*, l. 3, n. 7).

letras de mano de hombre que encierran pensamientos divinos! Un respeto misterioso le tiene sobrecogido, silencioso; está en comunicación con la divinidad; escucha atento, reverente, porque el Señor pasa como el soplo de la brisa, porque el Espíritu llama a la puerta del corazón sin ruido, con golpecitos que no se oyen. Todas esas palabras que tiene delante sobre el pergamino son un misterio, que en su humildad no se atreve a descubrir; por eso, su actitud orante, su mirar llamador. Pide a Dios que le revele los misterios que le presenta. Y he ahí que de improviso esa letra muerta y fría se convierte en manantial de doctrina y de santidad, alimento espiritual para sus pequeños. San Bernardo y la Biblia son dos amigos inseparables. El uno no puede vivir sin el otro; mejor, el uno —la Biblia—es la vida del otro.

Este su entusiasmo y devoción por la palabra sagrada nacía indudablemente de su fe, de su gran fe viva y apasionada, mas también de su gran cariño a todo cuanto le hablaba de Dios. Si amaba todo cuanto le hablaba de Dios, ¿por qué no iba a amar su misma palabra?

Su fe ardiente en la Sagrada Escritura le llevaba a creer en la revelación verbal del texto bíblico. Un error, ciertamente, recibido de Orígenes, su maestro en exégesis, pero que explica maravillosamente su fe generosa y total. La misma palabra, fría para nosotros, le iniciaba a él en secretos desconocidos. Y cuando su sentido permanecía oculto, se humillaba y pedía luces a la divina Sabiduría. Dios había puesto esa palabra, no otra, y Él sabía por qué. Esta su fe en la revelación verbal fué causa de sublimes períodos de mística poesía[3].

Mas, si amaba toda la Biblia y la meditaba toda entera, es indudable que algunas partes le atraerían más que otras, por el hecho de responder más perfectamente a su mentalidad o sentimentalismo. Ciertamente, el libro que más llenaba las aspiraciones de su alma era el Cantar de los Cantares. La mejor prueba de ello es el comentario que emprendió sobre el mismo. De entre los restantes libros, podía ponerse en primer lugar el Nuevo Testamento; en segundo lugar, los Salmos; en tercer lugar, los profetas; en cuarto lugar, los libros históricos. Si deducimos su afecto y frecuencia de lectura por el número de citas que de ellos hace, el orden será el siguiente: Salmos, con 1.519;

[3] *Sobre el «Missus est»*, homil. 2, n. 17.

San Pablo, con 1.388; San Mateo, con 614; San Juan, con 469; San Lucas, con 465; Isaías, con 358; Cantar de los Cantares, con 241; Proverbios, con 162; Eclesiástico, con 160; Jeremías, con 129; Job, con 110; Actos de los Apóstoles, con 94; Sabiduría, con 74; Génesis, con 71; Santiago, con 70; San Marcos, con 68; Exodo, con 57; San Juan (cartas), con 57; Apocalipsis, con 56; Eclesiastés, con 53; Ezequiel, con 46; San Pedro, con 45; Oseas, con 34; 1 Reyes, con 35; Deuteronomio, con 28; 2 Reyes, con 22; 4 Reyes, con 20; Habacuc, con 19; Levítico, con 13; Números, con 12; 3 Reyes, con 12; Malaquías, con 12; Daniel, con 11; Joel, con 11; Zacarías, con 11; Baruc, con 10; Amós, con 9; Tobías, con 7; Macabeos, con 6; Jueces, con 5; Miqueas, con 5; Sofonías, con 4; 1 Paralipómenos, con 3; 2 Esdras, con 3; Judit, con 3; Josué, con 1.

La segunda fuente hemos dicho que es la Tradición. Ya en tiempos de San Bernardo existían dos escuelas teológicas mutuamente contrarias. Una era la escuela antigua o tradicionalista, patrocinada por los maestros de San Víctor. Se distinguía por su carácter místico y su fidelidad a los Santos Padres. La otra era la escuela moderna o filosófica, con tendencias heréticas, cuyo objeto eran las especulaciones abstractas y la crítica filosófica de textos e ideas. De ella nacería más tarde purificada la escolástica. Paladines de estas dos escuelas fueron San Bernardo y Abelardo. San Bernardo sintió siempre aversión por la filosofía, que él consideraba completamente estéril, pues de nada sirve al hombre para alcanzar su último fin. Tenía en muy bajo precio a Aristóteles y a Platón y a todos los filósofos de su tiempo. Sin duda ninguna, le habían impresionado las crudas descripciones que de ellos hace San Pablo en su Carta a los Romanos [4]. Sus verdaderos maestros fueron siempre los apóstoles; no podía sino amar lo que ellos amaban y odiar lo que odiaban. «Mis maestros—exclamó una vez—son los apóstoles; ellos no me han enseñado a leer a Platón ni a ejercitarme en las disquisiciones de Aristóteles... Me han enseñado a vivir. ¿Piensas que es poca cosa saber vivir?» [5]

[4] Rom. 1, 21-32.

[5] *Serm. 1 en la fiesta de San Pedro y San Pablo*, n. 3; *Serm. 3 en Pentecostés*, n. 5.

Pero si para la filosofía y sus admiradores tenía fina ironía, para los Padres reservaba todo su cariño y veneración. A cada paso está repitiendo en sus escritos que no hace más que seguir las huellas de los Santos Padres [6]. Sufría sensiblemente cuando alguno le creía original en materias de fe. No es más que un divulgador de la doctrina de los Padres. Si le tachaban de servilismo y le reprendían por perder el tiempo de esta manera, contestaba que su fin era presentar el alimento espiritual de los Santos Padres a sus hijos [7]. Cuando, al investigar una cuestión teológica, encontraba divergencia en el sentir de los Padres, entonces se encogía de hombros y confesaba ingenuamente que no sabía nada sobre el particular [8].

Los Padres que más seguía—casi los únicos—eran los que la opinión pública de entonces consideraba como los maestros más autorizados de la Iglesia. Es fiel discípulo de San Ambrosio y San Agustín. Los llama las dos columnas de la Iglesia y confiesa que difícilmente se apartará de su parecer [9]. En un arranque de oratoria, llegó a decir de ellos: «Ya estén en el error, ya en la verdad, siempre seguiré a su lado» [10]. En moral, San Gregorio Magno es su autor favorito. Copia con frecuencia a Casiodoro en su comentario a los Salmos, aunque sin citarle. Muchos bellos pensamientos y muchas imágenes brillantes que hacían honor a San Bernardo han resultado ser de Casiodoro [11]. En cambio, le agrada muy poco la exégesis bíblica de San Je-

---

[6] «Vestigiis (Patrum) fideliter inhaerens, saepe de fonte, unde illi hauserant, et ipse bibebat» (Guillermo de Saint Thierry, *Vita prima*, l. 1, c. 4, n. 24).

[7] *Sobre el «Missus est»*, concl.

[8] *Serm. 5 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 7. Puede verse igualmente su piedad hacia los Padres y su empeño en seguir fielmente su doctrina en la carta 98, n. 1.

[9] *Tratado sobre el bautismo*, c. 2, n. 8.

[10] Ibid.

[11] Tales son, por ejemplo, los siguientes: en la segunda homilía sobre el *Missus est* escribe San Bernardo: «Hic agnoscitur... Verbum infans, aqua sitiens, panis esuriens... Vides, si attendas..., vitam mori, fortitudinem infirmari», etc. Y Casiodoro en su comentario al salmo 50, v. 1: «Quis enarrare sufficiat... ut ipse panis esuriret, fons vitae sitiret, virtus infirmaretur, omnipotens vita moreretur», etc. En el *Serm. 15 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 5, dice San Bernardo del aceite: «Lucet, pascit et ungit»; y Casiodoro en el comentario al salmo 127, v. 4: «De oleo civus conditur et lumen accenditur et fesso corpori subvenitur.» En el sermón 16, n. 14, sobre el mismo Cantar, dice San Bernardo: «Infudit oleum vulneribus, infudit vinum et oleum misericordiae.» Imagen copiada de Casiodoro en el mismo lugar. Finalmente, escribe San Bernardo en el *Serm. del domingo infraoctava de la Asunción*, n. 7: «Dignum plane stellis coronari caput, quod...ornet eas potius quam ornetur ab

rónimo. La aclaración fría, seca y verbal, dirigida más bien a la historia y ciencias adyacentes que a la espiritualidad y simbolismo, no llenaban su alma mística. Esto no obstante, le tuvo siempre por un verdadero maestro en ascética. Le llama «varón renombrado por las dotes de sabiduría y elocuencia»[12] y «nuestro intérprete»[13]. Además, entre las obras de San Jerónimo hay una parte que le entusiasma y que saborea con verdadero gusto espiritual. Son las cartas[14]. Entre los Padres griegos, invoca frecuentemente a Orígenes; fué muy entusiasta de su exégesis alegórica[15]. Mas no dudó en contradecirle enérgicamente[16] y llamarle blasfemo[17]. Cita también a San Atanasio[18].

Pero entre todos los Santos Padres hay uno que San Bernardo apreciaba sobre toda ponderación. Hijo suyo por el estado de vida que había abrazado, le amaba con verdadero amor infantil. Era San Benito de Nursia, padre de los monjes, a quienes alimentaba con su vida, con su doctrina, con su intercesión[19]. Su única obra—la *Regla de los monjes*—fué siempre para San Bernardo la maestra de su corazón y de su inteligencia. Ella le comunicó el ser de religioso y la vida espiritual y fundamentó su ideología ascética. En su corazón, la Regla de San Benito tuvo siempre un lugar de preeminencia muy junto a la Sagrada Escritura. ¿No era también un libro inspirado? El así lo creyó[20]. Esta influencia de la Regla de San Benito se descubre en todos sus escritos, pero principalmente en el tratado *Sobre los grados de la humildad y de la soberbia,* donde explana de una manera originalísima la doctrina expuesta por el Santo Patriarca en el capítulo 7.

De las restantes obras de San Bernardo, cuatro tienen sus análogos en la literatura patrística: 1) *Los sermones sobre el Cantar de los Cantares.* Ya Berenguer el Escolástico le reprochó, en su apología contra el acusador de

eis»; y Casiodoro al salmo 20, v. 3: «Haec est corona capitis, hoc regale diadema, quod non ornaret impositum, sed de Christo Domino potius ornaretur» (E. VACANDARD, *Vie de Saint Bernard* [París 1895], t. 1, p. 459). Cf. M. GARRIDO, O. S. B., *Los santos Padres y la liturgia usados por San Bernardo en su obra mariológica:* «*Estudios Marianos*» (1953).

[12] *Serm. 19 de los diversos,* n. 1.

[13] *Serm. 4 en el primer domingo de noviembre,* n. 3.

[14] En el *Tratado a Inocencio II, papa,* c. 1, n. 3, recomienda la carta de San Jerónimo a Avito como argumento decisivo.

[15] *Serm. 34 de los diversos,* n. 1.

[16] *Serm. 54 sobre el Cantar,* n. 3.

[17] *Tratado a Inocencio II, papa,* c. 1, n. 3. [18] Ibid.

[19] *Serm. sobre San Benito,* n. 8. [20] Carta 229, n. 3.

Abelardo, leída en el concilio de Sens, de haber copiado descaradamente a cuatro comentaristas del mismo Cantar anteriores a él, es a saber, a Orígenes, San Ambrosio, Recio de Autún y San Beda el Venerable. 2) *Los diecisiete sermones sobre el salmo 90* son una explanación de la doctrina de San Agustín en sus dos sermones sobre el mismo salmo [21]. 3) *Las cuatro homilías de alabanzas de la Virgen Madre* tienen citas textuales, tomadas de los comentarios de San Ambrosio y San Agustín al mismo texto de San Lucas. 4) Finalmente, su tratado *Sobre la gracia y el libre albedrío* es, como dice Mabillón, un resumen de la doctrina de San Agustín sobre el mismo tema [22].

Al pretender resaltar las fuentes escriturísticas y patrísticas de San Bernardo, no es nuestra intención negarle toda originalidad. Sin quererlo, y quizás por eso mismo, resultó original, al menos en la exposición. Si sus ideas no lo fueron siempre, porque no podían serlo, la unción que en todas sus obras se respira, el celo ardiente por la gloria de Dios y salvación de las almas, que su lectura sabe infundir en los corazones de los que las leen, son algo verdaderamente suyo. Pero ni siquiera en sus ideas se puede negar toda originalidad. Este sería un grave error. Siempre, junto a un pensamiento tomado de otra inteligencia extraña, o a propósito de él, hay una serie de pensamientos, secundarios unas veces y otras principales, nacidos de la propia fuerza creadora. Y ¿quién negará una genuina paternidad bernardina en los sermones, que, como hemos indicado, son fruto de una prolija meditación y de una improvisación momentánea? Y, si no se puede afirmar lo mismo en el campo de la dogmática, sería temerario negarlo en el de la mística. Es una verdad innegable que San Bernardo ha formulado en la mística, como San Agustín en la dogmática y San Gregorio en la moral, los primeros principios fundamentales, contribuyendo de esta manera a configurar ese cuerpo de espiritualidad pro-

[21] PL, t. 37, cols. 1139-1170.

[22] «Augustinae doctrinae eruditum quoddam summarium est» (PL, t. 182, p. 27, n. 25). Para mayores detalles: A. LE BAIL O. C. R., *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*, palabra «Bernard», col. 1469.

pio de la Iglesia católica, porque sólo ella posee al Espíritu Santo[23], que adquirirá su pleno desarrollo con los insignes místicos españoles del siglo XVI, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

III. DOCTRINA TEOLOGICO-DOGMATICA

Al estudiar las obras de San Bernardo, se formula inconscientemente en nuestra inteligencia una pregunta: ¿Fué verdadero teólogo San Bernardo? No nos cabe la menor duda de que fué impresionante orador y fervoroso poeta. Nos sorprende la dulzura y equilibrio de su dicción, la viveza y energía de sus descripciones cuando reprende los vicios de la sociedad civil y religiosa de su tiempo, nos entusiasma y conmueve cuando canta las bellezas de la virginidad, de la humildad, del amor divino; cuando ensalza las grandezas de la Madre de Dios. Por el contrario, nos da la impresión de decaer y hacerse pesado y superficial[1] cuando entra a exponer las verdades teológicas.

Esto no obstante, contestamos diciendo que San Bernardo fué eminentemente teólogo, porque sintió y amó la teología, sus valores y trascendencia espirituales—aunque no siempre supo expresar su pensamiento, embarazado por su estilo de orador—, y también porque nos ha dejado un verdadero monumento teológico. San Bernardo en su vida y en sus obras nos ha hablado de Dios, nos ha dicho lo que el hombre puede llegar a saber de El con su inteligencia elevado por la fe y nos ha demostrado cómo, aun desde este mundo, podemos alcanzarle hasta cierto grado mediante el amor.

En este monumento teológico que San Bernardo nos ha legado en sus obras, hay que distinguir dos partes: una dogmática y otra ascético-mística.

Las características peculiares que más resaltan en la parte dogmática, de la que ahora nos ocupamos, son, como se ha indicado: el tradicionalismo, o dependencia de los Santos Padres; fundamentación absoluta en la Escritura y Tradición, exclusión de toda argumentación filosófica.

---

[23] «Los protestantes, dice el cardenal Manning, tienen gran número de escritos sobre el dogma y algunos tratados de moral, mas no tienen nada de ascética y mística» (cit. por DOM B. MORÉCHAUX, en «Vie Spirituelle» [1927], abril-septiembre, p. 510).

[1] Véase *Serm. 5 sobre el Cantar de los Cantares.*

San Bernardo no fué metafísico. Despreció siempre las altas especulaciones, sobre todo las especulaciones extravagantes de muchos teólogos de su tiempo. Eminentemente práctico, deja las sutilezas y las cuestiones meramente intelectuales que no tienen un fin práctico. El fin de su acción, de su estudio, de sus escritos, es siempre el bien de los fieles. Había escrito ya en su comentario al Cantar de los Cantares[2] que sólo se había de estudiar para aprovecharse uno a sí mismo espiritualmente y, mejor, para edificar a los demás. Por eso, si comenzó algún trabajo de índole filosófico-dogmática, fué exclusivamente para proteger a la Iglesia e impugnar a sus adversarios, y siempre de un modo ocasional. Tal es el origen de los escritos contra Abelardo y el de los cinco libros de *Consideración*, a Eugenio III. Mas en este caso, dejando las cuestiones sutiles, accidentales y de adorno, va a la verdadera doctrina directamente y con sencillez, llegando a veces de este modo hasta donde ninguno de sus contemporáneos pudo llegar, y logrando así la admiración de los teólogos de su tiempo y de los tiempos posteriores[2*].

Conforme a lo dicho, la teología de San Bernardo marca un retroceso—sin el carácter peyorativo de la palabra—en la historia del dogma cristiano. La exposición dogmática, que con San Anselmo había emprendido sendas desconocidas por la filosofía y la razón, en San Bernardo se detiene y vuelve al camino antiguo y trillado de la fundamentación en la Escritura y Tradición.

Otros caracteres del dogma de San Bernardo son la claridad y la perfecta ortodoxia, de los que ya hemos hablado.

ARTICULO 1

Principios, métodos y regla de fe

Antes de exponer el pensamiento bernardino sobre las diversas verdades de nuestra fe, es conveniente señalar sus ideas sobre lo que podríamos llamar *principios, métodos y regla de fe*. No tiene San Bernardo ninguna obra en que haya tratado directamente sobre el particular; con

[2] *Serm.* 36, n. 3.

[2*] Como prueba de este nuestro aserto, léanse los sermones 80 y 81 sobre el *Cantar de los Cantares*.

todo eso, están bastante bien especificadas en sus dos opúsculos contra Abelardo y sus errores.

§ 1. Principios

Para San Bernardo, los principios deben ser firmes y absolutamente verdaderos, sobre todo en teología. Estos principios han de tener como base la Sagrada Escritura y la Tradición. La filosofía no puede dar nada seriamente cierto[3]. Ya hemos hecho notar su desconfianza de toda cuestión tratada filosóficamente, desconfianza que a nosotros no deja de extrañarnos, pero que en San Bernardo tiene su fácil explicación. Espíritu esencialmente tradicionalista, no podía ver con buenos ojos todo cuanto se apartase del parecer sagrado de los Padres. Además, si este estudio filosófico de las verdades del cristianismo no era de por sí causa del error, es cierto que en su tiempo trajo como consecuencia graves errores. Estos principios deben ser, también, firmes y verdaderos, porque la fe es firme y absolutamente cierta. San Bernardo insiste sobre este punto de la certidumbre de la fe. Distingue tres estados con respecto a la verdad: el de la fe, el de la inteligencia y el de la opinión. Los dos primeros son ciertos, uno basado en la autoridad y otro en la razón. Por lo mismo, si los dos poseen la certidumbre, no hay motivo para que la razón se meta en el dominio de la fe. Si así lo hiciera, «sería culpable de lesa majestad»[4]. La razón es insuficiente para conocer las verdades de fe. Por eso, al pretender Abelardo dar razón de todo cuanto está sobre la razón, presumió contra la razón y contra la fe[4*]. Un ejemplo de cómo estos principios, para que sean firmes, han de estar basados o tomados de la Escritura y Tradición es el caso de la crítica que San Bernardo hizo de la definición de la fe dada por Abelardo[5].

§ 2. Método

Visto cómo han de ser los principios, fácilmente se

---

[3] *Sobre los errores de Abelardo*, c. 1, n. 1.

[4] «Intellectus, si signata fidei tenet irrumpere, reputatur effractor, scrutator maiestatis» *(De la consideración*, l. 5, c. 3, n. 6).

[4*] «Dum paratus est de omnibus reddere rationem, etiam quae sunt supra rationem, et contra rationem praesumit et contra fidem» *(De los errores de Abelardo*, c. 1, n. 1).

[5] Ibid., c. 4, n. 9.

adivina el método. Para el estudio de la teología hay que partir de la sola fe. La razón es mejor dejarla a un lado, pues no puede explicar, al menos en su mayor parte, las verdades de la religión. Pretender lo contrario es precipitarse uno mismo en el error. De aquí las incongruencias de Abelardo [6]. San Anselmo dijo: «Creo para entender» [7], San Bernardo dice únicamente: «Creo»; le basta la fe para llenar su corazón, su voluntad y su inteligencia. La fe es un sello divino que oculta a nuestra razón los misterios sagrados; si ésta le quisiera romper, cometería un crimen de lesa majestad [8]. San Bernardo se siente obsesionado por la arrogancia teológica de Abelardo: «No se puede creer nada que antes no se haya entendido» [9]; sus expresiones del tratado a Inocencio II contra los errores de Abelardo son tan enérgicas como las de sus cinco libros *De la consideración*, a Eugenio III. Su lucha con Abelardo fué causa de que formulara de esta manera su método.

§ 3. Regla de fe

En este punto es aún más explícito y más claro. Todo conocimiento debe partir de la fe. Pero ¿cuál es lo que hemos de creer? Mejor, ¿quién es el que nos ha de indicar lo que hemos de creer? San Bernardo, sumamente humilde, está muy lejos de atribuir a su propia razón, como hacía Abelardo, la prerrogativa sobre cuanto se ha de creer o no creer. Busca otra persona distinta de sí, pero muy superior a su razón. Esta es la Iglesia, y en la Iglesia, el sumo pontífice. Tanto es así, que cuando la Iglesia interpreta los textos de la Sagrada Escritura y los aplica a alguna circunstancia particular, descubre su verdadero sentido y la expresión adecuada de la verdad [10]. El papa es el llamado a traer la luz en las cuestiones obscuras [11]. Cree igualmente en su infalibilidad [12].

---

[6] Ibid., c. 1, n. 1.
[7] *De fide Trinitatis et de Incarnatione Verbi*, pref.
[8] *De la consid.*, l. 5, c. 3, n. 6.
[9] «Nec credi posse aliquid, nisi primitus intellectum» (*Historia calamitatum*, ed. Cousin, p. 18).
[10] *En la vigilia de Navidad*, serm. 3, n. 1.
[11] Carta 174, *Sobre la cuestión de la Inmaculada Concepción*, n. 9.
[12] Véase p. 80 su pensamiento sobre el papa.

ARTICULO 2

Dios y Trinidad

San Bernardo habla con mucha frecuencia de Dios. Puede decirse que todas sus obras son una explicación de lo que es Dios en sí y para nosotros, un gran himno a su inmenso amor a los hombres. Pero de una manera objetiva y metódica trata de Dios y la Trinidad en el libro 5 *De la consideración* y en el opúsculo o carta a Inocencio II *Sobre los errores de Pedro Abelardo*. Sus ideas principales son las siguientes:

§ 1. Dios

Dios es inefable. No podemos conocer su esencia, mas sí su existencia, por medio de las criaturas. Las criaturas llevan al Creador. Todo cuanto vemos en la tierra: perfecciones, variedad de seres, etc., no son más que tenues resplandores de su divinidad. Lo bueno que hay en las criaturas hay qu suponerlo en Dios de un modo eminentemente más perfecto [13]. Tan por encima de nosotros es Dios, que ni siquiera conocemos su verdadero nombre; los que le damos no son más que imágenes y figuras [14], que no definen su esencia, sino que especifican diversas relaciones que tiene con nosotros [15]. Mas, aunque consciente de nuestra impotencia para conocer a Dios perfectamente mientras vivimos en este mundo rodeados de este cuerpo mortal [16], San Bernardo se pregunta qué es Dios. Para responder a este interrogante, busca la respuesta que anteriormente se diera San Anselmo: *Es lo más perfecto que se puede pensar* [17]. Es su mismo ser y el ser de todos [18]. Contiene en sí todas las perfecciones [19]. Finalmente, es nuestro deber y una necesidad de nuestra naturaleza el pensar siempre óptimamente de Dios [20]. Con esta definición San Bernardo quiere destruir los argumentos de al-

[13] *Serm. 31 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
[14] *Serm. 74 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
[15] *Serm. 8 de los diversos*, n. 1.
[16] *Serm. 38 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 5.
[17] *Proslogion*, c. 2.
[18] «Quis est Deus? Quod melius cogitari potest» (*De la consid.*, l. 5, c. 7, n. 15).
[19] Ibid. c. 6, n. 13.
[20] Ibid c. 7, n. 16.

gunos que pretendían hallar una sutil distinción entre Dios y la divinidad. Si Dios *es lo más perfecto que se puede pensar*[21], es, en consecuencia, uno y simplicísimo[22].

§ 2. Trinidad

Aunque Dios es uno y simplicísimo, es también trino. Esto es algo que a primera vista sorprende. San Bernardo se deja llevar de su espíritu retórico y exclama: «Pero ¿qué? ¿Vamos a destruir ahora todo cuanto hemos dicho de su unidad?»[23] A continuación, resuelve el misterio sencillamente, con una simple exposición de la verdad tal como se halla en los Santos Padres: Dios es uno en esencia y trino en personas[24]. Este es el dogma de la Iglesia, lo que hay que creer para salvarse, lo completamente razonable; todo lo demás es perder el tiempo. Aquí es donde San Bernardo desprecia con mayor franqueza las especulaciones de los filósofos[25]. Esto nos parecerá tal vez demasiado duro y excesivo; nunca ha estado prohibido un examen respetuoso del misterio. Mas para comprender y apreciar a San Bernardo, debemos fijarnos a quiénes se dirige: a unos teólogos-filósofos contemporáneos cargados de mucha soberbia, pero de muy poca ciencia, entre los cuales sobresale, como paladín, su perpetuo enemigo, Pedro Abelardo. Este había pretendido explicar la esencia de la Santísima Trinidad por medio de comparaciones tomadas de la naturaleza, a las que daba un valor verdaderamente demostrativo. Había dicho, por ejemplo, «que el Padre es el poder; el Hijo, la sabiduría; el Espíritu Santo, el amor». Estas expresiones indignaban a San Bernardo, quien, en celos por la ortodoxia, exclamaba: «El Padre es todo lo que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; el Hijo es todo lo que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; el Espíritu Santo es todo lo que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo»[26].

---

[21] Ibid.
[22] Ibid., c. 7, nn. 16-17.
[23] «Quid ergo? Destruimus quod dictum est de unitate, quia inducimus trinitatem?» (ibid., c. 7, n. 17).
[24] Ibid., cc 7-8.
[25] «Sacramentum hoc magnum est et quidem venerandum, non scrutandum... Scrutari hoc temeritas est» (ibid., c. 8, n. 18).
[26] *De los errores de Abelardo*, c. 2.

ARTICULO 3

Cristología

La doctrina de San Bernardo en Cristología se refiere casi exclusivamente a la redención. Sin duda ninguna, era este misterio el que más atraía el corazón del Santo. Rico de contrastes, en que se descubren abismos de amor, de humildad, obediencia y abatimiento junto a las mayores sublimidades, proporcionó a su oratoria recursos inagotables. La redención era su idea fija y obsesionante; tan fija, que todo lo veía a través de ella, y tan obsesionante, que muchas veces, comenzando un tema cualquiera, terminaba hablando de la redención. El mismo lo confesaba [27]. Científicamente habla de la redención en su escrito contra Abelardo y en el libro 5 de *La consideración*. Su exposición nunca la habríamos tenido si Abelardo no le hubiera dado ocasión con sus errores. Este había escrito que el demonio no tuvo jamás sobre el hombre otro poder que el de un simple carcelero, que el Hijo de Dios no se había encarnado para redimirnos, y que, por lo mismo, su muerte no tuvo por fin rescatarnos, pues si por el pecado de Adán la humanidad había ofendido a Dios, mucho mayor debía ser la ofensa por la muerte de su mismo Hijo [28]. Estas expresiones herían necesariamente la sensibilidad de San Bernardo y las fibras más delicadas de su amor. En su tratado contra Abelardo responde, como siempre, enérgicamente, rebatiendo los errores y exponiendo la verdadera doctrina; comienza con un duro apóstrofe: «¿Qué hay más intolerable en estas palabras, la blasfemia o la arrogancia? Todos, dice, piensan así (ortodoxamente), pero yo no. Pues ¿quién eres tú?» [29]

Las principales ideas de la doctrina de San Bernardo son: el demonio tuvo un verdadero poder sobre el hombre, aunque usurpado; el hombre se le entregó libremente, y los dos fueron criminales [30]. Sólo el Hijo de Dios rescató al hombre del poder del demonio, dando su sangre por él y

---

[27] «Sed ecce, dum loquimur de mysteriis Nativitatis ad scrutanda repente venimus sacramenta Dominicae Passionis» (*En Navidad*, serm. 1, n. 8).

[28] *Principales herejías de Abelardo*, 4.

[29] *Errores de Abelardo*, c. 5, n. 11.

[30] Ibid., c. 5, n. 14

presentando al Padre una reparación satisfactoria [31]. Cristo, al ser condenado injustamente, libertó con toda justicia del imperio de la muerte y del demonio al que les estaba sujeto [32]. Si uno solo murió por todos y todos murieron, padeciendo uno solo—Cristo—por todos, es justo que todos vivan. Y es verdad esto en virtud de la unión mística entre Cristo y los hombres [33]. Con la misma razón que a los descendientes de Adán se les comunica su malicia, a los de Cristo se les comunica su justicia, pues las circunstancias de nuestra regeneración son las mismas que las de nuestra perdición. Dios salvó al hombre por el mismo camino que éste se condenó. Si uno nos perdió, es justo que otro nos salve; si nos hicimos esclavos del demonio sin contar con el primer dueño, es justo que nos salvemos sin contar con el tirano [34].

ARTICULO 4

Mariología

Se le llama ordinariamente a San Bernardo el Doctor de María, su caballero y su cantor, a causa de la gran unción con que ha escrito y ha sentido de María. Esto no obstante, son pocos relativamente los escritos salidos de su pluma que tratan de la Virgen. Entre sus numerosísimos sermones—337—, sólo están dedicados a la Virgen: uno en la fiesta de la Purificación (serm. 3), dos en la fiesta de la Anunciación (serms. 2 y 3), tres en la fiesta de la Asunción (serms. 1, 2 y 4), uno en el domingo infraoctava de la Asunción, llamado de «las doce prerrogativas»; uno en la Natividad de la Santísima Virgen, llamado «del acueducto», y uno entre los diversos (52). Además de éstos, las cuatro homilías sobre las palabras del evangelio de San Lucas *Missus est...*, titulado *Alabanzas de la Virgen Madre,* así como también gran parte de los sermones del tiempo de Navidad, en los que trata especialmente de la divina maternidad de la Santísima Virgen. Entre las cartas conviene igualmente citar

[31] Ibid., c. 5, n. 14; c. 6, n. 15.
[32] Ibid., c. 6, n. 15.
[33] *Errores de Abelardo,* c. 6, n. 15.
[34] Ibid., c. 6, n. 16.

la 174, a los canónigos de Lyón, sobre la fiesta de la Concepción de María.

No obstante la brevedad de sus escritos mariológicos, San Bernardo nos presenta un estudio satisfactorio de las prerrogativas de la Santísima Virgen ; estudio, sin duda ninguna, de inestimable valor, porque nos transmite, sintetizada, la tradición de los diez siglos anteriores [35].

§ 1. María, segunda Eva

En la mente de San Bernardo, María es, primero que nada, la segunda Eva. «Dios, dice, quiso reconciliar consigo al hombre por el mismo modo y orden que había caído» [36]. Y lo hizo suscitando una mujer enemiga del demonio, que, a su vez, le engañara y le venciera mediante otro hombre que al mismo tiempo fuese Dios [37]. Esta mujer elegida desde toda la eternidad por el Altísimo para este fin sublime, predestinada por los Padres y prometida por los profetas [38], debía ser una antítesis de Eva [39]. En María encontraron Adán y Eva a la consoladora de su desdicha, a la restauradora de su honor [40].

§ 2. Divina maternidad

La divina maternidad de la Santísima Virgen fué una consecuencia de su predestinación a desempeñar el papel de segunda Eva. Sería segunda Eva si cooperaba a nuestra redención dándonos al Redentor. Estuvo, pues, igualmente, predestinada desde toda la eternidad a ser la madre-esposa del Hijo de Dios [41], la mujer que había de ro-

---

[35] «Saint Bernard est comme la synthèse harmonieuse et féconde de dix siècles d'enseignement sur Marie» (CLEMENCET, C., *La Mariologie de Saint Bernard* [Brignais 1909], p. 119).

[36] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 13.

[37] Ibid.

[38] Ibid., n. 4, 1.º Entre las profecías merecen notarse: a) *La mujer del protoevangelio*, vencedora de la serpiente (Gen. 3, 15); b) *El Tallo de la raíz de Jesé* (Is. 11, 1); c) *La mujer rodeando al Varón* (Ier. 31, 22); d) *La Virgen madre del Emanuel* (1 Io. 7, 14). 2.º Entre los símbolos: a) *El árbol de la vida* (Gen. 2, 9); b) *La zarza ardiendo* (Ex. 3); c) *El vellocino de Gedeón* (Iud. 6, 37-40); d) *El huerto cerrado y la fuente sellada* (Cant. 4, 12); *La puerta oriental* (Ez. 44, 2). 3.º Entre las figuras: a) *Rebeca* (Gen. 24, 15-20); b) *La mujer fuerte* descrita por Salomón (Prov. 31, 10).

[39] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 2.

[40] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 3.

[41] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 15.

dear al Varón-Cristo, la Virgen madre del Emanuel [42]. Pero, aunque predestinada, la Santísima Virgen mereció la dignidad de Madre de Dios [43]. En la homilía 3 sobre el *Missus est*, nos describe poéticamente San Bernardo a la Santísima Virgen adornada de preciosas virtudes y atrayendo a sí, con el olor de las mismas, al Señor de los cielos [44]. Las virtudes con que mereció la maternidad divina fueron, principalmente, la virginidad y la humildad. Con su virginidad agradó a Dios y con su humildad mereció concebirle [45]. Su fe, su obediencia, su entrega absoluta, junto con la renuncia de sí misma, completan la suma de sus méritos [46].

La maternidad de la Santísima Virgen sobrepasa toda dignidad creada, la hace superior a los ángeles, la da autoridad sobre el mismo Dios [46*]. María, por su divina maternidad, es la única entre los hombres, la que no tuvo ni tendrá semejante [47]. No ha habido en la tierra un lugar más digno que el seno virginal de María [47*]. Puede muy justamente llamar hijo a la misma persona a quien Dios Padre llamó hijo de sus complacencias [48]. Era justo, por tanto, que la que debía ser madre de Dios concibiese virgen [49]. San Bernardo ensalza sobremanera las prerrogativas de esta concepción virginal: «Fué una concepción nueva y única; una gestación sin molestias y un parto sin dolor» [50].

§ 3. Corredención

Según San Bernardo, la Santísima Virgen cooperó en virtud de su papel de segunda Eva a la obra de nuestra redención. En María puso Dios todo el precio de nuestro rescate [51]. Fué asociada a la obra de la redención para que,

---

[42] Véase la nota 38, 1.º, a).
[43] En el orden *executionis*, mas no en el orden *intentionis*.
[44] *Hom. 3 sobre el «Missus est»*, n. 2. Igualmente, dice que mereció la divina maternidad en el *Serm. 2 de Adviento*, n. 5.
[45] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 5.
[46] *Hom. 3 soore el «Missus est»*, n. 3; cf. *Serm. 2 de Navidad*, n. 4.
[46*] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 7.
[47] *Serm. 4 en la Asunción de María*, n. 5.
[47*] *Serm. 1 en la Asunción de María*, n. 3.
[48] *Serm. 2 en la Anunciación de María*, n. 2.
[49] *Serm. 4 en la Asunción de María*, n. 5.
[50] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 9.
[51] *Serm. en la Natividad de María*, n. 9.

así como en nuestra ruina tomaron parte un hombre y una mujer, así también en nuestra redención la tomarán otro hombre y otra mujer [52]. La corredención, pues, que patrocina San Bernardo es la corredención mediata, es decir, la corredención mediante su divina maternidad; dándonos al Redentor, cooperó a nuestra redención. Aquí, como en todo, San Bernardo sigue a los Santos Padres. Son numerosos los pasajes de sus obras en que nos habla de esta corredención mediata, aunque sin emplear, claro está, la terminología moderna. Puede decirse que todos sus sermones sobre Adviento y Navidad son un elogio de la corredención mediata de la Santísima Virgen.

Esta es la razón por que la divina maternidad de la Santísima Virgen tenía a los ojos del Santo una importancia capital. Con su maternidad nos rescató a los hombres. Poéticamente, al mismo tiempo que terminantemente, lo declara en la homilía 4 sobre el *Missus est:* «Toda la creación, el mismo Dios inclusive, están pendientes de los labios de María; su *fiat* a las proposiciones del ángel será el precio de nuestra salvación. Si consiente, seremos librados al instante. De sus labios depende la consolación de los miserables, la redención de los cautivos, la liberación de los condenados, la salvación de todos los hijos de Adán» [53].

§ 4. Maternidad espiritual

San Bernardo no habla expresamente de la maternidad espiritual de la Santísima Virgen. Es notable que en sus escritos nunca llama a María madre nuestra o madre de los hombres [54]. Esto no obstante, San Bernardo da a entender que es madre espiritual de todos los hombres al presentarla dando la vida, que habían perdido, a los pobres desgraciados que estaban en expectación [55]. El principio de esta maternidad espiritual es su cooperación a la redención. San Bernardo así lo da a entender por el contexto de sus obras [56], aunque claramente no dice nada.

[52] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción,* nn. 1-2.
[53] *Hom. 4 sobre el «Missus est»,* n. 8.
[54] MORINEAU, B. M., S. M. M., *Comment la doctrine de la Maternité Spirituelle de Marie s'installe dans la Theologie mystique de Saint Bernard:* «Bull. de la Soc. Fr. d'Et. Mar.» (1939), pp. 121-148.
[55] *Serm. 4 en la Asunción de María,* n. 8.
[56] *Hom. 2 sobre el «Missus est»,* n. 3.

§ 5. Dispensadora de todas las gracias

Todos están acordes en dar a San Bernardo el título de doctor de la mediación mariana [57]. Fué uno de sus temas favoritos. Bitremieux le llama «el testigo, sin duda ninguna, mayor del siglo XII en materia de mediación» [58]. Es, pues, abundante la doctrina del santo Doctor sobre el particular: María es la medianera entre Cristo y la Iglesia [59]; es nuestra medianera ante el mediador Cristo. Para eso ha sido hecha. Este oficio la es connatural, nadie más a propósito que ella, que tiene entrañas femeninas de amor, de piedad y misericordia [60]. En el cielo es nuestra reina, que nos ha precedido y a la que hemos deputado para ser nuestra abogada [61]. Desde este día se ha abierto un amplio y constante comercio entre el cielo y la tierra [62].

Pero no sólo se contenta San Bernardo con afirmar que la Santísima Virgen es nuestra medianera y abogada; va más lejos aún. Clarísimamente afirma la actual dispensación de todas y cada una de las gracias por María [63]: «Porque éramos indignos, dice, de que se nos diese nada, se nos dió a María, para que por medio de ella recibiésemos lo que habíamos de recibir; Dios quiso que no tuviésemos nada que antes no hubiese pasado por María» [64]. Si en nosotros hay algo de esperanza, de caridad o de salvación, lo hemos recibido de María. Ella es el sol y la estrella de nuestra existencia. Es voluntad expresa de Dios, que ha querido que todo lo tengamos por María [65]. María es, en fin, la vía real por la que Cristo viene a nosotros y por la que nosotros debemos ir a El [66], el acueducto por el que nos llega la plenitud de la fuente que mana en el corazón del Padre [67]. Pero ¿cuál es lo que María nos alcanza, lo que nos viene por medio de ella? La gracia y

---

[57] ROSCHINI: *Mariología* (1941), t. 1, p. 305.
[58] *De mediatione universali*, p. 204.
[59] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 5.
[60] Ibid., n. 2; cf. *Serm. de la Natividad de María*, n. 7.
[61] *Serm. 1 en la Asunción de María*, n. 1.
[62] Ibid.
[63] Con lo cual rebatimos a J. Ude, quien pretendió probar en *Ist Maria die Mittlerin aller Gnaden?* que San Bernardo no enseñó una actual dispensación de todas y cada una de las gracias.
[64] *Serm. 3 en la Vigilia de Navidad*, n. 10.
[65] *Serm. en la Natividad de María*, nn. 6-7.
[66] *Serm. 2 de Adviento*, n. 5.
[67] *Serm. en la Natividad de María*, n. 4.

todo cuanto hay de bueno [68]; pero, de una manera especial, la gracia de la devoción [69]. En María encuentran alegría los ángeles, gracia los justos, perdón los pecadores [70]. Para esto fué llena de gracia, para que, rebosando, nos diese parte a nosotros [71].

El ser María nuestra medianera y el acueducto por el que nos han de venir todas las gracias tiene su razón psicológica. Jesucristo es nuestro mediador suficiente; mas porque al mismo tiempo que hombre es nuestro Dios y nuestro juez, cosa que podría ahogar en nosotros la confianza, se nos ha dado a María, que es de nuestra misma carne, para que en los cielos interceda por nosotros [72].

§ 6. Realeza

San Bernardo no tiene entre sus obras ninguna referencia explícita a la realeza de la Santísima Virgen. Con todo eso, podemos afirmar que creía en ella, por los títulos reales que la da con frecuencia. La llama «nuestra Reina» [73], «Reina de los cielos» [74], «Señora de todas las cosas» [75], «Señora del mundo», «Reina del cielo» [76], etc.

§ 7. Inmaculada concepción

Entre los escritos de San Bernardo hay una carta famosa—la carta 174—que nos presenta claramente su pensamiento sobre el privilegio de la inmaculada concepción de María. Según su contenido, hay que afirmar sinceramente que San Bernardo negó a la Santísima Virgen esta prerrogativa, al mismo tiempo que rechazaba la celebración de la fiesta como algo nuevo e inaudito, que, más que honrarla, la deshonraba [77]. «Si no fué santa (su concepción), ¿por qué celebrarla con día de fiesta?» [78]. Sostiene y

[68] Ibid., nn. 7-8.
[69] *Domingo primero después de la octava de Epifanía*, n. 4.
[70] *Serm. 2 en la fiesta de Pentecostés*, n. 4.
[71] *Serm. 2 en la Asunción de María*, n. 2; cf. *Serm. en la Natividad de María*, n. 5.
[72] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, nn. 1-2.
[73] *Serm. 1 en la Asunción de María*, n. 1.
[74] Ibid., n. 2.
[75] *Serm. en la Natividad de María*, n. 11.
[76] *Serm. 2 en la fiesta de Pentecostés*, n. 4.
[77] Carta 174, n. 1.
[78] «Quo pacto... festus habetur qui (conceptus) minime sanctus est?» (ibid., n. 9).

prueba que la Virgen fué santificada antes de nacer [79]. «Mas ¿por qué añadir otros honores a éstos? Pudo, ciertamente, la santificación operada en la ya concebida pasar a su nacimiento, mas no pudo volver a su concepción, que ya había pasado [80]. ¿De dónde, pues, la santidad de su concepción?...» [81] Y sigue exponiendo sus razones en contra de la inmaculada concepción de María. Al leerlas, se siente uno desconcertado al ver la pobreza de semejante argumentación. Concluye con estas dos afirmaciones: «Si, pues, no pudo ser santificada antes de su concepción, porque no existía, y tampoco en su concepción, por el pecado que concurría, réstanos el creer que, existiendo ya en el seno, recibiese la santidad» [82]. «A algunos hombres se les ha dado el nacer con santidad, mas no el ser concebidos» [83].

Después de leída esta carta, nadie puede dudar del pensamiento de San Bernardo sobre la cuestión. Con todo eso, algunos mariólogos [84] han querido sostener que creyó en la inmaculada concepción de la Santísima Virgen. No han faltado tampoco quienes hayan negado la autenticidad de la carta [85]. El motivo de esta oposición de San Bernardo es fácil adivinarlo. El mismo lo dice: porque «la fiesta de la Inmaculada Concepción es una fiesta que desconocen los ritos de la Iglesia, no prueba la razón, ni recomienda la tradición antigua. ¿Acaso somos más doc-

[79] Ibid., nn. 2-5.

[80] «Potuit sane illa, quae in iam concepta facta est sanctificatio, ad ipsum qui sequebatur transire natalem, redire vero retrorsum ad conceptum qui praecesserat iam omnino non potuit» (ibid., n. 6).

[81] «Unde ergo conceptionis sanctitas?» (ibid., n. 7).

[82] «Si igitur ante conceptum sui sanctificari minime potuit, quoniam non erat; sed nec in ipso quidem conceptu, propter peccatum quod inerat, restat ut post conceptum, in utero iam existens, sanctificationem accepisse credatur» (ibid., 7).

[83] «Quamobrem, etsi quibus vel paucis filiorum hominum datum est cum sanctitate nasci, non tamen et concipi, ut uni sane servaretur sancti praerogativa conceptus» (ibid., n. 8).

[84] Tales son, por ejemplo, Pedro Aureolo, San Roberto Belarmino, cardenal Manning, cardenal Lépicier, Manrique, Perrone, Hurter, Nogués, etc.

[85] La autenticidad de esta carta está perfectamente comprobada. Ballerini, en su *Sylloge Monumentorum* (t. 2, pp. 712-826), consagra 82 páginas de su tesis *De sancti Bernardi scriptis circa Deiparae Virginis Conceptionem Dissertatio historico-critica* para tratar de probar que la carta 174 de San Bernardo es la obra de su secretario, Nicolás, arrojado más tarde de Clairvaux. Esta opinión es absolutamente insostenible. La primera publicación de las cartas de San Bernardo, debida a Geofroy, tuvo lugar en 1148; es, por lo mismo, anterior a la entrada o, por lo menos, a la profesión de Nicolás en Clairvaux. Ahora bien, contiene la carta 174 (Vacandard, *Vie de Saint Bernard* [París 1895], t. 2, p. 82, nota 3).

tos y devotos que los Padres? Es peligroso pretender nosotros averiguar lo que su prudencia pasó en silencio, ni es cosa que, sin ellos quererlo, hubiese podido pasarles desapercibida» [86]. Con el sentir de esta carta concuerda su expresión del sermón 2, n. 8, en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen: «Finalmente, constándonos con toda certeza que sola la gracia hizo limpia a María del contagio original.»

§ 8. Santidad

San Bernardo considera a la Santísima Virgen como el espejo de toda perfección y santidad. Es la virgen santa de cuerpo y alma, tal cual la describe el Apóstol [87]. Su inocencia fué tan grande, que nunca tuvo conciencia de pecado ninguno [88]. Este privilegio de su santidad fué una consecuencia de su papel de Reina de las vírgenes, de madre del Redentor [89]. Porque no tuvo pecado, nunca necesitó de penitencia [90].

Pero no sólo estuvo libre de todo pecado; su alma y su cuerpo fueron llenos de gracia [91]. Fué colmada de gracia para que pudiera rebosar y darnos parte a nosotros [92]. Tuvo las doce prerrogativas de la gracia, simbolizadas en las doce estrellas que coronan su frente [93]. Esta plenitud de gracia trajo como consecuencia la floración en María de preciosas y delicadas virtudes, que constituyeron su santidad extraordinaria. Poseyó todas las virtudes. San Bernardo las simboliza de nuevo en la casa de siete columnas edificada por la Sabiduría: tres columnas son las tres virtudes teologales, y las otras cuatro, las cardinales [94].

Entre estas virtudes destaca, en primer lugar, su virginidad. Fué la virgen de cuerpo y alma [95], que concibió virgen, dió a luz virgen y permaneció virgen [96]. Siguiendo

[86] Carta 174, n. 1. Adviértase, en contra del parecer de San Bernardo, que el principal argumento en que se apoyó el papa Pío IX para proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción fué la tradición patrística, testigo de la tradición de toda la Iglesia.
[87] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 4.
[88] *Serm. 4 en la Asunción de María*, n. 7.
[89] Carta 174, n. 5.
[90] *Serm. 2 en la Asunción de María*, n. 8.
[91] *Hom. 3 sobre el «Missus est»*, n. 2.
[92] *Serm. 2 en la Asunción de María*, n. 2.
[93] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 7.
[94] *Serm. 52 de los diversos.*
[95] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 4
[96] *Serm. 1 en la vigilia de Navidad*, n. 1.

a San Agustín, opina que la Santísima Virgen fué la primera mujer que consagró a Dios su virginidad con voto [97]. En segundo lugar, destaca su humildad. Ella la mereció la prerrogativa de madre de Dios [98]. Sigue luego su fe ciega a las promesas [99]. Su fe unió en su seno al Verbo divino con la naturaleza humana [100]. No dice nada explícito de la esperanza. Sobre la caridad se expresa así: «El amor de Cristo es una espada escogida que no sólo se clava en el alma de la Virgen, sino que la traspasa para no dejar en su pecho ninguna partícula vacía de amor...» [101]. Su caridad para con el prójimo quedó patente en las bodas de Caná [102]. De las virtudes cardinales, dice San Bernardo: «Fué fuerte en el propósito, comedida en el silencio, prudente en la pregunta, juiciosa en las respuestas» [103]. Resplandecieron en ella también de una manera especial la clemencia [104] y la misericordia [104*].

§ 9. Asunción

A pesar de lo que hayan dicho algunos autores mariólogos [105], no se puede afirmar, ni mucho menos, que San Bernardo patrocinara la asunción de María en cuerpo y alma a los cielos. En esto se dejó influir por la corriente antiasuncionista que entonces predominaba [106]. De los cuatro sermones que tiene para la fiesta de la Asunción, sólo el primero trata del misterio. En él no hallamos ninguna referencia explícita a la asunción en cuerpo y alma. Sólo dice que la alegría de los ángeles debió de ser extraordinaria, «pues merecieron oír su voz, ver su rostro y gozar de su presencia» [107]. Pero esto, que se dice tam-

[97] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 9; cf. *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 7.
[98] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 5.
[99] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 13.
[100] *Serm. 3 de Navidad*, n. 4.
[101] *Serm. 29 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 8.
[102] *Serm. 1 en el domingo primero después de la octava de Epifanía*, n. 2.
[103] *Serm. 52 de los diversos*, n. 4.
[104] *Serm. 1 en el domingo primero después de la octava de Epifanía*, n. 2.
[104*] *Serm. 4 en la Asunción de María*, n. 8.
[105] P. G. Roschini, *Mariología*, t. 1, p. 304.
[106] P. S. Alameda, *Estudios Marianos*, v. 6, p. 203.
[107] «Quid putamus quaenam illa fuerit caelestium exultatio cum et vocem audire et videre faciem et beata eius frui praesentia meruerunt?» (*Serm. 1 en la Asunción de María*, n. 1).

bién de los demás santos, puede tomarse en un sentido metafórico. Los números 2 y 4 del mismo sermón, que se suelen igualmente citar, no son, en ningún sentido, más claros.

§ 10. Culto de María

San Bernardo fué en la Edad Media el propagador máximo del culto de María [108]. Conforme a la doctrina expuesta en sus escritos, podemos clasificarle en un triple estadio:

1) *Culto de veneración:* es nuestro deber el venerar a María con todo corazón, con todo el afecto, con todo el fervor; y esto porque Dios así lo ha querido [109], porque es madre virgen de Dios [110], porque es nuestra medianera en los cielos [111]. Tiene además la Santísima Virgen títulos nobilísimos por los que se hace acreedora de nuestra veneración [112]. Pero esta veneración que la tributamos no va en detrimento de la alabanza que debemos a Cristo; al contrario, las alabanzas de la una son alabanzas del otro [113].

2) *Culto de invocación:* a la veneración sigue la invocación. Debemos invocarla con toda confianza y pedirla toda clase de beneficios [114]. Principalmente, debemos acudir a ella en las tentaciones y en los peligros [115]. A ella no la falta poder ni voluntad de socorrernos [116]. Por tanto, dice San Bernardo, arrojémonos en ferviente plegaria a sus pies bienaventurados [117]; y no sólo la pidamos, sino que también presentemos a Dios nuestras súplicas por medio de sus manos sagradas [118].

3) *Culto de imitación:* al culto de veneración e invocación sigue lógicamente el culto de imitación. Según San Bernardo, debemos imitar a la Santísima Virgen para mejor obtener su protección [119]. Ella, que estuvo llena de to-

[108] P. G. Roschini, *Mariología*, t. 1, p. 309.
[109] *Serm. en la Natividad de María*, n. 7.
[110] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 9.
[111] *Serm. 2 en la fiesta de Pentecostés*, n. 4.
[112] Carta 174, n. 2.
[113] *Hom. 4 sobre el «Missus est»*, n. 1.
[114] *Serm. 4 en la Asunción de María*, n. 9.
[115] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 17.
[116] *Serm. 1 en la Asunción de María*, n. 2.
[117] *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción*, n. 5.
[118] *Serm. en la Natividad de María*, n. 18.
[119] *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 17.

das las virtudes y que fué madre y virgen a la vez, es un espejo resplandeciente para todos los hombres de todos los estados y condiciones [120].

ARTICULO 5

Angelología

En lo que se refiere a los ángeles, San Bernardo parece haber cometido algunos errores.

No tiene ideas claras sobre su naturaleza. Fué siempre fiel intérprete de los Padres, y sigue aquí el parecer de la mayoría. Opina, sin estar completamente persuadido, que tienen cuerpos etéreos [121]. También, que no pueden comunicarse con nosotros sino por medio de cuerpos tomados para este fin de un modo ocasional [122].

Hay ángeles buenos y malos. En cuanto a la clasificación de los ángeles buenos, San Bernardo sigue la doctrina del Pseudo-Areopagita a través de San Gregorio Magno [123]. La ocupación de los ángeles buenos es servir a los hombres. Este oficio le extiende a todos, en lo cual se aparta de la doctrina del Pseudo-Areopagita. No repugna que sean nuestros servidores, pues si Cristo bajó a servirnos, con mayor razón los ángeles [124].

Los ángeles malos son los secuaces de Luzbel. Su morada está en la atmósfera [125]; después del juicio universal serán precipitados al infierno, al que están destinados desde su rebelión [126]. El pecado de Luzbel consistió en pretender usurpar un título que no pertenecía más que al Hijo de Dios [127].

Una de las opiniones más graciosas de San Bernardo sobre los ángeles fué su pensamiento de que, a excepción de San Gabriel, carecieron del conocimiento anticipado de

---

120 *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 9.
121 *Serm. 5 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 7; cf. *De la consideración*, l. 5, c. 4., n. 7.
122 *Serm. 5 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
123 *Serm. 19 sobre el Cantar de los Cantares*; cf. *De la consideración*, l. 5, c. 4, n. 7.
124 *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 2; cf. *Serm. 1 de San Miguel*, n. 2.
125 *Serm. 54 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 4.
126 *Serm. 1 en la fiesta de San Malaquías*, n. 4.
127 *Hom. 3 sobre el «Missus est»*, n. 12.

la encarnación [128], en lo que abiertamente se aparta de San Agustín. Este parecer llamó la atención de sus contemporáneos. Hugo de San Víctor se lo advirtió amistosamente. Se retractó, mas no completamente, diciendo que no ignoraron el misterio en sí, sino las circunstancias del mismo [129].

ARTICULO 6

Iglesia

San Bernardo tuvo siempre un amor muy grande a la Iglesia. Hemos notado ya su actividad extraordinaria en defenderla contra sus enemigos externos e internos. En sus obras hemos hallado el celo apasionado por su pureza y la de sus miembros. Su doctrina es consecuente con su sentir y obrar. San Bernardo considera a la Iglesia como la Esposa de Cristo. Este la eligió desde toda la eternidad; para desposarse con ella la rescató del pecado y del demonio y la hizo inmaculada [130]. Al unirla a sí la dotó de su espíritu y la adornó con sus celestiales dones [131]. El Cantar de los Cantares es el cántico epitalámico de Cristo y la Iglesia. La esposa que corre tras el esposo, seguida de las muchachitas, es la Iglesia, que, rodeada de sus pequeñuelos, va en pos de Cristo [132].

Esta Iglesia es una, aunque conste de dos partes: la que peregrina sobre la tierra y la que reina en los cielos [133]. En la primera se distinguen tres órdenes: el de los casados, el de los continentes y el de los superiores o prelados [134]. La unidad de la Iglesia está simbolizada en la túnica de Cristo, toda de una sola pieza [135]. Aunque la Iglesia es una, puede, no obstante, dividirse. La escisión ocurre por diversidad de pensamiento o por apartamiento de la autoridad. Los primeros son los herejes. Estos son los mayores enemigos de la Iglesia; pervertidos, pervierten

[128] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 2.
[129] *Tratado sobre el bautismo*, etc., c. 5, nn. 18-21.
[130] Parábola 4, n. 1. (¿Apócrifa?)
[131] Carta 244, n. 2.
[132] *Serm. 21 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 1.
[133] *Serm. 53 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.
[134] *Serm. 35 de los diversos.*
[135] Carta 334.

a los demás [136]. Hay dos medios de neutralizar su influjo: o convencerlos con razones y convertirlos o castigarlos con la fuerza [137]. Esto último no debe extrañarnos, pues era doctrina comúnmente admitida en toda la Edad Media. Los herejes eran considerados no sólo como perniciosos a la Iglesia, sino también al Estado. Con todo eso, San Bernardo, siguiendo a San Agustín, prefiere el primer medio, de la convicción [138]. Los segundos son los cismáticos, que están con nosotros y no son de nosotros; unidos por la fe, se apartan por la desobediencia [139].

Pero la Iglesia, al mismo tiempo que una, es universal o católica. Su ideal es dilatarse por todo el mundo y llegar aun hasta donde no haya más que un solo individuo. A diferencia de la sinagoga, ha sido enviada a una gran multitud [140]. Y así como la unidad de la Iglesia está simbolizada en la túnica inconsútil de Cristo, su universalidad lo está en la túnica policromada de José [141]. De estos principios San Bernardo saca las siguientes consecuencias: si la Iglesia es universal, hay que trabajar sin descanso para llevar adelante las conquistas evangélicas; interrumpirlas es cosa de lamentar [142]. Sólo con respecto a los judíos estamos exentos de apostolado, porque su conversión la ha reservado Dios para los tiempos postreros [142*].

Otra de las prerrogativas de la Iglesia es la santidad. Esta debe resplandecer en sus miembros y en sus jefes. Muchos de los tratados de San Bernardo tienen por fin devolver a la Iglesia la pureza y santidad que había perdido. Tales son, por ejemplo, el tratado de *Los oficios de los obispos* y el *Sermón sobre la conversión*, a los clérigos. También el de *La consideración* tiene reglas de santidad dirigidas a la persona del papa [143].

La Iglesia es infalible en el uso y en la aplicación de las Sagradas Escrituras [144].

Es, igualmente, libre; su libertad no daña al Esta-

---

[136] *De la consideración*, l. 3, c. 1, n. 3.
[137] Ibid. Esta doctrina de la doble espada de Pedro la expone en muchos lugares (véanse cartas 241, 242, 244; *De la consideración*, l. 4, c. 3, n. 7).
[138] *Serm. 64 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 8.
[139] *De la consideración*, l. 3, c. 1, n. 4.
[140] *Serm. 30 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 45.
[141] *Apología a Guillermo Abad*, c. 3, n. 5.
[142] *De la consideración*, l. 3, c. 1, nn. 3-4.
[142*] Ibid., n. 3.
[143] *De la consideración*, l. 1, c. 8; l. 2, cc. 6-7.
[144] *Serm. 3 en la vigilia de Navidad*, n. 1.

do, ni la prosperidad del Estado a la Iglesia; los dos deben estar íntimamente unidos en Cristo, los dos deben formar una sola «raza escogida, un sacerdocio real»[145]. Por consiguiente, se deben tributar mutua ayuda; por consiguiente, también es oficio del Gobierno (imperatoris) defender a la Iglesia[146].

Jerarquía de la Iglesia

Papa: El papa es la primera autoridad de la tierra; no tiene igual[147]; es heredero de los apóstoles[148]; es el vicario de Cristo[149] y el sucesor de San Pedro[150]. El papa tiene dos poderes: el temporal y el espiritual. San Bernardo hace poco caso del poder temporal. No puede ver al papa llevar un tren de príncipe, como si fuese sucesor de Constantino[151]. Si gobierna a pueblos, debe hacerlo, no con la espada, sino con la palabra y persuasión[152]. Por lo demás, es preferible que el papa descargue los cuidados terrestres en otros y que él se dedique exclusivamente a lo que es de su propio oficio[153]. Muy distinto, en cambio, es el aprecio que hace de su poder espiritual. Su autoridad es absoluta; preside a los príncipes, manda a los obispos, dispone de los reinos y de los imperios[153*]. Puede deponer y hasta excomulgar a los mismos obispos[153**]. Igualmente, su autoridad en cuestiones de fe es absoluta e infalible. «Entiendo, dice San Bernardo, que se han de reparar los daños de la fe allí (en el papa) en donde la fe no puede sufrir merma»[153***]. Por lo mismo, esta dignidad tan sublime y sobrehumana exige, por parte de la persona del papa, cualidades excepcionales, tales que hagan de él un varón perfectísimo. En el l. 4, c. 7, de su tratado de *La consideración,* nos presenta San Bernardo un conjunto de las cualidades y dotes que han de adornar al sumo pontífice.

---

145 «Genus electum, regale sacerdotium» (carta 244, n. 1).
146 Ibid., n. 3.
147 *De la consideración,* l. 1, c. 2, n. 4.
148 Ibid., l. 3, c. 1, n. 1.
149 Carta 251.
150 Carta 346.
151 *De la consideración,* l. 4, c. 3, n. 6.
152 Ibid., c. 3.
153 Ibid., l. 1, c. 3.
153* Carta 237, n. 2.
153** *De la consideración,* l. 2, c. 8, n. 16.
153*** «Dignum namque arbitror ibi potissimum resarciri damna fidei, ubi non possit fides sentire defectum» *(Errores de Abelardo,* pref.).

Obispos: Como el papa, proceden de institución divina [154]. Son los sucesores de los apóstoles. Algunas veces les llama San Bernardo vicarios de Cristo [155], aunque otras afirma que el papa es el único vicario de Cristo [156]. El papa no es el señor de los obispos, sino como uno de ellos [157]. Cada obispo tiene su rebaño, que le ha sido encomendado de un modo particular ; mas todos, junto con su rebaño, forman el gran redil de San Pedro, del que es supremo pastor el papa [158]. San Bernardo admite, pues, en la Iglesia una jerarquía de institución divina.

ARTICULO 7

Pecado original

Sobre el pecado original, San Bernardo sigue la doctrina de San Agustín, doctrina que opone enérgicamente a las incongruencias de su émulo Abelardo. Negada por éste la existencia del pecado original, con su consecuencia: la degradación del género humano, venía a hacerse inútil la redención de Cristo y nula la regeneración de la humanidad. San Bernardo, admirador entusiasta del gran misterio de la redención, le refuta, exponiendo en diversos pasajes de sus obras el estado miserable del hombre caído a consecuencia del pecado original, heredado de nuestros primeros padres, para concluir con una exaltación de la obra salvadora de Cristo.

El pecado original existió en nuestros padres, que le cometieron, y existe también en todos nosotros, que le hemos heredado [158*]. Le hemos heredado en nuestra generación carnal a través de la concupiscencia de nuestros padres [159]. ¿En qué consiste este pecado original? San Bernardo no lo dice directamente, mas lo insinúa. Aunque sigue inmediata e infaliblemente a la concupiscencia de la

---

154 *De la consideración*, l. 3, c. 4, n. 1.
155 *Oficios de los obispos*, c. 9, n. 36.
156 *De la consideración*, l. 2, c. 8, n. 16.
157 Ibid., l. 4, c. 7, n. 23.
158 *De la consideración*, l. 2, c. 8, n. 15.
158* *Serm. en el miércoles de Semana Santa*, n. 6.
159 *Exhortación a los soldados templarios*, c. 11, n. 25

generación [160], no es la misma concupiscencia, pues mientras el pecado original se borra por el bautismo [161], la concupiscencia permanece hasta la muerte [162]. Más bien, la concupiscencia es hija del pecado original y una prueba de su existencia [163]. De su doctrina sobre las consecuencias del pecado original, se deduce que es el mismo pecado de Adán, del que participamos nosotros directa, aunque inconscientemente, por el hecho de ser Adán nuestra cabeza [163*].

ARTICULO 8

Gracia y libre albedrío

Sobre esta materia San Bernardo tiene un tratado: *De la gracia y del libre albedrío*. Le motivó la pregunta que le hizo uno de sus oyentes una vez que hablaba de la originalidad en Dios de todos nuestros méritos: «Si Dios es el autor de todo el bien que haces, ¿qué esperanzas puedes tener de recompensa?» [164] Como en otras muchas partes, San Bernardo sigue aquí fielmente la doctrina expuesta ya por San Agustín en su obra del mismo título. La esencia de su pensamiento es como sigue:

§ 1. Gracia

La gracia [165] es un don gratuito que Dios niega a los soberbios y da únicamente a los humildes [166]. Esta gracia es absolutamente necesaria para querer el bien [167]. San Bernardo hace aquí una división muy ambigua de la gra-

---

[160] Este era el principal argumento en que se basaba San Bernardo para negar a la Santísima Virgen su inmaculada concepción. La Virgen tuvo pecado original, porque nació de hombre y mujer, es decir, mediante generación carnal. Y «¿cómo no iba a haber pecado donde no faltó la concupiscencia?»: «Quomodo peccatum non fuit ubi libido non defuit?». Sólo habría sido inmaculada la Virgen si, como Cristo, hubiese sido concebida por obra del Espíritu Santo (carta 174, n. 7).

[161] *Serm. en la octava de Epifanía*, n. 1.

[162] *Serm. 6 de Adviento*, n. 2.

[163] *Serm. en el día de Jueves Santo*, n. 3.

[163*] *Exhortación a los templarios*, c. 11, n. 23.

[164] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 1, n. 1.

[165] Aunque nada dice explícitamente, con todo, cuanto aquí se pone sobre la gracia ha de entenderse de la gracia actual.

[166] Carta 366.

[167] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 6, n. 16.

cia. Dice así: «Para que existiese en nosotros el querer el bien libremente, fué menester la gracia creadora; para que progrese requiérese la gracia salvadora [168]. ¿Se podrá entender por gracia creadora la gracia suficiente y por gracia salvadora la gracia eficaz?... En otros lugares declara más para cuáles cosas es necesaria la gracia: para empezar y concluir toda obra buena [169], para resistir las embestidas del demonio y del mundo [170], para desear convertirnos a Dios [171], para obrar nuestra salvación [172], en fin, para todas las obras saludables que podemos hacer [173]. Además, todos nuestros méritos son fruto de la gracia [173*]. Esta gracia se ofrece a todos [174], mas no se da a todos [175]. ¿Por qué? Esta aparente contradicción se resuelve con facilidad si hacemos la división corriente entre gracia suficiente y gracia eficaz. ¿Conoció esta división San Bernardo? Puede decirse que no conoció los nombres, pero sí la esencia de la división. En el c. 6 de su tratado *Sobre la gracia y el libre albedrío*, n. 19, parece vislumbrarse esta división: «Para que el querer que nos viene del libre albedrío sea perfecto, nos son necesarias dos gracias: *la de gustar*, que consiste en la conversión de la voluntad al bien, y *la del pleno poder*, que consiste en la confirmación de la misma en el bien» [176]. A todos, pues, se nos da la gracia del gustar (suficiente); pero la del pleno poder (eficaz), a aquellos solos que la merecieron por su fiel correspondencia a la primera.

§ 2. Libre albedrío

En el c. 2 de su tratado *De la gracia y el libre albedrío*, San Bernardo da una definición del libre albedrío. A causa de su afán por hacer resaltar cuantos contrastes se le

---

[168] «Ipsum ut esset creans gratia fecit, ut proficiat salvans gratia facit.»

[169] *Serm. 76 de los diversos.*

[170] *Serm. 85 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 4.

[171] *Serm. 84 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.

[172] *Serm. en la Natividad de María*, n. 7.

[173] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 14, n. 47.

[173*] Ibid., c. 1, n. 1.

[174] *Serm. 17 de los diversos*, n. 1.

[175] *Serm. 73 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 7.

[176] «Ut ergo velle nostrum, quod ex libero arbitrio habemus, perfectum habeamus, duplici gratiae munere indigemus: et vero videlicet Sapere, quod est voluntatis ad bonum conversio, et pleno etiam Posse, quod est eiusdem in bono confirmatio» (*De la gracia y del libre albedrío*, c. 6, n. 19).

ocurren sobre la cuestión y de la difusión y falta de síntesis de su pensamiento, resulta difícil entresacarla. Podría ser la siguiente: «El conocimiento libre de la voluntad» [177]. Libre, a causa de la libertad absoluta de la voluntad, y albedrío, a causa del juicio indeclinable de la razón, que siempre y en todas partes lleva consigo [178]. La esencia, pues, del libre albedrío es la libertad. San Bernardo distingue tres clases de libertad: libertad del pecado, libertad de la miseria y libertad de la necesidad. La libertad del pecado es obra de la gracia, la libertad de la miseria es fruto de la gloria, la libertad de la necesidad es propia de nuestra naturaleza. En esta última libertad se funda el libre albedrío [179]. Esta es, en resumen, la que nos interesa. Esencialmente, es la misma en Dios y en la criatura racional, ya sea justa, ya pecadora [180]. Se define: la facultad de querer; es decir, querer simplemente, no querer el bien, pues querer el bien no es propio ya de nuestra naturaleza, sino de la gracia [181]. Ni la gracia, ni la tentación, ni el estado de pecador disminuyen el libre albedrío [182].

§ 3. Concordia entre la gracia y el libre albedrío

Visto ya cuál sea la gracia y cuál el libre albedrío, réstanos ver cómo los reconcilia San Bernardo. Es cierto que en la obra de nuestra salvación deben cooperar la gracia [183] y el libre albedrío [184]. ¿Cuáles, pues, son los oficios de cada uno?

«Guardémonos, dice, al sentir cómo se obra invisiblemente dentro de nosotros y con nosotros esta obra de salvación, de atribuirla a nuestra voluntad, que es flaca, ni a necesidad divina, que no existe, sino sólo a su gracia, de la que está lleno. Ella despierta al libre albedrío cuando siembra los pensamientos, le sana cuando ordena su afecto, le fortalece para llevarle a la acción, le sos-

[177] «Voluntatis consensus utique voluntarius (liber), non necessarius» (n. 4).
[178] «Liber sui propter voluntatem, iudex sui (arbitrio) propter rationem» (ibid.).
[179] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 3, nn. 6-7.
[180] Ibid., c. 4, n. 9.
[181] Ibid., c. 6, n. 16.
[182] Ibid., cc. 8-9.
[183] *Serm. en la Natividad de María*, n. 7.
[184] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 2, n. 4.

tiene para que no sienta desmayo. De tal modo obra con el libre albedrío, que al principio le previene y luego le acompaña; le previene para que después coopere con ella. Y de este modo, lo que empezó la gracia sola, lo llevan a término ambos; lo obran, no separados, sino unidos; no ahora uno y luego otro, sino a la vez; no hace parte la gracia y parte el libre albedrío, sino que lo obran todo con una sola operación indivisible; todo él y todo ella, mas para que todo en él, todo por ella» [185]. La gracia es, pues, la que salva. «Mas el libre albedrío, ¿qué hace?» Responde brevemente: «Se salva» [186]. «Quita al libre albedrío, y no habrá quien pueda salvarse; quita la gracia, y no habrá quien salve» [187]. Por tanto, ¿cuál es el mérito del libre albedrío? El cooperar, no en el sentido de que este consentimiento venga de él, pues todo procede de Dios, sino de que no existe en nosotros, sino por nosotros [188].

ARTICULO 9

Predestinación y justificación

También en este punto San Bernardo es claramente agustinianista; siempre creyó en el poder infinito de la gracia, y sintió, por lo mismo, horror a todo cuanto sonaba a pelagianismo. Algunos, al interpretar exageradamente ciertos pasajes, han creído hallar en él un precursor del protestantismo.

---

[185] «Cavendum ergo, ne cum haec invisibiliter intra nos ac nobiscum actitari sentimus, aut nostrae voluntati attribuamus, quae infirma est, aut Dei necessitati, quae nulla est, sed soli gratiae, qua plenus est. Ipsa liberum excitat arbitrium cum seminat cogitatum, sanat cum immutat affectum, roborat ut perducat ad actum, servat ne sentiat defectum. Sic autem ista cum libero arbitrio operatur, ut tantum illud in primo praeveniat, in caeteris comittetur; ad hoc utique praeveniens, ut iam sibi deinceps cooperetur. Ita tamen quod a sola gratia coeptum est, pariter ab utroque perficitur; ut mistim, non singillatim; simul non vicissim; per singulos profectus operentur. Non partim gratia, partim liberum arbitrium, sed totum singula opere individuo peragunt. Totum quidem hoc et totum illa, sed ut totum in illo, sic totum ex illa» *(De la gracia y del libre albedrío,* c. 14, n. 47).

[186] «Quid igitur agit, ais, liberum arbitrium? Breviter respondeo: Salvatur» *(De la gracia y del libre albedrío,* c. 1, n. 2).

[187] «Tolle liberum arbitrium et non erit quod salvetur, tolle gratiam, non erit unde salvetur» (ibid.).

[188] Ibid., c. 14, n. 46.

§ 1. Predestinación

La predestinación no tiene principio; existió antes de los tiempos. Por la predestinación, Dios eligió para sí desde toda la eternidad a la Iglesia de los escogidos [189]. Son consecuencias suyas todos los auxilios que Dios dispensa a los hombres; esto constituye la economía de la predestinación. La justificación misma es también uno de sus frutos [190]. Tanto la predestinación como sus felices consecuencias hay que atribuirlas a la gracia divina. Ella nos predestina, ella nos justifica, ella nos salva. La gracia empieza y termina, pero no sola, sino con nosotros. Con todo eso, no nos podemos gloriar de ser verdaderos cooperadores [191]. Los predestinados no pecan [192]. Se expresa así San Bernardo para adaptarse al texto de San Juan [193], que dice: *Todo el que nace de Dios no peca, porque le preserva la eterna generación;* esto es, comenta el Santo, la eterna predestinación. Esta expresión le ha valido, en boca de algunos, el título de precursor del protestantismo [194]. Mas no se han fijado los que así hablan en la explicación que el mismo San Bernardo da a continuación, y que difiere en absoluto de la de Lutero. «A éstos, dice, yo les considero como si nunca hubiesen pecado, pues aunque hayan pecado en el tiempo, esto no aparece en la eternidad, porque la caridad del Padre hace desaparecer la muchedumbre de los pecados» [195]. Pero, aunque los elegidos están predestinados desde toda la eternidad, nadie sabe con certeza absoluta, al menos de mediar una revelación, si está incluído o no en el número de los mismos. Con todo eso, hay ciertos signos más o

---

189 *Serm. 78 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.

190 Carta 107, nn. 5-7.

191 *Serm. 4 en el domingo primero de noviembre*, n. 4.

192 *Serm. 23 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 15.

193 *Omnis qui natus est ex Deo non peccat, quia generatio caelestis servat eum* (1 Io. 3, 9).

194 NEANDER, *Der heilige Bernard und sein Zeitalter*, ed. Deutsche (Gotha 1889) t. 1, p. 193. Cf. RITSCL, *Die christliche Lehere von der Rechtfertigung und Versohnung*, t. 1, c. 3, sec. 17.

195 «Hos ergo adverti quasi nunquam peccasse, quoniam, etsi qua deliquisse videntur in tempore, non apparent in aeternitate, quia charitas Patris ipsorum cooperit multitudinem peccatorum» (*Sermón 23 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 15). Explica el mismo pasaje en el *Serm. 4 de los diversos*, n. 5; en el *Serm. 1 de Septuagésima* y más claramente en el c. 9 del *Tratado de la gracia y del libre albedrío*.

menos claros de esta predestinación. San Bernardo nombra tres: el dolor de los pecados, la penitencia y la oración [196].

§ 2. Justificación

La justificación, hemos visto, es una consecuencia de la predestinación. Para poder ser justificados se necesitan seis requisitos: tres negativos y tres positivos. Los negativos son: primero, abstenerse de la obras malas; segundo, de los deseos carnales; tercero, de los cuidados del siglo. Los positivos son: la limosna, el ayuno y la oración [197].

¿En qué consiste la justificación? Al tratar de explicar a sus monjes la esencia de la justificación, San Bernardo trae el texto del salmo 31, 2: *Bienaventurado aquel a quien no se le imputan los pecados* [198]. Este es otro pasaje en donde los protestantes han creído ver un preludio de su doctrina sobre la justificación. Sería verdad si nos constara que San Bernardo entendió el pensamiento del salmo según el sentido protestante. Pero el contexto y otros pasajes de las obras del mismo San Bernardo demuestran lo contrario. En el c. 9, n. 29, de su tratado *Sobre la gracia y el libre albedrío* se halla claramente expuesto su pensamiento sobre el particular: «No se les imputa, dice (a los predestinados), el pecado, ya porque lo expían con digna penitencia, ya porque se les esconde en la caridad» [199].

ARTÍCULO 10

SACRAMENTOS

§ 1. Bautismo

El bautismo es la puerta y el principio de todos los sacramentos [200]. Su fin es borrar el pecado original y todos los demás pecados actuales cometidos anteriormente. El

---

[196] *Serm. 2 en la octava de Pascua*, n. 5.
[197] *Serm. 105 de los diversos*, n. 2.
[198] *Beatus vir cui non imputabit Dominus peccatum* (Ps. 31, 2).
[199] «Sed hoc dictum est de praedestinatis ad vitam, non quod omnino non peccent, sed quod peccatum ipsis non imputetur, quod vel punitur condigna paenitentia vel in charitate absconditur.»
[200] *Serm. en el día de Jueves Santo*, n. 2.

bautismo no es un precepto natural, sino positivo [201]. Por lo mismo, la obligación de recibir el baustimo no comenzó en el momento en que Jesús dijo a Nicodemus: *Si alguien no renace en el agua y el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos* [202]; ni siquiera cuando se les mandó a los apóstoles: *Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* [203]. «Sólo entonces pudo abolirse el uso antiguo y comenzar a obligar el precepto nuevo, cuando razonablemente no pudo haber excusa de desconocerle» [204]. El bautismo de agua tampoco es de absoluta necesidad para alcanzar la salvación; en caso de impotencia, le pueden suplir el martirio y el deseo [205]. Juzga válida la administración del bautismo en el nombre de Dios y de la santa vera cruz [206]. En varios pasajes de sus obras afirma que la profesión religiosa es un segundo bautismo [207].

§ 2. Eucaristía

En tiempo de San Bernardo comenzaba a ser tema de discusión la presencia real de Cristo en la sagrada Eucaristía. San Bernardo, fiel a la sana tradición, sostiene que en la sagrada forma, después de la consagración, se halla la «verdadera substancia de su carne» [208]. En la vida que escribió de San Malaquías cuenta cómo este celoso pastor reprendió ásperamente a un clérigo de Lismore que se atrevió a afirmar que en la Eucaristía había sólo sacramento, es decir, sola santificación y no la verdad del cuerpo [209]. En la sagrada Eucaristía, Jesús se hace alimento de nuestras almas [210]. Su fin es apagar los incentivos de la

[201] *Tratado sobre el bautismo*, c. 1, n. 2.
[202] *Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto non intrabit in regnum caelorum* (Io. 3, 5).
[203] Mt. 28, 19.
[204] «Sed ex eo tempore tantum cuique coepit antiqua observatio non valere et non baptizatus quisque novi praecepti reus existere, ex quo praeceptum ipsum inexcusabiliter ad eius potuit pervenire notitiam» (*Tratado sobre el bautismo*, etc., c. 2, n. 1).
[205] Ibid., c. 2, n. 8.
[206] Carta 403.
[207] *Del precepto y de la dispensa*, c. 17, n. 54; cf. *Serm. 11* y *Serm. 37 de los diversos*, n. 3.
[208] «Carnis ipsius vera substantia» (*Serm. en la fiesta de San Martín*, n. 11).
[209] *Vida de San Malaquías*, c. 26.
[210] *Del amor de Dios*, c. 7, n. 22

concupiscencia. Lo consigue de dos maneras: haciendo disminuir el atractivo por las faltas ligeras y quitando todo consentimiento a los pecados graves[211].

§ 3. Penitencia

El sacramento de la penitencia es el único remedio después del bautismo para perdonar los pecados mortales cometidos[212]. El derecho de perdonar los pecados es patrimonio de los obispos y de los sacerdotes[213]. Condena la doctrina de Abelardo de que dicho poder sólo fué concedido a los apóstoles[214]. La eficacia de la confesión es muy grande; en muchos casos, opera un cambio radical en la vida de los hombres. San Bernardo trae a este propósito uno sorprendente[215]. Por lo demás, en su tiempo, la confesión no era muy frecuente entre seglares. Nos consta que se confesaban por Pascua[216] y en el artículo de la muerte para recibir el viático[217]. Entre los monjes existía la confesión privada, que no era sino una simple dirección espiritual, y la común, igualmente privada, que se hacía todos los sábados[218].

§ 4. Matrimonio

San Bernardo defiende valientemente la santidad del matrimonio contra algunos herejes—enricianos—de su tiempo. Opinaban éstos que el matrimnoio sólo era lícito entre los vírgenes. San Bernardo refuta este error apoyándose en argumentos de razón y de Sagrada Escritura. «Quitar a la Iglesia, dice, el matrimonio honesto y el lecho sin tacha sería llenarla de concubinarios y de incestuosos.» En ningún pasaje de la Escritura exige Dios que los que se han de casar sean vírgenes; por el contrario, mandó a un joven virtuoso que tomase por esposa a una

---

211 *Serm. en el día de Juzves Santo*, n. 3.
212 *Exhortación a los templarios*, c. 8, n. 15.
213 Ibid., c. 12.
214 *Puntos heréticos de Abelardo*, 12.
215 *Vida de San Malaquías*, c. 25, n. 54.
216 *Serm. en el día de Pascua*, n. 16.
217 *Vida de San Malaquías*, c. 21.
218 *Serm. 9 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.

mujer de mala vida para convertirla y sacarla de sus pecados[219]. Igualmente, San Pablo autoriza los matrimonios entre no vírgenes[219*].

ARTICULO II

Escatología

El estado de las almas después de la muerte ha sido siempre un tema halagador para los escritores de todos los tiempos y también para San Bernardo. Con frecuencia nos hace mención del cielo y del infierno. Sus ideas son las corrientes en aquel tiempo entre los Padres.

En el sermón 42 de los diversos, nn. 6-7, los describe con los rasgos más dramáticos que ha podido encontrar. El cielo y el infierno son los dos extremos que se oponen diametralmente, son la suma felicidad frente a la suma desdicha.

Pero el tema que más particularmente le llama la atención es el estado de las almas justas mientras aguardan la resurrección de los cuerpos respectivos. Tiene sus ideas, que son las ideas tradicionales, tomadas sobre todo de San Agustín y San Ambrosio. Pero comprende igualmente que puede haber otros pareceres diversos del suyo tal vez con el mismo derecho de autenticidad. Con todo eso, cree que su parecer es el más acertado[220]. Comienza por distinguir dos senos de Abrahán, uno en el infierno, otro en el cielo; al primero iban los justos antes de Jesucristo, al segundo van los santos de la nueva ley hasta tanto que resuciten sus cuerpos, es decir, hasta el juicio del Señor. Este segundo seno de Abrahán, aunque está en el cielo, bajo del altar del Señor, no es propiamente el reino de Dios, al que entrarán únicamente cuando se vean rodeados de sus cuerpos[221]. En él los justos no pueden contemplar más que la humanidad de Cristo, representada por el altar de Dios. Su divinidad la verán sólo después de la resurrec-

---

[219] Os. 1, 2.
[219*] *Serm. 66 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 5.
[220] *Serm. 4 en la fiesta de Todos los Santos*, n. 1.
[221] Ibid.

ción de sus cuerpos. Son felices, porque descansan bajo la humanidad de Cristo, a la que los mismos ángeles desean contemplar más de cerca [222]. Están sumergidos en un mar inmenso de eterna luz [223]. En lo íntimo de su corazón hay una alegría grande, pero imperfecta [224]. Mientras tanto, viven en un gran deseo de volver a tomar su cuerpo, deseo que les retiene y les impide precipitarse libremente en Dios [225]. Mas, cuando su deseo se haya colmado, entonces se verán colocados sobre el altar, esto es, sobre la humanidad de Cristo, para desde esta sublime atalaya poder contemplar su divinidad, que es la misma divinidad del Padre y del Espíritu Santo. Entonces será el colmo de su dicha [226].

Expuesta la doctrina de San Bernardo sobre el estado de los justos después de su muerte hasta la resurrección de los cuerpos, podemos hacernos la siguiente reflexión: ¿Fueron éstas siempre las ideas del santo Doctor sobre el particular? ¿No hubo acaso en su pensamiento alguna variación o retractación o, más bien quizás, una simple contradicción? Aparentemente parece que sí. En el sermón 2 de San Víctor, n. 4, nos le muestra contemplando cara a cara la gloria de Dios; igualmente, en el sermón 19 de los diversos, n. 5, explicando las prerrogativas de los bienaventurados, dice: «Contemplan atentamente la esencia de la divinidad.» Mabillón cree ver en esto un cambio de ideas [227]. No obstante, parécenos más acertada la opinión de E. Vacandard, según el cual los primeros sermones, principalmente los de Todos los Santos, y el c. 11, n. 30, del tratado *Sobre el amor de Dios,* contienen la exposición científico-teológica de sus ideas, mientras que las citas de los sermones de San Malaquías, San Víctor y 19 de los diversos son una exageración retórica. Nótese además que en su obra *De la consideración,* la última que salió de su pluma, hace alusión a la teoría expuesta en los sermones de la fiesta de Todos los Santos [228].

---

222 *Serm. 4 en la fiesta de Todos los Santos,* n. 2.
223 *Del amor de Dios,* c. 11, n. 30.
224 *Serm. 2 en la fiesta de Todos los Santos,* n. 4.
225 *Del amor de Dios,* c. 11, n. 30.
226 *Serm. 4 en la fiesta de Todos los Santos,* n. 2.
227 PL, t. 183, cols. 19-22.
228 *De la consideración,* l. 5, c. 4, n. 9.

IV. DOCTRINA ASCETICO-MISTICA

En nuestro estudio anterior hemos llamado a San Bernardo teólogo eminente y hemos hecho resaltar el valor de su teología tradicional patrística como fruto y prueba de un pensamiento anterior genuinamente cristiano. Mas, si en dogmática puede considerársele como un insigne representante y transmisor, en la teología ascética y mística fué un padre, un creador. San Bernardo nos ha dejado en sus escritos una suma de espiritualidad. Fué el fundador e impulsor principal de una escuela de la ciencia mística. Su obra es la explicación racional de la acción divina y de la cooperación humana en el trabajo de la santificación [1]. Teólogo de ocasión cuando se trata de cuestiones dogmático-especulativas, no puede decirse lo mismo en materias de ascética y mística. Toda su vida fué un ascender en el camino de la unión espiritual con el amor infinito, y toda su acción, palabras y escritos tuvieron como fin principal enseñar a los hombres, a sus monjes primero, a los otros después, esta ascesis del espíritu. En sus sermones y escritos, San Bernardo habla como hombre experimentado. De sus labios brota un fuego lleno de vida y amor, fuego que arranca del alma y del sentimiento, no de un puro conocimiento especulativo. San Bernardo es para San Francisco de Sales un amante apasionado de la divinidad, como los grandes Padres de la Iglesia, cuyas palabras estaban llenas de calor y de suavidad de perfumes amorosos [2]. San Bernardo no escribió, ciertamente, una obra sistemática sobre la ascética y la mística. A excepción de algunos tratados, en que con cierto orden expone diversas materias en particular, sigue de ordinario la inspiración y explana su pensamiento cuando se le presenta ocasión propicia. No obstante lo cual, a la luz de estudios posteriores sobre todos sus escritos en conjunto, aparece un orden perfecto en sus ideas. Este orden o sistema de la doctrina ascético-mística de San Bernardo es el que queremos delinear brevemente. Como fuentes de su doctrina ascético-mística suelen señalarse: *Doctrina de la unión con Dios*

[1] A. LE BAIL, *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*, palabra «Bernard», col. 1472.

[2] SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, l. 6, c. 1.

mediante el amor, según San Juan Evangelista en su primera epístola, c. 4; *Divinización por el éxtasis*, expuesto por San Máximo, Ambigua, c. 2; *Ascética benedictina*, codificada por San Benito en los capítulos 3, 4, 5, 7 de su Regla. El P. Rousselot, en su interesante obra *Pour l'histoire du problème de l'amour au moyen âge*, traza un esquema de la doctrina bernardina y estudia las fuentes de la misma. Después de haber dividido a los teorizantes de la Edad Media sobre el amor en dos tendencias dominantes, la concepción greco-tomista y la concepción estática, se guarda bien de incluir a San Bernardo en uno u otro grupo, mas distingue dos partes en su obra; por las obras de su juventud, sobre todo por su tratado *Del amor de Dios*, San Bernardo representa la concepción greco-tomista; por las obras últimas, sobre todo por los sermones sobre el Cantar de los Cantares, la concepción estática[3].

La doctrina ascético-mística de San Bernardo se encuentra principalmente: en sus opúsculos *Sobre la gracia y el libre albedrío, Grados de humildad y de soberbia, El amor de Dios, Apología a Guillermo, Del precepto y de la dispensa, Sobre la conversión a los clérigos, De las costumbres y oficios de los obispos, De la consideración, Alabanzas de la nueva milicia de los templarios* y también sus sermones y cartas.

ARTICULO 1

Esquema de la ascesis bernardina

Para todos nosotros es cosa cierta la caída de nuestra naturaleza en Adán. El pecado original, que traemos al nacer clavado en nuestra carne, es la prueba de nuestra miserable catástrofe. San Bernardo, con los auxilios de su oratoria, describe magistralmente este nuestro estado de postración[4].

Esta postración por el pecado es el punto de partida de la ascesis bernardina. De lo más profundo del pecado, debemos subir a lo más elevado del amor, a la unión mística con nuestro Señor y Creador. Nuestro ascender

[3] Citado por A. d'Ales, «Recherches de Science Religieuse», t. 25, p. 368.
[4] *Serm. en el miércoles de Semana Santa*, n. 6.

tiene como dos principios impulsores: la voluntad divina y nuestra propia voluntad. Dios, al ver que había perdido a esta noble criatura que es el hombre, quiso conquistarla para sí de nuevo. Pero ¿cómo? Pensó primero en arrastrarla por la fuerza. Mas entonces, se dijo, tendré un asno y no un hombre. Y ¿he de dar un cielo a los asnos? Luego se propuso atraerle libremente por medio del temor. Le amenazó con horribles tormentos, con tinieblas exteriores, con gusanos que no mueren, con fuego que no se apaga. Mas como estos medios no daban resultado, suspiró y dijo: «El hombre no es sólo temeroso, está además lleno de deseos; le prometeré lo que hay de más deseable: le prometeré una vida tranquila, eterna, feliz.» Pero ni aun así obtuvo resultado. Por fin exclamó radiante de júbilo: «¡Ah! Todavía queda una cosa. En el hombre no hay sólo temor y deseos, hay también amor, y nada más poderoso que el amor. Le atraeré a mí por el amor»[5]. Hermosamente muestra aquí San Bernardo el primer principio motor de nuestra ascesis: la voluntad divina. Pero además de éste, hay otro secundario, aunque igualmente principal: la voluntad humana. Dios, pues, nos llama a sí por el amor, y nosotros debemos ir a El; es una obligación grave por parte nuestra[6]. Debemos amarle porque El nos amó primero, porque es amor, y todo amor debe ser amado[7]. Por otra parte, hay motivos poderosos que nos impelen a amarle. Para los paganos posee Dios el título de Creador[8] y el de dispensador de todos los bienes naturales y espiri-

[5] «Volens siquidem (Deus) nobilem creaturam hominem recuperare: Si, inquit, invitum coegero asinum habeo, non hominem, quandoquidem non libenter veniet, nec spontaneus, ut possit dicere: Voluntarie sacrificabo tibi (Ps. 80, 8). Numquid asinis dabo regnum meum? Aut numquid de bobibus cura est Deo? Ut ergo habeam voluntarium, terrebo eum si forte convertatur et vivat. Et comminatus est acerbiora quae excogitari possunt: tenebras aeternas, vermes immortales, ignem inexstinguibilem. Cum autem nec sic homo revocaretur, ait: Non solum timidus, sed etiam cupidus est; promittam ei quod potissimum desiderabile videatur... Promisit vitam aeternam, promisit quod nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit. Videns autem quod nihil proficeret: Unum, inquit, restat adhuc. Inest homini non solum timor et cupiditas, sed et amor, nec quidquam in eo vehementius ad trahendum. Venit igitur in carne et tam amabilem se exhibuit ut illam nobis impenderet charitatem qua maiorem nemo habet, ut animam suam daret pro nobis» (*Serm. 29 de los diversos*, nn. 2-3).

[6] *Del amor de Dios*, c. 1.

[7] Ibid.

[8] Ibid., c. 2, n. 6.

tuales que poseen [9], para los cristianos tiene además otro título más hermoso y que despierta más fácilmente nuestro amor: el título sublime de Redentor [10]. Debemos, pues, amarle, porque es nuestro Creador y Redentor, con un amor sin medida [11].

Conforme a lo expuesto, San Bernardo nos coloca en una situación decisiva, en una obligación de tender hacia la unión con Dios mediante el amor, unión que consistirá en un grado sumo de amor. Al mismo tiempo, este amor ha de ser el camino por el que hemos de subir hacia el Amor.

En este ascender hacia la unión mística, San Bernardo enumera cuatro grados, o sea, cuatro estados de amor. «El primer grado es el amor carnal: el hombre comienza por amarse a sí mismo y por sí mismo... Pero muy pronto nota su insuficiencia, descubre que Dios le es necesario, y comienza a buscarle; es el segundo grado de amor. Ama a Dios, no por Dios, sino por sí mismo. Con todo, a fuerza de honrar a Dios y frecuentar su trato por el continuo pensar en El, por la lectura, la oración, la obediencia, Dios se le hace poco a poco familiar y dulce. Y, habiendo gustado así cuán suave es el Señor, pasa al tercer grado: ama a Dios no ya sólo por sí, sino también por Dios mismo. El cuarto grado es, finalmente, cuando ya no se ama uno a sí mismo sino por Dios. Y no sé, termina San Bernardo, si en esta vida alcanza alguno este grado» [12]. He ahí más brevemente los cuatro estados que marca San Bernardo en nuestro caminar hacia el amor:

1.° Amor carnal o amor propio.

2.° Amor egoísta o interesado de Dios (amor de concupiscencia, amor mercenario).

---

[9] Ibid., c. 1.
[10] Ibid., c. 3.
[11] Ibid., cc. 1-6.
[12] «In primis ergo diligit seipsum homo propter se. Caro quippe est et nihil sapere valet praeter se. Cumque se videt per se non posse subsistere, Deum sibi quasi necessarium incipit per fidem inquirere et diligere. Diligit itaque in secundo gradu Deum, sed propter se, non propter ipsum. At, vero, cum ipsum coeperit occasione propriae necessitatis colere et frequentare, cogitando, legendo, orando, obediendo, quadam huiuscemodi familiaritate paulatim sensimque Deum innotescit, consequenter et dulcescet; et sic, gustato quam suavis est Dominus, transit ad tertium gradum ut diligat Deum non iam propter se, sed propter ipsum. Sane in hoc gradu statur, et nescio si a quoquam hominum quartus in hac vita perfecte apprehenditur ut se scilicet homo diligat tantum propter Deum» (carta 11, n. 8; cf. *Del amor de Dios*, cc. 8-9-10).

3.° Amor desinteresado de Dios (amor filial, amor de benevolencia).

4.° Amor puro de Dios (amor de esposa) [13].

Delineado el camino de nuestra ascesis espiritual conforme al pensamiento bernardino, réstanos, para completar el presente esquema, señalar los medios que, a su entender, nos impelen y facilitan el progreso.

Estos medios son :

Por parte de Dios : la gracia (11).

Por parte nuestra : la devoción a la humanidad de Cristo (2), la devoción a María (3), la devoción a los santos (4), la humildad (5), la meditación (6), la oración (7) y la penitencia (8).

ARTICULO 2

Amor carnal (primer grado)

¿Qué es el amor carnal en San Bernardo? Es sencillamente nuestro amor en su grado ínfimo, tal como brota de nuestra naturaleza, pervertida por el pecado.

[13] La doctrina sobre los cuatro grados del amor en el hombre, que expuso San Bernardo en su carta 11, dirigida a Guido, prior de la Gran Cartuja, en 1125, la explanó más tarde, hacia 1126, en un tratado titulado *Del amor de Dios*, dedicado al cardenal Haimeric. Aunque esencialmente contienen lo mismo, se registran algunas variantes, que nos muestran el progreso del pensamiento bernardino. Pero en ciertos pasajes de su tratado *Del amor de Dios*, San Bernardo se contenta con reproducir sencillamente lo expuesto en la carta 11. La exacta reproducción de la primera ideología—San Bernardo no recordaba apenas su carta al escribir el tratado—, prueba que seguía una mentalidad arraigada en él. Hay que advertir además que San Bernardo no hace siempre una misma división. En los sermones al Cantar de los Cantares, a propósito del beso de la Esposa, señala tres grados en nuestro perfeccionamiento espiritual, simbolizados en los tres besos: el primero al pie, el segundo a la mano y el tercero a la boca del Señor. Esta diversidad se aclara si atendemos a que San Bernardo, siguiendo la propia experiencia, distingue en la graduación del amor un tiempo ascético y un tiempo místico. Este último, lo dice expresamente (véase la carta 11, n. 8), no está de ordinario bajo el poder del hombre. Dios arrebata al alma. Mas en el primero es más bien el hombre, ayudado de la gracia ordinaria, quien camina hacia Dios (A. le Bail, *o. c.*, col. 1476). Según esto, en la carta 11, n. 8, San Bernardo enumera los grados ascéticos y místicos, mientras que en los sermones 3 y 4 al Cantar de los Cantares, no obstante su carácter místico, sólo enumera los ascéticos.

Es carnal «porque, naciendo de la concupiscencia [14] de la carne, es necesario que empiece por la carne» [15]. De no haber existido el pecado de Adán, este amor, nacido ciertamente de nuestra carne, mas no de la concupiscencia de la carne, habría sido *natural*, esto es, no dirigido a la carne, sino primeramente al autor de todas las cosas [16]. Por razón, pues, de la fragilidad de nuestra naturaleza, este amor se ve impelido por la necesidad a amarse a sí mismo—amor propio— [17]. Con esto no quiere decir San Bernardo que este amor carnal sea malo. De otro modo, ¿cómo le habría colocado por primera etapa en nuestro ascender hacia el amor puro de Dios? Este amor carnal es en su esencia amor verdadero de Dios, aunque ignorante de sí mismo. El trabajo de la gracia en nosotros no consiste en crear un amor que no poseemos, sino, más bien, en desarrollar esos gérmenes de amor divino casi imperceptibles que están envueltos entre los malos deseos de nuestra carne pervertida. Este es un punto de mucha importancia que no debemos olvidar al tratar de la ascesis bernardina. «Las dificultades insolucionables en que se embarazan los comentaristas vienen, dice Gilson, de que razonan como si San Bernardo quisiere crear en nosotros, partiendo de la *cupiditas*, un amor que no existe» [18]

Amor de por sí indiferente, aunque inclinado a llevar al alma por los caminos de los hijos de Adán [19], antes de que se pervierta y se vuelva malo, debemos convertirle al bien.

Pero veamos primero cómo, según San Bernardo, pue-

---

[14] La palabra *cupiditas*, que San Bernardo puso en la primera redacción (carta 11, n. 8), no se halla en la segunda (tr. *Del amor de Dios*, c. 8, n. 23). Esta palabra en el lenguaje de San Bernardo significa, más que un apetito de nuestra naturaleza desordenada, una necesidad irreprensible. Mas, por ser susceptible de una perversa interpretación y por sonar mal a los oídos pios, parece ser que la eliminó.

[15] Carta 11, n. 8.

[16] *Del amor de Dios*, c. 8, n. 23.

[17] Ibid.

[18] «Les difficultés inextricables où les commentateurs s'embarrassent tiennent donc à ce qu'ils raisonnet comme si saint Bernard voulait créer en nous, a partir de la cupidité, un amour de Dieu qui n'y est pas, au lieu qu'il veut seulement tenter la reéducation d'un amour de Dieu qui s'ignore» (cit. por J. M. Canivez, *Dictionnaire d'Histoire et de géographie écclésiastiques*, palabra «Bernard», col. 640).

[19] *Serm. 11 sobre el salmo 90*, n. 3.

de pervertirse nuestro amor carnal, para después seguir con su conversión [20].

El amor carnal, cuando no le domina la razón, nos lleva por los caminos de Adán [21], es decir, por los caminos del pecado. El amor carnal es pecaminoso, no de por sí, sino por las circunstancias que le rodean. San Bernardo describe nuestro descender por los caminos del deleite, bajo la dirección del amor carnal, usando de la parábola del hijo pródigo. Hay cuatro escalones: en el primero nos abandonamos a nosotros mismos. Como el hijo pródigo, nos independizamos del padre y hacemos nuestra propia voluntad, pero sólo en las cosas legítimas [22]. En el segundo, no sólo nos separamos del padre, sino que nos alejamos de él, nos vamos a una región lejana. Aquí hacemos también nuestra propia voluntad en las cosas legítimas y en las ilegítimas; comenzamos a caminar por las rutas del pecado [23]. En el tercero, nos hacemos esclavos de un señor extranjero, esto es, de las pasiones, sobre todo de las pasiones de la carne [24]. Finalmente, descendemos al cuarto grado cuando, habiendo gastado toda la hacienda y puestos al servicio de un extranjero, nos vemos en miseria grande y sentimos una gran hambre de las bellotas de los puercos, esto es, del deleite de la carne [25].

Pero ahora se produce la crisis. Nuestra gran miseria y nuestra gran hambre, que no se sacia, son causa de que volvamos los ojos a la patria del padre, donde hay muchos criados a quienes sobra el pan. El amor busca el bien, el corazón anhela siempre lo que estima preferible [26]. No se sacia con ninguno de los bienes de la tierra; apenas ha

---

[20] Por amor carnal entiende Vacandard (*Dictionnaire de Theologie*, t. 2, col. 778) el amor a la humanidad de Cristo. Se basa en el pasaje del sermón 20 sobre el Cantar de los Cantares, n. 6: «Nota que el amor del corazón es, en cierto modo, carnal, en cuanto que el corazón humano se aficiona más a la carne de Cristo y a todo lo que hizo y mandó en la carne»: «Et nota amorem cordis quodam modo esse carnalem, quod magis erga carnem Christi et quae in carne Christus gessit vel iusssit cor humanum afficiat». Aunque este texto parece contradecir lo que acabamos de exponer, no obstante, es su confirmación. El amor de que habla aquí San Bernardo es el amor carnal convertido, es decir, un amor de la carne, de la nuestra, y también de la de todos nuestros hermanos, principalmente de Cristo (*Del amor de Dios*, c. 8, nn. 23-25).

[21] *Serm. 11 sobre el salmo 90*, n. 3.

[22] *Serm. 8 de los diversos*, n. 2.

[23] Ibid.

[24] Ibid., n. 3.

[25] Ibid., n. 4.

[26] *Del amor de Dios*, c. 7, n. 18.

gustado uno, cuando ya siente hastío [27]. Esta misma insaciabilidad, pues, nos lleva a Dios. Como el hijo pródigo, nos acordamos de que en la casa del padre hay bienes que saciarán nuestra hambre [28]. Así, pues, nuestro amor carnal, después de bajar por la pendiente del pecado, encuentra el camino de la conversión.

¿En qué consiste, pues, esta conversión? El amor carnal, amor propio y exclusivo, se convierte en amor común o social, porque ya no sólo se amará a sí mismo, sino también al prójimo [29]. En adelante, las miserias del prójimo serán miserias suyas [30]. Amor carnal todavía, no amará ya sólo la propia carne, sino la carne de todos los hermanos, en especial la carne de Cristo [31]. Y, como no se puede amar perfectamente al prójimo sin amar al mismo tiempo a Dios, amando al prójimo, venimos a amar a Dios [32], y pasamos al segundo grado. Igualmente, del amor a la carne de Cristo se llega muy pronto al amor de su divinidad.

ARTICULO 3

Amor egoísta o interesado (segundo grado)

En virtud de este progreso natural, hemos vuelto a Dios, desilusionados de los placeres que no sacian [33], y hemos aprendido a amarle. Amamos ciertamente a Dios, pero de un modo muy egoísta; le amamos porque sólo su amor llena las aspiraciones de nuestro corazón. «Le amamos no por sí, sino por nosotros mismos» [34]. Así se expresa en la carta a Guido. En el tratado *Del amor de Dios* repite la misma idea, pero añade algo más. Nuestro amor servil es un amor de obediencia. Si le amamos, no sólo es porque sacia el vacío de felicidad que sentimos en nuestro interior, sino también porque nos lo manda bajo castigo [35]. Su ley es el temor, temor que al mismo tiempo es

[27] Ibid.
[28] Ibid., n. 19.
[29] *Del amor de Dios*, c. 8, n. 23.
[30] *De los grados de la humildad y de la soberbia*, c. 5.
[31] *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.
[32] *Del amor de Dios*, c. 8, n. 25.
[33] *Del amor de Dios*, c. 7, n. 18.
[34] Carta 11, n. 8.
[35] *Del amor de Dios*, c. 9, n. 26.

una pena [36]. Es una ley de esclavos y mercenarios. Esta ley no viene de Dios ; se la han hecho ellos mismos y no es la ley del Señor. La ley de los esclavos y mercenarios es, en cierto sentido, contraria a la de Dios, mas sujeta a ella, por no poder substraerse a ese orden inmutable de la ley divina [37]. Es, finalmente, esa ley un yugo duro e insoportable que pesa sobre los hijos de Adán, que dobla nuestros riñones y que nos hace vecinos del infierno [38]. Con todo eso, aunque servil, este amor es una verdadera sabiduría, pues por él sabemos lo que podemos por nosotros solos y lo que podemos con la gracia, sabemos también guardarnos sin pecado respecto de Dios, que nos protege [39]. Toda la virtud, pues, de este amor consiste en evitar el pecado.

ARTICULO 4

Amor desinteresado de Dios (tercer grado)

San Bernardo, que en el c. 8 de su tratado sobre el amor de Dios explica el primer grado, y en el 10, el cuarto, dedica al segundo y tercero el 9, el más corto de los tres [40]. No hace una distinción clara y neta entre uno y otro ; con todo eso, se descubren fácilmente sus propios dominios. «El hombre, dice, ama a Dios por sí mismo, no por Dios... (segundo grado). Mas frecuentemente vienen tribulaciones que nos obligan a tornarnos a El con ansiedad y que atraen sobre nosotros abundantes auxilios; aunque nuestro corazón sea de hierro y nuestro pecho de bronce, nuestras entrañas duras como la roca, necesariamente nos ablandaremos bajo el influjo de la gracia que salva, y acabaremos por amar a Dios, no ya sólo por nosotros, sino

[36] Ibid., c. 13, n. 36.
[37] Ibid.
[38] Ibid.
[39] Ibid., c. 9, n. 26.
[40] Nos parece extraño cómo A. d'Alès en su obra citada, p. 370, entiende del segundo grado de amor casi todo el capítulo 8 del tratado *Del amor de Dios* (gran parte del número 23, más el 24 y 25), contra lo que dice el título: «Del primer grado de amor». D'Alès no da ninguna razón de su proceder. Nosotros, como también Le Bail (*o. c.*), seguimos el parecer de quien tituló los capítulos.

también por El» [41]. Aquí se nota un verdadero progreso en nuestro amor, un progreso digno de consideración. San Bernardo expone esta idea en interrogante negativo, que es una manera retórica de dar importancia. Si antes le amábamos por nosotros, ahora le amamos por El; si antes le amábamos con la carne y por la carne, ahora le amamos con el espíritu y por el espíritu. En este progreso nos ha guiado nuestra propia experiencia. Nuestro amor de Dios, que por algún tiempo había andado por los caminos de la carne viendo que su paso era lento y que no podía llegar a donde sus deseos le impulsaban, escogió marchar por las sendas del espíritu [42].

Tenemos ya un amor filial que se contrapone al amor servil. Este amor filial le describe admirablemente San Bernardo en los capítulos 9 y 11 del tratado *Del amor de Dios*. El amor filial, como el carnal, es también una ley, pero una ley voluntaria. El mismo amor se crea esta ley más fuerte que la del castigo, porque nace de un principio más lleno de energías, que es el amor [43].

Sus efectos son: hace ligera y fácil la ley de los mercenarios y esclavos [44]. Lo que antes hacíamos por obediencia, por no pecar y contra las exigencias de nuestra carne, ahora lo hacemos ya naturalmente y a pesar de nuestra carne, en virtud de esta mayor energía de amor desinteresado. Porque hay que saber que este amor no destruye esa ley de servidumbre, sino que ayuda a observarla y sobrellevarla [45].

Ordena la concupiscencia del mercenario, apartando de nuestros deseos lo que es malo y haciendo preferir lo mejor a lo bueno, no dejando desear el bien más que en vista de lo mejor [46]. Su origen es la consideración de la bondad divina.

Nuestro comercio con Dios ha hecho que le gustemos,

---

[41] «Amat ergo iam Deum, sed propter se interim adhuc, non propter ipsum... At si frequens ingruerit tribulatio ob quam et frequens ad Deum conversio fiat et a Deo aeque frequens liberatio consequatur; nonne, etsi fuerit ferreum pectus vel cor lapideum, toties liberati, emolliri necesse est ad gratiam liberantis, *quatenus Deum homo diligat, non propter se tantum, sed et propter ipsum?*» (*Del amor de Dios*, c. 9, n. 26).

[42] *Del amor de Dios*, c. 7, n. 20.

[43] *Del amor de Dios*, c. 14, n. 37.

[44] Ibid., n. 38

[45] Ibid.

[46] Ibid

y que, gustándole, experimentemos cuán dulce es; sentimiento que aumenta nuestro amor mucho más que todos los temores [47].

ARTICULO 5

Amor puro de Dios (cuarto grado)

En nuestro ascender hacia el amor, hemos llegado al cuarto y último grado. Más allá del amor puro, del amor desinteresado, no hay otro amor. Este amor es en su esencia amor divino; nuestro amor, cuando es verdaderamente puro, es como el amor de Dios, es una participación del suyo, sólo que en El es infinito, mientras que en nosotros finito.

San Bernardo, si fué un gran maestro, lo fué, sin duda ninguna, en el arte del amor; y, dentro de este arte sublime, su especialización fué la del amor puro de Dios, es decir, el arte de la mística. El amor místico de San Bernardo es el fruto exquisito de su pensamiento y de su vida. Con sus escritos nos marcó los caminos del amor y nos mostró la meta de nuestro glorioso ascender; con su vida nos enseñó a caminar en pos de sí y nos dijo que también para nosotros, pobres humanos, hay esperanzas de llegar. No obstante lo dicho, resulta difícil captar perfectamente la doctrina mística de San Bernardo. En primer lugar, porque no tiene un tratado de mística. Su doctrina se halla difundida por todas sus obras, en especial por sus sermones al Cantar de los Cantares. En segundo lugar, porque la concepción de la mística y su exposición han variado mucho desde el siglo XII a la actualidad. Es inútil buscar en los textos místicos antiguos mención y explicación de problemas trascendentales de la exposición mística moderna, como son *la oración mística, el llamamiento a la oración mística, progreso de esta oración*. Para San Bernardo, mística o amor puro son simplemente el resultado glorioso y sublime de la elevación del alma cristiana a la unión con Dios mediante la operación divina. Por consiguiente, es una perfección a la que todos debemos aspirar, porque es fin de nuestra existencia y porque para ello he-

[47] *Del amor de Dios*, c. 9, n. 26.

mos sido creados. Si no la logramos, es porque no queremos. Mas el alcanzarla ya desde esta vida es un don muy raro que Dios concede a pocos, a sus más íntimos amigos, y esto sólo a intervalos muy distantes.

San Bernardo expuso directamente su pensamiento sobre este cuarto grado del amor de Dios en la carta 11, en el tratado *Del amor de Dios* y en el Cantar de los Cantares. Accidentalmente tiene pasajes místicos en sus restantes escritos. La carta 11 y el tratado *Del amor de Dios* son fruto de su juventud ; en cambio, los sermones al Cantar de los Cantares los compuso en su vejez[48]. Entre unos y otro existen notables diferencias. Primeramente, en la carta y el tratado San Bernardo expone de un modo especulativo su pensamiento sobre el particular. Parece como si contemplara a la mística muy alta y muy alejada, que ni él ni nadie de los ordinarios puede conseguir. Es más, reta a cualquiera que la haya alcanzado a presentarse. Por el contrario, en los sermones sobre el Cantar se nota ya la influencia de una experiencia consoladora y certificante. Su razón es oráculo de su corazón. Este no sólo es su guía, sino también el argumento decisivo con que lo prueba. Sus expresiones tienen más fuego, más convencimiento, más influencia. Sus ideas son más claras y más firmes. Ya no niega ni pone en dudas la existencia en la tierra de esta unión mística. Ya no reta a nadie, porque él mismo se confiesa. Con todo eso, tampoco afirma que sea común. Las almas que la poseen se pueden llamar privilegiadas, y su unión es a intervalos. En segundo lugar, la unión que estudia en la carta y tratado es la unión definitiva del cielo, mientras que en el Cantar de los Cantares se describe la unión mística aún viviendo en la tierra. Finalmente, en la carta y tratado se unen Dios y el alma, el Padre y el alma ; en cambio, en los sermones son el Verbo—Esposo—y el alma—esposa—los que se adhieren en matrimonio espiritual, en un abrazo de amor.

Por tanto, en la doctrina mística de San Bernardo, más que en otra parte cualquiera, se nota ese progreso que da la experiencia de los años. Con estas breves nociones

[48] Tanto es así, que los dejó sin terminar; el sermón 86 es quizás lo mas bello que ha brotado de sus labios, los últimos latidos de su corazón en la víspera del desposorio definitivo.

por base, pasemos ahora a delinear la síntesis de la mística bernardina.

§ 1. Noción previa de la unión mística

Al tratar del tercer grado de amor de Dios, dijimos que éste consistía en amar a Dios no sólo por nosotros, sino también por El. Nuestro amor era filial; le amábamos porque era nuestro padre, pero también porque nos traspasaría su herencia. En cambio, en este cuarto grado damos un paso más y definitivo. Amamos a Dios no ya por nosotros, sino tan sólo por El, con un amor desinteresado de complacencia, como de esposa [49]. Este amor de esposa, San Bernardo le declara así: «Dadme un alma que el Esposo visita con frecuencia, a quien la familiaridad ha dado atrevimiento, a quien el gusto ha dado hambre, a quien el abandono de todas las cosas ha dado placer, e inmediatamente le daré el nombre de esposa» [50]. En estas pocas palabras nos dice San Bernardo que este cuarto grado de amor consiste en una unión amorosa, íntima y absoluta, como es la unión de los esposos, tomada en su puro ideal, sin las escorias de la vida terrena, en la fusión de dos seres en un amor único y eterno. San Bernardo conoce las palabras de San Pablo a los efesios [51], ha leído y meditado los profetas, y sabe que para expresar la unión de Yavé con la sinagoga no hallan otro símbolo que el símbolo de la unión marital. Ha meditado las tiernas palabras del Cantar de los Cantares—esa expresión humana del amor divino—, conoce, en fin, toda la tradición cristiana sobre el sacramento del matrimonio. Su concepción, pues, del cuarto grado de amor es absolutamente tradicional, puramente ortodoxa, hermosamente sublime. El cuarto grado de amor es una unión conyugal, cuyos efectos son: por parte de la Esposa, un olvido total de todo lo que no sea su Esposo, un hambre insaciable de amor y una confianza absoluta; por parte del Esposo, un enamoramiento inconcebible hasta el punto de bajarse de su elevadísi-

[49] *Del amor de Dios*, c. 10, n. 27.

[50] «Da mihi animam, quam frequenter Verbum sponsus invisere soleat, cui familiaritas ausum, cui gustus famem, cui contemptus omnium otium dederit, et ego huic incunctanter assigno vocem pariter et nomen sponsae» (*Serm. 64 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3).

[51] 5, 22-33.

ma dignidad para abrazar a la esclava humilde y despreciable y, como consecuencia o causa de este descender amoroso, un cariño de benevolencia sin límites.

§ 2. Tiempo en que se realiza esta unión

Resultaría un poco difícil coordinar los textos de San Bernardo que tratan del momento de esta unión, si no se admitiera una graduación progresiva en su pensamiento. Su idea primera nos la ofrece la carta 11 [52]. Frente al interrogante de si esta unión se halla al alcance de los mortales, queda perplejo, sin saber qué responder. Más bien se inclina a la negativa. Si se puede tener en algo su parecer, opina que esta unión sólo será posible en el cielo. En fin, zanja la cuestión con un gesto retórico: si alguno la ha alcanzado, dé testimonio de ella. Es un reto atrevido. Al redactar el tratado *Del amor de Dios*, su pensamiento ha sufrido una pequeña transformación. Ya no se muestra tan escéptico. Se pregunta también cuándo se podrá lograr esta unión, y responde sencillamente que, si bien es tan sublime y sobrehumana que su momento apropiado es el cielo, no obstante, se puede hallar también en la tierra, pero de un modo pasajero; y tan pocas veces, que San Bernardo se atreve a llamar feliz a aquel que sólo una vez, de pasada, ha sentido esta dulce experiencia, pues perderse uno en Dios y no tener ningún sentimiento de la propia existencia es algo celestial y no terreno [53]. En el comentario al Cantar de los Cantares, la unión de Dios mediante el amor perfecto sigue siendo igualmente extraordinaria en la tierra, mas ya no tanto como en el tratado. Es el patrimonio de una rara perfección [54], pero, aunque extraordinario, es un ideal al que debemos aspirar [55] con un deseo apasionado y exigente, como el que tiene la esposa de recibir el beso del amado [56], y con la firme convicción de que algún día se colmarán nuestras legítimas aspiraciones [57]. Pero debemos estar plenamente convencidos de que esta unión no será obra de nuestra industria, sino de la

[52] Carta 11, n. 8.
[53] *Del amor de Dios*, c. 10, n. 27.
[54] *Serm. 4 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 1.
[55] *Serm. 9 sobre el Cantar de los Cantares*, nn. 1-3.
[56] Ibid., n. 2.
[57] *Serm. 49 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.

donación divina[58]. La dulce experiencia le ha enseñado ya prácticamente lo expuesto en teoría. Por eso, su comentario se dirige principalmente a cantar esta unión conyugal con Dios ya desde la tierra. Aunque sólo se disfrute una vez y de pasada, bien merece un comentario sin terminar de 86 sermones largos.

§ 3. Matrimonio místico en vida mortal

San Bernardo describe bellamente esta unión en el opúsculo sobre los grados de la humildad y de la soberbia. Aquí la unión es obra de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad. De su unión con el Verbo por la razón nace la humildad, y de su unión con el Espíritu, la caridad. Estas dos perfecciones que en su enlace le han regalado el Verbo y el Espíritu Santo la alcanzan la unión suprema con el Padre, que se la une a sí como esposa. Este noble título la abre paso a la cámara particular del Rey, en donde el amor la hace desfallecer; reina un silencio embriagador, el alma reposa dulcemente entre los abrazos que anhelara[59]. En los sermones sobre el Cantar de los Cantares se describe la unión místico-amorosa más extensamente y con más detalles. Pero, contrariamente a lo expuesto en el tratado sobre los grados de la humildad y de la soberbia, el Verbo (Cristo-Verbo) aparece como el único Esposo. San Bernardo le llama Verbo, porque el objeto de nuestro amor supremo no es la humanidad de Jesucristo, sino su divinidad, esto es, el Verbo sabiduría, el Verbo justicia, el Verbo verdad, el Verbo santidad, el Verbo piedad[60]. Sus desposorios con el alma son obra suya. El es quien solicita. Su amor es tan grande, sus ansias tan vehementes, que no puede aguardar al momento sublime del matrimonio místico en el cielo para abrazar a la que ama su corazón. Abaja su majestad y desciende a la tierra, y recoge al alma entre sus brazos con cariño de padre y la promete su amor; la desposa consigo mismo, la hace su reina[61]. Pero no termina aquí; su amor no queda satis-

[58] *Del amor de Dios*, c. 10, n. 29.
[59] *Grados de humildad y de soberbia*, c. 7, n. 21.
[60] *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 8.
[61] *Serm. 52 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2. Téngase presente que San Bernardo no habla de una actividad estrictamente propia del Verbo. Sabía muy bien, y nos lo indica en el pasaje citado del tratado sobre los grados de la humildad y de la soberbia (c. 7, n. 21), que todas las operaciones divinas *ad extra* son obra de las tres Personas.

fecho ; sólo un matrimonio formal y consumado será capaz de satisfacer a un amor divino. San Bernardo describe esta unión perfecta con una bella imagen. El esposo, rey magnífico, tiene tres habitaciones particulares. En las dos primeras recibe a los amigos, familiares y esposas secundarias. Mas la tercera se reserva a la esposa legítima. Es su santuario. Aquí no es él quien recibe, sino ella. Aquí es donde se retira el rey después de tratar los negocios. Aquí es donde se consuma su matrimonio. Viene con ansias de amor y de intimidad ; el reposo y la paz es su vida [62]. Y en esta paz y reposo, en que no se respira más que amor, su conversación es amar. La esposa es todo amor. Ser esposa es sinónimo de ser amante, ser cuyo oficio principal y propio es amar [63]. El Verbo toma al alma por esposa porque la ve perfectamente conforme consigo mismo: conforme en naturaleza, conforme en la voluntad, conforme también en el amor [63*].

Pero esta unión conyugal mística se da pocas veces en la tierra y siempre velozmente. Aunque consumado el matrimonio, los esposos estan todavía separados. Todavía no ha llegado el momento de la unión definitiva y perfecta. Mientras tanto, el Esposo visita a la esposa con frecuencia, dejándola con deleites ultraterrenos y con deseos de volverle a recibir [64].

¿Cómo se desarrolla esta visita? San Bernardo la denomina en diversas partes con el nombre de éxtasis [65]. En el éxtasis ve San Bernardo tanto la acción elevante y cautivante de Dios, el Verbo-Esposo, como el estado de la esposa, elevada y extasiada por la acción del Esposo. El éxtasis no es, pues, otra cosa que la unión momentánea de Esposo y esposa en la tierra. Su naturaleza y descripción la acabamos de exponer brevemente ; bástenos con resaltar que esta unión es un reposo ; no el reposo apacible, que enajena por un tiempo los sentidos en dulce sueño ; ni el reposo horrible, que destruye la vida ; ni el reposo fatal de quien se duerme en el pecado ; es un reposo vivificador y vigilante, que ilumina los sentidos interiores, que aparta la muerte y comunica una vida eterna ; es un sueño que no adormece los sentidos, sino que suspende su aplicación ;

[62] *Serm. 23 sobre el Cantar de los Cantares*, nn. 9-16.
[63] *Serm. 83 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 5.
[63*] Ibid., n. 3.
[64] *Serm. 74 sobre el Cantar de los Cantares*, nn. 1-2.
[65] *Serm. 52 sobre el Cantar de los Cantares*.

es, digámoslo así, una muerte, como lo indica el Apóstol: *Estáis muertos, y vuestra vida se halla escondida en Dios con Jesucristo* [66]. En virtud de esta unión, el alma se hace un espíritu con Dios, El vive en ella y ella vive en El, y su vida es una vida de amor [67].

Los efectos de este éxtasis son trascendentales. Indudablemente, reflexionaría San Bernardo, una unión tan sublime no puede menos de acarrear consecuencias insospechadas: 1.° Correspondencia de amor: la esencia de la unión mística conyugal consiste en un amor mutuo y recíproco. Se ama para ser amado, uno es amado para amar. Sólo el amor que Dios nos tiene puede pagarse con amor [68]. 2.° De este amor mutuo nace la confianza. Aunque la desproporción entre Amante y amada sea infinita, ésta no se avergüenza de exigir con la libertad que da el amor lo que su corazón anhela. Sin rubor y con osadía pide al Verbo, reclama al Verbo, objeto de sus delicias; le llama no Señor, sino Querido [69]. 3.° La conformidad perfecta entre Esposo y esposa es causa de un tercer efecto. La esposa, enajenada a esta vida terrestre por el amor de un Dios, no puede menos de estar incólume de las tentaciones que trae consigo la vida, del temor de verse solicitada por los halagos del placer y abrasada por los ardores de la avaricia, de la impaciencia y demás pasiones [70]. 4.° Pero el principal efecto del éxtasis es la iluminación del espíritu y el enfervorizamiento del corazón. La esposa, dormida en los brazos del Esposo, sueña con Dios; le ve como en un espejo y a través de enigmas. Esta visión le abrasa el corazón [71]. A ve-

---

[66] «Non autem dormitio corporis vel placida, quam sensus carnis suaviter sopit ad tempus, vel horrida, quae funditus vitam tollere consuevit. Multo magis vero et ab illa alienus existit, qua obdormitur morte, cum videlicet in peccato, quod est ad mortem, irrevocabiliter perseveratur. Magis autem istiusmodi vitalis vigilque sopor sensum interiorem illuminat et, morte propulsata, vitam tribuit sempiternam. Revera enim dormitio est, quae tamen sensum non sopiat, sed abducat. Est et mors, quod non dubius dixerim, quoniam Apostolus, quosdam in carne adhuc viventes commendando, sic loquitur; «Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo» (*Serm. 52 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3).

[67] *Serm. 71 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 10. M. Gilson tiene páginas luminosas y decisivas sobre este acuerdo perfecto entre la voluntad de la naturaleza humana y la de la naturaleza divina en una distinción estricta de naturalezas y voluntades (*o. c.*, pp. 142-156).

[68] *Serm. 83 sobre el Cantar de los Cantares*, nn. 4-6.

[69] *Serm. 74 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 4.

[70] *Serm. 52 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 4.

[71] *Serm. 18 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.

ces, el alma, impelida por la impetuosidad del amor, se independiza de los lazos de la carne; en un instante rapidísimo, pero feliz, contempla la divinidad, y, cuando se lanza para asirla, ésta desaparece, dejándola caer en las imágenes que la desconciertan [72]. El resultado práctico de esta iluminación del espíritu es un conocimiento más amplio y más profundo de las Sagradas Escrituras y de los misterios de nuestra religión. La comunicación con la divinidad ha traído también otra consecuencia práctica: la esposa sale del éxtasis con el corazón abrasado y ardiendo en celo por la justicia [73], sale llena de felicidad, sale embriagada de delicias; pero no sabrá expresar lo que ha experimentado [74]. San Bernardo, verdaderamente, siente la dignidad, sobre todas las dignidades humanas, de las esposas de Cristo. Tienen éstas un amor tan sublime, tan divino, que no sabrían expresarlo con palabras comunes. Por eso hay para ellas solas un cantar, que es el Cantar de los Cantares. Cántico nupcial, místico y privado, cuyas notas sólo vibran en el interior del alma y sólo oyen la que canta y Aquel a quien se canta [75]. San Bernardo tiene sobre este cántico un elogio bello y magnífico [76]. Pero este cántico no le gustan todos ni le comprenden todos. En primer lugar, no le gustan todos. A causa de su sublimidad mística, no está al alcance de los novicios. Para gustarle se necesita haber profundizado mucho en el amor, haber dominado de tal suerte la concupiscencia de la carne, que no cause ya al alma preocupación ninguna [77]. En segundo lugar, no le comprenden todos. El Cantar de los Cantares es un himno tejido con fibras de amor. Por lo mismo, no le podrán comprender los que no saben de amor. Estos harán bien en no leerle, pues, de lo contrario, perderían el tiempo. Corazones fríos no pueden comprender un lenguaje de fuego; en su ignorante presunción lo tomarían por algo bárbaro y terreno [78]. «Preséntame a uno que ame, decía San Agustín, y sentirá lo que digo; hablo a un frío y no sabe lo que digo» [79]. Ciertamente, San Bernardo había

---

[72] Ibid.; *Serm. 41 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
[73] *Serm. 49 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 4.
[74] *Serm. 52 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
[75] *Serm. 1 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 11.
[76] Ibid.
[77] Ibid., n. 12; cf. *Serm. 32 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
[78] *Serm. 79 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 1.
[79] «Da amantem et sentit quod dico. Si autem frigido loquor, nescit quod dico» (*In Ioannem*, tr. 26, 4-5).

leído a San Agustín y conocía su pensamiento; pero también lo sabía de sí mismo, porque se lo había enseñado el amor.

§ 4. La experiencia de San Bernardo

Indudablemente, San Bernardo nos ha hablado de cosas divinas, de amores que colman las exigencias de nuestro corazón. Pero todo esto necesita una prueba. El lo comprende así; por eso, aunque sea contra todos los imperativos del pudor—de su pudor de alma virginal—, San Bernardo recurre a su rica experiencia. Su fin es enseñar a sus monjes; se debe a ellos, y todo ha de pasar ante el deber. Al hablar de sí tiene un aire profundo de melancólica convicción. Lo que va a hacer es una locura, pero no importa; sus hijos saben perdonar. A continuación descorre su interior: «El Verbo ha venido más de una vez a mí. Y, aunque no le he notado llegar, no obstante, he sentido su presencia y la recuerdo. Al sentirle dentro de mí, le he buscado con insistencia, he hallado que habita en todo mi ser, que es más íntimo que yo» [80]. Las operaciones del Esposo en el santuario del alma son admirables. Al enterarse el alma de la presencia del Esposo, se estremece. Un dardo de amor atraviesa el corazón. El alma despierta; es el Amado. Ya no tiene más que un pensamiento: amar y vivir para El. Como agua pura en campo árido, el Verbo fecundiza al alma, poda y planta... Muy pronto se convierte ésta en jardín [81]. Pero, cuando el Verbo marcha, todo queda en desolación. La esposa siente un vacío infinito; de sus labios no brota ya más que una sola palabra, que explica todos los anhelos que se ocultan en su pecho. Mientras viva sólo sabrá repetir: «Esposo mío, vuelve» [82]. La confesión de San Bernardo es bella y conmovedora.

§ 5. Matrimonio místico en el cielo

Hemos expuesto ya las ideas de San Bernardo sobre la unión mística en la tierra. Por el mismo hecho de ser periódica, postula otra eterna, que sea la consumación definitiva del amor incoado en la tierra. Esta unión la describe San Bernardo en su tratado *Del amor de Dios*, pero no

[80] *Serm. 74 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 5.
[81] Ibid., n. 6.
[82] Ibid., n. 7.

como una consumación definitiva del matrimonio místico comenzado en la tierra, sino, más bien, como la adquisición de un estado al que estamos llamados, y al que seremos elevados por el Amor infinito. No obstante, queremos advertir de nuevo que, a las luces de un constante progreso experimental, varió su concepción de la unión mística. Sus obras últimas nos lo confirman. El aspecto, pues, complementario que en nuestra síntesis damos a sus ideas sobre el particular es una genuina interpretación de su pensamiento.

En el sermón 52 sobre el Cantar de los Cantares, ha descrito el desposorio místico del alma con el Verbo, el abrazo consumativo de la esposa y del Esposo. Ante familiaridad tan sublime ya en la tierra, San Bernardo queda en suspenso y piensa en el abrazo eterno y definitivo de la gloria. De su pecho brota un interrogante amoroso: si esto es en la tierra, ¿qué será en el cielo? [83]. A este interrogante, que, sin duda ninguna, se ha formulado más de una vez, trata de responder en su tratado *Del amor de Dios*.

«El cuarto grado del amor de Dios, ha dicho, es aquel en que el hombre no se ama más que en Dios» [84]. En este estado definitivo y celestial, seremos un solo espíritu con El; todo nuestro ser se habrá divinizado [85]; nos fusionaremos y transformaremos en la divinidad, como el hierro se convierte en fuego con el fuego, como el aire se convierte en luz con la luz del sol [86]. Esta unión o fusión en la divinidad existirá ya desde nuestra entrada en el cielo de modo definitivo; pero todavía no perfecto. La unión perfecta en su grado sumo sólo tendrá lugar cuando resuciten nuestros cuerpos inmortales y espirituales, esto es, cuando ni la seducción ni las importunaciones de la carne impidan al alma lanzarse a la divinidad con todo el impulso de su amor. Porque hasta entonces el alma vive en una constante preocupación por la suerte de su cuerpo, preocupación que la hace pensar en sí y resta intensidad a su amor puro de Dios, que consiste en un olvido de sí y en un amor sólo de Dios [87]. En el c. 11 desarrolla algo más esta idea. El alma, al subir al

[83] *Serm. 52 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
[84] *Del amor de Dios*, c. 10, n. 27.
[85] Ibid.
[86] Ibid., nn. 27-28.
[87] Ibid., n. 29

cielo, recibe la primera estola [88]; al resucitar el cuerpo, recibe la segunda. Entonces es el momento determinado por Dios para otorgar al hombre el supremo galardón. Entonces abre el seno de su amor, al que alma y cuerpo se precipitan arrastrados por la fuerza de la atracción [89]. Como conclusión, San Bernardo trata de describir con palabras humanas esta unión mística: «Es una embriaguez que enajena a los que han sido dignos de las bodas del Cordero, es un abrazo puro y apretado de la esposa y del Esposo que hace brotar un río de amor impetuoso, que alegra la ciudad de Dios. Es una saciedad sin hartura, es una ansiedad insaciable, pero libre de inquietudes; es un deseo eterno e inexplicable que desconoce el sufrimiento de la necesidad; es, en fin, una sobria embriaguez que no nace del exceso del vino, sino del amor ardiente y apasionado de Dios» [90].

§ 6. Doctrina de San Bernardo sobre el amor puro y el quietismo de Mme. Guyon

Frecuentemente, San Bernardo, al hablar del éxtasis, en que se realiza la unión mística terrena con el Verbo, emplea la palabra *quies*—quietud—. Podría, pues, creerse, y algunos así lo han entendido, que San Bernardo fué un precursor de la doctrina quietista de Fenelón y Mme. Guyon. Pero nada tan lejano de tal doctrina como el puro misticismo del Santo. Las divergencias entre una doctrina y otra son substanciales y, por lo general, completamente opuestas.

Todo el plan de la mística quietista consiste en crear una ascesis fácil, en llevar sencillamente y sin molestia alguna, ya desde esta vida, una perfecta unión con Dios constante y directa [91].

Por el contrario, San Bernardo predica una ascesis difícil y de un esfuerzo continuo. El camino de nuestro ascender hacia Dios es un camino real [92], pero un camino

---

[88] Véase también en el *Serm. 2 de Navidad*, n. 5.
[89] *Del amor de Dios*, c. 11, nn. 31-32.
[90] Ibid., n. 33.
[91] La obra en que se exponen tales doctrinas se titula *Pratique facile pour élever l'âme a la contemplation*. Propulsor de idénticas doctrinas fué un contemporáneo suyo, el español Molinos, con su libro *Guía espiritual que desembaraza al alma*.
[92] *Serm. 43 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 4.

real de la santa cruz [93]. Una prueba fehaciente son los cuatro grados del amor. Nuestro amor, para llegar a Dios, ha tenido muchas renuncias que hacer, y las renuncias nunca son fáciles.

Ya en el cuarto grado de amor puro de Dios hemos visto lo parco que se muestra San Bernardo en admitir su existencia en la tierra. Los éxtasis son siempre pasajeros. En ellos no se ve a Dios cara a cara, sino a través de enigmas y figuras. Si alguna vez en la viveza del amor le parece al alma que toca la divinidad, es para caer al instante en las imágenes y figuras. Es cierto que mientras dura el éxtasis el alma se ve libre de tentaciones. Naturalmente, estando la esposa en los brazos del Esposo, no hay quien se atreva a solicitarla. Pero al irse El, las pasiones levantan cabeza, y la inquietud, señal de inseguridad, vuelve a renacer. Enérgicamente concluye San Bernardo: «Ningún sabio, ningún santo, ningún profeta, puede o ha podido en cuerpo mortal ver a Dios tal cual es» [94].

ARTICULO 6

La gracia (primer medio)

Hemos expuesto los cuatro grados de amor de Dios conforme al pensamiento bernardino. Hemos notado también, según su doctrina, lo penoso que resulta a nuestra pobre naturaleza el subir por este regio camino del amor, sembrado de cruces. Es un trabajo de todos los días; cuando nuestra vida acabe, no habremos terminado aún. Es tan costoso y difícil, que con nuestras propias fuerzas jamás podríamos llevarle a efecto [95]. Pero tenemos a nuestra disposición medios eficacísimos. En el esquema que al principio trazamos de la escesis bernardina, señalamos los medios que nos ayudan más en nuestro esfuerzo por el amor supremo. El primer medio o ayuda es la gracia. La

[93] *Imitación de Cristo*, l. 2, c. 12. Adviértase que el libro de la *Imitación de Cristo* es sencillamente una magnífica floración de la doctrina de San Bernardo.

[94] «Non sapiens, non sanctus, non propheta videre illum, sicuti est, potest aut potuit in corpore hoc mortali» (*Serm. 31 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2)

[95] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 4, n. 16.

gracia es, por parte de Dios, la mano que nos guía y nos empuja, la que todo lo hace. El pensamiento de San Bernardo sobre la gracia le hemos expuesto suficientemente al tratar del dogma [96].

ARTICULO 7

Devoción a la humanidad de Cristo (segundo medio)

Aunque la gracia es el gran impulso en nuestro ascender ascético, con todo eso, nada lograría si no fuera acompañada de nuestra cooperación. Cooperaremos tanto más o menos eficazmente cuanto estemos más o menos unidos a Jesús mediante nuestra devoción a su sacratísima humanidad. El amor o devoción a la humanidad de Cristo será el norte para llegar a la devoción del Verbo. Siguiendo la carne, llegaremos al espíritu. La unión conyugal mística con el Verbo-Esposo será el efecto de nuestra devoción a la humanidad. Amando a Cristo-hombre, aprenderemos a amar a Cristo-Dios [97]. La devoción a la humanidad de Cristo es la flor más hermosa del amor de San Bernardo a Jesucristo. Aunque su devoción al Verbo es sublime y arranca a su pecho expresiones ultrahumanas, son ininteligibles para la mayoría de los hombres; por el contrario, su amor a la humanidad de Cristo es más delicada, más sentida, más sencilla, más amorosa. Sus sermones sobre los misterios terrenos de nuestro Señor están impregnados de poesía y fervor. Esta devoción a la humanidad de Cristo, San Bernardo la ve en la palabra Jesús. Para él, decir Jesús es sentir en toda su presión un amor muy profundo y muy íntimo hacia la humanidad de Cristo. Por eso, al pronunciar esa divina palabra, su alma se enamora y sus labios gustan la miel. «Jesús es para la boca miel; para el oído, melodía; para el corazón, júbilo» [98]. Jesús es por quien vive y siente [99]. También ve simbolizada la humanidad de Cristo en los pies del Señor, idea que le sugiere el versículo 7 del salmo 131: *Le adoraremos en el lugar en que ha colocado sus pies* [100].

---

[96] *Gracia y libre albedrío.*
[97] *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, nn. 4-6.
[98] *Serm. 15 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.
[99] *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
[100] *Serm. 6 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.

Así, pues, en la ascesis bernardina juega un papel importantísimo la devoción a la humanidad de Cristo. Benedictino y liturgista por naturaleza y afición, San Bernardo supo enriquecer su amor a la humanidad de Cristo en la meditación sobre los misterios terrenos del Salvador, que constantemente le presentaba la Iglesia en su liturgia. Seguía con entusiasmo sus diferentes fases. Su experiencia le enseñó los tesoros inagotables que encierra la devoción a los misterios de la humanidad de Cristo. Y, como se sentía padre de sus monjes, fué su gran ilusión el inculcarles esa costumbre santificadora. Sus sermones, pues, de tiempo son el fruto de su devoción a la humanidad de Cristo y de su celo por el progreso espiritual de sus hijos. Su pensamiento sobre la importancia de esta devoción, como medio poderoso en nuestro ascender por los grados del amor, es claro y terminante [101].

En el sermón 20 sobre el Cantar de los Cantares, San Bernardo expone la existencia en nosotros de la devoción a la humanidad, su primacía y su razón fundamental: nuestro corazón se aficiona más fácilmente a la carne de Cristo que a su divinidad, y esto porque somos carne, y la carne busca primero lo que es, como ella, carnal [102]. Sin la humanidad de Cristo, nuestro amor de Dios se habría visto más de una vez como en suspenso, sin un objeto a que asirse. Por tanto, la encarnación del Verbo es la obra amorosa de Dios a favor nuestro. La humanidad de Cristo es la luz que nos descubre la divinidad [103]. Para salvar a la carne fué necesario que se hiciese carne el Verbo [104]. La humanidad de Cristo será, sin duda ninguna, para nosotros un subir por grados a la perfección, si la constituímos el tema ordinario de nuestra meditación y oración [105]. Meditar en los misterios de Cristo en la tierra es una de las exhortaciones que más repite San Bernardo. Nuestra meditación debe ser continua; en este punto debe-

---

101 Para convencernos de todo cuanto acabamos de decir, basta leer sus sermones sobre el tiempo de Navidad.

102 *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6. Adviértase que, como ya hemos notado más arriba, *carnal* en San Bernardo no encierra nada de desordenado.

103 Ibid.

104 *Serm. 6 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.

105 Ibid.

mos ser avaros ; un solo momento es un tesoro [106]. Esta meditación continua es un incentivo del sumo amor [107].

Al inculcar San Bernardo la constante meditación amorosa de los misterios de Cristo en la tierra, sigue el convencimiento de la propia experiencia [108]. Como el pájaro en su escondite y la tórtola en su nido, nosotros debemos vivir en las llagas del Señor muy junto a su corazón para meditar en los misterios de su humanidad [109].

Los frutos que de esta meditación saca nuestra alma son magníficos. La vida de Cristo tiene una virtud especial y propia que inflama nuestro amor, nuestra compasión y que es germen de virtudes cristianas [110]. Pero entre todos los misterios hay tres de especial trascendencia para San Bernardo y que sacian su devoción. Son la anunciación, el nacimiento de nuestro Señor y la redención.

El misterio de la anunciación le ha exaltado en sus cuatro homilías sobre el *Missus est*. Su lectura revela la emocionante ternura de San Bernardo. Sus palabras son delicadas y escogidas. Están rimadas por las palpitaciones de un corazón apasionado, enamorado de María. Para San Bernardo, el Adviento es María, y María todas las esperanzas del Antiguo Testamento, juntamente con el Nuevo. La anunciación es un misterio de esperanza jubilosa. Es un momento sobrecogedor en que todos esperan de María : el ángel, Dios, los hombres [111]. San Bernardo se halla también presente. La anunciación es un misterio que existió, mas cuya virtud se actualiza. Es tan sublime, que San Bernardo, antes de hablar de él, pide al cielo, no va un carbón ardiendo, sino un globo de fuego que purifique sus labios [112].

Igualmente, el nacimiento de Cristo conmueve y entusiasma. ¿Qué corazón, aunque fuese de piedra, no se ablandaría al oír el nacimiento del Salvador? Es algo que sobrepasa nuestra imaginación y que jamás se pudo inventar [113]. El nacimiento de Cristo nos enseña la humil-

---

[106] *Serm. 43 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
[107] *Serm. 11 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
[108] *Serm. 43 sobre el Cantar de los Cantares*, nn. 3-4.
[109] *Serm. 41 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
[110] *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 6.
[111] *Hom. 4 sobre el «Missus est»*, n. 8.
[112] *Hom. 3 sobre el «Missus est»*, n. 1.
[113] *Serm. 1 en la vigilia de Navidad*, n. 1.

dad [114]; nos enseña también la mortificación [115]. El nacimiento por la noche en un establo nos enseña a huir de la ostentación y a despreciar la vanidad del mundo [116]. Finalmente, en su nacimiento Jesucristo nos recomienda la humildad; la Virgen, la castidad; San José, la justicia y la continencia [117].

Más trascendental aún que los dos primeros es la redención. La redención es la obra magna de Dios para con los hombres, es la que más toca el corazón de San Bernardo y la que más le inflama de amor [118]. La meditación de los tormentos de Cristo de tal modo conmueven el alma, que las lágrimas brotan abundantes; lágrimas de amor por la carne de Jesús, lágrimas compasivas que regeneran [119]. Estos sufrimientos de Cristo, San Bernardo los tenía siempre presentes. El mismo nos cuenta con una hermosa figura que se había hecho un delicado ramillete de todos los sufrimientos de Cristo, pero que en ese ramillete las flores más bellas y más olorosas eran los sufrimientos de la cruz [120].

Pero la principal consecuencia de la meditación amorosa de los misterios de Cristo en la tierra, la que es objeto y fin de nuestra devoción a la humanidad, a su sacratísima humanidad, es la unión con Cristo, o mejor, nuestra configuración con Cristo en su naturaleza. Meditando sus misterios, nos haremos, como El, mansos y humildes de corazón, obedientes hasta la muerte. Es un hecho cierto que en el siglo XII con San Bernardo «la ascética se cristalizó ante todo en una ascética de conformidad con los misterios de la vida terrestre de Jesucristo» [121]. Dios nos ha predestinado y nos ha adoptado por hijos suyos y hermanos de Jesucristo, según las palabras de San Pablo [122]. San Bernardo las hace suyas y predica la conformidad con Cristo [123]. Este es, pues, el fin de nuestra vida, que Dios nos ha señalado desde toda la eternidad. Conformidad con Cristo significa para San Bernardo lo mismo que unión

---

114 *Serm. 1 en la fiesta de Navidad*, n. 1.
115 *Serm. 3 en la fiesta de Navidad*, n. 1.
116 Ibid., n. 2.
117 *Serm. 4 en la fiesta de Navidad*, n. 2.
118 *Serm. 20 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2.
119 *Serm. 19 de los diversos*, n. 4.
120 *Serm. 43 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
121 J. DE GUIBERT, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 1, col. 978.
122 Rom. 8. 29.
123 *Serm. 1 para la octava de Pascua*, n. 1.

con Cristo mediante el amor. Mas para adquirir esta conformidad con Cristo necesitamos un ejemplo y un auxilio que nos guíe e impulse [124]. Este ejemplo impulsor es Cristo, causa ejemplar del justo; también para esto vino a la tierra [125]. Por tanto, debemos seguir fielmente las pisadas de Cristo, debemos imitarle, para que se realice en nosotros esta conformidad con Cristo [126].

ARTICULO 8

Devoción a María (tercer medio)

Al estudiar la mariología de San Bernardo, le llamamos, con todos cuantos han escrito sobre él, doctor de la mediación de María. San Bernardo estuvo siempre íntimamente convencido de la parte actual e importantísima que la corresponde a María en nuestra santificación. Al llamarla medianera de todas las gracias, la hace, por decirlo así, causa de nuestra salvación. Por lo mismo, la devoción a María ha de ser, después de la devoción a Cristo, el medio más eficaz y poderoso. La devoción a María es ciertamente uno de los aspectos que más resaltan en sus obras. No ha escrito ningún opúsculo sobre la mediación en particular, pero en muchos de sus sermones, tratados y cartas, aparece María, la madre, la estrella, la salvadora. Diríase que María es una de las obsesiones del corazón de San Bernardo. Hay muchas cosas que cautivan y obsesionan, pero en San Bernardo, María es una pasión dominante. Y estas sus exclamaciones entrecortadas y penetrantes, diseminadas por todos sus escritos, son, creo yo, las que le han conquistado para siempre el título gloriosísimo de doctor de María. San Bernardo fué un trovador de María. La amó apasionadamente y la amó siempre. Puso en ella su confianza, y la puso sin límites.

Su pensamiento sobre la devoción a María está muy difundido y es difícil sintetizarlo; mejor dicho, resulta fácil, pues todos los textos llevan un solo y único pensamiento: María es la salvadora, y a ella debemos acudir. Debemos acudir a ella y la debemos amar, porque María es la

---

[124] *De la gracia y del libre albedrío*, c. 10, n. 35.
[125] Ibid., n. 32.
[126] *Serm. en el día de Miércoles Santo*, n. 11.

gran medianera. Aunque la mejor síntesis del pensamiento de San Bernardo sobre la devoción a María es su misma vida, no obstante, repetimos aquí algunas de las ideas fundamentales, expuestas ya cuando tratamos de la mariología de San Bernardo [127].

María es el camino por el que debemos ir a Cristo. Otro camino es difícil hallarle [128]. María es además la que nos ha de guiar por ese camino que es ella misma [129]. De aquí nuestra confianza en María y nuestras súplicas [130]. Su mismo nombre, que significa «Estrella del mar», es todo un comentario de la solicitud de su corazón compasivo para con nosotros, sus hijos, y de nuestra devoción para con ella [131]. Y así como nuestra devoción a la humanidad de Cristo cristalizó en una conformidad con sus misterios, siguiendo sus huellas, así también nuestra devoción a María se manifestará en una imitación de sus virtudes [132] y en un seguir sus pisadas [133]. María, finalmente, es el tesoro de Dios [134]. De ese tesoro, Él lo ha dispuesto así, debemos recibir todo cuanto nos es necesario para la salvación [135].

ARTÍCULO 9

Devoción a los santos (cuarto medio)

Después de Cristo y María debemos tener devoción a los santos. Aunque secundariamente, son también nuestros medianeros. Con los ejemplos de su vida y las oraciones en el cielo nos ayudan a caminar por la escala del amor. Éste es el tema ordinario que San Bernardo desarrolla en sus panegíricos de los santos. Para él, la historia y las anécdotas no tienen valor ninguno. Sólo el aprovechamiento de sus monjes es el que le guía. Los santos son nuestros hermanos, que han logrado escalar las mansiones de paz eter-

---

127 Véase *María, dispensadora de todas las gracias*, p. 71.
128 *Serm. 2 en el Adviento*, n. 5.
129 Ibid.
130 Ibid.
131 *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 17.
132 *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 9.
133 *Serm. en el domingo infraoctava de la Asunción de María*, n. 5.
134 *Serm. 3 en la fiesta de la Anunciación*, n. 7.
135 *Serm. 3 en la vigilia de Navidad*, n. 10.

na y segura, pero que no se olvidan de nosotros [136]. Muy al contrario, andan constantemente solícitos por nosotros [137]. Deseosos de nuestro bien y salvación eterna, nos protegen, mientras vivimos en la tierra, con sus méritos, nos ilustran con sus ejemplos y nos confirman con sus milagros. Y, una vez que cesa nuestra vida, nos invitan a la gloria [138]. Por lo mismo, nuestra confianza en ellos debe ser ilimitada. Si por razón de nuestra impureza no nos atrevemos a recurrir directamente al Señor, ahí están nuestros medianeros, deseosos de que nos encomendemos a su intercesión [139]. Esta intercesión de los santos la debemos desear sinceramente y aguardar con toda confianza, seguros de que nos ayudarán, pues conocen nuestros peligros y nuestra debilidad; para este fin nos han dejado una prenda inviolable, que es su cuerpo [140]. Todos los santos, pues, son nuestros protectores y todos tienen derecho a nuestra devoción, pero no todos en el mismo grado.

En el primero podemos colocar a San José. Esposo de la Santísima Virgen, se le ha confiado el Pan vivo, Jesucristo, Hijo de Dios, destinado a ser su propio alimento y el de todo el mundo [141]. Los apóstoles San Pedro y San Pablo son también «dos grandes faros que Dios ha puesto a manera de ojos en el cuerpo de su Iglesia. Nos han sido dados como maestros y mediadores, para que por ellos podamos llegar a aquel otro Mediador» [142]. Por su parte, San Benito es el padre de los monjes, por quienes intercede de una manera especial. Pastor del rebaño del Señor, le apacienta con «su vida, con su doctrina y con su intercesión» [143].

Pero junto a la devoción de los santos no debe faltar la devoción a los ángeles. Estos también son nuestros medianeros de poderosa virtud. Su fin propio y determinado por la divina Providencia es asistirnos constantemente. Creaturas superiores a nosotros, sin dificultad sabrán guiarnos por las difíciles sendas de la vida e introducirnos un día postrero en los caminos del Señor [144].

---

136 *Serm. 2 en la fiesta de San Víctor, confesor*, n. 3.
137 Ibid.
138 Ibid., n. 1.
139 *Serm. 25 de los diversos*, n. 1.
140 *Serm. 5 en la fiesta de Todos los Santos*, nn. 10-11.
141 *Hom. 2 sobre el «Missus est»*, n. 16.
142 *Serm. 1 en la fiesta de San Pedro y San Pablo*, n. 1.
143 *Serm. en la fiesta de San Benito*, n. 8.
144 *Serms. 11 y 12 sobre el salmo 90.*

ARTICULO 10

La humildad (quinto medio)

San Bernardo fué siempre discípulo de San Benito, al que libremente había escogido por maestro al entrar en religión. La doctrina ascética del gran patriarca es la de conducir al alma, por los caminos de la humildad, al más alto grado de amor divino, es decir, a la unión mística conyugal del alma con Dios [145]. San Bernardo, pues, siguió rigurosamente la misma orientación. Comenzó su abadiato con una simple exposición del c. 7 de la Regla de San Benito, dedicado a la humildad. Más tarde resumió sus enseñanzas en un opúsculo de innegable valor, que intituló *De los grados de la humildad y de la soberbia*. Sus principales ideas son las siguientes:

La humildad no es una virtud independiente, sin ninguna influencia en las demás virtudes que integran la vida espiritual. Muy al contrario, es un estado ascético activo-pasivo, en que el alma se halla admirablemente dispuesta a la operación divina. En consecuencia con esta concepción, considera a la humildad como la principal de todas las virtudes cristianas [146]. Es el fundamento estable en que se basan todas las demás [147] y que, al mismo tiempo de sustentarlas, las alimenta y las guarda [148]. Su definición nos la ofrece en su tratado de la humildad: «Es una virtud que por un certísimo conocimiento de nosotros mismos nos induce a despreciarnos» [149]. «Esta definición, añade a continuación, es propia de los que van subiendo de virtud en virtud o de grado en grado hasta llegar al culmen de la humildad» [150]. La humildad es, pues, un estado pasivo en que se desarrolla una activa santificación; admite, al mismo tiempo, un constante progreso y se extiende por toda la vida hasta llegar al último grado, que es grado de santidad o de unión con el supremo Amor. Los grados de la

---

145 *Regla de San Benito*, c. 7.
146 *Hom. 1 sobre el «Missus est»*. n. 5.
147 *De la consideración*, l. 5, c. 14, n. 32.
148 *Oficios de los obispos*, c. 5, n. 17.
149 «Humilitas est virtus, qua homo, verissima sui agnitione, sibi ipsi vilescit» *(De los grados de la humildad y de la soberbia*, c. 1, n. 2).
150 Ibid.

humildad son los doce que señala San Benito en el c. 7 de su Regla [151]. La humildad, por tanto, es un camino que

[151] «El primer grado de la humildad consiste en que, teniendo el monje siempre presente el temor de Dios, no olvide ni deje borrar jamás de su memoria cosa alguna de cuanto Dios tiene mandado; y, repasando en su corazón las penas del infierno, que merecen los que le desprecian, y la vida eterna, que está preparada para los que le temen, y, absteniéndose por este medio en todo tiempo de los pecados y vicios de los pensamientos, de la lengua, de las manos, de los ojos, de los pies y de su propia voluntad, trabaje sin intermisión en cortar las inclinaciones y deseos de la carne...

El segundo grado de la humildad consiste en que no ame el monje su propia voluntad, ni se deleite en cumplir sus gustos, antes bien imite con sus obras la voz del Señor, que dice: *No vine al mundo a hacer mi voluntad, sino la del que me envió* (Io. 6, 38); y lo que la Escritura dice en otra parte: *Todas las obras de la voluntad propia serán castigadas y las de la obediencia recompensadas.*

El tercer grado de la humildad consiste en sujetarse por amor de Dios al prelado con una obediencia sin límites, a ejemplo de Jesucristo, quien, como dice el Apóstol, *se hizo obediente hasta la muerte* (Phil. 2, 8).

El cuarto grado de la humildad consiste en que, mandándole al monje cosas duras o penosas y aun haciéndole cualesquiera injurias, se arme de paciencia y, sufriendo, no se canse ni desista, porque dice la Escritura: *El que persevere hasta el fin, se salvará* (Mt. 10, 22). Y también: *Esfuércese tu corazón y espera en el Señor* (Ps. 26, 15).

El quinto grado de la humildad es descubrir a su abad, por una humilde y sincera confesión, los malos pensamientos que le sobrevengan y las faltas ocultas que hubiese cometido. Esto es lo que la Escritura nos persuade cuando dice: *Manifiesta al Señor tu conducta y espera en El* (Ps. 35, 5).

El sexto grado de la humildad consiste en que el monje viva contento por más que le humillen y abatan y que crea haber desempeñado mal cuanto se le haya mandado y que es incapaz de hacer bien cosa alguna, diciendo con el profeta: *Reducido estoy a la nada y no lo había conocido: he estado en tu presencia como un jumento y nunca me he apartado de ti* (Ps. 72, 22-23).

El séptimo grado de la humildad consiste en que no sólo publique el monje con su boca que es el último y más despreciable de todos, sino que así lo crea en lo más íntimo de su corazón, humillándose y diciendo con el profeta: *Gusano soy y no hombre, ovrobio de los hombres y desecho de la plebe; luego que me ensalcé, me vi humillado y confundido* (Ps. 21, 7).

El octavo grado de la humildad consiste en que nada haga el monje sino lo que ordenen las leyes comunes del monasterio o persuada el ejemplo de los mayores.

El grado nono de la humildad consiste en que de tal modo reprima el monje su lengua, que, guardando silencio, nunca hable hasta ser preguntado, enseñándonos la Escritura que *no es posible hablar mucho sin pecar* (Prov. 10, 19), y que *el hombre hablador no hará progresos en la virtud* (Ps. 139, 12).

El décimo grado de la humildad consiste en que el monje no sea fácil ni propenso a la risa, porque está escrito: *El necio en la risa levanta la voz* (Eccli. 21, 23).

El undécimo grado de la humildad consiste en que cuando hable el monje, lo haga con suavidad y sin risa, con humildad y modestia, hablando poco y al acaso, porque escrito está: *El sabio se explica en pocas palabras.*

El duodécimo grado de la humildad consiste en que el monje

lleva a la verdad, es decir, un camino derecho a Dios [152].

Los efectos de la humildad son trascendentales; nuestro alejamiento del pecado y conversión al Dios que habíamos repudiado no se obtendrá si no nos hacemos humildes y pequeños como el pequeño de Belén [153]. Con la humildad se merece la gracia, se la conserva y se la recupera [154]; es un tesoro riquísimo y preciosísimo con el que podemos comprar el reino de los cielos [155]. Para los humildes no habrá juicio, porque ellos ya se han juzgado y porque nada está más junto a la divinidad como la humildad [156]. En la Santísima Virgen, la humildad fué causa de su divina maternidad [157].

Pero la humildad no es como otras virtudes, por ejemplo, la virginidad, de libre elección. Su necesidad es perentoria. Sin la humildad no pueden existir las demás virtudes [158]. Tan necesaria es, que sin ella no lograremos agradar a Dios, aun adornados de la más sublime virginidad, y mucho menos salvarnos [159].

ARTICULO 11

La meditación y la oración (sexto y séptimo medios)

Además de los medios señalados, en la ascesis bernardina ocupan un lugar preeminente, como ayudas en nuestra ascensión hacia la unión mística, la meditación y la oración.

---

conserve la humildad no sólo en lo interior, sino que la manifieste también en su exterior a todos cuantos le vean, esto es, que en la labor de manos, en la iglesia, en el monasterio, en la huerta, en el camino, en el campo y en dondequiera que se halle, ahora esté en pie, sentado o paseando, tenga siempre inclinada la cabeza, clavados los ojos en tierra, y, juzgándose reo a todas horas por sus pecados, piense que se halla ya en el tremendo juicio de Dios, diciendo continuamente en su corazón lo que decía el publicano del Evangelio teniendo sus ojos fijos en la tierra: *No es digno, Señor, un pecador como yo de levantar sus ojos al cielo* (Lc. 18, 13). Y también con el profeta: *Abatido y humillado estoy hasta no más* (Ps. 37, 7, 9.»

[152] *De los grados de la humildad y de la soberbia*, c. 1, n. 1.
[153] *Serm. 2 en el comienzo del ayuno*, n. 1.
[154] *Serm. 54 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 9.
[155] *Serm. 4 en la vigilia de Navidad*, n. 6.
[156] *Oficios de los obispos*, c. 6, n. 24.
[157] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 6.
[158] *Oficios de los obispos*, c. 5, n. 17.
[159] *Hom. 1 sobre el «Missus est»*, n. 5.

La meditación y la oración son como dos pies con los que caminamos a Dios. La meditación nos muestra lo que nos falta, la oración nos lo obtiene [160]. Para San Bernardo, el tema de nuestra meditación son las cosas divinas y celestiales [161], pero también el amor de Dios [162], expresado en los misterios terrestres de Cristo [163], sobre todo en el de su pasión y muerte, que constituyó la obra de nuestra redención [164].

La oración, igualmente, es un arma poderosa con la que podemos dominar los movimientos perversos de la concupiscencia [165]. Jamás resulta infructuosa [166], pero con tal que sea perseverante [167] y reverente [168].

ARTICULO 12

La penitencia (octavo medio)

La penitencia es otro medio muy eficaz en la ascesis bernardina. Una prueba de ello es la importancia que se la daba en la vida del monasterio de Claraval que regía San Bernardo. La palabra penitencia brotaba frecuentemente de sus labios como una flor hermosa, esperanza de frutos de santidad. La penitencia en el cristiano es una participación de los sufrimientos regeneradores de Cristo; es, sencillamente, seguir su ejemplo [169]. Pero, además, es un deber de propia satisfacción. «Los adultos, dice San Bernardo, no pueden expiar sus propios pecados sino con la propia penitencia» [170]. Y porque nuestras negligencias humanas son de toda la vida, por lo mismo, durante toda la vida no ha de cesar nuestra penitencia [171]. Nuestra mortificación ha de ser espiritual, pero también corporal [172].

---

160 *Serm. 1 en la fiesta de San Andrés*, n. 10.
161 *De la consideración*, l. 5, c. 4, n. 9.
162 *Del amor de Dios*, c. 4, n. 13.
163 *Serm. en la Natividad de María*, n. 11.
164 *Serm. 43 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 2; cf. *Serm. 11 sobre el Cantar de los Cantares*, n. 3.
165 *Serm. 1 en la fiesta de Todos los Santos*, n. 13.
166 *Serm. 5 en Cuaresma*, n. 5.
167 *Serm. 4 en la Ascensión del Señor*, n. 11.
168 *Serm. 25 de los diversos*, n. 7.
169 *Serm. 1 en el comienzo del ayuno*, n. 1.
170 *Serm. 28 de los diversos*, n. 2.
171 *Serm. 3 en Cuaresma*, n. 3.
172 Ibid.

Mas para que nuestra penitencia suba al trono del Omnipotente, para que halle aceptación, necesita de la oración y de la justicia, que son las dos alas que la ayudarán a subir [173]. Finalmente, estando unidos a Cristo en nuestra mortificación, ésta nos será sumamente agradable, porque llevar a Cristo es una carga ligera y un peso deleitable [174].

V. *INFLUENCIA DE LA DOCTRINA DE SAN BERNARDO*

Ya hemos indicado en su lugar [1] cómo se le llama a San Bernardo el último Padre de la Iglesia, que cierra dignísimamente esa lista gloriosa de lumbreras en la fe y las buenas costumbres que comienza desde los primeros días del cristianismo y continúa sin interrupción durante más de diez siglos. Ahora bien, la influencia de la doctrina de San Bernardo en la vida íntima espiritual de la Iglesia es muy superior, a partir del siglo XII, a la de todos los Padres, si se exceptúa a San Agustín, en lo que se refiere a la mentalidad de profesores de escuelas, oradores y escritores místicos [2]. San Bernardo, en lenguaje de Benedicto XIV, es uno de aquellos que no sólo han enseñado en la Iglesia, sino también y sobre todo a la Iglesia [3]. Alejandro III e Inocencio III, al preconizar la fuerza y la pureza de la doctrina del Abad de Clairvaux [4], dieron la señal de la admiración que la posteridad debía testimoniarle [5].

Para que aparezca más clara esta influencia prodigiosa de la doctrina de San Bernardo, trataremos sucesivamente: 1) De la aportación de las obras de San Bernardo al Breviario Monástico. 2) De la difusión de las obras de San Bernardo. 3) Del plagio y citación de las obras de San Bernardo. 4) De la atribución a San Bernardo de obras apócrifas. 5) De la influencia de la doctrina de San Ber-

173 *Serm. 4 en Cuaresma*, n. 2.
174 *Serm. 7 sobre el salmo 90*, n. 3.

1 P. 53.
2 E. VACANDARD: *Dictionnaire de Theologie Catholique*, palabra «Bernard», col. 784.
3 Ibid., col. 783.
4 A. MIGNE: PL, t. 185, cols. 622-625.
5 Ibid.

nardo en los escritores de su Orden. 6) De su influencia en otros autores contemporáneos. 7) De su influencia en la escuela franciscana. 8) De su influencia en las monjas de Helfta. 9) De su influencia en los tiempos posteriores.

ARTICULO 1

Aportación de las obras de San Bernardo al Breviario Monástico

San Bernardo contestaba así al abad de Montieramey, que le había pedido un oficio para la fiesta de San Víctor: «¿Quién soy yo para que se lea mi prosa en las iglesias?» No obstante, sus escritos son, a despecho de su humildad, una mina abundantísima, que la sagrada Liturgia aprovecha con verdadero acierto para sus mejores días. En la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús toma los nn. 5 y 6 del sermón 15 sobre el Cantar de los Cantares, para el segundo nocturno; los nn. 2 y 3 del sermón 1 y el n. 3 del sermón 2 en la Circuncisión del Señor, para el tercer nocturno. En la fiesta de San José (19 de marzo), el n. 16 de la segunda homilía sobre el *Missus est,* para el segundo nocturno. En la feria segunda infraoctava de la solemnidad de San José, los nn. 15 y 16 de la segunda homilía sobre el *Missus est.* En la feria tercera infraoctava de la misma solemnidad, los nn. 13 y 14 de la segunda homilía sobre el *Missus est.* En la fiesta de las Santas Reliquias, los nn. 5-7 y 9 del sermón 5 en la fiesta de Todos los Santos, para el segundo nocturno. En la solemnidad de San Benito, los nn. 2, 3, 4, 7 y 8 del sermón en la fiesta de San Benito, para el segundo nocturno. En la octava de la misma fiesta, los nn. 1-2 y 28 del sermón apócrifo sobre las palabras del Evangelio: *He ahí que nosotros hemos dejado todas las cosas* (en la obra de Gaufrido), para el tercer nocturno. En el día quinto infraoctava de la Asunción, el n. 1 del sermón 1 sobre la Asunción de María. En el día 7 infraoctava de la misma solemnidad, el n. 1 del sermón 4 sobre la Asunción de María. En la octava de la misma fiesta, los nn. 5-7 y 9 del sermón 4 sobre la Asunción de María, para el segundo nocturno; el n. 2 del sermón 2 sobre la Asunción de María, para el tercer nocturno. En la

fiesta de San Bernardo, los nn. 1-3 del sermón 36 sobre el Cantar de los Cantares, para el tercer nocturno. Sábado después de la Natividad de María, el n. 8 del sermón en el domingo infraoctava de la Asunción de María. En la fiesta de los Siete Dolores de la Santísima Virgen, los nn. 14 y 15 del sermón en el domingo infraoctava de la Asunción de María, para el segundo nocturno. En la fiesta de los Angeles Custodios, los nn. 4-9 del sermón 12 al salmo 90, para el segundo nocturno. En la fiesta del Santo Rosario, el n. 10 del sermón de la Virgen (apócrifo) y los nn. 10 y 11 del sermón en la Natividad de María, para el tercer nocturno. En el día sexto infraoctava de la fiesta de Todos los Santos, el n. 1 del sermón 2 y el n. 5 del sermón 5 en la fiesta de Todos los Santos. En la fiesta de Todos los Santos de la Orden benedictina, los nn. 12, 7 y 8 del sermón en la fiesta de San Benito, para el tercer nocturno. En el común de abades (cuarto lugar), los nn. 1 y 2 del sermón sobre el Evangelio: *He ahí que nosotros hemos dejado todas las cosas* (en la obra de Gaufrido), para el segundo nocturno. En el oficio de la Virgen en el sábado, el n. 1 del sermón en el domingo infraoctava de la Asunción de María para el mes de junio; el n. 5 del mismo sermón para el mes de octubre.

ARTICULO 2

Difusión de las obras de San Bernardo

Si apreciamos la influencia de la doctrina de San Bernardo por la difusión de sus obras, debemos afirmar que fué extraordinaria. Excepción hecha de los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina, fueron sus obras las que más se transcribieron en toda la Edad Media. La invención de la imprenta contribuyó poderosamente a esta difusión. Ya en su vida las copias de sus escritos se multiplicaron rápidamente. El mismo habla de ello en varias de sus cartas[6]. Los catálogos actuales de manuscritos de las bibliotecas públicas vienen a confirmarlo. Son muy raras las que no poseen algunos manuscritos de las obras de San Bernardo. La Biblioteca Real de Bruselas cuenta 38 volúmenes manuscritos, de los siglos XII-XIV, que con-

[6] Cf. Cartas 17, 18, 52, 74, 88, 89, 153, 154.

tienen, en parte o en todo, las obras del santo Doctor. Y estos manuscritos no provienen únicamente de abadías cistercienses [7].

Obras completas de San Bernardo.—Apareció en el siglo XV una edición en latín; en el siglo XVI, 50 ediciones en latín; en el siglo XVII, 40 ediciones en latín y tres en francés; en el siglo XVIII, nueve ediciones en latín; en el siglo XIX, diez ediciones en latín, diez en francés y una en inglés.

Sermones (siglos XV-XIX).—*Sermones de tiempo, de santos, diversos:* Dos ediciones en latín, una manuscrita en francés. *Sermones de tiempo y de santos:* Cinco ediciones en latín y una en castellano. *Sermones de tiempo y diversos:* Tres ediciones en latín. *Sermones de tiempo:* Cuatro ediciones en latín, cinco en francés, cinco en italiano, una en inglés, una en alemán. *Sermones de santos:* Una edición en francés. *Sermones diversos:* Una edición en francés y otra manuscrita en flamenco. *Sermones sobre el Cantar de los Cantares:* 14 ediciones en latín, ocho en francés, tres en italiano, de las cuales dos manuscritas; una en alemán, una en castellano, una manuscrita en catalán, dos en flamenco. *Sermones sobre la Santísima Virgen:* 28 en latín, 12 en francés, seis en italiano, cinco en alemán, tres en inglés, dos en flamenco. *Otras ediciones de algunos o muchos sermones de San Bernardo:* 42 en latín, 20 en francés, 20 en italiano, 13 en alemán, seis en flamenco, tres en inglés, dos en sajón, una en español, una manuscrita en portugués, una en danés, una en polaco, una en islandés, una en sueco.

Opúsculos (siglos XV-XIX).—*Completos en parte:* 92 ediciones en latín, 48 en italiano, 46 en francés, 17 en alemán, diez en inglés, nueve en sueco, ocho en español, seis en holandés, cuatro en polaco, dos en flamenco, dos en húngaro, una en bohemio, una en danés.

Cartas.—*Completas:* Siete ediciones en latín, nueve en francés, una en italiano, una en español.

No completas: 97 ediciones en latín, 37 en italiano, 31 en francés, 15 en español, 12 en alemán, 12 en inglés, cua-

[7] J. M. Canivez: *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques*, palabra «Bernard», col. 641.

tro en sueco, tres en holandés, dos en danés, dos en polaco, una en sajón [8].

Al conferir Pío VIII en 1830 a San Bernardo el título oficial de doctor de la Iglesia [9], y al recomendar vivamente la lectura de sus obras Pío XI en 1924 en la constitución *Unigenitus Dei Filius* [10], aumentó el aprecio que siempre se había tenido de las obras del Doctor Melifluo, como de un valioso contenido de espiritualidad auténticamente católico.

ARTICULO 3

Plagio y citación de las obras de San Bernardo

En la Edad Media, el plagio estaba admitido. Unos copiaban a otros cuanto les convenía, pero sin citar nunca. Conforme al valor de la doctrina de un autor, era mayor o menor el plagio que se hacía de sus obras. Esta circunstancia de plagio sin citar impide ver clara y detalladamente la influencia de la doctrina de San Bernardo en obras posteriores. Un autor reciente [11] ha descubierto en las obras de San Buenaventura más de 400 citas bernardinas. Igualmente, Santo Tomás se sirve con mucha frecuencia de las obras de San Bernardo [12]. Los mismos herejes Calvino y Lutero tuvieron a gloria espigar entre sus escritos [13].

También San Bernardo tuvo florilegios. En el siglo XIII estaban ya en boga las *Flores excerpti* [14].

Pero sobre todo donde más resalta la influencia de San Bernardo es en la *Imitación de Cristo*. El ilustre anónimo ha sabido escoger y condensar lo más puro de la doc-

---

[8] L. Janauschek: *Bibliographia Bernardina*.

[9] PL, t. 185, cols. 1544-1548.

[10] *Acta Apost. Sedis* (1924), p. 142.

[11] Didier: *La dévotion à l'Humanité du Christe dans la spiritualité de Saint Bernard*, cit. por J. M. Canivez, o. c., col. 641.

[12] *Cister Chronik* (1905), p. 79.

[13] «Bernardo, dice Lutero en sus *Propósitos de mesa*, vence a todos los doctores de la Iglesia». Y Calvino dice también en *Instit.*, l. 4, c. 11: «De tal modo se expresa Bernardo en los libros *De la consideración*, que parece que habla la misma Verdad» (cit. por Vacandard, *Vie de Saint Bernard* [París 1895], t. 2, p. 538, n 1).

[14] Uno de estos florilegios es el *Directorio* o *Sentencias* que Mabillón publicó junto con las obras de San Bernardo (PL, t. 183, col. 1197 ss.; cf. Mss. 497 y 911 de la Bibl. Munic. de Troyes).

trina que el Doctor Melifluo expuso en sus sermones sobre el Cantar de los Cantares y en el tratado de la humildad. «Tanto ha suministrado San Bernardo al texto de la *Imitación*, dice M. Arthur Loth, que no sin causa se le ha atribuído la paternidad de la obra» [15]. Efectivamente, algunos manuscritos del siglo XV llevan su nombre como autor. De San Bernardo toma el piadoso desconocido las hermosas palabras que sirven de epígrafe a su libro y que resumen toda su doctrina de *Ama nesciri*. En general, el plagio no es muy claro y las coincidencias son poco llamativas, porque son poco textuales. Mas será fácil encontrar oculto en la trama de los capítulos el hilo de oro que una mano hábil supo sacar de los escritos del gran Abad de Clairvaux [16]. Un controversista erudito ha dicho, no sin cierta exageración, después de la lectura de sus obras : «La *Imitación* no me ha parecido otra cosa que la reproducción y el análisis de los escritos de San Bernardo» [17].

ARTICULO 4

Atribución a San Bernardo de obras apócrifas

La influencia y fama de un autor de la Edad Media se mide por las atribuciones que a él se han hecho de obras apócrifas. Muchos de entonces, conscientes de su escaso renombre, pero que deseaban vender cara su mercancía, se sumaban a un gran maestro, a quien hacían padre de sus producciones. La fama de San Bernardo como astro de la vida espiritual atrajo bajo su personalidad multitud de obras que él nunca dió a luz. Todas llevan títulos hermosos y sugestivos. Llenan el tomo 184 y parte del 185 de la *Patrología Latina*. Todas, igualmente, tratan de materias ascético-místicas. Su fama, pues, no fué de gran teólogo dogmático, sino de gran asceta y de gran místico.

Pero, aunque apócrifas, estas obras son la exposición ya de su doctrina hablada a sus monjes y no recogida directamente, ya también la fermentación de sus escritos. Todas revelan una misma ideología y un mismo sentimiento. Hay que advertir que algunas de estas obras apó-

[15] Citado por VACANDARD: *o. c.*, t. 2, p. 538.
[16] VACANDARD: *o. c.*, t. 2, p. 538.
[17] *Revue des Questions Historiques*, enero 1874.

crifas fueron las que primero y más veces se tradujeron a las lenguas modernas, como, por ejemplo, la carta a su hermana *Del modo de bien vivir* [18].

[18] Las obras apócrifas de San Bernardo son las siguientes: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, de GILBERTO DE HOLANDA. *Tratados ascéticos*, del mismo. *Carta o tratado a los hermanos de Monte Dei*, de GUIDO, quinto prior de la Gran Cartuja. *Tratado de la contemplación de Dios*, de GUILLERMO DE SAINT THIERRY. *Libro sobre la naturaleza y dignidad del amor*, del mismo. *Breve comentario al Cantar de los Cantares*, del mismo. *Comentario al coloquio de Simón con Jesús*, de GAUFRIDO, abad. *Escala de los monjes o del modo de bien vivir. Meditaciones piadosísimas sobre el conocimiento de la condición humana. De la casa interior o del modo de edificar la conciencia. De la conciencia. De la reglamentación de vida y ordenación de las costumbres. De la caridad. Vid mística, o sobre la pasión del Señor. Meditación sobre la pasión y resurrección del Señor. Lamentación sobre la pasión de Cristo. Instrucción del sacerdote o de los principales misterios de nuestra religión. Del estado de las virtudes de la humildad, obediencia, temor y caridad. Exposición de la oración dominical. Sermón en el adviento del Señor*, de AELREDO, abad de Claraval. *Sermón en la fiesta de San Esteban, protomártir*, del mismo. *Tratado de Jesús niño a los doce años*, del mismo. *Sermón en el domingo de Ramos. Quince sermones sobre las palabras del Señor en la última cena*, del BEATO OGERIO, abad de Lucedi. *Sermón en el Jueves Santo. Sermón sobre la vida y pasión del Señor. Sobre los dos discípulos que iban a Emaús. Sobre la excelencia del Santísimo Sacramento y dignidad de los sacerdotes. En la Natividad de San Juan Bautista: de sus diez privilegios. En la Asunción de la Santísima Virgen. Panegírico de la Santísima Virgen. Sobre el mayordomo inicuo. Sobre las palabras de la Sabiduría* (7, 30; 8, 1): «*Sapientia vincit*», etc.; «*attingit*», etc. *Sobre las diez vírgenes. Sermón en la fiesta de San Andrés*, de NICOLÁS DE CLARAVAL. *Sermón en la fiesta de San Nicolás*, del mismo. *Cuatro sermones sobre la antífona «Salve Regina». Meditaciones sobre la misma antífona. Sermón al clero congregado en el concilio Remense. A los Padres congregados en sínodo. A los prelados convocados a concilio. Sermón sobre el modo de evitar la inmundicia del corazón y del cuerpo. Sobre la miseria humana. Sobre los siete dones del Espíritu Santo. Sobre las doce puertas de Jerusalén. Sobre el Cantar de la Santísima Virgen. Sobre aquello del Evangelio* (Mt. 19, 27): «*Ecce nos relinquimus omnia*». *Homilía sobre aquello del Evangelio* (Mt. 13, 45): «*Simile regnum caelorum*», etc. *Sermón sobre aquello de Miqueas* (c. 6, v. 8): «*Indicabo tibi*», etc. *Libro de las sentencias. Disputa de cierto justo con Dios. Soliloquio. Fórmula de vida honesta. Instrucción de cómo puede el hombre aprovechar en el bien y agradar a Dios. Algunos principios de vida piadosa y ferviente. Espejo de los monjes*, de ARNULFO, monje de Borio. *Principios de vida religiosa. Ocho medios de conseguir la perfección. Carta sobre la doctrina del modo de vivir. Opúsculo sobre estas palabras: «Ad quid venisti?» Libro a la hermana, del modo de bien vivir. Canto parenético a Rainaldo. Poesía sobre el desprecio del mundo. Júbilo rítmico del nombre de Jesús. Poesías a cada uno de los miembros de Cristo paciente. Oración devota a nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre. Poesía sobre la vida monástica. Sermones de Guerric, abad de Igny. Cartas de Guido, quinto prior de la Gran Cartuja.*

ARTICULO 5

Influencia de la doctrina de San Bernardo en los escritores de su Orden

San Bernardo, padre de la vida benedictina del Cister, lo es igualmente del pensamiento. Maestro en la espiritualidad, necesariamente debió influir poderosamente en aquel círculo íntimo suyo, en los monjes que había formado para Dios y que continuamente estaba alimentando con destilaciones del amor divino. San Bernardo, pues, creó una escuela cisterciense de espiritualidad, que dió a luz magníficas obras literarias durante los siglos XII y XIII, y que abarca monjes tanto de Clairvaux como de las abadías hijas.

Esta influencia bernardina se revela en tres aspectos: *Amor o caridad, Comentarios al Cantar de los Cantares, Doctrina sobre los misterios de Cristo.*

§ 1. Amor o caridad de Dios

Entre los escritores más poderosamente influídos en la cuestión *Del amor de Dios*, puede citarse con toda seguridad a Guillermo de Saint Thierry [19]. Pero en Guillermo de Saint Thierry el pensamiento de San Bernardo es una directriz luminosa que le impulsa y le ayuda a concebir una perfectísima obra de espiritualidad. Con el pensamiento bernardino por base, Guillermo de Saint Thierry resulta un verdadero maestro del espíritu. Lo mismo se ha de decir de Aelredo, abad de Rievaux, en la región de York. También éste es un discípulo de San Bernardo en sus dos tratados *Speculum caritatis* y *De amicitia*. Como Guillermo, se convierte en un verdadero maestro: «Bernardo prope par» [20]. Dom Wilmart ha demostrado que el *Speculum caritatis* le ha motivado una carta del Santo Doctor [21]. Muy afín al pensamiento bernardino sobre el amor es también la doctrina de su discípulo Guerric, duodécimo abad de Igny, aunque no haya escrito sobre la

[19] Dom Wilmart: *La série des ouvrages de Guillaume de Saint Thierry:* «Revue Mabillon» (enero 1924), pp. 157-167.

[20] A. le Bail: *o. c.*, col. 1494.

[21] Cf. *L'instigateur du Speculum caritatis:* RAM (octubre 1933), pp. 369-393.

cuestión en particular, y la de Isaac, abad de Etoile, en sus sermones 1-6 sobre los bienaventurados [22] y en sus sermones 43-45 sobre la obra del Espíritu Santo [23].

§ 2. Comentarios al Cantar de los Cantares

Los imitadores que encuentra entre los hermanos de religión el comentario al Cantar de los Cantares de San Bernardo son más numerosos. Pocos años después de su muerte, su discípulo aventajado Guilbert de Iboiland prosiguió su comentario, que había dejado incompleto [24]. En 48 sermones llega hasta el c. 5, v. 10. Puso todo su afán en hacer de su obra una obra bernardina. Dice la crónica de Clairvaux que *In modum beati Bernardi scripsit* [25]. El mismo Guillermo de Saint Thierry, aunque había recogido extractos de San Ambrosio [26] y de San Gregorio Magno [27] independientemente de la influencia bernardina, sólo redactó su comentario propio cuando, ya en Signy, la intimidad de San Bernardo le había comunicado la ideología y los sentimientos de éste [28]. «Su prólogo sobre la semejanza y conformidad del hombre con Dios se le podría colocar a la cabeza de la doctrina de San Bernardo sobre el amor» [29]. Guerric sigue igualmente muy de cerca las pisadas de San Bernardo, según su mismo testimonio de que en Igny se adoptaba en el comento del Cantar de los Cantares la interpretación de San Bernardo [30]. En el tratado de Baudouin, abad de Ford y arzobispo de Cantorbery, sobre el c. 8 del mismo libro se descubre el método y expresiones de San Bernardo [31]. También Tomás el Cisterciense comenzó hacia el año 1180 un comentario de todo el Cantar de los Cantares en 12 libros, en que, dice él mismo, no hace más que reunir los *Bernardi balsama* [32]. Finalmente, los catálogos de manuscritos dan una larga lista de imitado-

[22] PL, t. 194, col. 1689-1713.
[23] Ibid., col. 1833 ss.
[24] El *Comentario* de San Bernardo llega sólo hasta el c. 3, v. 1.
[25] PL, t. 184, col. 10.
[26] PL, t. 15, col. 1945 ss.
[27] PL, t. 180, col. 442 ss.
[28] PL, t. 180, col. 474.
[29] A. LE BAIL: *o. c.*, col. 1494.
[30] PL, t. 185, col. 183: *Serm. en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo sobre el c. 2, v. 17, del Cantar de los Cantares.*
[31] PL, t. 204, col. 511.
[32] PL, t. 206, col 17.

res, entre los que citamos a Geoffroy d'Auxerre[33], Geoffroy de Clairvaux[34], Isaac de l'Etoile[35], Aelredo, Juan de Ford, Guillermo de Melrose, Udar de Cupar, etc.

§ 3. Doctrina sobre los misterios de Cristo

Sobre este aspecto, colocamos en primer término a Guerric de Igny. Aventajó a su mismo maestro, San Bernardo, en el estudio del dogma y de la ascética de la conformidad con Cristo[36]. Viene luego Isaac de l'Etoile con su *Especulación teológica*[37]. Mucho más fieles al pensamiento y exposición bernardinos son Aelredo[38], con su *De Iesu puero duodenni;* el mismo Isaac de l'Etoile, con sus sermones 7 y 8[39], y Adán de Perseugne, con sus cartas 8 y 15[40]. Estos escritos parecen diseños realizados bajo la dirección del maestro. Son meditaciones sobre la infancia de Jesús, ejemplar de los estados de la vida cristiana[41], así como también de los misterios de su pasión y de su resurrección[42].

ARTICULO 6

Influencia en otros autores contemporáneos suyos

Además de los escritores de su Orden, hay otros también contemporáneos suyos, en quienes, aunque no muy precisa, aparece la influencia bernardina, si se compara detenidamente su doctrina con la del Doctor Melifluo. Estos escritores son principalmente: Guido I el Cartujano,

[33] Bibl. Nac. franc., Ms. 559.
[34] Dijon, Ms. 62.
[35] Bibl. Nac. franc., Ms. 1253.
[36] Dom Déodat de Wilde, O. C. R.: *De Beato Guerrico* (Westmalle 1935).
[37] Bliemetzrieder, Isaac de Stella: *Spéculation theologique*: «Recherches de théologie ancienne et médiévale», t. 4 (1932), pp. 134-159.
[38] PL, t. 184, cols. 849-869.
[39] PL, t. 184, cols. 1713-1719.
[40] PL, t. 211, col. 603 ss., 627 ss.
[41] Sin duda ninguna conocía San Ignacio estas obras, cuando en su libro de los *Ejercicios Espirituales* hacía de la visita de Jesús al templo a los doce años el ejemplar de la vida perfecta cristiana, conforme a los consejos evangélicos, y de su vida oculta hasta los treinta años, el ejemplar de la vida común cristiana, obligatoria para todos los fieles.
[42] Cf. A. le Baile, *o. c.*, col. 1495.

en sus tratados *Scala Claustralium* (incluída entre las obras apócrifas de San Bernardo) [43] y *Meditaciones* [44]; Pedro de la Celle, abad de Saint-Rémy de Reims y obispo de Chartres, como lo atestiguan sus homilías 76-77 [45]; Hugo de Saint Víctor, en sus tratados *De laude caritatis* [46], *De amore sponsi ad sponsam* [47], *De arrha animae* [48], y Ricardo de Saint Víctor, en el libro 4 y 5 de su *Beniamin Mayor* [49]. Por lo que a estos dos últimos se refiere, es cierto que, si en la contemplación intelectual difieren de San Bernardo, en la exposición de los grados supremos, en la descripción del *excessus mentis*, siguen sus sermones sobre el Cantar de los Cantares [50].

ARTICULO 7

Influencia en la escuela franciscana

La influencia de San Bernardo en la piedad franciscana medieval la subrayó el P. Constantino Barbauson en su obra *Les sécrets sentiers de l'amour divin* (1623, 1932). El ejemplo más preclaro de esta influencia es San Buenaventura en aquellos sus escritos que se refieren a la devoción a la humanidad de Cristo. Ya hemos dicho que Didier [51] ha descubierto en las obras de San Buenaventura más de 300 citas bernardinas. Este hecho es de extraordinario valor y nos prueba que San Buenaventura había leído muchas veces las obras del Doctor Melifluo y que las había asimilado. El Doctor Seráfico ha contribuído más que ninguno a expansionar la devoción a la humanidad

[43] PL, t. 184, col. 475 ss.
[44] PL, t. 153, col. 590.
[45] PL, t. 202, col. 873.
[46] PL, t. 176, col. 969.
[47] Ibid., col. 987.
[48] Ibid., col. 951 ss.
[49] PL, t. 196, col. 479 ss.
[50] Pourrat, *La Spiritualité chrétienne*, t. 2, c. 4, n. 183 a 192, y especialmente p. 188.
[51] A. le Bail: o. c., col. 1496. Sobre la influencia de San Bernardo en los escritos franciscanos de la Edad Media, cf. Vernet: *La spiritualité médiévale* (París 1928), pp. 32-77; Didier: *La dévotion a l'Humanité du Christ chez saint Bernard*: «Vie spirituelle», t. 25 (1930); «Etudes et documents», p. 152; P. Ephrem Longpré: *La théologie mystique de Saint Bonaventure*: «Archivium Franciscanum Historicum», v. 14 (1921); P. Stanislas du Chambon-Feugerolles: *La dévotion à l'Humanité du Christ dans la spiritualité de Saint Bonaventure* (Lyon 1932), c. 11.

de Cristo. Ahora bien, todos sabemos, y lo hemos hecho resaltar a su tiempo, que San Bernardo fué el primer impulsor de la misma. El Doctor Seráfico profundiza en los misterios de la vida de Cristo y logra hacer de ellos el móvil del amor de Dios. También en esto no hace más que seguir el ejemplo de San Bernardo, para quien la devoción a la humanidad de Cristo es, entre los medios por parte nuestra que facilitan nuestro ascender hacia las alturas de la unión con Dios, el de mayor valor y trascendencia. Tanta es la conexión y afinidad entre San Bernardo y San Buenaventura, que uno de los mejores escritos de éste, *La viña mística*, estuvo incluído durante siglos, hasta Mabillón, en el patrimonio del Doctor Melifluo. El afán de San Buenaventura por la difusión de la devoción a la humanidad de Cristo fué causa de que, a su vez, se cobijara bajo las alas de su renombre una obra apócrifa, pero que revela un anhelo verdaderamente bonaventuriano: *Las meditaciones sobre la vida de Cristo*, el libro más difundido, según se dice, en la Edad Media, y en el que las citas de San Bernardo llenan una tercera parte.

ARTICULO 8

Influencia en las monjas de Helfta

El monasterio benedictino de Helfta, a fines del siglo XIII, se puede presentar como ejemplo de una comunidad en que vivía en su más sublime floración el pensamiento bernardino. Santa Gertrudis nos dice que en la lectura se preferían las obras de San Bernardo [52]. La devoción que San Bernardo profesa a la humanidad de Jesucristo, en las monjas de Helfta, se sintetiza en un culto amoroso a su sagrado Corazón [53]. Como en el Doctor Melifluo, la liturgia de los misterios terrenos de Jesucristo constituye el centro de toda la vida espiritual de las monjas de Helfta. Gertrudis y Mectildis fueron las representantes más gloriosas. No obstante, se apartaron del maestro en la clasificación de los grados del amor y en la des-

[52] «Ad quem specialem habebat devotionem propter mellifluorum verborum ipsius praerogativam» (*Legat. div. pietatis*, l. 4, c. 49).

[53] Santa Gertrudis: *Legat. div. pietatis*, l. 3 et 4; Santa Mectildis: *Lib. spec. gratiae*, pars prima.

cripción del grado supremo. Más bernardina aún que ellas fué otra monja, Beatriz de Nazaret, cuyo tratado *De Seven manieren van minne* reproduce los grados y hasta las fórmulas del maestro [54].

ARTICULO 9

Influencia en los tiempos posteriores

Al correr de los tiempos nacieron nuevas obras de espiritualidad, que, tomando la doctrina de los maestros anteriores, la adaptaron a las circunstancias de su época; igualmente surgieron nuevos maestros de gloria imperecedera por el dominio que adquirieron en los caminos del espíritu. Es, pues, muy razonable que la hegemonía espiritual que San Bernardo tenía sobre las inteligencias y los corazones sufriera las justas mermas que imponen los tiempos.

No obstante lo cual, su influencia siguió siempre y sigue ahora, en más o menos escala, dirigiendo los espíritus. Las manifestaciones de esta influencia son menos explícitas, mas no por eso menos verdaderas.

Pero hay un lugar donde San Bernardo continúa siendo el maestro preferido: los monasterios y conventos, especialmente de monjas. Los libros de San Bernardo contienen el alimento más adecuado para el alma contemplativa. «Entre todos los libros, dice Mabillón, que deben o pueden leer los monjes, no hay otros, después de los Libros sagrados, que les puedan ser más útiles o más familiares que los libros de San Bernardo. Deben ser el alimento cotidiano de sus almas durante toda su vida y no se debe jamás interrumpir la lectura de este gran maestro de los monjes sino para volverla a tomar de nuevo con más gusto y avidez» [55].

---

[54] Edición Reypens et Van Mierlo: *Beatrijs van Nazareth* (Leuven 1926). Tekst, p. 3 ss.

[55] «Mais de tous les livres que les moines doivent ou peuvent lire, il n'y en a point, après les livres sacrés, qui leurs puissent être plus utiles ou qui leur doivent être plus familiers que les oeuvres de Saint Bernard. Ce doit être la nourriture la plus ordinaire de leurs âmes durant toute leur vie, et ils ne doivent jamais interrompre la lecture de ce gran maître des solitaires que pour la reprendre ensuite avec plus de goût et d'avidité» (*Traité des études monastiques*, 2.ª p., c. 3, § 2).

SERMONES DE SAN BERNARDO

INTRODUCCION

I.—La predicación en la Edad Media

La predicación constituía en la Edad Media uno de los elementos integrantes de la vida monástica. Aparte del oficio divino y de la lectura conventual o privada, no existía en los monasterios práctica alguna que tanto influyera en la formación religiosa o intelectual de los monjes como el sermón. Mucho antes de que se introdujese en el Cister y lo popularizase San Bernardo, era ya familiar entre los hijos del patriarca de los monjes de Occidente, San Benito.

El abad tenía obligación de predicar a sus monjes una o varias veces al día, según estaba establecido en los antiguos consuetudinarios o constituciones. En su ausencia, debía hacerlo un delegado suyo, encargado expresamente por él. El número de sermones, hora y lugar de los mismos variaba en las distintas regiones donde estaban enclavados los monasterios. En Cluny [1], el sermón se daba dos veces al día, una por la mañana en el claustro antes del trabajo y otra por la tarde en el campo al aire libre después del mismo. Los monjes se colocaban en este último lugar en forma de círculo alrededor del superior, por el verano debajo de los árboles, y por el invierno, dentro de una choza de ramaje hecha al efecto. Por la mañana se comentaba el libro que se leía durante la comida en el refectorio. Para la tarde se reservaba el que se leía en la colación o algunas obras de autores eclesiásticos más renombrados. En ambos casos, el lector de semana, un monje, y en ocasiones un niño de la escuela monacal, presentaba al superior el pasaje que tocaba leer para que pudiese preparar el comentario.

En los monasterios alemanes [2] sólo había sermón en

---

[1] J. Leclerq: *Recherches sur d'anciens sermons monastiques:* «Rev. Mabillon» (1946), p. 579.

[2] Dom Martene: *De antiquis monach. ritibus* (Lyon 1690), palabra «Sermón» en el *Index rerum.*

ciertos días determinados del año, y esto en el capítulo o en la iglesia. Los religiosos no podían eximirse de él sin grave necesidad. Para ello se tomaban las debidas precauciones. Se daba un toque especial para el sermón, como se hacía de ordinario para reunir a la comunidad a un acto conventual. Los días de sermón eran los siguientes: la vigilia de Navidad, después de la lectura solemne del martirologio; Jueves Santo, Sábado Santo, el día de la distribución de los libros que debían leer los monjes durante la Cuaresma y la vigilia de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo. En las iglesias que tenían por patrono o titular a San Vicente Mártir, a quien la Orden benedictina tributó siempre un culto especial, el sermón se tenía en el coro después de la procesión de la hora de tercia, y, cuando la concurrencia era numerosa, en el centro de la iglesia [3].

Llama la atención en este género de sermones que nos ocupa la carencia de alusiones concretas a ritos específicamente monásticos. El orador no menciona las devociones, los ejercicios ascéticos, las oraciones particulares de los monjes. Insiste, sobre todo, en las verdades fundamentales de la fe, en las virtudes principales que deben ser el ornato del buen cristiano que desea vivir conforme a las exigencias de su vocación. Habla de la caridad mutua como medio indispensable para mantener el orden social. Explica bajo el velo de la alegoría los misterios de Cristo y la obra que llevó a cabo mientras vivió en la tierra. Diríase que estas pláticas estaban compuestas para ser predicadas delante de laicos lo mismo que delante de monjes. En realidad, sólo en el siglo XII se comenzó a hablar a los claustrales y a los religiosos de distinta forma que a los demás fieles.

La Sagrada Escritura es en los sermones la principal fuente de inspiración. De ella—preferentemente del Salterio y de los Evangelios—están sacados casi todos los textos. No faltan tampoco citas de Santos Padres y de la Regla de San Benito [4].

Los sermones monásticos datan con toda probabilidad de mediados del siglo IX. En los dos siglos siguientes comenzaron a generalizarse por las abadías, pero sin llegar

[3] Ibid., p. 579.

[4] Hay que tener en cuenta que la Sagrada Escritura ha sido siempre la lectura primordial y preferida del monje y que durante mucho tiempo era el único libro de los oficios litúrgicos.

a pleno florecimiento hasta el tiempo de San Bernardo. Son famosos los sermones de Godofredo de Vendôme, San Anselmo, Godofredo de Admont y Pedro de la Celle[5]. Con razón se les incluye entre los escritos litúrgicos medievales que más han contribuído a fomentar la vida de piedad del clero, de los monjes y del pueblo cristiano.

Sin embargo, sólo un número relativamente reducido de ellos se han conservado. A veces el autor los escribía con el fin de dedicarlos a un personaje amigo o bienhechor del monasterio; otras los improvisaba. De ordinario no constaban por escrito, y sólo se debe su conservación a la diligencia de algún oyente, que al fin anotaba lo que más le había llamado la atención. Quizás en más de una ocasión, como sucedió en el siglo XII, se diera el caso de que un monje enviase a otro monje ausente del monasterio el texto íntegro de la conferencia que había predicado en el capítulo el abad[6].

A partir del siglo XII, la predicación, en la forma que venimos explicando, se impuso en todos los monasterios. El Cister la adoptó desde sus orígenes y la revistió de modalidades nuevas. Todo abad cisterciense estaba obligado a reunir diariamente el capítulo conventual[7] y explicar la santa Regla. Se le exigía, por otra parte, que predicase los días determinados en las constituciones: Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés, fiestas de la Santísima Virgen, Natividad de San Juan Bautista, fiesta de San Pedro y San Pablo, solemnidad de San Benito, el día de Todos los Santos, dedicación de la iglesia, primer domingo de Adviento y domingo de Ramos[8]. Estos días se les conocía con el nombre de *festa sermonis*.

Los textos están tomados también de la Sagrada Escritura, pero se comentan desde un punto de vista más en consonancia con la vida de los monjes. Los sermones de esta época pueden considerarse, no sólo como verdaderos tratados apologéticos, dogmáticos y exegéticos, sino como una mina de valor doctrinal copiosísima e inapreciable en lo concerniente a los elementos constitutivos del monacato: vida de recogimiento y soledad, oficio divino, meditación, lectura, contemplación, mortificación, trabajo.

[5] DOM BERLIERE: *L'ascèse bénédictine* (Maredsous 1927), p. 54.
[6] J. LECLERCQ: *o. c.*, p. 11.
[7] *Consuetudines, Monasticon Cisterciense* (Solesmes 1892), c. 70, p. 146.
[8] Ibid., c. 67, p 141.

De ellos se servían los monjes para penetrarse del verdadero espíritu del ciclo litúrgico y de las fiestas de la Iglesia, para desentrañar el significado histórico y místico de los misterios de la vida del Salvador y para reproducir en sí las virtudes de los santos cuyo panegírico escuchaban con avidez de labios de su abad.

II.—Sermones de San Bernardo

Los sermones de San Bernardo son las pláticas que dirigió a sus religiosos siendo abad de Claraval. Algunos compuso para otros monasterios, sin que él los predicara a sus monjes; pero éstos son los menos. En unos y otros se revela el santo Doctor más místico y contemplativo que historiador y teólogo. Nos revelan al hombre interior, apartado, recogido y absorto; al monje que busca a Dios en la estrechez de la celda, que promueve los intereses de los hermanos con su ardiente palabra y que, a la vez, no descuida los de la Iglesia. Son el fruto sazonado de una lectura y meditación profundas y de una docta experiencia personal. Bastan para colocar al santo Abad entre los escritores más destacados de la espiritualidad cristiana. Son la obra que más celebridad le ha conquistado, la que mejor define la faceta predominante de su gigantesca personalidad: el celo devorador por la difusión del reinado de Cristo en las almas.

El origen histórico queda declarado en el párrafo anterior al estudiar lo que era antiguamente la predicación en las abadías. En cuanto a los rasgos característicos, muy poco nos dicen los historiadores y comentadores de las obras del Santo. Por nuestra parte, nos limitaremos a anotar algunos rasgos fugaces y esporádicos diseminados por el texto y que se desprenden de su lectura.

San Bernardo solía predicar más días de los que ordenaban las constituciones. Había recibido autorización expresa del capítulo general por causa de su resentida salud, que no le permitía entregarse al trabajo manual, y por el provecho espiritual que proporcionaba con sus enseñanzas, no sólo al propio monasterio, sino a otros muchos [1]. Las pláticas tenían lugar, una, por la mañana des-

[1] *Serm. 1 de Septuagésima*, n. 2; cf. *Serm. 10 sobre el salmo 90*, n. 6, y *Serm. 1 de San Malaquías*, n. 1.

pués de prima o antes de la misa conventual, y otra, antes de completas. Las constituciones no determinaban el tiempo que había de durar. Este dependía del oficio divino. Cuando se atrasaba por causa de alguna solemnidad la hora de prima o se adelantaba la misa conventual, por ejemplo, el domingo de Ramos, las pláticas eran muy cortas, y frecuentemente había que interrumpirlas [2]. Si la materia de que se trataba ofrecía interés y precisaba una explicación más detenida, se la difería [3]. Por otra parte, no faltan tampoco sermones demasiado prolijos. El mismo San Bernardo confiesa ingenuamente las digresiones frecuentes a que le llevaba su imaginación [4]. Si las ocupaciones le impedían predicar diariamente, como era su deseo, prolongaba los sermones siguientes con el fin de recuperar el tiempo perdido. Esto nos explica la extensión desproporcionada de unos comparada con la brevedad casi esquemática de otros.

Como buen pastor que se desvela por el cuidado de sus ovejas y como fiel discípulo de San Benito, quien exhorta en su Regla al abad a instruir a los monjes, San Bernardo, siempre que se lo permitían las múltiples ocupaciones en que estaba enredado, no dejaba de dirigir la palabra a sus hijos. Consideraba la conferencia espiritual (el sermón) como el verdadero pan del alma que fortifica el corazón y hace perseverar en la senda de la virtud [5]. Oíasele lamentar cuando se veía en la imposibilidad de cumplir con este deber sagrado de su ministerio [6].

Un índice muy significativo de cuánto le preocupaba la instrucción de los monjes es el hecho de que robaba tiempo al sueño para preparar las pláticas, pues no le bastaba el tiempo que tenía señalado en su horario particular, que era mientras los monjes estaban en el trabajo [7]. Sin embargo, según se desprende de muchos pasajes de sus escritos, frecuentemente se veía precisado a improvisar. Esto acontecía sobre todo cuando los monjes, cansados por el trabajo manual, le rogaban les comentase algún trozo

[2] *Serm. 2 en el domingo de Ramos*, n. 1; cf. *Serm. 4 en la vigilia de Navidad*, n. 1.
[3] *Serm. 1 en el Adviento*, n. 11, y *Serm. 2 de Todos los Santos*, n. 1.
[4] *Serm. de San Martín*, n. 17
[5] *Serm. 2 de la Anunciación*, n. 4.
[6] *Serm. 5 de Cuaresma*, n. 1; cf. *Serm. 8 sobre el salmo 90*, n. 1.
[7] *Serm. 1 de Todos los Santos*, n. 3.

de las Sagradas Escrituras en donde pudieran distraer su espíritu y aliviar la fatiga del cuerpo [6].

III.—Número y división de los sermones

La obra más extensa de San Bernardo es la de los sermones. Estos abarcan más de la mitad de sus escritos. No obstante, los que poseemos actualmente son una mínima parte en comparación de los que hubo de componer en el largo período de abadiato, desde 1115 hasta 1153.

Antes del siglo XVIII se le atribuía la paternidad de 350 sermones. A principios de dicho siglo, escritores franceses rebajaron la cifra a 340 y pusieron al descubierto la falsedad de ciertos manuscritos que se decían pertenecer al siglo XII, pero que eran bastante posteriores [1]. Hoy, gracias a la crítica histórica, cuyas huellas se dejan sentir en todas las ramas del saber humano y a cuyo juicio podemos asirnos sin temor a equivocarnos, se ha podido fijar el número aproximado de sermones auténticos conocidos. Son en total 332.

Los sermones se dividen en cuatro grupos: sermones de tiempo, sermones de santos, sermones varios y sermones sobre el Cantar de los Cantares. De estos últimos no nos ocupamos por tener una introducción especial.

El grupo de los propios de tiempo comprende 86 sermones, repartidos en tres secciones: 1) 65 sermones sobre los misterios de la vida de Cristo. Recorren todo el ciclo litúrgico desde el primer domingo de Adviento hasta la fiesta de Pentecostés. Con ellos están íntimamente relacionados los sermones sobre la Purificación de la Santísima Virgen, que se refieren más directamente a la presentación de Jesús en el templo, y los dos primeros de la Anunciación, que tratan del misterio de la encarnación del Verbo. 2) 17 sermones sobre el salmo 90 *Qui habitat in adiutorio Altissimi,* que forman un tratado completo del amor de Dios y de los grados de la vida espiritual por los que el alma, libre de las ataduras del mundo y de la carne, llega a la posesión de la bienaventuranza eterna. Los sermones 12 y 13 están consagrados a los ángeles custodios, de cuya devoción es San Bernardo el principal pro-

[6] Prólogo al salmo 90, n. 2.

[1] *Histoire litteraire de la France* (1815), p. 178.

pagador. 3) Cuatro sermones *De laudibus Virginis super «Missus est»*, en los que expone el santo Doctor la doctrina de la mediación de María.

Los 43 sermones de santos pueden dividirse, igualmente, en tres secciones: la primera comprende siete sermones sobre la Virgen. Es la más importante de todas por figurar en ella el sermón de la Natividad, titulado *De aquae ductu*, la canción más dulce, tierna y luminosa con que el Doctor Melifluo ha pregonado una gran prerrogativa de la Madre de Dios: la mediación universal de todas las gracias. La segunda sección está compuesta por 25 sermones sobre los Santos San Pablo, San Juan Bautista, San Martín, San Benito, etc. La tercera, que sirve de apéndice a las dos primeras, comprende seis sermones sobre la dedicación de la iglesia.

Los sermones varios son 125. Se les suele clasificar en dos series; la primera va hasta el 42 inclusive, y la segunda, hasta el fin. Esta clasificación se basa en su extensión.

IV.—Epoca de composición

No es posible fijar a los sermones de San Bernardo, si exceptuamos los del Cantar de los Cantares, la fecha rigurosamente histórica en que fueron compuestos. Muchos los predicó en los comienzos de su abadiato, antes de 1121.

Otros hay que colocarlos entre los años 1125-1135, época en que empezó a comentar el Cantar de los Cantares, y que por las prolongadas interrupciones no pudo terminar antes de su muerte. Desde 1138 fueron muy pocos los sermones que predicó a sus monjes, por verse precisado a salir del monasterio para atender a los intereses de la Iglesia. Si predicaba, era para proseguir comentando el Cantar de los Cantares.

V.—Lenguaje

San Bernardo profesó siempre un cariño extraordinario al idioma del Lacio. Ya en la escuela del cabildo de Chatillon, donde hizo los estudios, una de sus mayores ambiciones era la de poder leer sin dificultad a los clásicos la-

tinos, con el fin de abrirse paso en el mundo de las letras. Esta pasión por el estudio no se amortiguó con la entrada en el Cister, antes se acrecentó más y más cada día al contemplar el amplio campo donde podía llevar a cabo la realización de sus doradas ilusiones. Dió un último adiós a los autores profanos que en el siglo le sedujeran y se entregó con fervor al estudio de los comentarios y exégesis de Padres y doctores de la Iglesia. De aquí la facilidad y elegancia de lenguaje que adquirió, muy superiores a las de sus contemporáneos. No obstante, si en ocasiones el estilo es defectuoso, se debe a la facultad prodigiosa que tenía de asimilarse la palabra divina para presentarla después como si él mismo la hubiera elaborado y preparado. Entonces en su léxico escogido intercala barbarismos que alteran la latinidad de sus sermones.

Cuando predicaba a los monjes, lo hacía en latín [1], aunque había entre ellos laicos que no podían comprenderle [2]. Su dicción es clara, sencilla, henchida de unción. En ella se refleja la energía de su alma, la dulzura de su corazón, el encanto mágico de su fisonomía moral. Hay períodos en que brilla la elocuencia fogosa e irresistible del orador, mas las verdades están siempre al alcance de las inteligencias menos privilegiadas.

VI.—Contenido

Sermones de tiempo

Adviento.—Los siete primeros sermones de los dedicados al ciclo litúrgico son una explanación histórica y mística del primer período: el Adviento. Trata de explicar el porqué ha sido Dios-Hijo quien se ha encarnado y no Dios-Padre o el Espíritu Santo. Da también normas concretas sobre la manera de celebrar los misterios que la santa madre Iglesia propone a nuestra consideración ; se lamenta de los abusos que los cristianos cometen en este sagrado tiempo y del poco cuidado que tienen en preparar

[1] Dom Ceillier: *Histoire géneral des auteurs sacrées et ecclesiastiques* (Paris 1758), t. 22, p. 441.

[2] En Claraval había hermanos laicos que, sin tener tonsura, asistían al coro con los religiosos clérigos. Estos hermanos laicos eran distintos de los conversos, pero igualmente iletrados.

una limpia morada al Señor para cuando llegue en la noche de Navidad [1].

Distingue tres clases de venidas: la primera la hace Jesucristo en carne mortal; la segunda, en espíritu y virtud; la tercera la hará en la gloria y majestad al final de los tiempos. Según él, sin la venida de Cristo a la tierra, el género humano habría perecido irremisiblemente. Era la oveja descarriada que el buen Pastor se dignó colocar sobre sus hombros y conducirla al redil. «Maravillosa dignación de Dios, exclama, que así busca al hombre; dignidad grande del hombre, así buscado de Dios» [2].

Homilías sobre el «Missus est».—A los sermones de Adviento siguen cuatro homilías sobre el texto del Evangelio de San Lucas en que se narra el mensaje del ángel Gabriel a María sobre la encarnación del Verbo. Son un hermoso panegírico en honor de la Santísima Virgen. En el comentario del Evangelio, San Bernardo se abandona a las sugerencias que le inspira el texto, pero no sigue un orden determinado. El párrafo más elocuente de estas homilías es aquel en que presenta a María como la estrella que debe iluminarnos, guiarnos y protegernos en todas las tormentas de la vida.

Navidad.—En seis sermones sobre la vigilia de Navidad pone el santo Doctor todo el afecto de sus más delicados sentimientos. El objeto principal de estos sermones es enseñar cómo hay que prepararse a la fiesta de Navidad, «fuente de vida que, cuanto más se saca de ella, más rebosa y nunca se agota» [3]. Las palabras que sirven de texto están tomadas del *Martirologio* de Usuardo: *Iesus Christus Filius Dei nascitur in Bethleem Iuda.*

Los sermones sobre la fiesta de Navidad son seis también, contado el que dedica a los Santos Inocentes. El lugar, el tiempo y las circunstancias del nacimiento de Cristo le suministran minuciosas reflexiones acerca de la creación, redención y glorificación, las obras *ad extra* principales de Dios. En el sermón que dedica a los Santos Inocentes estudia los tres diversos modos de confesar a Cristo San Esteban, San Juan y los Santos Inocentes, y concluye que la muerte de estos últimos, aunque inconsciente, fué un verdadero martirio. Al mismo tiempo defiende la

[1] *Serm. 3 de Adviento*, n. 2.
[2] *Serm. 1 de Adviento*, n. 7.
[3] *Serm. 4 de la vigilia de Navidad*, n. 1.

doctrina de que los niños de la antigua ley se salvaban por la circuncisión, lo mismo que ahora en la nueva por el bautismo [4].

Circuncisión.—A la fiesta de la Circuncisión dedica tres sermones. Lo más notable en ellos es la explicación que da de los distintos nombres con que la Sagrada Escritura y la Iglesia llaman al Verbo encarnado.

Epifanía.—De la Epifanía del Señor habla en seis sermones; tres solamente tratan de la fiesta misma, su objeto histórico y simbólico; uno de la circuncisión y del bautismo; dos (domingo primero) de las bodas de Caná y de las bodas espirituales, de las que aquéllas son tipo.

Septuagésima.—Al tiempo de Septuagésima consagra dos sermones; el primero versa sobre las señales de la predestinación y el segundo es una explanación mística del texto del Génesis: *Infundió Dios un profundo sueño en Adán.*

Cuaresma.—Los siete sermones que están dedicados al ayuno, a la oración, al menosprecio de los bienes temporales los pronunció como preparación a la Cuaresma. El ayuno le observaban en su tiempo con severidad, no sólo los religiosos, sino también los reyes, príncipes, pueblo, clero, nobles, ricos y pobres. De aquí la importancia que le da y lo mucho que le inculca a sus monjes. Con respecto a la oración, distingue tres clases, según que se pida a Dios los bienes temporales, la salud o la perseverancia final. Recomienda la oración dominical, que glosa brevemente, y termina con una exhortación a pasar seriamente los días de Cuaresma [5].

Semana Santa.—En ella habla del culto que se debe tributar a Jesucristo como Redentor, de las virtudes de humildad y paciencia de que nos dió ejemplo y de los distintos misterios que se conmemoran en la gran semana. El sermón del Miércoles Santo está consagrado a la pasión; en el del Jueves habla del bautismo, de la cena, del lavatorio de los pies. Por estos sermones sabemos que todavía estaba vigente en el siglo XII la costumbre de administrar el bautismo por la triple inmersión y la de con-

[4] *Serm. de los Santos Inocentes*, n. 2.
[5] *Serm. 7 de Cuaresma*, n. 4.

ferir la investidura a los canónigos con el libro, a los abades con el báculo, a los obispos con el báculo y el anillo.

Pascua.—Sobre la fiesta de Pascua tiene tres sermones. El primero es una exposición mística de los siete sellos que abrió el Cordero del Apocalipsis; el segundo, dirigido a los abades, trata de la hermosura de la virtud, a propósito de los aromas que las santas mujeres compraron para embalsamar el cuerpo del Señor; el tercero, de las purificaciones espirituales, de las que eran imagen las de la antigua ley.

A la octava de Pascua dedica dos sermones, en que celebra los triunfos de la fe. En el sermón de las rogativas comenta el evangelio de la misa.

Ascensión.—En cinco sermones, San Bernardo se limita a referir el hecho histórico según los Evangelios, con algunas sugerencias y reflexiones morales. Habla del modo de elevar los pensamientos y purificar los afectos. Distingue dos géneros de ascensiones simbólicas: unas dignas de encomio, otras de vituperio.

Pentecostés.—Los tres sermones que dedica a esta fiesta constituyen un comentario teológico acerca de los efectos de la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles, sobre las almas dóciles a la gracia y sobre los corazones humildes. Los sermones que siguen a Pentecostés no ofrecen cosa especial, igual que los que tiene para el domingo primero de noviembre, en los que comenta los tres primeros versículos del capítulo 6 de Isaías.

El salmo 90.—Entre los sermones de tiempo, están comprendidos los 17 sermones sobre el salmo 90: *Qui habitat*. Son una paráfrasis esmaltada de reflexiones que sugieren las palabras del salmo al predicador. El objeto de estas pláticas es consolar a los monjes de Claraval y alentarlos en el camino de la vida religiosa.

Sermones de santos

La Santísima Virgen.—Los sermones consagrados a María son 12: uno sobre la Natividad, tres sobre la Purificación, tres sobre la Anunciación y cinco sobre la Asunción. Puede decirse que compendian toda la doctrina mariológica del Doctor Melifluo. En ellos estudia las virtu-

des; los privilegios, los títulos, los oficios de madre, reina y mediadora que María ejerce para con los hombres.

Los santos.—Dos sermones sobre la conversión de San Pablo. En ellos habla principalmente de los buenos y malos ejemplos, de las ventajas de la vida religiosa, de las dos virtudes características de la infancia espiritual: la dulzura y la humildad. Otros dos sobre San Víctor, más doctrinales que históricos. Uno sobre San Benito, donde expone el santo Doctor ideas generales de ascética, reforzadas con exhortaciones piadosas a propósito de la santidad, piedad y justicia del que considera Padre y fundador. El sermón sobre San Juan Bautista es un verdadero panegírico, donde describe enérgicamente los rasgos más salientes del Precursor. Los tres sobre la fiesta de San Pedro y San Pablo son, al igual que los de San Víctor, puramente doctrinales. Dedica dos a la fiesta de San Miguel sobre el ministerio de los ángeles y resultado de los malos ejemplos; cinco a la festividad de Todos los Santos, notables por las opiniones originales acerca de la felicidad de los bienaventurados.

A los sermones restantes, dos en honor de San Malaquías, obispo de Irlanda y fallecido en Claraval en 1148; uno en honor de San Martín, uno en honor de San Clemente, papa y mártir; tres sobre San Andrés, en los que predomina la doctrina de la mediación de los santos; uno en la muerte de Humberto, monje de Claraval, siguen seis sobre la dedicación de las iglesias, llenos de simbolismo y alegorías, en los que prevalece la misma doctrina de la mediación aplicada a la Iglesia.

Sermones varios

No hacemos más que señalar los temas tan numerosos como sugestivos de esta tercera serie de sermones. Tratan de la caducidad de la vida presente, de la obediencia, paciencia, necesidad de buscar a Dios, conocimiento de sí mismo, diversos estados del alma, atributos de Dios, bautismo, profesión religiosa, misericordia divina, dones del Espíritu Santo, bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, virtudes propias del cristiano y del monje, unión de Dios y apartamiento del mismo.

SERMONES DE TIEMPO*

Trata San Bernardo en estos sermones de la devoción a la humanidad de Cristo. Su objeto es la meditación de los principales misterios del Verbo encarnado. El Santo encuentra en esta meditación el fuego que enciende el corazón del hombre, el camino seguro que conduce al amor y a la unión de Dios. Atribuye a los misterios que se celebran a través del ciclo litúrgico una virtud sacramental que se ordena con fines á la santificación.

San Bernardo, discípulo de San Gregorio Magno, San Anselmo y San Pedro Damiano, les supera en muchos de estos sermones.

Los sermones de tiempo, en su acepción más moderna, son una especie de guión litúrgico, un depósito espiritual de doctrina, siempre antigua y siempre nueva, para las almas ansiosas de vida interior que quieren sentir y vivir con la Iglesia.

---

* PL 183, 35-360.

EN EL ADVIENTO DEL SEÑOR*

1 DEL ADVIENTO DEL SEÑOR Y DE SEIS CIRCUNSTANCIAS SUYAS**

1. Hoy, hermanos, celebramos el principio del Adviento, cuyo nombre, así como el de las demás festividades, es bastante célebre y conocido en el mundo; pero no lo es tanto acaso el sentido y razón del nombre. Porque los desgraciados hijos de Adán, echando en olvido los verdaderos y saludables cuidados, ponen su afecto en lo transitorio y caduco. ¿A qué compararemos este linaje de hombres? ¿O qué cosa nos podrá dar justa idea del peligroso estado en que se hallan los que vemos que no pueden arrancarse de los terrenos consuelos? Verdaderamente se parecen a los que están ya para ahogarse sumergidos en las ondas. Verás a éstos que agarran apretadamente y de ningún modo sueltan lo primero que ocurre a sus manos, cualquiera cosa que sea; aunque sea tal que absolutamente de nada les pueda servir, como son las raíces de las yerbas y otras semejantes cosas. Y también, si algunos acuden a socorrerlos, sucede algunas veces que se agarran a ellos y los arrastran consigo: de suerte que ya ni pueden valerse a sí mismos ni a los otros. Así perecen en este mar grande y espacioso, así tristemente perecen, cuando, siguiendo las cosas perecederas, pierden las sólidas, de las cuales debían asirse para poder salir y salvar sus almas: porque no de la vanidad, sino de la verdad, se dice: *La conoceréis, y os librará*[1]. Vosotros, pues, hermanos, a quienes como a pequeñuelos descubre Dios lo que está escondido a los sabios y prudentes según el mundo, aplicaos con meditación continua a las cosas que verdaderamente son saludables y pensad con cuidado el sentido misterioso y razón de este adviento, deseando saber *quién es el que*

* PL 183, 35-56.
** PL 183, 35.
[1] Io. 8, 32.

viene, de dónde, a qué, cuándo y *por dónde* viene. Curiosidad loable y saludable, sin duda, pues no celebraría tan devotamente la Iglesia universal el presente adviento si no se encerrase en él algún gran misterio.

2. En primer lugar, pues, con el Apóstol pasmado y admirado, mirad también vosotros la *grandeza del Señor* que entra en el mundo: *El es,* según el testimonio de San Gabriel, *el Hijo del Altísimo* [2], y, por consiguiente, El mismo es Coaltísimo. Impiedad sería sospechar que el Hijo de Dios degenerase de su Padre, y la fe nos obliga a confesarle de igual grandeza y enteramente de la misma excelencia. ¿Quién ignora también que los hijos de los príncipes son príncipes, y los hijos de los reyes, reyes? ¿Pero cuál será el motivo porque de las tres Personas que en la Trinidad Soberana creemos, confesamos y adoramos, no es el Padre ni el Espíritu Santo el que viene, sino el Hijo? De ningún modo juzgaré yo que esto se haya hecho sin motivo. *¿Mas quién conoció los designios del Señor, o quién ha entrado en el secreto de sus consejos?* [3] No sin altísimo consejo de la Trinidad se dispuso que viniera el Hijo; y, si consideramos la causa de nuestro destierro, quizá podremos conocer, a lo menos en parte, cuán conveniente haya sido que el Hijo con especialidad nos redimiese. Aquel Lucero, pues, que nació en la mañana, porque intentó usurpar la semejanza del Altísimo y hacerse igual a Dios (lo que es propio del Hijo), al punto cayó precipitado, porque mostró el Padre su celo por el Hijo; y con las obras parece haber dicho: *Yo soy a quien toca la venganza y yo soy quien la ha de ejecutar* [4]. Al instante *miraba a Satanás caer como un relámpago del cielo* [5]. ¿Cómo te ensoberbeces tú, polvo y ceniza? Si Dios no perdonó a los ángeles soberbios, ¿qué hará contigo, que eres corrupción y gusano? Nada hizo aquél, nada puso por obra, sólo tuvo un pensamiento de soberbia y, al momento, en una abrir de ojos fué precipitado irreparablemente, porque, según el Evangelio, *no se mantuvo en la verdad* [6].

3. Huíd de la soberbia, os pido, hermanos míos; huíd de ella con toda diligencia. El primer pecado de todos fué la soberbia: ella fué la que tan velozmente ofuscó con eterna obscuridad al mismo Lucero más brillante que todas las estrellas; ella fué la que trocó en diablo al que no sólo

[2] Lc. 1, 32. [4] Rom. 12, 19. [6] Io. 8, 44.
[3] Rom. 11, 34. [5] Lc. 10, 18.

era ángel, sino el primero de los ángeles. De ahí también, envidioso luego del hombre, dió a luz en él la iniquidad que había concebido en sí mismo, persuadiéndole a que gustando del árbol vedado se haría como Dios, conocedor de lo bueno y de lo malo. ¿Qué ofreces, qué prometes, miserable, teniendo el Hijo del Altísimo la llave de la ciencia y aun siendo también El mismo *la llave de David que cierra y ninguno abre?* [7] *En El están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia escondidos* [8]. ¿Tú, pues, los hurtarás injustamente para darlos al hombre? Ved cómo, según la sentencia del Salvador, *es mentiroso éste y padre de la mentira* [9]. ; fué mentiroso cuando dijo : *Seré semejante al Altísimo* [10], y padre de la mentira cuando derramó en el hombre el venenoso principio de su falsedad diciendo: *Seréis como dioses* [11]. Y tú, hombre, si ves al ladrón, ¿cómo te haces compañero de él? Oísteis, hermanos, lo que se leyó esta noche en Isaías: *Tus príncipes son infieles,* o, como tiene otra traslación, *inobedientes, compañeros de ladrones* [12].

4. Verdaderamente nuestros príncipes Adán y Eva, como raíz de nuestro linaje, fueron desobedientes y compañeros de ladrones, pues intentaron por el consejo de la serpiente, más bien del diablo por la serpiente, robar lo que es propio del Hijo de Dios. No disimula la injuria del Hijo el Padre (pues el Padre ama al Hijo), sino que luego toma venganza del hombre y hace pesada sobre nosotros su mano. Todos pecamos en Adán, y en él recibimos todos la sentencia de condenación. ¿Qué hará el Hijo viendo que el Padre muestra por él su celo y que enteramente a ninguno perdona? Ve ahí, dice, que por ocasión de mí pierde el Padre sus criaturas. El primer ángel anheló presuntuoso mi altura y tuvo un pueblo que le siguió ; pero al punto el celo del Padre se vengó de él gravemente, hiriéndole, juntamente con todos los suyos, con llaga incurable, con castigo severísimo. El hombre también quiso robar la ciencia, que igualmente es mía, y ni de él tuvo misericordia, ni le miró su ojo con compasión. *¿Por ventura de los bueyes tiene Dios cuidado?* [13] Sólo había criado dos nobles criaturas dotadas de razón y capaces de bienaventuranza, que fueron el ángel y el hombre; pero ve aquí que por mí ha perdido a muchos de los ángeles, y de los hombres a to-

[7] Apoc. 3, 7. [9] Io. 8, 44. [11] Gen. 3, 5. [13] Io. 1, 12.
[8] Col. 2, 3. [10] Is. 14, 14. [12] Is. 1, 23.

dos. Pues, para que sepan que yo también amo al Padre, reciba por mí los que parece de algún modo haber perdido por mí. *Si por mí se levantó esta tempestad,* dice Jonás, *llevadme y echadme en el mar.* Todos me tienen envidia; pues, ea, yo voy al mundo y me mostraré a ellos tal, que cualquiera que quiera envidiarme, cualquiera que procure imitarme, saque de esta emulación todo su bien. Pero sé que los ángeles apóstatas se han abandonado a un afecto de malicia y de iniquidad y que no pecaron por ignorancia o flaqueza; así es necesario que perezcan, ya que no quieren hacer penitencia. El amor y el honor del Rey piden justicia.

5. Por esto también crió los hombres en el principio, para que ocupasen su lugar y restaurasen las ruinas de Jerusalén. Sabía que todo camino estaba cerrado al ángel para volver. Sin duda *conoció la soberbia de Moab; él es extrañamente soberbio* [14]; su soberbia no admite el remedio de la penitencia y, por consiguiente, ni del perdón. Mas en lugar del hombre ninguna criatura formó después, dando indicios en esto mismo de que había de ser redimido, como quien había sido derribado por ajena malicia y, por tanto, le podía aprovechar la caridad ajena. Así, Señor, te lo suplico: dígnate librarme, porque yo soy enfermo, porque *me han sacado de mi tierra con fraude y con violencia y siendo inocente me han metido aquí en un lago* [15]. No ciertamente inocente del todo, pero, respecto de aquel que me pervirtió, inocente en algún modo. Una mentira me persuadieron, Señor; venga la verdad, para que pueda ser la falsedad descubierta y yo conozca la verdad y la verdad me libre; lo que hará con tal que absolutamente renuncie yo a la falsedad que descubra y me junte a la verdad que conozca. De otro modo no será mi tentación ni mi pecado de fragilidad humana, sino obstinación diabólica. Es propio del diablo perseverar en el pecado y son dignos de perecer con él los que a semejanza suya permanecen en el pecado.

6. Habéis oído ya, hermanos míos, quién es el que viene; considerad ahora *de dónde* y *adónde* viene. Viene del corazón del Padre al seno de la Virgen madre; viene del más alto cielo a las inferiores partes de la tierra. ¿Pero qué? ¿Por ventura hemos de vivir siempre en la tierra

[14] Is. 16, 6.
[15] Gen. 40, 15.

nosotros? No seríamos menos felices por eso, con tal de que El permaneciera en la tierra. Porque ¿dónde sin El nos iría bien o dónde con El nos iría mal? *¿Qué hay para mí en el cielo y qué he deseado yo sino a ti sobre la tierra? ¡Oh Dios, que eres Dios de mi corazón y mi suerte para siempre!* [16] *Aunque ande yo en medio de la sombra de la muerte, no temeré males algunos*, pero con tal, Señor, de *que estés conmigo* [17]. Mas no es así, sino que ahora, como veo, desciende a la tierra y aun también al mismo infierno; pero no como prisionero, sino como libre entre los muertos, como la luz que brilla entre las tinieblas, y a quien las tinieblas no cubren. Por lo que ni su alma se queda en el infierno, ni su santo cuerpo experimenta la corrupción en la tierra. El mismo Cristo, pues, que descendió, también ascendió sobre los cielos para cumplir todas las cosas; de quien igualmente está escrito que *pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo* [18]; y en otra parte: *Salió lleno de aliento como un gigante para correr el camino; del más alto cielo fué su salida y su vuelta hasta lo más alto de él* [19]. Con razón por eso clama el Apóstol diciendo: *Buscad las cosas que están arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios* [20]. En vano se fatigaría en exhortarnos a elevar nuestros corazones, si no nos enseñara al Autor de nuestra salud colocado en los cielos. Mas veamos ya lo que se sigue, pues aunque la materia es copiosa y en alto grado abundantísima, la estrechez del tiempo no permite dilatarnos mucho. Considerando, pues, quién era el que venía, se dejó conocer la grande, por todos modos, e inefable Majestad de Dios; levantando los ojos para saber de dónde venía, se descubrió un largo camino, según el testimonio de aquel que prevenido por el espíritu profético dice: *Mira cómo la Majestad del Señor viene de lejos* [21]; contemplando adónde venía, se dejó ver la inestimable y de todas maneras incomprensible dignación de que tan alta soberanía quisiese bajar al horror de esta cárcel.

7. ¿Ya quién dudará que alguna cosa grande fué el motivo de que Majestad tan alta, de tan lejos se sirviese bajar a lugar tan indigno? Ciertamente alguna cosa grande fué, porque fué misericordia grande, consideración mucha, caridad copiosa. *¿A qué*, pues, creeremos que vino,

[16] Ps. 72, 25 y 26. [18] Act. 10, 38. [20] Col. 3, 1.
[17] Ps. 22, 4. [19] Ps. 18, 7. [21] Is. 30, 27.

pues esto es lo que, según el orden que nos hemos propuesto, debemos investigar? Ni tenemos que trabajar mucho en esta parte, publicando manifiestamente sus obras y palabras la causa de su venida. Se dió prisa a buscar la oveja centésima que se había perdido en los montes; y, para que sea alabado el Señor por sus misericordias y maravillas para con los hijos de los hombres, vino para nuestro bien. ¡Maravillosa dignación de Dios, que así busca al hombre; dignidad grande del hombre, así buscado de Dios! En la cual, si quisiere gloriarse, será prudente; no porque deba reputarse merecedor de aprecio por sí mismo, sino porque le estimó en tanto el mismo Señor que le hizo. Todas las riquezas del mundo, toda su gloria y todo lo que en él se desea es poco respecto de esta gloria; o, por decir mejor, es nada en su comparación. Señor, ¿quién es el hombre para merecer que le mires como una cosa grande, o por qué aplicas sobre él tu corazón?

8. Pero quisiera saber cuál sería la causa por que vino él a nosotros o por qué, más bien, no fuimos nosotros a él, puesto que la necesidad era nuestra; ni es tampoco costumbre de los ricos venir a casa de los pobres, aunque quieran hacerles bien. Así es, hermanos míos; más razón era que nosotros fuésemos a él, pero nos detenía un duplicado impedimento. Estaban ofuscados nuestros ojos y él *habita en una luz inaccesible* [22]; y, postrados como paralíticos en el lecho, no podíamos alcanzar a ver aquella divina soberanía. Por eso, el benignísimo Salvador y médico de las almas bajó de su altura y templó su claridad para que le pudieran ver los ojos enfermos. Púsose como un vestido de camino, tomando aquel cuerpo glorioso y purísimo de toda mancha, siendo él mismo aquella levísima y resplandeciente nube sobre la que había el profeta [23] predicho que subiría para bajar a Egipto.

9. Hora es ya de considerar *el tiempo* mismo en que vino el Salvador. Vino, pues (lo que tampoco creemos que se os oculte a vosotros), no en el principio del tiempo, no en el medio, sino en el fin. Ni faltó congruencia para hacerse así, sino que con la más alta prudencia dispuso la divina sabiduría, conociendo la propensión de los hijos de Adán a la ingratitud, traer su auxilio cuando era más necesario. Se hacía ya tarde y estaba inclinado el día; se

[22] 1 Tim. 6, 16.
[23] Is. 19, 1.

había puesto casi enteramente el sol de la justicia, de modo que era muy débil su esplendor o su calor en la tierra. Porque era ya muy corta la luz del conocimiento de Dios y, aumentándose mucho la maldad de los hombres, se había resfriado la caridad. Ya no se aparecían los ángeles, no hablaban ya los profetas; habían cesado de mostrarse entre los hombres, como vencidos de la desesperación, por su obstinación y dureza; pero yo, dice el Hijo: *Entonces exclamé: Vedme que voy al mundo*[24]. Así, así, *cuando todas las cosas reposaban en la quietud del silencio y la noche estaba en medio de su curso, tu omnipotente Palabra, Señor, vino del cielo desde el trono real*[25]. Lo que, explicando también el Apóstol, decía: *Cuando vino la plenitud del tiempo envió Dios a su Hijo*[26]. La plenitud y abundancia de las cosas temporales había ocasionado el olvido y escasez de las eternas. Oportunamente, pues, entonces vino lo eterno, cuando prevalecía más lo temporal. Puesto que, sin hablar de otras cosas, la misma paz temporal fué tan grande en aquel tiempo, que al edicto de un solo hombre se hizo padrón de todo el orbe.

10. Ya tenéis la persona que viene y uno y otro lugar, esto es, el lugar de dónde viene y adónde viene; no ignoráis tampoco la causa y el tiempo de su venida. Una sola cosa resta, que es el *camino por donde viene*, y ésta igualmente merece ser indagada con diligencia, para que podamos salir a recibirle, como es justo. Pero antes de esto debemos considerar que, así como para obrar la salud en medio de la tierra vino una vez visible en su carne, así para salvar las almas viene todos los días en espíritu e invisible, como está escrito: *Espíritu delante de nuestro rostro es Cristo Señor*[27], y, para que sepas que es espiritual esta venida y oculta, *debajo de su sombra*, dice, *viviremos entre las gentes*. Por eso, es muy puesto en razón que si el enfermo no puede andar más lejos para encontrar a médico tan grande, a lo menos se esfuerce en elevar la cabeza y en levantarse algo en obsequio del Señor que viene. No es menester, hombre, que atravieses los mares o que penetres las nubes; no tienes necesidad de pasar a la otra parte de los Alpes; no es tan grande el camino que se te señala: hasta ti mismo sal al ENCUENTRO DE TU DIOS. Porque *cerca de ti está la palabra; en tu boca está y en tu cora-*

[24] Ps. 39. 8. [25] Sap. 18. 14. [26] Gal. 4. 4. [27] Thren. 4. 20.

zón[28]. Sal al encuentro del Señor hasta la compunción del corazón y confesión de la boca, para que a lo menos salgas del muladar de tu miserable conciencia, pues es cosa indigna que entre allí el Autor de la pureza. Y esto baste acerca de esta venida, por la que se digna ilustrar los corazones de todos con su invisible presencia.

11. Consideremos ya el *camino de su venida* manifiesta, porque *sus caminos son caminos hermosos y todas sus sendas pacíficas*[29]. *Mira*, dice la Esposa, *cómo viene éste saltando en los montes, pasando por encima de los collados*[30]. Le ves venir, hermosa, pero no pudiste verle cuando descansaba antes, puesto que dijiste: *Muéstrame, amado de mi alma, dónde alimentas, dónde descansas*[31]. Descansando alimenta a los ángeles en perpetuas eternidades, saciándolos con la vista de su eternidad e inmutabilidad. Pero no te ignores a ti misma, ¡oh hermosa!, porque esta vista se ha elevado maravillosamente sobre todas tus facultades; tan alta es, que no podrás llegar a ella. Con todo eso, mira cómo ya salió de su lugar santo y que quien, descansando alimenta a los ángeles, el mismo, digo, ha comenzado y así nos sanará; y el que, descansando y alimentando, no se podía ver antes, se verá cuándo viene y cuándo se alimenta. *Mira que viene éste saltando en los montes y pasando por encima de los collados.* En estos montes y collados entiende tú los patriarcas y profetas, y lee en el libro de su generación cómo vino saltando y pasando sobre ellos: *Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob*, etc.[32] De estos montes procedió, como hallarás[33], la raíz de Jesé, de la que, según el profeta, salió una vara y de ésta se elevó aquella flor sobre la cual descansó el espíritu *septiforme*[34]. Lo que manifestando más claramente en otro lugar el mismo profeta: *Mira*, dice, *que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será ¡Manuel, que se interpreta Dios con nosotros*[35]. Al mismo que primero llamó flor, llamó después Manuel; y a la que había llamado vara, explicándose ya más claramente, llamó Virgen. Pero es preciso reservar para otro día la consideración de este misterio altísimo, pues la materia es digna de un sermón particular, especialmente cuando el sermón de hoy ha sido tan prolijo.

---

[28] Rom. 10, 8. [30] Cant. 2, 8. [32] Mt. 1, 2.
[29] Prov. 3, 17. [31] Cant. 1, 6. [33] Is. 11, 2.
[34] Se llama el Espíritu Santo *septiforme* por sus siete dones.
[35] Is. 7, 14.

2 Sobre las palabras de Isaías al rey Acaz: «Pide al Señor tu Dios que te haga ver un prodigio o de lo profundo del infierno o de lo más alto del cielo» (Is. 7, 11) *

1. Oímos a Isaías persuadir al rey Acaz que pidiese al Señor un prodigio o en el profundo del infierno o en lo más alto del cielo. Oímos su respuesta con una apariencia de piedad, pero sin tenerla en realidad. Por eso, en fin, mereció ser reprobado de aquel Señor que mira al corazón y escudriña los pensamientos de los hombres. *No lo pediré,* dice, *y no tentaré al Señor* [1]. Se había envanecido Acaz con el esplendor del solio real y era astuto en palabras de la sabiduría humana. Había oído Isaías del Señor: Anda, di a aquella zorra que pida al Señor la haga ver un prodigio en lo profundo. Tiene, pues, la zorra su cueva; pero, aunque se baje al infierno, está allí quien prenderá a los sabios en su misma astucia. Más: Anda, le dice el Señor, di a aquella ave que pida se le haga ver un prodigio en lo alto del cielo. Tiene el ave su nido, pero, aunque se suba al cielo, está allí quien, resistiendo a los soberbios, pisa la cerviz de los altivos y sublimes con su propia virtud. Con todo eso, él finge reverenciar a Dios al mismo tiempo que le desobedece, no queriendo pedir el prodigio de la potestad excelsa o de la profundidad de su incomprensible sabiduría; y por eso mismo el Señor promete a la casa de David un prodigio de bondad y de caridad, a fin de que a quienes ni el poder ni la sabiduría aterró, a lo menos atraigan las muestras de su caridad. Sin embargo de esto, se puede entender en lo que dice: *en lo profundo del infierno,* la misma caridad, que nadie la tuvo mayor, puesto que bajó hasta el infierno, muriendo por los amigos; de suerte que lo que se le manda a Acaz es que se llene de pavor a la idea de la Majestad del que reina en el cielo o que ame la caridad del que desciende a los infiernos. Es molesto, pues, no sólo a los hombres, sino también a Dios, cualquiera que ni contempla aquella Majestad con temor, ni medita con amor aquella caridad. Por eso dice: *El Señor mismo te dará un prodigio,* en que manifiestamente se conozca la majestad y la caridad. *Ved que*

* PL 183, 40.

[1] Is. 7, 12

una virgen concebirá y dará a luz un hijo y su nombre será Manuel, que se interpreta Dios con nosotros [2]. No huyas, Adán, porque Dios está con nosotros. No temas, hombre, ni oyendo el nombre de Dios te asustes, porque Dios está con nosotros; con nosotros está por la semejanza de la carne, con nosotros por la unidad de ella. Por nosotros vino como uno de nosotros, haciéndose semejante a nosotros en ser pasible.

2. Ultimamente, *manteca,* dice, *y miel comerá.* Como si dijera : Niño será y comerá de los alimentos propios de los niños. *Para que sepa,* prosigue, *reprobar lo malo y elègir lo bueno.* También aquí oyes hablar de lo bueno y lo malo, como se oyó cerca del árbol vedado, cerca del árbol de la transgresión. Pero, mucho mejor que el primero, lo sabe discernir este segundo Adán, pues, eligiendo lo bueno, reprueba lo malo, no como aquel que *amó la maldición y le vino, no quiso la bendición y ella se alejó de él* [3]. También en lo que dijo antes: *Manteca y miel comerá,* puedes advertir la buena elección de este niño. Solamente nos asista su gracia para que aquello mismo que nos viene de su mano, en alguna manera lo podamos comprender dignamente y explicar según su verdadera inteligencia.

Dos cosas hay en la leche de la oveja, que son la manteca y el queso; la manteca es crasa y húmeda ; el queso, por lo contrario, árido y seco. Bien supo escoger nuestro niño; pues, comiendo la manteca, no quiso comer el queso. Porque ¿cuál es la oveja centésima que anduvo errando y dice en el salmo : *Me perdí como oveja que pereció?* [4] Por cierto, el género humano, al cual busca el Pastor benignísimo, dejando las otras noventa y nueve ovejas en los montes. En esta oveja, pues, encontrarás dos cosas : una naturaleza dulce y buena, y muy buena, que es como la manteca, y la corrupción del pecado, que es como el queso. Así mira qué acertadamente escogió nuestro niño, que tomó nuestra naturaleza sin corrupción alguna de pecado. De los pecadores has leído : *Se cuajó como leche su corazón* [5]: sin duda por haberse corrompido la pureza de la leche por el fermento de la malicia y el cuajo de la iniquidad.

3. A este modo también la abeja tiene lo dulce de la miel y lo punzante del aguijón. Abeja es que se alimenta entre las azucenas y habita en la florida patria de los ánge-

[2] Is. 7, 14-15. [3] Ps. 108, 18. [4] Ps. 118, 176. [5] Ps. 118, 70.

les, de donde voló a la ciudad de Nazaret, que significa flor, y vino a la flor fragante de la perpetua virginidad de María; en ella posó y a ella se juntó. No ignora la miel y el aguijón de esta abeja el que la canta con el profeta [6] la misericordia y el juicio. Con todo eso, viniendo a nosotros trajo miel y no aguijón; esto es, la misericordia y no el juicio, de suerte que, persuadiéndole una vez sus discípulos que mandase consumir con fuego una ciudad que no había querido recibirle, respondió que el Hijo del hombre no había venido a juzgar, sino a salvar el mundo. No tenía aguijón nuestra abeja, en algún modo le había dejado cuando, padeciendo cosas tan indignas, mostraba misericordia y no justicia. Pero no queráis esperar en la iniquidad, no queráis pecar en la esperanza: tomará algún día nuestra abeja su aguijón y le clavará con la mayor vehemencia en las medulas de los pecadores; porque *el Padre no juzga a ninguno, sino que ha dado a su Hijo toda potestad de juzgar* [7]. Por ahora, pues, comió manteca y miel nuestro niño, cuando de tal modo unió en sí mismo lo bueno de la naturaleza humana a la misericordia divina, que fué hombre verdadero que no tenía pecado y Dios misericordioso que no ostentaba justicia.

4. En esto mismo juzgo que se manifiesta bastante quién sea la vara que procede de la raíz de Jesé y quién la flor sobre la que reposa el Espíritu Santo. La Virgen Madre de Dios es esta vara, y su Hijo la flor. Flor sin duda es el Hijo de la Virgen, flor cándida y roja, escogida entre mil, flor en que los ángeles desean mirar, flor a cuya fragancia resucitan los muertos, y, como El mismo testifica, flor es del campo [8] y no del huerto. Florece el campo sin diligencia alguna del hombre, no es sembrado por alguno, no es cavado con la azada, no es abonado con el estiércol. Así enteramente, así floreció el seno de la Virgen, así las entrañas intactas, íntegras y castas de María, como prado de eterno verdor, produjeron la flor, cuya hermosura no experimentará la corrupción, cuya gloria jamás se marchitará. ¡Oh Virgen, vara sublime, a qué altura elevas tu sagrada copa! Hasta aquel que está sentado en el

[6] Ps. 100, 8.
[7] Io. 5, 22.
[8] Cant. 2, 1.

trono, hasta el Señor de la Majestad. Ni es de admirar esto, porque también llegan a lo profundo las raíces de tu humildad. ¡Oh verdaderamente planta celeste, la más preciosa, la más santa de todas! ¡Oh verdaderamente árbol de la vida, que sólo fué digno de llevar el fruto de la salud! Se averiguó, serpiente maligna, tu astucia; descubrióse claramente tu falsedad. Dos cosas habías atribuído falsamente al Criador; de mentira y envidia le habías infamado, pero en una y en otra estás convencida de haber mentido, pues desde el principio muere aquel a quien habías dicho: *de ningún modo morirás,* y la verdad del Señor permanece para siempre. Ahora también responde, si puedes: ¿qué árbol o qué fruto del árbol podía Dios envidiar al hombre, cuando ni le negó esta vara escogida ni este fruto sublime? El que no perdonó a su propio Hijo, ¿cómo no daría juntamente con El todas las cosas?

5. Ya habéis advertido, si no me engaño, que la Virgen es el real camino por donde viene el Salvador, saliendo de su seno virginal como el esposo de su tálamo. Teniendo, pues, ya a la vista el camino, el cual comenzamos a investigar, si os acordáis, en el sermón primero, procuremos también nosotros, amadísimos, subir por él al mismo Señor que por ella bajó a nosotros y venir por ella a la gracia del mismo que por ella vino a nuestra miseria. Por medio de ti podamos llegar a tu Hijo, ¡oh bendita Virgen!, que hallaste la gracia, Madre de la vida, Madre de la salud, para que por ti nos reciba el que por ti se nos dió a nosotros. Excuse delante del mismo tu integridad las culpas de nuestra corrupción, y tu humildad tan grata a Dios alcance el perdón de nuestra vanidad. La copiosa caridad tuya cubra la muchedumbre de nuestros pecados, y tu fecundidad gloriosa nos dé la fecundidad de las buenas obras. Señora nuestra, mediadora nuestra, abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo, encomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo; haz, ¡oh bendita!, por la gracia que hallaste, por el privilegio que mereciste, por la misericordia que diste a luz, que aquel que por medio de ti se dignó hacerse participante de nuestra enfermedad y miseria, por tu intercesión también nos haga participantes de su gloria y bienaventuranza. Jesucristo, Hijo tuyo, nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

3 De tres advientos del Señor y de siete columnas que debemos levantar nosotros [*]

1. En el advenio del Señor que celebramos, cuando miro la persona de *quién viene*, no comprendo la excelencia de su Majestad; cuando atiendo a *quiénes viene*, me lleno de pavor a la idea de la grandeza de su dignación. Se pasman ciertamente los ángeles de nuevo, mirando bajo de sí a quien sobre sí siempre adoran, ascendiendo y descendiendo manifiestamente sobre el Hijo del hombre. Cuando considero el motivo *porque viene*, aprecio en cuanto puedo la extensión inestimable de su caridad. Cuando pienso en *el modo*, reconozco la exaltación de la naturaleza humana, pues viene el Criador y el Señor del universo, viene *a los hombres*, viene *por los hombres*, viene *haciéndose hombre*. Pero dirá alguno: ¿Cómo se puede decir que vino, estando El siempre en todas partes? Estaba a la verdad en el mundo y por Él fué hecho el mundo, mas el mundo no le conoció. No vino, pues, porque faltase, sino que apareció el que antes se ocultaba. Por lo cual también se vistió la humana forma en que fuese conocido el mismo que en la divina *habita en una luz inaccesible* [1]. Ni es ignominioso a la Majestad aparecer en su propia semejanza que había hecho al principio, ni es indigno de Dios mostrarse en su imagen a quienes no podían conocerle en su substancia, para que de esta suerte el que había hecho al hombre a su imagen y semejanza se dejara conocer de los hombres hecho hombre.

2. La solemne memoria, pues, de esta venida de tanta majestad, de tanta humildad, de tanta caridad, de tanta gloria se celebra por la universal Iglesia una vez al año. Y ojalá se hiciera de tal modo una vez, que siempre se estuviera haciendo esta memoria, pues esto era más debido. Porque ¿puede haber cosa más ajena de razón que, después de la venida de tan gran Rey, querer o atreverse los hombres a ocuparse en otros cualesquiera negocios y no dedicarse más bien a este solo culto, olvidando por él todas las demás cosas? Pero no es de todos lo que dice el profeta: *Eructarán a boca llena el recuerdo de tu inmensa*

[*] PL 183, 43.
[1] 1 Tim. 6, 16.

bondad[2], pues ni alimenta siquiera a todos esta memoria. Ninguno seguramente eructa lo que no gustó, ni aun aquello que solamente gustó, porque el eructo no procede sino de la plenitud y saciedad. Por eso, aquéllos cuyo entendimiento y vida son mundanos, aunque celebran esta memoria, no la eructan interiormente, sino que se contentan con observar estos días por rutina y costumbre, sin devoción y sin afecto. En fin, lo que todavía es peor, la misma memoria de esta inestimable dignación de Dios se hace ocasión de las delicias carnales, pues los verás estos días preparar con tanta solicitud la pompa de los vestidos, la delicadeza de los manjares, como si Cristo en su nacimiento pidiera estas y semejantes cosas y fuera recibido más dignamente donde se encuentran con más abundancia. Pero oye lo que El mismo dice: *Yo no comía con aquel cuyo ojo es soberbio y su corazón insaciable*[3]. ¿A qué fin con tanta ansia preparas vestidos para mi nacimiento? Detesto yo la soberbia, no la amo. ¿A qué fin con tanto cuidado procuras la abundancia de las mesas para este tiempo? Condeno yo las delicias del cuerpo, no las apruebo. Ciertamente eres de un corazón insaciable, preparando tantas cosas y de tan lejos, pues al cuerpo menos le bastaba, y eso mismo podría hallarse con más oportunidad. Así, cuando celebras mi adviento, con los labios me honras, pero tu corazón está lejos de mí. No me reverencias, sino que tu vientre es tu Dios, y pones la gloria en lo que debía ser tu confusión. Infeliz por todos modos el que adora el deleite del cuerpo y la vanidad de la gloria mundana *y bienaventurado el pueblo de quien el Señor es su Dios*[4].

3. Guardaos, hermanos míos, de imitar a los malos, y no tengáis envidia de los que obran la iniquidad. Más bien poned la atención en su fin y compadeceos de ellos de corazón y orad por los que viven preocupados en sus delitos. Hacen esto los infelices porque tienen ignorancia de Dios, pues si le hubieran conocido, nunca provocarían al Señor de la gloria contra sí. Mas nosotros, amadísimos, no tenemos excusa de la ignorancia. Ciertamente le has conocido, cualquiera que seas el que aquí te hallas, y si dices que no le has conocido, faltarás enteramente a la verdad y te

[2] Ps. 144, 7.
[3] Ps. 100, 5
[4] Ps. 143, 15.

harás semejante a los mundanos. En fin, si no le conoces, ¿quién te trajo o cómo has venido aquí? ¿Quién te hubiera podido persuadir a que renunciases gustosamente al cariño de tus amigos, a las delicias del cuerpo, a las vanidades del siglo y pusieses tu pensamiento en Dios y todos los cuidados los echases en El; con el cual nada habías merecido, antes habías desmerecido tanto, testigo tu misma conciencia? ¿Quién, digo, te pudiera persuadir todo esto, si hubieras ignorado que el Señor es bueno para los que esperan en El, para el alma que le busca, y si no hubieras conocido también que el Señor es suave, manso, de mucha misericordia y veraz? ¿Mas de dónde supiste todo esto, sino porque no sólo vino El a ti, sino también en ti?

4. *Tres advientos suyos*, pues, conocemos: a los hombres, en los hombres, contra los hombres. A todos los hombres a la verdad sin diferencia alguna, pero no así en todos o contra todos. Mas, por cuanto el primero y el tercero, como manifiestos, son bastantes conocidos, acerca del segundo, que es oculto y espiritual, escucha al mismo Señor lo que dice: *El que me ama guardará mis palabras y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos nuestra mansión* [5]. Bienaventurado aquel en quien haces mansión, Señor Jesús. Bienaventurado aquel en quien la sabiduría edifica su casa, labrando siete columnas. Bienaventurada el alma que es asiento de la sabiduría. ¿Quién es ésta? El alma del justo. Con razón ciertamente, porque la justicia y el juicio son la preparación de tu trono. ¿Quién de vosotros, hermanos míos, desea disponer en su alma asiento para Cristo? Pues mire qué sedas, qué alfombras, qué almohadas debe preparar. *La justicia*, dice, *y el juicio son la preparación de tu trono* [6]. La justicia es aquella virtud que da a cada uno lo que es suyo: da tú, pues, *a tres* lo que es suyo. Da al superior, da al inferior, da al igual lo que a cada uno le debes; y así celebrarás dignamente el adviento de Cristo, preparando de este modo en la justicia su asiento. Da, digo, al prelado la reverencia y obediencia, de las cuales la una pertenece al cuerpo y la otra al corazón, pues no basta obedecer a los mayores en lo exterior, sino que debemos también sentir altamente de ellos en lo íntimo del corazón. Y aunque tan manifiestamente se conozca la vida de un prelado que de ningún

[5] Io. 14, 23.
[6] Ps. 88, 15.

modo permita disimulación o excusa, sin embargo por aquel Señor de quien viene toda potestad, al mismo que entonces conocemos que es tal, le debemos reputar superior a nosotros y acreedor a nuestro respeto, no difiriendo a los méritos presentes de su persona, sino a la ordenación divina y dignidad del oficio.

5. Así también a nuestros hermanos, entre quienes vivimos, por el mismo derecho de fraternidad y sociedad humana, somos deudores de consejo y de auxilio, pues esto es lo que queremos también nosotros que ellos nos den: consejo para que nuestra ignorancia aprenda y auxilio para que nuestra debilidad se ayude. Mas quizá habrá entre vosotros quien esté diciendo tácitamente: ¿Qué consejo podré yo dar a mi hermano, a quien sin licencia del superior no me es permitido hablar una sola palabra? ¿Qué amparo le podré yo ofrecer, cuando no me es lícito hacer la cosa más tenue sin la obediencia? A lo cual respondo yo: no faltará qué puedas hacer por él, si en ti no falta la caridad fraternal. Ningún consejo juzgo yo mejor que procurar enseñar a tu hermano con el propio ejemplo qué cosas conviene hacer y qué cosas no conviene hacer, provocándole a él a lo mejor y trabajando por su bien, no con las palabras ni la lengua, sino con las obras y con la verdad. ¿Hay acaso auxilio más útil y eficaz que orar devotamente por él y no disimular el redargüirle de sus culpas, de suerte que no sólo no le pongas algún tropiezo para su alma, sino que estés solícito, en cuanto puedas, en quitar como un ángel de paz los escándalos del reino de Dios y en apartar totalmente las ocasiones de los escándalos? Si de este modo te muestras con tu hermano auxiliar y consejero, y le das lo que le debes, ni tiene él de qué quejarse.

6. Si acaso te han constituído prelado de alguno, con éste te hallas deudor sin duda de mayor solicitud. El exige de ti la guarda y la disciplina: la guarda, para que pueda evitar el pecado, y la disciplina, para que de ningún modo se quede sin castigo, si no lo evitó. Mas, aunque no te halles prelado de ninguno de tus hermanos, con todo eso, debajo de ti tienes con quien debes ejercitar esta custodia y disciplina. Hablo de tu cuerpo que recibió tu espíritu para regirle. Le debes la custodia para que el pecado nunca reine en él, ni se abandonen tus miembros a ser armas para la iniquidad. Le debes la disciplina, para que,

castigado y sujeto a la servidumbre, haga dignos frutos de penitencia. Pero de mucho más grave y peligrosa deuda están cargados aquellos que tienen que dar cuenta por muchas almas. ¿Qué haré yo, infeliz? ¿Adónde me volveré, si sucede que guardo con descuido tan grande tesoro, aquel rico depósito que para sí le reputó Cristo más precioso que su preciosa sangre? Si hubiera yo recogido la sangre de Cristo que destilaba de la cruz y la tuviera depositada en un vaso de vidrio, el cual también fuera preciso llevar muchas veces a diversos lugares, ¿qué ánimo tendría yo en tan grande peligro? Pues yo he tomado a mi cargo guardar esto mismo, por lo que un mercader sabio, verdaderamente la misma sabiduría, dió aquella sangre. También tengo este tesoro en vasos de barro, a los que amenazan muchos más peligros que a los de vidrio. Llégase a esto, para colmo del cuidado y peso de mi temor, que, siendo necesario guardar mi propia conciencia y la del prójimo, ni una ni otra es bastante conocida de mí: una y otra son abismo insondable: una y otra son abismo para mí, y, con todo eso, exigen de mí la guarda de una y otra, y vocean: *Centinela, ¿qué has visto esta noche? Centinela, ¿qué has visto esta noche?*[7] No puedo responder como Caín: *¿Por ventura soy guarda de mi hermano?*[8] Sino que es preciso confesar con el profeta: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda*[9]. Solamente seré excusable si, como he dicho, empleo yo la debida custodia y disciplina. De esta suerte, si tampoco faltan las cuatro primeras cosas, a saber, la reverencia y la obediencia para con los prelados, el consejo y auxilio para con los hermanos, lo cual es propio de la justicia, hallará en nosotros la sabiduría un trono nada indecente.

7. Y acaso éstas son las seis columnas que labró la misma sabiduría en la casa que edificó para sí; y hemos de buscar también ahora la séptima, por si ella misma se digna dárnosla a conocer. ¿Qué impide que, así como las seis se entienden en la justicia, la séptima se entienda en el juicio? Porque no solamente la justicia, sino *la justicia*, dice, *y el juicio son la preparación de tu trono*[10]. En fin, si a los prelados y a los iguales damos lo que es debido, ¿no deberá recibir Dios alguna cosa? Es cierto que nadie le puede dar lo que le debe, pues tan copiosamente nos

[7] Is. 18, 11. [8] Gen. 4, 9. [9] Ps. 126, 2. [10] Ps. 88, 15.

ha colmado de sus misericordias, pues le hemos ofendido tanto, pues tan frágiles y tan nada somos; pues, al fin, El es tan rico y suficiente para sí mismo y no necesita de todos nuestros bienes. Mas oí decir a quien había revelado los secretos y misterios de su sabiduría que *el honor del Rey* quiere el *juicio* [11]. Nada más de su parte exige de nosotros, sino que confesemos nuestros pecados y nos justificará gratuitamente, para que sea ensalzada su gloria. Ama Dios al alma que en su presencia y sin intermisión se considera y se juzga a sí misma. Ni exige este juicio de nosotros sino por nuestro propio bien, porque, si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos ciertamente juzgados. Por eso, el sabio recela de todas sus obras, las escudriña, las examina, las juzga todas. Honra la verdad el que ingenuamente se reconoce a sí mismo y a todas sus cosas en el mismo estado en que se hallan según la realidad, y en esta misma conformidad lo confiesa todo humildemente. Escucha en fin cómo exigen de ti, después de la justicia, el juicio: *Cuando hayáis hecho todas las cosas que os han mandado, habéis de decir: siervos inútiles somos* [12]. Así la digna preparación del trono para el Señor de la Majestad, en cuanto toca al hombre, consiste en que, por una parte, procure observar los mandamientos de la justicia y, por otra, se repute siempre indigno e inútil a sí mismo.

4 De dos advientos del Señor y de la devoción a las verdaderas virtudes *

1. Justo es, hermanos míos, que celebréis con toda devoción el adviento del Señor, llenos de gozo con tanto consuelo, pasmados de tanta dignación, inflamados con tanto amor. Ni consideréis solamente aquel adviento en que el Señor se dió prisa a buscar y salvar lo que había perecido, sino también aquel en que vendrá y nos llevará a sí mismo. ¡Ojalá que en estos dos advientos meditéis continuamente, rumiando en vuestros corazones cuánto nos dió en el primero y cuánto nos prometió en el segundo! ¡Ojalá que durmáis en medio de las suertes! Estos son,

[11] Ps. 98, 3.
[12] Lc. 17, 10.

* PL 183, 47.

pues, los brazos del Esposo, entre los que durmiendo la Esposa, decía: *Su izquierda está bajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará*[1]. *En su izquierda* ciertamente, según leemos en otra parte[2], *están las riquezas y la gloria, en su diestra la longitud de la vida. En su izquierda,* dice, *las riquezas y gloria.* Hijos de Adán, linaje avaro y ambicioso, oíd esto: ¿Por qué ponéis vuestro afecto en las terrenas riquezas y gloria temporal, que ni son verdaderas ni vuestras? El oro y la plata, ¿son acaso más que una tierra roja y blanca, que sólo la falsa opinión de los hombres hace que se repute más preciosa? En fin, si estas cosas son vuestras, llevadlas con vosotros. Mas el hombre, cuando muera, no llevará consigo todos sus bienes ni descenderá con él su gloria.

2. Las verdaderas riquezas no son los bienes del mundo, sino las virtudes, las cuales lleva consigo la buena conciencia para hacerse eternamente rica. De la gloria también dice el Apóstol: *Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia*[3]. Sin duda es gloria verdadera, pues viene del espíritu de verdad. *El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*[4]. La gloria que reciben unos de otros aquellos que no buscan la gloria que sólo viene de Dios, es vana; porque vanos son los hijos de los hombres. Necio tú, que pones las riquezas en un saco que está roto y colocas tu tesoro en la boca ajena. ¿No sabes que no se cierra esta arca ni tiene cerraduras? ¿Cuánto más sabios son los que guardan su tesoro y no lo fían a otros? ¿Pero acaso le habrán siempre de guardar? ¿Siempre le habrán de esconder? Vendrá tiempo en que se harán manifiestas todas las cosas ocultas del corazón y no aparecerán las que fueron ostentadas. De aquí es que, viniendo el Señor, se apagan las lámparas de las vírgenes necias, y los que recibieron ya su premio son desconocidos de Dios. Por eso os digo, amadísimos, que es mucho más útil por ahora ocultar que ostentar, si tenemos algo de bueno; así como los mendigos no ostentan vestidos preciosos, sino que ponen a la vista los casi desnudos miembros y las úlceras que tienen, para inclinar más presto el ánimo del que los ve a misericordia. La cual regla guardó mejor el publicano que el fariseo, y por eso volvió a su casa justificado.

---

[1] Cant. 2, 6. [2] Prov. 3, 10. [3] 2 Cor. 1, 12. [4] Rom. 8, 16.

3. Tiempo es, hermanos, de que el juicio comience por la casa de Dios. ¿Qué fin será el de aquellos que no obedecen al Evangelio? ¿Qué juicio el de aquellos que en este juicio no resucitan? Todos los que son negligentes en juzgarse con este juicio de ahora, en que el príncipe de este mundo es echado fuera, aguarden al Juez o, por decir mejor, témanle, pues también ellos mismos con su príncipe serán echados fuera. Mas nosotros, si perfectamente nos juzgamos ahora, aguardemos seguros al Salvador nuestro Señor Jesucristo, *el cual reformará nuestro cuerpo humillado y abatido, conformándole con su cuerpo glorioso* [5]. Entonces resplandecerán los justos, de modo que se podrán ver los doctos y juntamente los indoctos, pues *resplandecerán como el sol en el reino de su Padre* [6]. *Será la claridad del sol siete veces doble* [7], esto es, como la luz de siete días.

4. Cuando venga el Salvador reformará nuestro cuerpo humillado y abatido, conformándole a su cuerpo glorioso; pero esto será si primero ha sido reformado el corazón y se ha conformado a la humildad de su corazón. Por lo cual también decía: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* [8]. Considera en estas palabras que la humildad es de dos maneras: la una del conocimiento, y la otra del afecto, que aquí se llama de corazón. Por la primera conocemos que no somos nada, y ésta la aprendemos de nosotros mismos y de nuestra propia flaqueza; con la otra pisamos la gloria del mundo y la aprendemos de aquel Señor que *se abatió a sí mismo tomando la forma de siervo* [9]; que, buscado para hacerle rey, huyó; y buscado para tantos oprobios y el suplicio ignominioso de la cruz, voluntariamente se ofreció a sí mismo. Sean, pues, plateadas nuestras alas, si deseamos morir *en medio de las suertes*, que son los dos advientos, con la imitación de aquella forma de virtudes, que con las palabras y el ejemplo nos encomendó Cristo estando aquí presente en la carne; pues no impropiamente se entiende en la plata su humanidad, así como en el oro su divinidad.

5. Toda nuestra virtud, pues, tan lejos estará de ser virtud verdadera como lejos se halle de aquel ejemplar, y todas nuestras alas para nada servirán si no están plateadas con su imitación. Grande ala es la pobreza, pues tan

[5] Phil. 3, 2.
[6] Mt. 13, 43.
[7] Is. 30, 26.
[8] Mt. 11, 29.
[9] Phil. 2, 7.

ligeramente se vuela con ella al reino de los cielos. Para las otras virtudes se explica la promesa del cielo en el tiempo de futuro; a la pobreza no tanto se le promete como se le da, por lo cual como ya de presente se dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*, cuando en las demás virtudes que se siguen se dice: *Serán herederos, serán consolados*, y a este modo. Vemos con todo eso algunos pobres que, si su pobreza fuera verdadera, no se hallarían tan tristes y pusilánimes, siendo reyes, y reyes del cielo. Estos son los que quieren ser pobres, con tal condición que nada les falte; y de tal modo aman la pobreza que no quisieran padecer escasez alguna. Hay otros que son mansos cuando nada se dice o hace sino a su gusto; pero se verá qué distantes están de la verdadera mansedumbre cuando se ofrezca la más leve ocasión de enfado. ¿Cómo podrán heredar esta mansedumbre, cuando se acaba antes de la herencia? Veo también otros que lloran, pero si procedieran aquellas lágrimas del corazón, no se trocarían tan fácilmente en risa. Mas como luego las palabras ociosas y las chanzas corran con más abundancia que las lágrimas antes, no juzgo que semejantes lágrimas sean de aquellas a las que se promete la consolación divina, puesto que después de ellas se admite tan fácilmente un vil consuelo. Otros muestran un celo tan vehemente contra los delitos de los demás, que pudiera parecer que tienen hambre y sed de justicia, si igualmente hubiera en ellos el mismo juicio acerca de sus pecados; mas ahora *es abominable delante de Dios tener dos pesos diferentes*[10]. Contra otros tan imprudentes como infructuosamente se enardecen y a sí mismos tan necia como inútilmente se lisonjean.

6. Hay otros misericordiosos de aquello que no es suyo y que se escandalizan si a todos no se les asiste con abundancia, pero de tal suerte, que ellos no sean gravados en la menor cosa: los cuales, si fueran misericordiosos verdaderamente, harían misericordia de lo que es suyo: y, ya que no pueden dar a otros de los haberes terrenos, darían de buena voluntad el perdón a los que les hayan ofendido, les darían en un exterior agradable señales de benevolencia, les darían unas buenas palabras, que se estiman sobre todas las dádivas, por preciosas que sean, para

[10] Prov. 20, 23

excitar sus conciencias a penitencia. En fin, por éstos y por todos los que conocen estar en pecado emplearían la compasión y la oración. De otra suerte, su misericordia de nada vale y ninguna misericordia conseguirán. Hay otros que de tal modo confiesan sus pecados, que pudiera parecer que hacen esto por el deseo de limpiar su corazón (pues todo se lava en la confesión), si no se viera que aquellas cosas que ellos mismos dicen de sí voluntariamente no pueden oírlas con paciencia de la boca de otros: los cuales, si, como parece, desearan verdaderamente limpiarse, no se enojarían, sino que estimarían a los que les muestran sus propias manchas. Hay también otros que, si ven alguno ofendido de otro, aun levemente, andan muy solícitos, pensando en qué modo les podrán reducir a la paz; y parecerían pacíficos si no fuera que sus enfados, si les parece que se ha dicho o hecho algo contra ellos, más tarde y con más dificultad que en los demás logran sosegarse: los cuales, si verdaderamente amaran la paz, no hay duda que la procurarían para sí mismos.

7. Plateemos, pues, nuestras alas siguiendo los ejemplos de la vida de Cristo, al modo que los mártires lavaron sus estolas en su pasión; imitemos en cuanto podamos a aquel Señor que de tal modo amó la pobreza, que, aunque estaban en su mano todos los términos de la tierra, con todo eso, no tuvo donde reclinar su cabeza; que la estimó tanto, que leemos que los discípulos que le seguían, compelidos del hambre, frotaban con las manos las espigas cuando pasaban por entre los sembrados; a aquel Señor que, como una oveja, fué llevado a la muerte y como un cordero delante de quien le esquila enmudeció y no abrió su boca; de quien leemos haber llorado sobre Lázaro y sobre la ciudad de Jerusalén y haber pasado la noche en oración, pero no que se haya reído o dicho palabras de diversión jamás; a aquel Señor que en tanto grado amó la justicia, que, no teniendo pecados propios, exigió de sí mismo satisfacción tan grande de los nuestros. Por lo que, estando en la cruz, de ninguna otra cosa tenía sed sino de la justicia; quien no dudó morir por los enemigos y oró por los mismos que le crucificaron; quien no cometió pecado y escuchó con paciencia a los que le acusaban falsamente; quien toleró tantas cosas para reconciliar consigo mismo los pecadores.

5 DEL ADVIENTO INTERMEDIO DEL SEÑOR Y DE TRES RENOVACIONES DEL ESPÍRITU *

1. Poco ha que decíamos, a los que platearon sus alas con la imitación de las virtudes de Cristo, que habían de dormir *en medio de los peligros* [1], que significan dos advientos suyos; pero en dónde debían dormir no lo dijimos todavía. Hay, pues, un tercer adviento, que media entre los dos y en que duermen deliciosamente los que le conocen: aquellos dos son manifiestos, pero éste no. En el primero fué visto en la tierra el Señor y trató con los hombres, cuando, según El mismo testifica, *le vieron y le aborrecieron* [2]; en el último, *verá todo hombre la salud de nuestro Dios* [3], *y verán a quién crucificaron* [4]; en el de en medio, que es oculto, sólo le ven los escogidos en sí mismos y con él se hacen salvas sus almas. En el primero vino en la carne y en la debilidad; en éste, que media entre los dos, en espíritu y virtud; en el último vendrá en gloria y majestad. Por la virtud, pues, se llega a la gloria, porque *el Señor de las virtudes es el mismo Rey de la gloria* [5]. Y en otra parte dice también el mismo profeta: *Para que yo viese tu virtud y tu gloria* [6]. Así este adviento intermedio es como un camino para la gloria, por el cual del primero se pasa al último. En el primero fué Cristo nuestra redención; en el último aparecerá como nuestra vida; en éste es nuestro descanso y consuelo, para que durmamos dulcemente en medio de las suertes.

2. Mas, para que acaso no parezcan imaginarias estas cosas que de este adviento intermedio decimos, oíd al mismo Señor: *El que me ama*, dice, *guardará mis palabras y mi Padre le amará y vendremos a él* [7]. ¿Pero qué quiere dar a entender en decir: *El que me ama guardará mis palabras?* Porque yo he leído en otra parte: *El que teme a Dios hará buenas obras* [8]. Juzgo, pues, que algo más que esto se atribuye al que ama a Dios, cuando se dice que él guardará sus palabras. Mas ¿en dónde deben guardarse? No hay duda que en el corazón, como dice el profeta: *En mi corazón escondí tus palabras para no pe-*

---

* PL 183, 50.

[1] Ps. 67, 14. [2] Io. 15, 24. [3] Lc. 3, 6 [4] Io. 19, 17. [5] Ps. 23, 6. [6] Ps. 32, 3. [7] Io. 14, 23. [8] Eccli. 15, 1.

car delante de ti[9]. ¿Y cómo se guardarán en el corazón? ¿Bastará guardarlas en la memoria? Al que de este modo las guarde, le dirá el Apóstol que *la ciencia hincha*[10]. Finalmente, la memoria también falta con facilidad. Así, debes guardar la palabra de Dios, de la manera que puedes guardar mejor el manjar del cuerpo, pues ella también es pan vivo y alimento del alma. El pan terreno mientras está en el arca puede ser robado por el ladrón, puede ser roído por el ratón, puede corromperse con el tiempo. Pero cuando le hubieres comido, ¿qué temerás nada de esto? Guarda de este modo la palabra de Dios, porque *bienaventurados son los que la guardan*[11]. Haz que pase hasta las entrañas de tu alma, haz que pase hasta tus mismas costumbres y afectos. *Come lo bueno y se deleitará como en la grosura tu alma.* No te olvides de comer tu pan, no sea que se seque tu corazón; antes llénese tu alma de su grosura y substancia.

3. Si así guardas la palabra de Dios, no hay duda de que El te guardará, pues vendrá a ti el Hijo con el Padre, vendrá el Profeta grande que ha de renovar a Jerusalén y él hará nuevas todas las cosas. Esta venida hará que, así como llevamos la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial; hará que, así como el viejo Adán fué difundido por todo el hombre y lo ocupó todo, así ahora todo él le posea Cristo, que todo le crió, todo le redimió y todo le glorificará; como que es aquel Señor que *a todo el hombre enteramente hizo salvo en el sábado.* Estaba en nosotros en otro tiempo el viejo hombre, aquel prevaricador estaba en nosotros, así en las manos, como en la boca, como en el corazón. En las manos estaba de dos modos: por los malos hechos y por los crímenes vergonzosos. En la boca también, por la arrogancia y por la detracción; en el corazón, por los deseos de la carne y amor de la gloria temporal. Mas ahora, haciéndose el hombre una nueva criatura en Cristo, pasan las cosas viejas, y contra las obras malas de las manos se halla la inocencia; contra el crimen vergonzoso, la continencia; en la boca, contra la arrogancia la palabra de confesión, contra la detracción las palabras de edificación, para que así se verifique que se aparta lo viejo de nuestra boca; en el corazón, contra el amor de la gloria temporal, la humildad. Y mira si en estas tres cosas no recibe a Cristo Ver-

[9] Ps. 118, 11. [10] 1 Cor. 8, 1. [11] Lc. 11, 28.

bo de Dios cada uno de los escogidos, cuando a ellos se les dice: *Ponedme como un sello sobre vuestro brazo, como un sello sobre vuestro corazón* [12]; y en otra parte: *Cerca de ti está la palabra, en tu boca está y en tu corazón* [13].

6 De tres advientos del Señor y de la resurrección de la carne *

1. No quisiera, hermanos, que ignoraseis el tiempo de vuestra visitación, ni tampoco qué sea lo que es visitado en vosotros en este tiempo. Para el alma está este tiempo designado, no para los cuerpos, porque siendo el alma más noble que el cuerpo, exige la primera solicitud por su misma natural dignidad. Sobre esto también, la misma razón dicta que debe ser reparada primero el alma, por ser constante que ella se arruinó primero, puesto que corrompida el alma por la culpa, hizo que en pena se corrompiese el cuerpo. En fin, si queremos ser miembros de Cristo, debemos seguir sin duda a nuestra Cabeza, de modo que nuestro primer cuidado sea reparar nuestras almas, por las cuales vino ya El mismo, y cuya corrupción procura sanar antes que todo. Reservemos el cuidado del cuerpo para aquel tiempo y dejémosle para aquel día, en que ha de venir a reformar nuestro cuerpo, como testifica el Apóstol diciendo: *Aguardamos al Salvador nuestro Señor Jesucristo, que reformará nuestro cuerpo humillado y abatido, conformándole con su cuerpo glorioso* [1]. En el primer adviento, como prenuncio, o, diciendo mejor, verdaderamente prenuncio suyo, clama San Juan Bautista: *Mirad al Cordero de Dios, mirad al que quita los pecados del mundo* [2]. No dice las enfermedades del cuerpo, no dice las molestias de la carne, sino el pecado, que es enfermedad del alma y corrupción de sus potencias. *Mirad al que quita los pecados del mundo.* ¿De dónde los quita? De las manos, de los ojos, del cuello, últimamente de la carne, en que está más profundamente clavado el pecado.

2. Quita el pecado de las manos, borrando las culpas cometidas; le quita de los ojos, haciendo pura la intención del alma; le quita del cuello, apartando de nosotros

[12] Cant. 8, 6.
[13] Rom. 10, 8.
[1] Phil. 3, 20.
[2] Io. 1, 29.

* PL 183, 52.

su violenta dominación, como está escrito: *Venciste el cetro de su exactor, como en el día de Madián*[3]; y también: *Se pudrirá el yugo a la presencia del aceite*[4]. Y el Apóstol habla y dice: *Para que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal*[5]. En otro lugar dice el mismo: *Yo sé que no hay nada de bueno en mí, esto es, en mi carne;* y en otra parte: *Infeliz hombre yo, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?*[6] Sabía que no había de ser librado de aquella raíz pésima clavada en la carne, de aquella ley del pecado que está en nuestros miembros hasta que fuese desatado del mismo cuerpo; por lo que también deseaba ser desatado de los lazos que le unían al cuerpo y llegar a reinar con Cristo[7]: conociendo que el pecado, que separa entre Dios y nosotros, no se podrá quitar del todo hasta que seamos librados del cuerpo. Oísteis de uno, a quien libró el señor del demonio, que dándole golpes el espíritu malo y despedazándole con violencia, salió de él al mandado de Cristo. Así os digo que aquel género de pecado, que tantas veces nos turba (hablo de la concupiscencia y deseos malos), a la verdad se puede y debe reprimir con la gracia de Dios, para que no reine en nosotros, ni abandonemos al pecado los miembros de nuestro cuerpo para servir de armas a la iniquidad; y de este modo *ninguna condenación hay para los que viven en Jesucristo*[8]; pero no se desecha y arroja sino en la muerte, cuando de tal suerte somos despedazados, que el alma se separa del cuerpo.

3. Ya tienes a qué viene Cristo y en lo que debe velar un cristiano. Por tanto, no quieras, ¡oh cuerpo!, anticipar los tiempos desordenadamente, porque puedes impedir la salud del alma y no puede obrar la tuya. Todas las cosas tienen su tiempo; deja que ahora el alma trabaje para sí, por decir mejor, trabaja tú con ella, pues si con ella padecieres, con ella reinarás. Cuanto estorbes su reparación, otro tanto impides la tuya propia, porque tú no podrás ser reparado hasta que Dios vea en ella reformada su imagen. Un noble huésped tienes, ¡oh cuerpo!, noble en gran manera, y toda tu salud pende de la salud de él. Trata con honor a tan grande huésped; tú a la verdad habitas en tu propia región, pero el alma se hospeda en ti como peregri-

[3] Is. 9, 4.
[4] Is. 10, 27.
[5] Rom. 6, 12.
[6] Rom. 7, 18.
[7] Phil. 1, 23.
[8] Rom. 6, 13.

na y desterrada. Dime, ¿qué rústico, si acaso un noble o un poderoso quisiere hospedarse en su casa, no dormirá en un rincón de ella o debajo de las escaleras o hasta en las mismas cenizas con gusto, cediendo (como es razón) a su huésped el mejor lugar? Haz, pues, lo mismo tú; no hagas caso de las injurias, ni de las molestias que hayas de sufrir, como tu huésped pueda habitar honoríficamente en ti. Honor es tuyo que por ahora pases con deshonor por él.

4. Pero ni desprecies o tengas en poco a tu huésped, por ser peregrino o estar fuera de su patria; atiende con cuidado el bien que te trae la presencia de este huésped. El es quien da vista a tus ojos y oído a tus orejas; él mismo suministra voz a tu lengua, gusto al paladar y movimiento a todos los miembros. Si hay algo de vida en ti, si hay sentido, si hay hermosura, reconócelo por beneficio de este huésped. En fin, su separación manifiesta lo mucho que obraba su presencia, porque al punto mismo en que se aparte el alma, callará la lengua, no verán los ojos, ensordecerán los oídos, quedará inflexible el cuerpo, todo el rostro pálido; en breve será todo cadáver podrido y hediondo y toda su hermosura se convertirá en postema. ¿Para qué, pues, contristas y ofendes a tu huésped por un deleite temporal, que ni aun sentir podrías en modo alguno sino por él? Aún más: si te da tanto, cuando está desterrado y echado de la presencia de Dios a causa de las enemistades que produjo el pecado, ¿cuánto te dará cuando esté reconciliado con él? No quieras, cuerpo, no quieras impedir esta reconciliación, pues en ella se prepara una gloria grande para ti. Exponte a todas cosas con paciencia, o, más bien, con gusto; nada dejes de hacer que pueda aprovechar para esta reconciliación; dile a tu huésped: El Señor se acordará de ti y te restablecerá en tu primera dignidad, y entonces acuérdate de mí.

5. Sin duda alguna se acordará de ti para bien tuyo si ahora le sirvieres bien, y cuando llegue a la presencia de su Señor, hará buenos oficios y hablará a favor de su huésped diciendo: Cuando en castigo de su culpa estaba tu siervo desterrado, un pobre en cuya casa me hospedé hizo mucha misericordia conmigo, y ojalá se lo pague por mí mi Señor. Porque él, primeramente, expuso todas sus cosas y después a sí mismo por mis utilidades; no dudando en modo alguno sufrir por mi bien muchos ayunos, continuos trabajos, grandísimas vigilias, hambre y

sed, frío y desnudez. ¿Qué sucederá, pues? De ninguna manera faltará la verdad de la Escritura, que dice: *Hará la voluntad de los que le temen y oirá su oración*[9]. ¡Oh si llegaras a gustar esta dulzura, si pudieras apreciar, como merece, esta gloria! Cosas maravillosas voy a decir, pero con todo eso, verdaderas e indubitables para los fieles. El mismo Señor de los ejércitos, el Señor de las virtudes y Rey de la gloria, él mismo descenderá a reformar nuestros cuerpos, conformándolos con su cuerpo glorioso. ¡Cuánta gloria será aquélla, qué gozo tan inefable, cuando el Criador del universo, que había venido antes a justificar las almas, humilde y oculto, para glorificarte a ti, cuerpo miserable, venga sublime y manifiesto, no ya en la debilidad, sino en su gloria y majestad! ¿Quién sabrá pensar el día de aquella venida, cuando descienda con la plenitud de su luz, viniendo los ángeles delante y excitando al sonido de aquella trompeta, de entre el polvo, al pobre cuerpo y arrebatándole a los aires para encontrar a Cristo?

6. ¿Hasta cuándo, pues, esta carne miserable, necia, ciega, demente y totalmente fatua buscará las terrenas consolaciones, o más bien, desolaciones, exponiéndose a ser desechada y juzgada por indigna de esta gloria y a ser condenada también a padecer los tormentos de aquellas indecibles penas eternamente? No sea así, hermanos míos, no sea así; antes deléitese nuestra alma en estas meditaciones, y aun también nuestra misma carne descanse en la esperanza de esta gloria, aguardando al Salvador nuestro Señor Jesucristo, que la reformará y hará conforme con su cuerpo glorioso. Por esto dice el profeta: *Mi alma tuvo una sed ardiente de ti; y ¡de cuántas maneras mi cuerpo sintió este ardor mismo!*[10] Deseaba ciertamente el alma del profeta el primer adviento de Cristo, en el cual sabía que había de ser redimida; pero su cuerpo deseaba mucho más el último adviento y su glorificación. Entonces, pues, se cumplirán todos nuestros deseos y se llenará toda la tierra de la majestad del Señor. A cuya gloria, a cuya bienaventuranza, a cuya paz, en fin, que excede todo sentido, nos lleve por su misericordia; y no nos confunda en nuestra esperanza el Salvador que aguardamos, Jesucristo Señor nuestro, que sobre todas las cosas es bendito por los siglos. Amén.

---

[9] Ps. 114, 19.
[10] Ps. 62, 2.

7 De tres utilidades del adviento del Señor *

1. En celebrar devotamente el adviento del Señor, no hacemos más que lo que debemos hacer, puesto que no sólo viene a nosotros, sino también por nosotros, aquel soberano Rey que no tiene necesidad de nuestros bienes. Verdaderamente, la misma grandeza de su dignación manifiesta con la mayor claridad lo grande de nuestra necesidad. No sólo se conoce el peligro de la enfermedad por el precio de la medicina, sino que también se conoce la multitud de achaques por la abundancia de los remedios. ¿A qué fin son las diversas gracias, si no hay diversidad alguna en las necesidades? Y a la verdad, difícil es contar en un solo sermón las necesidades que experimentamos; pero por ahora me ocurren tres, que son comunes a todos y en algún modo las principales. Ninguno hay entre nosotros que no necesite *de consejo, de auxilio y de amparo*. Verdaderamente es general al linaje humano esta triplicada miseria, y cuantos vivimos en la región de la sombra de la muerte, en la enfermedad del cuerpo, en el lugar de la tentación, si con cuidado lo advertimos, estamos sujetos miserablemente a esta triplicada incomodidad. Somos fáciles en ser engañados, débiles para obrar, frágiles para resistir. Si queremos discernir entre el bien y el mal, nos engañamos; si emprendemos obrar lo bueno, luego desmayamos; si procuramos resistir a lo malo, somos derribados y vencidos.

2. Por eso es necesario el adviento del Señor; por eso es necesaria a los hombres, así oprimidos, la presencia de Cristo. Y ojalá que de tal modo venga, que por su copiosísima dignación, habitando en nosotros por la fe, ilumine nuestra ceguedad; permaneciendo con nosotros, ayude nuestra debilidad, y, estando por nosotros, proteja y defienda nuestra fragilidad. Porque, si El está en nosotros, ¿quién nos engañará? Si está con nosotros, ¿qué no podremos en el Señor que nos conforta? Si está por nosotros, ¿quién podrá nada contra nosotros? El es *consejero* fiel, que de ningún modo puede ser engañado ni engañar; fuerte *auxiliar*, que no se cansará; *patrono* eficaz, que hará pedazos al mismo Satanás bajo de nuestros pies velozmente y quebrantará todas sus astutas maquinaciones.

* PL 183, 54.

El es la *sabiduría* de Dios, en cuyas manos está instruir a los ignorantes; El es el *poder* de Dios, a quien es fácil fortalecer al que desmaya y librar al que peligra. A este tan grande *Maestro*, hermanos míos, recurramos en toda deliberación, esta poderosa ayuda invoquemos en toda operación; a este protector tan fiel encomendemos nuestras almas en todos los combates, el cual vino al mundo para que, habitando en los hombres, con los hombres y por los hombres, se iluminasen nuestras tinieblas, se suavizasen nuestros trabajos y se apartasen nuestros peligros.

HOMILIAS SOBRE LAS EXCELENCIAS DE LA VIRGEN MADRE *

Sobre las palabras del Evangelio: «Fué enviado el ángel Gabriel», etc. (Lc. 1, 26-38).

Prólogo

Aunque me impelía la devoción a tomar la pluma, las muchas ocupaciones me lo estorbaban. Sin embargo, ya que, impedido por mis achaques [1], no puedo al presente seguir con mis hermanos los ejercicios monásticos, este poquito de ocio que, aunque sea quitándolo del sueño, me dejan tomar por las noches, no quisiera pasarlo ociosamente. Quiero, pues, hacer prueba de emprender antes de todo una obra que muchas veces me ha venido al pensamiento; que es escribir las excelencias de la Virgen Madre, sobre la lección del Evangelio de San Lucas, en que se contiene la historia de la anunciación del Señor. Y, aunque a la empresa de esta obra ni me obligue alguna necesidad de mis hermanos (en cuyos aprovechamientos estoy precisado a emplearme) ni me mueva alguna utilidad suya, con todo eso, siempre que ella no me impida estar pronto a acudir a cuanto necesiten, no me parece que deben llevar a mal que satisfaga en esto a mi propia devoción.

---

* PL 183, 55-88.

[1] San Bernardo se refiere aquí a la enfermedad grave y prolongada de que fué víctima a raíz de su elección de abad de Claraval.

1

* 1. ¿Qué fin tendría el evangelista en expresar con tanta distinción los propios nombres de tantas cosas en este lugar? Yo creo que pretendía con esto que no oyésemos con negligencia nosotros lo que él con tanta exactitud procuraba referir. Nombra, pues, el nuncio que es enviado, el Señor por quien es enviado, la Virgen a quien es enviado, el esposo también de la Virgen, señalando con sus propios nombres el linaje de ambos, la ciudad y la región. ¿Para qué todo esto? ¿Piensas tú que alguna de estas cosas esté puesta aquí superfluamente? De ninguna manera; porque si no cae una hoja del árbol sin causa, ni cae en la tierra un pájaro sin la voluntad del Padre celestial, ¿podría yo juzgar que de la boca del santo evangelista saliese una palabra superflua, especialmente en la sagrada historia del que es Palabra de Dios? No lo pienso así: todas están llenas de soberanos misterios y cada una rebosa en celestial dulzura; pero esto es si tienen quien las considere con diligencia y sepa chupar miel de la piedra y aceite del peñasco durísimo [1]. Verdaderamente en aquel día destilaron dulzura los montes y manó leche y miel de los collados, cuando, enviando su rocío desde lo alto de los cielos y haciendo las nubes descender al Justo [2] como una lluvia, se abrió la tierra alegre y brotó de ella el Salvador; cuando, derramando el Señor su bendición y dando nuestra tierra su fruto, sobre aquel monte que se eleva sobre todos los montes, monte fértil y pingüe, salieron a encontrarse mutuamente la misericordia y la verdad y se besaron la paz y la justicia [3]. En aquel tiempo también en que este no pequeño monte entre los demás montes, este bienaventurado evangelista, digo, escribió con estilo dulcísimo el principio de nuestra salud, tan deseado de nosotros, como que, soplando el austro y rayando el sol de justicia más de cerca, se difundieron de él algunos espirituales aromas. Y ojalá que ahora envíe Dios su palabra y los derrita; ojalá que sople su espíritu y se hagan inteligibles para nosotros las palabras evangélicas, se hagan en nues-

* PL 183, 55.
[1] Ioel 3, 9.
[2] Is. 45, 8.
[3] Ps. 84, 11.

tros corazones más estimables que el oro y las piedras más preciosas, se hagan más dulces que la miel y el panal.

2. Dice, pues: *Fué enviado el ángel Gabriel por Dios.* No juzgo que este ángel sea de los menores, quienes suelen ser enviados por cualquiera causa con embajadas a la tierra; lo cual se deja entender claramente en su mismo nombre, que significa *fortaleza de Dios;* y también porque no se dice que haya sido enviado (como acostumbra hacerse entre los ángeles) por algún otro espíritu más excelente que él, sino por el mismo Dios. Por eso se expresó en el Evangelio que *fué enviado por Dios;* o quizá por eso se dijo *por Dios,* para que no se piense que reveló Dios su designio acerca de la encarnación aun a alguno de sus bienaventurados espíritus antes que a la Virgen, exceptuando solamente el arcángel San Gabriel; el cual sin duda tuvo tanta excelencia entre los suyos que fué reputado digno de tal nombre y de tal embajada. Ni deja de haber mucha proporción entre el oficio de nuncio y el nombre del ángel. Porque a Cristo, que es la virtud de Dios, ¿quién mejor le podía anunciar que este espíritu, a quien ilustra un nombre semejante? Pues ¿qué otra cosa es fortaleza sino virtud? Ni parezca indecente o impropio que el Señor y el nuncio se nombren de un mismo modo, cuando la causa de llamarse ambos con semejante nombre no es semejante en ambos. De un modo se llama Cristo fortaleza o virtud de Dios y de otro modo muy diferente el ángel; el ángel sólo por denominación, pero Cristo substancialmente también. Cristo se llama y es virtud de Dios, que viniendo con mayores fuerzas contra aquel fuerte armado que solía guardar en paz el atrio de su casa, le venció con su propio brazo; y así le quitó valerosamente todas las alhajas que en otro tiempo había hecho cautivas. El ángel San Gabriel es llamado fortaleza de Dios o por haber merecido la prerrogativa de ser encargado de anunciar la venida de la misma fortaleza, o porque debía confortar a una virgen naturalmente tímida, sencilla, vergonzosa, para que no la sorprendiese el pavor a la novedad de tan grande milagro; lo cual hizo él diciéndola: *No temas, María; has hallado la gracia en los ojos de Dios.* Tampoco quizá será fuera de razón creer que este mismo ángel fué quien confortó y libró de sus dudas a su esposo, varón ciertamente humilde y timorato, aunque no se nombre entonces por el evangelista. *José,* dijo, *hijo de David, no temas recibir a María*

por tu consorte. Oportunamente, pues, es elegido San Gabriel para este negocio; o, más bien, por encargarse a él negocio semejante, se distingue justamente con tal nombre.

3. *Fué enviado*, pues, *el ángel Gabriel por Dios*. ¿Adónde? *A una ciudad de Galilea, cuyo nombre era Nazaret*. Veamos si (como dice Natanael) puede salir de Nazaret algo que sea bueno. A mí se me representan como una simiente del conocimiento de Dios, echada desde el cielo a la tierra, las revelaciones y promesas hechas a los padres Abraham, Isaac y Jacob; simiente de la cual está escrito: *Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado la simiente, hubiéramos sido como Sodoma y seríamos semejantes a Gomorra* [4]. Floreció esta simiente en las maravillas que se mostraron en la salida del pueblo de Israel de Egipto, en las figuras y enigmas misteriosos por todo el camino en el desierto hasta la tierra de promisión y, después, en las visiones y vaticinios de los profetas, en la ordenación también del reino y del sacerdocio hasta Cristo. Pero no sin razón se entiende ser Cristo el fruto de esta simiente y de estas flores, diciendo David: *Derramará Dios su bendición y nuestra tierra dará su fruto* [5]; y otra vez: *Del fruto de tu vientre pondré sobre tu silla* [6]. En Nazaret, pues, se anuncia que Cristo ha de nacer, porque en la flor se expresa el fruto que ha de venir; pero en saliendo el fruto se cae la flor, porque, apareciendo la verdad en la carne, pasó la figura. Por lo cual también Nazaret se dice ciudad de Galilea, esto es, de la transmigración; porque, naciendo Cristo, pasaron todas aquellas cosas que arriba conté; las cuales, como dice el Apóstol: *Les sucedían a ellos en figura* [7]. También nosotros, que tenemos ya el fruto, hemos dejado atrás estas flores; que, aun cuando estaban en su belleza, se previó que habían de pasar. Por lo que dijo David: *En la mañana como la yerba pase, en la mañana florezca y pase; en la tarde caiga, se endurezca y se seque* [8]. *En la tarde*, pues, esto es, cuando vino la plenitud del tiempo, en que envió Dios a su Unigénito, hecho de una mujer, hecho bajo de la ley [9], diciendo el mismo: *Mira que hago nuevas todas las cosas* [10], las viejas pasaron y desaparecieron, así como al romper el fruto, se caen y se secan las flores. Sobre lo cual se halla también escrito: *Se secó el heno y cayó la flor; mas la*

[4] Is. 1, 9. [5] Ps. 84, 13. [6] Ps. 131, 18. [7] 1 Cor. 10, 11. [8] Ps. 89, 6. [9] Gal. 4, 4. [10] Apoc. 21 5.

palabra de Dios queda para siempre [11]. Creo que no dudas que la palabra es el fruto; pues la Palabra es Cristo.

4. Buen fruto es Cristo, que permanece para siempre. ¿Pero dónde está el heno que se secó? ¿Dónde la flor que se cayó? Responda el profeta: *Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno* [12]. Si toda carne es heno, luego aquel pueblo carnal de los judíos se secó como el heno. ¿Por ventura no se secó como el heno cuando el mismo pueblo, vacío de todo jugo del espíritu, se pegó tenazmente a la letra seca? ¿No cayó también la flor cuando aquella gloria que tenían en la ley desapareció para siempre? Si no cayó la flor, ¿en dónde está el reino, en dónde el sacerdocio, en dónde los profetas, en dónde el templo, en dónde aquellas grandezas de que solían gloriarse y decir: *¡Cuántas cosas hemos oído y conocido y nuestros padres nos han contado!* [13] Y también: *¡Cuántas cosas mandó a nuestros padres que hiciesen manifiestas a sus hijos!* Y esto se ha dicho para exponer aquellas palabras *a Nazaret, ciudad de Galilea.*

5. A esta ciudad, pues, fué enviado el ángel Gabriel por Dios. ¿A quién? *A una virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José.* ¿Qué virgen es ésta tan respetable que un ángel la saluda? ¿Tan humilde, que está desposada con un artesano? Hermosa es la mezcla de la virginidad y de la humildad; y no poco agrada a Dios aquella alma en quien la humildad engrandece a la virginidad y la virginidad adorna a la humildad. Mas ¿de cuánta veneración, te parece, que será digna aquella cuya humildad engrandece la fecundidad y cuyo parto consagra la virginidad? Oyes hablar de una virgen, oyes hablar de una humildad; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la virgen. Loable virtud es la virginidad, pero más necesaria es la humildad: aquélla se nos aconseja, ésta nos la mandan; te convidan a aquélla, a ésta te obligan. De aquélla se dice: *El que la puede guardar, guárdela* [14]; de ésta se dice: *El que no se haga como este párvulo, no entrará en el reino de los cielos* [15]. De modo que aquélla se premia, como sacrificio voluntario; ésta se exige, como servicio obligatorio. En fin, puedes salvarte sin la virginidad, pero no sin la humildad. Puede agradar la humildad que llora la virginidad perdida; mas

[11] Is. 40, 8.
[12] Is. 40, 6.
[13] Ps. 77, 3 y 5.
[14] Mt. 19, 12.
[15] Mt. 18, 3.

sin humildad (me atrevo a decirlo) ni aun la virginidad de María hubiera agradado a Dios. *¿Sobre quién descansará mi espíritu,* dice el Señor, *sino sobre el humilde y manso?* Sobre el humilde, dice, no sobre el que es virgen. Conque si María no fuera humilde, no reposara sobre ella el Espíritu Santo; y, si no reposara sobre ella, no concibiera por virtud de Él. Porque ¿cómo pudiera concebir de El sin El? Es claro, pues, que para que de El hubiese de concebir, como ella dice: *Miró el Señor a la humildad de su sierva*[18] mucho más que a la virginidad; y, aunque por la virginidad agradó a Dios, con todo eso, concibió por la humildad. De donde consta que la humildad fué la que hizo agradable su virginidad también.

6. ¿Qué dices, virgen soberbio? María, olvidada de que es virgen, se gloría de la humildad, y tú, menospreciando la humildad, ¿te glorías en tu virginidad? *Miró,* dice ella, *a la humildad de su sierva el Señor.* ¿Quién es ella? Una virgen santa, una virgen pura, una virgen devota. ¿Por ventura eres tú más casto que ella? ¿O más devoto? ¿O será tu castidad más agradable a Dios que la de María, para que puedas tú sin humildad agradarle con la tuya, no habiéndole ella, sin esta virtud, agradado con la suya? Finalmente, cuanto más digno de honor eres por el don singular de la castidad, tanto mayor injuria te haces a ti mismo, afeando en ti la hermosura de ella con la mezcla de tu soberbia; y mejor te estaría no ser virgen que hacerte soberbio por la virginidad. No es de todos la virginidad, ciertamente, pero es de muchos menos todavía la humildad acompañada de la virginidad. Pues, si no puedes más que admirar la virginidad de María, procura imitar su humildad, y te basta. Pero si eres virgen y al mismo tiempo humilde, grande eres, cualquiera que seas.

7. Con todo eso, hay en María otra cosa mayor de que te admires, que es la fecundidad junta con la virginidad. Jamás se oyó en los siglos que una mujer fuese madre y virgen juntamente. O si también consideras de quién es madre, ¿adónde te llevará tu admiración sobre su admirable excelencia? ¿Acaso no te llevará hasta llegar a persuadirte que ni admirarlo puedes como merece? ¿Acaso a tu juicio o, más bien, al juicio de la verdad, no será digna de ser ensalzada sobre todos los coros de los ángeles la que tuvo a Dios por hijo suyo? ¿No es María la que

[18] Lc. 1, 48.

confiadamente llama al Dios y Señor de los ángeles hijo suyo, diciéndole: *Hijo, ¿cómo has hecho esto con nosotros?* [17] ¿Quién de los ángeles se atrevería a esto? Es bastante para ellos y tienen por cosa grande que, siendo espíritus por su creación, han sido hechos y llamados ángeles por gracia, testificando David: *El Señor es quien hace ángeles suyos a los espíritus* [18]. Pero María, reconociéndose madre de aquella Majestad a quien ellos sirven con reverencia, le llama confiadamente hijo suyo. Ni se desdeña Dios de ser llamado lo que se dignó ser; pues poco después añade el evangelista: *Y estaba sujeto a ellos*. ¿Quién?, ¿a quiénes? Dios a los hombres. Dios, repito, a quien están sujetos los ángeles, a quien los principados y potestades obedecen, estaba obediente a María, ni sólo a María, sino a José por María. Maravíllate de estas dos cosas, y mira cuál es de mayor admiración, si la benignísima dignación del Hijo o la excelentísima dignidad de tal Madre. De ambas partes está el pasmo, de ambas el prodigio: que Dios obedezca a una mujer, humildad es sin ejemplo, y que una mujer tenga autoridad para mandar a Dios, es excelencia sin igual. En alabanza de las vírgenes se canta como cosa singular *que siguen al Cordero a cualquiera parte que vaya* [19]. ¿Pues de qué alabanzas juzgarás digna a la que también va delante y el Cordero la sigue?

8. Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a sujetarte; aprende, polvo, a observar la voluntad del superior. De tu Autor habla el evangelista y dice: *Y estaba sujeto a ellos;* sin duda a María y a José. Avergüénzate, soberbia ceniza: Dios se humilla, ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tú, anhelando dominar a los hombres, te prefieres a tu Autor? Ojalá que a mí, si llego a tener tales pensamientos, se digne Dios responderme lo que respondió también a su apóstol reprendiéndole: *Apártate detrás de mí, Satanás, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios* [20]. Puesto que, cuantas veces deseo mandar a los hombres, tantas pretendo ir delante de mi Dios; y entonces verdaderamente ni tengo gusto ni estimación de las cosas que son de Dios, porque del mismo se dijo: *Y estaba sujeto a ellos*. Si te desdeñas, hombre, de imitar el ejemplo de los hombres, a lo menos no puedes reputar por cosa indecorosa para ti el seguir a tu Autor. Si no puedes seguirle a todas partes adonde El vaya, síguele al

[17] Lc. 3, 48. [18] Ps. 103, 4. [19] Apoc. 14, 4. [20] Mt. 16, 23.

menos con gusto a donde por ti bajó. Quiero decir: si no puedes subir a la altura de la virginidad, sigue siquiera a tu Dios por el camino segurísimo de la humildad, de la cual, si las vírgenes mismas se apartan, ya no seguirán al Cordero en todos sus caminos. Sigue al Cordero el humilde que se manchó; le sigue el virgen soberbio también; pero ni el uno ni el otro a cualquiera parte que vaya; pues ni aquél puede subir a la limpieza del Cordero, que no tiene mancha, ni éste se digna bajar a la mansedumbre de quien enmudeció paciente, no delante de quien le esquilaba, sino delante de quien le mataba. Sin embargo, más saludable modo de seguirle eligió el pecador en la humildad que el soberbio en la virginidad; pues purifica la humilde satisfacción de aquél su inmundicia, cuando mancha la castidad de éste su soberbia.

9. Dichosa en todo María, a quien ni faltó la humildad ni la virginidad. Singular virginidad la suya, que no violó, sino que honró la fecundidad; no menos ilustre humildad, que no disminuyó, sino que engrandeció su fecunda virginidad; y enteramente incomparable fecundidad, que la virginidad y humildad juntas acompañan. ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿Cuál no es incomparable? ¿Cuál no es singular? Maravilla será si, ponderándolas, no dudas cuál juzgarás más digna de tu admiración; es decir, si será más estupenda la fecundidad en una virgen o la integridad en una madre: su dignidad por el fruto de su castísimo seno o su humildad con dignidad tan grande; sino que ya, sin duda, a cada una de estas cosas se deben preferir todas juntas, y es incomparablemente más excelencia y más dicha haberlas tenido todas que precisamente algunas. ¿Y qué maravilla que Dios, a quien leemos y vemos admirable en sus santos, se haya mostrado más maravilloso en su Madre? Venerad, pues, los que os halláis en estado de matrimonio, la integridad y pureza del cuerpo en el cuerpo mortal; admirad también vosotras, vírgenes sagradas, la fecundidad de una virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios; honrad, ángeles santos, a la Madre de vuestro Rey, vosotros que adoráis al Hijo de nuestra Virgen, nuestro Rey y vuestro juntamente, reparador de nuestro linaje y restaurador de vuestra ciudad. A cuya dignidad, pues entre vosotros es tan sublime y tan humilde entre nosotros, sea dada, por

vosotros igualmente que por nosotros, la reverencia que se le debe; y a su dignación, el honor y la gloria por todos los siglos. Amén.

2

[*] 1. Que aquel nuevo cántico, que sólo se concederá a las vírgenes cantar en el reino de Dios, le cantará también la reina de las vírgenes con ellas, o, más bien, la primera de ellas, nadie lo duda. Mas yo juzgo que, a más de aquel cantar que (como he dicho) la será común con todas, aunque con solas las vírgenes, alegrará también con otros más dulces y más hermosos versos la ciudad de Dios, cuyas suavísimas y armoniosas voces y melodía ninguna, aun de las mismas vírgenes, será digna de componer o imitar; porque con razón será prerrogativa suya cantarlos sola, cuando ella sola se gloría del parto, y parto divino. Se gloría, he dicho, del parto, no en sí misma, sino en el Señor a quien dió a luz. Verdaderamente, Dios (pues es Dios a quien dió a luz), habiendo de dar a su Madre en el cielo una gloria singular, procuró prevenirla en la tierra con singular gracia, por la cual inefablemente concibiese intacta y diera a luz incorrupta. A la majestad de Dios convenía que no naciese sino de la Virgen, y a la Virgen convenía que no diera a luz a otro que a Dios. Así, el hacedor de los hombres, para hacerse hombre, siendo preciso nacer de una mujer, a aquella entre todas debía escoger o, más bien, formar para Madre suya, que conocía era decente a El, y sabía que le había de agradar. Por tanto quiso que fuese virgen para salir de una Madre purísima el que es infinitamente puro y que venía a limpiar las manchas de todos; quiso que fuese humilde, para salir de una Madre tal, el que es manso y humilde de corazón, a fin de mostrarnos en sí mismo el necesario y saludable ejemplo de todas estas virtudes. Dió, pues, a la Virgen parto el mismo Señor que la había inspirado el voto de virginidad y la había enriquecido antes igualmente con el mérito de la humildad. De otra suerte, ¿cómo diría el ángel después que estaba llena de gracia, si tuviera algo bueno que no procediese de la gracia?

2. Para que fuese, pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos, santa en el cuerpo, recibió el

[*] PL 183, 61.

don de la virginidad; para que fuese también santa en el alma, recibió el de la humildad. Adornada de estas preciosas piedras la Virgen regia, resplandeciendo con la doble belleza de cuerpo y alma, conocida por su agrado y hermosura en los cielos, se llevó la atención de todos sus ciudadanos, de suerte que inclinó hasta el ánimo del Rey a desearla y sacó al nuncio celestial de las alturas. Y esto es lo que el evangelista nos insinúa aquí cuando muestra al ángel enviado por Dios a la Virgen. *Por Dios,* dice, *a la Virgen;* esto es, por el Altísimo, a la humilde; por el Señor, a la sierva; por el Criador, a la criatura. ¡Qué dignación tan grande de Dios! ¡Qué excelencia tan grande de la Virgen! Corred, madres: corred, hijas; corred todas las que, después de Eva y por Eva, os acercáis al alumbramiento con tristeza y dais a luz con dolor. Llegaos al tálamo virginal; entrad, si podéis, en el casto aposento de vuestra hermana. Ea, ya envía Dios su nuncio a la Virgen: ea, ya el ángel la habla: aplicad el oído a la pared, escuchad su embajada, por si acaso oís de que os podáis consolar.

3. Alégrate, Adán, padre nuestro: y tú, Eva, madre nuestra, llénate de gozo: vosotros mismos, que así como fuisteis padres de todos, así fuisteis de todos homicidas, y, lo que es mayor desgracia, primero homicidas que padres, consolaos con esta hija, y tal hija: pero alégrese Eva principalmente, pues de ella primero nació el mal, y su oprobio pasó a todas las mujeres. Porque ya está cerca el tiempo en que se quitará el oprobio, ni tendrá ya de qué quejarse contra la mujer el hombre: el cual, pretendiendo excusarse imprudentemente a sí mismo, no dudó acusarla cruelmente diciendo: *La mujer que me diste me dió del fruto del árbol, y comí*[1]. Así, corre, Eva, a María, corre a tu Hija: ella responderá por ti, quitará tu oprobio, dará satisfacción a su Padre por su Madre: pues ha dispuesto Dios que, ya que el hombre no cayó sino por una mujer, tampoco sea levantado sino por una mujer. ¿Qué es lo que decías, Adán? *La mujer que me diste me dió del fruto del árbol, y comí.* Palabras de malicia son éstas que acrecientan tu culpa en vez de borrarla. Sin embargo, la sabiduría ha vencido a la malicia, pues aunque malograste la ocasión que Dios quería darte para el perdón de tu pecado

[1] Gen. 3, 12.

cuando te preguntaba y hacía cargo de él, ha hallado en el tesoro de su indeficiente piedad arbitrios para borrar tu culpa. Te da otra mujer por esa mujer, una prudente por esa fatua, una humilde por esa soberbia; la cual, en vez del árbol de la muerte, te dará el gusto de la vida; en vez de aquel venenoso bocado de amargura, te traerá la dulzura del fruto eterno. Por tanto, muda las palabras de la injusta acusación en alabanzas y acción de gracias a Dios, y dile: Señor, la mujer que me has dado me dió el fruto del árbol de la vida, y comí de él; y ha sido más dulce que la miel para mi boca, porque en él me has dado la vida. Mira a lo que fué enviado el ángel Gabriel a la Virgen. ¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh mujer singularmente venerable, admirable entre todas las mujeres, que trajo la restauración a sus padres y la vida a sus descendientes!

4. *Fué enviado,* dice, *el ángel Gabriel a una virgen.* Virgen en el cuerpo, virgen en el alma, virgen en la profesión, virgen, finalmente, como la que describe el Apóstol, santa en el alma y en el cuerpo; ni hallada nuevamente o sin especial providencia, sino escogida desde los siglos, conocida en la presencia del Altísimo y preparada para sí mismo; guardada por los ángeles, designada anticipadamente por los antiguos Padres, prometida por los profetas. Registra las escrituras y hallarás las pruebas de lo que digo. Pero ¿quieres que yo también traiga aquí testimonios sobre esto? Para hablar poco de lo mucho, ¿qué otra cosa te parece que predijo Dios, cuando dijo a la serpiente: *Pondré enemistades entre ti y la mujer?*[2] Y si todavía dudas que hablase de María, oye lo que se sigue: *Ella misma quebrantará tu cabeza.* ¿Para quién se guardó esta victoria sino para María? Ella sin duda quebrantó su venenosa cabeza, venciendo y reduciendo a la nada todas las sugestiones del enemigo, así en los deleites del cuerpo como en la soberbia del corazón.

5. ¿Qué otra fijamente buscaba Salomón cuando decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?*[3] Conocía este hombre sabio la debilidad de este sexo, su frágil cuerpo y su corazón inconstante. Con todo eso, porque había leído que la había prometido Dios, y sabía que convenía que quien había vencido por una mujer fuese vencido por otra, con una vehemente admiración decía: *¿Quién hallará una mu-*

[2] Gen. 3. 15. [3] Prov. 31. 10.

jer fuerte? Lo cual es decir : ya que está dispuesto por el consejo divino que de la mano de una mujer venga la salud de todos nosotros, la restitución de la inocencia y la victoria del enemigo, es necesario que se prepare una de todos modos fuerte, que pueda ser a propósito para obra tan grande. *¿Pero quién hallará una mujer fuerte?* Y porque no se piense que preguntaba esto perdiendo la esperanza de que se encontrase, añade profetizándola: *Lejos y de los últimos términos es el precio de ella;* esto es, no es vil, ni pequeño, ni mediano ; no, en fin, de la tierra, sino del cielo ; pero ni aun del cielo próximo a la tierra es el precio de esta mujer fuerte, sino que de lo más alto del cielo viene su estimación. ¿Qué pronosticaba en otro tiempo aquella zarza de Moisés echando llamas, pero sin consumirse [4], sino a María dando a luz sin sentir dolor? ¿Qué aquella vara de Aarón [5], que floreció estando seca, sino a la misma concibiendo, pero sin obra de varón? El mayor misterio de este grande milagro le explica Isaías diciendo : *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz subirá una flor* [6], entendiendo en la vara a la Virgen y el parto de la Virgen en la flor.

6. Pero, si te parece que el decir ahora que Cristo se entiende en la flor, contradice a la sentencia que queda explicada más arriba, en que decíamos que no en la flor, sino en el fruto de la flor, se designaba, sabe que en la misma vara de Aarón (la cual no sólo floreció, sino que arrojó hojas y echó fruto) es significado Cristo, no precisamente en la flor o en el fruto, sino también en las hojas mismas. Sabe, igualmente, que fué demostrado por Moisés [7], no por el fruto de la vara ni por la flor, sino por la misma vara ; por aquella vara, sin duda, a cuyo golpe ya se divide el agua para que el pueblo pase, ya brota de la piedra para que beba. No hay, pues, inconveniente alguno en que sea figurado Cristo en diversas cosas por diferentes causas; y que en la vara se entienda su potencia, en la flor su fragancia, en el fruto la dulzura de su sabor, en las hojas también su cuidadosa protección, con que no cesa de amparar bajo la sombra de sus alas a los pequeñuelos que se refugian a él huyendo de los carnales deseos y de los impíos que los persiguen. Buena y amable sombra la que se halla bajo las alas del dulce Jesús, donde hay seguro refugio para los que se retiran allí y refrigerio saludable

[4] Ex. 3, 2. [5] Num. 17, 8. [6] Is. 11, 1. [7] Ex. 14, 16.

para los fatigados. Ten misericordia de mí, Señor Jesús; ten misericordia de mí, porque en ti confía mi alma, y en la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad. En este texto de Isaías debes entender al Hijo en la flor y a la Madre en la vara; porque la vara floreció sin renuevo, y la Virgen concibió sin obra de varón. Ni dañó al verdor de la vara la salida de la flor, ni al pudor de la Virgen el parto sagrado.

7. Traigamos de las Escrituras otros testimonios concernientes a la Virgen Madre y a su Hijo Dios. ¿Qué significa el vellocino de Gedeón [8], que, quitado de la carne, pero sin herida de la carne, es puesto en la era; y ahora la lana, después la misma era, es humedecida con el rocío, sino aquella carne tomada de la carne de la Virgen, pero sin detrimento de su virginidad? En la cual verdaderamente, destilando los cielos, se infundió toda la plenitud de la divinidad, de modo que de esta plenitud hemos recibido todos, no siendo otra cosa, sin ella, que una tierra árida. Con este hecho de Gedeón parece cuadrar bellamente el dicho del profeta: *Descenderá como lluvia sobre el vellocino* [9]. Pues por lo que se sigue: *Y como las gotas que destilan sobre la tierra,* se significa lo mismo que por la era, que se halló humedecida con el rocío. Que es decir: aquella lluvia voluntaria que destinó Dios para el pueblo, que es su heredad, primero plácidamente y sin estrépito de alguna operación humana, con aquel sosegadísimo descenso propio de ella, bajó al seno virginal; mas después fué difundida en todas las partes del mundo por la boca de los apóstoles, no ya como la lluvia en el vellocino, sino como las gotas que destilan sobre la tierra, con el estrépito de las palabras y con el sonido de los milagros. Porque se acordaron las nubes que llevaban la lluvia que, cuando fueron enviadas, se las había mandado: *Lo que os digo a vosotros en las tinieblas, decidlo en la luz; y lo que escucháis al oído, predicadlo sobre las casas* [10]. Lo cual cumplieron, pues *su sonido se extendió a toda la tierra y llegaron sus palabras hasta las extremidades del mundo* [11].

8. Oigamos también a Jeremías anunciar a los antiguos cosas nuevas, y, a quien no podía mostrar todavía presente, desear ardientemente que viniese y prometer con toda confianza que vendría. *Una cosa nueva,* dice, *ha criado Dios sobre la tierra: una mujer rodeará a un va-*

[8] Iud. 6, 37. [9] Ps. 71, 6. [10] Mt. 10, 27. [11] Ps. 18, 5.

rón [12]. ¿Quién es esta mujer y quién es este varón? O, si es varón, ¿cómo puede ser rodeado de una mujer? O, si por una mujer es rodeado, ¿cómo puede ser varón? Y, para decirlo más claramente, ¿cómo puede a un tiempo mismo ser varón y estar en el seno de la madre, pues esto es ser rodeado un varón por una mujer? Hemos conocido varones que, pasando la infancia, la edad pueril, la adolescencia y la juventud, llegaron hasta el grado próximo a la senectud. Pero el que es tan grande ya, ¿cómo podrá ser rodeado por una mujer? Si hubiera dicho: una mujer rodeará a un infante o una mujer rodeará a un párvulo, no parecería nuevo o maravilloso; mas, no poniendo ahora cosa semejante, sino llamándole varón, con razón preguntaremos: ¿Qué novedad es esta que Dios ha obrado sobre la tierra, haciendo que una mujer rodee a un varón y que el varón se estreche dentro del pequeño cuerpo de una mujer? ¿Qué prodigio es éste? *¿Puede por ventura el hombre,* como dice Nicodemo, *entrar segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?* [13]

9. Pero yo vuelvo los ojos de la consideración a la concepción y parto virginal, por si acaso entre las muchísimas cosas nuevas y maravillosas que halla allí el que con diligencia las busca, puedo encontrar esta novedad que he referido del profeta. A la verdad, allí se conoce la longitud breve, la latitud angosta, la altura abatida, la profundidad llana. Allí se conoce la luz sin resplandecer, la palabra sin hablar, el agua con sed, con hambre el pan. Verás, si atiendes, que la potencia es gobernada, la sabiduría instruída, la fortaleza sustentada. Verás, en fin, a Dios mamando y alimentando a los ángeles; llorando y consolando a los miserables. Verás, si atiendes, entristecerse la alegría, asustarse la confianza, la salud padecer, la vida morir, la fortaleza desmayar. Pero, lo que no es menos maravilloso, se ve allí a un tiempo mismo la tristeza alegrando, el susto fortaleciendo, la pasión dando salud, la muerte dando vida, el desmayo comunicando fuerza. ¿Quién no encuentra ya lo que yo buscaba? ¿No te es fácil ya reconocer entre estas cosas a una mujer que rodea a un varón, cuando ves que María abraza en su seno a aquel varón aprobado de Dios, Jesús? Mas yo llamo varón a Jesús, no sólo cuando le aclamaban *Varón profeta,*

[12] Ier. 31, 12.
[13] Io. 3, 4.

poderoso en las obras y en las palabras [14], sino también cuando la Madre de Dios ponía sus tiernos miembros en su blando regazo o le llevaba en su seno. Era, pues, Jesús varón, aun antes de nacer; pero en la sabiduría, no en la edad; en el vigor del ánimo, no en las fuerzas del cuerpo; en la madurez de los sentidos, no en la corpulencia de sus miembros. Porque no tuvo menos sabiduría, o, por decir mejor, no fué menos la sabiduría misma Jesús concebido que nacido, pequeño que grande. Así, o escondido en el seno de María, o dando vagidos en el pesebre, o, ya más grandecito, preguntando a los doctores en el templo, o, ya en edad perfecta, enseñando delante del pueblo; igualmente y sin duda alguna, estuvo lleno del Espíritu Santo. Ni hubo hora alguna, en cualquiera edad de su vida, en que de aquella plenitud, que en su concepción recibió, se disminuyese algo o se le añadiese algo; sino que desde el principio fué perfecto; desde el principio, vuelvo a decir, estuvo lleno del espíritu de sabiduría y de entendimiento, del espíritu de consejo y de fortaleza, del espíritu de ciencia y de piedad y del espíritu del temor del Señor [15].

10. Ni te haga fuerza lo que lees de El en otro lugar: *Jesús adelantaba en sabiduría, en edad y gracia, delante de Dios y de los hombres* [16]; porque lo que aquí se dice de la sabiduría y de la gracia, se ha de entender, no según lo que en sí mismo era, sino según lo que aparecía; no porque se le aumentase cosa nueva que antes no tuviese, sino porque parecía que se le aumentaba en el tiempo, pues quería el Señor que pareciese así. Tú, hombre, cuando creces, no creces cuanto ni cuando quieres; sino que, sin saberlo tú, se aumenta tu estatura y se dispone tu vida. Mas el niño Jesús, que dispone tu vida, disponía también la suya; y cuando quería, y a quienes quería, parecía sabio; cuando y a quienes quería, más sabio; cuando y a quienes quería, sapientísimo; aunque en sí mismo nunca fué sino sapientísimo. Igualmente también, aunque siempre estuvo lleno de toda gracia, así de la que debía tener delante de Dios, como delante de los hombres, con todo eso, a su arbitrio, la mostraba ahora más, ahora menos, según que El sabía que convenía a los méritos o a la salud de los que lo miraban. Se hace claro, pues, que Jesús tuvo

[14] Lc. 24, 19.
[15] Is. 11, 2.
[16] Lc. 2, 51.

siempre un ánimo varonil, aunque no pareció siempre varón en el cuerpo. En fin, ¿cómo dudaré yo que fuese va varón en el seno, cuando no dudo que también era Dios allí? Menos es ser varón que ser Dios.

11. Pero mira si no explica clarísimamente también esta novedad de Jeremías el profeta Isaías, el cual igualmente nos expuso las flores nuevas de Aarón, de que hablamos más arriba. *Mira,* dice, *que una virgen concebirá y dará a luz un hijo*[17]. Ea, ya tienes la mujer, que es la Virgen. ¿Quieres oír también quién es el varón? *Y será llamado,* añade, *Manuel,* esto es, *Dios con nosotros.* Así, la mujer que circunda al varón es la Virgen, que concibe a Dios. ¿Ves qué bella y concordemente cuadran entre sí los hechos maravillosos de los santos y sus misteriosos dichos? ¿Ves qué estupendo es este solo milagro hecho con la Virgen y en la Virgen, a que precedieron tantos prodigios y que prometieron tantos oráculos? Sin duda era uno solo el espíritu de los profetas y, aunque en diversas maneras, signos y tiempos, y, siendo ellos diversos también, pero no con diverso espíritu, previeron y predijeron una misma cosa. Lo que se mostró a Moisés en la zarza y en el fuego, a Aarón en la vara y en la flor, a Gedeón en el vellocino y el rocío, eso mismo abiertamente predijo Salomón en la mujer fuerte y en su precio; con más expresión lo cantó anticipadamente Jeremías de una mujer y de un varón; clarísimamente lo anunció Isaías de una virgen y de Dios; en fin, eso mismo lo mostró San Gabriel en la Virgen saludándola; porque esta misma es de quien dice el evangelista ahora: *Fué enviado el ángel Gabriel a una virgen desposada.*

12. *A una virgen desposada,* dice. ¿Por qué fué desposada? Siendo ella, digo, elegida virgen y, como se ha demostrado, virgen que había de concebir, y virgen que había de dar a luz siendo virgen, causa admiración que fuese desposada. ¿Habrá por ventura quien diga que esto sucedería casualmente? No se hizo casualmente cuando, para hacerse así, se halla causa muy razonable, causa muy útil y necesaria y digna enteramente del consejo divino. Diré lo que a mí me ha parecido o, por mejor decir, lo que antes de mí ha parecido a los Padres. La causa para que se desposase María fué la misma que hubo para permitir que dudase Tomás. Era costumbre de los judíos que desde

[17] Is. 7, 14.

el día del desposorio hasta el tiempo de las bodas fuesen entregadas las esposas a sus esposos para ser guardadas, a fin de que con tanta mayor diligencia guardasen su honestidad cuanto ellos eran más fieles para sí mismos. Así, pues, como Tomás, dudando y palpando, se hizo constantísimo confesor de la resurrección del Señor, así también José, desposándose con María y comprobando él mismo su honestísima conducta en el tiempo de su custodia con más diligencia, se hizo fidelísimo testigo de su pureza. Bella congruencia de ambas cosas, esto es, de la duda en Tomás y del desposorio en María. Podía el enemigo ponernos un lazo a nosotros para que cayésemos en el error, dudando de la verdad de la fe en Tomás y de la castidad en María, reduciéndose de esta suerte la verdad a sospechas; pero, con prudente y piadoso consejo de Dios, sucedió, por el contrario, que por donde se temía la sospecha, se hizo más firme y más cierta la verdad de nuestra fe. Porque acerca de la resurrección del Hijo, más presto sin duda, yo, que soy débil, creeré a Tomás, que duda y palpa, que a Cefas, que lo oye y luego lo cree; y sobre la continencia de María, más fácilmente creeré a su esposo, que la guarda y experimenta, que creería aún a la misma Virgen si se defendiese con sola su conciencia. Dime, te ruego, ¿quién viéndola embarazada, sin estar desposada, no diría más bien que era mujer corrupta que virgen? No era decente que se dijese esto de la Madre del Señor; era más tolerable y honesto que por algún tiempo se pensase que Cristo había nacido de matrimonio que no de fornicación.

13. ¿Pero no podía, dirás, hacer Dios un patente prodigio con que se consiguiese que ni se infamase su nacimiento, ni fuese acusada su madre? Seguramente podía; pero no podía estar oculto a los demonios lo que supiesen los hombres; y convenía que el misterio del consejo divino estuviese algún tiempo encubierto al príncipe del mundo[18]; no porque Dios, si quisiera hacer esta obra descubiertamente, temiese ser impedido por él, sino porque el

[18] Esta opinión de San Bernardo, que expresó por primera vez San Ignacio en su Epístola a los Efesios, y abrazaron, después de él, Orígenes, San Basilio, San Ambrosio y San Jerónimo, nos sorprende por su ingenuidad. El demonio, por su perspicacia natural e inteligencia angélica, que ve las acciones más ocultas de los hombres, no pudo menos de conocer la virginidad de María y su concepción milagrosa.

mismo Señor, que no sólo poderosa, sino sabiamente también, hizo todas las cosas que quiso, así como en todas las demás obras suyas acostumbró guardar ciertas congruencias de las cosas o de los tiempos por la hermosura del orden, así igualmente en la magnífica obra de nuestra redención, no sólo quiso mostrar su poder, sino también su prudencia. Y aunque hubiera podido perfeccionarla del modo que hubiera querido, le agradó más reconciliar consigo al hombre por el modo mismo y orden con que sabía que había caído; para que así como el diablo engañó a la mujer primero, y después por la mujer venció al hombre, así también fuese primeramente engañado por una mujer virgen, y después abiertamente vencido por un hombre, que es Cristo; siguiéndose de esto que, burlando el arte de la divina piedad los ardides de la malicia y quebrantando la fortaleza de Cristo las fuerzas del maligno, se viese ser Dios más prudente y más fuerte que el diablo. Fué muy decoroso que la Sabiduría encarnada triunfase de esta suerte de la malicia espiritual, verificándose así que no sólo alcanza desde una extremidad hasta otra fuertemente, sino que también dispone suavemente todas las cosas. Llega de una extremidad a la otra extremidad, esto es, desde el cielo hasta el infierno. *Si subiere al cielo*, dice, *allí te hallas; si bajare al infierno, estás allí*[19]. Pero en ambas partes fuertemente, pues no sólo expelió de las alturas al soberbio, sino que en los infiernos despojó al avaro. Convenía, pues, que dispusiese con suavidad todas las cosas del cielo y de la tierra, a fin de que, arrojando de allí al inquieto, asegurase a los demás en la paz y, habiendo de vencer aquí al envidioso, nos dejase primero a nosotros el necesarísimo ejemplo de su humildad y mansedumbre; y así, por este orden maravilloso de su sabiduría, se mostrase para los suyos suave y para los enemigos fuerte. Porque ¿qué nos serviría que el diablo fuese vencido por Cristo, si nosotros permaneciésemos soberbios? Así, no hay duda en que intervinieron causas muy importantes para que María fuese desposada con José, puesto que por este medio se esconde lo santo a los perros y se comprueba la virginidad de María por su esposo; igualmente se preserva a la Virgen del sonrojo y se provee a la integridad de su fama. ¿Qué cosa más llena de sabiduría, qué cosa más digna de la providencia divina? Con sólo este arbitrio,

[19] Ps. 138, 8.

se admite un fiel testigo a los secretos del cielo y se excluye de ellos al enemigo y se conserva ilesa la fama de la Virgen Madre. De otra suerte, ¿cuándo hubiera perdonado el justo a una adúltera? Pero está escrito: *Mas José, su esposo, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla ocultamente*[20]. ¡Qué bien dicho, siendo justo y no queriendo delatarla! Porque así como de ningún modo hubiera sido justo si la hubiera consentido conociéndola culpada, igualmente no sería justo si la hubiera delatado conociéndola inocente. Como fuese, pues, justo y no quisiese delatarla, quiso dejarla ocultamente.

14. ¿Por qué quiso dejarla? Oye también en esto no mi sentencia propia, sino la de los Padres. Por el mismo motivo quería José dejar a María, por el que San Pedro también apartaba de sí al Señor, diciéndole: *Apártate de mí, Señor, porque yo soy un pecador*[21]; y por la causa misma porque el centurión no quería que entrase el Señor en su casa diciendo: *Señor, yo no soy digno de que entres bajo de mi techo*[22]. Así, José, teniéndose por indigno y pecador, decía dentro de sí mismo que no debía concedérsele ya en adelante la familiar compañía con tal y tan grande criatura, cuya admirable dignidad miraba sobre sí con asombro. Miraba y se llenaba de pavor a la vista de quien llevaba en sí misma una ciertísima divisa de la presencia divina; y, porque no podía penetrar el misterio, quería dejarla. Miró Pedro con pavor la grandeza del poder de Cristo, miró con pavor el centurión la majestad de su presencia. Fué poseído también José, como hombre, de un asombro sagrado a la novedad de tan grande milagro, a la profundidad de tan grande misterio, y por eso quiso dejarla ocultamente. ¿Te maravillas de que José se juzgase indigno de la compañía de María, cuando llevaba ya en sus virginales entrañas el Hijo de Dios, oyendo tú que Santa Isabel no podía sostener su presencia sin temor y respeto, pues prorrumpe en estas voces: *¿De dónde a mí esta dicha, que la Madre de mi Señor venga a mí?*[23] Este fué el motivo porque José quería dejarla. Pero ¿por qué ocultamente y no a las claras? Porque no se inquiriese la causa del divorcio y se pidiese la razón que había para él. Porque ¿qué respondería este varón justo a un pueblo de dura cerviz, a un pueblo que no creía, sino que contradecía? Si decía lo que sentía y lo que había comprobado

[20] Mt. 1, 19. [21] Lc. 5, 8. [22] Mt. 8, 8. [23] Lc. 1, 43.

él mismo en orden a su pureza, ¿no se burlarían al punto de él los incrédulos y crueles judíos y a ella no la apedrearían? ¿Cuándo creerían a la verdad enmudecida en el seno, si después la despreciaron clamando en el templo? ¿Qué harían con quien todavía no aparecía los que pusieron en El sus impías manos cuando resplandecía con milagros? Con razón, pues, este varón justo, por no verse obligado o a mentir o a infamar a una inocente, quiso ocultamente dejarla.

15. Mas si alguno siente de diferente modo, y porfía en que José, como hombre, dudó; y, como era justo, no quería habitar con ella por la sospecha, no queriendo, sin embargo, tampoco (como era piadoso) descubrir sus recelos, y que por esto quiso dejarla ocultamente; brevemente respondo que aun así fué muy necesaria y provechosa la duda de José, pues mereció ser aclarada por el oráculo divino. Porque así se halla escrito: *Pensando él en esto,* es decir, en dejarla ocultamente, *se le apareció un ángel en sueños, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María por consorte tuya, pues lo que en sus entrañas está es del Espíritu Santo*[24]. Así, por estas razones, fué desposada María con José o, como dice el evangelista, *con un varón cuyo nombre era José*[25]. Varón le llama, no porque fuese marido, sino porque era hombre de virtud. O mejor, porque, según otro evangelista, fué llamado, no varón absolutamente, sino varón de María, con razón se apellida como fué necesario reputarle. Debió, pues, llamarse varón suyo, porque fué necesario reputarle tal; así como también mereció no serlo a la verdad, sino llamarse padre de Dios; de modo que se pensó que lo era, por lo que dice este mismo evangelista: *Tenía Jesús, al comenzar su ministerio, unos treinta años, y le reputaban hijo de José*[26]. Ni fué, pues, varón de la madre ni padre del hijo, aunque (como se ha dicho), por una necesaria razón de obrar y permisión en Dios, fué llamado y reputado por algún tiempo lo uno y lo otro.

16. Pero conjetura tú por este título, con el cual, aunque por una graciosa razón de obrar y permisión divina, mereció ser honrado, llamándose y creyéndose algún tiempo padre de Dios; conjetura también por su nombre pro-

[24] Mt. 1, 20.
[25] Lc. 1, 27.
[26] Lc. 3, 23.

pio (que sin duda significa aumento) qué hombre tan grande y de cuánta virtud era este José. Acuérdate al mismo tiempo de aquel grande patriarca, vendido en otro tiempo en Egipto, y reconocerás que éste no sólo tuvo su mismo nombre, sino su castidad, su inocencia y su gracia. Aquel José [27], vendido por la envidia de sus hermanos y llevado a Egipto, prefiguró la venta de Cristo; este José, huyendo de la envidia de Herodes, llevó a Cristo a la tierra de Egipto [28]. Aquél, guardando lealtad a su señor, no quiso consentir al mal intento de su señora [29]; éste, reconociendo virgen a su Señora, Madre de su Señor, la guardó fidelísimamente, conservándose él mismo en toda castidad. A aquél le fué dada la inteligencia de los misterios de los sueños; éste mereció ser sabedor y participante de los misterios soberanos. Aquél reservó el trigo no para sí, sino para el pueblo; éste recibió el pan vivo del cielo para guardarle para sí y para todo el mundo. Sin duda, este José con quien se desposó la Madre del Salvador fué hombre bueno y fiel. Siervo fiel y prudente, repito, a quien constituyó Dios consuelo de su Madre, proveedor del sustento de su cuerpo; finalmente, a él solo sobre la tierra, coadjutor fidelísimo del gran consejo. Llégase a esto el referirse también que era de la casa de David. Verdaderamente de la casa de David, verdaderamente de sangre real desciende este José, noble en linaje y más noble en el ánimo. Verdaderamente hijo de David, pues no degenera de David, su padre. Enteramente, vuelvo a decir, hijo de David, no sólo por la sangre, sino por la fe, por la santidad, por la devoción; a quien halló Dios, como a otro David, según su corazón, para encomendarle con seguridad el secretísimo y sacratísimo arcano de su corazón; a quien, como a otro David, manifestó los secretos y misterios de su sabiduría y le dió el conocimiento de aquel misterio, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; a quien, en fin, se concedió no sólo ver y oír al que muchos reyes y profetas, queriéndole ver, no le vieron y queriéndole oír no le oyeron, no sólo verle y oírle, sino tenerle en sus brazos, llevarle de la mano, abrazarle, besarle, alimentarle y guardarle. Mas no precisamente de José, sino de María también se debe creer que descendía de la casa de David. Porque no se hubiera podido desposar con un varón de la casa de David si ella misma no fuera de la casa de David

[27] Gen. 37, 27. [28] Mt. 2, 14. [29] Gen. 39, 12.

también. Ambos, pues, eran de la casa de David ; pero en María se cumplió aquella verdad que Dios había jurado a David, siendo José solamente sabedor y testigo del cumplimiento de la divina promesa.

17. Al fin del verso dice el evangelista: *Y el nombre de la virgen era María.* Digamos también, acerca de este nombre, que significa estrella de la mar, y se adapta a la Virgen Madre con la mayor proporción. Se compara María oportunísimamente a la estrella ; porque, así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí misma, así, sin lesión suya, dió a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad. Ella, pues, es aquella noble estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; y, alumbrando también a la tierra y calentando más bien los corazones que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Esta misma, repito, es la esclarecida y singular estrella, elevada por necesarias causas sobre este mar grande y espacioso, brillando en méritos, ilustrando en ejemplos. ¡Oh!, cualquiera que seas el que en la impetuosa carriente de este siglo te miras, mas antes fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si eres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición, si de la emulación, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, o la avaricia, o el deleite carnal impele violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón ; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer ; no te fatigarás, si es tu guía;

llegarás felizmente al puerto, si ella te ampara; y así, en ti mismo experimentarás con cuánta razón se dijo: *Y el nombre de la virgen era María.* Pero ya debemos pausar un poco, no sea que miremos sólo de paso la claridad de tanta luz. Pues, por usar de las palabras del evangelista: *Bueno es que nos detengamos aquí*[30]; y da gusto contemplar dulcemente en el silencio lo que no basta a explicar la pluma laboriosa. Entre tanto, por la devota contemplación de esta brillante estrella recobrará más fervor la exposición en lo que se sigue.

3

*1 Me agrada usar de las palabras de los santos siempre que oportunamente se pueden adaptar a los asuntos que trato, para que así se hagan más gratas, a lo menos por la belleza de los vasos, las cosas que en mis discursos presento al lector. Pero, por comenzar ahora con las expresiones del profeta, ¡ay de mí![1], no a la verdad al modo del profeta, porque callé, sino porque he hablado, pues mis labios son impuros. ¡Ay! ¡Cuántas cosas vanas, cuántas cosas falsas, cuántas cosas torpes me acuerdo haber vomitado por esta misma asquerosísima boca mía, en que ahora presumo tratar palabras celestiales! Mucho temo que esté cerca aquel momento en que haya de oír que me dicen: *¿Cómo cuentas tú mis justicias y tomas mi testamento en tu boca?*[2] Ojalá que a mí también me trajeran del soberano altar, no una sola ascua, sino un globo grande de fuego que consumiese enteramente la mucha e inveterada inmundicia de mi sucia boca, a fin de hacerme digno de repetir con mi expresión, tal cual ella sea, los gratos y castos coloquios del ángel con la Virgen y la respuesta de la Virgen al ángel. Dice, pues, el evangelista: *Y habiendo entrado el ángel a ella,* sin duda a María, la dijo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* ¿Adónde entró a ella? Juzgo que al secreto de su casto aposento, en donde quizá, cerrada la puerta sobre sí, estaba en lo oculto orando al Padre. Suelen los ángeles estar presentes a los que oran y deleitarse en los que ven levantar sus puras manos en la oración; se alegran de ofrecer a Dios el holocausto de la devoción santa como incienso agradable al

[30] Mt. 17, 4. * PL 183, 71. [1] Is. 6, 5. [2] Ps. 49, 16.

cielo. Cuánto habían agradado las oraciones de María en la presencia del Altísimo, lo indica el ángel saludándola con tanta reverencia. Ni fué dificultoso al ángel penetrar en el secreto aposento de la Virgen, pues por la sutileza de su substancia tiene la natural propiedad de que ni las cerraduras de hierro le pueden estorbar la entrada a cualquiera parte que su ímpetu le lleve. No resisten a los angélicos espíritus las paredes, sino que les ceden todas las cosas visibles; y todos los cuerpos, por más sólidos o densos que sean, están francos y penetrables para ellos. No se debe, pues, sospechar que encontrase el ángel abierta la puertecita de la Virgen, cuyo propósito era evitar la concurrencia de los hombres y huir de sus conversaciones; para que así, o no fuese perturbado el silencio de su oración, o no fuese tentada su castidad, de que hacía profesión. Por tanto había cerrado sobre sí su habitación en aquella hora la Virgen prudentísima, pero a los hombres, no a los ángeles; por consiguiente, aunque pudo entrar el ángel donde estaba, pero a ninguno de los hombres era la entrada fácil.

2. Habiendo, pues, entrado el ángel a María, la dijo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* Leemos en los Actos de los Apóstoles[3] que San Esteban estuvo lleno de gracia y que los apóstoles también estuvieron llenos del Espíritu Santo; pero muy diferentemente que María; porque, a más de otras razones, ni en aquél habitó la plenitud de la divinidad corporalmente, como habitó en María, ni éstos concibieron del Espíritu Santo, como María. *Dios te salve,* dice, *llena de gracia, el Señor es contigo.* ¿Qué mucho estuviera llena de gracia, si el Señor estaba con ella? Lo que más se debe admirar es cómo el mismo que había enviado el ángel a la Virgen fué hallado con la Virgen por el ángel. ¿Fué Dios más veloz que el ángel, de modo que con mayor ligereza se anticipó a su presuroso nuncio para llegar a la tierra? No hay que admirar, porque estando el Rey en su reposo, el nardo de la Virgen dió su olor y subió a la presencia de su gloria el perfume de su aroma y halló gracia en los ojos del Señor, clamando los circunstantes: *¿Quién es esta que sube por el desierto como una columnita de humo formada de perfumes de mirra e incienso?*[4] Y al punto el Rey, saliendo de

[3] Act. 6, 5.
[4] Cant. 3, 6.

su lugar santo, mostró el aliento de un gigante para correr el camino [5]; y, aunque fué su salida de lo más alto del cielo, volando en su ardentísimo deseo, se adelantó a su nuncio, para llegar a la Virgen, a quien había amado, a quien había escogido para sí, cuya hermosura había deseado. Al cual, mirándole venir de lejos, dándose el parabién y llenándose de gozo, le dice la Iglesia: *Mirad cómo viene éste saltando en los montes, pasando por encima de los collados* [6].

3. Mas con razón deseó el Rey la hermosura de la Virgen, pues había puesto por obra todo lo que mucho antes había sido amonestada por David, su padre, que la decía: *Escucha, hija, y mira; inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre.* Y si esto haces, *deseará el Rey tu hermosura* [7]. Oyó, pues, y vió; no como algunos, que oyendo no oyen y viendo no entienden, sino que oyó y creyó; vió y entendió. Inclinó su oído a la obediencia y su corazón a la enseñanza, y se olvidó de su pueblo y de la casa de su padre; porque ni pensó en aumentar su pueblo con la sucesión ni intentó dejar herederos a la casa de su padre, sino que todo el honor que pudiera tener en su pueblo, todo lo que pudiera tener de bienes terrenos por sus padres, lo abandonó como si fuera basura, para ganar a Cristo. Ni la engañó su pensamiento, pues logró, sin violar el propósito de su virginidad, tener a Cristo por hijo suyo. Con razón se llama *llena de gracia,* pues tuvo la gracia de la virginidad; y, a más de eso, consiguió la gloria de la fecundidad.

4. *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* No dijo el ángel: el Señor está en ti, sino: *el Señor es contigo;* porque, aunque Dios está igualmente en todas partes por su simplicísima substancia, con todo eso, está de diferente modo en las criaturas racionales que en las demás; y en aquellas mismas todavía de otra suerte en los buenos que en los malos, por su eficacia. De tal modo sin duda está en las criaturas irracionales, que no puede caber en ellas; en las racionales puede caber por el conocimiento, pero sólo halla cabida en los buenos por el amor. Así, sólo en los buenos está de tal manera, que también está con ellos por la concordia de la voluntad; porque, cuando sujetan de tal modo sus voluntades a la justicia, que no es indecente a Dios querer lo que ellos quieren, por lo mismo

[5] Ps. 18, 6. [6] Cant. 2, 8. [7] Ps. 44, 11.

que no se apartan de su voluntad, se juntan a sí mismos con especialidad a Dios. Mas, aunque de esta suerte está en todos los santos, particularmente está con María, con la cual tuvo tanta concordia, que juntó a sí mismo no sólo su voluntad, sino su misma carne también ; y de su substancia y de la de la Virgen hizo un solo Cristo o, diciendo mejor, se hizo un solo Cristo; el cual, aunque ni todo de la substancia de Dios ni todo de la substancia de la Virgen, sin embargo, todo es de Dios y todo de la Virgen ; no siendo por eso dos hijos, sino sólo un hijo de uno y de otro. Dice, pues : *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. No solamente el Señor Hijo es contigo, al cual distes tu carne, sino también el Señor Espíritu Santo, de quien concibes ; y el Señor Padre, que engendró al que tú concibes. El Padre, repito, es contigo, que hace a su Hijo tuyo también. El Hijo es contigo, quien, para obrar en ti este admirable misterio, se reserva a sí con un modo maravilloso el arcano de la generación y a ti te guarda el sello virginal. El Espíritu Santo es contigo, pues con el Padre y con el Hijo santifica tu seno. El Señor, pues, es contigo.

5. *Bendita tú eres entre las mujeres*. Quiero juntar a esto lo que añadió Santa Isabel a estas mismas palabras, diciendo: *Y bendito es el fruto de tu vientre*. No porque tú eres bendita es bendito el fruto de tu vientre, sino porque él te previno con bendiciones de dulzura, eres tú bendita. Verdaderamente es bendito el fruto de tu vientre, pues en él son benditas todas las gentes ; de cuya plenitud también recibiste tú con los demás, aunque de un modo más excelente que los demás. Por tanto, sin duda eres tú bendita, pero entre las mujeres ; mas él es bendito, no entre los hombres, no entre los ángeles precisamente, sino como quien es, según habla el Apóstol, *sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos*[8]. Suele llamarse bendito el hombre, el pan bendito, bendita la mujer, bendita la tierra y las demás cosas en las criaturas que están benditas ; pero singularmente es bendito el fruto de tu vientre, siendo él, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos.

6. *Bendito*, pues, *es el fruto de tu vientre*. Bendito en el olor, bendito en el sabor, bendito en la hermosura. La fragancia de este odorífero fruto percibía aquel que decía: *El olor que sale de mi Hijo es semejante al de un campo*

[8] Rom. 9, 6.

lleno que el Señor colmó de sus bendiciones[9]. ¿No será bendito aquel a quien colmó de sus bendiciones el Señor? Del sabor de este fruto, uno que le había gustado, eructaba de este modo, diciendo: *Gustad y ved qué suave es el Señor*[10]; y en otra parte: *¡Qué grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que has escondido y reservado para los que te temen!*[11] Y otro también: *Si es que habéis gustado que es dulce el Señor*[12]. Y el mismo fruto de sí mismo, convidándonos a sí: *El que me come,* dice, *tendrá todavía hambre; y el que me bebe, tendrá todavía sed*[13]. Sin duda decía esto por la dulzura de su sabor, que gustado excita el apetito. Buen fruto el que es comida y bebida a un tiempo para las almas que tienen hambre y sed de la justicia. Oíste ya su olor, oíste su sabor, oye también su hermosura; porque, si aquel fruto de muerte no sólo fué suave para comerse, sino también, por testimonio de la Escritura, agradable a la vista, ¿cuánto más cuidadosamente debemos informarnos de la vivificante hermosura de este fruto vital, en quien, por testimonio igualmente de la Escritura, desean mirar los ángeles mismos? Cuya belleza miraba en espíritu y deseaba ver en el cuerpo aquel que decía: *De Sión viene el esplendor de su hermosura*[14]. Y, porque no te parezca que alababa una belleza mediana solamente, acuérdate de lo que tienes escrito en otro salmo: *Tú sobrepasas en belleza a todos los hijos de los hombres; la gracia está derramada en tus labios; por eso Dios te bendijo para siempre*[15].

7. Bendito, pues, el fruto de tu vientre, al cual bendijo Dios para siempre; por cuya bendición también eres bendita tú entre las mujeres, porque no puede un árbol malo llevar un fruto bueno. Bendita tú, vuelvo a decir, entre las mujeres, pues te libraste de la general maldición en que se dijo: *En tristeza darás a luz los hijos*[16]; y no menos de aquella que se siguió: *Maldita la estéril en Israel*[17]; y conseguiste una especial bendición, por la cual ni permaneces estéril ni das a luz con dolor. ¡Dura necesidad y yugo grave que oprime a todas las hijas de Eva! Si dan a luz son atormentadas con los dolores; si no dan a luz, son maldecidas. ¿Qué harás, virgen, que oyes esto y que lees esto? Si deseas tener parto, serás afligida

---

[9] Gen. 17, 27.
[10] Ps. 33, 9.
[11] Ps. 30, 20.
[12] Petr. 2, 3.
[13] Eccli. 24, 29.
[14] Ps. 49, 2.
[15] Ps. 44, 3.
[16] Gen. 3, 16.
[17] Ex. 33, 20.

entre angustias; si permaneces estéril, serás maldecida. ¿Qué escoges, Virgen prudente? Por todas partes, dice, me cercan angustias. Sin embargo, mejor es para mí incurrir en la maldición y permanecer casta, que concebir primero por la concupiscencia lo que después justamente había de dar a luz con dolor. Por esta parte, aunque veo la maldición, pero no el pecado; mas por la otra veo el pecado y juntamente el tormento. En fin, ¿esta maldición es más que el improperio de los hombres? No por otra cosa se llama la estéril maldita, sino porque los hombres la improperarán y despreciarán como inútil e infructuosa en Israel. Pero para mí nada importa que desagrade a los hombres, como pueda presentarme a Cristo Virgen casta. ¡Oh Virgen prudente! ¡Oh Virgen devota! ¿Quién te enseñó que agradaba a Dios la virginidad? ¿Qué ley, qué rito, qué página del Viejo Testamento manda o aconseja o exhorta a vivir en la carne castamente y a tener una vida propia de los ángeles en la tierra? ¿En dónde has leído, Virgen devota, *que la sabiduría de la carne es muerte*[18]; *y no queráis contentar vuestra sensualidad satisfaciendo a sus deseos?*[19] ¿En dónde has leído de las vírgenes *que cantan un nuevo cántico que ningún otro puede cantar y que siguen al Cordero adondequiera que vaya?*[20] ¿En dónde has leído que son alabados *los que se hicieron continentes por el reino de Dios?*[21] ¿En dónde has leído: *Aunque vivimos en la carne, nuestra conducta no es carnal?*[22] Y *¿Aquel que casa a su hija, hace bien; y aquel que no la casa, hace mejor?*[23] ¿Dónde has oído: *Quisiera que todos vosotros permanecierais en el estado en que yo me hallo; y bueno es para el hombre si así permaneciere, como yo le aconsejo? En cuanto a las vírgenes*, dice, *no he recibido precepto del Señor, pero doy consejo.* Mas tú, no digo precepto, pero ni consejo, ni ejemplo tenías, sino que la interior moción de Dios te lo enseñaba todo, y su palabra viva y eficaz, haciéndose primero tu maestro que hijo tuyo, instruyó antes tu mente, que se vistió de tu carne. Haces voto, pues, de presentarte a Cristo virgen, sin saber que está reservado para ti ser Madre. Escoges ser despreciable en Israel e incurrir en la maldición de la esterilidad para agradar a aquel Señor en cuyos ojos obras

[18] Rom. 8, 6.
[19] Rom. 13, 14.
[20] Apoc. 14, 4.
[21] Mt. 19, 12.
[22] 2 Cor. 10, 3.
[23] 1 Cor. 7, 38.

lo más perfecto; y mira cómo la maldición se trueca en bendición y la esterilidad se recompensa con la fecundidad.

8. Abre, Virgen, el seno, dilata el regazo, prepara tus castas entrañas, pues va a hacer en ti cosas grandes el que es todopoderoso, en tanto grado, que en vez de la maldición de Israel te llamarán bienaventurada todas las generaciones. No tengas por sospechosa, Virgen prudentísima, la fecundidad; porque no disminuirá tu integridad. Concebirás, pero sin pecado; estarás embarazada, pero no cargada; darás a luz, pero no con tristeza; no conocerás varón y engendrarás un hijo. ¿Qué hijo? De aquel mismo serás Madre de quien Dios es Padre. El hijo de la caridad paterna será la corona de tu castidad; la sabiduría del corazón del Padre será el fruto de tu virgíneo seno; a Dios, en fin, darás a luz y concebirás de Dios. Ten, pues, ánimo, Virgen fecunda, madre intacta, porque no serás maldecida jamás en Israel ni contada entre las estériles. Y si con todo eso el Israel carnal te maldice, no porque te mire estéril, sino porque sienta que seas fecunda; acuérdate que Cristo también sufrió la maldición; el mismo que a ti, que eres su madre, bendijo en los cielos; pero aun en la tierra igualmente eres bendecida por el ángel, y por todas las generaciones de la tierra eres llamada, con razón, bienaventurada. Bendita, pues, eres tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

9. *La cual, habiendo oído tales palabras, se turbó y estaba entre sí pensando en la salutación.* Suelen las vírgenes que verdaderamente aman la virginidad estar siempre temerosas y nunca seguras; y para precaverse de lo que en realidad es temible, suelen temer aun en aquello que no tiene riesgo, considerando que llevan un tesoro precioso en un vaso de barro y que es muy arduo vivir como los ángeles entre los hombres, conducirse en la tierra al tenor de los que habitan en el cielo y guardar en el cuerpo frágil la pureza del celibato. Por consiguiente, al ver una cosa nueva o repentina, sospechan asechanzas y piensan que todo se maquina contra ellas. Por eso María se turbó a las palabras del ángel; turbóse, mas no se perturbó. *Me turbé,* dice el profeta, *y no hablé,* sino que *medité los días antiguos y tuve en mi pensamiento los años eternos*[24]. A este modo María se turbó y no habló, sino que

[24] Ps. 76, 5.

pensaba entre sí qué salutación sería ésta. Haberse turbado fué pudor virginal; no haberse perturbado, fortaleza; haber callado y pensado, prudencia. *Estaba entre sí pensando en la salutación.* Sabía esta Virgen prudente que muchas veces Satanás se transforma en ángel de luz; y, porque era humilde y sencilla, no esperaba cosa semejante de un ángel santo; y por eso pensaba entre sí qué salutación sería ésta.

10. Entonces el ángel, mirando a la Virgen y advirtiendo facilísimamente que revolvía en su corazón pensamientos varios, la consuela en sus temores, la ilustra y fortalece en sus dudas, y llamándola familiarmente por su propio nombre, blanda y benignamente la persuade que no tema: *No temas*, dice, *María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios.* Nada hay aquí de dolo, nada de engaño, no sospeches fraude, no receles alguna asechanza: no soy hombre, soy espíritu y ángel de Dios, no de Satanás. *No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios.* ¡Oh, si supieras cuánto agrada a Dios tu humildad y cuánta es tu privanza con El! ¡No te juzgarías indigna de que te saludase y obsequiase un ángel! ¿Por qué has de pensar que te es indebida la gracia de los ángeles, cuando has hallado gracia en los ojos de Dios? Hallaste lo que buscabas, hallaste lo que antes de ti ninguno pudo hallar, hallaste gracia en los ojos de Dios. ¿Qué gracia? La paz de Dios y de los hombres, la destrucción de la muerte, la reparación de la vida. Esta es la gracia que hallaste en los ojos de Dios. Y ésta es la señal que te dan para que te persuadas que has hallado todo esto: *Sabe que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús.* Entiende, Virgen prudente, por el nombre del hijo que te prometen, cuán grande y qué especial gracia has hallado en los ojos de Dios. *Y le llamarás Jesús.* La razón y significado de este nombre se halla en otro evangelista, interpretándole el ángel así: *Porque El salvará a su pueblo de sus pecados* [25].

11. De dos leo que precedieron con el nombre de Jesús en figura de este de quien ahora tratamos; y ambos mandaron a los pueblos; de los cuales el uno sacó a su pueblo de Babilonia y el otro introdujo al suyo en la tierra de promisión. Y estos mismos sin duda defendieron de sus enemigos a los pueblos que gobernaban; pero, ¿por ven-

[25] Mt. 1, 21.

tura les salvaron de sus pecados? Mas este nuestro Jesús salva a su pueblo de sus pecados y le introduce en la tierra de los vivientes. *Porque El salvará a su pueblo de sus pecados.* ¿Quién es éste, que también perdona los pecados? Ojalá que también se digne el Señor Jesús contarme a mí pecador en su pueblo para salvarme de mis pecados. Dichoso verdaderamente el pueblo de quien es su Dios este Señor Jesús, pues El salvará a su pueblo de sus pecados. Pero recelo que muchos profesen ser de su pueblo, y que, sin embargo, El no los tenga por pueblo suyo; recelo que a muchos que parecen ser los más religiosos entre su pueblo, diga El mismo alguna vez: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*[26]. Sabe el Señor Jesús los que son suyos, sabe los que escogió desde el principio. *¿Por qué me llamáis,* dice, *Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo?*[27] ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo, o, más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que te manda Jesús y te computará en su pueblo. Haz lo que manda en el Evangelio el Señor Jesús, lo que manda en la ley, lo que manda por los profetas, lo que manda por sus ministros que tiene en la Iglesia; obedece a tus prelados, que son vicarios suyos, no sólo a los buenos y modestos, sino a los que son ásperos y duros; aprende del mismo Jesús a ser manso y humilde de corazón; y serás de aquel verdadero pueblo suyo que El escogió por su heredad; serás de aquel estimable pueblo suyo a quien el Señor de los ejércitos bendijo diciendo: *Tú eres obra de mis manos, y mi heredad, Israel*[28]; de quien, para que acaso no sigas al Israel carnal, asegura con su testimonio: *Un pueblo que yo no había conocido se ha sujetado a mí; me ha obedecido al punto que oyó mi voz*[29].

12. Pero oigamos lo que siente el mismo ángel de aquel a quien pone tal nombre aun antes de ser concebido. Dice, pues: *Este será grande y será llamado hijo del Altísimo*[30]. Con razón se dice que será grande el que merecerá ser llamado hijo del Altísimo. ¿Por ventura no es grande aquel *cuya grandeza no tiene fin? ¿Y quién es tan grande,* dice, *como nuestro Dios?*[31] Grande es enteramente el que es tan grande como el Altísimo, pues él también es Altísimo. No juzgará el hijo del Altísimo que es una usurpación en él ser igual al Altísimo[32]. Con razón dire-

[26] Mt. 15, 8. [28] Is. 19, 25. [30] Lc. 1, 32. [32] Phil. 2, 6.
[27] Lc. 6, 46. [29] Ps. 17, 45. [31] Ps. 112, 5.

mos que lo debía juzgar usurpación y robo en sí mismo aquel que, habiendo sido formado ángel de la nada, comparándose, lleno de soberbia, a su Hacedor, pretendía robar lo que es propio del Hijo de Dios; el cual, sin duda, según su forma y naturaleza divina, no fué hecho, sino engendrado de Dios. Pues Dios Padre Altísimo, aunque es omnipotente, no pudo, con todo eso, o hacer una criatura igual a sí mismo o engendrar un hijo que fuese desigual. Así hizo grande al ángel, pero no tanto como es El; y, por consiguiente, no le hizo altísimo. Solamente ni lo reputa usurpación ni lo tiene por injuria que el Unigénito, a quien no hizo, sino que engendró omnipotente, siendo El omnipotente; altísimo, siendo El altísimo; coeterno, siendo El eterno, se compare en todo a El mismo. Con razón, pues, será éste grande, pues será llamado hijo del Altísimo.

13. Pero ¿por qué dice que *será,* y no dice más bien que es grande el que, siempre igualmente grande, no tiene adonde crecer, ni después de su concepción ha de ser mayor que sea o haya sido antes? ¿Acaso se dice que *será,* porque El mismo, que era Dios grande, ha de ser grande hombre? Bien se dice, pues: *Este será grande.* Grande hombre, grande doctor, grande profeta. De El se dice en el Evangelio: *Un profeta grande ha parecido en medio de nosotros*[33]; y por otro profeta menor que él es prometido igualmente como un profeta grande que había de venir: *Mira,* dice, *que vendrá un profeta grande y él mismo renovará a Jerusalén.* Y tú a la verdad, ¡oh Virgen!, darás a luz un párvulo, criarás un párvulo, darás de mamar a un párvulo; pero al verle párvulo, contémplale grande. Será grande, porque el Señor le engrandecerá delante de los reyes, de modo que todos los reyes le adorarán, todas las gentes le servirán. Engrandezca, pues, tu alma también al Señor, porque *será grande y será llamado hijo del Altísimo.* Grande será y hará cosas grandes el que es poderoso y su nombre santo. ¿Qué nombre más santo que llamarse hijo del Altísimo? Sea también engrandecido por nosotros, que somos párvulos, el Señor grande, que, por hacernos grandes, se hizo párvulo. *Un párvulo,* dice el profeta, *nació para nosotros y un párvulo nos han dado*[34]. Para nosotros, repito, no para sí; pues, nacido de su Eter-

[33] Lc. 7, 16.
[34] Is. 9, 6.

no Padre más noblemente antes de los tiempos, no necesitaba nacer de una Madre en el tiempo. No para los ángeles tampoco, que poseyéndole grande no le solicitaban párvulo. Para nosotros, pues, nació, a nosotros nos le han dado, porque para nosotros era necesario.

14. Empleemos ya al que nació para nosotros y fué dado a nosotros en lo que es el fin por que nació y nos fué dado. Usemos del que es nuestro en utilidad nuestra, saquemos del Salvador la salud. He ahí que el párvulo está puesto en medio de nosotros. ¡Oh párvulo deseado de los párvulos! ¡Oh verdaderamente párvulo, pero en la malicia, no en la sabiduría! Procuremos hacernos como este párvulo, aprendamos de El a ser mansos y humildes de corazón; no sea que el grande Dios se haya hecho sin fruto hombre pequeño, no sea que en balde haya muerto, no sea que inútilmente haya sido crucificado por nosotros. Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, apreciemos su amor, tomemos parte en sus penas, lavémonos en su sangre. Ofrezcámosle a El mismo como víctima por nuestros pecados, pues para esto nació y nos fué dado a nosotros. Ofrezcámosle a los ojos de su Padre, ofrezcámosle a los suyos mismos, porque el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que por nosotros le entregó; y el mismo Hijo se abatió hasta tal extremo, que tomó la forma de esclavo. El mismo entregó su vida a la muerte y fué puesto en el número de los malhechores; y El mismo llevó sobre sí los pecados de muchos y oró por los violadores de la ley para que no pereciesen. No pueden perecer aquellos por quienes el Hijo ruega que no perezcan, por quienes el Padre entregó su Hijo a la muerte para que vivan. Debemos esperar el perdón de ambos igualmente; en los cuales es igual la misericordia en su piedad, igual en la voluntad el poder; una misma substancia en la deidad; en la cual, juntamente con el Espíritu Santo, vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

4

*1. No hay duda que cuanto proferimos en las alabanzas de la Virgen Madre pertenece al Hijo; y que igualmente cuando honramos al Hijo no nos apartamos de la gloria de la Madre. Porque si, como dice Salomón:

* PL 183, 78.

El Hijo sabio es gloria del Padre[1], ¿cuánta mayor gloria será ser Madre de la misma Sabiduría? ¿Pero qué intento yo en las alabanzas de aquella Señora a quien publican digna de alabanza los profetas, lo expresa el ángel, lo declara el Evangelio? Yo, pues, no la alabo, porque no me atrevo, sino que repito con devoción lo que ya explicó por la boca del evangelista el Espíritu Santo. Prosigue, pues, y dice: *Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre*. Son palabras del ángel a la Virgen sobre el Hijo prometido, asegurando que ha de poseer el reino de David. Que de la prosapia de David trajese su origen el Señor Jesús, nadie lo duda. Pero yo deseo saber cómo le dió el Señor el trono de su padre David, no habiendo reinado en Jerusalén, sino que, antes bien, queriéndole hacer Rey las turbas, no lo consintió, y aun delante de Pilatos protestó diciendo: *Mi reino no es de este mundo*[2]. En fin, ¿qué cosa grande se promete para quien se sienta sobre los querubines, para quien vió el profeta[3] sentado sobre un excelso y elevado solio, en que haya de sentarse en el trono de David, su padre? Pero sabemos que hay otra Jerusalén significada por ésta, en que reinó David, y que es aquélla mucho más noble y rica. Esa misma, pues, juzgo se entiende aquí según el frecuente modo de hablar de la Escritura, en que se pone muchas veces lo que significa por el significado. A la verdad, le dió Dios el trono de David su padre cuando *le constituyó Rey sobre Sión, su monte santo*[4]. Y aquí el profeta parece haber explicado más claramente de qué reino habla, porque no dice en Sión, sino sobre Sión. Por eso quizá dice *sobre*, porque ciertamente en Sión reinó David, pero está sobre Sión el reino aquel de quien se dijo a David: *Del fruto de tu vientre pondrá sobre tu silla*[5]; de quien se dijo también por otro profeta: *Sobre el solio de David y sobre su reino se sentará*[6]. ¿No ves cómo en todas partes hallas *sobre? Sobre Sión, sobre la silla, sobre el solio, sobre el reino*. Le dará, pues, el Señor Dios el trono de su padre David; no el figurativo, sino el verdadero; no el temporal, sino el eterno; no el terreno, sino el celestial. El cual por eso (como se ha explicado) se dice haber sido de David, porque este en que él reinó temporalmente era imagen del eterno.

---

[1] Prov. 10. 1.
[2] Io. 18. 36.
[3] Is. 4. 1.
[4] Ps. 2. 6.
[5] Ps. 131. 11.
[6] Is. 9. 7.

2. *Y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*[7]. Si aquí igualmente entendiéramos la casa temporal de Jacob, ¿cómo, no siendo eterna, había de reinar en ella eternamente? Se ha de buscar, pues, una casa eterna de Jacob, en que reine eternamente aquel Señor cuyo reino no tendrá fin. Ultimamente, ¿acaso aquella provocadora casa de Jacob no le negó impíamente y le desechó neciamente delante de Pilatos, cuando diciendo él: *¿Yo he de crucificar a vuestro Rey?*, respondió gritando a una voz: *No tenemos más Rey que al César*[8]. Busca, pues, al Apóstol y te distinguirá al que es judío en lo oculto de aquel que lo es en lo manifiesto; y la circuncisión, que es según el espíritu, de aquella que se hace según la carne; al Israel espiritual del carnal, a los hijos de la fe de Abraham, de los hijos de su carne. *No todos los que son de Israel*[9], dice, *son israelitas, ni todos los que son de la sangre de Abraham son hijos suyos*. Pues prosigue tú también y di: igualmente no todos los que descienden de Jacob son de la casa de Jacob, puesto que Jacob es lo mismo que Israel. Reputa tú en la casa de Jacob sólo a aquellos que se encuentran perfectos en la casa de Jacob; o, más bien, sabe desde luego que estos mismos son la casa espiritual y eterna de Jacob, en que el Señor Jesús reinará para siempre. ¿Quién de nosotros es el que, según la interpretación del nombre de Jacob, hace caer con industria de su corazón al diablo y lucha contra sus vicios y deseos malos para que no reine el pecado en su cuerpo mortal, sino Jesús en él, ahora por la gracia y después eternamente por la gloria? Dichosos aquellos en quienes Jesús reine eternamente, porque ellos también reinarán con él, y su reino no tendrá fin. ¡Oh, qué dichoso es aquel reino en que se congregaron los reyes, concurrieron a una misma cosa, a alabar sin duda y glorificar al que es sobre todos Rey de los reyes y Señor de los señores, cuyo resplandeciente rostro contemplarán los justos, y brillarán como el sol en el reino de su Padre! ¡Oh si de mí, pecador, se acordara también Jesús, según la bondad que se ha dignado mostrar a su pueblo, cuando haya de venir a su reino! ¡Oh si en aquel día, en que ha de entregar el reino a Dios y al Padre, quisiera visitarme con su asistencia saludable, para verle yo colmado de los bienes de sus escogidos, para gozarme yo en la alegría, que es propia de su pueblo, y que esta misma mi-

[7] Lc. 1, 32. [8] Io. 19, 15. [9] Rom. 2, 28.

sericordia fuera eterna materia para darle alabanzas en compañía de su heredad! Ven entre tanto, Señor Jesús, y quita los escándalos de tu reino, que es mi alma, para que reines (como es razón) en ella. Porque viene la avaricia, y quiere asentar en mí su trono; la jactancia quiere dominarme, la soberbia quiere ser mi rey, la lujuria dice: Yo he de reinar; la detracción, la ira, la envidia combaten en mí mismo, sobre mí mismo, disputando entre sí de cuál de ellas debo ser esclavo principalmente. Yo, cuanto puedo, resisto; cuanto puedo, me esfuerzo; a mi Señor Jesús doy voces, me derramo en su presencia, porque conozco que tiene en mí todo derecho. A El tengo por mi Dios, a El tengo por mi dueño, y digo: no tengo otro Rey que al Señor Jesús. Ven, pues, Señor, dispérsalos en la fuerza de tu poder y reinarás en mí, pues tú eres mi Rey y mi Dios, que, sólo con mandarlo, has salvado tantas veces a Jacob.

3. *Dijo*, pues, *María al ángel: ¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón?* Primero, sin duda, calló como prudente, cuando todavía dudosa pensaba entre sí qué salutación sería ésta, queriendo más por su humildad no responder que temerariamente hablar lo que no sabía. Pero ya confortada y habiéndolo premeditado bien, hablándola a la verdad en lo exterior el ángel, pero persuadiéndola interiormente Dios (pues estaba con ella según lo que dice el ángel: *El Señor es contigo)*; así, pues, confortada, expeliendo sin duda la fe al temor, la alegría al empacho, le dijo al ángel: *¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón?* No duda del hecho, pregunta acerca del modo y del orden; porque no pregunta si se hará esto, sino cómo. Al modo que si dijera: sabiendo mi Señor que su esclava tiene hecho voto de no conocer varón; ¿con qué disposición, con qué orden le agradará que se haga esto? Si su Majestad ordena otra cosa y dispensa en este voto para tener tal Hijo, alégrome del Hijo que me da, mas duéleme de que se dispense en el voto; sin embargo, hágase su voluntad en todo; pero, si he de concebir virgen y virgen también he de dar a luz, lo cual, ciertamente, si le agrada, no le es imposible, entonces verdaderamente conoceré que miró la humildad de su esclava. *¿Cómo, pues, se hará esto, porque yo no conozco varón?* Y respondiendo el ángel, la dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.* Había dicho antes

que estaba llena de gracia; pues ¿cómo dice ahora: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra?* ¿Por ventura podía estar llena de gracia y no tener todavía al Espíritu Santo, siendo El el dador de las gracias? Y si el Espíritu Santo estaba en ella, ¿cómo todavía se le vuelve a prometer como que vendrá sobre ella nuevamente? Por eso acaso no dijo absolutamente vendrá a ti, sino que añadió *sobre;* porque, aunque a la verdad primero estuvo con María por su copiosa gracia, ahora se la anuncia que vendrá sobre ella por la más abundante plenitud de gracia que en ella ha de derramar. Pero, estando ya llena, ¿cómo podía caber en ella aquello más? Y si todavía puede caber más en ella, ¿cómo se ha de entender que antes estaba llena de gracia? Acaso la primera gracia había llenado solamente su alma, y la siguiente había de llenar también su seno; a fin de que la plenitud de la Divinidad, que ya habitaba antes espiritualmente en ella, como en muchos de los santos, como en ninguno de los santos comenzase a habitar en ella corporalmente también.

4. Dice, pues: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.* ¿Qué quiere decir *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra?* El que lo pueda entender, lo entienda. Porque ¿quién, exceptuada acaso la que sola mereció experimentar en sí esto felicísimamente, podrá percibir con el entendimiento, discernir con la razón, de qué modo aquel esplendor inaccesible del Verbo eterno se infundió en las virginales entrañas, y para que pudiese sostener que el inaccesible se acercase a ella, de la porcioncita del mismo cuerpo, a la cual estando animada se unió El mismo, hizo sombra a la demás masa? Y quizá por esto principalmente se dijo: *Te cubrirá con su sombra,* porque sin duda la cosa era un misterio, y lo que la Trinidad sola por sí misma, en sola y con sola la Virgen quiso obrar, sólo se concedió saberlo a quien sólo se concedió experimentarlo. Dígase, pues: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti;* el cual, con su poder, te hará fecunda: *Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra;* esto es, aquel modo con que del Espíritu Santo concebirás, de tal suerte Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, haciendo sombra, lo encubrirá y ocultará en su secretísimo consejo, que sólo será conocido de El y de ti. Como si el ángel respondiera a la Virgen: ¿Qué me pre-

guntas a mí lo que experimentarás en ti luego? Lo sabrás, lo sabrás, y felicísimamente lo sabrás, siendo tu doctor el mismo que es el autor. Yo he sido enviado a anunciar la concepción virginal, no a criarla. Ni puede ser enseñada sino por quien la da, ni puede ser aprendida sino por quien la recibe. *Y por eso también lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.* Que es decir: porque has de concebir, no de hombre, sino del Espíritu Santo, y has de concebir al que es virtud del Altísimo; *por eso también lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios;* esto es, no sólo el que viniendo del seno del Padre a tu seno te cubrirá con su sombra, sino también lo que de tu substancia unirá a sí, desde aquel punto ya se llamará Hijo de Dios; así como el que es engendrado por el Padre antes de todos los siglos se reputará desde ahora Hijo tuyo. Mas de tal suerte lo que nació del mismo Padre será tuyo y lo que nacerá de ti será suyo, que con todo eso no serán dos hijos, sino uno solo. Y aunque ciertamente una cosa sea de ti y otra cosa sea de El, sin embargo, ya no será de cada uno el suyo, sino que un solo Hijo será de ambos.

5. *Y por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.* Atiende, te ruego, con cuánta reverencia dijo el ángel: *Lo santo que nacerá de ti.* ¿Por qué dice *santo* absolutamente y sin añadir otra cosa? Yo creo que porque no tenía con qué nombrar propia y dignamente aquello singular, aquello magnífico, aquello venerable, que de la purísima carne de la Virgen, con su alma, se había de unir al único del Padre. Si dijera carne santa u hombre santo o cualquiera otra semejante cosa, le parecería que decía poco. Dijo, pues, *santo* indefinidamente; porque cualquiera cosa que sea lo que la Virgen engendró, santo sin duda, y singularmente santo es, así por la santificación del Espíritu como por la asunción del Verbo.

6. Añadió el ángel: *Y sabe que Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su senectud.* ¿Qué necesidad había de anunciar a la Virgen la concepción de esta estéril? ¿Por ventura por estar dudosa todavía e incrédula al oráculo la quiso confirmar el ángel con este prodigio? Nada de esto. Leemos que la incredulidad de Zacarías fué castigada por este mismo ángel, pero no leemos que María fuese reprendida en cosa alguna; antes bien, reconocemos su fe alabada, profetizando de ella Isabel: *Bienaventurada eres en haber creído, porque todo lo que te ha sido dicho de parte*

del Señor será cumplido en ti[10]. Por eso se participa a la Virgen la concepción de la prima estéril, para que, añadiéndose un milagro a otro milagro, se aumente su gozo con otro gozo. Ciertamente era preciso que fuese inflamada anticipadamente con un no pequeño incendio de amor y de alegría la que había de concebir luego al Hijo del amor paterno en el gozo del Espíritu Santo. Ni podía caber sino en un devotísimo y alegrísimo corazón tanta afluencia de dulzura y de gozo. O por eso la concepción de Isabel se pone en noticia de María, porque era razón que un prodigio que se había de divulgar luego por todas las partes, le supiera la Virgen por el ángel antes que le oyese de los hombres; para que no pareciese que la madre de Dios estaba apartada de los consejos de su Hijo, si de las cosas que se hacían tan cerca en la tierra permaneciera ignorante. O mejor, por eso se anuncia a María la concepción de Isabel, para que, siendo instruída, así de la venida del Salvador como de la venida del Precursor, y fijando en la memoria el tiempo y el orden de las cosas, refiera después mejor la verdad a los escritores y predicadores del Evangelio, como quien ha sido informada por noticias que el cielo la ha comunicado de todos los misterios desde el principio. O por esto todavía se anuncia a María la concepción de Isabel, para que, oyendo hablar de una parienta suya anciana y embarazada, piense ella que es joven en obsequiarla; y, dándose prisa a visitarla, se dé de este modo lugar y ocasión al párvulo profeta de ofrecer las primicias de su oficio a su Señor menor que él, y fomentándose mutuamente la devoción de ambas madres, excitada por uno y otro infante, se haga más admirable un milagro con otro milagro.

7. Pero mira que estas cosas tan magníficas que escuchas anunciadas por el ángel no las esperes cumplidas por él. Y si preguntas por quién, oye al ángel mismo: *Porque no será imposible para Dios toda palabra.* Como si dijera: Esto que tan firmemente prometo, lo presumo en el poder de quien me envió, no en el mío; *porque no será imposible para Dios toda palabra.* ¿Qué palabra será imposible para aquel Señor que hizo todas las cosas con el poder de su palabra? Llámame la atención en las palabras del ángel, no decir expresamente *porque no será imposible para Dios* todo hecho, sino *toda palabra.* ¿Acaso por eso dijo *palabra,* porque tan fácilmente como pueden hablar los hom-

[10] Lc. 1, 45.

bres lo que quieren, aun aquello que de ningún modo pueden hacer, tan fácilmente, y aun sin comparación con mayor facilidad, puede Dios cumplir con la obra todo lo que ellos pueden explicar con las palabras? Dirélo más claramente: si fuera tan fácil a los hombres hacer como decir lo que quieren, tampoco para ellos sería imposible toda palabra. Mas porque, como dice el vulgar proverbio, del dicho al hecho hay gran trecho, no respecto de Dios, sino respecto de los hombres, para sólo Dios, en quien es lo mismo hacer que hablar y lo mismo hablar que querer, con razón no será imposible toda palabra. Por ejemplo, pudieron prever y predecir los profetas que la virgen o la estéril había de concebir y dar a luz; pero ¿pudieron hacer por ventura que concibiese y diera a luz? Mas Dios, que les dió a ellos entonces el poder predecirlo, con la facilidad con que entonces pudo predecirlo por medio de ellos, con la misma pudo ahora, cuando quiso, cumplir por sí mismo lo que había prometido. Porque en Dios ni la palabra se diferencia de la intención, porque es Verdad; ni el hecho de la palabra, porque es Poder; ni el modo del hecho, porque es Sabiduría; y por eso no será imposible para Dios toda palabra.

8. Oíste, ¡oh Virgen!, el hecho; oíste el modo también; lo uno y lo otro es cosa maravillosa, lo uno y lo otro es cosa agradable. Gózate, hija de Sión; alégrate, hija de Jerusalén [11]. Y pues a tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oigamos nosotros de tu boca la respuesta de alegría que deseamos para que con ella entre la alegría y el gozo en nuestros huesos afligidos y humillados. Oíste, vuelvo a decir, el hecho, y lo creíste; cree lo que oíste también acerca del modo. Oíste que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia, a los cuales tiene condenados a muerte la divina sentencia, de que seremos librados por tus palabras. Ve que se pone entre tus manos el precio de nuestra salud; al punto seremos librados si consientes. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos criados, y con todo eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para no volver a morir. Esto te suplica, ¡oh pia-

[11] Zach. 9, 9.

dosa Virgen!, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abraham, esto David con todos los santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salud, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo vuestro linaje. Da, ¡oh Virgen!, aprisa la respuesta. ¡Ah!, Señora, responde aquella palabra que espera la tierra, que espera el infierno, que esperan también los ciudadanos del cielo. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó tu hermosura, tanto desea ahora la respuesta de tu consentimiento; en la cual sin duda se ha propuesto salvar el mundo. A quien agradaste por tu silencio agradarás ahora mucho más por tus palabras, pues El te habla desde el cielo diciendo: *¡Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz!* Si tú le haces oír tu voz, El te hará ver el misterio de nuestra salud. ¿Por ventura no es esto lo que buscabas, por lo que gemías, por lo que orando días y noches suspirabas? ¿Qué haces, pues? ¿Eres tú aquella para quien se guardan estas promesas o esperamos otra? No, no; tú misma eres, no es otra. Tú eres, vuelvo a decir, aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada, de quien tu santo padre Jacob, estando para morir, esperaba la vida eterna, diciendo: *Tu salud esperaré, Señor*[12]. En quien y por la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso antes de los siglos obrar la salud en medio de la tierra. ¿Por qué esperarás de otra lo que a ti misma te ofrecen? ¿Por qué aguardarás de otra lo que al punto se hará por ti, como des tu consentimiento y respondas una palabra? Responde, pues, presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por el ángel; responde una palabra y recibe otra palabra; pronuncia la tuya y concibe la divina; articula la transitoria y admite en ti la eterna. ¿Qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Cobre ahora aliento tu humildad y tu vergüenza confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En sólo este negocio no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es agradable la vergüenza en el silencio, pero más necesaria es ahora la piedad en las

[12] Gen. 49, 18.

palabras. Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. ¡Ay si, deteniéndote en abrirle, pasa adelante, y después vuelves con dolor a buscar al amado de tu alma! Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

9. *He aquí*, dice la Virgen, *la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*. Siempre suele ser familiar a la gracia la virtud de la humildad, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Responde, pues, humildemente, para preparar de este modo conveniente trono a la divina gracia. *He aquí*, dice, *la esclava del Señor*. ¿Qué humildad es ésta tan alta que no se deja vencer de las honras ni se engrandece en la gloria? Es escogida por madre de Dios y se da el nombre de esclava. Por cierto no es pequeña muestra de su humildad no olvidarse de la humildad en medio de tanta gloria como la ofrecen. No es cosa grande ser humilde en el abatimiento, pero es muy grande y muy rara ser humilde en el honor. Y sin embargo, a vista de esto, yo, hombre miserable y de ningún mérito, si me eleva la Iglesia, engañada de mis disimulos, a algún honor, aunque no sea de los mayores, permitiéndolo Dios así o por mis pecados o por los de mis súbditos, me olvido al momento de quien he sido y me reputo tal en mi interior cual me han reputado los demás hombres que no conocen el corazón. Creo a la fama, no atiendo a la conciencia; y juzgando no la virtud honor, sino el honor virtud, me tengo por más santo cuando me veo más elevado. Verás a muchos en la Iglesia que, hechos nobles de innobles, de pobres ricos, se ensalzan repentinamente y se olvidan de su antigua bajeza; aun se avergüenzan de su mismo linaje y se desdeñan de sus humildes padres. Verás también hombres adinerados volar a cualesquiera honores eclesiásticos, y luego aplaudirse a sí mismos de santidad precisamente por haber mudado los vestidos y no las almas; y juzgarse merecedores de la dignidad a que llegaron por la ambición, y lo que (si me atrevo a decirlo) alcanzaron con el dinero, atribuirlo a su mérito. Paso en silencio a otros a quienes ciega la ambición y el mismo honor les sirve de materia para su soberbia.

10. Pero veo (no sin mucho dolor) a algunos que, des-

pués de haber dejado la pompa del siglo, aprenden a ser soberbios en la escuela de la humildad, y bajo de las alas del manso y humilde Maestro muestran mayor altivez y se hacen más impacientes en el claustro que hubieran sido en el siglo. Y, lo que es todavía más fuera de razón, muchos no sufren ser despreciados en la casa de Dios, que no podrían ser sino despreciables en la suya, pretendiendo sin duda así, ya que no pudieron tener lugar en donde los honores eran apetecidos de todos, a lo menos parecer dignos de honor en donde por todos se menosprecian los honores. Veo también a otros (lo cual no se puede ver sin sentimiento), después de haber comenzado la milicia de Cristo, volverse otra vez a los negocios mundanos, sumergirse otra vez en los deseos de la tierra; levantar con grande cuidado muros y descuidar las costumbres; con pretexto de la utilidad común, vender sus adulaciones a los ricos y visitar a las mujeres poderosas; aun también, contra lo mandado por el Emperador del cielo, codiciar lo ajeno y querer reintegrarse en lo suyo con litigios; no atendiendo al Apóstol, que en nombre del Rey levanta la voz: *Es ya un pecado entre vosotros el tener pleitos unos con otros; ¿por qué no toleráis antes el agravio?* [13] ¿Pues qué, de tal suerte han crucificado el mundo a sí mismos y a sí mismos al mundo que los que antes en su lugar o aldea apenas eran conocidos, ahora, rodeando las provincias y frecuentando las cortes, han conseguido el conocimiento de los reyes y la familiaridad de los príncipes? ¿Qué diré del mismo hábito, en que ya no se busca el calor, sino el color, y se cuida más del lustre de los vestidos que de las virtudes? ¡Vergüenza da el decirlo! Queda muy atrás la viva afición a adornarse, propia de las mujeres del siglo, cuando con tanto cuidado solicitan los monjes el precio en los vestidos, no la necesidad; a lo menos dan a entender en esto que, despojándose de la forma de religión, desean no ser armados, sino adornados los mismos que hicieron profesión de soldados de Cristo; los cuales, cuando debían prevenirse para la batalla y poner delante, contra las potestades del infierno, las insignias de la pobreza (que ciertamente ellas temen mucho), mostrando más en la delicadeza de sus vestidos las señales de paz, voluntariamente se entregan, sin haber recibido herida y desarmados, al enemigo. Ni tienen otra causa semejantes males sino que,

[13] Cor. 6, 7.

desamparando aquella humildad con que habíamos dejado el siglo, impelidos ya por esto mismo a seguir los frívolos cuidados de los hombres mundanos, nos hacemos semejantes a los animales, que vuelven al vómito.

11. Oigamos, pues, todos los que hallamos algo de esto en nosotros mismos lo que responde aquella Señora que era escogida para madre de Dios, pero que no se olvidaba de su humildad. *He aquí,* dice, *la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.* Esta palabra *hágase* significa el deseo que la Virgen tenía de este misterio, y no que tuviese duda alguna sobre el cumplimiento de lo prometido. Aunque nada impide que digamos que es palabra de oración, en que pide lo que la prometen, pues nadie pide orando sino lo que cree y espera. Quiere Dios que le pidan aun aquello que promete. Y por eso acaso muchas cosas que dispuso dar las promete primero, para que se excite la devoción por la promesa; y así, lo mismo que había de dar graciosamente, sea merecido por la oración devota. De esta suerte el piadoso Señor, que quiere que todos los hombres sean salvados, saca de nosotros para nosotros mismos los méritos, y, anticipándose a darnos aquello con que nos recompensa, graciosamente hace que no sea graciosamente. Esto sin duda entendió la Virgen prudente, cuando, al anticipado don de la gratuita promesa, juntó el mérito de su oración diciendo: *Hágase en mí según tu palabra.* Hágase en mí del Verbo según tu palabra; el Verbo, que en el principio estaba en Dios, hágase carne de mi carne según tu palabra. Hágase en mí, suplico, la palabra, no pronunciada que pase, sino concebida que permanezca, vestida ciertamente no de aire, sino de carne. Hágase en mí no sólo perceptible al oído, sino también visible a los ojos, palpable a las manos, fácil de llevar en mis hombros. Ni se haga en mí la palabra escrita y muda, sino encarnada y viva; esto es, no escrita en mudos caracteres, en pieles muertas, sino impresa vitalmente en la forma humana en mis castas entrañas, y esto no con el rasgo de una pluma, sino por obra del Espíritu Santo. Para decirlo de una vez, hágase para mí de aquel modo con que para ninguno se ha hecho hasta ahora antes de mí y para ninguno después de mí se ha de hacer. De muchos y varios modos habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por sus profetas, y también se hace mención en las Escrituras de que la palabra de Dios se hizo para unos en

el oído, para otros en la boca, para otros aun en la mano; pero yo pido que para mí se haga en mi seno según tu palabra. No quiero que se haga para mí o predicada retóricamente, o significada figuradamente o soñada imaginariamente, sino inspirada silenciosamente, encarnada personalmente, entrañada corporalmente. El Verbo, pues, que ni puede hacerse en sí mismo ni lo necesita, dígnese en mí, dígnese también para mí ser hecho según tu palabra. Hágase desde luego generalmente para todo el mundo, pero hágase para mí con especialidad según tu palabra.

EXCUSASE SAN BERNARDO A SI MISMO POR HABER EXPLICADO ESTE PASAJE DEL EVANGELIO DESPUES DE OTROS EXPOSITORES

He expuesto la lección del Evangelio como he podido; ni ignoro que no a todos agradará este mi pensamiento, sino que sé que por esto me he expuesto a la indignación de muchos, y que reprenderán mi trabajo por superfluo o me juzgarán presumido; porque, después que los Padres han explicado plenísimamente este asunto, me he atrevido yo, como nuevo expositor, a poner mi mano en lo mismo. Pero si he dicho algo después de los Padres que, sin embargo, no es contra los Padres, ni a los Padres ni a otro alguno juzgo que debe desagradar. Donde he dicho lo mismo que he tomado de los Padres, esté muy lejos de mí el aire de presunción para que no me falte el fruto de la devoción, y yo con paciencia oiré a los que se quejaren de la superfluidad de mi trabajo. Con todo eso, sepan los que me reprenden de una ociosa y nada necesaria exposición que no he pretendido tanto exponer el Evangelio como tomar ocasión del Evangelio para hablar lo que era deleite de mi alma. Pero si he pecado en que más antes he excitado en esto mi propia devoción que he buscado la común utilidad, poderosa será la Virgen para excusar este pecado mío delante de su Hijo, a quien he dedicado esta pequeña obra, tal cual ella sea, con toda mi devoción.

EN LA VIGILIA DE NAVIDAD *

1 SOBRE LA LECCIÓN DEL MARTIROLOGIO: «JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDÁ» **

1. Sonó una voz de alegría en nuestra tierra, sonó una voz de gozo y de salud en los tabernáculos de los pecadores. Se ha oído una palabra buena, una palabra de consuelo, una expresión llena de suavidad, digna de todo apre-

* PL 183, 87-116.
** PL 183, 87.

cio. Elevad, montes, la voz de la alabanza y aplaudid con las manos, árboles todos de las selvas, a la presencia de Dios, porque viene. Escuchadlo, cielos, y tú, tierra, está atenta; asómbrate y prorrumpe en alabanzas del Señor, universo de las criaturas; pero tú, hombre, mucho más. *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* ¿Quién hay de corazón tan empedernido cuya alma no se derrita a esta palabra? ¿Qué cosa más dulce se podía anunciar? ¿Qué cosa más deleitable se podía decir? ¿Qué cosa igual a ésta se oyó jamás o qué cosa semejante escuchó el mundo alguna vez? *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* ¡Oh palabra breve de la palabra abreviada, pero llena de suavidad celestial! Trabaja el afecto intentando derramar en más amplios discursos la copia de esta suavísima dulzura, pero no halla palabras con que explicarlas. Tanta es la gracia de estas solas palabras, que al punto hallo menos sabor si mudo una sola letra. *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* ¡Oh nacimiento!, puro por su santidad; digno del respeto del mundo y del amor de los hombres por la grandeza del beneficio que les comunica; impenetrable a los ángeles por la profundidad del sagrado misterio que encierra; y en todo admirable por la singular excelencia de la novedad; pues ni ha tenido otro semejante ni tendrá otro que se le siga. ¡Oh parto sólo sin dolor, sólo sin pudor, sólo sin corrupción, que no abre, sino que consagra el templo del seno virginal! ¡Oh nacimiento sobre la naturaleza, pero para favorecer a la naturaleza, y que al mismo tiempo que la sobrepasa por la excelencia del milagro, la restaura por la virtud del misterio! ¿Quién podrá, hermanos míos, contar esta generación? Un ángel trae la embajada, la virtud del Altísimo cubre con su sombra, el Espíritu Santo sobreviene, cree la virgen, con la fe concibe virgen, da a luz virgen, permanece virgen; ¿quién no se admirará? Nace el Hijo del Altísimo, Dios de Dios, engendrado antes de los siglos; nace el Verbo infante, ¿quién podrá admirarse, como es razón?

2. Ni es sin utilidad el nacimiento ni infructuosa la dignación de la majestad. *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* Vosotros, que estáis abatidos entre el polvo, despertad y dad alabanzas a Dios. Ved que viene el Señor con la salud, viene con perfumes, viene con gloria; porque ni sin la salud puede venir Jesús, ni sin un-

ción Cristo, ni sin gloria el Hijo de Dios, siendo El salud, siendo unción, siendo gloria, según está escrito: *El hijo sabio es gloria del padre* [1]. Dichosa el alma que, habiendo gustado el fruto de su salud, es traída y corre al olor de sus perfumes para llegar a ver su gloria; gloria como de quien es hijo único del Padre. Perdidos, respirad; Jesús viene a buscar y salvar lo que había perecido. Enfermos, convaleced; viene Cristo, que sana a los que tienen quebrantado el corazón, con la unción de su misericordia. Alegraos todos los que anheláis conseguir cosas grandes: el Hijo de Dios desciende a vosotros para haceros coherederos de su reino. Así, así te lo pido, Señor, sánamé y seré sanado; sálvame y seré salvo; glorifícame y seré glorioso. Así te bendecirá mi alma, Señor, y todo lo que haya en mi interior tu santo nombre cuando perdones todas mis iniquidades, sanes todas las enfermedades mías y llenes mi deseo colmándome de tus bienes. Como que percibo ya, amadísimos, el suave gusto de estas tres cosas cuando oigo pronunciar que nace Jesucrito, Hijo de Dios. Pues ¿por qué le llamamos Jesús, sino porque El *hará salvo a su pueblo de sus pecados?* [2] ¿Por qué quiso llamarse Cristo, sino porque *hará que se pudra el yugo a la abundancia del aceite?* [3] ¿Por qué se hizo hombre el Hijo de Dios, sino para hacer hijos de Dios a los hombres? ¿Y quién hay que resista a su voluntad? Jesús es quien justifica, ¿quién podrá condenar? Cristo es quien sana, ¿quién podrá herir? El Hijo de Dios ensalza, ¿quién podrá humillar?

3. Nace, pues, Jesús; alégrese, cualquiera que sea, a quien la conciencia de sus pecados le sentencie a muerte eterna; porque excede la piedad de Jesús, no sólo toda la enormidad, sino todo el número de los delitos. Nace Cristo; alégrese, cualquiera que sea, el que era combatido de los antiguos vicios; porque a la presencia de la unción de Cristo no puede perseverar en modo alguno enfermedad del alma, por más envejecida que sea. Nace el Hijo de Dios; alégrese el que acostumbra desear cosas grandes, porque ha venido un dadivoso grande. Este es, hermanos míos, el heredero; recibámosle devotamente, porque de este modo será él también nuestra herencia. Quien nos dió a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará juntamente con El

[1] Prov. 11, 1. [2] Mt. 1, 11. [3] Is. 10, 27.

todas las cosas? Ninguno desconfíe, ninguno dude; tenemos un testimonio sobremanera digno de fe: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[4]. Quiso el Hijo de Dios tener hermanos para ser El el primogénito entre muchos hermanos. Y, para que en nada vacile la pusilanimidad de la humana flaqueza, primero se hizo El hermano de los hombres, se hizo hijo del hombre, se hizo hombre. Si el hombre juzga esto increíble, los ojos mismos ya no lo permiten dudar.

4. *Jesucristo nació en Belén de Judá.* Advierte qué dignación tan grande; no nació en Jerusalén, ciudad real, sino en Belén, que es la más pequeña entre las principales ciudades de Judá. ¡Oh Belén!; pequeña, pero engrandecida por el Señor, te engrandeció el que de grande se hizo pequeño en ti. Alégrate, Belén, y cántese hoy por todas tus calles el festivo aleluya. ¿Qué ciudad, en oyéndolo, no te envidiará aquel preciosísimo establo y la gloria de aquel pesebre? Verdaderamente en toda la tierra es celebrado tu nombre y te llaman bienaventurada todas las generaciones. En todas partes se dicen cosas gloriosas de ti, ciudad de Dios; en todas partes se canta que *un hombre nació aquí y que el Altísimo la fundó*[5]. En todas partes, vuelvo a decir, se predica, en todas partes se anuncia que *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* Ni sin causa se añade *de Judá*, pues esto nos trae a la memoria la promesa que se hizo a los antiguos Padres. *El cetro*, dice, *no será quitado de Judá, ni príncipe de su posteridad, hasta que el que debe ser enviado haya venido; y él será la esperanza de las gentes*[6]. Viene, pues, la salud por los judíos, pero esta salud se dilata hasta los últimos términos de la tierra. *¡Oh Judá!*, dice, *tus hermanos te alabarán. Tus manos pondrán bajo del yugo la cerviz de tus enemigos*, y las demás cosas que nunca leemos cumplidas en la persona de Judá, sino que las vemos verificadas en Cristo. Porque El es el león de la tribu de Judá, de quien se añade: *Un león joven es Judá; te levantaste, hijo mío, para tomar la presa*[7]. Grande apresador Cristo, pues, *antes que sepa llamar al padre o a la madre, saquea los despojos de Samaria*[8]. Grande apresador Cristo, que subiendo al cielo llevó en triunfo una numerosa multitud de cautivos; ni

[4] Rom. 8, 32. [6] Gen. 49, 10 [8] Is. 8, 4.
[5] Ps. 86, 5. [7] Gen. 49, 9.

con todo eso quitó cosa alguna, sino que antes bien distribuyó dones a los hombres. Estas, pues, y otras semejantes profecías, que se han cumplido en Cristo, como de El se habían preanunciado, nos trae a la memoria el decirse *en Belén de Judá;* ni es ya necesario en manera alguna preguntar si de Belén puede salir algo bueno.

5. En lo que a nosotros toca, por esto debemos aprender de qué modo quiere ser recibido el que quiso nacer en Belén. Había acaso quien pensase que se debían buscar palacios sublimes en que fuese recibido con gloria el Rey de la gloria; pero no vino por eso de aquellas reales sillas. *En su siniestra están las riquezas y la gloria; en su diestra la longitud de la vida*[9]. De todas estas cosas había eterna afluencia en el cielo, pero no se encontraba en él la pobreza. Abundaba la tierra y sobreabundaba en esta especie, aunque el hombre no conocía su precio. Deseándola, pues, el Hijo de Dios, descendió del cielo para escogerla para sí y hacerla preciosa con su estimación para nosotros también. Adorna tu tálamo, Sión, pero con la pobreza, con la humildad; porque en estos paños se complace el Señor y, asegurándolo María con su testimonio, éstas son las sedas en que gusta de ser envuelto. Sacrifica a tu Dios las abominaciones de los egipcios.

6. Finalmente, considera que Jesús nace en Belén de Judá, y pon cuidado en cómo podrás hacerte Belén de Judá; y ya no se desdeñará de ser recibido en ti. Belén, pues, significa *casa de pan*. Judá significa *confesión*. Conque si llenas tu alma de la palabra divina, y fielmente, aunque no sea con toda la devoción debida, pero a lo menos con cuanta puedas tener, recibes aquel pan que bajó del cielo y da la vida al mundo, esto es, el cuerpo del Señor Jesús; para que aquella nueva carne de la resurrección recree y conforte la vieja piel de tu cuerpo, a fin de que, fortalecida con esta liga, pueda contener el nuevo vino que está dentro; si por último vives también de la fe, y de ningún modo sea preciso gemir que te has olvidado de comer tu pan, te habrás hecho entonces Belén, digno ciertamente de recibir en ti al Señor, con tal que no falte la confesión. Sea, por tanto, Judá tu santificación, vístete de la confesión y de la hermosura, que es la estola que agrada a Cristo principalísimamente en sus ministros. En fin, ambas cosas te las recomienda el Apóstol brevemente: *Con*

[9] Prov. 3, 17.

el corazón se debe creer para alcanzar la justicia, y con la boca se debe hacer la confesión para obtener la salud [10]. El que tiene, pues, en su corazón la justicia, tiene pan en su casa; porque es pan la justicia; *y bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos* [11]. Así esté en tu corazón la justicia, que viene por la fe en Jesucristo, pues sólo ésta tiene gloria delante de Dios. Esté también en la boca la confesión para obtener la salud, y de esta suerte seguro ya recibirás a aquel Señor que nace en Belén de Judá, Jesucristo, Hijo de Dios.

2 Sobre estas palabras: «¡Oh Judá y Jerusalén!, no temáis; mañana saldréis y el Señor estará con vosotros» (2 Par. 20, 17) *

1. Hablamos con los verdaderos israelitas, no según la letra, sino según el espíritu; con los que son hijos de Abraham, cuya multiplicación, así como fué prometida, se ve cumplida. Porque, no los que son hijos según la carne, sino los que lo son según la promesa, se reputan entre los hijos de Abraham. Ni tampoco hablamos con aquella Jerusalén que quita la vida a los profetas; porque ¿cómo la consolaremos, cuando sobre ella lloró el Señor y fué entregada a la desolación y ruina? A la nueva, que descendió del cielo, decimos así: *No temáis, Judá y Jerusalén.* No temáis, verdaderos confesores, que no sólo con la boca, sino con todo lo que sois y en todas partes confesáis al Señor, vestidos de la confesión como de una ropa, y cuyo interior todo confiesa al Señor, y todos sus huesos le dicen: *Señor, ¿quién hay semejante a ti?* [1], no como los que *hacen profesión de conocer a Dios y le niegan con las obras* [2]. La verdadera confesión, hermanos míos, consiste en que todas vuestras obras confiesen al Señor, siendo agradables a El y haciéndose por su gloria. Pero le deben confesar de dos maneras, para que podáis vestiros de ropas dobles, esto es, de la confesión de vuestros pecados y de la confesión de la bondad divina. Entonces seréis verdaderos judíos, si todo el tenor de vuestra vida está confesando que sois pecadores y dignos de mucho mayores penas y que Dios es sumamente bueno, que por estas breves y transitorias penas os condona los suplicios eternos que ha-

[10] Rom. 10, 10. * PL 183, 90. [2] Tit. 1, 15.
[11] Mt. 5, 6. [1] Ps. 34, 10.

bíais merecido. Pues el que no desea ardientemente la penitencia, parece que está diciendo con las obras o que no necesita de penitencia, y así no confiesa su culpa; o que no puede aprovecharle la penitencia, y así no confiesa la bondad divina. Mas vosotros sed verdaderos judíos y verdadera Jerusalén, para que nada temáis ya. Es Jerusalén vista de la paz; vista, digo, no posesión; en cuyos fines puso el Señor la paz, no en el principio ni en el medio. Así, ya que no poseáis la paz, o, más bien, ya que no la podéis poseer perfecta en este siglo, a lo menos vedla, miradla, contempladla y deseadla. No se aparten nunca los ojos de vuestro corazón de ella, y toda vuestra intención se dirija allí, de modo que todo cuanto hacéis, lo hagáis con el deseo de esta paz, que excede todo encarecimiento, y en todas las cosas llevéis el fin de tener paz con Dios, permaneciendo en la gracia de su reconciliación y amistad.

2. Estos son aquellos a quienes decimos: *No temáis;* a éstos consolamos con estas palabras, no a los que no conocieron el camino de la paz. Si a ellos se les dijera: *mañana saldréis,* sería amenaza, no consuelo. Sin duda sólo desean ser desatados de los lazos que unen el cuerpo al alma y desean salir los que ven la paz, y reconocen que si estas casas de tierra, en que ahora habitan, se deshicieren, tienen otra edificada por Dios; no aquellos que han llegado a tal extremo de fatuidad, que se deleitan en los grillos que les oprimen. En fin, no tanto se debe decir que éstos salen, cuando mueren, como que entran, pues no van a la luz ni a la libertad, sino a la cárcel, a las tinieblas, al infierno. Pero a vosotros se dice: *No temáis, mañana saldréis,* y ya no habrá temor en vuestros términos. A la verdad, muchos enemigos tenéis: la carne, que es el enemigo más vecino; el presente siglo malo, que por todas partes os rodea; los príncipes de las tinieblas, que apostados en los aires cercan vuestro camino. Sin embargo, no temáis; mañana saldréis, esto es, presto, porque mañana presto es. Por lo cual decía el santo Jacob: *Mañana responderá por mí mi inocencia*[3]. Tres días hay de los cuales leemos: *Nos dará la vida después de dos días; al día tercero nos resucitará*[4]; el uno bajo de Adán, el otro en Cristo, y el tercero con Cristo. Y después se añade: *Tendremos la ciencia de Dios y le seguiremos para conocerle.*

[3] Gen. 30, 33.
[4] Os. 6, 3

Y aquí se dice: *Mañana saldréis y el Señor estará con vosotros.* A éstos se dice, pues, que han llegado ya a la mitad de sus días, a éstos en quienes pereció aquel día en que nacieron, que es el día de Adán, día de pecado, al cual maldecía Jeremías diciendo: *Maldito el día en que nací*[5]. Todos nacemos en él. Ojalá perezca en todos nosotros este día; día de niebla y obscuridad, día de tinieblas y torbellino, que nos hizo Adán, que nos hizo el enemigo que dijo: *Se abrirán vuestros ojos*[6].

3. Pero ved ahí que ha esclarecido para nosotros el día de la redención nueva, de la reparación antigua, de la felicidad eterna. *Este es el día que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él*[7], porque mañana saldremos. ¿De dónde sino de la clausura de este siglo, de la prisión de este cuerpo, de los grillos, de la necesidad, de la curiosidad, de la vanidad y del deleite, que, aun contra nuestra propia voluntad, oprimen los pies de nuestros afectos? ¿Qué tiene que ver nuestro espíritu con estas cosas terrenas? ¿Por qué no desea lo espiritual, no busca lo espiritual, no gusta lo espiritual? ¡Oh espíritus de un origen tan alto! ¿Qué tenéis con estas cosas ínfimas? *Buscad las cosas que están arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; tened gusto por las cosas que están arriba, no por las que están sobre la tierra*[8]. *Pero el cuerpo que se corrompe oprime el alma y esta morada terrestre abate el espíritu con la multitud de sus cuidados*[9]. Nos detienen las muchas necesidades de este miserable cuerpo; una cierta liga del deseo malo y del deleite terreno no nos permite volar, y si tal vez el ánimo se levanta, vuelve muy presto a abatirle. Pero no temáis, mañana saldréis del lago de la miseria y del lodo de la hez; porque, para sacarnos de allí, se metió el Señor en el lodo del profundo. No temáis, porque mañana saldréis del cuerpo de muerte y de la corrupción del pecado. Vivid este día en Cristo, portándoos en todo a imitación suya. *El que dice que permanece en Cristo, debe también vivir como Cristo vivió*[10]. No temáis, pues; mañana saldréis, y así estaréis siempre con el Señor. O, por cuanto expresamente se dice: *Y el Señor estará con vosotros,* entendámoslo de este modo: que mientras estamos en este cuerpo, podemos estar nosotros con el Señor, esto es, adherirnos y conformarnos con su volun-

---

[5] Ier. 20, 14.
[6] Gen. 3, 5.
[7] Ps. 117, 24.
[8] Col. 3, 1-2.
[9] Sap. 9, 15.
[10] 1 Io. 2, 6.

tad, pero no el Señor con nosotros, esto es, consintiendo con nuestra voluntad. Querríamos estar ya libres, anhelamos ser desatados, deseamos salir, pero todavía lo dilata el Señor por justas causas. Saldremos mañana y el Señor estará con nosotros, de suerte que querrá todo lo que nosotros quisiéremos y en nada discordará su voluntad de la nuestra.

4. Así, Judá y Jerusalén, no temáis, aunque no podáis llegar a la perfección que deseáis ; pero lo que se halla de menos en la virtud de vuestra conducta, súplalo la humildad de la propia confesión; y entonces *lo que en vosotros es imperfecto ya lo vieron los ojos de Dios* [11]. Por eso ordenó que sus mandamientos se guardasen con la mayor exactitud, para que, viendo nosotros que nuestra flaqueza faltaba y no podía cumplir lo que debía, recurriésemos a su misericordia y dijésemos : *Tu misericordia es mejor que todas las vidas* [12]; y ya que no podíamos presentarnos a El con el vestido de la inocencia o de la justicia, nos presentásemos vestidos de confesión, pues *la confesión y la hermosura resplandecen en la presencia de Dios* [13]; pero debe ser la confesión de todo el hombre, no sólo de la boca (como hemos dicho), de suerte que todos los huesos digan : *Señor, ¿quién hay semejante a ti?* [14], y esto únicamente con el fin de la paz y el deseo de la reconciliación con Dios. A los tales, pues, se dice : *Judá y Jerusalén, no temáis, mañana saldréis,* que es como decir : luego, luego que el alma saliere del cuerpo, al mismo tiempo todos los afectos y deseos con que se hallaba derramada y atada por todo el mundo se romperán, y saldrá de esta pegajosa liga y el Señor estará con vosotros. A la verdad, esto os puede parecer demasiado, si ponéis los ojos en vosotros mismos y no en las cosas que os aguardan. ¿Por ventura no aguarda esto el mundo todo? Porque las criaturas están sujetas a la vanidad, y cayendo el hombre, a quien el Señor había constituído señor de su casa y príncipe de toda su posesión, fué corrompida al mismo tiempo toda la heredad. De aquí es que el aire se destempló, que fué maldecida la tierra en los trabajos de Adán y todas las cosas sujetas a la vanidad.

5. Ni será reparada la heredad hasta que sean reparados los herederos. Por lo cual, según el Apóstol : *Está suspirando ahora y como que se halla en los trabajos del*

[11] Ps. 138, 15. [12] Ps. 62, 4. [13] Ps. 95, 6. [14] Ps. 34, 10.

parto [15]. Ni sólo estamos hechos espectáculo para el mundo, sino también para los ángeles y para los hombres. *Me aguardan los justos*, dice, *hasta que me des la recompensa* [16]. Y los mártires, cuando pedían se acelerara el día del juicio, no como deseando la venganza, sino anhelando a la perfección de su bienaventuranza, recibieron de Dios esta respuesta: *Esperad un poco de tiempo hasta que se complete el número de vuestros hermanos* [17]. Recibieron ya sin duda una de las dos estolas; pero no se vestirán de ambas hasta que nos vistamos también nosotros. Tenemos para esto por fiadores y rehenes sus propios cuerpos, sin los cuales no pueden recibir todo el colmo y perfección de su gloria, ni lo recibirán sin que nosotros les acompañemos. Así, de los patriarcas y profetas dice el Apóstol: *Dispuso Dios, por particular favor que nos quiso hacer, que ellos no recibiesen sino con nosotros el colmo y consumación de su dicha* [18]. ¡Oh si llegáramos a conocer cómo nos aguardan y cuánto desean nuestra llegada! ¡Qué vivamente desean saber, con qué gusto escuchan las buenas nuevas de nuestro aprovechamiento!

6. Pero ¿qué digo yo de estos que aprendieron a ser compasivos por lo mismo que ellos padecieron? Los mismos ángeles santos nos están deseando. ¿Por ventura de estos gusanillos y de este polvo no han de ser instaurados los muros de la celestial Jerusalén? ¡Cuánto desean los ciudadanos del cielo que sean reparadas las ruinas de su ciudad! ¡Cómo están solícitos porque vayan las piedras vivas que se han de colocar en el edificio con ellos! ¡Cómo andan entre Dios y nosotros, llevando fidelísimamente a El nuestros gemidos y trayéndonos con amorosa voluntad a nosotros su gracia! Seguramente no se desdeñarán de ser nuestros compañeros cuando vemos que se han hecho nuestros ministros. *¿No son todos por ventura espíritus destinados por Dios y enviados al ministerio para ejercerle en favor de aquellos que deben ser herederos de la salud?* [19] Démonos prisa, amadísimos, démonos prisa; toda la corte celestial nos aguarda. Hicimos alegrar a los ángeles cuando nos convertimos a penitencia; adelantémonos más y démonos prisa a completar su alegría por nosotros. ¡Ay de ti, cualquiera que seas, el que deliberas volver al lodo, volver al vómito! ¿Piensas que experimentarás favorables

[15] Rom. 8, 22. [16] Ps. 141, 8. [17] Apoc. 6, 11. [18] Hebr. 11, 40. [19] Hebr. 1, 14.

en el día del juicio a aquellos a quienes intentas ahora privar de tanto y tan esperado gozo? Se alegraron cuando vinimos a este estado y profesión de penitencia como si nos vieran volver de la puerta misma del infierno. ¿Qué será ahora, si ven que nos volvemos de la puerta misma del paraíso y que caminamos hacia atrás, después que habíamos puesto en el paraíso un pie? Porque aunque los cuerpos están abajo, están arriba los corazones.

7. Corred, hermanos míos, corred; no sólo los ángeles, sino el creador de los ángeles nos aguarda también. El banquete de las bodas está dispuesto, pero todavía no está llena la casa: todavía se aguardan convidados que ocupen la sala de las bodas. Os aguarda el Padre y os desea, no sólo por aquella caridad con que siempre os amó (por lo que también el Unigénito, que está en el seno del Padre, contó esto mismo diciendo: *El mismo Padre os ama)* [20], sino por sí mismo, como habla por el profeta: *Por mí mismo lo haré yo, no por vosotros* [21]. Porque ¿quién dudará que se ha de cumplir lo que prometió al Hijo diciéndole: *Pídeme y te daré por herencia tuya todas las naciones?* [22] Y en otra parte: *Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por tarima de tus pies* [23]. No serán deshechos todos sus enemigos mientras que a nosotros, que somos sus miembros, de algún modo nos combatan; no será cumplida esta promesa hasta que sea destruída por último la enemiga muerte. Pues del Hijo, ¿quién ignora cuánto desea el fruto de su nacimiento y de toda la vida, que pasó entre los hombres; el fruto en fin de su cruz y de su muerte, el precio de su sangre preciosa? ¿Por ventura no ha de entregar a Dios y al Padre el reino que adquirió? ¿No le ha de restaurar sus criaturas, por cuya redención envió el Padre su Hijo al mundo? Nos aguarda también el Espíritu Santo, porque El es la caridad y benignidad en que desde la eternidad estamos predestinados; ni hay duda de que quiere que su predestinación se cumpla.

8. Así, porque está dispuesto el banquete de las bodas y todo el concurso de la corte celestial nos desea y aguarda, corramos no como a una cosa incierta, corramos con los deseos y el aprovechamiento de la virtud. En el camino de la salud, aprovechar es andar. Diga cada uno de nosotros a Dios: *Mírame y ten misericordia de mí según sueles ha-*

[20] Io. 16, 27. [21] Ez. 36, 22. [22] Ps. 2, 8. [23] Ps. 109, 1.

cerlo con los que te aman[24]. No como yo he merecido, sino según tu piedad, ten misericordia de mí. Digamos también: *Como fuere voluntad en el cielo, así suceda*[25]. Y también: *hágase tu voluntad*. Sabemos que está escrito: *Si Dios está por nosotros, ¿quién será contra nosotros?*[26] *¿Quién acusará a los escogidos del Señor?*[27] *¿Por ventura,* dice, *no me es permitido a mí hacer lo que quiera?*[28] Esto sea, amadísimos, por ahora nuestro consuelo, hasta que salgamos y el Señor esté con nosotros; el cual, por su grande misericordia, nos lleve a aquella salida dichosa y *mañana clara;* y en esta próxima mañana también se digne visitarnos y estar con nosotros, para que si alguno acaso está oprimido de alguna tentación, apiadándose de él el mismo Señor, que vino a anunciar a los encarcelados libertad, salga de ella mañana, a fin de que, con gozo saludable de nuestra alma, recibamos la corona de nuestro párvulo Rey. Lo que nos conceda El mismo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

3 Sobre estas palabras del Éxodo: «Hoy sabréis que viene el Señor y mañana veréis su gloria» (Ex. 16, 7)[1]

1. Todos los que sois de linaje terreno e hijos de los hombres, escuchad. Vosotros que estáis abatidos entre el polvo, despertad y dad a Dios alabanzas, porque vendrá el médico a los enfermos, el redentor a los vendidos, el camino a los perdidos, la vida a los muertos. Viene el que arrojará todos nuestros pecados al profundo de la mar, el que sanará todas nuestras enfermedades, el que en sus propios hombros nos volverá al antiguo ser de la propia dignidad. Grande poder es éste; pero aun es mucho mayor su misericordia en dignarse venir del modo que viene el que puede hacernos tanto bien. *Hoy,* dice, *sabréis que viene el Señor.* Estas palabras, a la verdad, están puestas en la Escritura en su lugar y tiempo, pero no impropiamente las aplicó la Iglesia nuestra madre a la vigilia del nacimiento del Señor; la Iglesia, repito, la cual tiene el consejo y el espíritu de su Esposo y su Dios, en la

[24] Ps. 118, 132. [25] 1 Mach. 3. 60. [26] Mt. 6, 10. [27] Rom. 8, 31. [28] Mt. 20, 15. [1] PL 183, 94.

cual descansa en medio de su pecho el Amado, poseyéndola principalmente y conservándola como silla de su corazón. Sin duda ella es la que hirió su corazón y sumergió el ojo de su contemplación en el abismo de los secretos de Dios, para hacer así una perenne mansión para El en su corazón y para sí misma en el corazón de El. Así, cuando altera o muda de lugar las palabras de la Sagrada Escritura, es más fuerte aquella composición que la posición primera de las palabras; y acaso tanto más fuerte cuanto más dista la figura de la verdad, la luz de la sombra, la señora de la sierva [1].

2. *Hoy sabréis que vendrá el Señor.* Dos días particularmente, a mi parecer, nos traen a la consideración estas palabras. El *primero,* aquel que desde la caída del primer hombre se dilata hasta el fin del mundo; día al que los santos han maldecido muchas veces. Porque, echado Adán de aquel lucidísimo día en que había sido criado, y siendo arrojado a estas miserias y angustias, cayó en el día tenebroso, extinguiéndose en él casi del todo la luz de la verdad. En este día nacemos todos, si es que puede llamarse día, y no más bien noche; pero aquella misericordia, siempre mayor que nuestros pecados, nos dejó como una centellita en la luz de la razón. El *segundo día* será en los esplendores de los santos para perpetuas eternidades, cuando esclarezca aquella mañana serenísima, que es la misericordia que Dios tiene prometida, y sea absorbida la muerte en la victoria; cuando, desterradas las sombras y las tinieblas, lo ocupe todo el esplendor de la verdadera luz, arriba y abajo, por dentro y por fuera. *Haz, Señor, que sea oída de mí por la mañana tu misericordia* [2], dice un santo; y también: *fuimos colmados por la mañana de tu misericordia* [3]. Pero volvamos a nuestro día, al cual por su brevedad le compara al tiempo en que está uno de guardia por la noche, a la nada y al vacío aquel tan familiar al Espíritu Santo, cuando dice: *Todos nuestros días faltaron; y faltaron como el humo los días míos; y mis días se desvanecieron como la sombra* [4]. *Pocos son todos los días de*

[1] El aprecio y sumisión que sentía San Bernardo por los decretos de la Iglesia eran tales, que llegaba a atribuirlos una autoridad mayor de la que ella exigía. Por otra parte no parece distinguir aquí bien entre los varios sentidos de las Sagradas Escrituras.

[2] Ps. 141, 8.

[3] Ps 89, 14.

[4] Ps. 9.

mi vida, y esos mismos llenos de muchos males[5], dice aquel santo patriarca que vió a Dios cara a cara y que tan familiarmente hablaba con El. A la verdad, en este día concede Dios al hombre la luz de la razón y de la inteligencia; pero es necesario que le ilumine, para salir del mundo, con la luz de su ciencia; para que no suceda que, si sale de la cárcel de este mundo y sombra de la muerte apagado, no pueda ya eternamente ser iluminado. Por eso el unigénito de Dios, sol de justicia, como una hacha de inmensa y esclarecida luz, se iluminó y encendió en la cárcel de este mundo, para que todos los que quieran ser iluminados se junten a El y se acerquen de modo que nada medie entre ellos y El. Nuestros pecados son los que dividen y separan entre nosotros y Dios; así, quitados ellos, nos llegamos a la verdadera luz para ser iluminados y como incorporados con ella en una misma cosa; al modo que (para conocer el efecto de las cosas invisibles por las visibles) una candela apagada se junta sin intermedio alguno a otra que está encendida y luego arde.

3. En esta grande y resplandeciente estrella, según lo que dice el profeta[6], encendamos nosotros la luz de la ciencia, antes que salgamos de las tinieblas de este mundo, no sea que de unas tinieblas pasemos a otras tinieblas, y tinieblas sempiternas. Pero ¿a qué se reduce esta ciencia? A saber que vendrá el Señor, aunque no podemos saber cuándo vendrá. Esto es todo lo que nos piden. Pero esta ciencia, dirás, todos la tienen; porque ¿quién ignora, aun el que sólo sea cristiano en el nombre, que ha de venir el Señor a juzgar a los vivos y a los muertos y que dará a cada uno premio o castigo según sus obras? No es de todos esta ciencia, hermanos míos, ni aun de muchos; de pocos es, porque, a la verdad, son pocos los que se salvan. ¿Juzgas, acaso, que los que se alegran luego que han obrado lo malo y se aplauden a sí mismos en cosas pésimas, o saben o piensan que vendrá el Señor? Si ellos lo dijeren, no los creas, pues *el que dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es mentiroso y no hay verdad en él*[7]. *Hacen profesión,* dice el Apóstol, *de conocer a Dios, pero le niegan con sus obras*[8]. Si supieran o temieran que el Señor había de venir, no se mancharían con todo género de impurezas, sino que velarían sobre sí mismos y no permitirían tan grandes estragos en sus conciencias.

[5] Gen. 47, 9. [6] Os. 10, 12. [7] 1 Io. 2, 4. [8] Tit. 1, 16.

4. Esta ciencia en el *primer grado* produce la penitencia y dolor, haciendo que se trueque la risa en lloro, el canto en gemido, el gozo en tristeza, y comiencen a desagradarte las cosas que antes te habían agradado tanto y tengas especial horror de las que antes habías tenido especial gusto. Porque así esta escrito: *El que añade la ciencia añade el dolor* [9]; el dolor, pues, que se sigue es la señal de esta verdadera y santa ciencia. En el *segundo grado* obra la enmienda de tus costumbres, para que ya no abandones tus miembros a ser armas de iniquidad para el pecado, sino que reprimas la gula, degüelles la lujuria, deprimas la soberbia y hagas servir a la santidad el cuerpo, que sirvió antes a la iniquidad; pues la penitencia sin la enmienda nada aprovechará, como dice el Sabio: *Si lo que uno edifica el otro destruye, ¿qué provecho sacarán ambos sino el trabajo? Si uno ora y otro maldice, ¿de quién oirá Dios la voz? Si aquel que se lava después de haber tocado a un muerto, le toca de nuevo, ¿de qué le sirve haberse lavado?* [10] Antes se debe temer según la sentencia del Salvador [11], no le suceda otra cosa peor. Mas porque estas cosas no pueden durar mucho tiempo en el alma sin que vele y atienda con una circunspección infatigable sobre sí misma, esta ciencia en el *tercer grado* obra la solicitud, haciendo que, cuidadoso ya y diligente, comience el hombre a andar con su Dios y escudriñe por todas partes si habrá en él alguna cosa que pueda ofender los ojos de aquella tremenda majestad. Así, esta ciencia en la penitencia se enciende, en la enmienda arde, en la solicitud luce para que se renueve el hombre interior y exteriormente.

5. Aquí es donde ya comienza a respirar en la tribulación de los males y en el dolor, y a templar con la espiritual alegría la grandeza del temor, para no anegarse en una excesiva tristeza, a causa de la enormidad de sus delitos. De ahí es que, aunque teme a Dios como Juez, espera en El como Salvador, andando juntos ya y encontrándose mutuamente en el ánimo, el temor y la alegría, superando muchas veces a la alegría el temor y excluyendo al temor la alegría muchas veces y cerrándole en lo secreto de su gozo. Feliz aquella conciencia en que se halla incesantemente esta lucha de afectos tales, hasta que de lo que es mortal triunfe la vida; hasta que sea

[9] Eccl. 1, 18. [10] Eccli. 34, 28 y 30 [11] Io. 15, 14.

abolido el temor, que es cosa imperfecta, y le suceda la alegría, que es perfecta; porque no el temor eterno, sino la alegría eterna será para ella. Mas, ardiendo y luciendo ya de este modo, no juzgue que se halla ya en casa, en donde suele llevarse la luz encendida sin temor alguno de los vientos, sino acuérdese que está al aire y cuide de cubrir con ambas manos lo que lleva; ni se fíe del aire, aunque le vea tranquilo. Porque de repente, y a la hora que él no piense, se mudará; y si quita la mano, aunque no sea más que por poco tiempo, se apagará la luz. Aunque el ardor llegue a quemar la mano de quien la lleva (como suele suceder), escoja antes padecer que retirar las manos; porque en un momento, en un abrir y cerrar de ojos se la podrán apagar con un soplo. Si estuviéramos en aquella casa, no fabricada por los hombres, sino eterna en los cielos, en donde ningún enemigo entra y de donde ningún amigo sale, nada habría que temer; mas ahora estamos expuestos a tres malignos y fortísimos vientos, que son la carne, el diablo y el mundo, que intentan apagar la conciencia iluminada, soplando en nuestros corazones deseos malos, movimientos ilícitos, y que tan de repente nos turban que apenas puedes conocer de dónde vienes o adónde vas. De los cuales, aunque los dos muchas veces intermiten, pero del tercero ninguno sacó jamás treguas en su soplo venenoso. Por eso con una y otra mano, tanto del corazón como del cuerpo, se debe cubrir el alma, no suceda acaso que sea apagada después de haber sido iluminada; ni debe uno rendirse o apartarse, aunque el grave ardor de las tentaciones aflija con vehemencia el estado del hombre interior y exterior, sino que se debe decir con un santo: *Mi alma está siempre en mis manos* [12]. Elijamos antes arder que ceder; y así como no olvidamos fácilmente lo que tenemos en las manos, así nunca olvidemos el negocio de nuestras almas; y éste sea el principal cuidado de nuestro corazón.

6. Cuando de este modo estemos ceñidos, y estén luciendo también nuestras antorchas, se ha de hacer *la guardia en las vigilias* de la noche sobre el rebaño de nuestras acciones y pensamientos, para que si viene el Señor en la primera vigilia, o en la segunda, o en la tercera, nos halle dispuestos. La *primera vigilia* es la rectitud de la acción, de modo que procures nivelar toda tu vida a la regla que

[12] Ps. 118, 109.

juraste, y no traspases los términos que pusieron tus padres en todos los ejercicios de este camino y de esta vida, no desviándote jamás ni a la diestra ni a la siniestra. La *segunda* es la pureza de intención, de suerte que el ojo sencillo haga lúcido todo el cuerpo, a fin de que todo cuanto hagas lo hagas por Dios, y se vuelvan las gracias al lugar de donde salieron, para volver a correr. La *tercera* es la conservación de la concordia y unión, de manera que viviendo en congregación antepongas las voluntades de los otros a la tuya, para que vivas no sólo sin quejas, sino con gracia entre tus hermanos, sobrellevándolos a todos, orando por todos, y así se pueda decir de ti: *Este es el amante de sus hermanos y del pueblo de Israel, éste es el que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa de Jerusalén* [13]. Así, pues, en este día de su venida enciende en nosotros el unigénito de Dios la ciencia verdadera; aquella ciencia, digo, que nos enseña que vendrá el Señor y que es también el perpetuo y estable fundamento de nuestras costumbres.

7. *Y mañana,* dice, *veréis su gloria.* ¡Oh mañana! ¡Oh día! ¡Que él solo en los atrios del Señor vale más que otros mil días, cuando las fiestas de los meses y sábados se truequen en otras muy diferentes, ilustrando el esplendor de la luz y el fervor de la caridad a los habitantes de la tierra, hasta hacerlos poseedores de aquellas altísimas grandezas de la gloria! ¿Quién de ti se atreverá a pensar algo, cuánto menos a referirlo? Sin embargo, hermanos míos, avivemos y fortalezcamos entre tanto nuestra fe, y ya que no podemos ver aquellas maravillas que están reservadas para nosotros, por lo menos contemplemos, según se nos permite, las maravillas que por nosotros se han hecho sobre la tierra. Tres obras, *tres mixturas* hizo aquella omnipotente majestad tomando nuestra carne; pero tan singularmente maravillosas y tan maravillosamente singulares, que ni se han hecho ni se harán jamás otras semejantes sobre la tierra, pues se unieron entre sí Dios y el hombre, una madre y una virgen, la fe y el corazón humano. Admirables mixturas estas y maravilla sobre todo prodigio que cosas tan diversas y distantes pudieran entre sí unirse.

8. Y, primeramente, mira la creación, la colocación y disposición de las cosas; esto es, cuánto resplandezca el

[13] Mach. 2, 15.

poder de Dios en la creación, cuánto su sabiduría en la colocación y cuánto su benignidad en la composición. Repara en la creación, cuántas y qué grandes cosas fueron hechas poderosamente; en la colocación, qué sabiamente fueron distribuídas en sus lugares todas; en la composición, qué benignamente se juntaron entre sí las supremas y las ínfimas por una caridad tan amable como admirable, porque a este barro terreno mezcló Dios la fuerza vital, a semejanza de los árboles, en los cuales de ella procede la belleza en sus hojas, la hermosura en sus flores, el sabor y medicina en sus frutos. No contento con esto, añadió a nuestro barro la facultad sensitiva, como la hay en los brutos, que no sólo tienen vida, sino también los cinco sentidos. Todavía aumentó a nuestro barro nuevo honor, y puso en él la facultad racional, como se halla en los hombres, que no sólo viven y sienten, sino que disciernen entre lo cómodo e incómodo, entre lo bueno y lo malo, entre lo verdadero y lo falso. Quiso sublimar nuestra debilidad con más abundante gloria y se estrechó la majestad para juntar lo mejor que tenía, esto es, a sí mismo, a nuestro barro, para que se uniesen en una persona Dios y el barro mutuamente, la majestad y debilidad, tanta bajeza y sublimidad tanta. Ninguna cosa hay más alta que Dios y ninguna más baja que el barro, de que fué el hombre formado; mas con tanta humildad descendió Dios al barro y con tanta dignidad el barro subió a Dios, que todo lo que hizo Dios se cree que lo hizo el barro, y todo lo que padeció el barro se dice que Dios lo padeció, siendo esto un misterio tan inefable como incomprensible. Y atiende, que así como en aquella singular Divinidad se halla la Trinidad en las personas y la Unidad en la substancia, así en esta especial mixtura hay la Trinidad en las substancias y la Unidad en la persona; y así como allí las personas no dividen la Unidad y la Unidad no disminuye la Trinidad, así también aquí la persona no confunde las substancias, ni las substancias destruyen la Unidad de la persona. Aquella Trinidad soberana nos puso delante de los ojos esta otra Trinidad; obra admirable, obra singular entre todas y superior a todas las obras suyas. Porque el Verbo, el alma y la carne concurrieron en una sola persona; y estos tres son una cosa; y esta una cosa, estos tres, no por confusión de substancia, sino por unidad de persona. Esta es la principal y más excelente mixtura; y es la

primera entre las tres de que nos hemos propuesto tratar. Advierte, hombre, que eres barro, y no seas soberbio; advierte que Dios ha unido a sí mismo tu naturaleza, y no seas ingrato.

9. La *segunda mixtura* consiste en que una misma es Virgen y Madre, cosa sin duda admirable y singular. Jamás se oyó en todos los siglos que una virgen diera a luz, ni que una madre permaneciese virgen. Nunca, según el orden de las cosas, se halla la virginidad donde está la fecundidad, ni la fecundidad donde se conserva íntegra la virginidad. Sola es ésta, en quien la fecundidad y virginidad se abrazaron mutuamente. En María se hizo una vez lo que nunca fué hecho ni se hará jamás; porque ella es la que ni tiene primera semejante ni otra segunda que la siga. La *tercera* es la unión de la fe y del corazón humano; y ésta, aunque inferior a la primera y a la segunda, quizá no es menos fuerte que ellas. Cosa maravillosa es cómo el corazón humano acomodó su fe a estas dos cosas y cómo pudo creer que Dios fuese hombre y que fuese virgen la que había dado a luz. Así como no se pueden juntar un hierro y un vaso de barro, de la misma suerte estas dos cosas no podían entre sí unirse si el espíritu de Dios no hiciera la liga. ¿Qué? ¿Se ha de creer que sea Dios este que está reclinado en un pesebre, que llora en la cuna, que padece todas las infantiles necesidades, que es azotado, que es escupido, que es crucificado, que es colocado en un sepulcro y cerrado entre dos piedras, siendo excelso e inmenso? ¿Será virgen aquella que da de mamar al niño, a quien acompaña continuamente el marido en la mesa, en su cámara; que la lleva a Egipto; que la vuelve a traer de Egipto y solo con ella sola hace un viaje tan largo y tan secreto? ¿Cómo se pudo persuadir esto al género humano, al mundo universo? Y, sin embargo, tan fácil, tan poderosamente se persuadió, que la misma multitud de los que lo creen lo hace creíble para mí. Los jóvenes y las vírgenes, los ancianos y los mozos escogieron primero morir con mil muertes que apartarse de esta fe por un solo momento.

10. Excelente mixtura ésta; pero es más excelente la segunda; y a una y otra sobrepasa la tercera. Escuchó el oído la primera, pero el ojo no la vió, porque fué oído y creído hasta en los últimos términos de la tierra aquel grande misterio de la piedad de Dios; mas con todo eso

el ojo no vió, ¡oh Dios!, fuera de ti, cómo te juntaste al cuerpo humano en la estrechez del cuerpo virginal. Vió el ojo la segunda, porque se vió a sí misma fecunda y virgen aquella Reina singular; la cual conservaba en su memoria todas estas maravillas, meditándolas en su corazón. Conocíolo también José, igualmente testigo que guardia de tanta virginidad. La tercera subió al corazón del hombre cuando lo que se había hecho fué creído cómo se había hecho: creyendo más nosotros a los oráculos que a los ojos cuando asentimos a las cosas que se han dicho y hecho firmemente y sin dudar en manera alguna. En la primera, mira lo que te ha dado Dios; en la segunda, por medio de quién; en la tercera, para qué fin te dió a Cristo por medio de María para sanarte. En la primera está tu remedio, porque de Dios y del hombre se hizo como una cataplasma para sanar todas tus enfermedades. Se majaron y mezclaron estas dos especies en el seno de la Virgen como en un almirez, siendo el Espíritu Santo la mano que suavemente las mixturó. Pero, porque no eras digno de que se te diese a ti Cristo, se dió a María, para que de su mano le recibieses y le tuvieses; la cual, por ser madre, engendró a Dios para ti; por ser virgen, fué oída por su respeto en tu casa y en la de todo el linaje humano. Si hubiera sido madre solamente, sería bastante para salvarse ella y dar hijos al mundo, procurando educarlos y conservarlos en la fe, en la caridad, en la pureza y en una vida arreglada. Si solamente hubiera sido virgen, sería buena para sí, pero el fruto bendito de su vientre no sería el precio de todo el mundo. Siendo, pues, en la primera mixtura el remedio, es en la segunda nuestro amparo; porque *nada ha querido Dios que tengamos que no pase por las manos de María*. En la tercera está el mérito, porque merecemos en creer estos misterios; y en la fe está la salvación, pues *el que creyere será salvo*.

4 De la medicina de la siniestra y de las delicias de la diestra del Altísimo *

1. Aunque la costumbre de nuestra Orden no nos precisa tener hoy sermón, pero estaremos ocupados mañana en la solemnidad de las tres misas, y la estrechez del

* PL 183, 100.

tiempo no permitirá sermón largo. Por eso juzgo que no será inútil preparar vuestros corazones a tan grande festividad, especialmente por ser profundísima e incomprensible la altura de este misterio y como una fuente de vida, que cuanto más se saca de ella, más rebosa y nunca se puede agotar. En fin, no ignoro cuánto abunda vuestra tribulación por Cristo, y ¡ojalá que abunde también por el mismo grado vuestro consuelo! Porque ni me agrada ni me es lícito ofreceros el consuelo mundano; vil es y para nada útil semejante consuelo; y (lo que se debe temer más) también es impedimento del consuelo verdadero y saludable. Por eso el que es deleite y gloria de los ángeles se hizo salud y consuelo de los miserables; el que es grande y sublime en su ciudad, colma de gloria a sus ciudadanos; hecho párvulo y humilde en el destierro, alegra a los desterrados; y el que en las celestiales alturas es gloria del Padre, se hizo en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Se dió párvulo a los párvulos, para darse a ellos grande, cuando sean grandes, y para engrandecer y llenar de gloria después, grande y glorioso, a los que ahora justifica siendo párvulo. Por esto sin duda el vaso de elección, que había recibido de la plenitud de este párvulo (porque, aunque párvulo, está lleno, y lleno de gracia y de verdad, y es en quien habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente), por esto ciertamente prorrumpe San Pablo en esta singular expresión, que habéis oído con frecuencia en estos días: *Alegraos en el Señor siempre; otra vez os lo digo, alegraos*[1]. Como si dijera: *alegraos* del cumplimiento de lo prometido; *otra vez alegraos* de la promesa, porque la cosa excita todo gozo y la esperanza de la cosa inspira todo gozo también. *Alegraos,* porque ya habéis recibido los dones de la siniestra de Dios; *alegraos,* porque esperáis los premios de su diestra. *Pone,* dice, *su mano izquierda bajo de mi cabeza y con la derecha me abrazará*[2]. Su siniestra alivia, su diestra recibe. La siniestra sana y justifica, la diestra abraza y glorifica. En su siniestra se contienen los méritos, en su diestra los premios; en la diestra, repito, están las delicias; en la siniestra las medicinas.

2. Pero atiende qué médico tan piadoso; atiende qué médico tan sabio. Considera con el mayor cuidado qué

[1] Phil. 4. 4.
[2] Cant. 2. 6.

nuevas medicinas trae; mira qué medicinas, no sólo preciosas, sino también hermosas; no sólo utilísimas para sanar, sino deleitables a la vista y suaves al gusto. En fin, atiende a su primera medicina, que es lo primero que trae en su mano siniestra, y le hallarás concebido sin obra de varón. Repara, te ruego, qué cosa sea ésta, qué nueva, qué admirable, qué amable, qué gustosa. ¿Hay cosa más hermosa que una generación casta? ¿Hay cosa más gloriosa que una santa y limpia concepción, en que nada hay que ofenda el pudor, nada de mancha, nada de corrupción? Pero, porque quizá nos detendríamos poco en admirar esta novedad, aunque tan agradable, si al mismo tiempo no deleitara al ánimo la consideración del fruto de la salud y de la utilidad, esta concepción no sólo es gloriosa, por decirlo así, en su exterior hermosura, sino preciosa también por su interior virtud; para que así, según está escrito, se hallen en la siniestra del Señor la gloria y las riquezas juntamente; las riquezas de la salud, vuelvo a decir, con la gloria de la novedad. Porque ¿quién puede hacer limpio al que es concebido de sangre inmunda sino aquel que sólo fué concebido sin algún ilícito e inmundo deleite? En la misma raíz y origen mío fuí yo inficionado y manchado; inmunda es mi concepción, pero hay ya quien quite de mí esta confusión. Aquel la quita en quien sólo no puede caer.

3. Tengo por riquezas de salud, con que redimir la impureza de la concepción propia, la concepción purísima de Cristo. Añade todavía más, Señor Jesús; innova los portentos, varía los prodigios, porque los primeros se han hecho poco estimables para nosotros con la misma costumbre. Ciertamente el nacimiento del sol y su ocaso, la fecundidad de la tierra, la variación de los tiempos, prodigios son, y grandes prodigios; pero los vemos tantas veces que ya no hay quien ponga en ellos su atención. Innova los portentos, varía los prodigios: *Ved ahí que yo voy a hacer cosas del todo nuevas*[3]. ¿Quién dice esto? *El Cordero,* sin duda, *que estaba sentado en el trono*[4]. Cordero verdaderamente todo suave, todo dulce, todo, en fin, ungido, pues esto significa su nombre, que es Cristo. ¿A quién podrá parecer áspero o duro aquel que a su misma madre, en su nacimiento, nada causó de molestia ni de

[3] Is. 43, 19.
[4] Apoc. 21, 5.

lesión? ¡Oh milagros verdaderamente nuevos! La concepción fué sin menoscabo del pudor, el alumbramiento sin dolor. Se mudó en nuestra Virgen la maldición de Eva, porque dió a luz a su hijo sin dolor; mudóse, repito, la maldición en bendición, y como fué predicho por el ángel San Gabriel, es *bendita entre las mujeres* [5]. ¡Oh bienaventurada Virgen, sola bendita entre las mujeres y no maldita; sola libre de la maldición general y exenta del dolor de las que dan a luz! Ni es maravilla, hermanos míos, que no causase dolor a su madre aquel que llevó sobre sí todos los dolores del mundo, según lo que dice Isaías: *Verdaderamente El se ha cargado de nuestros dolores* [6]. Dos cosas teme la humana fragilidad: la vergüenza y el dolor. A librarnos de uno y otro vino Cristo, y por eso tomó en sí lo uno y lo otro cuando (sin hablar de lo demás) fué condenado por los impíos a muerte, y muerte torpísima. Así, para darnos la confianza de que quitaría de nosotros ambas cosas, primero conservó libre a su madre de lo uno y de lo otro, de suerte que ni en la concepción hubo algo de vergüenza, ni en el parto algo de dolor.

4. Todavía se aumentan las riquezas, crece la gloria, se renuevan los portentos, se varían los prodigios. No sólo fué sin vergüenza la concepción y sin dolor el parto, sino que es madre también sin perder la virginidad. ¡Oh verdaderamente novedad jamás oída! Virgen dió a luz y después del parto permaneció inmaculada, teniendo la fecundidad del Hijo con la integridad de su cuerpo, y el gozo de madre con el honor de la virginidad. Ya, con toda seguridad, aguardo la gloria de la incorrupción en mi carne, según me está prometida, supuesto que fué conservada por El la incorrupción de su madre. Fácil será a aquel Señor por quien no perdió la incorrupción su madre al dar a luz, que también este cuerpo corruptible se vista la incorrupción resucitando.

5. Con todo eso, tienes aún mayores riquezas y tienes más esclarecida gloria. La madre permanece sin corrupción de su virginidad, el Hijo sin mancha alguna de pecado; no cae en la madre la maldición de Eva, no cae en el Hijo aquella condición general de la que dijo el profeta: *Ninguno hay limpio de mancha, ni aun el infante, cuya vida es de un solo día sobre la tierra* [7]. Pero ve ahí un infante sin mancha, sólo entre los hombres veraz, más bien

[5] Lc. 1, 28. [6] Is. 33, 4. [7] Iob 15, 14.

la verdad misma. *He ahí el Cordero sin mancha, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*[8]. ¿Quién quitará mejor los pecados que aquel en quien no cae pecado? Este sin duda me puede lavar, de quien consta que no está manchado. Esta mano limpie mi ojo cubierto de lodo, que sólo ella está sin polvo. Este saque la paja de mi ojo, que no tiene la viga en el suyo; o, diciendo mejor, éste saque la viga del mío que ni un menudo polvo tiene en el suyo.

6. Hemos visto las riquezas de la salud y de la vida; hemos visto su gloria, gloria como de quien es el Hijo único del Padre. ¿Preguntas de qué Padre? *Y se llamará*, dice San Lucas, *Hijo del Altísimo*[9]. Es manifiesto quién sea el Altísimo; mas porque no quede lugar a inadvertencia alguna: *Lo santo que nacerá de ti*, dice el ángel a María, *se llamará Hijo de Dios*[10]. ¡Oh verdaderamente santo! *No permitirás, Señor, que tu Santo experimente la corrupción*[11], puesto que ni a su madre quitó la incorrupción. Crecen los milagros, se multiplican las riquezas, se abre el tesoro. La que engendra es madre y virgen; el que es engendrado es Dios y hombre. Pero ¿acaso se dará lo santo a los perros o las margaritas a los animales inmundos? Escóndase, pues, nuestro tesoro en el campo y póngase nuestro dinero en la bolsa. Cúbrase el que es concebido sin obra de varón en el desposorio de la madre y el parto sin dolor en los vagidos y lágrimas del párvulo. Escóndase la incorrupción de la casta alumbrada en la purificación legal; escóndase también la inocencia del párvulo en la acostumbrada circuncisión. Esconde, repito, esconde, ¡oh María!, el resplandor del nuevo sol, ponle en el pesebre, envuelve en las mantillas al infante. Hasta las mantillas mismas son nuestras riquezas. Más preciosos son los pañales del Salvador que toda la púrpura; y más glorioso es este pesebre que los dorados solios de los reyes; más rica, en fin, la pobreza de Cristo que todos las riquezas y tesoros. Porque ¿qué cosa puede haber más rica que una pobreza, qué cosa puede haber más preciosa que una humildad con que se compra verdaderamente el reino de los cielos y se adquiere la divina gracia, según está escrito: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[12]; y en el Apóstol: *Dios resiste a*

[8] Io. 4, 29. [9] Lc. 1, 15. [10] Lc. 1, 35. [11] Ps. 25. 35. [12] Mt. 5, 3.

los soberbios y da la gracia a los humildes? [13] Bien ves cómo te recomienda Dios la humildad en su nacimiento; pues en él se abatió a sí mismo, tomando la forma de siervo y siendo reconocido hombre en todo lo que se vió en su exterior.

7. ¿Quieres aún hallar más preciosas riquezas y una gloria singular? Mira su caridad en la pasión. *Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos* [14]. Riquezas de salud y gloria son la sangre preciosa, con que fuimos redimidos, y la cruz del Señor, en la cual nos gloriamos con el Apóstol: *Esté lejos de mí,* dice, *gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* [15]. Y decía también: *Yo no me he propuesto saber otra cosa entre vosotros que a Jesucristo, y a éste crucificado* [16]. La mano siniestra es Jesucristo, y éste crucificado; también es la diestra Jesucristo, y éste glorioso. *A Jesucristo,* dice, *y éste crucificado.* Quizá somos nosotros la cruz, en que se dice que fué Cristo enclavado. Tiene el hombre forma de cruz, que muestra más claramente si extiende los brazos. Habla, pues, Cristo en el salmo y dice: *Me clavé en el lodo del profundo* [17]. Que seamos lodo, es manifiesto; porque fuimos formados de él; mas entonces éramos del paraíso, pero ahora del profundo. *Me clavé en el lodo del profundo,* no dice pasé por encima, no dice me aparté. El mismo es quien dice: *Con vosotros estaré hasta la consumación de los siglos* [18]. El mismo es *Manuel,* que significa Dios está con nosotros; con nosotros está ciertamente, pero todavía solamente por la mano siniestra. Así, en otro tiempo, cuando dió a luz Tamar, sacó Zara primero una sola mano, la cual, para misteriosa figura de la pasión del Señor, fué atada con una cinta de púrpura.

8. De este modo tenemos ya su siniestra; pero todavía nos es necesario clamar: *Extiende tu diestra a la obra de tus manos* [19]; porque en tu *diestra se hallan eternamente las delicias* [20]. Alárganos, Señor, tu diestra, y nos basta. *La gloria,* dice, *y la riqueza se hallan en su casa* [21]; en la casa, sin duda, de aquel que teme a Dios. Pero ¿en tu casa, Señor, qué? Verdaderamente acción de gracias y voces de alabanzas. Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alaba-

[13] Iac. 4, 6.
[14] Io. 15, 13.
[15] Gal. 6, 14.
[16] 1 Cor. 2, 2.
[17] Ps. 68, 3.
[18] Mt. 28, 20.
[19] Iob 14, 15.
[20] Ps. 15, 20.
[21] Ps. 111, 3.

rán. *El ojo no vió, el oído no oyó, ni subió al corazón del hombre lo que has preparado, ¡oh Dios!, para los que te aman* [22]. Luz es inaccesible, paz es que excede toda inteligencia, fuente es que no sabe el ascenso, sino el descenso. No vió el ojo la luz inaccesible, no oyó el oído la paz incomprensible. Hermosos son a la verdad los pasos de los que anuncian la paz; pero, aunque el ruido de sus palabras haya llegado a toda la tierra, con todo eso la paz que excede a toda inteligencia, ni por ellos mismos se podía concebir qué grande era, lejos de poderla anunciar a los oídos de otros. El mismo Pablo dice: *No, hermanos míos, yo no juzgo que he llegado a donde me dirijo* [23]. Y en otra parte: *La fe viene por lo que se ha oído; y se ha oído porque la palabra de Dios se ha predicado* [24]; pero la fe, dice, no la vista clara del objeto; la promesa de la paz, no su cumplimiento. Y sin duda aun ahora hay paz en la tierra para los hombres de buena voluntad; pero ¿qué es esta paz en comparación de la plenitud y singular excelencia de aquella paz? Por eso también dice el mismo Señor: *Mi paz os doy y la paz os dejo* [25]. Como si dijera: De la mía, que sobrepasa toda inteligencia y es paz sobre toda paz, no estáis capaces todavía; por eso os doy la patria de la paz y os dejo ahora el camino para llegar a ella.

9. Pero ¿qué quiere significar lo que queda dicho: *no subió al corazón del hombre?* Sin duda es fuente y no sabe subir. Sabemos que es natural a las fuentes seguir los arroyos de los valles y desviarse de la eminencia de los montes, según está escrito. *Conduces las fuentes en los valles y haces correr las aguas entre las montañas* [26]. Esto es lo que con más frecuencia prevengo e inculco a vuestra caridad, que *Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes* [27]. Porque la fuente no sube al lugar que sea más alto que el sitio donde nace. Pero pudiera parecer por esta regla que no impedía la soberbia los caminos a la gracia, especialmente cuando no se lee que aquel primer soberbio, que según la Escritura es rey sobre todos los hijos de la soberbia, dijese: Seré más alto; sino: Seré *semejante al Altísimo* [28]. Mas no puede mentir el Apóstol, que dice: *Se ensalza sobre todo lo que se llama Dios o se adora* [29]. EL OÍDO HUMANO tiene horror de esta expresión, mas ojalá que el ánimo conciba mayor horror de un pensamiento

[22] 1 Cor. 2, 9. [24] Rom. 10, 17. [26] Ps. 103, 10. [28] Is. 14, 14.
[23] Phil. 3, 13. [25] Io. 14, 27. [27] Iac. 4, 6. [29] 2 Thes. 2, 4.

tan perverso y de un afecto tan depravado. Yo os digo, pues, que no sólo él, sino todo soberbio, se ensalza sobre Dios; porque Dios quiere que se haga su voluntad, y el soberbio quiere que se haga la suya; igualdad parece, pero atiende la enorme desproporción. Dios quiere que se haga su voluntad sólo en las cosas que la razón aprueba, mas el soberbio lo quiere con razón y contra razón. ¿Ves ya cómo es elevación y que no suben allá los raudales de la gracia? *Si no os convertís,* dice, *y os hacéis como este párvulo* (habla de sí mismo el que es fuente de vida, en quien reside y de donde mana la plenitud de todas las gracias), *no entraréis en el reino de los cielos* [30]. Apareja, pues, las zanjas, derriba los montones de los terrenos y altivos pensamientos, conformate y hazte semejante al Hijo del hombre, no al primer hombre; porque la fuente de la gracia no sube al corazón del hombre carnal y terreno. Limpia también tus ojos para ver la luz purísima; inclina tu oído a la obediencia, para que llegues alguna vez al descanso perpetuo y a la paz que es sobre toda paz. Porque Dios es luz por la serenidad, paz por la tranquilidad, fuente por la afluencia y eternidad. El ser fuente asígnalo al Padre, de quien nace el Hijo y procede el Espíritu Santo; el ser luz, al Hijo, que es el candor de la luz eterna y la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; el ser paz, al Espíritu Santo, el cual descansa sobre el humilde y manso. No digo esto porque sean estas cosas privativas de cada uno con exclusión de las otras dos personas; pues el Padre también es luz, para que el Hijo sea *luz de la luz;* y el Hijo es paz, la paz nuestra que hizo de los dos pueblos uno solo; y el Espíritu Santo es fuente de agua que brota y llega hasta la vida eterna.

10. Mas ¿cuándo llegaremos a esto? ¿Cuándo, Señor, me llenarás de alegría con tu rostro? Nos alegramos en ti cuando, naciendo como verdadero sol, viniste a visitarnos desde el cielo; otra vez nos alegramos aguardando la bienaventurada esperanza en tu segunda venida. Pero ¿cuándo llegará la plenitud de la alegría, no ya por la memoria, sino por la presencia; por el cumplimiento, no por la expectación? *Vuestra modestia,* dice el Apóstol, *sea conocida a todos los hombres; el Señor está cerca* [31]. Razón es que nuestra modestia sea conocida, porque la modestia de

[30] Mt. 13, 3.
[31] Phil. 4, 5.

nuestro Señor fué conocida de todos. ¿Qué cosa más impropia que portarse el hombre con altivez, sabiendo su propia flaqueza, habiéndose mostrado tan modesto entre los hombres el Señor de la majestad? *Aprended de mí,* dice, *que soy manso y humilde de corazón*[32], para que vuestra modestia también pueda ser conocida de los demás. Lo que se sigue: *El Señor está cerca,* se debe entender de la diestra, porque de la siniestra dice el mismo Señor: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*[33]. Cerca está el Señor, hermanos míos; nada temáis; próximo está y muy luego aparecerá. No desmayéis, no os canséis del trabajo; buscadle cuando puede ser hallado, invocadle cuando está cerca. *Cerca está el Señor de aquellos cuyo corazón está afligido*[34]; cerca está de los que le aguardan, de los que le aguardan en la verdad. En fin, ¿quieres oír qué cerca está? Escucha a la Esposa lo que canta del Amado: *Ved ahí que está detrás de la pared*[35]. Entiende en esta pared a tu cuerpo, que es el impedimento para que puedas ver al que está cerca. Por eso el mismo San Pablo deseaba ser desatado de los lazos que le unían al cuerpo y estar con Cristo[36], y exclamando más tristemente: *Infeliz hombre yo,* decía, *¿quién me librará de este cuerpo de muerte?*[37] Así también dice el profeta en el salmo: *Saca mi alma de la cárcel donde está, para que bendiga tu nombre*[38].

5 Sobre estas palabras de la Iglesia: «Santificaos hoy y estad preparados, porque mañana veréis la majestad de Dios con vosotros» *

1. Estando para celebrar el misterio inefable del nacimiento del Señor, con razón se nos previene, hermanos míos, que nos preparemos con toda santidad. Se llega a nosotros el Santo de los santos, se acerca aquel Señor que dijo: *Sed santos, porque yo soy Santo, yo que soy el Señor vuestro Dios*[1]. ¿Ni cómo se dará lo santo a los perros y la margarita a los animales inmundos, a no ser que, purgados aquéllos de la iniquidad y éstos del ilícito deleite, huyan en adelante con toda solicitud, los unos, del vómito,

[32] Mt. 11, 12. [33] Mt. 28, 20. [34] Ps. 33, 19. [35] Cant. 2, 9. [36] Phil. 1, 13. [37] Rom. 7, 2. [38] Ps. 141, 10. * PL 183, 105.

[1] Lev. 19, 2.

y los otros, del revolcadero del cieno? Para haber de recibir, en otro tiempo, Israel carnal los divinos mandatos, se santificaba con ciertas ceremonias materiales, con varias abluciones, con víctimas y sacrificios, que no podían purificar la conciencia de los que rendían a Dios este culto. Pero todas estas cosas cesaron ya, como que sólo estaban impuestas hasta el tiempo en que la antigua ley se había de corregir [2], que ya sin duda llegó. Desde ahora ya se nos intima a nosotros una perfecta santificación, se nos manda una ablución interior, se exige de nosotros una limpieza espiritual, diciendo el Señor: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* [3]. PARA ESTO VIVIMOS, hermanos míos, PARA ESTO NACIMOS, para esto hemos sido llamados, para esto nos esclareció el día de hoy. Era noche algún tiempo, cuando no se podían obrar estas cosas. Era de noche en el mundo universo antes de la venida de la luz verdadera, antes del nacimiento de Cristo. Era de noche también para nosotros antes de nuestra conversión y regeneración interior.

2. ¿Por ventura no era profundísima noche y no había densísimas tinieblas sobre la tierra cuando nuestros padres en otro tiempo reverenciaban los dioses hechos por las manos de los hombres y con un sacrilegio enteramente insensato adoraban los leños y las piedras? ¿No era también caliginosa noche para nosotros cuando vivíamos como sin Dios en este siglo, cuando nos dejábamos arrastrar de nuestras concupiscencias, cuando seguíamos los deleites de la carne, cuando obedecíamos a los deseos mundanos, cuando hacíamos nuestros miembros armas de iniquidad para cometer el pecado, cuando servíamos a la injusticia y a la impureza para obrar la maldad; en las cuales cosas, como de obras que son de tinieblas, nos avergonzamos ahora con razón nosotros mismos? *Los que duermen, por la noche duermen*, dice el Apóstol, *y los que se embriagan, por la noche se embriagan* [4]. Y a la verdad, todo esto fuisteis, pero habéis sido despertados, habéis sido santificados, si es que sois hijos de la luz y del día, no de la noche y de las tinieblas. Prenuncio del día es el que clama: *Sed sobrios y velad* [5]; y a los judíos les decía en el día de Pentecostés, hablando de sus condiscípulos: *Estos no están embriagados como vosotros pensáis, pues no es toda-*

[2] Hebr. 9. 10. [3] Mt. 5. 8. [4] 1 Thes. 5. 7. [5] 1 Petr. 5. 8.

vía más que la hora tercera del día". Esto es lo mismo que dice su Apóstol: *La noche pasó y el día se acercó: desechemos, pues, las obras de tinieblas y vistámonos las armas de la luz; caminemos con decencia y honestidad como quien anda de día*[7]. Desechemos, dice, las obras de tinieblas; esto es, la somnolencia y la embriaguez (porque, como arriba hicimos mención, los que duermen, por la noche duermen, y los que se embriagan, por la noche se embriagan), para que, como quien está en el día, no nos durmamos, sino que caminemos con honestidad y no temulentos. ¿Ves un hombre cuya alma está casi dormida por el tedio y disgusto para toda obra buena? En tinieblas está hasta ahora. ¿Ves otro embriagado de amargura, que sabe más de lo que conviene y no según sobriedad, cuyos ojos no se llenan con ver, ni sus orejas con oír; que amando el dinero u otra cosa semejante, no se sacia, pues tiene una gran sed como el hidrópico? Hijo de la noche es y de las tinieblas. Ni se separan fácilmente estas dos cosas, diciendo la Escritura: *El ocioso todo es deseos;* esto es, embriagado está, todo soñoliento. Santifiquémonos, pues, hoy y estemos preparados; preparados, sacudiendo de nosotros el sueño; santificados, conduciéndonos con toda honestidad, como quien anda de día sin incurrir en la embriaguez de la noche y resistiendo al furor de los deseos malos. Porque a estas dos cosas se reducen toda la ley y los profetas, que son: apartarse de lo malo y obrar lo bueno.

3. Mas esto hoy; porque el día de mañana no se ocupará en la santificación y preparación, sino en la vista de la majestad. *Mañana*, dice, *veréis la majestad de Dios en vosotros*. Esto es lo mismo que decía el patriarca Jacob: *Mañana responderá por mí mi justicia*[8]. Hoy se cultiva la justicia, mañana corresponderá ella; hoy se ejercita, mañana fructificará. De otra suerte, lo que el hombre no sembrare, no lo segará; ni verá entonces la majestad el que despreciare ahora la santidad; ni nacerá el sol de la gloria a quien no hubiere nacido el sol de la justicia; ni alumbrará el día de mañana a quien no hubiere alumbrado el día de hoy. Sin duda, el mismo que fué hecho hoy justicia para nosotros por Dios Padre, aparecerá mañana como vida nuestra, para que también aparezcamos nosotros con

[6] Act. 2, 15. [7] Rom. 13, 12. [8] Gen. 30, 33.

El en la gloria. Hoy nace para nosotros párvulo, con el fin de que el hombre no piense en engrandecerse a sí mismo, sino que, más bien, nos convirtamos y nos hagamos como párvulos; mañana se mostrará el Señor grande y digno de toda alabanza, para que nosotros también seamos engrandecidos como merecedores de la alabanza cuando cada uno, según lo que dice la Escritura, tenga la alabanza de Dios. Para decirlo de una vez: a los que justifique hoy, mañana glorificará; y a la consumación de la santidad se seguirá la vista de la majestad. Ni será infructuosa la vista, aunque no consista sino en la semejanza, puesto que seremos semejantes a El, porque le veremos como es en sí. Por lo cual aquí también no se dice absolutamente: *Veréis la majestad de Dios*, sino que se añade expresamente: *en vosotros*. Hoy, ciertamente, como en un espejo nos vemos en El cuando recibe lo nuestro; mañana le veremos a El en nosotros cuando ya nos dé lo suyo, cuando se nos muestre a sí mismo, cuando nos lleve a sí mismo. Esto es lo que nos dió a entender cuando prometió [9] que El mismo, pasando por delante de sus siervos fieles, los había de servir. Mas, entre tanto, recibimos de su plenitud, no ciertamente gloria por gloria, sino gracia por gracia, como está escrito: *La gracia y la gloria la dará el Señor* [10]. No desprecies, pues, los dones primeros, si deseas recibir los que se siguen; no te fastidie el primer manjar, si quieres tomar los que vengan después; no rehuses tomar lo que te dan, a lo menos por el plato en que te lo dan. Porque un plato que no puede pudrirse jamás hizo para sí nuestro Rey pacífico, acomodando a sí un cuerpo incorruptible, en que había de ministrar los manjares de la salud. *No permitirás*, dice, *que tu Santo experimente la corrupción* [11]; aquello mismo, sin duda, que el ángel dijo a María: *Lo santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios* [12].

4. Ojalá que por este Santo seamos santificados hoy para que veamos la majestad de El cuando amanezca aquel día, pues ha esclarecido para nosotros un día santificado, un día de salud, no de gloria y felicidad. Finalmente, mientras que se celebra la memoria de la pasión del Santo de los santos, el cual padeció en el día de *Parasceve*, esto es, en el día de la *preparación;* con razón se dice a todos: *Santificaos y estad preparados*. Santificaos

[9] Lc. 12, 37. [10] Ps. 83, 13. [11] Ps. 15, 11. [12] Lc. 1, 35.

más y más, adelantando de virtud en virtud, y estad preparados perseverando. Pero ¿con qué medios nos santificaremos? He leído en la Escritura de uno: *Le santificó Dios en su fe y en su mansedumbre* [13]. Ni es posible agradar a los hombres sin mansedumbre ni a Dios sin fe. Justamente nos amonestan que estemos preparados con estas dos cosas, pues por ellas podremos concordar con Dios, cuya majestad hemos de ver, y mutuamente con nosotros mismos para que le veamos en nosotros igualmente. Por tanto, nos conviene que obremos lo bueno no solamente delante de Dios, sino delante de los hombres, para que así podamos ser agradables no sólo a nuestro Rey, sino a nuestros conciudadanos y compañeros.

5. Y ciertamente antes que todo debemos tener en nosotros la fe, de la cual se lee: *Con la fe purificó Dios sus corazones* [14], pues son *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* [15]. Fíate, pues, todo de Dios, encomiéndate a él, descárgate en su providencia de todos sus cuidados, y él te sustentará, de modo que confiadamente puedas decir: *El Señor está solícito por mí* [16]. No perciben esto aquellos hombres amantes de sí mismos, presumidos de sabios, cuidadosos de sus intereses, que no dudan contentar su sensualidad satisfaciendo sus deseos, que están sordos a la voz del que dice: *Echad en Dios toda vuestra solicitud, porque él tiene cuidado de vosotros* [17]. No es fe, sino perfidia, fiarse de sí propio; ni es confianza, sino desconfianza, poner la esperanza en sí mismo. Aquel es verdaderamente fiel que ni fía de sí mismo ni espera en sí mismo, sino que se reputa para sí como un vaso perdido, y de tal suerte pierde su alma que la guarda para la vida eterna. A la verdad, esto lo hace sólo la humildad de corazón, por la cual el alma fiel se guarda de apoyarse en sí misma, y por eso, desamparándose a sí propia, sube ya del desierto, sustentándose en los brazos de su amado y rebosando en delicias.

6. Para que nuestra santidad sea perfecta es preciso que aprendamos también la mansedumbre y humildad de una vida semejante a la del Santo de los santos, como dice él mismo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* [18]. ¿Qué puede estorbar ya para que llamemos abundante en delicias a un hombre que, suave y manso y

[13] Eccli. 45, 4.
[14] Act. 15, 9.
[15] Mt. 5, 8.
[16] Ps. 39, 18.
[17] 1 Petr. 5, 7.
[18] Mt. 11, 29.

de mucha misericordia, se hace todo para todos y a todos los rocía con el óleo de la mansedumbre y suavidad de que está él tan embebido por dentro, tan teñido por afuera y bañado por arriba que parece lo va destilando por todas partes? Feliz el que, preparado con esta duplicada satisfacción, puede decir: *Aparejado está mi corazón, Dios mío, aparejado está mi corazón*[19]. Seguramente tendrá hoy por fruto de sus obras la santidad, para tener mañana el fin, que es la vida eterna. Verá la majestad de Dios, en lo que sin duda consiste la vida eterna, como dice la Verdad misma: *La vida eterna es conocerte a ti, solo verdadero Dios, y a Jesucristo, a quien enviaste*[20]. Le dará el justo Juez la corona de justicia en aquel día, al que seguramente no se seguirá otro. Entonces verá y rebosará en alegría, se admirará y se dilatará su corazón. ¿Hasta dónde se dilatará? Hasta ver la majestad de Dios en sí mismo. No juzguéis, hermanos, que podamos explicar con palabras esta promesa.

7. Santificaos hoy y estad preparados; mañana veréis y os alegraréis y se llenará vuestro gozo. ¿Qué no llenará aquella Majestad? Llenará sobremanera, llenará hasta rebosar cuando echen en nuestro seno *una medida buena, cumplida, remecida y que rebose*[21]. Tanto rebosará, que excederá de un modo todo singular y propio de la benignidad y magnificencia de Dios, no sólo los méritos, sino nuestros deseos, así como verdaderamente es poderoso para hacer mucho más que cuanto nosotros podemos entender ni pensar. A tres cosas principalmente se dirigen nuestros deseos: a lo que es decente, a lo que es provechoso y a lo que es deleitable. Esto es lo que deseamos; todos, a la verdad, todo esto; pero uno más aquello, otro más esto. Uno de tal modo está dado al deleite, que no aprecia la honestidad ni la utilidad. Otro, solícito solamente por sus intereses, ni hace caso de lo honesto ni de lo gustoso; aquél, cuidando muy poco de la utilidad y del deleite, solamente o sobre todo lo demás sigue el honor. Ni es en sí reprensible el deseo de estas cosas, con tal que las busquemos en donde sólo se pueden hallar. Donde se hallan, pues, verdaderamente estas cosas son una sola cosa; y ésta, sin duda, es el sumo bien, la suma utilidad, la suma gloria,

[19] Ps. 56, 8.
[20] Io. 17, 3.
[21] Lc. 6, 38

el sumo deleite. En cuanto nosotros por ahora podemos percibir, estas cosas son nuestra expectación y la vista prometida de la majestad de Dios en nosotros, para que Dios sea todas las cosas en todos: todo lo gustoso, todo lo útil y todo lo honesto.

6 De la anunciación de la natividad del Señor en el Martirologio *

1. Una voz llena de alegría hemos oído, una voz digna de todo aprecio: *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* En estas palabras se ha derretido mi alma y mi espíritu hierve en mis entrañas, apresurándose, con el ansia que suele, a comunicaros este júbilo y este gozo. Jesús significa salvador. ¿Qué cosa era tan necesaria para los perdidos, tan deseable para los miserables, tan útil para los desesperanzados? De otra suerte, ¿de dónde vendría la salud, de dónde aun la más tenue esperanza de ella, en la ley del pecado, en este cuerpo de muerte, en esta malicia del día y en este lugar de aflicción, si no nos naciera una nueva e inesperada? Mas tú acaso deseas la salud, pero recelas de la aspereza de la curación, como quien sabes tu propia delicadeza y enfermedad. No temas; Cristo es suave y manso y de mucha misericordia, ungido con el óleo de la alegría de una manera más excelente que todos los que han participado de él, que son los que recibieron, aunque no la plenitud misma, sino sólo de la plenitud de esta unción. Mas, aunque oyes que es suave, no presumas que será salvador ineficaz, porque se añade que es *Hijo de Dios,* y cual es el Padre, tal es el Hijo, teniendo en su mano el poder para hacer cuanto quiere. Ya quizá, habiendo oído la utilidad de la salud y la suavidad de la unción, no sé qué estás diciendo dentro de ti mismo, cuidadoso, a lo que yo sospecho, de si esto será decente. Te das el parabién a ti mismo de que se acerque el Salvador, como quien yace paralítico en el lecho o más bien medio vivo en el camino de Jerusalén a Jericó. Te alegras todavía más de que el médico no es áspero, ni usa de medicinas molestas, porque acaso te pareciera más intolerable la curación, aunque breve, que la enfermedad, aunque larga. Así, sin duda, así hasta el día de hoy perecen muchos huyendo del Médico, pues aunque

* PL 183, 109.

conocen a Jesús, no le reconocen como Cristo, infiriendo con un discurso humano de la multitud y malignidad de sus achaques la molestia del remedio que se les prepara.

2. Pero si ya estás cierto de que es salvador y le reconoces igualmente por Cristo, que no usa de cauterio, sino de ungüento; no de ustión, sino de unción, una cosa sola juzgo que pudiera hacer vacilar a una criatura que se precia de noble, y es que le parezca acaso (lo que Dios no permita en nosotros) no ser bastante digna para esto la persona del Salvador. Mas yo creeré que no eres tan ambicioso de gloria, o celoso de tu honor, que dejes de recibir este beneficio de la salud de cualquiera de aquellos que son siervos como tú si él te le pudiera hacer. Mucho menos tendría de qué arrepentirse tu orgullosa delicadeza si éste fuese un ángel o un arcángel u otro de cualquiera orden superior de los espíritus bienaventurados. Pero ahora con tanta mayor devoción debes tomar la curación de la mano de este Salvador, cuanto con mayor excelencia que todos los ángeles recibió el nombre de Hijo de Dios. Y mira si no explicó más claramente el ángel estas tres cosas, hablando a los pastores y declarando la nueva de aquel grande gozo que les anunciaba: *Porque os ha nacido hoy el Salvador,* les dice, *que es Cristo Señor* [1]. Alegrémonos, pues, hermanos, y démonos repetidos parabienes en este nacimiento, pues tan altamente resplandecen en él la utilidad de la salud, la suavidad de la unción y la majestad del Hijo de Dios, que nada se echa de menos de cuanto se puede desear: ni lo útil, ni lo gustoso, ni lo honesto. Alegrémonos, vuelvo a decir, meditando dentro de nosotros mismos y repitiéndonos los unos a los otros las suaves palabras, la dulce expresión: *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.*

3. Ni responda a esto algún indevoto, algún ingrato, algún irreligioso: «Eso no es cosa nueva; en otro tiempo se oyó, en otro tiempo se hizo, en otro tiempo nació Cristo.» Porque yo digo: Sí, es verdad, en otro tiempo nació y antes también. Ni extrañará que diga yo en otro tiempo y antes el que tuviere presente el dicho del profeta: *Por toda la eternidad y más allá* [2]. Nació Cristo, pues, no sólo antes de nuestros tiempos, sino antes de todos los tiempos; pero aquel nacimiento se encubrió en las tinieblas o, por

[1] Lc. 2, 11.
[2] Ex. 15, 18.

decir mejor, habita en una luz inaccesible, se oculta en el corazón del Padre en un monte denso y lleno de sombra. Así, para darse a conocer en algún modo, nació; y naciendo en el tiempo de la carne, naciendo en la carne, se hizo carne el Verbo. Pero ¿qué maravilla es que aun hoy se diga en la Iglesia: *Cristo, Hijo de Dios, nace,* cuando tanto antes se decía de él sin duda alguna: *Un Niño nos ha nacido?* [3] Ya en otro tiempo, pues, se comenzaron a decir estas palabras, y ninguno de los santos se fastidió de ellas. Porque *Jesucristo, Hijo de Dios, es ayer y hoy y eternamente* [4]. De aquí es que el primer hombre, padre de todos los vivientes, dijo, pronunciando un gran misterio, que después explicó el Apóstol de Cristo y de su Iglesia: *Dejará el hombre al padre y a la madre y se juntará a su mujer, y serán dos en sola una carne* [5].

4. Por lo mismo, igualmente Abraham, padre de todos los creyentes, *deseó con ansia ver este día, y le vió y se alegró* [6]. De otra suerte, ¿cuándo hubiera mandado él a su siervo, que le hacía el juramento en el nombre del Dios del cielo, que pusiera su mano debajo de su muslo [7], si no hubiera previsto que había de nacer del mismo muslo el Dios del cielo? Este consejo de su corazón manifestó Dios también a aquel hombre según su corazón al cual le hizo un juramento muy verdadero que jamás podrá faltar, diciéndole: *Del fruto de tu vientre pondré sobre tu silla* [8]. Por eso nace en Belén de Judá, ciudad de David, como dice el ángel [9]; sin duda por la verdad de Dios en cumplir las promesas hechas a los antiguos Padres. Esto mismo, en muchos y varios modos, fué revelado a los patriarcas y profetas, y estaban muy lejos los que amaban a Dios de oírlo con negligencia jamás, sino que quizá parezca que hacía poco caso el que decía: *Ruégote, Señor, que envíes al que has de enviar* [10], o que se fastidiaba de esto el que clamaba: *Ojalá que rompieses los cielos y descendieses* [11], y otras cosas semejantes a éstas. Después vieron y oyeron los apóstoles santos esto mismo y sus manos trataron al Verbo de la vida; el cual les decía a ellos particularmente: *Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis* [12]. Ultimamente también para nosotros, cristianos, se guardó esto, depositado sin duda en los tesoros de la fe, diciendo

[3] Is. 9, 6.
[4] Eph. 5, 31.
[5] Gen. 2, 24.
[6] Io. 8, 56.
[7] Gen. 24, 2.
[8] Ps. 131, 11.
[9] Lc. 2, 4.
[10] Ex. 4, 13.
[11] Is. 64, 1.
[12] Mt. 13, 16.

el mismo Señor: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* [13]. Esta es nuestra suerte en la palabra de la vida; ni puede ser, a la verdad, despreciable suerte, cuando por ella se vive y se vence al mundo; porque *el justo vive en la fe* [14] *y nuestra fe es la victoria que vence el mundo* [15]. Ella misma es la que, como un remedio de la eternidad, comprende en su vastísimo seno las cosas pasadas y juntamente las presentes y futuras; de suerte que nada se le pasa, nada perece para ella, nada va delante de ella.

5. Por tanto, justamente en prueba de vuestra fe, luego que sonó la voz de esta anunciación en vuestros oídos, os llenasteis de gozo, disteis gracias, adorasteis postrados hasta el suelo, concurriendo todos como debajo de la sombra de sus alas y alentando vuestra esperanza bajo de sus plumas. ¿No clamó cada uno de vosotros en su corazón al oír el nacimiento del Salvador: *Mi dicha será estar allegado a Dios?* [16] ¿O más bien aquello que el mismo profeta dice: *Alma mía, está sujeta a Dios?* [17] Infeliz cualquiera que, postrado, humilla fingidamente el cuerpo, manteniendo el corazón inflexible, puesto que *hay quien se humilla maliciosamente y su interior está lleno de dolo* [18]. Si hay alguno que considera poco sus necesidades, que siente poco los propios daños, que se precave poco de los peligros, que recurre con poca devoción a los remedios de la salud que nos ha nacido, que se sujeta a Dios poco afectuosamente, que canta con poca confianza: *Te has hecho, Señor, refugio para nosotros* [19], la adoración de éste es poco acepta a Dios, su postración poco verdadera, su humillación poco cumplida, su fe poco victoriosa, o, por mejor decir, poco viva. Pero ¿por qué dice: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* [20], como si el mismo creer no pareciera ya ver en algún modo? Mas advierte con cuidado a quién y cuándo se dijo. Se dijo al que era reprendido de que había creído por haber visto, porque no es lo mismo haber visto, y por eso haber creído, que haber visto creyendo. De otra suerte, ¿cómo se ha de creer que nuestro padre Abraham vió este día sino creyendo? ¿Ni cómo hemos de entender aquello que nos cantaron esta noche: *Santificaos hoy y estad preparados, porque mañana veréis la majestad de Dios en vosotros,* si no es ver con el entendimiento, representar con piadosa devoción y hacer memoria, con una fe no

[13] Io. 20, 29. [14] Hab. 2, 4. [15] 1 Io. 5, 4. [16] Ps. 72, 28. [17] Ps. 61, 6. [18] Eccli. 19, 23. [19] Ps. 89, 1. [20] Io. 20, 29.

fingida, de aquel misterio grande de la piedad grande de Dios, que fué manifestado en la carne, justificado por el espíritu [21]; que se dejó ver a los ángeles, que se predicó a las naciones, que fué creído por el mundo y recibido en la gloria?

6. Siempre es nuevo, pues, lo que está siempre renovando las almas; ni es viejo jamás lo que nunca cesa de fructificar y perpetuamente no se marchita. Porque éste es el Santo en quien nunca tendrá lugar la corrupción. Este es el nuevo hombre que, incapaz en sí mismo de vejez, restituye a una nueva y verdadera vida aun a aquellos cuyos huesos se habían envejecido. De ahí es que también en la presente gustosísima anunciación, si lo habéis advertido, se dice, con mucha congruencia, no tanto que ha nacido como que nace [22]: *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.* Porque así como aun ahora se sacrifica de alguna manera cada día mientras que hacemos memoria de su muerte, así también parece que nace cuando fielmente representamos su nacimiento. Mañana, pues, veremos la majestad de Dios, pero en nosotros, no en sí misma; veremos sin duda la Majestad en la humildad, el poder en la debilidad, a Dios en el hombre. El mismo es Manuel, que significa *Dios con nosotros.* Y escúchalo más claramente: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* [23]. En fin, desde entonces en adelante, *Vimos su gloria, pero gloria como de quien es el Unigénito del Padre; le vimos ciertamente lleno de gracia y de verdad;* no vimos, pues, la gloria de su potestad y claridad, sino la gloria de la piedad paterna, la gloria de la gracia, de la cual dice el Apóstol: *En alabanza de la gloria de su gracia* [24].

7. Así, pues, nace Cristo. Pero ¿en dónde juzgas? En Belén de Judá; porque no es justo que pasemos a Belén en silencio. *Pasemos hasta Belén* [25], dicen los pastores; no dicen pasemos de Belén. Porque ¿qué importa que sea lugar pequeño? ¿Qué importa que parezca la ciudad más pequeña de Judea? Ni aun esto mismo deja de ser muy

[21] 1 Tim. 3, 16.

[22] Nótese cuánto hincapié hace el santo Doctor en la *presencia* y perenne actualidad de los misterios de Cristo, vividos hoy por los cristianos. Insistía en ello muy especialmente San León, como insiste de nuevo la escuela benedictina de María Laach y de Beuron con Marmión, Hervegen, Baur y Pius Parchs a la cabeza.

[23] Io. 1, 14.

[24] Eph. 1, 6.

[25] Lc. 2, 18.

propio para aquel Señor que, siendo rico, se hizo por nosotros pobre, y, siendo Señor grande y digno de toda alabanza, nació párvulo para nosotros ; y decía después: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[26]; y también: *Si no os convertís y haceis como este párvulo, no entraréis en el reino de los cielos*[27]. Por lo cual también escogió un establo y un pesebre, una casa sin duda de barro y que era habitación de jumentos, para que sepáis que El es quien levanta de entre el estiércol al pobre y alimenta a los hombres y a los jumentos.

8. Ojalá que también nosotros seamos este Belén de Judá para que se digne nacer en nosotros y merezcamos oír : *¡A vosotros, que teméis a Dios, nacerá el sol de justicia!*[28] Acaso esto mismo es lo que decíamos más arriba ; conviene a saber, que para ver la majestad de Dios en nosotros es necesaria la santificación y la preparación. Pues también, según el profeta, *se hizo Judea su santificación,* por cuanto todas las cosas se lavan en la confesión, que es significada en Judea. *Belén* se interpreta *casa de pan,* y por esto propiamente alude a la preparación. Porque ¿en qué modo está dispuesto para recibir huésped tan grande aquel que dice: *No hay en mi casa pan?*[29] En fin, porque estaba desproveído uno, tuvo necesidad de dar golpes a la puerta de su amigo a la media noche y decirle: *Un amigo mío ha venido a mi casa yendo de camino y no tengo nada que darle*[30]. *Preparado está su corazón para esperar en el Señor,* dice el profeta, hablando sin duda del hombre justo: *Su corazón está fortalecido, no vacilará*[31]. No está preparado el corazón que no está fortalecido; y sabemos por el mismo profeta que el pan fortalece el corazón del hombre. No está, pues, preparado, sino árido y desanimado, el corazón de aquel que se ha olvidado de comer su pan. Pero está preparado y no turbado para guardar los mandamientos de la vida el que, olvidado de lo que queda atrás, extiende su atención y cuidado a lo que está más adelante Ved ya qué digno es de huirse un olvido y qué digno de desearse es otro olvido. Ni todo Manasés pasó el Jordán ni todo él escogió en la otra parte mansión. Hay quien se olvida del Señor, su criador, y hay quien le mira siempre delante de sí, olvidado de su pueblo y de la casa de su Pa-

[26] Mt. 5. 3.
[27] Mt. 18, 3.
[28] Mal. 4. 2.
[29] Is. 3. 7.
[30] Lc. 11. 6.
[31] Ps. 111. 8.

dre. Aquél pone en olvido las cosas celestiales, éste las terrenas; aquél lo futuro, éste lo presente; aquél las cosas que no se ven, éste las que se ven. Ultimamente, aquél los intereses de Jesucristo, éste los suyos propios. Uno y otro es Manasés; uno y otro olvidadizo, pero el uno se olvida de Jerusalén, el otro de Babilonia; porque el uno se olvida de lo que impide y éste es el que está preparado; el otro, de las cosas que convienen y que no es razón echar en olvido, y éste está indispuesto enteramente para ver en sí la majestad del Señor; pues ni él es casa de pan donde nace el Salvador, ni es aquél Manasés a quien se manifiesta el que gobierna a Israel y se sienta sobre los querubines. *Manifiéstate,* dice, *delante de Efraín, Benjamín y Manasés*[32]. Yo juzgo que estos tres representan a los que se salvan, a los cuales otro profeta dió el nombre de Noé, Daniel y Job, y que los mismos son también designados en aquellos tres pastores a quienes, habiendo nacido el ángel del gran consejo, anunció el ángel la nueva de tanto gozo.

9. Pero mira si singularmente se representan los mismos en los tres Magos, que vienen no sólo del Oriente, sino del Occidente, para sentarse con Abraham, Isaac y Jacob. Porque tal vez sin impropiedad podemos asignar la ofrenda del incienso a Efraín (que significa fructificación), puesto que corresponde ofrecer a Dios incienso digno de subir al cielo a los que el Señor destinó para que vayan y traigan fruto, esto es, a los prelados de la Iglesia. A Benjamín (que significa hijo de la diestra) le conviene ofrecer el oro, es decir, los bienes de este mundo, para que el pueblo fiel, colocado a la derecha, merezca oír del eterno Juez: *Tuve hambre y me disteis de comer*[33]. Manasés (con tal que sea aquel Manasés a quien se manifiesta el Señor) ofrezca la mirra de la mortificación, la cual se exige con especialidad de nuestra profesión. Y esto sea dicho para que no seamos de aquella porción de Manasés que se fijó en la otra parte del Jordán, sino que más bien olvidemos lo que queda atrás, extendiéndonos y atendiendo a las cosas que están más adelante.

10. Ahora volvamos a Belén y veamos esta Palabra que se ha hecho, que hizo el Señor y nos ha manifestado a nosotros[34]. Casa de pan es, como dijimos. Bueno es para

[32] Ps. 79, 2.
[33] Mt. 25, 35.
[34] Lc. 2, 15.

nosotros detenernos allí, porque donde estuviere el Verbo del Señor no faltará ciertamente pan que fortalezca el corazón del hombre, diciendo el profeta: *Fortaléceme con tus palabras*[35]. Sin duda, de la palabra que procede de la boca de Dios vive el hombre, vive en Cristo, vive Cristo en él. Allí nace, allí aparece; ni ama de ninguna manera al corazón vacilante y que titubea, sino al estable y fortalecido. Si alguno se queja, si alguno duda, si alguno vacila, si piensa volver al vómito, volver al cieno, desamparar lo que había votado, desviarse de lo que había propuesto, no es Belén éste ni casa de pan. Sola el hambre, y un hambre fuerte, le compele a bajar a Egipto, a apacentar los animales inmundos, a anhelar su despreciable alimento, como quien se halla tan lejos de la casa del pan, de la casa de su Padre, en la cual hasta los jornaleros tienen panes con abundancia. No nace Cristo, pues, en este corazón, a quien falta la fortaleza de la fe, que es pan de vida, según lo que dice la Escritura: *El justo vive de la fe*[36]; porque la verdadera vida del alma (que es Dios mismo) no habita ahora sino por la fe en nuestros corazones. ¿Ni cómo se pudiera creer que nace Cristo en semejante corazón, o que nace para él la salud, siendo cierta e infalible aquella sentencia que dice que *sólo el que persevere hasta el fin se salvará?*[37] Que Cristo no reside en él en modo alguno y que no es del número de aquellos a quienes se dice: *Vosotros habéis recibido la unción del santo*[38], se hace conocer, y con mucha certeza, de que se secó también su corazón desde que se olvidó de comer su pan. Mucho menos pertenece ya al Hijo de Dios este hombre, porque su espíritu no rebosa sino sobre el quieto y humilde y que se estremece a sus palabras; ni puede haber sociedad alguna entre la eternidad y tanta mutabilidad, entre aquel *que es* y aquel que nunca permanece en un mismo estado. Con todo esto, por firmes que estemos, por más que nos hallemos fortalecidos en la fe, por más preparados, por más abundantes de panes, dándonos éstos misericordiosamente aquel Señor a quien todos los días decimos orando: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*[39], tenemos necesidad de añadir consecutivamente: *perdónanos nuestras deudas*. Porque *si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos, y no se halla la verdad en nosotros*[40].

---

[35] Ps. 118, 28.
[36] Hab. 2, 4.
[37] Mt. 10, 22.
[38] 1 Io. 2, 20.
[39] Mt. 6, 11.
[40] 1 Io. 1, 8.

La verdad es, sin duda, Jesucristo, Hijo de Dios, que nace no en Belén precisamente, sino en Belén de Judá.

11. Preparémonos, pues, con la confesión de nuestros pecados, para estar delante del Señor, de modo que, santificados y dispuestos, seamos también Belén de Judá nosotros y merezcamos ver nacer en nosotros mismos al Señor. Sin embargo, si alguna alma adelanta tanto (esto, a la verdad, es mucho para nosotros) que llegue a ser virgen fecunda, que sea estrella de la mar, que esté llena de gracia y tenga también al Espíritu Santo que venga sobre ella, pienso que no se desdeñará de nacer no sólo en ella, sino de ella. Ninguno presuma atribuirse esto a sí mismo, sino aquellos que con especial designación y como con el dedo mostrare el mismo Señor, diciendo: *Ved ahí mi madre y mis hermanos* [41]. Pero escucha a uno de éstos: *Amados hijos míos,* dice, *por quienes de nuevo siento los dolores del parto hasta que Cristo se forme en vosotros* [42]. Porque, si parecía que nacía en ellos Cristo cuando en ellos se formaba, ¿cómo no presumiría en decir que nacía de él Cristo, el que de algún modo le daba a luz en ellos? Y tú, sin duda, sinagoga impía, nos diste a luz este hijo, haciendo, sí, el oficio de madre, pero negándote al afecto de tal. Le arrojaste de tu seno, echándole fuera de la ciudad y levantándole de la tierra, como diciendo a la Iglesia congregada de las gentes y a la Iglesia también de los primeros escogidos, que está en los cielos: «Ni sea para mí ni sea para vosotros, sino divídase; pero divídase no entre ambas, sino de ambas. Pues habiéndole expelido de tu regazo, levantándole arriba y elevándole muy poco sobre la tierra, de suerte que ni estaba dentro de tus muros ni en la tierra, le estrechaste con hierro por todos lados para que no se fuese por esta o la otra parte, con el fin de que, separado ya de ti, no llegase a ser de la una ni de la otra. ¡Madre cruel! Así le quisiste hacer abortivo, no habiendo quien recibiera al que habías tu desechado. Mira lo que adelantaste con esto, o, más bien, mira cómo nada has adelantado. De todas partes salen las hijas de Sión para ver al rey Salomón en la diadema con que le coronaste. El mismo, dejando a su madre, se junta a su mujer para ser dos en una sola carne, y expelido de la ciudad y levantado sobre la tierra, trae a sí todas las cosas, como quien es Dios bendito sobre todo por los siglos. Amén.

[41] Mt. 12, 49. [42] Gal. 4, 19.

EN EL DIA DE NAVIDAD*

1 De las fuentes del Salvador**

1. Grande es, amadísimos, verdaderamente grande, la presente solemnidad del nacimiento del Señor; pero la brevedad del día precisa abreviar el sermón. Ni es maravilla que hagamos nosotros breve la palabra cuando el mismo Dios Padre hizo al Verbo abreviado. ¿Queréis saber qué breve le hizo al que era tan largo? *El cielo y la tierra,* dice este Verbo, *lleno yo* [1]. Y ahora, hecho carne, es colocado en un estrecho pesebre. *Tú eres Dios,* dice el profeta, *desde toda la eternidad y por todos los siglos* [2]. Y ved ahí que se ha hecho infante de un solo día. ¿Cuál fué el fin, hermanos, o qué necesidad hubo de que así se abatiese, así se humillase, así se abreviase el Señor de la Majestad, sino para que vosotros lo hagáis igualmente? Ya clama con las obras lo que después ha de enseñar con las palabras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* [3], para que se vea que es veraz el que dice: *Comenzó Jesús a obrar y a enseñar* [4]. Por tanto, os pido encarecidamente, hermanos míos, no permitáis que se os haya mostrado en balde ejemplar tan precioso, sino que os conforméis a él y os renovéis en el espíritu de vuestra alma. AMAD LA HUMILDAD, que es el fundamento y la guarda de todas las virtudes; seguidla, porque ella sola puede salvar las almas. ¿Qué cosa más indigna, qué cosa más detestable y que merezca mayor castigo que, viendo a Dios hecho párvulo, proseguir todavía el hombre engrandeciéndose a sí mismo sobre la tierra? Intolerable insolencia es que se hinche y envanezca un gusanillo, abatiéndose la majestad de Dios.

2. Este, pues, fué el motivo por que se abatió, tomando la forma de siervo, aquel Señor que en la forma de Dios era igual al Padre; pero se abatió en la majestad y potencia, no en la bondad y misericordia. Porque ¿qué es lo que dice el Apóstol: *Apareció la benignidad y humanidad de nuestro Dios Salvador?* [5] Se había manifestado antes su potencia en la creación de las cosas, se había manifestado su sabiduría en el gobierno de ellas, pero la benignidad

---

* PL 183, 115-130.
** PL 183, 115.
[1] Ier. 23, 24.
[2] Ps. 89, 23.
[3] Mt. 11, 29.
[4] Act. 1, 1.
[5] Tit. 3, 4.

de su misericordia se manifestó principalmente entonces en la humanidad. Se había hecho conocer de los judíos su poder en signos y portentos, por lo cual en su ley hallarás muchas veces esta expresión: *Yo, el Señor. Yo, el Señor.* Dejóse también conocer la majestad de Dios de los filósofos, amantes de sus opiniones, pues, según el Apóstol: *Ellos conocieron lo que se puede descubrir en Dios*[6]. Pero los judíos estaban como agobiados de la potestad y los filósofos, curiosos examinadores de la Majestad, estaban oprimidos de su gloria. La potestad exige sujeción, la majestad admiración; pero ni la una ni la otra, imitación. Aparezca, Señor, tu bondad, a la cual puede el hombre, que fué criado a tu imagen, conformarse; porque ni la majestad, ni la potestad, ni la sabiduría podemos imitar, ni nos conviene tampoco. ¿Hasta cuándo se estrechará tu misericordia en solos los ángeles y todo lo demás ocupará la justicia en todo el linaje humano juntamente? *Señor, en el cielo está tu misericordia y tu verdad llega hasta las nubes*[7] condenando toda la tierra y las aéreas potestades. Dilate la misericordia sus términos, extienda sus posesiones, abra sus senos, llegue con fortaleza de un extremo al otro extremo, disponiendo todas las cosas con suavidad. Tu seno, Señor, está apretado con la justicia; desata tu cíngulo y ven derramando misericordias y rebosando en caridad.

3. ¿Qué temes, hombre? ¿Qué tiemblas de la presencia del Señor porque viene? Viene, no a juzgar la tierra, sino a salvarla. Te dejaste persuadir en otro tiempo de un siervo desleal a que robases ocultamente la real diadema y la pusieses en tu cabeza. Cogido en el hurto, ¿cómo no habías de temer? ¿Cómo no habías de huir de su presencia cuando acaso ya vibraba contra ti la encendida espada de su justicia? Ahora, puesto en el destierro, comes el pan con el sudor de tu rostro; y he aquí que se oyó una voz en la tierra que dice que viene el Señor. ¿Adónde te retirarás de su espíritu? ¿Adónde huirás de su presencia? No quieras huir, no temas. No viene con armas; no te busca para castigarte, sino para salvarte. Y para que no digas también ahora: *Tu voz oí y me escondí,* mírale infante y sin voz. La voz de quien da vagidos, más bien es digna de compasión que de temor; o si es terrible para alguno, pero

[6] Rom. 1, 29.
[7] Ps. 35, 6.

no para ti. Hízose párvulo; la Virgen Madre ciñe sus tiernos miembros en las mantillas; ¿y todavía te asustas? A lo menos en esto puedes conocer que no viene a perderte, sino a salvarte, que viene a librarte, no a prenderte. Ya pelea contra tus enemigos, ya pisa la cerviz de los sublimes y soberbios, como virtud y sabiduría de Dios.

4. Dos enemigos tienes: el pecado y la muerte, esto es, la muerte del cuerpo y la muerte del alma. Para vencer al uno y al otro ha venido, y de uno y otro te salvará; no temas. Ya triunfó en su propia persona del pecado, pues tomó la naturaleza humana sin contagio ninguno. Grande violencia se ha hecho al pecado, y verdaderamente se conoce que está vencido cuando la naturaleza, que se gloriaba de haberla inficionado y ocupado toda, se halla en Cristo enteramente ajena de él. De aquí que persigue a tus enemigos y los prende y no se vuelve hasta que del todo desaparezcan. Peleando contra el pecado en la admirable conducta de su vida, con obras y palabras juntamente le combate, pero en su pasión le ata; y, poniendo en prisiones al fuerte armado, saquea todos sus despojos. Con el mismo orden vence a la muerte, primeramente en sí mismo, resucitando como primicias de los que duermen y primogénito de los muertos, habiendo de postrarla después en todos nosotros a un mismo tiempo cuando resucite nuestros mortales cuerpos y sea destruída nuestra enemiga, la muerte, la última. Por eso, resucitando se vistió de hermosura y no fué envuelto (como antes en su nacimiento) en las mantillas. Por eso el mismo que primero dilataba el seno de su misericordia, no juzgando a ninguno, se ciñó resucitando, y al parecer recogió el seno de la misericordia, en algún modo caído, con el cíngulo de su justicia, porque desde entonces se prepara para el juicio que ha de haber en nuestra resurrección. Y por eso también vino párvulo antes, para prevenirnos con su misericordia y, anticipándola a los hombres, templar con ella el juicio futuro.

5. Pero aunque vino párvulo a nosotros, no nos trajo poco, con todo eso, ni nos dió poco. Si preguntas qué trajo, en primer lugar trajo la misericordia, por lo cual, testigo el Apóstol, *nos hizo salvos* [8]. Ni sólo aprovechó a los que entonces estaban presentes, sino que es fuente que nunca podrá agotarse. Fuente es para nosotros Jesucristo, en que

[8] Tit. 3, 5.

nos lavamos, como está escrito: *Nos amó y nos lavó de nuestros pecados* [9]. Pero no es éste sólo el uso de las aguas, pues no solamente lavan las manchas, sino que también apagan la sed: *Bienaventurado*, dice el Sabio, *el que permanece aplicado a la sabiduría y medita en la justicia* [10]; y después de un poco: *Le hará beber del agua de la sabiduría, que da la salud* [11]. ¡Qué bien dicho *de la sabiduría, que da la salud!*, porque la sabiduría de la carne es muerte y la sabiduría del mundo es enemiga de Dios. Sola la sabiduría que viene de Dios es saludable; la cual, según la definición del apóstol Santiago, *primeramente es casta y después pacífica* [12]. La sabiduría de la carne es voluptuosa, no casta; la sabiduría del mundo es tumultuosa, no pacífica; mas la sabiduría de Dios primeramente es casta, no aspirando a sus intereses, sino a los de Jesucristo, para no hacer su propia voluntad, sino más bien considerar cuál sea la voluntad de Dios; a más de esto también es pacífica, no abundando en su sentido, sino aquietándose y conformándose al juicio o consejo ajeno.

6. El tercer uso de las aguas es el riego, del cual tienen más necesidad las plantas nuevecitas; de otra suerte o medrarán muy poco o enteramente se perderán por la sequedad. Busque, pues, las aguas de la devoción cualquiera que siembre la simiente de las buenas obras, para que, regado con la fuente de la gracia el huerto de sus buenas costumbres, no se seque, sino que medre en perpetuo verdor. A este fin oraba el real profeta diciendo: *Y el holocausto que ofrecéis se haga pingüe.* Así también lees en el elogio de Aarón que el cotidiano fuego consumió su sacrificio. En todo lo cual no parece debe entenderse otra cosa sino que las obras buenas deben sazonarse con el fuego de la devoción y la dulzura de la gracia espiritual. ¿Piensas que se podrá encontrar la cuarta fuente, para que así recuperemos un amenísimo paraíso con el riego de las cuatro fuentes? Porque si no esperamos que de nuevo nos den un paraíso terreno, ¿cómo esperaremos el reino de los cielos? *Si no me creéis cuando os hablo de cosas de la tierra,* dice el Señor, *¿cómo me creeréis cuando os hablare de las cosas del cielo?* [13] Mas ahora, para que con la percepción de los bienes presentes se haga firme la esperanza de los futuros, tenemos un paraíso mucho mejor y

[9] Apoc. 1, 5.
[10] Eccli. 14. 22
[11] Eccli. 15. 3.
[12] Iac. 3. 7.
[13] Io. 3. 12.

más dichoso que el que tuvieron nuestros primeros padres. Jesucristo es nuestro paraíso; en quien, después de haber hallado tres fuentes, hemos de buscar también la cuarta. Tenemos en la fuente de su misericordia, para lavar las culpas, las aguas del perdón; tenemos en la fuente de su sabiduría, para apagar nuestra sed, las aguas de la discreción; tenemos en la fuente de su gracia, para regar las plantas de las buenas obras, las aguas de la devoción. Busquemos, para cocer los manjares, las aguas que hierven, las aguas de su celo. Estas son las que sazonan y depuran nuestros afectos y brotan de la fuente de la caridad. Por lo cual dice el profeta: *Se calentó mi corazón dentro de mí mismo y en mi meditación se encenderá fuego* [14]. Y en otra parte dice: *El celo de tu casa me ha devorado* [15]. Por la dulzura de la devoción ama la justicia, por el fervor de su celo aborrece la iniquidad. Y mira no predijese de estas mismas fuentes Isaías cuando dijo: *Sacaréis con alegría las aguas de las fuentes del Salvador*. Y para que entiendas que esta promesa pertenece a la vida presente y no a la futura, dice después: *Vosotros diréis en ese día: publicad las alabanzas del Señor e invocad su nombre* [16]. La invocación es del presente tiempo, como está escrito: *Invócame en el día de la tribulación* [17].

7. De estas cuatro fuentes, las tres propiamente pertenecen a tres órdenes de la Iglesia; a cada uno la suya, y la tercera es a todos común. Todos faltamos en muchas cosas, y tenemos necesidad de la fuente de la misericordia para lavar las manchas de nuestras culpas. *Todos*, repito, *hemos pecado y necesitamos de la gloria de Dios* [18]. Todos, así prelados como continentes y casados, *si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos* [19]. Así, porque ninguno hay limpio de mancha, a todos es necesaria la fuente de la misericordia, y deben apresurarse para llegar a ella con igual deseo Noé, Daniel y Job. En lo demás, busque Job particularmente la fuente de la sabiduría, porque él con especialidad anda en medio de los lazos de las tentaciones, de modo que parecerá una cosa grande que pueda apartarse de lo malo. Daniel debe correr a la fuente de la gracia, como quien necesita ungir las obras de la penitencia y los trabajos de la abstinencia con la gracia de la devoción. Importa mucho que nosotros especialmente

[14] Ps. 38, 4. [15] Ps. 68, 10. [16] Is. 12, 3. [17] Ps. 49, 15. [18] Rom. 3, 23 [19] Io. 1, 8.

lo hagamos todo con alegría: *Porque al que da con alegría le ama Dios* [20]. Pero nuestra tierra de ningún modo es fértil para producir la simiente de una conducta prudente y santa; y por eso fácilmente se secará, si no es ayudada con frecuentes riegos. Así también, en la oración del Señor, pedimos esta gracia con el nombre de pan cotidiano. Con razón ciertamente la pedimos, no sea que caiga sobre nosotros aquella maldición terrible de la profética imprecación: *Vuélvase como la hierba que crece en los tejados, que se seca antes de que la arranquen* [21]. La fuente del celo conviene a Noé con especialidad, porque los prelados principalmente deben estar animados de celo.

8. Estas cuatro fuentes, pues, aun viviendo nosotros en este cuerpo, nos las ofrece Cristo en sí mismo, prometiéndonos para después de este siglo la quinta, que es la fuente de la vida, a la cual anhelaba el profeta cuando decía: *Tuvo sed mi alma de Dios, fuente viva* [22]. Y acaso por estas cuatro fuentes también fué herido Cristo en cuatro partes, viviendo todavía en la cruz, y por la quinta, habiendo ya entregado su espíritu, fué traspasado su costado. Vivía aún cuando abrieron sus manos y pies para ofrecernos cuatro fuentes en sí mismo, aun estando nosotros vivos; recibió la quinta herida después de haber expirado, para abrirnos igualmente en sí mismo la fuente quinta después de la muerte. Pero ¿cómo ha sido que cuando estábamos hablando de los misterios del nacimiento nos hemos pasado repentinamente a contemplar los sacramentos de la pasión del Señor? Con todo eso no es maravilla que busquemos en la pasión lo que trajo Cristo en su nacimiento, puesto que entonces fué cuando, rasgado el saco, derramó el dinero que estaba escondido para precio de nuestra redención.

2 De tres principales obras de Dios y de tres maravillas *

1. *Grandes son las obras del Señor* [1], dice el profeta David. Todas sus obras son grandes, hermanos míos, pues El es también grande; pero a nosotros principalmente nos pertenecen las que entre ellas son principalísimas. De ahí

[20] 2 Cor. 9, 7.
[21] Is. 37, 27.
[22] Ps. 41, 2.
[1] Ps. 110, 2.
* PL 183, 119.

que cante el mismo profeta: *El Señor ha hecho cosas magníficas a nuestro favor*[2]. En fin, que magníficamente nos haga bien a nosotros lo vocean con especialidad *tres obras* suyas: nuestra primera *creación*, nuestra *redención* y nuestra futura *glorificación*. ¡Qué magnífica es cada una de estas obras tuyas, Señor! A ti pertenece manifestar a tu pueblo el poder que resplandece en tus obras; nosotros no debemos pasar en silencio estas mismas obras de salud. Tres mixturas, hermanos míos, hay que considerar en estas tres cosas, absolutamente de una obra celestial y de una virtud divina. Porque en la primera obra, *de nuestra creación*, formó Dios al hombre del barro de la tierra e inspiró en su rostro el espíritu de vida. ¡Qué artífice este, qué poder y sabiduría la suya en unir las cosas, a cuya insinuación se juntan entre sí el barro de la tierra y el espíritu de vida! El barro ya estaba criado antes, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra; mas el espíritu fué criado de un modo particular, no fué sacado de la masa terrena, sino inspirado con una singular excelencia. Reconoce, hombre, tu propia dignidad, reconoce la gloria de la humana naturaleza. Tienes cuerpo como el mundo, porque era razón que quien era colocado sobre toda la extensión de este mundo corpóreo se asemejase a él en alguna parte. Pero tienes también otra cosa más sublime, ni en modo alguno debes ser comparado con las demás criaturas. Se adunaron y confederaron en ti el cuerpo y el alma, habiendo sido formado aquél y ésta inspirada.

2. Pero ¿a quién importa esta maravilla? ¿Quién es beneficiado en esta unión? Según la sabiduría de los hijos de este siglo, cuando se juntan las cosas inferiores a las supremas prevalecen las que tienen el poder y usan a su voluntad de las más humildes. Atropella el más fuerte al menos fuerte, búrlase el sabio del ignorante, engaña al sencillo el astuto y desprecia al flaco el poderoso. No es así, Dios mío, en tu obra; no adunaste para esto el espíritu al barro, el sublime al humilde, una digna y excelente criatura a una ínfima e inútil masa. ¿Quién no ve, hermanos, cuánto excede al cuerpo el alma? ¿No será como un tronco insensible el cuerpo inanimado? Del alma viene la hermosura del cuerpo, del alma su aumento, del alma la claridad de la vista y el sonido de la voz, y, en fin, todos los sentidos son del alma. Esta unión me recomienda

[2] Ps 125, 2.

la caridad; no leo otra cosa que caridad en esta página misma de la formación del hombre; no sólo me predica la caridad luego en el principio mismo, sino que introduce hasta lo íntimo de mi espíritu el conocimiento de ella la benignísima mano del Criador.

3. ¡Grande unión era ésta, amadísimos! ¡Oh si hubiera permanecido firme! Mas, aunque fué fortalecida con un sello divino (porque a su imagen y semejanza crió Dios al hombre), ¡ah!, rompióse el sello, se disipó la unión. Acercándose aquel pésimo ladrón, quebró el sello todavía reciente; y así, trocada la semejanza divina, fué comparado el hombre miserable a las bestias irracionales y se hizo semejante a ellas. Hizo Dios al hombre recto, y en esto estaba la semejanza con aquel Señor de quien está escrito: *Recto es el Señor nuestro Dios y no hay iniquidad en El.* Veraz y justo le hizo igualmente, así como él también es la misma verdad y justicia; ni pudiera deshacerse esta misma unión, permaneciendo la integridad de este sello. Mas después vino el falsario, que, prometiendo mejor sello a los ignorantes, ¡qué lástima, qué lástima!, quebrantó el que estaba impreso con la mano de la divinidad. *Seréis,* dijo, *como dioses, sabiendo lo bueno y lo malo.* ¡Oh malévolo! ¡Oh maligno! ¿De qué les servirá a ellos esta semejanza en la ciencia? Sean enhorabuena como dioses, rectos y justos; sean veraces como Dios, en quien no cae pecado, pues manteniéndose este sello, también se mantendrá aquella unión. Ya experimentamos desgraciadamente qué es lo que nos persuadió la astucia del diabólico engaño: quebrantado el sello, se siguió una desunión amarga, una separación la más triste. ¿Dónde está lo que decías, malvado: *De ningún modo moriréis?* Todos moriremos, y no hay hombre que viva y no vea la muerte.

4. Pero ¿qué será, Señor Dios? ¿No se ha de reparar jamás tu obra y el que ha caído no volverá a levantarse? No hay quien la restaure sino el mismo que la hizo. Así, por la miseria de los que se hallan sin socorro y por el gemido de los pobres, yo me levantaré ahora, dice el Señor; yo les procuraré la salud, poniéndolos en un lugar seguro, y obraré en esto con una entera libertad. Nada aprovechará el enemigo en el hombre y el hijo de la iniquidad no volverá a hacerle daño. Yo hago, dice, una nueva mixtura, en que pongo también por sello más expreso y fuerte aquel que no fué hecho a mi imagen, sino que es la

imagen misma, el esplendor de la gloria y figura de la substancia divina; no hecho, sino engendrado antes de los siglos. Y porque no temas acaso que pueda ser quebrantado, escucha al profeta: *Mi fortaleza se ha desecado como la teja que se ha cocido al fuego*[3]; pero teja tal que no la podrá dañar aquel martillo de toda la tierra en modo alguno. Habiéndose hecho la unión primera de dos cosas, la segunda ya se hace de tres, para que aprendas de esto a acercarte al misterio de la Trinidad. El Verbo, que estaba en el principio en Dios y era Dios; el alma, que fué criada de la nada y antes no era; la carne, segregada de la masa de la corrupción por un artificio divino y sin corrupción alguna, cual ninguna carne había, se juntan por un lazo indisoluble en una sola persona. En esto ves resplandecer de tres modos la potencia divina: tienes criado lo que no era; reparado lo que se había perdido, hecho inferior a los ángeles al que era sobre todas las cosas. Estas son aquellas tres medidas del Evangelio que se fermentan juntamente para que se haga el pan de ángeles que pueda comer el hombre, el pan que fortalece su corazón. ¡Dichosa mujer bendita entre todas las mujeres, en cuyas castas entrañas, viniendo sobre ella el fuego del Espíritu Santo, se coció este pan! ¡Feliz mujer, repito, que en estas tres medidas introdujo la levadura de su fe!, pues con la fe concibió, con la fe dió a luz y, como dice Santa Isabel: *Es bienaventurada por haber creído, porque se cumplieron en ella todas las cosas que de parte del Señor se la habían dicho*[4]. Ni te admires de que haya dicho que mediante su fe se unió el Verbo a la carne, supuesto que tomó la misma carne que la suya. Ni puede obstar contra esta exposición que se dijese esto en el Evangelio para similitud del reino celestial, porque ni desdice tampoco que el reino de los cielos sea comparado a la fe de María, cuando por ella también es reparado.

5. Ninguna criatura absolutamente podrá desatar el lazo de esta unión, pues ni el príncipe de este mundo tiene en él cosa alguna ni el mismo San Juan es digno de desatar la correa de su calzado. Pero con todo eso, ¿se ha de quedar así? Ciertamente es necesario que se desate en algún modo; de otra suerte, lo que estaba desunido no se volvería a soldar. Si el pan permanece entero, si el teso-

[3] Ps. 21, 18.
[4] Lc. 1, 45.

ro, escondido; si la sabiduría, oculta, ¿qué utilidad se sacará de todas estas cosas? Con razón lloraba San Juan que no se hallase quien abriese el libro y desatase sus sellos, porque mientras estuviera cerrado, ninguno de nosotros podría tocar aquella sabiduría divina. Abre tú el libro, Cordero de Dios, mansedumbre verdadera. Presenta tus pies y manos al judío para que sean clavados, y salga así el tesoro que en ellos está escondido y la copiosa redención para el hombre. Parte, en fin, tu pan a los hambrientos, porque tú solo le puedes partir que sólo puedes estar firme para soldar lo quebrantado y en el mismo quebranto sólo eres tú quien tiene potestad de poner la vida para volverla a tomar cuando quieras. Desúnase en algún modo este templo por tu misericordia, pero no se deshaga totalmente. Sepárese el alma de la carne, pero guarde la incorrupción de la carne el Verbo y dé al alma plena libertad, para que sola entre los muertos obre libremente, sacando de la cárcel los presos que están sentados en las tinieblas y sombra de la muerte. Deje el alma santa la carne inmaculada, pero para volverla a tomar al tercer día, a fin de que muriendo mate a la muerte y la vida de todos resucite cuando ella resucite. Así se hizo, amadísimos, y de que se hiciese así nos damos el parabién. Con aquella muerte fué muerta la muerte y fuimos reengendrados a la esperanza de la vida por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

6. Ya lo que ha de ser en la unión tercera, ¿quién lo sabrá explicar? *El ojo no vió, ni el oído oyó, ni cupo en el corazón del hombre lo que Dios ha preparado a los que le aman*[5]. Aquello será la perfección y consumación de todo cuando entregue Cristo el reino a Dios y al Padre, y sean dos, no ya en una sola carne, sino en un solo espíritu. Porque, si juntándose el Verbo a la carne, se hizo carne, mucho más el que se junta a Dios se hará un espíritu con El. En aquella unión se muestra, como en medio de ella, la humildad, y una humildad grande sobremanera; mas en la unión que aguardamos y por la que suspiramos está preparada para nosotros (si, como esperamos, es para nosotros) una perfecta gloria. Y si nos acordamos que en la primera unión en que se juntó el alma al cuerpo del hombre resplandecía y se nos encomendaba la caridad, con razón sobresale la humildad en la segunda, porque SOLA LA VIR-

[5] 2 Cor. 2. 9.

TUD DE LA HUMILDAD es la reparación de la caridad ofendida. La unión del alma racional con el cuerpo terreno de ningún modo se puede atribuir a humildad, pues no se junta a la carne por propia deliberación, sino que, siendo criada, es puesta en ella, y siendo puesta en ella es criada. No así ciertamente aquel supremo espíritu que, siendo más bueno, con el mismo arbitrio de su beneplácito se juntó a un cuerpo inmaculado. Finalmente, con razón sigue a la caridad y humildad la gloria, porque sin la caridad nada puede aprovechar, y ninguno, sino el que se humilla, será ensalzado.

3 Del lugar, del tiempo y de otras circunstancias del nacimiento del Señor *

1. Dos géneros de cosas, hermanos míos, considero en el nacimiento del Señor, no sólo diferentes, sino muy desemejantes. El Niño que nace es Dios, y la Madre de quien nace es virgen, y el alumbramiento mismo es sin dolor. Resplandece una nueva luz del cielo entre las tinieblas, un ángel anuncia la nueva de tan grande gozo, la multitud de la milicia celestial da a Dios alabanzas, se da a Dios la gloria y la paz a los hombres de buena voluntad, se apresuran los pastores, hallan lo mismo que se les había anunciado, lo participan a otros; todos los que lo escuchan se llenan de admiración. Estas y otras semejantes cosas, amadísimos, son de la virtud divina, no de la fragilidad humana. Vasos son de oro y de plata, en que por tan grande solemnidad se sirve hoy en la mesa del Señor también a los pobrecitos y necesitados. No debemos nosotros llevárnoslos, no se nos da la bandeja de oro o la copa, sino sólo la comida y bebida que está en ellos. *Considera con cuidado*, dice el Sabio, *las cosas que te ponen delante en la mesa* [1]. Yo ciertamente conozco que son míos el tiempo y el lugar de este nacimiento, la delicadeza del cuerpo del Niño, sus sollozos y sus lágrimas; también la pobreza de los mismos pastores, a quienes antes de todo se anuncia el nacimiento del Señor y sus vigilias. Mías son estas cosas, a mí me pertenecen, delante de mí se me proponen para

* PL 183, 122.
[1] Prov. 23, 1-2.

que las imite. Nació Cristo en el invierno, nació en la noche. ¿Pensamos que sucedería casualmente, que en tanta inclemencia del aire y en las tinieblas naciese aquel Señor de quien es el invierno y el estío, el día y la noche? No escogen los demás niños el tiempo en que han de nacer, como quienes, comenzando apenas a vivir entonces, no tienen uso alguno de la razón, ninguna libertad de elegir, ninguna facultad de deliberar. Cristo, hermanos míos, aunque no era hombre, estaba ya en el principio en Dios, y era Dios con la misma sabiduría y potestad que ahora tiene, como quien era virtud y sabiduría de Dios. Habiendo de nacer, pues, el Hijo de Dios, en cuyo arbitrio estaba cualquiera tiempo que quisiera elegir, escogió el que es más molesto, especialmente para un párvulo e hijo de una pobre madre, que apenas tendría pañales en que envolverle y un pesebre en que reclinarle. Y, ciertamente, habiendo allí tanta necesidad, no oigo que se haga mención alguna de pieles. El primer Adán se viste con túnicas de pieles, el segundo es envuelto en unos pobres pañales. No es el mundo de este parecer, pues bien o Cristo se engaña o el mundo yerra. Pero es imposible engañarse la divina Sabiduría. Por tanto, con razón se reputa la prudencia de la carne (que también es muerte) enemiga de Dios y la prudencia del siglo se nombra también necedad. ¿Qué diremos, pues? Cristo, que no se engaña, elige lo que es más molesto a la carne, luego esto es lo mejor, esto lo más útil, esto debe elegirse ante todo; y sea quien fuere el que enseñe o persuada otra cosa, nos debemos guardar de él como de un engañador.

2. También quiso nacer por la noche. ¿Qué dirán a esto los que tan libremente pretenden hacer ostentación de sí mismos? Cristo escoge lo que juzga más saludable; vosotros elegís lo que El reprueba. ¿Quién de los dos es más prudente? ¿Cuál de los dos juicios es más justo? ¿Qué parecer será más sano? En fin, Cristo calla, no se alaba, no se engrandece, no se predica. Y he aquí que el ángel da noticia de El y le canta alabanzas el ejército celestial. Tú, pues, que sigues a Cristo, esconde el tesoro que has hallado. AMA SER IGNORADO, alábete la boca ajena, calle la tuya. Aún más: en un establo nace Cristo y está reclinado en un pesebre. ¿Y no es el mismo, por

ventura, el que dice: *Toda la tierra es mía y todo cuanto en ella se encierra?* [2] Pues ¿por qué escogió un establo? Sin duda, para reprobar la gloria del mundo, para condenar la vanidad del siglo. Todavía no habla su lengua y ya todas sus cosas claman, predican y evangelizan. Los mismos infantiles miembros tampoco callan; en todos se arguye el juicio del mundo, se destruye, se confuta. ¿Quién de los hombres, si para ello se le diera opción, no elegiría antes un cuerpo robusto y una edad con el uso perfecto de la razón y discreción que la de un infante? ¡Oh sabiduría, que eres traída de lo oculto! ¡Oh verdaderamente encarnada y encubierta sabiduría! Y sin embargo, hermanos míos, el mismo es aquel párvulo prometido en otro tiempo por Isaías que sabe reprobar lo malo y elegir lo bueno. Lo malo, pues, es el deleite del cuerpo, lo bueno es la mortificación, supuesto que ésta elige y reprueba aquélla el sabio niño, el Verbo infante. Porque el Verbo se hizo carne, y carne débil, carne de un niño, carne delicada, carne imposibilitada para toda obra e incapaz de todo trabajo.

3. Y verdaderamente, hermanos, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Cuando era en el principio en Dios, habitaba en una luz inaccesible y no había quien fuese capaz de El. Porque ¿quién penetró los designios del Señor, o quién ha sido su consejero? El hombre carnal no percibe las cosas del espíritu de Dios; pero ahora ya puede percibir, aun el hombre carnal, que el Verbo se hizo carne. Si no sabía oír cosa alguna fuera de la carne, he ahí que se hizo carne el Verbo; óigale a lo menos en la carne. En la carne se te muestra, hombre, aquella sabiduría, esa misma que en otro tiempo estaba oculta; mira ya cómo es traída de lo oculto y se presenta por sí misma a los sentidos de tu cuerpo. Carnalmente, por decirlo así, se te predica; huye del deleite, porque junto a la puerta del deleite está la muerte; haz penitencia, porque por ella se acerca el reino de los cielos. Esto te predica aquel establo, esto clama aquel pesebre, esto hablan manifiestamente sus infantiles miembros, esto te repiten sus lágrimas y sollozos. Pues llora Cristo, pero no como los demás, o seguramente no por lo que suelen los demás. En los otros prevalece la sensación, en Cristo prevalece el afecto. Padecen

[2] Ps. 40. 12.

aquéllos, no hacen; como que no tienen todavía el uso de su misma voluntad. Lloran aquéllos porque padecen; Cristo porque se compadece. Lloran aquéllos el pesado yugo que oprime a todos los hijos de Adán. Cristo llora los pecados de los hijos de Adán. Y verdaderamente, por quienes ahora derrama lágrimas, después derramará también su sangre. ¡Oh dureza de mi corazón! ¡Ojalá, Señor, que así como el Verbo se hizo carne, así también se haga carne mi corazón, pues esto mismo le prometiste por el profeta, diciendo: *Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne*[3].

4. Hermanos míos, las lágrimas de Cristo vergüenza me causan y dolor a un tiempo mismo. Estaba yo jugando en la plaza, y en el secreto del gabinete real se daba sentencia de muerte contra mí. Oyólo su Hijo único; salió, quitada la diadema, vestido de un saco, cubierta la cabeza de ceniza, desnudos los pies y llorando y lamentándose de que había sido condenado a muerte un siervecillo suyo. Mírole que sale de repente, me asombro de la novedad, pregunto la causa y me la dicen. ¿Qué haré yo? ¿Proseguiré jugando todavía y me burlaré de sus lágrimas? Verdaderamente, si no estoy loco y privado del entendimiento, no dejaré de seguirle y de acompañarle en su llanto. Ved ahí de dónde viene mi vergüenza. El dolor y temor, ¿de dónde? De que por la consideración del remedio mido lo grande de mi peligro. Lo ignoraba yo, pareciéndome que estaba sano, y he aquí que es enviado el Hijo de la Virgen, el Hijo del Altísimo, y le mandan matar para que mis llagas se curen con el precioso bálsamo de su sangre. Reconoce, hombre, cuán graves son tus heridas, pues por ellas es necesario que Jesucristo sea herido. Si ellas no fueran de muerte, y de muerte eterna, nunca por su remedio moriría el Hijo de Dios. Vergüenza es, amadísimos, disimular negligentemente la propia desdicha cuando veo que muestra tanta compasión de ella tan grande Majestad. Se compadece el Hijo de Dios y llora; y el hombre, que es por quien padece, ¿se reirá? Así el precio de la medicina es el aumento de mi dolor y temor.

5. Mas si observo con diligencia los preceptos del médico, será también ocasión de mi consuelo; pues así como reconozco por enfermedad grave a la que se aplica tan pre-

[3] Ez. 21. 19.

ciosa medicina, así igualmente conjeturo por esto mismo que no será incurable. No gastaría en balde estas preciosísimas especies este médico sabio, o más bien la misma sabiduría. Y es constante que en vano se gastarían, no sólo si fuera fácil la curación sin ellas, sino mucho más aún si con ellas fuera imposible. Anímate, pues, a la penitencia y encienda en ti más vehementes deseos la concebida esperanza de la salud. A esto se llega, para mayor consuelo, la misma visita y coloquio de los ángeles a los pastores que estaban velando. ¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestro consuelo en este mundo para que no merezcáis tener el celestial! ¡Cuántos nobles según la carne, cuántos poderosos, cuántos sabios en aquella hora descansaban en blandas camas, y ninguno de ellos fué tenido por digno de ver la nueva luz, de saber la noticia de tanto gozo, de oír cantar a los ángeles: *Gloria sea a Dios en las alturas!* Reconozcan los hombres, pues, que los que no se hallan en el trabajo de los hombres no merecen ser visitados de los ángeles. Reconozcan cuánto agrada a los celestiales ciudadanos el trabajo, cuyo fin es el bien espiritual, puesto que aun a los que trabajan por el alimento del cuerpo y obligados por su necesidad se dignan favorecer con sus palabras, y palabras tan dichosas. Sin duda miran en ellos aquel orden de las cosas humanas en que dispuso Dios que con el sudor de su rostro coma su pan Adán.

6. Ruégoos, amadísimos, que consideréis con la mayor atención cuánto ha hecho Dios por vuestra instrucción y salud; no suceda que sea infructuosa en vosotros palabra tan viva y eficaz, palabra tan fiel y digna de todo aprecio, palabra no tanto de la boca como de la obra. ¿Pensáis, hermanos, que sería poco sensible para mí si llegara a entender que estas mismas palabras mías que os hablo a vosotros ahora perecen vanamente y sin utilidad alguna en vuestros corazones? ¿Y quién soy yo y qué valen todas mis palabras? Pues si de que sea inútil este poquito de trabajo de la voz se resentiría un hombre, que es cosa pequeña y aun nada, ¿cuánto más justamente se indignará el Señor de la majestad, si tanta diligencia suya llega a frustrarse por vuestra negligencia y dureza? Aparte tan grande mal de sus siervecillos aquel Señor que por su salud se dignó tomar la forma de siervo, el Unigénito del Padre, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

4 Sobre haber encontrado los pastores a María y a José y al Infante puesto en el pesebre [1]

1. Conoced, hermanos amadísimos, qué grande es la solemnidad de hoy cuando para ella el día es breve y la anchura de la tierra angosta. Ella se dilata en lugar y tiempo juntamente; embarga y sorprende a la noche, ocupa el cielo antes que la tierra, porque la noche se iluminó como el día, rodeando en medio de ella a los pastores la nueva luz del cielo. Y para que sepáis en qué lugar comenzaron a celebrarse los gozos de esta solemnidad, aquel gozo que tenían los ángeles ya, se anuncia que será para todo el pueblo; y sobre esto también al punto asiste, cantando las divinas alabanzas, la multitud del ejército celestial. De aquí es que esta noche se celebra con más solemnidad que las demás en salmos, himnos y cánticos espirituales, y debemos creer, sin duda alguna, que en estas vigilias especialísimamente aquellos príncipes celestiales se apresuran a venir y se juntan a los que cantan en medio de las vírgenes que tocan los instrumentos y tañen los tímpanos. Pero ¡cuántos altares brillan hoy con oro y piedras preciosas y cuántas paredes se adornan en todas partes con colgaduras! ¿Piensas que se dirigirán a éstos los ángeles y se retirarán de los hombres que usan paños toscos? Si así es, ¿por qué se aparecieron a unos pastores de ovejas, más bien que a los reyes de la tierra y sacerdotes del templo? ¿Y por qué también el Salvador mismo, de quien es el oro y la plata, consagra en su cuerpo la pobreza? O ¿por qué hace mención tan cuidadosamente el ángel de la pobreza misma? No sin particular misterio es envuelto en unos pañales el Salvador y es puesto en el pesebre, pues esto mismo lo propone el ángel como señal por donde podamos nosotros reconocerle. *Esta es la señal,* dice, *para vosotros: hallaréis un Infante envuelto en unos pañales* [1]. Por señal están puestos tus pañales, Señor Jesús, pero por señal a que se contradice por muchos hasta el día de hoy, puesto que son muchos los llamados, pero no muchos los escogidos, y, por consiguiente, ni los señalados. Reconozco aquí ciertamente, reconozco al gran sacerdote Jesús cubierto de unos paños manchados cuan-

[1] PL. 183, 126.
[1] Lc. 2, 12.

do estaba altercando con el diablo. Hablo a los que saben las Escrituras y no les es incógnita la visión profética de Zacarías. Pero cuando triunfó y fué ensalzada nuestra Cabeza sobre nuestros enemigos, desde aquel momento ya mudó de vestido, se adornó de hermosura, cubriéndose de luz como de un vestido. A nosotros nos dió ejemplo para que también hagamos lo mismo; más útil es en el combate la cota de malla que un vestido de delicado lino, aunque aquélla pese y éste honre. Pero llegará tiempo en que los miembros seguirán a su Cabeza, para que así el cuerpo universo cante con un mismo espíritu y una misma voz: *Rompiste mi saco y me rodeaste de alegría* [2].

2. *Hallaréis,* dice, *un Infante envuelto en unos pañales y puesto en un pesebre* [3]. Y de allí a poco: *Vinieron apresurados,* dice el evangelista, *y hallaron a María y a José y al Infante puesto en el pesebre.* ¿Cómo es que sólo, al parecer, alaba el ángel la humildad, sin embargo de que no la encuentran sola los pastores? Tal vez elogia el ángel con especialidad la humildad, porque él se mantuvo en ella, cuando los demás se precipitaron por la soberbia. O, ciertamente, el nuncio soberano describe particularmente la humildad, porque ésta, como virtud propia, debemos ofrecerla a la Majestad divina. Mas no pudo hallarse sola, porque siempre se da a los humildes la gracia. Hallaron, pues, a María y a José y al Infante puesto en el pesebre. Así como la infancia del Salvador lleva consigo manifiestamente la humildad, así se designa no impropiamente la continencia en María y la justicia en José, varón justo; alabanza que le da el Evangelio mismo. ¿Quién no sabe que se debe al cuerpo la continencia? La justicia es una virtud que da a cada uno lo que es suyo; y ésta es necesaria para con los prójimos. La humildad nos reconcilia con Dios, nos hace estar sujetos a El; y le agrada en nosotros, como dice la Virgen bienaventurada: *Miró Dios la humildad de su sierva* [4]. Así el que fornica peca contra su cuerpo; el que injuria a otro, contra su prójimo; el que se ensalza y envanece, contra Dios. El lujurioso se envilece a sí mismo; el que injuria molesta al prójimo; el vano, cuanto es de su parte, deshonra a Dios. *Mi gloria,* dice el Señor, *no la daré a otro* [5]. Y el soberbio dice: Aunque no me la des, la usurparé yo; ni le agrada la distri-

[2] Ps. 29, 12.
[3] Lc. 2, 12.
[4] Lc. 1, 48.
[5] Is. 42, 8.

bución del ángel que da *la gloria a Dios y la paz a los hombres*. No reverencia, pues, a Dios, sino que se levanta contra El, haciéndose impío e infiel a un tiempo mismo. Porque ¿qué es la piedad, sino culto de Dios? ¿Quién reverencia al Señor, sino el que está sujeto a El voluntariamente, y así como están atentos los ojos de los siervos a las manos de sus señores, así los ojos de su corazón están siempre fijados en el Señor su Dios?

3. Para que se encuentren, pues, en nosotros siempre María y José y el Infante puesto en el pesebre, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo. Por esto apareció la gracia de Dios enseñándonos, y por esto también aparecerá su gloria, pues así tienes escrito: *Apareció la gracia de Dios a todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y deseos del siglo, vivamos sobria, justa y piadosamente en este mundo, aguardando la dichosa esperanza y la gloriosa venida del gran Dios*[6]. Apareció la gracia en el párvulo para nuestra enseñanza; pero *éste será grande*[7], como dice el ángel Gabriel; y a quienes siendo párvulo haya enseñado la humildad y mansedumbre de corazón, engrandecerá después y glorificará viniendo grande y glorioso Jesucristo Señor nuestro, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

5 Sobre las palabras del Apóstol: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor. 1, 3-4) *

1. Bendito sea aquel Señor que, por la excesiva caridad con que nos amó, nos envió a su amado Hijo, objeto de sus complacencias, para que reconciliados tuviésemos paz con El y fuese El mismo en nosotros el mediador y la prenda de esta reconciliación. Nada hay que temer, hermanos míos, bajo de tan piadoso mediador, nada tenemos que dudar con prenda tan segura. Pero ¿qué mediador es éste, dirás, que nace en un establo, que es puesto en un pesebre, que es envuelto en unos pañales, como los

[6] Tit. 2, 11-13.
[7] Lc. 1, 32.
* PL 183, 127.

demás niños; que llora como los demás, que, en fin, está reclinado como un infante al modo que los demás? Aun en estas mismas cosas es un mediador grande, pues busca, no con poco esfuerzo, sino con mucha eficacia, los medios para la paz. Infante es, sin duda, pero Verbo infante, de quien ni la infancia misma está enmudecida. *Consolaos, consolaos, dice el Señor, vuestro Dios* [1]. Esto dice Manuel, que significa Dios con nosotros. Esto clama el establo, esto clama el pesebre, esto las lágrimas, esto las mantillas. Clama el establo que El está preparado para curar al hombre, que había caído en las manos de los ladrones; clama el pesebre que aquí se da alimento al hombre, que se había puesto al nivel de los jumentos; claman las lágrimas, claman las mantillas, que con ellas se lavan y limpian las sangrientas llagas del mismo hombre; porque nada de esto necesitaba Cristo, nada de esto fué por El, sino más bien todo por los escogidos. *Tendrán respeto a mi Hijo* [2], dice el Padre de misericordias. Verdad es esto, Señor; respeto le tendrán, pero ¿quiénes? No los judíos, a quienes fué enviado, sino los escogidos, por los cuales fué enviado

2. Le reverenciamos, pues, nosotros en el pesebre, le reverenciamos en la cruz, le reverenciamos en el sepulcro. Devotamente le recibimos delicado por nosotros, ensangrentado por nosotros; le reverenciamos sepultado por nosotros. Adoramos devotamente con los Magos y abrazamos devotamente con el santo Simeón la infancia del Salvador, recibiendo tu misericordia en medio de tu templo, pues El mismo es de quien leemos: *La misericordia de Dios permanece por toda la eternidad* [3]. Porque ¿qué hay coeterno al Padre sino el Hijo y el Espíritu Santo? Y así el uno como el otro, no tanto son misericordiosos cuanto la misma misericordia. Igualmente el Padre es misericordia, y estos tres no son sino una sola misericordia, así como son una sola esencia, una sola sabiduría, una sola divinidad, una sola majestad. Pero en decirse Padre de misericordias, ¿quién no ve que se señala, como con su propio nombre, al Hijo? ¡Qué bien se llama Padre de misericordias, pues es propio de El tener siempre misericordia y perdonar!

---

[1] Is. 40, 1.
[2] Mt. 21. 37.
[3] Ps. 102, 16.

3. Mas acaso dirá alguno: ¿cómo tener misericordia es propio de aquel Señor cuyos juicios son abismo profundo y de quien no se dice que *todos sus caminos* sean sólo misericordia, sino *misericordia y verdad?*[4] No es menos justo que misericordioso, pues de El se canta la misericordia y el juicio. Verdad es esto: de quien quiere tiene misericordia y endurece a quien quiere[5]; pero es propio suyo tener misericordia, porque de sí propio toma materia de apiadarse y como un cierto principio de hacer misericordia. Juzga también y condena, pero le obligamos de algún modo nosotros a esto, de suerte que de muy diferente modo, al parecer, sale de su corazón la conmiseración que el castigo. Escucha lo que dice El mismo: *¿Acaso es de mi voluntad la muerte del impío, y no más bien que se convierta y viva?*[6] Con razón, pues, le llaman, no Padre de los juicios o de las venganzas, sino de las misericordias; no sólo porque es más propio de un padre tener misericordia que indignarse, y porque, al modo que un padre se apiada de sus hijos, así el Señor se apiada de los que le temen, sino mucho más, porque la materia o causa de tener misericordia la toma de sí propio, la de juzgar y vengarse la toma de nosotros.

4. Mas si por esto se le llama Padre de misericordia, ¿por qué es Padre de misericordias? *Una vez habló Dios,* dice el profeta, *y yo oí estas dos cosas: que la potestad pertenece a Dios y que tú, Señor, estás lleno de misericordia*[7]. Pero el Apóstol, con una sola palabra, en el Hijo único nos declaró la misma duplicada misericordia, llamándole Padre, no de una misericordia solamente, sino de misericordias; y Dios, no de uno, sino de todo consuelo; y que nos consuela no en ésta o en aquélla, sino en todas nuestras tribulaciones. *Muchas son las misericordias del Señor,* dice uno; sin duda porque son muchas las tribulaciones de los justos, y de todas ellas les librará el Señor. Uno solo es el Hijo de Dios, uno solo es el Verbo; pero nuestra miseria, que es de muchas maneras, pide no solamente una misericordia grande, sino la muchedum-

[4] Ps. 24, 10.

[5] Esta expresión no ha de tomarse en sentido estricto, que sería herético, sino en un sentido amplio. El pensamiento de San Bernardo, como el de la Sagrada Escritura, de donde toma la expresión, es éste: *permite que se endurezca.*

[6] Ez. 18, 23.

[7] Ps. 61, 12.

bre de las misericordias. Sin embargo, tal vez por las dos substancias en que consiste la naturaleza del hombre, siendo una y otra tan miserables, no impropiamente se podrá decir que es duplicada la miseria de los hombres, aunque en ambas sea de muchos modos. Se multiplicaron las tribulaciones de nuestro cuerpo y de nuestro corazón, pero de ambas necesidades nos saca el que a todo el hombre hizo salvo. Igualmente podemos decir sin inconveniente que como el Hijo único de Dios vino ahora por las almas, con el fin de quitar los pecados del mundo, y haya de venir segunda vez por los cuerpos para resucitarlos y hacerlos conformes a su cuerpo glorioso, por esto, cuando le bendecimos como Padre de misericordias, confesamos esta duplicada misericordia. Por eso, recibiendo el cuerpo y juntamente el alma de la humana naturaleza, no solamente dice una vez *consolaos,* sino dos veces : *Consolaos, consolaos, dice el Señor, vuestro Dios,* para que estemos ciertos de que a uno y a otro ha de salvar el que al uno y al otro se dignó recibir.

5. Pero ¿en quiénes piensas? Ciertamente en el pueblo suyo ; porque El mismo ahora también salvará, no a cualquiera, sino *a su pueblo, de sus pecados,* y después no todo cuerpo, sino el cuerpo humillado hará conforme a su cuerpo glorioso. En fin, a su pueblo es al que consuela : *Consuélate, consuélate,* pueblo mío ; pueblo ciertamente humilde, al cual salvará, porque humillará los ojos de los soberbios. ¿Quieres conocer al pueblo suyo? *A tu cuidado se ha dejado el pobre*[8], dice aquel hombre según el corazón de Dios; y el mismo Señor dice en el Evangelio: *¡Ay de vosotros, ricos!, que tenéis vuestro consuelo*[9] en este mundo. Ojalá, amadísimos, que nosotros aspiremos siempre a ser de este pueblo, no del que dice *¡Ay!,* sino de aquel a quien consuela el Señor, su Dios. Porque ¿cómo consolará a los que tienen ya su consuelo? No consuela la infancia de Cristo a los habladores, ni consuelan las lágrimas de Cristo a los chocarreros, no consuelan sus mantillas a los que gustan de vestidos pomposos, no consuelan el establo y el pesebre a los que anhelan a los primeros asientos en las sinagogas ; pero ofrecen gustosamente todo este consuelo a los que aguardan al Señor en el silencio, a los que lloran, a los pobres vestidos de tos-

[8] Ps. 9, 14.
[9] Lc. 6, 24.

cos paños. Repara también que los mismos ángeles no consuelan a otros; a los pastores que velan y guardan las vigilias de la noche anuncian el gozo de la nueva luz y les participan que ha nacido el Salvador. A los pobres y trabajadores, no a vosotros, ricos (que tenéis vuestro consuelo en este mundo y aquel triste ¡ay! de Dios entre las vigilias de la noche), amaneció un día santificado y la noche fué iluminada como el día o, más bien, trocada en día; por lo cual dice el ángel: *Os ha nacido el Salvador hoy* [10]; verdaderamente *hoy*, no en esta noche. La noche pasó, pero el día se acercó; sin duda el verdadero día del día, la salud de Dios, Jesucristo Señor nuestro, que es sobre todas cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

EN EL DIA DE LOS SANTOS INOCENTES *

De las cuatro festividades continuadas: del nacimiento del Señor, de San Esteban, de San Juan y de los Santos Inocentes

1. *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: el Señor es Dios y ha hecho brillar su luz sobre nosotros* [1]; bendito sea su nombre glorioso, que es santo. No vino infructuosamente lo santo que nació de María, sino que copiosamente difunde el nombre y la gracia de la santidad. Verdaderamente de aquí es Esteban santo, de aquí Juan es santo, de aquí también son santos los Inocentes. Con provechosa disposición acompañan estas tres solemnidades al nacimiento del Señor, no sólo para que, continuándose las festividades, persevere la devoción continua, sino también para que el fruto del nacimiento del Señor sea conocido de nosotros en ellas como en un efecto y consecuencia de él. Se advierten en estas tres solemnidades como *tres especies de santidad;* ni yo juzgo que se pueda hallar, fuera de estos tres géneros de santos, otro cuarto entre los hombres. Tenemos en el bienaventurado Esteban *la obra y la voluntad del martirio;* tenemos *sola la voluntad* en el bienaventurado Juan; y tenemos *sola la obra* en los Santos Inocentes. Todos éstos bebie-

[10] Lc. 2, 11.

* PL 183, 129.
[1] Ps. 117, 26-27.

ron el cáliz de la salud o con el cuerpo y el espíritu juntamente, o con sólo el espíritu o con sólo el cuerpo. *Mi cáliz ciertamente lo beberéis,* dijo el Señor a Santiago y a Juan ; ni hay duda de que hablaba del cáliz de la pasión. En fin, cuando decía a Pedro : *Sígueme,* excitándole evidentemente a la imitación de su pasión, *vuelto Pedro, vió que le seguía el discípulo a quien amaba Jesús,* no tanto con los pasos del cuerpo como con el afecto de la voluntad. Bebió también Juan el cáliz de la salud, y siguió al Señor como Pedro, aunque no de todas maneras como Pedro. Porque haber permanecido así, no siguiendo en la pasión corporal al Señor, fué consejo divino, como lo dice El mismo: *Así quiero que permanezca hasta que yo venga.* Como si dijera : Quiere él también seguirme, pero yo quiero que así permanezca.

2. Pero ¿habrá quién dude de las coronas de los Inocentes? Dude que los infantes despedazados por Cristo sean coronados entre los mártires el que no cree que los reengendrados en Cristo son contados entre los hijos de adopción. ¿Cuándo aquel Niño que nació para nosotros, no contra nosotros, permitiría que unos niños coetáneos suyos fuesen muertos por su causa, lo cual El podía estorbarlo con sola su voluntad, si no providenciara a favor de ellos alguna cosa mejor, haciendo que así como a los demás infantes sin algún uso propio de su voluntad, les bastaba la circuncisión para conseguir la salud ; así igualmente el martirio padecido por El les bastase a ellos para la santidad? Si buscas sus méritos para con Dios para ser coronados, busca también sus delitos para con Herodes para ser despedazados.

¿Es menor acaso la piedad de Cristo que la impiedad de Herodes para creer que éste haya podido entregar unos inocentes a la muerte y no haya podido Cristo coronar a los que fueron muertos por El? Sea, pues, mártir para con los hombres Esteban, cuya voluntad de padecer se manifestó con toda evidencia particularmente en que, en el mismo artículo de su muerte, tenía la más viva solicitud, así por sus perseguidores como por sí mismo, venciendo en él el afecto de su interior compasión al sentido de la pasión corporal, de manera que lloraba más los delitos de ellos que sus propias heridas. Sea Juan mártir para con los ángeles, que, como espirituales criaturas, conocieron con más claridad las señales espirituales de su pronta

voluntad para padecer por Cristo. Pero éstos, verdaderamente, son tus mártires, ¡oh Dios!, para que resplandezca con más evidencia el privilegio de tu gracia en quienes ni el hombre ni el ángel descubren mérito alguno. *Has formado en la boca de los infantes y niños de pecho tu perfecta alabanza* [2]. *Gloria a Dios en las alturas,* dicen los ángeles, *y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* [3]. Grande alabanza es ésta sin duda; pero me atrevo a decir que todavía no es alabanza perfecta hasta que venga quien diga: *Dejad a los párvulos que vengan a mí, porque de los tales es el reino de los cielos* [4]; *y paz a los hombres,* aun sin el uso de su voluntad, para ilustre testimonio de la piedad de Dios.

3. Esto debieran considerar los que suelen combatirse en contenciosas disputas sobre la obra y la voluntad; consideren y adviertan que no conviene despreciar ni la una ni la otra cuando no falta la facultad, especialmente pudiendo la una sin la otra (cuando falta la facultad) no solamente dar la salvación, sino también la santidad. Pero se persuadan firmemente de que aprovecha la obra sin la voluntad, pero no contra la voluntad, de suerte que, por lo que se salvan los infantes, tendrían más condenación los que se llegaran a la fe fingidamente. Del mismo modo, en algunos la voluntad sin la obra es suficiente, pero no contra la obra. Por ejemplo, si uno es arrebatado por la muerte, cuando tiene en sí una buena voluntad, aunque todavía no perfecta, todavía no bastante valerosa para sufrir el martirio, ¿quién se atreverá a negar que se salve por esta imperfección? Quizá no le permite Dios que llegue a tentación tan grave, con el fin de que en ella no desmaye y se condene. Porque si con tan débil voluntad fuera puesto en aquella tentación que es sobre sus fuerzas y su voluntad no fuese corroborada, ¿quién duda que desmayaría, que negaría la fe y que si entonces muriese perecería? *Si alguno,* dice el Señor, *tiene vergüenza de mí delante de los hombres, también yo tendré vergüenza de él delante de los ángeles de Dios* [5]. Así, con aquella voluntad imperfecta en que alguno se salva cuando falta la ocasión

[2] Ps. 8, 3.
[3] Lc 2, 14
[4] Mt. 19, 14.
[5] Lc. 9, 25.

y facultad para la obra, no se podría salvar por la falta de la misma obra, o, diciendo de otro modo, no se salvaría por la obra de su rebeldía y falta que cometería negando la fe. Lo mismo podría suceder en la ignorancia. Aspiremos, por tanto, a la caridad y sigamos las buenas obras, hermanos míos, no teniendo en poco de modo alguno los pecados de flaqueza y de ignorancia; antes bien, solícitos y timoratos, demos gracias al benignísimo y liberalísimo Salvador, que proporciona con caridad tan copiosa las ocasiones de la salud a los hombres, que se alegra de encontrar en unos la voluntad y la obra, y en otros la voluntad sin obra, y en otros, sin voluntad, la obra de la salud, queriendo que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Porque en esto consiste la vida eterna, en que conozcamos al Padre, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien envió; el cual es, con el Padre, Dios verdadero, bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

EN LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR *

1 Sobre la lección del Evangelio: «Después que se cumplieron los ocho días para haber de circuncidarse el Niño, se llamó su nombre Jesús (Lc. 2, 21) **

1. Hemos leído en pocas palabras declarado el gran sacramento de la piedad de Dios; hemos oído una lección congruente al Verbo abreviado, que el Señor hizo sobre la tierra. Pues abreviado en la carne, se abrevia más recibiendo la circuncisión de la carne. Haciéndose un poco inferior a los ángeles, el Hijo de Dios tomó la humana naturaleza; pero ya ni desechando el remedio mismo de la corrupción humana, ciertamente se hace mucho más inferior a los ángeles. Tienes aquí un gran misterio de la fe; tienes también un ejemplo grande de humildad. ¿Qué necesidad hay de circuncisión, Señor, en ti, que ni has cometido pecado ni le has contraído? Que tú mismo no le hayas cometido, la misma edad lo manifiesta; que no le hayas contraído, mucho más ciertamente lo prueba la divi-

* PL 183, 131-142.
** PL 183, 131.

nidad de tu Padre, la integridad de tu Madre. Sumo Sacerdote eres, de quien en la ley está más bien profetizado que mandado que ni por el Padre ni por la Madre pueda contraer alguna impureza. Padre tienes desde toda la eternidad; pero es Dios, en quien no cae pecado. Tienes Madre también en el tiempo; pero es virgen; ni pudo la incorrupción dar a luz la corrupción. Sin embargo de todo esto, es circuncidado el Niño; el Cordero sin mancha, aunque no lo necesitó, quiso ser circuncidado; el que no tenía vestigio ni señal de herida, no rehusó la venda de los heridos. No lo hacen así los impíos, no lo hacen así; no lo hace así la perversidad de la soberbia humana, que tiene vergüenza de los remedios, gloriándose a veces de las llagas de sus delitos. Aquel a quien nadie puede argüir de pecado recibió, sin tener necesidad alguna, un remedio del pecado vergonzoso y duro al mismo tiempo; ni se retiró del cuchillo de piedra aquel Señor en quien sólo no había que raer el orín antiguo de la culpa. Nosotros, por el contrario, desvergonzados por la torpeza de la culpa, somos muy vergonzosos para la medicina de la penitencia con una fatuidad extrema; malos en ser tan inclinados a las heridas y peores en ser tan vergonzosos para la cura de ellas. El, que no cometió pecado, no se desdeñó de parecer pecador; nosotros lo queremos ser y no queremos parecerlo. ¿Es por ventura necesaria la medicina al sano y no a los enfermos? O más bien, ¿no es el enfermo quien debe curarse y no el médico? ¿Quién de los hombres que conociera en sí, no diré tanta gloria, sino a lo menos tanta inocencia, admitiría con igualdad de ánimo la mano del circuncidante? Mas Cristo con suma paciencia pagó lo que no había robado, pues había venido a hacer la purgación de los delitos, no a recibirla. Pero dirás acaso: ¿qué mucho que un párvulo la recibiese? Más bien podías decir: ¿qué mucho la recibiese el humilde y manso? ¿Qué mucho que enmudeciese delante de quien le circuncidaba el que delante de quien le esquilaba enmudeció y delante de quien le crucificaba calló? Si su humildad y mansedumbre no fuera la causa, no le hubiera sido dificultoso conservar entera su carne, impidiendo que fuese circuncidada al que había hecho que la puerta del seno virginal no fuese abierta en su salida. No era difícil al párvulo estorbar que su cuerpo fuese circuncidado cuando ni aun muerto le fué difícil conservarle libre de la corrupción.

2. *Después que se cumplieron los ocho días para haber de circuncidarse el Niño; se llamó su nombre Jesús.* ¡Grande y admirable misterio! Es circuncidado el Niño y se le llama Jesús. ¿Pues qué conexión hay entre estas dos cosas? La circuncisión, sin duda, más propia parece de quien necesita salvarse que de quien es Salvador, y más bien corresponde al que es Salvador circuncidar que ser circuncidado. Pero reconoce en esto cómo el mediador entre Dios y los hombres desde el principio de su nacimiento junta las cosas humanas a las divinas, las ínfimas a las supremas. Nace de una mujer, pero mujer a quien de tal suerte se la da el fruto de la fecundidad, que no pierde la flor de su virginidad; es envuelto en unos pañales, pero los mismos pañales son honrados con las alabanzas de los ángeles; es ocultado en un pesebre, pero es manifestado brillando una estrella del cielo. De este modo la circuncisión prueba a la vez la verdad de la carne que ha tomado; y el nombre, que es sobre todo nombre, manifiesta la gloria de su majestad. Es circuncidado como verdadero hijo de Abraham; se llama Jesús como verdadero Hijo de Dios. Ni lleva este mi Jesús, al modo de los otros que precedieron, un nombre vacío e inútil; no hay en él la sombra precisamente de su nombre grande, sino la verdad; porque testifica el evangelista que se le puso desde el cielo: *Como le llamó el ángel antes que fuese concebido.* Y atiende con cuidado la profundidad de esta expresión. Después que nació es llamado Jesús por los hombres, con cuyo nombre fué llamado por el ángel antes que fuese concebido; porque El es Salvador del ángel y del hombre; pero del hombre desde la encarnación, del ángel desde el principio del mundo.

3. *Se llamó su nombre Jesús*, dice, *como le denominó el ángel.* Con el dicho de dos o tres testigos se hace firme toda palabra; y la misma, que en el profeta se lee abreviada, más claramente se lee en el Evangelio hecha carne. A nosotros, hermanos míos, a nosotros pertenece esta doctrina. Cristo no necesitaba del testimonio del ángel ni del hombre; pero como está escrito: *Todas las cosas son por los escogidos,* por esto hemos de buscar nosotros testimonios de nuestra vida, no parezca que hemos tomado en vano el nombre de Dios. Es necesario, hermanos míos, que también nosotros seamos circuncidados y recibamos de este modo el nombre de salud, debiendo ser nuestra circunci-

sión no según la letra, sino según el espíritu ; no precisamente en un miembro, sino en todo el cuerpo juntamente. Porque, aunque reine más en la parte en que se mandó a los judíos la circuncisión, la añadidura de leviatán, que viene del pecado y se debe cortar, ocupa, con todo eso, el cuerpo entero. Desde la planta del pie hasta la coronilla no hay parte sana en nosotros ; no hay cosa alguna que no esté dañada de este veneno. Por eso aquel pueblo, como párvulo todavía en la fe y en el amor, recibió un mandato proporcionado a sus fuerzas de una circuncisión pequeña. Luego que creció hasta ser varón más perfecto, se le manda bautizarse en todo el cuerpo, lo cual es una entera circuncisión de todo el hombre. De aquí es que nuestro Salvador se dignó ser circuncidado al octavo día ; y después de los treinta y tres años ser crucificado, siendo extendido con penosa violencia en la cruz todo su cuerpo ; nosotros somos injertados en él por la semejanza de su muerte, como escribe el Apóstol, cuando recibimos el bautismo, que ha sido lo que últimamente se nos mandó observar.

4. ¿En qué consiste, pues, nuestra espiritual circuncisión sino en lo que nos encarga el mismo Apóstol: *Teniendo el sustento y vestido, estemos contentos con eso?* ¡Qué bien, por todos modos nos circuncida y corta todo lo superfluo la pobreza voluntaria, el trabajo de la penitencia, la observancia de la regular disciplina! Pero en esta misma circuncisión nos conviene buscar tres testimonios de nuestra salud: el del ángel, el de María y el de José. Es menester, repito, que ante todas las cosas el ángel del gran consejo nos ponga el nombre de salud. Después; también nos es necesaria la atestación de toda la congregación, que es como Madre de cada uno ; Madre, digo, virgen, como aquella que prometió el apóstol presentar virgen casta al único Esposo, que es Jesucristo. Ni debe ser despreciado el testimonio del mismo ministro por el que desea imitar el ejemplo del Salvador. Este es José, el cual, aunque tiene el lugar de Esposo, pero realmente es siervo y ministro ; y aunque se le llama padre, más bien es el proveedor de su sustento.

5. Pero diré estas mismas cosas más claramente. Conviene que tengamos, hermanos míos, un testimonio bueno de los que miran nuestro exterior y del que es testigo de lo que pasa en nuestro corazón. Aquel cuya conducta

es grata a todos y a ninguno gravosa hallará un ventajoso testimonio de su buen proceder en toda la congregación. En balde, ciertamente, pretenderá hacerle causa sobre sus acciones exteriores aquel pésimo acusador de sus hermanos a quien excusa y aprueba la comunidad en que vive. Conseguirá también un favorable testimonio de los prelados el que, así los pecados de su vida en el siglo como las negligencias del tiempo presente (puesto que *todos faltamos en muchas cosas,* a no ser que nos juzguemos más santos que el discípulo a quien amaba Jesús), se los manifiesta por medio de una humilde y sincera confesión para que los juzguen, y procura satisfacer por ellos a su arbitrio. En esto tampoco se podrá temer la acusación del maligno, porque no juzgará el Señor dos veces una misma cosa. Mas acaso intentará el enemigo acriminar la intención y querrá fundar la calumnia en las cosas de su interior, en que ni el testimonio de sus hermanos ni el de su padre espiritual parece hacer suficiente prueba en su abono. Por eso es necesario que en esta parte nos patrocine el testigo interno que mira más al corazón que al semblante; por el cual a la verdad debe comenzarse para que nada sea concebido en el ánimo antes que haya recibido de él el nombre de salud. Mas en cuanto pertenece a las obras y acciones manifiestas, conviene conciliarse también los exteriores testimonios, como dice el Apóstol: *Procuremos hacer lo bueno con tanta circunspección que sea aprobado no solamente de Dios, sino también de los hombres* [1].

2 De los nombres del Señor *

1. *Después que se cumplieron los ocho días para haber de circuncidarse el Niño, se llamó su nombre Jesús* [1]. Siempre ha sido la moderación acepta a Dios, y nada inmoderado pudo ser jamás de la aprobación de aquella eterna equidad. De aquí fué que no sólo fabricó todas las cosas en peso, medida y número, sino que al punto prescribió al hombre la moderación y le puso un precepto de ella diciéndole: *De todos los árboles del paraíso comerás, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas* [2]. ¡Man-

[1] 2 Cor. 8, 21.

* PL. 183, 135.
[1] Lc. 2, 21.
[2] Gen. 2, 16.

dato levísimo sin duda y enteramente medida larga! Pero el hombre quebrantó la moderación que le habían prescrito y traspasó los términos que le habían puesto, por lo que Dios apartó de él su rostro. Después, en fin, aplacado en los días de Abraham, su amigo, de nuevo instituyó la moderación y promulgó la ley, aunque no en todo semejante a la primera. Aquélla se puso para precaución, ésta para la cura; allí se hizo la prohibición para que no tuviera entrada insensiblemente la superfluidad; aquí ya se intimó la sajadura para que se quitase por el remedio del sacramento la que había entrado. Ultimamente, aquélla se dió al hombre en el árbol, vedándole que comiese de su fruto; ésta en el propio cuerpo, mandando que fuese circuncidada su carne. Ni había duda de que ocupaba todos los demás miembros aquella añadidura de leviatán, es decir, el veneno de la concupiscencia y cebo del inmoderado y desordenado deleite, para juzgar que era necesaria una general sajadura en todos.

2. Pero porque la fragilidad humana y la debilidad de la edad infantil no podría sufrir la sajadura de todos los miembros, con piadosa moderación proveyó la disposición divina que fuese castigada la concupiscencia en aquella parte en que principalísimamente nos es dañosa. Porque en toda la rebelión de los miembros que contradicen al espíritu, sólo éste se experimenta en tanto grado contumaz que excita deshonestos e ilícitos movimientos contra toda deliberación de la voluntad. En hacerse esta circuncisión al octavo día se significaba la esperanza del reino celestial, porque, volviendo al primero el círculo de días, parecía mostrar en sí como una especie de corona. De aquí es que se celebra con solemnidad el día octavo después de las grandes festividades; y en el sermón del Señor se junta a la primera bienaventuranza la octava, para que la repetida promesa del reino celestial nos forme evidentemente la corona.

3. Con mucha razón, cuando se circuncida al Niño que nos nace, se le llama Salvador, porque ya desde entonces comenzó a obrar nuestra salud, derramando por nosotros aquella sangre purísima. Ya no tienen que preguntar los cristianos por qué causa quiso Cristo ser circuncidado. Fué circuncidado por lo mismo porque nació, por lo mismo porque padeció. Ninguna de estas cosas fué para sí, sino todo para los escogidos. Ni fué engendrado en pecado,

ni circuncidado del pecado, ni muerto por pecado suyo, sino por nuestros delitos. *Como le llamó el ángel antes de ser concebido.* Fué ciertamente llamado así; no le pusieron este nombre, porque le tiene él desde toda la eternidad. De su propia naturaleza tiene ser Salvador; este nombre es innato en él, no señalado por humana o angélica criatura.

4. Pero ¿qué diremos al ver que aquel esclarecido profeta, prediciendo que este mismo Niño había de ser llamado con muchos nombres, parece haber callado sólo éste, el cual solo (como dijo antes el ángel y testifica el evangelista) *se llamó su nombre?* Deseó ardientemente Isaías ver este día; le vió y se alegró. En fin, hablaba gozosísimo, y alabando a Dios decía: *Un Niño nos ha nacido y un Hijo nos han dado; la insignia de su principado han puesto sobre su hombro, y será llamado el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz*[3]. Grandes nombres a la verdad; ¿pero dónde está el nombre que es sobre todo nombre, el nombre de Jesús, al cual se dobla toda rodilla? Tal vez en todos estos nombres hallarás sólo éste, Jesús; pero en algún modo exprimido y derramado. Sin duda él mismo es de quien la Esposa dice en el cántico de amor: *Aceite derramado es tu nombre.*

5. Tenéis, pues, un solo Jesús en todos estos nombres; ni en manera alguna pudiera llamarse o ser Salvador si hubiera faltado uno solo de ellos. ¿Por ventura no le ha experimentado *Admirable* cada uno de nosotros en la mutación de nuestras voluntades? Entonces se da principio a la gran obra de nuestra salvación, cuando empezamos a desechar lo que antes amábamos, a tener dolor de lo que antes nos daba placer, a abrazar lo que temíamos, a seguir lo mismo de que antes huíamos, a desear lo que despreciábamos. Admirable es, sin duda, el que obra tales maravillas. Pero no menos es necesario también que se muestre nuestro *Consejero* en la elección de la penitencia y ordenación de nuestra vida, para que nuestro celo no esté destituído de ciencia y no falte la discreción a la buena voluntad. Igualmente es preciso que le experimentemos *Dios* en el perdón de nuestras antiguas culpas, porque ni sin esto puede darse la salud, ni puede alguno perdonar los pecados, sino sólo Dios. Todavía esto no es suficiente para la salud si no se mostrara *fuerte* en rechazar y des-

[3] Is. 9, 6.

truir los enemigos que nos combaten, para que no suceda que seamos vencidos otra vez por nuestras concupiscencias y nuestros fines sean peores que los principios. ¿Os parece ya que nada falta para ser *Salvador?* Ciertamente faltaría una cosa principalísima si no fuera *Padre del siglo futuro*, haciendo que por él resucitemos para la inmortalidad los mismos que por el padre del siglo presente somos engendrados para la muerte. Aun esto no bastara si como *Príncipe de la paz* no nos reconciliara con el Padre, a quien ha de entregar el reino, para que no suceda que, como hijos de perdición y no de salud, resucitemos solamente para la pena. *Se multiplicará su imperio* verdaderamente, de suerte que con razón se llamará Salvador por la muchedumbre de los que se han de salvar: *Y la paz no tendrá fin*, para que sepas que es verdadera salud la que no puede temerse que llegue a faltar jamás.

3 Del día octavo*

1. En la circuncisión del Señor, hermanos míos, tenemos qué amar, qué admirar y también qué imitar. Está manifiesto en ella el gran beneficio de la dignidad divina, que exige nuestro reconocimiento; al mismo tiempo se encubre en ella lo que debemos en nosotros mismos cumplir. Porque vino el Señor al mundo no sólo para redimirnos con la efusión de su sangre, sino para enseñarnos con sus palabras e instruirnos con sus ejemplos. Pues así como no nos aprovechara saber el camino si estuviésemos presos en la cárcel, así tampoco aprovechara sacarnos de la cárcel si, ignorando el camino, el que primero nos hallara nos volviera a meter en la cárcel. Y por esto en la edad más crecida nos dió el Salvador manifiestos ejemplos de paciencia, humildad y caridad y de todas las virtudes; mas en la niñez dió estos mismos ejemplos, aunque disimulados y encubiertos con figuras.

2. Pero antes de llegar a explicar esto quisiera decir algo de tan grande y tan manifiesta dignación. Tienen los ángeles una gloria pura y perfecta, pero tampoco nosotros estaremos privados de gloria. Su gloria estamos viendo, gloria como de quien es el Hijo único del Padre, gloria de misericordia y de un afecto verdaderamente paternal,

* PL 183, 137.

gloria del que procede del corazón del Padre y que está mostrando con nosotros unas entrañas con toda la ternura de Padre. *Todos pecaron,* dice el Apóstol, *y tienen necesidad de la gloria de Dios*[1]. Y en otra parte: *Esté lejos de mí,* dice, *gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*[2]. ¿Qué cosa más gloriosa para nosotros que habernos Dios estimado tanto? ¿O qué mayor gloria para El tan especial dignación y tan grande benignidad, tanto más dulce y amable cuanto más graciosa, pues murió por unos pecadores? Ved cuánto hizo y por cuáles; *por cuáles,* para no ensoberbecernos; *cuánto,* para no perder la confianza. Así, para que no se halle en vosotros el espíritu de este mundo, sino el espíritu que viene de Dios, y sepáis los bienes que el Señor os ha hecho, no queráis, os ruego, haceros como el caballo y el mulo, sino como el piadoso jumento, que dice: *Como un jumento me hice en tu presencia, y con todo eso estoy siempre contigo*[3]. Tales jumentos conocen a su Dueño y el pesebre de su Señor; en el cual está puesto para ellos el piadosísimo heno, el mismo que es pan de los ángeles. Este es el pan vivo de que debió comer el hombre; pero porque el hombre se hizo jumento, el pan también se hizo heno, para que a lo menos así viva de él.

3. El sacramento de esta mutación sin duda se celebró en el día del nacimiento, pues el Verbo se hizo carne, siendo toda carne heno. Tomando en su encarnación forma de hombre, se hizo algo inferior a los ángeles. Pero en este día ya escucho otra cosa más maravillosa. Ya está abatido mucho más debajo de los ángeles, pues no sólo tiene la forma de hombre, sino la forma de pecador, y fijan en él, como con un cauterio, la nota de ladrón. Porque ¿qué otra cosa es la circuncisión sino indicio de superfluidad y de pecado? En ti, Señor Jesús, ¿qué puede haber superfluo para que deba circuncidarse? ¿Por ventura no eres Dios verdadero, engendrado de Dios Padre y verdadero hombre sin pecado alguno, nacido de la Virgen Madre? ¿Qué hacéis vosotros circuncidando a este Niño? ¿Pensáis, por ventura, que podrá caer sobre él aquella sentencia que dice: *Todo varón cuyo cuerpo no fuere circuncidado será exterminado de en medio de su pueblo?*[4] ¿Podrá el Padre olvidarse del Hijo de sus entrañas o no le

[1] Rom. 3, 23.
[2] Gal. 6, 14.
[3] Ps. 72, 23.
[4] Gen. 17, 14.

conocerá si no tuviera la señal de la circuncisión? Antes, si fuera posible desconocer al Hijo, que es el objeto de sus complacencias, por esta señal le pudiera desconocer, pues es la que él dispuso para los pecadores con el fin de purificarlos de sus delitos. Pero ¿qué maravilla es que la cabeza, estando sana, reciba en sí la medicina de los miembros enfermos? ¡Cuántas veces acaece recibir un miembro la cura y medicina de otro! Nos duele la cabeza y se hace la sangría en el brazo; está enfermo el hígado y sangran al doliente los pies. De esta manera es cauterizada hoy la cabeza para curar la corrupción de todo el cuerpo.

4. En fin, ¿qué maravilla que por nosotros quisiese ser circuncidado el que por nosotros se dignó morir? Todo El verdaderamente me fué dado y todo El fué expendido en mis propios usos. Oyendo yo que pasaba por delante de la cárcel el hijo de un gran Rey, comencé a gemir más alto y a exclamar más lastimosamente, diciendo: «Hijo de Dios, ten misericordia de mí.» Y El, como benignísimo: «¿Qué lloro, dice, y qué lamento es este que escucho?» Entonces le responden: «Este es aquel traidor Adán, a quien tu Padre hizo poner en la cárcel mientras delibera con qué género de tormentos le hará morir.» ¿Qué haría aquel Señor cuya naturaleza es la suma bondad, aquel Señor de quien es propio tener siempre misericordia y perdonar? Baja a la cárcel misma a sacar de ella al miserable prisionero. Mas los judíos, no olvidados del odio que habían tenido a su Padre, lo ejercitan también en el Hijo, por lo que dice El mismo: *A mí me han aborrecido y a mi Padre también*[5]. ¿Qué hicieron, pues, los impíos, que en sólo mirarle sentían pena? *Este es el Heredero*, dicen, *venid y matémosle*[6]. Así quitaron la vida al Cordero de Dios; con daño suyo, a la verdad, pero para nuestra salud. Porque ellos derramaron la sangre del Cordero; nosotros nos llegamos y bebimos de ella. Nosotros recibimos el cáliz de la salud; y este cáliz, que tiene la virtud de embriagar las almas, ¡qué admirable es! Ved aquí lo que exige nuestro reconocimiento. Pocos días ha que celebramos su venida a esta cárcel del mundo, es decir, el día de su nacimiento; pero hoy ya celebramos que tomó nuestros grillos y prisiones. Hoy aquel Señor que no hizo pecado, para

[5] Io. 15, 14.
[6] Mt. 21, 38.

librar a los reos, metió sus inocentes manos en sus cadenas ; hoy se puso bajo de la ley el mismo que dió la ley.

5. Digamos ya lo que espiritualmente se nos enseña que hagamos nosotros en esta circuncisión. Porque ni sin causa se mandó en la ley ni sin causa se cumplió en el Señor la circuncisión en el octavo día. Pero *¿quién conoció los designios del Señor o quien ha sido su consejero?* Asista favorable a nuestros deseos aquel espíritu que investiga los misterios sublimes de Dios y dígnese explicarnos el misterio de este octavo día. No ignoramos que es preciso ya que el hombre nazca de nuevo, pues por eso nació otra vez el Hijo de Dios. En pecado nacemos todos, y es necesario que renazcamos por la gracia, la cual recibimos en el bautismo; mas, ¡ay!, todo pereció en la vida secular. Ahora por la primera vez, apiadándose Dios de nosotros, con la virtud de su gracia hace que caminemos en una nueva vida. Así, debemos decir que nace el hombre, cuando naciendo en su alma el sol de la justicia, ilumina las tinieblas de sus pecados y presenta a los ojos de su corazón el horrendo juicio de Dios, añadiendo, para estrechar más el lazo del terror, el número breve de sus días y su fin tan incierto. Esta es verdaderamente aquella tarde a que debe extenderse el llanto, y es necesario añadir a ella la alegría de la mañana para que Dios nos haga oír su misericordia. De este modo, de la tarde y de la mañana se forma un día. Este día, pues, es día de justicia, porque da a cada uno lo que es suyo; al hombre la miseria, a Dios la misericordia. En este día nace el Niño, cuando por los motivos que hemos dicho se excita el ánimo del hombre al amor de la penitencia y al aborrecimiento del pecado.

6. Mas como no dejaría de ser peligroso si se resolviera a hacer la penitencia entre las turbaciones del siglo, en donde unos con venenosas persuasiones y otros con malos ejemplos le incitarían al pecado, éstos le provocarían a vanagloria con lisonjas y aquéllos a impaciencia con sus murmuraciones, es necesario que vaya delante del hombre la luz de la prudencia y le muestre cuántas y qué importunas oportunidades y ocasiones de pecar ofrece y sugiere el mundo especialmente en estos desgraciados tiempos ; qué débil sea contra sus conatos el corazón humano, particularmente el que se ha criado en la costumbre de pecar. En este día, pues, de la prudencia, escoja huir del presente siglo malo, diciendo con el profeta : *Aborrecí la junta*

de las personas que están llenas de malignidad y no tomaré asiento con los impíos [7]. Pero todavía no basta esto, porque quizá delibera retirarse a la soledad, no atendiendo bien a su propia flaqueza y a la peligrosa lucha del diablo. Porque ¿qué cosa más peligrosa que combatir sólo contra las astucias del enemigo antiguo, que le ve a él y él no puede verle? Así, tiene necesidad el hombre del día de la fortaleza, en que reconozca que sus fuerzas se han de poner y conservar en el Señor, y que debe buscar su defensa en el escuadrón formado de muchos, que viven asociados en congregación, en donde son tantos los auxiliares como los compañeros, y tales que pueden decir con el Apóstol: *No ignoramos las astucias del enemigo* [8]. Una congregación regular, por su fortaleza, *es terrible como el ejército ordenado en batalla*. Mas *¡ay del hombre solo!, porque si llega a caer, no habrá quien le levante*. Y si leemos que fué concedida esta gracia a alguno de los antiguos Padres, no conviene exponerse temerariamente a este peligro, ni conviene tentar a Dios, según lo que dice nuestro maestro de los anacoretas: «Los que no con el fervor novicio de su conversión», etc. [9] Así, en este día de la fortaleza, a lo que había el hombre comenzado a decir: *Aborrecí la junta de los que están llenos de malignidad*, añade lo que se sigue: *Lavaré entre los inocentes mis manos* [10].

7. En este estado ya, en que ha escogido vivir en la congregación de muchos, ¿querrá acaso ser maestro el que todavía no fué discípulo y enseñar lo que jamás aprendió? Pero ¿cómo podría templar en sí o en otros los movimientos irracionales de sus pasiones? *Ninguno tuvo odio jamás a su propia carne* [11]. ¿Cómo pensáis que, si este hombre se hiciera maestro suyo, con facilidad dejara algunas veces de condescender consigo mismo, tanto más anchamente cuanto más familiarmente se trata? Resplandezca, pues, en él el día de la templanza, para que busque cómo pueden templarse y refrenarse los desordenados movimientos del deleite, los irracionales movimientos de la curiosidad, los orgullosos movimientos de su altivez. Elija estar despreciado en la casa de Dios y sujeto a su Maestro, bajo del cual sea quebrantada su propia voluntad, reprimida con el

[7] Ps. 25, 5.
[8] 2 Cor. 2, 11.
[9] *Regla de San Benito*, c. 1.
[10] Ps. 25, 6.
[11] Eph. 5, 29.

freno de la obediencia su concupiscencia, y se cumpla así lo que dice el profeta: *Pusiste hombres sobre nuestras cabezas*. Ni se desdeñe el siervo de lo que precedió en su Señor, pues *no es mayor que su Señor el siervo*. Habiendo ya crecido en edad, en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres, teniendo ya doce años se quedó en Jerusalén; y hallado después por la bienaventurada Virgen y José, de quien le reputaban hijo, en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos, con todo eso *se fué con ellos a Nazaret y les estaba sujeto*. Tú, pues, de la misma manera persevera sujeto a otros por su amor.

8. Ya en el camino de la obediencia pueden ocurrir algunas cosas ásperas y duras, si te imponen preceptos que, aunque saludables, parezcan menos suaves. Y si comienzas a sentir molestia en esto, si a juzgar al prelado, a murmurar en tu corazón, aunque en lo exterior cumplas lo mandado, no será esto virtud de obediencia, sino velo de malicia. Por tanto, es necesario que te amanezca el día de la paciencia, para que abraces todas las cosas ásperas y duras con una conciencia silenciosa, juzgándote más bien a ti mismo y reprendiéndote duramente de que te desagrade lo que es tan bueno para la salud de tu alma y ayudando en tu mismo pensamiento, en cuanto puedas, la causa del Maestro contra ti propio, procurando acusarte en todo y excusarle a él al mismo tiempo.

9. En esta situación ya, juzgo que debes precaverte contra la soberbia. Porque es una cosa grande enteramente vencerse de este modo a sí mismo. *El hombre paciente*, dice Salomón, *vale más que el fuerte, y el que se hace señor de su ánimo, vale más que el que conquista ciudades* [12]. En fin, considera cuán claramente enseña el profeta que es necesaria la humildad después de la paciencia, diciendo: *Pero tú, alma mía, permanece sujeta a Dios, puesto que de El mismo viene mi paciencia* [13]. ¿No parece aquí que había sentido alguna tentación de soberbia con la ocasión de su paciencia? Es necesario, pues, que iluminen tu corazón los rayos de la humildad y te manifiesten lo que es de ti y lo que es de Dios para que no presumas altamente de ti mismo: *Porque Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* [14].

---

[12] Prov. 16, 32
[13] Ps. 61, 6.
[14] Iac. 4, 6.

10. Cuando ya por largo tiempo te hayas ejercitado en todas estas cosas, ruega que te sea dada la luz de la devoción, día serenísimo y sábado del alma, en el que, como un soldado lleno de servicios, vivas en todos los trabajos sin trabajo, corriendo con un corazón dilatado por el camino de los mandamientos de Dios, para que lo que antes hacías con amargura y opresión de tu espíritu, en adelante lo ejecutes ya con suma dulzura y deleitación. Esta gracia (si yo no me engaño) pedía aquel que decía: *Concédeme que reciba algún refrigerio* [15]. Como si dijera: ¿Hasta cuándo viviré atormentado con este sudor y dolor? ¿Hasta cuándo estaré muriendo todo el día? *Concédeme que reciba algún refrigerio.* Pero también son pocos los que llegan a esta perfección en esta vida; ni aunque a alguno le parezca haberla conseguido alguna vez, debe luego fiarse de sí mismo, especialmente si es novicio, en la vida espiritual y no ha subido a ella por los dichos grados. Suele nuestro piadoso Señor Jesucristo atraer a sí con semejantes caricias a los de poco corazón. Pero sepan estos tales que les han prestado esta gracia y no se la han dado, para que así, en el día de los bienes se acuerden de los males y en el día de los males no se olviden de los bienes. Muy de otra suerte, aquellos que tienen ejercitados los sentidos de su alma en la vida espiritual gozan de esta feliz dulzura de devoción. Pero muchos toda su vida caminan a ella y no llegan a alcanzarla, a los cuales, sin embargo, si piadosa y constantemente lo intentaron, al punto que salgan del cuerpo se les dará lo que para provecho suyo se les había negado en esta vida, llevándoles la gracia sola a donde antes caminaban ellos con la gracia, para que consumados en breve cumplan muchos tiempos.

11. Mas a los que llegan a esta gracia de devoción, un solo peligro les resta y deben enteramente recelarse de los asaltos del demonio de medio día, *porque el mismo Satanás se transforma en ángel de luz.* Esto es lo que debe temer el que hace todas las cosas con tanta deleitación, no sea acaso que, siguiendo su afecto, destruya el cuerpo con inmoderadas mortificaciones, y después se vea precisado a ocuparse, con grave detrimento de los ejercicios espirituales, en curar sus achaques. Así, para que no tropiece el que corre, es necesario que le ilumine la luz de la discreción, que es la madre de las virtudes y la consumación de

[15] Ps. 38, 14.

la perfección. Esta enseña que nada se haga con exceso, y éste es el día octavo, en que se circuncida el Niño; porque la discreción verdaderamente corta en rededor para que nada se haga más ni menos de lo que es razón. El que es nimio corta el fruto de la buena obra, no le circuncida; lo mismo hace el tibio, si se puede decir que lo hace. En este día, pues, se pone el nombre, y nombre de salud; ni dudaré decir del que así vive que obra su misma salud. Hasta este día pueden hablar los ángeles, que saben los secretos celestiales; pero yo ahora, por la primera vez, confiadamente le pongo el nombre de salud. Mas porque es ésta una rara ave en la tierra, supla en nosotros, hermanos míos, el lugar de la discreción la virtud de la obediencia; de modo que nada más, nada menos, nada diferentemente hagáis de lo que os está mandado.

EN LA EPIFANIA DEL SEÑOR *

1 Sobre las palabras del Apóstol: «Apareció la benignidad y humanidad de Dios, nuestro Salvador» (Tit. 3, 4) y de tres apariciones de Cristo **

1. *Apareció la benignidad y humanidad de Dios, nuestro Salvador.* Gracias a Dios, por quien así se aumenta nuestro consuelo en esta nuestra peregrinación, en este destierro, en esta miseria. Esto es lo que con más frecuencia os traemos a la memoria en nuestras exhortaciones, para que nunca dejéis de meditar que somos peregrinos, que estamos alejados de la patria y como expulsos de la herencia. Pues quien no conoce la desolación no puede conocer la consolación, y quien no conoce que la consolación le es necesaria es consiguiente que no tenga la gracia de Dios [1]. De ahí es que los hombres del mundo, implicados en negocios igualmente que en delitos, no sintiendo su miseria, no acudan a la misericordia. Vosotros, a quienes no en vano se dijo: *Tomaos tiempo y reposo y ved que el Señor es suave;* y a quienes el mismo profeta dice también: *Hará conocer a su pueblo el poder que resplandece en sus obras* [2]; vosotros, digo, a quienes no estorban

* PL 183, 141-152.
** PL 183, 141.

[1] Ps. 45, 11.
[2] Ps. 110, 6.

las ocupaciones del siglo, atended cuál sea el espiritual consuelo. Vosotros, que no ignoráis vuestro destierro, atended que vino del cielo el socorro. Porque *apareció la benignidad y humanidad de Dios, nuestro Salvador*[3]. Antes que apareciese la humanidad, estaba encubierta la benignidad, puesto que existía antes porque la misericordia del Señor es desde la eternidad. Pero ¿de dónde se podía conocer que era tan grande? Se prometía, pero no se sentía, por lo que muchos no la creían. De muchos y varios modos hablaba Dios en los profetas: *Yo medito*, decía, *pensamientos de paz y no de aflicción*[4]. Mas ¿qué respondía el hombre, que sentía la aflicción e ignoraba la paz? ¿Hasta cuándo estaréis diciendo *paz, paz, y no hay paz?*[5] Por eso los ángeles de paz lloraban amargamente diciendo: *Señor, ¿quién ha creído a nuestra palabra?*[6] Pero ahora crean los hombres por lo menos a la vista, porque *los testimonios de Dios se han hecho sobremanera dignos de fe*[7]. Para no ocultarse aun a la vista turbada, *en el sol ha puesto su tabernáculo*[8].

2. Ved ahí la paz, no prometida, sino enviada; no dilatada, sino dada; no profetizada, sino presentada. Ved ahí que Dios Padre ha enviado a la tierra como un saco lleno de misericordia; un saco, digo, que se ha de romper en la pasión, para que se derrame nuestro precio, que está guardado en él; un saco ciertamente lleno, aunque pequeño. Pues *un niño nos han dado*, pero niño en quien habita la plenitud de la divinidad. Vino la plenitud de la divinidad después que vino la plenitud del tiempo. Vino en la carne para así dejarse ver de los hombres groseros y carnales y para que, apareciendo la humanidad, se conociese su benignidad, porque luego que se hace conocer la humanidad de Dios, ya no puede su benignidad ocultarse. ¿En qué podía manifestar más su benignidad que en recibir mi carne? La mía, digo, no la de Adán, esto es, no cual la tuvo antes de la culpa. ¿Qué cosa declara tanto su misericordia como haber recibido mi miseria? ¿Qué piedad puede haber más llena que haberse hecho heno el Hijo de Dios? *Señor, ¿qué es el hombre para merecer que le mires como una cosa grande? ¿O por qué te dignas aplicar tu corazón a él?*[9] De aquí infiera el hombre cuánto cuidado tiene Dios

[3] Tit. 3, 4.
[4] Ier. 29, 11.
[5] Ez. 13, 10.
[6] Is. 53, 7.
[7] Ps. 92, 5.
[8] Ps. 18, 6.
[9] Iob 7, 17.

de él; de aquí reflexione qué es lo que Dios piensa y siente de él. No preguntes, hombre, lo que tú padeces, sino lo que El padeció; de lo que padeció por ti puedes conocer en cuánto te estimó, para que a ti también se haga manifiesta su benignidad por la humanidad. Cuanto menor se hizo en la humanidad, tanto mayor se mostró en la bondad, y cuanto por mí descendió a más bajeza, tanto es para mí más amable. *Apareció,* dice el Apóstol, *la benignidad y humanidad de Dios, nuestro Salvador*[10]. ¡Qué grande y qué manifiesta la benignidad y humanidad de Dios! Quiere darnos una prueba grande de la benignidad el que tuvo cuidado de añadir a la humanidad el nombre de Dios.

3. Y, ciertamente, el ángel Gabriel, enviado a la Virgen María, habla del Hijo de Dios, pero no le nombra Dios. Bendito sea el Señor, que nos dió de entre nosotros mismos un ángel tal que supliese lo que el ángel no dijo. Tenía también él el espíritu de Dios, y habló con el mismo espíritu lo que era para nosotros muy necesario. Porque ¿qué cosa instruye tanto nuestra fe, corrobora nuestra esperanza y enciende nuestra caridad como la humanidad de Dios? Mas lo que otros callaron se reservó a nuestro ángel que lo dijese. Ni era conveniente que todos lo dijesen todo, para que así tengamos el gozo de recibir de diversos diferentes cosas y a cada uno demos las debidas gracias. Con todo eso, una cosa hay en que expresamente convienen los ángeles y el Apóstol cuando hablan del nacimiento de Cristo: que es en el nombre de Salvador. Hablando San Gabriel a María, como más plenamente instruída por el espíritu de Dios, la indica el nombre solamente: *Y llamarás su nombre Jesús*[11]. El ángel que se apareció a José, no sólo pronunció su nombre, sino que le instruyó de la causa, interpretándosele diciendo: *Y llamarás su nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*[12]. A los pastores también se les anuncia la nueva del grande gozo de haberles nacido el Salvador Jesucristo. A este modo, igualmente habla San Pablo: *Apareció la benignidad y la humanidad de Dios nuestro Salvador*[13]. ¡Qué bellamente! Ninguno calló el dulce nombre, porque esto era para mí muy necesario. De otra suerte, ¿qué haría yo oyendo que venía el Señor? ¿No huiría como Adán, que

[10] Tit. 3, 4.
[11] Lc. 1, 31.
[12] Mt. 1, 21.
[13] Tit. 3, 4.

huyó de su presencia, aunque no pudo escaparse? ¿No desesperaría oyendo que venía aquel Señor cuya ley así he quebrantado, de cuya penitencia tanto he abusado y a cuyos beneficios he sido tan ingrato? ¿En qué otra cosa podía yo tener consuelo mayor que en el dulce vocablo, en el nombre consolador? Por tanto, dice el mismo: *No vino el Hijo para juzgar el mundo, sino para que el mundo sea salvo por El* [14]. Ya me llegaré confiadamente a El, ya le suplicaré lleno de esperanza. ¿Qué temeré yo cuando viene el Salvador a mi casa? A El solo he ofendido; quedará condonado todo cuanto él perdonare, porque verdaderamente le es permitido hacer lo que quiera. Dios mismo es quien justifica a los hombres, ¿quién osará condenarlos? O ¿quién acusará a los escogidos del Señor? Por eso conviene que celebremos haya venido a donde nosotros estamos, pues fácilmente nos concederá el perdón.

4. En fin, niño es; fácilmente se le podrá aplacar; porque ¿quién no sabe que un niño perdona fácilmente? Aunque no lo debemos estimar en poco, podemos reconciliarnos con Dios ahora por una cosa mínima. Por una cosa mínima, vuelvo a decir, pero no sin penitencia, sino porque esta misma penitencia es como cosa mínima. Pobres somos, poco podemos dar; sin embargo, podemos volver a la amistad de Dios por esto poco, si nosotros queremos. Todo lo que puedo dar es este miserable cuerpo; si yo le diere, es bastante, pero con tal que añada el suyo también, porque de lo mío es y es mío, supuesto que *un Niño nos ha nacido y un Hijo nos han dado*. De ti, Señor, suplo lo que tengo en mí de menos. ¡Oh dulcísima reconciliación! ¡Oh satisfacción suavísima! ¡Oh verdaderamente reconciliación fácil, pero muy útil; satisfacción tenue, pero no despreciable! Cuanto ahora es fácil, será después difícil; y así como ninguno hay ahora que no pueda reconciliarse con Dios, así dentro de poco ninguno habrá que pueda, porque así como la benignidad se manifestó a los hombres sobre toda su esperanza y pensamientos, así debemos esperar que será su rigor en el juicio. No menosprecies, pues, la misericordia divina si no quieres experimentar su justicia, su ira, su indignación, su celo y su furor. No me reprendas, Señor, en tu furor y no me castigues en tu cólera. Para que entiendas qué rigor se seguiría, le precedió tan grande mansedumbre. De la grandeza de la

[14] Io. 3. 17.

indulgencia has de inferir la grandeza de la venganza. Inmenso es Dios e infinito en su justicia, como también en su misericordia; grande para perdonar, grande para castigar, aunque la misericordia va delante para que, si nosotros queremos, no halle la justicia sobre qué descargar su rigor. Por eso nos mostró anticipadamente su benignidad, para que, reconciliados con el Señor por ella, veamos sin riesgo alguno su severidad. Por eso mismo se dignó no sólo bajar a la tierra, sino dejarse conocer; no sólo nacer, sino manifestarse también a los hombres.

5. Ultimamente, por este conocimiento se celebra este día y se distingue como día de la aparición; porque hoy vinieron los Magos del Oriente buscando al nacido sol de justicia, al mismo de quien se lee: *Ved ahí un hombre que tiene por nombre el Oriente* [15]; hoy adoraron el nuevo parto de la Virgen, siguiendo a la nueva estrella que les guiaba. ¿No hallamos en esto materia de gran consuelo, así como en la expresión del Apóstol? El le nombró Dios; éstos, no con las palabras, sino con las obras, le llaman también Dios. ¿Qué hacéis, Magos, qué hacéis? ¿A un Niño que mama adoráis en una humilde choza, envuelto en toscos paños? ¿Qué? ¿Es éste vuestro Dios? Dios está en su templo santo; el Señor tiene su trono en el cielo, ¿y vosotros le buscáis en un vil establo, en el regazo de una virgen que es su Madre? ¿Qué hacéis ofreciéndole también oro? Conque ¿éste mismo es Rey? ¿Y dónde está el real palacio, dónde el trono, dónde la asistencia de la corte real? ¿Es acaso el establo palacio, el pesebre trono, y los cortesanos María y José? ¿Cómo se han hecho tan ignorantes unos hombres sabios que adoren a un párvulo despreciable a los ojos del mundo, así por su edad como por la pobreza de los suyos? Para hacerse sabios se han hecho ignorantes y anticipadamente les ha enseñado el espíritu lo que después predicó el Apóstol: *El que quiera ser sabio, hágase necio para serlo.* Porque viendo Dios que el mundo con su propia sabiduría no le conoció en las obras de su sabiduría divina, quiso hacer salvos por la necedad de la predicación a los que creyesen en él [16].

¿Por ventura no era de temer, hermanos míos, que se escandalizasen aquellos hombres y se creyesen ilusos viendo cosas tan indignas? Desde la ciudad, que era la corte

[15] Zach. 6, 12.
[16] 1 Cor. 3, 18

real, en donde conjeturaban que debían buscar al Rey, son dirigidos a Belén, lugar pequeño; entran en un establo, hallan a un niño envuelto en unos pobres pañales. No estár para ellos sucio el establo, no se ofenden de las mantillas, no se escandalizan de la infancia de un niño de pecho; se postran, le veneran como Rey y le adoran como Dios. Verdaderamente el que los trajo él mismo los instruyó y el que por medio de la estrella les avisó en lo exterior les estaba enseñando en lo oculto de su corazón. Esta manifestación del Señor ha hecho ilustre este día y la tierna devoción de los Magos le ha hecho devoto y venerable.

6. Ni sola esta aparición, sino otra también, según lo hemos recibido de nuestros Padres, se celebra hoy; la cual, aunque se lee hecha largo tiempo después, pero sucedió igualmente el mismo día. Porque habiendo cumplido ya Cristo treinta años en la carne (porque, según la Divinidad, es siempre el mismo y sus años son eternos), vino entre las turbas populares al bautismo de Juan; vino como uno del pueblo el que sólo estaba sin pecado. ¿Quién le creería entonces Hijo de Dios? ¿Quién le respetaría por el Dios de la majestad? Mucho te humillas, Señor; en lo más ínfimo te escondes, pero no podrás ocultarte de Juan. ¿No es éste el mismo que por el seno materno, no habiendo todavía nacido, te conoció antes que nacieses? ¿No es éste el mismo que a través de las paredes de uno y otro materno seno te conoció, y ya que no pudo clamar a las turbas, a lo menos enseñó a su Madre con los saltos de su gozo?[17] Mas ahora, ¿qué? *Vióle Juan*, dice el evangelista, *que venía a él y dijo: Ved al Cordero de Dios, ved al que quita los pecados del mundo*[18]. Sí, verdaderamente es cordero, verdaderamente es humilde, verdaderamente es manso. *Ved*, dice, *al Cordero de Dios, ved al que quita los pecados del mundo*. Ved al mismo que hará la purgación de los delitos, ved al que ha venido a purificar nuestra sentina; y, sin embargo, después de este testimonio quiere El ser bautizado por Juan. Se estremece éste al oír tal propuesta. ¿Qué maravilla? ¿Qué maravilla, repito, que tiemble un hombre y no se atreva a tocar la santa corona de Dios, la cabeza adorable a los ángeles, venerable a las potestades, tremenda a los principados? ¿Quieres ser

[17] Lc. 2. 41.
[18] Io. 1. 29.

bautizado, Señor Jesús? ¿A qué fin o qué necesidad tienes de bautismo? ¿Por ventura el sano tiene necesidad de medicina, o de limpieza el limpio? ¿De dónde pecado en ti para que sea necesario el bautismo? ¿Acaso de tu Padre? Padre ciertamente tienes, pero es Dios, y eres igual a él; Dios de Dios, luz de luz. Que no puede caer pecado en Dios, ¿quién lo ignora? ¿Acaso de tu madre? Madre tienes, pero es virgen. ¿Qué pecado pudiste traer de quien te concibió sin iniquidad y te dió a luz salva su integridad? ¿Qué mancha puede tener el cordero sin mancilla? *Yo soy,* le dice Juan, *quien debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* [19] Grande humildad por una y otra parte; pero no hay comparación. Porque ¿cómo no se humillaría un hombre delante de un Dios humilde? *Déjame ahora,* dice el Señor, *porque así es razón que cumplamos nosotros toda justicia* [20]. Se aquietó Juan y obedeció; bautizó al Cordero y lavó las aguas. Nosotros fuimos lavados, no él; porque para que fuésemos lavados nosotros se lavaron entonces las aguas.

7. Pero quizá crees poco al testimonio de Juan, porque él también es hombre y le puedes tener por sospechoso; pariente es, además, de aquel de quien da testimonio. Pues ve ahí otro testimonio mayor que el de Juan, que es el testimonio de la paloma que viene a reposar sobre el Señor. Oportunamente para señalar al Cordero de Dios viene la paloma, porque ninguna cosa más propiamente que la paloma imita al cordero; lo que es el cordero entre los animales es la paloma entre las aves; suma inocencia es la de ambos, suma mansedumbre, suma sencillez. ¿Qué hay tan ajeno de malicia como el cordero y la paloma? No saben hacer daño, a nadie saben ofender. Mas, a fin de que no alegues el pretexto de que esto sucedería por mera casualidad, ve ahí el testimonio de Dios Padre. Oye cómo *el Dios de la majestad levantó su voz y la hizo resonar sobre las muchas aguas* [21], *y se oyó la voz del Padre que dijo: Este es mi Hijo amado, en quien tuve mis complacencias* [22]. Verdaderamente éste es en quien nada hay que desagrade al Padre ni ofenda los ojos de su Majestad. Así también dice el mismo Señor: *Yo hago siempre lo que le es agradable. Oídle* [23], dice, *a El mismo.* Ea, Señor Jesús, habla a lo menos ahora. ¿Hasta cuándo, Señor, calla-

[19] Mt. 3, 14.
[20] Mt. 3, 15.
[21] Ps. 28, 3.
[22] Mt. 3, 17.
[23] Io. 8, 29.

rás? ¿Hasta cuándo disimularás? Mucho y largo tiempo has estado callado; pero ya tienes licencia del Padre para hablar. ¿Cuánto tiempo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, como si fueras algún débil e ignorante, estarás oculto entre el pueblo? ¿Cuánto tiempo, noble Rey y Rey del cielo, permitirás que te llamen y te juzguen como hijo de un pobre artesano? Puesto que, como dice San Lucas, *todavía era reputado como hijo de José*[24]. ¡Oh humildad, virtud de Cristo! ¡Oh altura de humildad, cuánto confundes nuestra vanidad y soberbia! Un poco sé, o más bien me parece a mí que lo sé, y ya no puedo callar, entremetiéndome y ostentándome sin pudor ni prudencia, pronto a hablar, veloz a enseñar y tardo para oír. Y Cristo, cuando callaba por tanto tiempo, cuando se ocultaba a sí mismo, ¿temía acaso la vanagloria? ¿Podría temer la vanagloria el que es la verdadera gloria del Padre? Ciertamente la temía, pero no por sí; por nosotros la temía, pues conocía que por nosotros se debía temer; por nosotros era tanta precaución, a nosotros nos instruía con esto. Callaba su boca, pero instruían sus obras y ya enseñaba con sus ejemplos lo que después enseñó con las palabras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*[25]. Porque de la infancia del Salvador escucho un poco; desde entonces hasta los treinta años nada encuentro escrito. Mas ahora ya no puede ocultarse, siendo tan claramente manifestado por el Padre. En la primera aparición quiso también manifestarse acompañado de la Virgen Madre, porque en la virginidad se designa un cierto pudor y recato.

8. Se halla, finalmente, en el Evangelio una tercera aparición, y ésta se celebra hoy igualmente. Pues convidado el Señor a unas bodas y faltando el vino, se compadeció del sonrojo de los que le habían convidado y convirtió el agua en vino. *Y éste fué*, dice el evangelista, *el primero de los milagros de Jesús*[26]. Así en la primera aparición se dejó conocer hombre verdadero, manifestándose entre los brazos de su Madre; en la segunda, el testimonio del Padre le declaró verdadero Hijo de Dios; en la tercera se mostró Dios verdadero, a cuyo imperio se muda la naturaleza. Con tan grandes testimonios se confirma hoy nuestra fe, con tan ilustres indicios se corrobora nuestra esperanza, con tan poderosos incentivos se inflama nuestra caridad.

[24] Lc. 3, 23. [25] Mt. 11, 29. [26] Io. 2, 11.

2 De los Magos y de lo que se lee en los Cantares: «Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón» (Cant. 3, 11) *

1. Tres apariciones del Señor leemos hechas en un mismo día, aunque no en el mismo tiempo. Y sin duda admirable es la segunda, admirable es la tercera; pero la primera es en gran manera admirable. Es de admirar la mutación de las aguas, la atestación de Juan, de la paloma y de la voz del Padre; pero admira más que los Magos conociesen al Señor. Que le reconocen por Dios, lo indica la adoración, lo manifiesta la ofrenda del incienso. No sólo le reconocen por Dios, sino también por Rey, lo cual se designa en el oro. Y entre estas cosas, no se les oculta tampoco el gran misterio de la piedad de Dios, por lo que igualmente en la mirra que le ofrecen indican que ha de morir. Adoran, pues, los Magos y ofrecen dones a un niño que todavía mama el pecho de su Madre. Pero ¿dónde está, ¡oh Magos!, dónde está la púrpura de este Rey? ¿Son la púrpura acaso estas mantillas en que está envuelto? Si es Rey, ¿dónde está la diadema real? Verdaderamente vosotros le veis ceñido de la diadema con que le coronó su Madre, vestido del saco de la mortalidad, del cual, resucitando, dice: *Rompiste mi saco y me rodeaste de alegría*[1]. *Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre*[2]. Salid, virtudes angélicas, habitantes de la soberana patria, y veréis a vuestro Rey, pero con nuestra corona, con la diadema con que le coronó su Madre. De estas delicias habíais carecido hasta ahora, esta dulzura no habíais gustado todavía. Gozáis en el cielo de su grandeza, pero no habéis visto su humildad. Salid, pues, y veréis al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre.

2. Mas no necesitan los ángeles de nuestra exhortación, pues ellos mismos desean ardientemente mirar en él, y cuanto más conocida de ellos es su grandeza, tanto más preciosa y amable se les hace su humildad. Así, aunque nosotros tenemos mayor motivo de alegría (pues para nosotros nació y a nosotros se nos dió), con todo eso, ellos se adelantan, ellos nos exhortan a mirarle. Prueba de esto es la aparición del ángel a los pastores, anunciándoles la nue-

* PL 183, 147. [1] Ps. 29, 12. [2] Cant. 3, 11.

va de tan grande gozo, y aquella multitud del ejército celestial que cantó la gloria en su nacimiento. A vosotros, pues, decimos, hijas de Sión, almas seculares, débiles y delicadas, hijas propiamente, y no hijos; en quienes nada hay de fortaleza, nada de ánimo varonil: *Salid, hijas de Sión.* Salid de los cuidados mundanos, salid del sentido de la carne a los pensamientos del alma, de la servidumbre de los deseos carnales a la libertad de la inteligencia espiritual. Salid de vuestra tierra y de vuestra parentela y de la casa de vuestro Padre, *y ved al rey Salomón;* de otra suerte no estará libre de riesgo para vosotros verle Eclesiastés; porque el mismo que es *Salomón,* que es decir pacífico, en el destierro, será *Eclesiastés,* esto es, razonador en el juicio, e *Idida,* esto es, amado del Señor, en el reino. En el destierro, pues, es manso y amable; en el juicio, justo y terrible; en el reino, glorioso y admirable. Salid, pues, y ved al rey Salomón, porque en todas partes es Rey; y aunque su reino no sea de este mundo, sin embargo, es Rey también en este mundo, supuesto que preguntándole un día: *¿Eres tú Rey? Yo,* respondió, *para esto nací y para esto vine al mundo.* Aquí rige las costumbres, en el juicio discierne los méritos, en el reino distribuye los premios.

3. Por tanto, salid, hijas de Sión, y ved al rey Salomón con la diadema con que le coronó su Madre, con la corona de la pobreza, con la corona de la miseria, puesto que fué coronado también por su madrastra con corona de espinas, con corona de miseria, habiendo de ser coronado por su familia con corona de justicia cuando salgan los ángeles y quiten de su reino todos los escándalos, cuando venga al juicio acompañado de los ancianos de su pueblo, cuando pelee a favor suyo el orbe de la tierra contra los insensatos. También le corona el Padre con corona de gloria, como dice el salmista: *Le has coronado de gloria y de honor*[3]. Vedle, hijas de Sión, con la diadema con que le coronó su Madre. Respetad la corona de vuestro Rey, hecho párvulo por vosotras, y adorad su humildad en este día juntamente con los Magos, cuya fe y devoción se os propone hoy por ejemplo. Porque ¿a quiénes compararemos o a quiénes diremos que son semejantes estos hombres? Si considero la fe del centurión, si la confesión del

[3] Ps. 8, 6.

buen ladrón, no me causa tanta maravilla, pues ya entonces el Señor había hecho muchos prodigios, ya entonces había sido predicado de muchos y de muchos adorado. Sin embargo, consideremos también lo que ellos dijeron. El ladrón clama desde la cruz: *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*[4]. ¿Qué? ¿Por el suplicio ha de ir al reino? ¿Quién te dijo a ti que convenía que padeciese Cristo y que de este modo entrase en su gloria? Y tú también, centurión, ¿en qué le has conocido? *Viendo que, clamando así, había expirado,* dice: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*[5]. ¡Cosa admirable y digna de toda admiración!

4. Por eso os ruego consideréis y veáis qué vista tan penetrante tiene la fe y qué de lince tiene los ojos. Ella conoce al Hijo de Dios mamando, le conoce pendiente de la cruz, le conoce muriendo, puesto que el ladrón le conoce en el patíbulo, los Magos en el establo; aquél taladrado de los clavos, éstos envuelto en pobres pañales. Conoce el centurión la vida en la muerte, éstos la virtud de Dios en la debilidad de un tierno cuerpo; aquéllos en la acción de expirar conocen al sumo Espíritu, éstos, en la infancia, al divino Verbo; porque todo lo que aquéllos confiesan con las palabras, lo confiesan éstos con los dones. El ladrón le reconoce por Rey, el centurión por Hijo de Dios y juntamente hombre. ¿Y qué otra cosa indican estos dones sino que, en el incienso, no tanto lo confesaron como Hijo de Dios cuanto como verdadero Dios? Ruégoos, carísimos, que os aprovechéis de tanta caridad como ha mostrado con nosotros el Dios de la majestad, de tanta humildad como tomó en sí mismo, de tanta benignidad como en su humildad se dejó ver. Demos gracias a nuestro Redentor y Mediador, por quien se nos dió a conocer tan buena voluntad de Dios Padre para con nosotros, pues sabemos que su ánimo por nuestro bien es tal que no sin razón podemos decir ya: *Nosotros corremos no como a una cosa incierta*[6], porque verdaderamente tal es el corazón del Padre para con nosotros cual nos le expresó aquel Señor que procedió de su corazón.

---

[4] Lc. 23, 42.
[5] Mt. 27, 54.
[6] 1 Cor. 9, 26.

3 Sobre la lección del Evangelio: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?» (Mt. 2, 2) *

1. Tenemos por necesario, hermanos míos, según la costumbre de las demás solemnidades, exponeros el misterio de la solemnidad de hoy. Porque aunque algunas veces hablamos contra los vicios y sea utilísimo este género de oración, parece más propio de otros días. En los festivos, y particularmente en las solemnidades principales, más bien parece que nos debemos detener en los misterios que pertenecen a la solemnidad, para que a un tiempo mismo se instruya el ánimo y se excite el afecto. Porque ¿cómo celebraréis lo que ignoráis? O ¿cómo lo sabréis si no hay quien os lo declare? Por tanto, no sea molesto a los que están adelantados en el conocimiento de las Escrituras que tengamos atención a los menos doctos, según exige la caridad. Ni creo yo que ellos sean privados de los manjares que les son tan agradables, si a los menos sabios, como a las turbas populares, se les proporcionan primero alimentos más crasos; lo que harán si, animados de la caridad fraternal, saborean las cosas que son necesarias a los que no tienen mucha inteligencia, aunque acaso a ellos les parezcan poco necesarias. De esta suerte recogerán para sí los fragmentos, reflexionando con diligencia las cosas más útiles y rumiando como almas más puras las que, por su delicadeza, no son entendidas de los menos capaces.

2. La solemnidad de hoy, pues, recibió el nombre de la aparición, porque Epifanía significa aparición. Así, hoy se celebra la aparición del Señor, no sólo una, sino triplicada, según lo hemos recibido de nuestros Padres. Hoy nuestro párvulo Rey, a los pocos días de su nacimiento, se manifestó a las primicias de la gentilidad, a la cual servía de guía una estrella; hoy también, habiendo ya cumplido treinta años en su vida mortal (el que, según la Divinidad, es siempre el mismo, sin que puedan faltar sus años), oculto entre las turbas populares, vino al Jordán para ser bautizado, pero fué manifestado por el testimonio del Padre. Hoy, igualmente, habiendo sido convidado a unas bodas con sus discípulos, faltando el vino, convirtió en vino las aguas con un admirable prodigio de su poten-

* PL 183. 149.

cia. Pero deleita contemplar con más cuidado la aparición del Salvador en su infancia, porque es dulcísima y se celebra hoy con más especialidad.

3. Hoy, pues, como oímos en la lección del Evangelio, vinieron los Magos de Oriente a Jerusalén. Con razón se dice que vienen de Oriente, pues nos anuncian el nuevo nacimiento del sol de justicia e iluminan con alegres noticias el mundo todo. Sólo que la infeliz Judea, como aborrecía la luz, se obscurece al resplandor de la nueva claridad, y sus ofuscados ojos se ciegan mucho más, brillando los rayos del sol eterno. Oigamos ahora qué dijeron los Magos viniendo del Oriente: *¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?* ¡Qué fe tan cierta y tan firme! No preguntan si ha nacido, sino que hablan confiadamente y preguntan sin dudar dónde está el que ha nacido Rey de los judíos. El rey Herodes se llenó de pavor luego que oyó el nombre del Rey, sospechándole su sucesor. No es maravilla que se turbe Herodes; pero que Jerusalén, ciudad de Dios y visión de paz, se turbe en compañía de Herodes, ¿quién no lo admira? Ved, hermanos, cuánto daño hace una potestad perversa y cómo hace conformes sus súbditos a su impiedad una cabeza impía. Miserable ciudad, por cierto, aquella donde reina Herodes, porque será sin duda participante de su malicia y al nacimiento de la nueva salud se conmoverá con una turbación propia de Herodes. Confío yo en el Señor que de ningún modo reinará entre vosotros ese tirano, aunque suceda hallarse, de lo cual también nos guarde Dios. Malicia de un Herodes y crueldad de Babilonia sería querer extinguir la religión en su nacimiento y despedazar los párvulos de Israel. Así, cuando nace entre nosotros algo que pueda conducir para el bien del alma, para la piedad, para la religión, cualquiera que resiste, cualquiera que repugna, pretende con los egipcios matar los párvulos del linaje de Israel; y, aun también con Herodes, persigue al Salvador cuando nace. Pero prosigamos ya la historia comenzada, pues creo que si alguno sintiere en su conciencia algo de esto, se guardaría en adelante con más cuidado y tendría horror de abrigar en sí un corazón propio de Herodes, para no tener un fin semejante al suyo.

4. Buscando, pues, los Magos al Rey de los judíos y preguntando Herodes a los escribas el lugar del nacimiento del Señor, declaran ellos, según el profeta, el nombre

de la ciudad. Y habiéndose apartado de Jerusalén los Magos y dejado a los judíos: *He aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos.* De esto se deja entender que por buscar el auxilio humano perdieron la guía divina y que el signo celestial les desamparó porque quisieron valerse de las noticias de la tierra. Por lo cual también, habiendo dejado a Herodes, al punto se alegraron sobremanera, porque la estrella iba delante de ellos, hasta que, llegando, se paró encima del lugar donde estaba el Niño. *Y entrando en la casa hallaron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron.* ¿De dónde esto en vosotros, extranjeros? No encontramos tanta fe en Israel. ¿Qué? ¿No os ofende la humilde habitación de un establo, no os ofende la pobre cuna de un pesebre? ¿No os escandaliza la presencia de una pobre Madre ni la infancia de un Niño de pecho?

5. En fin, *abiertos sus tesoros,* dice el evangelista, *le ofrecieron por presentes oro, incienso y mirra.* Si solamente le hubieran ofrecido oro, pudiera aparecer que habrían querido remediar la pobreza de la Madre dándola con que pudiese criar al Niño. Mas ofreciendo juntamente oro, incienso y mirra, sin duda están indicando en esto un género de ofrenda espiritual. El oro parece tener la excelencia entre las riquezas del siglo; el cual por su gracia ofrecimos todos al Salvador devotamente cuando por su nombre dejamos del todo los haberes del mundo. Pero después de haber renunciado a los bienes terrenos es necesario que busquemos con deseos ardientes los celestiales. Y de esta suerte ofreceremos también el olor del incienso, en que están significadas, como leemos en el Apocalipsis de San Juan [1], las oraciones de los santos. Por lo cual igualmente dice el profeta en el salmo: *Suba mi oración a tu presencia como el humo del incienso* [2]. Así también tenéis escrito en otro lugar que *la oración del justo penetra los cielos* [3]. *La oración,* no dice de cualquiera, sino *del justo.* Porque *será execrable la oración de aquel que aparta su oreja para no oír la ley.*

6. Si quieres ser justo y no apartar tu oído de los mandamientos del Señor, para que no aparte él el suyo de tus oraciones, es preciso no sólo que desprecies el siglo,

[1] Apoc. 5, 8. [2] Ps. 140, 2. [3] Eccli. 35, 21.

sino que castigues tu cuerpo y le sujetes a la servidumbre. Porque El dijo: *Si alguno no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*[4]; y en otra parte: *Si quieres ser perfecto, anda y vende todas las cosas que tienes y dalas a los pobres y ven y sígueme*[5]. Y el mismo dice en otro lugar: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*[6]. Lo cual exponiéndolo el Apóstol dice: *Todos los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y deseos malos*[7]. Tenga, pues, nuestra oración dos alas, que son el desprecio del mundo y la mortificación del cuerpo; y sin duda penetrará los cielos y subirá a la presencia de Dios como el incienso. Será sacrificio grato y acepto a Dios nuestra ofrenda, si con el oro e incienso se hallare también la mirra; que, aunque es amarga, con todo eso es muy provechosa y preserva al cuerpo que está muerto por el pecado de que se pudra cayendo en el vicio. Esto se ha dicho brevemente para que imitemos en su ofrenda a los Magos.

7. Pero, porque dijimos que esta fiesta era aparición, veamos lo que aparece en ella. Verdaderamente, según las palabras del Apóstol: *Apareció la benignidad y humanidad de Dios, nuestro Salvador*[8]. Porque ve ahí, como hemos oído en la lección del evangelio, que entrando los Magos en la casa encontraron al Niño con María, su madre. En el tierno cuerpo, que fomentaba la Madre en su virginal regazo, ¿qué aparecía sino la verdad de la carne que había tomado? ¿Qué se declara en haber encontrado al Niño con su Madre sino que es verdadero Dios y verdadero hombre? Mira también en la segunda aparición si no es declarado manifiestamente Hijo de Dios con el testimonio de la voz del Padre. Se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo en la forma corporal de una paloma, que vino a reposar sobre él, y se oyó la voz del Padre: *Este es mi Hijo amado, en quien he tenido mis complacencias*[9]. Bastante manifiesto se hace con esto mismo, bastante evidente e indubitable que es necesario que el Hijo de Dios sea Dios. Ninguno hay tampoco que dude que los hijos de los hombres son hombres y los de los animales son también del mismo género que ellos. Mas para que no quede ningún lugar al error sacrílego, el mismo que en la primera aparición fué declarado verdadero hom-

[4] Mt. 19, 21. [5] Lc. 9, 23. [6] Mt. 16, 24. [7] Gal. 5, 24. [8] Tit. 3, 4. [9] Mt. 3, 17.

bre e hijo del hombre y en la segunda no menos verdadero Hijo de Dios, ya en la tercera se muestra verdadero Dios y Autor de la naturaleza, que se muda a la insinuación de su imperio. Nosotros, pues, carísimos, amemos a Jesucristo como verdadero hombre y hermano nuestro; honrémosle como Hijo de Dios; adorémosle como Dios. Creamos en El firmemente, fiémonos a su cuidado con toda seguridad, hermanos míos, pues ni le falta la potestad de salvarnos, siendo verdadero Dios e Hijo de Dios, ni la buena voluntad, siendo, como uno de nosotros, verdadero hombre e hijo del hombre. ¿Cómo será para nosotros inexorable cuando por nuestro bien se hizo como nosotros pasible?

8. Ya si deseáis oír algo sobre estas apariciones para edificación de las costumbres, atended que en primer lugar aparece siempre Cristo con la Virgen Madre para enseñarnos que debemos buscar ante todas cosas la sencillez y el pudor. Pues a los niños es natural la sencillez, y el recato es propio y familiar de las vírgenes. A TODOS NOSOTROS, en el principio de nuestra conversión, ninguna virtud nos es más necesaria que una humilde sencillez y UNA GRAVEDAD LLENA DE MODESTIA. En la segunda aparición vino el Salvador a las aguas del bautismo, no ciertamente para ser lavado en ellas, sino más bien para recibir el testimonio del Padre. En estas aguas se representan las lágrimas de la devoción, en las cuales no se busca la indulgencia de los pecados, sino el beneplácito de Dios Padre. Entonces desciende sobre nosotros el Espíritu de la adopción de hijos, dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, de suerte que nos parece oír la dulcísima voz del cielo, que nos dice que verdaderamente Dios Padre se complace en nosotros. Ni hay poca distancia entre estas lágrimas de devoción y de una edad, por decirlo así, varonil y las que derramó la edad primera en los sollozos de la infancia, que fueron sin duda las lágrimas de penitencia y confesión. Sin embargo, a unas y a otras exceden largamente otras ciertas lágrimas, a las que se infunde también el sabor del vino. Porque yo diré que verdaderamente se convierten en vino aquellas lágrimas que en el fervor de la caridad se derraman por el afecto de la compasión fraternal; efecto de esta caridad es que parezca por algún tiempo el hombre estar en una especie de embriaguez sobria, olvidado de sí mismo.

EN LA OCTAVA DE EPIFANIA *

De la circuncisión, del bautismo y de las palabras del Señor a San Juan: «Así es razón que cumplamos nosotros toda justicia» (Mt. 3, 15)

1. A un pueblo de dura cerviz era necesario el cuchillo, y a unos corazones de piedra con razón se debían aplicar cuchillos de piedra, como fueron aquellos con que se refiere haber sido hecha la circuncisión por Jesús Nave [1]. Pero nuestro Jesús, como manso cordero, quitó toda austeridad. Señor, cordero eres que viene con leche y lana; aparta de mí, te pido, este cuchillo, porque parece cosa dura y cruel aplicar un cuchillo de piedra a un párvulo recién nacido. Así misericordioso lo hace; la dureza que era bien congruente a los siervos duros la conmutó en mansedumbre para los hijos, haciendo que el orín del pecado original, que apenas podía raer el cuchillo, desde ahora ya, con la unción de la divina gracia, le lave el agua fácilmente. No hay que admirar, pues, que, según la diversidad de los tiempos, se hayan mudado los sacramentos, para que se diese a los unos y a los otros lo que era congruente para ellos. Pero Cristo recibió lo uno y lo otro con el fin de juntar en sí, como piedra angular, a una y otra pared, al modo que si juntase las extremidades de dos cintas cosiéndolas entre sí, como también cumplió él mismo con la Pascua figurativa, y al punto dió principio a la verdadera.

2. Igualmente quiso ser circuncidado, para mostrar que era el autor de la ley antigua, del mismo modo que del Evangelio, pues el que dice: *Si alguno no renaciere por el agua y el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos* [2]; había dicho antes por su siervo: *Todo varón cuyo cuerpo no fuere circuncidado será exterminado de en medio de su pueblo* [3]. Si sólo hubiera recibido el bautismo, pudiera parecer que había rehusado la circuncisión, como que en nada le pertenecía. Si se hubiera circuncidado y no bautizado, ¿cuándo me pudiera persuadir a mí

---

* PL 183, 153.
[1] Ios.
[2] Io. 3. 5.
[3] Gen. 17, 14.

que me bautizase y dejase la circuncisión? Así ahora, recibiendo después de la circuncisión el bautismo, me enseñó que me atuviese yo a lo que El recibió en último lugar.

3. En fin, el amante y apreciador de la comunidad, que hace habitar en su casa a los que tienen unas mismas costumbres, ¿cómo dejaría la comunidad y escandalizaría a otros? Se escandalizarían viendo que dejaba él de circuncidarse, así como hoy se escandalizaría la Iglesia si viese que un niño no se bautizaba. Ni sólo quiso recomendar el bien de la vida común y uniforme, sino que quiso mostrar la humildad de recibir la venda de los llagados el que sólo estaba sin llaga. Por lo cual dice el Apóstol: *Envió Dios su Hijo al mundo, nacido de una mujer, hecho bajo la ley*[4].

4. Mas para que no diga alguno que haber sido circuncidado fué precisamente voluntad de sus padres, pues El era un párvulo, ya siendo de treinta años, El mismo fué al bautismo, inclinó bajo de las manos del Bautista aquella cabeza tremenda a las potestades y adorable a los principados. ¿Qué mucho que se estremeciese el Bautista? ¿Quién no se estremecería aun a la sola idea de esto? ¡Oh qué alta será en el juicio la cabeza que se inclina tanto ahora! Y aquella corona, que ahora parece tan humilde, ¡qué sublime y excelsa aparecerá entonces! *Déjame*, dice, *ahora, porque así es razón que cumplamos nosotros toda justicia*[5]. El que vino en la plenitud del tiempo y en quien habita la plenitud de la Divinidad, nada conoce sino lo lleno; igualmente, no vino a destruir la ley, sino a cumplirla. Hay una justicia en tanto grado estrecha y angosta, que, si apartas un punto el pie de ella, caerás en la hoya del pecado; ésta es no preferirse al igual, ni igualarse al mayor. La definición de esta justicia es dar a cada uno lo que es suyo. Hay otra que es más extensa y amplia en el género de justicia, y es no igualarse al que es igual ni preferirse al que es inferior. Porque así como es grande y grave soberbia preferirse al igual o igualarse al mayor, así es propio de una grande humildad mostrarse inferior al igual o igual al inferior. Y así como es suma e intolerable soberbia preferirse al superior, así ponerse más abajo del inferior es la suma y perfecta justicia. Lo que

[4] Gal. 4, 4.
[5] Mt. 3, 15.

dice San Juan: *Yo soy quien debo ser bautizado por ti* [6], pertenece a la primera, porque se humilló al que era superior; mas en lo que Cristo hizo se ve la justicia llena y perfecta, pues se inclinó bajo las manos de un siervo suyo.

5. Vea ahora cada uno a quién imita, si a este Señor o a aquel espíritu soberbio que se levanta sobre todo lo que se cree o adora Dios. Procuremos, hermanos míos, cumplir toda justicia, porque ella es el camino por donde se llega a la alegría. La alegría es el premio, y la justicia el mérito y materia de ella. De la misma justicia será nuestra alegría cuando aparezca Cristo, que es nuestra vida, y aparezcamos nosotros también con El en la gloria, porque El es quien fué hecho justicia para nosotros por Dios Padre. Bienaventurados también los que ahora se alegran de la justicia y se gozan en sus conciencias, chupando miel de la piedra y aceite del peñasco durísimo. Al presente parece trabajosa la justicia, mas tiempo vendrá en que, con gozo y suavidad, sin fatiga alguna, se desee y posea, se ame y se perciba, pues gozaremos de la misma justicia. Mas ¡ay de aquellos que salen del verdadero camino y que, dejando la justicia, buscan la alegría vana y transitoria!, pues la alegría de las cosas transitorias perecerá, desvaneciéndose las cosas en que se fundaba, porque, así como faltando la leña falta el fuego, así faltando el mundo y todos sus atractivos sin duda faltará su alegría.

DOMINGO PRIMERO DESPUES DE LA EPIFANIA *

1 Sobre el milagro hecho en las bodas y sobre lo que dice el Señor: «Y vosotros sed semejantes a los hombres que aguardan que su señor vuelva de las bodas» (Lc. 12, 36) **

1. En la lección del santo evangelio, hermanos míos, hemos oído hoy que nuestro Señor Jesucristo fué a unas bodas. Cumplamos, pues, lo que en otra parte amonesta, y procuremos hacernos *semejantes a los hombres que aguardan que su señor vuelva de las bodas*. Al que está con su

[6] Mt. 3, 14.

* PL 183, 155-162.

** PL 183, 155.

carro en el campo o vende algo en la plaza no le decimos: ¿qué aguardas?, puesto que no es semejante a los que aguardan. Pero al que vemos delante de la puerta llamar muchas veces y mirar continuamente a las ventanas, no es maravilla que preguntemos qué es lo que aguarda. Aquéllos, pues, son semejantes a los que aguardan, que no oyeron con orejas sordas: *Buscad tiempo y ocio y ved que yo soy Dios* [1]. Vendrá el Señor a los que le aguardan en verdad, cual era el que decía: *Yo he aguardado y no estoy cansado de aguardar al Señor* [2]. Vendrá, como el que vuelve de unas bodas, embriagado del vino de la caridad y olvidado de nuestras iniquidades. Vendrá a los que no le aguardan, como el que vuelve de unas bodas, como un hombre valeroso, a quien el vino que le ha embriagado hace más fuerte; verdaderamente embriagado y como olvidado de sus misericordias; porque entonces, en cuanto a ellos, se olvidará Dios de tener misericordia. Vendrá en ira y en indignación, como un furioso; pero, ¡ah, Señor!, no me reprendas a mí en tu furor. Esto sea dicho no tanto de las presentes bodas como con ocasión de ellas.

2. Pero sigamos ya en compañía de los discípulos al Señor que va a las bodas, para que viendo lo que hace, creamos juntamente con ellos. *Faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino* [3]. Tuvo compasión del sonrojo que tendrían en faltarles vino para la mesa, como misericordiosa, como benignísima. ¿Qué había de proceder de la fuente de piedad sino piedad? ¿Qué maravilla, repito, que muestren piedad las entrañas de piedad? El que tiene en su mano una manzana medio día, ¿no conservará otra parte del día el olor de la manzana? ¿Qué inclinadas dejaría a la virtud de la piedad aquellas entrañas, habiendo habitado la misma piedad nueve meses en ellas? Porque no sólo llenó antes su alma que su seno, sino que cuando salió de su seno no se apartó de su alma. Pudiera parecer un poco dura y austera la respuesta del Salvador, pero sabía El a quién hablaba y no ignoraba ella quién hablaba. En fin, para que sepas cómo tomó su respuesta o cuánto confió de la piedad de su Hijo, dijo a los sirvientes: *Observad y haced lo que El os mandare.*

3. *Estaban puestas allí seis hidrias de piedra.* Estas hidrias debemos poner ahora adelante o, más bien, mostrar que están puestas ya, para que se purifiquen los ver-

[1] Ps. 45. 11. [2] Ps. 39. 1. [3] Io. 2. 3.

daderos judíos, no según la letra, sino según la verdad. Pues como la Iglesia no ha llegado todavía a la purificación perfecta, que será cuando Cristo la presente a sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, tiene necesidad entre tanto de muchas purificaciones, a fin de que así como abundan los pecados, abunde también la indulgencia, y como se multiplica la miseria, se multiplique la misericordia, con la diferencia de que el favor de Dios sobrepasa la grandeza del pecado, porque la gracia no sólo lava los pecados, sino que da los méritos. Seis hidrias están puestas para los que caen en pecado después del bautismo; pues de éstos hablamos, porque de éstos somos nosotros. Nos desnudamos de la vieja túnica, pero, ¡ay!, mucho peor la volvimos a vestir; lavamos nuestros pies, pero peor los hemos manchado de nuevo. Pues así como lo que había manchado otro lo lavó otro, así, manchados por nosotros, es necesario ser lavados por nosotros. Lavó el agua ajena a los que había manchado ajena culpa. Ni con todo eso la llamó ajena, de modo que niegue que es nuestra, de otra suerte no mancharía. Es ajena, porque todos nosotros, sin saberlo, pecamos en Adán; es nuestra porque, aunque en otro, nosotros, sin embargo, pecamos, y a nosotros se nos imputaba por justo juicio de Dios, aunque oculto. En medio de esto, para que ya no tengas de qué quejarte contra la inobediencia de Adán, se te da la obediencia de Cristo, para que, si de balde fuiste vendido, seas también redimido de balde; si no sabiéndolo pereciste en Adán, no sabiéndolo recibas en Cristo la vida. No lo supiste cuando el antiguo Adán extendió sus dañosas manos al árbol vedado; y no menos tampoco supiste cuando Cristo extendió sus inocentes manos al leño saludable. Del primer hombre vino a ti la mancha con que te ensuciaste, del costado de Cristo el agua con que te lavaste. Ahora ya, manchado con tu propia culpa, igualmente habrás de limpiarte con el agua propia, pero con todo eso en aquel y por aquel Señor, que es sólo quien purifica a los hombres de los delitos.

4. La primera hidria, pues, y la primera purificación consiste en la compunción, de la cual leemos que dice Dios: *En cualquiera hora en que el pecador gima..., no me acordaré de todas sus iniquidades*[4]. La segunda es la confesión, pues en la confesión se lavan todas las cosas.

[4] Ez. 18, 21-22.

La tercera, la distribución de limosnas, pues sobre esto tienes en el Evangelio: *Dad limosna de lo que tenéis y todas las cosas serán puras para vosotros*[5]. La cuarta, el perdón de las injurias, según lo que decimos en la oración: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*[6]. La quinta es la mortificación del cuerpo, acerca de lo cual pedimos en el himno que, *purificados por la abstinencia, cantemos a Dios la gloria*[7]. La sexta es la obediencia a los preceptos, como oyeron los discípulos, y ojalá que lo oigamos nosotros también: *Vosotros estáis limpios por las instrucciones que yo os he dado*[8]; sin duda porque no eran como aquellos de quienes se dice: *Mi palabra no halla entrada en vosotros*[9], sino que le habían obedecido al punto que escucharon sus palabras. Estas son las seis hidrias que están puestas para nuestra purificación, las cuales están vacías y llenas de aire, si se observan por vanagloria. Se llenan de agua, si se guardan en el temor de Dios, porque el temor de Dios es fuente de vida. Agua, repito, es el temor de Dios, aunque menos sabrosa, pero que refrigera en gran manera al alma que arde en deseos dañosos; agua es que puede apagar las saetas encendidas del enemigo. Ni disuena tampoco para la semejanza, que el agua va siempre a lo profundo y el temor lleva siempre el pensamiento a lo más bajo y se detiene en las inferiores estancias; y con el pensamiento lleno de pavor registra aquellos horrendos lugares, según aquello: *Iré a las puertas del infierno*. Pero por la virtud divina se muda en vino el agua cuando echa fuera al temor la caridad perfecta.

5. Se dice *que eran de piedra*, no tanto para significar su dureza como su firmeza. *Cabían dos o tres cántaros en cada una*. Los dos cántaros designan un duplicado temor con que medita el hombre y teme no suceda acaso que sea arrojado al infierno, no suceda que sea acaso excluído de la vida eterna. Pero porque estas cosas están por venir y son contingentes, y así podía lisonjearse el alma diciendo: Después que vivas algún tiempo en los deleites, harás penitencia, y de este modo ni habrás de carecer de la gloria ni perecer en el infierno, es bueno añadir el ter-

[5] Lc. 11, 41.
[6] Mt. 6, 12.
[7] Himno de la Iglesia *ad primam*.
[8] Io. 15, 3.
[9] Io. 8, 37.

cero, que es conocido de los espirituales, y por ser del tiempo presente es mucho más útil. Temen, pues, los que llegaron a gustar la espiritual comida, no sea acaso que alguna vez sean privados de ella, pues necesitan de un alimento fuerte los que han echado la mano a cosas fuertes. Vivan de las pajas del Egipto los que sirven en las obras de barro y ladrillo; a nosotros nos es necesario un alimento más fuerte, pues nos resta un largo camino, para que nos dé fortaleza para andar aquel manjar. El mismo es el pan de los ángeles, el pan vivo, el pan cotidiano. Este es del que se nos prometió que recibiríamos cien veces más en este siglo. Porque así como a los jornaleros se les da comida cada día en el trabajo y se les reserva el salario para el fin, así el Señor dará después la vida eterna y por ahora promete cien veces más y lo da. ¿Qué maravilla, pues, que tema perder esta gracia el que la llegó a conseguir? Este temor es el cántaro tercero, el cual puso con disyunción, porque no es de todos, pues no a todos se ha prometido el céntuplo, sino a solos aquellos que lo dejaron todo.

2 De las espirituales bodas significadas en la historia evangélica *

1. Sucede, hermanos míos, en la consideración de las obras del Señor, que al mismo tiempo que su exterior vista sirve de alimento saludable a los menos capaces, hallan en lo interior de ellas, los que están más ejercitados en las cosas espirituales, un sustento más sólido y suave, que es como la flor y medula del trigo. Porque son agradables en su exterior hermosura, pero mucho más en su interior virtud, a la manera que el mismo Señor era hermoso en la disposición de su cuerpo sobre todos los hijos de los hombres; mas interiormente, como candor de la luz eterna, sobrepasaba en belleza a los mismos rostros de los ángeles. Por fuera aparecía hombre sin culpa, carne sin pecado, cordero sin mancha. ¡Qué hermosos los pies de quien anuncia la paz, de quien anuncia las buenas nuevas!, pero mucho más hermosa y preciosa es su cabeza; porque la cabeza de Cristo es Dios. Agradable el rostro del hombre, en quien no cae pecado, *y bienaventurados los*

* PL 183, 157.

ojos que le vieron[1]; pero mucho más *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. En fin, habiendo llegado a la medula, ya la corteza no la apreciaba el Apóstol, diciendo: *Aunque conocimos en otro tiempo a Cristo según la carne, pero ahora ya no le conocemos de esta suerte*[2]; sin duda porque el mismo Señor había dicho antes: *La carne de nada sirve, el espíritu es el que vivifica*[3]. Pero ésta es la sabiduría que Pablo habla entre los perfectos, no entre aquellos a quienes leemos que dijo: *No me he propuesto saber otra cosa entre vosotros que a Jesucristo, y éste crucificado*[4]. Todo El es suave, todo amable, todo saludable, todo, en fin, según la voz de la esposa[5], deseable. Pero lo mismo que se ha mostrado en El, eso hallarás en sus obras; porque la misma superficie, considerada como por fuera, es muy hermosa, y si alguno parte la nuez, hallará dentro lo que es más gustoso y mucho más deleitable. No encontrarás esto mismo en los Padres del Antiguo Testamento. En sus obras es hermosa y agradable la significación espiritual; pero ellas, consideradas en sí mismas, se hallarán menos dignas alguna vez, como son algunos hechos de Jacob, el adulterio de David y otras cosas semejantes. Preciosos son a la verdad los manjares, pero los platos no tan preciosos. Y por eso quizá se dijo: *Tenebrosa el agua en las nubes del aire,* porque fueron obscuras aquellas nubes. Y se dijo más abajo del Señor: *Pasaron las nubes al resplandor de su presencia*[6].

2. Pienso que ya habréis advertido a qué fin he dicho esto. Oísteis hoy el milagro hecho en las bodas, que fué el primer prodigio que obró el Señor; su narración es agradable, pero su significación mucho más. Fué indicio esclarecido de la divina Majestad convertirse el agua en vino al imperio del Señor; pero es mucho mejor la mutación que obra la diestra del Excelso y está prefigurada en ésta. Porque todos nosotros somos llamados a las bodas en que Cristo es el esposo, por lo que cantamos en el salmo: *Y El es como el esposo que sale de su tálamo*[7]. La esposa somos nosotros mismos, si no os parece increíble; siendo todos juntos una esposa, y las almas de cada uno como particulares esposas. Pero ¿cuándo podrá pensar nuestra fragilidad tanto favor de su Dios, que nos ame con aquel afecto con que ama el Esposo a la esposa? Porque esta

[1] Mt. 5, 8. [3] Io. 6, 64. [5] Cant. 5, 16. [7] Ps. 18, 6.
[2] 2 Cor. 5, 16. [4] 1 Cor. 2, 2. [6] Ps. 17, 12-13.

esposa es muy inferior a su Esposo en linaje, inferior en hermosura, inferior en dignidad. Sin embargo, por esta etiopisa vino de lejos el Hijo del eterno Rey y, por desposarla consigo, no dudó tampoco morir por ella. Con una etiopisa se casó Moisés, pero no pudo mudar su color; pero Cristo, a la misma Iglesia que amó, siendo todavía ignoble y fea, la presentará a sí mismo gloriosa, sin tener mancha ni arruga. Murmure Aarón, murmure María también, pero la antigua, no la nueva; no la Madre del Señor, sino la hermana de Moisés; no nuestra María, repito, porque lejos de eso, ella misma está cuidadosa de si falta algo, acaso, en nuestras bodas. Y vosotros, mientras que murmuran los sacerdotes y murmura la sinagoga, ocupaos, como es debido, en acciones de gracias con todo afecto.

3. ¿De dónde a ti tanta dicha, alma humana, de dónde a ti tanta dicha? ¿De dónde a ti tan inestimable gloria que merecieses ser esposa de aquel Señor en quien los ángeles mismos desean mirar? ¿De dónde a ti tanta felicidad que sea esposo tuyo aquel Señor cuya hermosura admiran el sol y la luna, a cuyo imperio se mudan todas las cosas? ¿Qué volverás tú al Señor por todo lo que te ha dado haciéndote compañera de su mesa, compañera de su reino, compañera, en fin, de su tálamo, hasta introducirte el Rey en su aposento? Mira ya qué sientes de tu Dios, cuánto puedes confiar en él; mira con qué brazos de caridad fiel y agradecida debe ser correspondido en el amor y abrazado el que tanto te estimó o, por mejor decir, te hizo tan estimable. De su costado te reformó cuando durmió en la cruz, cuando recibió el sueño de la muerte. Por ti vino de Dios Padre y dejó a su madre la sinagoga, para que, juntándote a El, te hagas con El un mismo espíritu. Oye, pues, hija; mira y considera qué grande es la dignación de Dios para contigo; y olvida a tu pueblo y a la casa de tu padre. Deja los afectos carnales, desaprende las costumbres mundanas, abstente de los antiguos vicios, olvida los hábitos perversos. Porque ¿qué piensas? ¿Por ventura no vendrá luego el ángel del Señor y te partirá por medio si (lo que Dios aparte de ti) admitieres otro amante?

4. Ya estás, pues, desposado con El, ya se celebra la comida de las bodas, pues la cena se está preparando en el cielo y en el eterno palacio. Pero ¿por ventura faltará allí vino? De ningún modo. Seremos embriagados allí de la

abundancia de la casa de Dios y beberemos del torrente de sus deleites. Preparado está verdaderamente para aquellas bodas un río de vino; de vino, digo, que alegra el corazón, puesto que el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios. Mas ahora, porque nos resta un largo camino, recibimos la comida aquí, aunque no en tanta abundancia, pues la plenitud y saciedad se reserva para la cena eterna. Aquí, pues, falta el vino algunas veces, esto es, el fervor de la caridad y la gracia de la devoción. ¡Cuántas veces me es necesario, hermanos míos, después de vuestras llorosas quejas, rogar a la Madre de misericordia que diga a su benignísimo Hijo que no tenéis vino! Con toda seguridad os digo que, si piadosamente la llamamos, no nos faltará en nuestra necesidad, porque es misericordiosa y madre de misericordia. Pues si se compadeció del sonrojo de los que la habían convidado, mucho más se compadecerá de nosotros si devotamente la invocamos. La agradan nuestras bodas y la pertenecen más que las otras, siendo ella de cuyo seno procedió, como de su tálamo, el celestial Esposo.

5. Pero ¿a quién no hace fuerza lo que en aquellas bodas respondió el Señor a su santísima y benignísima Madre, diciéndola: *¿Qué tienes conmigo, mujer?* ¡Qué tienes tú con ella, Señor! ¿Acaso no lo mismo que un hijo con su madre? ¿Qué te toca de ella, preguntas, siendo el fruto bendito de su seno inmaculado? ¿Qué? ¿No es ésta la misma que, quedando salva su virginidad, te concibió y te dió a luz sin corrupción? ¿No es la misma en cuyo seno virginal habitaste nueve meses, de cuyos pechos virginales mamaste y con quien siendo de doce años bajaste desde Jerusalén y le estabas sometido? Pues ahora, Señor, ¿por qué la eres molesto, diciéndola: *¿Qué tienes conmigo?* Mucho por todos modos te va. Pero ya veo manifiestamente que no como indignado o queriendo confundir la tierna vergüenza de la Virgen Madre, le dijiste: *¿Qué tienes conmigo?*; porque viniendo a vos los sirvientes, según el precepto de la Madre, sin dudar nada haces lo que ella te había insinuado. ¿Por qué, pues, hermanos míos, por qué respondería antes así? Por nosotros, ciertamente, para que después de convertidos a Dios no nos ocupe ya el cuidado de nuestros padres carnales y el trato y correspondencia con ellos no impidan nuestros ejercicios espirituales; porque, mientras somos del mundo, es constante que somos deudores a nuestros padres del cuidado y asis-

tencia ; pero después que a nosotros mismos nos hemos dejado, con más fuerte razón estaremos libres de toda solicitud por ellos. Así leemos que un monje [8] que vivía en el yermo, y habiendo venido un hermano según la carne a pedirle amparo, le respondió que fuese a pedirlo a otro hermano de los dos, el cual había ya muerto. Y como admirado el que había venido le dijese que ya era difunto, el eremita respondió que también había muerto él. Oportunamente, pues, nos enseñó el Señor que no andemos solícitos cerca de nuestros carnales parientes más de lo que la religión permite, cuando a su misma Madre, y Madre tal, la respondió : *¿Qué tienes conmigo?* Así también en otra ocasión, diciéndole uno que estaba su Madre afuera con sus hermanos y quería hablar con El, respondió el Señor : *¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?* [9] ¿Qué dirán a vista de esto aquellos que tan carnal e inútilmente andan solícitos sobre sus parientes como si todavía vivieran con ellos?

6. Veamos ya lo que se sigue : *Estaban puestas seis hidrias,* dice el evangelista, *para servir a las purificaciones que estaban en uso entre los judíos.* Por esto, a lo menos, puedes conocer que no es el cumplimiento, sino la preparación de las bodas, cuando hay todavía necesidad de purificación. Estas bodas, pues, son de desposorio, no de unión. Porque esté lejos de nosotros creer que habrá vasos de purificación en aquellas bodas en que Cristo presentará a sí mismo gloriosa la Iglesia, sin tener mancha, ni arruga, ni cosa semejante a esto. En donde no habrá mancha, ¿qué purificación será necesaria? Ahora, ciertamente, es el tiempo de lavarnos, ahora es patente que es necesaria la purificación, cuando ninguno hay limpio de mancha, ni aun el infante cuya vida es de un solo día sobre la tierra. Ahora se lava la Esposa, ahora se purifica para presentarse sin mancha alguna en aquellas celestiales bodas a su Esposo. Busquemos, pues, seis hidrias, en las cuales esta ablución de los judíos, esto es, de los que se confiesan, se haga purificación. Porque si dijéremos que no tenemos pecados, nos engañamos a nosotros mismos y no hay en nosotros verdad ; la cual sola libra, sola salva y sola lava. Mas si confesáramos nuestros pecados, no fal-

[8] El abad Apolo.
[9] Mt. 12. 48.

tarán a los verdaderos judíos las hidrias de la purificación; porque fiel es Dios, que nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda iniquidad.

7. Yo ciertamente juzgo que las seis hidrias son seis observancias que, para purificar los corazones de los que se confiesan, instituyeron los Santos Padres; y todas ellas (si no me engaño) las podremos hallar aquí. La primera hidria es la *continencia* de la castidad, por la cual se lava todo lo que había manchado antes la lujuria. La segunda es el *ayuno*, que hace que lo que había afeado la gula lo limpie ahora la abstinencia. Por la pereza también y la ociosidad, que es enemiga del alma, contrajimos muchas manchas, comiendo, contra la sentencia de Dios, el pan, no en el sudor de nuestro rostro, sino en el del ajeno; por esto nos ponen también la tercera hidria, para que se quiten aquellas manchas en el *trabajo de las manos*. Así, igualmente, por la somnolencia y las demás obras de la noche y de las tinieblas pecamos mucho; por eso se pone por cuarta hidria la *observancia de las vigilias*, para que, levantándonos por la noche a alabar al Señor, redimamos las noches no buenas del tiempo pasado. Ya, ¿quién ignora que la lengua nos ha manchado mucho por las palabras vanas y falsas, por las murmuraciones y adulaciones, por las palabras de malicia y jactancia? Por todo esto es necesaria la quinta hidria, que es el *silencio*, guarda de la religión, y en que está nuestra fortaleza. La sexta hidria es la *regular disciplina*, en la cual no vivimos a nuestro arbitrio, sino al ajeno, para que se borre todo lo que pecamos viviendo desordenadamente. De piedra son estas cosas; duras son, pero es preciso lavarnos en ellas si no queremos recibir, por nuevas fealdades, libelo de repudio del Señor. Sin embargo, en decir que son de piedra, no sólo se puede entender su dureza, sino mucho mejor su solidez; porque estas cosas no lavan, sino permanecen con una firme estabilidad.

8. Dice el Señor a los ministros: *Llenad las hidrias de agua*. ¿Qué es esto, Señor? Los ministros están cuidadosos porque falta el vino, ¿y vos decís: *Llenad las hidrias de agua?* Ellos están pensando qué vasos han de ministrar, ¿y vos mandáis que llenen los vasos de la purificación? Así enteramente, así a Jacob, cuando suspira por los abrazos de Raquel, le pone a Lía en su lugar su padre. A nosotros, hermanos míos, que somos ministros y

siervos vuestros, a nosotros manda Cristo que llenemos las hidrias de agua todas las veces que el vino falta. Como si dijera: Ellos desean la devoción, piden vino, claman con sus ruegos por el fervor; pero todavía no ha llegado mi hora: *Llenad las hidrias de agua.* Porque ¿cuál es el agua saludable, aunque no muy dulce, sino el temor de Dios, que es fuente de la vida y principio de la sabiduría? Dícese, pues, a los ministros: Infundid el miedo y llenad del espíritu de temor no tanto los vasos como los corazones; porque para llegar a la caridad deben disponerse por el temor, para que digan ellos también: *Por tu temor, Señor, hemos concebido y dado a luz el Espíritu de salud*[10]. Pero ¿cómo se llenarán las hidrias, pues había dicho antes el evangelista que cabían en cada una dos o tres cántaros? ¿Qué cosa serán estos dos cántaros y qué el tercero? Ciertamente, dos temores comunes y conocidos de todos, y otro tercero menos común y menos conocido. El primer temor es de que seamos atormentados en el infierno; el segundo, de que seamos excluídos de la vista de Dios y privados de aquella inestimable gloria; el tercero, llena el alma de toda solicitud, recelando que acaso sea desamparada de la gracia.

9. Y verdaderamente todo temor del Señor, así como el agua apaga el fuego, así apaga los deseos malos; pero principalmente éste, cuando a cada tentación ocurre, haciéndonos considerar no suceda acaso que perdamos la gracia; y dejado así el hombre a sí mismo, resbale cada día de malo en peor, del pecado leve a la culpa grave, como vemos a muchos que, estando ya manchados, no cesan de mancharse más. Contra este temor no tiene el alma de donde poder lisonjearse, o de la mayor gravedad de la culpa, o de la futura enmienda, ya que con estas lisonjas se pueden impedir los dos primeros géneros de temor. Nos manda, pues, el Señor que llenemos las hidrias con esta agua. Algunas veces están vacías y llenas de aire; cuando alguno es tan insensato en aquellas observancias de que hemos hablado, que por su afecto a la vanidad se ve privado del perpetuo premio, como lo fueron las vírgenes fatuas, en cuyos vasos faltó el aceite. Otras veces (lo que es mucho peor) están llenas a la verdad, pero llenas de veneno, que es la envidia, la murmuración, el rencor del ánimo y la detracción. Así, para que estas cosas no en-

[10] Is. 26. 18.

tren encubiertamente, cuando falta el vino nos mandan llenar las hidrias de agua, con el fin de que se observen los mandamientos del Señor con el temor; la cual agua se convierte en vino cuando el temor es expelido por la caridad, y todo se llena del fervor del espíritu y de una gustosa devoción.

EN SEPTUAGESIMA *

1 **

1. Grande consuelo me causa, hermanos míos, aquella sentencia del Señor: *El que es de Dios oye las palabras de Dios*[1]. Por eso vosotros las oís con gusto, porque sois de Dios. Ni ignoro lo que dice en otro lugar la Escritura: *De El y por El y en El son todas las cosas*[2]. Pero muy diferentemente son de El los que, según el Evangelio de San Juan: *No nacieron de la voluntad de la carne, sino de Dios*[3]. De donde también hallarás escrito por el mismo San Juan en su Carta: *Todo el que es nacido de Dios no peca, sino que le conserva la generación celestial*[4]. *No peca*, dice, esto es, no permanece en el pecado, porque le *conserva*, para que no pueda perecer, la generación celestial, que no puede engañarse. O no peca, esto es, es tanto como si no pecara, por cuanto, es a saber, no se le imputa el pecado, porque la generación celestial le conserva aun en esta parte. Pero ¿quién contará esta generación? ¿Quién podrá decir: yo soy de los escogidos, yo de los predestinados a la vida, yo del número de los hijos? ¿Quién, repito, puede decir esto, reclamando la Escritura: *No sabe el hombre si es digno de amor o de odio?*[5] A la verdad, no tenemos certidumbre, pero la confianza de nuestra esperanza nos consuela para que no seamos totalmente atormentados de la congoja de esta duda. Por eso se dan algunas señales y manifiestos indicios de salud; de modo que no se pueda dudar que aquel

* PL 183, 161-168.
** PL 183, 161.
[1] Io. 8, 47.
[2] Rom. 11, 56.
[3] Io. 1, 13.
[4] Io. 5, 18. *Cf. Introducción general. Predestinación y justificación*, p. 85.
[5] Eccl. 9, 1.

es del número de los escogidos en quien permanecieren estas señales. Por esto, repito, a los que Dios conoció en su divina presciencia, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que a quienes niega la certidumbre para que vivan con solicitud, consuele a lo menos y les dé confianza la gracia. Esto es lo que nos debe traer siempre cuidadosos y con temor y temblor, para que vivamos humillados bajo la mano poderosa de Dios, porque cuáles somos, lo podemos conocer a lo menos en parte, pero cuáles hemos de ser es totalmente imposible saberlo. Así el que está en pie tenga cuidado de no caer y procure perseverar y adelantar en aquella forma de vida que es indicio de salud y señal de predestinación.

2. Verdaderamente entre las cosas que dan confianza y materia de esperar tiene el principal lugar la sentencia de que comenzamos a hablar: *El que es de Dios oye las palabras de Dios.* Pero tal vez hallarás algunos que de tal modo oyen como si de ningún modo perteneciera a ellos lo que se dice: no entran en su corazón, no examinan sus costumbres, no piensan si acaso lo que oyen se ha dicho para ellos; antes, por el contrario, si la palabra de Dios, viva y eficaz, que a su arbitrio y no al de quien predica, es dirigida a donde él quiere; si la palabra de Dios, vuelvo a decir, procediere contra aquellos vicios en que ellos se hallan implicados, disimulan y apartan los ojos de su corazón o con algún pretexto de su ingenio palían sus defectos y se engañan los miserables a sí mismos. En éstos no veo señales de salud, y más bien temo que acaso no oyen la palabra de Dios, porque ellos no son de Dios. En vosotros, hermanos míos (a Dios las gracias), verdaderamente hallo oídos para oír, manifestándose sin tardanza en vuestra enmienda el fruto de la palabra; y aún debo confesar también que, mientras estoy hablando, me parece algunas veces que yo mismo percibo el fervor de vuestra afectuosa aplicación, pues cuanto más abundantemente mamáis, tanto más llena mis pechos la dignación del Espíritu Santo y tanto más copiosamente me da Dios que ofreceros cuanto más presto agotáis lo que os presento. Por eso muchas veces os hablo aun fuera de la costumbre de nuestra Orden, pues sé quien dijo: *Si algo ponéis de más, cuando vuelva os lo daré*[6].

[6] Lc. 10, 35.

3. Hoy, hermanos míos, se celebra el principio de Septuagésima, cuyo nombre en toda la Iglesia es bien conocido. Pero os aseguro, amadísimos, que al pronunciar este nombre me compadezco muchísimo de mí mismo. Se conmueve dentro de mí mi espíritu, suspirando hacia aquella patria en que ni hay número, ni medida, ni peso. Porque ¿hasta cuándo recibiré en número, peso y medida los bienes del cuerpo y del alma? ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre abundan de panes y yo aquí perezco de hambre! Del corporal sustento se dijo a Adán y llegó la sentencia hasta mí: *Con el sudor de tu rostro comerás tu pan*[7]. Pero, aun después que he trabajado, en peso me dan el pan, en medida la bebida, y los manjares en número. Y de lo corporal es así. Pero ¿qué de lo espiritual? Ciertamente antes de comer suspiro; y ojalá que después que haya suspirado y llorado merezca a lo menos un pequeño pedazo del celestial convite y como un perrillo coma de las migajas que caen de la mesa de sus señores. ¡Oh Jerusalén, ciudad del Rey grande, que te sacia de la flor del trigo y a la cual el ímpetu del río alegra!; en ti no hay peso ni medida, sino saciedad y abundancia suma. Ni número tienes, siendo aquella ciudad *cuyos habitantes participan siempre de la misma cosa*. Y yo, que estoy todo sujeto a la vicisitud y al número, ¿cuándo llegaré a aquella una sola cosa que busco? ¿Cuándo me saciará, Señor, de vuestra gloria? ¿Cuándo seré embriagado con la abundancia de vuestra casa y me daréis a beber del torrente de vuestras delicias? Tan pequeñas son las gotas que destilan ahora sobre la tierra, que apenas puedo tragar mi saliva.

4. Así absolutamente, así es en verdad, hermanos míos, que se dan todas las cosas al presente en peso, medida y número. Pero vendrá día en que todo esto cesará; porque acerca del número leemos: *No tiene número su sabiduría*[8]. Y en otro lugar, en el mismo profeta: *En tu diestra permanecen las delicias para siempre*[9]. Escucha también en el Apóstol un peso sin peso: *Sobremanera*, dice[10], *un eterno peso de gloria soberana*. Oyes un peso eterno; pero atiende que dice antes *sobremanera grande*. A este modo oigo a Cristo prometer una medida sin medida. *Una medida*, dice, *llena, remecida y que rebosa*[11]. Pero

[7] Gen. 3. 19.
[8] Ps. 146. 8.
[9] Ps. 15. 10.
[10] 2 Cor. 4. 17
[11] Lc. 6. 38.

¿cuándo llegará esto? Ciertamente en el fin de la presente Septuagésima, que es el tiempo de nuestro cautiverio. Porque así leemos que los hijos de Israel, cautivados por los babilonios, recibieron el término de setenta años, pasados los cuales volvieron a su tierra, y entonces se restauró el templo y fué reedificada la ciudad. Porque nuestro cautiverio, hermanos míos, que se extiende por tantos años desde el principio del mundo, ¿cuándo se acabará? ¿Cuándo seremos librados de esta servidumbre? ¿Cuándo se restaurará Jerusalén, ciudad santa? Verdaderamente, cuando se cumpla esta Septuagésima, que se compone de diez y de siete: por los diez mandamientos que hemos recibido y por los siete impedimentos que nos hacen difícil el cumplimiento de ellos.

5. El impedimento primero y grave ocupación es la misma *necesidad de este miserable cuerpo,* que pidiendo ya el sueño, ya la comida, ya el vestido, ya otras cosas semejantes, no hay duda que a cada paso nos impide los ejercicios espirituales. En segundo lugar, nos impiden los *vicios del corazón,* como son la ligereza, las sospechas, los movimientos de envidia y de impaciencia, el apetito de alabanza y otros tales que cada día experimentamos en nosotros. El tercero y cuarto le tienes en la *prosperidad* y *adversidad* de este mundo, porque, así como el cuerpo que se corrompe oprime al alma, así esta morada terrena abate al espíritu en la multitud de cuidados que le agitan. De una y otra parte, pues, guárdate del lazo de la tentación y procura fortalecerte con las armas de la justicia a la diestra y a la siniestra. El quinto impedimento, gravísimo y peligrosísimo, es *nuestra ignorancia,* porque en muchas cosas absolutamente no sabemos lo que debemos hacer, de modo que ni aun sabemos orar como conviene. El sexto es *nuestro enemigo,* que, como un león rugiente, da vueltas alrededor, buscando a quien devorar; y ojalá que en estas seis tribulaciones quedásemos libres, para que siquiera en la séptima no nos tocara el mal ni tuviéramos peligro alguno en los *falsos hermanos.* Ojalá que solos los espíritus malignos nos combatiesen con sus sugestiones y no nos dañaran los hombres con sus perniciosos ejemplos, con persuasiones importunas, con palabras de adulación, de murmuración y de otros mil modos. Bien veis cuán necesario es que contra estos siete peligros que nos impiden seamos socorridos con el auxilio del septiforme espíritu. Por estos

siete peligros, pues, que nos hacen tan difícil la observancia del decálogo, se celebra la presente Septuagésima con el luto de la penitencia; por lo cual cesa también ahora la solemne *aleluya* y se hace relación de la miserable caída del hombre desde el principio.

2 Sobre las palabras de la Escritura: «Infundió el Señor sueño en Adán» *

1. *Infundió el Señor sueño en Adán* [1]. Infundióle también en sí mismo, habiéndose hecho segundo Adán; pero hay una distancia acaso no pequeña. Porque Adán parece haber dormido por un rapto de contemplación; Cristo por afecto de conmiseración, de modo que en aquél infundió el sueño la verdad, en éste la caridad, siendo una y otra el Señor, puesto que dice San Juan Evangelista: *Dios es caridad* [2]; y el mismo Señor: *Yo soy camino, verdad y vida*. Verdaderamente, aun aquel que sólo tenga el nombre de cristiano, no dudará que el sueño de Cristo fué efecto de sola su caridad. El fué quien se recostó como león, no siendo vencido, sino vencedor, poniendo su vida con su potestad, recibiendo el sueño de la muerte por su propia voluntad. Pero ¿cuál se ha de decir o creer que fué aquel sueño que Dios infundió en Adán, en el cual, sin sentido de dolor enteramente, le quitó la costilla para formar de su costado la mujer mientras él dormía? A mí me parece que, estando él absorto en la contemplación de la eterna verdad y en el abismo de la sabiduría divina, se durmieron sus sentidos, lo cual principalmente de sus mismas palabras se puede conjeturar. Volviendo en sí dió a entender adónde había ido, pues, viniendo como embriagado de la despensa de los vinos y prorrumpiendo en aquel grande misterio, que tanto después explicó de Cristo y de su Iglesia el Apóstol, dice así: *Esto ahora es hueso de mis huesos* [3]; y añade: *Por esto dejará el hombre al padre y a la madre y se juntará a su mujer; y serán dos en sola una carne* [4]. ¿Te parece haberse dormido totalmente el que despertando prorrumpió en voz semejante y que no podía decir más bien: *Yo duermo y vela mi corazón?* [5]

2. Sin embargo, yo quiero que se entienda esto que

* PL. 183, 166.
[1] Gen. 2, 21.
[2] Io. 14, 6.
[3] Gen. 2, 23.
[4] Eph. 5, 31.
[5] Cant. 5, 2.

he dicho, sin perjuicio de lo que a otro acaso le pareciere, especialmente si se encuentra otra cosa en las páginas de los santos. No pienso yo que fuese sueño común o semejante a los nuestros, que ni los infunde el rapto de la contemplación ni el afecto de conmiseración, sino el defecto que proviene de nuestra enfermedad y flaqueza, que ni los causa la verdad, ni la caridad, sino la necesidad. *Un pesado yugo se halla sobre los hijos de Adán*[6], pero no en un principio sobre Adán, sino ahora sobre sus hijos. ¿Qué cosa no es pesada para estos miserables, para quienes aun el vivir es trabajoso, para quienes también el uso mismo de los sentidos (lo que pocos al parecer advierten y ninguno parece sentirlo absolutamente) es grave carga, de modo que no se pudiera sostener si no se aliviase con la alternativa del descanso? ¿Qué hay que no sea trabajo y dolor y aflicción del espíritu de cuantas cosas hay debajo del sol, cuando también es pesadísimo aquello mismo en que principalmente se deleitan, que es la vegetación y sensación del cuerpo? La tristeza de su separación hace ver qué dulce era para el alma la compañía del cuerpo, pues, apenas se aparta, la corrupción del mismo cuerpo es intolerable. Por cierto que no el cuerpo precisamente, sino *el cuerpo que se corrompe oprime al alma;* para que sepas que el alma del primer hombre estuvo exenta de este gravamen mientras tuvo un cuerpo incorrupto. Dios le concedió la libertad, de suerte que, colocado entre lo supremo y lo ínfimo, se extendiese hacia aquello sin dificultad y bajase a esto sin deleite o necesidad, penetrando aquello con la vivacidad y pureza de su entendimiento y juzgando esto con la autoridad de superior. En fin, fueron traídos los animales a la presencia de Adán para que viese cómo los había de llamar; no fué él mismo llevado de curiosidad a verlos.

3. No está de la misma manera libre en nosotros la razón, sino que tiene por todas partes que combatir. Porque de tal suerte la tienen cautiva las cosas ínfimas con su viscosidad y es repelida de las supremas como indigna de ellas, que ni de aquéllas se puede arrancar sin dolor ni puede ser admitida a éstas sin grandes gemidos o raras veces. Por una parte me hacen fuerza los que quieren quitarme la vida, de modo que me es preciso clamar: *Infeliz hombre yo, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?*[7] Por otra, antes que coma, suspiro, porque *el reino de los*

[6] Eccli. 40, 1. [7] Rom. 7, 24.

cielos se toma por fuerza y los violentos le arrebatan[8]. Con todo esto, se debe mantener allí la unidad y aquí la división, así como Adán se durmió en la contemplación de las cosas supremas y distinguió los animales poniéndolos nombres. A este modo, también Abraham en el sacrificio, según leemos, dividió, no los volátiles, sino los animales. Y Marta se turba atendiendo a muchas cosas, siendo necesaria una sola. Necesaria es verdaderamente una sola cosa, y en gran manera es necesaria, porque ésta es aquella excelentísima parte que no nos será quitada. Cesará la división cuando llegare la plenitud y participará toda la santa ciudad de Jerusalén de una misma cosa. Mientras tanto, el espíritu de Sabiduría no sólo es único, sino de muchas maneras también; solidando lo interior en la unidad, pero distinguiendo con juicio las cosas exteriores. De uno y otro te ponen ejemplo en la primitiva Iglesia cuando *de todos los creyentes era uno solo el corazón y una sola el alma*[9], para que así no se partiesen los ánimos, pero *se repartía a cada uno según su necesidad*, para que así se partiesen los animales. Haya también en nosotros, carísimos, unidad de ánimos; estén unidos nuestros corazones amando una cosa, buscando una cosa, adhiriéndose a una cosa y sintiendo todos una misma cosa. De esta manera la exterior división evitará el peligro y no incurrirá en escándalo, pues aunque cada uno tenga su particular paciencia y su propio modo de pensar también, algunas veces, en disponer las cosas temporales, aunque igualmente se vea que algunos tienen diversos dones de gracias y que todos los miembros no tienen una misma operación, sin embargo, la unidad interior y unanimidad juntará la multiplicidad y la apretará con la liga de la caridad y con el lazo de la paz.

EN EL PRINCIPIO DEL AYUNO[*]

1 QUÉ SEA UNGIR LA CABEZA Y LAVAR LA CARA[**]

1. Hoy, amadísimos, entramos en el sagrado tiempo de Cuaresma, que es el tiempo de la milicia cristiana. No es particular en nosotros esta observancia, es general a todos cuantos en el seno de la Iglesia profesan una mis-

[8] Mt. 11, 12.
[9] Act. 4, 32.
[*] PL 183, 167-186.
[**] PL 183, 167.

ma fe. ¿Qué mucho sea común a todos los cristianos el ayuno de Cristo? ¿Qué mucho sigan a su cabeza los miembros? Si hemos recibido de esta cabeza los bienes, ¿por qué no sufriremos también los males? ¿Queremos acaso no sentir lo triste y participar sólo de lo gustoso? Si así fuera, daríamos pruebas de que éramos indignos de participar cosa alguna de esta cabeza. Todo cuanto ella padece, por nosotros lo padece. Si en la obra de nuestra salud nos da pena trabajar con El, ¿en qué otra cosa podremos mostrarnos coadjutores suyos? No es cosa muy grande que ayune con Cristo el que se ha de sentar un día a la mesa del Padre con él. No es cosa grande que el miembro padezca juntamente con la cabeza, con la cual ha de ser glorificado. Dichoso miembro el que vive junto en todo con esta cabeza y la sigue a cualquiera parte que vaya. De otra suerte, si sucediera acaso que fuera cortado de ella y separado, se vería privado al punto del espíritu de vida. Porque cualquiera porción del cuerpo que no permaneciere unida con la cabeza, ¿cómo tendría sentido, cómo tendría vida? Y a buen seguro que en tal caso no faltaría quien, hallándola así expuesta, entre a ocuparla para que ni aun entonces esté sin cabeza. Brotará segunda vez aquella amarguísima raíz; la venenosa cabeza otra vez brotará; aquella cabeza, digo, que en ella había quebrantado la mujer fuerte, que es la Iglesia, su madre, cuando le había reengendrado a la esperanza de la vida, siendo así que le había dado a luz la madre carnal por naturaleza hijo de ira.

2. Verá, pues, ya, si hay quien tenga sin velo los ojos del corazón y sepa mirar espiritualmente, verá un monstruo de todos modos horrible que tiene el cuerpo de hombre, pero la cabeza de demonio. Ni sólo esto, sino que los fines de este hombre serán peores que lo anterior, pues aquella viperina cabeza que había sido antes cortada no volverá sin siete espíritus peores que ella. ¿Quién no se estremece sólo de oírlo? Tomando un miembro de Cristo, ¿le haré miembro de los demonios? Cortándome del cuerpo de Cristo, ¿me incorporaré yo, miserable, a Satanás? No permita Dios en nosotros mutación tan execrable, hermanos míos. Yo tendré siempre por mi mayor dicha el vivir íntimamente unido contigo, ¡oh Cabeza gloriosa y benditísima!, en quien los ángeles mismos desean ardientemente mirarse. A ti te seguiré adondequiera que vayas; si

pasas por el fuego, no me arrancarán de ti ; no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo. Tú llevas mis dolores y te dueles de mí ; tú pasas primero por el angosto agujero de la pasión para dar ancha entrada a los miembros que te siguen. *¿Quién me separará de la caridad de Cristo* [1], de esa caridad a cuya influencia todo el cuerpo crece por medio de las venas y nervios que unen entre sí todas sus partes? Ésta es aquel engrudo de que habla Isaías. Por ésta es dulce y agradable cosa habitar los hermanos unidos entre sí. Esta, en fin, es el ungüento que, derramado en la cabeza, va destilando por la barba y desciende hasta la extremidad y orla del vestido para que ni la más pequeña fimbria quede sin unción. La plenitud de las gracias está en la cabeza, y de ella la recibimos todos; en la cabeza está la copia abundante de la misericordia, la fuente inexhausta de la piedad divina, la afluencia toda del espiritual perfume, según está escrito : *¡Oh Dios!, te ha ungido tu Dios con el óleo de alegría de una manera más excelente que a todos los que participan de él, juntamente contigo* [2]. Y, sin embargo de esto, la misma cabeza que el Padre Eterno había ungido no recela ungirla también María. Murmuran, ciertamente, los discípulos, pero responde en su favor la Verdad, diciendo que ha hecho una buena obra [3].

3. Ultimamente, ¿a nosotros qué nos manda el Evangelio hoy? *Tú*, dice, *cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara* [4]. ¡Admirable dignación del Señor! El espíritu de Dios reposa sobre él, pues le ha ungido ; y con todo eso, predicando a los pobres, dice : *Unge tu cabeza*. Se complace el Padre en el Hijo y, sonando su voz en el aire, desciende sobre él el Espíritu Santo en la forma de una paloma. ¿Pensáis, hermanos, que faltó crisma en el bautismo de Cristo? Reposa el Espíritu Santo sobre él, ¿y dudará alguno que fuese ungido? *Este es mi Hijo amado, en quien tuve mis complacencias* [5]. Esta es la fragancia, sin duda, del ungüento espiritual. Ungió el Padre al Hijo de una manera más excelente que a todos los que participan de él ; se complace asimismo en él singularmente sobre todos los demás. Porque el Padre ama a su Hijo con un afecto divino que no ha llegado a alcanzar criatura ninguna. Ungió, vuelvo a decir, el Padre al Hijo de una ma-

[1] Rom. 8. 35.
[2] Ps. 44, 8.
[3] Mt. 26, 7-10.
[4] Mt. 6, 10.
[5] Mt. 3. 17.

nera más excelente que a todos los que participan de él, acumulando en él todos los dones de benignidad, de mansedumbre y de suavidad, llenándole más abundantemente de entrañas de misericordia y de conmiseración. Ungido, finalmente, le envió a nosotros, a quienes nos le mostró lleno de gracia y de misericordia. De este modo fué ungida por el Eterno Padre nuestra Cabeza, y en medio de esto pide también ser ungida por nosotros. *Cuando ayunes,* dice, *unge tu cabeza.* ¿Qué? ¿Pide agua al arroyuelo la fuente inagotable? La pide, sin duda, o, diciéndolo mejor, la repite, porque al lugar de donde salen vuelven los ríos para volver a correr otra vez.

4. Pero no porque tenga de menos repite Cristo lo que había dado, sino para que tú no lo pierdas, no queriendo referirlo a El. También el agua de río, si se estancare, se corromperá, y viniendo alguna inundación será repelida el agua que viene después. Así ciertamente, así cesa la corriente de las gracias donde falta el recurso, y al que es ingrato no sólo no le dan más, sino que las mismas que había recibido se convierten en su propio daño. Pero al que es fiel en lo poco, le juzgan digno de mayores dones. Unge, pues, tu cabeza, refundiendo en aquel Señor que está sobre ti todo lo que en ti hubiere de devoción, de deleitación, de afección. Unge tu cabeza, de modo que, si hay en ti alguna gracia, la atribuyas a él, ni busques tu gloria, sino la suya. Unge a Cristo el que es el buen olor suyo en todo lugar. Acuérdate que contra los hipócritas se dirigía este sermón de Cristo: *No os pongáis tristes como los hipócritas.* No nos prohibe toda tristeza, sino la que se afecta en el semblante delante de los hombres; de otra suerte: *El corazón de los sabios se halla en la casa donde hay tristeza;* y a San Pablo no le pesaba de haber contristado a sus discípulos, porque se contristaron para bien de sus almas. No es así la tristeza de los hipócritas; no está en el corazón, sino en el semblante, porque desfiguran sus rostros.

5. Nota, por tanto, que no dijo: No queráis estar tristes, como los hipócritas, sino *no queráis haceros tristes,* es decir, *fingiros,* pues así se dice vulgarmente: se hace el triste, o se engrandece a sí mismo y otras cosas a este modo, que son de afectación y fingimiento y no de verdad. *Tú,* pues, *cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara.* Ellos desfiguran su cara; a ti te mandan que laves la tuya.

Es la cara el tenor de vida, que está a la vista de los demás. Esta lava el fiel siervo de Cristo para no poner algún tropiezo de escándalo a quien le ve; el hipócrita más bien la desfigura, siguiendo las cosas singulares y desusadas. Tampoco unge la cabeza aquel cuyo afecto se aparta de Cristo y se deleita en los favores vanos; más bien se puede decir que ese tal se unge a sí mismo para esparcir la fragancia de la propia fama. O, ciertamente, porque es manifiesto que Cristo no es cabeza del hipócrita, ni aun su cabeza, sea ésta lo que se quiera, puede ungir aquel cuyo corazón se recrea con las lisonjas y no con el testimonio de su propia conciencia. *Dadnos,* dicen las vírgenes fatuas, *de vuestro aceite*[6]. ¿Esto por qué? Porque no lo tienen en su lámparas. Pero no es de las prudentes dar semejante aceite. Porque lo que no quieren que hagan con ellas, ¿cuándo ellas lo harán con otras? Mas escucha al profeta, a quien Dios manifestó los secretos de su sabiduría: *El aceite,* dice, *de los pecadores no engrasará mi cabeza*[7]. Este aceite compran los hipócritas, como el Señor dice: *De verdad os digo que recibieron ya su premio*[8]. *Porque desfiguran sus caras para que conozcan los hombres que ayunan.* Ves en qué breve cláusula censura a los hipócritas de singularidad y les arguye de vanidad. Ve también con qué pocas palabras nos persuade que hagamos lo bueno delante de Dios y delante de los hombres. *Unge tu cabeza y lava tu cara;* es decir, de tal suerte muéstrate irreprensible por fuera, que sea tu ansia conciliarte la divina gracia, y delante de los ojos humanos no busques tu propia gloria, sino la del Autor.

6. Puede, con todo eso, entenderse en la cara lavada la conciencia pura, y en la cabeza ungida un espíritu devoto. Y si aprobáis este pensamiento, pueden parecer dichas estas palabras para prevenirnos contra dos vicios que principalmente suelen acometer a los que ayunan. Porque tal vez alguno ayuna con afecto a la vanidad, y a éste se le dice: *Lava tu cara.* Otro ayuna quizá con impaciencia y resentimiento, y a éste le es necesario ungir la cabeza. Esta cabeza es el interior ánimo, que entonces se unge en el ayuno cuando se deleita espiritualmente en él. ¿Te parece acaso nuevo que digamos que la cabeza se unge con el ayuno? Aún diré más: también engorda. ¿No has leído alguna vez lo que se halla en la Escritura: *Para*

[6] Mt. 25. 8. [7] Ps. 140. 5. [8] Mt. 6. 16.

que los alimente en el hambre?[9] Es, pues, el ayuno del cuerpo unción de la cabeza, y el hambre del cuerpo refección del corazón. ¿Y qué mucho que llame yo unción a lo que cura las llagas y suaviza las conciencias exasperadas? Compre, pues, el hipócrita con su ayuno el aceite del pecador; yo, entre tanto, no vendo mi ayuno, y éste es el aceite que tengo para poder ungirme. *Unge,* dice, *tu cabeza* para que no halle entrada ninguna en ti algo de murmuración o de impaciencia. No sólo esto, sino también gloríate en la tribulación, como dice el Apóstol. Gloríate, repito, pero sin afecto ninguno de vanidad, para que la cara también esté limpia del aceite del pecador.

2 Cómo debemos convertirnos a Dios*

1. *Convertíos a mí de todo vuestro corazón en ayunos, en lágrimas y en gemidos, y rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, dice el Señor omnipotente*[1]. ¿Qué nos quiere decir el Señor, amadísimos, en mandarnos que nos convirtamos a El? En todas partes está; todo lo llena y abraza igualmente todas las cosas. ¿Adónde me volveré para volverme a ti, Señor Dios mío? Si subo al cielo, allí te hallas; si bajo al infierno, allí estás también. ¿Qué es lo que me mandas? ¿Por dónde me volveré a ti? ¿Por arriba o por abajo? ¿Por la derecha o por la izquierda? Consejo es éste, hermanos míos; secreto es que sólo se descubre a los amigos. El misterio del reino de Dios es; a los apóstoles se les revela al oído; a las turbas nada se les dice sino en parábolas. *Si no os volviereis,* dice, *y os hiciereis como este párvulo, no entraréis en el reino de los cielos*[2]. Ya conozco claramente a donde quiere que nos volvamos; es preciso que nos volvamos hacia el párvulo, para que aprendamos de él, que es manso y humilde de corazón, pues a este fin se nos dió a nosotros párvulo. A la verdad, El también es grande, pero en la ciudad del Señor, a la cual se dice: *Alégrate, casa de Sión, y da alabanzas a Dios, porque es grande en medio de ti el Santo de Israel*[3]. ¿De qué te envaneces, hombre? ¿Por qué te elevas a ti mismo sin causa? ¿Cómo piensas de ti cosas altas y tus ojos se fijan en todo lo que es sublime, lo cual no te

[9] Ps. 32. 19.
* PL 183. 171.
[1] Ioel 2. 12.
[2] Mt. 18, 3.
[3] Is. 12. 6.

puede traer bien ninguno? Sublime es verdaderamente el Señor, pero a ti no se te propone así; loable es su grandeza, pero no imitable. Se ha elevado tanto su magnificencia, que no podrás llegar a ella; aunque te hagas pedazos, no la alcanzarás. *Llegará*, dice el salmista, *el hombre a un corazón alto y Dios se elevará*[4]. Porque excelso es el Señor y mira las cosas humildes y no ve sino de lejos las cosas altas. Humíllate y seguramente llegarás a él. Esta es verdaderamente la ley de piedad, y por esta ley, Señor, he puesto en ti mi esperanza. Si por ventura se nos hubiera propuesto que siguiésemos el camino de la altura y grandeza, y por él hubiéramos de llegar a ver la salud de Dios, ¡cuántas cosas harían los hombres para ensalzarse! ¡Con cuánta crueldad se derribarían unos a otros y se pisarían! ¡Con cuánto descaro treparían, y con pies y manos se esforzarían a subir a lo alto para ponerse sobre las cabezas de los demás! Ciertamente, el que pretende ensalzarse sobre sus prójimos encontrará muchas dificultades, tendrá muchos émulos, habrá de sufrir muchos opositores que también suben por la parte contraria; pero nada hay más fácil al que quiere que el humillarse a sí mismo. Esta es una verdad, amadísimos, que nos hace enteramente inexcusables, de suerte que ni el más tenue pretexto podemos alegar.

2. Pero veamos ya de qué manera es menester volvernos a este Párvulo, a este Maestro de la mansedumbre y humildad. *Convertíos*, dice, *a mí de todo vuestro corazón*. Hermanos, si hubiera dicho: *Convertíos*, sin añadir más, sería acaso libre en nosotros responder: Está hecho; propónnos otro mandato. Mas ahora (según yo entiendo) nos exhorta a una conversión espiritual, que no es obra que pueda perfeccionarse en un día; ojalá que en todo el tiempo de nuestra vida pueda consumarse. Porque la conversión del cuerpo, si es sola, de nada sirve. Esta es apariencia de conversión, no verdad, y aunque tiene en sí el aspecto de la piedad, está vacía de su virtud. Miserable el hombre que, ocupándose todo en las cosas exteriores, descuida del todo lo que pasa en su interior; pensando que es algo, no siendo nada, él mismo se seduce. *He sido derramado como el agua*, dice el profeta en persona de semejante hombre, *y se han dispersado todos mis huesos*[5]. Y otro profeta: *Comieron otros su fortaleza y él lo ignoró*[6].

[4] Ps. 63, 8. [5] Ps. 21, 15. [6] Os. 7, 9.

Atento sólo a la exterior superficie, piensa que todo está sano, no percibiendo el oculto gusano que corroe su interior. Es verdad que vive en la casa de Dios, que no ha arrojado los hábitos religiosos, que guarda los ayunos regulares, que canta a las horas establecidas, pero su corazón está lejos de mí, dice el Señor.

3. Atiende con cuidado qué es lo que amas, qué es lo que temes, de qué te alegras, de qué te contristas ; y tal vez, bajo el hábito de religión, hallarás un ánimo mundano ; bajo del vestido de conversión y penitencia, un corazón perverso. *Todo el corazón consiste en estos cuatro afectos*, y de éstos se debe entender el que debes convertirte al Señor con todo tu corazón. Conviértase, pues, tu amor, de suerte que nada ames fuera de Dios, que nada ames sino por Dios. Conviértase también a El tu temor, porque es perverso todo temor con que temes algo fuera de El o no por El. Tu gozo y tristeza conviértanse a El igualmente ; y esto se hará así si no te dueles o alegras de otro modo que según Dios. ¿Qué cosa más llena de malicia que alegrarte después que has hecho el mal y aplaudirte en las cosas pésimas? También la tristeza que es según la carne trae consigo la muerte. Si por tu pecado o el del prójimo te dueles, bien haces ; y esta tristeza te traerá la salud ; si te alegras en los dones de la gracia, este gozo es santo y gozo seguro en el Espíritu Santo. Debes también complacerte en el amor de Cristo, en las prosperidades de tus hermanos y condolerte en sus desgracias, como está escrito : *Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran*[7].

4. Mas ni debe tenerse en poco la misma conversión corporal, pues se sabe que no es corta ayuda para la espiritual. De ahí es que en ese mismo lugar, habiendo dicho el Señor : *De todo corazón*, añadió luego, *en ayuno*, que ciertamente pertenece al cuerpo. Sin embargo, hermanos míos, quiero que estéis advertidos que el ayuno debe observarse no sólo respecto de la comida, sino respecto de todos los deleites de la carne y de todo gusto del cuerpo ; antes bien, se debe ayunar más de los vicios que de los manjares. Pero hay un pan respecto del cual no quisiera yo que ayunarais, no sea que acaso desmayéis en el camino ; y, si no lo sabéis, digo que es el pan de lágrimas, porque se sigue : *En el ayuno, en las lágrimas y en los gemi-*

[7] Rom. 18, 15.

dos. Exige de nosotros llanto la penitencia de la vida pasada, exige lágrimas el deseo de la bienaventuranza futura. *Mis lágrimas han servido para mí de pan el día y la noche cuando me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?*[8] Poco le agrada esta nueva vida al que todavía no llora las cosas antiguas, todavía no llora los pecados que ha cometido, todavía no llora el tiempo perdido. Si no lloras, ciertamente no sientes las llagas de tu alma, no sientes la lesión de tu conciencia. Pero ni deseas bastante los futuros gozos si todos los días con lágrimas no los pides; poco conocidos son de ti si no rehusa consolarse tu alma hasta que lleguen.

5. Añade después el profeta: *Y rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos*. En las cuales palabras manifiestamente es notado aquel antiguo pueblo de los judíos, duro de corazón e inclinado a vanas supersticiones. Era en ellos frecuente rasgar las vestiduras, pero no rasgar los corazones. *¿Cuándo se rasgarían unos corazones de piedra si aun no podían ser circuncidados? Rasgad*, dice, *vuestros corazones y no vuestros vestidos*. ¿Hay alguno entre vosotros que experimente su voluntad rebelde y obstinada acerca de alguna cosa determinada? Parta su corazón con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios; hágale pedazos y dése prisa a partirle en menudas migajas. Porque no es posible convertirse al Señor de todo corazón sino haciendo pedazos el corazón. Hasta que recibas en la celestial Jerusalén aquella una cosa de que toda ella participa, mucho es necesario cumplir; y si en un solo precepto faltas, te hiciste reo de todos. *El espíritu del Señor es de muchos modos*, dice el Sabio[9], y no puedes seguir al que es de muchos modos sin partirte de muchos modos. Escucha, en fin, lo que dice aquel hombre a quien había Dios hallado según su corazón: *Aparejado está mi corazón*[10]. Aparejado para lo adverso, aparejado para lo próspero, aparejado para las cosas humildes, aparejado para las sublimes, aparejado para todo lo que quieras mandar. ¿Quieres hacer un pastor de ovejas? ¿Quieres establecer un Rey de los pueblos? *Aparejado está mi corazón, ¡oh Dios!, aparejado está mi corazón*. ¿Quién hay tan fiel como David, que entra y sale y va a todas partes adonde el Rey le manda? Y decía de los pecadores: *Se ha cuajado como la leche su corazón, mas yo me he aplicado a me-*

[8] Ps. 41. 4. [9] Sap. 7, 22. [10] Ps. 56, 8.

ditar tu santa ley [11]. La dureza del corazón y la obstinación del alma vienen de no meditar el hombre la ley de Dios, sino su propia voluntad.

6. Rasguemos, pues, amadísimos, nuestros corazones, a fin de guardar enteros para después nuestros vestidos. Nuestros vestidos son las virtudes; buen vestido es la caridad, buen vestido es la obediencia. Dichoso el que guarda estos vestidos, para no andar desnudo. Finalmente: *Bienaventurados aquellos cuyos pecados han sido cubiertos* [12]; y también dice la Escritura: *La caridad cubre la muchedumbre de los pecados* [13]. Rasguemos los corazones, como se ha dicho, para guardar enteros estos vestidos, así como se conservó entera la túnica del Salvador. Ni sólo se conserva entero el vestido rasgando el corazón, sino que se hace talar y de varios colores, cual fué la vestidura que del santo patriarca Jacob recibió aquel hijo suyo, que era el más querido de él. Es decir: por una parte brilla entonces en el hombre la perseverancia de las virtudes, por otra la policromada unión de una hermosa conducta. Esta es la gloria de la hija del rey en medio de las franjas de oro, rodeada también por todas partes de ornamentos de todos colores. Puede, sin embargo de todo esto, entenderse de otra suerte el precepto que nos intima el Señor de rasgar nuestro corazón; y es que, si fuere malo, se rompa en la compunción; si duro, en la compasión. ¿Qué mucho se corte la úlcera para que salga fuera la materia? ¿Qué mucho se rompa el corazón para que fluyan las entrañas de piedad? Util enteramente es una y otra cisura, para que por una parte no quede cerrado en el corazón el veneno del pecado; por otra, no cerremos al necesitado las entrañas de misericordia, a fin de que nosotros también consigamos misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

3 Sobre el ayuno de Cuaresma *

1. Ruégoos, amadísimos, que recibáis con toda devoción el ayuno de Cuaresma, pues no sólo es apreciable por la abstinencia, sino mucho más por su misterio. Porque

[11] Ps. 118, 70.
[12] Ps. 31, 1.
[13] Iac. 5, 20.
* PL 183, 173.

si hasta ahora [1] hemos ayunado devotamente, sin duda debemos ayunar con más devoción en este santo tiempo. Y aunque se añade algo más al acostumbrado rigor de nuestra abstinencia, ¿no sería cosa muy indigna que fuera oneroso para nosotros lo que toda la Iglesia con nosotros observa? Hasta ahora ayunábamos nosotros solos hasta nona; ahora ayunarán hasta la tarde con nosotros juntamente todos: los reyes y los príncipes, el clero y el pueblo, los nobles y los plebeyos, igualmente el pobre que el rico. Esto se ha dicho, hermanos míos, para que acaso alguno no sea turbado del abatimiento y cobardía de su espíritu y reciba el presente ayuno con poca devoción, acordándose quizá de haber tolerado con bastante dificultad el peso del anterior ayuno. Porque nuestro enemigo, en cuanto puede, dirige todos sus conatos a que nuestro holocausto pierda la grasa de la devoción, y así sea poco acepto a Dios y nuestra conciencia se alegre menos en las cosas espirituales; y de este modo, del poco ánimo en tolerar la mortificación corporal, se engendre la pusilanimidad de la conciencia. No ignorando, pues, sus astucias, velemos, os ruego, con todo cuidado contra él; y porque ama Dios al que da con alegría y nuestra conciencia también es consolada con una confianza mayor cuando ayunamos con una pronta voluntad; a este fin pongámonos a nosotros mismos el ejemplo de toda la Iglesia.

2. Pero ¿qué necesito yo hacer mención de los que tenemos por compañeros en la observancia del ayuno, como si no tuviéramos en ella mucho más excelentes guías o, por mejor decir, consagradores de ella? ¡Con cuánta devoción debemos recibir lo que viene, como por derecho hereditario, del santo Moisés, a quien por una especial prerrogativa sobre todos los demás profetas hablaba el Señor cara a cara! ¡Con cuánto fervor debemos abrazar lo que hace apreciable con su ejemplo Elías, aquel hombre que en carro de fuego fué arrebatado al cielo! Mira a cuántos millares de hombres desde aquel tiempo la ley general de la muerte arrastró al sepulcro; sin embargo, Elías, conservándole Dios, se ha evadido de sus manos. Pero si hacen apreciable el presente ayuno Moisés y Elías, los cuales, aunque grandes, son consiervos nuestros,

[1] Se refiere al ayuno monástico que comenzaba el 14 de septiembre y se unía a la Cuaresma.

¿qué apreciable le debe hacer el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, que ayunó otros tantos días? ¿Quién es aquel, no digo monje, sino cristiano, que recibe con poca devoción el ayuno que le enseñó el mismo Cristo? Ultimamente, con tanta mayor devoción debemos seguir el ejemplo de Cristo en su ayuno cuanto más ciertos estamos de que no ayunó por sí, sino por nosotros.

3. Ayunemos, pues, carísimos, y ayunemos devotamente en este santo tiempo de Cuaresma; de suerte que conozcamos que nuestra Cuaresma no tiene solos cuarenta días. Nosotros tenemos que continuar la Cuaresma todos los días de nuestra vida miserable, pues es necesario que en ella, con el socorro de la divina gracia (de cuya virtud nos hablan los cuatro Evangelios), cumplamos los diez mandamientos de la ley. Yerran los que juzgan que bastan para hacer penitencia estos poquísimos días, siendo cierto que todo el tiempo de esta vida no fué destinado sino para hacer penitencia. *Buscad al Señor,* dice el profeta, no cuarenta días precisamente, sino *mientras que puede ser hallado; invocadle mientras está próximo a vosotros.* Pues entonces no será tiempo de invocar al Señor cuando a ninguno esté próximo, sino que respecto de unos estará presente y respecto de otros sobremanera remoto. Entre tanto, en decirse que está próximo se da a entender que todavía no le tenemos, pero que puede ser hallado y tenido. ¿Quién te parece que estuvo próximo a aquel que cayó en manos de los ladrones? Sin duda el que hizo misericordia con él. Así, pues, porque todo este tiempo está próximo a la misericordia, buscad al Señor, carísimos, mientras puede ser hallado; invocadle mientras esté próximo a vosotros.

4. Con todo eso le debemos buscar con mayor fervor en la presente Cuaresma, pues no solamente es parte, sino también misteriosa representación de todo este tiempo. Por tanto, si acaso en lo demás del tiempo se entibiaron de algún modo nuestros ejercicios, es razón que se renueve ahora el fervor del espíritu. Si sola la gula pecó, ayune ella sola y será bastante. Mas si pecaron los demás miembros, ¿por qué no han de ayunar ellos al mismo tiempo? Ayune, pues, el ojo, que saqueó al alma; ayune el oído, ayune la lengua, ayune la mano, ayune también el alma misma. Ayunen los ojos de miradas curiosas y de toda licencia, para que, dichosamente humillados, si antes vaga-

ban infelizmente libres en la culpa, estén ahora refrenados con la penitencia. Ayune el oído, que tenía un ansia desordenada de oír, de las fábulas y rumores y de todo lo que sea ocioso y no pertenezca de algún modo a la salud del alma. Ayune la lengua de la detracción y murmuración, de las palabras vanas, inútiles y de risa; algunas veces también, por el respeto debido a la gravedad del silencio, ayune aun de aquellas que en otro tiempo pudieran parecer necesarias. Ayune la mano de las señales ociosas y de todas las obras que no sean mandadas; pero ayune mucho más el alma misma de los vicios y pecados y de la propia voluntad y juicio. Pues sin este ayuno todos los demás son reprobados por Dios, como está escrito: *Porque en los días de vuestros ayunos se encuentra vuestra voluntad.*

4 De la oración y del ayuno *

1. Habiendo llegado el tiempo del ayuno cuadragesimal, que os amonesto que recibáis con toda devoción, juzgo que será razón explicar algún tanto cuál sea el fruto del ayuno y de qué manera convenga ayunar. En cuanto a lo primero, hermanos míos, absteniéndonos por medio del ayuno de las cosas lícitas, alcanzamos perdón de las ilícitas que habíamos cometido antes. ¿Y qué es esto sino redimir con un breve ayuno el tormento de los ayunos eternos? Porque por el pecado merecimos el infierno, donde ningún manjar hay, ningún consuelo, término ninguno; donde el rico avariento pide una sola gota de agua y no hay quien se la dé. Dichoso, pues, y saludable el ayuno, con el cual se redimen tales ayunos y se excusan tales tormentos, puesto que por él se redimen los pecados que los habían merecido. Mas no sólo el ayuno alcanza perdón de la culpa, sino que también merece la gracia; no sólo borra los pecados pasados que cometimos, sino que preserva de los venideros que podríamos cometer.

2. Diré también una cosa que fácilmente percibiréis, pues la habréis experimentado, si yo no me engaño, en vosotros mismos muchas veces. El ayuno da a la oración devoción y confianza. Y mira cómo mutuamente se ayudan estas dos virtudes entre sí, como está escrito: *Si un hermano ayuda a su hermano, ambos recibirán consuelo* [1]. La

* PL 183, 176. [1] Prov. 18, 19.

oración alcanza virtud para ayunar y el ayuno merece la gracia de orar. El ayuno esfuerza a la oración y la oración santifica al ayuno y le presenta a Dios. ¿Qué nos aprovechara el ayuno si se quedare en la tierra, lo que Dios no permita? Levántese, pues, a lo alto el ayuno, sirviéndose de la oración como de una ala; pero a ésta añadamos otra, porque acaso una sola no será bastante. *La oración del justo,* dice la Escritura, *penetra los cielos* [2]. Tenga, pues, nuestro ayuno, para que fácilmente penetre los cielos, dos alas, que son la oración y la justicia. ¿Qué es la justicia sino una virtud que da a cada uno lo que es suyo? En tus acciones, pues, deberás no sólo atender a Dios, sino también a los demás, pues eres deudor a tus prelados y a tus hermanos. Ni quiere Dios que estimemos en poco a los que El mismo de ningún modo estima en poco. Porque no sin causa dice el Apóstol: *Tened cuidado de obrar lo bueno, no sólo delante de Dios, sino delante de los hombres también* [3]. Tal vez decías entre ti mismo: bástame a mí que Dios apruebe lo que hago, ¿qué cuidado me da a mí del juicio humano? Pero está cierto que de ningún modo le agrada todo lo que hagas con escándalo de sus hijos y contra la voluntad de aquel a quien debías obedecer como a vicario suyo. *Santificad,* dice, *el ayuno, convocad la junta* [4]. ¿Qué es convocar la junta? Conservar la unión, amar la paz, amar la unidad con sus hermanos. Aquel soberbio fariseo ayunó ciertamente, santificó el ayuno, puesto que ayunaba dos veces a la semana, y dió gracias a Dios, pero no convocó la junta al decir: *Yo no soy como los demás hombres* [5]; y por eso, estribando solamente en una ala, no llegó al cielo su ayuno. Vosotros, carísimos, lavad vuestras manos en la sangre del pecador y procurad por todos modos que tenga vuestro ayuno dos alas, que son la santidad y la paz, sin las cuales nadie verá a Dios. *Santificad el ayuno,* de suerte que una intención pura y la devota oración le ofrezcan a la divina Majestad; *convocad la junta,* de modo que vuestros ayunos se conformen y ajusten a la unidad. *Alabad al Señor con el tímpano y con el coro* [6], para que sea concorde la mortificación del cuerpo.

3. Mas habiendo hablado del ayuno y de la justicia, razón será que digamos algo acerca de la oración. Cuanto más eficaz es, si se hace como se debe, tanto más astuta-

[2] Eccli. 35, 20. [3] Rom. 12, 17. [4] Ioel 2, 15. [5] Lc. 18, 11. [6] Ps. 150, 4.

mente suele el enemigo impedirla. Algunas veces se pierde el fruto de la oración por el abatimiento del espíritu y un temor inmoderado. Lo que sucede cuando el hombre de tal suerte piensa en su propia indignidad, que no vuelve los ojos a la benignidad de Dios ni acierta a considerar que *Un abismo llama y trae a otro abismo*[7], esto es, el abismo luminoso al tenebroso, el abismo de la divina misericordia al abismo de nuestra miseria. Profundo es el corazón del hombre e inescrutable, pero aunque es grande mi iniquidad, Señor, mucho mayor es tu piedad. Por eso cuando mi alma es turbada en mí mismo, me acuerdo de la muchedumbre de tu misericordia y en ella respiro; y cuando entre en mis impotencias, no quiero acordarme solamente de tu justicia.

4. Así como es peligroso el que la oración sea demasiado tímida, así, por el contrario, no es menor, sino mayor, el peligro, si acaso fuere temeraria. De los que oran así, escucha lo que dice el Señor al profeta: *Clama*, le dice, *no ceses; haz resonar tu voz como una trompeta*[8]. Como una trompeta, dice, porque con un espíritu vehemente deben ser reprendidos los temerarios. *Me buscan a mí* los que todavía no se han hallado a sí mismos. Ni digo yo esto para quitar la confianza a los pecadores en su oración, sino que quiero que oren como gente que ha abandonado la ley de su Dios y no ha obrado según la justicia. Oren por el perdón de sus pecados con ánimo contrito y espíritu de humildad, como aquel publicano que decía: *¡Oh Dios!, séme propicio a mí pecador*[9]. Yo llamo temeridad cuando el hombre en cuya conciencia todavía reina el pecado o el vicio, se deja llevar de pensamientos remontados y que exceden sus fuerzas, poco cuidadoso del peligro de su alma. El tercer peligro es que la oración sea tibia y no proceda de un afecto fervoroso. La oración tímida no penetra los cielos, porque el temor excesivo la detiene y hace que no sólo no suba a lo alto, sino que ni pase adelante. La oración tibia en la misma subida desfallece, porque no tiene calor ni vigor para subir. La oración temeraria sube a lo alto, mas luego resurte hacia abajo, porque halla quien la resiste; y no sólo no alcanza gracia, sino que incurre en ofensa. Mas la oración fiel, humilde y fervorosa, sin duda penetra los cielos, de los cuales nunca volverá vacía.

[7] Ps. 41, 8. [8] Is. 58, 1. [9] Lc. 18, 13.

5 De tres modos de oración*

1. La caridad con que vivo solícito por vosotros, hermanos míos, me obliga a hablaros, y a instancias suyas os hablaría más veces si no me lo impidieran mis muchas ocupaciones. Ni es maravilla que viva solícito por vosotros, cuando en mí mismo hallo mucha materia y ocasión de cuidado. Todas las veces que pongo el pensamiento en mi propia miseria y en los muchos peligros que me cercan, no es maravilla que se turbe en mí mismo mi alma. No es menor la solicitud que debo tener por cada uno de vosotros, si es que os amo como a mí mismo. Sabe aquel Señor que escudriña los corazones cuántas veces el cuidado por vosotros prepondera al cuidado por mí mismo en mi corazón. Ni es mucho que tenga una gran solicitud y que me conturbe un grande temor sobre todos vosotros, pues os miro expuestos a tanta miseria y peligros. Nosotros mismos (como es manifiesto) llevamos nuestro lazo, por todas partes llevamos con nosotros el propio enemigo; esta carne, digo, nacida de pecado, alimentada en el pecado, corrompida demasiadamente desde su origen, pero mucho más viciada por la mala costumbre. De aquí es que tan acremente combata contra el espíritu, que continuamente murmure y no sufra la disciplina, que sugiera cosas ilícitas, que ni obedezca a la razón, ni se refrene con temor alguno.

2. A ésta se llega, a ésta ayuda, de ésta se sirve la astutísima serpiente para combatirnos; aquella serpiente que no tiene otra ansia, otro cuidado, otro negocio que derramar la sangre de las almas. Esta es la que continuamente está maquinando el mal, que instiga deseos de la carne, que sopla el fuego natural de la concupiscencia con venenosas sugestiones, enciende movimientos ilícitos, prepara ocasiones de pecado y con mil artes de dañar no cesa de tentar los corazones de los hombres. Esta es la que ata nuestras manos con nuestra propia soga y (como suele decirse) nos hiere con nuestro báculo, haciendo que la carne que nos fué dada para nuestra ayuda sirva de lazo y ruina contra nosotros.

3. Pero ¿qué aprovechará haber insinuado los peligros, si no se muestra algún consuelo ni se aplica reme-

* PL 183, 178.

dio alguno? Grande es, sin duda, el peligro, molesta es la lucha contra este enemigo doméstico, especialmente porque nosotros somos pasajeros y él ciudadano; él habita en su región, mientras que nosotros somos desterrados y peregrinos. Grande riesgo es también haber de sostener tan frecuentes y continuos combates contra las astucias y ardides del diablo, que nosotros no vemos y que le ha hecho sobremanera sagaz así su sutil naturaleza como el largo ejercicio de su malicia. Sin embargo, de nosotros depende, si no queremos ser vencidos; y ninguno de nosotros será postrado en este combate contra su voluntad. *Debajo de ti, hombre, está tu apetito; y tú tendrás el dominio sobre él*[1]. Puede el enemigo excitar el movimiento de la tentación, pero de ti depende el dar o negar el consentimiento, en tu facultad está hacer de tu enemigo tu esclavo para que todo contribuya a tu bien. Si el enemigo enciende en ti deseos de comida, si te sugiere pensamientos de vanidad o excita movimientos de lascivia, tú de tu parte no des el consentimiento, y cuantas veces resistas, tantas serás coronado.

4. No podemos negar, hermanos míos, que estas cosas son molestas y peligrosas; pero también del mismo combate, si resistimos valerosamente, nace una piadosa tranquilidad, propia de la buena conciencia. También, si al punto que advertimos estos pensamientos, no permitimos que se detengan, sino que con un espíritu pronto se excita el ánimo contra ellos, al momento se retirará confuso el enemigo y no volverá de buena gana tan presto. Pero ¿quiénes somos nosotros o cuál es nuestra fortaleza para poder resistir a tantas tentaciones? Esto era lo que Dios buscaba de nosotros, a este conocimiento nos quería traer, para que, viendo nuestra flaqueza y que no tenemos otro amparo, corramos a su misericordia con toda humildad. Por eso os ruego, hermanos míos, que tengáis siempre a mano el segurísimo refugio de la oración, de la cual me acuerdo haber hablado poco ha en el fin del anterior sermón.

5. Pero todas las veces que hablo de la oración me parece que estoy oyendo un discurso de la flaqueza humana que frecuentemente he oído a otros y alguna vez también lo he experimentado en mí mismo. ¿De qué nos sirve la oración si, aunque nunca cesemos de orar, apenas experi-

[1] Gen. 4, 7.

menta ninguno de nosotros fruto alguno de su oración? Del modo mismo que llegamos a la oración, así parece que salimos de ella; nadie nos responde una sola palabra, nadie nos da nada, sino que antes parece que hemos trabajado en vano. Pero ¿qué dice el Señor en el Evangelio?: *No juzguéis según las apariencias, sino según la justicia*[2] ¿Cuál es el juicio de la justicia sino el juicio de la fe, puesto que de la fe vive el justo?[3] Con que así, sigue el juicio de la fe y no el de tu experiencia, pues la fe es siempre verdadera y la experiencia muchas veces engaña. ¿Cuál es, pues, la verdad de la fe sino lo que promete el Hijo de Dios? *Cualquier cosa que pidáis con fe en la oración, la conseguiréis*[4]. Ninguno de nosotros, hermanos míos, tenga en poco su oración, porque os digo de verdad que no la tiene en poco aquel Señor a quien se hace. Antes que salga de vuestra boca, la manda escribir en su libro, y una de dos cosas debemos esperar sin ninguna duda: o que nos dará lo que pedimos o lo que nos es más provechoso. Nosotros no sabemos orar como conviene, pero el Señor tiene misericordia de nuestra ignorancia; y recibiendo benignamente la oración, de ningún modo nos dará lo que para nosotros no sería útil o lo que no hay necesidad de que se nos dé tan presto, pues nuestra oración no será infructuosa.

6. Así será ciertamente, si hiciéramos lo que en el salmo se nos amonesta por el santo profeta David: *Regocijaos,* dice, *en el Señor, y él os dará lo que vuestro corazón le pide*[5]. Mas ¿por qué, profeta santo, nos mandáis que nos regocijemos en el Señor, como si este gozo estuviera en nuestro poder y en nuestra mano? Nosotros sabemos bien que se halla placer en comer, en dormir, en descansar y en otras muchas cosas que hay en el mundo. Mas ¿cuál es este placer que se halla en Dios para regocijarnos en él? Hermanos míos, los hombres del mundo pueden hablar así, pero no vosotros. Porque ¿quién de vosotros es el que no haya probado muchas veces el deleite y paz de una buena conciencia? ¿Quién es el que no haya gustado el placer que se halla en la castidad, en la humildad, en la caridad? Este placer no es el que se halla en comer o en beber o en cosas semejantes; y con todo eso es placer, y mucho más grande que el que se experimenta en todas aquellas cosas, porque los otros son de la carne, éste de Dios, y cuando

[2] Io. 7, 14.
[3] Hab. 2, 4.
[4] Mt. 21, 22.
[5] Ps. 36, 4.

nosotros tenemos nuestro gozo en él, seguramente nos regocijamos en el Señor.

7. Pero hay muchos que se quejan de que prueban raras veces este afecto sensible y este placer más dulce que la miel y el panal. No consideran que esto proviene de que Dios los ejercita entre tanto en las tentaciones y en los combates, y que muestran mucha más firmeza y valentía cuando practican las virtudes, no por el placer que en esto hallan, sino por las virtudes mismas y con el solo deseo de agradar a Dios, ejercitándose en ellas con toda su aplicación, aunque no con toda satisfacción. No hay duda que quien obra de este modo cumple perfectamente el consejo saludable del profeta, que dice: *Regocijaos en el Señor*, porque él no habla tanto del gozo sensible que nace del afecto, cuanto de un gozo efectivo que produce la misma acción y ejercicio de la virtud, puesto que aquel afecto sensible pertenece propiamente a la bienaventuranza que esperamos en el cielo, y la acción pertenece a la virtud que debemos practicar en esta vida. *Regocijaos*, dice, *en el Señor*; como si dijera: Procurad esto, haced diligencias para regocijaros en el Señor, y él os dará lo que vuestro corazón le pide. Pero advierte que habla el profeta de peticiones del corazón, para que sepas que son aquellas que el juicio de la razón aprueba. Ni tienes por eso de qué quejarte, sino más bien de qué dar a Dios, con todo tu afecto, muchas gracias; pues tan grande es el cuidado de tu Dios para contigo, que todas las veces que ignorándolo le pides lo que para ti sería inútil, no te oye sobre ello, pero lo trueca en otra dádiva más provechosa. Así el padre al niño que le pide pan, se lo da con gusto; pero si pide el cuchillo, que él no juzga necesario, no consiente en dárselo, sino que más bien le parte él mismo el pan que le habían dado, o manda partirlo a alguno de sus criados para que el niño no tenga peligro ni trabajo.

8. En tres cosas juzgo que consisten las peticiones del corazón, ni veo que fuera de ellas ninguno de los escogidos deba pedir otra. Las dos primeras son de este tiempo, es decir, los bienes del cuerpo y del alma; la tercera es la bienaventuranza de la vida eterna. Ni te admires de que haya dicho que los bienes del cuerpo se han de pedir a Dios, porque de él son todos los bienes corporales, igualmente que los espirituales. De él, pues, debemos esperar y a él debemos pedirle lo que también nos sirve para man-

tenernos en su servicio. Sin embargo, debemos orar con más frecuencia y con más fervor por las necesidades del alma, esto es, por obtener la gracia de Dios y las virtudes. Así que también hemos de orar con toda la piedad y con todo el deseo por la vida eterna, en la cual sin duda consiste la eterna y perfecta bienaventuranza del cuerpo y del alma.

9. En estas tres cosas, para que las peticiones sean del corazón, tres cosas debemos observar también. Porque en la primera suele entrarse secretamente algunas veces la superfluidad, en la segunda la impureza, y en la tercera tal vez la soberbia. Algunas veces suelen buscarse las cosas temporales para deleite, las virtudes para ostentación, y aun la misma vida eterna quizá la desean algunos no con humildad, sino como en la confianza de sus méritos. Ni digo esto porque la gracia recibida no dé confianza para pedir, sino porque no conviene que el hombre ponga en ella la esperanza de conseguir. Los dones de la gracia que hemos recibido solamente nos han de servir para esperar de aquella misericordia que los dió, que nos dará también otros mayores. Esté, pues, la oración que es por cosas temporales ceñida a las necesidades solas; esté la que se hace por las virtudes del alma, libre de toda impureza y dirigida a sólo el beneplácito de Dios; esté la que se hace por la vida eterna, fundada en toda humildad, confiando (como es razón) en sola la misericordia divina.

6 De la oración del Señor *

1. La voluntad del Señor, hermanos míos, que había criado a los ángeles, después hecha en ellos, les colmó de la bienaventuranza. Porque, así como el Verbo, que era en el principio, al tomar carne humana se dice, y con toda verdad se dice que se hizo carne, así aquella eterna voluntad fué hecha en el ángel cuando enteramente atrajo y embebió en sí la voluntad angélica. ¿Qué mucho se diga hecha en el ángel, puesto que se hizo del ángel? La suma felicidad, el torrente de la celestial dulzura de que gozan estos espíritus bienaventurados, consiste en que la voluntad divina se ha hecho también suya, de suerte que al modo que agrada a Dios esta disposición del universo, así

* PL 183, 181

ellos se alegran en todo y en todo tienen placer. Pedimos, pues, en la oración del Señor que esta voluntad, así como fué hecha en las criaturas celestiales, sea también hecha en las terrenas, para que juntándose el hombre a Dios del modo mismo que el ángel, se haga también con él un espíritu. Pero, ¡ay de mí!, ¡cuántos obstáculos me separan, cuántos impedimentos me lo estorban! La malicia se pone delante para impedírmelo, se opone la flaqueza, se opone la concupiscencia e ignorancia nuestra. Hay en nosotros como por naturaleza, más bien para ruina de la naturaleza, una pésima afición y ansia de hacer daño, de suerte que se halla en nuestras miserables almas un inextinguible deleite de lo malo. ¿Qué cosa más remota de la voluntad divina? Un caos grande se ha fijado entre nosotros y ella en esta parte, pues Dios se deleita siempre en hacer beneficios y, por el contrario, a nosotros, ingratos, nos está sugiriendo una inclinación cruelísima a que hagamos mal aun a los que están inocentes. De aquí nace toda raíz de amargura, de aquí las envidias, de aquí las murmuraciones, de aquí las disensiones, de aquí llenan la tierra las enemistades. Estos venenosos tallos es necesario que los cortemos sin cesar con la hoz de la justicia, con cuya virtud consigamos de nosotros mismos que a nadie hagamos lo que para nosotros no quisiéramos, y que lo mismo que queremos que hagan los demás con nosotros, lo hagamos nosotros con ellos. Con todo eso, no podrá ser desarraigada y extirpada la malicia de nuestros corazones mientras estemos en el mundo, el cual todo está puesto en poder del maligno. Se quebranta, a la verdad, la cabeza de la serpiente, pero frecuentemente se experimenta que pone asechanzas al carcañal.

2. En segundo lugar, la misma flaqueza de este cuerpo corruptible impide que nuestra voluntad pueda juntarse con la divina. Pues a nosotros, lo que sentimos que es molesto no puede menos de desagradarnos, y en esto muchas veces se desvía nuestra voluntad de la de Dios, y para que enteramente no sea contraria nos es precisa la fortaleza, que es la segunda especie de la virtud.

3. Ni es sola la aflicción del cuerpo la que nos estorba; nos impide también la concupiscencia, por la cual nos derramamos en varios e insaciables deseos. ¿Y cuándo podrá esta voluntad, tan desigual y llena de esquinas, unirse a aquella que es rectísima y enteramente igual?

¡Ay de mí, Señor Dios mío!, que por todas partes me cercan guerras, de todas partes vuelan las saetas, en todas partes se hallan peligros, en todas partes impedimentos. A cualquiera parte que me vuelva no hallo seguridad alguna. Temo tanto las cosas que recrean como las que molestan: el hambre y la comida, el sueño y la vigilia, el trabajo y el descanso igualmente combaten contra mí. *No me des riquezas ni pobreza*[1], ruega el Sabio; a la verdad, en una y otra parte está el lazo, en una y otra parte el peligro. Pero si se reprime la concupiscencia con la templanza (porque éste es el único remedio que hay), habrá entonces alguna unión, aunque no será entera. Por lo que el Apóstol dice también de sí: *Yo mismo con el alma consiento a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado, que está en mis miembros*[2]. En parte, pues, se juntará con la voluntad divina y en parte se desviará, hasta que llegue lo que es perfecto y se deje lo imperfecto.

4. El cuarto impedimento es nuestra ignorancia, de la cual sabéis cuánto nos estorba. Porque ¿cómo seguiré la voluntad de Dios por guía, cuando la ignoro? *Conozco solamente por parte, pero todavía no conozco cómo he sido conocido*[3].

Por eso debemos pedir a Dios con toda instancia los aumentos de la prudencia para que más y más conozcamos su voluntad y sepamos lo que es agradable en todo tiempo. De esta manera la consumación de las virtudes dichas, que son justicia, fortaleza, templanza y prudencia, perfeccionará aquella tan dichosa como deseable unión, para que sea una la voluntad de Dios y la nuestra, y todo lo que a El le agradare nos agradará a nosotros igualmente; y éste será (como dijimos más arriba de los ángeles) el gozo enteramente perfecto.

5. Pedimos que venga a nosotros el reino del Señor para que, dominando por la fe y la caridad en nuestras almas, podamos llegar a la perfecta y segura posesión de El en el cielo. En pedir *que su nombre sea santificado,* manifestamos nuestro deseo de adelantar en el conocimiento de Dios, cuya perfección suma se eleva infinitamente sobre toda nuestra inteligencia, y le suplicamos que ilumine nuestro corazón para conocer el beneplácito de su voluntad. Cuando lleguemos a gozar de aquella feliz seguridad

[1] Prov. 30, 8. [2] Rom. 7, 25. [3] 1 Cor. 13, 12.

y felicidad segura, ya entonces con toda la vehemencia del espíritu seremos arrebatados a contemplar la infinita majestad de aquel Señor a quien ahora tan imperfectamente conocemos. *Santificado sea el tu nombre.* Su nombre es su gloria. Y ésta, ¿cuándo no es santa? Con todo eso, se dice hacerse santa la gloria de Dios cuando es honrado y glorificado por nosotros en santidad, así como pedimos que su voluntad, que es eterna, se haga en nosotros para que se haga nuestra. Pedimos, en primer lugar, que nos sea manifestada y conocida la santidad inmaculada de su gloria, porque esto es lo que sobre todas cosas debemos desear. Después, en cuanto a nosotros, pedimos que reine Dios ahora en nuestros corazones, a fin de llegar algún día a poseer su reino para siempre, y que se *cumpla en nosotros su voluntad,* aspirando a conseguir el verdadero gozo de la dichosa unión de nuestra voluntad con la suya. Pero porque, reservándose la perfección de esta unión deseable para la bienaventuranza, no sin grande trabajo podemos ahora obedecer a la voluntad divina, necesitamos de algún alimento para no desfallecer en el camino; necesitamos quiero decir del *pan cotidiano.* Apartándonos también muchas veces de la voluntad de Dios ofendiéndole, debemos orar por el perdón diciéndole: *Perdónanos nuestras deudas.* Y para que después de haber alcanzado el perdón de nuestras faltas no caigamos acaso en ellas otra vez, le pedimos al Señor que *no nos deje caer en la tentación, sino que nos saque de ella y nos libre de todo mal.* Amén.

7 Del peregrino, del muerto y del crucificado *

1. ¡Dichosos los que en este presente siglo malo se portan como extranjeros y peregrinos, conservándose puros de sus deleites! Porque *no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos aquella que ha de ser nuestra habitación algún día* [1]. Abstengámonos, pues, como peregrinos y pasajeros que somos, de los carnales deseos que combaten nuestra alma. Un peregrino va por el camino real; no se desvía a la derecha ni a la izquierda. Si ve acaso algunos que riñen, no atiende; si ve a otros en fiestas o bailes, o en cualquiera otra cosa divertidos, igual-

* PL 183, 183. [1] Hebr. 13, 14.

mente pasa adelante, porque él es peregrino y nada de esto le pertenece. Hacia la patria camina, por la patria suspira, y contento con el vestido y comida, no quiere cargarse de otra cosa. Dichoso verdaderamente el que así reconoce su morada y llora por ella diciendo: *Yo soy delante de ti peregrino y viajero, del mismo modo que lo han sido todos mis padres*[2]. Mucho es esto a la verdad, pero acaso hay todavía un grado más alto de virtud. El peregrino, aunque no se mezcla en los negocios de los ciudadanos, con todo eso, alguna vez se deleita en ver lo que pasa o en oírlo de otros o en contar él mismo lo que ha visto; y con estas y semejantes cosas, aunque del todo no se pare, se detiene y retarda; y de este modo, acordándose menos de la patria, se apresura poco para llegar a ella. Y aun tanto puede detenerse en estas cosas, que no sólo se detenga y no llegue con presteza, sino que, quedándose del todo, no llegue ni aun tarde.

2. ¿Quién, pues, estará más ajeno de las cosas del siglo que el peregrino? Ciertamente aquellos a quienes dice el Apóstol: *Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo*[3]. Puede fácilmente el peregrino, con ocasión del viático, ya detenerse buscándolo, ya cargarse demasiado llevándolo; pero el muerto, aunque le falte sepultura, no lo siente. Del mismo modo oye a los que le vituperan que a los que le alaban; del mismo modo a los aduladores que a los murmuradores; más bien, ni los oye siquiera porque está muerto. ¡Dichosa muerte sin duda, que así le hace puro o, por mejor decir, ajeno de las cosas del siglo! Pero es necesario que, no viviendo en sí mismo ya, viva Cristo en él, y esto es lo que dice el Apóstol: *Yo vivo; o, más bien, no soy yo quien vive, sino que Cristo es quien vive en mí*[4]. Como si dijera: Para todas las demás cosas estoy muerto, no las siento, no pongo atención, no cuido de ellas; pero las que pertenecen a Cristo, éstas me hallarán siempre vivo y aparejado, pues cuando no pueda otra cosa, a lo menos las siento; porque me agrada lo que veo hacerse en honor suyo y me desagrada lo que se hace de otra manera. Sublime grado de perfección es éste sin duda alguna.

3. Pero tal vez podrá encontrarse otro superior. ¿En quién, pues, le buscaremos? ¿En quién te parece sino

[2] Ps. 38. 13. [3] Col. 3. 3. [4] Gal. 2. 20.

en el mismo de quien poco ha estábamos hablando, puesto que fué arrebatado hasta el tercer cielo? Porque ¿qué puede impedir que le llames tercer cielo, si llegas a encontrar sobre éstos otro grado más alto? Escucha, pues, al mismo no gloriarse de tanta altura, sino decir: *Esté lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo estoy crucificado para el mundo*[5]. No sólo dice muerto para el mundo, sino también crucificado, que es un género ignominioso de muerte. *Yo para él,* dice, *y al mismo tiempo él para mí.* Que es decir: Todas las cosas que el mundo ama son cruz para mí: los deleites de la carne, los honores, las riquezas, las alabanzas vanas de los hombres; pero en las cosas que el mundo reputa cruz, en éstas estoy enclavado, a ésas me llego, a ésas me abrazo. ¿No es éste más excelente grado que el primero y el segundo? El peregrino, si es prudente y no se olvida de su peregrinación, aunque con trabajo, pasa adelante y no se embaraza mucho en las cosas del mundo. El muerto igualmente desprecia las cosas suaves del siglo que las ásperas. Pero el que ha sido arrebatado hasta el tercer cielo, tiene por cruz cuanto el mundo abraza y abraza las cosas que al mundo le parecen cruz. También en estas palabras del Apóstol se puede entender que el mundo estaba crucificado para él, porque le reputaba como crucificado, y que él estaba crucificado al mundo por un afecto de compasión con que le lloraba. Miraba al mundo crucificado en los lazos de los vicios y él se crucificaba en el mundo por la compasión que le tenía.

4. Examinemos ahora cada uno de nosotros en qué grado nos hallamos, y procuremos aprovechar de día en día, porque *adelantando de virtud en virtud, se verá al Dios de los dioses en Sión.* Especialmente en este santo tiempo, esforcémonos, os pido, a vivir en toda pureza, puesto que nos está señalado un cierto y breve número de días para que no desespere la fragilidad humana. Porque si nos dijeran: En todos tiempos estad solícitos, por todos modos, en guardar la pureza de una buena conducta, ¿quién no desesperaría? Mas ahora nos encargan enmendar, en un corto número de días, las negligencias del tiempo pasado, para que a lo menos así gustemos la dulzura de la perfecta pureza y después en todo tiempo resplandezcan vestigios claros de esta santa Cuaresma en nuestras cos-

[5] Gal. 6, 14.

tumbres. Recibamos, pues, hermanos míos, este santo tiempo con toda devoción y reparemos ahora con más esmero nuestras espirituales armas. Porque ahora es cuando con todo su ejército, que se compone de todo el orbe, entra en combate contra el diablo el Salvador ; dichosos los que bajo el mando de tal Capitán pelearen valerosamente. Todo el año la guardia doméstica del Rey tiene las armas en la mano y está siempre dispuesta para la guerra ; pero una vez, y a determinado tiempo, se junta y sale a la campaña todo el ejército. Dichosos vosotros que merecisteis ser sus domésticos y familiares, y a quienes dice el Apóstol : *Ya no sois huéspedes y advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos o familiares en la casa de Dios*[6]. Pues ¿qué deberán hacer los que prometieron pelear todo el año, cuando también los bisoños y que antes holgaban toman las armas espirituales? Verdaderamente es preciso que cada uno se aliente y trabaje algo más de lo acostumbrado en la ordinaria pelea para que así se logre una grande victoria que sirva para gloria a nuestro Rey y a nosotros para salvación.

DIECISIETE SERMONES PREDICADOS EN LA CUARESMA SOBRE EL SALMO 90, «EL QUE HABITA»[*]

Prólogo

1. No dejo de mirar con mucha compasión, hermanos míos, vuestros trabajos. Y, pensando en qué modo podría daros algún consuelo, se me ofrece desde luego el temporal, pero éste no os puede servir de provecho alguno, antes podría traeros muchísimo daño. Por poco que se quite de la simiente, no será poco el detrimento de la cosecha ; y si vuestra penitencia se disminuyera con una piedad que podría llamarse cruel, poco a poco faltarían de vuestra corona sus más preciosas piedras. ¿Qué haremos, pues? ¿Dónde está la harina del profeta, puesto que *en la olla hay un veneno mortal*[1] y vuestra mortificación es continua en muchos ayunos, en frecuentes trabajos, en largas vigilias, sin contar las penas de vuestro interior, que son la compunción del corazón y las muchas tentaciones que os

[6] Eph. 10, 19. [*] PL 183, 185-254. [1] 4 Reg. 4, 41.

afligen? Sin duda estáis mortificados, pero por el amor de aquel Señor que murió por vosotros. Y si se aumenta vuestra tribulación en servicio suyo, también se aumentará por él vuestro consuelo, hallando de esta suerte en Dios los deleites verdaderos el alma que rehusó buscar su consuelo en otras cosas. Para quien sirve de veras a Dios, la misma tribulación puede ser materia de gran consuelo. ¿No es cierto que lo que sufrís es sobre las fuerzas humanas, sobre las facultades de la naturaleza y contra vuestra costumbre? Luego debemos inferir que otro es el que lleva sobre sí todo esto, aquel Señor, sin duda, que, como dice el Apóstol, sustenta todas las cosas con el poder de su palabra. ¿Quién no ve por esto ya que con su propia espada es degollado el enemigo y que la muchedumbre de tribulaciones con que solía tentarnos más bien nos sirve para vencer las tentaciones como una prueba ciertísima de la divina asistencia? Porque ¿qué podremos temer nosotros, si está presente y nos favorece el que sostiene todas las cosas? *El Señor es el defensor de mi vida, ¿quién me hará temblar?* [2] Aunque ande yo en medio de las sombras de la misma muerte, no temeré males algunos, porque tú, Señor, estás conmigo [3]. ¿Qué es lo que sostiene toda la mole de la tierra? ¿Y el mundo universo en qué estriba? Porque si se señala alguna cosa que mantenga las demás, de esa misma preguntaré, ¿en qué se sostiene ella? No hay otra que aquella poderosa palabra que todo lo lleva y sustenta, pues *con la palabra del Señor se han afirmado los cielos y el soplo de su boca ha producido toda su virtud* [4].

2. Así, para que tengáis vuestro consuelo en la palabra de Dios, especialmente en estos días en que (como por todos modos es debido) es algo mayor vuestro trabajo, confío que no será inútil tratar con vosotros algo de las Escrituras santas, como algunos me lo han pedido. Para esto escogeremos aquel salmo de donde el enemigo tomó ocasión para tentar al Señor, a fin de que sean quebrantadas y deshechas las armas del maligno con lo mismo de que él maliciosamente quería formarlas. Por tanto, no quisiera que ignoraseis, hermanos míos, que manifiestamente imitan al enemigo todos los que hacen un uso poco religioso y santo de las Escrituras sagradas, ofuscando la verdad de Dios para persuadir la falsedad, como suelen hacer algunos. Guardaos de esto, amadísimos, porque es

[2] Ps. 26, 1. [3] Ps. 22, 4. [4] Ps. 32, 6.

un vicio propio de la malicia del diablo, y dan pruebas claras de que son del partido del enemigo los que de este modo abusan de cosas tan santas, intentando pervertir en daño suyo escritos tan saludables. Pero sobre esto no me detengo más ; basta, me parece, haberlo tocado. Ya, pues, procuremos con el favor de Dios exponer y declarar algunas cosas del salmo que hemos escogido.

1 Sobre el primer verso : «El que habita en el socorro del Altísimo, permanecerá bajo la protección del Dios del cielo» *

1. Para conocer mejor quién sea el que habita en el socorro del Altísimo, sepamos antes quiénes no se acogen a él. Tres géneros hallarás de éstos : unos que *no esperan en Dios,* otros *que desesperan* y otros *que esperan en vano.* No habita en el socorro de Dios el que no busca a Dios por defensor suyo, sino que confía en sus propias fuerzas y en la abundancia de sus riquezas. Sordo está a la voz del profeta que dice : *Buscad al Señor mientras se puede encontrar ; invocadle cuando está próximo a vosotros* [1] ; y poniendo toda su atención en las cosas temporales, sigue los ejemplos de los malos, viendo la paz de los pecadores, y se aleja del socorro de Dios, que él no juzga le sea necesario para estas cosas. Pero ¿qué nos metemos nosotros a juzgar a los que están fuera de nuestra profesión? Temo, hermanos míos, que también se halle entre nosotros quien no habite en el socorro del Altísimo, sino que tenga la esperanza en sus fuerzas y presuma en la copia de sus riquezas. Tal vez hay alguno que experimenta algún fervor en los espirituales ejercicios, que se siente con fuerzas para las vigilias, para los ayunos, para el trabajo y otras cosas semejantes o que ha adquirido (según a él le parece) muchas riquezas de méritos ; y confiando en esto comienza a entibiarse en el temor de Dios, se deja llevar, con una seguridad perniciosa, a curiosidades y ociosidades ; murmura, se queja, censura a los demás y los juzga. A la verdad, si éste habitara en el socorro del Altísimo, tendría más cuidado de sí mismo y temería ofender a quien conocería que aún le era muy necesario. Tanto más debía

* PL 183, 186.
[1] Is. 55, 6.

temer ofender a Dios y tanto mayor cuidado debía tener de sí mismo cuanto mayores dones hubiere recibido del Señor. Puesto que ni aun aquello que hemos recibido de su mano lo podemos conservar y guardar sin su gracia y auxilio. Mas ahora (lo que ni podemos decir ni mirar sin dolor) se encuentran algunos que en los principios de su conversión viven bastante timoratos y cuidadosos hasta que llegan a tener un poco de devoción; y, cuando debían aspirar con más ansia al fervor y perfección de la vida espiritual, según dice la Escritura: *Los que me comen tendrán todavía hambre y los que me beben tendrán todavía sed*[2], comienzan a portarse de tal suerte, que dicen al parecer: ¿Para qué hemos de trabajar más en su servicio cuando tenemos ya lo que nos había de dar? ¡Oh si supieras qué poco es lo que tienes, y eso mismo qué presto lo perderás si no lo guarda el mismo que te lo dió! Estas reflexiones nos deben poner en cuidado y traernos sujetos a Dios para no ser del número de aquellos que no habitan en el socorro del Altísimo, porque no le tienen por necesario, y éstos son los que no esperan en el Señor.

2. Hay otros *que desesperan* porque, considerando sin cesar su propia flaqueza, se abaten y desmayan, viviendo como abrumados y abismados en la pusilanimidad y desaliento de su espíritu. Estos habitan en sí mismos, ocupan toda su atención en sus enfermedades y desmayos, prontos siempre a hacer largas relaciones de lo que les sucede y de lo que padecen. Porque en lo que lleva toda la atención puede mucho el ingenio. No habitan éstos bajo el amparo del Altísimo, y puede decirse de ellos que no le han conocido siquiera, puesto que no aciertan a esforzarse para poner en El su pensamiento algunas veces. Otros hay que esperan en el Señor, *pero en balde*, porque de tal manera se lisonjean de su misericordia, que no se enmiendan de sus pecados. Esta esperanza no sirve sino para engañarlos y confundirlos, porque está destituída de amor. Contra estos tales dice el profeta: *Maldito el que peca en la esperanza*[3]: y otro: *Se complace el Señor en los que le temen y en los que esperan en su misericordia*[4]. Habiendo de decir *los que esperan*, puso antes expresamente *en los que le te-*

---

[2] Eccli. 24, 29.

[3] No se sabe de qué profeta habla, a no ser de Jeremías, que tiene una sentencia semejante a ésta en el c. 17, v. 5.

[4] Ps. 146, 11.

men, para que veas que en balde espera el que con su menosprecio aparta de sí la gracia, pues con esto resulta del todo infructuosa su esperanza.

3. Ninguno de estos tres géneros de personas habita en el socorro del Señor. Los primeros habitan en la presunción de sus méritos, los segundos en sus desconfianzas y penas, los terceros en los vicios. Inmunda habitación la de los terceros, penosa y dura la de los segundos, necia y peligrosa la de los primeros. ¿Puede haber mayor necedad que habitar en una casa apenas comenzada? ¿Piensas que has acabado ya? Cuando el hombre llegare al fin, hallará que no ha hecho más que comenzar. Ultimamente, por todas partes está amenazando ruina semejante habitación, y, lejos de ofrecer abrigo alguno, necesita de que la aseguren y sostengan. ¿Quién no sabe que es frágil e incierta la presente vida? Pues así es preciso que sea todo cuanto en ella se funda. Porque ¿cómo creeremos que es estable el edificio que se levanta sobre un frágil cimiento? Peligrosa habitación la de aquellos que esperan en sus méritos, peligrosa por ser ruinosa. La de aquellos que, a la consideración de su propia flaqueza, se abaten hasta la desesperación, es penosa y dura, y de ellos dijimos que habitaban en los tormentos. Viven en triste inquietud noche y día, se atormentan con los males que sienten y aún más con los que todavía no tienen; y no creyendo que, según lo que dice el Evangelio, a cada día le basta su mal, se fatigan con la aprensión de las cosas que tal vez jamás sucederán. ¿Puede pensarse mayor tormento? ¿Puede haber infierno más insoportable? Ellos, por una parte, están abrumados sin cesar de inquietudes y congojas y, por otra, no se alimentan del pan celestial. Estos son los que no habitan bajo el amparo del Altísimo porque pierden la esperanza. Los últimos están muy lejos de él, porque buscan el auxilio de Dios de un modo que no le podrán conseguir. Sólo, pues, habitan bajo el amparo de Dios aquellos que no desean otra cosa que obtenerle, que no temen otra cosa que perderle y que ponen en El su pensamiento con toda su aplicación y vigilancia de su espíritu y de su corazón, en lo cual consiste propiamente la piedad y la adoración interior y espiritual de Dios. Dichoso por cierto el que así habita bajo el amparo del Altísimo, porque él permanecerá

bajo la protección del Dios del cielo. ¿Qué cosa de cuantas hay debajo del cielo podrá incomodar o dañar a quien el Dios del cielo se empeña en amparar y proteger? Sin duda, debajo del cielo está todo lo que puede dañarnos, debajo del cielo están los espíritus malignos, debajo del cielo este siglo malo y la carne, que combate contra el espíritu.

4. Oportunamente, pues, dijo el profeta: *Permanecerá bajo la protección del Dios del cielo*, para que nada de cuanto hay bajo del cielo pueda temer el que merece su protección. O quizá hace relación y se continúa la oración con el verso siguiente, de este modo: *El que habita en el socorro del Altísimo permanecerá bajo la protección del Dios del cielo; dirá al Señor: Tú eres quien me recibes.* Y decirse *permanecerá bajo la protección del Dios del cielo* sirve para declarar más la parte precedente. *El que habita en el socorro del Altísimo.* Puede ser también que, al añadir esto, haya querido el Espíritu Santo darnos a entender que no sólo debemos buscar su asistencia y socorro para obrar lo bueno, sino su protección para huir de lo malo. Pero observa con cuidado que dice *bajo la protección*, no en la presencia. El ángel se goza en su presencia; yo, ojalá que pueda permanecer bajo su protección. El es en su presencia bienaventurado; yo, ojalá que a la sombra de su protección viva seguro. *Del Dios del cielo* dice: porque, aunque no se dude que está en todas partes, de tal modo está en el cielo, que en su comparación parece como que no está en la tierra. Por lo cual decimos en la oración: *Padre nuestro, que estás en los cielos.* Así, pues, como el alma, aunque está en todo el cuerpo, está de un modo más excelente y particular en la cabeza, en la cual residen todos los sentidos (puesto que en todos los demás miembros apenas ejerce uno solo, que es el tacto; por lo que, en comparación del modo con que está en la cabeza, parece que no tanto habita en los demás miembros como que los gobierna), así, si levantamos la consideración a aquella presencia de Dios de que gozan los ángeles bienaventurados, nos parecerá que apenas logramos nosotros en esta vida alguna protección de Dios y ni aun el nombre de ella siquiera. Feliz, con todo eso, el alma que llega a merecer ésta a lo menos, porque *dirá al Señor: Tú eres quien me recibes*. Pero reservemos esto para otro sermón.

2 Sobre el segundo verso: «Dirá al Señor: Tú eres quien me recibes y mi refugio; mi Dios es y yo esperaré en El» *

1. *El que habita en el socorro del Altísimo,* dice el profeta, *dirá al Señor: Tú eres quien me recibes y mi refugio; mi Dios es y yo esperaré en El.* Lo dirá en acción de gracias y reconociéndose obligado al Señor y a su misericordia por el duplicado favor que le hace. Porque todo hombre que habita todavía en el socorro divino y no en el reino, tiene necesidad de huir muchas veces, y algunas también llega a caer. Es menester, repito, mientras estamos en este cuerpo mortal, que huyamos a la vista de la tentación que nos persigue; y si huímos con menos presteza (como sucede algunas veces), somos empujados y derribados; pero el Señor nos recibe. El es, pues, nuestro refugio para que velozmente nos retiremos de aquel apedreador que viene con el estiércol de los bueyes perezosos, y así nos libremos de aquel apedreo tan ignominioso [1]. El mismo es quien nos recibe, para que, aunque caigamos, no nos hagamos mal, porque El pone su mano debajo de nosotros. Así, cuando sentimos en el pensamiento el amago de la tentación, al punto corramos hacia El y pidámosle humildemente su auxilio. Y si la tentación nos sorprende y preocupa, como sucede algunas veces que nos refugiamos a El más tarde de lo que conviene, procuremos que nos reciba la mano del Señor. Mientras los hombres viven en este mundo, es inevitable que algunas veces caigan, pero unos quedan con ello maltratados, otros no; porque Dios pone su mano debajo de ellos. Mas ¿cómo podremos distinguir esto para separar, a ejemplo del Señor, los corderos de los cabritos, los justos de los impíos, puesto que también *el justo cae siete veces al día?* [2]

2. Esta es la diferencia que hay entre sus caídas: el justo es recibido por el Señor, y por eso, se levanta más fuerte; pero el impío, si cayere, no llegará a levantarse, antes caerá de nuevo en un empacho pernicioso o en la insensibilidad y descaro. Porque o excusará lo que hizo, y éste es un pudor que trae consigo nuevos pecados, o perderá la vergüenza como una mujer perdida; y así ni temerá

* PL 183, 189.
[1] Eccli. 22, 1.
[2] Prov. 24, 16.

a Dios ni respetará a los hombres, sino que, a imitación de Sodoma, hará ostentación de su culpa. El justo cae sobre la mano de Dios, y sucede por un modo maravilloso que el mismo pecado en que había caído contribuye a hacerle más justo. *Nosotros sabemos*, dice San Pablo, *que todo contribuye al bien de los que aman a Dios*[3]. ¿No contribuyen a nuestro propio bien nuestras caídas cuando sirven para hacernos más humildes y más considerados? ¿No recibe y sustenta la mano de Dios al que cae cuando la humildad le sustenta? *Yo he sido impelido y trastornado*, dice el profeta, *y estuve ya para caer, pero el que me derribó no ganó nada, porque así como caí, me sostuvo el Señor*[4]. A este modo dice a Dios el alma fiel: *Tú eres quien me recibes*. Le pueden decir todas las cosas: Tú eres mi criador; pueden decirle los animales también: Tú eres mi pastor; los hombres todos pueden decirle: Tú eres mi Redentor. Pero *Tú eres quien me recibes*, solamente lo puede decir aquel que habita en el socorro del Altísimo. Por eso también añadió: *El es mi Dios*. ¿Por qué no dice Dios nuestro? Porque en la creación, en la redención y en todos los demás comunes beneficios muestra ser Dios de todos; pero en sus tentaciones le tiene como suyo propio cada uno de los escogidos; porque de tal modo está pronto a recibir al que cae y a librar al que huye, que, al parecer, deja todas las demás cosas y sólo cuida de él.

3. Por eso es muy conveniente a toda alma que considere siempre a Dios, no sólo como protector suyo, sino como un inspector de sí misma. Porque ¿cómo podrá caer en la tibieza o negligencia el que está mirando a Dios sin cesar y considera siempre que Dios le está mirando? ¿Cómo dejará de tener a Dios como si fuera propio suyo el que le contempla tan atento sobre sí, que no cesa jamás de registrar todo su interior y exterior y penetra y juzga no sólo todas sus acciones, sino los más sutiles movimientos de su corazón? Este es quien justamente podrá decir: *Mi Dios es y yo esperaré en El*. Y atiende que no dice: Esperé o espero, sino *esperaré*. Que es como si dijera: Este es mi propósito, ésta la intención de mi corazón; fijada tengo esta esperanza mía en mi propio pecho y en ella perseveraré. *Esperaré en El;* ni desesperaré ni esperaré en vano, porque es maldecido el que peca en la esperanza y no

[3] Rom. 8, 28.
[4] Ps. 117, 13.

menos el que peca con la desesperación; ni quiero tampoco ser de aquellos que no esperan en el Señor: *Esperaré*, dice, *en El*. Pero dinos ya, profeta santo, ¿con qué fruto, con qué galardón, con qué utilidad? *Porque El me libró del lazo de los cazadores y de la palabra áspera*. Mas dejemos, si os parece, este lazo y esta palabra para otro día y otro sermón.

3 Sobre el tercer verso: «Porque El me libró del lazo de los cazadores y de la palabra áspera» *

1. Verdaderamente, hermanos míos, me aflijo con un afecto de íntima compasión de mí mismo y tengo grande lástima de mi alma al oír semejante expresión: *El me libró del lazo de los cazadores*. ¿Pues qué? ¿Somos bestias nosotros? Sí, bestias somos, supuesto que *el hombre, cuando se hallaba en el honor, no lo quiso entender; fué comparado a las bestias irracionales y hecho semejante a ellas* [1]. Bestias son verdaderamente los hombres, ovejas descarriadas que no tienen pastor. ¿De qué te ensoberbeces, hombre? ¿Qué te alabas de entendido? Mira cómo te has hecho bestia, a la que tienden lazos para cogerla. Mas ¿quiénes son estos cazadores? A la verdad son unos cazadores pésimos y maliciosísimos, astutísimos y cruelísimos. Cazadores que no tocan la trompeta, por no ser sentidos, sino que disparan sus saetas desde lo oculto contra el alma inmaculada. Ellos son los espíritus malignos, los príncipes de las tinieblas, astutísimos en la malicia y dolo de sus engaños diabólicos, de suerte que, al modo que está una bestia delante de un cazador, así es respecto de ellos aun el más astuto de los hombres, fuera de aquellos solamente que con el Apóstol no ignoran su designios y a quienes se les ha concedido penetrar, con la sabiduría de Dios, los fraudes de los malignos. Ruégoos, plantas nuevecillas de Dios, a vosotros que todavía no tenéis expertos los sentidos para la discreción entre el bien y el mal, no queráis seguir el juicio de vuestro propio corazón, no queráis abundar en vuestro propio sentido, no sea que como a bisoños y principiantes os engañe aquel cazador astuto. A las bestias sil-

* PL 183. 190.
[1] Ps. 48. 13.

vestres y del todo brutales (hablo de los hombres mundanos) bastante claros pone sus lazos, como quien no duda que fácilmente serán cogidos. Mas a vosotros, que como prudentes ciervos, matáis las serpientes y anheláis por beber en la fuente de aguas vivas, os oculta lazos más sutiles y usa contra vosotros de las más exquisitas artes de sus engañosos ardides. Por eso os ruego que viváis humillados bajo de la poderosa mano de Dios, que es vuestro pastor, y que os dejéis conducir por los consejos de los que conocen mejor sus astucias, enseñados del ejercicio de largo tiempo y de frecuentes experiencias en sí y en otros.

2. Pero ya que sabemos quiénes son las bestias y los cazadores, indaguemos ahora cuál sea este lazo. Yo no quiero señalarle como de mi propia invención, ni enseñaros cosa que sea dudosa sobre este particular. Muéstrenos este lazo el Apóstol, puesto que él no ignora los designios y astucias de aquellos cazadores. Decidnos, bienaventurado Pablo, ¿qué lazo es este de que celebra haber sido librada el alma fiel? *Los que quieren,* dice, *hacerse ricos en este siglo caen en las tentaciones y en el lazo del diablo.* Conque ¿son lazos del diablo las riquezas de este siglo? ¡Ay qué pocos hallamos que se den el parabién a sí mismos de verse libres de semejante lazo! ¡Cuántos más son los que se duelen por parecerles que están poco metidos en él y trabajan cuanto pueden para envolverse y enredarse más! Vosotros, que dejasteis todas las cosas y seguisteis a aquel Señor que no tuvo donde reclinar su cabeza, al Hijo del hombre, alegraos y decid: *El me libró del lazo de los cazadores.* Alabadle con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas; y de lo íntimo de vuestro corazón dadle gracias, diciendo: *El me libró del lazo de los cazadores.* Y para que conozcáis qué grande es este beneficio y sepáis lo que Dios os ha dado, oíd lo que se sigue: *Y de la palabra áspera.* Hombre o, más bien, bestia, ¿no temías el lazo? Pues teme a lo menos el martillo. *De la palabra áspera,* dice. ¿Qué palabra es ésta sino aquella del infierno insaciable: trae, trae, hiere, despedaza, mátale luego, quítale velozmente los despojos? ¿Qué palabra áspera es ésta sino aquélla: *Sea arrojado fuera el impío para que no vea la gloria de Dios?*[2] ¡Cómo saltan de gozo los cazadores después de haber cogido la presa y claman: Toma, toma, métela en los asadores, ponla sobre las ascuas

[2] Is. 26, 10.

y échala en las calderas que hierven a borbotones! Aspera palabra fué la que profirió aquel pueblo provocativo, el pueblo judío: *¡Quítale, quítale, crucifícalo!*[3] ¡Qué palabra tan horrible, qué áspera, qué cruel! Verdaderamente fueron sus dientes armas y saetas, y aguda espada su lengua. Tú, Señor, sufriste esta áspera palabra. ¿Para qué sino para librarnos a nosotros de la palabra áspera? Haga, pues, vuestra piedad que no padezcamos lo que tú sufriste por nosotros.

3. Cuando exhortamos a los mundanos a que hagan penitencia, suelen respondernos diciendo: *Duras son estas palabras*[4]. Es lo mismo que leemos en el Evangelio; hablaba de la misma penitencia el Señor, pero en figura; porque hablaba a quienes no se había concedido penetrar el misterio del reino de Dios. Y como le oyesen decir: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros,* dijeron: *Duras son estas palabras;* y dejaron de seguirle, apartándose de su compañía. ¿Qué es comer su carne y beber su sangre sino tomar parte en sus trabajos e imitar aquel tenor de vida que tuvo sobre la tierra? Esto mismo significa aquel inmaculado sacramento del altar en que recibimos el cuerpo del Señor, debiendo saber que así como aquella forma de pan entra en nosotros, así, por la imitación de la forma de vida que guardó estando en este mundo, entra en nosotros también para habitar por la fe en nuestros corazones. Porque entrando en ellos la justicia, sin duda entra el que fué hecho por Dios Padre justicia, y también porque *el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él*[5]. Mas con todo eso, algunos dicen todavía: *Duras son estas palabras.* ¿Qué? ¿Es duro este momento tan corto y tan ligero de los trabajos que padecemos en esta vida, que produce en nosotros un peso eterno de una soberana e incomparable gloria? ¿Puede ser duro redimir con un levísimo y brevísimo trabajo aquellos tormentos y aquellos dolores que ningún término limitará, ningún ánimo será suficiente a comprender? ¿Os parece duro cuando os dicen: *Haced penitencia?* Mucho os engañáis; vosotros oiréis algún día aquella palabra áspera, aquella dura voz, aquel eco funesto: *Id, malditos, al fuego eterno*[6]. Así, yo os digo: temed esto, reputad esto por duro, y hallaréis que el yugo

[3] Io. 19. 15.
[4] Io. 6. 61.
[5] 1 Io. 4, 16.
[6] Mt. 25. 41.

del Señor es suave y su carga ligera. Si todavía no os podéis persuadir a creerle suave en sí mismo, a lo menos no podéis ignorar que es suavísimo en comparación de esto.

4. Mas vosotros, hermanos míos, vosotros, aves con alas, ante cuyos ojos en vano se tiende la red; vosotros, que habéis dejado enteramente las riquezas del siglo, ¿qué temeréis de la palabra áspera, cuando ya habéis sido librados del lazo? *Feliz tú, Idithún*, cuyo nombre tienen algunos salmos en la inscripción, que pasaste por encima del lazo para alejarte enteramente de la palabra áspera. Porque ¿a quiénes se dirá: *Id, malditos, al fuego eterno; porque tuve hambre, y no me disteis de comer?*[7] ¿A quiénes, repito, se dirá, sino a los que tuvieron las riquezas y posesiones del mundo? ¿No se dilatan y llenan de alegría a esta expresión vuestros corazones y sienten el más puro gozo espiritual? ¿No reputáis vuestra pobreza más preciosa que todos los tesoros del mundo, puesto que ella os libra de la palabra áspera? Porque ¿cómo exigirá Dios de nosotros lo que hemos dejado por su amor? Mas no sólo habéis hecho esto, sino que también con el trabajo de vuestras manos se sustenta Cristo en sus pobres y se viste para que nada falte[8]. Dadle gracias, pues, alegraos y decid: *El me libró del lazo de los cazadores*. Alegraos, os vuelvo a decir, pero todavía con algún temor; contentos quiero que estéis, pero todavía no seguros; gozosos en el Espíritu Santo, pero tímidos siempre y precavidos contra la recaída.

5. Mas ¿qué se debe temer todavía? Una sola cosa a la verdad, pero ésa gravísima: el pecado de Judas, el pecado de apostasía. Bien os estuvo tomar alas como las de la paloma para volar y encontrar así el descanso, porque en la tierra no había sino trabajo y dolor y aflicción del espíritu. ¿Qué deberá temer el que de este modo vuela, sino que vea acaso algún cadáver u otra cosa semejante y, dejándose llevar de su deseo, le vean aquellos cazadores pésimos y sea cogido en los lazos que le tenían preparados, haciendo de esta suerte peores sus fines que sus principios? Verdaderamente se debe temer que alguno todavía o con sólo el corazón o también con el cuerpo vuelva al vómito. De los hijos de Israel leemos que con el corazón vol-

[7] Mt. 25, 41.

[8] Con el fruto de la labor de sus manos, los monjes de Claraval sustentaban a numerosos pobres de Cristo.

vieron al Egipto, pues cerrado el mar Rojo, después que ellos pasaron no era posible volver con el cuerpo. Cada uno de nosotros intensísimamente debe temer no suceda que de tal modo llegue a ofender a Dios, que manifiestamente sea desechado y vomitado por él; o ya que el pudor impida la apostasía del cuerpo, su tibieza misma le vaya trayendo a la apostasía del corazón, de suerte que bajo del hábito de religión abrigue un corazón mundano y abrace todos los consuelos terrenos que pueda hallar. No somos nosotros más santos que el Apóstol, el cual, sin embargo, temía no sucediese que, después de haber predicado a los demás, se hiciera réprobo él mismo. Debe durar este temor hasta que ya el lazo esté deshecho, hasta que el alma haya dejado este cuerpo, puesto que el cuerpo mismo es un lazo, y así se lee que el ojo roba y saquea al alma. De ningún modo conviene que esté seguro el hombre, pues lleva consigo su lazo; antes le estará mucho mejor habitar en el socorro del Altísimo para que pueda evadirse del lazo con su favor.

4 Sobre el cuarto verso: «Te hará sombra con sus alas y debajo de sus plumas vivirás confiado» *

1. A quien humildemente se reconoce obligado y da gracias por los beneficios, con razón se le prometen muchos más. Pues el que se experimenta fiel en lo poco, con justo derecho será constituído sobre lo mucho, así como, por el contrario, se hace indigno de nuevos favores quien es ingrato a los que ha recibido antes. Por eso a la devota acción de gracias del alma fiel responde el Espíritu, diciendo: No sólo hará esto el Señor, sino que *te hará sombra con sus alas*. Yo juzgo que en estas alas se debe entender una duplicada promesa de Dios para esta vida presente y para la futura. Porque si solamente prometiera su reino y nos faltara el viático para el camino, se quejarían sin duda los hombres y dirían: Cosa grande es verdaderamente lo que nos prometen, pero no nos dan facultades algunas para llegar a conseguirlo. Así el mismo Señor, que prometió la vida eterna para después de este siglo, prometió igualmente con la más próvida piedad dar el ciento

* PL 183, 193

por uno aun en este siglo. ¿Qué excusa tienes, hombre, ya? Por cierto con esto se ha cerrado la boca a los que con malicia alegaban falsos pretextos. ¿Qué otra cosa puede ponderar el enemigo para tentarte sino que es muy largo tu camino? Pero, aunque te reste mucho camino, ¿qué temes tú cuando te dan un alimento fuerte para que no desmayes en él? Un ángel trajo a Elías un alimento que en el uso de los hombres no se encuentra otro menos estimable, es a saber, pan y agua; pero recibió con él tanta fortaleza, que, andando cuarenta días, no sintió hambre ni fatiga. ¿Quieres tú que los ángeles te sirvan también este alimento? Cosa extraña sería que no quisieras.

2. Pues si deseas este sustento y pretendes, no con soberbia, sino con una ambición humilde, que te le sirvan los ángeles, escucha cómo está escrito del Señor que, tentándole el demonio y queriendo persuadirle a que convirtiera en pan las piedras, le rebatió diciendo: *No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios* [1]. Después, vencidas ya las tentaciones y ahuyentado el tentador, se llegaron los ángeles y le servían. Así, si quieres tú conseguir que te sirvan los ángeles el sustento, huye de los consuelos del siglo y resiste a las tentaciones del diablo. Rehuse tu alma recibir consuelo de otra ninguna criatura, si deseas deleitarte con la memoria de Dios. Cuando tienes hambre, te insta a que con toda prisa busques pan; pero más bien oye al que dice: *No de sólo pan vive el hombre.* ¿Qué necesidad tienes de distraerte en tan varios cuidados, buscando ya la comida, ya la bebida, ya el vestido, ya la cama, si no para el sustento y abrigo preciso del cuerpo, cuando en una sola cosa, que es la palabra de Dios, puedes hallar todo esto? Ella es maná que tiene todo sabor y todo deleite para el olfato; es descanso verdadero y sincero, suave y saludable, gustoso y santo.

3. Esta es la promesa para la vida presente; ¿quién podrá explicar la de la futura? *Si la esperanza de los justos es alegría* [2], y tan grande alegría que nada de cuanto hay en el mundo se la puede comparar, ¿qué será aquello que se espera? *¡Oh Dios!, nadie ha visto fuera de ti lo que has preparado para los que te aman* [3]. Debajo de aquellas alas, pues, logramos cuatro beneficios: debajo de ellas

[1] Mt. 4, 4. [2] Prov. 10, 28. [3] Is. 64, 4.

nos escondemos; debajo de ellas nos defendemos contra las acometidas de los azores y milanos, que son las potestades aéreas; debajo de ellas nos refrigera una sombra saludable y templa el demasiado ardor del sol; debajo de ellas también somos alimentados y fomentados. En otro salmo dice el profeta: *Me escondió en su tabernáculo en los días de los males*[4]. Es decir, mientras duran estos días malos y vivimos en tierra ajena, que está entregada a manos del impío, en la cual no está el reino de la paz, ni el Dios de la paz reina en ella. Porque, si reina, ¿cómo decimos cuando oramos: *Venga a nos el tu reino?* Es necesario, pues, por ahora, si tenemos algo bueno, ocultarlo, puesto que el hombre que encontró el reino de los cielos lo escondió[5]. Por lo mismo, aun corporalmente nos ocultamos en los claustros y en las selvas. Y si deseáis saber cuánto ganamos en estar así escondidos, estoy persuadido de que ninguno hay aquí que, si en el siglo hiciera la cuarta parte de lo que aquí hace, no fuera adorado como santo y tenido por un ángel, le venerarían como a santo y sería tenido por un ángel, mas aquí continuamente le arguyen y reprenden como perezoso y negligente. ¿Pensáis que ganáis poco en que no os tengan por santos antes de serlo? ¿No receláis que, si recibierais en esta vida este vil premio, no le tendriais en lo futuro? Así, es necesario ocultarse no sólo de los ojos de otros, sino mucho más de los de sí mismo. Esto es lo que nos enseña aquella sentencia del Salvador: *Luego que hayáis hecho todo lo que os han mandado, habéis de decir así: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que estábamos obligados a hacer*[6]. ¡Ay de nosotros si no lo hubiéramos hecho! Lo más grande de la virtud, y como una seguridad suma, está en que por una parte vivas piadosamente y por otra atiendas más a lo que te falta que a lo que parece has llegado a conseguir, olvidándote de lo que queda atrás y extendiéndote a lo que está delante. Este es el secreto abrigo que habíamos dicho se nos concedía bajo las alas del Señor, y tal fué acaso aquel retiro o sombra que el Espíritu Santo hizo a la Virgen para encubrir el incomprensible misterio de su divina maternidad.

[4] Ps. 26. 5.
[5] Mt. 15. 44.
[6] Lc. 17, 10.

4. De la protección también habla este mismo profeta, y dice así: *Hiciste sombra sobre mi cabeza en el día de la guerra*[7]. Porque así como la madre al ver que viene el milano extiende sus alas para que se metan debajo de ellas sus polluelos y tengan seguro refugio, así para nosotros está preparada y en algún modo extendida, dilatando su seno, la suma e inefable piedad de nuestro Dios; por lo cual había dicho antes David: *Tú eres mi refugio*. Se ve igualmente cómo debajo de estas alas encontramos una saludable sombra y protección. Pues al modo de este sol material, que en sí mismo es bueno y muy necesario, si no es templado su ardor, hace daño a la cabeza delicada y su luz ofende a los ojos débiles, sin que el sol tenga la culpa de esto, sino la enfermedad, así es el sol de justicia. Por lo cual dice la Escritura: *No quieras ser demasiadamente justo*[8], no porque la justicia no sea buena, sino porque, mientras estamos algo enfermos, conviene que se templen los mismos dones de la gracia, para que no incurramos en el vicio de la soberbia o de la indiscreción. ¿En qué consiste que, orando y suplicando a Dios incesantemente, no podemos llegar a la abundancia de gracia que deseamos? ¿Pensáis acaso que se ha hecho Dios avaro o pobre, poco poderoso o inexorable? Lejos de nosotros semejante pensamiento; enteramente lejos de nosotros; conoce el Señor nuestro barro y con sus alas nos hace sombra. Ni por eso se debe cesar de pedirle, pues aunque no da para que podamos saciarnos, da lo que nos basta para la sustentación; aunque nos priva del excesivo fervor, con todo eso nos fomenta, cual tierna madre, con su calor. Éste es el cuarto beneficio que logramos bajo de las alas del Señor, según dijimos; de suerte que, como polluelos, somos fomentados con el calor de materno cuerpo, para que no suceda que vagando por fuera nos muramos resfriándose en nosotros la caridad; la cual no se difunde en nuestros corazones sino por el Espíritu Santo que se nos da. Debajo de estas alas esperarás seguro, porque con la percepción de las presentes gracias se hace firme la esperanza de las futuras.

---

[7] Ps. 139. 8.
[8] Eccl. 7. 16.

5 Sobre el quinto verso: «Su verdad te cercará como escudo» *

1. *Velad y orad para que no entréis en la tentación*[1]. Bien sabéis quién dijo esto y en qué ocasión lo dijo. Del Señor son estas palabras cuando ya su pasión estaba próxima. Y advertid que El era quien había de padecer y no los discípulos; y, sin embargo, no dijo que orasen por él, sino por sí mismos. De aquí es que vuelto a Pedro le dijo: *Mira que Satanás ha pedido se le permita zarandearos como se criba el trigo; pero yo he rogado por ti para que no perezca tu fe, y tú, luego que te hayas convertido, ten cuidado de fortalecer a tus hermanos*[2]. Si tanto les importaba a los apóstoles temer en la pasión de Cristo, ¿cuánto más deberemos temer nosotros, hermanos míos, en nuestra pasión? Velad, por tanto, y orad para que no entréis en la tentación, pues por todas partes estáis rodeados de tentaciones. Así habéis leído que *la vida del hombre sobre la tierra es una tentación*[3]. Pues si nuestra vida está tan llena de tentaciones que no sin razón se puede llamar toda ella una tentación continua, necesidad tenemos de la más vigilante circunspección y oración para no caer en ella. De ahí es que se dice en la oración del Señor: *No nos dejes caer en la tentación*. Por lo mismo, pues, que de todas partes estás rodeado de tentaciones, como un escudo te rodeará su verdad, a fin de que, así como por todas partes hay guerras, así por todas partes se encuentran defensas. Es bien claro que debe ser espiritual el escudo que nos puede rodear. La verdad, pues, nos rodea, porque es veraz lo que promete y así lo cumple como lo promete. *Dios es fiel*, dice el Apóstol, *y no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas*[4].

2. No impropiamente se compara la gracia de la divina protección al escudo, el cual en la parte superior es extendido y ancho para guardar la cabeza y los hombros, pero en la inferior más estrecho para que no cargue tanto; especialmente porque las piernas son más delgadas y no tan fácilmente heridas, ni trae tampoco mucho peligro ser herido en aquella parte. Así ciertamente, así Cristo, para que defiendan las cosas ínfimas, es decir, el cuerpo, da a

* PL 183, 195.
[1] Mc. 14, 38.
[2] Lc. 22, 31-32.
[3] Iob 7, 1.
[4] 1 Cor. 10, 11.

sus soldados una grande estrechez (por decirlo así) y penuria de las cosas temporales, ni quiere que les cargue mucho la abundancia de ellas, sino que, teniendo la comida y el vestido, como dice el Apóstol, estén contentos con esto, mas por la parte superior da más anchura y abundancia de gracias espirituales. Porque así está escrito: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura*[5]. Sin duda decía esto de la comida y bebida, sobre las cuales había dicho antes que no debían estar demasiadamente solícitos. Pues de estas mismas cosas nos provee con una benignísima piedad por dos motivos: porque no le juzgáramos enteramente enojado con nosotros, si esto nos negara, y así desesperásemos, y porque la demasiada solicitud por tales cosas no fuese detrimento de los ejercicios espirituales. Pues sin estos bienes, ni vivir ni servir a Dios se puede ; pero cuanto más estrecho todo esto, tanto mejor.

3. Así *su verdad te rodeará como un escudo; no temerás nada de todo cuanto espanta por la noche, ni de la saeta que vuela por el día, ni de los males que se preparan en las tinieblas, ni de los acometimientos del demonio del medio día.* Estas son cuatro tentaciones de las que, estando rodeados por todas partes, necesitamos cubrirnos con el escudo del Señor, de suerte que le tengamos a la diestra y a la siniestra, delante y detrás. Por eso quiero que tengáis entendido que ninguno vivirá sobre la tierra sin tentaciones ; de modo que a quien se le quita una, debe estar seguro de que le vendrá otra o, diciendo mejor, no debe estar seguro, sino con susto ; y de tal manera pida ser librado de ella, que nunca se pueda prometer en este cuerpo de muerte perfecta libertad y descanso. En lo cual debemos considerar la benigna disposición de la piedad divina, que permite que nos traigan ocupados algunas tentaciones algo más de tiempo para que no sobrevengan otras más peligrosas ; y de otras nos libra más presto para que podamos ejercitarnos contra las que él prevé que nos serán útiles. Pero debemos examinar, aunque no por ahora, cuáles sean estas cuatro tentaciones que pone aquí el profeta, pues yo creo que, por el mismo orden que aquí se cuentan, combaten a las almas que se convierten a Dios y son como la raíz de las demás.

---

[5] Mt. 6, 33.

6 Sobre la segunda parte del quinto verso: «No temerás nada de todo cuanto espanta por la noche»; y sobre el sexto verso: «Ni de la saeta que vuela por el día, ni de los males que se preparan en las tinieblas, ni de los acometimientos del demonio del medio día» *

1. Suele en las divinas Escrituras explicarse la adversidad con el nombre de *noche*, y sabemos que el primer combate contra los recién convertidos a Dios suele ser sobre las molestias del cuerpo. Porque la carne, hasta entonces indómita, de ningún modo lleva con paciencia ser castigada y reducida a la servidumbre, antes, acordándose de su recién perdida libertad, con más fuerza opone sus conatos contra el espíritu especialmente en estos penosos trabajos en que cada día estáis vosotros muriendo o, más bien, estáis muertos todo el día; los cuales son sobre vuestras fuerzas superiores a la naturaleza humana y contrarios a vuestra costumbre. ¿Qué maravilla, pues, que turben estas cosas particularmente a los que todavía no están habituados, todavía no están expeditos y prontos en recurrir a la oración, en refugiarse a las meditaciones santas, para que así se suavice el peso del día y del ardor? Sin duda nos es necesario el escudo del Señor principalmente en el principio de nuestra conversión para que no temamos de todo cuanto espanta por la noche. Bien dice que no habrá de temer de todo cuanto espanta por la noche y no de la noche, porque la aflicción y trabajo no es tentación, sino el temor de esto. Pues todos llevamos estos penosos trabajos, sin que en ellos seamos tentados todos; y aun a los mismos que son tentados, mucho más les daña el temor de las austeridades y trabajos que están por venir que el dolor de los presentes.

2. Por ser, pues, tentación este mismo temor, oportunamente se dice al que está rodeado con el escudo del Señor que no temerá esta tentación. Quizá será acometido, quizá será tentado, quizá temerá la noche, pero no le hará daño este temor; mas antes, si llega a dominarle, será entonces inmaculado y se hará más fiero, según está escrito. *Ellos temerán, y en su temor serán purificados*[1].

* PL 183, 197.
[1] Iob 41, 16.

Hoguera es este temor, pero la verdad de Dios hace que purifique y no consuma; temor nocturno, ciertamente, y tenebroso, pero fácilmente le disipan los rayos de la verdad de Dios. Porque ella es la que nos pone delante de los ojos de nuestro corazón ya los pecados que hemos cometido, para que, como de sí mismo dice el profeta, también nosotros estemos dispuestos a sufrir los castigos, confesando nuestra iniquidad y pensando en nuestro pecado; ya los eternos suplicios que merecimos, para que reputemos por delicias todo cuanto padecemos en comparación de las penas de que nos hemos evadido; ya los premios eternos a que aspiramos, trayendo continuamente en la memoria que los *trabajos de esta vida presente no tienen proporción alguna con la gloria que será algún día descubierta en nosotros* [2]; ya lo que Cristo padeció por nosotros, para que, considerando muchas veces cuánto sufrió aquella Majestad por unos inútiles siervos, nos avergoncemos de no saber sufrir ni siquiera un corto trabajo por nosotros mismos.

3. Pero acaso llegó a prevalecer ya la verdad, especialmente de tantas maneras multiplicada y que por todas partes te rodea, y logró no sólo repeler, sino expeler enteramente este temor. La noche pasó; andando ya honestamente tú, como hijo del día y de la luz, teme la saeta. Ligeramente vuela, ligeramente penetra, pero te puedo asegurar que la herida que hace no es ligera; muy presto mata. La vanagloria es esta saeta; no hay recelo de que ella acometa a los pusilánimes y remisos. Los que parecen más fervorosos, ésos tengan pavor y vivan con precaución en esta parte, cuidando, sin embargo, de no dejar el escudo inexpugnable de la verdad. Porque ¿qué otra cosa puede haber más opuesta a la vanidad? Ni exigimos que se oponga a esta saeta un conocimiento muy íntimo y profundo de la verdad; basta que el alma se conozca a sí misma y sienta de sí con sinceridad. Dificultosamente (si no me engaño) podrá el hombre, por las alabanzas que le dan mientras vive, dejarse llevar a pensamientos elevados si con reflexión atenta examina, a la luz de la verdad, su interior. Porque si pone la consideración en su propia naturaleza, ¿no se dirá a sí mismo: *De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza?* [3] Si contempla su propia corrupción, ¿no es forzoso que confiese que *no se halla en él cosa buena?* Y

[2] Rom. 8, 18.
[3] Eccl. 10, 9.

cuando le parezca que tiene algo, juzgo que no hallará qué responder al Apóstol, que dice: *¿Qué tienes que no hayas recibido?*[4] Y en otra parte: *El que piensa que está firme, tenga cuidado de no caer*[5]. Ultimamente, si echa bien la cuenta, con facilidad advertirá que ni con diez mil puede salir al encuentro al que viene a él con veinte mil y que todas sus obras se reputan como paño de menstruosa[6].

4. Esta misma verdad se ha de oponer igualmente a las demás tentaciones que se siguen, pues no desiste todavía el enemigo antiguo, sino que echa mano de los más astutos ardides de sus fraudes. Al ver que la torre está firme por ambos lados, no la combatirá ya por la izquierda con la pusilanimidad del temor, ni por la derecha con las humanas alabanzas, habiendo sido frustrados sus ataques y fallidos sus perversos intentos. Mas ya que por fuerza, dice él entre sí, no la puedo derribar, quizá podré conquistarla valiéndome de algún traidor. ¿Quién piensas será este traidor? Ciertamente la codicia, raíz de toda maldad; la ambición, mal sutil, secreta ponzoña, peste oculta, artífice del dolo, madre de la hipocresía, padre de la envidia, origen de los vicios, semilla de los excesos, orín de la virtud, polilla de la santidad, que ciega los corazones, que convierte en enfermedades los mismos remedios y en nuevos achaques la medicina. Despreció la vanagloria, dice el enemigo, por ser una cosa vana; mas acaso los honores, tal vez las riquezas, harán mella en su corazón. ¡A cuántos este mal, que se prepara en las tinieblas, hizo que fuesen arrojados a las tinieblas exteriores, despojándose del vestido nupcial y privando del fruto de la piedad los ejercicios de su virtud! ¡A cuántos esta peste, después de haberles maliciosamente engañado, les derribó torpemente, de suerte que todos los demás, que nada sabían de este minador oculto, se llenaron de pavor a tan súbita ruina! Pero ¿qué otra cosa fomenta a este gusano sino la enajenación del ánimo y el olvido de la verdad? O ¿qué otra cosa, sino la verdad, indaga con diligencia hasta descubrir a este traidor y acusa este mal que se prepara en las tinieblas? Ella es la que clama: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*[7] Y también: *Los poderosos serán atormentados poderosamente*[8]. Ella es la que con sus continuos avisos nos trae a la memoria qué frívolo consue-

[4] 1 Cor. 4, 7.
[5] 1 Cor. 9, 12
[6] Is. 64, 6.
[7] Mt. 16, 26.
[8] Sap. 6, 7.

lo se halla en las honras y dignidades, qué juicio tan grave, qué uso tan breve y qué fin tan incierto tienen.

5. Hasta aquí llegaron las tentaciones del Señor; no se atrevió el enemigo a añadir la cuarta. Porque ésta es la ignorancia, y no dudo que era sapientísimo quien así moderaba sus respuestas, que nada pudo averiguar lo que pretendía. Pues en la primera tentación persuadía al Señor, viéndole con hambre, que convirtiera las piedras en pan; mas él, sin responder si podía o no podía, hizo mención de otra comida, diciendo: *No vive el hombre de sólo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*[9]. En la segunda le aconsejaba que se precipitase, prometiendo que no se haría daño si era Hijo de Dios; y así, viéndolo la ciudad toda, le alabaría y ensalzaría; tampoco le respondió que lo era ni que no lo era. La tercera fué de ambición, cuando le prometió todos los reinos del mundo si postrándose le adoraba. ¿No ves cómo la adoración al diablo es el camino de la ambición, por el cual ofrece él a los que le adoran que llegarán a los honores y gloria del mundo? De la cuarta tentación se abstuvo contra él (como dijimos) por haber visto tanta prudencia en sus respuestas.

6. Pero ¿qué hará contra quienes conoce él que aman enteramente la justicia y aborrecen la iniquidad? ¿Qué sino paliar lo malo con apariencias de virtud? Pues a los que ve que son perfectos amantes de lo bueno, procura persuadir lo malo bajo de la especie de bien, no pequeño, sino perfecto, para que luego consienta el que ama en gran manera lo bueno, y el que corre por el camino de la virtud fácilmente tropiece y caiga. Este es el demonio, no sólo del día, sino del medio día. ¿Por ventura no temía María a éste cuando se asustó a la nueva salutación del ángel? ¿No hablaba de este mismo el Apóstol cuando decía: *No ignoramos los designios suyos*[10], *pues el mismo Satanás se transforma en ángel de luz?*[11] En fin, ¿no temían a éste los apóstoles cuando, viendo al Señor andar sobre las aguas del mar, daban voces pensando que era un fantasma? Y mira qué bien cuadra a nuestro asunto el decirse que era la cuarta vigilia de la noche cuando los discípulos estaban en vela contra la cuarta tentación. Pero yo no juzgo que haya necesidad de explicar una cosa tan manifies-

[9] Mt. 4, 5. [10] 2 Cor. 2, 11. [11] 2 Cor. 11. 14.

ta como es que sola la verdad descubre la falsedad, que pretende paliar y encubrir el enemigo.

7. Cualquiera que atentamente lo considere, hallará estas cuatro tentaciones en el estado general de la Iglesia. ¿No ejercitaba y oprimía el temor de lo que espanta por la noche al nuevecillo plantel de la Iglesia cuando todos los que quitaban la vida a los siervos de Dios pensaban que le hacían obsequio en esto? Al fin, cesando ya las persecuciones y restituído el día, la turbó y afligió más gravemente la volante saeta, cuando salieron algunos de la Iglesia misma hinchados con el espíritu de su carne, amantes ciegos de la vana e inútil gloria; y queriendo adquirirse nombre, engrandeciendo sus lenguas, fabricaron diversos y perversos dogmas. Mas ahora hay paz de la parte de los paganos; hay paz por parte de los herejes, pero no la hay por lo que mira a los falsos hijos. *Has multiplicado el pueblo,* Señor Jesús, *pero no has aumentado la alegría,* porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos. Cristianos son todos, pero casi todos buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo. Aun los mismos oficios y dignidades eclesiásticas se truecan en un torpe lucro y negocio de las tinieblas; ni se busca en ellas la salud de las almas, sino el lujo de las riquezas. Por esto se tonsuran, por esto asisten a las iglesias, celebran las misas y cantan los salmos. Por los obispados y arcedianatos, combaten sin pudor para disipar en usos superfluos y vanos las rentas de las iglesias. Sólo resta que aparezca ya el hombre de pecado (el hijo de perdición, el demonio, no solamente del día, sino de medio día, el cual no sólo se transforma en ángel de luz, sino que se ensalza sobre todo lo que se llama Dios o es adorado por tal. Este es el modo más cruel con que intenta morder el calcañal de nuestra madre la Iglesia, por quien siente haber sido quebrantada su cabeza. Será sin duda éste un combate peligrosísimo, pero también de él librará la verdad a los escogidos, abreviando por ellos los días y destruyendo al demonio de medio día con el esplendor de su venida. Y esto baste acerca de estas tentaciones, pues en un sermón sobre el Cántico de los Cánticos me acuerdo haber tratado ya de ellas, habiéndose hecho mención por incidencia de este demonio de medio día al hablar del reposo del medio día, con que pedía la Esposa que se le manifestase el Esposo.

7 Sobre el séptimo verso: «Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no se acercará» *

1. Vivimos de esperanza, hermanos míos, y no nos desalentamos en los trabajos presentes, porque nos anima la expectación de aquellos indeficientes gozos. No es vana nuestra expectación, ni dudosa nuestra esperanza, pues está fundada en la promesa de la eterna Verdad. Sobre esto también la percepción de los bienes presentes afianza más y más la expectación de los futuros y la virtud de la presente gracia hace en gran manera creíble que se seguirá a ella, sin duda alguna, la felicidad de la gloria prometida. Verdaderamente, *el Señor de las virtudes es el mismo Rey de la gloria*; y en el himno también le invocamos, diciendo: *Padre de perpetua gloria, Padre de poderosa gracia*, cantando de El igualmente en el salmo: *Porque Dios ama la misericordia y la verdad, el Señor dará la gracia y la gloria* [1]. Sostenga, pues, el alma piadosa varonilmente el combate en este siglo y sufra con paciencia cualquiera persecución. ¿Y qué mucho que lo tolere todo, puesto que para todo es poderosa la piedad, estándole prometidos los bienes de la vida presente y juntamente los de la futura? Resista valerosamente al que nos combate, porque asistirá Dios como protector infatigable junto a ella cuando resista y no dejará de ser remunerador liberalísimo cuando triunfe. *Su verdad*, dice, *te rodeará como un escudo.*

2. Verdaderamente, nos es necesaria la invencible protección de la verdad, no sólo mientras vivimos en este cuerpo, sino también después, cuando hayamos de salir de él; ahora, sin duda, por los peligrosos conflictos a que estamos expuestos, y entonces por los espantosos encuentros con los espíritus malignos. Pues aun a la santísima alma del glorioso San Martín quiso acometer en aquella hora el enemigo; y esta bestia cruel, sabiendo que le quedaba ya poco tiempo, agitada de todo el furor de su infatigable malicia, no se avergonzó de presentarse cerca de un hombre en quien nada había que le perteneciese. Pero ¿qué mucho si al mismo Rey de la gloria, con una insolentísima

* PL. 183, 200.
[1] Ps. 83, 12.

temeridad, presumió acercarse, como el mismo Señor lo testifica: *Se dispone a venir el príncipe de este mundo, aunque no hallará nada en mí que le pertenezca?* [2] Dichosa el alma que de tal suerte rebate ahora los dardos de las tentaciones con el escudo de la verdad, que, no permitiendo que se fije en ella nada absolutamente de su veneno, no se intimidará cuando llegue a hablar a sus enemigos a las puertas de la eternidad. *Nada,* dice, *hallarás en mí que pueda servirme de confusión.* Feliz aquel a quien de tal suerte rodea el escudo de la verdad, que le guarda en su entrada y también en su salida; hablo de su salida de esta vida y de su entrada en la otra para que ni por la espalda maquine contra él el enemigo ni por delante intente mal alguno. Enteramente habrá necesidad entonces de guardia, habrá necesidad de un guía fiel, habrá necesidad de un consolador grande por aquellas horribles visiones, así como ahora hay necesidad de ayuda y amparo contra los tentadores invisibles.

3. Glorificad, pues, amantísimos, y llevad entre tanto a Cristo en vuestro cuerpo, carga deleitable, pero suave; opresión saludable, aunque algunas veces parezca que pesa mucho, aunque golpee algunas veces los lados y castigue al que recalcitra, aunque con el bocado y el freno sujete y refrene la boca, lo que hace sin duda para nuestro bien y felicidad. Sé como un jumento tú que llevas al Salvador, pero no del todo como un jumento. *El hombre*—dice el profeta—, *hallándose en el honor, no lo entendió; fué comparado a los jumentos irracionales y se hizo semejante a ellos* [3]. Llora el profeta y reprende en el hombre la semejanza con los jumentos, cuando en otro salmo no recela hablar de sí mismo y decir a Dios, no sin alguna complacencia al parecer: *Me hice como un jumento en tu presencia; y con todo eso, no me he alejado de ti* [4]. Pienso, o, por mejor decir, no pienso, sino que sé, que al hombre se le aconseja alguna semejanza con los jumentos; pero no aquélla, seguramente, que consiste en no entender y en imitar su irracionalidad, sino la que se halla en la imitación de su paciencia. No sería voz de quien se enoja, ni tampoco de quien deplora, si hubiera dicho: El hombre, cuando se hallaba bajo de la carga de Dios, no recalcitró, se hizo como

---

[2] Io. 14, 30.
[3] Ps. 43, 13.
[4] Ps. 72, 23.

un jumento en su presencia. Porque ¿quién no envidiaría a aquel jumento, en cuya humilde espalda se dignara, para recomendación de su inefable mansedumbre, sentarse el Salvador, si al propio tiempo que llevaba carga tan preciosa hubiera tenido conocimiento de honor tan singular? Sé, pues, tú como un jumento, pero de ningún modo jumento a secas; sufre, sí, la carga con paciencia, pero entendiendo la honra y pensando sabia y gustosamente así la calidad del peso como la propia utilidad.

4. El gran Ignacio, oyente del discípulo a quien amaba Jesús, nuestro mártir, con cuyas reliquias ha sido nuestra pobreza enriquecida, saluda con la expresión de *Cristífera* a cierta María en muchas cartas que la escribió [5]. Insigne título de dignidad y recomendación de inmenso honor. Porque llevar a aquel Señor a quien servir es reinar, no es carga ciertamente, sino honra. Pero ¿deberá este jumentillo del Salvador, de que ahora estamos hablando, tener algún temor de que, bajo de tal carga, podrá desfallecer en el camino? ¿Podrá temer acaso el asalto de los lobos o el encuentro de los ladrones? ¿Deberá recelar algún precipicio o peligro en el camino bajo de presidente tan grande? ¡Feliz aquel que de tal modo llevare a Cristo, que merezca ser introducido por los coros de los santos en la ciudad santa! No tiene absolutamente por qué temer que padezca algún tropiezo en el camino o que experimente repulsa en la puerta. Si preparaban el camino a aquel jumento los pueblos fieles, a éste se le preparan los ángeles santos; porque *a sus ángeles mandó Dios que te guarden en todos tus caminos*. Pero no debemos anticipar esto ahora; hemos de seguir la serie misma de la Escritura en el orden de la exposición.

5. *Caerán*, dice, *a tu lado mil, y diez mil a tu diestra, mas a ti no se acercará*. Ya sabéis que éste es el verso que debemos exponer, y os acordaréis, sin duda, de que en el precedente capítulo dijimos cómo de cuatro tentaciones grandísimas y gravísimas nos libra la protección de la verdad de Dios; es a saber, del temor de lo que espanta por la noche, de la saeta que vuela por el día, del mal que se prepara en las tinieblas y de los impetuosos acometimientos del demonio del medio día. Lo que se sigue, pues: *Caerán a tu lado mil*, etc., juzgo que más bien se debe

[5] Las cartas de San Ignacio de que hace aquí mención San Bernardo son apócrifas.

aplicar a la vida futura. De ahí es que en el principio de este sermón, como tendréis presente, se hizo mención de una sentencia del Apóstol en que dice que la piedad vale para todo y que le están prometidos los bienes de la vida presente y también los de la futura. Escuchad, pues, y escuchad con toda la alegría de vuestro corazón, lo que pertenece a la promesa de la vida eterna y a vuestra esperanza. Donde está vuestro tesoro, allí esté vuestro corazón. Y si hasta aquí habéis oído con cuidado lo que se ha dicho, oíd con mayor atención aún lo que se va a decir. Porque, aun el seudoprofeta (hablo de Balaán; haced memoria los que sabéis su historia), aun éste, digo, con ser malo, deseaba tener la muerte de los justos, y pedía que el fin de su vida fuese semejante al fin de ellos. Tan grande es el fruto de la piedad, tan grande es el galardón de la virtud, que no puede menos de ser deseado aun por los mismos pecadores e impíos. Sin embargo, no deleita mucho el cántico de Sión a los salces de Babilonia; y así suspéndanse en ellos los instrumentos músicos, y en su lugar óigase sobre los ríos de Babilonia el lamento, por si de esta suerte se les puede persuadir a que lloren. Aquí más seguramente se podrá cantar, donde no faltarán quienes con toda la alegría de su espíritu salten al oír la voz del salterio, al oír el cántico de Sión y con la vehemencia de un sagrado deseo se ensayen en volar hacia ella diciendo: *¿Quién me dará alas como las de la paloma y volaré y descansaré?* Porque ¿qué otra cosa es alegrarse, atendida la expresión latina[6], que saltar de sí mismo? Poco les agradan a los que todavía peligran en medio del mar, que son agitados de sus ondas, combatidos de sus ráfagas, por muy favorables que sean, las noticias que les anuncian la tranquilidad y amenidad de la remota orilla a que se dirigen ya casi sin esperanza. Pero no pertenece a semejante alma lo que hoy nos hemos propuesto tratar, puesto que ella no merece oír todavía: *Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra.* Acuérdate a quién está hecha esta promesa; sin duda al que mora en el socorro del Altísimo y que permanece bajo la protección del Dios del cielo.

6. Oiga esto el que se acerca con el pensamiento y el ansia de su deseo al puerto de la salud; el que, habiendo echado ya delante de sí la áncora de su esperanza, parece haberse asido inseparablemente a aquella tierra deseable,

[6] *Exultare.*

aguardando todos los días en que ahora combate que llegue su mutación. Sin duda la más cierta y segura proximidad al puerto es este género de vida que habéis escogido, y en él consiste la preparación para la salida, como efecto de la vocación y justificación divina. Estas dos cosas enlazan firmemente y unen entre sí una cierta eternidad a otra eternidad; es decir, la glorificación a la predestinación, de las cuales, así como la predestinación no es limitada por algún principio, tampoco la glorificación tendrá término ninguno. Ni juzgues que es de nuestra invención la unión y enlace de esta como duplicada eternidad; oye al Apóstol, para que veas cómo habla de ella con más claridad. *A los que conoció en su presciencia también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo*[7]. ¿Cómo piensas y con qué orden los glorificará, pues las cosas que vienen de Dios son ordenadas entre sí? ¿Te parece que desde la predestinación a la glorificación llegarás con un salto repentino? Busca en medio un puente, o, más bien, entra en el que está preparado. *A los que predestinó*, dice, *también los llamó; a los que llamó también los justificó, y a los que justificó, también los glorificó*[8].

7. Este camino parece bueno a algunos de los hombres, y lo es en efecto; nada hay que temer sobre su fin. No te sea sospechoso el término de este camino; prosigue seguro, y tanto más apresuradamente cuanto más ciertamente se ve que está cerca. Ya tienes los medios; pues ¿cómo no estarán cerca los fines? *Haced penitencia*, dice, *porque se acercó el reino de los cielos*[9]. Mas *el reino de Dios*, dirás, *se toma por fuerza y los violentos son los que le arrebatan*[10]. No puedo yo acercarme a él sino por medio de las tropas enemigas. En medio del camino hay gigantes, andan en los aires, rodean el tránsito, acechan a los que pasan. Pero ten confianza, no temas; grandes son, muchos son; sin embargo, *Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra*. Por todas partes caerán para no hacerte daño ya alguna vez; esto es poco; caerán de tal suerte, que jamás se acercarán a ti. A la verdad, *el pecador lo mirará y se irritará*, pero vendrá por el lado, porque te prevendrá e irá delante de ti la misericordia de tu Dios, y te seguirá igualmente la misericordia misma, guardando no sólo tu entrada (como arriba dijimos), sino también tu salida. De

[7] Rom. 8, 29.
[8] Rom. 8, 30.
[9] Mt. 3, 2.
[10] Mt. 11, 12.

otro modo, ¿qué pudiera haber en el sentido humano que no se estremeciera con intolerable horror en tan terrible encuentro de las milicias espirituales?

8. ¿Pensáis, hermanos míos, que, si a uno solo de tantos príncipes de las tinieblas le fuera permitido presentarse en medio de vosotros en toda su fiereza y en la enormidad de su tenebroso cuerpo, habría quien tuviera valor en su corazón para mirarle? En fin, pocos días ha, como sabéis, que a uno de vosotros, primero durmiendo y después despierto, se permitió al enemigo perturbarle tan gravemente su fantasía en las sombras de la noche, que apenas pudo aquel día estar en sí, apenas pudo hallarse seguro en alguna parte. Todos vosotros también os llenasteis de pavor cuando, a la fuerza de su espanto, exclamó él, dando un grito sobremanera terrible. Vergüenza es, a la verdad, que aun estando vosotros dormidos, pareciese haberse dormido también vuestra fe hasta tal punto; pero, sin duda, ha sucedido esto para aviso nuestro, a fin de que con todo cuidado nos acordemos con qué contrarios combatimos; no sea que o vivamos ignorantes de la envidia del enemigo, o ingratos a la divina protección. En fuerza del vehementísimo dolor que le causa su propia envidia, prorrumpió la inveterada malicia del enemigo en tanto furor, dando a entender que especialmente en estos santos días le atormenta más fuertemente vuestra devoción. Con la misma rabia de aquella furia que les despedaza y con licencia más amplia se acerca a los santos cuando salen de este mundo, pero no más que de lado, porque ni le permitirán que se presente por delante, como quien pretende hacer violencia, ni que por detrás venga arrastrándose, como quien intenta engañar.

9. Ni junto al camino te pondrá ya jamás tropiezo alguno para que caigas, pues *ni a ti se ha de acercar*. No sólo no te alcanzará para herirte, pero ni se arrimará para espantarte. Yo pienso que lo que más temías era que acaso te embargase entonces el más grave horror al ver tan monstruosas figuras y tanta multitud de feos y horribles fantasmas. Pero estará junto a ti un ínclito defensor, un consolador eficacísimo, aquel mismo Señor de quien has leído: *Delante de El se postrarán los etíopes y sus enemigos lamerán la tierra*[11]. Seguramente será reducido a la nada el maligno en su presencia; así glorificará a los que

[11] Ps. 71, 9.

le temen. Estando tú presente, Señor Jesús, acometan cuantos enemigos hay, o más bien no acometan, sino que caigan; concurran de todas partes, pero para ser disipados; parezcan delante, pero perezcan a la presencia de Dios, como se consume la cera a la presencia del fuego. ¿Qué temeré yo cuando ellos se desmayen? ¿Qué recelaré cuando ellos se estremezcan? ¿De qué me asustaré cuando los vea caer? Aunque ande yo en medio de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno, como tú, Señor Dios mío, estés conmigo. Pues al instante el día se esclarecerá, se disiparán las sombras, caerán por todas partes los príncipes de las tinieblas. Porque, si aun ahora, que caminamos por la fe y no por la vista clara del objeto de nuestra esperanza, por entre sus ocultas y malignas sugestiones, triunfa de ellos la fe victoriosa, ¿cómo entonces, con mayor facilidad, el conocimiento claro de la verdad manifiesta no los deshará y disipará sus negras tenebrosas imágenes? Ni te haga fuerza el número, ni receles nada por su multitud. Acuérdate cómo al solo imperio del Salvador toda una legión de ellos salió del cuerpo de un hombre obseso y que tanto tiempo había poseído; y ni aun a los mismos puercos se atrevió a tocar, sino después de mandárselo El [12]. ¿Cuánto más fácilmente, siendo El nuestro capitán, caerán por todas partes todos cuantos hubiere, diciendo con grande admiración y confusión: *¿Quién es esta que sube como la aurora cuando nace, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como un ejército ordenado en batalla?* [13] Intrépido, pues, y sin conocer el miedo, antes bien gozoso y dando alabanzas a Dios, verás todo esto con tus mismos ojos, ni tendrás que sostener ya el ímpetu de tus enemigos, ni temerás nada de su furor, sino que contemplarás y mirarás el castigo de los pecadores.

10. Parecía ser esto bastante para exposición del verso de hoy, pero juzgo que algunos de vosotros están todavía suspensos con la expectación de alguna cosa más. Porque, si no me engaño, algunos de los más estudiosos desean saber qué querrá significar el profeta al decir que a la diestra caerán diez mil, pero mil a la siniestra. Pues por el lado que aquí se pone sin determinación alguna, no juzgo deba entenderse otro que el siniestro, especialmente cuando el lado derecho se señala luego con su propio nom-

[12] Mt. 8, 32.
[13] Cant. 6, 9.

bre. Y a la verdad, no sin algún misterio parece predecir el profeta que a la siniestra caerán muchos, pero a la diestra muchos más. Sino que haya alguno tan insulso y tardo, que en esta expresión, *mil y diez mil,* juzgue que se pone una tasa fija del número y no una comparación ilimitada. Mas nosotros no explicamos así las divinas Escrituras, ni tampoco la Iglesia de Dios. Caerán, pues, a la siniestra mil, y diez mil a la diestra, porque con malicia mayor y tropa más copiosa acostumbran acometer contra el lado derecho y herir por la diestra. Sobre lo cual, si queremos poner la consideración en el gran cuerpo de la Iglesia, fácilmente advertiremos que más fuertemente son combatidos los hombres espirituales que los carnales; lo que, a mi parecer, sin impropiedad podemos entender por los dos lados de ella, izquierdo y derecho. Esto lo causa aquella siempre soberbia y envidiosa malicia del enemigo, que tienta con más violencia a los más perfectos, según aquello: *Su comida es escogida;* y también: *Se sorberá un río y le parecerá que es esto poco, y se prometerá que el Jordán mismo entrará por su boca* [14]. Lo causa, digo, pero no sin cierta disposición de la providencia de Dios, que no permite que los imperfectos sean tentados sobre lo que ellos pudieran sostener, trayéndoles así con la misma tentación su provecho; y, por otra parte, dispone a los más perfectos, no sólo más gloriosos triunfos del enemigo, sino más numerosos. Toda la Iglesia, pues, de los escogidos será igualmente coronada, porque de ambas partes peleó debidamente, arrojando por una y otra ala tan valerosamente a sus enemigos, que poco después ya manifiestamente se verán caer a su lado mil y a su diestra diez mil. Así, en otro tiempo, cuando ya estaba probada la más perfecta virtud de David, pero todavía no era manifiesta en Israel la reprobación de Saúl, cantaban los coros de la música, diciendo: *Saúl hirió a mil, y David a diez mil* [15].

11. Pero si agradare más a alguno que esto diga relación a cada uno en particular, no nos faltará tampoco en esta parte camino para el sentido espiritual, con tal que consultéis vuestra propia conciencia. Porque con mayor ansia incomparablemente y con más diferentes astucias pretende el enemigo herir en nosotros la diestra que la siniestra; ni trabaja tanto en quitarnos el bien que pertenece

[14] Iob 40, 18.
[15] Reg. 18, 7.

al cuerpo como el del corazón. Sábese que una y otra prosperidad envidia al género humano y que solicita privarnos de una y otra felicidad, esto es, de la celestial y de la terrena; pero mucho más del rocío del cielo que de la grosura de la tierra. Si acaso impropiamente llamamos lados estas dos cosas, en las cuales sabemos que consisten las dos substancias de que se compone el hombre, juzgadlo vosotros. Pero que haya asignado los bienes espirituales a la diestra y los temporales a la siniestra, de ningún modo recelo que me sea reprendido, especialmente por vosotros, que siempre vivís con el cuidado de no tomar la diestra por la siniestra, ni la siniestra por la diestra. Ni aprobará otro modo de discurrir la verdadera sabiduría, pues nos enseña que en la siniestra están las riquezas y la gloria, y en la diestra la longitud de la vida [16]. A la verdad, de ningún modo conviene que ignoréis por qué parte insiste y acomete con más fuerzas la porfiada multitud de los enemigos, porque es preciso resistir con más esfuerzo donde urge mayor necesidad, donde se inclina todo el peso de la batalla, donde se halla el punto decisivo del combate; allí, en fin, de donde pende enteramente un cautiverio ignominioso si sois vencidos o la gloria triunfal si vencéis.

12. Ultimamente por esto mismo vosotros (lo que a nadie parecerá indiscreción) habéis expuesto vuestro lado siniestro, para que libremente le golpee el enemigo, con el fin de conservar así con todo cuidado el derecho. Esta es la verdadera sabiduría, éste el consejo del Sabio, que quiere que se guarde el corazón con todo el cuidado posible, porque de él procede la vida. Esta, en fin, es la gracia y misericordia de Dios para con sus siervos y sus favorables miras con sus escogidos, pues como, olvidándose por ahora de su siniestra, asiste cual solícito protector a su diestra. De aquí es que testifica el profeta de sí mismo: *Miraba yo al Señor y le tenía siempre delante de mis ojos, porque él está a mi lado derecho para estorbar que yo sea conmovido* [17]. ¿Te parece que no tenía Dios asida la mano derecha, y sola ella, de aquel en cuya hacienda toda, y juntamente en su cuerpo, permitió que pudiese hacer el enemigo cuanto libremente quisiese? Mas con todo eso: *No toques,* le dice, *en su vida* [18]. ¡Ojalá, Jesús bueno, que estés siempre conmigo a mi diestra! ¡Ojalá tengas tú siempre asida mi mano derecha! Porque estoy cierto de que no me dañará

[16] Prov. 3, 16. [17] Ps. 15, 8. [18] Iob 2, 6.

ninguna adversidad si no llega a dominarme ninguna iniquidad. Sea en esta vida despojado mi lado izquierdo, sea golpeado, hiéranlo con injurias, rómpanle con oprobios; gustoso le expondré a todo como tú me guardes, como tú mismo seas mi protección.

13. Acaso los mil que han de caer a la siniestra, se ha de entender que son más bien hombres que no espíritus malignos; por cuanto no nos persiguen los hombres sino por algunos bienes temporales y caducos que, con envidiosa malignidad, sienten que tengamos nosotros, o con injusta codicia se duelen de no tenerlos ellos. Tal vez nos quieren quitar los bienes de este mundo, tal vez el favor de los hombres, tal vez la vida misma del cuerpo. Hasta aquí puede llegar la crueldad de la persecución humana; mas al alma nada le puede hacer. Pero los demonios nos envidian principalmente lo divino y lo eterno, no para que a ellos les toque lo que sin remedio perdieron, sino para que no suba el pobre, levantado de entre el polvo, a la cumbre de donde ellos, criados en gloria, irreparablemente cayeron. Se indigna y se deshace de envidia su obstinada malignidad al ver que llega a obtener la humana fragilidad lo que ellos no merecieron conservar. Y si alguna vez pretenden hacer daño al hombre en lo temporal o se alegran de que otros se lo hagan, todo su conato se dirige a que la pérdida de los bienes exteriores, o para él mismo o para otro, sea causa de la pérdida de los interiores y espirituales; por el contrario, los hombres, siempre que procuran persuadirnos o de algún modo causarnos algún mal, no se ha de pensar que intentan esto principalmente, sino que su fin es adquirir algo temporal que les pueda ser útil a ellos, y sólo quieren sacar de esto algún emolumento o evitar algún daño. A no ser acaso que alguno de tal suerte haya pasado de hombre a demonio, que pueda llegar a desear que aun el mayor enemigo suyo se condene eternamente.

14. ¿Cómo nos dormimos en el cuidado del alma, nosotros, miserables, a quienes de tantos modos persigue la malicia espiritual? Vergüenza da el decirlo, pero la fuerza del dolor prohibe callarlo. ¿Cuántos se encuentran, hermanos, aun de estos mismos que visten el hábito de religiosos y viven en el propósito de perfección, a los que parece haber comprendido aquella terrible sentencia del profeta: *Si yo te olvido, Jerusalén, que mi mano derecha sea*

puesta en olvido? [19] Éstos son los que, poniendo todo su cuidado en la guarda del lado siniestro, llegan a saber y a penetrar muchísimo; sólo que su sabiduría es la sabiduría de este siglo, al cual debían haber renunciado; es la sabiduría que revela la carne y la sangre, a cuyos consejos, según lo que dice el Apóstol, parecía que no habían querido conformarse. Los verás, en fin, tan ansiosamente buscar los intereses presentes, tan profanamente alegrarse de las ventajas temporales, tan cobardemente turbarse en los daños aun mínimos de los haberes terrenos, disputar sobre ellos tan interesadamente, vaguear tan licenciosamente, entrometerse en los negocios seculares tan irreligiosamente, como si esto fuese todo el fondo de ellos y esto todo su ser. Cultiva, con todo, el cuidado el labrador una pobre tierra; pero hace esto porque no tiene otra más amplia y preciosa posesión; el mendigo esconde en el seno un bocado de pan, porque en su saco sólo este género de metal puede criar orín. Mas tú, ¿cómo pones todo tu conato en esta extrema pobreza, haciéndote desgraciadamente pródigo de tu propio trabajo? Mira que tienes otra posesión, aunque acaso te parezca que está remota. Pero yerras si lo piensas así; nada hay más cerca de nosotros que lo que está dentro de nosotros. Mas acaso no te quejas de que está distante, sino de que no percibes de ella utilidad alguna, y así juzgas que debes buscar en las otras cosas tu modo de subsistir. Te engañas; mucho más encontrarás allí; más bien, no lo encontrarás sino allí. ¿Piensas, por ventura, que ya no pide tu trabajo o que corresponderá con poco fruto a tu cultivo? ¿Te parece que ya está puesta en seguro y que no necesita guardarse? Cualquiera de estas cosas que presumas, sábete que deliras en gran manera. Porque en los bienes espirituales principalísimamente es donde se verifica que lo que siembre el hombre, eso cogerá, y que el que poco siembre, poco cogerá, mas el que siembre abundantemente, abundantemente cogerá, percibiendo de uno treinta, de otro sesenta, de otro ciento. ¡Ah! No te olvides de que tienes este tesoro en unos vasos de barro, si es que todavía le tienes, porque yo temo que ya le perdiste; temo que ya te lo han quitado; temo que ya los extraños han comido tu fuerza, sin que tú lo advirtieras, y que ya no puedes poner junto a tu tesoro tu corazón, pues te falta ya el mismo tesoro. Si esto no es así, yo te

[19] Ps. 136, 5.

ruego que, ya que te muestras tan cuidadoso que ni desprecias las cosas mínimas y que tan cautelosamente guardas hasta las pajas, te acuerdes también de guardar y conservar tus trojes, no expongas tu tesoro, tú que así te sientas sobre tu muladar para guardarlos. Porque a éste quizá le envidian mil, pero a aquél le cercan diez mil, excediéndoles no menos en la astucia y crueldad que en el número. *Caerán,* dice, *a tu lado mil, y diez mil a tu diestra.* Vuelve hacia allí los ojos de la fe, porque acaso ya rompieron las puertas; quizá ya, libremente, lo roban todo, tal vez ya están repartiendo entre sí los despojos. ¿En qué consiste que estés pegado al lado siniestro, infelizmente cuidadoso de él, sino en que ya, a lo que parece, para ti no están de lado las cosas que pertenecen a la siniestra, sino delante, puesto que éstas son las que te llevan la vista siempre? Y así el que te toca en ellas no se puede decir que te ha herido en el lado, sino en las mismas niñas de tus ojos.

15. Pero ten cuidado contigo quienquiera que, olvidado de tu lado derecho, pones todo el esmero en guardar el izquierdo, no sea que te corresponda lugar con los cabritos en la siniestra que has elegido. Asperas palabras son, hermanos míos; no sin razón os habéis llenado de pavor. Pero no es menos necesario guardarse de esto que estremecerse. Y, a la verdad, mi Señor Jesús, sobre los demás beneficios de su inefable piedad para conmigo, permitió que su lado derecho fuese agujereado por mí, porque no de otra parte que de su diestra me quería dar a beber, no en otra parte que en su diestra quería disponerme lugar para mi refugio. ¡Ojalá que yo merezca ser tal paloma, que habite en el agujero de esta piedra y en la abertura del lado derecho! Pero advierte que de ningún modo sintió esta herida, pues no la quiso recibir sino estando ya muerto, para avisarte que, mientras vivas, veles siempre en la guarda de este lado y que debe reputarse muerta ya aquella alma que con perniciosa insensibilidad permita que la hieran en el lado derecho. Con razón se dice que el corazón del hombre está colocado al lado siniestro, pues su afecto está siempre inclinado y propenso a la tierra. No ignoraba esto aquel que tan tristemente suspiraba: *Mi alma se ha pegado a la tierra; dame la vida según tu palabra*[20]. Tampoco quería que permaneciésemos en esta propensión de la na-

[20] Ps. 118, 25.

turaleza humana y pesadez del corazón el que exhortándonos decía así: *Levantemos los corazones con nuestras manos a Dios*[21]. Seguramente en esto nos advertía que del lado siniestro nos levantásemos al derecho. La milicia del siglo, hermanos míos, sólo en el lado siniestro lleva escudo; no los imitemos, si no queremos que nos cuenten entre los que militan para este mundo, no para Cristo. *Ninguno que está alistado,* dice el Apóstol, *en la milicia de Dios se embaraza en negocios seculares*[22]. Esto es, ninguno que está alistado en el servicio de Dios aplica su escudo a la siniestra antes que a la diestra.

16. Sin embargo, hermanos míos, uno y otro lado debemos cubrir, si hacéis memoria: *Su verdad,* dice, *te rodeará como un escudo.* Y el Apóstol mismo dice: *Con las armas de la justicia debemos combatir a la diestra y a la siniestra*[23]. Pero escucha a la misma justicia, porque tal vez se nos encarga que guardemos del mismo modo uno y otro lado, puesto que por una parte se nos manda: *No os venguéis vosotros mismos, carísimos, sino dad lugar a la cólera*[24]. Y en el Evangelio: *Por vuestra paciencia poseeréis vuestras almas*[25]. Por otra parte se nos intima: *No queráis dar lugar al diablo*[26]; y también: *Resistid al diablo y huirá de vosotros*[27]. Oye todavía cómo debes cubrir ambos lados: *Tened cuidado de obrar lo bueno no sólo delante de Dios, sino delante de los hombres*[28]. Esta es la voluntad de Dios, que, obrando bien en todo, no sólo hagáis que se consuman de enojo y envidia los espíritus malignos, *sino que también cerréis la boca a los hombres ignorantes e insentatos*[29]. Pero ¿por ventura eternamente tendremos necesidad de esta protección? ¿O siempre el escuadrón enemigo nos acometerá por uno y otro lado? Llegará tiempo en que no sólo no acometerá, sino que enteramente desaparecerá. *Caerán,* dice, *a tu lado mil, y diez mil a tu diestra.* Pues ni la humana malicia podrá entonces hacer nada ni temeremos más a esos miles de demonios que a otros tantos escuadrones de gusanos o de moscas. No de otra suerte, en fin, les veremos que los hijos de Israel, pasado el mar Rojo, miraban por todos sus lados a los egipcios muertos y cómo las ruedas de los carros se sumergían en lo profundo; para que así también nosotros,

---

[21] Thren. 3, 41.
[22] 1 Tim. 2, 4.
[23] 2 Cor. 6, 7.
[24] Rom. 12, 19.
[25] Lc. 21, 19.
[26] Eph. 4, 27.
[27] Iac. 4, 7.
[28] Rom. 12, 17.
[29] 1 Petr. 2, 15.

aunque mucho más segura y gozosamente, cantemos las alabanzas del Señor por haber mostrado tan gloriosamente su poder arrojando a los caballos y a los que iban montados en ellos en el abismo.

8 Sobre el octavo verso: «Con tus ojos contemplarás y verás el castigo de los pecadores» *

1. No nos detendríamos tanto, carísimos, en nuestros discursos si nos fuera permitido hablar con más frecuencia, como creo que vosotros mismos habréis podido algunas veces conocer. Mas, por cuanto las pesadas ocupaciones que han ocurrido estos días nos han precisado, no sin mucho sentimiento nuestro, a interrumpir vuestra exhortación y consuelo, juzgo que ninguno de vosotros deberá extrañar que, con el fin de redimir el tiempo, los sermones, cuanto más raros, parezcan más prolijos. Sírvanos este breve exordio para que en el sermón de ayer y en el de hoy queden disculpadas ante vosotros, en aquél, la prolijidad, y en éste, la brevedad, pues recelo que para algunos haya sido poco grata aquélla o que lo sea ésta, o más bien ambas que una sola de las dos. *Su verdad,* dice, *te rodeará como un escudo. No temerás terrores nocturnos, ni la saeta que vuela por el día, ni el mal que se prepara en las tinieblas, ni los acometimientos del demonio del medio día. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra, mas a ti no se acercará.* Hemos dicho sobre esto en los sermones precedentes lo que la Verdad misma se ha dignado darnos a conocer; esto es, hemos dicho que el Señor ampara al alma fiel ahora en las tentaciones y después en las dificultades. Las cuales dos cosas las menciona más brevemente el profeta en otro salmo, diciendo: *Por ti seré yo librado de la tentación y con el amparo de mi Dios pasaré a la otra parte del muro* [1]; porque, siendo el Señor su guía, ni andando aquí padecería tropiezo ni saliendo de aquí encontraría obstáculo. En lo uno, pues, se explica la poderosa asistencia de Dios por ahora; en lo otro la plena y segura libertad que tendrá alguna vez. Así, en esto tercero que añade: *Con tus ojos contemplarás,* juzgo que se contiene la promesa de una no pequeña felicidad. *Caerán,* dice, *a tu*

* PL 183, 210.
[1] Ps. 17, 30.

lado mil, y diez mil a tu diestra, mas a ti no se acercará. Con tus mismos ojos lo contemplarás. Así os lo pido, Señor; así suceda; caigan ellos y no caiga yo; asústense ellos y no me asuste yo; sean confundidos ellos y no sea yo confundido.

2. En pocas palabras muestra el profeta aquí con la mayor claridad la inmortalidad del alma y confirma la fe en la resurrección de los mismos cuerpos. Cuando ellos caigan, yo mismo he de estar allí para verlo, y ni tampoco han de faltar estos mismos ojos, con los cuales he de ver su último castigo. Porque no dice solamente *con los ojos, sino con tus mismos ojos lo contemplarás;* con estos mismos ciertamente que ahora casi se secan con tanta aflicción y desfallecen cuando esperas en tu Dios. Y verdaderamente, hermanos míos, desfallecen los ojos mientras esperamos, porque lo que uno ve, ¿cómo lo podrá esperar? *La esperanza,* dice el Apóstol, *que se ve no es esperanza*[2]. Entonces, pues, contemplarás con estos mismos ojos que ahora no te atreves a levantar al cielo, con estos mismos ojos que tantas veces ahora se deshacen en lágrimas y se afligen en continua compunción. No pienses que te los han de poner nuevos, sino que los tuyos te serán restaurados. ¿Qué digo yo de los ojos, aunque menudísima, pero eminentísima y excelentísima porción del cuerpo? Depositada está en nuestro corazón la dichosa esperanza por la promesa de la Verdad de que ni se perderá un solo cabello de la cabeza.

3. Tal vez se promete expresamente la vista de los ojos, porque el mayor deseo del alma por ahora parece ser el que tiene de ver lo bueno. *Creo,* dice, *que veré los bienes del Señor algún día en la tierra de los vivientes*[3]. Desea que las superiores ventanas de su cuerpo estén abiertas a la suprema verdad, aspirando a vivir más bien por la vista clara que por la fe. Ciertamente la fe viene por lo que se ha oído, no por lo que se ha visto. En fin, *la fe es el fundamento de las cosas que se deben esperar y una prueba cierta de las cosas que no se ven*[4]. Mas lo mismo en la fe que en la esperanza, desfallece el ojo, y sólo sirve el oído. *El Señor Dios me abrió el oído,* dice el profeta[5]. Pero algún día abrirá también nuestros ojos. Llegará tiempo en que ya no se nos dirá: *Oye, hija, y mira e inclina tu oído*[6],

[2] Rom. 8, 24.
[3] Ps. 26, 13.
[4] Hebr. 11, 1.
[5] Is. 50, 5.
[6] Ps. 44, 11.

sino levanta tus ojos y contempla. ¿Qué? El gozo y alegría que atesora para ti tu Dios. ¿Qué? No sólo estas cosas que aunque ahora no puedes ver, a lo menos las puedes oír y creer, sino también aquellas otras que ni el ojo vió ni el oído oyó ni caben tampoco en el corazón del hombre, pero que tiene Dios preparadas para los que le aman. Tanto cabrá en los ojos después de la resurrección, cuanto ni en el oído ni en el ánimo mismo puede caber ahora. En fin, por esta ansia tan vehemente del alma de ver lo que oye y lo que cree, juzgo que también otro clarísimo mensajero de la futura resurrección hizo propia mención de los mismos ojos. *Otra vez,* dice, *seré cubierto con mi piel y en mi carne veré a Dios, mi Salvador, al cual he de ver yo mismo y no otro y mis ojos le han de mirar;* y añadió: *Esta es la esperanza que yo tengo y que estará depositada siempre en mi corazón*[7].

4. Pero observa con mucho cuidado que dice *mis ojos,* así como en el salmo: *Con tus mismos ojos contemplarás.* ¿Por ventura puede parecer que son míos ahora? Ciertamente no parecen míos. Algún tiempo pudo parecer que lo eran, pues también ellos pertenecen a la porción de la herencia paterna que recibí, pero que guardé tan mal. ¡Ay, que en un instante fué destruída! ¡En un instante la disipé toda! Ocupó todos mis miembros la ley del pecado, libremente entraba por mis ventanas la muerte, de la cual yo mismo me había hecho esclavo. Miserable esclavo a la verdad, pues servía no a un hombre, sino a un rebaño inmundo y lleno de cieno. Ni servía siquiera en calidad de jornalero, sino absolutamente de esclavo. A no ser que alguno piense que se daba salario a quien se negaba hasta la comida, y una comida peor que el hambre misma, puesto que, deseando el vil alimento que dan a los puercos, nadie me lo daba, para que de esta suerte se viese que vivía para los puercos y no con los puercos. En fin, ¿era acaso mío el ojo cuando robaba mi alma? Así, compelido de tanta necesidad, me resolví últimamente a resignar el beneficio en manos del Señor, para que le recobrase para sí, vindicándole de la tiranía del enemigo, lo que yo de ningún modo podía hacer.

5. Considerad, carísimos, con toda atención y reflexionad con qué potestad habéis sacudido el intolerable yugo de Faraón, para que vuestros miembros no se aban-

[7] Iob 19, 26-27.

donen a servir de armas a la impureza y a la injusticia para cometer el pecado, ni reine éste en adelante en vuestros mortales cuerpos. No es ésta, no, hermanos míos, obra vuestra; la diestra del Señor ha hecho este prodigio; sólo puede hacer esto aquel Señor que absolutamente no hay cosa que no pueda. No digáis: *Nuestra mano es muy poderosa,* sino confesad, con tanto provecho vuestro como verdad, que el Señor es quien hace todo esto. Ultimamente, ninguno dude de que por todos modos debe precaver, no suceda que mientras duran estos días tan peligrosos, y en ninguna parte hay seguridad para el hombre, presuma tomar esta posesión suya de entre las manos de tan piadoso y próvido tutor para usar de ella con una peligrosa y perniciosa libertad. Pues lo que cela tu Padre, por tu bien lo cela; ni es envidia, sino providencia, mandar que toda la hacienda le quede a él para que tú no la pierdas. En fin, cuando llegues a aquella grande y santa ciudad en cuyos confines ha establecido la paz y en donde ya no se teme asalto alguno de los enemigos, no solamente te dará a ti mismo, sino que se te dará a sí mismo juntamente. Entre tanto apártate de tu propia voluntad y NO USURPES TEMERARIAMENTE los miembros dedicados a Dios, considerando que, una vez consagrados a la piedad, ya no, sin grave sacrilegio, se pueden emplear en usos de vanidad, de curiosidad, de deleite o de semejantes obras mundanas. *¿No sabéis,* dice el Apóstol, *que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que os ha sido dado por Dios, y que no sois vuestros?* [8] Y también: *El cuerpo,* dice, *no es para la fornicación.* Pues ¿para quién? ¿Acaso para ti? Sea libremente para ti, pero con tal de que con tus fuerzas puedas sacarle o a lo menos después preservarle de la violencia de la fornicación. Pero si no puedes, o más bien ya que verdaderamente no puedes, sea el cuerpo no para la fornicación, sino para el Señor, y sirva mientras tanto para la santificación, no sea que mucho más desgraciadamente llegue a servir de nuevo a la corrupción. *Yo os hablo humanamente,* dice el Apóstol, *a causa de la flaqueza de vuestra carne; así como habéis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo a la impureza y a la injusticia para cometer la iniquidad, hacedlos servir ahora a la justicia para vuestra santificación* [9]. Pero esto por la flaqueza de

[8] 1 Cor. 6, 19
[9] Rom. 6, 19.

nuestra carne, como él mismo previene. Mas cuando resucite lleno de vigor este mismo cuerpo, que se había sembrado en la flaqueza, no tendrá ya necesidad alguna de servir. Cuando ya la seguridad sea libre y la libertad segura, ¿cómo dejará el Señor de entregar al hombre a.sí mismo? ¿Cómo no dará libertad a su siervo fiel aquel gran Padre de familias, puesto que le ha de colocar sobre todos sus bienes?

6. Entonces, pues, contemplarás con tus ojos, si es que por ahora reconoces fielmente que son suyos y no tuyos. Porque, fuera de aquella razón (de que hicimos mención más arriba) del voto, a la verdad tan necesario, por el cual los miembros mismos que tú absolutamente no podías defender de la tiranía del pecado los dedicaste al divino servicio, renunciando a tu propia voluntad, ¿podrás pensar que son tuyos estos miembros, en los cuales una ley contraria a la ley del espíritu, si no reina, a lo menos habita, en los cuales la pena del pecado, tu segundo enemigo, no sólo permanece, sino que prevalece y libremente domina? ¿Llamarás tuyo al cuerpo que está muerto por el pecado, o podrás decir que es del alma el que no cesa de oprimir al alma misma? Por cierto que, si alguno desea llamarle suyo, nunca lo hará con más propiedad que cuando le llame peso suyo y cárcel suya. De otra suerte, ¿con qué razón llamarás tuyos a unos ojos que tantas veces, quieras o no quieras, ocupa el sueño, turba el humo, un polvo débil enrojece, un humor malo ofusca, un dolor vivo atormenta y, al fin, la misma muerte después del todo ciega? Mas entonces serán absolutamente tuyos, cuando ya nada de estas cosas tenga ser, pues habrás alcanzado toda la facultad de contemplar con tus ojos, de los cuales en adelante a tu gusto usarás tan libre como seguramente. Ni será menester ya que apartes tus ojos para que no vean la vanidad, pues estarán mirando la purísima verdad, mucho menos podrá entrar por tus ventanas la muerte, puesto que también esta enemiga ha de ser destruída la última. Pero ¿temes acaso que lleguen a cegar con tanta plenitud de luz, cuando todos los justos resplandezcan como otros tantos soles? Ciertamente, esto sería de temer, si no fueran glorificados estos mismos ojos en la resurrección, igualmente que todos los demas miembros del cuerpo humano.

7. *Y verás el castigo de los pecadores.* Esto, a la verdad, será para ellos un grande tormento y como el colmo de todos sus males. Tendrían tal vez algún consuelo si pudieran ocultarse en sus propios tormentos o no ser conocidos de aquellos a quienes ellos habían perseguido tan maliciosamente, o a lo menos si pudieran desviarse de su vista. Pero, aunque a ellos se les añada un peso inmenso de miseria en que les miremos, ¿qué necesidad tendremos de esto nosotros, qué utilidad, qué deleite? ¿Pudiera darse ahora cosa más irreligiosa o, por mejor decir, más execrable y más inhumana que querer recrear los ojos con la sangre, aun de los mayores enemigos, aun de los hombres más perversos, y deleitarse en mirar los suplicios de los miserables? Mas así como el pecador verá y se irritará, bramará con sus dientes y se consumirá (pues primero serán llamados al reino los que declare benditos de su Padre el Hijo de Dios, antes que sean arrojados los que sean maldecidos a la hoguera del eterno fuego, para que así se aumente su dolor viendo lo que han perdido), así también los justos verán y se alegrarán considerando de cuántos males se han evadido. En aquella tan grande separación, así como la vista de los corderos será para los cabritos ocasión de la mayor envidia, así, al contrario, la vista de los réprobos será para los escogidos inmensa materia de agradecimiento y alabanzas a Dios. ¿Por qué prorrumpirán los justos en tan magnífica acción de gracias, sino porque, al mismo tiempo que estén gozando de aquella inenarrable felicidad, estarán mirando el castigo de los pecadores, de los cuales fidelísima y devotísimamente reconocerán que han sido separados por sola la misericordia del Redentor? ¿Por qué los impíos con tanto furor de su ánimo se desharán, sino por haber visto que a sus mismos ojos eran introducidos otros en el reino y que entonces últimamente eran condenados ellos a padecer aquellos hedores, aquellos horrores, aquellos tormentos de un fuego eterno, aquellas miserias, en fin, de una muerte que es inmortal? *Allí,* dice, *habrá llanto y rechinar de dientes.* Llanto por el fuego que nunca se apaga; rechinar de dientes por el gusano que nunca muere. El llanto por el dolor, el rechinar de dientes por el furor. La acerbidad de los tormentos obligará al llanto; la vehemencia de la envidia que les consume

y su obstinada malignidad, al rechinar de dientes. Así, pues, *Verás el castigo de los pecadores,* para que, no ignorando tan grande peligro, no seas ingrato jamás a tu Libertador.

8. Ni sólo esto, sino que el castigo de los pecadores será la perfecta seguridad de los justos, no pudiendo ya temer jamás ni a la humana malicia ni a la diabólica, puesto que, cayendo a su lado mil, y diez mil a su diestra, no sólo los habrán visto caer, sino caer en el infierno. ¿Piensas tú que no podían temer todavía y tener por sospechosa aquella serpiente más astuta que todos los animales de la tierra, especialmente no estando olvidados de la mujer seducida otro tiempo en el paraíso, si no viesen que era arrojada con todo su cuerpo en las vengadoras llamas y que entre ésta y ellos se había ahondado un caos profundísimo?

9. Otro bien todavía te traerá la vista de los pecadores, porque al cotejo de su deformidad resplandecerás más excelente y gloriosamente. Así sucede que, comparadas entre sí las cosas contrarias, cada una parece que recibe aumento en su calidad, como si cotejas alguna vez lo blanco con lo negro, esto parecerá más obscuro y aquello más cándido. Pero sobre esto oye un testimonio más cierto, que es el dicho del profeta: *Se alegrará el justo,* dice, *cuando vea la venganza.* ¿Cómo así? *Lavará,* añade, *sus manos en la sangre del pecador*[10]. Verdaderamente no las manchará en su sangre, sino que las lavará; para que así en lo que aquél se hace más horrible, aparezca éste más limpio; en lo que aquél se manche más, resplandezca éste más vivamente.

10. Aun ahora quizá no se encontrará hombre alguno que no se mueva a estimar alguno de estos tres bienes que traerá a los justos la vista del castigo de los pecadores: pero, sin embargo, ninguno de ellos es el motivo por el que se reirá la Sabiduría en la ruina de los malos, lo cual sin duda alguna ha de hacer. Porque ella misma, que no puede mentir, lo predice: *Yo os llamé,* dice, *y vosotros no quisisteis escucharme; yo extendí mi mano, y no hubo quien me atendiese;* y de allí a poco: *yo me reiré también en vuestra ruina y os insultaré cuando os suceda lo que temíais, cuando os acometa súbitamente la calamidad y venga sobre vosotros, como una tempestad, la muer-*

[10] Ps. 57, 11.

te [11]. ¿Qué pensamos, pues, que será lo que agrada a la Sabiduría en la ruina de los insensatos, sino sus justísimas disposiciones y el orden irreprensible de las cosas? Verdaderamente lo que agrade entonces a la Sabiduría es preciso que agrade también a todos los sabios. Así, no te parezca duro que suceda lo que se dice: *Con tus ojos contemplarás,* puesto que te has de reír también en su ruina, no porque te hayas de complacer, como con una especie de fiereza, en el rigor de la venganza, sino porque la armonía hermosísima de la divina ordenación deleitará al que es celoso de la justicia y amante de la equidad mucho más de lo que se puede creer. Cuando, ilustrándote ya más llena y claramente la verdad, llegues a conocer que todas las cosas están perfectamente concluídas y colocadas en el lugar que les corresponde, ¿cómo no te dará placer considerar todo esto y ensalzar en todas las cosas al Gobernador de todas? Hermosamente dijo San Pedro Apóstol del hijo de perdición, Judas, que *había ido a su lugar,* porque en el aire reventó el compañero de las potestades aéreas, como que al traidor a Dios verdadero y juntamente verdadero hombre, que había venido de los cielos para obrar la salud en medio de la tierra, al traidor, repito, a este señor, ni el cielo le quiso recibir ni la tierra sustentar.

11. *Con tus ojos,* pues, *contemplarás y verás el castigo de los pecadores.* Lo primero, para que reconozcas de qué males te has librado; lo segundo, para que adviertas tu entera seguridad; lo tercero, para que resplandezca más tu gloria en su comparación; lo cuarto, para que muestres un celo perfecto de la misma justicia. Porque ya entonces no será tiempo de misericordia, sino de juicio, ni debemos creer que habrá conmiseración alguna para con los impíos, cuando ya tampoco haya esperanza alguna de su enmienda. Lejos estará del corazón de los justos esa blandura de la humana flaqueza, de la cual, con todo eso, por ahora usa la caridad saludablemente, cogiendo, como en el seno amplísimo de una red extendida, así los buenos como los malos peces; esto es, los afectos agradables junto con los molestos. Pero esto sucede en el mar, porque en la orilla escogerá sólo los buenos, o sea, se alegrará de tal modo con los que se alegran, que desde este punto ya no podrá llorar con los que lloren. Ni ¿cómo sería juzgado por nosotros este mundo, si no nos olvidásemos de este afecto de

[11] Prov. 1, 24-27.

ternura y compasión y fuésemos introducidos en la despensa del vino, según aquel que dijo: *Entraré en las potencias del Señor; me acordaré, Señor, de sola tu justicia?* [12] Aun ahora no es permitido hacer acepción de la persona del pobre o tener compasión de él en el juicio, sino que, aunque sea con sentimiento, se debe reprimir este afecto de piedad y pronunciar la sentencia según la equidad de la ley. ¿Cuánto más entonces, cuando ya no pueda hallar entrada en nosotros ninguna resistencia del ánimo, ningún sentimiento, convendrá que se cumpla lo que está escrito: *Sus jueces fueron absorbidos juntándose a la piedra?* [13] Absorbidos ciertamente por el afecto de la justicia y por la solidez de la Piedra a que se juntaron, imitándola. *Juntándose a la piedra,* dice. Por la cual dejaron todas las cosas, para seguirla a ella solamente. Sin duda esto mismo es lo que, preguntando San Pedro qué premio habían de recibir, respondió la misma Piedra: *Cuando se siente el Hijo del hombre en el solio de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas para juzgar a las doce tribus de Israel* [14]. Profetizando esto mismo, dice así el profeta: *El Señor vendrá al juicio con los ancianos de su pueblo* [15]. ¿Piensas tú que se encontrará nada de flexible en los jueces ya unidos a la Piedra? El *que se junta a Dios,* dice el Apóstol, *se hace un espíritu con El* [16]; así el que se junta a la Piedra, se hará piedra. Por lo cual no sin razón, suspirando el profeta, decía: *Mi dicha es juntarme a Dios* [17]. De este modo, pues, *sus jueces fueron absorbidos juntándose a la piedra.* ¡Oh gracia de familiaridad con Dios! ¡Oh altura de honor! ¡Oh privilegio de confianza! ¡Oh prerrogativa de perfecta seguridad!

12. ¿Qué cosa se puede pensar tan pavorosa, tan llena de congoja y de tan vehementísimo cuidado como presentarse a tan terrible tribunal para ser juzgado y aguardar, entre dudas y temores, cuál sea la sentencia de tan severo juez? *Cosa terrible es,* dice el Apóstol, *caer entre las manos de Dios vivo* [18]. Hermanos míos, juzguémonos ahora y procuremos, por medio del juicio presente de nosotros mismos, librarnos de aquella terrible expectación. *No juzgará el Señor dos veces una misma cosa,* ni los pecados de unos ni los méritos de otros, pues llevan en sí

[12] Ps. 70, 16.
[13] Ps. 140, 6.
[14] Mt. 19, 28.
[15] Is. 3, 14.
[16] 1 Cor. 6, 17.
[17] Ps. 72, 28.
[18] Hebr. 10, 30.

mismos la sentencia aun antes del juicio; de suerte que aquéllos, sin aguardar la sentencia del juez, con el propio peso de sus delitos caerán al instante en los abismos; y éstos, por el contrario, con toda la libertad de su espíritu, sin tardanza alguna, subirán a ocupar las sillas que les están preparadas. ¡Feliz la pobreza de los que voluntariamente lo dejan todo y te siguen a ti, Señor Jesús! Feliz ciertamente, pues los hace tan seguros, o más bien tan gloriosos, en aquel espantoso ruido de los elementos, en aquel tremendo examen de los méritos, en aquel riesgo tan grande de la sentencia que ha de decidir de toda la eternidad. Pero escuchemos ya qué responde el alma fiel y devota a tantas promesas, no nos parezca acaso que desconfía o que confía más de lo que conviene. *Porque tú eres, Señor, la esperanza mía,* dice. ¿Qué se podía decir tan juiciosa y piadosamente? Pero ni otra cosa tampoco parece se podía responder a semejantes palabras que lo que se sigue: *Un altísimo refugio has escogido.* Mas perdonad, hermanos; hoy también parece que he excedido algo los términos de la prometida brevedad.

9 Sobre el nono verso: «Porque tú eres, Señor, mi esperanza, un altísimo refugio has escogido» *

1. Hoy también, hermanos míos, oigamos algo sobre la promesa del Padre, sobre la expectación de los hijos, sobre el fin de nuestra peregrinación, sobre el premio de nuestro trabajo, sobre el fruto de nuestro cautiverio. Y, ciertamente, duro cautiverio por todos conceptos, no sólo aquel general que toleramos por la misma condición del linaje humano, sino éste también, en que, deseando mortificar nuestras propias voluntades y aspirando a perder en este mundo nuestras propias vidas, nos entregamos a estos grillos de una rígida disciplina, a esta cárcel de una dura penitencia. Miserable esclavitud a la verdad si fuera forzada, si no fuera espontánea; mas como voluntariamente ofrecéis a Dios este sacrificio y no se hace a la voluntad violencia alguna sino por la misma voluntad, sin duda, cosa grande es el motivo. Yo pienso que ésta es la misma, en cuya comparación no puede ha-

* PL 183. 216.

ber otra que sea mayor. ¿Puede, en efecto, parecer digno de lamentarse, por grande que sea, por laborioso que sea, lo que por Dios se hace? Aunque lo grande del trabajo obligue alguna vez a la compasión, la consideración del motivo exige más bien la alabanza. ¿Qué más? Es constante que todo lo bueno no sólo se hace por amor de Dios, sino que se hace por Dios; porque *Dios es quien obra en nosotros así el querer como el obrar lo bueno, según a El le agrada*[1]. Así El es Autor de la obra, El su Remunerador, El toda su recompensa; de suerte que aquel sumo Bien, cuya simplicidad es tan perfecta en sí misma, parece de algún modo en nosotros causa duplicada de las obras buenas, conviene saber, efectiva y final. Dichosos vosotros, carísimos, que en todos estos trabajos no sólo perseveráis, sino que os hacéis superiores a ellos por amor de quien os amó. Pero ¿acaso no por él también? Y manifiestamente, porque *así como se multiplican nuestras tribulaciones por amor de Cristo,* dice el Apóstol, *así se multiplican nuestros consuelos por él mismo.*

2. Usada y común expresión es *por Dios,* pero verdaderamente, cuando no se dice sin sentido, es expresión profundísima. Frecuentemente suena en la boca de los hombres, aun de aquellos de cuyo corazón se sabe que está lejos. Todos piden que se les dé *por Dios,* todos ruegan que *por Dios* les favorezcan. Con facilidad también se piden *por Dios* las mismas cosas que no son según Dios, y tal vez hay quien pide que le hagan *por Dios* lo que él no desea por Dios, sino quizá contra Dios. Pero viva y eficaz expresión es cuando no superficialmente, no por estribillo, no por una costumbre de hablar o arte de persuadir, sino de la abundancia de devoción y con intención pura del ánimo se pronuncia. *Pasa este mundo, y todos sus engañosos atractivos de un día para otro se deshacen*[2], y por consiguiente se verá qué poca utilidad y qué poca firmeza tienen las cosas que se hacen por él, a lo menos cuando él desaparezca. Porque faltando la causa, ¿cómo no perecerán las cosas que estriban en ella? Por eso los *que siembran en la carne, recogerán de la carne corrupción y muerte*[3], *porque toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno*[4], y cuando el heno se seque es forzoso que también caiga su flor. Sólo aquel *que es,* es causa indefi-

[1] Phil. 2, 13.
[2] 1 Cor. 7, 31.
[3] Gal. 6, 8.
[4] Is. 40, 6.

ciente, y no la flor del heno, sino la palabra de Dios es la que permanece para siempre. Ultimamente, *el cielo*, dice, *y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*[5].

3. Discretamente, pues, carísimos, y para gran utilidad vuestra, habéis escogido, por las palabras de sus labios, seguir exactamente las sendas escabrosas, sembrando allí en donde ni la más pequeña porción de vuestra simiente podrá perecer. A la verdad, el que siembra poco, no dejará de segar, sino que segará poco. Segar es recibir el premio; y sabemos quién ha prometido que ni el que por su nombre diere al sediento un vaso de agua fría quedará sin galardón. Pero, sin embargo, ¿no se le medirá en la misma medida con que él midió o será igual en la recompensa al que, no dando un vaso de agua, sino derramando su sangre, bebió el cáliz del Salvador que le presentaron? No es éste un cáliz de agua fría, sino aquel cáliz tan admirable que tiene virtud de embriagar las almas. Esta es la copa de vino puro y lleno de mixtura. Sólo mi Señor Jesús tuvo vino puro, pues sólo El es perfectamente limpio, y siempre puede hacer limpio al que fué concebido de sangre inmunda. Sólo él verdaderamente tuvo vino puro, pues, según la divinidad, es sabiduría que a todas partes llega por su limpieza y nada manchado cae en él; y, según la humanidad, no cometió pecado ni se encontró engaño en su boca. Sólo él, no por deuda de su naturaleza, sino por el beneplácito de su voluntad, gustó la muerte: no por utilidad propia, pues no necesita de nuestros bienes, ni tampoco por recompensar a los hombres una gracia con otra, puesto que no murió de otra suerte por los amigos, sino por adquirirlos; es decir, para hacer amigos de los enemigos; pues siendo todavía enemigos fuimos reconciliados con Dios con la sangre de su Hijo. O, más bien, murió por los amigos, que, aunque todavía no le amaban, eran ya amados por El. La gracia y favor de Dios para con los hombres está, no en que nosotros le hayamos amado, sino en que él nos amó primero. ¿Quieres saber cuánto antes nos amó? *Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo, así como nos escogió en El mismo antes de la creación del mundo.* Y de allí a poco dice el mismo Apóstol: *El nos hizo agradables en su Hijo*

[5] Mt. 24. 35.

bien amado[6]. ¿Cómo no seríamos ya entonces amados en El, cuando ya éramos elegidos en El? ¿Cómo no seríamos gratos a sus ojos, habiéndonos hecho agradables en El? Así Cristo, según el tiempo, murió, a la verdad, por los impíos, pero, según la predestinación, por sus hermanos y amigos.

4. En todas estas cosas, pues, el vino puro es suyo y de él solo; de manera que ninguno de los demás se atreverá a presumir que no hay razón de aplicarle el dicho del profeta: *Tu vino está mezclado con agua*[7]. Lo primero, porque ninguno en esta vida está libre de mancha, ninguno puede gloriarse de que tiene el corazón puro. Lo segundo, porque necesariamente todos los hombres han de pagar la deuda de la muerte. Lo tercero, porque dando por Cristo la vida alcanzan por este compendioso camino la eterna, y ¡ay de ellos, si se avergonzasen de confesarle! Lo cuarto, porque a las particulares muestras de un amor tan grande, que graciosamente les ha dado Dios, no pueden jamás corresponder, sino con un amor muy desigual y corto. Mas, con todo eso, ni se desdeña de aceptar esa mezcla aquel Señor que no tiene mixtura; y así, con confianza dice el Apóstol que *cumplía en su cuerpo lo que restaba que sufrir a Cristo*[8]. Por donde, aunque a todos los escogidos se haya de dar un mismo denario, que es la vida eterna, con todo eso, en esta misma, así como una estrella se distingue de otra en el resplandor y una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la de los astros, así sucederá también en la resurrección de los muertos; y aunque la casa es una sola, son diversas, sin embargo, las mansiones que hay en ella; de suerte que, en cuanto a la eternidad y suficiencia de la gloria, el que lleva poco, nada tendrá de menos; y al que lleva mucho, nada le sobrará; mas en cuanto a la eminencia y discreción de méritos, cada uno recibirá según su trabajo, para que nada absolutamente se pierda de cuanto en Cristo estuviere sembrado.

5. Esto se ha dicho, hermanos míos, para que se admire la gracia de aquella espiritual respuesta del alma fiel que hoy hemos de considerar; *Porque tú, Señor, eres mi esperanza*. En cualquiera cosa que pensemos hacer, en cualquiera cosa que debamos evitar, en cualquiera cosa que debamos sufrir, en cualquiera cosa que debamos de-

[6] Eph. 1, 3-6.
[7] Is. 1, 22.
[8] Col. 1, 24.

sear, digamos de lo íntimo del corzón: *Tú eres, Señor, mi esperanza.* Esta es para mí la causa de esperar el cumplimiento de todas las promesas de mi Dios, ésta es toda la razón de mi expectación. Alegue otro el mérito, alábese de que sostiene el peso del día y del estío, diga que ayuna dos veces a la semana, gloríese, en fin, de que no es como los demás hombres; en cuanto a mí, siempre reputaré por dicha mía juntarme a Dios y poner en El mi esperanza. Esperen en otras cosas otros; éste en la ciencia de las letras, ése en la astucia del siglo, aquél en la nobleza, otro en las dignidades, esotro en cualquiera vanidad; en cuanto a mí, todo lo desprecio por ti y lo reputo por estiércol; porque tú, Señor, eres mi esperanza. Confíe el que quiera en la instabilidad de las riquezas; mas yo ni las mismas cosas necesarias para la vida las espero sino de ti, confiado en tu palabra, sobre cuya firmeza me he descargado, arrojando de mí todas las cosas. *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las cosas se os darán por añadidura*[9]. Verdaderamente, *tú eres a cuyo cargo ha quedado el pobre; eres el protector del huérfano.* Si me prometen premios, por ti espero alcanzarlos; si se levantan guerras contra mí, si se enfurece contra mí el mundo, si brama el maligno, si la misma carne combate contra mi espíritu, en ti, Señor, esperaré.

6. Hermanos míos, el que abriga en su corazón estos sentimientos, ése es quien vive de la fe; ni hay otro que pueda decir de corazón: *Tú eres, Señor, mi esperanza,* sino aquel que interiormente está persuadido del Espíritu a echar todos sus cuidados en el Señor, como dice el profeta, permaneciendo seguro de que será alimentado por El, según lo que dice el apóstol San Pedro: *Poned en Dios toda vuestra solicitud, pues él tiene cuidado de vosotros*[10]. Si esto sabemos, ¿cómo tardamos en desechar de nosotros estas esperanzas míseras, vanas, inútiles y falaces, y no estribamos con toda la devoción posible, con todo el fervor del espíritu, en esta tan sólida, tan perfecta, tan bienaventurada esperanza? Si para el Señor hay alguna cosa imposible, si hay alguna dificultosa siquiera, busca otro de quien la puedas esperar. Pero no es así, porque con la virtud de su palabra todo lo puede. ¿Qué cosa hay más fácil que el decir? Mas yo quiero que entiendas bien que, si El

[9] Mt. 6, 36. [10] 1 Petr. 5, 7.

determina salvarnos, al punto seremos librados; si quiere darnos la vida, la vida está en su voluntad; si quiere darnos los eternos premios, le es permitido hacer lo que quiere. ¿Acaso no dudas de la facilidad, sino que tienes recelo de la misma voluntad? Verdaderamente los testimonios de su voluntad se han hecho sobremanera dignos de fe: *Nadie puede tener mayor amor que el de quien da su vida por sus amigos* [11]. En fin, ¿cuándo podrá desamparar al que espera en El aquella Majestad que tan cuidadosamente nos amonesta que esperemos en El? Seguramente no desamparará a los que ponen en El su esperanza. *El Señor les asistirá*, dice el profeta. *El les sacará de entre las manos de los pecadores y les salvará* [12]. ¿Por qué motivos, por qué méritos? Escucha lo que se sigue: *Porque esperaron en El*. Dulce causa, pero eficaz, pero irrefragable. Sin duda, ésta es la justicia, pero justicia que nos viene por la fe en Jesucristo, no por la ley. *En cualquiera tribulación*, dice, *en que clamaren a mí, les oiré*. Ea, cuenta tus tribulaciones; según el número de ellas serán los consuelos con que Dios alegrará tu alma; con tal de que no te vuelvas a otro, con tal de que clames a El, con tal de que esperes en El; no escojas cosa alguna humilde y terrena, sino lo que es altísimo, por refugio tuyo. ¿Quién esperó en el Señor y fué confundido jamás? Más fácil es faltar el cielo y la tierra que frustrarse su palabra.

7 *Un altísimo refugio has escogido*. No se acercará el tentador allí, no subirá allí el calumniador, no llegará aquel pésimo acusador de los hermanos. Esto se dice (haced memoria de los principios del salmo), esto se dice al que habita en el socorro del Altísimo, refugiándose allí de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad. Ved en esto una duplicada causa para buscar allí refugio el alma fiel, pues por fuera la acometen guerras, y por dentro temores. Menos precisión tendría de refugiarse a ese asilo si la interior magnanimidad sostuviera varonilmente los exteriores tumultos o si con la tranquilidad exterior se aliviase la pusilanimidad del ánimo. *Un altísimo refugio has escogido*. Refugiémonos muchas veces allí, hermanos míos; lugar defendido es; ningún enemigo puede escalarlo. ¡Ojalá nos fuera permitido permanecer allí siempre! Pero no es esta dicha para este tiempo; lo que ahora es

[11] Io. 15. 13.
[12] Ps. 36. 40.

refugio será algún día habitación, y habitación eterna. Entre tanto, ya que no se nos permite permanecer allí, debemos recurrir con frecuencia a este asilo. PARA TODA TENTACIÓN, para toda aflicción, para toda necesidad, en fin, de cualquier género que sea está para nosotros franca la ciudad de refugio, está abierto el materno regazo, están dispuestos los agujeros de la piedra, están patentes las entrañas de misericordia de nuestro Dios. No es maravilla que no pueda encontrar refugio quien se desvía de este refugio.

8. A la verdad, hermanos míos, ya parecía bastante lo que se ha dicho para exposición de este verso, si hubiera dicho el profeta: *Porque he esperado en ti*, como suele decir en otros salmos. Pero porque dice: *Tú, Señor, eres mi esperanza*, quizá suena esta expresión algo más grande y sublime; esto es, que no sólo espera en el Señor, sino que a El mismo le espera. Porque con más propiedad se llama nuestra esperanza lo que esperamos, que aquello en que esperamos. Hay algunos que desean alcanzar del Señor algunos bienes temporales o espirituales; pero la caridad perfecta sólo aspira sedienta a lo que es sumo, clamando con toda vehemencia de los deseos. *¿Qué hay para mí en el cielo y qué he deseado yo sobre la tierra sino a ti, ¡oh Dios!, que eres el Dios de mi corazón y mi suerte para siempre?* [13] Lo uno y lo otro nos lo declaró hermosamente en pocas palabras hoy la lección del profeta Jeremías: *Bueno eres, Señor, para los que esperan en ti; bueno eres para el alma que te busca* [14]. En donde advertirás con cuidado la misma diferencia del número, pues a los que *esperan en El* puso en número plural, lo cual parece común a muchos; pero *a quien le busca*, en singular, como dando a entender que es cosa de singular pureza, de singular gracia, de singular perfección, no sólo no esperar nada fuera de Dios, sino también no buscar otra cosa más que a El. Pero si bueno el Señor *para aquéllos*, ¿cuánto más lo será *para éste?*

9. Por eso con razón se responde al alma que le busca: *Un altísimo refugio has escogido.* Pues el alma que de este modo tiene sed de Dios, ni quiere hacerle con Pedro tabernáculo en el monte terreno, ni con Magdalena le quiere tocar en la tierra, sino que absolutamente clama: *Huye,*

[13] Ps. 72, 25.
[14] Thren. 3, 25.

amado mío; sé semejante a la cabra y al ciervecillo sobre los montes de Betel [15]. Porque le oyó que decía: *Si me amáis, os alegrarías sin duda de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo* [16]. Le oyó que decía: *No quieras tocarme, porque todavía no he subido a mi Padre* [17]. Y no ignorando este celestial consejo, dice con el Apóstol: *Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, pero ya no le conocemos de esta suerte* [18]. Sobre los montes de *Betel*, dice, esto es, sobre todas las potestades y principados, sobre los ángeles y los arcángeles, sobre los querubines y serafines (puesto que no hay otros montes más que éstos en *la casa de Dios*, lo que significa Betel); verdaderamente en la diestra del Padre, donde ya el Padre no será mayor que El; en la diestra del Altísimo, aspirando a poseer al que es Coaltísimo. Pues en esto consiste la vida eterna, hermanos míos, en que conozcamos al Padre, verdadero Dios, y también a Jesucristo, que El envió, igualmente verdadero Dios y un Dios con El, bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

10 Sobre el décimo verso: «No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada» *

1. Ni es nuestra ni nueva para vosotros, sino muy sabida sentencia, que en los misterios principales de nuestra fe se puede conocer con más facilidad y con mayor peligro ignorarse aquello que no es que lo que es. Lo mismo sin inconveniente puede aplicarse a la esperanza; porque mucho más fácilmente comprende la mente humana, experimentada ya en tantos males, aquello de que debe carecer que aquello de que debe gozar. Hay una conexión y enlace muy estrecho entre la fe y la esperanza, porque el que cree por la fe en los bienes futuros, aguarda por la esperanza gozar de ellos algún día. Por eso con razón define el Apóstol la fe: *Fundamento de las cosas que se deben esperar;* porque es tan imposible esperar lo que no se ha creído, como sería pintar sobre el aire. Así la fe dice en nuestro corazón: Dios ha preparado grandes y soberanos bienes para los que le sirven fielmente. La esperanza dice: Para mí están estos bienes reservados; y la caridad, que es la

[15] Cant. 8, 14.
[16] Io. 14, 28.
[17] Io. 20, 17.
[18] 2 Cor. 5, 16.
* PL 183, 221

tercera, añade: Y yo corro hacia Dios con todas mis fuerzas para obtenerlos de El. Pero, como dije, es enteramente difícil, y aun imposible, investigar la excelencia de aquellos bienes si, como dice el Apóstol, no revelase por su espíritu: *Las cosas que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cupieron en el corazón del hombre y que prepara Dios para los que le aman* [1]. A la verdad, por más perfecto que sea el hombre, viviendo en esta carne mortal, porque, si no hubiera aquí, por decirlo así, una como imperfecta perfección, no diría el Apóstol: *Todos los que somos perfectos, sintamos una misma cosa;* y esta misma cosa, sin duda, era aquella de que había hablado antes, diciendo: *Esto no significa que haya recibido ya lo que es el blanco de mi esperanza o que yo sea perfecto ya* [2], por más perfecto, digo, que sea el hombre, aun el mismo San Pablo es preciso que confiese y diga: *Yo no conozco ahora sino imperfectamente.* Y también: *No vemos por ahora sino como en un espejo y en enigmas; pero entonces veremos cara a cara* [3]. Aquello, pues, que parece más inteligible para el hombre, eso mismo es lo que con una piadosa y provechosa repetición se le inculca aquí por el Espíritu. Porque es propio de los afligidos reputar por la mayor felicidad ser eximidos de las molestias y tener por una dicha suma carecer de miserias. Así en el salmo dice el profeta: *Vuélvete, alma mía, a tu reposo, porque el Señor te ha llenado de bienes;* y sin enumerar favores ningunos de la felicidad que le habían concedido, añade luego: *Porque libró mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída* [4]. En estas palabras indica claramente qué apreciable descanso y qué grande beneficio del Señor reputaba él ser librado de las aflicciones y peligros.

2. Semejantes sentimientos explica el profeta en el verso del salmo 90 que hoy hemos de tratar: *No llegará a ti el mal ni el azote se acercará a tu morada.* Este verso, a lo que yo advierto, es de muy fácil inteligencia, y ya algunos de vosotros habrán penetrado, sin explicarlo yo, su sentido. Porque no sois tan principiantes o tardos en el estudio de las cosas espirituales que no discernáis fácilmente entre vosotros y vuestros tabernáculos y también entre lo que se llama mal y lo que se denomina azote. Además habéis oído decir al Apóstol, cuando ya había com-

[1] 1 Cor. 2, 9.
[2] Phil. 3, 12.
[3] 1 Cor. 13, 12.
[4] Ps. 114, 7.

batido bien en la milicia espiritual, que muy en breve debía dejar su tabernáculo. Pero ¿a qué hago yo mención de las palabras del Apóstol, como si pudiera el soldado ignorar su tabernáculo o debiera ser enseñado con ejemplo ajeno? Con todo eso, vemos a algunos que han trocado su tabernáculo en domicilio de un torpísimo cautiverio y que lejos de militar en él padecen una miserable esclavitud. Vemos también a otros (lo que enteramente se opone a toda razón) que de tal suerte se extravían de la verdad y han llegado a tanto olvido de sí mismos y como a un espiritual frenesí, que parece no piensan ya en otra cosa que en este su exterior tabernáculo. ¿Qué podemos decir sino que no solamente ignoran a Dios, sino también a sí mismos, aquellos que, como muertos en el corazón, ponen todo su cuidado en el cuerpo, tan solícitos de su tabernáculo como si creyeran que jamás ha de caer? Pero es preciso que alguna vez caiga, y esto muy presto. ¿No parece que se ignoran a sí mismos los que de tal suerte están entregados a las pasiones de la carne y sangre, como si pensaran que no son otra cosa que sola carne, que de tal manera reciben en vano sus almas, como si del todo ignorasen que las tienen? *Si supieres separar lo precioso de lo vil*, dice el Señor, *entonces serías como mi boca*[5]. Es decir, si con diligencia distinguieres entre la interior y exterior substancia de tu ser, de modo que no temieras más para tu tabernáculo el azote, que para ti mismo el mal. Porque este mal es aquel de que se dice: *Apártate del mal y obra el bien*. Este es el mal que priva de su alma al alma misma, este es el mal que te separa de Dios, de manera que reinando él, lo que es un cuerpo sin alma, eso es el alma sin Dios; está verdaderamente muerta para Dios, al modo de aquellos que menciona el Apóstol que habían vivido sin Dios en este siglo.

3. Ni por eso quiero decir que aborrezcas tu misma carne. Amala como que te fué dada por ayuda y que está destinada a tener parte contigo en la bienaventuranza eterna. Pero de tal suerte debe amar a la carne el alma, que no parezca que ella se ha trocado en la carne y la diga el Señor: *No permanecerá mi espíritu con el hombre, porque se ha vuelto carne*[6]. Ame su carne el alma, pero mucho más cuidadosamente guarde su propia vida. Ame

[5] Ier. 15, 19.
[6] Gen. 6, 3.

Adán a su Eva, pero no de tal suerte que obedezca a su voz antes que a la divina. En fin, ni a la carne misma la tiene cuenta ser amada con este exceso, pues al mismo tiempo que la apartas del paternal castigo, atesoras para ella la ira de la eterna condenación. *Raza de víboras,* decía San Juan, *¿quién os ha enseñado a huir de la cólera que está para venir sobre vosotros? Haced frutos dignos de penitencia*[7]. Como si más claramente dijera: Tomad la enseñanza, no suceda que el Señor se enoje algún día; sufrid la vara que os corrige, para que no lleguéis a sentir el martillo que os quebrante. Con todo eso, nos suelen decir los hombres carnales que nuestra conducta es cruel y que no tenemos compasión de nuestra propia carne. Sea así; nosotros no debemos tener compasión de la simiente. Pero ¿de qué modo podríamos compadecernos más de ella? ¿Por ventura a ella misma no la está mejor renovarse y multiplicarse en el campo que pudrirse en las trojes? ¡Ay!, *se pudrieron los jumentos en su estiércol.* ¿Es ésta la compasión que tenéis de vuestra carne? Si así es, nosotros podemos ser crueles no perdonándola trabajo ni aflicción alguna; pero vosotros, regalándola y compadeciéndoos de ella, sois más crueles, pues aun ahora nuestra carne reposa en la esperanza, y vosotros mismos podéis ver cuánta ignominia sufre la vuestra en esta vida y cuánta miseria la resta que padecer en lo futuro. *No llegará a ti el mal ni el azote se acercará a tu morada.* Aquí se prometen al justo dos estolas y como una duplicada inmortalidad. Porque ¿de dónde sino de la separación del cuerpo y del alma procede la muerte? De ahí es que el cuerpo muerto se llama exánime. Pero ¿de dónde viene esta separación, sino de los azotes presentes, de la vehemencia del dolor, de la corrupción del mismo cuerpo, de la pena del pecado? Con razón teme y aborrece nuestra carne el azote, pues por él llega a padecer el amarguísimo divorcio y separación del alma misma, cuya compañía es para ella tan dulce y tan honrosa. Pero entre tanto que no sea renovada es forzoso que lo sufra. Lo que importa es sufrirle de tal modo que llegues a evadirte algún día del azote y no se acerque después a tu morada.

4. Ya hicimos más arriba memoria (y conviene hacerla incesantemente) de que la vida verdadera del alma es Dios, de quien sólo puede separarla el mal; pero el mal

[7] Mt. 3. 7.

del alma, que no es otra cosa que el pecado. Ea, hermanos míos, ¿será razón que pasemos el tiempo en frívolos entretenimientos, que gustemos de ocuparnos en ociosidades, teniendo cerca de nosotros dos serpientes que intentan quitarnos ambas vidas, la del cuerpo y la del corazón? ¿Cómo dormimos sin susto? La negligencia en medio de tan grave peligro no es tanto indicio de seguridad como de desesperación. Y, ciertamente, es mucho de desear que seamos librados de lo uno y de lo otro, pero debemos guardarnos más del pecado que de la pena del pecado, y tanto más cuidadosamente nos conviene apartarnos del mal que del azote, cuanto que es cosa más perniciosa y enteramente más infeliz que el alma se separe de Dios que del cuerpo. Cuando totalmente se quitare el pecado, no subsistiendo ya en modo alguno la causa, tampoco permanecerá ya el efecto mismo, de suerte que entonces, así como el mal no podrá llegar a ti, así tampoco el azote se acercará a tu morada; porque tan lejos estará del hombre exterior cualquiera pena, cuanto esté del interior la culpa. Por esto no dice: No habrá mal en ti o azote en tu tabernáculo, sino: *No llegará, no se acercará a ti.*

5. Se hallan algunos hombres en quienes el pecado no sólo habita, sino que reina, ni parece que puede estar ya más cercano o más entrañado en ellos sino cuando de tal modo llegue a dominarles, que por ningún arbitrio se pueda hacer que deje de dominarles. Se encuentran otros en quienes a la verdad permanece el pecado, pero ya no domina ni prevalece en ellos; en algún modo está desarraigado, pero aún no arrancado; está caído, pero no enteramente cortado y arrojado. Consta seguramente que al principio no fué así, sino que en nuestros primeros padres, antes de la transgresión del precepto, no sólo no reinó, sino que no le hubo. Aunque de algún modo parece que ya entonces estaba cerca de ellos, pues tan fácilmente se les persuadió, pues entró tan velozmente. ¿Qué otra cosa les avisaba Dios sino que la misma pena del pecado, aunque no estaba todavía en los cuerpos, ya estaba como a la puerta cuando les dijo: *En cualquier día que comáis del árbol de la ciencia del bien y del mal, ciertísimamente moriréis?* Feliz, por tanto, nuestra expectación y bienaventurada nuestra esperanza, pues nuestra resurrección ha de ser tanto más gloriosa que fué el estado del primer hom-

bre, que ni la culpa ni la pena, esto es, ni el mal ni el azote reinará o habitará, ni podrá ya jamás reinar o habitar en nuestras almas ni en nuestros cuerpos. *No llegará a ti el mal ni el azote se acercará a tu morada.* Nada hay tan remoto de nosotros como lo que jamás podrá estar cerca.

6. Pero ¿qué hacemos, hermanos míos? Yo temo ser cogido en mi descuido. Sabemos que aquel esclarecido y común padre[8] de todos nosotros no señaló esta hora para sermones, sino para el trabajo de manos. Pero confío que fácilmente me lo perdonará, especialmente no pudiendo olvidarse de aquel devoto fraude con que el monje romano le socorrió por tres años cuando estaba en la cueva[9]. Pues piadosamente, como leemos, buscaba algunos ratos en que su abad no le pudiese echar de menos, y quitándose de su boca el pan que le daban para su sustento, se lo llevaba en determinados días a Benito. Y yo, a la verdad, hermanos míos, no dudo que algunos de vosotros tienen más abundante copia de espirituales delicias en sus lecciones y meditaciones santas, pero lo que os comunico a vosotros no me lo quito a mí. Antes bien, como quiera que sea, lo que Dios me da, más segura y gustosamente lo tomo con vosotros, puesto que este alimento no se disminuye repartiéndolo, sino que más bien se aumenta ministrándolo. Mas, con todo eso, no es presunción mía hablaros algunas veces fuera de la costumbre de nuestra Orden, sino voluntad y determinación de los venerables hermanos y coabades nuestros, que así me lo encargan, no obstante que no quieren se les permita a ellos con tanta frecuencia. Lo hacen así porque conocen en mí otros motivos y una particular necesidad, pues ni ahora hablaría con vosotros si pudiera trabajar con vosotros. Esto sería para vosotros exhortación más eficaz y aun también a mi conciencia sería más conveniente. Por lo demás, a causa de mis pecados y de tantas enfermedades (como sabéis) de este pesado cuerpo y de la misma necesidad del tiempo, se me niega esto; ojalá que diciendo, aunque no haciendo, por desgracia, merezca hallarme, aunque sea el menor de todos, en el reino de los cielos. Amén.

[8] Regla de San Benito, c. 48.
[9] Cf. San Greg., 1, 2. *Diálog.*, c. 1.

11 Sobre el undécimo verso: «Porque El mandó a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos» *

1. Escrito está, y con verdad escrito, *que si no hemos sido enteramente destruídos, ha sido esto efecto de las misericordias del Señor, que no quiso entregarnos en manos de nuestros enemigos* [1]. Vela sobre nosotros, incansable y cuidadoso, aquel singular agudo ojo de la clemencia divina; no duerme ni dormita el que guarda a Israel. Esto, a la verdad, era muy necesario, pues tampoco duerme ni dormita el que combate a Israel. Y como el Señor está solícito y tiene cuidado de nosotros, así éste anda ansioso por darnos la muerte y perdernos, y su único cuidado es que quien una vez se desvió del camino de la salud no vuelva jamás a entrar en él. Pero nosotros, o no atendemos o atendemos muy poco a la adorable majestad del Señor que nos preside, a la custodia con que nos protege y a los beneficios inmensos que nos dispensa, siendo ingratos a tanta gracia o, por decir mejor, a tantas gracias con que nos previene y nos subviene. Y cierto que ora por sí mismo llena nuestras almas de sus esplendores, ora nos visita por los ángeles, ya nos instruye por los hombres, ya nos consuela y enseña por las Escrituras. *Todo lo que está escrito, está escrito para nuestra instrucción, a fin de que tengamos esperanza en Dios por la paciencia y el consuelo que las Escrituras nos dan.* ¡Qué bien dice *para nuestra instrucción, a fin de que tengamos esperanza en Dios por la paciencia!* [2] Porque como se dice en otra parte: *La ciencia del hombre se conoce por la paciencia* [3]. La paciencia sirve para probar nuestra fe y ésta prueba la esperanza [4]. ¿Cómo solos nosotros no nos asistimos? ¿Cómo solos nosotros nos desamparamos? ¿Por eso acaso hemos de estar descuidados de nosotros, porque de todas partes no cesan de socorrernos? Al revés, por esto mismo debíamos velar más cuidadosamente, pues no habría tanta solicitud por nosotros en el cielo y juntamente en la tierra si no nos mirasen puestos en tanta necesidad, no pondrían tan multiplicadas guardias si no se multiplicaran tanto las asechanzas.

---

* PL. 183, 225.
[1] Thren. 3, 22.
[2] Rom. 15, 4.
[3] Prov. 19, 13.
[4] Rom. 5, 4.

2. ¡Felices por eso nuestros hermanos que ya fueron librados del lazo de los cazadores, que ya pasaron de los tabernáculos de los que militan a los atrios de los que descansan, perdido ya el temor de todo mal y colocados de un modo todo singular en la esperanza! A uno de ellos, o más bien a todos en general, se les dice: *No llegará a ti el mal ni el azote se acercará a tu morada.* Debes considerar que no se hace esta promesa al hombre que vive según los deseos de la carne, sino al que, viviendo en la carne, se conduce según el espíritu, porque no se conoce distinción entre aquél y su morada. Todo está en él confundido, como en los hijos de Babilonia. Ultimamente, semejante hombre no es más que carne y no permanece con él el espíritu. Y donde falte el espíritu bueno, ¿cuándo faltará el mal? Pues a donde se halla el mal, también es preciso que se acerque el azote, porque la pena siempre acompaña a la maldad. *No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada.* ¡Promesa grande! ¿Mas de dónde podremos esperar esto? ¿Cómo me evadiré del mal y del azote, cómo le evitaré, como me alejaré para que no se acerque a mí? ¿Con qué meritos, con qué sabiduría, con qué fuerzas? *A los ángeles mandó que te guardaran en todos tus caminos.* ¿En qué caminos? En aquellos en que te apartas de lo malo, en aquellos en que huyes de la ira futura. Muchos y de varios géneros son los caminos; grave peligro por cierto para el caminante. ¡Cuán fácilmente en el encuentro de muchos errará el que careciere de la discreción de caminos! No mandó a los ángeles que nos guarden en todos los caminos, sino en todos nuestros caminos; porque hay caminos *de los cuales*, no *en los cuales*, nos importa ser guardados.

3. Reconozcamos, pues, y consideremos, hermanos míos, nuestros caminos; consideremos también los caminos de los demonios y al mismo tiempo los de los espíritus bienaventurados, sin dejar de investigar igualmente los caminos del Señor. Sobre mis fuerzas es lo que emprendo, pero espero que me ayudaréis con vuestras oraciones para que Dios me abra el tesoro de su inteligencia y haga agradable a sus ojos lo que voluntariamente pronuncian y le ofrecen mis labios. Los caminos de los hijos de Adán van por la necesidad y el deseo. Por el uno o por el otro somos llevados, y por el uno o por el otro somos traídos; solamente que más parece que somos llevados por la necesidad y

traídos por el deseo. La necesidad, al parecer, debe atribuirse con especialidad al cuerpo ; ni ésa es una sola, sino que tiene muchos rodeos, pero muy pocos atajos, si es que tiene algunos. Porque ¿quién de los hombres ignora que realmente es de muchas maneras la necesidad de los hombres? ¿Quién será capaz de explicar de cuántas maneras es? La misma experiencia nos lo enseña, la misma vejación nos lo hace conocer. En éstas aprende cada uno cuánta necesidad tiene de clamar al Señor : No sólo *de mi necesidad,* sino *de las necesidades mías líbrame, Dios mío* [5]. Ni solamente del camino de la necesidad, sino del deseo también, pedirá ser librado cualquiera que no escuche con oído sordo los avisos del Sabio. ¿Qué dice, pues? *Apártate de tus voluntades;* y también : *No vayas tras tus deseos* [6]. Porque entre dos males, menos inconvenientes hay en ser guiados por la necesidad que por el deseo. Si aquélla es de muchas maneras, éste lo es más y de muchos más modos, o, por mejor decir, es de muchos más modos fuera de todo modo. Es cosa del corazón este deseo, y por eso es tanto mayor cuanto es mayor el alma que el cuerpo. En fin, éstos son aquellos caminos que parecen buenos a los hombres, pero que no tienen fin sino cuando les sumergen en el profundo del infierno. Si has hallado ya los caminos de los hombres, considera al mismo tiempo si se dijo de ellos: *La aflicción y la infelicidad está en sus caminos* [7] ; de modo que la aflicción está en la necesidad, y la infelicidad en el deseo. ¿Cómo la infelicidad en el deseo, que es decir, nada de la felicidad que ellos se imaginaban, hallarán en la consecución del objeto deseado? ¿Y qué diremos al que le parece que le lisonjea va risueña la felicidad apetecida en la abundancia de los bienes terrenos? Que por eso mismo es más infeliz, pues abraza con más vehemencia de sus afectos la infelicidad por felicidad o, más bien, se deja sumergir y perder en ella. ¡Ay de los hijos de los hombres que corren tras esta felicidad falsa y falaz! ¡Ay del que dice: rico soy, de nadie necesito ; siendo pobre y desnudo y mísero y miserable! De la flaqueza del cuerpo procede la necesidad, y la codicia del deseo de la poquedad y olvido del corazón. Por eso mendiga el alma el pan ajeno, porque se ha olvidado de comer el propio ; por eso anhela las cosas terrenas, porque de ninguna manera medita las celestiales.

[5] Ps. 24. 17. [6] Eccli. 18. 30. [7] Ps. 13. 3.

4. Veamos ahora los caminos de los espíritus malignos; veámoslos, mas para guardarnos de ellos; veámoslos y huyamos. Sus caminos son la presunción y la obstinación. ¿Queréis saber de dónde lo saco? Considerad quién es su príncipe; cual es él, así son sus domésticos. Considerad cuál es el principio de sus caminos y veréis cómo prorrumpió luego en una enormísima presunción, diciendo: *Me sentaré en el monte del testamento, a los lados del aquilón; seré semejante al Altísimo*[8]. ¡Qué temeraria, qué horrenda presunción! ¿Por ventura no fué de allí de donde cayeron todos los que cometieron la iniquidad y, habiendo sido arrojados, no pudieron estar en pie? Por la presunción no pudieron estar en pie; por la obstinación, habiendo caído, no llegarán a levantarse; por aquélla son espíritu que se va, por ésta espíritu que no vuelve. Espantosa presunción la de los espíritus malignos, pero no menos espantosa su obstinación; siempre está subiendo su soberbia, por eso jamás se convertirán. Porque no quisieron volverse del camino de la presunción, cayeron en el camino de la obstinación. ¡Qué pervertido y arruinado tienen el corazón los hijos de los hombres que siguen las huellas de estos espíritus y entran en sus caminos! Todo el intento, todo el conato de las malicias espirituales, en sus combates contra nosotros, es seducirnos y meternos en sus caminos para que les sigamos y nos lleven al desgraciado fin que para ellos está destinado. Huye, hombre, de la presunción, no se alegre de ti tu enemigo. Tiene él especial complacencia en estos vicios, habiendo experimentado en sí mismo que difícilmente podrás salir de remolino tan impetuoso.

5. Pero no quisiera que ignoraseis, hermanos míos, de qué modo se baja o, por decir mejor, se cae en estos caminos. El primer escalón para bajar a ellos, como ahora me ocurre, es el disimulo de la propia flaqueza, de la propia iniquidad e inutilidad, cuando, perdonándose el hombre a sí mismo, lisonjeándose a sí mismo, persuadiéndose que es algo, no siendo nada, a sí mismo se seduce. El segundo grado es la ignorancia de sí mismo, porque después que en el grado primero cosió el despreciable vestido de las hojas para ponérsele ¿qué resta ya sino que no vea sus llagas, particularmente habiéndolas cubierto con el solo fin de no poderlas ver? De esto se sigue después que, aun-

[8] Is. 14, 13-14.

que otro se las descubra, defienda porfiadamente que no son llagas dejando ir su corazón a palabras de malicia para buscar excusas a sus pecados. El tercer grado está muy vecino o, por mejor decir, contiguo a la presunción; porque ¿qué cosa mala dudará ejecutar quien presume defender la maldad? Con dificultad parará aquí, siendo un lugar tan tenebroso y resbaladizo, especialmente no faltando el ángel malo del Señor que le persigue y le impele[9]. Así el cuarto grado, o más bien el cuarto precipicio, es el desprecio, de suerte que se verifica lo que dice la Escritura: *Cuando el impío llega a lo profundo de los pecados, todo lo desprecia*[10]. Desde este punto en adelante, más y más estrecha y cierra sobre él la boca el pozo donde ha caído para que no salga; pues a semejante alma el desprecio la lleva a la impenitencia, y la impenitencia se confirma con la obstinación. Este es ya aquel pecado que ni en este siglo ni en el futuro se perdona, porque un corazón duro y empedernido ni teme a Dios ni respeta a los hombres. El que de esta suerte en todos sus caminos se junta al diablo, manifiestamente se hace un espíritu con él. A decir verdad, los caminos de los hombres que más arriba mostramos son aquellos de los que se dice: *Yo deseo que no os acometan otras tentaciones que las humanas*[11], puesto que es cosa de la fragilidad humana pecar alguna vez. Mas ¿quién ignora que los caminos del diablo son ajenos a la naturaleza del hombre? Sólo que en algunos parece haberse trocado la misma costumbre de pecar en naturaleza. Pero, aunque sea de algunos hombres, no es cosa humana, sino diabólica, perseverar en el pecado.

6. Mas ¿cuáles son los caminos de los ángeles santos? Aquellos de que habló el unigénito de Dios, diciendo: *Veréis a los ángeles subir y bajar sobre el Hijo del hombre*. El ascenso, pues, y el descenso son sus caminos; el ascenso por sí; el descenso, o más bien condescendencia, por nosotros. De modo que aquellos bienaventurados espíritus suben por la contemplación de Dios y bajan por la compasión que tienen de ti para guardarte en todos tus caminos. Suben al rostro de Dios, bajan a cumplir su voluntad, porque a sus ángeles mandó que te guardasen. Mas ni

[9] San Bernardo opina que los demonios son los instrumentos de que usa Dios cuando descarga su justicia sobre los hombres.
[10] Prov. 18, 3.
[11] 1 Cor. 10, 13.

bajando pierden la vista de la gloria, pues siempre están mirando el rostro del Padre [12].

7. Pienso que también querréis oír algo de los caminos del Señor. Mucho parecerá que presumo si prometo mostrároslos. Mas se lee de él mismo, *que nos enseñará sus caminos* [13]. Porque ¿a quién otro se creería? Enseñó, pues, sus caminos cuando abrió los labios del profeta para que dijese: *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad* [14]. Así viene a cada uno de los hombres, así viene a todos generalmente en misericordia y verdad. Donde hubiere, pues, gran presunción en su misericordia, pero olvido de la verdad, no pensemos que está allí Dios, como tampoco está donde hay mucho terror en la memoria de la verdad y ningún consuelo en el recuerdo de su misericordia. Porque ni alcanza la verdad el que no conoce la misericordia donde la hay verdaderamente, ni puede haber verdadera misericordia sin la verdad. Por tanto, en donde la verdad y la misericordia se encuentran, la paz y la justicia se abrazan estrechamente; ni puede faltar aquel Señor que ha escogido la paz por lugar propio suyo. ¡Cuánto hemos oído y sabido, pues nuestros padres nos lo han anunciado, sobre esta unión tan feliz de la misericordia y de la verdad! *Tu misericordia y tu verdad me recibieron*, dice el salmista [15]. Y en otro lugar: *Tu misericordia está delante de mis ojos y yo me he complacido en tu verdad* [16]. Y el mismo Señor dice de sí: *Mi misericordia y mi verdad están con él* [17].

8. Contempla también las venidas manifiestas del Señor, y verás cómo en la que ya precedió tienes un Salvador misericordioso y en la que está prometida para el fin del mundo esperas un veraz Remunerador. Tal vez acerca de esto mismo se dijo: *Porque Dios ama la misericordia y la verdad, dará el Señor la gracia y la gloria* [18]. Aun en su primera venida se acordó de su misericordia y verdad para el pueblo de Israel; y en la última, aunque ha de juzgar al mundo según la equidad y a todos los pueblos según la verdad, sin embargo, el juicio futuro no se hará sin alguna misericordia, a no ser acaso con quien no hubiere hecho ninguna misericordia. Estos son, pues, los caminos de la eternidad, de los que tienes escrito en el pro-

---

[12] Mt. 18. 10.
[13] Ps. 24. 9.
[14] Ps. 24. 9.
[15] Ps 39. 12.
[16] Ps. 25. 3.
[17] Ps 88. 25.
[18] Ps. 83. 12.

feta: *Se encorvaron las montañas del mundo por los caminos de su eternidad*[19]. A mano está con que pudiera facilísimamente probarlo, puesto que dice la Escritura: *Las misericordias del Señor son desde lo eterno y ellas permanecen por toda la eternidad*[20]. Y también: *La verdad del Señor permanece para siempre*[21]. Por estos caminos fueron encorvadas las montañas del mundo, que son los ángeles soberbios, príncipes de este mundo tenebroso, que no conocieron el camino de la verdad y misericordia ni se acordaron de sus sendas. Porque ¿qué tiene con la verdad ese espíritu mentiroso y padre de la mentira? En fin, tienes escrito expresamente de él que *no permaneció en la verdad*. Pero qué lejos haya estado de él la misericordia, aun la miseria misma, que él nos causó, lo testifica. ¿Cuándo pudo ser misericordioso jamás el que desde el principio fué homicida? Ultimamente, el que es malo para sí, ¿para quién será bueno? ¡Qué pésimo es para sí mismo, pues nunca se duele de su propia iniquidad y nunca se compunge de su propia condenación! Sin duda, su engañosa presunción le echó del camino de la verdad y le cerró el camino de la misericordia su cruel obstinación. De aquí es que ni de sí mismo ni de Dios puede jamás conseguir misericordia. De este modo aquellas hinchadas montañas fueron encorvadas por los caminos de la eternidad cuando desde los caminos del Señor (los cuales son rectos) cayeron por entre sus ruinas y torcidos precipicios más bien que caminos. ¡Con cuánta más prudencia y provecho suyo se encorvaron y humillaron otras montañas por estos caminos de eternidad! Porque no se encorvaron por estar apartados de su rectitud, sino que los mismos caminos del Eterno les encorvaron. ¿No es ver ya encorvadas las montañas del mundo cuando todos los grandes y poderosos se inclinan con devota sujeción al Señor y adoran sus huellas? ¿Por ventura no se encorvan cuando se vuelven de la perniciosa altura de su vanidad y crueldad a las sendas humildes de la misericordia y de la verdad?

9. A estos caminos del Señor no sólo se dirigen los caminos de los espíritus angélicos, sino también los de los hombres escogidos. Y, ciertamente, el primer grado para el hombre miserable que sale de lo profundo de sus vicios es aquella misericordia con que se apiada del hijo de su madre, es decir, de su propia alma, agradando por

[19] Hab. 3, 6. [20] Ps. 102, 17. [21] Ps. 116, 2.

eso a Dios. Imita semejante hombre aquella grande obra de la misericordia divina en nuestra redención, compungido y traspasado de dolor en algún modo en compañía de aquel Señor que fué por él antes punzado y traspasado en sus pies y manos con las espinas y clavos, aun muriendo él mismo por su salud de alguna manera y no perdonándose a sí mismo. Esta es la misericordia que primeramente recibe al hombre que vuelve de sus extravíos a su corazón; y ésta se forma en el secreto de sus entrañas. Resta que prosiga por el camino real y llegue hasta la verdad; y, lo que muchas veces os amonestamos, que acompañe a la compunción del corazón la confesión de la boca. Pues *con el corazón se debe creer para alcanzar la justicia y con la boca se debe hacer la confesión para obtener la salud* [22]. Habiendo vuelto a su corazón, es preciso que se haga párvulo a sus ojos, como dice la Verdad: *Si no os convertís y hacéis como párvulos, no entraréis en el reino de los cielos* [23]. No quiera, pues, disimular, ya que no lo puede ignorar, que reducido está a la nada; no se confunda de manifestar a la luz de la verdad lo que sin mucho afecto de compasión verá en su interior. De este modo entra el hombre en los caminos de misericordia y verdad, que son caminos de Dios, caminos de la vida, siendo el fruto también de estos caminos la salud del caminante.

10. Igualmente es manifiesto que los caminos de los ángeles se enderezan a estos mismos caminos del Señor. Pues cuando suben en la vista y contemplación de Dios, buscan la verdad, de la cual deseándola se sacian y, saciándose, la desean; y cuando bajan, hacen con nosotros la misericordia de guardarnos en todos nuestros caminos, siendo enviados por Dios a ejercer su ministerio en favor de nosotros. Imitan en esto el ejemplo del unigénito de Dios, que no vino a ser servido, sino a servir, y que estuvo entre sus discípulos como el que sirve. El fruto de los caminos angélicos, por lo que mira a ellos, es su misma bienaventuranza y la obediencia de amor con que ejecutan las órdenes de Dios; en cuanto toca a nosotros, por una parte es la consecución de la divina gracia, y por otra la custodia de nuestros caminos; porque a sus ángeles mandó que te guarden en todas tus necesidades y en todos tus deseos. De otra suerte, fácilmente irías a parar a los cami-

[22] Rom. 10, 10.
[23] Mt. 18, 3.

nos de la muerte, pasando desde la necesidad a la obstinación o desde el deseo a la presunción, que ya no son caminos de los hombres, sino de los demonios. Porque ¿en qué suelen encontrarse más fácilmente los hombres obstinados sino en aquello que pretextan o juzgan que les es necesario? «Digas lo que quieras, dice aquél, yo lo que puedo, puedo, y no más. Si tú te vieras como yo me veo, de otro modo sentirías» [24]. ¿Y de dónde saltamos a la presunción, sino de un cierto ímpetu con que nos empujan los deseos demasiado vivos?

11. A sus ángeles, pues, mandó Dios, no que te aparten de tus caminos, sino que te guarden en ellos, y que por medio de sus caminos dirijan los tuyos a los del Señor. ¿Preguntas de qué modo? De este modo: que lo que hace el ángel por pura caridad, lo hagas tú, a lo menos compelido y aconsejado de tu propia necesidad; y así bajes y condesciendas con tu prójimo, haciendo con él misericordia; y, al mismo tiempo, levantando con el ángel tus deseos, con todo el anhelo de tu alma procures subir a la suma y eterna verdad. De ahí es que por una parte nos amonestan que *levartemos a Dios los corazones juntamente con las manos* [25] y por otra escuchamos todos los días: *Levantad arriba vuestros corazones.* Reprenden también nuestra negligencia, y nos están diciendo: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* [26] El corazón, pues, desocupado y libre de los afectos y pensamientos terrenos se eleva mejor a buscar la verdad. Ni te admires de que no se desdeñen los ángeles santos de admitirnos consigo y aun de introducirnos en los caminos del Señor, puesto que se dignan guardarnos en todos nuestros caminos. Pero ¡cuánto más felizmente andan ellos por los caminos de Dios y con cuánta mayor seguridad! También, aunque de un modo muy inferior respecto de aquel Señor que es la misma verdad y misericordia, andan como en su propio camino en la misericordia y en la verdad.

12. ¡Qué bellamente colocó Dios todas las cosas en sus propios y competentes grados! El supremo lugar le tiene el mismo Señor supremo, el mismo Señor sobre quien nada hay, más allá del cual nada se halla. A sus ángeles

---

[24] Terencio, *Andria*, acto 2, esc. 1.
[25] Thren. 3, 41.
[26] Ps. 3, 4.

no los puso en el lugar supremo, sino en el seguro, como quienes están más allegados al que reside en el supremo y, por consiguiente, confirmados con la virtud que viene de lo alto. Los hombres, a la verdad, ni están en el lugar supremo ni en el seguro, sino, por decirlo así, en un lugar que necesita de la mayor precaución. Están ciertamente en lo sólido, esto es, en la tierra, ocupando un lugar bajo, pero no el ínfimo, del cual les es posible y aun necesario guardarse. Pero los demonios andan como pendientes del aire, inconstantes y vagos, como propios habitantes de la región aérea, porque, siendo indignos de subir al cielo, se desdeñan con todo eso de bajar a la tierra [27]. Y por hoy baste lo dicho. Ojalá que con su favor podamos dar las debidas gracias al Señor, de quien es toda nuestra suficiencia. Porque no somos nosotros capaces de formar de nosotros mismos algún pensamiento bueno [28], como por nuestras propias fuerzas, si no nos hace capaces para esto el mismo Señor, que da su favor a todos copiosamente y es sobre todas las cosas Dios bendito por todos los siglos de los siglos. Amén.

12 Sobre el undécimo verso: «Porque a sus ángeles mandó que te guarden en todos tus caminos.» Y sobre el duodécimo: «En las manos te llevarán para que no tropieces con tu pie contra la piedra» *

1. Dijimos en el sermón de ayer, si os acordáis, que los caminos de los espíritus de malicia eran la presunción y la obstinación, ni callamos la razón por que decíamos esto. Sin embargo, si lo juzgáis necesario, por otro camino todavía podemos investigar sus caminos. Porque, aunque por todos modos procuran ocultarlos, los descubre de muchos modos el Espíritu Santo en las Escrituras santas cuáles sean las sendas de los malignos. Leemos de todos ellos que los *impíos andan alrededor*. Y de su príncipe leemos que da *vueltas buscando a quien devorar* [1]. Lo cual

[27] Es doctrina frecuente entre los Santos Padres que los demonios viven hasta el juicio final en los aires, después del cual serán arrojados a los infiernos

[28] 2 Cor. 3, 5.

* PL 183, 231.

[1] 1 Petr. 5, 8.

también se ve él obligado a confesar entre los hijos de Dios, pues siendo preguntado de dónde venía: *Vengo*, dijo, *de dar la vuelta a la tierra, y la he recorrido toda*[2]. Llamemos, pues, a sus caminos rodeo y cerco; de éste usa contra nosotros, de aquél consigo mismo. Siempre se está él levantando y siempre es derribado; su soberbia sube siempre y siempre es humillada. ¿Por ventura no es esto rodeo? El que anda dando vueltas alrededor, camina, ciertamente, pero nada adelanta. ¡Ay del hombre que sigue este rodeo y que nunca se aparta de la voluntad propia! Si pretendes apartarle de ella, parecerá que va siguiendo un poco, pero es con engaño. Este es un rodeo suyo; él está disponiendo la vuelta por otra parte; no se le puede arrancar en modo alguno de su propia voluntad. Por todas partes anda solícito, por todas partes quiere huir, pero queda siempre pegado a su voluntad propia.

2. Pero, si es malo el rodeo propio, es mucho peor el cerco ajeno, pues éste principalmente hace diablo al espíritu malo. Pero ¿de qué modo baja aquel espíritu soberbísimo para asaltar al hombre miserable? Mira el rodeo del impío en esto mismo también. Sus ojos miran todo lo que es sublime, mas también registran con curiosidad las cosas bajas, a fin de envanecerse con más orgullo, y para que, llegando a pisar al humilde, le parezca con esto que es más sublime, según está escrito: *Mientras que el impío se llena de orgullo, se está abrasando el pobre.* ¡Qué perversamente el ángel malo imita a los ángeles buenos que suben y bajan! El sube con el ansia de la vanidad y baja con la envidia de su malignidad. Así como es engañosa su subida, así es cruel su bajada, estando él destituído (como ayer dijimos) de misericordia y de piedad. Pero si bajan los malignos para asaltarnos, demos gracias a aquel Señor por cuyo mandado bajan también los ángeles benignos para socorrernos, para guardarnos en todos nuestros caminos. Ni sólo harán esto, sino que *en las manos te llevarán para que no tropiece tu pie en alguna piedra.*

3. ¡Qué instrucción tan grande, hermanos míos; qué amonestación, qué consuelo nos ofrecen estas palabras de la Escritura! ¿Qué otro, entre todos los salmos, anima tan altamente a los pusilánimes, despierta a los negligentes y enseña a los ignorantes? Por eso dispuso la divina

[2] Iob 1, 7.

Providencia que particularmente en este tiempo de la Cuaresma tuviesen continuamente en su boca los versículos de este salmo sus fieles. Ni parece haberse tomado ocasión para esto de otra cosa que del abuso que de este salmo hizo el diablo, para que en esto mismo aquel malicioso siervo sirva a los hijos de Dios, aun a pesar de su voluntad. ¿Qué podía ser para él tan molesto y para nosotros tan gustoso como el contribuir su misma malicia a nuestro bien? A sus ángeles mandó Dios que te guarden en todos tus caminos. Sean las misericordias del Señor el asunto de sus alabanzas y que él sea alabado por las maravillas que ha hecho en favor de los hijos de los hombres. Confiesen y digan entre las naciones que en la magnificencia de sus piedades ha obrado con ellos. ¿Quién es el hombre, Señor, para que te manifiestes a él o por qué aplicas a él tu corazón? Aplicas a él tu corazón, tienes de él cuidado, muestras por él solicitud. En fin, le envías tu Unigénito, diriges a él tu Espíritu, le prometes tu rostro. Y para que nada haya en el cielo que deje de tener parte en la obra de nuestro cuidado, envías aquellos bienaventurados espíritus a ejercitar su ministerio en nuestro bien, los deputas a nuestra guarda, les mandas que sean nuestros ayos. Poco era para ti haber hecho ángeles tuyos a los espíritus; también los haces ángeles de los párvulos. Finalmente, *los ángeles de ellos están viendo sin cesar la cara del Padre*. A estos espíritus tan felices los haces ángeles tuyos para con nosotros y nuestros para contigo.

4. *Dios mandó a sus ángeles que cuidaran de ti.* ¡Admirable dignación y verdaderamente amor de entrañable caridad! ¿Quién los mandó, a quiénes, para quién, qué les mandó? Consideremos cuidadosamente esto, hermanos míos; fijemos vivamente en la memoria tan apreciable mandato. ¿Quién lo mandó? ¿De quién son los ángeles? ¿De quién son los preceptos que ejecutan? ¿De quién es la voluntad a que se sujetan? Verdaderamente a sus ángeles mandó Dios cerca de ti para que te guarden en todos tus caminos y aun para que te lleven en sus manos. La suma Majestad mandó a los ángeles, y mandó a los ángeles suyos, a aquellos espíritus tan sublimes, tan dichosos, tan próximos, tan inmediatos a él, allegados a él con tanta familiaridad y verdaderamente domésticos suyos. Mandólos cerca de ti. ¿Quién eres tú, Señor, y quién es el hombre para que pongas tu atención en él, o el hijo

del hombre para que le manifiestes tanto aprecio? ¡Cómo si el hombre no fuera corrupción y el hijo del hombre un gusano! Mas ¿qué mandó acerca de ti? ¿Por ventura escribió contra ti amarguras? ¿Por ventura les mandó que muestren su poder contra esta hoja que arrebata el viento y que persigan esta paja seca? ¿Acaso que quiten de delante al impío, para que no vea la gloria de Dios? Esto se ha de mandar algún día; pero no está todavía mandado. No te apartes del socorro del Altísimo, persevera bajo de la protección del Dios del cielo, no sea que alguna vez se mande esto de ti. No se mandará contra aquel a quien protegiere el Dios del cielo, sino en favor suyo. Por bien suyo se dilata todavía el mandarlo, para que todas las cosas sean por los escogidos. Y así, disponiéndose los criados a ir y coger al punto la cizaña, sembrada después del trigo, el próvido Padre de familias les dice: *Dejadlo hasta el tiempo de la siega, no sea que arranquéis también el trigo.* Mas ¿cómo el buen grano se podrá conservar tanto tiempo? Esto, ciertamente, es el presente negocio, a esto se dirige el mandato de ahora.

5. *A sus ángeles mandó que te guarden.* ¡Oh trigo entre la cizaña, oh grano entre la paja, oh lirio entre las espinas! Demos gracias a Dios, hermanos, démosle gracias por mí y por vosotros. UN PRECIOSO DEPÓSITO ME HABÍA ENCOMENDADO, que es el fruto de su cruz y el precio de su sangre. Pero no se contentó con esta custodia tan poco segura, tan poco útil, tan frágil, tan insuficiente. Sobre tus muros, Jerusalén, ha colocado guardias. Verdaderamente aun los mismos que parecen muros o columnas del muro necesitan de guardias y en gran manera.

6. *A sus ángeles mandó que te guardaran en todos tus caminos.* ¡Cuánta reverencia deben infundirte estas palabras, cuánta devoción deben inspirarte, cuánta confianza deben darte! La reverencia por su presencia, la devoción por su benevolencia, la confianza por su custodia. Anda siempre con toda circunspección, como quien tiene presentes a los ángeles en todos tus caminos. En cualquiera parte, en cualquiera lugar, aun el más oculto, ten reverencia al ángel de tu guarda. Ni ¿cómo te atreverías a hacer en su presencia lo que no harías estando yo delante? ¿Dudas acaso que esté presente porque no le ves? ¿Qué sería si le vieras? ¿Qué si le tocaras? ¿Qué si le olieras? Advierte que no sólo por la vista se comprueba la presen-

cia de las cosas. Ni aun todas las cosas corporales se sujetan a los ojos; ¡cuánto más lejos estarán las espirituales de todo sentido corporal, y deberán más bien investigarse espiritualmente! Si consultas a la fe, ella te prueba que no te falta la presencia del ángel. Ni me pesa haber dicho que la fe lo prueba, supuesto que la define el Apóstol *prueba cierta de las cosas que no se ven*. Están, pues, presentes, y están presentes para tu bien; no sólo están contigo, sino que están para tu defensa. Están presentes para protegerte, están presentes para provecho tuyo. ¿Qué volverás al Señor por todos los bienes que te ha hecho, pues a él solo debe referirse el honor y la gloria? ¿Por qué a él solo? Porque él es quien lo mandó y todo don precioso no es de otro que de él.

7. Pero, aunque él lo mandó, no nos es lícito ser ingratos con aquellos que le obedecen a él con tanto amor y nos amparan a nosotros en tanta necesidad. Seamos, pues, devotos, seamos agradecidos a custodios tan dignos de aprecio, correspondamos a su amor, honrémosles cuanto podamos, cuanto debemos. Sin embargo, todo el amor y la honra debe ir dirigida a aquel Señor de cuya mano, así ellos como nosotros, recibimos el poderle amar y honrar y merecer ser amados y honrados. Porque no se ha de creer que al decir el Apóstol: *A sólo Dios sea dado el honor y la gloria*[3], pretendió contradecir a las palabras del profeta, que dice que también los amigos de Dios deben ser honrados de un modo singular. Yo pienso que esta expresión del Apóstol es muy semejante a otra también suya en que dice: *A nadie debáis nada, sino el amaros los unos a los otros*[4], pues no quería que otras cualesquiera deudas se hubiesen de negar, particularmente diciendo él mismo: *A quien se debe honor, dad honor*[5], y otras cosas más a este modo. Y para que entiendas más plenamente qué sentía en uno y otro pasaje y qué nos amonestaba, repara que cuando brillan los rayos del sol no se ven los astros menores. ¿Pensaremos acaso que faltan entonces las estrellas o que se han apagado? De ningún modo, sino que, cubiertas de alguna manera con la mayor claridad del sol, no pueden entonces presentarse a la vista. Así el amor, que de suyo es superior a otra cualquiera

[3] 1 Tim. 1, 17.
[4] Rom. 13, 8.
[5] Rom. 13, 7.

deuda, como si fuera solo debe reinar en nosotros, de suerte que todo lo que se debe a los demás lo embeba en sí y por amor hagamos todas las cosas. A este modo debe prevalecer el honor divino, y en alguna manera como perjudicar a los otros todos, para que sólo Dios, no precisamente antes que todas las cosas, sino en todas las cosas, sea honrado. Lo mismo debes reputar por dicho acerca del amor. Porque ¿qué pudo dejar fuera de él para los demás quien todo su corazón, toda su alma y todas sus fuerzas dió a su Señor y a su Dios en el amor? En él, pues, hermanos míos, amemos afectuosamente a sus ángeles, como a quienes han de ser un día coherederos nuestros, siendo por ahora abogados y tutores puestos por el Padre y colocados por él sobre nosotros. Ahora somos hijos de Dios, aunque todavía no se manifiesta lo que seremos; por cuanto, siendo todavía párvulos, estamos bajo de abogados y tutores, como que en nada nos diferenciamos al presente de los siervos.

8. Mas aunque somos tan párvulos y nos resta aún tan grande, ni sólo tan grande, sino tan peligroso camino, ¿qué temeremos teniendo tales guardias? Ni pueden ser vencidos ni engañados, y mucho menos pueden engañar los que nos guardan en todos nuestros caminos. Fieles son, prudentes son, poderosos son; ¿de qué temblamos? Solamente sigámosles, juntémonos a ellos y perseveraremos bajo de la protección de Dios del cielo. Considera cuánta necesidad tienes de esta protección y de esta custodia en todos tus caminos. *En sus manos*, dice, *te llevarán, para que no tropieces con tu pie contra la piedra.* ¿Te parece poco que haya piedra de tropiezo en el camino? Mira lo lo que se sigue: *Sobre el áspid y el basilisco andarás y pisarás al león y al dragón.* Que necesario es el ayo o, más bien, quien lleve y sustente, especialmente respecto de un párvulo que anda entre tales cosas. *En sus manos*, dice, *te llevarán.* Te guardarán en tus caminos y acompañarán al párvulo por donde pueda andar él. Pero no permitirán que seas tentado más allá de tus fuerzas, sino que te llevarán en sus manos, para que pases por encima de los tropiezos. ¡Qué fácilmente pasa el que es llevado en tales manos! ¡Qué suavemente nada (según el vulgar proverbio) aquel cuya barba sustenta otro!

9. Todas las veces, pues, que veas levantarse alguna tentación o amenazar alguna tribulación, invoca a tu guar-

da, a tu conductor, al protector que Dios te señaló para el tiempo de la necesidad y de la aflicción. Dale voces y dile: Sálvanos, Señor, que perecemos. No duerme ni dormita, aunque por un poco de tiempo disimule alguna vez, no sea que con mayor peligro te precipites de sus manos, si ignoras que ellas te sustentan. Estas manos son espirituales, y también lo son los auxilios que a cada uno de los escogidos, según es el peligro y lo grande de la dificultad que como una mole se pone delante, les ofrecen y dan los ángeles deputados a su custodia espiritualmente y de muchas maneras. Quiero, para mayor claridad, poner un ejemplo de las cosas que juzgo más comunes y que pocos de vosotros habrán dejado de experimentar. ¿Se turba alguno de vosotros con mayor vehemencia por alguna incomodidad corporal o alguna aflicción por las cosas del mundo, o desmaya con una acedia de espíritu y caimiento del ánimo? Pues entonces es cuando ya comienza a ser tentado más allá de lo que pueden sus fuerzas; ya dará golpe y tropezará en la piedra, si no hay quien le socorra. Pero ¿cuál es esta piedra? Yo entiendo que es aquella piedra de tropiezo y escándalo en la cual, si alguno tropieza, se lastimará y sobre quien ella caiga le hará pedazos; esta piedra angular es aquella piedra escogida y preciosa, Cristo Jesús. Tropezar en esta piedra es quejarse de él, escandalizarse por el abatimiento de espíritu y la turbación. Así tiene necesidad del socorro del ángel, de los angélicos consuelos y de las angélicas manos ese hombre que ya desmayó, ya casi tropezó contra la piedra. Y verdaderamente tropieza contra la piedra el que se queja y blasfema, estrellándose a sí propio y no aquel contra quien viene a dar con furia.

10. Juzgo que semejantes hombres algunas veces son levantados como con dos manos por los ángeles, para que sin sentirlo ellos, por decirlo así, pasen por encima del tropiezo, de que tanto recelaban; ni se admiran poco después, así de la facilidad que experimentan en sí mismos en adelante como de haber superado la anterior dificultad. ¿Queréis saber qué entiendo yo por estas dos manos? Dos conocimientos vivos que se excitan en nuestra alma cuando se presentan o más bien se pintan e imprimen en nuestro corazón, por una parte la brevedad de la tribulación y por otra la eternidad de la recompensa eterna; a fin de que de lo íntimo del afecto sintamos y consideremos

que este momento tan corto y tan ligero de las aflicciones que sufrimos en esta vida, produce en nosotros el peso eterno de una soberana e incomparable gloria. ¿Quién no creerá que tan buenas sugestiones son producidas por los ángeles buenos, siendo, por el contrario, cierto que las malas proceden de los malos? Haceos familiares a los ángeles, hermanos míos, frecuentad su memoria con meditaciones continuas y oraciones devotas, pues son los que os asisten para vuestra custodia y consuelo.

13 Sobre el duodécimo verso: «En sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en alguna piedra» *

1. Podemos entender este verso que vamos comentando: *En sus manos te llevarán*, etc., no sólo de los consuelos de esta vida, sino también del eterno consuelo de la futura. Nos guardan los ángeles en nuestros caminos, pero luego que se acaba el camino, esto es, luego que se acaba la vida, nos llevan en sus manos. Ni faltan para comprobar esto testigos fieles. Muy poco ha que se leyó de nuestro beatísimo Padre, verdaderamente por todo bendito, que, fijando su vista en el esplendor de una brillante luz, vió que el alma de Germán, obispo de Capua, era llevada en un globo de fuego por los ángeles al cielo. Pero ¿qué necesidad tenemos de buscar estos testimonios? La Verdad misma dice en el Evangelio de aquel mendigo y llagado que *fué llevado por los ángeles al seno de Abraham*[1]. Ni podríamos nosotros andar solos en aquella tan nueva y tan incógnita región, especialmente habiendo tanta piedra en el camino. ¿Cuál es esta piedra? El que en las piedras en otro tiempo acostumbraba a ser adorado; el que presentó al Señor las piedras, diciéndole: *Di que estas piedras se vuelvan panes*[2]. En tu pie se entiende tu afecto; éste es el pie del alma que los ángeles llevan en las palmas de sus manos, para que no tropieces con tu pie contra la piedra. Porque ¿cómo no se turbaría el alma con el mayor terror si saliera sola de aquí, si entrara en aquellos caminos sin una compañía que la consolase, si

* PL 183. 235.
[1] Lc. 16. 22.
[2] Mt. 4. 3.

anduviera entre aquellas piedras por sus propios pies?

2. Con todo eso escucha más claramente cuánta necesidad tienes de ser llevado en ajenas manos y no en otras que en las angélicas. *Andarás sobre áspides y basiliscos y hollarás los leones y dragones.* ¿Qué haría entre tales tropiezos el pie del hombre? ¿Qué afecto humano tendría constancia y no desmayaría entre monstruos terribles? Sin duda son éstos malicias espirituales, no sin razón así llamados, puesto que de ellos está escrito lo que de ningún modo habréis echado en olvido: *Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra.* ¿Y quién sabe si están repartidas entre ellos las operaciones de malicia y ministerios de iniquidad, de suerte que, teniendo diversos nombres según sus diversos oficios, o más bien maleficios, se llamen uno áspid, otro basilisco, otro león y otro dragón, por cuanto de un modo invisible dañan diferentemente, como si fuera por la mordedura uno, otro por la vista, otro por el rugido o golpe y otro por el hálito? He leído también de otro género de demonios que no se echan fuera sino con la oración y el ayuno [3], no habiendo podido hacer nada contra ellos el conjuro de los apóstoles. ¿Cómo no diremos que este género de demonios es un áspid, el mismo áspid de que se habla en otro salmo, el áspid sordo y que tapa sus orejas para no oír la voz del encantador? [4] ¿Quieres que no te espante monstruo tan terrible? ¿Quieres andar sin susto, después de la muerte, sobre este áspid? Guárdate de seguirle ahora, guárdate de imitarle y no tendrás ningún horror de él en lo futuro.

3. Hay un vicio, a lo que a mí me parece, sobre el cual domina este espíritu; y si lo queréis saber, es aquel rodeo de que os avisamos en el sermón de ayer que os guardaseis, es aquella obstinación contra la cual hablábamos entonces. Porque no me pesa de preveniros de antemano, siempre que se ofrece ocasión, contra esta peste, para que huyáis de ella a todo trance, porque es como la última subversión y ruina de la religión y, según el testimonio del legislador [5], el veneno incurable de los áspides. Dícese del áspid que fija, cuanto más apretadamente puede, la una oreja en la tierra y tapa la otra metiendo en ella la cola para no poder oír. ¿Qué podrá hacer entonces la voz del encantador, la exhortación del que predica? Yo oraré, humillaré mi alma en el ayuno, me bautizaré con

[3] Mt. 17, 20. [4] Ps. 57, 5. [5] Deut. 32, 33.

un abundante torrente de lágrimas, como por un hombre ya muerto, por aquel en quien viere que ninguna sabiduría de la encantación humana aprovecha nada y ninguna industria de las amonestaciones que le hacen saca algún fruto. Sin embargo, conozca este hombre pertinaz que no fija su oreja en el cielo, sino en el suelo, pues la ciencia que viene de arriba no sólo es modesta, sino pacífica; pero ésta, siendo más bien, por decirlo así, aspídica, no puede ser sino terrena. Mas no ensordecería tanto si no tapase con la cola la otra oreja. ¿Cuál es esta cola? El fin de la intención humana. Entonces es ya la sordera desesperada en el hombre, cuando por una parte, como clavado en la tierra, se pega a su propia voluntad; y por otra, como torciendo la cola, medita algún fin y tiene clavado en el ánimo lo que desea alcanzar. No queráis, hermanos míos, no queráis, os ruego, tapar vuestras orejas, no queráis endurecer vuestros corazones. Por eso, pues, se encuentran tan mordaces y amargas palabras en la boca de un hombre obstinado, porque toda la benevolencia de quien le exhorta no halla por donde penetrar en él. Por eso la ponzoña del áspid persevera en el aguijón de su lengua, porque se ha tapado con tanto cuidado contra la lengua del encantador.

4. El basilisco, según cuentan, lleva el veneno en el ojo; es animal pésimo y el más execrable de todos. ¿Deseas conocer el ojo envenenado, el ojo malo, el ojo fascinante? Piensa en la envidia. ¿Qué es envidia sino ver mal? Si no fuera el enemigo basilisco, nunca por su envidia hubiera entrado en el mundo la muerte. ¡Infeliz el hombre que no vió antes al envidioso! Venzamos este vicio, mientras que aquí vivimos, si después de la muerte queremos no temer al ministro de tanta malicia. Ninguno mire el bien de otro con ojo envidioso. Ya esto mismo, cuanto es de su parte, sería inficionarle con su veneno y de algún modo matarle. Al que aborrece a otro hombre, la Verdad misma le declara por homicida; y de aquel que aborrece lo bueno en el prójimo, ¿qué diremos? ¿No se le podrá acaso llamar homicida? Aún vive el hombre, y él es ya reo de su muerte; aún está ardiendo el fuego que el Señor Jesús trajo a la tierra, y el envidioso es ya condenado, como quien ha extinguido su espíritu.

5. ¡Ay de vosotros, que viene el dragón! Enorme bestia es; con hálito de fuego mata cuanto toca, no sólo las bestias de la tierra, sino las aves del cielo. Yo no pienso

que sea otro este dragón sino el espíritu de la ira. ¡Cuántos, aun de los que al parecer se elevaban sobre otros en su género de vida, abrasados miserablemente con el vaho de este dragón, lloramos haber caído torpemente en su boca! ¡Cuánto mejor hubiera sido que se hubieran enojado consigo mismos para no pecar! A la verdad, la ira es un afecto natural en el hombre; pero respecto de los que abusan del bien de la naturaleza, es la más grave perdición y miserable ruina. Ocupémosla, hermanos míos, en lo que nos conviene, no sea acaso que prorrumpa en cosas inútiles o ilícitas. A este modo suele el amor expeler al amor y suele un temor quitarse con otro temor. *No temáis a aquellos que matan el cuerpo*, dice el Señor, *y no tienen poder para hacer mal al alma*; y añade: *Yo os mostraré a quién debéis temer. Temed al que tiene potestad para echar el cuerpo y el alma en el infierno. Sí, os lo repito: A éste debéis temer*[6]. Como si más claramente dijera: A éste habéis de temer, para no temer a aquéllos. Llénese vuestro espíritu de temor del Señor y no tendrá lugar en vosotros otro temor extraño. Y yo os digo a vosotros, hermanos míos, aunque no yo, sino la Verdad; no yo, sino el Señor: No os enojéis con los que os quitan las cosas terrenas, os dicen oprobios y os amenazan acaso con suplicios; y, fuera de esto, nada más pueden hacer. Yo os mostraré contra quién debéis enojaros; enojaos contra aquella que sola puede dañaros, que sola puede hacer que todas las demás cosas de nada os aprovechen. ¿Queréis saber quién sea ésta? La propia maldad. Sí, yo os lo digo; contra ésa habéis de enojaros, pues no os dañará ninguna adversidad si no os dominare ninguna maldad. El que se enoja perfectamente contra ella, no se altera por las demás cosas, antes bien las abraza con gusto. *Yo*, dice, *aparejado estoy para el castigo*[7]. Sean daños, sean oprobios, sea lesión del cuerpo, aparejado estoy y no me hallo turbado, porque mi dolor está siempre a mi vista. ¿Qué mucho que desprecie todas las cosas exteriores en comparación de este dolor? *Mi hijo que ha salido de mí mismo me persigue; ¿y me enojaré contra un siervecillo que me dice oprobios?*[8] Mi corazón mismo me ha dejado, me ha desamparado mi valor y ya no está conmigo la lumbre de mis

[6] Lc. 12, 4-5.
[7] Ps 37, 18.
[8] 2 Reg. 16, 11.

ojos; ¿y había de llorar yo los daños temporales y hacer caso de las incomodidades del cuerpo?

6. De aquí nace no sólo la mansedumbre, a la que no dañará el vaho del dragón, sino también la magnanimidad del corazón, al cual el rugido del león no espantará. *Vuestro enemigo es como un león rugiente* [9], dice San Pedro. ¡Gracias al León excelso de la tribu de Judá! El podrá rugir, pero no herir. Ruja cuanto quiera; nada tema con tal que no huya la oveja de Cristo. ¡Cuánto amenaza, cuánto exagera, cuánto intenta! No seamos bestias que se amedrentan con aquel vano rugido. Refieren los que han investigado con más cuidado las cosas naturales, que al rugido del león no hay bestia alguna, aun de aquellas que resisten a sus golpes con toda animosidad, que no se asuste y desmaye; y aun la que, las más de las veces, le vence cuando entra con él en combate, esa misma no le aguarda cuando ruge. Verdaderamente insensato, verdaderamente falto de razón el que fuera tan pusilánime que cediera con sólo el temor, el que fuera vencido con sola la amenaza del trabajo futuro, antes de la pelea, ni al golpe del dardo, sino al sonido sólo de la trompeta, cayera en tierra. *No habéis resistido todavía hasta derramar vuestra sangre* [10], dice aquel valeroso capitán que sabía cuán vano es el rugido de este león. Y otro añade: *Resistid al diablo y huirá de vosotros* [11].

14 Sobre el décimotercero verso: «Andarás sobre áspides y basiliscos y hollarás los leones y dragones» *

1. Demos gracias, hermanos míos, a nuestro Hacedor, a nuestro Bienhechor, a nuestro Redentor, a nuestro Remunerador; o, más bien, a nuestra esperanza. Pues El es quien recompensa a los hombres y la recompensa misma; y todo lo que esperamos de El es El mismo. Lo primero que nos dió somos nosotros mismos, pues El fué quien nos hizo y no nosotros. ¿Te parece poco haberte hecho? Considera cuál te hizo; sin duda, según el cuerpo, una ex-

[9] 1 Petr. 5. 8.
[10] Hebr. 12. 4.
[11] Iac. 4. 7.
* PL 183, 238.

celente criatura, pero, según el alma, mucho más excelente aún, como que está señalada con la imagen del Criador, dotada de razón y capaz de la bienaventuranza eterna; según el uno y la otra juntamente, sin comparación más admirable que todas las demás criaturas, unida en sí misma con incomprensible artificio por la impenetrable sabiduría del Criador. Así, este don es tan grande como es grande el hombre. Pero ¿cuán gracioso le juzgas? Es claro que nada mereció antes el que enteramente fué nada antes. Mas ¿por ventura se esperaba de ti que corresponderías con algún favor a tu Autor? *Yo dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes*[1]. No se esperaba, pues, que volverías alguna gracia que fuese necesaria a aquel Señor que en todo es suficiente a sí mismo, sino que darías gracias a este mismo Señor que tanto lo ha merecido. ¿Y qué mucho que le des gracias? Si alguno te restaurase la luz de los ojos, el uso de los oídos, de las narices, de las manos; si alguno te restableciese el uso de los pies que estuviesen impedidos; si hiciera alguno volver a ti la razón que tuvieras adormecida por alguna enfermedad, ¿quién dejaría de reprenderte vivamente, si viera que alguna vez te olvidabas de este beneficio y que eras ingrato a tu bienhechor? Pues Dios, tu Señor, puso en ti todos los órganos de los sentidos, habiéndolos hecho de la nada. Ni solamente hizo, sino que juntó, formó y ennobleció cada sentido con su oficio. ¿Cómo no exigirá con todo derecho por todas estas cosas mayores gracias?

2. No contento con este beneficio, aunque tan grande, el mismo que te dió el ser cuando eras nada, te añadió con qué subsistir cuando ya tenías el ser. Ni menos liberalmente hizo aquello que admirablemente esto. *Hagamos*, dice, *al hombre a nuestra imagen y semejanza*. ¿Y después qué? Y *domine sobre los peces del mar, sobre las bestias de la tierra y sobre las aves del cielo*[2]. Ya antes había dicho que había criado los cuerpos celestiales para tus usos, pues se refiere que fueron hechos *con el fin de que sirviesen de signos para distinguir los tiempos y las estaciones, los días y los años*. ¿Para quién te parece? Para ningún otro más que para ti, puesto que las demás criaturas o no tienen necesidad de esto o nada entienden. ¡Qué grande y qué liberalísimo fué en este se-

[1] Ps. 15. 2.
[2] Gen. 1, 26

gundo beneficio! ¡Cuántas cosas te dió para tu sustento, cuántas para tu enseñanza, cuántas para tu consuelo, cuántas también, ya desde ahora, para castigarte y corregirte y cuántas para tu deleite! Graciosamente te hizo estos beneficios y dos veces graciosamente. ¿Qué llamo yo dos veces graciosamente? Sin mérito tuyo, sin trabajo tuyo. Pues *dijo Dios, y fueron hechas las cosas* [3]. Mas ¿acaso serás menos devoto, estarás menos obligado y menos agradecido porque todo esto lo hizo, así como por nada, igualmente de nada? Es propio de UN CORAZÓN PERVERSO buscar ocasiones para la ingratitud. Ninguno hace esto, sino quien por voluntad es ingrato. Yo pienso que ni uno ni otro beneficio es menos útil para ti, porque de ningún modo costase trabajo al que te lo dió. Si tú reputas para ti más cómodo lo que fuera para él más trabajoso, de ti mismo ha venido a ti semejante juicio, ni yo creeré que le hayas aprendido de otro. De esta suerte darías con más gusto a tu prójimo cuando no se te sigue incomodidad ninguna. Pero aunque le quisieras favorecer graciosamente, con todo eso, nunca querrías que él alegase esto para motivo de su ingratitud.

3. Pero contempla ya el tercer beneficio, que es la obra de tu redención. Aquí ya no encuentra velo la ingratitud para cubrirse; se trabajó en ella muchísimo. También se hizo graciosamente este beneficio, pero graciosamente por lo que a ti toca; porque en cuanto a El, no fué de balde a la verdad. Fuiste hecho salvo por nada, mas no de nada. ¿Cómo todavía dormita el afecto? Mejor diré que está muerto y no dormido cuando no corresponde a este beneficio, cuando todo no se derrama en acción de gracias y voces de alabanzas a Dios. Además, este tercer beneficio realza evidentísimamente a los otros dos, haciendo ver que en ellos también se comprueba un amor verdadero que no dió fácilmente de lo fácil, porque no quisiera darlo de otra suerte, sino porque de otra suerte no convenía. Así, pues, te hizo tu Dios, hizo por ti muchas cosas, se hizo a sí mismo también por ti. *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* [4]. ¿Qué falta todavía? Se hizo El mismo una carne contigo, para hacerte a ti un espíritu consigo. No se aparten estas cuatro cosas de tu corazón, no se aparten de tu boca, no se aparten de tu memoria, no se

[3] Ps. 32. 9.
[4] Io. 1. 14

aparten de tu afecto. Estas cosas medita siempre: deléitate continuamente en ellas. Pon en solicitud tu alma, estimulándola con ellas, como con otros tantos aguijones; procura encenderla con estas hachas para corresponder con todo tu amor a aquel Señor que de tantos modos te manifiesta su amor. Acuérdate de lo que El mismo dice: *Si me amáis, guardad mis mandamientos*[5]. Guarda, pues, los mandamientos de tu Criador, de tu Bienhechor, de tu Redentor, de tu Remunerador.

4. Pero si estas cosas son cuatro, ¿cuántos son los mandamientos? Todos sabemos que son diez. Así, multiplicando por este cuaternario el decálogo de la ley, tienes una verdadera cuaresma, una cuaresma espiritual. Solamente consérvate en el temor y prepara tu alma para la tentación; guárdate de la astucia de la serpiente, observa las asechanzas del enemigo. Con cuatro tentaciones intenta él impedir la acción de gracias que por cuatro títulos exigen de ti. Fué tentado en todas éstas Cristo, de suerte que con verdad escribió el Apóstol: *El ha sido tentado en todas esas cosas como nosotros, fuera del pecado*[6]. Habrá alguno quizá que se admire y diga que él no ha leído la cuarta tentación del Señor. Pero juzgo que no diría esto si se acordara de haber leído que *la vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua*[7]. El que tiene presente esto, no juzga que el Señor fué solamente tentado por tres veces en el ayuno del desierto, en el pináculo del templo, en la cima del monte. En todos estos lugares era manifiesta la tentación; pero la que desde entonces y después hasta la muerte no le faltó, aunque más oculta, fué más vehemente. Ni esto tampoco dice disonancia con la similitud propuesta, porque también aquellos tres beneficios, que ya pasaron, son evidentísimos y están puestos en clara luz; pero el que pertenece a la esperanza de la vida eterna todavía no está dado, todavía no está patente a nosotros. No es maravilla, pues, que la tentación no sea tan descubierta, cuando la causa de la tentación está oculta. Pero esta misma tentación es más larga y más fuerte; porque el enemigo contra nuestra esperanza pone por obra cuanta malignidad se halla en él.

5. Así en primer lugar, para hacernos ingratos al Autor de la naturaleza, nos sugiere una demasiada solicitud

[5] Io. 14, 15. [6] Hebr. 4, 15. [7] Iob 7, 1.

por la naturaleza ; y así vemos que al mismo Cristo, cuando tuvo hambre, se atrevió a decirle : *Di que estas piedras se vuelvan panes.* Como si ignorara nuestro barro aquel Señor que lo formó o no cuidara de los hombres el que alimenta a las aves. Pero ¡ qué ingrato es a quien por él crió todo el universo, aquel que, con el fin de conseguir las riquezas que anhela, no se avergüenza de adorar postrado al maligno ! *Todas estas cosas,* dice, *te daré si postrado me adorares.* ¿ Por ventura las hiciste tú, miserable? ¿ Cómo has de dar lo que El crió, o cómo se han de esperar de ti o pedir por medio de tu adoración las cosas que criadas por Dios están puestas en su dominio? Ya en aquello que dice: *Echate de aquí abajo,* ten cuenta contigo, quienquiera que seas el que has subido al pináculo del templo, ten cuenta contigo, especulador de la casa del Señor; ten cuenta contigo tú, que en la Iglesia de Dios ocupas un lugar sublime. ¡ Qué ingratitud tan grande será la tuya, o más bien qué injuria tan enorme harás a aquel grande sacramento de la piedad de Dios, si en él reputas piedad tu interés ! ¡ Qué infiel serás al que consagró este ministerio con su propia sangre, si buscas en él tu gloria, que es nada, si buscas tus provechos y no los de Jesucristo ! ¡ Qué indignamente corresponderás a la dignación suya contigo en elevarte a la dispensación de los misterios de su humildad, en encomendar a tu cuidado los celestiales sacramentos, dándote una potestad celestial y más amplia acaso que la que ha dado a los mismos espíritus celestiales, si tú te echas abajo poniendo tu gusto y atención, no en las cosas que están arriba, sino en las que están sobre la tierra ! Mas también todo aquel que desde la eminencia de las virtudes se abate a sí mismo y se precipita al apetito de la vanagloria, es indudable que al Señor de las virtudes, que tanto sufrió en este mundo con el fin de imprimir en nosotros la forma de toda santidad, en vez de darle gracias, le hace una injuria.

6. Consideremos ahora con particular cuidado, hermanos míos, si aquella tentación que con la ocasión de la necesidad del cuerpo turba el ánimo, deba acaso compararse al áspid. Hace daño este animal con una mordedura de algún modo violenta, pues tapa la oreja para no oír la voz del encantador. Pero ¿ qué intenta hacer el enemigo en esto, sino cerrar y tapar el oído del corazón contra el consuelo de la fe? Mas nada adelantó el maligno en la

tentación contra el Señor; no cerró los oídos Aquel que dice: *No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*[8]. Advierte el fascinador silbido del dragón, que está maquinando el mal en aquello que dice: *Todas estas cosas te daré si postrado me adorares*[9]. Se cuenta de él que, escondiéndose en la arena, atrae a sí hasta las aves que vuelan con su venenoso soplo. ¡Qué soplo tan venenoso fué éste: *Todas estas cosas te daré si postrado me adoras!* Pero no era aquélla cualquiera ave; nada pudo contra ella el soplo del dragón.

7. ¿Qué diremos del basilisco? Este es el más monstruoso de todos; se dice que con sola su mirada inficiona y quita la vida al hombre. Si no me engaño, es la vanagloria. *Tened cuidado*, dice, *de no hacer las obras buenas delante de los hombres*[10] *para ser vistos de ellos*; como si dijera: Guardaos de los ojos del basilisco. Pero ¿a quién se dice que hace mal el basilisco? Al que no ve antes al basilisco. Porque si tú lo ves primero, según cuentan, no te hará daño ninguno, antes bien, muere entonces el basilisco. Así es, hermanos míos. A LOS QUE NO LA VEN MATA LA VANAGLORIA; a los ciegos, a los negligentes, que se exponen, que se presentan a ella, en lugar de considerarla antes, de temerla y de advertirla; no ven en fin cuán frívola es, qué caduca, qué vana, qué inútil. Porque si alguno la mira de este modo, muere entonces el basilisco; y lejos de matarle la vanagloria, muere ella misma y cae delante de él convertida de algún modo en polvo o, por decir mejor, reducida a la nada. Pero yo juzgo que no hay necesidad de preguntar por qué pertenece a la vanagloria aquella tentación en que dijo el enemigo: *Si eres Hijo de Dios, échate de ahí abajo.* ¿A qué fin era esto sino para que fuese visto y alabado por el basilisco?

8. Pero repara cómo se ocultó el basilisco, con el designio de que no pudiera ser visto primero. *Escrito está*, dice, *que a sus ángeles mandó Dios acerca de ti y en sus manos te llevarán.* ¿Qué está escrito, maligno, qué está escrito? *A sus ángeles mandó Dios acerca de ti.* ¿Qué es lo que les mandó? Advertid y notad que calló con malicia y fraudulencia lo que disiparía los engaños de su malignidad. ¿Qué mandó, pues? Sin duda lo que se sigue en el

[8] Mt. 4, 4.
[9] Mt. 4, 9.
[10] Mt. 6, 1.

salmo: *Que te guarden en todos tus caminos.* ¿Por ventura en los precipicios? ¿Qué camino es echarse abajo desde el pináculo del templo? No es esto camino, sino ruina; y si es camino, tuyo es, no de El. En vano torciste para tentación de la cabeza lo que se escribió para consuelo del cuerpo. Sólo aquel necesita ser guardado de quien se puede temer que tropiece con el pie contra la piedra. No tiene necesidad de ser guardado quien no tiene por qué se tema esto de él. Pero ¿por qué calla lo que se sigue: *Sobre el áspid y basilisco andarás y pisarás al león y al dragón?* De ti, pues, habla esta parábola. La monstruosa malignidad del espíritu de malicia con monstruosos nombres está expresada aquí, como que ha de ser pisada no sólo por la cabeza, sino por todo el cuerpo. Después de haber sido confundido el enemigo por tres veces, no usó ya de la astucia de serpiente, sino de la crueldad de león hasta los oprobios, hasta los azotes, hasta las bofetadas, hasta la muerte, y muerte de cruz. Pero manifiestamente en esto también te pisó a ti, león, el León de la tribu de Judá. Así, igualmente, contra nosotros, hermanos míos, cuando en todo lo demás ve frustrados sus conatos, suscita una persecución cual ninguna hasta entonces haya sido, para que la vehemencia de la tribulación cierre el reino de los cielos a los que esperaban conseguirle. Dichosa el alma que, pisando al león con poderoso esfuerzo en semejante conflicto, logra arrebatarle con una piadosa violencia.

9. Desde ahora, pues, carísimos, vivamos cauta y solícitamente, como que andamos sobre áspides y basiliscos. Evitemos toda raíz de amargura, de modo que ninguno de nosotros sea mordaz, ninguno atrevido ni ardiente, ninguno inexorable o rebelde. Ni tampoco nos echemos abajo; antes bien superemos y pasemos por encima de la mortífera vista de la vanagloria, del modo que está escrito: *En vano se tiende la red delante de los ojos de aquellos que tienen alas* [11]; pisemos igualmente al león y al dragón, de suerte que ni el rugido de aquél nos asuste ni el soplo de éste nos inficione. Parece que estos cuatro monstruos ponen toda su mira en otros cuatro afectos del hombre, procurando cada uno encender y avivar cada uno de ellos. ¿A cuál acecha principalmente el dragón? Yo pienso que a la codicia, porque ésta es la raíz de todo lo malo y por sí sola pervierte el corazón. De ahí es que, como queriendo con-

[11] Prov. 1, 17.

solarle, le decía al Señor: *Todas estas cosas te daré.* Del león es manifiesto que no da sus terribles rugidos sino a la puerta del temor. El áspid observa las puertas de la tristeza, juzgando que hallará más franca la entrada por aquí, para poder morder, por lo que no se llegó a Cristo Señor nuestro hasta que tuvo hambre. Por el contrario, la alegría debe guardarse con todo cuidado del basilisco, porque por ella principalísimamente pretende introducir los rayos venenosos de sus ojos; ni daña la vanagloria sino por la vanidad de la alegría.

10. Considera también si acaso a estas cuatro tentaciones podremos oponer cuatro virtudes. El león rugirá. ¿Quién no temerá? Si hubiere alguno, será el fuerte. Pero frustrados los intentos del león, se esconde el dragón en la arena para atraer al alma con sus hálitos ponzoñosos, soplando en ella de algún modo la concupiscencia de lo terreno. ¿Quién piensas que pasando por encima burlará sus asechanzas? Ninguno sino el prudente. Mas acaso, cuando te guardas de bajar a estas cosas, te aflige alguna molestia, al punto entonces se presenta el áspid por parecerle el tiempo más oportuno. ¿Quién no será exasperado por este áspid? El hombre templado y sobrio que sepa abundar y padecer penuria. Con la ocasión de esta victoria con el áspid, te querrá fascinar el ojo perverso, lisonjeándote para daño tuyo. ¿Quién desviará su cara? El justo ciertamente, que no sólo no quiera usurpar la gloria que es de Dios, sino que ni quiera recibirla, aun ofrecida por otros; pero esto si es un justo tal que hace lo que es justo justamente, que no hace las obras buenas para ser visto de los hombres, y que en fin, aunque sea justo, no levanta su cabeza. Esta virtud principalmente consiste en la humildad, pues ella es la que purifica la intención; ella, además, tanto más verdadera y eficazmente consigue todo mérito cuanto menos lo atribuye a sus propias fuerzas.

15 Sobre el décimocuarto verso: «Porque esperó en mí le libraré; yo le protegeré, porque conoció mi nombre» *

1. *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviaré,* dice el Señor: *Tomad mi yugo sobre*

* PL 183, 243.

vosotros y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga leve[1]. A los que andan agobiados convida con el alivio, y llama dulcemente a los cargados al descanso. Mas con todo eso no quita la carga o el trabajo, sino que lo conmuta en otra carga y en otro trabajo; pero en carga ligera, en yugo suave, en que el descanso y el alivio, aunque se manifiestan poco, sin embargo verdaderamente se encuentran. Grave carga la iniquidad que está sentada sobre el talento de plomo. Bajo de esta carga gemía el que decía: *Mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza y como una pesada carga me tienen agobiado*[2]. ¿Cuál es la carga de Cristo y este yugo ligero? En mi sentir, LA CARGA DE SUS BENEFICIOS. Dulce carga, pero para aquel que la siente, para aquel que la experimenta. Porque si no la hallas, si no la adviertes, enteramente es carga pesada y peligrosa. Como animal de carga es el hombre en el tiempo de su mortalidad; si todavía lleva sus pecados, la carga es pesada; si ya acaso está descargado de sus pecados, es menos grave; pero si juzga sanamente de las cosas, no hallará que sea menor carga esta misma exoneración que dijimos. NOS CARGA DIOS cuando nos exonera: nos carga con el beneficio cuando quita de nosotros el pecado. Voz de un cargado: *¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?*[3] Voz de un cargado: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador*[4]. Voz de un cargado: *Yo siempre temía al Señor como a unas ondas suspendidas sobre mí, y nunca pude soportar el peso de su majestad*[5]. *Siempre,* dice, *temí;* así antes como después de haber recibido el perdón de mis pecados. BIENAVENTURADO EL HOMBRE que de esta manera está siempre con pavor y se angustia con igual cuidado sobre si será oprimido tanto con beneficios como con pecados.

2. Así se nos manifiesta la beneficencia divina, tan solícita por nosotros y tan pródiga, a fin de que nos excitemos al aprecio y nos movamos a su amor. *A sus ángeles mandó que te guarden en todos tus caminos.* ¿Qué más pudo hacer contigo y no lo hizo? Ya sé lo que piensas, como criatura noble. Tienes estimación a los ángeles de Dios, pero tú anhelas al mismo Señor de los ángeles. Ruegas y deseas que, no contento con enviar sus nuncios, el

[1] Mt. 11, 28-30. [2] Ps. 37, 5. [3] Ps. 115, 12. [4] Lc. 5, 8. [5] Iob 31, 23.

mismo que antes hablaba, se presente; ni sólo te bese como por medio de otro, sino con el beso de su misma boca. Oíste que habías de andar sobre el áspid y el basilisco y juntamente sobre el león y el dragón; ni acerca de este dragón ignoras la victoria de San Miguel y de sus ángeles. Mas con todo eso, no a San Miguel, sino al Señor, están clamando tus deseos: *Líbrame, Señor, y ponme junto a ti y ármese contra mí la mano de quienquiera* [6]. Sin duda, esto es aspirar a un refugio no sólo más alto que otros, sino más alto que los más altos, para que de este modo al que dice de corazón: *Porque tú, Señor, eres mi esperanza,* con razón se le responda: *Un refugio altísimo has escogido.*

3. No se desdeña de ser la esperanza de los miserables el piadoso y misericordioso Señor; no rehusa mostrarse El mismo libertador y juntamente protector de los que esperan en El. *Porque esperó en mí,* dice, *le libraré; yo le protegeré, porque ha conocido mi nombre.* Verdaderamente, si el Señor no guardare la ciudad, en vano vela el que la guarda, sea hombre o sea ángel. Montañas son las que sirven de cerco a Jerusalén, pero esto sería poco o más bien nada si el Señor no estuviera alrededor de su pueblo. Por eso, con razón se alaba en los Cantares [7] a la esposa, que, aun habiendo encontrado a los guardias (o más bien, encontrada por ellos, puesto que ella no los buscaba), no quiso detenerse ni se contentó con los guardias, sino que después de preguntar brevemente por el Amado, voló con celeridad a buscarle. Tenía, pues, su corazón la confianza, no en los guardias, sino en el Señor; y si tal vez la querían persuadir otra cosa, decía entonces: *Yo tengo mi confianza en el Señor; ¿cómo decís a mi alma: Pásate a la montaña como un pájaro?* [8] Con menos cuidado observaron esto los de Corinto, que, habiendo encontrado a los que hacían el oficio de guardias, se paraban en ellos y no pasaban adelante. *Yo pertenezco a Cefas,* decía uno; *yo a Pablo,* decía otro; *mas yo me declaro por Apolo,* decía aquél. Pero ¿qué hicieron los guardias prudentes, los guardias considerados? No podían recibir para sí mismos a la esposa, pues tenían un buen celo por ella, tenían por ella un amor de celo, y de celo de Dios, y habían prometido

[6] Iob 17, 3.
[7] Cant. 3, 3.
[8] Ps. 10, 2.

presentarla como una virgen toda pura al único Esposo que es Cristo. *Me hirieron,* continúa, *y me lastimaron*[9]. ¿Cómo así? Si yo no me engaño, la querían precisar a que pasase adelante para encontrar al Amado. Ultimamente también dice: *Me quitaron el manto.* No hay duda de que lo hicieron así para que corriese desembarazada. Es de notar qué fuertemente hiere el Apóstol y qué saetas tan vivas dirige a los que al parecer se habían detenido con los guardias *¿Es Pablo acaso el que ha sido crucificado por vosotros o estáis bautizados en el nombre de Pablo?*[10] *Todas las veces que entre vosotros uno dice yo soy de Pablo, y otro dice yo soy de Apolo, ¿no es bien claro que todavía sois hombres? Porque ¿qué es Pablo y qué Apolo? Unos ministros de aquel en quien habéis creído*[11]. *Porque esperó en mí, le libraré.* No en los guardias, no en los hombres, no en los ángeles, sino en mí, dice, esperó, no aguardando bien alguno sino de mí, ni aun por ellos. Pues toda dádiva excelente y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las luces. Por mí tienen feliz efecto la custodia y vigilancia de los hombres en orden a las obras manifiestas, pues también he deputado por guardias a los hombres sobre ellas. Por mí igualmente es útil y fructuosa la custodia de los ángeles, que observan en los hombres los más secretos movimientos, que con particular cuidado los excitan a lo bueno y ahuyentan a los malignos espíritus que les sugieren lo malo. Pero la custodia íntima de la secretísima intención del corazón humano es preciso que se haga, no sólo por mi disposición, sino por mí mismo, porque no pueden los ojos humanos, ni aun los angélicos, penetrar hasta allí.

4. Reconozcamos agradecidos, hermanos míos, estos tres géneros de custodia que se digna Dios emplear en nosotros y correspondamos como conviene corresponder a cada uno. Procuremos obrar lo bueno delante de los hombres, delante de los ángeles y delante de Dios. Esforcémonos en agradar a todos en todo, pero especialmente a aquel Señor que es máximo sobre todo. Cantemos sus alabanzas delante de los ángeles, para que también en ellos se cumpla lo que está escrito : *Los que te temen me verán*

---

[9] Cant. 5, 7.
[10] 1 Cor. 1, 13.
[11] 1 Cor. 3, 4-5.

y se alegrarán, porque yo he puesto toda mi esperanza en tus palabras [12]. Obedezcamos a nuestros prelados que velan sobre nosotros, como que han de dar cuenta de nuestras almas, a fin de que no hagan esto con tristeza. A la verdad (gracias a Dios, de cuyo solo favor nos viene esto), no hay por qué os amoneste mucho, no hay para qué tema mucho de vosotros en esta parte. Porque ¿cuál es mi gozo y mi corona sino vuestra pronta obediencia e irreprensible conducta? ¿Cuál sería mi consuelo si conociese yo ciertamente que ni los mismos ángeles advierten en vosotros cosa alguna que sea indecorosa o incorrecta, que en ninguno de vosotros se oculta cosa alguna que merezca el anatema de Jericó, que ninguno murmura, que ninguno calumnia a otro secretamente, que ninguno obra fingida o tibiamente, que ninguno revuelve en su interior aquellos pensamientos ignominiosos con los cuales, ¡ay!, suele algunas veces el mismo cuerpo turbarse? Aumento grande de mi gozo sería esto, pero no sería aún la plenitud y colmo de él. Pues no somos tan grandes que debamos tener en poco el que no pueda el hombre juzgarnos; y mucho menos que no descubramos nosotros mismos defecto alguno en nuestra conciencia. Pero si temen al ocultísimo Juez aun los grandes, ¿cuánto más deberemos temblar nosotros a la memoria de aquel examen? ¡Oh si yo tuviera la dicha de conocer que nada hay en todos vosotros que ofenda a aquel ojo que es el único que conoce perfectamente lo que hay en el hombre, viendo en él aun aquello que el hombre mismo no ve! Contemplemos con particularísimo cuidado este juicio, hermanos míos, y tanto más en temor y temblor frecuentemos su consideración, cuanto menos podemos comprender el abismo impenetrable de los juicios de Dios y sus irrefragables disposiciones. Con este temor tiene mérito la esperanza, con este miedo se espera con fruto.

5. Este mismo temor es una firmísima y eficaz ayuda de la esperanza, si alguno con cuidado lo considera; porque él es un don de Dios muy apreciable, y además, al recibir de su mano los favores presentes, se hace más firme la esperanza de los futuros. En fin, se complace Dios en los que le temen; y sin duda la vida está en su voluntad y en su beneplácito nuestra salvación eterna. *Porque esperó en mí, le libraré.* Dulcísima liberalidad la de nuestro Dios

[12] Ps. 118, 74.

no faltar a los que esperan en él. Todo el mérito del hombre consiste en colocar enteramente su esperanza en aquel Señor que hace salvo a todo el hombre. *Nuestros padres esperaron en ti; ellos esperaron y tú les libraste; ellos clamaron a ti y fueron salvados; esperaron en ti y no fueron confundidos* [13]. Pero *¿quién esperó en el Señor y fué confundido?* Esperad en él todos los que componéis la congregación de su pueblo. También dice la Escritura: *Cualquier lugar que pisare vuestro pie, vuestro será.* Vuestro pie, ciertamente, es vuestra esperanza; todo cuanto desee lo alcanzará, con tal que toda se fije en Dios para mantenerse allí firme y no vacilar. ¿Qué temerá entonces del áspid ni del basilisco? ¿Cómo podrá asustarse ya de los bramidos del león ni de los silbidos del dragón?

6. *Porque esperó en mí le libraré.* Pero habiéndole librado ya, para que otra vez no sea combatido, para que otra vez no necesite ser librado, le protegeré y le conservaré, mas con tal que conozca mi nombre y no atribuya a sus fuerzas el haber sido librado, sino que dé a mi nombre la gloria. *Yo le protegeré, porque conoció mi nombre.* En la presencia, pues, de su rostro se muestra la glorificación, y en el conocimiento de su nombre la protección. La esperanza está en el nombre, el objeto de la esperanza en su rostro. Porque ¿quién espera lo que ya está viendo? La fe viene por lo que se ha oído, y según el mismo Apóstol: *Es el fundamento de las cosas que debemos esperar* [14]. *Yo le protegeré, porque conoció mi nombre.* No conoce su nombre el que le llama en vano, el que le llama Señor, Señor, pero no hace lo que le manda. No conoce su nombre el que ni le honra como a Padre ni le teme como a Señor. No conoce su nombre el que pone su atención en vanidades y locuras engañosas. *Bienaventurado el hombre que pone su esperanza en el nombre del Señor y no puso su atención en vanidades y locuras falsas* [15]. Este nombre había conocido el que decía: *Ningún otro nombre ha sido dado a los hombres por el cual debamos salvarnos* [16]. Pues, hermanos míos, si conocemos el nombre santo que ha sido invocado sobre nosotros, debemos desear que sea siempre en nosotros santificado, orando según lo que nos enseñó el Salvador: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre* [17]. Escucha, en fin, lo que en el salmo se

[13] Ps. 21, 5-6.
[14] Hebr. 11, 1.
[15] Ps. 39, 5.
[16] Act. 4, 15.
[17] Mt. 6, 8.

sigue: *A mí clamó y yo le oiré*. Ved aquí el fruto de la noticia de su nombre, que es el clamor de la oración. El fruto del clamor es oírle el Salvador. Porque ¿cómo sin invocarle pudiera ser oído o, ignorando el nombre del Señor, pudiera invocarle? Gracias a aquel Señor que manifestó a los hombres el nombre del Padre, poniendo el fruto de la salud en su invocación, como está escrito: *Cualquiera que invoque el nombre del Señor será salvo* [18].

16 Sobre el décimoquinto verso: «A mí clamó y yo le oiré; con él estoy en la tribulación, yo le salvaré y le colmaré de gloria» *

1. *A mí clamó y yo le oiré*. Ved aquí claramente un testamento de paz, un concierto de piedad, un pacto de misericordia y de clemencia. *Esperó en mí*, dice, *y yo le libraré. Conoció mi nombre, yo le protegeré; clamó a mí y yo le oiré*. No dice: Digno fué, justo y recto fué, inocente en sus manos y limpio de corazón; por eso le libraré, le protegeré y oiré. Porque si dijera estas o semejantes cosas, ¿quién no desconfiaría? ¿Quién se podrá gloriar de que tiene el corazón puro? Mas ahora tú, Señor, estás lleno de misericordia y yo he esperado en ti a causa de tu ley. Dulce ley, pues pone el mérito, para ser oído el hombre, en el clamor de la petición. *A mí clamó*, dice, *y yo le oiré*. Con razón no es oído el que deja de clamar, o no pidiendo en manera alguna o pidiendo tibia y remisamente. En los oídos de Dios el deseo vehemente es un clamor grande, y, al contrario, la intención remisa es una voz sumisa. ¿Cuándo ella penetrará las nubes? ¿Cuándo se escuchará en los cielos? Para que sepa el hombre cómo debe clamar, se le avisa en el principio de su oración que aquel Padre a quien va a dirigir su oración está en los cielos, a fin de que se acuerde de que debe, con un cierto ímpetu de su espíritu, flechar allá su oración. Es Dios espíritu; y en espíritu es preciso que clame cualquiera que desea que llegue su oración a él. Porque así como no mira al rostro del hombre, como hace el hombre, sino que más

[18] Ioel 2, 32.

* PL 183, 247.

bien mira al corazón ; así igualmente sus oídos más bien atienden a la voz del corazón que a la de la lengua, por lo que con razón le llama el profeta *Dios de mi corazón*. De ahí es que, callando Moisés en lo exterior, fué oído en el interior, diciéndole el Señor : *¿Qué estás clamando a mí?*

2. *A mí clamó y yo le oiré*. No sin razón. Verdaderamente lo grande de la necesidad había obligado a un grande clamor. Porque ¿qué pidió clamando sino la consolación, la libertad, la glorificación? De otra suerte, si clamara por otras cosas, ¿cómo hubiera sido oído sobre éstas? *Con él estoy en la tribulación, yo le salvaré y le colmaré de gloria.* Juzgo que estas tres cosas se pueden aplicar a aquellos tres grandes días que hemos de celebrar muy presto. Porque también el Señor por nosotros encontró la tribulación y dolor cuando, habiéndole propuesto el gozo, escogió la cruz, mostrándose dispuesto a sufrir valerosamente la confusión. Pero todas las cosas que estaban profetizadas de él tuvieron fin, según él mismo lo había dicho, antes de su muerte, y fueron consumadas, como dijo en la cruz, y desde entonces descansó. Ni se dilató la gloria de la resurrección, porque al tercer día, al romper el alba, salió del túmulo el sol de justicia para nosotros. Así, pues, el fruto de la tribulación y la verdad de la libertad se dejó ver en la manifestación de su glorificación. Sin embargo, en nosotros también se puede distinguir, a mi parecer, otro triduo. *Con él estoy en la tribulación.* ¿Cuándo es esto, sino en el día de nuestra aflicción, en el día de nuestra cruz? Entonces se cumple lo que El mismo dice: *Vosotros tendréis que sufrir muchísimas aflicciones en el mundo;* y lo que su Apóstol añade : *Todos los que quieren vivir con piedad en Cristo serán perseguidos.* La libertad plena y perfecta no podrá darse antes del día de la sepultura, porque un yugo grave aflige a los hijos de Adán desde el día de su salida del seno de su madre hasta el de la sepultura, que es la madre de todos. En este día, pues, *yo le salvaré,* cuando ya en adelante nada pueda hacer el mundo ni a su alma ni a su cuerpo. La glorificación queda para el día último, para el día de la resurrección, cuando resucite con gloria lo que ahora se siembra en ignominia.

3. ¿De dónde sabemos que el Señor está con nosotros en la tribulación? De que estamos en ella. Porque ¿quién sostendría, quién subsistiría, quién perseveraría sin El? Pongamos todo nuestro gozo, hermanos míos, en las diversas aflicciones que nos molesten, no sólo porque por varias tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios, sino porque el Señor está junto a aquellos que tienen el corazón atribulado. *Aunque ande yo en medio de las sombras de la muerte, no temeré ningún desastre,* dice David, *porque tú, Señor, estás conmigo*[1]. Así, pues, está con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. Pero ¿cuándo estaremos nosotros con El? Sin duda cuando seamos arrebatados para ir al encuentro de Cristo en los aires para estar con El eternamente. ¿Cuándo apareceremos con El en la gloria? Cuando aparezca Cristo, que es nuestra vida. Entre tanto es menester que se oculte, para que la tribulación preceda a la libertad, y la libertad a la glorificación. Escucha la voz de un hombre ya librado: *Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha llenado de bienes, pues El ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída*[2]. *Yo le salvaré y le colmaré de gloria.* Dichoso aquel que entre tanto te tiene por consuelo y ayuda, protector en el tiempo oportuno y en las tribulaciones. Pero ¡cuánto más dichoso aún aquel a quien ya libraste y eximiste de tantos males! ¡Cuánto más dichoso aquel que ya fué librado del lazo de los cazadores, que ya fué arrebatado de entre los pecadores a fin de que no fuese pervertido su espíritu por la malicia ni las engañosas apariencias llegaran a seducir su alma! Pero sobre todos éstos será felicísimo aquel a quien lleves a ti mismo, le llenes de los bienes de tu casa y le conformes a tu claridad.

4. Mientras tanto, queridos hijos míos, clamemos al cielo, y se apiadará de nosotros nuestro Dios. Clamemos al cielo, porque debajo del cielo todo es trabajo y dolor, vanidad y aflicción del espíritu. El corazón del hombre está pervertido; es impenetrable y sus sentidos se hallan propensos a la maldad. No mora lo bueno en mí, esto es, en mi carne, sino que la ley de pecado habita en ella y combate contra mi espíritu. Por último, mi corazón mismo me ha desamparado y mi cuerpo está muerto por el pecado. Tie-

[1] Ps. 22, 4.
[2] Ps. 114, 7-8.

ne, además, cada uno de mis días su propio mal, y el mundo mismo está puesto en poder del maligno. ¡Cuánta maldad en todas las cosas del siglo presente! ¡Qué injustamente los deseos mundanos combaten contra el alma! Están también los príncipes de este siglo tenebroso, que son las malicias espirituales y potestades aéreas, y entre ellas la serpiente, que es más astuta que todos los animales de la tierra. Todas estas cosas están debajo del sol, todas se hallan debajo del cielo. ¿A cuál de todas ellas te quieres refugiar? ¿En cuál esperas hallar consuelo y auxilio? Si le buscas dentro de ti, se ha secado tu corazón y te hallarás puesto en olvido y borrado de él como si ya hubieras muerto. Si debajo de ti, el cuerpo que se corrompe oprime al alma. Si cerca de ti, la habitación terrena, con la multitud de cuidados que la agitan, abate al espíritu. Búscalo, pues, sobre ti, pero ten cuidado de trasmontar y sobrepasar los escuadrones del viento, pues porque saben que toda dádiva excelente y todo don perfecto no puede venir sino de arriba, han cerrado esos ladronzuelos el camino intermedio. Pasa adelante, pues, pasa más adelante de aquellas malicias vigilantes que tan infatigablemente observan y acechan para que ninguno pueda arribar a aquella ciudad. Si te hieren, si te maltratan, déjales la capa, como José en otro tiempo dejó la suya a la tentadora; deja la sábana para huir de ellos desnudo como aquel joven del Evangelio. ¿Por ventura no había puesto Dios solamente la capa y la sábana de aquel hombre en manos del impío, de aquel hombre, digo, en cuya hacienda y cuerpo, dándole al enemigo potestad de hacer lo que quisiera, le dice: *Guárdate de tocar su vida?* Así, pues, esté arriba nuestro corazón, arriba el clamor, arriba los deseos, arriba todo nuestro trato; arriba la intención y toda nuestra esperanza esté puesta arriba. Clama al cielo para que seas oído, y tu Padre, que está en los cielos, te enviará el auxilio desde el lugar santo y desde Sión te defenderá. Te enviará ahora el auxilio en la tribulación, te librará de ella y te colmará de gloria en la resurrección. Grandes cosas son éstas; pero tú, Señor grande, lo has prometido así, y por tu promesa las esperamos, atreviéndonos a decir: *Si clamamos con corazón piadoso, ciertamente nos oirás, puesto que nos lo has prometido*[3]. Amén.

[3] Himno del tiempo de Cuaresma (*Brev. Cisterc.*).

17 SOBRE EL DÉCIMOSEXTO VERSO: «LE LLENARÉ DE LARGOS DÍAS Y LE HARÉ VER MI SALVACIÓN» *

1. Todo nos sucede bien, hermanos míos; bellamente corresponde a las circunstancias de este tiempo el verso presente del salmo. Estamos para celebrar luego la resurrección del Señor, y ya, desde luego, se promete a cada uno la suya, para que con gozo mayor celebren los miembros la memoria de lo que se ha cumplido ya en su cabeza y aguardan que se cumpla algún día en ellos mismos. Conveniente fin de este salmo, en el cual se promete al que lo canta un fin tan dichoso. Agradablemente se completa, pues en él se promete plenitud tan agradable. *Yo le llenaré de largos días y le haré ver mi salvación.* Muchas veces os he dicho, hermanos míos, que, según la sentencia del Apóstol: *A la piedad le están prometidos no sólo los bienes de la vida presente, sino también los de la futura* [1]. Por eso dice también: *Tenéis ahora por fruto vuestra santificación y el fin será la vida eterna* [2]. Esto constituye la plenitud que en este lugar se promete, como también la longitud de días. Porque ¿qué puede haber tan largo como lo que es eterno? ¿Qué puede haber tan largo como lo que no tiene término ninguno? Buen fin la vida eterna; buen fin, pues no tiene fin. Y ciertamente aquello cuyo fin es bueno no puede ser sino bueno. Abracemos, pues, la santificación, porque es buena, pues su fin será la vida sin fin. Sigamos *la santidad y la paz, sin las cuales nadie verá a Dios* [3]. *Yo le llenaré,* dice, *de largos días y le mostraré mi salvación.* De la diestra de Dios es esta promesa; don es de la diestra que deseaba en otro tiempo un santo que la extendiese Dios sobre él: *Tu extenderás tu mano derecha a la obra de tus manos* [4]. *En esta diestra se hallan las delicias por toda la eternidad.* También deseó y consiguió que extendiese Dios a él su mano derecha aquel de quien dice el salmista: *El ha pedido que le guardes la vida; y los días que le has concedido se extenderán por todos los siglos de los siglos* [5]. Más claramente, en fin, lo dijo el Sabio: *En su siniestra están las riquezas y la gloria, y en su diestra la longitud de la vida* [6]. ¿Quién es el

* PL 183, 249.
1 Tim. 4, 8.
2 Rom. 6, 22.
3 Hebr. 12, 14.
4 Iob 14, 15.
5 Ps. 20, 5.
6 Prov. 3, 16.

hombre que quiere la vida y desea ver los días buenos? La vida que ahora vivimos más bien se puede llamar muerte; ni es absolutamente vida, sino vida mortal. Se muere el hombre, decimos, cuando ya ciertísimamente se acerca a la muerte. Pero ¿qué hacemos desde el instante en que comenzamos a vivir, sino acercarnos a la muerte y empezar a morir? Además, cualesquiera que sean los días de esta vida, son pocos y malos, según testifica el santo patriarca Jacob. Allí se vive verdaderamente, en donde la vida es vivaz y vital, allí son los días buenos en donde se halla la longitud interminable de los días. Gracias sean dadas a aquel Señor que dispone todas las cosas no sólo con tanta fortaleza, sino con tanta suavidad. Este número corto de días, a cada uno de los cuales le basta su propio mal, en breve se acabará. Pero donde se halla la bondad de los días no faltará tampoco la eternidad.

2. *Yo le llenaré,* dice, *de largos días.* Lo que había dicho antes, *le glorificaré,* lo declara ahora con más expresión. Mas ¿a quién no le bastará ser glorificado por aquel Señor cuyas obras son perfectas? No puede sino inmensamente glorificar tan grande inmensidad. Es preciso que sea grande la glorificación que procede de una magnífica gloria. *Con una voz venida de la magnífica gloria*[7], dice San Pedro. ¡Qué bien dicho: magnífica gloria!, pues glorifica tan magníficamente en longitud, en multitud y en plenitud de claridad. Engañosa es la gloria, vana la claridad y breves los días de los hombres. El Sabio no los deseará, antes bien de corazón dirá al que mira al corazón: *Yo no he deseado el día del hombre; tú lo sabes*[8]. Pero yo deseo algo más que éste deseó, pues quisiera no llegar a tenerle jamás, porque sé de quién es esta voz: *Yo no recibo claridad del hombre*[9]. ¡Qué miserables nosotros, pues buscamos unos de otros esta gloria de los hombres y no queremos aquella gloria que viene de Dios solo! Sola ésta, que sola despreciamos, tiene la longitud. Y sola ella tiene la plenitud. Breves son los días de los hombres, y sus días, como la flor del heno, florecerán. *Secóse,* dice, *el heno y se cayó su flor, mas la palabra del Señor permanece para siempre*[10]. Sin duda el día verdadero que ignora el ocaso es la eterna Verdad y verdadera Eternidad, y por tanto verdadera y eterna saciedad. Por otra parte, ¿cómo podrá

---

[7] 2 Petr. 1, 17.
[8] Ier. 17, 16.
[9] Io. 5, 41.
[10] Is. 40, 7.

llenar aquella gloria que es engañosa y vana? En fin, también se llama vacía, para que conozcas que lejos de poder llenarte sólo podrás menguar con ella. Mucho mejor nos está por ahora el abatimiento que la elevación; mucho mejor la necesidad que el deleite, pues pasando ambas cosas velozmente, la una tiene pena, la otra adquiere corona.

3. Provechosa es para nosotros la tribulación, pues trae la prueba y lleva a la gloria. *Con él,* dice, *estoy en la tribulación; yo le libraré de ella y le colmaré de gloria.* Demos gracias al Padre de misericordias, pues está con nosotros en la tribulación y nos consuela en todas nuestras adversidades. Así, como dije, nos es necesaria la tribulación, pues se convierte en gloria, y la tristeza que se trueca en gozo, gozo ciertamente largo que ninguno nos puede quitar; gozo de muchos modos, gozo lleno. Cosa necesaria es esta necesidad, pues nos adquiere la corona. No la despreciemos, hermanos míos; la simiente es pequeña, pero es grande el fruto que de ella sale. Tal vez sea insípida, tal vez sea áspera, tal vez sea un solo grano de mostaza. No consideremos en ella lo que se ve, sino lo que no se ve, pues lo que se ve es temporal y lo que no se ve es eterno. Gustemos anticipadamente las primicias de la gloria; gloriémonos en la esperanza de la gloria del gran Dios. No sólo esto, sino que, para decirlo más claramente, nos debemos gloriar en la tribulación, puesto que en ella está la esperanza de la gloria. Mira cómo quiso enseñarte esto mismo el Apóstol cuando dijo que *la tribulación trae la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba la esperanza*[11]. Claramente se advierte por estas palabras que, habiendo dicho antes el Apóstol que se gloriasen en la esperanza, no añadió a esto otra cosa diferente, sino otra cosa más, cuando dijo: *Pero no os gloriéis en esto solamente, sino gloriaos también en las tribulaciones.* No presenta aquí distinto motivo de gloriarse, sino que más bien añade a lo que había dicho antes en dónde debe buscarse la esperanza de la gloria y el motivo de gloriarse en la esperanza. Porque en la tribulación se contiene la esperanza de la gloria, y a más de esto, la misma gloria está contenida en la tribulación, al modo que en la simiente está la esperanza del fruto y el mismo fruto está en la simiente. A este modo también el reino de Dios está ahora dentro de nosotros; un gran tesoro en un vaso de barro, en un vil campo. Está,

[11] Rom. 5, 3-4.

digo, pero escondido. Feliz aquel que le encuentre allí. ¿Quién será aquél? El que ponga su atención más bien en la cosecha que en la simiente. El ojo de la fe encuentra este tesoro no juzgando por lo exterior, sino viendo lo que no parece y mirando lo que no se ve. ¡Cuán ciertamente había encontrado este tesoro y quería que fuese hallado por otro el que decía: *Este momento tan corto y tan ligero de las aflicciones que sufrimos en esta vida, produce en nosotros un peso eterno de una soberana e incomparable gloria!* [12] No dice será remunerado, sino *produce en nosotros un peso eterno de una soberana e incomparable gloria.* Está oculta, hermanos míos, la gloria; está escondida para nosotros en la tribulación; en *este momento* se esconde la eternidad; en la levedad y ligereza de él un peso de una gloria incomparable. Démonos ahora prisa a comprar este campo y este tesoro que en él está escondido. Hagamos materia de toda nuestra alegría las tribulaciones que nos sucedan. Digamos de veras, digamos de corazón: *Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del festín* [13].

4. *Con él estoy en la tribulación,* dice Dios; ¿y yo buscaré otra cosa que la tribulación? Mi dicha será permanecer junto a Dios; ni sólo esto, sino poner también en el Señor mi esperanza, porque *yo le libraré,* dice, *y le colmaré de gloria. Con él estoy en la tribulación.* También dice El mismo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* [14]. *Se llama Manuel, que significa Dios está con nosotros* [15]. *Dios te salve, llena de gracia,* dice a María el ángel, *el Señor es contigo.* En la plenitud de gracia está con nosotros, en la plenitud de la gloria estaremos nosotros con El. Desciende para estar cerca de los atribulados en el corazón, para estar con nosotros en la tribulación. Pero llegará el tiempo en que seremos arrebatados para encontrarnos con Cristo en los aires, y así estaremos siempre con el Señor; mas esto será si procuramos ahora tenerle siempre con nosotros, para que de este modo sea compañero en nuestro camino el mismo que nos ha de dar la patria, o, por mejor decir, para que sea entonces nuestra patria el que es ahora nuestro camino. Mejor es para mí, Señor, padecer tribulaciones, si tú estás conmigo, que reinar sin ti, comer espléndidamente sin ti, gloriarme sin ti. Mucho mejor, Señor, es para mí abrazarte en la tribulación, en la

[12] 2 Cor. 4. 17.
[13] Eccli. 7. 3.
[14] Prov. 8. 31
[15] Lc. 1. 28.

hoguera tenerte conmigo, que estar sin ti aun en el cielo. Porque *¿qué hay para mí en el cielo y qué he querido yo sobre la tierra fuera de ti?* El horno prueba al oro, y la tentación de la tribulación a los hombres justos [16]. Allí, allí estás, Señor, con ellos ; allí estás en medio de los que están congregados en tu nombre, así como en otro tiempo con los tres niños te dignaste manifestarte aun al gentil, de suerte que dijo : *El cuarto es semejante a un Hijo de Dios* [17]. ¿Qué temblamos, qué dudamos, qué huímos de esta hoguera? El fuego se embravece, pero el Señor está con nosotros en la tribulación. Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros? De la misma manera, si El es quien libra, ¿quién podrá arrebatar lo que El tiene en su mano? ¿Quién hay que de su mano pueda sacar a nadie? Por último, si El glorifica, ¿quién nos privará de la gloria? Si El glorifica, ¿quién nos podrá humillar?

5. Escucha, en fin, con qué género de gloria glorifica. *Le llenaré,* dice, *de largos días.* En primer lugar debes advertir que, aunque pone el Espíritu Santo en plural el número de días, no quiere significar mudanza alguna, sino su multitud. Pero también, aunque sospeches mutación, más vale un solo día en los tabernáculos del Señor que mil en otra parte. Leemos que algunos santos y perfectos varones, aun desde estos días nuestros, han pasado a la eternidad llenos de días, ni entendemos en esto otra cosa sino que pasaron llenos de méritos y llenos de gracias, adelantando de día en día, de claridad en claridad, no ciertamente por su espíritu, sino por la iluminación del Espíritu del Señor. Pues si la gracia se llama día, si (como arriba dijimos) se llama también día del hombre la claridad que viene del hombre y esta obscura gloria que buscamos unos de otros, ¿cómo mucho más bien no será la plenitud de la verdadera gloria verdadero día, o, diciendo mejor, un medio día en plena luz? Y si en las diferencias que hay de gracias entendemos muchos días, ¿cómo no entenderemos la multitud de días en una gloria tan multiplicada? Ultimamente escucha muchos días sin variación alguna : *Será la luz de la luna como la luz del sol,* dice el profeta, *y la luz del sol será siete veces mayor que la luz de siete días juntos* [18]. En todos estos días de su vida deseaba (si no me engaño) aquel rey tan fiel cantar a Dios sus

[16] Eccli. 27, 6. [17] Dan. 3, 92. [18] Is. 30, 26.

salmos en la casa del Señor. Porque ofrecer el hombre todo su afecto a Dios por cada uno de los dones de tan grande y tan inestimable gloria y darle gracias por todos eternamente, será lo mismo que cantar salmos en honor de su nombre todos los días.

6. *Le llenaré de largos días.* Como si más claramente dijera: Yo bien sé lo que desea, de lo que tiene sed, lo que le gusta. No le gusta el oro, ni la plata, ni el deleite, ni la curiosidad, ni la dignidad alguna del siglo. De todas estas cosas no hace caso, todas las desprecia y las reputa como estiércol. Se vacía de sí mismo enteramente y no permite que le ocupen las demás cosas, pues conoce él que no le pueden llenar. No ignora a imagen de quién está criado, de qué grandeza es capaz, ni podrá tolerar el crecer en lo poco para menguar en lo máximo. Así con largos días llenaré a quien no puede recrear sino la luz verdadera, ni puede llenar otra que la eterna; pues ni aquella larga edad tendrá término, ni aquella claridad ocaso, ni aquella saciedad fastidio. Porque habrá seguridad de la eternidad, gloria de la verdad, gozo de la saciedad. *Y le mostraré mi salvación.* Desde entonces merecerá ver lo que deseó, cuando el Rey de la gloria presente a sí mismo gloriosa la Iglesia, sin tener mancha por el esplendor de la gloria ni tampoco arruga por su total plenitud. Ni pudiera ser de otro modo, porque así como no puede ser elevado al esplendor de aquella luz un ánimo impuro, así tampoco el ánimo turbado en algo o inquieto. Por eso ahora nos mandan (como dije arriba) que sigamos la santidad y la paz, porque sin éstas nadie verá a Dios. Cuando llene, pues, tu deseo con los soberanos bienes, para que no haya otra cosa ya que puedas apetecer, serenado enteramente el ánimo por la misma plenitud, podrás ver ya aquella serenidad, aquella plenitud de majestad, hecho ya semejante a Dios, porque le verás como es en sí mismo. O acaso porque, lleno ya de gloria el hombre en sí mismo, también por fuera verá la salvación que Dios ha obrado y registrará por todas partes toda la tierra llena de la majestad del Señor este habitador del siglo de las delicias; se puede referir a esto también lo que el Espíritu Santo añadió: *Y le mostraré mi salvación.*

7. Pero si os agrada a vosotros, podemos dar a estas palabras otro sentido, diciendo que declara más el Espíritu cuáles sean aquellos días con que había prometido llenar al

hombre cuando añade que le hará ver su salvación. *Le llenaré,* dice, *de largos días;* y como si preguntases tú: ¿Cómo habrá día en aquella ciudad de la cual leemos que no lucirá el sol allí durante el día, porque en ella no habrá noche? *Yo le mostraré,* responde el Espíritu, *mi salvación,* para que de esta suerte (como dice la Escritura) sea su antorcha el Cordero. *Le mostraré mi salvación;* no le instruiré ya en la fe, no le ejercitaré con la esperanza, sino que le llenaré con la vista clara de mí mismo. *Le mostraré mi salvación:* le mostraré mi Jesús, para que eternamente ya vea a aquel Señor en quien creyó, a quien amó, a quien siempre deseó. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud. Muéstranos tu salud y nos basta, pues aquel que la ve te ve también a ti, porque ella misma está en ti y tú en ella. La vida eterna consiste en conocerte a ti, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste. Así entonces dejarás ir a tu siervo en paz, según tu palabra, cuando vean mis ojos tu salud, a tu Jesús, a nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por todos los siglos. Amén.

EN EL DOMINGO DE RAMOS *

1 De los tres órdenes que obsequian a Cristo **

1. No sin causa la Iglesia, que tiene el espíritu de aquel Señor que es su Esposo y juntamente su Dios, juntó hoy con una nueva y maravillosa unión la pasión a la procesión, siendo así que la procesión lleva consigo el aplauso y la pasión el llanto. Así, porque somos deudores a los sabios y a los ignorantes, veamos qué da a entender a los unos y a los otros esta unión misteriosa. Y en primer lugar lo que enseña a los seculares, porque no se ha de comenzar por lo que es espiritual, sino por lo que es animal. Vea, pues, el alma mundana, vea y entienda que todos los gozos de esta vida vienen a parar en el llanto. Por eso aquel Señor que comenzó a enseñar las demás cosas y al mismo tiempo a practicarlas, predicando a los hombres no sólo con palabras, sino con ejemplos, mientras se manifestó en esta vida mortal procuró hacer ver claramente

* PL 183, 253-262.
** PL 183, 253.

en sí mismo lo que había dicho antes por el profeta: *Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno* [1]. Por lo mismo quiso también ser ensalzado con la gloria de la procesión, sabiendo que estaba muy cerca ya el ignominioso día de su pasión. ¿Quién, pues, deberá tener confianza en la inconstancia de la gloria temporal, viendo aún en el mismo Señor que no conoció pecado, en el mismo Criador de los tiempos y Hacedor del Universo, seguirse a exaltación tan grande no menor humillación? En una ciudad misma, por un mismo pueblo y en un tiempo mismo, es honrado con un recibimiento glorioso y con alabanzas divinas, y luego llevado a los tribunales y maltratado con oprobios y tormentos y contado en el número de los malhechores. Éste es el fin de la alegría transitoria, éste es el fruto de la gloria temporal. Por eso discretamente pide a Dios el profeta que le conceda cantar sus alabanzas en medio de su gloria, sin que sienta después las espinas de la tristeza; esto es, pide una procesión a que no se siga pasión.

2. Mas debiendo con vosotros, carísimos, como hombres que sois de espíritu, tratar cosas espirituales, os representamos en la procesión la gloria de la soberana patria, y en la pasión el camino para llegar a ella. Si en la procesión te vino al pensamiento aquella gloria que esperamos y aquel gozo grande sobremanera, cuando seamos arrebatados en las nubes para encontrar a Cristo en los aires, si con todo tu deseo aspiras a ver aquel día, en que será recibido Jesucristo nuestro Señor en la celestial Jerusalén, llevando el triunfo de la victoria, la Cabeza acompañada de todos sus miembros, aplaudiéndole no ya las populares turbas, sino las virtudes angélicas, clamando de todas partes los pueblos de uno y otro Testamento: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor* [2]; si consideraste, vuelvo a decir, en la procesión hacia dónde debes apresurar tus pasos, aprende en la pasión el camino por donde debes ir. La tribulación presente es el camino de la vida, el camino de la gloria, el camino de la ciudad que merece habitarse, el camino del reino, según exclama el ladrón desde la cruz: *Acuérdate de mí, Señor, cuando llegues a tu reino* [3]. Vió que iba al reino y le pidió que en

[1] Is. 40, 6.
[2] Mt. 21, 9.
[3] Lc. 23, 42.

llegando se acordase de él. Llegó también él mismo ; y si quieres saber por qué camino tan compendioso, en el mismo día mereció estar con el Señor en el paraíso. Por tanto, la gloria de la procesión hace tolerables los trabajos de la pasión, porque nada HAY DIFÍCIL para quien ama.

3. Ni te admires de que haya dicho que en la procesión presente se representa la celestial, puesto que es uno mismo el que es recibido en la una y en la otra, aunque de diverso modo y por diversos. En esta procesión va sentado Cristo en un jumento ; en aquélla habrá jumento sin duda, pero racional, pues, *tú, Señor, salvarás a los hombres y a los jumentos*[4]. Con lo que concuerda lo que el mismo profeta dice en otro salmo: *Me hice en tu presencia como un jumento ; y con todo eso no me he alejado de ti.* Y mira si no habla de la procesión, puesto que prosigue diciendo : *Tú has sostenido mi mano derecha, me has conducido según tu voluntad y me has colmado de gloria, recibiéndome así entre tus brazos.* Ni aun el asnillo ciertamente ha de faltar allí, porque, aunque murmure el hereje[5] que no deja que se lleguen los párvulos al Señor, llevando a mal su bautismo, el que nació párvulo y de entre los párvulos escogió su primer escuadrón (hablo de los inocentes), hoy tampoco excluye de su gracia a los párvulos, pues no es impropio de su piedad ni a su majestad dificultoso que supla el don de la gracia lo que en ellos hacía menos posible la naturaleza. No tenderá allí por el suelo la turba popular ramos de árboles, no lo alfombrará con vestidos humildes, sino que los animales simbólicos abatirán sus alas, humillarán los veinticuatro ancianos ante el trono del Cordero sus coronas[6] y todas las virtudes angélicas le dedicarán y ofrecerán todo cuanto tienen de gloria y de hermosura.

4. Pero por haberse hecho ya mención del jumento y de los vestidos y ramos, quiero considerar con alguna mayor atención tres géneros de obsequio que veo ofrecerse en esta procesión al Señor : el primero por el jumento en que va sentado, el segundo por los que tienden sus vestidos, el tercero por los que cortan ramos de los árboles. ¿No es verdad que los demás presentan lo que les sobra y como

[4] Ps. 35, 7.

[5] Habla de los henricianos, de quienes trata en la carta 241. A éstos seguían los colonienses, cuyos perversos dogmas se refutan en los sermones 65 y 66 sobre los Cantares.

[6] Apoc. 5, 8.

sin gravamen propio obsequian al Señor y sólo el jumento se ofrece a sí propio en obsequio suyo? ¿Deberé yo callar, para que estéis más libres de la vanidad, o deberé decirlo para consuelo vuestro? ¿No sois vosotros el piadoso jumento en que va Cristo sentado, puesto que, según el precepto del Apóstol, *glorificáis y lleváis a Dios en vuestro cuerpo?* [7] Porque los del siglo expenden en obsequio del Señor, no ciertamente sus cuerpos, sino lo que está próximo y es necesario para el cuerpo, dando limosna de los haberes terrenos. Los prelados también cortan ramos de los árboles cuando de la fe de Abraham, por ejemplo, y de su obediencia, de la castidad de José, de la mansedumbre de Moisés y de las virtudes de los demás santos forman útiles y edificantes discursos. Pero aquéllos dan de sus abundantes despensas; y a éstos lo que recibieron de balde se les manda que lo distribuyan también de balde. Todos, sin embargo de esto, si cada uno hace fielmente lo que le toca, se hallan en la procesión del Salvador y entran con El en la santa ciudad, porque tres previó Ezequiel que se habían de salvar [8]: Noé, que cortaba ramos para la fábrica del arca; Daniel, el cual, con una vil comida y con el trabajo de la penitencia, vino a ser como un jumento que llevaba al Salvador, y Job, que hacía buen uso de los haberes de este mundo y daba abrigo a los miembros de los pobres con los vellones de sus ovejas. Pero de quién esté más cerca Jesús en la procesión, de quién esté la salvación más vecina, fácilmente juzgo que lo podréis advertir.

2 De la pasión, de la procesión y de los cuatro órdenes que asisten a ella *

1. No permite que nos dilatemos hoy la estrechez del tiempo, pues aunque la procesión que hemos de celebrar nos ofrece muchas cosas, ella misma nos impide que podamos decir muchas. Hemos de celebrar hoy la procesión y poco después hemos de oír la pasión. ¿Qué quiere significar esta maravillosa unión o qué motivos pudieron tener nuestros Padres para juntar la pasión con la procesión? Con razón sin duda se celebra hoy la procesión, puesto que se hizo hoy; pero ¿a qué fin se añadió la pasión, que, según nos consta, tuvo lugar en la feria sexta?

[7] Cor. 6, 20. [8] Ez. 14, 4. * PL 183, 256.

Oportunamente se juntó con la procesión la pasión, para que aprendamos por esto a no tener confianza en ninguna alegría de este mundo, considerando que todos sus gozos vienen a parar en el llanto. Por tanto, no seamos como los insensatos, a quienes mata su propia prosperidad, sino que en el día de los bienes no nos olvidemos de los males y al contrario, puesto que de unos y de otros está mezclado el presente siglo malo, no sólo para los mundanos, sino también para los hombres espirituales. Vemos que a los del mundo unas veces les suceden cosas que les agradan, otras veces cosas que les disgustan ; de la misma suerte, a los hombres espirituales no siempre les suceden cosas tristes, no siempre cosas alegres, sino que de la tarde y de la mañana se forma el día; y también dice la Escritura : *Le visitas muy temprano y de repente le pruebas*[1]. Pero esto, a la verdad, sucede mientras este presente siglo pasa o, más bien, mientras corre y fluye.

2. Mas después de este siglo ha de haber dos estados muy distantes y diferentes, de modo que en el uno no habrá sino llanto y rechinar de dientes y en el otro sólo acción de gracias y voces de alabanzas. *Enjugará Dios todas las lágrimas de los ojos de los santos y ya no habrá muerte jamás. No habrá tampoco jamás allí llanto ni alaridos ni aflicción alguna, porque su primer estado pasó*[2]. Entre tanto, así como los amadores del siglo padecen muchas cosas adversas, así igualmente ni a los siervos de Dios en este mundo les sucede todo según su deseo. Por esto, en los días de los males se acuerdan de los bienes, para no hacerse pusilánimes e impacientes, como aquel de quien leemos en el salmo : *Te alabará cuando le hagas bien*[3]. En el día de los bienes tampoco se olvidan de los males para no envanecerse y decir en su abundancia : *No perderemos este estado jamás*. Porque así como la prosperidad de las cosas seculares mata al secular insensato, así puede la abundancia de la prosperidad espiritual matar al espiritual ignorante, y que por lo mismo deja de ser verdaderamente espiritual, porque el hombre que es verdaderamente espiritual todo lo examina y juzga. Pero de dónde provenga que al insensato le mate su prosperidad y al sabio no, lo tenemos en otra parte : *El corazón del sabio está contento en*

[1] Io. 7, 18.
[2] Apoc. 21, 4.
[3] Ps. 48, 19.

la casa donde hay tristeza; el corazón de los insensatos donde hay diversión[4]. Por tanto, se dice con razón: *Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del festín*[5]. Porque, aunque quebranta la adversidad a muchos, a muchos más llena de soberbia la prosperidad, según lo que está escrito: *Caerán mil a tu lado,* es a saber, al siniestro, en que se designa la adversidad; *y diez mil,* que es decir muchos más, a tu diestra, en que se explica la prosperidad. En fin, porque hay peligro por ambas partes, ora el Sabio y dice: *No me des riquezas ni pobreza*[6], no fuese acaso que las riquezas le elevasen en soberbia o la pobreza le abatiese a la impaciencia.

3. Por eso el Señor, así como procuró mostrar paciencia en la pasión, así también en la procesión mostró humildad. Porque en aquélla, como una oveja fué llevado a la muerte, y como un cordero delante de quien le esquila enmudeció y no abrió su boca; siendo herido, no amenazaba, sino que antes oraba al Padre diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*[7]. ¿Y qué hizo en la procesión? Se disponían los pueblos para salir a recibirle, ni se ocultaba esto a aquel Señor que sabía bien lo que había en el interior de los hombres. Por lo que él también se dispuso no en carrozas o caballos, no en frenos de plata o sillas doradas, sino sentado en la espalda de un humilde jumento, puestas debajo las vestiduras de los apóstoles, que no juzgo yo serían de las más preciosas de aquella tierra.

4. Pero ¿por qué quiso admitir el obsequio de la procesión, sabiendo que muy presto se había de seguir la pasión? Acaso porque fuese más amarga la pasión por haberla precedido la procesión. Pues por un mismo pueblo, en la misma ciudad, interponiéndose poquísimos días, primero es recibido con tanto honor y después crucificado. ¡Oh qué diferentes voces eran: *Quita, quita, crucifícale*[8]; y *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; la salud y la gloria sea para él en las alturas!*[9] ¡Qué diferentes voces son llamarle ahora *Rey de Israel,* y de ahí a pocos días decir: *No tenemos más rey que al César!*[10] ¡Qué diferentes son los ramos verdes y la cruz, las flores y las espinas! A quien antes tendían por alfombra los vestidos

[4] Eccl. 7, 5.
[5] Eccl. 7, 3.
[6] Prov. 30, 8.
[7] Lc. 23, 24.
[8] Io. 19, 15.
[9] Mt. 21, 9.
[10] Io. 19, 15.

propios, de allí a poco le desnudan de los suyos y echan suertes sobre ellos. ¡Ay amarguras de nuestros pecados, qué grande eres cuando para satisfacer por ti es necesaria tanta amargura!

5. Viniendo ya a la procesión, me parece que veo en ella cuatro órdenes diferentes, y tal vez en esta procesión nuestra se podrán ver todas ellas también. Iban algunos delante y disponían el camino; y éstos son los que preparan al Señor el camino para que venga a sus corazones y los que rigen y dirigen sus pasos al camino de la paz. Otros iban detrás, y éstos son los que, conociendo su propia ignorancia, siguen devotamente y no se desvían de las pisadas de los que van delante de ellos. Estaban también los discípulos allegados al Señor como familiares suyos. Estos son los que han escogido la mejor parte, que en el claustro viven siempre para Dios, siempre adheridos a Dios, considerando lo que más agrada a la divina Majestad. No faltó tampoco el jumento en que iba el Señor sentado, el cual es figura de los duros de corazón y de los ánimos en algún modo bestiales. Pero no hubo allí mucha abundancia de estos animales, ni convenía tampoco, porque éstos más sirven de peso que de honor, ni sería por ellos la procesión mucho más gloriosa, pues no saben cantar y sus rebuznos son bastante desapacibles. Estos son los que siempre necesitan de vara y espuela. Sin embargo, ni a éstos los desamparará el Señor, como ellos quieran tomar la enseñanza. Porque a éstos se dice: *Servid al Señor con temor y tomad la enseñanza, no suceda que se enoje alguna vez el Señor y perezcáis descarriados de la senda de la justicia*[11]. Después que este miserable no quiera recibir la enseñanza, ¿qué resta sino que el Señor le deseche de sí con indignación y al punto se salga del camino, corriendo hacia las espinas y abrojos que sofocan la palabra de Dios, que son las riquezas de este mundo y deleites de la carne?

6. Si aquí por desgracia hay algunos semejantes a éstos, para quienes los ejercicios monásticos sean pesados y onerosos, a quienes sea menester punzar frecuentemente y compelerles para que caminen, les rogamos que procuren, si pueden, mudarse de jumentos en hombres y juntarse a algunos de los demás, de modo que sean o de los que preceden, o de los que siguen detrás, o de los adhe-

[11] Ps. 2, 11.

rentes y colaterales al Señor. Pero si ni aun esto hicieren, les ruego que a lo menos permanezcan en lo que son y entre tanto lleven pacientemente las cosas que son saludables, aunque menos suaves, hasta que el Señor se sirva mirar su humildad y promoverlos a alguna cosa mejor. Pero ¿queréis que de algún modo consolemos a nuestro jumento? Sabemos seguramente que no sabe cantar. Porque ni es de aquellos que pueden decir: *Tus preceptos, llenos de justicia, eran para mí dulces cánticos en el lugar de mi peregrinación* [12]. Sin embargo, una cosa tiene a su favor, y es que ninguno de los demás está tan cerca el Señor como de él, pues ni aun aquellos mismos que de una y otra parte están junto al Señor le tienen tan cerca como el jumento en que va sentado. Y escucha esto mismo al profeta: *El Señor está próximo a aquellos que tienen atribulado el corazón* [13]. Así también la madre al hijo que ve enfermo, le fomenta más y le abraza más veces. Ninguno, pues, desdeñe, ninguno menosprecie al que quisiere ser jumento de Cristo, porque quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos, ofende gravemente a aquel Señor que como una madre les fomenta en el regazo de su misericordia hasta que vayan tomando fuerzas. Por lo cual nos previene nuestro bienaventurado padre San Benito que debemos sufrir pacientísimamente las enfermedades de las costumbres de nuestros hermanos [14].

7. Cuatro clases, pues, de personas hay en la procesión del Señor. *Los buenos prudentes y los buenos sencillos;* éstos son los que preceden y los que van detrás. Añadí buenos, porque los prudentes no buenos son malos, según aquella sentencia: *Son sabios para obrar el mal* [15]; y los sencillos no buenos son insensatos, y en la procesión del Señor ni tiene lugar el impío ni el insensato. Los que están allegados e El son *los contemplativos*. Los que le llevan y son cargados de El son los *duros de corazón* y poco devotos .Pero notad una cosa particular. Todos están en la procesión del Señor y, con todo eso, ninguno ve su rostro. Porque los que van delante están ocupados en disponer el camino, cuidando de buscar remedio a los pecados y tentaciones de otros. Los que van detrás de ningún modo pueden ver su cara, sino que, como fué dicho a Moisés, solamente ven sus espaldas. El jumento en que va

[12] Ps. 118, 54.
[13] Ps 33, 19.
[14] *Reg. San Ben.*, c. 72.
[15] Ier. 4, 22.

sentado nunca levanta los ojos para ver, sino que siempre los tiene inclinados a la tierra. Los que están cerca de El le pueden ver alguna vez, pero de prisa no más y no continuada ni perfectamente mientras van andando por el camino. Sin embargo, respecto de los otros, éstos son los que más cara a cara le ven, según lo que también se escribió de Moisés, que a los demás profetas les hablaba Dios por visiones y sueños, pero a él cara a cara. En cuanto a la perfecta visión de Dios, a la verdad, ni el mismo Moisés, cuando vivía en este mundo, pudo alcanzar la vista de su rostro, porque como el mismo Señor dice: *No me verá a mí el hombre sin morir* [16]. No seré visto, dice, en esta vida, no verá ninguno mi rostro en este camino, en esta procesión de la vida. El mismo, pues, por su grande piedad, nos conceda perseverar de tal modo en su procesión mientras vivimos, que merezcamos entrar con El en la ciudad santa, en aquella gran procesión en que ha de ser recibido con todos los suyos por el Padre y ha de entregar a Dios y al Padre el reino, el cual vive y reina por todos los siglos. Amén.

3 De cinco días: el de la procesión, el de la cena, el de la pasión, el de la sepultura y el de la resurrección *

1. Habiendo Dios arreglado todas las cosas con número, peso y medida, con especialidad lo hizo así respecto de aquellos tiempos en que fué visto en la tierra y trató con los hombres. Todo cuanto en ellos obró, todo cuanto habló y padeció, de tal modo lo dispuso, que ni un solo momento se pasó sin misterio ni una sola letra estuvo vacía de algún sacramento. Sin embargo, con más evidencia hizo ilustres los cinco días próximos a este que hoy celebramos, que son: el día de la procesión, el de la cena, el de la pasión, el de la sepultura y el de su resurrección. Notables días, sin duda, y distinguidos sobre todos los demás. En el primero se dignó recibir la humana gloria, y con una grande alegría y gozo universal de toda la tierra quiso entrar, no a pie (como hasta entonces había acostumbrado), sino sentado sobre un jumento, en la ciudad de

[16] Ex. 33, 20.

* PL 183, 259.

Jerusalén. Este día, sin duda, fué preparación para la pasión, habiéndose conmovido más con esta ocasión la envidia de los sacerdotes. Leemos de El que huyendo se retiró de las turbas que habían de venir para apoderarse de El y hacerle Rey. Mas ahora sin ser buscado se presentó para ser recibido y llamado de ellos Rey de Israel; y aun El mismo (como no podemos dudar) movió sus ánimos a estos elogios suyos. Lo mismo se advierte acerca de su pasión, porque alguna vez se fué y se ocultó de los judíos; ni quería andar ya a lo descubierto en Judea, porque le querían matar. Mas sabiendo que había llegado su hora, como quien tenía sobre sí la potestad, espontáneamente se ofreció a la pasión. Convenía, sin duda, que nuestro Pontífice experimentase como nosotros toda suerte de tentaciones fuera del pecado, de modo que, como hombre verdadero, evitase oportunamente lo próspero y lo adverso de los hombres y oportunamente también lo aceptase; y en ambas cosas nos diese a nosotros saludable ejemplo en sí mismo. Porque así como es propio de la templanza declinar los aplausos del pueblo y las cosas propias de este siglo, así algunas veces pertenece a la justicia, por una cierta razón de obrar fundada en la prudencia, admitir estas cosas. Igualmente en algunas ocasiones se debe huir con prudencia de la persecución y de toda adversidad temporal, según lo pida el lugar y el tiempo, pero cuando fuese necesario se deben sufrir varonilmente.

2. Y ciertamente a estas dos cosas (hablo de la prosperidad y adversidad) está reducida la vida del hombre. Pero no menos está y consiste toda la virtud en aquellas cuatro especies suyas que todos saben. De esta suerte fué razón que cumpliese toda virtud aquel Señor en quien más plenamente habita toda la plenitud de la virtud para que a todos nos diese a conocer que él sabía abundar y también padecer penuria. No era la sabiduría de Dios de estos a quienes mata su prosperidad; la virtud de Dios no era de estos a quienes puede perder la aversión. Ambas cosas, pues, están escritas: que *la prosperidad* no de todos, sino *de los insensatos, les mata,* y que *la adversidad abate y pierde* no a cualesquiera, sino *a los necios.* Pero ¡qué modestamente, con todo eso, se ve que recibió esta misma gloria, viniendo al recibimiento triunfal sentado en un jumento y no en carrozas ni caballos! Y decía: *Si alguno os dice algo, responded que el Señor tiene necesidad de*

esto. Grande necesidad era verdaderamente la obra de nuestra salvación. Sin duda había venido Dios a salvar los hombres, multiplicando su misericordia. Esta dignación del Señor fomenta nuestras almas al principio de nuestra conversión para que procreemos el hijo de la esclava. Está suelto para cumplir el mandamiento del Señor el que antes estaba atado y que no podía o no quería hacer lo bueno, o bien atado más fuertemente con uno y otro lazo, es decir, que ni quería ni podía. Entonces no sabía complacerse en el Señor más puramente; ahora ya está persuadido de que le agrada lo que hace y se consuela en pensar que en algún modo le hace deudor suyo, acordándose muchas veces de que el Señor tiene necesidad de estas cosas. Pero con el discurso del tiempo tomará más afición a lo bueno y le pondrá en cuidado su propia deuda, temiendo hallarse ingrato acaso a tantos beneficios y diciendo: Yo soy un siervo inútil y tú no necesitas de mis bienes. Y este afecto ya sin duda es verdadero y fiel; éste es el hijo de la que es libre, en cuya compañía no puede ser heredero el hijo de la esclava. Así en esta procesión.

3. Pero antes de la pasión el afectuosísimo Padre de familias tuvo cuidado de ofrecer la refección a sus domésticos, y en esto también se manifestó la benignidad y humanidad del Señor. Pues habiendo amado a los suyos, les amó hasta el fin y decía: *He deseado con ansia comer esta pascua con vosotros antes de padecer*[1]. Así convenía: había pedido Satanás se le permitiese acribarlos como se acriba el trigo; por eso era necesario prevenir la refección. En fin, si aun alimentados, de algún modo desmayaron, ¿qué harían en ayunas? De aquí fué que no sólo proveyó la refección a los cuerpos, sino también a los corazones, y a éstos principalmente. Porque no estaba próxima para ellos la pasión corporal, sino la espiritual, pues El era quien había de estar solo en la pasión hasta que pasase. A la verdad, esta víctima, así como pudo aprovechar sola ella, así ella sola bastó, ni fué decente que Cristo, y juntamente con El Pedro, o Santiago, o Juan, padeciesen por la salud de los hombres. Con todo eso fueron crucificados con El otros dos, pero dos malvados, de quienes ninguna sospecha podía haber de que su sacrificio, por menos eficaz, se supliese con ellos.

---

[1] Lc. 22, 15.

4. Mas ¿con qué panes alimentó a los apóstoles en la cena? Según lo que yo pienso, con cinco: *Mi comida,* dice, *es hacer la voluntad de mi Padre*[2]. Comida ciertamente, pero del corazón. Porque ¿qué hay que fortalezca igualmente y corrobore el corazón humano y qué hay que así le conforte en todas las necesidades y le sustente como la ejecución de la voluntad divina metida como en el vientre del alma, esto es, en la conciencia? Igualmente, que las palabras de la divina exhortación y el consuelo de las promesas de Dios y las lágrimas de los que oran sean panes del corazón, sólo lo ignora aquel cuyo corazón se ha secado por haberse olvidado de comer su pan. Pero sobre todo la carne del Señor es verdaderamente comida, y comida que da la vida, pan vivo del cielo. Ninguno de éstos hallarás que faltase en la cena del Señor, si con cuidado lo reparas. Estando todavía sentados sus discípulos, se levanta de la cena, se ciñe con un lienzo, echa agua en un lebrillo y lava y limpia los pies de los discípulos. No es esta voluntad de la carne y de la sangre, sino la voluntad del Padre y nuestra santificación. En fin, *si no te lavo,* dice el Señor a Pedro, que más porfiadamente repugnaba, *no tendrás parte conmigo*[3]. Sabemos quién es el que dijo: *No echaré yo fuera al que viene a mí, porque yo descendí del cielo no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió*[4]. Oportunamente, según su costumbre, después del ejemplo de la obra añadió la exhortación de su palabra. En lo que habló (pues el sermón fué copiosísimo) procuró fomentarlos y refocilarlos con muchas promesas, especialmente porque instaba el tiempo de su pasión, hablándoles de su resurrección, de la venida del Espíritu consolador, de la confirmación de ellos y de que algún día les llevaría a la patria. No mucho después se siguió la oración, y puesto en la agonía oraba más largamente. En donde parece también haber llorado, no sólo con los ojos, sino con todos sus miembros, para que todo su cuerpo, que es la Iglesia, fuese lavado con las lágrimas de todo su cuerpo. Acerca del sacramento de su cuerpo y sangre, nadie hay que ignore que este tan grande y tan singular alimento fué presentado este día a los hombres por la primera vez y que en este día se les encomendó y mandó que le frecuentasen en adelante.

---

[2] Io. 4, 34. [3] Io. 13, 8. [4] Io. 6, 37.

5 Se sigue ahora el día de la pasión, en que así como hizo el Señor salvo a todo el hombre, así se ofreció a sí mismo enteramente como víctima saludable, exponiendo el cuerpo a tantos suplicios e injurias y el alma a un afecto de una tiernísima compasión, afligiéndole, por una parte, la inconsolable tristeza de las santas mujeres y, por otra, la desesperación y dispersión de sus discípulos. Estas cuatro cosas fueron la cruz del Señor, y todo esto padeció por nosotros aquel que se compadeció de nosotros con tanta caridad. Sin embargo, todo lo que estaba predicho de El tuvo fin (como El mismo dijo a las mujeres que se lamentaban), y fin sin duda veloz y muy glorioso: el descanso, en primer lugar, y después la resurrección. Nosotros también, si queremos darnos prisa a entrar en aquel descanso, debemos acordarnos que hemos de pasar por muchas tribulaciones. Pero mientras estamos en la tribulación nos parece una cosa grande el descanso, como que nada más podemos desear; mas no habrá descanso para nosotros, aun en el descanso mismo, del deseo de la gloria, del deseo de la resurrección. *Desde ahora ya, dice el Espíritu que descansarán de sus trabajos*[5]. Del trabajo, pues, descansan los que mueren en el Señor, pero no descansan entre tanto del clamor. En fin, colocadas debajo del trono de Dios, claman las almas de los que fueron muertos, porque, aunque nada tienen que les moleste, con todo eso, todavía no tienen todo lo que deleita hasta que al descanso se siga la resurrección, hasta que al sábado se siga la pascua. Amén.

EN LA FERIA CUARTA DE LA SEMANA SANTA *

De la pasión del Señor

1. Emplead toda la vigilancia de vuestro corazón, hermanos míos, para que no se os pasen infructuosamente los misterios de este tiempo. Copiosa es la bendición; disponed vasos limpios; almas devotas, sentidos despiertos, afectos sobrios, conciencias puras habréis de presentar, para recibir tantos dones de gracias. Esta solicitud os debe inspirar no sólo el particular género de vida que habéis

[5] Apoc. 14, 13.

* PL 183, 263.

escogido, sino la general observancia de la Iglesia, de quien sois hijos. Todos los cristianos, en esta sagrada semana, o más de lo acostumbrado o fuera de lo acostumbrado, se ejercitan en la piedad, muestran la modestia, siguen la humildad, se componen con gravedad, para que de algún modo parezca que se compadecen de Cristo paciente. ¿Quién es tan irreligioso que no se compunja? ¿Quién tan insolente que no se humille? ¿Quién tan iracundo que no perdone? ¿Quién tan dado a las delicias que no se abstenga? ¿Quién tan delincuente que no se reprima? ¿Quién tan malicioso que no haga penitencia estos días? Con razón a la verdad. Tienen presente la pasión de Cristo la cual, aun el día de hoy mueve la tierra, parte las piedras, abre los sepulcros. Está próxima también su resurrección, en que habéis de celebrar la solemnidad del Señor altísimo. ¡Ojalá que sea entrando, con alegría y ansia de vuestro espíritu, hasta la más íntima consideración de las altísimas maravillas que ha hecho! Nada mejor se podía hacer en el mundo que lo que fué hecho por el Señor en estos días. Nada mejor ni más útil se podía encargar al mundo que celebrar con solemnidad cada año perpetuamente su memoria con todo fervor del alma y testificar así qué grande es la abundancia de su dulzura inefable. Uno y otro es por nosotros, porque en lo uno y en lo otro está la vida de nuestro espíritu. Admirable es tu pasión, Señor Jesús, pues alejó las pasiones de todos nosotros, fué la víctima para aplacar a Dios por nuestros pecados y jamás resulta ineficaz contra ninguna peste nuestra. Porque ¿qué veneno puede haber tan mortal que no se deshaga con tu muerte?

2. En esta pasión, hermanos míos, conviene *considerar* con especialidad *tres cosas,* que son : *la obra, el modo y la causa.* En la obra se manifiesta la paciencia, en el modo lo humildad, en la causa la caridad. Pero una paciencia singular, pues cuando trabajaban los pecadores sobre sus espaldas, cuando de tal suerte era extendido en un leño que podían contarse todos sus huesos, cuando aquel fortísimo baluarte que guarda a Israel era agujereado por todas partes, cuando sus pies y manos eran clavados, cuando como una oveja fué llevado a la muerte y como un cordero delante de quien le esquila no abrió su boca, no se quejaba contra el Padre, que le había enviado, ni contra el género humano, por quien pagaba lo que no

había robado, ni, en fin, contra el mismo pueblo especialmente suyo, de quien por tantos beneficios que le había dispensado recibía tantos males. Son castigados algunos por sus pecados, y con todo eso, si lo sufren humildemente, esto mismo se les reputa por paciencia. Son afligidos otros, no tanto para ser corregidos como para ser probados y coronados, y en esto se comprueba y manifiesta una paciencia mayor. Pues ¿cómo no se juzgará máxima en Cristo que en el pueblo que El había escogido por su heredad, por aquellos mismos que con especialidad había venido a salvar, fué destinado a una muerte cruelísima cual si fuera un ladrón, no teniendo enteramente pecado alguno, ni por acción propia ni por haberle contraído, ni teniendo tampoco en qué pueda crecer o subir? Sin duda, este Señor es aquel en quien habita toda la plenitud de la Divinidad, no en sombra, sino corporalmente; aquel en quien Dios está reconciliando consigo el mundo no figurativa, sino substancialmente; quien, finalmente, está lleno de gracia y de verdad, no por cooperación a la gracia, sino personalmente, puesto que es el autor de la misma gracia. *Su obra es ajena de El*[1], dice Isaías; porque fué obra suya la que el Padre le encargó que hiciese; pero era ajeno de El que, siendo quien era, sufriese tales cosas. Y así tienes en la obra la paciencia.

3. Pero si atiendes cuidadosamente el modo, no sólo le conocerás humilde, sino manso de corazón. Verdaderamente en su humildad fué condenado por los jueces, cuando ni a tantas blasfemias respondía ni a los falsísimos crímenes que le acumulaban. *Le vimos*, dice, *y no se podía poner en él la vista*; ni era ya el hermoso entre los hijos de los hombres, sino oprobio de los hombres y como un leproso; el último de los hombres, verdaderamente varón de dolores, herido por Dios, y de tal suerte humillado, que ni tenía aspecto ni hermosura[2]. ¡Oh oprobio de los hombres y gloria de los ángeles! Nadie más sublime que El, nadie más humilde. En fin, fué manchado con salivas, hartado de oprobios, condenado a una muerte torpísima y colocado entre los malhechores. ¿No merecerá nada esta humildad, a lo menos por tener tal modo, o más bien por ser superior a todo modo? Como su paciencia es singular, así su humildad es admirable; una y otra sin ejemplo.

---

[1] Is. 28. 21.
[2] Is. 53. 2.

4. Mas a la una y a la otra realza magníficamente la *causa* misma, que es la caridad. Porque movido de la extrema caridad con que Dios nos amó, por redimir al siervo, ni el Padre perdonó a su Hijo ni el Hijo a sí mismo. Verdaderamente caridad extrema, porque excede la medida, sobrepuja todo modo, elevándose a una eminencia que la hace superior a todas. *Nadie tiene caridad mayor que la de quien da su vida por los amigos*[3]. Tú, Señor, la tuviste mayor, pues diste la vida por los enemigos, puesto que, siendo todavía enemigos nosotros, por tu muerte fuimos reconciliados contigo y con el Padre. ¿Cuál otra parecerá que es o que fué o que será semejante a ésta? Apenas hay quien por un justo quiera morir, y tú padeciste por los injustos, muriendo por nuestros delitos, viniendo a justificar graciosamente a los pecadores, a hacer hermanos a los esclavos, coherederos a los cautivos, reyes a los desterrados. Ninguna cosa ilustra tanto esta paciencia y humildad como haber entregado su vida a la muerte, haber tomado sobre sí los pecados de todos los hombres, rogando aún por los transgresores de la ley para que no pereciesen. ¡Expresión verdadera y digna de todo aprecio es ésta! *Porque quiso, fué ofrecido*[4]. No sólo quiso y fué ofrecido, sino que fué ofrecido porque quiso. El solo tuvo la potestad de poner su vida; ninguno se la quitó; la ofreció espontáneamente. Habiendo tomado el vinagre, dijo: *Consumado está*[5], nada resta que cumplir, ya no tengo a qué aguardar. *E inclinada la cabeza,* hecho obediente hasta la muerte, *entregó el espíritu.* ¿Quién tan fácilmente cuando quiere se duerme? Grande flaqueza, sin duda, es morir; pero, a la verdad, morir así, fortaleza inmensa es. Seguramente lo que parece débil en Dios es más fuerte que en los hombres. Puede la locura humana echar en sí mismo las malvadas manos para matarse, pero esto no es poner su vida, más bien es arrojarla y cortarla con violencia que ponerla a su arbitrio. En ti, Judas impío, hubo la infeliz facultad, no de poner tu vida, sino de perderla, ni tu pésimo espíritu salió entregado por ti, sino perdido por ti. Sólo aquel entregó su vida a la muerte que, sólo por su propia virtud, volvió a la vida. Sólo tuvo potestad de ponerla el que sólo tuvo igualmente libre potestad de volverla a tomar, teniendo el imperio de la vida y de la muerte.

[3] Io. 15, 13.
[4] Is. 53, 7.
[5] Io. 19, 30.

5. ¡Qué digna es caridad tan inestimable, humildad tan admirable, paciencia tan insuperable! ¡Qué digna es víctima tan santa, tan inmaculada, tan aceptable! Digno es el Cordero que fué muerto de recibir la fortaleza, de hacer aquello a que vino, de quitar los pecados del mundo. Yo hablo de *tres géneros de pecado* que prevalecieron sobre la tierra. ¿Pensáis que quiero decir esto de la concupiscencia de la carne, y de la concupiscencia de los ojos, y de la soberbia de la vida? Este es un triplicado lazo que dificultosamente se rompe, y por eso muchos arrastran o más bien son arrastrados de esta soga ignominiosa; pero, sin embargo, aquellas tres cosas pueden más en los escogidos. Porque ¿cómo la memoria de aquella paciencia no reprimirá todo deleite? ¿Cómo no echará fuera toda soberbia de la vida la consideración de aquella humildad? Pues aquella caridad es digna sin duda de que su meditación de tal modo ocupe el corazón, que arrastre hacia sí toda el alma y sea expelido de ella enteramente el vicio de la curiosidad. Fuerte es, pues, contra estas cosas la pasión del Salvador.

6. Sin embargo, *yo he pensado hablar de otro pecado* igualmente *triplicado* y decir cómo le echa de nosotros la virtud de la cruz, y acaso esto se oirá con más utilidad. Al *primero* le llamo *original;* al segundo, *personal;* al tercero, *singular. Original se llama aquel máximo delito* que contraemos del primer Adán, en quien pecamos todos y por quien todos morimos. Máximo sin duda, puesto que ocupa no sólo a todo el linaje humano, sino a cualquiera de este linaje, pues no hay quien se exima de él, no hay ni uno solo siquiera. Desde el primer hombre hasta el último se extiende, y en cada uno de ellos, desde la planta del pie hasta la cabeza, se difunde este veneno. Pero, por otro lado, no menos se dilata a toda edad desde aquel día en que le concibió a cada uno su madre hasta el día en que le recibe en el sepulcro la madre común de todos. Porque, si no, ¿de dónde viene este pesado yugo que está sobre todos y cada uno de los hijos de Adán, y esto desde la salida del seno materno hasta el día de la sepultura en la madre de todos? En pecado somos engendrados, en tinieblas somos fomentados, en dolores nos han dado a luz. Antes de la salida servimos de peso y molestia a las tristes madres; en la salida, a manera de víbora, las despedazamos; y es maravilla cómo nosotros mismos no nos hacemos pedazos

igualmente. La primera voz en que rompemos es la del llanto; con razón ciertamente, porque entramos en el valle del llanto, de suerte que con verdad se nos puede adaptar aquello del santo Job: *El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y se llena de muchas miserias*[6]. Cuán cierto sea esto, nos lo han enseñado no las palabras, sino los golpes. *El hombre,* dice, *nacido de mujer;* nada más abatido. Y para que no se lisonjee a sí mismo del deleite de los sentidos corporales que puede percibir de las cosas sensibles, en la misma entrada le participan de un modo terrible la salida, diciéndole: *Vivirás por breve tiempo.* Mas para que aquel corto espacio de tiempo que hay entre la entrada y salida no le juzgue libre para sí, *Y estarás lleno,* dice, *de muchas miserias.* De muchas y de varias, digo: miserias del cuerpo, miserias del corazón, miserias cuando duerme, miserias cuando vela, miserias a cualquiera parte que se vuelva. El mismo nacido de la Virgen y aun hecho de una mujer, pero bendita entre las mujeres; el cual habla a su Madre diciendo: *Mujer, ve ahí a tu hijo;* viviendo también muy breve tiempo sobre la tierra, fué igualmente llenado de muchas miserias; y en aquella brevedad, perseguido con asechanzas, saturado de oprobios, insultado con injurias, atormentado con suplicios, ofendido con afrentas.

7. ¿Dudarás tú que baste esta obediencia para que sea absuelta la culpa de la prevaricación primera? Antes bien no; según fué el delito, así es el don, porque si fuimos condenados por un solo pecado, somos justificados después por la gracia de muchos pecados. Grave sin duda es el pecado original, puesto que no sólo inficionó la persona, sino la naturaleza. Sin embargo, es más grave para cada uno *el personal,* cuando ya, sueltas las riendas, abandonamos por todas partes nuestros miembros a que sirvan de armas de iniquidad para cometer el pecado, aprisionados no ya del pecado ajeno, sino del propio. Pero el *singular* es gravísimo, porque fué cometido contra el Señor de la majestad cuando los impíos mataron injustamente al justo y pusieron sus manos sacrílegas en el mismo Hijo de Dios, haciéndose homicidas cruelísimos o más bien (si se puede decir) deicidas. ¿Qué son los dos primeros en comparación del tercero? A vista de este pecado se puso pálida y se llenó de pavor toda la máquina del mundo y casi se vol-

[6] Iob 14, 1.

vieron todas las cosas al antiguo caos. Pongamos que uno de los grandes del reino hubiera saqueado con mano enemiga la tierra del rey; pongamos que otro, siendo de la mesa y consejo del rey, hubiera sofocado su hijo único con traidoras manos, ¿por ventura no parecerá el primero inocente y libre en comparación del segundo? Pues así es todo pecado respecto de éste, y con todo eso sufrió en sí mismo este pecado aquel Señor que se hizo a sí mismo pecado para condenar al pecado por el pecado. Porque por éste, todo pecado, así original como personal, fué lavado; y el mismo pecado singular fué borrado por sí mismo.

8. La prueba para mí de que fué abolido el pecado máximo, consiste en que por él fueron echados fuera los dos menores, y ved aquí el fundamento. Llevó los pecados de muchos y rogó por los transgresores para que no pereciesen: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*[7]. Vuela tu palabra, Señor, sin que pueda ser detenida, y no volverá a ti vacía, sino que hará aquello para que la enviaste. Mira ahora las obras del Señor, que puso como prodigios sobre la tierra. Fué herido con azotes, coronado de espinas, taladrado con clavos, enclavado en un patíbulo, harto de oprobios; y con todo eso, olvidado de todos sus dolores, clama: *Perdónalos*. Son de ver aquí, por una parte, muchas miserias del cuerpo; por otra, muchas misericordias del corazón; por aquí dolores, por allí conmiseraciones; por aquí el óleo de la alegría, por allí gotas de sangre que corren hasta la tierra. Las misericordias del Señor son muchas, pero también son muchas las miserias del Señor. ¿Vencerán las miserias a las misericordias o las misericordias a las miserias? Venzan, Señor, tus misericordias antiguas, venza la sabiduría a la malicia. Grande es verdaderamente su maldad; pero ¿acaso no es, Señor, mayor tu piedad? Mucho mayor es por todos modos. *¿Así*, dice, *se me vuelve mal por bien y así han cavado una hoya para hacerme perder la vida?*[8] A la verdad, cavaron la hoya para que cayera en la impaciencia, ofreciéndole muchas y muy fuertes ocasiones de indignación. Pero ¿qué es la hoya que ellos han cavado para el abismo de tu mansedumbre? Correspondiendo con males a los bienes, cavaron la hoya, mas la caridad no se irrita, no se precipita, nunca falta, no cae en la hoya, y, a cambio de los

[7] Lc. 23. 34.
[8] Ier. 18. 20.

males con que le han correspondido, acumula bienes. No sucederá que las moscas que están para morir echen a perder la suavidad del bálsamo que fluye de tu cuerpo [9], porque en tu seno está la misericordia y se halla en él una copiosa redención. Las moscas que perecieron son las miserias, son las blasfemias, son los insultos con que te corresponde esta generación perversa y provocadora.

9. Pero tú, Señor, ¿qué haces?; en la misma elevación de tus manos, cuando ya el sacrificio de la mañana pasaba a holocausto de la tarde, en la misma virtud, repito, del perfume del incienso, que subía a los cielos, cubría a la tierra y rociaba a los infiernos, habiendo de ser oído por tu respeto, clamabas: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* [10]. ¡Oh qué grande eres en perdonar! ¡Oh qué grande es la abundancia, Señor, de tu dulzura! ¡Oh qué distantes están tus pensamientos de los nuestros! ¡Oh qué firme ha estado, aun sobre los impíos, tu misericordia! ¡Cosa maravillosa! El clama: *Perdónalos;* y los judíos: *Crucifícale.* Sus palabras se han suavizado más que el aceite y las de los judíos se han trocado en dardos. ¡Oh caridad paciente, pero también compasiva! *La caridad es paciente* [11]; ya esto era bastante. *La caridad es benigna;* esto es el colmo y perfección de ella. *No quieras ser vencido por el mal;* caridad abundante. *Sino vence al mal con bien* [12]: ésta es ya superabundante caridad. No sólo la paciencia de Dios, sino la benignidad suya trajo a penitencia a los judíos. La caridad es benigna, porque ella ama a los mismos a quienes tolera, y los ama ardientemente. La caridad paciente disimula, sufre y espera al que peca, pero la benigna le atrae, le arrastra, le hace volver de sus sendas extraviadas y, en fin, cubre la muchedumbre de sus pecados. ¡Oh judíos!, piedras sois, pero herís una piedra más blanda, y a los golpes da sonidos dulcísimos de piedad y mana de ella óleo suavísimo de caridad. ¿Cómo saciarás, Señor, la sed de los que te desean con el torrente de tus delicias, cuando de esta suerte rocías a los que te crucifican con el óleo de tu misericordia?

10. Es manifiesto, pues, que es poderosísima esta pasión para agotar todo género de pecados. Pero ¿quién sabe si ella se me ha dado a mí? A mí se me ha dado, porque a otro no se pudo dar. ¿Acaso se dió al ángel? Pero éste no

[9] Eccl. 10, 1.
[10] Lc. 23, 34.
[11] 2 Cor. 13, 4.
[12] Rom. 12, 21

la necesitó. ¿Acaso al diablo? Pero éste no se levantará jamás. En fin, no en la semejanza de los ángeles (esté muy lejos pensar que en la semejanza de los demonios), sino *en la semejanza de los hombres, hecho y reconocido por hombre en todo lo que se vió en su exterior, se abatió a sí mismo tomando la forma de esclavo* [13]. Hijo era y tomó la forma de esclavo. Y no sólo tomó la forma de esclavo para estar sujeto, sino de esclavo malo, para ser azotado, y de esclavo pecador, para pagar la pena no teniendo la culpa. *Hecho semejante a los demás hombres,* dice, no al hombre; porque el primer hombre no fué criado en carne de pecado ni en la semejanza de la carne de pecado. Cristo, pues, se sumergió más estrecha y profundamente en la universal miseria de los hombres para que aquel sutil ojo del diablo no percibiese el gran misterio de la piedad de Dios. Por eso en lo que se vió en su exterior conducta y en toda su manera de proceder fué reconocido como hombre; ni apareció en El, en cuanto a la deuda de la naturaleza, señal alguna de singularidad. Porque de este modo fué reconocido, por eso crucificado. A unos pocos se manifestó claramente para que hubiese quienes creyesen en El, pero se ocultó de los demás porque, *si le hubieran conocido, nunca al Señor de la gloria le hubieran crucificado* [14]. A este fin también juntó a aquel singular pecado la ignorancia, para que con alguna sombra de justicia se pudiese perdonar a los ignorantes.

11. Mas dos cosas nos había dejado por herencia el antiguo Adán que huyó de la presencia de Dios: el trabajo y el dolor; el trabajo en la acción y el dolor en la pasión. No le fué dicho esto en el paraíso, que había recibido para cultivarle y guardarle; para cultivarle, digo, agradablemente y guardarle fielmente para sí y para sus descendientes. Cristo nuestro Señor consideró el trabajo y el dolor para ponerlos en sus propias manos, o más bien para ponerse a sí mismo en las manos del trabajo y del dolor, metiéndose en el cieno del profundo [15] y entrando estas aguas hasta su alma. *Mira,* dice al Padre, *mi humildad y mi trabajo* [16], porque pobre soy y vivo en trabajos desde mi juventud [17]. Trabajó sufriendo, sus manos sirvieron en los trabajos. Mira lo que dice del dolor: *¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y ved si hay al-*

[13] Phil. 2, 7.
[14] 1 Cor. 2, 8.
[15] Ps. 68, 3.
[16] Ps. 24, 18.
[17] Ps. 87, 16.

gún dolor como el mío! [18] Verdaderamente él tomó nuestros achaques y él mismo cargó *con nuestras enfermedades y dolores* [19]. Verdaderamente fué varón de dolores pobre y que sabe lo que es padecer, probado con todo género de tentaciones fuera de pecado. El tuvo en su vida una acción pasiva y en su muerte una pasión activa, obrando la salud en medio de la tierra. Por tanto, yo me acordaré, mientras tenga ser, de los trabajos que sufrió predicando, de su cansancio caminando, de sus tentaciones ayunando, de sus vigilias orando, de sus lágrimas compadeciéndose. Me acordaré también de sus dolores, de las afrentas, de las salivas, de las bofetadas, de las burlas, de las ignominias, de los clavos y de otras cosas semejantes a éstas que por él y sobre él pasaron. Para bien mío es su fortaleza, para bien mío la semejanza, pero esto será si se llega también a la imitación siguiendo sus huellas. De otra suerte me pedirán la sangre del Justo que fué derramada sobre la tierra, ni estaré libre de aquel tan singular delito de los judíos por haber sido ingrato a tanta caridad, por haber hecho injuria al espíritu de la gracia, por haber reputado vil y despreciable la sangre del testamento, por haber pisado al Hijo de Dios.

12. Hay muchos que padecen trabajos y dolores; pero es el motivo de esto la necesidad, no la voluntad; y éstos no son conformes a la imagen del Hijo de Dios. Hay otros que los sufren con voluntad, pero no tienen parte ni suerte en estas promesas. Vela toda la noche el lascivo no sólo con paciencia, sino con gusto, para cumplir sus malos deseos; vela el salteador vestido de hierro para arrebatar la presa; vela el ladrón para escalar la casa ajena. Pero todos éstos y sus semejantes están lejos de aquel trabajo y dolor que el Señor tiene en cuenta. Los hombres, pues, de buena voluntad, que con una libertad cristiana trocaron las riquezas por la pobreza, o también, no teniéndolas, las despreciaron como si las tuviesen, dejándolo todo por el Señor, así como él lo dejó todo por ellos, le siguen a cualquier parte que vaya. Esta imitación es para mí poderoso argumento de que la pasión del Señor y la semejanza de su humildad se convierten en utilidad mía. Este, pues, es el sabor, éste el fruto, así de su trabajo como de su dolor.

[18] Thren. 1. 12.
[19] Is. 53. 4.

13. Mira qué magníficamente se ha portado contigo aquella Majestad. De todas las cosas que están en el cielo y bajo del cielo, dijo y fueron hechas. ¿Y qué cosa más fácil que el decir? Pero ¿acaso fué obra de una sola palabra el reformar y rehacer lo que había hecho? Treinta y tres años vivió en la tierra y tratando con los hombres en ella; tuvo calumniadores de sus hechos, insultadores de sus dichos, sin tener siquiera dónde reclinar su cabeza. Y esto, ¿por qué? Porque el Verbo había descendido de su sutileza y había tomado más grueso vestido. Se había hecho carne, y por eso usaba de un modo de obrar algo más grueso y tardo. Mas así como nuestro pensamiento se viste de la voz corporal, sin disminución de sí mismo, ni antes ni después de la voz, así el Hijo de Dios tomó la carne sin padecer mezcla ni disminución ni antes de la carne ni después de la carne. Era invisible en el Padre; pero aquí nuestras manos trataron al Verbo de la vida y vimos con nuestros ojos al que era desde el principio. Este Verbo, pues, porque había tomado una carne purísima y había unido a sí un alma santísima, gobernaba libremente las acciones de su cuerpo, ya porque él era la Sabiduría y Justicia, ya porque no tenía en sus miembros ley alguna que repugnase a la ley de su espíritu. En mí, mi Palabra no es sabiduría ni justicia, pero es capaz de una y otra; pueden faltar de ella y estar en ella, aunque con más facilidad pueden faltar. Porque es más frecuente en nosotros servir a los vicios de nuestra carne que ordenar sus acciones y sus pasiones; por cuanto toda edad, desde la más tierna, está propensa al mal, anhelando, aun entre los azotes y las espadas, aun en el riesgo de la misma muerte, a sus deleites.

14. Feliz aquel cuyo pensamiento (éste es nuestra Palabra) dirige todas sus acciones a la justicia, de suerte que la intención sea sana y la operación recta. Feliz aquel que por amor a la justicia ordena todas las pasiones de su cuerpo para padecer por el Hijo de Dios todo lo que padece, de modo que falte en su corazón la queja y esté en su boca la acción de gracias y la voz de alabanza. El que de esta manera se levanta, éste coge su lecho y va a su casa. El lecho es nuestro cuerpo, en el cual estábamos postrados antes a la fuerza de nuestra enfermedad, sirviendo a nuestros deseos y concupiscencias. Mas ahora le llevamos cuando somos precisados a servir a nuestro espíritu;

y llevamos también a nuestro muerto, puesto que el cuerpo está muerto por el pecado. Pero caminamos, no corremos; porque *el cuerpo corruptible oprime al alma y esta habitación terrena abate al espíritu con la multitud de cuidados que la agitan*[20]. También caminamos a nuestra casa. ¿A qué casa? A la madre de todos, pues *sus sepulcros serán nuestra habitación hasta la consumación de los siglos*[21]. O, más bien, caminamos a nuestra casa que Dios nos ha de dar en el cielo, que no será hecha por mano de hombre y que ha de durar eternamente[22]. Los que bajo de esta carga caminamos, en dejándola, ¿cómo pensáis que correremos? ¿Cómo volaremos? Ciertamente sobre las alas del viento. Nos ha abrazado nuestro Señor Jesucristo por nuestro trabajo y dolor; abracémosle también nosotros por la justicia y para la justicia, que es decir dirigiendo nuestras acciones a la justicia y sufriendo por ella todas las pasiones. Digamos con la Esposa: *He llegado a cogerle; ya no le dejaré ir*[23]. Digamos con el patriarca Jacob: *No te dejaré si antes no me das la bendición*[24]. Porque ¿qué falta ya sino la bendición? ¿Qué resta, después del abrazo, sino el beso de paz? Si de esta suerte estuviera yo allegado a Dios, ¿cómo pudiera dejar de exclamar: *Béseme con el beso de su boca?*[25] Susténtanos, Señor, entre tanto con pan de lágrimas y danos la bebida de lágrimas con medida hasta que nos lleves a aquella medida buena, colmada, remecida y que rebosa que echarás en nuestros senos, tú que en el seno del Padre eres Dios bendito por todos los siglos. Amén.

*EN LA CENA DEL SEÑOR**

Sobre el bautismo, el sacramento del altar y el lavatorio de los pies

1. Estos son los días que debemos reverenciar, días llenos de piedad y de gracia, en los cuales se mueven a penitencia aun las almas de los hombres pecadores. Tanta es la fuerza de los misterios que en estos días se traen a la memoria, que pueden partir los mismos corazones de pie-

[20] Sap. 9, 15.
[21] Ps. 48, 12.
[22] 2 Cor. 5, 1.
[23] Cant. 3, 4.
[24] Gen. 32, 26.
[25] Cant. 1, 1.

* PL 183, 271.

dra y bastan a ablandar los pechos de hierro. Finalmente, hasta el día de hoy estamos viendo, a la presencia de la pasión del Salvador, no sólo compadecerse los cielos, sino estremecerse la tierra, quebrantarse las piedras y abrirse los sepulcros en la confesión de los pecados. Mas sucede en los alimentos espirituales igualmente que en los corporales, que en algunos al instante se percibe su sabor, mientras que en otros es preciso trabajar algo para percibirle; las cosas que por sí son manifiestas no necesitan de nuestro ministerio, pero las que están encerradas piden una consideración diligente. Ni la madre entrega al niño la nuez entera, sino que la quebranta y le da el meollo; así también yo, hermanos carísimos, debería abriros, si pudiera, el secreto de nuestros misterios; mas como puedo tan poco, roguemos que a vosotros, y a mí igualmente, nuestra madre, que es la Sabiduría, nos parta estas nueces; nueces, repito, que produjo la vara sacerdotal, la vara del poder de Dios, que hizo salir de Sión. Muchos son los sacramentos, y no es bastante el tiempo para meditar sobre todos. Quizá también algunos de vosotros son débiles para comprender tantas cosas de una vez; así de tres sacramentos que son bastante congruentes a este tiempo, diremos lo que se dignare inspirarnos el Señor[1].

2. El sacramento es un sagrado signo o sagrado secreto. Hácense muchas cosas solamente por sí, otras para designar a otras; y éstas se llaman signos, y lo son. Quiero tomar un ejemplo de entre las cosas usuales; dase un anillo sencillamente por ser anillo, y entonces no tiene significación alguna; dase para indicar la investidura de alguna heredad, y en este caso es signo, de suerte que puede decir el que lo recibe: El anillo no vale nada, la heredad era lo que quería. A este modo, pues, acercándose el Señor ya a la pasión, tuvo cuidado de investir con su gracia a los suyos, dándoles la gracia que es invisible en algún signo visible. A este fin fueron instituídos todos los sacramentos: para esto la eucaristía, para esto el lavatorio de los pies, para esto el bautismo, que es el primero de los sacramentos, en el cual somos injeridos en el Señor por la semejanza de su muerte; por lo que la trina inmer-

[1] En tiempo de San Bernardo no se había determinado aún el sentido estricto de la palabra *sacramento*. Siguiendo la etimología, se daba este nombre a todo cuanto tenía algo de sagrado, misterioso o revelador en las prácticas de la religión cristiana.

sión del bautismo significa este triduo que ahora se ha de celebrar. Pero así como en las cosas exteriores son varios los signos, y, por no dejar el ejemplo comenzado, se varían las investiduras según las diferentes cosas de que somos investidos; y para más claridad, es investido el canónigo por el libro; el abad, por el báculo, y el obispo, por el báculo y el anillo juntamente; así, pues, vuelvo a decir, como sucede en estas cosas, así también se dan diversas gracias, según la diversidad de los sacramentos. ¿Cuál es, pues, la gracia de la cual se nos da la investidura en el bautismo? Ciertamente la purificación de nuestros delitos. Porque ¿quién puede hacer limpio al que es concebido de sangre inmunda, sino el que sólo es limpio y en quien no cae pecado, que es Dios? El sacramento de esta gracia era antes la circuncisión, con la que raía el cuchillo el orín de la original culpa que había manado de nuestros primeros padres; pero viniendo el Señor, que es cordero todo dulce y manso, cuyo yugo es suave y su carga leve, fué mudado convenientísimamente, lavando ya el agua, con la unción del Espíritu Santo, el envejecido orín y cesando aquella aspereza.

3. Pero acaso preguntará alguno y dirá: Si fué borrado en el bautismo lo que contrajimos de nuestros primeros padres, ¿por qué todavía permanece el cebo de la concupiscencia como incentivo del pecado? Pues no hay duda de que esta ley de pecado ha venido a nosotros de nuestros primeros padres. Todos fuimos engendrados de una voluntad pecadora, y de ahí que fuera corrompida nuestra voluntad, como que estaba llena de llagas; por eso, aun contra nuestra deliberación, sentimos el estímulo de nuestra concupiscencia y como unos bestiales movimientos. Os he dicho muchas veces, y no debéis echarlo en olvido jamás, que en la caída del primer hombre caímos todos. Pero caímos sobre un montón de piedras y en el cieno; y por eso no sólo nos manchamos, sino que también fuimos heridos y quebrantados gravemente. Podemos ciertamente ser lavados presto, pero para sanar del todo es necesaria mucha cura. Somos, pues, lavados en el bautismo, porque en él se borra la escritura de condenación y se nos da la gracia, por la cual ya no nos daña nuestra concupiscencia, con tal que nosotros no la demos consentimiento, y así de este modo se quita la corrompida materia de la inveterada úlcera, quitándose la condenación y suje-

ción a la muerte que antes manaba de allí. Pero ¿quién podrá quebrantar tan fieros movimientos? ¿Quién podrá sostener el escozor de esta úlcera? Tened confianza, que también en esto nos favorece la gracia; y para que estéis seguros, tenéis la investidura del *sacramento del cuerpo del Señor* y de su sangre preciosa. Porque dos efectos obra en nosotros este sacramento: disminuye la concupiscencia en las tentaciones leves y en las graves evita enteramente el consentimiento. Si alguno de vosotros ya no siente tantas veces o no tan fuertes los movimientos de ira, de envidia, de lujuria y de las demás pasiones, dé las gracias al cuerpo y sangre del Señor, porque la virtud del sacramento obra en él, y alégrese de que la úlcera pésima se va sanando.

4. Pero ¿qué haremos que en este cuerpo de pecado y en este tiempo malo no podemos estar sin pecado? ¿Desesperaremos por ventura? De ninguna manera. *Si decimos,* escribe el bienaventurado San Juan, *que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros. Pero si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel para perdonárnoslos y purificarnos de nuestra iniquidad* [2]. Para que no dudemos de la remisión de los cotidianos defectos, tenemos su sacramento, que es la ablución de los pies. Preguntarás acaso: ¿De dónde sé yo que es sacramento para esta remisión, especialmente porque el mismo Señor que la prometió a San Pedro diciendo: *Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después* [3], nada habló de sacramento, sino que sólo dijo: *Ejemplo os he dado para que vosotros también lo hagáis así?* [4] Tenía muchas cosas que decirles, pero no podían ellos con tantas entonces. Y por eso ni quiso dejarles del todo congojosos y con sospechas ni decirles lo que no percibirían. Pero ¿quieres saber que aquello fué hecho no sólo como ejemplo, sino como sacramento? Atiende lo que le dijo a San Pedro: *Si yo no te lavo, no tendrás parte conmigo.* Algo, pues, que sea necesario para la salvación está aquí encerrado, cuando sin ello ni el mismo San Pedro tendría parte en le reino de Cristo y de Dios. Mira cómo Pedro se llenó de pavor a la terrible palabra de tan grande amenaza, mira cómo reconoció que era un misterio saludable cuando respondió: *Señor, no sólo mis pies, sino mis manos*

---

[2] 1 Io. 1, 8. [3] Io. 13, 7. [4] Io 13, 15.

y mi cabeza[5]. ¿Y de dónde sabemos que esta ablución es para lavar los pecados que no son mortales, y de los que ciertamente no podemos guardarnos antes de la muerte? De lo que se respondió al que ofreció manos y cabeza juntamente para que fuesen lavadas: *El que está lavado no necesita más que lavarse los pies.* Lavado está el que no tiene pecados graves; aquel cuya cabeza, en que se significa su intención, y cuyas manos, esto es, sus operaciones y conducta, están limpios, pero los pies, que son los afectos del alma, mientras que andamos en este polvo no pueden estar limpios tan del todo, que no ceda el ánimo unas veces a la curiosidad, otras al deleite, otras a la vanidad más de lo que convendría, aunque no sea más que por un poco de tiempo: *Puesto que todos caemos en muchas faltas*[6].

5. Sin embargo, ninguno desprecie estas culpas ni las tenga en poco. Porque imposible es ir al cielo con ellas; imposible es que se laven sino en Cristo y por Cristo. Ninguno, repito, duerma con una seguridad perniciosa, dejando ir su corazón a palabras de malicia para alegar excusas en sus pecados, puesto que (como oyó San Pedro de la boca de Cristo), si el Señor no las lava, no tendremos parte con él. Mas no por eso debemos estar muy congojosos por ellas; las perdonará fácilmente, y aun gustosamente, si nosotros las reconocemos En estas cosas, como inevitables que son, así como la negligencia sería culpable, así lo sería también el temor inmoderado. De ahí es que en la oración que él instituyó quiso que orásemos todos los días por estos pecados, porque así como acerca de la concupiscencia dijimos que, aunque quitó la condenación, pues, según el Apóstol, *ninguna condenación hay en aquellos que están en Jesucristo*[7], con todo eso, para humillarnos, permite que viva todavía en nosotros y que nos aflija gravemente, a fin de que reconozcamos el bien que nos trae la gracia y recurramos siempre a su auxilio, así también acerca de estos pecados leves una piadosa manera de obrar de Dios dispone que no se nos quiten totalmente, sino que en ellos mismos nos enseña que, cuando no podemos evitar los defectos mínimos, seguramente no venceremos con nuestras propias fuerzas los defectos mayores, y así siempre estemos temerosos y solícitos por no perder su gracia, conociendo que de tantos modos nos es necesaria.

[5] Io. 13. 9. [6] Iac. 3. 2. [7] Rom. 8. 1.

EN EL SANTO DIA DE LA PASCUA *

1 De los siete sellos que desató el Cordero **

1. *Venció el León de la tribu de Judá* [1]. Venció la sabiduría a la malicia, llegando desde el un extremo hasta el otro extremo fuertemente y disponiendo todas las cosas con suavidad, pero fuertemente en lo que hace a favor mío y con suavidad en el modo como lo hace. Venció las blasfemias de los judíos en el patíbulo, ató al fuerte armado en el atrio y triunfó del mismo imperio de la muerte. ¿Qué se han hecho ahora, judío, tus oprobios? ¿Dónde están, enemigo del hombre, las alhajas que tenías cautivas? Muerte, ¿qué es ahora de tu victoria? El calumniador fué confundido, el salteador fué despojado. ¡Nuevo género de poder! La muerte, hasta hoy siempre victoriosa, queda pasmada. Y tú, judío, que el día antes movías delante de la cruz tu cabeza sacrílega, que injuriabas con afrentas a Cristo, verdadera cabeza del hombre, ¿qué dices ahora? *Cristo*, decías, *si es Rey de Israel, baje de la cruz* [2]. ¡Oh lengua envenenada, palabra de malicia, expresión perversa! No es esto, Caifás, lo que decías poco antes: *Conviene que un hombre muera por el pueblo y no perezca toda la nación* [3]. Mas aquello, porque no era mentira, no lo hablabas de ti propio, no lo decías de ti mismo. *Si es Rey de Israel, baje de la cruz;* esto, ciertamente, es tuyo; o, más bien, de aquel que desde el principio es mentiroso. Porque ¿qué conexión tiene que haya de bajar, si es Rey de Israel? ¿No es más consiguiente que suba? ¿Qué, no te acuerdas, serpiente antigua, con cuánta confusión te retiraste en otro tiempo después de haberte atrevido a decirle: *Echate de ahí abajo; y todas estas cosas te daré si postrado me adoras?* [4] ¿Así tienes presente, judío, lo que oíste: *El Señor reinó desde el leño*, que le niegas por Rey, porque permanece en el leño? Pero tal vez no lo oíste, porque no a los judíos, sino a las naciones, se debía este anuncio. *Publicad en las naciones*, dice, *que el Señor reinó desde el leño* [5].

2. Con razón por eso puso el presidente gentil en el leño el título del reino, ni pudo el judío, aunque lo inten-

* PL 183. 273-292.
** PL 183. 273.

[1] Apoc. 3, 8.
[2] Mt. 27, 42.
[3] Io. 11. 50.
[4] Mt. 4, 6-9.
[5] Ps. 95, 10.

tó, alterar la inscripción del título, cuanto menos impedir la pasión del Señor y nuestra redención. *Baje,* dicen, *si es Rey de Israel.* Antes bien, porque es Rey de Israel, no deje el título del reino, no deponga la vara del imperio aquel Señor cuyo imperio está sobre sus hombros [6], como cantó anticipadamente Isaías. *No quieras,* dicen los judíos a Pilatos, *no quieras escribir Rey de los judíos, sino que El dijo: Soy el Rey de los judíos.* Y Pilatos responde: *Lo escrito, escrito queda* [7]. ¿Pues si Pilatos dice lo escrito, escrito, Cristo no perfeccionará lo que comenzó? El, pues, comenzó y nos salvará. Pero dicen todavía: *A otros hizo salvos y a sí mismo no se puede salvar.* Antes, por lo contrario, si baja de la cruz, no hará salvo a ninguno. Porque si no puede ser salvo sino el que perseverare hasta el fin, ¿cuánto menos podrá ser salvador? A otros, pues, hizo salvos, porque El no necesita de salvación, siendo la misma salud. Está obrando nuestra salud, y no sufrirá que deje de llegar hasta el fin el sacrificio vespertino de la víctima saludable. Sabe El lo que tú piensas, maligno, y no te dará ocasión de robarnos la perseverancia, la cual sola es coronada. No hará enmudecer las lenguas de los predicadores que consuelan a los flacos de corazón y dicen a cada uno: *Tú no dejes tu lugar;* lo que sin duda sucedería si pudieran responder que Cristo desamparó el suyo, pues los sentidos del hombre, y también sus pensamientos, están propensos a lo malo. En balde, maligno, preparaste tus saetas en la aljaba y aumentaste los suspiros de los discípulos con los oprobios de los judíos. Aquéllos desesperan, éstos improperan, pero ni unas ni otras flechas dañarán a Cristo. Diferente tiempo ha escogido para consolar a los discípulos y para confundir a sus enemigos.

3. Entre tanto más bien muestra paciencia, recomienda la humildad, cumple la obediencia, perfecciona la caridad. Verdaderamente, con las piedras preciosas de estas virtudes están adornados los cuatro extremos de la cruz, estando en lo más alto la caridad, a la diestra la obediencia, la paciencia a la siniestra, y la humildad, fundamento de las virtudes, en lo profundo. Con estas piedras enriqueció el trofeo de la cruz la consumación de la pasión del Señor cuando, humilde a las blasfemias de los judíos,

[6] Is. 9, 6.
[7] Io. 19, 19-22.

paciente a las heridas, era traspasado en lo interior con sus lenguas y en lo exterior con sus clavos. Se halló en El la caridad perfecta, porque puso su vida por los amigos; y una obediencia consumada cuando, inclinada la cabeza, entregó su espíritu, hecho obediente hasta la muerte. De estas riquezas, de esta gloria intentaban despojar a la Iglesia de Cristo los que decían: *Si es Rey de Israel, baje de la cruz.* Sin duda para que ya no nos quedara dechado de obediencia, incentivo de amor, ejemplo de humildad o de paciencia, sino que debiesen borrarse del Evangelio aquellas palabras suavísimas y más dulces que la miel y el panal: *Ninguno tiene mayor caridad que la de quien pone su vida por sus amigos*[8]. Y hablando con el Padre: *Yo he consumado la obra que me encomendaste*[9]. Y con los discípulos: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*[10]. Y también: *Si fuere levantado de la tierra, atraeré a mí todas las cosas*[11]. Esto es lo que siente la venenosa astucia del enemigo: que sea levantada la serpiente de metal en el desierto y que con su vista sean sanadas las heridas que ella hizo. Porque si no es así, ¿a instancia de quién creeremos que envió la mujer de Pilatos a decirle: *No te mezcles en el negocio de este justo, porque he sido atormentada en sueños por su causa?*[12] Ya entonces, pues, temía el enemigo; pero ahora especialmente, sintiéndose debilitar por la virtud de la cruz, le pesa, aunque tarde, y a los mismos que incitó para que le crucificasen les instiga ahora para que le persuadan que baje de la cruz. En fin, dicen: *Si es el Rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en El.* Astucia ciertamente de la serpiente, invención de la malicia diabólica. Había oído el impío la voz del Salvador que decía: *No fuí enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel*[13], y sabía cuánto celo mostraba por la salud de aquel pueblo. Por tanto, instruyendo con la más refinada malicia las lenguas de los blasfemos, les sugería que dijesen: *Baje de la cruz y creeremos en El*, como si ya nada pudiera oponerse a que bajara aquel que deseaba tan ardientemente que creyesen.

4. Pero ¿qué maquina o contra quién dispone asechanzas el astuto? Contra aquel Señor en quien nada adelantará el enemigo ni será poderoso para dañarle el hijo de la maldad. No se mueve con vanas promesas el que co-

[8] Io. 15, 13.
[9] Io. 17, 4.
[10] Mt. 11, 29.
[11] Io. 12, 32.
[12] Mt. 27, 19.
[13] Mt. 15, 24.

noce los corazones de todos, así como tampoco se movía con los agravios blasfemos el más manso de todos. Se dirigía la persuasión maligna no a que ellos creyesen, sino a procurar por todos los medios posibles que nuestra fe en El pereciese enteramente. Porque leyendo nosotros: *Las obras de Dios son perfectas*[14], ¿cómo confesaríamos que es Dios aquel que hubiera dejado imperfecta la obra de la salud? Pero oigamos lo que responde Cristo a esto por el profeta: ¿Buscas, judío, portentos? *Aguárdame en el día de mi resurrección*[15]. Si quieres creer, mayores obras he puesto delante de tus ojos: multipliqué los prodigios, hice sanos a muchos ayer y antes de ayer; hoy ya debo ser consumado por mi muerte. ¿Qué? ¿No era más el ver, como has visto, salir de los cuerpos obsesos los espíritus inmundos y saltar los paralíticos de sus lechos que ver saltar ahora de mis manos y pies los clavos que tú fijaste? Mas ahora es tiempo de padecer, no de hacer; y así como en vano intentaste anticipar la hora de mi pasión, así tampoco la podrás impedir.

5. Pero si todavía la generación mala y adúltera busca un prodigio, no se le dará otro que el del profeta Jonás: no signo de descensión, sino de resurrección. Y si el judío no le busca, estímele y gócese de él el cristiano. *Venció el León de la tribu de Judá*[16]. Fué despertado el joven con la voz paterna; salió del cerrado túmulo el mismo que no quiso descender del patíbulo. Si esto es cosa mayor o no, sean jueces nuestros enemigos mismos, que tan cuidadosamente custodiaron el monumento sellando la piedra y poniendo guardias. Esta piedra, pues, grande sobremanera, de lo cual se quejaban aquellas devotas mujeres[17], hecha ya la resurrección del Señor, la *removió el ángel y se sentó*, como está escrito, *sobre ella*[18]. Por tanto, es indudable que salió estando cerrado el túmulo su resucitado cuerpo, el mismo sin duda que, cerrado el seno de la Virgen, salió a la vida naciendo y que entró, cerradas las puertas, a la sala en que estaban los discípulos. Sin embargo, un lugar hay de donde no quiso salir las puertas cerradas, que es la cárcel de los infiernos. Quebrantó, pues, los cerrojos de hierro, hizo pedazos todas sus aldabas, para sacar libremente a los suyos, que había redimido del poder del enemigo, y para que saliesen a puertas llanas

[14] Deut. 32, 4.
[15] Soph. 3, 8.
[16] Lc. 11, 29.
[17] Mt. 28, 2.
[18] Mc. 16, 3.

los cándidos escuadrones que habían lavado sus vestidos y los habían puesto blancos con la sangre del Cordero. Verdaderamente blancos con la sangre, porque había salido juntamente con ella y en ella también agua que blanquea; y de esto da testimonio el mismo que lo vió. O digamos que las habían blanqueado en la sangre, pero sangre láctea, cándida y roja del Cordero nuevecito, como tienes en el Cantar de los Cantares: *Mi amado*, dice la esposa, *es blanco y encarnado y escogido entre millares*[19]. De ahí es que también apareció vestido de blanco y con el rostro resplandeciente, testigo de su resurrección.

6. Ahora bien, si para refutar las calumnias de los judíos parece bastante haber salido estando cerrado el monumento el mismo a quien insultándole decían: *Si es Rey de Israel, baje de la cruz* (puesto que procuraron cerrar y sellar con cuidado el monumento), si venció el León de Judá en esta misma salida y mostró mayor prodigio que el que ellos pedían, ¿con qué se podrá comparar el mismo milagro de la resurrección? Leemos a la verdad que precedieron a ésta las resurrecciones de algunos, o más bien suscitaciones, pero aquéllas eran como preámbulo de ésta, la cual se aventaja sobre ellas en dos prerrogativas. Los otros habían resucitado para volver a morir, pero *Cristo, resucitando de entre los muertos, ya no muere; jamás la muerte tendrá sobre El poder alguno.* Aquéllos, de nuevo muertos, tienen necesidad de ser resucitados otra vez, pero *Cristo, en cuanto al haber muerto, murió una vez solamente para el pecado, mas en cuanto a la vida que ahora tiene vive para Dios*[20], vive para la eternidad. Por eso con razón es las primicias de los que resucitan, porque de tal modo se levantó, que nunca volverá a caer, habiendo ya alcanzado la inmortalidad.

7. Otra cosa hay en que se deja ver la gloria singular de esta resurrección. Porque ¿quién de todos los demás se resucitó a sí mismo alguna vez? Cosa inefable es que se despierte a sí mismo del sueño de la muerte el que duerme; cosa singular es; no hay quien lo haga, no hay uno siquiera. El profeta Eliseo[21] resucitó a un muerto, pero a otro, no a sí propio. Mira cuántos años ha que yace en el supulcro, esperando lo que él por sí no puede hacer, que es ser resucitado por otro, por aquel Señor, sin duda, que triunfó en sí mismo del imperio de la muerte.

[19] Cant. 5, 10. [20] Rom. 6, 9-10. [21] 4 Reg. 4, 35.

De ahí es que de los demás decimos que fueron resucitados, pero de Cristo decimos que resucitó, pues El solo por su propia virtud salió victorioso del sepulcro, venciendo en esto el León de la tribu de Judá. ¿Cuánto podrá, o, por decir mejor, qué cosa habrá que él no pueda viviendo y diciendo al Padre: *Resucité y todavía estoy contigo* [22], si fué tan poderoso aun siendo contado con los muertos, aunque libre entre los muertos?

8. Ni dilató la resurrección más allá del tercer día, para que se halle fiel el profeta que dijo: *Nos volverá la vida después de dos días; al tercer día nos resucitará* [23]. Es mucha razón que sigan los miembros por donde precedió su cabeza. En el madero de la cruz, la feria sexta redimió al hombre el día mismo en que había hecho al hombre en el principio del mundo; el segundo día descansó en el monumento, habiendo consumado la obra que había tomado sobre sí; en el tercero, que es el primero de los días, apareció como primicias de los que duermen el vencedor de la muerte, el hombre nuevo. A este modo, nosotros, que seguimos a nuestra cabeza, en todo este día en que fuimos formados y redimidos no cesemos de hacer penitencia, no cesemos de llevar la cruz, perseverando en ella como El perseveró, hasta que diga el Espíritu que descansemos de nuestros trabajos. A ninguno demos oídos, hermanos; no a la carne y sangre, no a cualquiera espíritu que nos persuada que bajemos de la cruz. Perseveremos en la cruz, muramos en la cruz; y de ella nos quiten las manos de otros, no nuestra inconstancia. A nuestra Cabeza bajaron de la cruz los varones justos, a nosotros nos bajen por su dignación los ángeles santos, para que, consumado varonilmente el día de la cruz, en el segundo, que es después de la muerte, descansemos dulcemente, durmamos felizmente en los sepulcros, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida de la gloria del gran Dios, quien resucitará nuestros cuerpos finalmente en el tercer día, haciéndolos semejantes a su cuerpo glorioso. Los muertos de cuatro días echan de sí mal olor, como está escrito de Lázaro: *Señor, ya huele mal, porque hace ya cuatro días que está ahí* [24].

9. La invención de los hijos de Adán ha formado un cuarto día que no recibió del Señor. Por tanto, se corrompieron e hicieron abominables, como los animales brutos

[22] Ps. 138, 18. [23] Os. 6, 3. [24] Io. 11, 39.

que se pudrieron en su estiércol. Este triduo de que hemos hablado, en el trabajo, en el descanso y en la resurrección, está ordenado por Dios. No agradan estas cosas a los hijos de los hombres, sino que quieren que sea preferida su disposición, dilatando el día de la penitencia para ocuparse en los deleites. No es éste el día que hizo el Señor; se han hecho muertos de cuatro días y ya hieden. No fué así, no, en el Santo que nació de María, sino que al tercer día resucitó para no sentir la corrupción. *Venció, pues, el León de la tribu de Judá.* Fué muerto como cordero, pero venció como león. El león rugirá, ¿quién no temerá? El león, vuelvo a decir, el más fuerte de todos los animales, que no siente pavor al encuentro de ninguno: *el León de la tribu de Judá.* Llénense de pavor los que le negaron, los que dijeron: *No tenemos más rey que el César*[25]; llénense de pavor los que profirieron: *No queremos que éste reine sobre nosotros*[26]. El vuelve habiendo tomado su reino y perderá a los malos miserablemente. ¿Quieres saber cómo vuelve recobrado ya su reino? *Se me ha dado,* dice, *toda potestad en el cielo y en la tierra*[27]. El Padre le dice también en el salmo: *Pídeme y te daré todas las gentes por herencia tuya, y por posesión tuya, los términos de la tierra. Los regirás con vara de hierro y los quebrantarás como un vaso de barro*[28]. Es fuerte el león, no cruel; sin embargo, su indignación es terrible y es intolerable la ira de la paloma. Mas el León rugirá por los suyos, no contra los suyos. Llénense, pues, de susto los extraños; pero la tribu de Judá más bien dé muestras de alegría.

10. Alégrense, pues, los que están vestidos de confusión y cuyos huesos todos dicen: *Señor, ¿quién hay semejante a ti? Eres el León de la tribu de Judá, la estirpe de David.* Significa David deseable en el aspecto o fuerte en su mano, y él mismo dice: *Señor, bien ves todos mis deseos;* y también: *Mi fortaleza la guardaré para ti. Raíz,* dice, *de David.* No es David raíz de él, sino él es la raíz de David, porque lleva y no es llevado. Con razón, David santo, llamas a tu hijo Señor tuyo, porque no llevas tú la raíz, sino que la raíz te lleva a ti; la raíz de tu fortaleza y de tu deseo, raíz deseable, raíz fuerte. *Venció el León de la tribu de Judá, raíz de David, en abrir el libro y desatar sus siete sellos.* Del Apocalipsis son estas palabras. Apréndanlas los que no las han leído y pongan su atención en

[25] Io. 19, 15. [26] Lc. 19, 4. [27] Mt. 28, 18. [28] Ps. 2, 8-9.

ellas los que las saben. Vi, dice San Juan, *en la diestra del que estaba sentado sobre el trono, un libro cerrado con siete sellos y no había quien le leyese o abriese. Y yo lloraba mucho, porque ninguno se hallaba digno de abrir el libro. Y uno de los ancianos me dijo: No llores, mira que venció el León de la tribu de Judá, raíz de David. Y miré, y he ahí que en medio del trono estaba un Cordero como muerto; y viniendo tomó el libro de la diestra del que estaba sentado en el trono y abrió el libro, y se siguió una alegría grande y acción de gracias.* Había San Juan oído hablar de un León, y lo que vió fué un Cordero. El Cordero fué muerto, el Cordero tomó el libro, el Cordero le abrió y apareció León. En fin, *digno es,* dicen los ancianos, *el Cordero que fué muerto de recibir la fortaleza.* No dicen de perder la mansedumbre, sino de recibir la fortaleza, para que permanezca Cordero y sea también León. Aun digo más: a lo que a mí me parece, él mismo es el libro que no se podía abrir. Porque ¿quién otro se hallaría digno de abrir el libro? Se confiesa indigno el mismo San Juan Bautista, siendo así que entre los nacidos de las mujeres ninguno fué mayor. *No soy digno,* dice, *de desatar la correa de su calzado.* Había venido a nosotros calzada la majestad, encarnada la divinidad; había venido la sabiduría de Dios, pero en un libro cerrado y sellado. Lo que ataba la correa del calzado eso mismo cerraban los sellos del libro.

11. Pero ¿qué diremos sobre estos siete sellos? ¿Significarán la triplicada facultad del alma, entendimiento, memoria y voluntad, y la composición del cuerpo, de los cuatro elementos, para que sepamos que nada faltó al Salvador de la verdad de la humanidad? ¿O más bien su humanidad es el mismo libro, y en ella hemos de buscar los siete sellos? Yo hallo como siete sellos, con que principalmente se encubría la presencia de la majestad en la carne, para que no se pudiera abrir el libro ni ser conocida la sabiduría que en él se ocultaba. Son, pues, los que ahora me ocurren, el *desposorio* de la Madre, con el cual se cubría el parto de la Virgen y la pureza de su concepción, de suerte que era reputado el fabricador del hombre por hijo de un carpintero. La *flaqueza del cuerpo,* por la cual llorando y dando vagidos, mamando y durmiendo y expuesto a las demás necesidades del hombre, se ocultaba entre estas cosas la virtud de la divinidad. Así igualmente,

tomando la señal de la circuncisión, remedio del pecado y medicina de la enfermedad, aquel Señor que vino a quitar toda enfermedad y pecado, y además de esto, *huyendo de Herodes* a Egipto, ni podía ser conocido por Hijo de Dios ni por Rey del cielo. ¿Y qué eran también aquellas *tres tentaciones del enemigo en el desierto*, en lo alto del templo y sobre el monte? *Si eres*, dice, *Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan*; y también: *Echate de ahí abajo*. Ni una cosa ni otra hizo Cristo para que se sellase el libro, para que se engañase el astuto. En fin, tanto se engañó, que tenía ya por indudable que era puro hombre, y prorrumpió su ciega soberbia en tal desvarío que ya no le decía: *Si eres Hijo de Dios*, sino: *Todas estas cosas te daré si postrado me adoras*. El sello sexto es *la cruz*, donde estuvo pendiente entre dos ladrones y fué contado entre los malvados el Dios de la majestad. También cerró la *sepultura* este libro, ni sello alguno apretó tanto ni ocultó tanto como éste el misterio grande de la piedad de Dios. Verdaderamente, una vez sepultado el Señor, no parecía quedar sino la desesperación sola, de tal suerte que los mismos discípulos decían: *Nosotros esperábamos*[29]. ¿Quién en aquel tiempo no lloraría al ver que estaba cerrado más apretadamente el libro, que no había quien le abriese?

12. Pero no llores más, Juan santo; y tú también, María, no llores más. Vaya lejos todo llanto y disípese la niebla de la tristeza. Gozaos en el Señor y llenaos de alegría todos los que sois justos y publicad con cánticos su gloria todos los que tenéis un corazón recto. Digno es el Cordero que fué muerto, el León que resucitó, últimamente, el libro mismo, digno es de abrirse a sí mismo. Resucitando de entre los muertos, pero resucitando por su propia virtud y después de tres días, como había predicho él, testificando esto mismo sus enemigos; y resucitando en tanta majestad y gloria, hace ver manifiestamente que todos estos sellos o velos de que hemos hablado fueron voluntarios, no necesarios, y no puestos por condición, sino por dignación. ¿Por qué sellabas, judío, un poco antes la piedra del monumento? *Porque aquel seductor había dicho cuando aun vivía: Después de tres días resucitaré*[30] Verdaderamente seductor, pero piadoso, no malicioso. Finalmente: *Me has seducido, Señor, y fuí seducido*, dice el profeta en vuestra persona; *fuiste más fuerte que yo y*

[29] Lc. 24, 21. [30] Mt. 27, 63.

pudiste más[31]. En la pasión, judíos, os sedujo; en la resurrección se alentó y pudo más, venciendo el León de la tribu de Judá; pues *si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria*[32]. ¿Qué harás, pues? Ya resucitó, así como lo predijo. Explora tú cuidadosamente el sello de la sepultura, pues está abierta. Te dan a ti el signo del profeta Jonás porque él también lo dijo antes. Sale Jonás del vientre de la ballena; Cristo sale al tercer día del corazón de la tierra. Pero manifiestamente es más que Jonás éste, pues se sacó animosamente a sí mismo del mismo vientre de la muerte. Por tanto, los ninivitas se levantarán contra vosotros en el juicio; por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces, porque ellos obedecieron al profeta; vosotros, ni al Señor de los profetas.

13. ¿Dónde está lo que decíais: *Baje de la cruz y creeremos en él?*[33] Quisisteis romper el sello de la cruz prometiendo que entraríais en la fe. Ved ahí que ya está abierto, no roto; entrad. De otro modo, si no creéis al que se levanta, tampoco le creeríais aunque hubiera bajado. Ya que tanto os escandalizaba la cruz de Cristo, porque *la palabra de la cruz es escándalo para los judíos*[34], dice el Apóstol, que os excite a lo menos la novedad de la resurrección. Nosotros encontramos en la cruz la gloria. Para nosotros, que nos salvamos, es ella virtud de Dios y la plenitud (como hemos mostrado) de todas las virtudes. Tomad parte a lo menos en la resurrección. Pero acaso ella también, o, por decir mejor, ella mucho más, os escandaliza y el olor de vida que es para nosotros para vida es para vosotros olor de muerte para muerte. ¿Pero qué insistimos? No tiene paciencia para escuchar la música y la danza el hermano mayor del hijo pródigo y se indigna de que se haya matado para nosotros el becerro cebado[35]. Afuera se está y de ningún modo condesciende en entrar. Entremos nosotros, hermanos míos, y disfrutemos el convite en los ácimos de sinceridad y de verdad, pues *Cristo, que ha sido sacrificado, es nuestro Cordero pascual*[36]. Abracemos las virtudes que en la cruz nos recomienda: la humildad, la paciencia, la obediencia y la caridad.

14. Pensemos también con cuidadosa atención lo que se nos intima en esta solemnidad. La resurrección es tránsito y transmigración. Porque Cristo, hermanos míos, no

[31] Ier. 20, 7. [32] 2 Cor. 2, 8. [33] Mt. 27, 42. [34] 1 Cor. 1, 23 [35] Lc. 15, 28. [36] 1 Cor. 5, 7.

recayó hoy, sino que se levantó; no volvió, sino que pasó; transmigró, no regresó. En fin, la misma Pascua que celebramos se interpreta tránsito, no vuelta; y Galilea, en donde se nos promete que veremos a Cristo que resucitó, no significa reversión, sino transmigración. Creo que ya algunos ingenios vuelan adelante y sospechan hacia dónde se dirige este discurso. Con todo eso lo diremos brevemente, atendiendo a que no se haga pesado a vuestra devoción por prolijo, en solemnidad tan grande, nuestro sermón. Si después de la consumación de la cruz hubiera resucitado Cristo a esta nuestra mortalidad y trabajos de la vida presente, yo no diría, hermanos, que El había pasado, sino que había vuelto; no diría que había transmigrado a cosa algo más sublime, sino que había tornado al estado primero. Mas ahora, porque pasó a una nueva vida, nos convida a nosotros para el tránsito, nos llama a Galilea. Por eso, pues, en cuanto murió para el pecado, murió una vez, pero en cuanto ya vive, vive no para la carne, sino para Dios.

15. ¿Qué decimos a esto nosotros, que privamos a la sagrada resurrección del Señor del nombre de Pascua, haciendo que sea para nosotros más vuelta que tránsito? Lloramos estos días entregándonos a la compunción y oración, a la gravedad y abstinencia, deseando redimir y lavar las negligencias de otros tiempos en esta sagrada Cuaresma. Tomamos parte en los trabajos de Cristo, fuimos injeridos en él nuevamente por un cierto bautismo de lágrimas, de penitencia y de confesión. Si hemos muerto, pues, para el pecado, ¿cómo viviremos todavía en él? Si hemos llorado nuestras negligencias, ¿qué motivo habrá para que volvamos a caer en ellas? ¿Seremos ahora curiosos como antes, habladores como antes, perezosos y descuidados como antes; vanos, sospechosos, murmuradores, iracundos, y nos envolveremos en los mismos vicios que tan congojosamente lloramos estos días? He lavado mis pies, ¿cómo los volveré a manchar? Me desnudé de mi túnica, ¿cómo podré volver a vestírmela? No es esto transmigración, hermanos míos, de este modo no se dejará ver Cristo; no es éste el camino para que Dios nos muestre su salud. Ultimamente, el que mira atrás es indigno del reino de Dios.

16. Así los amadores del siglo y enemigos de la cruz de Cristo, de quien habiendo recibido en vano el nombre,

se llaman cristianos, en todo el tiempo de la Cuaresma anhelan a que lleguen los días de la resurrección. ¡Ay!, para emplearse más libremente en los deleites. Anubla, hermanos míos, la alegría de esta solemnidad materia tan triste, pero lloramos la injuria que se hace a esta solemnidad misma, la cual no podemos disimular ni aun en ella y mucho menos en ella. ¡Qué dolor! Se ha hecho tiempo de pecar y como señal para volver a caer la resurrección del Salvador. Desde ahora vuelven las glotonerías y embriagueces, los secretos ilícitos, tratos e impurezas, y se sueltan las riendas a las pasiones, como si para esto hubiera resucitado Cristo y no más bien para nuestra justificación. ¿Así honráis, miserables, a Cristo, a quien habéis recibido? Le aparejasteis hospedaje cuando estaba para venir, confesando los pecados con gemidos, castigando el cuerpo, dando limosnas; y he ahí que habiéndole recibido le entregáis a sus enemigos y le compeléis a que se vaya, admitiendo vosotros las antiguas maldades. Porque no podrán morar juntamente la luz y las tinieblas, Cristo con la soberbia, con la avaricia, con la ambición, con el odio del prójimo, con la lujuria, con la fornicación. ¿Qué menos se le debe cuando está presente que cuando está para venir? ¿Qué menos reverencia exige el tiempo de la resurrección que el de la pasión? Pero vosotros, como se ve claramente, ni una ni otra respetáis. Porque si hubierais padecido con El sinceramente, también reinaríais con El; si con El hubierais muerto, con El también hubierais resucitado.

17. Mas ahora se ve que de la sola costumbre del tiempo y de una cierta disimulación procedió aquella humillación que no es seguida del gozo espiritual. *Por esto,* dice el Apóstol, *muchos están enfermos y débiles y duermen muchos*[37] con el sueño de la muerte. Por esto en muchas provincias mueren muchos hombres, con especialidad estos días. ¿Qué diremos, pues? Fuisteis cogidos en lo estrecho, violadores de la ley, no los que la violasteis, sino los que persistís en violarla, añadiendo pecados a los pecados o enteramente impenitentes o tibiamente penitentes, sin huir los peligrosos incentivos del pecado a lo menos después de tan miserable experiencia. Y si porque os sentís en esta conciencia huís de los sacramentos de Cristo, nada tenéis de común con Cristo, no tenéis vida en

[37] 1 Cor. 11, 30.

vosotros. Escuchad al mismo que dice: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebáis su sangre, no tendréis vida en vosotros*[38]. Si le recibís indignamente, coméis el juicio de vuestra condenación, no haciendo el discernimiento que debíais del cuerpo del Señor. Volved, pues, violadores de la ley, a entrar en vuestro corazón; buscad con todo el corazón al Señor y aborreced lo malo, haciendo penitencia no sólo con las palabras y la lengua, sino con espíritu y con verdad. Pero porque se ve que no le pesa cuanto era razón de haber caído al que todavía se dispone a permanecer en lo resbaladizo y que no siente mucho haber errado el que no busca guía, sea indicio de la compunción verdadera el huir toda oportunidad de pecar y quitar toda ocasión. De otra suerte, debe temerse mucho que en este día (pues El fué puesto para ruina y resurrección de muchos) os repruebe y deseche de sí o como extraños manifiestamente a Cristo, no comunicando con Cristo, o como compañeros de Judas, en quien después del bocado entró Satanás.

18. Pero ¿qué nos metemos nosotros en juzgar a los que están fuera de nuestra profesión, hermanos míos? Es la causa que también nosotros lloramos haber estado en el mismo lazo y nos damos el parabién de que, obrando la sola misericordia de Dios, hemos sido sacados de aquel estado mismo en que nos dolemos, con caridad fraternal, que estén ellos miserablemente envueltos. Ojalá que nosotros a lo menos nos hallemos ya santificados y enteramente ajenos de esta miserable y sacrílega costumbre, ni perezca en nosotros o se disminuya nada de los espirituales ejercicios con la venida de la resurrección, sino que más bien procuremos pasar y adelantarnos en ellos. Cualquiera que después de los lamentos de la penitencia no vuelve a los consuelos carnales, sino que pasa a la confianza de la misericordia divina, entra como en una nueva devoción y gozo en el Espíritu Santo, ni se compunge tanto ya con el recuerdo de los pecados pasados como se deleita e inflama con el deseo de los premios eternos; éste es ciertamente el que resucita con Cristo, el que celebra la Pascua, el que se apresura para ir a Galilea. Vosotros, pues, carísimos, si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que están arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; gustad de las cosas que están arriba, no de las que están sobre la

[38] Io. 6, 54.

tierra, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también vosotros caminéis en una nueva vida, alegrándoos de pasar por la compunción y tristeza, que es según Dios, de la alegría secular y mundana a la devoción santa y gozo espiritual, concediéndonos esto aquel Señor que pasó de este mundo al Padre y que se digna también llevarnos tras sí y llamarnos a Galilea para mostrarse a nosotros a sí mismo; el cual sobre todas cosas es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

2 Predicado a los abades sobre la lección del Evangélio: «María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungir a Jesús» *

1. Hemos oído al Apóstol que Cristo habita por la fe en nuestros corazones [1]. De donde parece que sin violencia se puede entender que tanto tiempo vive Cristo en nosotros como vive la fe, y que luego que nuestra fe está muerta, en algún modo está Cristo muerto en nosotros. La vida de la fe ciertamente la testifican las obras, según está escrito: *Las obras que me ha dado a hacer mi Padre, estas mismas dan testimonio de mí* [2]. Ni parece discrepa de esta sentencia aquel que afirma que la fe sin obras está muerta en sí misma [3], porque así como del movimiento del cuerpo conocemos su vida, así también conocemos la vida de la fe por las buenas obras. Porque la vida del cuerpo es el alma, por la cual se mueve y siente, y la vida de la fe la caridad, por la cual obra, según lo que dice el Apóstol: *La fe, que obra por la caridad* [4]. Por lo que, resfriándose la caridad, muere la fe, así como muere el cuerpo apartándose de él el alma. Tú, pues, si vieres a un hombre animoso en las buenas obras y alegre en el fervor de su conducta, no dudes que la fe vive en él, porque tienes argumentos indubitables de su vida. Pero hay algunos que, habiendo comenzado en espíritu, ¡ay!, acaban después en la carne. Sabemos que ya entonces no permanece en ellos el espíritu de vida, porque escrito está: *No permanecerá mi espíritu eternamente con el hombre, porque es carne* [5]. Si no permanece el espíritu, no hay duda de que falta la caridad,

* PL 183, 283.
[1] Eph. 3, 11.
[2] Io. 5, 36.
[3] Iac. 2, 20.
[4] Gal. 5, 6.
[5] Gen. 6, 3.

que *fué difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué dado* [6].

2. A la verdad, la vida de la fe (como hemos dicho) la coloca en la caridad el que dijo que la fe obra por la caridad [7]. Se infiere de aquí que, apartándose el espíritu, muere la fe, porque el espíritu es quien da la vida. Finalmente, si el saber según la carne es muerte, no hay duda de que aquellos de quienes nos alegrábamos que vivían, al tiempo que mortificaban las obras de la carne con el espíritu, si viven ahora según la carne, deben ser llorados como muertos. Por lo cual leemos en el mismo Apóstol: *Si vivís según la carne, moriréis; pero si mortificáis las obras de la carne con el espíritu, viviréis* [8]. ¡Ay de ti, cualquiera que seas, si te haces como el perro, que vuelve al vómito, y como el animal inmundo, que, lavado, se echa en el revolcadero del cieno! No hablo solamente con aquellos que con el cuerpo volvieron al Egipto, sino también con los que volvieron con el corazón, siguiendo los deleites del siglo, y por eso no tienen la vida de la fe, que es la caridad, porque *si alguno ama al mundo no mora en él la caridad del Padre* [9]. ¿Quién puede estar más muerto que el que tiene el fuego en el seno, esto es, el pecado en su conciencia, y no lo siente ni se asusta de él ni lo sacude de sí?

3. Ved ahí, pues, a Cristo muerto en el sepulcro, si está la fe muerta en el ánimo. ¿Qué haremos, pues? ¿Qué hicieron aquellas santas mujeres, que tenían al Señor más afecto ellas solas que todos? Compraron aromas para ir y ungir a Jesús. ¿Por ventura fué para resucitarle? Nosotros, hermanos míos, sabemos bien que no es obra nuestra el resucitar y que sólo nos incumbe ungir. ¿Esto a qué fin? Para que no hieda semejante hombre, para que no sea para los demás olor de muerte, para que no se disipe y deshaga enteramente. Por tanto, *compren aromas* tres mujeres, que son el *corazón*, la *mano* y la *lengua*. Porque de aquí entiendo yo que recibió San Pedro por tres veces el precepto de apacentar el rebaño del Señor. *Apaciéntale*, dice, con el corazón, *apaciéntale* con la boca, *apaciéntale* [10] con la obra, apaciéntale con la oración del alma, con la exhortación de la palabra y con el ejemplo.

4. Busque, pues, el corazón sus aromas y en primer lugar el *afecto de compasión*, después el *celo de la rectitud*,

[6] Rom. 5, 5. [8] Rom. 8, 13. [10] Io. 21, 16.
[7] Gal. 5, 6. [9] 1 Io. 8, 13.

y entre esto no omita el *espíritu de discreción*. Todas las veces que vieres pecar a tu hermano, al momento debe excitarse en ti el *afecto de compasión*, como tan propio de la humanidad, que le concibes en ti mismo. *Vosotros*, dice el Apóstol, *que sois espirituales, instruíd a este tal en espíritu de blandura, haciendo cada uno reflexión sobre sí mismo y temiendo ser tentado como él*[11]. Y al salir el Señor llevando a cuestas la cruz y llorando sobre El no ciertamente todas las tribus de la tierra todavía, sino unas pocas mujeres, vuelto a ellas las dice: *Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos*[12]. Atiende con cuidado el orden. Primero dice *sobre vosotras;* después, *sobre vuestros hijos*. Haz reflexión sobre ti mismo para que aprendas a compadecerte de otros y para que les reprendas con espíritu de blandura. Considérate a ti mismo y teme que tú también puedes ser tentado. Pero porque el ejemplo persuade con mayor eficacia y se imprime más altamente en el ánimo, yo os envío a aquel santo anciano que, habiendo oído que uno de sus hermanos había pecado, lloraba amarguísimamente y decía: El pecó hoy y yo mañana. El que de esta manera lloraba sobre sí, ¿juzgarás que no se compadecía de su hermano? Este afecto de compasión, a la verdad, aprovecha a muchos, porque un ánimo generoso se avergüenza de proseguir contristando a quien mira acongojarse de su culpa.

5. Pero ¿qué haremos, que hay algunos de tan dura cerviz y de frente tan diamantina, que cuanto más nos compadecemos de ellos tanto más abusan de nuestra compasión y de nuestra paciencia? ¿Por ventura, así como nos compadecíamos de nuestro hermano, así también no nos debemos compadecer de la misma justicia que vemos tan impudentemente despreciar y provocar con tanta imprudencia? Yo sé que, si en nosotros hay alguna caridad, no podremos sufrir con igualdad de ánimo este desprecio de Dios. Este es celo de la justicia con que nos encendemos contra los delincuentes, como llevados de un afecto de piedad para con la justicia de Dios que vemos despreciada. Sin embargo conviene que tenga el primer lugar el afecto de compasión. De otra suerte, con la vehemencia del espíritu quebrantaríamos las naves de Tarsis, haríamos pedazos la caña hendida y apagaríamos la estopa que humea.

[11] Gal. 6, 1. [12] Lc. 23, 22.

6. Mas cuando haya lo uno y lo otro, esto es, el afecto de compasión y el celo de justicia, es preciso que asista también el *espíritu de discreción*, no suceda acaso que cuando conviene mostrar éste salga aquél y confunda todas las cosas la indiscreción. Tenga, pues, nuestro corazón también lo tercero, que es el espíritu de discreción, para que, mezclando ajustadamente tiempos con tiempos, sepa celar oportunamente y no menos perdonar. Sea como el samaritano, aguardando y observando cuándo debe aplicar el aceite de la misericordia, cuándo el vino del fervor. Y porque acaso no lo juzguéis invención mía, escuchad al profeta en el salmo pidiendo estas mismas cosas y con el orden mismo: *Enséñame*, dice, *la bondad, la disciplina y la sabiduría* [13].

7. Pero ¿de dónde nos vendrán estas cosas, pues no produce tales pimpollos de virtudes la tierra de nuestro corazón, sino que más bien brota para nosotros espinas y abrojos? Es forzoso, pues, comprarlas. ¿Mas de quién las compraremos? De aquel Señor sin duda que dice: *Venid, comprad sin plata y sin trueque alguno vino y leche* [14]. No ignoráis qué designa la dulzura de la leche y qué la austeridad del vino. Pero ¿qué es comprar sin plata y sin trueque? No hay este modo de comprar entre los amadores de este siglo, mas en el Autor del siglo no puede haber otro. Pues el profeta dijo al Señor: *Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes* [15]. ¿Qué dará en trueque el hombre por su gracia a aquel Señor que de nada necesita y de quien son todas las cosas? La gracia se da graciosamente; aun cuando se compra, graciosamente se compra, porque lo que se da por ella se guarda y retiene mejor para nosotros.

8. Se han de comprar, pues, los tres aromas del corazón con la moneda de la propia voluntad, dejando la cual nada perdemos, antes bien ganamos muchísimo, pues la conmutamos con mejoras, haciéndola común a todos, siendo ella propia. Verdaderamente la *voluntad común* no es otra cosa que la caridad. Con que de este modo compramos sin trueque, recibiendo lo que no teníamos y asegurando más lo que teníamos. ¿Cuándo sabrá compadecerse de su hermano el que con su propia voluntad no sabía compadecerse sino de sí mismo? O ¿cuándo el amante de sí mismo amará la justicia y tendrá odio a la iniquidad? Podrá

[13] Ps. 118, 66. [14] Is. 55. 1. [15] Ps. 15. 2.

sin duda aparentar cualquiera cosa delante de los hombres, podrá también engañarse a sí mismo, de suerte que cuando le mueve solamente el amor u odio propio, piense que es afecto de compasión o celo de justicia. Pero es fácil conocer cuán ajeno sea de la propia voluntad lo que es propio de la caridad, a la cual se opone aquélla derechamente, porque la caridad es benigna, la caridad no se alegra de la iniquidad. Por lo que toca al espíritu de discreción, nada le extingue tanto como la voluntad propia, pues trastorna los corazones de los hombres y ciega los ojos a la razón. Se deben comprar, pues, tres aromas del corazón, que son: afecto de compasión, celo de rectitud y espíritu de discreción, con la moneda (según hemos dicho) de la propia voluntad.

9. Los aromas de la lengua igualmente son tres: la modestia en reprender, la asiduidad en exhortar, la eficacia en persuadir. ¿Quieres tener estos aromas? Cómpralos de tu Señor Dios; cómpralos, repito, y sin trueque, como las primeras, para que recibas algo y no pierdas nada. Compra del Señor la moderación en corregir, porque enteramente es un grande bien y un don excelentísimo y que le tienen pocos, pues *ninguno*, como dice el bienaventurado Santiago, *puede domar la lengua*. Verás a muchos que, aunque estén animados de intención sincera y sin ánimo benigno, dicen con ligereza lo que no se puede oír sin pesadumbre. Vuela la palabra, sin poderse volver atrás, y la que debía sanar, por su acento mordaz exaspera y encona más la herida, y cuando a la negligencia se junta la petulancia, también aumenta la impaciencia del que la oye, sucediendo así que el que estaba manchado se manche todavía más, cayendo en palabras de malicia para buscar excusas a los pecados, y que a manera del frenético, no solamente deseche, sino que intente morder la mano del médico. Muchos también no tienen copia de palabras, y por la escasez de expresiones sienten que su lengua se les pega al paladar, y eso mismo suele algunas veces dañar no poco a los oyentes. Otros tienen a mano mucha abundancia de expresiones, pero lo que dicen tiene poco atractivo, agrada poco, y por carecer de gracia son poco eficaces sus exhortaciones. Conque puedes ver cuánta necesidad hay de comprar de aquel Señor de quien viene todo lo bueno y de quien viene toda ciencia, la modestia en reprender, la verbosidad en exhortar y la eficacia en persuadir.

10. Por tanto, compra estos aromas con la moneda de la confesión, de modo que antes de que confieses tus pecados te llegues a limpiar los ajenos. Grande y admirable sacramento es resucitar a un alma, pero mira no te llegues estando tú manchado a él. Y si no puedes llegar inocente, o, diciendo mejor, porque no puedes, lava entre los inocentes tus manos antes que rodees el monumento del Señor, pues todo se lava en la confesión. Se te contará por un género de inocencia el haberte lavado para que puedas asistir entre los inocentes. Al ministerio del altar ninguno se llega con los vestidos comunes, sino que se viste de blanco cualquiera que ha de llegarse. Así, pues, tú igualmente, cuando te apresurares para ir al monumento del Señor, lávate, ponte de blanco, vístete los vestidos de gloria, para que te puedan decir : *Te has vestido de la confesión y hermosura,* porque donde hay confesión hay hermosura delante de Dios. Esto se ha dicho para que con la moneda de la confesión se compren los aromas de la lengua, que son moderación en reprender, afluencia de palabra en exhortar, eficacia en persuadir.

11. Leemos, sin embargo, y sabemos por la cotidiana experiencia, que si la vida de uno es despreciable, también es despreciada su predicación. Prepare, pues, igualmente, la mano sus aromas, para que no se burle de ti el Sabio [16], como de aquel perezoso que tiene trabajo en llevarse la mano a la boca, y no suceda que diga aquel a quien reprendes : Tú que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo; juntas cargas pesadas y que no se pueden llevar y las pones en las espaldas de los hombres, no queriendo tú moverlas con el dedo siquiera. Os digo de verdad que la palabra más viva y eficaz es el ejemplo de la obra, pues persuade fácilmente lo que intentamos, probando que es factible lo que persuadimos. Para esto es necesario que la mano tenga sus aromas, que son la continencia en el cuerpo, la misericordia con su hermano, la paciencia en la piedad. Por lo que dice el Apóstol : *Vivamos sobria, justa y piadosamente* [17]. Estas tres cosas son muy necesarias para nuestra conducta, porque lo primero lo debemos a nosotros mismos, lo segundo al prójimo y lo tercero a Dios. Pues el que fornica peca contra su cuerpo, privándole de un honor grande y entregándole a un funesto y vergonzoso desdoro,

[16] Prov. 19. 24.
[17] Tit. 2. 12.

tomando un miembro de Cristo para emplearle en cosas inmundas. Mas yo digo ahora que no sólo nos debemos contener de este deleite, que tan abominable es, sino de todo deleite de la carne. Antes de todo, pues, busca esta perfecta continencia que te debes a ti mismo, porque ninguno es más prójimo tuyo. Después añade la misericordia que debes al prójimo, con quien has de ser salvado, y además la paciencia que debes a Dios, por quien has de ser salvado. *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo padecerán persecución* [18]; y también: *Por muchas tribulaciones conviene que entremos en el reino de Dios* [19]. Mira, pues, no pierdas el fruto de las buenas obras por la impaciencia, sino más bien tolera todas las cosas por aquel Señor que las toleró mayores primero por ti, y ante quien no será infructuosa la paciencia, como el profeta dice: *La paciencia de los pobres no se perderá para siempre* [20].

12. Por cierto, estos aromas de la mano se compran con la moneda de la sujeción, porque ésta es la que guía nuestros pasos y merece la gracia de una santa conducta, porque si la desobediencia engendró en nuestros miembros una ley contraria a la ley de Dios, ¿quién ignora que por la obediencia se alcanza la continencia? Esta es la que sabe ordenar la misericordia y la que enseña y juntamente da la paciencia. Así, con estos aromas llégate a aquel en quien está muerta la fe. Pero si consideramos qué cosa tan grande sea para nosotros resucitar a ese hombre y cuán difícil es aún llegarse al corazón de aquel que lo tiene cerrado con una como lapídea obstinación e imprudencia, juzgo que habremos de exclamar: *¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del monumento?* Sin embargo, cuando con esa timidez recelamos llegarnos, deteniéndonos la idea de tan grande milagro, sucede algunas veces que con su acostumbrada piedad oye la preparación de nuestro corazón el oído divino y a la voz de su virtud resucita el que estaba muerto. Y entonces se presenta el ángel del Señor y se deja ver de nosotros, como en la entrada del monumento, una cierta alegría en su semblante, indicio de su resurrección, de suerte que claramente se ve su rostro inmutado, dándonos entrada hasta su corazón y aun llamándonos él mismo; y revolviendo la piedra de su obstinación,

[18] Tim. 3. 12.
[19] Act. 14. 21.
[20] Ps. 9, 18.

se sienta sobre ella, por manera que, resucitada ya su misma fe, nos enseña él mismo los lienzos en que estaba envuelto. Y declarándonos todas las cosas que antes pasaban en su corazón y confesando cómo se había sepultado interiormente a sí mismo, manifiesta su tibieza y negligencia. *Venid*, dice, *y mirad el sitio donde estaba puesto el Señor.*

3 De la inmersión de Naamán por siete veces en el Jordán y de la manera de purificarse de siete especies de lepra; de siete apariciones del Señor resucitado, en las que están designados siete dones del Espíritu Santo*

1. Así como para la cura del cuerpo se toman primero purgas y después refecciones, a fin de que el cuerpo eche de sí los humores nocivos y pueda después nutrirse con alimentos sanos, así el médico de las almas, Cristo, Señor nuestro, cuya vida toda es medicina de salud, antes de su pasión nos dió siete remedios purgativos y después de su resurrección otros tantos manjares saludables y suaves al mismo tiempo. Nuestro Eliseo le mandó al leproso Naamán meterse siete veces en el Jordán, que se interpreta descenso. Porque en el descenso de nuestro Señor Jesucristo, esto es, en la humildad de conducta que manifestó siempre antes de la pasión, somos limpiados y purificados, pero en su resurrección y en la vida que lleva por espacio de cuarenta días somos fortalecidos y sustentados con deliciosos alimentos. *De siete maneras se había apoderado de nosotros la lepra de la soberbia:* en la adquisición y apego de los bienes terrenos, en la pompa de los vestidos, en el deleite de los cuerpos, en la boca también de dos modos y en el corazón igualmente de otros dos. *La lepra primera* es de la casa, pues por ella aspiramos a hacernos ricos en este siglo. Nos limpiamos de esa lepra si nos metemos en el Jordán, es decir, si descendemos a contemplar a Cristo, pues hallamos que El, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. Descendió de las riquezas inefables del cielo, y viniendo al mundo ni aun esas riquezas que aquí se usan quiso poseer, sino que vino en tanta pobreza que, en naciendo, al punto fué puesto en un pesebre, porque no había lugar para El en la posada. En fin,

PL 183, 288.

¿quién no sabe que el Hijo del hombre no tenía sobre qué reclinar su cabeza? El que se meta bien aquí, ¿cuándo buscará las riquezas de este mundo? Y ciertamente grande abuso, y sobremanera grande, que quiera ser rico un vil gusanillo, por quien el Dios de la majestad y Señor de los ejércitos quiso hacerse pobre.

2. En la lepra del vestido debes entender la *vana pompa de este siglo*. No menos te limpiarás de ella por la inmersión en el Jordán, en donde hallarás al Ungido del Padre envuelto en unos viles pañales, hecho oprobio de los hombres y desecho de la plebe. También de la lepra *del cuerpo* somos limpiados en el mismo Jordán si, pensando bien la pasión del Señor, nos avergonzamos de seguir los deleites del cuerpo. Pero en la boca (como dijimos) hay dos géneros de lepra. Porque, cuando nos sucede alguna adversidad, nos quejamos y fluyen de ella, como materias de la lepra, las *palabras de impaciencia*. De ésta nos limpiaremos si tendemos a aquel Señor que, como una oveja, fué llevado a la muerte y no abrió su boca; que siendo maldecido no maldecía y padeciendo no amenazaba. En las cosas prósperas también contra aquel que dijo: *No porque uno dé testimonio de sí es verdaderamente estimable*, nos damos estimación nosotros mismos, no en mucha paciencia, sino en arrogancia, y nos mancha otra lepra, que es la palabra de jactancia. Para limpiarnos de ella metámonos en el Jordán e imitemos al Señor, que no buscaba su gloria, hasta el punto que a los demonios que daban voces diciendo que era El el Hijo de Dios los mandaba enmudecer, y prohibía a los ciegos, a quienes daba vista, que propalasen el milagro.

3. En el corazón hay dos especies de lepra: *la propia voluntad* y el *juicio propio*. Las dos son sobremanera pésimas y tanto más perniciosas cuanto más internas y ocultas. Yo llamo *voluntad propia* a la que no es conforme con la de Dios y de los hombres, sino solamente nuestra, cuando lo que queremos, no lo hacemos por el honor de Dios ni por la utilidad de nuestros hermanos, sino por nosotros mismos, no pretendiendo agradar a Dios y aprovechar a los hombres, sino satisfacer los propios afectos del corazón. A ésta es contraria derechamente la caridad, la cual es Dios, contra quien ella mantiene enemistades y cruelísima guerra. Porque *¿qué aborrece o qué castiga Dios fuera de la propia voluntad?* Cese la voluntad propia y no ha-

brá para quien sea el infierno. ¿En qué se cebará aquel fuego sino en la propia voluntad? Aun ahora, cuando padecemos frío, hambre u otra semejante cosa, ¿quién recibe la lesión sino la propia voluntad? Pero si padecemos algo voluntariamente, ya la misma voluntad se hace común con la de Dios, y con todo eso aquella flaqueza y como escozor de la voluntad tiene algo de propio, y en ello padecemos todo lo que nos es penoso, hasta que llegue el tiempo en que enteramente se consuma. Aquélla se llama propiamente voluntad, a la que nosotros asentimos y a la que se inclina el libre albedrío; pero estos otros deseos y movimientos de las pasiones que nos ocupan contra nuestro gusto y consentimiento, no son voluntad, sino corrupción de la voluntad. Ahora, con qué furor la voluntad propia impugne al Señor de la majestad, óiganlo y teman los esclavos de ella. En primer lugar, se substrae y se aparta de la dominación de aquel Señor a quien como Autor suyo debía servir según todos los derechos, declarándose independiente y autónoma. Mas ¿por ventura se contentará con esta injuria? De ningún modo; hace más todavía: en cuanto está de su parte roba y saquea todas las cosas que son de Dios. Porque ¿cuándo supo ponerse a sí misma modo y medida la codicia humana? El que con usuras adquiere un poco de dinero, ¿no pretendería ganar todo el mundo, si le fuera posible y si a su voluntad acompañara la facultad? Lo digo confiadamente: a ninguno que esté sumergido en la voluntad propia le podría bastar el mundo entero. Pero ojalá que estuviera contenta con esto y no acometiera insensatamente (causa horror el decirlo) a su Autor mismo. En efecto, en cuanto es de su parte, a su mismo Autor mata la voluntad propia, porque totalmente quisiera que o no pudiera Dios castigar sus pecados, o que no pudiera querer hacerlo o que no *los supiera*. Con que así quiere que El no sea Dios; en cuanto está de su parte quiere que sea, o impotente, o injusto o ignorante. Enteramente cruel y de todos modos execrable malicia la que desea perezca la potencia de Dios, la justicia y la sabiduría. Esto es, la bestia cruel, pésima fiera, rapacísima loba, leona ferocísima. Esta es la lepra inmundísima del corazón, por la que es preciso meterse en el Jordán, imitando a aquel Señor que no vino a hacer su voluntad, por lo que en su pasión dice: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.*

4. La lepra del *propio consejo*, por eso es más perniciosa, porque es más oculta, y cuanto ella es mayor tanto más sano le parece a uno que se halla. Esta es de aquellos que tienen celo de Dios, pero no ajustado a la ciencia, siguiendo su error, y tan obstinados en él que con ningunos consejos quieren aquietarse. Estos son los que dividen la unidad, enemigos de la paz, faltos de caridad, hinchados de vanidad, enamorados de sí mismos y grandes en sus ojos; que ignoran la justicia de Dios y quieren establecer la suya. ¿Y qué mayor soberbia que querer un hombre solo preferir su dictamen al de toda la comunidad, como si él solo tuviera el espíritu de Dios? *Es como un crimen de idolatría no querer rendirse y como pecado de magia el no querer sujetársele*[1]. Vean ahora aquellos que se reputan más religiosos que los otros y que no son, según su criterio, como los demás hombres. Vean por ahí cómo se han vuelto mágicos e idólatras, si es que juzgan que, a lo menos, al que dijo esto se le debe creer más que a ellos. Ni disuena de éste el lenguaje de la Verdad, que pronuncia: *Si no oyere a la Iglesia, sea para ti como un gentil y publicano*[2]. Pero ¿dónde podrá lavarse esta lepra sino en el Jordán? Métete en él, cualquiera que seas tal, y atiende lo que hizo el ángel del gran consejo, cómo pospuso su consejo al consejo, o más bien a la voluntad de una mujer (hablo de la bienaventurada Virgen) y de un pobre carpintero, que es José. Porque, hallado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos, fué en algún modo reprendido por la Madre: *Hijo, ¿cómo hiciste esto con nosotros?* Y Jesús contestó: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que conviene que me ocupe en las cosas que tocan a mi Padre? Pero ellos no comprendieron esta palabra*[3]. ¿Y qué hizo el Verbo? No había quien fuera capaz de comprenderle. Descendió, pues, y les estaba sujeto. ¿Quién no se avergonzará de perseverar obstinado en su consejo, cuando la Sabiduría misma dejó el suyo? De tal suerte mudó su consejo, que lo que había comenzado entonces, desde aquel punto hasta los treinta años de su vida enteramente lo dejó. Así nada hallas escrito acerca de su doctrina o de sus obras desde los doce años hasta los treinta.

5. Mas tal vez debemos preguntar al mismo Señor cómo dejó su voluntad o consejo. Señor, aquella voluntad de la cual determinaste que no se ejecutase si no era bue-

[1] Reg. 15. 23. [2] Mt. 18. 17. [3] Lc. 2. 48. 50.

na ¿cómo era tuya? Si era buena, ¿por qué fué dejada? Del mismo modo el consejo, si no era bueno, ¿cómo era tuyo? Si bueno, ¿por qué se había de dejar? Eran buenos y eran suyos; sin embargo, no menos se debían dejar por el motivo sin duda de que se hiciesen mejores. Porque no era conveniente que las cosas propias perjudicasen a las comunes. Era, pues, voluntad de Cristo y era buena aquella con que decía: *Si puede ser, pase de mí este cáliz.* Mas aquella con que decía: *Hágase tu voluntad*[4], era mejor, porque era común no sólo del Padre, sino del mismo Cristo, pues fué ofrecido porque quiso; y era nuestra también, porque si el grano del trigo cayendo en la tierra no hubiera muerto, quedaría él solo; pero, muerto, trajo mucho fruto. Y ésta era la voluntad del Padre para tener a quienes adoptar por hijos; era de Cristo, para ser el primogénito entre los muchos hermanos; era nuestra, porque a nuestro favor era el ser redimidos. Lo mismo decimos del consejo: era de Cristo y era buen consejo aquel en que decía: *Conviene que yo me ocupe de las cosas que tocan a mi Padre*[5]. Pero porque ellos no lo entendieron, mudó aquel consejo para limpiarnos a nosotros de la lepra del consejo propio, dándonos ejemplo para que nosotros lo hagamos así. Desde un principio sabía lo que había de hacer, pero quiso mostrarnos un modelo de esta humildad y disponer en sí mismo un Jordán divino para lavar esta pésima lepra. Escuchen igualmente unos y otros, los que están manchados con la lepra de la voluntad propia y los que lo están con la lepra del propio juicio, escuchen lo que el Espíritu dice a las iglesias, condenando en un solo y breve renglón una y otra lepra: *La sabiduría*, dice, *que desciende de arriba, lo primero es casta*, contra la impureza de la voluntad propia; *después pacífica*, contra la obstinada rebeldía del propio juicio.

6. Cuando ya el enfermo, como por medio de siete baños, hubiere sido purgado de estas siete lepras, busque otros tantos manjares, que son los *siete dones del Espíritu Santo*. Verdaderamente, así como en la vida del Señor antes de la pasión hallamos siete remedios purgativos, así también en las siete apariciones que se leen después de su resurrección podemos hallar los siete dones del Espíritu Santo. En la primera entiende tú el *espíritu de temor*,

[4] Mt. 26. 59
[5] Lc. 2. 49

cuando, viniendo las santas mujeres, descendió el ángel del cielo y se movió la tierra; de tal modo que fué menester que las consolase el ángel en su terror. Con *espíritu de piedad* apareció a Simón Pedro, porque fué una dignación enteramente grande y propia de la piedad de Jesús haber *querido* aparecerse singularmente y antes que a los demás a quien sobre todos su culpada conciencia le confundía con la negación, para que así donde abundó el delito excediese también la gracia. Con el *espíritu de ciencia* expuso a los dos que iban a Emaús las Escrituras, comenzando por Moisés y los profetas. Con el *espíritu de fortaleza* entró donde estaban cerradas las puertas, mostrándoles sus manos y costado, como suelen mostrarse los agujeros de los escudos en señal de valor. Con el *espíritu de consejo*, a los que trabajaban infructuosamente en la pesca les mandó que echasen a la derecha la red. Con el *espíritu de entendimiento* les abrió el sentido para que penetrasen las Escrituras. Con *espíritu de sabiduría* se apareció a los cuarenta días, y a vista de ellos se elevó y vieron al Hijo del hombre subir a donde primero estaba. Hasta aquel día, con la necedad de su predicación hizo salvos a los creyentes; mas después que delante de ellos subió al Padre, comenzó a mostrarse la Sabiduría.

EN LA OCTAVA DE LA PASCUA *

1. De la fe victoriosa y de los tres testimonios en el cielo y en la tierra **

1. *Todo hijo de Dios vence al mundo*[1]. Después que el Unigénito de Dios, que no juzgó que fuese para El una usurpación el ser igual a Dios, se dignó hacerse hijo del hombre y fué reconocido por hombre en todo lo que se veía en El, no sin razón la pequeñez humana se gloría de participar de un linaje celestial, ni se desdeña Dios de hacerse Padre de quienes Cristo se hizo hermano. De ahí es que el bienaventurado San Juan (que con más frecuencia y con más cuidado nos recuerda nuestra adopción de hijos de Dios), en el mismo principio de su Evangelio dice también: *A todos cuantos le recibieron les dió poder para*

* PL. 183. 291-298.
** PL. 183. 291.
[1] Io 5. 4.

llegar a ser hijos de Dios[2]. A esta expresión, pues, es semejante lo que oímos hoy leerse de su carta: *Todo hijo de Dios vence al mundo*. Porque a cuantos son de Cristo los aborrece el mundo como aborreció a Cristo, pero también como fué vencido por Cristo, lo es por ellos. *No os admiréis*, dice, *si el mundo os aborrece; sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros*[3]. Y también: *Confiad porque yo vencí al mundo*[4]. De este modo se hace manifiesta la verdad de aquella expresión del Apóstol: *A los que conoció en su divina presciencia* (Dios Padre, sin duda), *también los predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo*[5]. Y mira la conformidad. Después de El son adoptados, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos; como a El los aborrece el mundo y como por El fué vencido el mundo, también lo es por ellos.

2. Bien se dice, pues, que el que es Hijo de Dios vence al mundo, para que sea testimonio de la generación celestial la victoria de la tentación; y así como triunfó del mundo y de su príncipe el que es por naturaleza Hijo, así también seamos vencedores todos los que por adopción lo somos. Vencedores a la verdad, pero en aquel Señor que nos conforta y en quien todo lo podemos, porque *la victoria con que es vencido el mundo está en nuestra fe*[6]. Pues por la fe somos adoptados por hijos; a la fe aborrece y persigue en nosotros el mundo, que está puesto bajo del poder del maligno; con la fe también es vencido, como está escrito: *Los santos por la fe vencieron los reinos*[7]. Mas ¿qué mucho se atribuya a la fe la victoria, siendo de ella también la vida? *El justo*, dice, *vive de la fe*[8]. Todas las veces, pues, que resistes a la tentación, todas las veces que vences al maligno, no quieras atribuirlo a tus propias fuerzas, no quieras gloriarte en ti, sino en Dios. Porque ¿cuándo aquel fuerte armado cedería a tu flaqueza? Escucha, si no, lo que nos enseña el que fué constituído pastor del rebaño del Señor: *Vuestro enemigo el diablo*, dice, *como un león rugiente da vueltas buscando a quién tragar, al cual resistid fuertes en la fe*[9]. ¿Ves cómo concuerdan entre sí los testimonios de la Verdad? Pablo dice que con la fe vencieron los santos a los reinos; Pedro, que se debe

[2] Io. 1. 12
[3] Io. 15. 18.
[4] Io. 16. 33.
[5] Rom. 8. 29
[6] 1 Io. 5. 4.
[7] Hebr. 11. 33.
[8] Hab. 2. 4
[9] 1 Petr. 5. 8.

resistir en la fe al príncipe del mundo; Juan también: *La victoria con que es vencido el mundo está en nuestra fe.*

3. Síguese: *Porque ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?* Cierto es seguramente, hermanos míos, que todo aquel que no cree en el Hijo de Dios por esto mismo ya no sólo es vencido, sino que también está juzgado, porque sin la fe es imposible agradar a Dios. Sin embargo, puede mover dificultad a alguno el ver tantos que creen que Jesucristo es Hijo de Dios y en medio de eso están todavía envueltos en los deseos del mundo. ¿Cómo dice, pues: *Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios,* siendo así que ya el mismo mundo cree esto? ¿Por ventura los mismos demonios no creen y se estremecen? Pero yo respondo: ¿Piensas tú que reputa a Jesús Hijo de Dios aquel hombre, cualquiera que sea, que ni se aterra con sus amenazas, ni se deja atraer con sus promesas, ni obedece a sus mandatos, ni se somete a sus consejos? ¿Por ventura éste, aunque confiese que conoce a Dios, no le niega con los hechos? Verdaderamente la fe sin las obras está muerta en sí misma. No parezca, pues, maravilla el que de ningún modo venza aquel que ni siquiera vive.

4. ¿Preguntas cuál sea la viva y victoriosa fe? Aquella, sin duda, por la cual Cristo habita en nuestros corazones, porque Cristo es nuestra fortaleza y nuestra vida. *Cuando Cristo, que es vuestra vida,* dice el Apóstol, *aparezca, entonces también apareceréis vosotros con El en la gloria*[10]. ¿De qué la gloria sino de la victoria? ¿O por qué apareceremos con El sino porque también vencemos en El? En fin, si se dió el poder de hacerse hijos de Dios solamente a los que reciben a Cristo, de estos solos también se debe entender lo que se dice: *Todo hijo de Dios vence al mundo.* De ahí es que habiendo dicho antes: *¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es Hijo de Dios?*[11], para hacer más llano que se alababa y encargaba aquella fe por la cual habita Cristo en nuestros corazones, añadió luego: *Este es Jesucristo, que vino con el agua y la sangre.* Más todavía, mostrándonos un camino más eminente, dice: *Y el espíritu es quien testifica que Jesús es Hijo de Dios.* Lo que interpone, repitiéndolo expresamente, *no con agua solamente, sino con agua y san-*

[10] Col. 3. 4.
[11] 1 Io. 5. 4-6.

gre, lo juzgo puesto para notar la diferencia que hay entre Jesús y Moisés, porque Moisés vino con el agua, de la cual tomó el nombre.

5. Hagan memoria los que saben la historia del Viejo Testamento cómo en el Egipto, cuando todos los niños del linaje israelítico eran muertos [12], expuesto Moisés a las aguas, le sacó de ellas la hija de Faraón. Y mira si manifiestamente en esto no tenemos una figura de Cristo. Inquieto Herodes con una sospecha semejante a la que tuvo Faraón, echó mano a los mismos arbitrios de crueldad, pero de modo parecido fué burlado también. En uno y otro caso, por la sospechosa persona de uno solo, es despedazado un número crecido de niños, y en una y otra parte se libra el que era buscado. Y como a Moisés la hija de Faraón, así a Cristo el Egipto (que no sin razón se entiende en la hija de Faraón) le recibió para conservarle. Pero manifiestamente éste es más que Moisés, como quien vino no con agua solamente, sino con agua y sangre. *Las muchas aguas son los muchos pueblos* [13]. Vino, pues, solamente con agua el que congregó al pueblo, pero no le redimió. Aun la misma libertad de la servidumbre del Egipto no se hizo con la sangre de Moisés, sino con la del cordero, prefigurando que seríamos librados nosotros de nuestra vana conducta de este siglo con la sangre del inmaculado cordero Jesucristo. Este es nuestro verdadero legislador, en quien está la redención copiosa. Porque murió no sólo por su nación, sino para juntar en uno a todos los hijos de Dios que estaban dispersos. Acuérdate de que este mismo bienaventurado San Juan es el que vió y dió testimonio (y sabemos que su testimonio es verdadero) de que había salido del costado del Señor, estando muerto en la cruz, sangre y agua juntamente, para que, durmiendo el nuevo Adán, fuese sacada y redimida de su costado la nueva Iglesia.

6. Así, pues, hoy también viene a nosotros con el agua y la sangre, para que la sangre y el agua sean el testimonio de su venida y de la fe victoriosa. Ni sólo esto, sino que hay un testimonio mayor que éstos, el cual dió el espíritu de verdad. El testimonio de estos tres es cierto y verdadero, y dichosa el alma que le merece recibir. *Tres, pues, son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu,*

[12] Ex. 2. 3.
[13] Apoc 17. 15.

el agua y la sangre. En el agua entiende el bautismo; en la sangre, el martirio; en el espíritu, la caridad. El espíritu, pues, es el que da la vida, y la vida de la fe es la caridad. En fin, si preguntas qué tiene el espíritu con la caridad, responda San Pablo: *Porque la caridad de Dios fué difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fué dado* [14]. Necesariamente también se añade el espíritu al agua y a la sangre, no aprovechando nada, testigo el mismo Apóstol [15], cualquiera cosa que tengas sin la caridad.

7. Pero porque hemos dicho que se designa el bautismo en el agua y el martirio en la sangre, acuérdate que hay un bautismo que se administra una sola vez y otro que es de cada día; y lo mismo digo del martirio. Hay, en efecto, un género de martirio y una como efusión de sangre en la cotidiana aflicción del cuerpo. Es también una especie de bautismo la compunción del corazón y la frecuencia de las lágrimas. Así es necesario a los débiles y pequeños de corazón, que ya no tienen ánimo para derramar de una vez la sangre por Cristo, a lo menos la derramen en un martirio algo más suave, pero prolongado. Igualmente, porque no se puede reiterar el sacramento del bautismo, es preciso, a los que muchas veces y en muchas cosas pecan, que le suplan lavándose con frecuencia, según lo que el profeta dice: *Lavaré todas las noches mi lecho; regaré con mis lágrimas mi cama* [16]. ¿Quieres saber, pues, quién es el que vence al mundo? Mira con cuidado las cosas que se deben vencer en él. Esto indica el mismo bienaventurado San Juan, diciendo: *Carísimos, no queráis amar al mundo ni a las cosas que en el mundo hay. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo* [17]. Estos son los tres escuadrones que hicieron los caldeos. Pero me acuerdo que formó también tres escuadrones el santo Jacob, cuando volvía de Mesopotamia, temeroso de la ira de Esaú [18]. A vosotros también, contra estos tres géneros de tentaciones, os son necesarias tres especies de armas, para que así la concupiscencia de la carne sea vencida con la mortificación de ella misma; y esta mortificación dijimos, si os acordáis, que se entendía en el testimonio de la sangre; la soberbia de los ojos sea supera-

[14] Rom. 5, 5. [16] Ps. 6, 7. [18] Gen. 32, 7.
[15] 1 Cor. 13, 3. [17] 1 Io. 2, 15.

da por la frecuente compunción y continuación del llanto; la vanidad de la ambición sea repelida por la caridad, la cual sola hace casta al alma y purifica la intención. Es un testimonio seguro de haber triunfado del mundo si castigas el cuerpo y le sujetas a la servidumbre, para que no sirva con libertad perniciosa al deleite; si entregas tus ojos al llanto más bien que a la altivez o curiosidad; si, finalmente, abrasado en espiritual amor, no ocupares tu corazón en ninguna vanidad.

8. Con razón, ciertamente, es uno solo el espíritu que da testimonio en la tierra y juntamente en el cielo, porque sea que la aflicción del cuerpo haya de cesar o que la fuente de las lágrimas se haya de secar, la caridad nunca puede faltar. Se nos da por ahora un anticipado gusto y sabor de ella, pero la consumación y plenitud se nos guarda para lo futuro. Con todo eso, aunque permanezca el espíritu después del agua y la sangre (pues el agua y la sangre no poseerán el reino de Dios), por ahora apenas o de ningún modo se puede hallar el espíritu sin ellos, porque *estos tres*, dice, *son una sola cosa*; de suerte que, si cualquiera de estos tres falta, no presumas que perseveran los demás. Pero juntos a un tiempo, todos estos testimonios se hacen dignos de la mayor fe, ni podrá, quien los tuviere en la tierra, carecer de su testimonio en el cielo. El confiesa al Hijo de Dios delante de los hombres, no con palabras y la lengua precisamente, sino con las obras y verdad, y el Hijo también le confesará a él delante de los ángeles de Dios. ¿Podrá acaso el Padre faltar con su testimonio a aquel de quien ve que el mismo Hijo suyo testifica? Sin duda confesará El lo que viere en lo oculto. Ni el Espíritu Santo disentirá del Padre y del Hijo, como quien es Espíritu del Padre y del Hijo. En fin, ¿en qué modo podrá carecer de su testimonio en el cielo el que le mereció tener de El en la tierra?

Tres son, pues, los que dan testimonio en el cielo: el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Y para que acaso no sospeches alguna diferencia, estos tres son una sola cosa. Grande testimonio tendrán verdaderamente aquellos a quienes el Padre reciba en el cielo como hijos y herederos; el Hijo admita por hermanos y coherederos; el Espíritu Santo haga que, llegados a Dios, sean un espíritu con El. Es, pues, el mismo Espíritu vínculo indisoluble de la Trinidad, por el cual, así como el Padre y el Hijo son una

misma cosa, ojalá que nosotros seamos una cosa con ellos, apiadándose de nosotros aquel Señor que se dignó pedir esto mismo por los discípulos, Jesucristo, Señor nuestro.

2 De los tres testimonios *

1. De la carta de San Juan [1] se nos recitó hoy la lección en que aprendemos que se dan tres testimonios en el cielo y tres en la tierra. Y ciertamente, según mi modo de pensar, aquello es señal de estabilidad y esto de la reparación; aquello distingue a los ángeles, esto a los hombres; aquello discierne a los bienaventurados de los miserables, esto a los justos de los impíos. Porque a los ángeles que en aquella prevaricación primera, ensoberbeciéndose Lucifer, se mantuvieron en la verdad, con razón da testimonio la visión de la Trinidad; a los hombres, a quienes salva la misericordia divina, dan testimonio el espíritu, el agua y la sangre. ¿Qué mucho dé testimonio el Padre a favor de aquellos de quienes fué honrado como Padre? Pero a ti, maligno, te habla así: *Si yo soy tu Padre, ¿dónde está mi honor?* [2] Es preciso que carezcas enteramente del testimonio del Padre, cuya gloria intentas usurpar, no deseando honrarle, sino igualarle. *Me sentaré*, dice, *en el monte del testamento, seré semejante al Altísimo* [3]. ¿Así, pues, recién criado te sentarás con el Padre de los espíritus? Y ciertamente no te ha dicho a ti: *Siéntate a mi diestra* [4]. Si no lo sabes, ¡oh atrevido!, al Unigénito es a quien se dice esto; se le dió, por la eterna generación del Padre, la igualdad del asiento. Tú, sabiendo que es usurpación el igualarse a Dios, envidias al Hijo la gloria, gloria como del Unigénito del Padre, para que tampoco de El merezcas tener testimonio. ¿Pero podrá acaso el Espíritu del uno y del otro aprobar a quien el Padre y el Hijo detestan? Abomina, ciertamente, al soberbio e inquieto el que descansa sobre el quieto y humilde, el que ama la paz y consagra la unidad y cela por la paz y unidad contra ti.

2. ¿Qué maravilla, hermanos, que temamos, no sea acaso que la fiera singular comience a hacer estragos en esta pequeña viña del Señor? ¿Cuántos vástagos de la ce-

* PL 183, 296.
[1] 1 Io. 5, 7.
[2] Mal. 1, 6.
[3] Is. 14, 14.
[4] Ps. 109, 1.

lestial viña pisó aquella primera singularidad? Tal vez habíais advertido la soberbia y no la singularidad. Digo, pues: en donde todo el universo de los ángeles estaba en pie, ¿acaso no incurrió en el vicio de la singularidad el que presumió querer sentarse? Mas quizá preguntáis de dónde pude yo saber que los ángeles estaban en pie. Dos testigos idóneos tengo, de los cuales cada uno atesta lo que vió. *Vi al Señor sentado*, dice Isaías, *mas los serafines estaban en pie*[5]. Y Daniel: *Millares de millares*, dice, *le servían y diez mil veces cien mil asistían delante de él*[6]. ¿Quieres oír también al tercero, para que quede fija toda palabra por la boca de tres testigos? Traigo al Apóstol, que fué arrebatado hasta el tercer cielo, y volviendo decía así: *¿Acaso no son todos espíritus destinados al ministerio?*[7] Pues donde todos están en pie, donde todos ministran, ¿te habrás de sentar tú, enemigo de la paz? Ciertamente contristas al Espíritu, que hace que habiten en una casa los que tienen unas mismas costumbres; ofendes a la caridad, porque partes la unidad y rompes el vínculo de la paz. Por tanto, con razón da testimonio el Espíritu de la caridad, de la paz y de la unidad de los ángeles que no dejaron su puesto y domicilio y es reprobada de él tu envidia, tu singularidad y tu inquietud. Y esto se ha dicho acerca del testimonio que se da en el cielo.

3. Hay otro en la tierra, para discernir a los que viven desterrados en ella de los que son de ella naturales, esto es, a los ciudadanos del cielo, de los ciudadanos de Babilonia. Porque ¿cuándo dejará Dios sin testimonio a sus escogidos? O ¿qué consuelo podrían ellos tener fluctuando en congojosa zozobra entre el miedo y la esperanza, si ningún testimonio absolutamente merecieron tener de su elección? El Señor conoce a los que son suyos y sólo El sabe los que escogió desde el principio. Pero ¿quién de los hombres sabe si es digno de amor o de odio? Mas si, como es cierto, se nos niega la certidumbre absoluta, ¿por ventura no serán otro tanto más gustosos, si podemos hallar algunos indicios de esta elección? Porque ¿qué descanso puede tener nuestro espíritu, cuando todavía no ha llegado a tener algún testimonio de su predestinación? Fiel palabra, por tanto, y digna de todo aprecio, aquella en la cual se

[5] Is. 6. 1.
[6] Dan. 7. 10.
[7] Hebr. 1. 14.

declaran los testimonios de la salud. A la verdad, con esta palabra se inspira consuelo a los escogidos y se desarma de sus excusas a los réprobos. Pues conocidas las señales de vida, cualquiera que las desprecia es convencido manifiestamente de que toma en vano su alma y se comprueba que en nada estima la tierra deseable.

4. *Tres son,* dice, *los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre.* Sabéis, hermanos, que todos pecamos en el primer hombre y que en él caímos todos. A la verdad, caímos en una cárcel llena de lodo y juntamente de piedras. Desde entonces yacíamos cautivos, manchados, quebrantados, hasta que vino el deseado de las gentes para redimirnos, lavarnos y ayudarnos. Porque El es quien dió su propia sangre para nuestro rescate, y al mismo tiempo que manaba la sangre, brotó agua de su costado para lavarnos; envió después desde las alturas su Espíritu para que ayudase nuestra flaqueza. ¿Quieres saber si estas cosas obran algo en ti, para que no seas reo de la sangre del Señor, la cual harías inútil en cuanto está de tu parte, y para que el agua que debía limpiar no aumente el juicio de condenación al que permanece en sus horruras, no sea que el Espíritu a quien resistes deje impunes los labios del maldiciente? A la verdad, debes precaverte, a fin de que estas cosas no sean para ti infructuosas, porque necesariamente serían también nocivas.

5. Pero ¿quién es el que tiene testimonio de que no fué en vano derramada para él la sangre de Cristo sino el que se contiene de los pecados? Porque esclavo del pecado es el que comete el pecado; pero después, si se pudiere contener y arrojar de sí el yugo de tan miserable servidumbre, es un testimonio ciertísimo de la redención que obra sin duda la sangre de Cristo. Sin embargo, no le basta al pecador que se contenga si no añade también la penitencia. Tiene, pues, también el testimonio del agua el que trabaja en su gemido lavando todas las noches su lecho. Porque así como aquella sangre nos redimió para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal, así aquella agua nos lava de los pecados que habíamos cometido. Pero ¿qué será de nosotros, que con el largo uso de esas cadenas y en la habitación cruel de la cárcel fuimos quebrantados y golpeados y nos desmayamos en el camino de la vida? Invoquemos al Espíritu que vivifica y ayuda, confiando que el Padre, que está en los cielos, dará un espíritu

bueno a los que se lo pidan. A la verdad, la nueva vida ciertísimamente testifica haber sobrevenido un nuevo espíritu. En fin, para repetirlo en pocas palabras, es tener testimonio de la sangre, del agua y del espíritu el contenerse de los pecados, el dar dignos frutos de penitencia y el hacer obras de vida.

*EN LAS ROGACIONES**

De los tres panes

1. *¿Quién de vosotros que tuviera un amigo, si éste viniera a su casa a la media noche y le dijera: Amigo, préstame tres panes?*, etc.[1] ¿Cómo dice haber llegado un amigo y, sin embargo, no se contenta con pedir un pan? ¿Juzgas, acaso, que tenía por tan voraz al amigo que no podría bastarle en su dictamen un solo pan? Porque a un hombre solo ponerle tres panes en la mesa parece muy impropio. Imagínate, pues, que va este amigo a su casa acompañado de su mujer y de un esclavo y que a cada uno le quiere poner un pan. Yo, ciertamente, no entiendo ser otro el amigo que viene a mi casa que yo mismo. Porque ninguno es más amable para mí, ninguno es más hermano. A mí, pues, viene el amigo de viaje cuando, dejando las cosas transitorias, vuelvo al corazón, como está escrito: *Volved, prevaricadores, al corazón*[2]. Además, que entonces es uno verdaderamente amigo de sí mismo cuando vuelve de viaje, porque el que ama la maldad aborrece a su alma. Desde el día, pues, de mi conversión vino a mí, de viaje, un amigo. Vino de la región distantísima, en donde acostumbraba apacentar puercos y anhelaba insaciablemente los despreciables residuos de su comida. Vino lleno de hambre, consumido con la necesidad, extenuado del ayuno. Vino necesitado de hallar un amigo. Pero, ¡ay de mí!, que escogió un huésped pobre y entró en una casa vacía. ¿Qué haré con este amigo mísero y miserable? Porque no tengo enteramente qué poner delante de él. Confieso que es amigo, pero yo soy un mendigo. Amigo, ¿por qué viniste a mí en tanta necesidad? Yo

* PL 183. 297
[1] Lc. 11. 5 ss.
[2] Is. 46. 9.

soy mendigo y en mi casa no hay pan. Date prisa, dice, anda y despierta a aquel tu grande amigo, en cuya comparación nadie tiene mayor caridad, ni tampoco mayor hacienda. Busca, pide, llama; porque todo aquel que busca, halla; y el que pide, recibe; y al que llama se le abrirá. Vocea y di: *Amigo, préstame tres panes.*

2. ¿Cuáles son estos tres panes, hermanos míos? Ojalá merezcamos recibirlos, pues acaso ninguno sabe lo que son sino el que los recibe. Sin embargo, creo que *los tres panes* que debemos pedir son *la verdad, la caridad* y *la fortaleza.* Confieso que necesito estos tres, viniendo a mí el amigo de viaje con la mujer y el esclavo. Porque desmaya mi razón (ésta es el varón) con la ignorancia de la verdad, se debilita mi voluntad por la falta de afecto, enferma el cuerpo por la escasez de fortaleza. La razón entiende poco lo que se debe hacer y la voluntad ama poco lo que se entiende; y sobre esto, el cuerpo, que se corrompe, abate al alma para que no hagamos todo lo que queremos. Secóse mi corazón y aun el cuerpo también, porque me olvidé de comer mi pan. No padecería este defecto si estuviera continuamente ejercitada la razón en la inquisición de la verdad, la voluntad en el deseo de la caridad, el cuerpo en las obras de la virtud. Préstame, Amigo, tres panes para que entienda, para que ame y para que haga vuestra voluntad. Porque así se vive y en tales cosas está la vida de mi espíritu, diciendo la Escritura: *Porque la vida está en su voluntad* [3]

EN LA ASCENSION DEL SEÑOR *

1 Sobre la lección del evangelio (Mc. 16, 14-20) **

1. *Estando a la mesa los once discípulos* [1], *se apareció Jesús.* Se les apareció verdaderamente la benignidad y humanidad del Salvador. Mucha confianza da de que con más gusto se aparecerá a los que oran, cuando ni se desdeña de presentarse a los que están a la mesa. Se apareció, repito, la benignidad de aquel Señor que conoció nuestro

[3] Ps. 29, 6.

* PL. 183, 299-324.
** PL 183, 299.
[1] Mc. 16, 14.

barró ni desprecia nuestras necesidades, sino que se apiada de nosotros, pero con tal de que no cuidemos del cuerpo condescendiendo con sus desordenados apetitos, sino según su necesidad. Lo cual, considerando el mismo Apóstol, dice: *Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios*[2]. Sin embargo, el haberles aparecido estando a la mesa, puede decir relación a lo que dijo en otro tiempo al ver que murmuraban los judíos de sus discípulos porque no ayunaban: *¿Acaso los amigos del esposo deben andar afligidos y llorosos mientras está con ellos el Esposo?*[3] Al aparecerse Jesús a sus apóstoles cuando estaban sentados a la mesa, les dió en cara con su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Oyes cómo Cristo increpa a sus discípulos, y lo que aun es más duro al parecer, cómo les da en rostro, no en cualquier tiempo, sino en la misma hora en que, estando para privarles de su corporal presencia, parecía que debía con más motivo abstenerse de la reprensión. No quieras, pues, en adelante, llevar a mal si a ti también el representante de Cristo te increpa. El hace lo mismo que hizo Cristo con sus discípulos cuando estaba para subir a los cielos. Pero ¿qué significa, hermanos, esto que dice: *No creyeron a los que le habían visto?* ¿O quiénes fueron éstos, cuyos dichosos ojos merecieron ver el glorioso milagro de la resurrección del Señor? Porque ni se lee ni se cree que le viera resucitar alguno de los mortales. Resta, pues, que se entienda esto de los ángeles que testificaron la resurrección del Señor, mientras que titubeó la pusilanimidad de los apóstoles.

2. Mas a fin de que se cumpliera lo que está escrito: *Enséñame la bondad, la doctrina y la sabiduría*[4], a la gracia de la visita, a la censura de la reprensión, siguióse la doctrina de la predicación, y así añadió: *El que creyere y fuere bautizado, será salvo.* Mas ¿qué diremos, hermanos, a esto? Parece darse una confianza demasiado grande a los hombres mundanos en esta expresión, y temo que comiencen a tomarla por ocasión de vivir según la carne, lisonjeándose más de lo que conviene del bautismo y de su creencia y descuidando las obras. Pero consideremos lo que se sigue: *Estos milagros acompañarán a los que crean.* Ni menor ocasión de que desesperen aun los mismos hombres

[2] 1 Cor. 10. 31. [3] Mt. 9. 15 [4] Ps. 118. 66.

piadosos podrá parecer que da esta expresión que la otra primera parecía dar de vana esperanza a los mundanos. Porque ¿quién se ve que tenga estas señales de creencia que aquí se dicen, sin la cual creencia, sin embargo, ninguno se puede salvar, porque *el que no crea será condenado y sin la fe es imposible agradar a Dios?*[5] ¿Quién, repito, lanza los demonios, habla en nuevas lenguas, toma en la mano las serpientes? ¿Qué diremos, pues? Si ninguno tiene esto o poquísimos lo tienen en estos tiempos, ninguno se salvará o sólo los que tienen la gloria de estos dones. Pero éstos no tanto son méritos como indicio de méritos, de tal suerte que muchos que dirán: *¿Por ventura no lanzamos los demonios en tu nombre y no hicimos en tu nombre muchos milagros?*[6], habrán de oír el día del juicio: *Yo no os conozco; apartaos de mí, obradores de la maldad.* ¿Cómo se cumpliría lo que dice el Apóstol, hablando del justo Juez: *Dará a cada uno según sus obras*[7], si en el juicio se hubiesen de buscar los prodigios y no los méritos?

3. Son, con todo eso, también los méritos ciertos signos más seguros, a la verdad, y más saludables. Ni juzgo difícil el saber cómo puedan tenerse al presente por prodigios, de modo que sean señales indubitables de la fe, y por esto también de la salud. Porque la primera obra de la fe que obra por la caridad es la compunción del corazón, en la cual se echan fuera los demonios cuando se desarraigan del corazón los pecados. De aquí los que creen en Cristo hablan nuevas lenguas, por cuanto apartan de su boca las cosas viejas, y en adelante ya no hablan la antigua lengua de nuestros primeros padres, los cuales se dejaron ir a palabras de malicia para alegar excusas en sus pecados. Pero cuando ya, con la compunción del corazón y confesión de la boca, hayan borrado sus pecados pasados, a fin de no recaer, y que no sean sus fines peores que sus principios, es preciso que tomen las serpientes con la mano para ahogarlas, esto es, que extingan las venenosas sugestiones del enemigo. Mas ¿qué deberá hacerse si todavía brota alguna raíz de ellas que no se pueda extirpar con prontitud y que incite el ánimo a la concupiscencia de la carne? A la verdad, *si beben alguna cosa mortífera no les hará daño*[8], porque, siguiendo el ejemplo del Salvador, habiéndola gustado no querrán beberla; esto es, habiéndola sentido, no querrán consentir en ella; y así no les da-

[5] Hebr. 11. 6. [6] Mt. 7. 22. [7] Rom. 2. 6. [8] Mc. 16. 18.

ñará, porque ningún daño puede causar al alma que está unida a Jesucristo el sentimiento de la concupiscencia sin el consentimiento. Sin embargo de ello, molesta y peligrosa es la lucha contra esta pasión tan corrompida y enferma; pero los que creyeren pondrán las manos sobre los enfermos y les sanarán; esto es, cubrirán las pasiones enfermas con buenas obras, y con este remedio se curarán de ellas.

2 Cómo subió sobre todos los cielos el Señor para cumplir todas las cosas *

1. Esta solemnidad, carísimos hermanos, es gloriosa y gozosa, pues en ella se exhibe a Cristo una singular gloria y a nosotros una especial alegría. Es la consumación y el cumplimiento de las demás solemnidades y el término dichoso de todo el itinerario del Hijo de Dios. Pues el mismo que descendió es el que ascendió hoy sobre todos los cielos para cumplir todas las cosas. Habiendo dado pruebas ya de que El era el Señor de todas las cosas que hay en la tierra, en la mar y en el infierno, no restaba más sino que comprobase ser también Señor del aire y de los cielos, con iguales y aun mejores argumentos. Reconocióle la tierra por su Señor, porque a la voz de su virtud, habiendo clamado con grande voz: *Lázaro, ven afuera*, restituyó la vida al difunto. Reconocióle el mar, el cual se solidó bajo de sus plantas, de modo que juzgaron los apóstoles que era fantasma. Reconocióle el infierno, cuyas puertas de metal y cerrojos de hierro hizo pedazos, y en donde también ató a aquel insaciable homicida que se llama diablo y Satanás. A la verdad, el que resucitó muertos, limpió leprosos, dió a los ciegos vista, a los cojos firmeza y disipó todas las enfermedades, Señor era de todas las cosas y con la misma mano con que todo lo había hecho rehacía lo que había flaqueado. Así también el que predijo que en la boca del pez se hallaría la moneda, es patente que fué Señor del mar y de todas las cosas que se mueven en el mar. Quien deshizo las aéreas potestades y las clavó en su cruz, es manifiesto que recibió potestad sobre todas las infernales cavernas. Este es, pues, el que pasó haciendo bien y sanando todos los oprimidos del dia-

* PL 183, 301.

blo; que recorrió los campos enseñando a las turbas, que estuvo delante del presidente sufriendo bofetadas y que durante todo el tiempo que fué visto en la tierra y conversó con los hombres soportó muchos trabajos y obró nuestra salud en medio de la tierra.

2. Para cerrar, pues, tu túnica inconsútil, Señor Jesús, para perfeccionar la integridad de nuestra fe, resta que, mirándolo los discípulos, subas por en medio del aire, como Señor del aire, sobre todas las cosas, porque todas en todo las has cumplido, y ya ciertamente te será debido que en tu nombre se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y que toda lengua confiese que estás en la gloria y en la diestra de Dios Padre [1]. En esta diestra están los deleites eternos, y por eso amonesta el Apóstol que busquemos las cosas que están arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios [2], porque allí verdaderamente está Cristo, nuestro tesoro, en quien están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios y en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad [3].

3. Pero si bien lo pensáis, hermanos, ¡cuánto dolor y temor ocuparía los apostólicos pechos cuando le vieron desviarse de ellos y levantarse sobre los aires, no ayudado de escalas, no elevado con cuerdas, y, aunque asistido del obsequioso cortejo de los ángeles, pero no sostenido por su apoyo, sino mostrando en sus pasos lo grande de su fortaleza! Cumplióse lo que les había dicho: *A donde yo voy, vosotros no podéis venir*. Porque a cualquiera parte de la tierra que hubiera ido, le hubieran seguido inseparablemente; en la mar (como hizo Pedro algún día) se hubieran entrado con El, aunque se hubiesen de sumergir, pero aquí no le podían seguir, porque el cuerpo que se corrompe abate al alma y deprime la habitación terrena al espíritu que piensa muchas cosas. Era, pues, vehemente sobremanera el dolor, porque veían que aquel Señor, por quien habían dejado todas las cosas, se desviaba de sus sentidos y aspecto, de modo que no podían menos de llorar los hijos del Esposo, quitándoseles el Esposo; era también grande su temor, porque quedaban huérfanos en medio de los judíos, no habiendo sido todavía confirmados con la virtud de lo alto. Bendiciéndoles, caminaba al cielo, estremeciéndose acaso aquellas entrañas de singular mi-

[1] Phil. 2. 10. [2] Col. 3. 1. [3] Col. 2. 3 y 9.

sericordia al dejar a los suyos afligidos y a su pobre escuela, pero iba a prepararles lugar, y les convenía que retirase de sus sentidos su corporal presencia. ¡Cuán feliz, cuán respetable procesión esta, a la cual ni aun los mismos apóstoles fueron dignos de ser admitidos, cuando, acompañado de la pompa triunfal de las almas santas y de las virtudes angélicas, llegó al Padre y está sentado a la diestra de Dios! Ahora cumplió todas las cosas verdaderamente, porque nació entre los hombres, trató entre los hombres, por los hombres y para los hombres padeció, murió, resucitó, ascendió y está sentado a la diestra de Dios. Reconozco la túnica tejida de arriba abajo, la cual se termina en aquella mansión soberana, en donde Cristo perfeccionó y cumplió todas las cosas.

4. Con todo eso, ¿qué tengo yo con estas solemnidades? ¿Quién me consolará, Señor Jesús, que no te vi pendiente en la cruz, cárdeno en tus llagas, pálido en la muerte; que no me hallé allí para compadecerme de ti estando crucificado, que no pude obsequiarte estando muerto, regando a lo menos con mis lágrimas las sangrientas aberturas de tus llagas? ¿Cómo me dejaste sin despedirte de mí, cuando, hermoso en tu gala, Rey de la gloria, te retiraste a las alturas de los cielos? Enteramente hubiera rehusado consolarse mi alma si no me hubieran prevenido con voces de alegría los ángeles, diciendo: *Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, del mismo modo que le visteis subir, así ha de venir*[1]. Así, dicen, ha de venir. ¿Pues qué? ¿Vendrá a buscarnos en aquella tan singular como universal procesión, cuando yendo delante todos los ángeles y siguiéndose todos los hombres, descienda a juzgar a vivos y muertos? Sin duda, vendrá, pero como subió, no como bajó antes. Antes vino humilde a salvar las almas, pero vendrá sublime a resucitar nuestro cadáver y conformarle con su cuerpo glorioso; de modo que, al parecer, dará más honor al vaso más frágil. Entonces se verá en potestad grande y majestad el que antes se había ocultado en la debilidad de la carne. Le miraré yo también, pero no ahora; le veré, pero no de tan cerca, de modo que esta segunda glorificación excederá manifiestamente en el esplendor a la glorificación primera por su excelente gloria.

[1] Act. 1. 11.

5. Entre tanto fué ofrecido Cristo como manojo de nuestras primicias, fué elevado a la diestra del Padre y asiste por nosotros ante el rostro de Dios. Está sentado teniendo en la diestra la misericordia y el juicio en la siniestra; misericordia mucha sobremanera y juicio mucho sobremanera, teniendo continuamente en la diestra agua, en la siniestra fuego. Y, ciertamente, hizo firme su misericordia sobre los que le temen tanto como se encumbra el cielo sobre la tierra, para que experimenten mayores cúmulos de las misericordias del Señor que espacio se halla entre el cielo y la tierra. Porque el decreto de Dios sobre ellos permanece inmovible y esta misericordia desde lo eterno es y para toda la eternidad sobre los que le temen; desde lo eterno, por la predestinación; para toda la eternidad, por la glorificación. Igualmente, acerca de los réprobos, terrible es sobre los hijos de los hombres; y de ambas partes está fija la sentencia de eternidad, así en los que se salvan como en los que perecen. ¿Quién sabe si los nombres de todos vosotros que veo aquí están escritos en los cielos y anotados en el libro de la predestinación? Porque me parece que veo algunos indicios de vuestra vocación y justificación en vuestra humilde vida. ¿De cuánto gozo, pensáis, que se llenarían todos mis huesos si llegara yo a saber esto? Mas no sabe el hombre si es digno de amor o de odio.

6. Por tanto, carísimos, perseverad en el género de vida que habéis elegido, para que por la humildad subáis a la sublimidad, pues éste es el camino y no hay otro fuera de él. El que de otra suerte camina, más bien cae que sube, porque sola es la humildad la que ensalza, sola ella guía a la vida. No teniendo Cristo, por la naturaleza divina, a donde crecer o subir, porque más allá de Dios nada hay, halló cómo poder crecer descendiendo, viniendo a encarnar, a padecer, a morir, para que nosotros no muriésemos eternamente; por lo cual Dios le ensalzó, porque resucitó, ascendió y está sentado a la diestra de Dios. Anda y haz tú también así. Porque ni puedes ascender si no desciendes, habiéndose fijado con eterna ley que *todo el que se ensalza será humillado y que será ensalzado el que se humilla*[5]. ¡Oh perversidad! ¡Oh abuso de los hijos de Adán!, que, siendo muy difícil el subir y muy fácil el bajar, suben ligeramente y bajan dificultosamente, pron-

[5] Lc. 14. 11.

tos a los honores y a las alturas de los grados eclesiásticos, formidables a los mismos hombros de los ángeles. Para seguiros a ti, Señor Jesús, apenas se hallan quienes sufran ser traídos, quienes quieran ser guiados por el camino de tus mandamientos. Unos, pues, son traídos, los cuales pueden decir: *Tráeme en pos de ti.* Otros son guiados, los cuales dicen: *Me introdujo en sus despensas el Rey*[6]. Otros son arrebatados, como el Apóstol, que fué arrebatado hasta el tercer cielo. Son los primeros ciertamente dichosos, los cuales, con su paciencia, poseen sus almas; los segundos más dichosos, porque de su voluntad le confiesan; pero dichosísimos los terceros, porque, sepultada casi la potestad de su arbitrio en la profundísima misericordia de Dios, son arrebatados en el espíritu de ardor a las riquezas de la gloria, no sabiendo si en el cuerpo o fuera del cuerpo, y sabiendo solamente que han sido arrebatados. Dichoso el que en todas partes te tiene a ti por guía, Señor Jesús, no a aquel fugitivo espíritu que quiso luego subir y fué herido con toda la diestra de la divinidad. Mas nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu aprisco, te seguiremos por ti a ti mismo, porque tú eres el camino, la verdad y la vida: camino en el ejemplo, verdad en lo prometido, vida en el premio. Tienes palabras de vida eterna, y nosotros conocemos y creemos que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo[7], que eres sobre todas cosas Dios bendito por siglos. Amén.

3 Del entendimiento y del afecto*

1. Hoy el Señor de los cielos penetró las alturas de los cielos con un poder celestial y, desechando como unas nubes las debilidades de la carne, se vistió la gala de la gloria. Elevóse el sol en su nacimiento, desplegó su fervor y tocó el punto de su altura; dilató y multiplicó sus rayos sobre la tierra y no hay quien se esconda de su calor. Volvió la sabiduría de Dios a la región de la sabiduría, en donde todos entienden el bien y le buscan, perspicacísimos de entendimiento y prontísimos en su afecto para escuchar la voz de sus palabras. Mas nosotros estamos en esta región donde hay mucho de malicia y poco de sabidu-

[6] Cant. 1. 3.
[7] Io. 6. 69.
* PL 183. 304.

ría, porque *el cuerpo que se corrompe abate al alma y la habitación terrena deprime a la mente que piensa muchas cosas* [1]. Entonces verdaderamente se deprime la mente o entendimiento cuando piensa en muchas cosas, cuando no se recoge a sí misma en aquella una y sola meditación que se concibe de aquella ciudad, cuyas partes tienen entre sí una perfecta unión. Es inevitable que esta mente por muchas cosas se abata y distraiga de muchos y varios modos. Por el alma entiendo significarse aquí los afectos, que, corrompido el cuerpo, se excitan de diversas pasiones, las cuales nunca pueden mitigarse, por no decir sanarse, hasta que la voluntad busque y camine a una cosa sola.

2. Dos cosas, pues, hay que purificar en nosotros: el entendimiento y el afecto; el entendimiento, para que conozca; el afecto, para que quiera. Felices, verdaderamente felices, aquellos dos varones, Elías y Henoc, a quienes fueron quitadas todas las materias y ocasiones que pudieran impedir su entendimiento y afecto, porque viviendo ya sólo para Dios, ni conocen otra cosa que Dios ni desean otra cosa que Dios. Ciertamente, de Henoc se lee que *fué arrebatado para que la malicia no mudase su entendimiento o la ficción no sedujese su alma* [2]. Estaba nuestro entendimiento turbado, por no decir ciego; nuestro afecto estaba manchado, y muy manchado, pero Cristo ilumina el entendimiento y el Espíritu Santo purifica el afecto. Vino, pues, el Hijo de Dios y obró tantas y tan grandes maravillas, que no sin razón atrajo a sí el entendimiento nuestro de todas las cosas terrenas, para que pensemos siempre, aunque jamás podemos dignamente, que hizo cosas maravillosas. Verdaderamente nos dejó anchurosísimos campos de inteligencia para espaciarnos en ellos; y el torrente de estos pensamientos es profundísimo y que, según el profeta, no se puede vadear. Porque ¿quién bastará a pensar cómo el Señor de todo nos previno, vino a nosotros, nos amparó, y cómo aquella singular Majestad quiso morir para que nosotros viviéramos, servir para que reinásemos, estar desterrado para que nosotros volviésemos a nuestra patria y bajarse hasta las obras más serviles para colocarnos sobre todas sus obras?

---

[1] Sap. 2. 15.
[2] Sap. 4. 11. Cf. Gen. 5. 24; Eccli. 44. 16; Hebr. 11. 5.

3. De tal modo se presentó a los apóstoles el Señor de los apóstoles, que ya no miraban por medio de las cosas criadas las perfecciones invisibles de Dios, sino que veían cara a cara al mismo que había criado todas las cosas. Y porque eran carnales los discípulos y Dios es espíritu, y no hay proporción entre el Espíritu y la carne, se atemperó a ellos en la sombra de su cuerpo, para que por medio de la carne vivífica viesen al Verbo en la carne, al sol en la nube, la luz en el barro, la antorcha en la linterna. Porque *Espíritu de nuestra boca es el Cristo del Señor, aquel a quien dijimos: A tu sombra viviremos entre las gentes* [3]. A tu sombra, dice, viviremos entre las gentes, no entre los ángeles, en donde veremos la luz purísima con ojos purísimos. Por lo que también la virtud del Altísimo hizo sombra a la Virgen, para que no sucediese que, herida del demasiado resplandor, no pudiese sostener el brillo de la divinidad aun aquella águila singular. Mas para esto puso delante de ellos su carne, para unir todos sus pensamientos de las cosas humanas en ella (pues decía y hacía cosas maravillosas) y así trasladarlos de la carne al espíritu, porque Dios es Espíritu, y los que le adoran le deben adorar en espíritu y en verdad [4]. ¿No te parece que les iluminó el entendimiento cuando les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, mostrándoles que era necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos y de este modo entrase en su gloria? [5]

4. Pero acostumbrados ya ellos a su carne santísima, no podían oír hablar de su partida, ni de que les dejase aquel por quien todo lo habían dejado ellos. ¿Esto por qué? Porque el entendimiento estaba iluminado, pero no purificado el afecto. Por lo cual el benigno Maestro blanda y dulcemente les hacía cargo diciendo: *Os conviene que yo me vaya. Porque, si yo no me voy, el Espíritu consolador no vendrá a vosotros. Pero porque os he dicho esto la tristeza ha llenado vuestro corazón* [6]. ¿Cómo es que, deteniéndose Cristo en la tierra, no pudo el Espíritu Santo venir a ellos? ¿Acaso desdeñaba la compañía de aquella carne que de El mismo y por El mismo fué concebida y nació en la Virgen y de la Virgen Madre? De ningún modo, sino para mostrarnos el camino por donde debemos ir y para poner delante de nosotros una forma que en nosotros debemos imprimir. Y El, ciertamente, elevado al cielo, llorando

[3] Thren. 4. 20. [4] Io. 4. 24. [5] Lc. 24. 26. [6] Io 16. 7

ellos, les envió el Espíritu Santo, el cual purificó su afecto, esto es, su voluntad, o más bien la trocó, de suerte que ya se alegraban más de que el Señor hubiese ascendido que habían deseado antes que se hubiese detenido. Se cumplió lo que les había predicho: *Vosotros seréis contristados, pero vuestra tristeza se mudará en gozo* [7]. Así su entendimiento fué iluminado por Cristo, y por el Espíritu fué purificado su afecto, de suerte que igualmente conocían el bien y le querían, lo cual solamente es propio de la perfecta religión o de la perfección religiosa.

5. Me acuerdo ahora del santo Eliseo, a quien habiendo dicho Elías que en su partida o ascenso pidiese lo que quisiese, respondió: *Pido que tu espíritu sea duplicado en mí.* Y Elías le dice: *Una cosa dificultosa has pedido. Con todo eso, si tú me ves cuando yo sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que me has pedido* [8]. ¿Acaso no te parece que Elías significaba la persona de Cristo subiendo al cielo y Eliseo el apostólico coro suspirando congojosamente en la ascensión de Cristo? Pues así como Eliseo de ningún modo podía ser arrancado del lado de Elías, así ni los apóstoles podían ser separados de la presencia de Cristo. Porque apenas les pudo persuadir que sin la fe era imposible agradar a Dios. ¿Cuál es, pues, este duplicado espíritu que pide sino la iluminación del entendimiento y la purificación del afecto? Cosa dificultosa, porque es raro sobre la tierra el que merece tenerlo. *Con todo eso,* dice, *si me ves al tiempo que yo sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que me has pedido.* Por esto nada hay que puedan o deban perder tus alumnos, Señor Jesús, porque viéndolo ellos te elevaste al cielo y con ojos deseosos te siguieron, caminando tú en lo grande de tu fortaleza. ¡Oh!, ciertamente podemos llamar espíritu duplicado lo que dice el Salvador a los discípulos: *El que crea en mí hará las obras que yo mismo hago y aun las hará mayores* [9]. ¿No hizo, acaso, mayores obras que Cristo, aunque por la virtud de Cristo, San Pedro, de quien se lee: *Sacaban a las calles a los enfermos en sus lechos para que, pasando San Pedro, su sombra a lo menos tocase a cualquiera de ellos y se librasen de sus enfermedades?* [10] No se lee que jamás el Señor sanase las enfermedades con su sombra.

6. No dudo que el entendimiento de todos vosotros que estáis aquí esté iluminado, pero que vuestro afecto

[7] Io. 16, 20. [8] 4 Reg. 2, 10. [9] Io. 14, 12. [10] Act. 5, 15.

no está aún del todo purificado lo probaré con manifiestas conjeturas. Todos conocéis lo que es bueno y el camino por donde debéis andar, pero no es una la voluntad en todos. Algunos, para todos los ejercicios de este camino y de esta vida no sólo andan, sino que corren, o más bien vuelan, de suerte que les parecen las vigilias breves, los manjares dulces, los hábitos suaves y los trabajos no sólo tolerables, sino apetecibles. Mas no así otros; antes, árido su corazón y recalcitrando su afecto, apenas se dejan llevar a estas cosas por el buen parecer, apenas son impelidos a ellas por el temor del infierno. A algunos, en fin, ni podemos compelerlos siquiera, pues han llegado a tener frente de mujer descarada y no quieren avergonzarse al ver que no son lo que debían. Hay muchos, repito, entre nosotros, que con nosotros comen de un pan, con nosotros duermen, con nosotros cantan, con nosotros trabajan, y con todo eso son míseros y miserables, pues en todo participan de la tribulación, pero no así de la consolación. ¿Por ventura se ha abreviado la mano del Señor y no puede dar a todos, siendo El quien abre su mano y llena a todo viviente de bendición? ¿Cuál, pues, será el motivo? Este ciertamente: no ven a Cristo cuando se retira de ellos, esto es, no meditan cómo les dejó huérfanos, que son peregrinos y pasajeros sobre la tierra, que están detenidos por ahora en la cárcel hórrida de este hediondo cuerpo y no están con Cristo. Semejantes hombres, si permanecen así mucho tiempo bajo de la carga, o son oprimidos y caen con ella o, en cierto modo, están en el infierno, para no respirar jamás plenamente en la luz de las misericordias de Dios ni en la libertad del espíritu, la cual sola hace el yugo del Señor suave y su carga ligera.

7. De ahí mana tan perniciosa tibieza, porque su afecto, esto es, su voluntad, no está todavía purgada, ni quieren el bien del mismo modo que lo conocen, abstraídos y atraídos gravemente de su propia concupiscencia. Aman en su carne los terrenos consuelos o de palabra, o de obra o de deseo, o de cualquier otro modo, y si interrumpen algunas veces estas cosas, pero nunca enteramente las rompen. De aquí es que rara vez dirigen sus afectos a Dios y su compunción no es continua, sino a tiempos y (por decirlo con más verdad) momentánea. No puede llenarse de las gracias de las visitas de Dios el alma que está sujeta a estas distracciones, y cuanto más se vacía de éstas tanto más

se llenará de aquéllas; si mucho, mucho; si poco, poco. Y aun podríamos afirmar con toda certeza que se mezclarán aquéllas con éstas indefinidamente, porque cuando el aceite no halla ya vasos vacíos, es preciso que pare; ni echan el vino nuevo sino en odres nuevos, para que ambos se conserven. Ni el espíritu y la carne, el fervor y la tibieza, pueden estar en un mismo domicilio, especialmente porque la tibieza suele provocar a vómito al mismo Señor.

8. Si los apóstoles, pues, teniendo adhesión todavía a la carne del Señor (la cual sola era santa por ser del Santo de los santos), no pudieron ser llenados del Espíritu Santo hasta que se retiró de ellos, ¿tú, atado y pegado a tu carne, que es asquerosísima y llena de imaginaciones de diversas suciedades, piensas poder recibir aquel purísimo Espíritu, si no te determinas a renunciar enteramente a los consuelos carnales? Ciertamente, cuando comiences a privarte de ellos se llenará de tristeza tu corazón; pero si perseveras, tu tristeza se convertirá en gozo. Porque entonces será purificado el afecto y se renovará la voluntad, o más bien será criada de nuevo, para que todas aquellas cosas que antes parecían difíciles o imposibles las hagas ya con mucha dulzura y vehemencia de tus deseos. *Envía*, dice, *tu Espíritu y serán criados, y renovarás la faz de la tierra* [11]. Así como por el rostro se conoce el hombre exterior, así se demuestra el interior por la voluntad. Enviado, pues, el Espíritu, se cría y se renueva la faz de la tierra, esto es, la voluntad terrena se hace celestial, pronta a obedecer a una insinuación aun antes de la insinuación. Dichosos los que son tales, porque no sólo no sienten el mal, sino que viven como en una anchura maravillosa de corazón. De aquellos de quien hicimos mención arriba, dice Dios una cosa que es terrible: *No permanecerá mi Espíritu en estos hombres, porque son carne* [12], esto es, carnales, y todo lo que había habido en ellos de espíritu se desvanecerá en la carne.

9. Pues, carísimos, porque hoy es el día en que el Esposo se aparta de nosotros, y no sin algún sentimiento de nuestros ánimos, como se aparta para enviarnos el Espíritu de la verdad, lloremos y pidamos que nos encuentre dignos, o más bien, nos haga dignos y llene esta casa donde estamos sentados, a fin de que no la vejación, sino su unción nos instruya en todo, y de esta suerte, clarificado

[11] Ps. 103, 30. [12] Gen. 6, 3.

nuestro entendimiento y purificado nuestro afecto, venga a nosotros y entre nosotros haga su mansión. Como la serpiente de Moisés devoró todas las serpientes de los magos, así este Espíritu, cuando venga, consumirá todos nuestros carnales afectos y deleitaciones e infundirá sus consuelos, de suerte que reputemos descanso el trabajo, alegría la tribulación, gloria el oprobio, como les aconteció a los que El había llenado, los cuales se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, por haber sido tenidos por dignos de padecer oprobio por el nombre de Jesús. Porque el Espíritu de Jesús, Espíritu bueno, Espíritu santo, Espíritu recto, Espíritu dulce, Espíritu fuerte y poderoso, todo lo que en este siglo malo parece difícil y estrecho, lo hace ligero y espacioso, enseña a reputar por gozo el oprobio y persuade que es exaltación el abatimiento. Escudriñemos, pues, según dice el profeta, nuestros caminos y nuestras aficiones, levantemos nuestros corazones juntamente con las manos, para que nos alegremos en la solemnidad del Espíritu Santo y nos alegremos abundantemente, a fin de que nos haga conocer toda la verdad, como lo prometió el Hijo de Dios.

4 De dos malos ascensos del demonio y del primer hombre y de seis buenos ascensos de Cristo y de nosotros *

1. Si celebramos con la debida devoción la solemnidad del nacimiento y de la resurrección del Señor, no debemos celebrar menos devotamente el presente día de su ascensión. En nada es desigual esta solemnidad a aquéllas, sino antes bien es su fin y su corona. Con razón, pues, es tenido por día solemne y de alegría éste en que aquel soberano sol de justicia se presentó a nuestras miradas, templando en la nube de su carne y en el saco de su mortalidad su resplandor y luz inaccesible. Grande alegría fué también para nosotros, y gozo sobremanera deleitoso, cuando, rasgado el saco, se revistió el traje de alegría, y despojándose, no ciertamente de la substancia de este saco, sino de su vejez, corrupción, miseria y vileza, consagró los principios de nuestra resurrección. ¿Pero qué tengo yo que ver con estas solemnidades, si mi vida se detiene todavía por

* PL 183, 309.

la tierra? ¿Quién presumiría ni aun desear la subida al cielo si este Señor, que antes había descendido del cielo, no hubiera vuelto a subir allí? Os digo de verdad que no *me parecería* mucho más tolerable la habitación de este destierro que el infierno, si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado la simiente de confianza y de expectación de ir allá cuando fué elevado en las nubes y dió la esperanza a los creyentes. En fin, *si yo no me voy,* dice, *no vendrá el Consolador a vosotros* [1]. ¿Quién es este Consolador? Ciertamente, aquel por quien se difunde la caridad en nuestros corazones, a fin de que la esperanza no sea confundida; aquel es el Consolador por quien nuestro trato está en los cielos, por quien se elevan arriba nuestros corazones. *Voy,* dice Jesús, *a prepararos lugar; y después que me vaya y os prepare lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo. Donde esté el cuerpo allí se congregarán las águilas* [2]. ¿No ves ya cómo esta solemnidad que celebramos hoy es la corona de las demás y que declara el fruto de ellas y aumenta su gracia?

2. Porque así como las demás cosas del que para nosotros nació y a nosotros fué dado, así también esta su misma ascensión por nosotros fué hecha y la hace por nosotros. En la vida nuestra nos parece que, en cuanto está de nuestra parte, hacemos muchas cosas por necesidad y muchas otras por acaso, pero Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, ni a lo uno ni a lo otro pudo estar sujeto. Porque ¿qué necesidad podría obligar a la virtud de Dios, o qué podría hacer la sabiduría de Dios casualmente? Por tanto, todas las cosas que habló, todas las que obró y todas las que padeció, no dudes que fueron voluntarias, no dudes que estaban llenas de misterios y llenas de salud. Sabiendo esto, si sucede que llegamos a conocer y explicar algo de las cosas que pertenecen a Cristo, no se deben oír como si pronunciáramos algo de nuestra invención, sino como lo que, aun antes de saberse la causa, es indudable que no se hizo sin causa en modo alguno. Porque así como el que escribe coloca todas las palabras según reglas ciertas, así las cosas que vienen de Dios son ordenadas, especialmente las que durante su vida terrena obró la Majestad. Mas ¡ay de la estrechez de nuestro conocimiento! ¡Ay de la pobreza de nuestra ciencia, pues solamente co-

[1] Io. 16. 9.
[2] Io. 14, 3.

nocemos en parte, y en parte muy corta! Apenas nos esclarecen unas centellitas de tanta copia de luz y de la antorcha puesta sobre el candelero. A la verdad, cuanto menos percibe cada uno de nosotros, tanto más fielmente se deben comunicar las cosas que a cada uno se hagan manifiestas. Y yo, hermanos, lo que el Señor se digna darme a entender para edificación vuestra de su ascensión, o más bien de sus ascensiones, ni quiero ni debo ocultároslo, especialmente siendo prerrogativa de los dones espirituales no disminuirse cuando se comunican. Acaso algunos saben ya estas mismas cosas por habérseles manifestado a ellos igualmente, pero por aquellos que tal vez no las advirtieron, estando atentos a cosas más sublimes o de otro modo ocupados, o también por aquellos que son menos capaces para su inteligencia me incumbe a mí el hablar aquello que alcanzare.

3. *Cristo, que descendió, ese mismo es el que ascendió,* dice el Apóstol [3]. Yo creo que en el mismo hecho de descender ascendió. Porque así convenía que Cristo descendiese, para que aprendiésemos nosotros a ascender. Somos codiciosos del ascenso, todos apetecemos la elevación. Somos unas criaturas nobles y de un cierto ánimo grande, y por tanto con un natural deseo apetecemos la altura. Pero ¡ay de nosotros si queremos seguir a aquel que dice: *Me sentaré en el monte del testamento, situado al lado del aquilón* [4]! ¡Ay miserable! ¿Al lado del aquilón? Es muy frío aquel monte, no te seguimos. Anhelas a la potestad, pretendes la altura del poder. ¡Cuántos hasta el día de hoy siguen sus feos e infelices pasos! Mejor dicho, ¡cuán pocos se escapan de que el ansia de dominar no les domine! De aquí es que se llaman bienhechores los que tienen la potestad, de aquí es que es alabado en los deseos de su alma el pecador. Todos adulan a los poderosos, todos les envidian. ¿A quién seguís, hombres miserables, a quién seguís? ¿No veis a Satanás caer como un relámpago? ¿No es éste el monte al cual subió ángel y se hizo diablo? A lo menos advertid que, después de su caída, atormentado de la envidia, solícito sobremanera de hacer caer al hombre, no se atrevió con todo eso a persuadirle la subida de aquel monte, en el cual era evidente que en lugar del vano ascenso había experimentado él un horrible precipicio.

---

[3] Eph. 4, 10.
[4] Is. 14, 13.

4. Pero no faltó al astuto enemigo qué maquinar. Otro semejante monte le puso delante. *Seréis*, dice, *como dioses, sabiendo el bien y el mal*[5]. Perniciosa es también esta subida, o más bien esta bajada, de Jerusalén a Jericó. Pésimo monte la ciencia, que hincha, al cual, con todo eso, verás que hasta hoy trepan con tanto anhelo muchísimos hijos de Adán, como si no supieran cuánto bajó el padre de ellos en la subida de este monte, o más bien cuán gravemente cayó y cuán abatida y quebrantada fué toda su posteridad. Todavía no han sanado las heridas que te hicieron en la subida de aquel monte, aunque estabas oculto aún en tu padre. ¿Y ahora otra vez en propia persona intentas subir, para que así el error último sea peor que el primero? ¿Cómo tiene lugar en los miserables anhelo tan cruel? Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿A qué fin amáis la vanidad y buscáis la mentira? ¿Ignoráis acaso que escogió Dios lo flaco según el mundo para confundir lo fuerte, y que eligió lo necio según el mundo para confundir a los sabios? No nos hace volver atrás el terror de Dios, que nos amenaza que perderá la sabiduría de los sabios y reprobará la prudencia de los prudentes; no el escarmiento de nuestros primeros padres, no, finalmente, nuestro sentido mismo y la triste experiencia de la dura necesidad a que estamos sujetos por el apetito necio de la ciencia.

5. Ved ahí, hermanos, que os hemos mostrado otro monte, no para que subáis, sino para que huyáis de él. Es el mismo al cual subía el que quiso ser como Dios, sabiendo el bien y el mal; es el mismo que hasta hoy elevan y dan culto los hijos de los hombres, no hallando cosa tan baja sobre la cual no quieran levantar el monte de sabiduría. Veréis a uno que aspira a la ciencia de las letras, otro del gobierno del mundo; éste de pleitos y causas que desagradan a Dios, aquél de alguna arte servil con tanta pasión y vehemencia que nada tiene por trabajoso, con tal que pueda ser reputado por más docto que otros. Así edifican a Babel, así piensan que llegarán a la semejanza de Dios, así anhelan a lo que no conviene, dejando lo que conviene. ¿Qué tenéis vosotros con estos montes, en cuya subida hay tanta dificultad y tan grande peligro? ¿O por qué dejáis aquel monte, cuya subida es tan fácil y tan provechosa? El apetito de la potestad privó al ángel de la feli-

[5] Gen. 3, 5.

cidad angélica, la ambición de la ciencia despojó al hombre de la gloria de la inmortalidad. Intente alguno subir al monte de la potestad. ¿Cuántos opositores piensas que tendrá, cuántos que le empujarán, cuántos obstáculos, cuán difícil camino? ¿Y qué, si al fin llega a obtener lo que deseaba? *Los poderosos*, dice el Sabio, *padecerán poderosamente tormentos*[6], por no hablar ahora de los cuidados presentes y congojas que trae consigo la misma potestad. Otro es codicioso de la ciencia que infla: ¡cuánto trabajará, cuánto se angustiará su espíritu! Y con todo eso habrá de oír: *Aunque te hagas pedazos no lo lograrás*. Sus ojos vivirán en la amargura todas las veces que suceda el ver que otro está más adelantado o que así lo juzgan los demás. ¿Y qué, cuando se haya ya entumecido mucho? *Perderé*, dice el Señor, *la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes*[7].

6. Ya, por no detenerme mucho, habéis visto, a mi parecer, cuánto debemos huir uno y otro monte si miramos con pavor el precipicio del ángel y la caída del hombre. Montes de Gelboé, ni rocío ni lluvia venga sobre vosotros. Mas ¿qué haremos? El subir así no nos conviene, y, por otra parte, tenemos anhelo de subir. ¿Quién nos enseñará un ascenso saludable? ¿Quién sino aquel de quien leemos: *El que descendió, ese mismo es el que ascendió?* Por El se nos debía mostrar el camino de la subida, para que no siguiésemos ni el consejo ni la huella del conductor, o más bien seductor inicuo. Porque no había a donde subiese, descendió el Altísimo, y con su descenso nos hizo patente un ascenso suave y saludable. Descendió del monte del poder, rodeado de la flaqueza de la carne; descendió del monte de la ciencia, porque agradó a Dios hacer salvos a los creyentes por la necedad de la predicación. Porque ¿qué cosa parece más débil que un cuerpo tiernecito y unos infantiles miembros? ¿Qué cosa más indocta que un párvulo que sólo sabe el pecho de la madre? ¿Quién menos poderoso que aquel cuyos miembros todos están clavados en una cruz y se le pueden contar todos sus huesos? ¿Quién más ignorante que aquel que entregaba a la muerte su vida y pagaba lo que él no había quitado? ¿Ves cuánto descendió, cuánto se abatió a sí mismo de su potencia y de su sabiduría? Pero no pudo subir más alto al

[6] Sap. 6. 8.
[7] 1 Cor. 1. 19.

monte de la bondad, ni pudo manifestar más claramente su caridad. Ni es de maravillar que Cristo, descendiendo, subiese, cuando Lucifer y Adán, subiendo, cayeron. Y a mí ciertamente me parece que buscaba quien subiese a este monte el que decía: *¿Quién subirá al monte del Señor o quién estará en su lugar santo?* [8] Quizá también Isaías, mirando caer a los hombres por el deseo de la subida, a los que quería traer a este monte, dando voces les decía: *Venid, subamos al monte del Señor* [9]. ¿Por ventura, redarguyendo manifiestamente a los hombres sobre la subida de los primeros montes, no predica la fertilidad de este monte el que dice: *¿Para qué ponéis los ojos en los montes cuajados? ¿Este es un monte cuajado y monte pingüe?* [10] Este es, pues, el monte de la casa del Señor preparado en la cima de los montes, sobre los cuales había visto saltar al Esposo la que decía: *Miradle cómo viene éste saltando por los montes* [11]. Enseñaba, pues, al que ignoraba el camino, traía al párvulo, acompañaba al infante pequeño, y por eso iba como con ciertos pasos, para que así, avanzando de virtud en virtud, fuese visto el Dios de los dioses en Sión. Porque su justicia es como los montes de Dios.

7. Pero veamos ya, si os agrada, sus saltos, en los cuales salió lleno de aliento como un gigante para correr su camino, y siendo su salida desde lo más alto del cielo, volvió como por grados hasta lo más alto de él. Y, en primer lugar, fijémonos en aquel monte donde subió llevando consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y en donde se transfiguró a vista de ellos. Resplandeció su rostro como el sol y se hicieron blancos sus vestidos como la nieve. Esta es la gloria de la resurrección que contemplamos en el monte de la esperanza. Porque ¿con qué motivo subió para transfigurarse, sino para enseñarnos a nosotros a subir con el pensamiento a aquella gloria futura que se manifestará en nosotros? ¡Feliz aquel cuya meditación está siempre en la presencia del Señor, aquel que con solícita meditación revuelve en su corazón las delicias de la diestra de Dios para siempre! ¿Qué le podrá parecer pesado a quien siempre revuelve en su pensamiento que no tienen proporción los trabajos de este tiempo respecto de la gloria futura? ¿Qué puede desear en este siglo malo aquel cuyos ojos están viendo siempre los bienes del Señor en la tierra de los que viven y mira siempre los eternos premios? *A ti dijo*

[8] Ps. 23, 3. [9] Is. 2, 3. [10] Ps. 67, 16-17. [11] Cant. 2, 8.

mi corazón, habla el profeta al Señor, *a ti dijo mi corazón: mis ojos te han buscado: tu rostro, Señor, es lo que busco* [12]. ¡Quién me diera que, levantándoos todos, estuvierais en lo excelso y vierais el gozo que os vendrá del Señor!

8. No os sea molesto, os ruego, que nos detengamos algo más en este monte, pues podremos que pasar así los otros más velozmente. Mas ¿a quién no detendrá en este monte la sentencia de San Pedro que pronunció en él y por él diciendo: *Señor, bueno es estarnos aquí?* [13] Porque ¿qué cosa hay tan buena, mejor dicho, qué otra cosa podrá parecer buena, comparada con el descansar del alma en la posesión de estos bienes, ya que todavía no puede el cuerpo? Juzgo que fué expresión propia de quien entraba en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios, en medio de los cánticos de alegría y de alabanza y de las voces de gozo de los que están en un grande festín, el decir: *Bueno es estarnos aquí.* ¿Quién de vosotros, repasando consigo mismo aquella futura vida, aquella alegría, aquel gozo, aquella bienaventuranza, aquella gloria de los hijos de Dios, quién, digo, meditando esto en una conciencia tranquila no eructa luego en la plenitud de una íntima suavidad: *Señor, bueno es estarnos aquí?* No ciertamente en esta penosa peregrinación en que estamos detenidos con el cuerpo, sino en aquel suave y saludable pensamiento que trata en su corazón, y en el cual dice: *¿Quién me dará alas como las de la paloma y volaré y descansaré?* [14] Vosotros, pues, hijos de los hombres, hijos del hombre que descendió de Jerusalén a Jericó, hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? Subid a un corazón alto y Dios será ensalzado. Este es el monte en que se transfigura Cristo. Subid y sabréis cómo el Señor hizo maravilloso a su santo.

9. Ruégoos, hermanos míos, que no se hagan pesados vuestros corazones con los cuidados del siglo, porque sobre la glotonería y embriaguez, gracias a Dios, no tengo mucha necesidad de amonestaros. Descargad, os ruego, vuestros corazones de la grave mole de los terrenos pensamientos para que entendáis cuán maravillosamente fué glorificado por Dios su santo. Levantad vuestros corazones con las manos de vuestros pensamientos para ver al Señor transfigurado. Formad en vuestros corazones no

[12] Ps. 26, 8. [13] Mt. 17, 4. [14] Ps. 54, 7.

sólo los tabernáculos de los patriarcas y profetas, sino todas las varias mansiones de aquella casa celestial, imitando a aquel que rodeaba sacrificando en el tabernáculo del Señor la víctima de sus voces, cantando y entonando al Señor aquel salmo: *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes!; mi alma anhela y desfallece en el deseo de los atrios del Señor* [15]. Rodead también vosotros, carísimos, con el afecto y víctima de la piedad y devoción el tabernáculo del Señor, visitando con el ánimo las soberanas sillas y las muchas mansiones que hay en la casa del Padre, postrando humildemente vuestros corazones ante el trono de Dios y del Cordero, haciendo súplicas con reverencia a cada orden de los ángeles, saludando el número de los patriarcas, los coros de los profetas y el apostólico senado, contemplando las coronas de los mártires, resplandecientes en purpúreas flores; admirando los coros de las vírgenes, que esparcen el delicioso olor de azucenas, y aplicando el oído, cuanto puede la flaqueza del corazón, a aquel melifluo sonido de su nuevo cántico: *Estas cosas traje a la memoria* (habla el profeta) *y derramé en mí mismo el alma mía.* ¿Qué cosas? *Porque pasaré,* dice, *al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios* [16]. Y también: *Me acordé,* dice, *de Dios y me deleité* [17]. A quien vieron los apóstoles vió éste también, ni de diferente manera, como pienso; sólo que en la visión de éste todo fué espiritual, nada corporal. De ningún modo le vió como aquel que decía: *Le vimos y no había en él figura ni hermosura* [18]. Sin duda le vió transfigurado y hermoso en su parecer sobre todos los hijos de los hombres el que asevera que se deleitó, así como los apóstoles dicen también al Señor: *Bueno es estarnos aquí.* Y para que nada falte a la comparación que hemos hecho, de aquéllos se lee que cayeron postrados en tierra y éste confiesa que desfalleció su espíritu. ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen! Subiendo, pues, a este monte, y especulando la gloria del Señor con el rostro descubierto, no hay duda de que os moveréis un día también vosotros a clamar: *Trácnos en pos de ti.* Porque ¿qué aprovecha saber dónde se debe ir, si no se sabe por dónde se ha de ir?

[15] Ps. 83, 2.
[16] Ps. 41, 5.
[17] Ps. 76, 4.
[18] Is. 53, 2.

10. Por tanto, es menester que subas a otro monte en el cual le oigas predicar y veas cómo allí erige una escala de ocho diferentes grados, cuya punta toca en los cielos: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* Si has subido ya al primer monte por la continua meditación de la gloria soberana, no se te hará penoso subir a este otro monte, para que día y noche medites en su ley, así como el mismo profeta no sólo meditaba en los premios, sino en los mandamientos del Señor que amaba. De esta suerte oirás también tú: *A dónde voy ya lo sabéis*, por el ascenso primero; *y sabéis asimismo el camino*[19] por el segundo. Por eso aplica tu corazón a inquirir el camino de la verdad, no seas acaso del número de aquellos que no encontraron el camino de la ciudad que debían habitar. Sobre todo, vive solícito de subir, no sólo con el pensamiento de la celestial gloria, sino con una conducta de vida tal que la merezca.

11. Leo también otro tercer monte, adonde subió sólo a orar[20]. ¿Ves, pues, qué bien dice la Esposa en los Cantares: *Miradle cómo viene éste saltando por los montes?*[21] En el primero fué transfigurado para que supieses hacia dónde debías caminar; en el segundo habló palabras de vida, para que supieras por dónde podrías llegar; en el tercero oró, para que procures alcanzar la buena voluntad de ir y llegar. Se hace culpable el que sabe lo bueno y no lo hace. Por tanto, sabiendo que en la oración se da la buena voluntad, cuando conozcas lo que se debe hacer para llegar a hacer lo que conoces, sube a la oración, ora con instancia, ora con perseverancia, a ejemplo suyo, pues no ignoras que El pasaba las noches en oración y que dará el buen Padre el espíritu bueno a quien se lo pida. Y mira cuán útilmente, en tiempo de la oración, buscamos aun el recogimiento del lugar material, pues El lo enseñó no sólo con las palabras, diciendo: *Entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre*, sino también con el ejemplo, subiendo solo a la oración, sin admitir a ninguno de sus discípulos.

12. ¿Piensas que podremos hallar algo más acerca de sus ascensiones? Podremos ciertamente. Porque quiero que ni estés olvidado del mismo jumento sobre el cual se lee que subió. Quiero que ni omitas tampoco su ascensión

[19] Io 14. 4. [20] Mt. 14. 23. [21] Cant. 8. 2.

a la cruz misma. Pues también convenía que fuese levantado en ella el Hijo del hombre. Y *yo*, dice, *cuando sea levantado de la tierra, traeré a mí mismo todas las cosas* [22]. Así, pues, cuando ya tienes el conocimiento y se junta también el querer, ¿qué harás, que no encuentras cómo perfeccionar lo bueno, sino que ciertos movimientos desordenados tienen una ley contraria y te quieren cautivar? ¿Qué harás, repito, con las irracionales concupiscencias que están en tus miembros? Te estimula, cuando consientes en ayunar, el deleite de la gula, y cuando propones velar te carga la somnolencia. ¿Qué haremos a este asno? Porque esto es de asnos y cosa común con ellos, pues *el hombre fué comparado a los jumentos irracionales y se hizo semejante a ellos* [23]. Sube, Señor, sobre este asno, conculca estos movimientos bestiales, porque deben ser domados para que no consigan dominar. Si no son pisados nos conculcarán; si no son deprimidos nos oprimirán. Por tanto, sigue, alma mía, en esta ascensión a Cristo Señor nuestro para que tu apetito esté debajo de ti y tú le domines a él. Para que asciendas al cielo es necesario, primero, levantarte sobre ti, pisando los deseos carnales que en ti mismo militan contra ti mismo.

13. Síguele también ascendiendo a la cruz y levantándote de la tierra para que no sólo te coloques sobre ti, sino que estés en la eminencia del ánimo sobre todo el mundo, mirando y despreciando todas las cosas que están abajo sobre la tierra, como está escrito en Isaías: *Mirarán la tierra de lejos* [24]. Ningunos deleites del mundo te inclinen, ningunas adversidades te abatan. Esté lejos de ti gloriarte sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo esté crucificado para ti, de suerte que reputes cruz lo que el mundo apetece y tú estés crucificado para el mundo, adhiriéndote con todo el amor de que seas capaz a las cosas que el mundo reputa cruz.

14. Después de esto, ¿qué resta sino que subas a aquel Señor que es Dios bendito por los siglos? Ser desatado de los lazos del cuerpo y estar con Cristo es mucho mejor que todo. *Dichoso el hombre*, dice el profeta al Señor, *que espera de ti el auxilio; en su corazón dispuso sus ascensos, se adelantará de virtud en virtud hasta ver al Dios de los dioses en Sión* [25]. Esta es la ascensión última, en la cual se cumplen todas las cosas, como dice el Após-

[22] Io. 12, 32. [23] Ps. 48, 13. [24] Is. 33, 17. [25] Ps. 83, 6.

tol: *Cristo, que descendió, es el mismo que ascendió para dar cumplimiento a todas las cosas.* Pero ¿qué diré de aquella ascensión? ¿Adónde subiremos para que estemos también nosotros donde Cristo está? ¿Qué habrá allí? *¡Oh Dios!, sólo tú lo sabes, porque el ojo no vió jamás lo que has preparado a los que te aman*[26]. Deseemos esta ascensión, hermanos míos; suspiremos por ella continuamente y tanto más fervoroso sea el afecto cuanto más desfallece el entendimiento.

5 Del entendimiento y del afecto *

1. Hoy se presentó al Antiguo de días sentado en su trono para sentarse juntamente con El el Hijo del hombre, y no solamente brotará en adelante el pimpollo del Señor con magnificencia y gloria, sino que también el fruto de la tierra será sublimado. Feliz unión y misterio digno de ser celebrado con inefables gozos. Porque uno mismo es el pimpollo del Señor y el fruto de la tierra; uno mismo también es Hijo de Dios y fruto del seno de María, y El mismo es hijo de David y su Señor, cuyo gozo se cumple hoy sobre lo que anticipadamente cantaba y decía: *El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra*[1]. ¿Cómo no será pimpollo del Señor el Señor? El mismo que es hijo suyo; con todo eso, como fruto sublime de la tierra, es fruto de la vara que procedió de la raíz de Jesé. Hoy, pues, a este hijo suyo e hijo del hombre, glorifica el Padre en sí mismo con aquella gloria que tenía en El antes que el mundo fuese hecho. Hoy se gloría el cielo de que se le ha vuelto la Verdad que nació de la tierra. Hoy se quita el Esposo a los hijos y será forzoso que lloren, como El se lo había dicho antes. No podían los hijos del Esposo llorar mientras estaba con ellos el Esposo, pero llegó el día en que se retira de ellos para que en adelante lloren y ayunen. ¿Qué es de aquello, Pedro, que decías: *Bueno es estarnos aquí; hagamos aquí tres tabernáculos?*[2] He ahí que entró ya en otro más amplio y perfecto tabernáculo, no fabricado por la mano del hombre, esto es, que no ha sido formado por el orden común de las cosas.

---

[26] Is. 64, 4; 1 Cor. 2, 9.

* PL 183, 316.

[1] Ps. 109, 1.

[2] Mt. 17, 4.

2. ¿Cómo será bueno ya estarnos aquí? Antes al revés, muy molesto es y pesado y peligroso estarse en donde se halla muchísimo de malicia y poco de sabiduría, si es que aun esto poco se halla; en donde todas las cosas son viscosas, todas resbaladizas, cubiertas de tinieblas, rodeadas de lazos de pecados; en donde peligran las almas y se afligen los espíritus bajo del sol; en donde solamente se halla vanidad y aflicción del espíritu. Levantemos, pues, hermanos míos, levantemos al cielo los corazones juntamente con las manos y procuremos seguir con los pasos de la devoción y de la fe al Señor que asciende. Llegará tiempo cuando ya sin tardanza y sin dificultad alguna seremos arrebatados al encuentro de Cristo en las nubes y podrán los cuerpos espirituales lo que justamente no pueden ahora los espíritus animales. Porque ahora, ¡cuántos conatos son precisos para levantar los corazones, a los cuales (como tan miserablemente leemos en el libro de la propia experiencia) abate la corrupción del cuerpo y deprime la habitación terrena!

3. Mas acaso deberíamos enseñar primero qué cosa sea levantar el corazón y de qué modo se ha de levantar; pero esto más bien lo hemos de aprender del Apóstol que de nosotros: *Si resucitasteis,* dice, *con Cristo, buscad las cosas que están arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Gustad las cosas que están arriba, no las que están sobre la tierra*[3]. Como si más claramente dijera: Si resucitasteis con El, ascended también con El; si vivís con El, reinad también con El. Sigamos, hermanos, sigamos al Cordero a cualquier parte que vaya; sigámosle padeciendo, sigámosle resucitando, sigámosle con más gusto aún ascendiendo. Sea crucificado juntamente con El nuestro viejo hombre, para que sea destruído el cuerpo del pecado, a fin de que ya jamás sirvamos al pecado, sino que cuidemos más bien de mortificar nuestros miembros, que están sobre la tierra. Y también, así como el Señor resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así nosotros caminemos en una nueva vida, pues murió y resucitó a fin de que, muertos para los pecados, vivamos para la justicia.

4. Mas porque una vida nueva pide un lugar más seguro y la dignidad de la resurrección pide un grado más alto, sigámosle también cuando asciende buscando y gus-

[3] Col. 3, 1.

tando de las cosas que están arriba, en donde El está, y no de las que están sobre la tierra. ¿Preguntas cuál es este lugar? Escucha al Apóstol: *La Jerusalén*, dice, *que está arriba es libre, la cual es nuestra Madre* [1]. ¿Quieres saber las cosas que hay allí? Ella es visión de paz. *Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sión, a tu Dios, que estableció en tus confines la paz* [2]. ¡Oh paz, que superas todo sentido! ¡Oh paz sobre toda paz! ¡Oh medida sobre toda medida, llena, remecida y que rebosas! Padece, pues, con Cristo, alma cristiana; resucita con El, asciende con El; lo cual equivale a decir: *Desvíate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela* [3]. A este modo se hace mención, en los Hechos de los Apóstoles, de que San Pablo exhortaba a los discípulos sobre la continencia [4] y la justicia y sobre la esperanza de la vida eterna. Y la Verdad misma nos avisa en el Evangelio que nos ciñamos, que encendamos antorchas y en adelante estemos siempre aparejados al modo de los hombres que aguardan a su Señor [5].

5. Pero, si lo habéis advertido, una duplicada ascensión nos encarga el Apóstol cuando nos amonesta a buscar y gustar no de las cosas ínfimas, sino de las celestiales. La cual distinción no parece se le pasó inadvertida al profeta cuando dijo: *Busca la paz y síguela*; de suerte que lo mismo es buscar la paz para seguirla, y seguirla constantemente después de hallada, que buscar las cosas que se deben saber y gustar de ellas después de haberlas buscado; las cuales están arriba y no sobre la tierra. A la verdad, mientras que están divididos nuestros corazones y se hallan como formando diversos senos, ni están iguales ni ajustados consigo mismos; es preciso levantarlos de algún modo, aunque sea por partes y a trozos, para que así se unan en aquella soberana Jerusalén, cuyas partes están unidas entre sí perfectamente, en donde no sólo cada uno, sino todos comiencen a permanecer en la unidad, no precisamente sin dividirse en sí mismos, sino ni entre sí mismos. Ved ahí, pues, por distinguir los principales miembros del corazón, que hay en nosotros entendimiento y hay también afecto, pero aun éstos se oponen muchas veces a sí mismos, de modo que se ve que el uno se endereza a lo sumo y el otro se dirige a lo ínfimo. Qué grande sea este dolor y cuán grave tormento cause al alma el verse

[1] Gal. 4, 26.
[2] Ps. 147, 42.
[3] Ps. 33, 15.
[4] Act. 24, 25.
[5] Lc. 12, 35.

traída violentamente a opuestas partes, cual si fuera desgarrada y desmembrada, podemos conjeturarlo por el dolor que nos causa una cortadura en el cuerpo. Si estirasen con violencia las piernas de un hombre y, puesto en medio un madero algo largo, separasen entre sí los pies, aunque no llegara a romperse el cutis, ¡qué tormento no sería éste!

6. De este modo, de este modo mismo lloramos que son atormentados algunos miserables que corporalmente viven con nosotros, los cuales están acaso igualmente iluminados, pero es muy desemejante su afecto. Entienden igualmente el bien que hacen, pero no aman igualmente lo que entienden. Porque acerca de la ignorancia, hermanos míos, ¿qué excusa podemos tener nosotros, a quienes nunca falta la celestial doctrina, la divina lección, la erudición espiritual? Todo lo que es verdadero, todo lo que es casto, todo lo que es justo, todo lo que nos puede hacer amables, todo lo que es edificación y buena fama, toda virtud, toda loable disciplina, todo esto aprendéis y recibís, todo esto escucháis y juntamente veis en los ejemplos y en las palabras de los que entre vosotros son perfectos, cuya exhortación y trato instruye plenamente a todos. Ojalá que así como estas cosas ilustran el entendimiento, así muevan también el afecto, para que no haya dentro aquella contradicción amarguísima y molestísima división, siendo llevados hacia arriba por una parte y arrastrados por otra hacia abajo.

7. A la verdad, podemos advertir, casi en todas las religiosas congregaciones, unos hombres llenos de consuelo que rebosan en gozo, siempre agradables y alegres, fervorosos de espíritu, que meditan la ley de Dios día y noche, que alzan con frecuencia al cielo sus ojos y levantan en la oración sus manos puras, solícitos observadores de sus conciencias y devotos en la práctica de las buenas obras, para los cuales la disciplina es amable; el ayuno, dulce; las vigilias, breves; la labor de manos, deleitable, y, en fin, toda la austeridad de este género de vida les parece refrigerio. Por el contrario, se hallan otros pusilánimes y tibios que caen bajo de la carga y necesitan de vara y espuela; cuya alegría es remisa, pusilánime su tristeza; cuya compunción es breve y rara, animal su pensamiento, su conducta tibia, sin devoción su obediencia, sin circunspección sus palabras, su plegaria sin atención interior, su lectura espiritual sin edificación, a los cuales, como vemos,

apenas el temor del infierno detiene, apenas el pudor reprime, apenas refrena la razón, apenas contiene la disciplina regular. ¿Acaso no te parece que la vida de éstos se acerca enteramente al infierno cuando, repugnando el entendimiento al afecto y el afecto al entendimiento, están necesitados a echar mano de cosas fuertes y que de ningún modo se sustentan con el alimento de los fuertes, de suerte que, siendo compañeros en la tribulación, no lo son en el consuelo? Levantémonos, os pido, todos los que nos hallamos en esta triste situación, resarzamos nuestras almas, recojamos el espíritu, desechando la perniciosa tibieza, ya que no porque es peligrosa y suele provocar a Dios a vómito (como algunas veces lloramos miserablemente), a lo menos porque es molestísima, llena de dolor y de miseria y se juzga con razón vecina al infierno y como una sombra de la muerte.

S. Si buscamos las cosas que están arriba, procuraremos desde ahora tomar el sabor de ellas y, anticipadamente, gustarlas. Porque acaso no impropiamente se podrá aplicar al entendimiento y al afecto esta amonestación de buscar las cosas que están arriba y juntamente gustarlas, para que (como se dijo antes) trabajemos en levantar a Dios nuestros corazones en sus principales miembros, con las manos de un piadoso conato y de los espirituales ejercicios. Todos, si no me engaño, buscamos las cosas que están arriba con el entendimiento de la fe y el juicio de la razón, pero no igualmente acaso tomamos todos el sabor a las cosas que están arriba, como cebados en estas cosas de la tierra con una violenta preocupación del afecto. Porque ¿de dónde viene aquella diversidad de ánimos que poco ha mostramos, de dónde tanta desigualdad de afectos, tanta desemejanza de conducta? ¿De dónde tanta pobreza de gracia espiritual en algunos, cuando en otros rebosa en mucha copia? A la verdad, el distribuidor de la gracia ni es avaro ni pobre, pero cuando faltan vasos desocupados, es preciso parar la efusión del óleo. Se introduce por todas partes el amor del mundo con sus consolaciones o, por mejor decir, desolaciones; observa las entradas, se entra de golpe por las ventanas y ocupa el corazón; pero no el de aquel que dice: *Rehusó consolarse mi alma, me acordé de Dios y me deleité*. Sin duda la deleitación santa se desvía del ánimo preocupado por los deseos seculares, no es posible mezclarse las cosas verdaderas con las va-

nas, las eternas con las caducas, las espirituales con las corporales, las sumas con las ínfimas, de suerte que puedas a un tiempo gustar de las cosas que están arriba y de las que están sobre la tierra.

9. Felices aquellos varones por quienes la ascensión del Señor fué prefigurada, a saber, Henoc arrebatado y Elías trasladado. Felices, ciertamente, pues viven ya sólo para Dios, en El solo se emplean, entendiendo, amando y gozando. Porque ni los cuerpos corruptibles abaten ya aquellas almas, ni deprime la terrena habitación los sentidos de los que, como sabemos, anduvieron con Dios. Quitóseles de en medio todo impedimento, se apartó toda ocasión, no quedó materia alguna que pueda abatir su afecto o deprimir su entendimiento. Pues la Escritura hace mención de que el primero por eso fué arrebatado, para que la malicia no alterase su celestial sabiduría, ni sedujesen jamás su entendimiento y corazón las apariencias engañadoras del mundo.

10. Mas a nosotros, ¿de dónde nos vendrá la verdad en medio de estas tinieblas? ¿De dónde la caridad en este siglo malo, en este mundo que está puesto todo en poder del maligno? ¿Piensas acaso que podrá haber quien ilumine el entendimiento y quien inflame el afecto? Lo habrá ciertamente si nos volvemos a Cristo para que El quite el velo de nuestros corazones. Este es aquel de quien está escrito: *A los que moraban en la sombría región de la muerte les amaneció el día*[9]. Porque, despreciando Dios los tiempos de la primera ignorancia, anunció a todos los hombres que hicieran penitencia en todas partes, según lo que San Pablo enseñaba a los atenienses[10]. Acuérdate del Verbo de Dios y Sabiduría encarnada, cuyo empleo ciertamente fué, durante todo el tiempo que se dignó ser vista en la tierra, tratar entre los hombres, y con aquella su inefable virtud, gloria y majestad, iluminar los ojos del corazón y persuadir la fe a los hombres con su predicación y con la ostensión de sus milagros. *El espíritu del Señor*, dice, *está sobre mí; a anunciar buenas nuevas a los pobres me envió*[11]. Y a los apóstoles decía: *Aun hay poca luz en vosotros; andad mientras tenéis luz, para que no os cojan las tinieblas*[12]. Ni solamente antes de la pasión, sino también después de la resurrección, apareciéndose a

[9] Is. 9, 2.
[10] Act. 17, 30.
[11] Is. 61, 1.
[12] Jn. 12, 35.

ellos en muchas pruebas por cuarenta días y hablando del reino de Dios, en cuyo tiempo se lee también que les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, más bien ilustrando su entendimiento que purificando el afecto.

11. Porque ¿cuándo podrían aficionarse a las cosas espirituales los que eran animales? Ni aun la misma luz pura podrían sostener en modo alguno, sino que fué preciso exhibirles el Verbo en la carne, el sol en la nube, la luz en el barro, la miel en la cera, la antorcha en la linterna. Espíritu delante de ellos era Cristo Señor, pero no ciertamente sin sombra, en la cual viviesen mientras entre las gentes. Por lo que también se lee que el Espíritu hizo sombra a la Virgen para que no pudiera ofuscarse, reverberada y rebatida con más vehemente resplandor la vista de esta águila a los rayos de aquella candidísima luz y purísimo esplendor de la Divinidad. Sin embargo, de ningún modo aun aquella ligera nube fué ociosa, sino que usó de ella para salud de ellos. Excitó al afecto de su carne los ánimos de los discípulos (los cuales ni podían ser promovidos a la inteligencia de la fe sin alguna mutación de su afecto, ni tenían valor para levantarse todavía de las cosas espirituales), haciendo que siguiesen por un cierto afecto humano a un hombre que obraba y hablaba cosas maravillosas, con un amor ciertamente carnal todavía, pero tan poderoso que prevaleciese sobre todos los demás. Este era aquella serpiente de Moisés que devoró todas las serpientes de los magos de Egipto. Finalmente: *Ve*, dicen, *que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido.* Bienaventurados, pues, los ojos que veían al Señor de la majestad presente en la carne, al Autor del universo tratando entre los hombres, resplandeciendo en prodigios, sanando los enfermos, cruzando los mares, resucitando muertos, imperando a los demonios y dando a los hombres una potestad semejante; manso y humilde de corazón, benigno, afable, rebosando en entrañas de misericordia, Cordero de Dios que no tenía pecado y llevaba sobre sí los pecados de todos. Bienaventurados los oídos que merecían percibir las palabras de vida salidas de la boca del mismo Verbo encarnado, y a los cuales instruía el Unigénito que está en el seno del Padre y hacía manifiestas todas las cosas que había oído a su Padre; a fin de que bebiesen los torrentes de celestial doctrina en la fuente purísima de la

misma Verdad, habiendo de brindar después con ella a todas las gentes, eructóla después para bien del universo.

12. ¿Qué maravilla, hermanos, que se llenase de tristeza el corazón de los apóstoles cuando Cristo les anunciaba que se había de apartar de ellos y añadía: *A donde yo voy, vosotros no podéis venir por ahora?* [13] ¿Qué mucho que se estremeciesen sus entrañas, se turbase su afecto, vacilase su ánimo, se abatiese su rostro, se asustase su oído y que en modo alguno pudiesen admitir con tranquilidad de ánimo la noticia de su partida y que les hubiese de dejar aquel por quien habían dejado ellos todas las cosas? Con todo eso, no para que quedase en la carne, sino para que fuese transformado en espíritu, había sido recogido por el Señor todo el afecto de los discípulos hacia su persona, a fin de que pudieran decir después: *Aunque conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no le conocemos así* [14]. Por lo que el benignísimo Maestro, animándolos con blandos consuelos, les dice: *Yo pediré a mi Padre y os dará otro Consolador, el Espíritu de la verdad, para que esté con vosotros eternamente* [15]. Y también: *Yo os digo la verdad, os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador* [16]. Misterio grande, hermanos míos. ¿Qué quieren significar estas palabras: *Si yo no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador?* Si la presencia de la carne no se desvía de vuestras miradas, la mente ocupada no admite la plenitud de la gracia espiritual, no la *recibe el ánimo, no cabe en el afecto.*

15. ¿Qué os parece, hermanos? Si esto es así, más bien, porque verdaderamente es así, ¿se atreverá alguno en adelante, dado a ciertos deleites fantásticos, siguiendo los halagos de su carne, de una carne ciertamente pecadora engendrada en pecados y habituada a los pecados, en la cual no se halla cosa buena, se atreverá, repito, a aguardar igualmente aquel Consolador? ¿Se atreverá el que siempre está pegado a este muladar, que regala su cuerpo, que siembra en la carne y que no aspira a más placeres que a los que pueden proporcionarle los sentidos, a esperar con todo eso aquel consuelo de la vista soberana, aquel torrente de deleites, aquella gracia del espíritu vehemente, la cual, como testifica la misma Verdad, ni aun de la misma humanidad del Verbo pudieron percibir en modo alguno

[13] Io. 8, 21. [14] 2 Cor. 5, 16. [15] Io. 14, 16. [16] Io. 16, 7.

los apóstoles? Yerra totalmente cualquiera que piensa que se puede mezclar aquella celestial dulzura con esta ceniza, aquel divino bálsamo con este veneno, aquellas gracias del espíritu con semejantes deleites. Te engañas, Tomás santo, te engañas si esperas ver al Señor separado del colegio de los apóstoles. No ama la Verdad los ángulos secretos, no le agradan los albergues separados. En medio está, esto es, en la disciplina y vida común, y se agrada de las ocupaciones comunes. ¿Hasta cuándo, miserable, anhelarás los sitios apartados y buscarás con tanto trabajo los consuelos de la propia voluntad y los mendigarás con tan poco rubor? ¿Y qué haré, dices? Echa fuera la sierva y a su hijo, porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la libre. Ninguna proporción, como se ha dicho, hay entre la verdad y la vanidad, entre la luz y las tinieblas, entre el espíritu y la carne, entre el fervor y la tibieza.

14. Pero mientras él tarda en venir, dirás, no puedo estar sin algún consuelo. Antes bien, si tarda, aguárdale, porque vendrá y no tardará. Los apóstoles permanecieron diez días en esta expectación, perseverando unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y María, la Madre de Jesús. Tú también aprende a orar, aprende a buscar, a pedir, a llamar, hasta que halles, hasta que recibas, hasta que te abran. Conoce tu barro el Señor; fiel es, no permitirá que seas tentado más de lo que puedes sostener. Yo confío que, si esperas fielmente, ni siquiera diez días tardará. Se anticipará seguramente en bendiciones de dulzura al alma desolada y que ora, de modo que, rehusando generosamente otro cualquier consuelo, te deleitarás en su memoria, embriagado con la abundancia de la casa de Dios y saciado en el torrente de sus delicias. Así se lee que oró Eliseo en otro tiempo cuando lloraba que le habían de quitar aquel consuelo suyo dulcísimo que era la presencia de Elías. Pero considera con cuidado qué fué lo que oró o qué se le respondió. *Ruego*, dice, *Señor, que tu espíritu sea duplicado en mí*. Era menester que se le duplicase el espíritu, para que una duplicada gracia supliese la ausencia del maestro que se iba. Por lo cual le dice Elías: *Si me ves cuando sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que has pedido*. Duplicó el espíritu de Eliseo la vista de Elías que se iba cuando éste, arrebatado manifiestamente al cielo, llevóse consigo todos los deseos de su

discípulo, a fin de que comenzase a gustar de las cosas que están arriba y no de las que están sobre la tierra. Duplicó su espíritu la vista de quien se iba, de suerte que aquí se infundió el espiritual afecto en su entendimiento, siendo arrebatado al cielo con la misma carne a la que tenía adhesión antes principalmente.

15. Lo cual con más evidencia se ve cumplido en los apóstoles. Porque luego que, mirándolo ellos, aquel su Jesús fué elevado y caminaba al cielo tan manifiestamente que ninguno de ellos tenía necesidad de preguntar: ¿Adónde vas?, fueron enseñados por la misma fe, por decirlo así, llena ya de ojos, a levantar los ojos humildes al cielo, a extender puras las manos, pidiendo los dones prometidos de las gracias, hasta que, pasados diez días, de repente se hizo ruido del cielo, como de un viento vehemente que soplaba, producido por aquel fuego que llegaba y que el Señor Jesús enviaba a la tierra, deseando que fuese encendida con velocidad. Consta que ellos antes habían ya recibido el Espíritu, es a saber, cuando sopló en ellos Jesús y dijo: *Recibid el Espíritu Santo,* pero aquél era espíritu de fe y de inteligencia, no de fervor; con el cual más bien se iluminó la razón que se inflamó la voluntad, lo que hizo necesario el duplicado espíritu. Así, a los que el Verbo del Padre había enseñado primero la disciplina y la sabiduría, llenando al propio tiempo sus corazones de inteligencia, viniendo después el fuego divino y hallándolos ya vasos limpios, infundió en ellos los dones de sus gracias más abundantemente y les trocó, abrasándolos, en un amor totalmente espiritual, de modo que, encendida en ellos la caridad fuerte como la muerte, no sufría ya que se cerrasen, no digo las puertas, pero ni las bocas, por el miedo de los judíos. A fin de prepararnos a recibir esta gracia en la medida que permita nuestra cortedad, procuremos, carísimos, humillarnos en todas las cosas y vaciar nuestros corazones de los miserables deleites y consuelos caducos; pero, sobre todo, instando ya el festivo día, con más fervor y con más confianza perseveremos unánimemente en la oración, para que se digne concedernos su visita, su consolación y su confirmación aquel Espíritu benigno, Espíritu dulce, Espíritu fuerte que fortalece lo flaco, allana lo áspero y purifica los corazones, el cual con el Padre y el Hijo es una misma cosa, pero no uno mismo; de modo que confiesa ciertísima y fidelísimamente que los tres son

una cosa y que esta una cosa es los tres la católica Iglesia, adoptada por el Padre, desposada por el Hijo, confirmada por el Espíritu Santo; en los cuales, así como hay una sola substancia, así también no menos una misma gloria por los siglos de los siglos. Amén.

EN LA FIESTA DE PENTECOSTES *

1 Cómo el Espíritu Santo obra en nosotros tres cosas **

1. Celebramos hoy, carísimos, la solemnidad del Espíritu Santo, digna de celebrarse con todo gozo y digna de toda devoción. Es una cosa dulcísima en Dios el Espíritu Santo, es la benignidad de Dios y El mismo es Dios. Por tanto, si celebramos las solemnidades de los santos, ¿cuánto más debemos celebrar la de aquel por quien tuvieron el ser santos todos los que han sido santos? Si veneramos a los santificados, ¿cuánto más convendrá venerar al Santificador? Hoy, pues, es la festividad del Espíritu Santo, porque siendo invisible apareció visiblemente; así como el Hijo, siendo en sí mismo igualmente invisible, se dignó exhibirse a sí mismo visible en la carne. Hoy el Espíritu Santo nos revela algo de sí mismo, así como antes sabíamos algo del Padre y del Hijo, porque el conocimiento perfecto de la Trinidad es la vida eterna. Mas ahora sólo conocemos esto en parte; las demás cosas, que de ningún modo somos suficientes para comprender, las creemos. Y del Padre ciertamente conocemos la creación del universo, clamando las criaturas: *El nos hizo, y no nos hicimos nosotras* [1]. *Pues las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles después de la creación del mundo por las cosas que han sido hechas* [2]. Pero el comprender su eternidad e inmutabilidad es ya mucho para mí, habita una luz inaccesible. Del Hijo una cosa grande conocemos por gracia suya; es a saber, su encarnación. Porque ¿quién contará su generación? ¿Quién comprenderá cómo el engendrado es igual al que engendra? En cuanto al Espíritu Santo, si no comprendemos la procesión con que del Padre y del Hijo procede (porque esta ciencia es tan alta que ja-

* PL 183, 323-334.
** PL 183, 323

[1] Ps. 99, 3.
[2] Rom. 1. 20.

más podremos llegar a ella), con todo eso conocemos algo, es a saber, la inspiración. Porque aquí hay que considerar dos cosas: de dónde procede y adónde procede. La procesión que tiene del Padre y del Hijo se ocultó entre las tinieblas; pero la procesión a los hombres hoy comenzó a declararse y es manifiesta ya a los fieles.

2. A la verdad, en la primera venida, porque así convenía, el Espíritu Santo, invisible, con signos visibles declaraba su venida; ahora estos signos, cuanto son más espirituales, tanto parecen más congruentes y dignos del Espíritu Santo. Vino entonces sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego, para que ellos, en las lenguas de todas las gentes, hablasen palabras de fuego y predicasen con lenguas de fuego una ley que era de fuego. Nadie se queje de que no se haga ahora en nosotros esta manifestación del Espíritu Santo: *Pues a cada uno se le da la manifestación del Espíritu Santo para utilidad de la Iglesia*[3]. Aunque a decir verdad podría afirmarse que para nosotros se hizo aquella manifestación más bien que para los apóstoles. Porque ¿a qué eran necesarias en ellos las lenguas de las gentes sino para la conversión de las gentes? Hubo en ellos otra manifestación que les pertenecía más, y ésta igualmente hasta el día de hoy se realiza en nosotros. Porque fué manifiesto que habían sido vestidos de la virtud de lo alto los que de tanta cobardía de espíritu vinieron a tener tanta constancia. Ya no piensan en huir, ya no piensan en esconderse por miedo de los judíos; mayor es ahora la constancia con que predican que era antes la timidez con que se escondían. En fin, manifiestamente declara la mutación que hizo la diestra del Excelso el miedo del Príncipe de los Apóstoles a las palabras de una criada antes, y después su fortaleza entre los azotes de los príncipes. *Se retiraron,* dice la Escritura, *gozosos de la presencia del concilio, porque habían sido hallados dignos de padecer aquella afrenta por el nombre de Jesús*[4], al cual antes, cuando era llevado al concilio, habían dejado solo y se habían huído. ¿Quién dudará que ha venido el Espíritu vehemente para ilustrar sus almas con una potencia invisible? A este modo, también ahora lo que el Espíritu Santo obra en nosotros da testimonio de El.

[3] 1 Cor. 12, 7.
[4] Act. 5, 41.

3. Así, porque todos los preceptos que hemos recibido se dirigen a que, desviándonos de lo malo, hagamos lo bueno, mira cómo el Espíritu ayuda nuestra flaqueza en lo uno y lo otro; porque, aunque hay diversidad de gracias, el Espíritu es uno mismo. Por tanto, para que nos desviemos de lo malo, obra en nosotros tres cosas: la *compunción*, la *oración* y la *remisión*. El principio, pues, de volver a Dios es la penitencia, la cual sin duda obra el Espíritu, no el nuestro, sino el de Dios, y esto lo enseña una razón constante y lo confirma la autoridad. Porque ¿quién, llegando al fuego lleno de frío y siendo calentado, dudará que vino del fuego el calor que no podía tener sin él? Así, si el que, estando antes frío en su iniquidad, después se enciende en el fervor de la penitencia, no dude que ha venido otro espíritu que reprende y juzga al suyo. Tienes esto también en el Evangelio cuando, hablando el Señor del Espíritu que habían de recibir los que creían en El, dice: *El argüirá al mundo en orden al pecado* [5].

4. Pero ¿de qué sirve hacer penitencia de la culpa, si no se suplica por el perdón? Es preciso también que esto lo haga el Espíritu, llenando el alma de una cierta dulzura de la esperanza, con la cual suplique confiadamente, no titubeando nada. ¿Quieres que te muestre que esto es obra del Espíritu Santo? Ciertamente, cuando falta El no hallarás en tu espíritu cosa semejante. Finalmente, El es en quien clamamos: *Padre, Padre*; El es el que pide por los santos con indecibles gemidos [6]. Y esto, a la verdad, estando en nuestro corazón. Pero ¿qué en el corazón del Padre? Como en nosotros pide por nosotros, así en el corazón del Padre condona los delitos con el Padre mismo, siendo nuestro Abogado delante del Padre en nuestros corazones y nuestro Señor en el corazón del Padre. Así, pues, lo que pedimos lo da el mismo que nos ha dado el poder de que pidamos; y así como nos alienta con una piadosa confianza, así inclina a Dios hacia nosotros con su piadosa misericordia. Para que enteramente sepas que el Espíritu Santo obra la remisión de los pecados, escucha lo que alguna vez oyeron los apóstoles: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados* [7]. Esto por lo que respecta a desviarnos de lo malo.

[5] Io. 16. 8.
[6] Rom. 8. 16.
[7] Io. 20. 28.

5. Mas para hacer lo bueno, ¿qué obra en nosotros el Espíritu bueno? Verdaderamente *amonesta, mueve* y *enseña*. Amonesta la memoria, enseña a la razón, mueve la voluntad. En estas tres cosas consiste toda el alma. Sugiere a la memoria lo bueno en pensamientos santos y así aparta de nosotros la pereza y la torpeza. Por tanto, todas las veces que sientas en tu corazón alguna inclinación a lo bueno, da honor a Dios y haz reverencia al Espíritu Santo, cuya voz suena en tus oídos. Porque El es el que habla la justicia. Y en el Evangelio tienes: *Que El os hará acordar de todas las cosas que yo os he dicho*[8]. Y advierte lo que había dicho antes: *El os enseñará todas las cosas*. Pues había yo dicho que enseña a la razón. Muchos son amonestados para que obren bien, pero de ningún modo saben lo que han de hacer si no son nuevamente asistidos de la gracia del Espíritu Santo y si ésta misma no les enseña a poner por obra lo mismo que había inspirado para que no sea infructuosa la gracia de Dios. ¿Mas qué? *El que sabe lo bueno y no lo hace, es culpable y peca*[9]. Luego es forzoso que seamos no solamente amonestados y enseñados, sino también movidos y aficionados a lo bueno por aquel Espíritu que ayuda nuestra flaqueza y por quien se difunde en nuestros corazones la caridad, la cual es la voluntad buena.

6. Así, pues, cuando viniendo de esta suerte el Espíritu posea toda nuestra alma, sugiriendo, instruyendo, aficionando y hablando siempre en nuestros corazones, para que oigamos lo que en nosotros hable el Señor Dios, iluminando la razón e inflamando la voluntad, ¿no te parece que han llenado toda la casa las lenguas como de fuego que se repartieron? Porque en estas tres potencias dijimos arriba que consistía el ser del alma. Sean, pues, partidas las lenguas por causa de los pensamientos diversos; pero esta diversidad de ellas sea como fuego, siendo en todas una misma la luz de la verdad y el fervor de la caridad. O más bien, el llenarse la casa resérvese para el fin, cuando derramen en nuestros senos una medida buena, llena, remecida y que rebose. Pero ¿cuándo será esto? A la verdad, cuando se hayan cumplido los días de Pentecostés. Felices vosotros, que ya habéis entrado en la quincuagésima del reposo y en el año del jubileo. Hablo a aquellos de

[8] Io. 14. 26.
[9] Iac. 4. 17.

nuestros hermanos a quienes ya dijo el Espíritu que descansen de sus trabajos, pues que también hallamos esto entre sus obras. Dos tiempos celebramos, hermanos: uno el de Cuaresma, otro el de Quincuagésima; aquél antes de la pasión, éste después de la resurrección; aquél en compunción del corazón y en los lamentos de la penitencia, éste en devoción del Espíritu y en el aleluya solemne. El primer tiempo es la vida presente; el posterior significa el descanso de los santos, el cual tendrá lugar después de la muerte. Cuando llegue el fin de esta quincuagésima será la plenitud del Espíritu, que llenará toda la casa. Estará llena toda la tierra de su Majestad cuando no solamente el alma, sino el mismo cuerpo, resucite espiritualizado; pero con tal de que mientras dura este tiempo sea sembrado como cuerpo animal, según el aviso del Apóstol [10].

2 De las obras de la Trinidad sobre nosotros y de la gracia triplicada del Espíritu Santo *

1. Hoy, carísimos, destilaron los cielos a la presencia de Dios; el Sinaí tembló a la presencia del Dios de Israel y una lluvia voluntaria se repartió a la heredad de Cristo [1]. El Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, por una benéfica dignación de su Majestad, vino sobre los apóstoles y les franqueó los dones preciosos de sus gracias. Después de la magnificencia de la resurrección del Señor, después de la gloria de su ascensión, después de la sublimidad con que está sentado a la diestra de Dios, ya no restaba sino que viniese la esperada alegría de los justos y los hombres celestiales fuesen llenados de celestiales dones. Pero mira si con el mismo peso de sentencias y el orden mismo de las palabras no predijo todo esto mucho antes Isaías. *En aquel día*, dice, *brotará el pimpollo del Señor con magnificencia y gloria y será el fruto de la tierra sublimado y será la alegría para los que fueron salvados de Israel* [2]. Pimpollo del Señor es Jesucristo, concebido de sangre purísima, porque, aunque lleva en sí la semejanza de la carne de pecado, está exento de todo pecado; y

[10] 1 Cor. 15. 44.

* PL 183. 326.
[1] Ps. 67. 9-10.
[2] Is. 4. 2.

aunque es hijo de Adán, según la carne, pero no es hijo de la prevaricación de Adán, puesto que no fué por naturaleza hijo de ira, como todos los demás, los cuales en iniquidades fueron concebidos. Este Pimpollo, pues, que brotó de la vara de Jesé con virginal verdor, estuvo en magnificencia habiendo resucitado de entre los muertos, porque entonces, Señor Dios, fuistes magnificado en gran manera, vistiéndote de gloria y hermosura, cubierto de luz como de un ropaje [3]. ¡Cuánta fué la gloria de tu ascensión cuando en medio de los ángeles y de las almas santas llegaste hasta el Padre y, entrando en los cielos con triunfante palma, introdujiste la naturaleza humana que habías tomado en el mismo seno de la Divinidad! ¿Quién no digo hablará, sino quién podrá pensar cuán sublime esté el fruto de la tierra en el asiento a la diestra del Padre, lo cual sin duda reverbera los ojos de las naturalezas celestiales y la vista angélica lo ve con temor, no lo alcanza? Venga, pues, la alegría, Señor, para los que fueron salvados de Israel, para tus apóstoles, que escogiste antes de la creación del mundo. Venga tu Espíritu bueno que lave las manchas e infunda las virtudes con espíritu de juicio y fervor.

2. Ea, pues, hermanos, meditemos las obras de la Trinidad sobre nosotros y para nosotros desde el principio del mundo hasta el fin y veamos cuán solícita estuvo aquella Majestad, a quien incumbe la disposición y gobierno de los siglos, de que no nos perdiéramos para siempre. Poderosamente, a la verdad, había fabricado todas las cosas y sabiamente las gobernaba todas; y tanto de su potencia como de su sabiduría teníamos señales evidentísimas en la creación y conservación de la máquina del mundo. Había sin duda bondad en Dios, grande bondad y sobremanera excelsa, pero estaba escondida en el corazón del Padre, para ser difundida largamente algún día sobre el linaje de los hijos de Adán en el tiempo oportuno. Mientras tanto, decía el Señor [4]: *Yo medito pensamientos de paz*, y se disponía a enviarnos a aquel que es nuestra paz, a aquel que de dos pueblos hizo uno solo, a fin de dar una paz sobre toda paz, paz a los que estaban lejos y paz a los que estaban cerca. Al Verbo de Dios, colocado en las alturas de la divinidad, le convidó a que bajase a nosotros su

[3] Ps. 103, 1.
[4] Ier. 29, 11.

propia benignidad, la misericordia le trajo de su trono ; la Verdad, puesto que nos había prometido venir, le constriñó a realizarlo ; la pureza de un seno virginal le recibió, salva la integridad de la Virgen, y su potencia le sacó ; la obediencia acompañóle en todos sus caminos, la paciencia le sirvió de potente armadura, y su caridad en las palabras, obras y milagros le manifestó.

3. Por cierto se presenta ahora a mi consideración una materia amplísima de los males míos y de los bienes de mi Señor, para que, reflexionando mis caminos, convierta yo mis pasos a sus preceptos. Inefables son estos bienes, porque (para comprenderlos a todos en breves palabras) nada encontró mejor la Sabiduría de Dios para redimirnos en toda su sabiduría. Verdaderamente nos habían rodeado males que no tenían número ; porque *he pecado* (habla un justo) *sobre el número de la arena del mar ; y por tu nombre, Señor, te aplacarás de mi pecado, porque es muy grande*[5]. Fué echada la enroscada culebra por el diablo para que transfundiese el veneno por la oreja de la mujer en su alma, y de este modo se refundiese en el origen de toda su posteridad ; fué también enviado el ángel Gabriel por Dios para que eructase el Verbo del Padre por el oído de la Virgen a su seno y a su corazón purísimo ; y así por el mismo camino por el que había entrado el veneno, entrase el antídoto. Verdaderamente vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, porque todo es paternal cuanto nos trajo Cristo del corazón del Padre, para que nada sospeche en Cristo la timidez del linaje humano que no sea dulce, que no proceda de un afecto paternal Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no había sanidad en nosotros. Habíamos errado el camino desde el seno materno, siendo condenados en el seno mismo antes que nacidos, porque de pecado y en pecado fuimos concebidos.

4. Cristo, pues, allí aplicó en primer lugar la medicina donde estaba abierta la primera llaga ; y, descendiendo substancialmente al seno de la Virgen, fué concebido por obra del Espíritu Santo para limpiar así nuestra concepción, la cual, aunque no la había hecho el espíritu malo, pero la había inficionado ; no siendo de esta suerte su vida ociosa aun en el seno mismo de María, donde por espacio de nueve meses purificó la llaga antigua, exami-

[5] Ps. 24. 11.

nando y cauterizando, por decirlo así, hasta en sus más hondas raíces, esa llaga ponzoñosa, a fin de que se consiguiese una sanidad sempiterna. Ya entonces obraba la salud en medio de la tierra, a saber, en el seno de la Virgen María, quien con admirable propiedad se llama el punto céntrico de la tierra. Puesto que hacia ella como a su centro, como al arca de Dios, como a la causa de las cosas, como a la obra estupenda de los siglos, están mirando los que habitan en el cielo y los que habitan en el infierno ; los que nos precedieron y nosotros que somos ahora ; los que se seguirán a nosotros, los nacidos de los nacidos y los que nacerán de éstos hasta el fin de los siglos. Los que están en el cielo la contemplan para ser restaurados ; los que moran en los infiernos, para ser librados ; los que precedieron, para que se hallen fieles los profetas ; los que la siguen, para ser glorificados. Por esto te llamarán bienaventurada todas las naciones, Madre de Dios, Señora del mundo, Reina del cielo ; todas las naciones, vuelvo a decir, porque hay generaciones en el cielo y en la tierra, según estas palabras del Apóstol : El Padre de los espíritus, el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra. Por tanto te llamarán bienaventurada todas las naciones a ti, que engendraste la vida y la gloria para todas las naciones. En ti hallan los ángeles la alegría, los justos la gracia, los pecadores el perdón para siempre. Con razón ponen en ti sus ojos todas las criaturas, porque en ti y por ti y de ti la benigna mano del Omnipotente rehizo todo lo que había criado.

5. ¿Te agradará, Señor Jesús, darme tu vida así como me diste tu concepción, pues no sólo mi concepción es inmunda, sino la muerte perversa, la vida peligrosa y, después de la muerte, resta una muerte más grave, que es la muerte segunda? No sólo dice mi concepción, sino también mi vida, y esto por todos los grados de las edades : de la infancia, de la niñez, de la adolescencia y de la juventud te daré, añadiendo, además, mi muerte, mi resurrección, mi ascensión, la venida también del Espíritu Santo. Mi vida instruya la tuya, mi muerte destruya la tuya, mi resurrección preceda a la tuya, mi ascensión prepare la tuya y el Espíritu divino ayude la flaqueza tuya. De esta suerte verás llanamente el camino por donde debes ir, la cautela con que debes ir y a qué mansión debes ir. En mi vida conocerás la tuya, para que así como yo guardé las sendas

rectísimas de la pobreza y obediencia, de la humildad y de la paciencia, de la caridad y misericordia, así también tú vayas por las huellas mismas, no declinando a la diestra ni a la siniestra. Mas en mi muerte te daré mi justicia, rompiendo el yugo de tu cautiverio y combatiendo a los enemigos que están en el camino o junto al camino, para que ya jamás consigan hacerte daño. Cumplidas estas cosas volveréme a la casa de donde salí y restituiré mi rostro a aquellas ovejas que habían quedado en los montes y que había por ti dejado, no precisamente para hacer que volvieses, sino para traerte en mis hombros yo mismo.

6. Y para que de mi ausencia no te quejes o te contristes, enviaré al Espíritu Consolador que te dé la prenda de la salud, la robustez de la vida, la luz de la ciencia. La prenda de la salud, para que el mismo Espíritu dé testimonio a tu espíritu de que eres hijo de Dios, para que imprima y te muestre en tu corazón señales ciertísimas de tu predestinación. El difundirá la alegría en tu corazón y lo empapará de rocío celestial, si no continuamente, al menos muchísimas veces, para que fecunde tu alma. La robustez de la vida, para que lo que por la naturaleza es imposible para ti, se haga por su gracia no sólo posible, sino fácil, de suerte que en los trabajos y en las vigilias, en el hambre y en la sed y en todas estas observancias (pues si estas cosas no se endulzan con esta harina, totalmente aparece la muerte en la olla) camines deleitablemente, como en todas las riquezas. La luz de la ciencia, para que cuando todas las cosas las hayas ejecutado bien, te reputes como siervo inútil y todo el bien que halles en ti lo atribuyas a aquel Señor de quien procede todo lo bueno y sin el cual no sólo un poco, pero ni absolutamente nada puedes comenzar y mucho menos perfeccionar. De esta suerte el Espíritu Santo en estas tres cosas te las enseñará todas, pero todas las que pertenezcan a tu salvación, porque en ellas está la plena y absoluta perfección.

7. Esto es lo que por el profeta dice el mismo Espíritu: *Sembrad para vosotros en la justicia*, en lo cual se nos muestra la prenda de la salvación; *Coged la esperanza de la vida*, en lo que significa su robustez; *Encended para vosotros la luz de la ciencia*[6], la cual se explica con propias palabras. Por lo que este Espíritu apareció sobre los apóstoles en fuego, por la luz y el calor juntamente;

[6] Os. 10, 12.

pues a los que él llena hace hervir en el espíritu y conocer según la verdad, porque sólo es la misericordia la que los previene y la que los lleva al fin. Mucho de esta misericordia había participado el profeta del Señor, que decía: *Su misericordia me prevendrá; delante de mis ojos está siempre la misericordia y su piedad me acompañará todos los días de mi vida, porque tú me coronas de misericordia y piedades, ¡oh Dios mío, misericordia mía!*[7] ¡Cuán dulcemente, Señor Jesús, trataste con los hombres! ¡Con cuánta abundancia y largueza has enriquecido a los hombres! ¡Cuán valerosamente padeciste por ellos cosas tan indignas, tan ásperas y crueles!, de suerte que se pueda ya chupar miel de la piedra y aceite del peñasco durísimo, duro a las palabras denigrantes, más duro a los azotes, durísimo a los horrores de la cruz; porque en todas estas cosas, como un cordero delante de quien le esquila, enmudeciste y no abriste la boca. Ya veis, pues, con cuánta verdad se expresó aquel que dijo: *El Señor anda solícito por mí*[8]. El Padre, por redimir al siervo, no perdona al Hijo; el Hijo por él se entrega a la muerte gustosísimamente; uno y otro envían al Espíritu Santo, y el mismo Espíritu pide por nosotros con inefables gemidos.

8. ¡Oh duros y endurecidos y rebeldes hijos de Adán, a quienes no ablanda tanta benignidad, tan abrasadora llama, ardor tan grande de amor, amante tan fino, que por unos viles andrajos expende mercaderías tan preciosas! Pues no con el oro y plata, que se corrompen, nos redimió, sino con su preciosa sangre, que derramó abundantemente, porque por cinco partes manaron copiosamente los raudales de sangre del cuerpo de Jesús. ¿Qué más debía hacer y no lo hizo? Dió vista a los ciegos, encaminó a los errados, reconcilió los reos, justificó los impíos, dejándose ver sobre la tierra treinta y tres años, tratando con los hombres, muriendo por los hombres, siendo El aquel Dios que dijo y fueron hechos los querubines, los serafines y todas las virtudes angélicas, aquel Señor que tiene en su mano la potestad de hacer todo cuanto quiere. ¿Qué busca de ti el que con tanta solicitud te buscó, sino que andes solícito con tu Dios? Esta solicitud nadie la da sino el Espíritu Santo, que escudriña lo profundo de nuestros pechos, que discierne los pensamientos e intenciones de

[7] Ps. 58, 11; 25, 3; 22, 6; 102, 4; 58, 18.
[8] Ps. 39, 18.

nuestro corazón, que ni la más pequeña paja sufre que haya en la habitación del corazón que posee, sino que al punto la consume con el fuego de una sutilísima circunspección; Espíritu suave y dulce, el cual inclina nuestra voluntad o, más bien, la endereza y conforma con la suya, a fin de que podamos entenderla verdaderamente, amarla fervorosamente y cumplirla eficazmente.

3 De las varias operaciones del Espíritu Santo en nosotros *

1. Con cuánto gusto os la comunico, si hallo que por la dignación divina se me inspira alguna cosa, sábelo el mismo Espíritu, cuya solemnidad, y solemnidad principal, celebramos hoy, ojalá que con devoción principal también. Este mismo es, carísimos, el que hace que estéis sentados no sólo en una misma ciudad, sino en una misma casa también, para sentarse El sobre los que están sentados y reposar sobre los humildes y que se estremecen a sus palabras. Este mismo es quien hizo sombra a la Virgen y confortó a los apóstoles para templar la llegada de la deidad al cuerpo virginal y para vestir a los apóstoles de la virtud de lo alto, a saber, de una fervorosísima caridad. Esta loriga se vistió el apostólico coro, como se la viste un gigante para hacer venganza en las naciones, castigos en los pueblos, para atar a sus reyes con grillos y a sus nobles con esposas de hierro. Porque, como eran enviados a la casa del fuerte, para atarle y saquear todas sus alhajas tenían necesidad de mayor fortaleza. De otra suerte, ¡cuán sobre sus fuerzas era haber de triunfar de la muerte y que ni las puertas mismas del infierno prevaleciesen contra ellos, si en ellos mismos no estuviera vigorosa para conseguir la victoria la caridad fuerte como la muerte y el celo duro como el infierno! Este celo habían embebido en sí mismos cuando eran reputados por embriagados con vino. Y verdaderamente embriagados de vino estaban, pero no de aquel con que les creían embriagados los incrédulos. Verdaderamente, repito, embriagados, pero del vino nuevo que los odres antiguos ni merecían recibir ni podían guardar. Este era el vino que aquella verdadera Vid había derramado desde las alturas; vino que alegra el corazón,

* PL 183, 330

pero no subvierte el estado de la razón ; vino que brota vírgenes, pero no hace apostatar aun a los sabios. Vino nuevo, pero para los que habitan sobre la tierra. Porque en los cielos ya antes abundaba copiosamente, no en odres ni en vasos de barro, sino en la despensa del vino, en bodegas espirituales. Corría por todas las calles y plazas de aquella ciudad el vino en el cual está la alegría del corazón, no la lujuria de la carne ; los nacidos en la tierra y los hijos de los hombres no conocían este vino.

2. Así, pues, el cielo, a la verdad, gozaba de vino propio, el cual ignoraba la tierra ; pero ni esa misma tierra estaba enteramente pobre ; gloriábase de tener la carne de Cristo, de cuya presencia no menos tenía sed el cielo. ¿Qué mucho que así se hiciera un segurísimo y gustosísimo comercio entre el cielo y la tierra, entre los ángeles y los apóstoles, para que se les presentase a aquéllos la carne de Cristo, a éstos el vino del cielo y estuviese en la tierra el Espíritu, la carne en los cielos, y en adelante fuesen todas las cosas comunes a todos eternamente? *Si yo no me voy,* dice Jesús, *el Consolador no vendrá a vosotros.* Que es decir : Si no me cedéis lo que amáis, no tendréis lo que deseáis. A vosotros, pues, os conviene que yo me vaya para trasladaros un día a vosotros de la tierra al cielo, de la carne al Espíritu. Es el Hijo Espíritu, es el Padre Espíritu, es Espíritu el Espíritu Santo. Finalmente, espíritu es delante de nuestro rostro Cristo, Señor nuestro. También el Padre, porque es espíritu, busca tales adoradores que le adoren en espíritu y verdad. Con todo eso, el Espíritu Santo con especialidad se llama Espíritu, porque de uno y de otro procede ese firmísimo e indisoluble vínculo de la Trinidad ; se llama Santo con toda propiedad, porque es don del Padre y del Hijo que santifica toda criatura, aunque el Padre también sea Espíritu y Santo y el Hijo sea igualmente Espíritu y Santo : *De quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas,* como dice el Apóstol [1].

3. Tres cosas debemos meditar en esta obra grande del mundo, a saber : qué es, de qué modo es y para qué está hecho. Y, ciertamente, en el ser de las cosas resplandece una inestimable potencia, al ver que tantas y tan grandes, con variedad tanta y tanta magnificencia fueron

[1] Rom. 11, 36.

criadas. En el modo mismo brilla una sabiduría singular, pues que vemos que unas están colocadas abajo, otras arriba, otras en el medio y todas con excelentísimo orden y disposición. Mas si meditas el fin para que fueron criadas, se presentará a tus ojos tan útil benignidad y tan benigna utilidad, que aun los más ingratos se verán como oprimidos con la multitud y grandeza de beneficios. Poderosísimamente fueron criadas todas de la nada, sapientísimamente fueron criadas hermosas y benignísimamente útiles. Sin embargo, sabemos que desde el principio hubo y hay todavía muchos entre los hijos de los hombres que, sumergidos con toda sensualidad en los inferiores bienes de este mundo sensible, se entregaron totalmente a las cosas criadas, despreciando el considerar de qué modo o para qué fueron hechas. ¿Cómo llamaremos a éstos sino carnales? Pienso que ya hay poquísimos, pero los hubo en otro tiempo, según leemos, cuyo sumo estudio y única solicitud fué investigar el modo y orden de las cosas criadas, de tal suerte que muchos no solamente dejaron de buscar la utilidad de las cosas, sino que las despreciaron todas magnánimamente, contentos con un cortísimo y vilísimo alimento; ellos mismos se dieron el pomposo nombre de filósofos, pero mejor los llamaremos nosotros curiosos y vanos.

4. A unos y a otros siguieron algunos varones más prudentes que los unos y los otros, los cuales, no poniendo su atención en las cosas criadas ni en el modo con que fueron hechas, dirigieron la vista de su entendimiento a examinar el fin para que fueron hechas. Ni se les ocultó que Dios hizo todas las cosas por sí mismo y todas por los suyos. Mas de un modo por sí mismo y de otro por los suyos. En decirse: *Todas las cosas por sí mismo*, se significa el origen y fuente de donde proceden; mas en decirse: *Todas por los suyos*, se explica más bien el fruto y utilidad que se sigue de ellas. Todas las cosas hizo por sí mismo, es a saber, llevado de una bondad gratuita; todas para sus escogidos, es decir, para utilidad de ellos, de modo que aquélla es la causa eficiente y ésta el fin. Los hombres espirituales son los que de tal suerte usan del mundo como si no usaran de él, porque buscando a Dios en la sencillez de su corazón no ponen mucho cuidado en saber cómo se dirige esta máquina del universo. Los primeros están llenos de deleite; los segundos, de vanidad; los terceros, de verdad.

5. Gózome en pensar que vosotros pertenecéis a esta escuela, que es la escuela sin duda del Espíritu, en la que aprendéis la bondad, la disciplina y la ciencia, y podéis decir con el salmista: *He comprendido yo más que todos mis maestros*[2]. ¿Por qué? ¿Acaso porque me vestí de púrpura y de precioso lino, porque disfruté abundantemente banquetes delicados? ¿Acaso porque entendí las sutilezas de Platón, los capciosos razonamientos de Aristóteles o trabajé en entenderlos? De ningún modo, repito, sino *porque busqué tus preceptos*[3]. Feliz el que mora en este tálamo del Espíritu Santo para que pueda entender aquel triplicado espíritu, del cual el mismo niño que entendía sobre los ancianos clamaba y cantaba: *No me eches de tu presencia y no quites de mí tu Espíritu Santo. Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón limpio y renueva en mis entrañas un espíritu recto. Dame la alegría de tu salud y confírmame con el espíritu principal*[4]. Mira aquí designado el Espíritu Santo con su propio nombre. Pide el real profeta que no sea echado de su presencia como una cosa inmunda, porque este Espíritu aborrece las inmundicias, ni puede habitar en un cuerpo sujeto a pecados. Porque de quien es propio repeler los pecados es también propio el aborrecerlos, ni morarán juntamente en un domicilio tanta limpieza e inmundicia tanta. Habiendo, pues, recibido el Espíritu Santo por la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios, va se atreve uno a presentarse delante de su rostro, como lavado y limpio, puesto que ya se contiene de todo lo malo y refrena, si no los pensamientos, las acciones.

6. Mas porque los inmundos y perversos pensamientos separan de Dios, debemos orar que sea criado en nosotros un corazón limpio, lo cual sin duda sucederá si es renovado el espíritu recto en nuestras entrañas. En este espíritu de rectitud de que habla David puede entenderse sin inconveniente la persona del Hijo, pues El es quien, desnudándonos del hombre viejo, nos viste el nuevo; El es quien nos renovó en el interior de nuestra alma, como poniendo un espíritu nuevo y recto en nuestras entrañas para que pensemos las cosas que son rectas y para que andemos en la novedad del Espíritu, no en la vejez de la le-

[2] Ps. 118, 99.
[3] Ps. 118, 99.
[4] Ps. 50, 13. 12 y 14.

tra. Trajo del cielo la forma de la rectitud y la dejó en la tierra, mezclando y poniendo la dulzura y la rectitud en todas sus obras, como de El había predicho el mismo profeta: *Bondadoso y recto es el Señor; por esto dará su ley a los que delinquen en el camino* [5]. Castigado el cuerpo por la santidad de las obras y purificado el corazón, o, más bien, renovado por la rectitud de pensamientos, te dan la alegría saludable, para que ya andes en la luz del rostro del Señor y te regocijes todo el día en su santo nombre.

7. ¿Qué resta ya sino que seas confirmado con el Espíritu principal? Denomina al Padre esta frase, Espíritu principal, no porque El sea mayor, sino porque El solo no procede de otro, procediendo de El el Hijo, y el Espíritu Santo del uno y del otro. Mas ¿en qué consiste esta confirmación sino en la caridad? O ¿qué otro don se halla tan digno del Padre? ¿Qué otro don es tan paternal? *¿Quién nos separará*, dice el Apóstol, *de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación o la angustia, el hambre o la desnudez, el peligro, la persecución o la espada?* [6] Estad ciertos de que ni la muerte, ni la vida, ni todas las demás cosas que tan larga como animosamente enumera el Apóstol podrán separarnos de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús. ¿Por ventura esta sentencia en todas sus partes no está demostrando la conformación? ¿Sabes poseer tu vaso en santidad y honor y no en la pasión del deseo? Recibiste el Espíritu Santo. ¿Deseas, todo lo que tú quieres que los demás hagan contigo, hacerlo con los demás y no hacer con ellos lo que no quisieras que ellos hagan contigo? Recibiste el Espíritu recto para con el prójimo. Pues ésta es la rectitud que recomienda una y otra ley; así la que está impresa en la naturaleza misma como la que se nos ha dado por la Escritura. Ahora bien, si en uno y otro bien de éstos y en todo lo que pertenece a ellos perseveras firmemente, recibiste el Espíritu principal, que es el que aprueba Dios solamente. De otra suerte, las cosas que ahora son, ahora no son, no las acepta aquel que verdaderamente *es*, ni puede complacerse en estas cosas tan inconstantes y caducas la eternidad. Así, pues, si deseas que Dios escoja en ti habitación y te elija

[5] Ps. 24, 8.
[6] Rom. 8, 35.

para casa suya, ten cuidado de mostrar en tus obras, respecto de ti, el Espíritu Santo; respecto del prójimo, el Espíritu recto; respecto del verdadero Príncipe y Padre de los Espíritus, el Espíritu principal.

8. Verdaderamente es Espíritu de muchos modos el que tan diversamente se inspira a los hombres, que no hay quien se esconda de su calor. Pues se les da para el uso, para el milagro, para la salvación, para auxilio, para los consuelos y para el fervor. Comunícase para el uso de la vida, dando a los buenos y a los malos, a los dignos y a los indignos, los bienes comunes abundantísimamente, de modo que parece no guardar los límites de la discreción. Ingrato es el que no reconoce el Espíritu en estos beneficios. Se comunica para los milagros en signos y prodigios y en varios portentos que obra por mano de algunos. El es quien renueva los antiguos milagros para confirmar con los presentes la fe de los pasados. Mas porque da a algunos esta gracia, aun sin utilidad propia, en tercer lugar se infunde para la salvación, cuando en todos los combates ayuda nuestra flaqueza. Cuando da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, esta inspiración es para nuestro consuelo. Se da también para el fervor cuando, soplando con más vehemencia en los corazones de los perfectos, enciende en ellos el poderoso fuego de la caridad, a fin de que no sólo se glorien en la esperanza de hijos de Dios, sino también en las tribulaciones, reputando gloria la afrenta, gozo el oprobio y exaltación el desprecio. A todos nosotros, si no me engaño, se dió el Espíritu para la salvación, pero no así para el fervor. Pues son pocos los que se llenan de este Espíritu, pocos los que anhelan a él. Estamos contentos con nuestra estrechez y no intentamos respirar en esta libertad, ni aun aspirar siquiera a ella. Oremos, hermanos, que se cumplan en nosotros los días de Pentecostés, días de perdón, días de gozo, días de un verdaderísimo jubileo; y que nos halle siempre el Espíritu Santo a todos congregados en un mismo lugar, no sólo por la presencia corporal, sino también por la unión de corazones y por la estabilidad que prometimos, a honra y gloria del Esposo de la Iglesia, Jesucristo Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

EN EL DOMINGO CUARTO DESPUES DE PENTECOSTES*

De David y de Goliat y de las cinco piedras

1. Oímos en el libro de los Reyes que Goliat, hombre de agigantada estatura, presumiendo en la fortaleza y magnitud de su cuerpo, voceaba contra los escuadrones de Israel y les provocaba a un combate singular; oímos también que suscitó Dios el espíritu de un joven para que sintiese vivamente que un hombre espurio e incircunciso injuriase al ejército de Israel y de Dios sumo. Miramos salir al joven con honda y piedra contra aquel hombre de una magnitud monstruosa, vestido de cota de malla, protegido del escudo y morrión y terrible en las demás armas militares. Si había en nosotros algunas entrañas de piedad, no pudimos dejar de temer por ese joven que de tal modo entraba en el combate, ni pudimos menos de tomar parte después en el gozo de su victoria. Alabamos la magnanimidad suya, pues comía su alma el celo de la casa de Dios y no juzgaba ajenos a sí los oprobios de los que injuriaban al Señor, sino que los sentía como injuria propia y se dolía sobremanera de ella. Admiramos que un niño tuviese tanta confianza, cuanta no se encontró en todo Israel. Recibimos, finalmente, la victoria como dada del cielo y conseguida manifiestamente con la virtud divina; tan gozosos como cuidadosos hemos contemplado el combate trabado entre un niño armado con la fe y un gigante desvanecido con su propio valor.

2. Ahora bien, si no ignoramos que la ley, según el testimonio del Apóstol, es espiritual, y que está escrita no precisamente para deleitarnos con el aspecto exterior de la superficie, sino para saciarnos con el gusto del interior sentido, como con la medula del trigo, debemos considerar de quién es imagen este Goliat, que, altivo e inflamado del espíritu de su carne, presume él solo de desafiar e injuriar al pueblo de Dios, que ya había entrado en la tierra prometida y triunfado de muchos enemigos. Creo, pues,

* PL 183, 333

que no impropiamente se designa el vicio de la soberbia en este hombre soberbio. Porque éste es aquel pecado máximo que más insulta al pueblo de Dios y acomete especialmente contra aquellos que parece vencieron los demás pecados. De ahí es que provoca a un combate singular, como quien da por derrotados a todos los demás. Porque los filisteos a la sazón recelaban entrar en batalla contra Israel, y toda su confianza pendía de Goliat, hombre de una enorme magnitud. ¿Por dónde tentará la soberbia a un alma a quien ya subyugó la envidia; o la tibieza, que suele provocar a Dios a vómito; o la pereza, que hace que merezca el hombre ser apedreado con boñigas? ¿Por dónde, repito, le entrará la soberbia, por dónde la altivez de sus ojos, a quien los demás vicios de tal suerte dominan que piensa que todos los demás son jueces de su perversa conciencia? ¿Quién, finalmente, sino el fuerte de manos, que ha sujetado ya los demás vicios con esforzado valor, se presentará para pelear contra el pésimo vicio de la soberbia? Salga, pues, David fuerte de manos, porque no se puede vencer enemigo tan poderoso si no es con brazo potente. Armese contra Goliat el mismo que ha vencido al oso y al león.

3. Vea si podrán servirle las armas de Saúl; vea si con la sabiduría mundana, con doctrinas filosóficas o con la superficie de las divinas Escrituras, a lo cual llama el Apóstol letra que mata, vea, digo, si con estas armas podrá postrar a la soberbia, si por este camino podrá llegar a la humildad, a fin de que, experimentando que en lugar de fortalecerle le oprimen, arroje tales armas y estorbos, poniendo todo su pensamiento en Dios; y así, desconfiando de la propia industria, armado de sola la fe, no haga aprecio de la gran estatura de Goliat, no sea acaso oprimido por la mole de su corpulencia, sino antes cante con el espíritu, cante con el alma: *El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién temblaré?* Pues Pedro también, cuando ni considerando la violencia de los vientos, ni el profundo del mar, ni el peso del cuerpo, se arrojó a sí mismo en la palabra del Señor, ni pudo perecer ni temer. Mas cuando vió aquel recio viento que venía, temió, y con el mismo temor comenzó a sumergirse. Una cosa semejante a ésta intenta persuadir ahora el rey Saúl a nuestro combatien-

te: *No puedes*, dice, *resistir a este filisteo ni pelear contra él, porque eres niño, y éste es un hombre guerrero desde su juventud* [1]. Sin embargo, de ningún modo entra él en este pensamiento, sino que, confiado en el auxilio de aquel Señor en cuya virtud había vencido otros combates, sale y camina intrépido. Coge, pues, habiendo dejado las armas de Saúl, cinco piedras del torrente, las cuales, llevando consigo todas las cosas leves, pudo bien alisar, pero no arrebatar. El torrente (ojalá que le traspase mi alma) es el presente siglo, testificando la Escritura que *una generación llega y otra generación pasa* [2], como entumecida onda que impele otra onda. Por ser, pues, *toda carne heno y toda su gloria como la flor del campo* [3], fácilmente lleva consigo el torrente inundante estas cosas leves; mas las palabras de Dios, sin ceder a ningunas ondas, permanece para siempre.

4. Así, juzgo que sin inconveniente se pueden entender, en estas cinco piedras, cinco especies de palabras, a saber: la palabra de conminación, la de promesa, de amor, de imitación y de oración. Larga copia de estas palabras se encuentra en todas las Escrituras divinas. Y acaso podrían ser también aquellas cinco de que hizo mención San Pablo, prefiriendo hablar solas cinco palabras con el Señor que diez mil con la boca. *La escena de este mundo pasa*, dice [4]; y según otro testimonio: *Pasa el mundo y con él sus concupiscencias* [5]. Pero pasando el mundo, no solamente permanecen estas palabras, sino que se hacen más tersas cuando, pasando muchos, se aumenta la ciencia. En cuanto a esas cinco piedras que ha cogido el nuevo David, póngalas en el zurrón de su memoria para arrojarlas a su tiempo contra el espíritu de la soberbia, considerando con cuántas cosas nos amenaza Dios, cuántas nos promete, qué gran caridad nos muestra, cuán numerosos ejemplos de santidad nos propone y con qué encarecimiento nos recomienda la frecuencia de la oración. Lleve consigo estas piedras quienquiera que aspire a vencer el vicio de la soberbia, para que cuantas veces levante su venenosa cabe-

[1] Reg. 17, 33.
[2] Eccl. 1, 4.
[3] Is. 40, 6.
[4] 1 Cor. 7, 31.
[5] 1 Io. 2, 17.

za, al punto lance la primera piedra que ocurra a la mano de su pensamiento, y así, herido en la frente Goliat, caiga en tierra cubierto de confusión. Mas para este combate se requiere también la honda, en la cual viene simbolizada la grandeza de ánimo, que por ningún motivo debe faltar en este combate.

5. Todas las veces, pues, que algún pensamiento de soberbia o vanidad tiente tu ánimo, si con íntimo afecto del corazón comienzas a estremecerte de las conminaciones divinas o a desear las promesas, no resistirá Goliat el golpe de una y otra piedra, sino que al punto quedará reprimida su altivez. Y si viene a tu memoria aquel amor inefable que te mostró el Dios de la majestad, ¿acaso al momento, encendido en caridad, no empezarás a abominar y desechar la vanidad? Del mismo modo, si meditas los ejemplos de los santos con diligente consideración, te será este pensamiento utilísimo. Mas si, acometiéndote de repente la vanidad, no hallas a mano nada de esto, vuélvete con todo el fervor a lo que sólo resta, que es la oración; y luego, arruinado el impío que habías visto elevado y ensalzado como los cedros del Líbano, no parecerá ya más.

6. Preguntarás, acaso, cómo con el mismo alfanje de Goliat podrás cortar su cabeza; pues esto será sin duda tanto más gustoso para ti cuanto más sensible para el enemigo. Lo diré brevemente, porque hablo con experimentados y que fácilmente percibirán y advertirán sin tardanza lo que en sí mismos han visto y notado frecuentemente. Todas las veces, pues, que provocándote la vanidad, con la memoria de la divina amenaza o promesa o de lo que queda dicho, comienzas a confundirte y avergonzarte, a la verdad está vencido Goliat, pero acaso está vivo todavía. Llégate, pues, más cerca, no sea que acaso se levante; y, poniéndote sobre él, con su propia espada corta su cabeza, sirviéndote de la misma vanidad que te acomete para matar a la vanidad. Pues tentado por el altivo pensamiento, si de él mismo sacas materia y ocasión de humildad para sentir de ti mismo en adelante como de un hombre soberbio más humilde y bajamente, con la espada de Goliat has muerto a Goliat ciertamente,

*EN EL DOMINGO SEXTO DESPUES DE PENTECOSTES**

1 Sobre la lección del Evangelio cuando la turba que se detuvo con el Señor por tres días fué alimentada con siete panes**
(Mc. 8, 1-9)

1. *Me da compasión esta multitud, porque hace ya tres días que están conmigo y no tienen que comer*[1]. El Evangelio, hermanos, se escribió para ser leído; y no se lee por otro motivo que para recibir de él una razonable consolación o desolación. Tienen los mundanos una vana consolación en la abundancia de las cosas terrenas; y no menos experimentan una desolación vana en la penuria de ellas. Mas el Evangelio, espejo de verdad, a nadie adula, a nadie engaña. Cual es cada uno, tal se verá en ese espejo, de suerte que ni allí se asuste donde no hay por qué temer, ni se alegre habiendo obrado mal. Pero ¿qué dice la Escritura? *Si alguno se hace oyente de la palabra y no la pone por obra, éste será comparado a un hombre que considera su semblante natural en un espejo; y que, después de haberse mirado a sí mismo, se va y al punto se olvida cuál era*[2]. No hagamos así, hermanos míos, no lo hagamos así; antes al revés, considerémonos a nosotros mismos en la misma lección del Evangelio, para que nos aprovechemos con ella y nos corrijamos según ella, si hallamos en nosotros alguna cosa digna de corrección. Por esto pide el salmista que sean enderezados sus pasos a guardar los mandamientos de Dios; y añade: *Entonces no seré confundido, cuando ponga mi atención en todos tus mandatos*[3]. Yo, ciertamente, no me confundo, sino que me glorío por vosotros, hermanos míos, porque, habiendo seguido en el desierto al Salvador, salisteis seguros a verle fuera de los poblados; pero recelo que acaso alguno, a causa de esa expectación de tres días, se halle pusilánime y se vuelva al Egipto de este siglo malo o con el corazón o también con el cuerpo.

* PL 183, 337-344.
** PL 183, 337.
[1] Mc. 8, 2.
[2] Iac. 1, 23 y 24.
[3] Ps. 118, 5 y 6.

Con razón, pues, clama la Escritura divina y dice: *Aguarda al Señor y obra varonilmente; confórtese tu corazón y persevera firme en la expectación del Señor*[4]. Mas ¿cuánto tiempo será preciso perseverar en esta expectación? Enteramente hasta que se apiade de ti. ¿Preguntas cuándo? *Me da compasión,* dice, *esta multitud, porque hace ya tres días que están conmigo.*

2. Es forzoso que hagas un viaje de tres días al desierto si quieres ofrecer a Dios un grato sacrificio, y que perseveres con el Salvador tres días si deseas ser saciado de los panes milagrosos. El primer día es el de temor. Este día declara e ilumina tus tinieblas interiores y pone ante tus ojos los horrendos suplicios del infierno, en el cual están las tinieblas exteriores. Porque esta consideración, como sabéis, suele ocuparnos en los principios de nuestra conversión. El segundo día es el de la piedad, en el cual respiramos a la luz de las misericordias de Dios. El tercero es el de la razón, en que se manifiesta la verdad, para que, como por una deuda de la misma naturaleza, sin contradicción alguna, esté sujeta la criatura al Criador, el siervo al Redentor. De ahí ya nos mandan sentar, para que se ordene la caridad en nosotros; entonces abre Dios su mano y colma de bendiciones a todos los vivientes. Pero porque se dice a los apóstoles: *Haced que los hombres se sienten,* y nosotros, aunque indignos, somos sus humildes vicarios, por esto os avisamos que os sentéis, hermanos carísimos, para que alimentados con el pan de bendición podáis proseguir sin desfallecer en el camino, no sea acaso que compelidos de una miserable necesidad bajéis al Egipto y comiencen a burlarse de vosotros los que no habían seguido en vuestra compañía al Salvador en el desierto. Miserables, a la verdad, aquellos que no acompañaron a los que salían, pero sin duda más miserables que todos los hombres aquellos que, habiendo ido al desierto con todos los demás, no fueron alimentados como todos los demás.

3. Igualmente, si hubo algunos que, sentándose los demás, estuvieron escondidos entre el bosque o en otros sitios apartados, ¿quién ignora que éstos quedarían en ayunas y sin parte? Lo mismo sucedería a aquellos que, llevados de la ligereza y curiosidad, vagando por todas

[4] Ps. 26, 14.

partes, de ningún modo se sentasen; o si algunos de ellos se sentaran, pero no en el orden ni en compañía de los demás. Exhortamos, por tanto, a vuestra caridad, y os amonestamos con toda la instancia de nuestra pastoral solicitud, que no haya entre vosotros alguno que ame los ángulos secretos, que se vaya a los lugares escondidos o que busque los sitios apartados, porque *el que obra mal, aborrece la luz y no sale a la claridad para que sus obras no sean argüidas*. Ni entre vosotros se hallen tampoco quienes sean llevados de todo viento de doctrina, instables e inquietos, no teniendo en sí nada de solidez, nada de gravedad, como polvo que arrebata el viento de sobre la tierra. ¿Y qué diré de aquellos cuyas manos se levantan contra todos y las de todos contra ellos? Estos son los que se separan a sí mismos, hombres carnales, que carecen de espíritu: *Porque ninguno, hablando en el espíritu, dice anatema a Jesús* [5]. Pésima ciertamente y perniciosísima peste es ésta, porque la obstinación de uno turba a todos y se hace para todos fomento de discordia y materia de escándalos. Escucha, en fin, al profeta, que, hablando de la viña del Señor, dice: *Una fiera singular la ha pacido* [6]. Por tanto, os pido y os ruego, hermanos míos, que huyáis toda ficción y los ángulos de la propia voluntad: huíd la inquietud y el espíritu de ligereza, huíd la obstinación y el pésimo vicio de la singularidad, si acaso, lo que Dios no permita, no queréis privar vuestras almas de comer el pan bendito.

4. Pero veamos ya, por no detenernos más, cuáles son los siete panes con que debéis alimentaros. El primer pan es la palabra de Dios, en el cual está la vida del hombre, como él mismo testifica. El segundo pan es la obediencia, porque *mi comida*, dice, *es hacer la voluntad del que me envió* [7]. El tercero, la meditación santa, de la cual está escrito: *El pensamiento santo te conservará:* y en otro lugar igualmente se nombra pan de vida y de entendimiento. El cuarto, las lágrimas de los que oran. El quinto es el trabajo de la penitencia. Ni te admires de que haya llamado pan al trabajo o a las lágrimas, a no ser que acaso hayas olvidado lo que leíste en el profeta: *Nos alimentarás con el pan de lágrimas* [8]: y también en otro salmo: *Porque comerás el fruto del trabajo de tus manos; por*

[5] 1 Cor. 12. 3.
[6] Ps. 79. 14.
[7] Io. 4, 34.
[8] Ps. 76. 6.

esto serás dichoso y todo te irá bien [9]. El sexto pan es la gustosa y sociable unanimidad ; pan sabrosísimo hecho de muchos granos y fermentado con la gracia de Dios. El séptimo pan es la Eucaristía ; porque *el pan que yo doy*, dice Jesús, *es mi carne para vida del mundo* [10].

2 De las siete misericordias *

1. *Eternamente cantaré las misericordias del Señor* [1]. ¿A qué fin no sé qué necio pensamiento mío murmura de la carga de esta penitencia, haciéndola así más pesada sobre mi cerviz? Otro peso siento más suave, a la verdad, pero mucho mayor. De tal suerte me carga Dios con sus misericordias, de tal suerte me cerca y me oprime con beneficios, que ya no puedo sentir otra carga. ¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? ¡Me ha hecho tantas, me ha otorgado tantas! ¿Y tú me hablas de otra carga? Desfalleció mi espíritu, enteramente desfalleció en la consideración de tantos beneficios. Y aunque es verdad que no soy capaz de darle las debidas gracias, con todo detesta sinceramente mi alma la ingratitud por ser un mal casi irremediable ; enemiga es de la gracia y contraria a la salvación. Os aseguro, carísimos, que a mi modo de entender nada desagrada tanto a Dios, especialmente en los hijos de la gracia, en los hombres que se han consagrado a El, como la ingratitud ; la cual cierra los caminos a la gracia, puesto que donde mora la ingratitud y donde ella está no puede entrar la gracia, ni hay ya lugar para ella. De aquí viene, hermanos míos, la tristeza grande y continuo dolor a mi corazón, al ver que algunos son tan inclinados a la ligereza y a la risa y tan dados a palabras ociosas y a chanzas, que temo mucho no sea acaso que vivan olvidados, más de lo que convendría, de la misericordia divina ; e, ingratos a tantos beneficios, sean desamparados alguna vez de la gracia que ellos no veneran como tal.

2. Porque ¿qué diré de aquel que permanece con ánimo obstinado en la murmuración y en la impaciencia o que

[9] Ps. 127, 2.
[10] Io. 6, 52.

* PL 183, 339.
[1] Ps. 88, 2.

le pesa de haberse adherido a Dios, siguiéndose de esta suerte, contra la costumbre y contra la razón, la penitencia a una obra buena; el cual, sin duda, no sólo no da gracias por las misericordias de Dios, sino que corresponde con una afrenta? Enteramente, en cuanto está de su parte, deshonra a aquel por quien fué llamado cualquiera que con tristeza y pesar permanece en su servicio; hablo de aquella tristeza que es según la carne y obra la muerte en el alma. ¿Piensas, acaso, que por este camino le será dada mayor gracia? Muy al revés, aun la que parecía tener le será quitada. ¿Acaso con razón no se juzga perdido lo dado al ingrato? O ¿no hay pesar de haber dado lo que se ve haber perecido? Por tanto, es menester que el hombre sea agradecido y devoto, si desea que los dones de la gracia que ha percibido no solamente se le conserven, sino que se le multipliquen. Ninguno hay, ciertamente, que por poco que reflexione no halle fácilmente en sí motivos poderosos que le obliguen a mostrarse agradecido con Dios, porque no hay quien se esconda de su calor. Pero nosotros especialmente, a quienes el Señor segregó para sí y recibió para servirle a El solo; nosotros, que, según el Apóstol, no recibimos el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para saber lo que Dios nos ha dado, enteramente hallaremos muchísimas cosas por las que debemos darle continuas gracias. Porque ¿quién hay de nosotros que no pueda confesar: *tu misericordia es grande sobre mí?* Así, de tanta multitud de misericordias del Señor, os quiero proponer algunas brevemente, para que el que es sabio, tomando de aquí ocasión, se haga más sabio.

3. Siete misericordias del Señor veo yo en mí, las cuales hallaréis, según creo, fácilmente en vosotros también. Es la primera el haberme guardado de muchos pecados estando todavía en el siglo; la primera, repito, no entre todas las que ha usado conmigo, sino entre estas siete. Porque ¿quién no ve que así como caí en muchos pecados, así hubiera caído en muchos más, si la piedad del Omnipotente no me preservara de ellos? Confieso y confesaré que, si el Señor no me hubiera ayudado, hubiera mi alma tal vez caído en todos los pecados. ¿Y cuánta dignación esta de su piedad, que así conservase la gracia a un ingrato como yo, que la desestimaba, y que, siendo en muchas cosas contrario a ella y despreciándola, con todo eso me pro-

tegía de otras culpas benignísimamente? Mas tu segunda misericordia, Señor, sobre mí, ¿con qué palabras se podrá explicar cuán benigna, cuán liberal y cuán gratuita haya sido? Yo pecaba y tú disimulabas; no me contenía yo de las maldades, y tú te abstenías de los castigos. Alargaba yo por mucho tiempo mi iniquidad, y tú, Señor, los plazos de tu piedad. Pero ¿qué aprovecharía esta expectación y tolerancia si no se siguiese la penitencia? Sería el colmo de mi condenación, diciendo el Señor: *Estas cosas hiciste y callé* [2].

4. Por eso, la tercera misericordia fué que visitó mi corazón y le inmutó, para que se me hiciesen amargas las cosas que antes desgraciadamente eran para mí dulces; y yo, que me alegraba habiendo obrado mal y saltaba de gozo en cosas pésimas, comencé por fin a reflexionar sobre mis años en la amargura de mi alma. Y ahora, Señor, conmoviste la tierra de mi corazón y la conturbaste; sana sus quebrantos, porque ha sido conmovida. Pues muchos han venido a una penitencia también reprobada, como su primera culpa. Así ésta fué la cuarta misericordia: que misericordiosamente me recibiste arrepentido, para ser del número de aquellos de quienes el salmista dice: *Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades fueron perdonadas y cuyos pecados fueron cubiertos* [3].

5. Síguese la misericordia quinta, con la cual me diste la virtud de contenerme en adelante y de vivir con más enmienda, para no padecer recaída y que el error último no fuese peor que el primero. De todos modos, Señor Dios, es propio de tu virtud y no de la humana sacudir de la cerviz el yugo del pecado que una vez se había admitido; porque *todo aquel que peca es siervo del pecado* [4]; ni hay arbitrio de libertarse sino con el poder de una mano fuerte. Pero ya después que con estas cinco misericordias nos has librado del mal, para que se cumpla lo que está escrito: *Apártate del mal y obra el bien* [5], en las otras dos nos das los bienes. Estas dos son la gracia de merecer, por la cual nos concedes el don de una buena conducta de vida y la esperanza de alcanzar, por la que concedes al hombre indigno y pecador presumir de tu piedad tantas veces experimentada hasta esperar los bienes celestiales.

[2] Ps. 49, 21.
[3] Ps. 31, 1. Cf *Introducción general*, p. 85.
[4] Io. 8, 34.
[5] Ps. 36, 15.

3 De los fragmentos de las siete misericordias *

1. ¿Sabéis lo que hice al proponeros hoy las siete misericordias? Os distribuí siete panes. Si las lágrimas mías me han servido de pan día y noche, ¿cuánto más las misericordias divinas? Mucho más dulcemente saben éstas, mucho mejor alimentan y mucho más nutren y confortan el corazón del hombre. Sin embargo, muchos fragmentos, si no me engaño, se nos cayeron hoy de estos panes. Yo mismo sentía, mientras los estaba repartiendo, escapárseme de las manos muchas miajas y resbalárseme por entre los dedos con la prisa; vosotros veréis si habéis cogido algunas. Yo, si todavía no estáis saciados, las que había cogido para mí os las comunicaré sin envidia, por no incurrir acaso en la maldición lanzada contra el que esconde los granos destinados a servir de alimento a los pueblos [1]. El primer pan, si bien me acuerdo, fué la conservación de la gracia, la cual me guardó sin duda de muchos pecados cuando estaba en el siglo. Tres fragmentos he hallado de este pan que tienen especial deleite para el sabor y un alimento de vida. En efecto, de tres modos me acuerdo que fuí guardado del pecado: con la substracción de las ocasiones, con la virtud de resistir que me fué dada y con la sanidad de los afectos. En muchos pecados hubiera caído si se hubiera presentado ocasión; pero por la misericordia de Dios no se me ofreció tal oportunidad. En muchos por muy poco caería también impelido gravemente de la violencia de la tentación; pero dióme virtud el Señor Rey de las virtudes, así para tener bajo de mí a mi apetito como para no consentir en modo alguno a la concupiscencia que sentía. Pero, respecto de algunas culpas, tan lejos me puso tu piedad, Señor, que enteramente las abominaba y ninguna tentación de ellas me molestaba.

2. El segundo pan de la misericordia divina fué su expectación y tolerancia, con la cual retardó la venganza porque meditaba la indulgencia. De este pan igualmente tomad tres fragmentos, meditando la longanimidad que mostró la elección de su predestinación, que quiso se cumpliese, y la caridad excesiva con que me amó. Por esto, sin duda, me aguardó y no se cansó de aguardarme el Señor,

* PL 183, 341
[1] Prov. 11, 26.

porque no atendió a mis pecados, sino que apartó de ellos sus ojos, como no queriendo advertir cuánto delinquía yo. Por esto, repito, disimulaba, para que brillara su paciencia, se cumpliera su elección y se ostentara en mí su caridad.

3. Del tercer pan, que es aquella misericordia con la que nos convirtió a la penitencia, os pongo igualmente no tanto tres fragmentos como tres grandes pedazos. Porque entonces, lo recuerdo muy bien, hizo estremecer mi corazón, excitándole a que advirtiese las llagas de sus pecados y sintiese el dolor de sus heridas. Le aterró, además, llevándole a las puertas del infierno y mostrándole los suplicios preparados para los inicuos. Y para que nada quedase del nocivo deleite infundió en mi alma los más dulces consuelos dándome la esperanza del perdón. Con estos tres favores fuí convertido ; creo que vosotros mismos también.

4. Mas ahora del cuarto pan, que es el perdón de mis culpas, os pido que cojáis con diligencia los fragmentos para que no se pierdan ; porque son saludables sobremanera y más dulces que la miel y el panal. De tal suerte me perdonó y tan liberalmente me condonó toda injuria, que ni me condena vengándose ni me confunde echándome en cara mis culpas ni imputándomelas me ama menos. Hay algunos que de tal modo condonan la injuria que no se vengan de ella, pero con frecuencia la echan en cara. Hay otros que, aunque callan, queda altamente fijada la ofensa en su interior y conservan el rencor en el ánimo, de los cuales ninguno perdona plenamente. Lejos de todos éstos está la benignísima naturaleza de la Divinidad. Liberalmente obra y perdona plenariamente, de suerte que, para consuelo de los pecadores penitentes, en donde abundó el delito suele también sobreabundar la gracia. Testigo es Pablo, doctor de las gentes, el cual trabajó más que todos con la gracia. Testigo es Mateo, desde el telonio escogido para apóstol, a quien se concedió la gracia de ser el primer escritor del Nuevo Testamento. Testigo es Pedro, a quien, después de haber negado a Cristo tres veces, se le encomendó el cuidado pastoral de toda la Iglesia. Testigo, en fin, aquella famosísima pecadora, a quien, en el mismo principio de su conversión, se concedió tanta grandeza de amor y se dió después tanta gracia de familiaridad. ¿Quién acusó a María Magdalena de suerte que fuese menester que ella respondiese por sí? Si el fariseo murmura, si Mar-

ta se queja, si los apóstoles se escandalizan, calla María; Cristo la excusa y aun la alaba cuando ella calla. Finalmente, ¡cuán gran prerrogativa fué la suya, cuánta excelencia verle la primera resucitado de entre los muertos y merecer también tocarle la primera!

5. Mas pasemos ya a otras cosas. Bueno sería, ciertamente, para nosotros, estarnos aquí, en donde se da tanta confianza a los pecadores, pero es forzoso no pasar lo demás en silencio. En la continencia misma, que es el quinto pan, encuentro no menos de tres cosas sobre las que puedo exclamar con razón: *Hizo conmigo cosas grandes el que es poderoso.* Acaso reputáis por poca cosa vuestra continencia; pero yo no, porque sé cuántos impugnadores tiene y cuánta virtud se necesita para resistir victoriosamente sus ataques insidiosos. El primer enemigo de nuestra continencia es la carne, que pelea contra el espíritu. ¡Qué doméstico enemigo, qué peligrosa lucha, qué intestina guerra! Este cruelísimo enemigo no le podemos, alma mía, huir ni ahuyentar; es forzoso llevarle con nosotros a todas partes, porque él está atado a nosotros. Y lo que es más peligroso y triste, nos vemos precisados a sustentar a este nuestro enemigo, sin que nos sea lícito el matarle. Mira, pues, con cuánta solicitud es menester que te guardes de aquella que duerme en tu seno. Y todavía no es éste mi único enemigo; otro tengo aún que me ciñe y pone cerco por todas partes, y, si no lo sabéis, este enemigo es el siglo malo. Cerró el enemigo mis caminos y por cinco puertas, a saber, por los cinco sentidos del cuerpo, me hiere con sus saetas y entra la muerte por mis ventanas. Estos dos eran ya demasiados; pero ¡ay de mí!, que oigo soplar un recio viento del aquilón que lleva consigo toda maldad. Y ahora, ¿qué resta ya? *Señor, sálvanos, que perecemos.* Ved ahí el martillo de toda la tierra; ved ahí la serpiente, el más astuto de todos los animales; ved ahí aquel enemigo a quien ni siquiera puedo ver, cuanto menos guardarme de él. Pues no es el combate de los que quieren guardar la continencia (hablo de la continencia, no solamente de la lujuria, sino también, como es necesario, de los demás vicios y pecados); no es, repito, su combate contra la carne y la sangre precisamente, sino contra los príncipes y potestades, contra los que rigen este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires. ¿Y quién es el que podrá apagar sus dardos encendidos? *Dis-*

pusieron sus saetas en la aljaba para dispararlas a escondidas contra los rectos de corazón[2]; y también: *Trataron cómo armar ocultos lazos y dijeron: ¿Quién los podrá descubrir?*[3] Ya abierta y violentamente, ya oculta y fraudulentamente, pero siempre maliciosa y cruelmente, nos impugnan y persiguen. Y para tolerar esto y, más aún, para superarlo victoriosamente, ¿quién se halla idóneo? Creo que ya en algún modo llegáis a percibir la dificultad de la continencia, para que entendáis, como dice el Apóstol[4], lo mucho que Dios os ha dado. Enteramente, pues, hacemos la obra grande de esta virtud en el Señor y El mismo es quien reduce a la nada a los que nos persiguen. El mismo es el que no sólo a nuestra carne con sus concupiscencias, no sólo a este siglo malo con sus curiosidades y vanidades, sino también al mismo Satanás con sus tentaciones hace pedazos debajo de nuestros pies. ¿No había dicho yo con razón que habíamos de encontrar en la continencia por qué clamar: *Hizo conmigo cosas grandes el que es poderoso?*

6. Tomad ya los fragmentos del sexto pan. No es otra cosa este pan que la gracia de merecer los bienes eternos; la cual pienso que consiste principalmente en tres cosas: en el odio de los males pasados, en el desprecio de los presentes bienes y en el deseo de los futuros. El séptimo pan es la esperanza de obtener la gloria. Me place poderos ofrecer de él tres fragmentos cuyo sabor es dulce en gran manera a mi paladar. Tres cosas, digo, son las que de tal suerte fortalecen y confirman mi corazón, que ninguna penuria de méritos, ninguna consideración de la propia vileza, ningún premio de la celestial bienaventuranza me podrá derribar de la altura de la esperanza estando firmemente arraigado en ella. ¿Deseáis que os ofrezca estos fragmentos, o, más bien, preferís que los reservemos por respeto a aquel que dijo: *¿Hallaste la miel? Come la que te baste y no más?*[5] Así se cumple todos los días lo que de sí profetizó la Sabiduría y ahora mismo veo cumplido: *Los que de mí comen*, dice, *tendrán todavía hambre*[6]. Por tanto, no os detendré más, ni os dejaré con vuestra hambre, porque a la verdad os veo de tal modo dispuestos como si nada hubierais tomado hasta ahora. Tres cosas considero en las cuales consiste toda mi esperanza: la caridad de la adop-

[2] Ps. 10, 3.
[3] Ps. 63, 6.
[4] 1 Cor. 2, 12.
[5] Prov. 25, 16.
[6] Eccli. 24, 29.

ción, la verdad de la promesa y la potestad del cumplimiento de ella. Murmure ya cuanto quiera el necio pensamiento mío diciendo: ¿Quién eres tú, o qué gloria es aquélla, o con qué méritos esperas alcanzarla? Confiadamente responderé yo: Yo sé a quién he creído y estoy cierto que con caridad excesiva me adoptó, que es veraz en su promesa, que es poderoso para cumplirla; porque a El le es lícito hacer lo que quiera. Esta es aquella cuerda de tres dobleces que con dificultad se rompe; la cual, estando extendida firmemente desde nuestra patria hasta esta cárcel, os ruego que procuremos asirnos firmemente de ella, para que ella nos levante, ella nos suba y conduzca hasta la presencia de la gloria del gran Dios, que es bendito por todos los siglos. Amén.

*EN EL DOMINGO PRIMERO DE NOVIEMBRE**

Sobre las palabras de Isaías: «Vi al Señor sentado», etc. (Is. 6, 1)

1**

1. *Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado y toda la tierra estaba llena de su majestad* [1]. Una visión sublime se nos describe por estas palabras del profeta. *Vi*, dice, *al Señor sentado*. Grande espectáculo, hermanos, y bienaventurados los ojos que le vieron. ¿Quién no anhelará con todas sus ansias contemplar la gloria de tanta majestad? Este fué siempre el único deseo de todos los santos. Porque El es en quien los ángeles desean mirarse y cuya vista es la vida eterna. Pero yo escucho también, hermanos, otra visión muy diferente del mismo profeta y del mismo Señor. Pues el mismo Isaías es quien en otro lugar habla así: *Vímosle y no tenía forma ni hermosura, y le reputamos como un leproso*, etc. [2] En donde se debe considerar primeramente que esta visión parece común, pero la otra privilegiada y propia del profeta. No sin motivo ciertamente aquí se escribió *vimos* y allí *vi;* para que entendáis que ésta fué común; aquélla, de singular excelencia. Sin forma ni hermosura le vió Herodes y le despreció; le vieron también así los judíos, quienes contaron todos sus huesos. Pero acerca de esa otra dichosa visión

* PL 183, 343-360.
** PL 183, 343.

[1] Is. 6, 1 y 3.
[2] Is. 53, 2.

manifiestamente publica el profeta y dice: *Sea arrojado fuera el impío para que no vea la gloria de Dios*[3].

2. De muchos y varios modos, pues, no sólo habló en los profetas, sino que fué visto por los profetas. Conocióle David hecho menor que los ángeles; le vió Jeremías tratando en la tierra con los hombres; Isaías testifica haberle visto ya sobre un solio excelso, ya no sólo bajo de los ángeles o entre los hombres, sino como un leproso; esto es, no solamente en la carne, sino en la semejanza de la carne de pecado. Tú también, si deseas verle sublime, cuida de ver antes a Jesús humilde. Mira primero la serpiente levantada en el desierto, si deseas ver al Rey residiendo en el solio. Aquella visión te humille, para que ésta te ensalce después de humillado. Reprima y sane aquélla tu hinchazón para que llene y sacie ésta tu deseo. ¿Le ves abatido? No sea ociosa esta visión, porque no le podrás ver ociosamente ensalzado. Serás semejante a El cuando le veas como es en sí; pues sé ahora también semejante a El viéndole tal como se hizo por ti. Porque si no te niegas a la semejanza con El aun en su humildad, ciertamente te es debida la semejanza de su excelsa sublimidad. Nunca permitirá El que el compañero de la tribulación sea privado de la participación de su gloria. Finalmente, de tal modo no desdeña al compañero de su pasión, aun para admitirle en su reino consigo, que el ladrón que le confesó en la cruz en el mismo día estuvo con El en el paraíso. De ahí es que dice a los apóstoles: *Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tribulaciones y yo dispongo para vosotros el reino*[4]. Así, pues, si padecemos con El, también con El reinaremos. Sea entre tanto, hermanos míos, nuestra meditación Cristo, y éste crucificado. Pongámosle por sello sobre nuestro corazón, por sello sobre nuestro brazo. Abracémosle con los brazos de un amor recíproco, sigámosle con el afecto de una vida piadosa y santa. Este es el camino para que se nos muestre El, que es la salud de Dios, no ya sin forma ni hermosura, sino en claridad tanta que llenará su majestad toda la tierra.

3. Oportunamente en la visión primera, como que todavía era el tiempo de invierno, es visto no sobre el solio, sino en inferior y más humilde habitación. Suele una casa grande tener dos habitaciones: la una, de verano, arriba

[3] Is. 26, 10.
[4] Lc. 22, 28.

la otra, de invierno, abajo. Cuando aun los corazones de los discípulos estaban oprimidos con la escarcha del invierno, y Pedro, no menos helado en el corazón que en el cuerpo, se calentaba a la lumbre, de ningún modo era tiempo apropiado para habitar en el solio o, más bien, de aparecer en él. Mas cuando se cante aquel nuevo cántico: *El invierno se fué y se apartó, las flores han aparecido en nuestra tierra*[5], entonces se subirá al solio y habitará Dios en lo excelso.

4. Juzga, pues, que Isaías, cuando hablaba así, había previsto con ojos proféticos la gloria de aquel tiempo: *Vi*, dice, *al Señor sentado en un solio excelso*, etc.[6] ¿Pero cuál pensamos, hermanos, que será este solio?, pues el Altísimo no habita en cosas manifiestas o hechas con la mano. Ninguna materia corporal es absolutamente apta para tan gran solio, ninguna es congruente a tan grande fábrica, ninguna digna de habitador tan grande. De vivas piedras se debe construir la fábrica espiritual, en que la verdadera y eterna vida se digne poner su habitación. Y si no alcanza para tan grande edificio la criatura angélica, disminuída ciertamente con el precipicio de los prevaricadores, suscite de la tierra al menesteroso y eleve de entre el polvo al pobre para colocarle con los príncipes y perfeccionar el solio de la gloria. Y acaso por esto el mismo que lo vió describe no sólo un solio excelso, sino también elevado, para designar con esto la estable alteza de los ángeles y la misericordiosa elevación de los hombres. Lo que se sigue parece pedir más diligente consideración; y así baste por hoy el haber a lo menos comenzado.

2*

1. *Llena estaba*, dice nuestro contemplador de aquel que había visto sobre el solio, *toda la tierra de la majestad de El*. Venga, Señor, tu reino, para que así como el cielo se llena de tu Majestad, así se llene la tierra. ¿Por qué el príncipe de este mundo con tanto furor se embravece por todas partes, sino porque está puesta la tierra en manos del impío? Pero ésta es su hora y la del poder de las tinie-

[5] Cant. 2, 11.
[6] Is. 6, 1.

* PL 183, 346.

blas. Llegará seguramente tiempo cuando el que no encontró lugar en el cielo sea arrojado también de la superficie de la tierra para ser encerrado en las subterráneas cavernas. De aquí que el profeta David, habiendo hablado antes de la prosperidad de los santos acerca del maligno y de los ángeles rebeldes, súbditos suyos, añadió: *No así los impíos, no así, sino como el polvo que arroja el viento de sobre la tierra* [1]. Ninguna facultad para tentar habrá ya entonces, ninguna libertad para inquietar, ninguna posibilidad de dañar. Se llenará de la majestad de Dios toda la tierra cuando ya no haya ninguna transgresión de su voluntad, antes bien, las mismas criaturas inferiores serán libradas de la servidumbre de esta corrupción por la cual gimen ahora y están como con dolores de parto. Habrá entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, de suerte que a cualquier parte que vuelvas los ojos, en el mismo semblante de las cosas te parecerá que en cierto modo resplandece la divina Majestad.

2. Pero tienes también otra tierra más próxima y debes tener sobre ella mayor y más justa solicitud. *Ninguno aborreció a su carne* [2]. Así consuélala para que también ella descanse con la esperanza, oyendo que se llenará de la majestad de Dios toda la tierra. ¿Cómo podrá llenar ahora la Majestad divina nuestra carne, cuando el gran apóstol Pablo, teniendo solamente las primicias del Espíritu, gime tan lamentablemente y dice: *Sé que no está el bien en mí, esto es, en mi carne?* [3] Y, ciertamente, ya no dominaba entonces el pecado en su cuerpo mortal. Pero nota todavía que del cuerpo dice que es mortal y solamente niega el dominio del pecado. Porque estaba también entonces la ley del pecado en sus miembros, la cual sin duda, cuando venga la plenitud de la Majestad, la excluirá totalmente. Ni sólo esto, sino que además será destruída del todo la enemiga muerte. Se llenará, pues, de la majestad de Dios nuestra tierra cuando se quite de ella enteramente todo rastro de pecado y la deuda de la muerte. Se llenará, repito, de la majestad del Señor toda nuestra tierra cuando sea vestida de la gloria de la resurrección, se vestirá la estola de la inmortalidad, será, en fin, configurada con el cuerpo glorioso de Cristo. *Pues aguardamos al Sal-*

[1] Ps. 1. 4.
[2] Eph. 5. 29.
[3] Rom. 7. 18.

vador, que reformará nuestro cuerpo humillado configurándole con su cuerpo glorioso[4]. ¿Qué murmuras todavía, carne miserable; qué recalcitras todavía y deseas contra el Espíritu? Si te humilla, si te castiga, si te reduce a la servidumbre (y esto verdaderamente en cuanto eres tú capaz), no menos te importa a ti que a él. ¿Por qué tienes envidia de los que de las obras de los gusanos y de las pieles de los ratones no se avergüenzan de mendigar una gloria verdaderamente innoble en un adorno indigno de hombres, prohibido aun a las mujeres, más bien afeándose a sí mismos que adornándose? Reformen ellos, o, más bien, deformen ellos sus cuerpos; a ti, si es tu cuerpo *humillado*, te reformará el Artífice mismo que te formó. Aquella mano, si no deliras, aguardarás para que ella misma rehaga lo que ella mismo hizo.

3. Pero atiende ya lo que se sigue en la misma visión: *Y las cosas*, dice, *que estaban debajo de El llenaban el templo*[5]. Por eso ciertamente se dijo: *Humíllate bajo de la poderosa mano de Dios para que te ensalce en el día de la visitación*[6]. *Procura ser hallado bajo de El;* de otra suerte tampoco podrás estar con El. ¿Qué, pues? ¿Piensas que en aquel templo de tanta bienaventuranza admitirá indiferentemente a los hombres el que ni dejó en él indiferentemente a los mismos ángeles? ¿O qué no discernirá entre los terrones el que discernió entre las estrellas? Examinará, ciertamente, la plata aquel Señor que probó y reprobó el oro. ¿Cuál, pues, te parece que deberá ser el hombre para que merezca ocupar el lugar del repudiado ángel? Sin duda, limpio de toda iniquidad; pero principalmente de aquella que en el mismo ángel fué reputada como gravísima ofensa que engendró, no una ira momentánea, sino un odio sempiterno. Una sola vez turbó la soberbia aquel reino e hizo estremecer sus muros y aun derribó una parte de ellos, y parte no corta. ¿Qué diremos, pues? ¿Te parece que en adelante se la admitirá fácilmente? ¿Por ventura no aborrece aquella ciudad y abomina vivamente peste semejante? Estad ciertos, hermanos míos, de que aquel Señor que no perdonó a los ángeles soberbios, tampoco perdonará a los hombres soberbios. No es El contrario a sí mismo, no acepta personas y sus juicios son semejantes.

---

[4] Phil. 2, 20.
[5] Is. 6, 1.
[6] Petr. 5, 6.

Sola la humildad le agrada, así en el ángel como en el hombre; y el que está sentado en el trono elige solamente a los que están súbditos a El para llenar de ellos el templo. Pues escrito está: *¿Quién como el Señor nuestro Dios, que habita en las alturas y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?* [7] Mas repara si no es esta misma la expresión de que usó San Miguel resistiendo en su cara a aquel soberbio que decía: *Seré semejante al Altísimo* [8], puesto que Miguel significa: *¿Quién como Dios?*

4. Así, pues, habiendo dicho el profeta que había visto sentado al Señor en un solio excelso y elevado, para que acaso no entendieses que se refería lo de excelso a aquel que dijo: *Subiré sobre la altura de las nubes,* o aplicases lo elevado a los hombres que con soberbia se levantan, añadió: *Y las cosas que estaban debajo de El llenaban el templo;* para que entiendas que no se recomienda aquella altura que se levanta contra El, sino que aquellos estarán en el templo o en el solio que estuvieron debajo de El, los unos ciertamente excelsos con sólida estabilidad, los otros levantados de lo ínfimo por la misericordia divina. Y para que acaso no pongas la objeción de que todas las cosas están sujetas a su poder, y que a ninguna se determina por tanto lo que dice: *Las cosas que están bajo de él,* para aprobar y alabar la sola sujeción a Dios, que es voluntaria y procede del fervor de la caridad, añadió el hacer mención de los serafines, de los cuales también diremos en su lugar lo que él mismo nos dé a conocer.

5. *Y las cosas que estaban bajo de El,* dice, *llenaban el templo.* Desde el principio había Dios criado los ángeles para que en ellos estuviese la plenitud de aquel dichoso templo; pero no en todos tuvo sus complacencias, pues *en muchos de ellos encontró la maldad,* como está escrito. Porque entre ellos hubo quien dijo: *Pondré mi trono al aquilón,* y tuvo un pueblo que le creyó. Miserable el que quiso más estar sin Dios que debajo de Dios; miserables ellos, que viendo al ladrón corrieron con él. Salieron los infelices y quedó vacío el lugar que ocupará otro. ¿No estarás sujeta a tu Dios, alma mía? De otra suerte no habría lugar para ti en el templo, supuesto que sólo las co-

[7] Ps. 112, 5 y 6.
[8] Is. 14, 14.

sas que estaban bajo de El llenaban el templo. En vano llamarán las vírgenes fatuas, en vano clamarán cuando esté ya llena la sala del festín de las bodas, se hayan sentado a la mesa los convidados y esté ya cerrada la puerta. ¡Infeliz alma a quien suceda ser excluída de aquellas bodas! ¡Infeliz aquel de quien se diga en alta voz: *Sea arrojado fuera el impío para que no vea la gloria de Dios!* ¿Para qué ve esta luz temporal ese infeliz que no merecerá mirar aquella gloria? ¡Ojalá que mis ojos jamás hubieran visto nada si, lo que Dios aparte de mí, han de ser privados de aquella visión. Vayan ahora los soberbios, háganse más insolentes, elévense, ínflense, apetezcan siempre el aparecer en las cumbres, que cuando se trace la línea de la equidad será allanada y arrasada su soberbia elación. Mas no así tú, alma mía, sino más bien permanece sujeta a Dios; sujeta de corazón, sujeta con el fervor de la devoción, porque los serafines estaban sobre él. Quedémonos hoy en tan buena compañía, hermanos, y no nos apartemos de este templo, en el cual todos dicen gloria porque contemplan la gloria de nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas bendito por los siglos de los siglos. Amén.

3*

1. No creo que hayáis olvidado que hemos de hablar hoy de los dos serafines de que nos habla Isaías, el cual, después de afirmar que había visto al Señor sentado en un solio excelso, añade que *los serafines estaban sobre él*. Serafín, como muchas veces lo habéis oído, es nombre de los espíritus soberanos que forman uno de los nueve coros, entre los cuales ocupan el lugar supremo. Pero en este pasaje, a lo que yo juzgo, no se usa con esta significación, especialmente cuando son innumerables los ejercicios de los serafines, y aquí no se ponen sino dos. Yo ciertamente, hermanos, si es lícito a cualquiera abundar en su sentido en esta parte, pienso que en estos dos serafines se han de entender dos criaturas racionales: la angélica y la humana. Ni te admires de que el hombre se haya convertido en serafín; acuérdate de que el Criador y Señor de los sera-

* PL 183, 349.

fines se hizo hombre para afrenta tuya, ¡oh soberbio Lucifer!, que criado entre los ángeles no mereciste permanecer entre los ángeles. Y para que te consumas más y seas atormentado de tu propia envidia, no los quiso hacer ángeles como quiera, ni de algún orden inferior, sino serafines. Escucha lo que El mismo dice: *Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?* Quiere, pues, que sean fabricados nuevos serafines para que estén allí mismo de donde tú caíste. *Los serafines*, dice, *estaban sobre él.* ¿Por qué tú, Lucero que nacías por la mañana, no permaneciste firme en la Verdad, sino porque no fuiste serafín? Serafín se interpreta el que arde o enciende. Pero tú, miserable, tuviste luz, mas no tuviste ardor. Más te hubiera valido ser *ignífero* que *lucífero*, y no que con tan inmoderado apetito de lucir, así como tú estabas frío, así también escogieses una fría región. Pero dijiste: *Subiré sobre la altura de las nubes, sentaréme en los lados del aquilón.* ¿Para qué te apresuras, Lucero, a salir tan de mañana? ¿A qué te glorías de poner tu trono sobre las estrellas, porque te ves brillar algo más que ellas? Breve será tu gloria. El Sol de justicia que en vano te jactabas de ser tú, te sigue los pasos y con su fervor y esplendor te ha reducido a la nada y desaparecerás totalmente. En vano también te dispones a anticiparte y prevenir al Señor que vendrá al fin de los siglos, como oriente del verdadero sol, en aquel hombre maldito que has de poseer, pretendiendo ensalzarte sobre todo lo que se llama o se reverencia como Dios, porque también entonces serás destruído enteramente con la ilustración de su segunda venida.

2. ¡Cuánto mejor, y ciertamente sin riesgo de que se le imputara a necedad, se portó San Juan Bautista, el cual fué igualmente lucero, mas no por presunción suya, pues jamás quiso ser él robador y ladrón, sino por la autoridad de Dios Padre, que le envió delante del Señor! *Mira*, dice el Padre, *que envío a mi ángel delante de ti*, etc.[1], y en el salmo: *Aparejé la antorcha a mi Ungido*[2]. Era, pues, Juan, antorcha que ardía y lucía, y los judíos por algún tiempo saltaron de gozo en su luz, mas él no. ¿Y por qué? Pregúntaselo a él mismo, hable él mismo de sí. *El amigo del Esposo*, dice, *está en pie y se llena de mucho gozo con*

[1] Lc. 7, 27.
[2] Ps. 131, 17.

oir la voz del Esposo [3]. Está en pie Juan porque no es caña agitada del viento. Está en pie porque es amigo del Esposo; está en pie porque arde, y de los serafines se dice *que estaban en pie*. Verdaderamente es amigo del Esposo, pues no envidia la gloria del que sale de su tálamo, sino que le prepara el camino y publica su gracia para merecer recibir de su plenitud. Luce, pues, Juan tanto más claramente, cuanto más arde; tanto más verdaderamente, cuanto menos apetece lucir. Lucero fiel, que no vino a usurpar, sino a prenunciar el esplendor del Sol de justicia. *No soy yo el Cristo,* dice; *Este vendrá después de mí, aunque es antes de mí; al cual no soy yo digno de desatar la correa del calzado;* y añade: *Yo os bautizo con agua, mas El os bautizará con el Espíritu Santo y con el fuego* [4]. Como si manifiestamente dijera el Lucero: ¿Qué os admiráis viendo el esplendor mío? Yo no soy el Sol; muy diverso le veréis a El; en su comparación soy yo tinieblas y no luz. Yo, como estrella que previene el día, derramo en vosotros el rocío de la mañana; El derramará sobre vosotros sus ardientes rayos, deshará las escarchas, secará las lagunas, calentará a los que tienen frío, será como vestido para los pobres. Ni disuena ciertamente la voz del Precursor de la palabra del Juez, sino que manifiestamente el fuego que había predicho Juan le exhibió Cristo diciendo: *Fuego vine a echar en la tierra* [5].

3. Dirás, acaso, que en el fuego igualmente se halla el ardor que el esplendor; no porfío, aunque el ardor en él parece en algún modo ser más substancial. Mas oigámosle a El mismo qué sea lo que más recomienda en el fuego: *Vine a prender fuego,* dice, *en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?* Conoces ya claramente qué es lo que quiere. Pero tampoco ignoras aquello: *La vida pende de su buena voluntad* [6], y que *el siervo que sabe y no hace la voluntad del Señor será castigado con muchos azotes* [7]. ¿Qué te apresuras a lucir? No ha llegado todavía el tiempo en que los justos lucirán como el Sol en el reino de su Padre. Entre tanto es dañoso este apetito de lucir; tener fervor

[3] Io. 3, 29.
[4] Io. 1, 20. 26. 27 y 33.
[5] Lc. 12, 49.
[6] Ps. 29, 6.
[7] Lc. 12, 47.

es mucho mejor. Finalmente, si con tanta vehemencia deseas resplandecer, procura ser lo que quieres parecer; busca primero el fervor y sin duda te añadirán el lucir. De otra suerte en vano trabajas, porque es vano el esplendor sin el fervor. Prestada o, más bien, fingida es la luz que no procede del fuego. Y lo que es ajeno, poco tiempo lo podrás usar. Será mayor confusión haber querido que pareciese tuyo lo que no era tuyo. La luna, según dicen, tiene el esplendor sin ardor, y aun aquél prestado del sol, y por eso tan frecuentemente, o, por mejor decir, siempre se muda y nunca permanece en un mismo estado. Así también *el necio se muda como la luna y el sabio permanece como el sol* [8]. Aquel necio, digo, que perdió la sabiduría en su hermosura, esto es, que se quedó helado por el vano deseo de brillar.

4. Cayó, pues, Lucifer como relámpago del cielo; pero *los serafines estaban sobre él*. Permanecen de pie los serafines porque *la caridad nunca cae* [9]. Están atónitos y suspensos en la contemplación del que está sentado en el trono; están fijos en una eterna inmutabilidad y en una eternidad inmutable. Tú quisiste, impío Lucifer, sentarte; por eso flaquearon tus piernas y el suelo se hundió bajo tus pasos. El Hijo es quien está sentado en el trono, como Señor de los ejércitos, juzgando con tranquilidad todas las cosas. Sola la Trinidad se sienta, porque sola ella posee la inmutabilidad; sólo en ella no hay mutación ni sombra de vicisitud. Están ciertamente los serafines inmutables a su modo, pero no con la inmutabilidad de Dios. Están atentos esperando las órdenes de aquel en quien anhelan mirarse. El que presumió sentarse quiso hallar su contento en sí mismo, por lo cual aun hoy de sola su malicia está satisfecho, porque sola ésta le es propia. Cuando habla mentira, de sí propio la habla; porque *él es mentiroso y padre de la mentira* [10]. Y lo que digo de la mentira debe entenderse de cualquiera otra obra de malicia. Mas aunque perversamente se complace a sí mismo en lo malo, con todo eso nunca podrá hallar en sí cosa alguna que baste a satisfacerle. Sola, por tanto, está sentada la Trinidad suma, la cual sola posee en sí el ser; en sí es y por eso sola ella verdaderamente es; sola ella goza de sí, sola ella de nadie tiene necesidad, sola ella se basta a sí misma.

[8] Eccli. 27, 12 [9] 1 Cor. 13, 8 [10] Io. 8, 44.

4.*

1. Habiendo dicho el profeta que los *serafines estaban en pie*, añade y dice: *Seis alas tenía el uno y seis alas el otro.* ¿Qué quieren decir estas alas, hermanos? ¿Significarán, acaso, que, cuando ya haya pasado el invierno y esté el Rey sentado en su solio, tendrán que volar los serafines para ocurrir a diversas necesidades de diversos hombres y libertarles de inminentes peligros, auxiliar a los que trabajan y consolar a los atribulados? No, no habrá en aquel reino de la bienaventuranza eterna necesidad alguna; lejos estarán de allí los trabajos, los peligros y las tribulaciones a que sea necesario acudir. ¿A qué, pues, entonces las alas? Agrádame aquella estación; enteramente de este modo quiero yo permanecer, ni admito de ningún modo alguna otra cosa por la que pudiera yo perder aquella estabilidad. Sin embargo, yo sé, bienaventurado Isaías, que eres tú profeta y que tienes el espíritu de aquel Señor que en la abundancia de su piedad excede no sólo los méritos, sino los deseos de los hombres. Quede para mí siempre salva aquella estabilidad amada, y si estas alas añaden algo a la bienaventuranza no lo rehuso. Creo, pues, que así como se promete la inmutabilidad en la estación, así en el vuelo una prontitud con alegría, para que no se piense aquí una estabilidad como insensible y lapídea. Pero dirás: Ya que sea necesario que tengan alas, ¿por qué tantas? ¿Qué quiere decir esta multitud de alas? Escucha lo que se sigue: *Con dos alas cubrían su rostro, con dos cubrían los pies y con dos volaban.* En las cuales palabras me parece a mí que lo que se había dicho de su manera de estar se explica más claramente con el vuelo. Porque ¿adónde vuelan los serafines sino hacia aquel Señor en cuyo amor están ardiendo? Repara en una llama; como que vuela y al mismo tiempo está quieta; ni te admirarás ya de que los serafines, estando quietos, vuelen, y estén volando sin dejar de permanecer quietos.

2. Pero porque dijimos adónde vuelan, parece que vuestra religiosa curiosidad pide la explicación de estas alas con que vuelan. Más cierto y más creíble testimonio pudiera dar de esto aquel a quien se le concedió el verlo.

* PL 183, 351.

Con todo eso yo opino que se pueden entender el conocimiento y la devoción en estas alas con las cuales son arrebatados los serafines a aquel Señor que sobre ellos reside. Eleva, sin duda, el ala del conocimiento; pero ella sola no basta, porque presto cae el que intenta volar con una ala sola, y cuanto más se levanta, con más daño se estrella. Experimentaron esto los filósofos paganos, los cuales, *habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, sino que se desvanecieron en sus pensamientos y se obscureció su corazón insensato* [1]. Entregados a su réprobo sentido, se precipitaron de abismo en abismo hasta quedar sumidos en las pasiones más ignominiosas, de suerte que se ve bien en ellos cuán verdadera sea aquella sentencia: *Es culpable aquel que sabiendo lo que es bueno no lo hace* [2]. Así también el celo sin la ciencia, cuanto con más vehemencia rompe, tanto más gravemente cae, tropezando, es a saber, y resaltando. Pero cuando la caridad acompaña a la inteligencia y la devoción al conocimiento, vuele con seguridad cualquiera que se halle en esta disposición, vuele sin fin, porque vuela a la eternidad.

3. Ya sobre aquella acción que se dice antes de cubrir la cabeza y los pies, tenemos una sentencia aprobada por los Padres, y es que se cubren la cabeza y los pies de Dios, por cuanto está oculto lo que era antes del mundo o que haya de ser después de su consumación. Y esto sea dicho por cuanto en los códices latinos se lee indistintamente *la cabeza de El y los pies de El*. Mas testifica nuestro intérprete [3] que en el hebreo la palabra es común, que se puede interpretar *de El y suya;* de suerte que, según la ambigüedad de la palabra hebrea, se dice que los serafines cubrían el rostro y los pies de Dios o su rostro propio y sus pies. Por lo que puede alguno admirarse de que él en la interpretación escogió de los dos sentidos el que al parecer admitía menos la serie de la misma visión, esto es, que volasen y juntamente que cubriesen la cabeza y los pies del que estaba sentado; pero siguió en esta parte la exposición de Orígenes.

---

[1] Rom. 1, 21.
[2] Iac. 4, 17.
[3] San Jerónimo.

4. Pues si es permitido entender esto también de los mismos serafines, píntalos tú de tal suerte que, cubierta la cabeza y los pies, sólo aparezca medio cuerpo; pero aun éste no del todo por aquellas alas, es a saber, con las cuales se dice que volaban. Yo considero, ciertamente, como una cabeza, cuerpo y pies míos en las palabras del Apóstol en las que dice: *A los que previó en su divina presciencia, también predestinó para hacerles conformes a la imagen de su Hijo; y a los que predestinó, a éstos también llamó; a los que llamó, también justificó; y a los que justificó también glorificó*[4]. Así, mi principio, de sola la gracia es y no tengo cosa alguna que atribuirme en la predestinación o vocación. No así, a la verdad, estoy ajeno de la obra de la justificación; también esto lo hace la gracia, pero ciertamente conmigo. ¿No ves ya cómo el serafín aparece en el medio de algún modo? Porque la consumación de la salud también es de sola la gracia; ni puedo yo en esta parte, o con ella o en ella, gloriarme, como que sólo soy coadiutor o cooperador. Cubre, pues, el serafín su rostro con dos alas si verazmente conoce y humildemente confiesa que sola la misericordia le ha prevenido. Cubre también los pies con dos alas igualmente si no se halla ingrato ni ignorante respecto de la misericordia que se ha de seguir después. La cual diligencia, sin duda, de cubrir aun ahora la cabeza y los pies no conviene omitirla, aunque entonces principalmente se ha de cumplir cuando el Juez esté sentado en el solio y a los serafines que están en su presencia les ilustre más sutilmente con el conocimiento de la verdad y les inflame con más vehemente ardor de caridad. En cuyo número se digne colocarnos a nosotros, indignos siervos, la misma misericordia de que hemos hablado, la cual está desde lo eterno y hasta la eternidad sobre sus escogidos, mostrando de algún modo el libre albedrío en el medio por razón del mérito, pero reservando para sí sola el principio y el fin, para que sea para nosotros el Alfa y Omega nuestro Señor Dios y por uno y otro derecho clamemos: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria.*

[4] Rom. 8, 29 y 30.

5*

1. Nos proponen las sagradas letras a Cristo Señor nuestro ya nacido del Padre, ya en el Padre, ya con el Padre, ya del Padre, ya por el Padre y también bajo el Padre. En decirse nacido del Padre, se significa su inefable nacimiento; en decirse en el Padre, la consubstancial unidad; con el Padre, la igualdad de majestad. Estas tres propiedades son eternas. Por otra parte, si nace del Padre, ¿con cuánta más razón se dirá que está en el Padre o con el Padre? No impropiamente acaso podríamos decir que está en el Padre reposando y con el Padre sentado. Y escuchad la razón de este asiento con el Padre y de este reposo. Así como el estar sentado explica la majestad, así el estar sentado con El explica la igualdad de la majestad, especialmente teniendo el asiento a la diestra del Padre, no ciertamente debajo de sus pies o como a la espalda. Y el estar sentado, sin duda es ya descansar, pero más lo es todavía el estar echado. ¿Pero qué parecerá más deleitable y de algún modo más dulce para el Hijo, el estar con el Padre o presidir con el Padre a todas las cosas? ¿En cuál de estas cosas juzgas que consiste aquella paz de Dios suma que supera todo sentido y en cuál se asigna más competentemente el singular descanso del Señor? Aunque esto no se puede explicar bastante dignamente con la boca, con todo eso acaso se concibe piadosamente con el corazón; de suerte que, quedando salva siempre y en todo aquella indivisible simplicidad de la esencia, parece se puede pensar, entre la igualdad de gloria y la unidad de substancia, como una distinción semejante a aquella que hay entre el estar sentado con otro y el estar recostado con él.

2. Finalmente, poco le parece a la Esposa verle sentado; reposando pide que se le muestren. *Enséñame tú, que eres a quien ama mi alma, en dónde reposas al llegar el medio día*[1] Pero a toda alma que tiene el gusto sano le sabe más dulcemente aún lo que el Apóstol dice: *El que se junta a Dios, un espíritu es con él*[2], que lo que se dice a los apóstoles: *Cuando se siente el Rey en el solio de su*

* PL 183, 353.
[1] Cant. 1, 6.
[2] 1 Cor. 6, 17.

majestad, os sentaréis también vosotros para juzgar[3]. No es menos sabroso, ciertamente, que el asiento, el reposo. *Yo estoy en el Padre*, dice el Hijo, *y el Padre en mí*. No pudo explicarse más expresamente la unidad de substancia. Pues estando ambos el uno en el otro, nada se puede idear aquí como exterior, nada como interior, sino que es necesario creer que en ambos hay una simplicísima unidad de substancia. Sin embargo, algo semejante es a esto aquello que se dice: *El que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él*[4], sino que aquí se designa una cierta espiritual unión, según lo que mencionamos arriba: *El que se junta a Dios* es no ciertamente una misma cosa, esto es, una misma substancia, sino *un espíritu con El*; pero allí más bien se designa una natural y substancial unidad. Por lo cual se lee también en el Evangelio: *Yo y el Padre somos una misma cosa*[5]. Aquello consiguientemente, según la dicha similitud, es como la cámara del Unigénito y como un sumo descanso del Señor. A nosotros también, en virtud de esta unión de voluntades y adhesión del espíritu que obra la caridad, hecho él también primogénito, nos introduce, según nuestro limitado modo, en este aposento y descanso suyo.

3. Ya el decirse *del Padre* le indica caminando y pertenece a aquel adviento de su encarnación que, concediéndolo su misericordia, hemos de celebrar luego. De aquí, sin duda, dice él mismo: *Yo de Dios procedí y vine*[6]. Vino, en efecto, a la tierra, trató con los hombres y estuvo en medio de nosotros aquel a quien ignorábamos, el verdadero Manuel, *Dios con nosotros*. Sí, El estuvo con nosotros, pero por el Padre. El haber estado con nosotros designa el amparo que de El hemos recibido, y el haber estado por el Padre denota su celo. Sin duda, en todas las cosas buscaba la gloria de su Padre, cuya voluntad había venido a ejecutar. Pero si le consideramos pendiente, si atendemos a Cristo, y a Cristo crucificado, allí especial y evidentísimamente le hallaremos debajo del Padre. Esto, pues, propia y especialmente perteneció a la humildad de la humana naturaleza, según la cual él mismo dice: *El Padre es mayor que yo*[7]. ¿Nos atreveremos a decir que estuvo también alguna vez sin Padre? Ninguno lo presumiría, si El mismo primero no hubiera dicho: *Dios mío, Dios mío, ¿cómo*

[3] Mt. 19, 29.
[4] 1 Io. 4, 16.
[5] Io. 10, 30.
[6] Io. 8, 42.
[7] Io. 14, 28.

me desamparaste?[8] Hubo un cierto desamparo cuando, hallándose en tanta necesidad, ninguna muestra hizo de su poder, ninguna ostensión de su majestad.

4. Tenemos, pues, a Cristo naciendo del Padre, reposando en el Padre, sentado con el Padre, salido del Padre, estando en la tierra por el Padre, pendiente de la cruz bajo del Padre y en algún modo muriendo sin Padre. ¿De cuál de estos modos creeremos que le vió Isaías, cuando dijo: *Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado?* Porque muy desemejante bajo todos conceptos fué esta visión de aquella en que dice en otro pasaje: *Le vimos y no tenía belleza ni esplendor; le reputamos como un leproso y como un hombre herido por Dios y humillado*[9]. A uno mismo vió en ambas partes, pero no le vió de la misma manera ni en la misma forma; porque allí le vió cárdeno con los golpes, harto de oprobios, afligido con suplicios, escarnecido con injurias. Vióle despreciado, pendiente de un patíbulo, muriendo por nosotros, y exclamó: *Fué llagado y despedazado por nuestros delitos,* y con sus cardenales y sangre fuimos sanados. Allí, repito, apareció a sus ojos como el último de los hombres y un objeto de desprecio; aquí, al revés, toda la tierra estaba llena de su majestad. Allí varón de dolores y que sabía lo que es sufrir y padecer; aquí, sentado en un solio excelso. Aquélla es una visión común a todos los hombres, y por esto el profeta la expresa en número plural; ésta es tan singular como sublime. Allí, pues, como uno de la multitud, dice: *Vimos;* mas aquí, como solo y solitario, elevándose sobre sí mismo, exclama: *Vi al Señor sentado,* etc. A la verdad, muy apropiadadamente llama Señor al que se ve estar sentado, porque el estar sentado es propio de quien preside, es peculiar de quien domina y reina; principalmente el estar sentado en un solio denota dominación, mientras que el estar sentado, precisamente, alguna vez denota también humillación. Mas, como hemos dicho, el que en el Padre reposa deliciándose, con el Padre está sentado mandando; allí es esposo amable, aquí Señor admirable, Dios glorioso en sus santos y admirable en su majestad.

5. *Vi,* dice, *al Señor sentado en un solio excelso y elevado y toda la tierra estaba llena de su majestad; y las cosas que estaban debajo de El llenaban el templo.* ¿Qué

[8] Mt. 27. 46.
[9] Is. 53. 2.

es lo que estaba debajo de El? ¿Acaso el solio mismo? Aunque muy excelso y elevado, con todo eso estaba debajo de El. Porque si El estaba sentado en el solio, ciertamente el solio estaba debajo de El. Mas ¿cómo llenaba El el templo, siendo así que toda la tierra estaba llena de su majestad? ¿De qué se llenaba el templo y cómo se llenaba? Claro está que no debemos entender estas cosas de un modo material, ni imaginar el solio semejante al que usan los reyes; hemos de entender por él a la criatura angélica. Porque si el alma del justo es el trono de la sabiduría, ¿cuánto más digno trono serán los ángeles santos? Este es propiamente el solio de su gloria; excelso por su naturaleza, pero mucho más elevado por la gracia. Los hizo excelsos la naturaleza de su condición, pero mucho más elevados aún la gracia de la confirmación, de la cual se dice: *Con la palabra del Señor se hicieron firmes los cielos*[10]. Así esos ejércitos de ángeles en quienes se sienta Dios y que están bajo de El llenan el templo, aunque ya toda la tierra esté llena de su majestad. Porque en todas partes reina, en todas partes impera, en todas partes está su majestad, pero su gracia acaso no así. No está, repito, su gracia en todas partes del mismo modo que está su potestad, su buena voluntad, agradable y perfecta. De otra suerte, ¿cómo es que decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?*[11] Hácese su voluntad de todas las cosas, hácese por todos, pero no se hace en todas las cosas. En los espíritus escogidos se hace su voluntad cuando ellos se hacen una voluntad con El. Esta es, ciertamente, una unión espiritual que hace un espíritu, como leemos que la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma[12]. *Y todo lo que estaba debajo de El llenaba el templo.* Lo llenaban de toda bendición espiritual, lo llenaban de la divina consolación, lo llenaban de las diferencias que hay de gracias, lo llenaban, en fin, de los frutos de santificación, pues *la santidad debe ser, Señor, el ornamento de tu casa*[13]. Lo llenaban de diversos dones de gracias, del espíritu de sabiduría y de entendimiento, del de consejo y fortaleza, del de ciencia y piedad, y lo llenaban del espíritu de temor de Dios.

6. *Los serafines estaban sobre él.* El nombre de serafín designa el orden sumo y supremo de los ángeles, por lo

[10] Ps. 32, 6.
[11] Mt. 6, 10.
[12] Act. 4, 32.
[13] Ps. 92, 5.

que con razón se les describe estando sobre los demás ; con todo, aunque excedan a los otros en excelencia, permanecen de pie en la presencia del Señor que preside, mostrándose dispuestos a ejecutar sus órdenes y en actitud profundamente respetuosa. De diferente modo, pues, conviene entender la manera de estar del Señor, del ángel y del hombre. Está Cristo celando por el Padre, buscando la gloria del Padre ; y, como Unigénito fiel y aun también Primogénito, llevado del celo que le devora por la gloria del Padre, socorre a los hijos adoptivos. Así le vió estar en pie Esteban, quien le tuvo como protector ; así el profeta le rogaba que se levantase para ayudarle : *Levántate, Señor,* dice, *ayúdame* [14]. La manera de estar de los ángeles es propia de los que ejercitan algún ministerio, y por eso dice el profeta : *Millares de millares le servían y diez veces cien mil millares asistían delante de El* [15]. El modo de estar del hombre es persistir en el vigor del ánimo y en la fidelidad a sus propósitos. Así se presentó Moisés delante de Dios para aplacar su ira ; así se mantuvo también Finés y aplacó al Señor. *Los serafines estaban de pie alrededor del trono.* Mas ¿cómo es que dice el profeta haber visto que estaban de pie no uno, ni muchos, sino sólo dos? Porque de lo que a continuación consigna se desprende que sólo eran dos, puesto que dice : *Cada uno de ellos tenía seis alas.* Por otra parte, era conveniente que fueran dos, porque : *¡Ay del que está solo; si cae no tiene quien le levante!* ¡Ay de ti, espíritu de soberbia, amante de la soledad y de la solitaria presunción! No estuviste fijo en la verdad ; fuiste arrojado, no pudo estar fijo el pie de tu soberbia. Queriendo sentarte solo, como relámpago caíste del cielo para no tener jamás quien te levantara.

7. *Seis alas tenía uno y seis alas otro.* ¿A qué esta multitud de alas? *Con dos,* dice, *cubrían su rostro, con dos sus pies y con dos volaban.* ¡Grande misterio y profundo sacramento ciertamente! Estas palabras piden de vosotros oídos atentos, pero mucho más exigen de mí una lengua discreta y, sobre todo, un ánimo espiritual. Voy a deciros del mejor modo posible lo que siento, mas no lo diré afirmándolo, sino sólo conjeturándolo en alguna manera. ¿Quién nos prohibe pensar que, arrojado Lucifer, fueron puestos por guardias vigilantes los serafines, así como des-

[14] Ps. 43, 26.
[15] Dan. 7, 10.

pués de haber echado al hombre del paraíso, según consta de la Escritura, puso Dios por guardia un querubín? Ni impropiamente acaso se entrega al querubín una espada de llama para que la incisión y la ustión juntamente, que son tan terribles para la carne, impidan a nuestros primeros padres llegarse al árbol de la vida. Los serafines, en cambio, sólo reciben dos alas para velar el ojo del espíritu. Finalmente, *con dos alas cubrían su rostro y con otras dos sus pies*, para que aquel inicuo no pueda mirar ni las cosas altas de Dios ni las profundas. Llegará tiempo en que se descubrirá la gloria de Dios, pero esto no será hasta que ya se haya ejecutado lo que está escrito: *Sea echado fuera el impío para que no vea la gloria de Dios* [16]. Entre tanto se cubren el rostro y se cubren los pies, de suerte que se deja en medio algo que vea el impío, pero sólo para que tenga envidia y no más. Y se cubren con alas, las cuales de tal modo le estorben a él, que a ellos les sostengan y eleven.

8. Con todo eso hemos de buscar primero y saber con qué alas se dice que vuelan; porque con dos, dice, *volaban*. Ni impropiamente, acaso, llamamos a estas dos alas la naturaleza y la gracia; especialmente cuando antes también declaramos nosotros por estas mismas la altura del solio y su elevación. Con un entendimiento, pues, vivaz por naturaleza y con un afecto no menos fervoroso por la gracia, extendidos continuamente y atentos hacia aquel Señor que está sobre ellos, se describe como que están en pie (según dijimos) por el ministerio, pero volando también por su devoción. Porque, aunque cubran la cabeza del Señor y cubran también los pies, esto no lo cubren para sí, antes bien vuelan diligentemente y revolotean entre estas cosas, investigando lo alto de su potencia y lo profundo de su sabiduría. Ni ciertamente son escudriñadores de su majestad, para que sean oprimidos de la gloria, porque no menos aman que entienden, como a quienes rige y en quienes obra aquel Espíritu que escudriña también las cosas profundas de Dios. Aquel soberbio Lucifer, ostentando la luz y no teniendo fuego, fijado solamente en un ala, pudo así caer, no volar. Mostró mucha ansia por ser lúcido, no por ser fervoroso, no por ser entendido, lo que significa serafín. No permaneció de pie, porque despreció el estarlo; pero tampoco pudo volar como presumió. Elevóle la vivacidad de su naturaleza, pero para daño suyo, pues la falta de la

[16] Is. 20, 10.

gracia, luego le derribó. Ni es desemejante a ésta la caída de aquellos que habiendo conocido a Dios no le glorificaron ni dieron gracias; por cuya causa fueron entregados a su sentido depravado y se obscureció su insensato corazón. Finalmente, aun al mismo príncipe de ellos se le ha interpuesto un velo, que le es imposible penetrar a pesar de la vivacidad de su naturaleza para poder ver el rostro o los pies de aquel que está sentado en el solio. Pues los serafines que están en pie a su alrededor y asisten en su presencia, con dos alas cubren su rostro y con otras dos velan sus pies.

9. No es corporal la divina Substancia ni está distribuída, al modo de los hombres, en miembros corpóreos. Dios es Espíritu; y las cosas que se dicen de El se han de investigar espiritualmente. Mas ¿quién nos revelará este rostro y estos pies, que con las dos alas cubren los serafines, sino el mismo Espíritu que sabe todas las cosas que hay en El y escudriña las cosas más altas de Dios? Yo pienso, pues, que esas cosas son las que se designan en este lugar con el nombre de rostro. Según esto, su rostro es su majestad, su potestad, su sempiterna virtud y divinidad, conforme a aquello del profeta: *Es tu justicia como los montes de Dios*. Lo que se sigue: *tus juicios son un profundísimo abismo* [17], sin inconveniente parece poderse explicar con el nombre de pies. Porque son como unos pies suyos sus impenetrables caminos, sus inescrutables juicios, lo profundo de su sabiduría y sus disposiciones irreprensibles, pero también incomprensibles. Además, sabemos que pertenece a estos pies el misterio de la encarnación del Señor de una manera especial y toda la obra de nuestra salud. Es de ver cuán sublime sea aquella justicia, la cual admira el profeta como los montes de Dios. La nuestra (si tenemos alguna) es justicia humilde, recta acaso, pero no pura. A no ser que nos tengamos por mejores que nuestros padres, quienes no menos veraz que humildemente decían: *Todas nuestras justicias son como paño de mujer menstruosa* [18]. Porque ¿cómo puede ser pura la justicia cuando todavía no puede faltar la culpa? Así, por ahora, puede parecer recta la justicia de los hombres, con tal que no consientan al pecado para que no reine en su cuerpo mortal. La del primer hombre, en el prin-

[17] Ps. 35, 7.
[18] Is. 64, 6.

cipio, ciertamente, no sólo fué recta, sino pura también, mientras que se le concedió que ni aun sintiese el pecado. Pero ni aun esta misma, porque no fué firme y perdió fácilmente la pureza, retuvo su misma rectitud. A la verdad, en los ángeles es la justicia recta, pura y firme; sublime sin duda, pero inferior todavía a la divina. Pues no es innata en ellos, sino dada por Dios, de modo que la naturaleza misma, cuanto es por sí, no sólo se halla capaz de justicia, sino también de injusticia. ¿Por ventura no es ésta una cierta malicia que se lee haber encontrado en sus ángeles aquella verdadera justicia? [19] *No será justificado en tu presencia todo viviente* [20], dice quien no ignoraba la justicia de Dios. No dice: *Todo hombre,* sino *todo viviente,* acaso para que sepas que no exceptuaba a los mismos espíritus angélicos. Viven, pues, también ellos tanto más verdaderamente, cuanto más cerca están de aquel Señor en quien está la fuente de la vida. No menos también son justos, pero por él, no delante de él; por don suyo, no en su comparación. Porque él mismo es para sí justicia, cuya voluntad no tanto es recta como la misma rectitud, y una y otra no es otra cosa que su misma substancia. Con toda verdad es como un monte aquella justicia que es recta, que es pura, que es firme y que (por decirlo así) también es substancia. ¡Cuánta altura se muestra en esta cabeza! ¡Cuánta gloria y cuánta sublimidad está depositada en este umbroso y denso monte!

10. Mas ¿con qué alas juzgamos que cubren los serafines esta cabeza para que con ninguna sublimidad de naturaleza, con ninguna perspicacia de la razón pueda el ojo malvado romper hasta la claridad de esta verdadera luz? Con las dos alas, si no me engaño, de la misma gloria y felicidad de ellos. Pues se deleitan inefablemente en la admiración de la contemplación de él; ni se glorían menos en su veneración. Aquel inicuo, teniendo ciertamente admiración, pero no veneración, porque no se quiso sujetar por la veneración, no se pudo fijar por la admiración. Finalmente convirtió la misma admiración en emulación; no se dignó venerar, sino que intentó imitar. ¿Cuánto mejor los serafines, felices en su misma admiración, se hacen con la misma veneración también ellos venerables, teniendo la verdadera gloria en aquel mismo a quien servir es reinar y

[19] Iob 4, 18.
[20] Ps. 142, 2.

para quien todo el que se humilla es ensalzado? Y escucha ahora de qué modo con estas dos alas parece que cubren los serafines esta cabeza del Señor que hemos dicho para que aquel maligno no la mire. Todas las veces que levanta hacia arriba la vista el maligno, al punto tropieza en la angélica felicidad y gloria y cubre sus ojos un humor pésimo, la envidia propia, de modo que no puede penetrar más adelante. Así, como con dos velos, es estorbado este envidioso para no registrar las cosas más sublimes, consumiéndose dentro de sí mismo, rebatida y reverberada su vista ya de la felicidad, ya de la gloria, ya de una y otra juntamente, de aquellos a quienes se duele él de tener por superiores. Porque ¿qué escozor tan grave hay para los ojos como la envidia? Ni con otra cosa se atormenta más el ojo envidioso que con la gloria y felicidad ajena. Pues la miseria (como suele decirse) carece de envidia.

11. Pero también los pies del Señor, en los cuales dijimos se designaban el abismo insondable de sus juicios y los impenetrables caminos de sus disposiciones, cubren igualmente con dos alas los serafines. Yo entiendo esto de su prudencia y fidelidad. Porque, siendo ministros fieles y prudentes, juntamente de tal manera ejecutan los negocios divinos y proveen a la salud de los escogidos, que aquel maligno no lo puede percibir en modo alguno. Por este encubrimiento de los pies juzgo que sucedió que, sin saber lo que hacía, hizo crucificar al Señor de la gloria; por este mismo todos los días sucede que sirve, ignorante y contra su voluntad, a los negocios de nuestra salvación, llorando después amargamente al ver que cuanto quiso hacer en daño nuestro nos fué sumamente provechoso. De esta suerte, sin duda, los espíritus deputados al ministerio de las almas burlan su astucia, porque son fieles en no querer descubrir los arcanos de la divina Providencia y sus disposiciones para con nosotros y son prudentes en saberlos encubrir.

12. Sin embargo, así como por aquellas dos superiores alas tuvo aquel malvado la admiración, pero no la veneración, como dijimos, así por las de en medio también le dió la naturaleza la inteligencia espiritual, pero no la gracia el afecto. No menos por las ínfimas es fácil de advertir cuán falto estuvo de fidelidad, pero no así igualmente de prudencia. A no ser que acaso pienses tú que no es otra aquella serpiente que fué llamada la más astuta de

todos los animales. Acaso, también, no impropiamente diremos que por eso fué tan irrevocable su caída y tan irreparable su golpe, porque de estas alas que hemos dicho, así como a la derecha ninguna tuvo, así ninguna le faltó en la izquierda. No así, a la verdad, aquellos dos que la visión profética describió estando y asistiendo al Señor de la majestad. Cuya cabeza también (como hemos dicho) cubren con sus dos alas; con su admiración, seguramente, en la cual se deleitan felizmente, y con su veneración, en la cual sublimemente se glorían; con dos también cubren sus pies: con la fidelidad, es a saber, y con la prudencia. En fin, vuelan con las otras dos con la perspicacia de su naturaleza, como dijimos, y con la eficacia de la gracia. A la verdad, dejan en medio como una longanimidad desnuda y visible; llamo así a la largueza y benignidad de Dios, que convida a los hombres a la penitencia. Porque a todos es fácil ver cómo hace nacer el sol suyo sobre los buenos y malos y llueve sobre los justos igualmente que sobre los injustos. Sin duda alguna, ésta es la caridad que aquel Salomón verdadero extendió, como por medio de sí mismo, por las hijas de Jerusalén, a fin de que los que no puedan investigar y buscar las cosas elevadas sobre sus fuerzas ni sus profundos secretos puedan a lo menos ejercitarse en estas que se hallan como en medio y de ahí puedan merecer ser promovidos alguna vez a la contemplación de las elevadas y sublimes. Mas aquel malvado por esta visión es ahora atormentado más vivamente, y lo será más gravemente en lo futuro. Lo primero, porque él nos envidia esta longanimidad divina; lo segundo, porque de ningún modo, aun con esta ocasión, mira por sí mismo para ser traído a penitencia.

SERMONES DE SANTOS*

Este segundo grupo de sermones es la continuación de los de tiempo. Son panegíricos menos descriptivos que teológicos. La historia ocupa en ellos un lugar secundario. Ningún dato que pueda orientarnos en la cronología de la vida de los santos, raras anécdotas de las que se deriven lecciones morales. Los santos son, según San Bernardo, modelos de todas las virtudes, modelos que debemos tener siempre delante para imitarlos; pero, a la vez, son mediadores. La mediación que ejerce María con todos los hombres, la ejercen los santos con sus devotos. Su intercesión es real, valedera.

Los sermones sobre la dedicación de la iglesia, que sirven de apéndice a los panegíricos, como hemos insinuado en la introducción particular a los sermones, los predicó San Bernardo con motivo de la dedicación de la iglesia de Claraval.

---

* PL 183. 359-536.

EN LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO*

(25 de enero)

1 Cómo debemos convertirnos a ejemplo suyo**

1. Con razón, carísimos, celebra hoy con festivos gozos la universalidad de las gentes la conversión del Doctor de las Gentes, pues sabemos que de tan dichosa raíz ha salido tan abundante copia de ramos. Pablo, convertido, fué hecho para todo el mundo el instrumento de su conversión. Ni sólo en otro tiempo, cuando aun vivía en carne mortal, aunque no conduciéndose ya según las leyes de la carne, convirtió muchos a Dios en el oficio de su predicación, sino que ahora también, viviendo ya más felizmente en Dios y con Dios, no cesa de convertir a los hombres con el ejemplo de su vida, con la oración y con sus enseñanzas. Por eso se hace solemne memoria de su conversión, porque es utilísima para los que la tienen presente. En esta memoria concibe el pecador esperanza del perdón, para moverse a penitencia; y el que hace ya penitencia halla en ella el modelo de una conversión perfecta. ¿Quién perderá la esperanza en adelante, por grandes que hayan sido sus extravíos, cuando oye que Saulo, respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, fué convertido súbitamente en vaso de elección? ¿Quién dirá, oprimido del peso de su iniquidad, ya no puedo levantarme a mejorar mis costumbres, cuando en el mismo camino en que, sediento de la sangre de los cristianos, respiraba de todo su pecho cruel ponzoña, es trocado en predicador fidelísimo un perseguidor cruelísimo? En esta sola conversión se manifiesta con todo su esplendor la grandeza de la misericordia de Dios y la eficacia de su gracia.

2. *Súbitamente,* dice San Lucas, *le iluminó alrededor una luz del cielo*[1]. ¡Oh verdaderamente inestimable dignación de la divina piedad! Ilumina con un resplandor ce-

---

* PL 183, 359-356.

** PL 183, 359.

[1] Act. 9, 3.

lestial, a lo menos por fuera, a quien era todavía incapaz de luz por dentro; le baña alrededor, a lo menos, una luz divina, ya que aun no podía ser infundida en su interior. *Y sonó una voz.* Los testimonios de la luz y de la voz se hicieron dignos de la mayor fe, ni ya se puede dudar de una verdad que se entra por ambas ventanas: la de los ojos y la de los oídos. En efecto, así como en el Jordán sobre la cabeza del Señor se dejó ver la blanca paloma y sonó una voz misteriosa; así como en el monte Tabor, cuando se transfiguró el Salvador delante de sus discípulos, se vió la claridad y se oyó también la voz del Padre, así Saulo se ve rodeado de una luz esplendorosa y se oye la voz de Jesús, que le dice: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Verdaderamente está cogido Saulo; no hay lugar a disimular, no hay manera de poderlo negar; en sus manos están las cartas de la cruelísima embajada que una autoridad execrable, una potestad inicua le ha confiado. *¿Por qué,* dice, *me persigues?*[2] ¿Por ventura no perseguía a Cristo el que despedazaba en la tierra los miembros de Cristo? Persiguieron a Cristo los que clavaron su sacratísimo cuerpo en un infame madero, ¿y no le perseguía el que contra su cuerpo, que es la Iglesia (pues ella misma también es cuerpo suyo), ardía con odio impío? Porque si Cristo dió su propia sangre para rescatar las almas, ¿no te parece que sufre más grave persecución de parte de aquel que con sugestiones malignas, con ejemplos perniciosos, con ocasiones de escándalo, aparta de El las almas que redimió, que la que tuvo que sufrir de parte de los mismos judíos que derramaron su sangre?

3. Fijad aquí toda vuestra atención, carísimos, y retiraos con pavor de la compañía de aquellos que impiden la salud de las almas. Horrible sacrilegio es éste y que parece exceder el enorme delito de los que pusieron sus manos sacrílegas en el Señor de la majestad. Parecía haber cesado ya el tiempo de la persecución; pero, por lo que aquí se ve, nunca falta persecución al cristiano, ni tampoco a Cristo. Y lo que más espanta es que persiguen a Cristo ahora los mismos que tienen de El el nombre de cristianos. Tus amigos, ¡oh Dios!, y tus allegados se han levantado y declarado contra ti. Parece haberse conjurado contra ti casi todo el pueblo cristiano, desde el mínimo

---

[2] Act. 9, 4.

hasta el máximo; desde los pies hasta la cabeza no hay parte ninguna sana y, lo que todavía es peor, procede muchas veces la iniquidad de los ancianos jueces, vuestros vicarios, que estaban puestos para gobernar a vuestro pueblo. No se dice ya: tal es el pueblo cual sea el sacerdote, porque a veces ni el sacerdote es como el pueblo. ¡Ay, ay, Señor Dios, que aquellos son los primeros en tu persecución que anhelan los primeros lugares en tu Iglesia y que tienen en ella la autoridad y el poder! Se apoderaron del alcázar de Sión, tomaron sus municiones; y ya libre y despóticamente entregan toda la ciudad al incendio. Su tenor de vida es miserable, pero todavía es más triste la subversión que causa en tu pueblo. ¡Y ojalá que sólo por esta parte hicieran el daño! Habría tal vez quien, prevenido y fortalecido con la exhortación del Señor, se daría prisa, no a imitar sus ejemplos, sino a observar sus preceptos, según lo que está escrito: *Haced todo lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen*[3]. Ahora ya se han hecho los órdenes sagrados y dignidades de la Iglesia ocasión de torpe lucro y se reputa piedad el interés. Se hallan personas que muestran excesivo empeño en recibir, mejor dicho, en tomarse el cuidado de las almas; pero éste es, en realidad, el menor de todos sus cuidados, y entre todos sus pensamientos tiene el último lugar el bien espiritual de ellas. ¿Podía haber para el Salvador de las almas persecución más terrible? Perversamente otros también obran contra Cristo y se hallan muchos anticristos en este tiempo. Pero reputa por más cruel y siente mucho más la persecución que padece de aquéllos por los beneficios que les ha hecho y por la potestad que les ha dado, aunque igualmente otros muchos obren de muchos y variados modos contra la salud de los prójimos. Esto ve Cristo y calla; esto padece el Salvador y disimula. Por tanto, es necesario que nosotros también callemos y disimulemos ahora, especialmente respecto de los que son nuestros prelados y maestros de las iglesias. Así, sin duda, así también les place a ellos para librarse por ahora de los juicios humanos, hasta que venga de un golpe el grave juicio que aguarda a los que gobiernan, porque los poderosos poderosamente serán castigados.

4. Pero temo, carísimos, que acaso entre nosotros

[3] Mt. 23. 3.

también haya algún perseguidor del Señor, porque es cosa manifiesta que impedir la salud de las almas es perseguir al Salvador. ¿Qué gracias le podré yo dar por la salud de mi alma a aquel hermano que me brinda con el veneno de la murmuración? Con razón los murmuradores se apellidan en la Escritura aborrecibles de Dios. ¿Y qué nombre merecerá aquel que provoca con su ejemplo a los demás a vivir con tibieza, o con sus singularidades los turba, o con su curiosidad los inquieta, o con su impaciencia y quejas los aflige, o de otro cualquier modo contrista al espíritu de Dios que está en ellos, escandalizando a alguno de estos pequeñuelos que creen en El? ¿Por ventura éste también no persigue manifiestamente a Jesucristo? Pues para que esté lejos de nosotros el nombre y el crimen de perseguidores, os ruego que nos mostremos siempre benignos y apacibles, soportándonos mutuamente con toda paciencia y excitándonos unos a otros a lo que es mejor y más perfecto. Porque ¿qué siervo juzgará que le basta a él no perseguir a su Señor, pero sin hacerle servicio ninguno? ¿Qué gracia tendrá con él, si así como no le resiste, así tampoco le asiste? En fin, si alguno es tan pusilánime que llega a pensar que le basta no ser perseguidor sin aspirar a ser coadjutor de Dios, escuche lo que El mismo dice: *El que no está conmigo, contra mí está, y el que conmigo no recoge, desparrama*[4].

5. *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él respondió: ¿Quién eres, Señor?* De aquí se deja entender bien que verdaderamente le bañaba alrededor la claridad, pero que aun no estaba infundida dentro de él. Escuchaba Pablo la voz del Señor, pero no veía su rostro, porque le ensayaban para la fe, y como él dijo después: *La fe viene por lo que se ha oído. ¿Quién,* dice, *eres?* Perseguía a quien no conocía, y por eso consiguió misericordia, porque en la ignorancia de su incredulidad hizo esto. Aprended de aquí, hermanos míos, que Dios, justo juez, considera no sólo lo que se hace, sino con qué ánimo se hace; y tened cuidado en adelante de no reputar por de poca monta, por pequeñas que sean, las cosas en que se peca con conocimiento. Ninguno diga en su corazón: Estas faltas son leves, no quiero trabajar en corregirlas; no es cosa de momento permanecer en estos pecados mínimos y ve-

[4] Mt. 12. 30.

niales. Porque hablar así, carísimos, sería una especie de impenitencia, una como blasfemia contra el Espíritu Santo, esto es, una como blasfemia irremisible. Pablo ciertamente fué blasfemo, pero no contra el Espíritu Santo, porque hizo todo aquello en la ignorancia de su incredulidad. No dijo blasfemia contra el Espíritu Santo, y por eso consiguió misericordia.

6. *¿Quién eres, Señor?* Y *el Señor le dijo: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues.* Yo soy el Salvador, a quien persiguiendo tú te pierdes. Yo soy aquel de quien está profetizado en tu ley: *Será llamado Nazareno*[5], y tú ignoras que esta predicción está cumplida. *Pablo entonces respondió: Señor, ¿qué quieres que haga?* Esta, ciertamente, es la forma de una perfecta conversión. *Aparejado*, dice el profeta, *está mi corazón, ¡oh Dios!, aparejado está mi corazón*[6]. *Aparejado estoy y no estoy turbado para guardar tus mandamientos*[7]. *Señor, ¿qué quieres que haga?* ¡Oh palabra breve, pero viva, pero llena, pero eficaz, pero digna de todo aprecio! ¡Qué pocos son los que se ajustan a esta forma de perfecta obediencia, que de tal suerte hayan dejado su voluntad propia, que ni tengan ya su propio corazón, y que pregunten a todas horas, no lo que ellos quieren, sino lo que quiere el Señor, diciendo sin intermisión: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Y lo que decía Samuel: *Habla, Señor, porque tu siervo te escucha*[8]. ¡Ay!, tenemos muchos más que imitan al ciego del Evangelio que al nuevo Apóstol. *¿Qué quieres*, dice el Señor a aquel ciego, *que yo te haga?* ¡Cuánta es tu misericordia, Señor, cuánta es tu piedad! ¿De este modo pregunta el Señor para hacer la voluntad de su siervo? Verdaderamente era ciego, pues no consideró, no se asustó, no exclamó: Eso no, Señor; di tú antes qué quieres que yo haga, porque así es decente, así lo exige toda razón; no que tu inquieras y ejecutes mi voluntad, sino yo la tuya. Veis, hermanos míos, cómo verdaderamente necesitamos convertirnos en esta parte. Así sucede, en efecto, así sucede que la pusilanimidad y perversidad de muchos el día de hoy obliga a que se les pregunte: *¿Qué quieres que te haga?*, y no preguntan ellos: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* Tienen que considerar los ministros y vicarios de Cristo qué gustarán sus súbditos que se les mande; y no

[5] Mt. 2, 23.
[6] Ps. 107, 2.
[7] Ps. 118, 60.
[8] 1 Reg. 3, 10.

consideran éstos cuál es la voluntad del prelado. No es su obediencia llena, no están aparejados para obedecer en todo, no se han propuesto seguir en todo a aquel Señor que vino a hacer no su voluntad, sino la del Padre. Distinguen y juzgan escogiendo en qué cosas obedecerán al que les manda; o, diciendo mejor, en qué cosas será menester que su prelado obedezca a su voluntad. A estos tales, aunque ven que se les tolera y se condesciende con ellos, teniendo atención a su flaqueza, yo les ruego que procuren aprovechar y se avergüencen de ser siempre párvulos, no sea que oigan algún día: ¿Qué he debido haceros y no lo hice? De lo cual se siga, para los que así abusan de la paciencia y benignidad del prelado, que la muchedumbre de la misericordia que se les ha hecho se trueque en el colmo de su justa condenación.

7. *Señor*, dice Saulo, *¿qué quieres que haga? Y el Señor le respondió: Levántate y entra en la ciudad; allí se te dirá lo que conviene que hagas.* ¡Oh sabiduría, que verdaderamente dispones con suavidad todas las cosas! A quien tú mismo hablas, le envías a un hombre para que sea instruído acerca de tu voluntad, para darle a entender las grandísimas ventajas que lleva consigo la vida de obediencia, y, también, para que, enseñado por un hombre, aprenda él a socorrer a los hombres, según la gracia que Dios le hubiere dado. *Entra*, le dice, *en la ciudad*. Veis, hermanos míos, que no se hizo sin el consejo divino que entraseis vosotros en esta ciudad del Señor de las virtudes para aprender la voluntad de Dios. Es indudable que quien saludablemente te aterró y convirtió tu corazón para desear su voluntad, El mismo te dijo: *Levántate y entra en la ciudad*. Pero escucha cómo manifiestamente se nos encarga, en lo que se sigue, la voluntaria sencillez y mansedumbre cristiana: *Teniendo los ojos abiertos, nada veía; así los que le acompañaban le llevaron por la mano*. Feliz ceguedad aquella en que los ojos de quien estaba iluminado en otro tiempo, desgraciadamente para obrar el mal, al fin saludablemente se ofuscan para su conversión. Lo que se refiere que Pablo permaneció tres días sin comer y empleado en la oración, pertenece a los que, en los principios de su conversión a Dios y abdicación de las cosas del siglo, todavía no respiran en los celestiales consuelos. Esperen ellos también con toda paciencia al Señor; oren sin intermisión preguntando, pidiendo, llamando, porque les oirá

el Padre celestial en el tiempo oportuno. No se olvidará de ellos para siempre; vendrá y no tardará. Si permaneces con El tres días sin tener qué comer, confía que el piadoso y misericordioso Señor no te despedirá en ayunas.

8. Después le mandan a Ananías que ponga las manos sobre Saulo; pero, como bien instruído, no se determina a hacerlo al momento. Mira si el mismo Pablo después no da esta misma doctrina a su discípulo Timoteo: *No te apresures*, le dice, *a imponer las manos a ninguno*[9]. *Vió*, dice San Lucas[10], *a un hombre que ponía sobre él las manos para que recobrase la vista.* Aunque Pablo había visto esto, hermanos míos, no por eso se creyó suficientemente ilustrado ya. ¿No aguardó por ventura la mano de Ananías, a quien en sueños acaso había visto venir? Digo esto, carísimos, porque temo que quizá haya algunos entre vosotros que se creen iluminados, aunque solamente lo hayan sido en sueños, por lo cual no sufren fácilmente ser llevados de la mano por otros, sino que se tienen ellos por guías de los demás. Porque aquel a quien todavía no se le ha encargado el cuidado de los demás, a quien no se le ha confiado el gobierno, a quien no se le ha intimado aún que vea y provea a los que tienen abiertos los ojos y nada ven, ¿cómo intenta tomar estos cargos sobre sí, sino porque medita cosas inútiles y sigue como unos sueños vanos? Guardémonos de semejante vicio, hermanos míos; escojamos siempre, en cuanto esté de nuestra parte, permanecer en el lugar ínfimo y ser conducidos de otros por la mano, aprendiendo la humildad y mansedumbre de Cristo Señor nuestro, para quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

2 Humildad y mansedumbre de Saulo*

1. Hoy fué convertido Pablo, o, diciendo mejor, Saulo, convirtiéndose, se trocó en Pablo[1], pues se hizo como aquel párvulo evangélico, de quien dice el Señor: *Si no os*

[9] Tim. 5, 22.
[10] Act. 9, 12.

* PL 186, 365.

[1] Esta figura de San Bernardo se ha de entender de la siguiente manera: en este día, *Saulo*, sinónimo de perseguidor de la Iglesia, se convierte en *Pablo*, defensor de la misma. Históricamente, San Pablo no se dió este nombre hasta después de la conversión, en su primer viaje, de Sergio Paulo, procónsul, que se hallaba en la isla de Chipre.

convertís y hacéis como este párvulo, no entraréis en el reino de los cielos[2]. Tal vez Jesús hablaba de sí mismo, porque siendo El grande y digno de toda alabanza, nos fué dado como un parvulito; y así, no se nos presenta por ahora grande, sino párvulo, para hacerse a sí mismo agradable y eficaz ejemplo de la pequeñez que nos es tan necesaria. Hacia este párvulo, pues, has de volverte para aprender a ser párvulo, a fin de que tú también, cuando te conviertas, te hagas párvulo. Pero escucha con qué claridad te muestra el párvulo de quién debes tomar el modelo de una sincera conversión, puesto que te propone expresamente en sí mismo las cosas propias de un párvulo que merecen imitarse. *Aprended de mí,* dice, *que soy manso y humilde de corazón*[3]. Infancia duplicada la de la humildad y la de la mansedumbre; aquélla es propia del interior, ésta del exterior, pero una y otra son virtudes no pequeñas; son, sin duda, tan excelentes virtudes que el mismo Señor párvulo y grande nos las enseña como su única doctrina. Hoy, pues, se convirtió Pablo; hoy dejó de ser Saulo; hoy se hizo manso y humilde de corazón. Prueba es de la humildad de su corazón la confesión de su boca cuando clama: *Señor, ¿qué quieres que haga?*[4] Pero todavía es mayor prueba la misma grandeza de la gracia que ha recibido, porque no se le daría tan abundante sino a quien fuera muy humilde.

2. La mansedumbre, que, según dijimos, es como una infancia exterior, y por eso más manifiesta, de tres modos resplandece en esta conversión. De tres maneras suele ser combatida nuestra mansedumbre: con las injurias de las palabras, con los daños que nos causan y con la lesión del cuerpo. En estas tres pruebas se muestra nuestra paciencia y todo el ejercicio de la mansedumbre; y aquélla será virtud probada y sólida que nada de esto pueda derribarla. Da gusto considerar de qué modo Pablo, tentado en su misma conversión de todas estas cosas, se muestra ya verdaderamente Pablo, manso y paciente a toda prueba. *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el aguijón.* ¡Palabra dura, ciertamente, palabra agria y llena de amenazas! En lo que toca al cuerpo, también fué derribado y cayó en la tierra. Pero ¿fué además probado con pérdidas materiales? Y mucho, puesto que le fué quitada la luz de los ojos, pues teniéndolos abiertos,

[2] Mt. 18. 3. [3] Mt. 11. 29. [4] Act. 9. 6.

como está escrito, nada veía. Fué experimentada y probada también en estas tres cosas la paciencia de Job, en quien puso Dios un singular dechado de esta virtud. Pero dejamos a vuestra industria y diligencia que considere y medite esto. Bástanos preveniros que la verdadera conversión en gran parte consiste en esta mansedumbre, para que se avergüencen, los que debían estar convertidos, de hallarse todavía pervertidos totalmente, mostrando su impaciencia en la lesión de los cuerpos o en los daños de sus cosas o (lo que es más indigno) en las injurias de las palabras.

EN LA PURIFICACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA *

(2 de febrero)

1 DE TRES MISERICORDIAS **

1. Hoy la Virgen Madre introduce en el templo del Señor al Señor del templo. José también presenta al Señor, no el suyo, sino el Hijo amado del Señor, en quien tiene sus complacencias. El justo Simeón conoce a aquel a quien aguardaba, y la viuda Ana igualmente le confiesa. Estos cuatro personajes celebraron por vez primera la procesión de hoy, habiendo de celebrarse después con gozo de toda la tierra en todo lugar y por todas las naciones; ni es maravilla que dicha procesión fuese entonces pequeña, puesto que el mismo que era recibido en ella era también niño pequeñito. No hubo allí lugar alguno para el pecador: todos eran justos, todos santos, todos perfectos. Pero ¿por ventura, Señor, has de salvar a ésos solos? Crecerás en la edad y crecerá también la misericordia. *Los hombres y los jumentos salvarás, Señor, cuando hayas multiplicado tu misericordia.* En la segunda procesión [1] irán delante las turbas y seguirán detrás también; ni le llevará la Virgen, sino el asnillo. A ninguno desdeñará, ni a los mismos que se pudrieron como jumentos en el estiércol; no los desdeñará, repito, pero con tal de que no les falten los vestidos de los apóstoles, que es decir que si

* PL. 183, 365-372.
** PL. 183, 365.
[1] Se refiere a la procesión del domingo de Ramos.

su doctrina, si la piedad de sus costumbres, si la obediencia, si la caridad cubre la muchedumbre de sus pecados, desde luego no les juzgará indignos de la gloria de su procesión. Más aún, su piedad nos reservó lugar en aquella misma procesión en la que fué admitido tan corto número de personas. Y ¿qué mucho reservase a los venideros lo que concedió anticipadamente a los antiguos?

2. David, rey y profeta, deseó con ansia ver este día; le vió y se alegró[2]. Porque si no le hubiera visto, ¿cómo cantara: *Hemos recibido, ¡oh Dios!, tu misericordia en medio de tu templo?*[3] Experimentó David esta misericordia del Señor, experimentóla Simeón, la hemos experimentado también nosotros y todos los que están predestinados a la vida, puesto que *Cristo ayer, y hoy, y eternamente es Dios*. En medio del templo está la misericordia, no en algún ángulo o apartadizo; porque en Dios no hay acepción de personas. Para todos está expuesta, a todos se ofrece y nadie deja de tener parte, sino el que no quiere tenerla. Se derraman, Señor, tus aguas hacia fuera, pero, sin embargo, tienes tu fuente propia, y de ella no bebe el extraño. El que es tuyo no verá la muerte hasta que vea al Ungido del Señor, a fin de que sea despedido de esta vida seguro en la paz. ¿Qué mucho sea despedido en paz el que tiene en su pecho al Ungido del Señor? Aquél es nuestra paz que habita en nuestros corazones por la fe. ¿Cómo saldrás de aquí, alma miserable, que ignoras a Jesús, guía del camino? Porque hay muchos que tienen ignorancia de Dios. ¿De dónde esto? Sin duda de que la luz vino al mundo y amaron los hombres las tinieblas más que la luz. Y *la luz*, dice, *brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la han recibido*[4]. Como si dijera: Las aguas se extienden por las plazas públicas, y el extraño no bebe de ellas; la misericordia está en medio del templo, y con todo eso ninguno de aquellos a quienes aguarda la eterna condenación se llega a ella. En medio de vosotros está, miserables, aquel a quien vosotros no conocéis; por lo cual, muriendo antes de ver al Ungido del Señor, no seréis despedidos en paz, sino antes arrebatados por los que rugen con ansias de devorar la presa.

---

[2] Io. 8. 56.
[3] Ps. 47. 10.
[4] Io. 1. 5.

3. *Hemos recibido, ¡oh Dios!, tu misericordia en medio de tu templo*[5]. Muy diferente es esta voz de acción de gracias de aquella voz propia de quien se lamenta: *Señor, hasta el cielo llega tu misericordia, y tu justicia hasta las nubes*[6]. ¿Pues qué? ¿Te parece a ti que estaba en medio la misericordia, cuando solos los habitantes del cielo la tenían? Pero luego que Cristo se abatió a sí mismo, haciéndose algo inferior a los ángeles; luego que se constituyó mediador entre Dios y los hombres y como piedra angular pacificó por su sangre las cosas del cielo y de la tierra, desde entonces ya recibimos, ¡oh Dios!, tu misericordia en medio de tu templo. Porque éramos también nosotros por naturaleza hijos de ira, pero ya hemos conseguido misericordia. ¿De qué ira éramos hijos y qué misericordia hemos conseguido? Verdaderamente, éramos hijos de la ignorancia, de la flojedad, del cautiverio; y hemos conseguido la sabiduría, la fortaleza y la redención. La ignorancia de la mujer seducida nos había cegado; la flojedad del hombre llevado y atraído de su propia concupiscencia nos había debilitado; la malicia del diablo, siendo desamparados justamente por Dios, nos había cautivado. Así nacimos todos: en primer lugar, ignorantes del camino de la ciudad soberana; después de eso, débiles y desidiosos, de modo que, aunque fuese conocido de nosotros el camino de la vida, nos veíamos embarazados y detenidos por la flojedad propia; y, a más de eso, cautivos bajo el poder de un pésimo y cruelísimo tirano; de suerte que, aunque fuésemos prudentes y robustos, nos veíamos oprimidos por la condición de nuestra miserable esclavitud. ¿No tiene necesidad de mucha misericordia y piedad tan grande miseria? Y si ya hemos sido librados de esta triplicada miseria por Cristo, que fué hecho para nosotros por Dios Padre sabiduría, y justicia, y santificación, y redención, ¿cuánta vigilancia nos es necesaria, hermanos míos, para que no suceda (no lo permita Dios) que sean nuestros fines peores que los principios, si incurrimos de nuevo en su ira, haciéndonos ya, no por naturaleza, sino por voluntad propia, hijos de ira?

4. Abracemos, pues, la misericordia que hemos recibido en el templo y no nos apartemos del templo, como así lo hizo la bienaventurada Ana. Porque *el templo de Dios*

[5] Ps. 47. 10.
[6] Ps. 35. 6.

es santo, el cual sois vosotros [7], dice el Apóstol. Cerca de nosotros está esta misericordia, cerca está la palabra, en vuestra boca está y en vuestro corazón. En fin, en vuestros corazones habita Cristo por la fe. Este es su templo, y éste su trono, si no os habéis olvidado de que el alma del justo es el trono de la sabiduría. Os encargo, pues, ahora, hermanos míos, lo que otras muchas veces o continuamente he deseado persuadiros: que caminemos, mientras estamos en esta vida mortal, apartándonos de los deseos de la carne para no desagradar a Dios; no seamos amigos de este siglo, no sea que nos hagamos enemigos de Dios. Resistamos también al diablo y huirá de nosotros, para que ya libremente caminemos según el espíritu y nuestra vida sea vida del corazón, pues el cuerpo que se corrompe debilita y afemina al alma, y esta habitación terrena abate al espíritu con la multitud de cuidados que le agitan, a fin de que no se levante a las cosas celestiales. Por eso la sabiduría de este mundo se reputa necedad delante de Dios, y el que fuere vencido del maligno será entregado a él como esclavo suyo. Verdaderamente, en el corazón se recibe la misericordia, en el corazón habita Cristo, en el corazón anuncia la paz para su pueblo, para sus santos y para aquellos que se convierten, volviendo a entrar en el interior de su corazón.

2 Del orden y modo de la procesión de Cristo al templo *

1. Gracias sean dadas a nuestro Redentor, que nos previno tan copiosamente con bendiciones de dulzura, multiplicando nuestros gozos en los misterios de su infancia. Habiendo celebrado poco ha su nacimiento, su circuncisión y su aparición, nos ha esclarecido hoy con el festivo día de su ofrenda en el templo. Hoy, pues, es presentado al Señor el fruto sublime de la tierra; hoy es ofrecida, por las virginales manos de la Madre, la víctima pacífica y agradable a Dios, es llevada por sus padres y la están aguardando los ancianos. Ofrecen José y María el sacrificio de alabanza, el sacrificio de la mañana; Simeón y Ana le reciben. Por estos cuatro fué celebrada la procesión que

[7] 1 Cor. 3. 17.

* PL 183. 368.

hoy, en los cuatro climas de la tierra, se trae a la memoria con solemnes gozos. Mas porque nosotros también, fuera de la costumbre de las demás festividades, hemos de tener hoy esta procesión solemne [1], no será inútil considerar con algún cuidado el modo y orden que hemos de guardar en ella. Hemos de ir de dos en dos, llevando en las manos candelas, y éstas encendidas no en el fuego ordinario, sino en el que antes haya sido consagrado en la iglesia por la bendición del sacerdote. A más de esto, en nuestra procesión los primeros han de ocupar el lugar de los últimos, y los últimos el de los primeros; y mientras vayamos recorriendo los caminos del Señor, celebraremos con cánticos las grandezas de su gloria.

2. Con razón vamos de dos en dos, porque de este modo, a fin de recomendarles la caridad fraternal y la vida común, fueron enviados por el Salvador los discípulos, como testifican los Evangelios sagrados. Turba la procesión el que presume andar solitario, ni sólo se hace daño a sí mismo, sino que también es molesto a los demás. Estos son los que se separan a sí mismos de los demás como animales, que no tienen espíritu ni cuidan de conservar la unidad de espíritu con los lazos de la paz. Pero así como no es bueno que el hombre esté solo, así también está vedado presentarse delante del Señor vacío. Porque siendo reprendidos como ociosos aun aquellos a quienes nadie había asalariado, si se están ociosos los que han sido asalariados, ¿qué merecerán? La fe está muerta cuando está sin obras. Así nuestras obras se deben hacer con fervor y deseo del corazón, para que haya en nuestras manos candelas encendidas. De otro modo, es de temer que, como tibios, comience a vomitarnos el que en el Evangelio dice: *Yo he venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué deseo yo sino que arda?* [2] Este, verdaderamente, es el sagrado y bendito fuego que el Padre santificó y envió al mundo y a quien se bendice en las iglesias, como está escrito: *En las iglesias bendecid al Señor nuestro Dios* [3]. Tiene también nuestro enemigo, como perverso imitador de las obras divinas, tiene, digo, también su fuego, el fuego de la carnal concupiscencia, el fuego de la envidia y ambición, el cual no

[1] Alude a la carta quinta de las que le escribió Abelardo, en que le reprendía por haber suprimido toda la pompa de las procesiones.
[2] Lc. 12. 49.
[3] Ps. 67, 27.

vino a encender nuestro Salvador, sino a extinguir. Si alguno se atreve a servirse de este fuego extraño al ofrecer el divino sacrificio, aunque tenga por padre a Aarón, morirá en su maldad.

3. A más de estas cosas que se han dicho de la vida común y caridad fraternal, de las buenas obras y fervor santo, la excelsa virtud de la humildad es principalmente necesaria para que nos adelantemos a honrarnos mutuamente, de suerte que cada uno no sólo prefiera a sí a los mayores, sino también a los más jóvenes, en lo que está la perfección de la humildad y la plenitud de la justicia. Y porque Dios ama a quien da con alegría y el fruto de la caridad es el gozo del Espíritu Santo, cantemos como se ha dicho, mientras vayamos recorriendo los caminos del Señor, que la gloria del Señor es grande; cantemos al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho cosas maravillosas. En todo esto, si acaso alguno es negligente en adelantar y caminar de virtud en virtud, sepa, cualquiera que sea, que se halla parado y que no anda en la procesión, o, más bien, sepa que vuelve atrás, porque en el camino de la vida espiritual no ir delante es volverse atrás, no pudiendo en esta vida permanecer nada en un mismo estado. Nuestro aprovechamiento consiste (como me acuerdo haber dicho muchas veces) en que nunca pensemos que hemos llegado a conseguir la perfección, sino que siempre extendamos la consideración a lo que está delante, aspirando sin cesar a lo que es más perfecto, y continuamente expongamos nuestra imperfección a la vista de la divina misericordia.

3 Del Niño, de María y de José*

1. Hoy celebramos la purificación de la bienaventurada Virgen María, que se hizo, según la ley de Moisés, pasados cuarenta días desde el nacimiento del Señor. Pues estaba escrito en la ley que la mujer que habiendo usado del matrimonio diera a luz un varón, fuese impura siete días y en el día octavo se circuncidase al niño; después, empleándose todavía en lavarse y purificarse, se abstuviese de entrar en el templo durante treinta y tres días, los cuales cumplidos ofreciese su hijo con algunos dones al Señor.

* PL 183, 369.

Pero ¿quién no advierte que, según las palabras mismas de la ley, la Madre del Salvador estaba completamente exenta de este precepto? ¿Piensas que, habiendo de decir Moisés que la mujer que diera a luz un varón fuese impura, no temió incurrir en crimen de blasfemia contra la Madre del Señor, y que por eso precisamente añadió: *habiendo usado del matrimonio?* Porque si no hubiera previsto que, sin usar del matrimonio y sin conocer varón, había de dar a luz la Virgen, ¿qué necesidad tenía de hacer mención de esto? Es claro, pues, que esta ley no comprendía a la Madre del Señor, que sin obra de varón concibió y dió a luz a su hijo, como estaba predicho por Jeremías que había de hacer Dios una cosa nueva sobre la tierra. ¿Preguntas qué cosa nueva? *Una mujer,* dice, *rodeará a un varón* [1]. No de otro varón recibirá un varón, no según la ley humana concebirá un hombre, sino que encerrará un varón dentro de sus intactas y virginales entrañas; de tal suerte que entrando y saliendo el Señor, según otro profeta dice, permanecerá cerrada perpetuamente la puerta oriental.

2. ¿Piensas que no podía la Virgen quejarse y decir: Qué necesidad tengo yo de purificación? ¿Por qué me he de abstener yo de la entrada en el templo, si mi seno, ignorando varón, fué hecho templo del Espíritu Santo? ¿Por qué no he de entrar en el templo, siendo yo quien di a luz al Señor del templo? Nada hubo en esta concepción, nada en este parto que fuese impuro, nada hubo ilícito, nada que necesitase de purificarse, siendo este niño la fuente de la pureza y el que ha venido a hacer la purificación de los delitos. ¿Qué tiene que purificar en mí la ceremonia legal, habiéndome hecho purísima en el mismo parto inmaculado? Verdaderamente, Virgen bienaventurada, verdaderamente tienes sobrada razón; no hay en ti necesidad de purificación. Pero ¿acaso tu Hijo tenía necesidad de circuncisión? Sé, pues, entre las mujeres como una de ellas, porque así también es tu Hijo entre los niños. Quiso ser circuncidado, ¿y no querrá también ser ofrecido? Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu seno virginal. Ofrece para nuestra reconciliación la víctima santa y agradable a Dios. Por todos modos aceptará Dios Padre la nueva ofrenda y preciosísima víctima, de la cual dice El mismo: *Este es mi Hijo muy amado, en*

[1] Ier. 31, 22.

quien tengo todas mis complacencias[2]. Pero esta ofrenda, hermanos míos, parece bastante delicada, puesto que solamente es presentado el niño al Señor, después es redimido con algunas aves y luego se lo llevan. Tiempo vendrá en que no será ofrecido en el templo, ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad y entre los brazos de la cruz. Vendrá tiempo en que no será redimido con lo ajeno, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre le ha enviado para redención de su pueblo. Aquél será sacrificio de la tarde, éste es de la mañana; éste es más gustoso, pero aquél será más lleno; éste en el tiempo de su nacimiento, aquél en la plenitud de la edad. Sin embargo, de uno y otro puedes entender lo que predijo el profeta: *Fué ofrecido porque El mismo quiso*[3], pues aun ahora fué ofrecido, no porque tenía necesidad, no porque estaba bajo del edicto de la ley, sino porque quiso; y en la cruz igualmente fué ofrecido, no porque lo mereció, no porque los judíos lo maquinaron, sino porque El mismo quiso. Yo os ofreceré voluntariamente un sacrificio, Señor, porque voluntariamente fuiste ofrecido por mi salud, no por tu necesidad.

3. Pero ¿qué ofreceremos nosotros, hermanos míos, o qué le volveremos por todos los bienes que nos ha hecho? El ofreció por nosotros la víctima más preciosa que tuvo, y que no puede haber otra más preciosa; hagamos también nosotros lo que podamos, ofreciéndole lo mejor que tenemos, que somos nosotros mismos. El se ofreció a sí mismo: ¿tú quién eres que dudas ofrecerte? ¡Oh si yo tuviera la dicha de que se dignara recibir mi ofrenda una Majestad tan grande! Dos cosas cortas tengo, Señor, que son el cuerpo y el alma, ¡ojalá que te las pueda ofrecer en sacrificio de alabanza! Mejor es para mí y mucho más útil y glorioso ofrecerme a ti que dejarme para mí mismo. Porque en mí mismo se turba mi alma, y mi espíritu se alegrará en ti si sinceramente es ofrecido. Los judíos, hermanos míos, ofrecían víctimas muertas al Señor que había de morir; mas ahora ya: *Vivo yo*, dice el Señor, *no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*[4]. No quiere Dios mi muerte, ¿y no le ofreceré yo gustosamente mi vida? Esta es una víctima pacífica, víctima agradable

[2] Mt. 3. 19.
[3] Is. 53. 7.
[4] Ez. 33. 11.

a Dios, víctima viva. En la ofrenda del Señor se lee que hubo tres personas; y en la nuestra, igualmente, tres cosas pide el Señor. Estuvo allí José, esposo de la Madre del Señor, que era reputado padre de El; estaba también la Virgen Madre, y el Niño Jesús, que era el ofrecido. Haya, pues, en nuestra ofrenda también una constancia varonil, haya la continencia del cuerpo, haya una conciencia humilde. Haya una varonil constancia en el propósito de perseverar, haya una virginal pureza en la castidad, haya en la conciencia una sencillez y humildad propia de un niño. Amén.

EN EL NATALICIO DE SAN VICTOR, CONFESOR *

(26 de febrero)

1 **

1. La vida de Víctor y su esclarecida gloria, no tanto excita a la gloria como a la virtud a los que tienen un corazón recto. No es ciertamente propio de un ánimo recto, sino del perverso, buscar antes la gloria que ejercitar la virtud, y querer ser coronado sin haber legítimamente combatido. *En vano es,* dice, *que os levantéis antes de amanecer* [1]. Así es, en vano aspira a la cumbre de la gloria el que no se ha ennoblecido antes con la práctica de la virtud. En vano salen al encuentro del Esposo las vírgenes fatuas cuyas lámparas se han apagado; por eso más fatuas, porque se glorían de unas lámparas vacías del aceite de la virtud. Esté lejos de mí gloriarme sino en la gloria de aquellos a quienes dando el parabién el profeta dice: *Señor, a la luz de tu rostro caminarán tus hijos y en tu nombre se alegrarán todo el día y por tu justicia serán ensalzados* [2]. Y añade: *Porque a ti se debe la gloria de su virtud.* Hermosamente no alaba la gloria de ellos, sino su virtud. Porque la gloria que es sin virtud, viene sin ser debida, se desea sin tiempo, se capta con mucho peligro. La virtud es el escalón para la gloria; la virtud es la madre de la gloria. Engañosa es la gloria y vana la her-

* PL 183, 371-376.
** PL 183, 371.

[1] Ps. 126. 2.
[2] Ps. 88. 16-18.

mosura que ella no engendró. Sólo a ella se debe la gloria por derecho y se la tributa con seguridad.

2. Ni virtud ni gloria faltan a San Víctor; pero en qué modo y con qué orden concurrieron en él ambas cosas es lo que nos importa considerar. Peleó con esfuerzo, venció animosamente; y así, al fin, fué coronado de gloria y de honor. ¿Cómo había de quedar sin gloria un guerrero fuerte, un vencedor humilde? Aunque tampoco en los días de su virtud estuvo sin gloria, siendo admirable en signos y portentos. Tenemos, carísimos, en la vida de Víctor qué admirar y juntamente qué imitar con provecho nuestro. Yo admiro que pudiera sacar vino en el yermo, no de una vid, sino de una fuente. Yo admiro y me pasmo de que, infante todavía, en el seno de su madre fué espanto a los demonios espantosos, como conocido ya por ellos y designado por su propio nombre. No es nombre vacío el nombre de Víctor, puesto que la fuga de los enemigos y su forzada confesión le conceden la victoria aun siendo infante. ¿Quién no admirará también que un ladrón cogido por el demonio fuese por él librado del mismo demonio? ¿Quién no reputará digno de toda admiración que un hombre viviendo en carne mortal contemple los cielos entreabiertos ante sus ojos, fije sus miradas en la luz increada, goce de visiones divinas y se recree con cantos angélicos y sea instruído por el divino oráculo? Estas y otras semejantes cosas veneramos en este varón santo, pero no pretendemos imitarlas. Con razón verdaderamente, pues sin peligro de la salvación pueden dejar de hacerse y no pueden sin peligro de la salud desearse. Con más seguridad, sin duda, se pueden imitar las más sólidas que las más sublimes y aquellas que huelan más a virtud y menos a gloria.

3. Procuremos, por tanto, conformarnos con Víctor en las costumbres, ya que no podemos asemejarnos a él en las maravillas, aunque queramos. Imitemos en este varón el alimento sobrio, el afecto devoto; imitemos la mansedumbre de su espíritu, la castidad de su cuerpo, la guarda de la lengua, la pureza del alma; aprendamos de él a poner freno a la ira y a moderarnos en las palabras, a dormir poco, a orar mucho, a exhortarnos y enfervorizarnos mutuamente en salmos, himnos y cánticos espirituales; a juntar las noches con los días y ocuparlos en las divinas alabanzas.

Imitemos las gracias más excelentes. Aprendamos de él, que fué manso y humilde de corazón. Imitemos, digo, su liberalidad con los pobres, su agrado con los huéspedes, su paciencia con los pecadores, su benignidad para con todos, porque éstas son sus gracias más excelentes. Estas cosas son el modelo que debemos imprimir en nosotros, mientras que en los milagros está la gloria, de cuyo deseo debemos abstenernos. Aquéllas nos alegren, éstos nos edifiquen; aquéllas nos amonesten, éstos nos animen. Disfrutemos del convite que aquí se nos ofrece, pues hemos sido llamados a la mesa de un rico personaje, abundante de panes y colmada de delicias. ¿Por ventura no será rico el que nos alimenta con sus ejemplos, nos protege con sus méritos, nos alegra con sus milagros? Rico verdaderamente, en cuyo solemne convite hoy se congregan los ángeles juntamente con los hombres; éstos para hallar su refección, aquéllos sus delicias; éstos para aprovechar, aquéllos para alegrarse. Aquel cuya vida está llena de bienes, ¿qué es sino mesa de manjares? Ni con todo eso se ponen todos para todos, sino para que tome cada uno lo que vea que le es útil y conveniente.

4. Y yo, ciertamente, tomaré el consejo saludable de considerar cuidadosamente las cosas que me ponen delante; y tendré la precaución de tomar las mías y de no tocar en las ajenas. No alargaré mi mano a la gloria de los milagros, no sea que, si atenta a lo que de arriba no he recibido, pierda con razón lo que al parecer había ya recibido. No levanto con él los ojos a registrar los celestiales secretos, no sea que oprimido de la gloria resulte confundido, refugiándome tarde al consejo del Sabio, que dice: *No busques lo que está sobre ti y no trates de penetrar lo que sobrepasa tus fuerzas*[3]. ¿Traen a la mesa aguas frescas que se trocaron en vino nuevo rojo y espumoso? No lo tocaré, porque sé que no se pone para mí, que no puedo igualmente mudar los elementos, ni trocar la naturaleza de las cosas. Miro también en la mesa de Víctor, que oyó cantar a los ángeles. ¿Querré yo, por ventura, que se me muestren a mí también los soberanos cantores, o bien aquellos músicos del Apocalipsis[4] tañendo sus arpas? Aun viviendo en

[3] Eccli. 2, 22.
[4] Apoc. 14, 2.

el cuerpo mortal tuvo imperio y poder contra el demonio, y desatado de los lazos del cuerpo desata el cuerpo de un aprisionado. Manjares son, pero no míos ; gustosos y sabrosos son verdaderamente, pero no los tocaré siquiera, porque no podría yo, pobre como soy, ofrecer en retorno otro convite parecido a éste. Mas si miro con cuidado, he ahí delante de los ojos, en la mesa del Santo, la discreción y rectitud del juicio, el vigor de la disciplina, el espejo de la santidad, la forma de la vida, la divisa de la virtud. Estas cosas sí que las tomo yo sin presunción y saludablemente las consumo, y si no lo hago se me pedirá con rigor cuenta de ello.

5. Escucha todavía qué cosas juzgaré con razón que han puesto para mí. Si me ofreces de la mesa de este rico el pan del dolor y el vino de la compunción, lo tomaré sin peligro yo que soy un pobre y menesteroso. Me servirán a mí de pan las lágrimas mías de día y de noche, y mezclaré con el llanto mi bebida. Esta es la parte que me toca a mí, que he cometido cosas dignas de dolor. No tendré pesar, a lo que creo, de alimentarme con este manjar, porque quien aspiró a poseer la ciencia del bien y del mal halló el dolor. Si igualmente se me presentaren los ejemplos de templanza, de prudencia o de fortaleza, éstos tomaré sin dudar nada, sabiendo que es preciso que yo prepare otros tales. Que esto se pone para mí y que de mí lo han de exigir, no lo dudo. Pero ¿acaso exigirán también de nosotros signos y prodigios para que los preparemos y correspondamos con ellos a tan rico personaje? Hermanos míos, éstos son vasos para honor del que nos convida, no manjares propios de pobres. Tú, pues, que estás convidado, considera con diligencia qué pone para ti y qué pone para él. Porque no todo lo que se presenta a la mesa se pone para ti. ¿Qué si te diesen a beber en un vaso de oro? No se pone para ti el vaso, sino la bebida ; toma la bebida y deja el oro. De tal suerte, pues, el Padre de familias comunica a sus domésticos los ejemplos de buenas obras y rectitud de costumbres, que reserva para sí la prerrogativa en los milagros. Con todo eso, en éstos y en aquéllos debe ser glorificado aquel Señor de cuya mano viene la gracia de vivir santamente y de quien es la virtud de hacer prodigios ; el cual en la Trinidad perfecta vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

2°

1. Alegraos, carísimos, en el Señor, pues entre los demás beneficios de su piedad concedió un hombre al mundo en cuyo ejemplo se salvasen muchos. Alegraos, os digo otra vez, porque abandonando este mundo se acercó a Dios para que por su intercesión se salven muchos más. Tiene de entre los hombres a quien condonar los pecados de los hombres el piadoso y misericordioso Señor : tiene tiempo y lugar de interceder el piadoso y misericordioso abogado, verdaderamente lugar quieto y tiempo desocupado. Fué visto en la tierra para servirnos de ejemplo, fué llevado al cielo para ejercitar con nosotros su patrocinio ; aquí instruye para la vida, allí convida a la gloria. El que incitó para el trabajo, se hizo mediador para el reino. Optimo mediador, que no pidiendo ya nada para sí, todo su empeño lo pone en hacernos participar de su intercesión, a fin de que nos sea provechoso así el afecto con que ora como el fruto de su oración. Porque ¿qué buscará para sí cuando de nada necesita? Dios le conserva y vivifica y le hace bienaventurado en la gloria ; nada le faltará ya estando colocado en el lugar de amenos y abundantes pastos. Este es el día de su glorioso tránsito, el día de la alegría de su corazón ; llenémonos de gozo y alegrémonos en él. Ya se internó en la consideración de las grandezas del Señor ; celebremos el que sea ahora más poderoso para salvar.

2. Hoy, Víctor, desprendiéndose del cuerpo, el único que al parecer le impedía su entrada en la gloria, tanto más ligero cuanto más expedito penetró en el lugar santo, consiguiendo una gloria igual a la de los santos. Hoy, desde el último y humilde lugar que había elegido para sí siguiendo el consejo del Salvador, sube más arriba llamado por el Padre de familia, como a su verdadero amigo, y está sentado con El a la mesa. Hoy, habiendo despreciado al mundo y triunfado del príncipe del mundo, sube a las alturas verdaderamente vencedor, para recibir de la mano del Señor la corona de la victoria ; pero sube con una inmensa riqueza de méritos, esclarecido en triunfos, glorioso en milagros. Ya descansa el soldado lleno de servicios, y después de los trabajos y sudores de la sagrada

PL 183. 373.

milicia, es felizmente colocado en un trono y coronado sublimemente. Su alma descansa en la posesión de toda clase de bienes. ¿Preguntas dónde? Con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Con tales y en tal lugar está sentada; está sentada excelsa y resplandeciente; está sentada gozosa y dando a Dios alabanzas; está sentada descansando entre delicias y adornada de sus joyas, rodeada de manzanos y fortalecida con aromáticas flores de santidad; está sentada, repito, libre de cuidados para sí, rebosando en delicias, abundando en ocio y descanso para vacar únicamente a la contemplación de la sabiduría. La que estuvo sentada y lloró a orillas de los ríos de Babilonia, está ahora sentada junto a la fuente de la vida, y es su estancia ya junto al torrente de los deleites, cuyo ímpetu alegra a la ciudad de Dios. Halló para sí la fuente que fecunda los huertos, el pozo de aguas vivas, y, como la Samaritana, bebe del agua de la sabiduría que da salud, para no tener eternamente sed. La dan del fruto de sus manos, y la alaban sus propias obras en la asamblea de los jueces, y se gloría en el testimonio de su conciencia. De su propia conciencia, digo, no de otro. Está sentada en medio de los ángeles, siendo digna verdaderamente de su compañía, puesto que arde en su amor, resplandece en su pureza y es hermoseada con su castidad. Está sentado entre los apóstoles el varón de temple apostólico; no tiene por qué retirarse del coro de los profetas quien glorificó y llevó en su cuerpo al que ellos predijeron. Ni se juzga fuera de su sitio formando parte de los victoriosos coros de los mártires nuestro Víctor, puesto que con tenaz y prolongado martirio sacrificó la víctima viviente de su cuerpo.

3. Está sentado el veterano soldado, quieto ya en la suavidad y seguridad merecida; seguro a la verdad para sí, pero solícito por nosotros. Porque no se despojó de las entrañas de piedad al despojarse de la corrupción de la carne; ni de tal suerte se vistió la estola de la gloria que se vistiese juntamente la del olvido de nuestra miseria y de su misericordia. No es en la tierra del olvido donde habita el alma de Víctor; no en la tierra del trabajo para que esté ocupado en ella; no mora, finalmente, en la tierra, sino en el cielo. ¿Por ventura la morada celestial priva de memoria o despoja de la piedad a las almas que recibe? Hermanos míos, la anchura del cielo dilata los corazones, no los estrecha; alegra los ánimos, no los enajena; no

constriñe los afectos, sino que los dilata. En la luz de Dios se serena la memoria, no se obscurece; en la luz de Dios se aprende lo que no se sabe, no se olvida lo que se sabe. Aquellos espíritus soberanos que desde el principio del mundo habitan en los cielos, ¿acaso porque habitan en los cielos desprecian la tierra, y no más bien la visitan y frecuentan? Todos son espíritus que tienen el lugar de ministros, siendo enviados a ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud. ¿Qué diremos, pues? Vienen los ángeles y socorren a los hombres; ¿y los que son de nuestro linaje nos desconocerán y no sabrán compadecerse de nosotros en las mismas cosas que ellos padecieron? Los que ignoran ya el dolor, sin embargo sienten nuestros dolores, ¿y aquellos que llegaron allí después de haber pasado por grandes aflicciones, no reconocerán ya aquellos mismos trabajos que un día soportaron? Yo sé quién dijo: *Me están aguardando los justos hasta que me des la recompensa*[1]. Justo es Víctor, y, sin duda, está aguardando que recibamos la recompensa que nos está reservada. No es como aquel copero de Faraón, que retuvo sólo para sí la gracia que halló, olvidado enteramente de su profeta y concautivo. Ministro de Cristo es Víctor, a Cristo sigue. No está el Señor olvidado de sus promesas, puesto que ni al compañero de su pasión le negó que pudiera ser particionero de su reino. No irá el discípulo contra su Maestro; no puede Víctor hacer cosa alguna, sino lo que viere hacer a su Maestro. Las obras que éste hizo las hizo aquél también.

4. Ya, habiendo entrado en los cielos, que antes con ojos dichosos había mirado abiertos, no teniendo ahora velo que cubra sus ojos, contempla la gloria de Dios, absorto en tanta luz, pero no olvidado del clamor de los pobres. Dichosa vista, pues por ella es transformado en la misma imagen de Dios, adelantando de claridad en claridad por la iluminación del Espíritu del Señor. Siendo Víctor todavía niño para la pelea, fué ya esforzado para la victoria; sin haber salido aún de las entrañas de su madre, echaba ya a los demonios, y, viviendo entre los pecadores, con aumento de virtudes y de méritos, fué trasladado al soberano paraíso. ¡Oh varón de especialísima santidad! ¡Antes santo que nacido; antes Víctor en la obra que en el nombre! Todavía encerrado en el seno materno triunfó del enemigo.

[1] Ps. 141. 8.

¡Oh santidad a los mismos ángeles venerable, pues con igual cuidado, aunque con voluntad desigual, huyen de ella los malos y la reverencian los buenos! Ni podré fácilmente decir cuál sea prueba más grande de la santidad de este varón, si el respeto de éstos o el pavor de aquéllos. En fin, habitando en la tierra con el cuerpo y en los cielos con el ánimo, ya oía unas veces a los ángeles que familiarmente le participaban algunas nuevas, ya otras escuchaba los hermosos cánticos, llenos de inefable suavidad, de los espíritus soberanos. Verdaderamente, ¡oh Víctor!, tu alma es una de aquellas piedras preciosas que en la cruz se te aparecieron, puesto que puede decirse que efectivamente estaba clavada en la cruz, pues engastada en la divina gloria, se transformó en la misma imagen de la esplendorosa claridad que halló. Tiende sus brazos al vencedor el mismo Señor que le había dado su espíritu cuando peleaba. ¡Oh alma victoriosa, que, levantando tu vuelo cual ave ligera, te libraste de los lazos de este mundo! Mira a las almas incautas enredadas en ellos y en peligro de perecer y haz que nos veamos libres por tu patrocinio.

5. ¡Oh soldado lleno de méritos, que has trocado ya los duros trabajos de la cristiana milicia en el descanso de la felicidad angélica! Pon tus ojos en estos débiles y flojos conmilitones tuyos, que entre las enemigas espadas y asaltos de las espirituales milicias nos ocupamos en tus alabanzas. ¡Oh vencedor esclarecido, que de la tierra y del cielo triunfaste gloriosamente, despreciando con noble altivez la gloria de aquélla y arrebatando con piadosa violencia los reinos de éste! Mira desde el cielo a los prisioneros de la tierra y sea la mejor corona de tus triunfos el experimentar nosotros que también para nosotros has vencido. Porque si tu nombre te viene de las victorias alcanzadas, se verá perfecta la verdad de tu nombre si consigues, con tus méritos y patrocinio, nuestra libertad. Y sin duda faltaría algo a la significación de tu nombre si nosotros, que somos tuyos, no nos viéramos enteramente librados. ¡Qué cosa tan piadosa, cuán dulce, cuán suave, ¡oh Víctor!, en este lugar de aflicción y en este cuerpo de muerte cantar tus alabanzas, reverenciarte y suplicarte! Tu nombre y tu memoria es panal que destila miel suavísima en la boca de los cautivos; miel y leche se halla debajo de la lengua de los que se deleitan en tu memoria. Ea, pues, luchador fuerte, dulce patrono, fiel abogado, levántate para nuestro

socorro, a fin de que nosotros nos alegremos de nuestra libertad y tú te alegres de tu victoria. Padre omnipotente, contra ti hemos pecado, haciéndonos hijos extraños, pero nos acercamos a ti bajo la protección de Víctor, el cual, habiendo vencido su concupiscencia, vencerá también tu ira y no restituirá poderosamente a tu gracia. ¡Oh vencedor Jesús, a ti te alabamos en nuestro Víctor, porque conocemos que tú eres quien ha vencido en él! Concédele, Jesús piadosísimo, que de tal manera se alegre de su victoria en ti, que nunca se olvide de nosotros. Haz, Hijo de Dios, que se acuerde siempre de nosotros en tu presencia y que, cuando llegue el día de tu tremendo juicio, tome sobre sí muy a pecho la defensa de nuestra causa, tú que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

*EN EL NATALICIO DE SAN BENITO, ABAD**

(21 de marzo)

1. Todas las veces que os miro juntos, hermanos míos, para oír la palabra de salud, un temor grande invade mi corazón, recelando que alguno acaso la reciba poco dignamente y no como merece ser oída la palabra de Dios. Porque sé que la tierra que ha sido regada muchas veces con las lluvias del cielo, si no da fruto, será reprobada y caerá sobre ella la maldición de su Señor. Yo, verdaderamente, si pudiera, más quisiera daros bendiciones que maldiciones; y ojalá que la misma bendición del Padre celestial, más bien que la mía (la cual, sin embargo, por dignación suya, recibís de mi boca), permanezca siempre en vosotros y que jamás se trueque en maldición.

2. Celebramos hoy el nacimiento de nuestro padre San Benito, y por él y de él se os debe, según la costumbre, el sermón. Su dulcísimo nombre debe ser apreciado y honrado de vosotros con todo gozo, pues él es nuestro capitán, él nuestro maestro, él nuestro legislador. Yo también me deleito en su memoria, aunque no sin rubor me atrevo a pronunciar el nombre de este bienaventurado padre. Tengo de su imitación, en compañía de vosotros, la renuncia y abdicación del siglo y la profesión de la vida monástica; pero privativamente, sin vosotros, participo

* PL 183, 375.

con él del título de abad. Abad fué, y yo lo soy también. ¡Oh abad y abad! Uno mismo es el nombre de ambos, pero en el uno solamente se halla la sombra de un nombre grande. Uno mismo es el ministerio, pero, ¡ay de mí, qué diferentes son los ministros, qué diferente la manera de gobernar! ¡Ay de mí, bienaventurado Benito, si estuviere tan lejos de ti en lo futuro como me hallo lejos de las huellas de tu santidad en lo presente! Pero no hay necesidad de perorar estas cosas delante de vosotros; sé que hablo con los que saben de mí; sólo os suplico que alviéis con vuestra compasión la vergüenza y temor que invaden mi espíritu.

3. Sin embargo, ya que han puesto sobre mí el cuidado del ministerio, aunque no tengo a mi disposición cosa alguna que poderos ofrecer, pediré al bienaventurado Benito tres panes con que poder sustentaros. Su santidad, pues, os alimenta, su justicia y su piedad. Acordaos, carísimos, que no todos los que tomaron parte en la procesión del Señor tendieron por el suelo sus vestidos en obsequio suyo [1]. En aquella procesión, digo, que, concediéndolo el Señor, hemos de celebrar muy presto, cuando, viniendo a padecer y sentado sobre un asnillo, salieron a recibirle los pueblos, no todos tendían sus vestidos en el camino, sino que algunos cortaban los ramos de los árboles. No era esto cosa muy grande; lo que graciosamente habían tomado, graciosamente lo daban. Con todo eso, ni ellos estuvieron enteramente ociosos ni se lee que fuesen excluídos de la procesión. Hermanos míos, a vosotros, que sois el piadoso jumento de Cristo, pudiendo decir con el profeta: *Me hice como un jumento en tu presencia, y con todo eso no estoy alejado de ti* [2]; a vosotros, en quienes Cristo anda montado, puesto que el alma del justo es el trono de la Sabiduría, y el Apóstol nos enseña que Cristo es la *fortaleza y sabiduría de Dios* [3], ya que no tengo vestidos que poner a vuestros pies, tentaré a lo menos cortar ramos de los árboles a fin de poder contribuir en algo, con mi ministerio, a procesión tan grande.

4. Arbol fué, ciertamente, el bienaventurado San Benito, y árbol frondoso y fructífero, como que estaba plan-

[1] Alude a la procesión del Domingo de Ramos tal vez por caer el año en que predicó este sermón San Bernardo próximo a la fiesta de San Benito, 21 de marzo.

[2] Ps. 72, 22.

[3] 2 Cor. 1, 14.

tado junto a las corrientes de las aguas. ¿En dónde están esas corrientes de las aguas? Ciertamente en los valles, porque *por medio de los montes van corriendo las aguas*. ¿Quién no ve, en efecto, que los torrentes van siempre bajando de las alturas por los flancos de los montes, y que las aguas corren ansiosas en busca de la humildad de los valles? Por modo parecido Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Aquí puedes asentar con seguridad el pie tú que vienes a ser jumento de Cristo; estriba sobre este ramo, camina por la senda del valle. Sin duda en el monte fué donde escogió asiento para sí la serpiente antigua, mordiendo las uñas del caballo para que el que va montado en él caiga hacia atrás; así con mejor consejo escogerás el valle para caminar y también para plantar. Porque no solemos elegir las montañas para plantar los árboles, siendo por lo común áridas y pedregosas. En los valles está lo sustancioso de la tierra; aquí adelantan las plantas, aquí nace la espiga llena y aquí se da el fruto centésimo, según lo que está escrito: *Y los valles abundarán en trigo*[4]. Ya lo ves, en todas partes son alabados los valles, en todas partes es ensalzada la humildad. Procura, pues, estar plantado donde se deslizan las corrientes de las aguas, porque allí está la abundancia de la gracia espiritual, y las aguas que están sobre los cielos alaban el nombre del Señor, esto es, las celestiales bendiciones hacen que sea alabado. Mantengámonos en el valle, carísimos, y mantengámonos plantados, para que no nos sequemos. No nos dejemos mover de cualquier viento, según lo que está escrito: *Si el espíritu de aquel que tiene la potestad se alza sobre ti, no desampares tu puesto*[5]. Porque ninguna tentación prevalecería contra vosotros si no anduviereis en pensamientos remontados y en designios superiores a vuestras fuerzas; antes al revés, permaneciereis arraigados firmemente y fundados en la humildad. Plantado de este modo junto a las corrientes de las aguas, este santo confesor del Señor dió su fruto en su tiempo.

5. Hay algunos que no dan fruto; hay otros que le dan, pero no suyo; otros hay, en fin, que, aunque lo dan suyo, no lo dan en su tiempo. Hay árboles, repito, que son infructíferos, como los robles, los olmos y otras plantas silvestres; ninguno planta esa clase de árboles en su huer-

[4] Ps. 64, 14.
[5] Eccle. 10, 4.

to, porque no dan fruto, y si lo dan no es a propósito para comida de los hombres, sino de los puercos. Tales son los hijos de este siglo que pasan la vida en comidas y bebidas excesivas, en desordenados convites, en torpes tratos e impurezas. Esto es comida de puercos, prohibida al verdadero judío, es decir, a los cristianos, que no deben tener apego ninguno a estas cosas. Porque así como la carne del puerco, cuando se come, se junta a nuestra carne, de suerte que ya es una misma carne con ella, así el transgresor de los preceptos del Señor se junta a los espíritus inmundos, y uniéndose a ellos se hace con ellos un demonio. Por esto se prohibía a los judíos ofrecer en los sacrificios aquel animal, por significarse en él los sucios e inmundos espíritus, que, huyendo de la limpieza y complaciéndose sólo en las suciedades, se deleitan en estar siempre envueltos en el cieno de los crímenes y vicios. Por lo cual, como se refiere en el evangelio, siendo arrojada de un hombre aquella maldita legión de demonios, pidió para nuevo domicilio suyo los puercos, como animales que se les asemejan, y no se lo negó el Señor. Para éstos llevan fruto los árboles infructíferos, a cuya raíz parece estar puesta ya el hacha.

6. Los árboles que dan fruto, mas no suyo, son los hipócritas, los cuales, como Simón Cireneo, llevan una cruz que no es suya; careciendo ellos de una intención pura y religiosa, viven como alquilados, y por el amor de la gloria que apetecen son compelidos a hacer aquello mismo que no aman. Ya en esta expresión: *En el tiempo suyo,* son reprendidos los que quieren fructificar antes de tiempo. ¿No es verdad que tememos se pierdan las intempestivas flores de nuestros árboles cuando comienzan a romper antes de lo que convenía? A este modo hay algunos cuyos frutos, por lo mismo que son demasiado precoces, se echan a perder. Estos son los que en el principio de su conversión presumen luego de fructificar para otros, apresurándose, contra el precepto de la ley, a uncir al arado el primogénito de la vaca y a esquilar los primogénitos de la oveja. ¿Queréis saber cuán cuidadosamente evitó esto nuestro santo maestro? Voy a poner ante vuestros ojos este ramo. Tres años permaneció incógnito a los hombres y sólo de Dios conocido. Muy copioso fruto sacó de ahí, bien lo sabéis, pero a su tiempo. No creía que fuese tiempo de fructificar cuando fué acometido de aquella tentación tan vehemente de la carne, que casi estuvo a punto de ren-

dirse y dejar el desierto. Ni quiero dejar de llamaros la atención sobre este ramo, aunque algo áspero, por las puntas de los espinos en que se arrojó él mismo en obsequio del Señor; sin embargo, es útil bajo todos conceptos, útil para el jumento del Señor, a causa de los escollos de las tentaciones, a fin de que no caiga en ellas consintiendo en el pecado, sino que más bien resista y obre varonilmente confiando en la ayuda del Señor y no pierda la esperanza. Fija, pues, aquí el pie y aprende a no ceder, por mucho que la tentación insista, y a creer que no por eso estás desamparado del Señor, sino más bien acuérdate de que está escrito: *Invócame en el día de la tribulación; yo te sacaré de ella y tú me honrarás*[6].

7. No creía el bienaventurado Benito, como os decía antes, que hubiera llegado la hora de fructificar cuando era acometido de tan recias tentaciones; pero llegó más tarde esa hora, y entonces dió oportunamente el fruto. Este fruto fueron aquellas tres cosas que arriba indiqué: su *santidad*, su *justicia* y su *piedad*. Sus milagros prueban su santidad, sus enseñanzas dan testimonio de su piedad, y su vida de su justicia. Ves ya, ¡oh jumento de Cristo!, unos ramos verdes en sus hojas, hermosos en sus flores y cargados de frutos; estriba sobre ellos y harás rectos tus pasos. Pero ¿a qué fin pongo delante de ti sus milagros? ¿Acaso para que quieras también hacerlos? De ningún modo, sino para que estribes sobre ellos; es decir, para que tengas confianza y te alegres de haber sido colocado bajo el cayado de tal Pastor y de haber merecido tener un patrono tan esclarecido. Verdaderamente es muy poderoso en el cielo quien en la tierra pudo tanto, ni se puede dudar que, según la grandeza de la gracia que tuvo en esta vida, es también la grandeza de la gloria a que ha sido ensalzado. A proporción de la corpulencia de las raíces salen robustos y crecidos los tallos; y, según dicen, otras tantas son las ramas que hermosean un árbol cuantas son las raíces en que estriba. Así, aunque nosotros no los tengamos propios, nos deben servir de dulce consuelo los milagros de nuestro Abogado. Sus enseñanzas nos instruyen y dirigen nuestros pasos por el camino de la paz. La justicia de su vida nos anima y fortalece, para que

[6] Ps. 49. 15.

tanto más nos encendamos en el deseo de hacer lo que enseñó, cuanto estamos más ciertos de que él no hizo otras cosas que las que enseñó. Instrucción viva y eficaz es el ejemplo de las obras, pues el que practica lo que enseña muestra a las claras que es factible lo que persuade.

8. De esta manera, pues, su santidad nos anima, su piedad nos instruye, su justicia nos conforta. ¡Qué piedad tan grande no sólo haber sido útil para los presentes, sino haber procurado el bien de los venideros! No solamente para los que existían entonces llevó frutos este árbol, sino que hasta el día de hoy persevera y crece su fruto. Amado de Dios y de los hombres fué sin duda aquel de quien no sólo la presencia estuvo colmada de bendiciones, como acontece a otros muchos amados de Dios, porque sólo de El son conocidos, sino que también su memoria se conserva en bendición. Hasta el día de hoy está alimentando el rebaño del Señor con un triplicado fruto, como triplicada prueba y testimonio del amor que tuvo a Dios. Le alimenta con su vida, le alimenta con su doctrina, le alimenta con su intercesión. Valeos incesantemente de tantos socorros, carísimos, y fructificad vosotros también, porque de vosotros se exige, de vosotros esperan que vayáis y traigáis fruto. ¿Desde dónde habéis de ir? Ciertamente desde vosotros mismos, como está escrito: *Apártate de tu propia voluntad.* Y también leemos del Señor que salió a sembrar su simiente. Repara que aquí tenemos *su simiente,* como antes *su fruto.* Imitemos a este Señor, hermanos míos, porque para esto vino, para darnos la forma de vida y enseñarnos el camino de la gloria.

9. Acaso es también árbol el Señor y debemos igualmente tomar de El algunos ramos para ponerlos a vuestros pies; mas no acaso, sino verdaderamente es árbol el Señor y planta celestial, aunque plantada en la tierra, como está escrito: *La verdad nació de la tierra, y la justicia nos miró desde el cielo* [7]. Un ramo suyo, pues, pongo delante de vosotros, y es que así como El se abatió, abriguéis estos mismos sentimientos en vosotros; mas no tanto le pongo yo como el Apóstol, en quien habéis leído: *Estad en la misma disposición y en los mismos sentimientos en que*

[7] Ps. 84, 12.

estuvo Jesucristo, que teniendo la forma y naturaleza de Dios, no pensó que fuese para él una usurpación ser igual a Dios, sino que él mismo se abatió tomando la forma y naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres y siendo reconocido por hombre en todo lo que apareció en su exterior [8]. Así, pues, carísimos, abatíos, humillaos, sembraos, perdeos a vosotros mismos. Sembrad el cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual. Perded vuestras vidas y las guardaréis para la vida eterna. ¿Queréis saber de qué modo lo hizo el mismo Apóstol que lo enseñó? *Si nos transportamos*, dice, *fuera de nosotros mismos, es por respecto a Dios; si nos moderamos o abajamos, es por vosotros* [9]. ¿Y para ti qué? *Yo*, dice, *me hice como un mueble inútil y perdido*. BIEN SE PIERDE quien nada hace por sí, sino que toda su intención, todo su deseo se dirige al agrado de Dios y a la utilidad de sus hermanos. Infeliz *el que en la carne siembra, porque de la carne segará corrupción* [10]. Se halla escrito en otra parte: *Dichosos los que siembran sobre todas las aguas* [11]. ¿Cómo sobre todas las aguas? ¿Por ventura sobre las aguas de que dice la Escritura: *Y las aguas que están sobre el cielo alaban el nombre del Señor* [12], las cuales son las virtudes angélicas y los pueblos celestiales? Así es ciertamente: *Porque nos han hecho espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres* [13].

10. Sembremos, pues, para los hombres el buen ejemplo por las obras manifiestas; sembremos para los ángeles un gozo grande por los secretos suspiros y otros afectos semejantes que ellos solos conocen, porque *tienen particular gozo los ángeles de Dios por un solo pecador que haga penitencia*. Por eso dice el Apóstol: *Obrad lo bueno no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres*. Porque de Dios somos conocidos enteramente, dijo *delante de Dios*, esto es, delante de aquellos que asisten siempre en la presencia de su rostro, pues les agrada mucho a ellos cuando nos ven orar ocultamente, o meditar devotamente un salmo, o hacer otra cosa semejante. Sembrad de este modo, carísimos; fructificad de este modo. Sembrad, porque muchos antes de vosotros han sembrado; fructificad, porque ellos sembraron para vosotros. ¡Oh linaje de Adán,

[8] Phil. 2. 5-7. [10] Gal. 6. 8. [12] Ps. 148. 4.
[9] 2 Cor. 5. 13. [11] Is. 32. 20. [13] 1 Cor. 4. 9.

cuántos y cuántos han sembrado en ti y qué simiente tan preciosa! ¡Qué infelizmente perecerás, y con cuánta razón, si se pierde en ti tanta simiente y al mismo tiempo el trabajo de los sembradores! ¡A qué desolación te entregará el Labrador si se malogran en ti todas estas cosas! Sembró en nuestra tierra toda la Trinidad, sembraron los ángeles, y juntamente los apóstoles; sembraron los mártires, los confesores y las vírgenes. Sembró Dios Padre, porque produjo su corazón la palabra buena, y el Señor derramó su bendición, y nuestra tierra dió su fruto. Sembró también el Hijo, pues él es *quien salió para sembrar su simiente* [14], porque el Padre no salió, sino que el Hijo procedió del Padre y vino al mundo, para que así el mismo que era en el corazón del Padre pensamiento de paz, se hiciese nuestra paz en el seno de su Madre. Sembró igualmente el Espíritu Santo, porque El vino a la tierra y se vieron aparecer como lenguas de fuego que se difundieron sobre los discípulos. De esta suerte sembró toda la Trinidad: el Padre, la paz desde el cielo; el Hijo, la verdad; el Espíritu Santo, el amor.

11. Los ángeles sembraron también, cuando, cayendo los demás, ellos se mantuvieron firmes en el obsequio de Dios. Decía aquel lucero de la mañana, no ya nuncio de la luz, sino de las tinieblas, y más propiamente lucero de la tarde: *Me sentaré en el monte del testamento; seré semejante al Altísimo* [15]. ¡Oh insolente, oh imprudente! *Millares de millares le sirven y diez veces cien mil asisten delante de él;* ¿y tú te sentarás? [16] *Los querubines estaban en pie,* dice el profeta, y no sentados. ¿Qué has trabajado tú para sentarte ya? Todos los ángeles tienen lugar de ministros, siendo enviados para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser herederos de la salud. ¿Y tú te sentarás? ¿Qué has sembrado que ya quieres coger? No es esto tuyo, no es esto tuyo, sino de aquellos para quienes está preparado por el Padre. ¿Por qué les tienes envidia? Verdaderamente éstos son los que se han de sentar; estos mismos gusanillos de la tierra, vuelvo a decir, se sentarán para juzgar, y tú no solamente no estarás así, sino que estarás en pie para ser juzgado. *¿No sabéis,* dice el Apóstol, *que hemos de juzgar a los mismos ángeles?* [17]

[14] Mt. 13, 3.
[15] Is. 14, 13.
[16] Dan. 7, 10.
[17] 1 Cor. 6, 31.

Los mismos que iban y lloraban echando sus simientes, cuando vengan vendrán llenos de gozo trayendo los manojos de su cosecha. Dos manojos son los que buscas tú : el del honor y el del descanso. Anhelas al asiento y a la altura, pero no será así, impío, no será así ; no cogerás, porque no has sembrado. Los que sembraron el trabajo y el abatimiento cogerán el honor y juntamente el descanso. En vez de la duplicada confusión y rubor en que vivieron, poseerán después en su tierra una doble recompensa. Por eso decía uno de ellos : *Mira mi humillación y mi trabajo* [18]. Y hoy también habéis oído lo que prometía el Señor cuando decía a sus discípulos : *Os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* [19]. Ahí tenéis el descanso del asiento y el honor del juicio. Ni aun el mismo Señor quiso llegar a esto sino por la humillación y el trabajo. Quiso ser condenado a una muerte torpísima, probado con tormentos y llenado de oprobios, para que el maligno se llene de confusión, y juntamente con él todos los que le imitan y salen fuera del verdadero camino. Este mismo, este mismo es, malvado, el que se ha de sentar en el trono de su Majestad, semejante al Altísimo y Altísimo como El. Esto, sin duda, pensaban los ángeles, que cayendo el maligno no le siguieron en su apostasía, dejándonos ejemplo para que, como ellos escogieron servir y ministrar, lo hagamos así nosotros. Aquellos, pues, que huyen del trabajo y aspiran a los honores, sepan que imitan al que buscó el descanso y la elevación, y si su culpa no es bastante para asustarles, a lo menos espánteles su castigo. Pues todo le salió al revés, de suerte que se verifica aquello de que este dragón fué formado para ser burlado y después arrojado al fuego eterno. A fin de que evitemos un mal tan grande, sembraron los ángeles para nosotros la semilla de la prudencia, pues cayendo los demás ellos la conservaron incólumes.

12. Esta misma prudencia sembraron también para nosotros los apóstoles, cuando retirándose los que seguían la sabiduría de este mundo, que es necedad delante de Dios, y la prudencia de la carne, que trae consigo la muerte y es enemiga de El, ellos no se desviaron del Señor. Escandalizados aquéllos oyendo hablar del sacramento de su

[18] Ps. 24, 18.
[19] Mt. 19. 48.

carne y de su sangre, ya no andaban después en su compañía, pero los discípulos, preguntados si ellos también querían irse, respondieron: *¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna* [20]. Es menester, hermanos míos, que imitemos esta prudencia, porque aún ahora sucede que muchos andan con Jesús, hasta que se llega a comer su carne y a beber su sangre, esto es, mientras no llega la hora de participar de su pasión (pues esto significan aquellas palabras del Señor y el mismo sacramento) [21], pero desde aquella hora se escandalizan y vuelven atrás diciendo: *Duras son estas palabras*. Seamos nosotros prudentes como los apóstoles, y digamos: *¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna*. No nos apartaremos de ti. Tú nos darás la vida. *No vive el hombre de sólo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*. No sólo el mundo tiene deleites, sino que en tus palabras se hallan otros mucho mayores. Por lo cual dice el profeta: *¡Qué dulces son para mí tus palabras! Lo son mucho más que la miel para mi boca. ¿A quién, pues, iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna;* y ellas valen más que cuanto el mundo puede ofrecer. No sólo la misma vida, sino la promesa de la vida y la expectación de los justos es alegría; y alegría tan grande, que cuanto el mundo aprecia no se puede comparar con ella. Esta es la prudencia que sembraron para nosotros los apóstoles santos. Los mártires, como es manifiesto, sembraron la fortaleza; los confesores, la justicia, de que nunca se apartaron en su vida. La misma diferencia hay entre los mártires y confesores que entre Pedro, dejando a un tiempo todas las cosas, y entre Abrahán, distribuyendo en buenos usos los haberes de este mundo. Aquéllos, habiendo vivido poco, llenaron el curso de una larga vida; éstos supieron tolerar en sí mismos largos y diversos martirios. Es bien claro, finalmente, que las vírgenes santas sembraron la templanza, pues supieron pisotear valerosamente la lascivia.

---

[20] Io. 6, 69.

[21] Sin negar la realidad del sacramento de la Sagrada Eucaristía, San Bernardo cree que tanto el sacramento como las palabras con que le anunció Jesús a los judíos (Io. 6, 47-59), en su sentido místico, significan participar de la pasión del Señor.

EN LA FIESTA DE LA ANUNCIACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA *

(25 de marzo)

1 SOBRE LAS PALABRAS DEL SALMO: «PARA QUE HABITE LA GLORIA DE NUESTRA TIERRA, LA MISERICORDIA Y LA VERDAD MUTUAMENTE VINIERON A ENCONTRARSE, Y SE DIERON EL BESO LA JUSTICIA Y LA PAZ» ** (Ps. 84, 10 y 11)

1. *Para que habite la gloria en nuestra tierra, la misericordia y la verdad mutuamente vinieron a encontrarse y se dieron el beso la justicia y la paz. La materia de nuestro gozo,* dice el Apóstol, *es el testimonio de nuestra conciencia* [1]. No es este testimonio como el de aquel fariseo [2], que con un pensamiento falso y engañoso hablaba a favor de sí mismo, no siendo su testimonio verdadero, sino que es el mismo que da el Espíritu de Dios a nuestro espíritu. En tres cosas, a mi parecer, consiste este testimonio. Porque, en primer lugar, debes creer que no puedes recibir el perdón de los pecados sino por la misericordia de Dios; después, que nada puedes hacer que sea bueno si igualmente no te viene de su mano; últimamente, que con ningunos méritos puedes conseguir la gloria si El mismo no te la da graciosamente. Porque ¿quién puede hacer limpio al que está concebido de sangre inmunda sino el que sólo es limpio? A la verdad lo que está hecho no puede menos de haber sido hecho; pero no imputándolo Dios, será como si no se hubiera hecho. Esto consideraba el profeta cuando decía: *Dichoso el hombre a quien Dios no ha imputado pecado alguno* [3]. En cuanto a las buenas obras, es cierto que ninguno las puede hacer con sus propias fuerzas, porque si no supo mantenerse firme nuestra naturaleza estando sana, ¿cuánto menos podrá levantarse por sí misma estando corrompida? Todas las cosas, en cuanto está de parte de ellas, tienden a su origen y hacia él se sienten constantemente inclinadas. Así nosotros, que fuimos criados de la nada, es constante que, dejados a nosotros mismos, nos inclinamos siempre hacia la nada del pecado.

---

* PL 183, 383-398.
** PL 183, 383.
[1] 2 Cor. 1, 12.
[2] Lc. 18, 11 y 12.
[3] Ps. 31, 2.

2. Por lo que pertenece a la vida eterna, sabemos que los trabajos de la vida presente no tienen proporción con la gloria que se ha de manifestar en nosotros algún día, ni aunque un hombre solo los tolerase todos. Ni son tales los méritos de los hombres que por derecho se les deba la vida eterna; ni Dios, si no se la diese, les haría injuria. Porque, sin contar que todos los méritos de los hombres son dones de Dios, y así el hombre por ellos se hace más deudor de Dios que Dios del hombre, ¿qué son todos los méritos para gloria tan grande? En fin, ¿quién es mayor que el profeta, de quien el mismo Dios dió un testimonio tan insigne diciendo: *He hallado un hombre según mi corazón?* [4] Sin embargo, él también tuvo necesidad de decir a Dios: *No entres, Señor, en juicio con tu siervo* [5]. Ninguno, pues, se engañe, porque si lo quiere pensar bien, hallará que *ni con diez mil puede salir al encuentro a quien viene a él con veinte mil* [6].

3. Con todo eso no bastan enteramente estas cosas de que hemos hablado, sino que antes se deben reputar como el principio y fundamento de nuestra fe. Por tanto, si crees que no pueden ser borrados tus pecados sino por aquel Señor contra quien pecaste y en quien no cae pecado, bien haces; pero debes añadir a esto la confianza de que El te perdonará los pecados. Este es el testimonio que da en tu corazón el Espíritu Santo, diciendo: *Se te han perdonado tus pecados*. Así juzga el Apóstol que el hombre se justifica graciosamente por la fe. Igualmente en cuanto a los méritos, si crees que no se pueden tener sino por El, no es bastante hasta que el Espíritu de verdad te dé testimonio de que los has obtenido por El. Y lo mismo debe decirse acerca de la vida eterna; es necesario que tengas el testimonio del espíritu de que has de llegar a ella con el favor divino. El mismo, pues, condona los pecados, da los méritos y después confiere los premios.

4. Estos testimonios son dignos de la mayor fe. Porque acerca del perdón de los pecados es el más poderoso argumento la pasión de Cristo. La voz de su sangre evidentemente es mucho más poderosa que la voz de la sangre de Abel clamando en los corazones de los escogidos por la remisión de todos los pecados, puesto que *por nuestros*

[4] 1 Reg. 13, 14.
[5] Ps. 142, 31.
[6] Lc. 14, 31.

pecados fué entregado. Ni hay duda tampoco en que es más poderosa y eficaz su muerte para el bien que nuestros pecados para el mal. No es menos eficaz argumento para mí, en cuanto a las buenas obras, su resurrección, porque *resucitó para nuestra justificación* [7]. Respecto de la esperanza del premio eterno, es testimonio su ascensión, pues ascendió para nuestra glorificación. Estas tres cosas tienes en los salmos, diciendo el profeta: *Dichoso el hombre a quien el Señor no imputó pecado alguno* [8]. Y en otra parte: *Dichoso el hombre que tiene de ti el auxilio* [9]. Y también: *Dichoso aquel a quien escogiste y tomaste a tu servicio; él habitará en los atrios de tu casa* [10]. Esta es la gloria verdadera, ésta la gloria que mora en nosotros, porque viene de aquel Señor que habita en nuestros corazones por la fe. Mas los hijos de Adán, buscando la gloria unos de otros, no querían la gloria que viene de sólo Dios; y así, ambicionando la gloria que procede del exterior, tenían la gloria no en sí mismos, sino más bien en otros.

5. ¿Queréis saber de dónde tenga el hombre la gloria que en él habita? Dirélo brevemente, porque la intención me lleva al sentido espiritual de las palabras del profeta; y aun éste sólo me había propuesto investigar con algún cuidado, pero me dejé ir a lo moral con ocasión del texto del Apóstol sobre la gloria interior y testimonio de la conciencia que me salió al paso. Esta gloria, pues, habitará también aquí en nuestra tierra si la misericordia y la verdad mutuamente se encontraren y si se dieren el beso amistosamente la justicia y la paz. Así es necesario que a la misericordia, que se anticipa y nos previene, salga a encontrarla la verdad de nuestra confesión, y en lo demás sigamos la santidad y la paz, sin las cuales ninguno verá a Dios. Porque, cuando el hombre se compunge, ya la misericordia se adelanta y le previene, pero de ningún modo entrará en él hasta que la verdad de la confesión le salga al encuentro. *Pequé contra el Señor,* dice el mismo David al profeta Natán al ser reprendido de su adulterio y homicidio. *También el Señor ha transferido tu pecado* [11], le contesta el profeta. Sin duda aquí se encontraron mutuamente la misericordia y la verdad. Y esto sea dicho para que te apartes de lo malo. Mas para que obres lo bueno, debes cantar acompañado del tímpano y en el coro, de suerte que

[7] Rom. 4, 25.
[8] Ps. 31, 2.
[9] Ps. 83, 6.
[10] Ps. 64, 4.
[11] 2 Reg. 12, 13.

la mortificación de tu cuerpo y los frutos de la penitencia y obras de justicia se hagan en espíritu de concordia y unidad, porque esta unidad de espíritu es el vínculo de la perfección ; ni debes desviarte a la diestra ni a la siniestra, porque hay algunos cuya diestra está llena de maldad. Aquel fariseo de quien más arriba hicimos mención, no era como los demás hombres, sino que se daba a sí mismo, como dijimos, una aprobación y testimonio que no era verdadero. Pero cualquiera que sea aquel en quien la misericordia y la verdad se encontraren mutuamente y se dieren el beso amistosamente la justicia y la paz, gloríese sin temor ninguno, pero gloríese en el que le da testimonio de ello, que es el Espíritu de verdad.

6. *Para que habite la gloria en nuestra tierra, la misericordia y la verdad mutuamente se encontraron y se dieron el beso la justicia y la paz.* Si la gloria del padre es el hijo sabio, no habiendo otro más sabio que la misma Sabiduría, es claro que es la gloria del Padre, Cristo, *fortaleza de Dios y sabiduría de Dios* [12]. Pues, por cuanto de muchos y varios modos se había predicho de El en los profetas que sería visto en la tierra y que viviría entre los hombres, en qué manera haya sido hecho esto y se hayan cumplido las cosas que estaban predichas por los profetas y cómo haya habitado la gloria en nuestra tierra, lo indica el profeta con las palabras arriba citadas. Es como si más claramente dijera : Para que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros, *la misericordia y la verdad mutuamente vinieron a encontrarse y se dieron el beso la justicia y la paz* [13]. Misterio grande, hermanos míos, y digno de ser considerado con la mayor diligencia, si tuviéramos inteligencia capaz de penetrar su profundidad y a la misma inteligencia no la faltasen palabras. Sin embargo, diré lo que alcanzo, aunque sea muy poco, por si de este modo pueda dar ocasión al sabio de saber más. Me parece que veo, carísimos, cubierto al primer hombre, desde su creación, con estas cuatro virtudes, y adornado, según lo que dice el profeta, con el vestido de la salud. Porque la perfección e integridad de la salud consiste en estas cuatro virtudes, ni sin todas ellas puede darse, especialmente no pudiendo ser virtudes estando separadas unas de otras. Había, pues, recibido el hombre la misericordia como una

[12] Hebr. 1, 1.
[13] Ps. 84, 11.

guardia y criada que había de ir delante de él y también seguirle, y que igualmente le debía proteger y amparar en todas partes. Ved ahí qué ayo puso Dios a su párvulo y qué paje señaló al hombre recién nacido. Pero tenía necesidad de un maestro, como noble y racional criatura, que no debía ser guardada como una bestia, sino más bien educada como un párvulo. Para este magisterio ninguno era más a propósito que la Verdad misma, que le llevaría después al conocimiento de la Suma Verdad. Mas entre tanto, para que el hombre no fuese sabio para hacer lo malo, y esto mismo se le atribuyese a pecado, como a quien sabía lo bueno y no lo hacía, recibió también la justicia para ser regido por ella. Todavía le añadió la mano benignísima del Criador la paz, en que reposase y se deleitase; una paz verdaderamente duplicada, de suerte que ni sintiese en su interior guerra ninguna ni por fuera temor alguno, que es decir que ni su carne combatiese contra el espíritu ni le infundiese terror ninguna criatura. Así también puso él libremente nombre a todas las bestias; y la serpiente misma no se atrevió a acometerle a cara descubierta, sino que lo hizo con fraude. ¿Qué le faltaba a quien custodiaba la misericordia, enseñaba la verdad, regía la justicia y recreaba la paz?

7. Mas ¡ay! Este hombre, por una gran desdicha y necedad suya, bajó de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de los ladrones, y, según leemos, lo primero que hicieron fué despojarle de sus vestidos. ¿No estaba despojado el que viniendo el Señor se queja de que se halla desnudo? Ni podía volver a vestirse o a tomar los vestidos que le habían quitado sin que Cristo perdiese los suyos. Porque así como no podía ser vivificado en el alma sino interviniendo la muerte corporal de Cristo, así ni podía tampoco volver a vestirse sin que Cristo fuese despojado. Y ¿quién sabe si para simbolizar estas cuatro partes del vestido que perdió el primero y viejo hombre no fueron divididos en otras tantas los vestidos del segundo y nuevo Hombre? ¿Preguntas, acaso, qué significa la túnica inconsútil que no se dividió, sino que se dió por suerte? Yo juzgo que en ella se significa la divina imagen, que no siendo cosida y ajustada, sino innata e impresa en la naturaleza misma, no puede partirse ni dividirse. Porque a imagen y semejanza de Dios fué hecho el hombre, consistiendo la imagen en la libertad de su arbitrio y la semejanza en las virtu-

des. La semejanza sin duda pereció, pero el hombre pasa en la imagen ; en el infierno podrá ella misma quemarse, pero no consumirse ; podrá abrasarse, pero no borrarse. La imagen, pues, no se parte, sino que viene por suerte, y a cualquiera parte que vaya el alma allí estará juntamente con ella. No sucede lo mismo con la semejanza, pues o permanece en la virtud del alma o, si ésta peca, se trueca miserablemente, volviéndose entonces el hombre semejante a las bestias irracionales.

8. Pero puesto que dijimos que había sido despojado el hombre de las cuatro virtudes, conviene que digamos en qué modo fué despojado de cada una. Perdió el hombre la justicia cuando Eva obedeció a la voz de la serpiente y Adán a la voz de la mujer, prefiriéndola a la divina. Quedaba todavía algún arbitrio que les podía valer ; y esto mismo les insinuaba el Señor en aquel cargo que les hizo después de su culpa ; pero le desecharon, dejando ir su corazón a palabras de malicia para alegar excusas de su pecado. El primer oficio de la justicia es no pecar ; el segundo es condenar el pecado por la penitencia. Perdió el hombre la misericordia cuando de tal modo se encendió Eva en su deseo, que ni tuvo compasión de sí misma, ni de su esposo, ni de sus hijos, que habían de nacer, entregándolos a todos juntos a una maldición terrible y a la necesidad de la muerte. Adán también expuso a la mujer, por cuya causa había pecado, a la divina indignación, como queriendo detrás de su espalda evitar la saeta de la ira de Dios. *Vió la mujer que el árbol era hermoso a la vista y que su fruto era suave para comer* [14], y oyó de la serpiente que serían como dioses. Con dificultad se rompe una cuerda triplicada de curiosidad, de deleite y de vanidad. Esto sólo tiene el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Embelesada y atraída por estas cosas, desechó de sí toda misericordia esta madre cruel. Adán también, que con tanta imprudencia se había apiadado antes de la mujer para pecar en compañía de ella, no quiso tener de ella misericordia cuando lo dictaba la prudencia, sufriendo por ella la pena. Fué igualmente privada la mujer de la verdad, primeramente torciendo y pervirtiendo lo que había oído : *Moriréis ciertamente*, y diciendo : *No sea acaso que muramos;* después,

[14] Gen. 3, 6.

creyendo a la serpiente que enteramente lo negaba y decía: *De ningún modo moriréis*. De esta misma manera fué privado Adán de la verdad, cuando tuvo vergüenza de confesarla, poniéndose a tejer las hojas, que es decir el velo de pretextos y excusas, pues la misma Verdad ha dicho: *Si alguno tiene vergüenza de mí delante de los hombres, tendré yo vergüenza de él delante de mi Padre* [15]. Al punto también perdieron la paz, porque no tienen paz los impíos, dice el Señor. ¿Por ventura no encontraron en sus miembros una ley contraria a la razón los que por la pimera vez comenzaron a avergonzarse de su desnudez? *Yo temí*, dice, *porque estaba desnudo* [16]. No temías así poco antes, miserable, no temías así; no buscabas las hojas, aunque estabas desnudo en el cuerpo como ahora.

9. Desde entonces (para proseguir la parábola del profeta que dice que la misericordia y la verdad mutuamente vinieron a encontrarse y que se reconciliaron con el beso de amistad) parece haber nacido una grave contienda entre las virtudes. La verdad y la justicia afligían al hombre miserable; la paz y la misericordia, no tomando parte en este celo, juzgaban que más bien se le debía perdonar. Tienen estas dos entre sí la conexión de hermanas de leche, así como también las primeras. De esto se siguió que perseverando aquéllas en pedir venganza y afligiendo por todas partes al hombre delincuente y juntando a las molestias presentes las amenazas del futuro suplicio, se retiraron éstas al corazón del Padre, volviéndose al Señor, que las había dado al hombre. De esta suerte, cuando todo se veía lleno de aflicción, El solo meditaba pensamientos de paz. No se daba punto de reposo la paz, mientras que la misericordia tampoco guardaba un momento de silencio, sino que ambas a dos se esforzaban en conmover con piadoso susurro las paternales entrañas del Señor, diciendo: *¿Nos desechará Dios para siempre o podrá resolverse a no sernos jamás favorable? ¿Se olvidará Dios de tener misericordia, o su cólera detendrá el curso de sus piedades?* [17] Aunque durante muy largo tiempo pareció que no se daba por entendido el Padre de las misericordias, a fin de satisfacer entre tanto al celo de la justicia y de la verdad, sin embargo no fué infructuosa la importunidad de las suplicantes, sino que fueron oídas en el tiempo oportuno.

---

[15] Lc. 9, 26. [16] Gen. 3, 10. [17] Ps. 76, 8 y 10.

10. Tal vez se puede decir que, instándole ellas, las dió esta respuesta: ¿Hasta cuándo durarán vuestros ruegos? Soy deudor también a vuestras hermanas la Justicia y la Verdad, a quienes veis dispuestas para hacer venganza en las naciones. Llámense, vengan y conferenciaremos sobre este asunto. Se apresuran los nuncios celestiales a cumplir esta orden, pero al ver la miseria de los hombres y la plaga cruel que les aquejaba, *lloraban amargamente*, como habla el profeta, *los nuncios de la paz* [18]. ¿Quiénes más fielmente buscarían y rogarían lo que condujese a la paz que los ángeles de la paz? Por deliberación común acudió a la cita la Verdad el día señalado, pero subió hasta las nubes, no todavía brillante, sino algo obscurecida y anublada por el celo de la indignación. Entonces sucedió lo que el profeta dice: *Señor, en el cielo está tu misericordia y tu verdad llega hasta las nubes* [19]. Sentado en medio de ambas el Padre de las luces, una y otra alegaban los argumentos que creían más convincentes. ¿Quién te parece que mereció asistir a este coloquio para que pueda decirnos lo que pasó? ¿Quién lo oyó y nos lo podrá contar? Tal vez son cosas inefables y no es permitido al hombre hablarlas. Con todo eso, la suma de toda la controversia parece haber sido ésta. Necesita de conmiseración la criatura racional, dice la Misericordia, porque se ha hecho mísera y miserable en gran manera. Llegó el tiempo de compadecerse de ella sin que sea posible dilatarlo para más adelante. A esto replica la Verdad: Señor, que se cumpla la palabra que vos pronunciasteis. Es preciso que muera enteramente Adán con todos los que estaban con él el día en que, pisoteando vuestro mandato, comió la manzana vedada. ¿Para qué, dice la Misericordia, para qué, Padre, me has engendrado, si tan presto he de perecer? Sabe la misma Verdad que tu piedad perecería, quedando reducida a la nada, si alguna vez no hacéis misericordia. Insiste a su vez la Verdad, diciendo resueltamente: ¿Quién ignora, Señor, que si el transgresor evita la sentencia de muerte que está promulgada contra él, perecerá para siempre tu verdad y no durará eternamente?

11. Mas he ahí que uno de los querubines sugiere la idea de que ambas litigantes comparezcan ante el divino Salomón; porque *al Hijo se le ha dado toda la potestad*

[18] Is. 33, 7.
[19] Ps. 35, 6.

de juzgar [20]. Así se hizo en efecto ; juntáronse en presencia del Hijo divino la Misericordia y la Verdad, alegando cada cual en su favor las razones antes indicadas. Confieso, dice la Verdad, que la Misericordia tiene buen celo, pero ojalá que fuera arreglado a la prudencia. Mas ahora, ¿con qué razón juzga que se haya de perdonar más bien al transgresor que atenderme a mí, que soy su propia hermana? Y tú, le replica la Misericordia, ni al uno ni a la otra perdonas, sino que te enardeces con tanta indignación contra el transgresor, que envuelves con ella a tu hermana juntamente. ¿Qué mal te he hecho yo? Si tienes algo contra mí, dímelo ; y si no, ¿por qué me persigues? ¡Grande controversia, hermanos míos, y disputa sobremanera intrincada! ¿Quién no diría entonces : mejor sería para nosotros que este hombre no hubiera nacido? Así era, amadísimos, así era ; no parecía en qué modo se podrían conservar juntamente la misericordia y la verdad para el hombre. Y como añadiese la Verdad que resaltaba contra el Juez la injuria y agravio que se la hacía, alegando que en todo caso se debía precaver que no fuese frustrada la sentencia del Padre y que por ninguna ocasión quedase sin efecto su palabra viva y eficaz, deja, te ruego, dice la Paz, deja semejantes palabras ; no nos es decente tal altercado ; no parecen bien las contiendas entre las virtudes.

12. El Juez, inclinándose, escribía con el dedo en tierra. Las palabras de la Escritura que leyó la Paz en los oídos de todos (porque ella estaba sentada más cerca de él) eran éstas : Esta dice : yo pereceré si Adán no muere ; y ésta dice, yo pereceré si no consigue misericordia. HÁGASE LA MUERTE BUENA, y una y otra obtendrán lo que piden. Todos se pasmaron al oír las palabras de la Sabiduría, al oír aquel arbitrio que era composición y sentencia al mismo tiempo, pues era manifiesto que no se las dejaba ocasión alguna de queja, con tal de que se pudiese hacer lo que una y otra pretendían ; esto es, que muriese el hombre y juntamente consiguiese misericordia. Pero ¿cómo, dicen ambas, se podrá hacer esto? La muerte es cruelísima y amarguísima, la muerte infunde a los mismos oídos susto y horror. ¿En qué modo podrá hacerse buena? La muerte, dice el Juez, de los pecadores es pésima, pero la muerte de

[20] Io. 5, 22.

los santos puede hacerse preciosa. ¿Por ventura no será preciosa si es la puerta de la vida y la entrada de la gloria? Sí, contestan, preciosa será entonces; mas ¿cómo se hará esto? Será así, prosigue, si alguno muere por caridad y ese mismo no debe nada a la muerte. Porque no podrá la muerte detener al inocente, sino que será agujereada, como está escrito, la quijada de Leviatán [21] y se destruirá la pared que mediaba y se quitará aquel caos grande que estaba fijado entre la muerte y la vida. Sin duda la caridad, fuerte como la muerte, antes bien, más fuerte que la muerte, si entra en el atrio de aquel fuerte armado le atará y saqueará todas sus alhajas y en su mismo tránsito hará del profundo del mar camino para que pasen los librados.

13. Pareció buena la propuesta, como que era fiel y digna de toda acepción. Pero ¿en dónde se podrá encontrar aquel inocente que quiera morir, no por deuda, sino por voluntad, no por sus deméritos, sino por su beneplácito? Rodea la Verdad toda la tierra y ninguno se halla libre de mancha, ni aun el niño cuya edad es de un año sobre la tierra. La Misericordia también registra todo el cielo, y aun en los ángeles mismos encuentra, no diré la maldad, pero una caridad menor que la que busca. Sin duda esta victoria estaba reservada para aquel Señor cuya caridad fué la mayor de todas, pues puso su vida por unos siervos inútiles e indignos. Porque, aunque El ya no nos llama siervos, esto mismo es efecto de un amor inmenso y de una insigne dignación. Mas nosotros, aunque hiciésemos enteramente cuanto nos han mandado, ¿qué otra cosa deberíamos decir sino que somos siervos inútiles? [22] Pero ¿quién presumiría proponerle esto? Vuelven al día señalado la Verdad y la Misericordia muy congojadas por no haber encontrado lo que tanto deseaban.

14. Entonces la Paz, consolándolas aparte: Vosotras, las dice, nada sabéis ni discurrís. No hay quien haga este bien, no hay uno siquiera. El que dió el consejo él mismo dé el auxilio. Entendió el Rey lo que le quería decir en esto, y dijo así: *Pésame de haber hecho al hombre* [23]. Pena tengo, dice; a mí me toca tolerar la pena y hacer penitencia por el hombre que yo crié. Entonces, pues, dijo: *Vedme ahí, yo vengo;* no puede pasar este cá-

[21] Iob 40, 19. [22] Lc. 17, 18. [23] Gen. 6, 7.

liz sin que yo lo beba. Y, llamando al punto al arcángel Gabriel: Anda, le dice, di a la Hija de Sión: *Mira que viene tu Rey* [24]. Se adelantaron al Rey que había de venir la misericordia y la verdad, como está escrito: *La misericordia y la verdad irán delante de tu rostro* [25]. La justicia le preparó el trono, según el profeta, que dice: *La justicia y el juicio son la preparación de tu silla* [26]. La paz viene con el Rey, para que se vea que es fiel el profeta, que dice: *Habrá paz en nuestra tierra cuando venga.* De ahí es que, habiendo nacido el Señor, cantaba el coro de los ángeles diciendo: *Paz sea en la tierra a los hombres de buena voluntad* [27]. Entonces también la justicia y la paz, que parecían estar discordes no poco, se dieron el beso amistosamente. La primera justicia que venía de la ley no llevaba en sus labios el dulce beso, sino más bien un aguijón, oprimiendo más con el temor que atrayendo por el amor. Por esto no tuvo eficacia para la reconciliación, como la tiene ahora la presente justicia, que viene por la fe en Jesucristo. Porque ¿de dónde procedía que ni Abraham, ni Moisés, ni los demás justos de aquel tiempo podían recibir en su muerte la paz de la bienaventuranza, ni entrar en el reino de la paz, sino de que todavía la justicia y la paz no se habían dado el ósculo? Por eso, carísimos, debemos amar y seguir la justicia con el más fervoroso celo, pues la justicia y la paz se han dado ya el ósculo de reconciliación y han establecido entre sí un pacto indisoluble de amistad, de suerte que cualquiera que traiga consigo el testimonio de la justicia será recibido con placentero rostro y alegres abrazos por la paz, durmiendo ya y descansando en su regazo dulcemente.

2 De los siete dones del Espíritu Santo en Cristo *

1. La presente solemnidad de la anunciación del Señor, hermanos míos, parece que presenta a nuestra vista la sencilla historia de nuestra reparación bajo el aspecto de una llanura dilatada y amenísima. Se confía una nueva embajada al ángel San Gabriel, y una virgen que profesa una nueva virtud es honrada con los obsequios de una nueva salutación. Se aparta de las mujeres la maldición

[24] Zach. 9, 9.
[25] Ps. 84, 11.
[26] Ps. 88, 15.
[27] Lc. 2, 14.
* PL 183, 390.

antigua, y la nueva Madre recibe una bendición nueva. Se halla llena de gracia la que ignora la concupiscencia, a fin de que, viniendo sobre ella el Espíritu Santo, conciba en su seno virginal un Hijo la misma que se desdeña de admitir varón. Penetra en nosotros el antídoto de la salud por la puerta misma por donde, entrando el veneno de la serpiente, había ocupado la universalidad del linaje humano. Innumerables flores semejantes a éstas es fácil coger en estos hermosos prados ; pero yo descubro en medio de ellos un abismo de una profundidad insondable. Abismo inescrutable es verdaderamente el misterio de la encarnación del Señor, abismo impenetrable aquel en que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. ¿Quién le podrá sondear, quién podrá asomarse a él, quién le comprenderá? El pozo es profundo y yo no tengo con qué pueda sacar agua. Sin embargo, acontece algunas veces que el vapor que se exhala del fondo de un pozo humedece los lienzos puestos sobre la boca del mismo pozo. Así, aunque recelo penetrar adentro, conociendo bien mi propia flaqueza, con todo eso repetidas veces, Señor, colocándome junto a la boca de este pozo, extiendo a ti mis manos, porque mi alma está como una tierra sin agua en tu presencia. Y ahora que subiendo de abajo la niebla ha embebido en sí algo de ella mi tenue pensamiento, procuraré, hermanos míos, comunicároslo con toda sencillez, exprimiendo, por decirlo así, el lienzo y derramando sobre vosotros las pequeñas gotas del celestial rocío.

2. Pregunto, pues, ¿por qué razón encarnó el Hijo y no el Padre o el Espíritu Santo, siendo no sólo igual la gloria de toda la Trinidad, sino también una sola e idéntica su substancia? Pero ¿quién conoció los designios del Señor, o quién ha sido su consejero? Altísimo misterio es éste ni conviene que temerariamente precipitemos nuestro parecer sobre esto. Con todo eso, parece que ni la encarnación del Padre ni la del Espíritu Santo hubiera evitado el inconveniente de la confusión en la pluralidad de hijos, debiendo llamarse el uno hijo de Dios y el otro hijo del hombre. Parece también muy congruente que el que era Hijo se hiciera hijo, para que no hubiera equivocación ni siquiera en el nombre. En fin, esto mismo constituye la gloria de nuestra Virgen, ésta es la singular prerrogativa de María, que mereció tener por hijo al mismo que es Hijo de Dios Padre, la cual gloria no tendría, como es

claro, si el Hijo no se hubiera encarnado. Ni a nosotros se nos podría dar de otro modo igual ocasión de esperar la salud y la herencia eterna, porque, hecho primogénito entre muchos hermanos el que era unigénito del Padre, llamará sin duda a la participación de la herencia a los que llamó a la adopción, pues los que son hermanos son coherederos también. Jesucristo, pues, así como con un misterio inefable juntó en una persona la substancia de Dios y la del hombre, así también, usando de un altísimo consejo, en la reconciliación no se apartó de una equidad prudente, dando a uno y a otro lo que convenía : honor a Dios y misericordia al hombre. Bellísima forma de composición entre el Señor ofendido y el siervo reo es hacer que ni por el celo de honrar al Señor sea oprimido el siervo con una sentencia algo más dura, ni tampoco condescendiendo con él inmoderadamente sea defraudado el Señor en el honor que le es debido.

3. Escucha, pues, y observa la distribución que hacen los ángeles en el nacimiento de este Mediador : *Gloria,* dicen, *sea a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*[1]. En fin, para guardar esta distribución no faltó a Cristo reconciliador fiel, ni el espíritu de temor, con que mostrara siempre reverencia al Padre, siempre difiriese a él y siempre buscase su gloria ; ni el espíritu de piedad, con que misericordiosamente se compadeciese de los hombres. Por lo mismo tuvo también como necesario el espíritu de ciencia, por el cual se hiciese la distribución del espíritu de temor y de piedad sin confusión alguna. Y advierte que en aquel pecado de nuestros primeros padres fueron tres los autores, pero manifiestamente faltaron a los tres tres cosas. Hablo de Eva, del diablo y de Adán. No tuvo Eva ciencia, pues, como dice el Apóstol, fué seducida para cometer el pecado. Seguramente ésta no faltó a la serpiente, pues se describe como la más astuta entre todos los animales, pero careció el maligno del espíritu de piedad, puesto que fué homicida desde el principio. Tal vez Adán podría parecer piadoso en no querer contristar a la mujer, pero abandonó el espíritu de temor de Dios, obedeciendo antes a la voz de Eva que a la divina. Ojalá que hubiera prevalecido en él el espíritu de temor, como expresamente leemos de Cristo

[1] Lc. 2, 14.

en la Escritura, que estuvo lleno no del espíritu de piedad, sino del de temor, porque en todo y para todo debe preferirse el temor de Dios a la piedad con los prójimos, y él sólo es el que debe ocupar todo el hombre. Por medio de estas tres virtudes, que son el espíritu de temor, el de piedad y el de ciencia, reconcilió a los hombres con Dios nuestro Mediador, porque con su consejo y con su fortaleza los libró del poder del enemigo. En efecto, con su espíritu de consejo, permitiendo que Satanás echara sus manos violentas sobre el Inocente, le despojó de sus antiguos derechos, con su fortaleza prevaleció contra él para que no pudiera retener a los redimidos cuando volvió de los infiernos vencedor y devolvió la vida a todos los que resucitaron con El.

4. Nos sustenta, a más de esto, con el pan de vida y de entendimiento, y nos da a beber del agua de la sabiduría que da la salud. Porque la inteligencia de las cosas espirituales e invisibles es verdadero pan del alma que corrobora nuestro corazón y nos fortalece para toda obra buena en todo género de ejercicios espirituales. El hombre carnal que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, sino que le parecen necedad, gima y llore diciendo: *Se ha secado mi corazón porque me olvidé de comer mi pan*[2]. Mira qué verdad tan pura y perfecta es que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. Pero ¿cuándo percibirá esto el avaro? En vano trabajará cualquiera que pretenda persuadírselo. ¿Y por qué? Porque le parece necedad. ¿Qué cosa más verdadera que ser suave el yugo de Cristo? Pon esto delante de un hombre mundano y verás cómo lo reputa piedra antes que pan. Y ciertamente con la inteligencia de esta verdad interior vive el alma y éste es su manjar espiritual, porque: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*. Sin embargo, mientras no saborees esta verdad, difícilmente podrás penetrar hasta el interior. Mas cuando comenzares a sentir deleite en ella ya no será manjar, sino bebida; y sin dificultad entrará en tu alma para que así el manjar espiritual de la inteligencia se digiera mejor mezclado con la bebida de la sabiduría, no sea que padeciendo sequedad los miembros del hombre interior, esto es, sus afectos, sirva más de carga que de provecho.

[2] Ps. 101, 5.

5. De todas las cosas, pues, que eran necesarias para salvar a los pueblos, ninguna absolutamente faltó al Salvador. Porque El es de quien anticipadamente cantó Isaías: *Saldrá una vara del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor, y reposará sobre ella el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y la llenará el espíritu del temor del Señor.* Observa con cuidado que dijo que esta flor se elevaría, no de la vara, sino de la raíz. Porque si la nueva carne de Cristo hubiera sido criada de la nada en la Virgen (como algunos pensaron), no se podría decir que la flor había subido de la raíz, sino de la vara. Mas al decirse que se elevó de la raíz, se hace manifiesto que tuvo una materia común con los demás hombres desde el principio. Cuando añade que descansará sobre El el Espíritu del Señor, nos declara que ninguna contradicción o lucha habría en El. En nosotros, porque no es del todo superior el espíritu, no descansa del todo; puesto que la carne lucha y combate contra el espíritu y el espíritu contra la carne, del cual combate nos libre aquel Señor en quien nada semejante hubo; aquel hombre nuevo, aquel hombre íntegro y perfecto que tomó el verdadero origen de nuestra carne, pero no tomó el envejecido cebo de la concupiscencia.

3 De la mujer adúltera, de Susana y de la bienaventurada Virgen María *

1. ¡Qué rico eres en misericordia, qué magnífico en justicia, qué dadivoso en gracia, Señor Dios nuestro! No hay quien sea semejante a ti, larguísimo Bienhechor, justísimo Remunerador, piadosísimo Libertador. Graciosamente miras a los humildes, rectamente juzgas a los inocentes, misericordiosamente salvas a los pecadores. Estas, carísimos, son las delicias que sobre la mesa de este rico Padre de familias, en los textos de las Escrituras santas, si con cuidado lo advertís, se nos ponen con más copia que lo acostumbrado. Esta abundancia nos ofrece el santo tiempo de la Cuaresma y el sacratísimo día de la

* PL 183, 392.

Anunciación, que han concurrido juntamente [1]. Porque hoy, como acabamos de oírlo, absuelve la clemencia del Redentor a una mujer cogida en adulterio; hoy libra de la muerte a la inocente Susana; hoy llena también a la bienaventurada Virgen de los singulares dones de su bendición graciosa. ¡Grande convite en que se nos sirve a un tiempo mismo la misericordia, la justicia y la gracia! ¿Por ventura no es la misericordia manjar del hombre? Enteramente saludable y eficaz para su remedio. ¿No es la justicia pan del corazón? Y pan que en gran manera le conforta como alimento sólido para nutrirle, puesto que: *Bienaventurados los que tienen hambre de ella, porque serán hartos* [2]. ¿No es alimento del alma la gracia de Dios? Dulcísimo alimento ciertamente, y que tiene toda suavidad y deleite para el paladar; más aún, juntando en sí todas estas propiedades, no sólo deleita, sino que fortalece y sana.

2. Lleguémonos, hermanos míos, a esta mesa, y de cada manjar tomemos por lo menos un poco: *En la ley mandó Moisés apedrear a tales mujeres* [3], dicen los pecadores de una pecadora y los fariseos de una adúltera. Mas El, por toda respuesta a la dureza de su corazón de piedra, inclinó los ojos hacia el suelo. Señor, inclina tus cielos y baja. Inclinóse Jesús, y propenso a la misericordia (porque El no era de un corazón judaico) escribía con el dedo, no ya en la piedra, sino en la tierra. Ni hizo esto una vez sola, sino que aquí tenemos dos escrituras, como en Moisés dos tablas. Y acaso se puede decir que escribiendo la verdad y la gracia, y volviendo a escribirlas las dejó impresas en la tierra, según lo que dice el apóstol San Juan: *La ley fué dada por Moisés y fué traída la gracia y la verdad por Jesucristo* [4]. En fin, mira si se puede decir que había leído en la tabla de la verdad lo que le sirvió para confutar a los fariseos: *El que entre vosotros esté sin pecado*, dijo, *sea el primero que tire contra ella la piedra* [5]. Palabra breve, pero eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos. ¡Qué gravemente fueron traspasados con esta palabra aquellos corazones de pedernal! Con qué vehemencia

[1] Este sermón se predicó el año 1150, en que concurrió la fiesta de la Anunciación con el sábado de la domínica cuarta de Cuaresma, cuya epístola y evangelio contienen la historia de Susana y de la mujer adúltera.
[2] Mt. 5, 6.
[3] Io. 8, 6.
[4] Io. 1, 17.
[5] Io. 8, 7.

con esta piedrecita fueron quebrantadas las frentes de piedra, lo prueba el rubor de su confusión y huída clandestina. Merecía ciertamente la adúltera ser apedreada; pero dispóngase a ejecutar el castigo el que no se halle merecedor de ser castigado también; atrévase a exigir venganza contra la pecadora el que de ningún modo merezca sufrirla. De otra suerte, siendo él más vecino que todos de sí mismo, comience por sí; ejecute primero en sí la sentencia y ejerza contra sí la justicia. Esto decía la Verdad.

3. Pero aun esto es poco, pues aunque esta Verdad refuta a los acusadores, todavía no absuelve a la culpada. Escriba otra vez, escriba la gracia; lea y escuchemos: *Mujer, ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor. Ni yo te he de condenar; anda y no quieras pecar otra vez.* ¡Oh voz de misericordia, oh eco de saludable alegría! *Haz que sea oída de mí por la mañana tu misericordia, porque en ti, Señor, he puesto mi esperanza*[6]. Sola la esperanza obtiene la primacía de la misericordia en tu acatamiento, pues tú no depositas el óleo de tu clemencia sino en el vaso de la confianza. Pero hay una confianza infiel que sólo atrae sobre sí la maldición, y es la que se halla en el hombre cuando peca con la esperanza del perdón. Mas no debe llamarse esto confianza, sino insensibilidad y disimulación perniciosa. Porque ¿qué confianza es la de aquel que no atiende a su peligro? ¿Cómo buscará remedio contra el temor el que ni teme ni cree tener motivo para temer? La esperanza es un consuelo; y no necesita consuelo el que se aplaude a sí mismo de haber obrado mal y se alegra en cosas pésimas. Roguemos, hermanos míos, que se nos diga con sinceridad cuantas maldades y pecados tenemos, deseemos que nos muestren nuestros crímenes y delitos. Examinemos nuestros caminos y nuestras aficiones, pensemos en todos nuestros peligros con vigilante atención. Diga cada uno lleno de pavor: *Yo iré a las puertas del infierno*, para que ya no respiremos sino en la misericordia de Dios. La verdadera confianza del hombre consiste en no presumir de sí mismo y en no apoyarse sino en Dios. Esta, repito, es la confianza verdadera, a la cual no se niega la misericordia, testificando el profeta que *Dios tiene placer en los que le temen y en los que esperan en su misericordia*[7]. A la verdad, no tenemos pocos moti-

[6] Ps. 142. 8.
[7] Ps. 146. 11.

vos en nosotros de temor y en El de confianza. Suave y manso es; copiosa es su misericordia, mayor que nuestra malicia y muy grande para perdonar. Creamos por lo menos a los enemigos, pues no hallaron en El otra cosa de que tomar ocasión para formarle una calumnia. Se compadecerá, decían para sí, de esta pecadora, y no permitirá que habiéndosela presentado le den la muerte; así será tenido por enemigo manifiesto de la ley, absolviendo a quien la ley condena. Contra vosotros, fariseos, se vuelve la invención de vuestra malignidad. Mucho desconfiáis de vuestra causa, cuando tan cautelosamente huís del juicio. Sin duda quedará absuelta sin injuria de la ley la que quedó sin acusadores.

4. Mas consideremos, hermanos míos, adónde se van desde aquí los fariseos. ¿No veis a aquellos dos viejos (pues de los más viejos comenzaron a salir), no veis, repito, a aquellos dos viejos que se esconden en el huerto de Joaquín? A su mujer, Susana, buscan; sigámosles, porque están llenos de un malvado pensamiento contra ella. *Consiente con nosotros,* dicen los viejos, dicen los fariseos, dicen los lobos, que poco antes intentaron en vano tragar otra, aunque perdida, oveja: *Consiente y condesciende a nuestra pasión para contigo.* ¡Oh hombres envejecidos en la maldad!; una vez acusáis el adulterio y otra vez persuadís el adulterio. Pero ésta es toda vuestra justicia, y lo que en público reprendéis, lo hacéis vosotros en lo secreto. Por eso fuisteis saliendo uno tras otro luego que aquel Señor a quien está patente lo más oculto hirió tan fuertemente vuestras conciencias diciendo: *El que entre vosotros esté sin pecado, ése sea el primero que tire la piedra contra ella*[8]. Con razón dice la Verdad a sus discípulos: *Si no es más abundante vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*[9]. *De otra suerte,* añaden los viejos, *diremos contra ti un falso testimonio.* Raza de Canaán y no de Judá; tampoco mandó esto Moisés en la ley. ¿Por ventura el que decretó que se apedrease a la adúltera mandó que se acusase a la honesta? ¿Por ventura mandó también dar testimonio contra la inocente? Antes, así igualmente que de la adúl-

[8] Io. 8, 7.
[9] Mt. 5, 20

tera, mandó que el testigo falso no quedase sin castigo. Pero vosotros, que os gloriáis en la ley, por la transgresión de la ley deshonráis a Dios.

5. *Dió un gemido Susana y dijo: Por todas partes me cercan angustias;* porque por todas partes veo la muerte: por aquí la corporal, por allí la espiritual. *Si hago lo que vosotros deseáis, yo soy muerta en el alma; si no lo hago, no me escaparé de vuestras manos.* De vuestras manos, fariseos, ni está libre la adúltera ni la casta; no evita vuestras acusaciones ni el santo ni el pecador. Disimuláis vuestros pecados cuando encontráis los ajenos; por otra parte, si acaso alguno no tiene delito propio, le imputáis el vuestro. Pero ¿qué hará Susana entre la muerte y la muerte, es decir, entre la muerte del alma y la del cuerpo, viéndose por todas partes estrechada? *Mejor es para mí,* dice, *no haciendo esto, caer en las manos de los hombres que desamparar la ley de mi Dios.* Sabía ella qué cosa tan horrible es caer en manos de Dios vivo. Los hombres, a la verdad, después de haber muerto al cuerpo, nada pueden hacer al alma; pero a aquel Señor se debe temer que tiene potestad de arrojar el cuerpo y el alma al infierno. ¿Cómo tarda la familia de Joaquín? Dése prisa a entrar por el postigo, porque se está oyendo ruido en el huerto; ruido ciertamente de unos lobos fieros y de una ovejilla que bala entre ellos. Pero no permite que traguen a la inocente el que con tanta dignación sacó de sus mismas fauces aun a quien no merecía ser librada. Por eso con razón, aun siendo llevada a la muerte, tenía su corazón una firme confianza en el Señor, a quien de tal modo había temido, que había despreciado todo temor humano y preferido su ley a su misma vida y fama. *Porque no se había dicho jamás cosa semejante de Susana. Sus padres también eran justos y su marido el más honrado de todos los judíos.* Con razón, pues, consiguió del justo Juez la merecida venganza de los impíos la que con tanta ansia tuvo hambre de la justicia, que por ella despreció la muerte del cuerpo, el oprobio de su linaje y el llanto inconsolable de sus amigos.

6. Nosotros también, hermanos míos, si hemos oído a Cristo: *Ni yo te condenaré,* si no queremos pecar contra El, si deseamos vivir piadosamente en Cristo, es preciso que toleremos la persecución y no volvamos mal por mal ni maldición por maldición. Porque el que no conserva la paciencia perderá la justicia, es decir, perderá la vida,

o sea, perderá su alma. *A mí está reservada la venganza, y yo soy quien la he de ejecutar* [10]. Así es, en efecto: El la hará; mas con tal de que tú le dejes el cuidado de la venganza, si no le usurpas la potestad de juzgar, si no vuelves daños a los que a ti te los hubieren hecho. Hará juicio, pero a favor del que tolera la injuria; según equidad juzgará, pero a favor de los mansos de la tierra. Ya a vosotros, si yo no me engaño, se os hace molesto que tarden las delicias. No os admiréis, son delicias. No cargarán aun a los que están hartos ni aun los que los eructan podrán fastidiarse de ellas.

7. *Fué enviado el ángel Gabriel por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret.* ¿Te admiras de que la pequeña ciudad de Nazaret sea ilustrada con un embajador de tan grande Rey y con una embajada de tanto momento? En esta ciudad se oculta un tesoro riquísimo, se oculta, digo, pero a los hombres, no a Dios. ¿Por ventura no es María el tesoro de Dios? En cualquiera parte que ella esté está el corazón de Dios. Sus ojos están puestos en ella; en todas partes mira la humildad de su sierva. ¿Conoce el cielo el Unigénito de Dios Padre? Pues si conoce el cielo, también conocerá a Nazaret. ¿Qué mucho que conozca su patria? El cielo le toca por el Padre; Nazaret, por la Madre; así como, según testifica El mismo, es hijo de David, también es Señor de David. *El cielo supremo es para el Señor, mas a los hijos de los hombres les dió la tierra* [11]. Uno y otro, pues, es preciso que le toque por posesión suya, porque no sólo es Señor, sino hijo del hombre. Escucha además de qué manera vindica para sí la tierra como hijo del hombre y cómo se comunica a manera de Esposo con su esposa: *Las flores,* le dice, *han aparecido sobre nuestra tierra* [12]. Ni disuena de esto el interpretarse *flor* Nazaret. Ama la patria de las flores la flor de la raíz de Jesé, y gustosamente se alimenta entre las azucenas la flor del campo y la azucena de los valles. Tres gracias hacen estimables a las flores: la hermosura, el buen olor y la esperanza del fruto. Y a ti Dios te reputará flor, y en ti tendrá mucho placer si no te faltare la hermosura de una conducta honesta, ni la fragancia de la buena opinión, ni el deseo vivo de la recompensa eterna, pues la vida eterna es el fruto del espíritu.

---

[10] Rom. 12, 19. [11] Ps. 113, 26. [12] Cant. 2, 12.

8. *No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios*[13]. ¿Cuánta gracia? Una gracia llena, una gracia singular. ¿Singular o general? Una y otra sin duda, pues por ser gracia llena, por eso mismo es tan singular como general, pues que la misma gracia general la recibiste singularmente. Es tan singular, repito, como general, pues tú sola recibiste más gracia que todas las demás criaturas. Es singular, por cuanto tú sola hallaste esta plenitud; es general, porque DE ESA PLENITUD RECIBEN TODOS. *Bendita eres entre todas las mujeres*[14] *y bendito es el fruto de tu vientre*. Sin duda alguna El es el fruto bendito de tu seno virginal, ¡oh María!, pero por tu medio ha venido a las almas de todos. Así, ciertamente, así en otro tiempo todo el rocío estuvo en el vellocino y todo en la era, pero en ninguna parte de la era todo como en el vellocino. En ti sola aquel Rey rico y riquísimo se abatió, el excelso se humilló, el inmenso se abrevió y se hizo como algo menor que los ángeles; encarnó en ti el verdadero Dios e Hijo de Dios. Pero ¿con qué intento? Sin duda con el fin de que con su pobreza fuéramos todos enriquecidos, con su humildad ensalzados, con su abatimiento engrandecidos, y juntándonos a Dios por su encarnación comenzáramos a ser un mismo espíritu con El.

9. Pero ¿qué diremos, hermanos míos? ¿En qué vaso con especialidad se ha de depositar esta gracia? Si la confianza, como arriba dijimos, es vaso capaz de la misericordia, y la paciencia de la justicia, ¿qué vaso podremos presentar que sea receptáculo digno de la gracia? Bálsamo purísimo es y requiere un solidísimo vaso. ¿Y cuál es tan puro, cuál es tan sólido como la humildad de corazón? Por eso justamente da la gracia Dios a los humildes; por eso justamente miró la humildad de su sierva. ¿Preguntas en qué estuvo su mérito? En que no ocupó su ánimo humilde ningún mérito humano, para que de este modo no se impidiese que entrara libremente en él la plenitud de la gracia divina. A esta misma humildad debemos subir nosotros por diversos grados. Porque en primer lugar el corazón del hombre, a quien todavía le deleita pecar y no ha mudado su miserable costumbre en mejor propósito, está impedido por sus propios vicios para que quepa en él la gracia. Después, cuando ya se ha propuesto corregir sus

[13] Lc. 1, 30.
[14] Lc. 1, 28.

costumbres y no repetir jamás sus primeras culpas, los mismos pecados pasados, aunque parezca que de algún modo están cortados ya, mientras que permanecen en él, no dejan entrar a la gracia. Quedan, pues, y permanecen hasta que sean lavados en la confesión, hasta que sean quitados con dignos frutos de penitencia. Pero ¡ay de ti si acaso te sigue la ingratitud, más perniciosa que los mismos pecados y vicios! Porque ¿qué cosa más claramente contraria a la gracia? Nos entibiamos con el decurso del tiempo, se resfría poco a poco la caridad, crece la maldad, para que así acabemos en la carne los que habíamos comenzado en espíritu. De ahí es que conocemos poco los bienes que Dios nos ha hecho, siendo a un tiempo mismo indevotos e ingratos. Abandonamos el temor de Dios, dejamos la religiosa soledad, haciéndonos habladores, curiosos, decidores, detractores y murmuradores; gastando el tiempo en frívolas chanzas, huyendo del trabajo y de la regular disciplina todas las veces que se puede hacer sin nota, como si por eso fuera también sin culpa. ¿Qué nos admiramos, pues, de que nos falte la gracia, siendo rechazada por tantos obstáculos? Mas ya si alguno, a fin de que, según habla el Apóstol, la palabra de Cristo, que es la palabra de la gracia, habite en él, se muestra agradecido a Dios; si es devoto, si es solícito, si es fervoroso de espíritu, guárdese de fiar en sus méritos y de fundarse en sus obras. De otra suerte tampoco entraría la gracia en esta alma. Sin duda estaría llena de sí y no encontraría en ella lugar la gracia.

10. ¿Pusisteis atención en aquel fariseo que estaba orando? No era ladrón, no era injusto, no era adúltero. ¿Estaba, acaso, sin frutos de penitencia? Dos veces ayunaba a la semana, daba el diezmo de todo lo que poseía. ¿Sospecháis que fuese ingrato? Escuchad lo que dice: *¡Oh Dios!, gracias te doy*. Pero no estaba desocupado, no estaba vacío, no era humilde, sino soberbio; por esto no procuró saber lo que le faltaba, sino que exageró sus méritos, no era aquella plenitud sólida, sino hinchazón. Así volvió a su casa vacío por haber fingido la plenitud. Al revés, aquel publicano que se había humillado y abatido, porque tuvo cuidado de presentar un vaso desocupado, llevóse consigo mayor gracia. Nosotros, pues, hermanos míos, si deseamos hallar la gracia, abstengámonos de los vicios en adelante de tal suerte que hagamos también dig-

na penitencia de los pecados que hemos cometido, e igualmente seamos cuidadosos en mostrarnos con Dios devotos y humildes de verdad. El mira a semejantes almas agradablemente con aquella vista piadosa de que habla el Sabio: *La gracia y misericordia de Dios está sobre sus santos, y sus miradas favorables sobre sus escogidos* [15]. Y quizá por esto cuatro veces pide que se vuelva el alma a quien El mira, diciéndola: *Vuélvete, vuélvete, Sunamites, vuélvete, vuélvete, para que te miremos;* para que no persista ni en la costumbre de pecar, ni en la conciencia de pecado, ni en la tibieza y torpeza de la ingratitud, ni en la ceguedad de la altivez. De estos cuatro peligros se digne apartarnos y sacarnos aquel Señor que para nosotros fué hecho, por Dios Padre, justicia y redención, Jesucristo Señor nuestro, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por infinitos siglos de los siglos. Amén.

EN LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA *

(24 de junio)

El triple calor y la triple luz de la antorcha

1. Lejos esté de estas asambleas, hermanos, aquella increpación del profeta que reprueba los conventículos de los judíos y dice: *Inicuas son vuestras asambleas* [1]. Nuestras asambleas, sin duda, no son inicuas, sino santas, religiosas, llenas de gracia y dignas de bendición, puesto que os juntáis aquí para oír al Señor, os juntáis a alabarle, a orar y a adorarle. Nuestras reuniones, pues, son sagradas, agradables a Dios y frecuentadas por los ángeles. Estad, pues, con reverencia, hermanos; estad con solícita y devota atención, sobre todo en este lugar de oración, en esta escuela de Cristo y formando parte de este auditorio espiritual. No queráis considerar, carísimos, las cosas que se ven y son temporales, sino más bien las eternas, que no se ven; juzgad según la fe, no según las apariencias, pues este lugar es sumamente terrible y venerable, puesto que no hay aquí mayor número de hombres que de ángeles. Adondequiera que volvamos los ojos, vemos abierta la puer-

[15] Sap. 4, 15.

* PL 183, 397.

[1] Is. 1, 13.

ta del cielo, vemos levantada aquella escala, ascienden y descienden los ángeles sobre el Hijo del hombre. Verdaderamente gigante es este Hijo del hombre ; el cielo es su silla, y la tierra tarima de sus pies. Elevóse su magnificencia sobre los cielos ; con todo eso está con nosotros hasta la consumación del siglo. Ascienden y descienden, pues, los angeles santos siempre hacia Dios, puesto que la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo.

2. Pero no donde esté la cabeza, sino donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas, aunque no puede separarse la cabeza del cuerpo. Por otra parte, ¿no dice El mismo : *Donde dos o tres estén congregados en mi nombre, en medio de ellos estoy yo?* [2] Mas dirá alguno acaso : ¿Dónde está ahora Cristo? Muéstranos a Cristo y nos basta. ¿Para qué volvéis hacia todas partes ligeramente los ojos? ¿Por ventura os habéis juntado aquí para ver y no más bien para oír? *El Señor Dios me abrió los oídos* [3], dice el profeta. Abrió mis oídos para que oiga yo lo que El hable, pero no ilumina mis ojos para que vea su rostro. A no dudarlo, abrió para mí su oído, pero no me descubrió su rostro. Detrás de la pared está, oye y es oído ; pero todavía no aparece, oye a los que oran, atiende a los que piden, enseña a los que escuchan. ¿Acaso buscáis la experiencia de aquel que habla en mí, que es Cristo? *Yo,* dice, *soy el que habla justicia* [4]. ¿Qué mucho que hable por la boca que El mismo fabricó? ¿Qué mucho que use a su arbitrio el artífice de su instrumento? No solamente los oídos de éstos, sino también los labios abre, Señor, pues que yo no prohibiré hablar a mis labios, Señor ; tú lo sabes. Bien haces todas las cosas : a los sordos haces oír y a los mudos hablar.

3. Oíd, pues, hermanos, lo que habla de Juan, cuya natividad celebramos hoy solemnemente. *El era,* dice, *antorcha ardiente y luciente* [5]. Testimonio grande, hermanos míos, puesto que si es grande aquel en cuyo favor se da, todavía es mayor el que lo da. *El era,* dice, *antorcha ardiente y luciente.* Porque el lucir solamente es vano, el arder solamente es poco ; arder y lucir es lo perfecto. Escucha lo que dice la Escritura : *El sabio permanece como el sol, el necio se muda como la luna* [6]. Pues porque resplandece la luna sin ardor, por eso ora se ve llena, ora cre-

[2] Mt. 18, 20.
[3] Is. 50, 5.
[4] Is. 63, 1.
[5] Io. 5, 35.
[6] Eccli. 27, 12.

ciente o menguante, ora como si no fuera nada. La luz prestada nunca permanece en un mismo estado, sino que crece, mengua, se extenúa, se aniquila y totalmente desaparece. Así los que pusieron su estimación en ajenos labios, ya son pequeños, ya grandes, ya nada, según que agrade a las lenguas de los aduladores vituperarlos o alabarlos. Mas el esplendor del sol es ígneo, y cuanto más fuertemente hierve tanto más lúcido se manifiesta a los ojos. De este modo el ardor interno del sabio luce fuera, y si no se le permiten ambas cosas, escoge más bien el arder, a fin de que su Padre, que le está viendo en lo oculto, le recompense. ¡Ay de nosotros, hermanos, si solamente lucimos! A la verdad lucimos y somos magnificados de los hombres, pero yo en poquísimo tengo el ser juzgado en cualquier juicio humano. Porque el que me juzga es el Señor, el cual exige de todos el fervor, pero no del mismo modo el esplendor. *Fuego*, dice, *vine a echar en la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?* [7] Esto, sin duda, es el mandato común, esto lo que se exige de todos, y si sucede que falta, no se admite excusa alguna.

4. Pero singularmente se dice a los apóstoles y a los apostólicos varones: *Resplandezca la luz vuestra delante de los hombres* [8], como a quienes estaban encendidos, y vivamente encendidos, y a quienes no se temía que cualquiera soplo o ímpetu de los vientos los apagara. También se dijo a San Juan, pero aquéllos lo oyen por la oreja, mientras que Juan es enseñado como ángel en espíritu. Ciertamente tanto más próximo estaba a Dios cuanto está más vecina la voz al Verbo, al cual no convenía intimarle su voluntad por ninguna otra voz que mediase y sonase fuera. Pues no la predicación, sino la inspiración enseñó a Juan, a quien llenó el Espíritu en el mismo seno de su madre. Verdaderamente ardiente y vivamente encendido estaba aquel a quien de tal modo previno la celestial llama, que ya sentía la venida de Cristo cuando aún no podía sentirse a sí mismo. Aquel nuevo fuego que, poco antes bajado del cielo, por la boca de Gabriel había entrado en el oído de la Virgen, a su vez por la boca de la Virgen y el oído de la madre de Juan, entró en el párvulo para llenar desde aquella hora el Espíritu Santo este vaso de su elección y preparar a Cristo Señor la antorcha. Fué, pues, ya enton-

[7] Lc. 21, 49.
[8] Mt. 5, 16.

ces antorcha ardiente, pero entre tanto permanecía debajo del celemín hasta que fué puesto sobre el candelero para alumbrar a todos los que estaban en la casa del Señor. En aquel tiempo solamente pudo iluminar su celemín y sólo lucir para la madre por entonces, revelándola el grande sacramento de la piedad de Dios con el estremecimiento de su nuevo gozo [9]. *¿De dónde a mí,* dice, *tanta dicha que la Madre de mi Señor venga a mí?* ¿Quién te dijo que era la Madre del Señor, oh mujer santa? ¿En qué la has conocido? *Luego que sonó en mis oídos la voz de tu salutación,* dice, *saltó de gozo el infante en mis entrañas* [10].

5. Ya entonces, pues, iluminó el celemín bajo del cual se ocultaba, pero a él no se le ocultaba la ardiente antorcha que había de ilustrar poco después el universo con nuevos esplendores. *El era,* dice, *antorcha ardiente y luciente* [11]. No dice *luciente* y *ardiente,* porque el esplendor de Juan procedía del fervor, no el fervor del esplendor. Hay quienes no lucen porque arden, sino que más bien hierven por lucir, pero ésos no hierven con el espíritu de la caridad, sino con la afición de la vanidad ¿Queréis saber cómo ardió Juan y lució? Yo juzgo que se puede hallar en él triplicado lo uno y lo otro, es a saber, el ardor y el esplendor. Porque ardía en sí mismo con la fuerte austeridad de su vida: para con Cristo, con un íntimo y perfecto fervor de devoción; para con sus prójimos pecadores, con la constancia de una libre increpación. Igualmente lució, por decirlo brevemente, con el ejemplo, con el índice y con la palabra, mostrándose a sí mismo para la imitación, señalando al astro mayor, que estaba oculto, para la remisión de los pecados y alumbrando también las mismas tinieblas nuestras, como está escrito: *Tú, Señor, das luz a mi antorcha; Dios mío, alumbra mis tinieblas* [12], sin duda para la enmienda de los pecados.

6. Considera, pues, a este hombre prometido por el oráculo angélico, concebido por milagro, santificado en el seno materno, y admira en este nuevo hombre el nuevo fervor de la penitencia. *Teniendo,* dice el Apóstol, *vestido y comida, estemos contentos con esto* [13]. Esta es la perfección apostólica, pero Juan aun de esto se abstuvo. Escucha si no al Señor en el Evangelio, que dice: *Vino Juan Bau-*

[9] Lc. 1, 43.
[10] Lc. 1, 44.
[11] Io. 5, 35.
[12] Ps. 17, 29.
[13] 1 Tim. 6, 8.

tista, que casi no comía ni bebía [14], y que apenas se vestía. A la verdad, así como las langostas con que se alimentaba no son manjar adecuado para seres racionales, así tampoco los pelos de camello son apropiados para tejer vestido al hombre. ¿Cómo dejaste, camello, tus pelos? ¡Ojalá hubieras dejado antes la giba! ¿Cómo vosotras, irracionales fieras y sabandijas del desierto, buscáis las comidas delicadas? Juan, hombre santo, enviado por Dios, aun también ángel de Dios, como dice el Padre: *Mira que envío a mi ángel delante de ti*; Juan, pues, mayor que ninguno entre los nacidos de mujeres, castiga así su cuerpo inocentísimo, así le extenúa, así le aflige, ¿y vosotros os apresuráis a vestiros de delicado lino y de púrpura y a comer espléndidamente? ¡Ay! ¿Este es todo el honor del presente día, ésta es toda la reverencia que se tributa al Bautista, ésta es toda la alegría en otro tiempo profetizada en su nacimiento? ¿De quién hacéis memoria en vuestros cultos, hombres delicados? ¿De quién celebráis el nacimiento? ¿No es acaso de aquel que vivió en el desierto vestido ásperamente y consumido del hambre? ¿Qué salisteis a ver al desierto, hijos de Babilonia? ¿Una caña agitada del viento? ¿Qué, pues? ¿Un hombre vestido con delicadeza y alimentado con regalo? En esto consiste toda vuestra solemnidad: en seguir el aura del favor popular, en la gloria de los vestidos y deleite de los manjares. ¿Pero qué tienen que ver todas estas cosas con Juan? Porque ni Juan hízolo así ni pudo jamás deleitarse en tales cosas.

7. *Muchos*, dice el ángel, *se alegrarán en su nacimiento* [15]. Esto es cierto; muchos se alegran en su nacimiento, y aun para los mismos paganos, según hemos oído, es alegre y solemne. Ellos celebran lo que ignoran, pero no lo deberían hacer así los cristianos. Mas ahora éstos también se alegran en el nacimiento del bienaventurano San Juan Bautista; ojalá que sea de su natividad, no por la vanidad. Porque ¿qué es sino vanidad de vanidades todo lo que está debajo del sol? ¿O qué otra cosa más tiene el hombre de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol? Hermanos, debajo del sol está todo lo que se ve con los ojos, todo lo que se ve estar expuesto a esta luz corpórea. ¿Y qué es esto sino un vapor que aparece por tiempo muy breve? ¿Qué es esto sino heno y flor de heno? *Toda car-*

[14] Mt. 11. 18.
[15] Lc. 1. 14.

ne es heno, dice el Señor, *y toda su gloria como la flor del heno. Se secó el heno y la flor cayó, mas la palabra del Señor permanece para siempre* [16]. Procuremos atender a esta palabra, hermanos, en la cual podremos vivir y alegrarnos eternamente. Procuremos alcanzar con nuestras obras no la comida que perece, sino la que permanece para la eterna vida. ¿Cuál es ésta? *No vive el hombre de sólo el pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios* [17]. Sembremos en esta palabra, carísimos, sembremos en el espíritu, porque los que siembran en la carne sólo tienen que segar de ella la corrupción. Alegrémonos interiormente, no debajo del sol, sino, como dice el Apóstol, *como tristes* por la humildad y gravedad, mas *siempre gozosos* por la interna consolación. Alegrémonos en la natividad del bienaventurado Juan, y alegrémonos de la misma natividad.

8. Abundante es la causa de alegría para nosotros en su memoria y por muchos modos es materia de nuestros gozos. Era él antorcha ardiente y luciente y quisieron los judíos saltar de gozo en su luz, pero él más bien se alegraba en el fervor de la devoción, se alegraba a la voz del Esposo, como amigo que era del Esposo; en lo uno y en lo otro nos debemos alegrar nosotros: en lo primero debemos congratularnos por él, en lo segundo por nosotros, puesto que él ardía para sí y para nosotros lucía. Alegrémonos en su fervor para imitarle; alegrémonos también en su luz, pero no paremos en ella, sino por medio de ella logremos ver otra luz, la luz verdadera, la cual no es él mismo, sino aquel Señor de quien viene a dar testimonio. *Vino Juan,* dice el Señor, *que casi no comía ni bebía.* Incentivo de fervor es esto para mí y materia de humillación. Porque ¿quién hay de nosotros, hermanos, que mirando la penitencia de Juan presuma, no digo engrandecer, sino reputar de algún valor la suya? ¿Quién se atreverá a quejarse en sus trabajos y decir: bastante es lo que padezco, y menos aún, demasiado? Porque ¿qué homicidios, qué sacrilegios, qué delitos castigaba Juan en sí mismo? Encendámonos para hacer penitencia, hermanos; escudriñemos nuestras conciencias y animémonos a exigir la venganza de nosotros mismos, para que podamos evadir el horrendo jui-

[16] Is. 46, 6.
[17] Lc. 4, 4.

cio de Dios vivo. Y todo lo que el fervor tiene de menos, súplalo la humildad de una confesión pura, porque fiel es Dios, y si confesamos nuestras iniquidades, si exponemos nuestras miserias, si no excusamos nuestras flaquezas, nos perdonará todos nuestros pecados.

9. Después de esto se observa el fervor de Juan en reprender los delitos de los prójimos. Porque éste es el orden justo y conforme a razón: que te acuerdes que debes comenzar por ti mismo. *Límpiame*, dice el salmista, *de mis culpas ocultas y perdona a tu siervo las ajenas*[18]. *Raza de víboras*, dice Juan, *¿quién os enseñó que podéis huir de la ira futura?*[19] ¿De cuánto fervor del alma juzgas que proceden estas centellas, o más bien carbones devoradores? A este modo, no perdonando a los fariseos, les dice: *No queráis decir tenemos por padre a Abraham*, porque es poderoso Dios para suscitar hijos de Abraham de estas *piedras*. Pero esto parecería poco si se hubiera intimidado a la vista del poderoso y no hubiera argüido con toda la libertad del espíritu al rey pecador, cruel y soberbio, saliendo para ello del desierto con una vehemencia sagrada, si se hubiera movido a lo menos con sus caricias o con el mismo terror de la muerte. *Temía Herodes a Juan, y habiéndole oído hacía muchas cosas y le escuchaba con gusto*[20]. Mas él no por esto le disimulaba nada: *No te es lícito*, le decía, *tener esa mujer*[21]. Aun atado y metido en la cárcel, no menos firmemente se mantuvo en la verdad, y murió por la verdad no menos dichosamente. Hierva en nosotros también, carísimos, este celo; hierva el amor a la justicia, el odio a la iniquidad. Ninguno, hermanos, adule los vicios, ninguno disimule los pecados. Ninguno diga: ¿Por ventura soy yo guarda de mi hermano? Ninguno, en cuanto esté de su parte, lo lleve con paciencia cuando vea que se menoscaba el orden y que se disminuye la observancia. Porque es consentir el callar cuando puedes y debes reprender; y sabemos que está reservada la misma pena para los que hacen el mal que para los que lo consienten.

10. Pero ya, acerca de la humilde y por todos modos fervorosísima devoción de Juan para con el Señor, ¿qué diremos? De aquí procedió que saltara de alegría en el seno materno, de aquí que se llenara de pavor en el Jordán

---

[18] Ps. 18, 13.
[19] Lc. 3, 7.
[20] Mc. 6, 20.
[21] Mt. 14, 4.

al ver que Jesús le pedía el bautismo, de aquí que no sólo negara que fuese él Cristo, como le juzgaban, sino que ni siquiera fuese digno de desatar la correa de su calzado; de aquí que, como amigo del Esposo, se gozara a la voz del Esposo; de aquí que confesara que él había recibido gratuitamente la gracia, pero que Cristo no había recibido con medida el Espíritu, sino la plenitud, de la cual recibiesen todos. *¿No estarás sujeto a Dios, alma mía?* [22] Porque no seré yo antorcha ardiente si con todo el corazón, con toda el alma, con todas mis fuerzas no amo al Señor Dios mío, puesto que sola es la caridad la que enciende para la salud, sola ella la que infunde e inflama aquel espíritu que nos prohiben extinguir. Tienes ya cómo ardió Juan y, al mismo tiempo, cómo en esto mismo también lució, si lo has advertido bien, pues no pudieras conocer su ardor si no hubiera lucido.

11. Lució, pues, como hice mención arriba, con el ejemplo, con el índice y con la palabra, declarándose a sí mismo con sus obras, a Cristo con el índice y a nosotros con la palabra. *Tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo,* dice su padre, *pues irás delante del Señor para aparejar sus caminos y para enseñar la ciencia de la salud a su pueblo* [23]. Para enseñar, dice, no la salud (puesto que no era él la luz), sino *la ciencia de la salud,* dando testimonio de la luz. *La ciencia de la salud,* añade, *para remisión de los pecados.* ¿Puede acaso el sabio tener en poco la ciencia de la salud? Pero pongamos que todavía no hubiera venido Juan, que aún no hubiera dado noticia de Cristo. ¿En dónde buscaríamos la salud? Yo he cometido un pecado grande que no se puede borrar con la sangre de los toros o cabritos, pues no se deleita ya el Altísimo en tales holocaustos. Mi memoria está inficionada de la hez de esta horrura, no hay navaja que pueda raer esta piel, porque embebió en sí toda la hez. Si me olvido de mi pecado, soy necio e ingrato; si permanece en mi memoria, me acusará él eternamente. ¿Qué haré, pues? Iré a Juan y oiré la voz de la alegría, el eco de la misericordia, la expresión de la gracia, la palabra del perdón y de la paz. *Ve ahí,* dice *el Cordero de Dios, ve ahí quien quita los pecados del mundo* [24].

[22] Ps. 61, 1.
[23] Lc. 1. 76.
[24] Io. 1. 29.

Y en otra parte añade: *El que tiene esposa, esposo es*[25]. Muestra, pues, que vino Dios, que vino el Esposo, que vino el Cordero. Por ser Dios, cierto es que puede perdonar los pecados, pero si querrá o no, está todavía en duda. Pero sí, El quiere, porque es Esposo, porque es amable. Y Juan también es amigo del Esposo, puesto que el Esposo no sabe tener sino amigos. Y aunque quiere tener una Esposa gloriosa que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, con todo eso no la busca tal (porque ¿dónde encontrarla?), sino que la crea tal El mismo y tal se la presenta a sí mismo. Escucha si no lo que dice por el profeta: *Vulgarmente se dice: ¿Acaso si la mujer duerme con otro varón volverá a su primer varón? Mas tú has fornicado con muchos amantes: vuélvete con todo eso a mí y yo te recibiré.* Mira lo que puede, mira lo que quiere.

12. Pero a ti acaso te intimide esa purificación que viene a hacer de los delitos, no sea que usando de ustión y sajadura hiera hasta los huesos y aun hasta las medulas de los huesos y te cause un dolor más grave que la muerte. Escucha: Cordero es; en mansedumbre viene, con lana y leche, justificando al impío con sola su palabra. ¿Qué cosa más fácil, según el cómico[26], que el dicho? *Pues, Señor, di una sola palabra y quedará sano mi criado*[27]. ¿Por qué, pues, vacilaremos ya, hermanos, y no nos llegaremos con toda confianza al trono de la gloria? Demos gracias a Juan, y por medio de él pasemos a Cristo, porque como dijo él mismo: .1 *El le conviene crecer y a mí disminuirme.* ¿Cómo disminuirse? En el esplendor, sin duda, no en el fervor. Retiró sus rayos, recogióse en sí mismo, para no ser como Aquel que pone a la vista todo su espíritu. *A El,* dice, *le conviene crecer,* pues él no puede ser agotado y de su plenitud reciben todos, mas a mí disminuirme, pues me han dado el espíritu con medida y siempre debo trabajar más en poder arder que en lucir. Precedí al sol como estrella de la mañana; es necesario ocultarme, nacido ya el sol. No tengo yo más que un poco de aceite con que ungirme; quiero tenerle más seguro en el vaso que en la lámpara..

---

[25] Io. 3, 29.
[26] TERENCIO, *Phorm.*, 2, 1, 70.
[27] Mt. 8, 8.

EN LA VIGILIA DE LOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO *

(28 de junio)

De los tres auxilios que recibimos de los santos

1. En las vigilias de los santos es necesario que vele el hombre espiritual que desea celebrar sus fiestas en espíritu y verdad. Pues unas son las vigilias de los mundanos, otras son las de los espirituales. Aquéllos preparan adornos más lucidos y mesas más delicadas, y acaso en las mismas vigilias hacen obras de tinieblas, se alegran cuando han hecho el mal y se regocijan en cosas pésimas. No habéis aprendido, no, a obsequiar de este modo a Cristo vosotros, que le habéis seguido, que por El lo dejasteis todo, que debéis atender con ojos vigilantes al nombre de vigilia. Porque para esto se celebran las vigilias, para que nosotros despertemos si acaso dormitamos en algún pecado o negligencia y nos apresuremos a purificarnos para celebrar las fiestas de los santos. No lo hacen así los hijos de este siglo, no lo hacen así, porque ellos son poderosos para beber vino y valientes para embriagarse, para dormirse después en el seno de sus crímenes y delitos. Pero atended a una cosa: Los que están embriagados, lo están por la noche; y los que duermen, por la noche duermen; y en vano suena para ellos el nombre de las vigilias santas, pues quieren ellos más bien dormir que velar. Mas vosotros no sois hijos de la noche ni de las tinieblas, sino de la luz y del día, por lo cual os preocupan los días del nacimiento de los santos y no os hallan desprevenidos.

2. Tres cosas son, pues, las que debemos considerar con diligencia en las festividades de los santos: el auxilio del santo, su ejemplo y nuestra confusión. El auxilio suyo, reflexionando que el que fué poderoso en la tierra es más poderoso en los cielos ante el rostro del Señor Dios suyo. Pues si cuando aún vivía en la tierra tuvo misericordia de los pecadores y oró por ellos, ahora, cuanto más verdaderamente conoce nuestras miserias, tanto con mayor interés ora por nosotros al Padre, porque aquella dichosa patria no inmutó su caridad, sino que la aumentó. Ni por haberse

* PL 183, 403.

hecho enteramente incapaz de padecer, se ha hecho incapaz de compadecerse, sino que ahora más bien se viste las entrañas de misericordia cuando asiste ante la fuente de la misericordia. Hay también otra causa que impele más a los santos para que estén solícitos por nosotros, porque, según la voz del Apóstol, Dios provee a nuestro favor que ellos no reciban el complemento de su dicha sin nosotros, como dice el santo David: *A mí me aguardan los justos hasta que me des la recompensa*[1]. Debemos atender también a su ejemplo, porque mientras moraron en la tierra y conversaron con los hombres, no declinaron a la diestra ni a la siniestra, sino que anduvieron siempre por el camino real hasta llegar al encuentro de aquel Señor que dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*[2]. Mirad la humildad de sus obras y la autoridad de sus palabras, y entonces veréis cómo así con el ejemplo como con la palabra lucieron entre los hombres; veréis cuáles son las huellas que dejaron para que caminemos por ellas y no erremos. Verdaderamente, según el profeta: *La senda del justo es recta, recta es la calle del justo para andar*[3].

3. Pero también si con diligente atención miramos estas virtudes nos llenaremos de confusión, porque los santos fueron hombres semejantes a nosotros, pasibles, formados del mismo barro de que nosotros somos formados. ¿En qué consiste, pues, que creemos no sólo difícil, sino imposible hacer las obras que ellos hicieron y seguir sus pisadas? Confundámonos, hermanos, y temblemos a vista de sus ejemplos, por si acaso esta confusión nos trae consigo la gloria, y este temor engendra en nosotros la gracia. Hombres fueron estos que nos precedieron y que tan admirablemente procedieron por los caminos de la vida, que apenas acertamos a creer que fueran hombres. Así, pues, en la solemnidad de los santos debemos alegrarnos y confundirnos; alegrarnos, porque van delante de nosotros nuestros patronos; confundirnos, porque no sabemos imitarlos. De esta suerte nuestro gozo en este valle de lágrimas debe sazonarse siempre con el pan de las lágrimas, a fin de que el llanto no sólo ocupe el término de los gozos, sino también los comienzos de él; por cuanto, aunque es grande la materia de los gozos, es grandísima también la

[1] Ps. 141. 8.
[2] Io. 14. 6.
[3] Is 26. 7.

de los dolores. *Me acordé de Dios,* clama el justo, *y me sentí deleitado de gozo;* pero al punto añade: *Desfalleció mi espíritu, fuí turbado y no hablé* [4].

4. Mas si debemos pensar estas cosas en las vigilias de cada uno de los santos, ¿qué haremos en la solemnidad de los santos y sumos apóstoles? Hablo de San Pedro y San Pablo. Bastaría la festividad de uno solo para infundir alegría a toda la tierra, pero se juntó la de ambos para que esta alegría sea colmada; porque así como se amaron en vida, así también en la muerte no están separados. ¿Qué cosa más poderosa que ellos mientras estuvieron en la tierra? ¡Puesto que al uno se le entregaron las llaves del reino de los cielos y al otro el magisterio de las gentes; el uno, a Ananías y Safira da la muerte con una sola de sus palabras; el otro da todo lo que da en nombre de Cristo, y cuanto se siente más débil en sí, tanto se hace más fuerte y poderoso en Cristo. ¿Cuánto más poderosos serán en los cielos los que fueron en la tierra tan poderosos? ¿Y quiénes nos dejaron mayores ejemplos que éstos, los cuales en el hambre y en la sed, en el frío y en la desnudez y todas las demás cosas que cuenta San Pablo fueron afligidos continuamente, hasta que por fin subieron por el dichoso martirio a los reinos celestiales? Verdaderamente queda para nosotros el rubor de la confusión, y apenas nos atrevemos a mirarlos, por no decir a imitarlos. Supliquémosles, pues, que nos hagan propicio a su amigo y a nuestro Juez, el cual es Dios bendito por todos los siglos. Amén.

EN LA FIESTA DE LOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO *
(29 de junio)

1 De la triple custodia que ejercen los apóstoles sobre nosotros y de tres grados en nuestro modo de vivir **

1. Amaneció para nosotros la solemnidad gloriosa que los esclarecidos mártires, los capitanes de los mártires, los príncipes de los apóstoles consagraron con su ilustre muer-

[4] Ps. 76, 4 y 5.
* PL 183, 405-416.
** PL 183, 405.

te. Estos son Pedro y Pablo, los dos grandes luminares que colocó Dios en el cuerpo de su Iglesia como duplicada lumbre de sus ojos. Estos me han dado a mí para maestros y mediadores a quienes me pueda yo entregar seguramente, porque me hicieron manifiestos los caminos de la vida, y mediando ellos podré subir a aquel Mediador que vino a pacificar, por su sangre, las cosas que están en el cielo y las que están en la tierra. El es purísimo en una y otra naturaleza; no hizo pecado ni en su boca se encontró dolo. ¿Cómo, pues, me atreveré a llegarme a El yo, que soy un pecador, que le he ofendido sobremanera, que he pecado sobre el número de las arenas de la mar, no pudiendo ser El más puro ni yo más impuro? De temer es no caiga en manos de Dios vivo, si presumo acercarme o llegarme a El, pues entre El y yo hay tanta diferencia cuanta distancia hay entre lo bueno y lo malo. Por eso Dios me dió a mí estos hombres, que fuesen hombres y pecadores, y grandísimos pecadores, que en sí mismos y de sí mismos hubieran aprendido cómo debían usar de misericordia con los demás, porque habiendo sido ellos reos de grandes crímenes, fácilmente perdonarán los grandes crímenes, y en la medida que a ellos se les midió nos medirán a nosotros. Cometió el apóstol San Pedro un grande pecado, y acaso el mayor de todos; y tan prontísima como facilísimamente consiguió el perdón, y de tal suerte lo consiguió que nada perdió de la singularidad de su primacía. Pablo también fué gran pecador, pues contra las mismas entrañas de la Iglesia naciente tan singular como incomparablemente se encrudeleció, y, sin embargo, fué traído a la fe por la voz del mismo Hijo de Dios, y a pesar de tantos males que hizo contra Cristo, se vió colmado por El de tantos bienes que fué hecho vaso de elección para llevar su nombre delante de las gentes, de los reyes y de los hijos de Israel; digno vaso y lleno de tan celestiales manjares que el sano puede tomar de él sustento y el enfermo medicina.

2. Tales pastores y doctores convenía se diesen al linaje humano, que no sólo fuesen dulces y poderosos, sino sabios también. Dulces, para que me recibiesen a mí blanda y misericordiosamente; poderosos, para que me protegiesen valerosamente; sabios, para que me guiasen al camino y por el camino que va a la ciudad. ¿Qué cosa más dulce que Pedro, el cual llama a sí tan afablemente a los pecadores, como testifican los Actos de los Apóstoles y sus

mismas Cartas? ¿Qué cosa más poderosa que él, a quien obedeció la tierra cuando le restituyó los muertos, y el mar, que se dejó pisar de sus plantas, que derribó con el aliento de su boca a Simón Mago que andaba volando por los aires [1], que recibió las llaves del reino de los cielos con tanta singularidad que precede la sentencia de Pedro a la sentencia del cielo? En efecto, a él le dijo Cristo: *Todo lo que ates sobre la tierra será atado también en los cielos, y todo lo que desates sobre la tierra será desatado también en los cielos* [2]. ¿Qué cosa más sabia que él, a quien no la carne y la sangre, sino el Padre, que está en los cielos, reveló con tanta largueza aquella sabiduría que es de los cielos? Gustosísimamente sigo a Pablo, que en fuerza de su excesiva dulzura llora por los que pecaron y no hicieron penitencia, que es más fuerte que todo principado y potestad, que trajo la sabiduría y medula de los sagrados misterios en tanta abundancia, no del primero ni del segundo, sino del tercer cielo [3].

3. Estos son nuestros maestros, los cuales aprendieron plenamente los caminos de la vida del maestro de todos y nos los enseñan hasta el día de hoy. ¿Qué nos enseñaron o qué nos enseñan los apóstoles santos? No el arte de pescar, no el de hacer tiendas u otro semejante a éstos; no a leer a Platón, no a manejar las sutilezas de Aristóteles, no a aprender siempre y nunca llegar a la ciencia de la verdad. Nos ENSEÑARON A VIVIR. ¿Piensas que es poco el saber vivir? Cosa grande es, o, más bien, grandísima. No vive el que se infla con la soberbia, el que se ensucia con la lujuria, el que con las demás pestes de vicios se inficiona; porque no es esto vivir, sino dar vuelcos a la vida, precipitándola hacia las puertas de la muerte. La buena vida juzgo yo que consiste en padecer males, hacer bienes y perseverar así hasta la muerte. Dícese vulgarmente que el que bien se alimenta, bien vive. Pero se desmintió a sí misma la iniquidad, porque no vive bien sino quien hace lo bueno.

4. Mas juzgo que tú, que vives en congregación, vivirás bien si vives ordenadamente, sociablemente y humildemente; ordenadamente para ti, sociablemente para el prójimo, humildemente para Dios. Ordenadamente, de modo que en toda tu conducta seas solícito en observar y medir

[1] Act. 8, 20. [2] Mt. 16, 19. [3] 2 Cor. 12, 4.

tus acciones delante de Dios y delante del prójimo, guardándote a ti del pecado y a él del escándalo. Sociablemente, procurando ser amado y amar, mostrándote blando y afable, soportando no sólo con paciencia, sino con gusto, las enfermedades de tus hermanos, así de las costumbres como de los cuerpos. Humildemente, de suerte que, habiendo hecho todo esto, procures alejar de ti el espíritu de vanidad que suele nacer de tales cosas, y por más que lo sientas, negarle el consentimiento. Así también en padecer el mal, por ser éste de tres modos, es preciso que apliques tú una triplicada providencia. Porque hay un mal que padeces de ti mismo, otro del prójimo y otro de Dios. El primero es la austeridad de la penitencia ; el segundo, la vejación de la ajena malicia ; el tercero, el azote de la corrección divina. En lo que padeces de ti, debes aceptarlo voluntariamente ; en lo que padeces del prójimo, debes sufrirlo pacientemente ; en lo que padeces de Dios, debes sostenerlo sin queja y con acción de gracias. No lo hacen así muchos hijos de Adán, que caminan errantes por la soledad y por una tierra sin agua. Erraron, ciertamente, y yerran el camino de la verdad los que, apartándose a la soledad de la soberbia, no quieren tener una vida sociable y cuya singularidad no admite compañía. Pero, además, andan errantes por un terreno sin agua, porque con ninguna lluvia de lágrimas compungidos, habitan en una tierra estéril y castigada con perpetua sequía del celestial rocío. Por eso no encontraron el camino de la ciudad que debían habitar, porque envejecidos en la tierra extraña, se mancharon con los muertos y fueron contados entre aquellos que están en el infierno.

5. No era así aquel solitario de quien dice Jeremías : *Bueno es para el varón el haber llevado el yugo desde su adolescencia. Sentaráse solitario y callará, porque se levantó sobre sí mismo*[1]. Aquéllos anduvieron errantes, éste se sentará. Aquéllos siempre yerran en su corazón, mas éste no se sienta, sino que se sentará solitario, y, lo que es más aún, este buen solitario se sentará un día en su trono cuando recibiere el honor de la singularidad, a saber, la insignia de aquella potestad judicial que poseerán los santos en su tierra cuando posean la alegría sempiterna. Callará también, esto es, juzgará con tranquilidad, así como el Señor de los ejércitos juzga con tranquilidad to-

[1] Thren. 3. 27 y 28.

das las cosas. ¿Por qué? *Porque se levantó sobre sí mismo*, esto es, siendo él joven y sintiendo los ardores de la deleznable edad, tomó la persona del anciano, dejando lo que era y recibiendo lo que no era. *Levantóse*, dice, *sobre sí*, porque no mira a sí, sino a aquel Señor que está sobre él. Se sentará y callará también ahora, no atendiendo al estrépito del mundo, al estrépito de los pensamientos carnales, al estrépito de las diabólicas sugestiones. Dichosa el alma que no escucha estas lenguas, aunque las oiga, pero más dichosa aquella (si es que hay alguna) a quien enteramente ya no le hablan. Esta es la sabiduría que hablaba el Apóstol entre los perfectos [5], sabiduría que está escondida en un misterio impenetrable y que ningún príncipe de este mundo ha conocido. De este modo me enseñaron los apóstoles a vivir y a elevarme. Gracias te doy, Señor Jesús, que has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a estos párvulos que te han seguido a ti y han dejado todas las cosas por tu nombre.

2*

1. Estos santos, cuyo martirio se celebra hoy solemnemente, muchos motivos nos dieron para hablar de ellos y mucha materia también. Pero yo temo una cosa, y es que suceda que, oídas tantas veces las palabras de salud, comiencen a ser desestimadas por nosotros como palabras. Porque la palabra de un hombre es una cosa vil y volátil, de ningún bulto, de ningún peso, de ningún precio y de ninguna solidez. El aire azota, y por eso se llama palabra, atendida la expresión latina que la significa, y como la hoja que arrebata el viento, desaparece ella también y no hay quien lo considere. Ninguno de vosotros, hermanos, reciba así; más bien ninguno de vosotros desprecie así la palabra de Dios. Porque yo os digo de verdad: BUENO HUBIERA SIDO PARA ÉL si aquel hombre no la hubiera oído. Frutos de vida son las palabras de Dios, no hojas; y si son hojas, de oro son. Por tanto, no sean tenidas en poco, no se nos pasen por alto, no se nos vuelen por encima de nosotros. Coged hasta los mismos fragmentos, no se pierdan.

[5] 1 Cor. 2, 6-8.

* PL 183, 408.

Porque la tierra que haya recibido muchas veces la lluvia que viene de arriba y no dé fruto es tierra réproba y está próxima a la maldición [1]. Así también si aquella higuera estéril, que se lee en el Evangelio, después que el labrador cave alrededor de ella y eche basura se halla no menos estéril todavía, ¿acaso ya no se habrá de poner el hacha a la raíz de este árbol?

2. Y yo no dudo deciros a vosotros: si halla menos bien en los seculares el Señor, mayor paciencia ha de tener en ellos que en nosotros, para quienes ha segregado la lluvia voluntaria de los consuelos celestiales, a quienes no ha faltado ni la escarcha de la disciplina ni el abono de la pobreza y abatimiento. ¿Acaso no son basuras las abominaciones de los egipcios que inmolamos al Señor Dios nuestro? Basuras ciertamente viles al aspecto, pero útiles para el fruto. No deseche esta fealdad el que desea la fecundidad, puesto que de un deforme montón de basuras que se lleva al campo saldrá un hermoso cúmulo de manojos que se traerá del campo. Por tanto, no se envilezca para vosotros esta vileza preciosa, sino más bien reputad el improperio de Cristo por más precioso que los tesoros de Egipto. Pero aun teniendo el muladar terreno nosotros, no nos falta tampoco la lluvia celestial, la cual es la devoción de las oraciones, la rumia gustosa de los salmos, la dulce meditación y la consolación de las Escrituras divinas. Finalmente, lluvia es también que recibís por mi boca, si alguna vez del río cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios y del torrente de su delicia, sucede que destilan algunas gotas sobre vosotros cuando de estas cosas os hablamos.

3. Pero tengo necesidad de cavar alrededor algunas veces, supuesto que me pusieron por guarda y labrador en las viñas. ¡Ay! Yo que no he cultivado la mía ni la he guardado, con todo eso tengo la necesidad, mientras ocupo este puesto, de cavar alrededor y de aplicar la basura. Molesto es, sin duda, esto, pero no me atrevo a dejarlo de hacer, pues sé que mucho más ha de dañar el hacha que la azada y el fuego que el estiércol. Así, pues, es preciso algunas veces argüir e increpar; ni ignoro que es estiércol la palabra de increpación, la palabra de improperio, y que si la necesidad no lo excusa es menos decente también al que

[1] Hebr. 6. 8.

lo profiere. Pero ¿qué haremos, que, aunque vemos a algunos encrasarse con esta basura, otros como que son apedreados y endurecidos con ella? Porque de aquí se escribió: *Con el estiércol de los bueyes será apedreado el perezoso*[2]. ¿Acaso no se encrasa el que, reprendido, recibe la increpación benignamente, responde con mansedumbre y procura con gusto enmendarse? Esta es, llanamente, una saludable y fecunda grosura; que el justo me corrija en misericordia y me increpe, mas el aceite de los pecadores no engruese mi cabeza. Porque de aquella grosura que engendra el aceite de los pecadores brotan con más abundancia las espinas y abrojos y toda raíz de amargura arroja más copiosamente. Así, pues, el que llama misericordia a la increpación de los justos, bastante indica de qué modo debe recibirse, con qué ánimo tan benigno, con qué interior tan devoto y en cuánta estima se le debe tener. Recibiéndola así nosotros, será una grosura saludable y no fértil de vicios como el aceite de los pecadores, sino de aquel fruto que, según el Apóstol, tenemos ahora para santificación. ¿Qué haremos contigo, perezoso, que a esta misericordia te irritas más y te exasperas? ¿Por ventura no esparcí buena basura en tu campo? Pues ¿cómo tiene piedras? Pero tú, hombre enemigo (porque *el que ama la iniquidad aborrece su alma*), tú, hombre enemigo, repito, has hecho esto, pues prosiguiendo no en desechar, sino en excusar tu desidia, perviertes y truecas la basura en piedras para ti, y de donde debías ser encrasado eres apedreado. Sean dichas estas cosas, hermanos, para que conozcáis cuán benignamente se debe oír, cuán devotamente se debe recibir, cuán solícitamente se debe conservar todo lo que pertenece a la salud de las almas, y no como palabras de hombres, sino (lo que verdaderamente es) como palabra de Dios, ya sea palabra de consolación la que se oye, ya sea de amonestación, ya sea también de increpación. He excedido, lo confieso, olvidado casi de la misma festividad; pero (como juzgo) no se os imputará a necedad a vosotros si firmemente se fijan en el ánimo las cosas que oísteis.

4. Y ahora procuremos decir algo acerca de la solemnidad, aunque sea brevemente. Se celebra el día festivo de los apóstoles de Cristo, a quienes sé que debemos nosotros

[2] Eccli. 22. 2.

mucho honor, pero que podamos exhibirles alguno que sea digno de ellos, lo dudo bastante. Porque sobremanera han sido honrados tus amigos, ¡oh Dios!, sobremanera ha sido confirmado el principado de ellos. ¿Qué, pues? Si puestos todavía en la tierra lo podían todo, no ciertamente en sí, sino en Cristo, ¿que no podrán viviendo hoy en la eterna felicidad con El mismo? Siendo aún mortales y que habían de morir, parecía que tenían el imperio de la vida y de la muerte, dando muerte con sola la palabra a los vivos y resucitando a los muertos, ¿cuánto más ahora, que han sido honrados, se habrá confortado sobremanera el principado de ellos? Pero ¿qué digo, hermano? ¿Por ventura, al celebrar hoy la dichosa memoria de los apóstoles, se hace la solemne conmemoración del nacimiento o conversión de ellos o de su vida o de sus milagros? No es esta solemnidad de su humano nacimiento, así como poco ha celebrasteis el día del nacimiento de San Juan. Pues éste es honrado naciendo, porque nació santificado. Finalmente, en San Juan sólo es más célebre la natividad que la pasión, porque, aunque padeció por Cristo cuando murió por la verdad y justicia, nació con más evidencia por El, siendo un hombre enviado por Dios, que nació y vino al mundo para dar testimonio de la verdad. Mas ni hoy hacemos particular mención de la conversión de los apóstoles o de sus milagros, lo cual hace la Iglesia en otros determinados días cuando trae a la memoria con festivos gozos la conversión del uno y la liberación del otro de la cárcel ejecutada por un ángel. Veremos, pues, hoy con especialidad la muerte, la cosa que al juicio humano causa más horror entre los hombres.

5. Considerad, hermanos, el juicio de la Iglesia santa, la cual juzga, no según el semblante, sino según la fe. Porque ella hace memoria de la muerte de los apóstoles en la principal solemnidad de ellos. Hoy fué crucificado Pedro, hoy fué degollado Pablo. Esta es la causa de la festividad de hoy, ésta la materia de los presentes gozos. Celebrando, pues, sobre esto un día festivo y alegre, sin duda la Iglesia tiene el espíritu del Esposo, el espíritu del Señor, en cuya presencia (como tienes en el salmo) *es preciosa la muerte de los santos*. Porque ¿cuántos creemos que estuvieron presentes cuando padecían los apóstoles, los cuales de ningún modo tendrían envidia de su preciosa muerte? Pareció que morían a los ojos de los insipientes

y se reputó aflicción la salida de ellos ; y así, ciertamente, fueron vistos a los ojos de los insipientes morir. *Mas yo veo,* dice el profeta, *que sobremanera han sido honrados tus amigos, Dios mío, que sobremanera ha sido confortado el principado de ellos* [3]. Hermanos, los amigos de Dios parecen morir a los ojos de los insipientes, pero en los ojos de los sabios se juzga, más bien, que duermen. En fin, Lázaro dormía porque era amigo ; y cuando El dé a sus amados el sueño, entrará a gozar de la herencia del Señor.

6. Procuremos, pues, hermanos míos, vivir la vida de los justos, pero deseemos mucho más aún morir con la muerte de ellos. Porque la sabiduría mira sobre todo el fin de los justos y nos juzgará según entonces nos encuentre. Es necesario, por consiguiente, que el fin de la vida presente tenga coherencia con el principio de la futura, porque entonces es desechada toda desemejanza. Pues así como si alguno quiere, por explicarme de este modo, coser juntamente o atar dos cintas, cuida poco de las demás partes, y sólo dispone uniformemente las puntas que se han de unir, para que no estén desiguales entre sí, así os digo a vosotros, por más que nuestra conducta haya sido espiritual, si fuere carnal nuestra consumación, ya no cuadra totalmente con aquella vida espiritual, por cuanto ni la carne ni la sangre podrán poseer el reino de Dios. *Hijo,* dice el Sabio, *acuérdate de tus novísimos y no pecarás.* Sin duda, porque este recuerdo principalísimamente hace al hombre timorato, el temor expele al pecado y cierra la entrada a la negligencia.

7. De aquí es que Moisés dice de algunos : *¡Ojalá que tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen sus postrimerías!* [4] En las cuales palabras ciertamente veo que se nos encargan tres cosas : la sabiduría, la inteligencia y la providencia. Y juzgo que ellas se pueden asignar a tres tiempos, para que se reforme en nosotros como una imagen de la eternidad, disponiendo lo presente por la sabiduría, juzgando lo pasado por la inteligencia, previendo lo futuro con la precaución. Esta es la suma de la vida espiritual, ésta la forma de todo espiritual ejercicio : que dispongamos sabiamente nuestras cosas presentes, repasemos lo pasado en la amargura de nuestra alma y proveamos también a lo futuro solícitamente. *Sobria, y justa, y piadosamente vi-*

[3] Eccl. 7. 40.
[4] Deut. 32. 29.

vamos en este siglo[5], dice el Apóstol, de modo que respecto de lo presente observemos la sobriedad, que redimamos los tiempos pasados, que se nos fueron sin frutos de salud, con justa satisfacción, y que opongamos el escudo de la piedad a los peligros que nos amenazan para lo futuro. Porque sola es la piedad la que vale para todas las cosas, la cual es el culto de Dios humilde y devoto, ni de otra suerte podemos proveer a nuestros novísimos, si no es que, reflexionando con solícito pensamiento todos los peligros que parecen amenazarnos, aprendamos a desconfiar enteramente de nuestra industria, y mucho más de nuestros méritos, y nos encomendemos a la sola protección divina con un piadoso afecto del alma y con el efecto de una pura intención hacia Aquel de quien procede toda dádiva óptima y todo don perfecto, toda consumación feliz y toda muerte preciosa.

8. Tenemos en el Evangelio también estas tres cosas recomendadas por la palabra del Señor: *Bienaventurados*, dice, *los pobres, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que lloran*. Bienaventurados los que saborean las cosas futuras y con cierto sabor interno, nacido del deseo de las cosas celestiales, desechan las presentes. Bienaventurados los que prevén los novísimos, recibiendo con mansedumbre la palabra sembrada en ellos que puede salvar sus almas y caminan con la piedad del corazón a la futura herencia. Bienaventurados los que, llegando a entender su anterior error, lavan su lecho con continuas lágrimas. ¿Ves lo que desea el varón santo, lo que desea alcanzar para aquellos por quienes ora? *¡Ojalá*, dice, *tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen sus postrimerías!* Como si más claramente dijera: ¡Ojalá hubiera en ellos espíritu de sabiduría, de inteligencia y de consejo! ¡Ojalá se encuentre en nosotros esto, hermanos, para que dispongamos suavemente todas nuestras cosas por la sabiduría, condenemos los pecados pasados por el entendimiento y proveamos a lo futuro por el consejo! Ojalá tengamos sabiduría para el gobierno de la vida presente, ojalá entendamos para la enmienda de la pasada, ojalá que con una fe devota para con Dios preveamos lo futuro, a fin de que, por su miseri-

[5] Tit. 2. 12.

cordia, tengamos una consumación feliz. En esto consiste aquella triplicada cuerda con que somos llevados a la salud : en una conducta de vida ordenada, en un juicio recto y en una fe devota.

3 Sobre la lección del libro de la Sabiduría : «Aquéllos fueron varones misericordiosos», etc. *

1. Con razón, hermanos míos, aplica nuestra madre la Iglesia a los santos apóstoles lo que se lee en el libro de la Sabiduría : *Aquéllos fueron varones misericordiosos cuyas obras de piedad no han caído en el olvido. En su descendencia permanecerán sus bienes* [1]. Son, pues, estos varones misericordiosos o porque consiguieron misericordia, o porque están llenos de misericordia, o porque nos fueron dados por Dios misericordiosamente. Y mira primeramente qué misericordia consiguieron ellos. Pregúntale a Pablo, o más bien escucha lo que espontáneamente confiesa él de sí mismo : *Yo fuí blasfemo y perseguidor e inicuo, pero he conseguido misericordia de Dios* [2]. ¿Quién no oyó cuántos males causó a los santos en Jerusalén? Ni sólo en Jerusalén, sino que por toda la Judea era llevado por las riendas de un loco furor para despedazar en la tierra los miembros de Cristo. Conducido por esta furia iba andando camino de Damasco, cuando fué prevenido por la gracia de Dios. Iba respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, y fué hecho discípulo del Señor mostrándole El cuánto convenía que padeciese por su nombre [3]. Iba exhalando por todo el cuerpo cruel ponzoña, y súbitamente fué hecho vaso de elección, de modo que ya de su corazón brotaba la palabra buena, la palabra piadosa, y decía : *Señor, ¿qué quieres que haga?* Esta, sin duda, ésta fué una mutación que hizo la diestra del Excelso. Por tanto, justamente decía : *Palabra fiel y digna de todo aprecio, que el señor Jesús vino a hacer salvos a los pecadores, de los cuales el primero soy yo* [4]. Recibid, pues, hermanos míos, del bienaventurado Pablo esta confianza y consuelo para que, convertidos ya a Dios, no os atormente demasiado la memoria de los pasados delitos, sino que solamente

* PL 183, 412.
[1] Eccl. 44, 10 y 11.
[2] 1 Tim. 1, 13.
[3] Act. 9, 1.
[4] 1 Tim. 1, 15.

os humille como a él le humillaba. *Yo soy*, dice, *el mínimo de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol porque perseguía a la Iglesia de Dios*[5]. Así también nosotros humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, y tengamos confianza, porque igualmente nosotros hemos conseguido misericordia, hemos sido lavados, hemos sido santificados. Y esto debe entenderse de todos nosotros, porque todos pecamos y necesitamos de la gloria de Dios.

2. Pero en San Pedro tengo otra cosa que poneros delante, tanto más preciosa cuanto más rara, y tanto más sublime cuanto más singular. Porque pecó Pablo, pero hizo esto en su ignorancia antes de tener la fe de Cristo y de su Iglesia. Mas Pedro cuando pecó tenía ya los ojos abiertos a la fe. Ciertamente allí donde abundó el delito sobreabundó también la gracia. Porque esos que pecan antes que conozcan a Dios, antes que hayan experimentado sus misericordias, antes que hayan llevado el yugo suave y la carga leve, antes que hayan recibido la gracia de la devoción y los consuelos del Espíritu Santo, en ésos, vuelvo a decir, es copiosa la redención. Y tales fuimos todos nosotros. Pero de aquellos que después de su conversión se enredan en pecados y vicios, ingratos a la gracia que han recibido, y después de haber echado la mano al arado miran atrás, haciéndose tibios y carnales, o después de haber conocido el camino de la verdad retroceden hechos apóstatas manifiestos, de estos tales, repito, hallarás muy pocos que vuelvan al antiguo estado, sino que más bien manchados ya una vez se manchan todavía más. Sobre los cuales llora el profeta diciendo: *¿Cómo se ha obscurecido el oro, cómo se ha mudado su color antes tan bello? Y los que se criaban en vestidos de púrpura, ¿cómo abrazaron la basura?*[6]

3. Mas con todo eso, si hay alguno que sea de éstos, no desesperemos de él, con tal de que quiera levantarse luego. Porque cuanto más tiempo permaneciese en este mal estado, tanto más dificultosamente saldría. Bienaventurado el que coja y quebrante los párvulos de Babilonia en la piedra, pues si crecieren, apenas podrán ser vencidos. Amados hijos míos, esto os digo para que no pequéis. Mas si alguno peca, tenemos un abogado delante del Padre, el cual puede lo que de ningún modo podemos nosotros, con

[5] 1 Cor. 15, 9.
[6] Thren. 4, 1.

tal que el que cayó no añada para mal suyo el caer más profundamente, sino que más bien quiera levantarse, confiando que no se le negará el perdón si de corazón confesare sus pecados. Porque si Pedro, de quien hablamos, después de haber dado tan grave caída se elevó a tanta eminencia de santidad, ¿quién en adelante desesperará si él quiere de veras salir de sus pecados? Atiende a lo que está escrito: *Saliéndose fuera lloró amargamente* [7]. En su salida entiende tú la confesión de la boca, en el llanto amargo la compunción del corazón. Y observa que entonces, por la primera vez, se acordó de la palabra que había pronunciado Jesús; entonces, por la primera vez, tuvo en el corazón aquella palabra con que había sido predicha su flaqueza, cuando se desvaneció su temeridad presumida. ¡Ay de ti si después de la caída te nos muestras más fuerte y altivo! ¿Cómo eres tan inflexible para daño tuyo? Mas antes inclínate, para que seas levantado mejor, y no estorbes que sea quebrantado lo que está torcido para que pueda mejor solidificarse. ¿Qué te enojas de que cante el gallo? Enójate más bien contigo mismo. *Una lluvia voluntaria,* dice el profeta, *destinaste, ¡oh Dios!, para tu heredad, y ella enfermó.* Dichosa aflicción aquella que se destina a la heredad y que no aparta de sí al médico, porque a los endurecidos, cual si fueran vasos de barro, los quebrantará con vara de hierro. *Tu heredad,* añade el salmista, *se ha visto afligida, pero tú la has recreado* [8].

4. Habéis oído la misericordia que consiguieron nuestros apóstoles, para que ya ninguno de vosotros se confunda más de lo necesario, acerca de sus pecados pasados, después de haberse compungido en el interior de su conciencia. ¿Qué? ¿Pecaste acaso en el siglo? ¿Por ventura más que Pablo? ¿Pecaste también en la misma religión? ¿Por ventura más gravemente que Pedro? Sin embargo, ellos, haciendo penitencia con todo su corazón, no sólo consiguieron la salud, sino la santidad; más aún, alcanzaron el ministerio de la salud y el magisterio de la santidad. Tú, pues, haz de la misma manera, porque para ti dice la Escritura que son estos varones misericordiosos, sin duda por la mucha misericordia que merecieron conseguir.

5. Puedes también sin inconveniente entender aquí que los apóstoles fueron *varones misericordiosos,* porque

[7] Mt. 26. 75.
[8] Ps. 67. 10.

estuvieron llenos de misericordia o porque fueron dados misericordiosamente a la universal Iglesia. Pues sabemos que estos hombres no vivieron para sí, ni para sí murieron, sino para aquel Señor que murió por ellos, mejor diríamos para todos nosotros a causa de El. En efecto, ¿cuánto nos aprovechará su piedad y justicia, si, como acabamos de ver, tanto nos han aprovechado sus mismos pecados? A nuestro provecho conspira su vida, su doctrina y aun su muerte misma, porque nos dieron estos bienaventurados apóstoles en su conversión la continencia, en su predicación la sabiduría, en su pasión la paciencia. Hasta hoy no cesan de darnos, llenos de misericordia, además de estas tres cosas, otra, que es el fruto de sus santas oraciones. Aunque también en su misma vida tenemos otra cosa que contar, es a saber, la confianza que nos dieron en la ostensión de sus milagros. ¿Y quién contará los muchos beneficios que nos han venido por ellos? Bien, pues, dice la Escritura que *son unos varones misericordiosos*. Y añadió: *Cuyas obras de piedad no han caído en olvido*.

6. ¿Quieres que tus obras tampoco caigan en olvido? Guárdate de tres géneros de peligro y florecerán para siempre delante del Señor. Pues tienes escrito: *Porque eres tibio comenzaré a vomitarte de mi boca* [9]. Tienes escrito: *Si se aparta el justo de su justicia... todas cuantas obras buenas había él hecho antes se echarán al olvido* [10]. Tienes escrito, finalmente, que se dirá a algunos en el juicio: *No os conozco* [11], a aquellos, sin duda, que recibieron ya su recompensa. Conque toda justicia tibia, toda justicia transitoria, toda justicia aparente se echará al olvido delante de Dios. Pero no así las justicias de los santos apóstoles, lo cual se ve por lo que se sigue: *En su descendencia permanecerán sus bienes*. Duran hasta hoy en nosotros las huellas de los apóstoles, y su religión, porque es de Dios, no puede deshacerse. Los vestidos del pueblo israelítico cuarenta años perseveraron enteros en el desierto; mucho más durarán los vestidos de los apóstoles que estuvieron puestos sobre el jumentillo del Salvador. *A su posteridad,* dice. ¿Cuál es su posteridad? Porque seguidamente se añade: *Una nación santa son los hijos de sus hijos* [12]. Una misma cosa son verdaderamente la posteridad y los hijos. ¿Os acordáis a lo que creo (pues hablo con

[9] Apoc. 3, 24.
[10] Ez. 18, 24.
[11] Mt. 7, 23.
[12] Gen. 38, 8.

los que tienen noticias de la ley), os acordáis, repito, del mandato de la ley, según el cual el hermano que sobreviviere a su hermano que murió sin hijos debía suscitarle una posteridad? ¿Quién se resigna a carecer de posteridad? *Por lo que a mí toca,* dice Cristo, *estoy solo hasta que pase.* Y por eso dijo después de resucitado: *Anda, di a mis hermanos,* como si dijera: Hermanos son, hagan lo que corresponde a los hermanos. Ellos, pues, nos engendraron por el Evangelio, pero con todo eso no para sí, sino para Cristo, porque nos engendraron por el Evangelio de Cristo. De ahí es que llevó a mal San Pablo que algunos se apellidasen con el nombre de aquellos que les habían convertido a la fe por el Evangelio, indignándose contra los que decían: *Yo soy de Pablo, yo de Cefas, yo de Apolo,* queriendo más bien que todos se hiciesen de Cristo y se llamasen de Cristo. Así, pues, somos posteridad de los apóstoles por la predicación, pero por la adopción y la herencia somos de Cristo y también hijos de los hijos de los apóstoles.

EN LA ASUNCION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA *

(15 de agosto)

1 De los dos recibimientos, de Cristo y de María **

1. Subiendo hoy a los cielos la Virgen gloriosa, colmó sin duda los gozos de los ciudadanos celestiales con copiosos aumentos, pues ella fué la que, a la voz de su salutación, hizo saltar de gozo a aquel que aun vivía encerrado en las maternas entrañas. Ahora bien, si el alma de un párvulo aún no nacido se derritió en castos afectos luego que habló María, ¿cuál pensamos sería el gozo de los ejércitos celestiales cuando merecieron oír su voz, ver su rostro y gozar de su dichosa presencia? Mas nosotros, carísimos, ¿qué ocasión tenemos de solemnidad en su asunción, qué causa de alegría, qué materia de gozo? Con la presencia de María se ilustraba todo el orbe, de tal suerte que aun la misma patria celestial brilla más lucidamente iluminada con el resplandor de esta lámpara virginal. Por eso con ra-

* PL 183, 415-430
** PL 183, 415.

zón resuena en las alturas la acción de gracias y la voz de alabanza, pero para nosotros más parece debido el llanto que el aplauso. Porque ¿no es por ventura natural, al parecer, que cuanto de su presencia se alegra el cielo otro tanto llore su ausencia este nuestro inferior mundo? Sin embargo, cesen nuestras quejas, porque tampoco nosotros tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos aquella a la cual María purísima llega hoy. Y si estamos señalados por ciudadanos suyos, razón será que, aun en el destierro, aun sobre la ribera de los ríos de Babilonia, nos acordemos de ella, tomemos parte en sus gozos y participemos de su alegría, especialmente de aquella alegría que con ímpetu tan copioso baña hoy la ciudad de Dios, para que también percibamos nosotros las gotas que destilan sobre la tierra. Nos precedió nuestra reina, nos precedió, y tan gloriosamente fué recibida, que confiadamente siguen a su Señora los siervecillos clamando: *Atráenos en pos de ti y correremos todos al olor de tus aromas*[1]. Subió de la tierra al cielo nuestra Abogada, para que, como Madre del Juez y Madre de misericordia, trate los negocios de nuestra salud devota y eficazmente.

2. Un precioso regalo envió al cielo nuestra tierra hoy, para que, dando y recibiendo, se asocie, en trato feliz de amistades, lo humano a lo divino, lo terreno a lo celestial, lo ínfimo a lo sumo. Porque allá ascendió el fruto sublime de la tierra, de donde descienden las preciosísimas dádivas y los dones perfectos. Subiendo, pues, a lo alto, la Virgen bienaventurada otorgará copiosos dones a los hombres. ¿Y cómo no dará? Ni la falta poder ni voluntad. Reina de los cielos es, misericordiosa es; finalmente, Madre es del Unigénito Hijo de Dios. Nada hay que pueda darnos más excelsa idea de la grandeza de su poder o de su piedad, a no ser que alguien pudiera llegar a creer que el Hijo de Dios se niega a honrar a su Madre o pudiera dudar de que están como impregnadas de la más exquisita caridad las entrañas de María, en las cuales la misma caridad que procede de Dios descansó corporalmente nueve meses.

3. Y estas cosas, ciertamente, las he dicho por nosotros, hermanos, sabiendo que es dificultoso que en pobreza tanta se pueda hallar aquella caridad perfecta que no busca la propia conveniencia. Mas con todo eso, sin hablar

[1] Cant. 1, 3.

ahora de los beneficios que conseguimos por su glorificación, si de veras la amamos nos alegraremos inmensamente al ver que va a juntarse con su Hijo. Sí, nos alegraremos y la daremos el parabién, a no ser que, lejos esté de nosotros, quisiéramos mostrarnos ingratos para con aquella que nos dió al autor de la gracia. Hoy es recibida la Virgen en la celestial Jerusalén por Aquel a quien ella recibió al venir a este mundo; pero ¿quién será capaz de expresar con palabras con cuánto honor fué recibida, con cuánto gozo, con cuánta alegría? Ni en la tierra hubo jamás lugar tan digno de honor como el templo de su seno virginal, en el que recibió María al Hijo de Dios, ni en el cielo hay otro solio regio tan excelso como aquel al que sublimó hoy a María, el Hijo de María. Feliz uno y otro recibimiento, inefables ambos, porque ambos a dos trascienden toda humana inteligencia. ¿Mas a qué fin se recita hoy en las iglesias de Cristo aquel pasaje del Evangelio en que se significa cómo la mujer bendita entre todas las mujeres recibió al Salvador? Creo que a fin de que este recibimiento que hoy celebramos se pueda conocer de algún modo por aquél, o, más bien, a fin de que, según la inestimable gloria de aquél, se conozca también que esta gloria es inestimable. Porque ¿quién, aunque pueda hablar con las lenguas de los hombres y de los ángeles, será capaz de explicar de qué modo, sobreviniendo el Espíritu Santo y haciendo sombra la virtud del Altísimo, se hizo carne el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas? ¿Cómo el Señor de la majestad, que no cabe en el universo de las criaturas, se encerró a sí mismo, hecho hombre, dentro de las entrañas virginales?

4. Pero ¿y quién será suficiente para pensar siquiera cuán gloriosa iría hoy la reina del mundo y con cuánto afecto de devoción saldría toda la multitud de los ejércitos celestiales a su encuentro? ¿Con qué cánticos sería acompañada hasta el trono de la gloria, con qué semblante tan plácido, con qué rostro tan sereno, con qué alegres abrazos sería recibida del Hijo y ensalzada sobre toda criatura con aquel honor que Madre tan grande merecía, con aquella gloria que era digna de tan gran Hijo? Felices enteramente los besos que imprimía en sus labios cuando mamaba y cuando le acariciaba la madre en su regazo virginal. Mas ¿por ventura no los juzgaremos más felices los que de la boca del que está sentado a la diestra del Padre

recibió hoy en la salutación dichosa, cuando subía al trono de la gloria cantando el cántico de la Esposa y diciendo: *Béseme con el beso de su boca!* Porque cuanto mayor gracia alcanzó en la tierra sobre todos los demás, otro tanto más obtiene también en los cielos de gloria singular. Y si el ojo no vió ni el oído oyó, ni cupo en el corazón del hombre lo que tiene Dios preparado a los que le aman, lo que preparó a la que le engendró y (lo que es cierto para todos) a la que amó más que a todos, ¿quién lo hablará? Dichosa, por tanto, María, y de muchos modos dichosa, o recibiendo al Salvador o siendo ella recibida del Salvador. En lo uno y en lo otro es admirable la dignidad de la Virgen Madre; en lo uno y en lo otro es amable la dignación de la Majestad. *Entró*, dice, *Jesús en un castillo y una mujer le recibió en su casa*. Pero más bien nos debemos ocupar en las alabanzas, pues se debe emplear este día en elogios festivos. Y pues nos ofrecen copiosa materia las palabras de esta lección del Evangelio, mañana también, concurriendo nosotros juntamente, será comunicado sin envidia lo que se nos dé de arriba, para que en la memoria de tan grande Virgen no sólo se excite la devoción, sino que también sean edificadas nuestras costumbres para aprovechamiento de la conducta de nuestra vida, en alabanza y gloria de su Hijo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

2 Sobre el modo de limpiar, adornar y amueblar la casa *

1. *Entró Jesús en un castillo y una mujer llamada Marta le recibió en su casa*[1]. Muy oportunamente, a mi parecer, puedo usurpar aquí la profética exclamación: *¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán espacioso el lugar de su dominio!*[2] ¿Por ventura no será grande, cuando en su comparación se llama castillo la espaciosísima latitud de esta tierra? ¿Por ventura no será grande aquella patria y región inestimable, cuando viniendo de ella el Salvador y entrando en el orbe de la tierra se dice que entra en un castillo? A no ser que alguno se imagine que por ese castillo se debe entender otra cosa que aquel atrio del

* PL 183. 417. [1] Lc. 10. 38. [2] Bar. 3. 24.

fuerte armado, príncipe de este mundo, cuyos despojos vino a saquear el que era más fuerte que él. Apresurémonos, hermanos míos, a entrar en aquella vastísima morada de la bienaventuranza, en donde todos viven holgadísimos, a fin de que podamos comprender con todos los santos cuál sea su longitud y latitud, su sublimidad y profundidad. Ni desesperemos de esto, supuesto que el mismo habitador de la celestial patria, y también su Criador, no rehusa las estrecheces de nuestro pequeño castillo.

2. Pero ¿qué digo haber entrado en un pequeño castillo si vemos que se dignó encarnarse en el estrechísimo albergue que le ofreció el seno virginal de María? *Una mujer,* dice el Evangelio, *le recibió en su casa.* Feliz mujer la que mereció recibir, no ya a los exploradores de Jericó, sino al mismo despojador fortísimo de aquel necio que verdaderamente se muda como la luna; no a los legados de Jesús hijo de Navé, sino al verdadero Jesús Hijo de Dios. Feliz mujer, vuelvo a decir, cuya casa, habiendo recibido al Salvador, se halló limpia a la verdad, pero no vacía. Porque ¿quién dirá que está vacía aquella a quien saluda el ángel llena de gracia? Ni sólo esto, sino que afirma, además, que descenderá sobre ella el Espíritu Santo. ¿A qué juzgas sino a llenarla más todavía? ¿A qué sino a que descendiendo sobre ella el Espíritu Santo, estando ya llena de gracia, la llene todavía más y más a fin de esparcirla y derramarla abundantísimamente sobre todo el mundo? ¡Ojalá fluyan en nosotros aquellos aromas celestiales, es a saber, aquellos dones de gracias, para que todos recibamos de tanta plenitud! María es nuestra mediadora, ella es por quien recibimos, ¡oh Dios mío!, tu misericordia, por ella es por quien recibimos al Señor Jesús en nuestras casas. Porque cada uno de nosotros tiene su casa y su castillo, y la Sabiduría llama a las puertas de cada uno; si alguno la abre, entrará y cenará con él. Hay un proverbio vulgar que anda en la boca, y mucho más en el corazón de muchos: el que guarda su cuerpo, custodia un magnífico castillo. Sin embargo, el Sabio no dice así, sino más bien: *Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él procede la vida*[3].

3. Mas sea así y cedamos a la multitud; guarde un buen castillo el que guarda su cuerpo. Lo que necesitamos

[3] Prov. 4, 23.

saber es qué custodia se debe aplicar a este castillo. ¿Te parecerá, por ventura, que ha guardado bien aquella alma el castillo de su cuerpo, cuyos miembros, como haciendo conjuración, entregaron su dominio a su enemigo? Porque hay quienes hicieron alianza con el infierno y concertaron pacto con la muerte. *Se dejó sumergir*, dice, *el amado en las comidas regaladas y recalcitró encrasado, lleno y dilatado*[4]. Esta, justamente, es la custodia alabada por los pecadores en los deseos de su carne. ¿Qué os parece, hermanos? ¿Se deberá ceder en esta parte también a la multitud? De ningún modo. Más bien preguntaremos a Pablo, como a capitán valeroso de la espiritual milicia. Dinos, Apóstol santo, ¿cuál es la custodia de tu castillo? *Yo*, dice, *así corro, no como a una cosa incierta; así peleo, no como azotando al aire. Castigo, pues, mi cuerpo y le reduzco a servidumbre, no sea acaso que, habiendo predicado a los demás, yo mismo me haga réprobo*[5]; y en otro lugar: *No reine*, dice, *el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus concupiscencias*[6]. Util custodia, por cierto, y dichosa el alma que guarda así su cuerpo para que nunca le conquiste el enemigo. Hubo, pues, tiempo en que había sujetado a su tiranía aquel impío este mi castillo, imperando a todos sus miembros arbitrariamente. Cuánto daño hizo en aquel tiempo lo indica la presente desolación y miseria. ¡Ay!, ni dejó en él el muro de la continencia, ni el antemural de la paciencia. Exterminó las viñas, segó las mieses, desarraigó los árboles, y aun también estos mismos ojos míos robaban mi alma. En fin, si no hubiese sido porque el Señor me ayudó, poco hubiera faltado para caer en el infierno mi alma. Hablo del infierno inferior, en donde ninguna confesión hay y de donde a ninguno se le permite salir.

4. Con todo eso, aun entonces ni cárcel ni infierno le faltaba a mi alma. Presa desde el mismo principio de la conjuración y traición pésima, no en otra parte que en la casa propia fué entregada a la guardia de los carceleros. Ni fué entregada a otros verdugos que a los de su propia familia. Era, pues, su cárcel la conciencia, los verdugos eran la razón y la memoria, y éstos ciertamente crueles, austeros y desapiadados, aunque mucho menos que los

[4] Deut. 32, 15.
[5] 1 Cor. 9, 26 y 27.
[6] Rom. 6, 12.

que rugían preparados para devorarla y a quienes ya estaba para ser entregada. Mas, bendito sea Dios, que no me entregó como presa a sus dientes. Bendito el Señor, repito, que me visitó y rescató. Porque cuando el maligno se daba prisa para arrojarla a la cárcel del infierno y abrasar el mismo castillo con perpetuo fuego, a fin de que así se diese el justo pago a los miembros perjuros, sobrevino el que es más fuerte. Entró Jesús en el castillo, y atando al fuerte saqueó sus despojos, para que se trocaran en vasos de honor los que habían sido hasta entonces vasos de ignominia. Quebrantó las puertas de bronce e hizo pedazos los cerrojos de hierro, sacando al prisionero de la cárcel y de la sombra de la muerte. Esta su salida fué por la puerta de la confesión, puesto que esta misma es la escoba con que, limpiada la cárcel y adornada con los juncos hermosamente verdes de las prácticas regulares, se convierte de cárcel en morada habitable. Tiene así la mujer ya su casa, tiene un lugar decente donde recibir a aquel Señor a quien está obligada por tantos beneficios. De otra suerte, ¡ay de ella si rehusa recibirle, si no le detiene, si no le obliga a quedarse consigo cuando ya se acerca la noche! Porque volviendo el que antes había sido echado de ella, encontrará ciertamente la casa limpia y adornada, pero desocupada y vacía.

5. En efecto, no le quedará sino una casa vacía y desierta al alma que se haya descuidado de convertirla en hospedaje digno del Salvador. ¡Cómo!, dices, ¿podrá acontecer acaso que aquella casa limpia ya por la confesión de los anteriores delitos y adornada con la observancia de las prácticas regulares, todavía sea considerada indigna de que more en ella la gracia y de que entre en ella el Salvador? Podrá, sin duda, si solamente está limpia en la apariencia y alfombrada (como se ha dicho) con verdes juncos, permaneciendo en su interior llena de lodo. Porque ¿quién piensa que se haya de hospedar el Señor dentro de los blanqueados sepulcros de los muertos, que por defuera parecen lustrosos y en su interior están llenos de inmundicia y podredumbre? Demos que alguna vez, como complacido de su vistosa apariencia, comience a poner el pie en ella, concediendo la gracia primera de su visitación a semejante alma, ¿por ventura no se volverá atrás luego con indignación? ¿Por ventura no huirá clamando: *Me he metido en el cieno del profundo, donde no hay substancia*

alguna? Porque lo exterior de la virtud, sin la verdad de ella, es como un accidente, no substancia. Las simples apariencias de virtud no bastan para que pueda hacer su entrada en el alma Aquel que penetra todas las cosas y en lo íntimo de los corazones fija su morada. Y si de ningún modo habita el Espíritu Santo, que es maestro de la verdadera ciencia, en un cuerpo manifiestamente sujeto a los pecados, sin duda no sólo se desvía del hombre fingido, sino que huye y se aleja de él. ¿Es acaso otra cosa que una execrable ficción, que solamente raigas el pecado por la superficie y en lo interior no le desarraigues? Está cierto de que brotará más abundantemente y de que el huésped maligno, que había sido echado antes, entrará de nuevo en la limpia pero vacía casa con otros siete más malos que él. El perro que vuelve al vómito será más aborrecible que antes, y se hará de muchos modos hijo del infierno el que después de la indulgencia de sus delitos caiga de nuevo en las mismas suciedades, como el puerco lavado en el revolcadero del cieno.

6. ¿Quieres ver una casa limpia, adornada y vacía? Mira a un hombre que confesó y dejó los pecados manifiestos, aun antes del juicio, y ahora mueve solas las manos a las obras de los mandatos, con un corazón totalmente árido, llevado de la costumbre, suavemente, como la becerra de Efraín, que está acostumbrada y gusta del trillo. De las cosas exteriores que valen para poco, ni una jota se le pasa, ni un ápice, pero se traga un camello y cuela un mosquito. Porque en el corazón es siervo de la propia voluntad, adora la avaricia, anhela la gloria, aspira con ansia al honor, fomentando todos estos vicios o algunos de ellos en su interior, y se desmiente a sí misma la iniquidad, pero no es burlado Dios. Verás alguna vez de tal suerte paliado este hombre, que llega a seducirse aun a sí mismo, no atendiendo enteramente al gusano que está paciendo y destruyendo su interior. Quédale, pues, la superficie y juzga que todas sus cosas están sanas. *Comieron,* dice el profeta, *los ajenos su fuerza y lo ignoró*[7]. El dice: Rico soy y de nada necesito, siendo pobre, mísero y miserable. Porque, en llegando la ocasión, verás brotar la materia que estaba oculta en la úlcera; verás cómo el árbol cortado, y no extirpado, se dilata en más densa maleza. Si

---

7. Os 7, 9.

queremos evitar semejante peligro, es necesario que apliquemos el hacha a la raíz de los árboles, no a las ramas. No se hallen, pues, en nosotros solamente las prácticas exteriores y corporales, que para poco valen, sino hállese la verdadera piedad, que es útil para todo, bien cultivada y abonada con las prácticas espirituales.

7. *Una mujer,* dice San Lucas, *llamada Marta, le recibió en su casa; tenía ésta una hermana, cuyo nombre era María.* Hermanas son y deben morar juntas. Esta se ocupa en el ministerio de la casa, aquélla está atenta a las palabras del Señor. A Marta toca el ornato de la casa, pero a María el llenarla, puesto que ella vaca al servicio del Señor para que no esté la casa desocupada. ¿Pero a quién asignaremos el oficio de limpiar la casa? Porque si encontrásemos también esto, sería la casa en que el Señor es recibido limpia, adornada y no vacía. Demos este cuidado a Lázaro si a vosotros también os parece así, puesto que por el derecho de hermano le es común esta casa con las hermanas. Hablo de aquel Lázaro a quien, ya de cuatro días difunto y hediendo ya, resucitó de entre los muertos la voz de la virtud, de suerte que parece con bastante congruencia mostrar en sí la imagen de un penitente. Entre, pues, el Salvador y visite frecuentemente esta casa que limpia Lázaro penitente, adorna Marta solícita y llena María dedicada a la interior contemplación.

8. Mas acaso preguntará alguno con mayor curiosidad: ¿Por qué en el presente pasaje del Evangelio no se hace mención alguna de Lázaro? Juzgo, a la verdad, que ni esto disuena de la similitud que se propone formar. Queriendo el Espíritu Santo que se entendiese aquí la casa virginal, calló muy oportunamente la penitencia, que no puede darse sin la existencia del pecado. Porque debe estar muy lejos de nosotros el decir que esta casa haya tenido jamás algo de propia inmundicia, para que, por consiguiente, fuese precisa en ella la escoba de Lázaro. Y aunque supiéramos que contrajo de sus padres la original mancha, la piedad cristiana nos prohibe creer que fuese menos llena del Espíritu Santo que Juan, pues no sería honrada en su nacimiento con festivas alabanzas si no naciera santa. Ultimamente, constándonos sin género alguno de duda que sola la gracia hizo limpia a María del contagio origi-

nal [8], al modo que también ahora en el bautismo la gracia sola lava esta mancha, como en otro tiempo la raía la piedra de la circuncisión, si, como enteramente debe la piedad creer, no tuvo María delito propio, no menos estuvo lejos de su inocentísimo corazón la penitencia. Asista, pues, Lázaro, con aquellos cuyas conciencias es necesario limpiar de las obras muertas, apártese entre los llagados que duermen en los sepulcros, para que en el aposento virginal se hallen Marta y María solamente. Ella misma es la que asistió a Isabel, estando encinta y llena de días, con humilde cuidado por el espacio como de tres meses; ella misma es la que conservaba en su memoria las cosas que se decían de su hijo, repasándolas en su corazón.

9. A nadie, pues, le haga fuerza que la mujer que recibe al Señor no se llame María, sino Marta, porque en esta única y suprema María se hallan a un tiempo la oficiosa diligencia de Marta y el ocio nada ocioso de María. Ciertamente, toda la gloria de la hija del Rey está por dentro, pero, con todo esto, está cubierta alrededor con variedad de colores en fimbrias de oro. No es del número de las vírgenes fatuas; es virgen prudente; lámpara tiene, pero lleva también aceite en su vasija. ¿Se os ha olvidado, acaso, aquella evangélica parábola que refiere cómo a las vírgenes fatuas se les estorbó la entrada en la sala de las bodas? Estaba ciertamente su casa limpia, pues ellas eran vírgenes; estaba adornada, porque todas juntamente, esto es, las fatuas y las prudentes, adornaron sus lámparas; pero estaba vacía, porque no tenían aceite en sus vasijas. Por esto el celestial Esposo ni quiso ser recibido en sus casas ni recibirlas en su sala de bodas. No así aquella mujer fuerte que quebrantó la cabeza de la serpiente, porque entre otras muchas alabanzas que se le tributan, dícese de ella que *no se apagará por la noche su antorcha* [9]. Para ignominia de las vírgenes fatuas se dice esto, las cuales, viniendo a media noche el Esposo, tardíamente se lamentan diciendo: *¡Que se apagan nuestras lámparas!* [10] Se les adelantó, pues, la Virgen gloriosa, cuya ardentísima lámpara fué un asombro para los mismos ángeles de luz, de modo que decían: *¿Quién es esta que cami-*

[8] Texto clarísimo que apoya nuestra tesis de que San Bernardo negó la inmaculada concepción de la Santísima Virgen. Cf. *Introducción general.* Mariología, p. 67.

[9] Prov. 31. 18.

[10] Mt. 25. 8.

na como la aurora que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol? [11] Porque más claramente que las demás brillaba aquella a quien había llenado del aceite de la gracia sobre todos sus participantes Cristo Jesús, Hijo suyo y Señor nuestro.

3 De María, Marta y Lázaro*

1. *Entró Jesús en un castillo, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa* [1]. ¿En qué consiste, hermanos, que de estas dos hermanas solamente se lee de la una que recibió al Señor, y precisamente de aquella que parece la inferior? Porque María escogió la mejor parte, testigo el mismo Jesús a quien recibió Marta. Pero parece que Marta nació primero, y sabemos por otra parte que el principio de la salud es más propio de la acción que de la contemplación. Alaba Cristo a María, pero es recibido de Marta. Prefiere Jacob a Raquel, pero le introducen, ignorándolo él, a Lía. Si se queja del fraude, oirá que no es costumbre que las más jóvenes se casen primero. Mas si ponéis la consideración en que el Señor es recibido en una casa de barro, fácil os será comprender por qué en ella más bien le recibe Marta que María. Cuando dice el Apóstol: *Glorificad y llevad a Cristo en vuestro cuerpo* [2], se refiere, no a María, sino a Marta, supuesto que ésta sabía mejor usar de su cuerpo como de un instrumento, mientras que a aquélla el cuerpo le servía más bien de impedimento. Después de todo, dice el Sabio, *el cuerpo que se corrompe abate al alma y la habitación terrena deprime la mente, ocupada en muchas cosas* [3]. Marta, pues, recibe en su casa al Salvador en la tierra; María más bien piensa cómo será ella recibida por el Señor en aquella casa no fabricada por manos de hombres, sino que es eterna en los cielos. Con todo eso acaso puede decirse que también ella recibió al Señor, pero en espíritu, puesto que El es espíritu.

2. *Marta tenía una hermana por nombre María, la cual, sentada junto a los pies de Jesús, oía su palabra* [4]. Ved ya que una y otra recibieron al Verbo: María en el espíritu, Marta en la carne. *Marta, pues, andaba solícita*

[11] Cant. 6, 10.
* PL 183, 421.
[1] Lc. 10, 38.
[2] 1 Cor. 6, 20.
[3] Sap. 9, 15.
[4] Lc. 10, 39.

en preparar todo lo necesario, por lo cual se presentó a Jesús y dijo: Señor, ¿no consideras que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? ¿Piensas que en la casa en que se recibe a Cristo se oirán palabras de murmuración? ¡Dichosa casa y siempre bienaventurada congregación aquélla en la que Marta se queja de María, porque envidiar María a Marta enteramente es indigno, enteramente es ilícito! Y si no, ¿en qué parte lees tú que se queje María de que su hermana la ha dejado sola empleándose en la contemplación de Dios? Jamás suceda, jamás suceda que el que está ocupado en la contemplación de las cosas de Dios aspire a la vida tumultuosa de los que se dedican a obras exteriores. Marta siempre se parecerá a sí misma insuficiente y poco idónea, y deseará más bien que se encomienden a otros los cargos que ella administra. *Mas Jesús la respondió: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas por muchísimas cosas.* Mira la prerrogativa de María en tener al Señor en todas las causas por abogado. Se indigna el fariseo, la hermana se queja, hasta los discípulos murmuran; en todas partes calla María, y Cristo habla a favor de ella. *María escogió*, dice Jesús, *la mejor parte, la cual no se la quitará.* Esta es aquella sola cosa necesaria; ésta es aquella única cosa que el profeta buscaba cuidadosamente. *Una cosa*, dice, *pedí al Señor, ésta buscaré* [5].

3. Pero ¿cómo es, hermanos, el decirse que María escogió la mejor parte? ¿Cómo tendrá verdad aquello que solemos proferir contra ella, si alguna vez acaso quiere juzgar la turbación de Marta en su administración y su desigualdad: *Mejor es la iniquidad del varón que una mujer que hace bien?* [6] ¿Cómo valdrá también aquello: *Si alguno me administra a mí le honrará mi Padre?* Y aquello: *El que es mayor entre vosotros será ministro vuestro?* [7] Ultimamente, ¿qué consuelo es para la que está trabajando el ensalzar, como para satirizarla a ella, la parte de su hermana? Una de dos cosas pienso yo: o que María es alabada en su elección, porque la parte misma, cuanto está en nosotros, debe ser elegida de todos, o, más bien, que debe decirse que no la faltó lo uno ni lo otro, ni precipitó ella su parecer para escoger una de las dos partes determinadamente, sino que estuvo dispuesta a lo uno y a lo otro, según la obediencia del Maestro. Porque ¿quién es fiel como

[5] Ps. 26, 4. [6] Eccli. 41, 24. [7] Mt. 10, 26.

David entrando y saliendo y caminando al mandato del rey? Finalmente, *aparejado*, dice, *está mi corazón, aparejado está mi corazón* [8], no una vez solamente, sino dos veces, para ocuparme en ti y para administrar a los prójimos. Esta, en verdad, es la parte óptima que no será quitada; ésta es el alma óptima que no se mudará a cualquier parte que la llames. *El que bien administra*, dice, *buen grado adquiere* [9], acaso mejor el que se ocupe bien en la contemplación de Dios, pero óptimo aquel que es perfecto en lo uno y en lo otro. Todavía digo una cosa: pero sólo suponiendo que fuera permitido sospechar esto de Marta, ¿no parece acaso que la reputó ociosa cuando pidió que se la diesen por ayuda? Pero es carnal y totalmente no percibe las cosas del Espíritu de Dios el que acaso redarguye a quien está ocupado en la contemplación de Dios por esta ocupación. Escuche, pues, cómo es la parte óptima que permanece eternamente. Por ventura, ¿no parece en algún modo ruda aquella alma que, ajena enteramente de la contemplación divina, entra en aquella región en donde esto solo es el empleo de todos, el único estudio y la misma vida?

4. Pero consideremos, hermanos, cómo en esta nuestra casa ha distribuído la ordenación de la caridad estas tres cosas: la administración de Marta, la contemplación de María, la penitencia de Lázaro. Tiene todas estas cosas cualquier alma que es perfecta, pero más parece pertenecer a cada uno cada una de estas cosas. De modo que unos se empleen en la santa contemplación, otros estén dedicados a la administración por sus hermanos, otros repasen en la amargura de su alma sus años, como los llagados que duermen en los sepulcros. Así, ciertamente, así es necesario que María sienta piadosa y sublimemente de su Dios; Marta, benigna y misericordiosamente de su prójimo; Lázaro, miserable y humildemente de sí mismo. Cada uno considere el grado en que se halla. *Si se hallan en esta ciudad Noé, Daniel, Job, ellos, con su justicia, serán librados*, dice el Señor, *pero no librarán el hijo y la hija* [10]. A ninguno adulamos nosotros; ojalá que ninguno tampoco se engañe a sí mismo. Aquellos a quienes ningún gobierno se ha confiado, ninguna administración se les ha encargado, enteramente deberán sentarse o junto a los

[8] 1 Reg. 22, 14. [9] 1 Tim. 3, 13. [10] Ez. 14, 14.

pies de Jesús con María o ciertamente con Lázaro dentro de las cercas del sepulcro. ¿Qué mucho que Marta se turbe acerca de muchísimas cosas, estando ella solícita por muchos? Pero a ti, a quien no incumbe esta precisión, una de dos cosas te es necesaria, o no turbarte en modo alguno, sino, antes bien, deleitarte en el Señor, o, si no puedes todavía esto, turbarte, no acerca de muchas cosas, sino (como dice el profeta de sí) acerca de ti mismo [11].

5. Otra vez lo digo, porque alguno no busque excusas en la ignorancia. Es preciso, hermanos, a quien en nada pertenece el fabricar o regir entre las ondas del diluvio el arca de Noé, o que seas varón de deseos, como Daniel, o, como el bienaventurado Job, varón de dolores y que sabe de enfermedades. De otra suerte, temo que, estando tibio y provocándole a náuseas, te empiece a vomitar de su boca aquel Señor que desea encontrarte, o cálido con la consideración de El y encendido con el fuego de la caridad, o frío con el solo conocimiento de El mismo y apagando con el agua de la compunción los dardos inflamados del diablo. Pero la misma Marta también debe ser amonestada, que lo que principalmente se desea en los administradores es que cada uno sea fiel. Y será fiel si ni busca el interés propio, sino el servicio de Jesucristo, para que su intención sea pura, ni hace su voluntad, sino la del Señor, para que su acción sea ordenada. Porque hay algunos cuyo ojo no es sencillo y tienen acá su recompensa. Hay quienes son llevados de los propios movimientos del ánimo y están contaminadas todas las cosas que ofrecen, por hallarse en éstas sus voluntades propias. Ven ahora conmigo al cántico nupcial y consideremos cómo el Esposo, cuando llama a la esposa, ni omite alguna de estas cosas, ni añade a ellas otra alguna. *Levántate,* dice, *date prisa, amiga mía, hermosa mía, paloma mía, y ven* [12]. ¿Acaso no es amiga la que, atenta a los intereses del Señor, pone fielmente también la misma vida por El? Porque todas las veces que por uno de estos sus pequeñuelos intermite la ocupación espiritual, tantas veces pone espiritualmente por El su vida. ¿Acaso no es hermosa la que, a rostro descubierto, especulando la gloria del Señor, es transformada en la misma imagen de claridad en claridad como por el Espíri-

[11] Ps. 41, 7.
[12] Cant. 2, 10.

tu Santo del Señor? ¿Acaso no es paloma la que llora y gime en los agujeros de las peñas, en las concavidades de los muros como sepultada bajo de la piedra?

6. *Una mujer,* dice el evangelista, *llamada Marta le recibió en su casa.* Cierto es que tienen el lugar de Marta los religiosos a quienes la providencia de la caridad fraternal confió el gobierno universal de la comunidad. Ojalá que yo también merezca ser hallado fiel entre tales administradores. Porque ¿a quiénes parece se debe adaptar más convenientemente lo que dice el Señor: *Marta, Marta, solícita andas,* que a los prelados, si es que ellos presiden en digna solicitud? ¿O quién es turbado acerca de muchísimas cosas sino aquel a quien incumbe la solicitud de María que contempla, de Lázaro que hace penitencia, y aun de aquellos con quienes comparte sus cargas? Mira a Marta solícita, mira a Marta turbada acerca de muchísimas cosas, es decir, mira al Apóstol, quien amonestando a los prelados acerca de la solicitud con que debían desempeñar su cargo, él mismo andaba agobiado con la solicitud y cuidado de todas las iglesias. *¿Quién enferma entre vosotros,* dice, *que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado que yo no me abrase?*[13] Reciba, pues, en su casa al Señor, Marta, a quien está encargado el cuidado de la casa. Ella es la mediadora para obtener la gracia juntamente para sí y para sus súbditos; reciba la gracia como está escrito: *Reciban los montes la paz para el pueblo, y los collados la justicia*[14]. Recíbanla también los demás coadjutores suyos, cada uno según la cualidad de su ministerio; reciban a Cristo, sirvan a Cristo, minístrenle en los miembros suyos; aquél en los hermanos enfermos, éste en los pobres, el otro en los huéspedes y peregrinos.

7. Andando todos ellos solícitos en el ministerio que les ha sido confiado, vea María cómo persevere en su santo reposo y considere que el Señor es suave. Vea, repito, con qué corazón tan devoto, con qué ánimo tan tranquilo debe estar sentada a los pies de Jesús, mirándole siempre delante de sí y recibiendo las palabras de la boca de aquel Señor cuyo aspecto es deleitable y su lenguaje dulce, porque está derramada en sus labios la gracia y es hermoso sobre todos los hijos de los hombres y aun sobre toda la gloria de los ángeles. Alégrate y da gracias, María, porque escogiste la

[13] 2 Cor. 11, 29.
[14] Ps. 71, 3.

mejor parte. Dichosos los ojos que ven lo que tú ves y los oídos que merecen oír lo que tú oyes. Dichosa, ciertamente, que percibes el eco dulce de su susurro en tu reposado silencio, en el cual sin duda es bueno para el hombre aguardar al Señor. Sé sencilla, no solamente sin dolo y disimulo, sino sin multitud de ocupaciones, para que tu conversación sea con aquel Señor cuya voz es dulce y hermoso su rostro. Guárdate de una cosa, y es de abundar en tu sentido y querer saber más de lo que conviene saber, no sea que, siguiendo la luz, tropieces en las tinieblas, burlándose de ti el demonio del medio día, del cual no pertenece tratar en este lugar. Pero ¿adónde se fué Lázaro? ¿En dónde le habéis puesto? Hablo a las hermanas, que sepultaron a su hermano con la predicación y el ministerio, con el ejemplo y la oración. ¿En dónde le pusisteis? Escondido está en el fondo de una fosa, yace bajo de la lápida, no se encuentra fácilmente. Por eso no será fuera de propósito reservar para el difunto de cuatro días el sermón cuarto, para que, a ejemplo del Salvador, oyendo nosotros: *Mira que aquel a quien amas está enfermo* [15], también nos quedemos aquí sin pasar adelante por hoy.

4 De los cuatro días de Lázaro; elogios de la Virgen *

1. Tiempo es ya para toda carne de hablar cuando es llevada al cielo la madre del Verbo encarnado, ni debe cesar en sus alabanzas la humana mortalidad cuando sola la naturaleza del hombre es ensalzada sobre los espíritus inmortales en la Virgen. Mas ni permite la devoción callar de su gloria, ni puede mi pensamiento estéril concebir cosa que sea digna, ni la puede dar a luz mi lenguaje inculto. De aquí es que, aun los mismos príncipes de la corte celestial, a la consideración de tanta novedad claman no sin admiración: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias?* [1] Como si claramente dijeran: ¡Cuán grande y excelsa es ésta!, ¿y de dónde le pudo venir, subiendo sin duda del desierto, tanta afluencia de delicias? Porque no se encuentran delicias iguales, ni aun

[15] Io. 11, 3.

* PL 183, 425.

[1] Cant. 8, 5.

entre nosotros, a quienes en la ciudad de Dios alegra el Señor con inefables placeres, y que bebemos en el torrente de sus delicias contemplando su gloria. ¿Quién es esta que de debajo del sol, en donde nada hay sino trabajo y dolor y aflicción de espíritu, sube rebosando en delicias espirituales? ¿Qué mucho que haya llamado yo delicias al honor de la virginidad con el don de la fecundidad, a la distinguida divisa de la humildad, al panal de la caridad que destila, a las entrañas de piedad, a la plenitud de la gracia, a la prerrogativa de la singular gloria? Subiendo, pues, del desierto la reina del mundo aun para los ángeles santos, como canta la Iglesia: *Se hizo hermosa y suave en sus delicias*. Sin embargo, dejen de admirar las delicias de este desierto, porque el Señor dió su bendición y la tierra nuestra dió su fruto. ¿Para qué se admiran de que suba María de la tierra desierta rebosando en delicias? Admiren más bien a Cristo bajando pobre de la plenitud del reino celestial. Porque mucho más digno de maravilla parece que el Hijo de Dios se minore algo respecto de los ángeles, que el ser ensalzada la Madre de Dios sobre los ángeles. El anonadarse el Señor de la majestad fué para encumbrarnos a nosotros; las miserias de El son las delicias del mundo. A más de esto, siendo rico se hizo pobre por nosotros, para que con su pobreza fuésemos enriquecidos; la misma ignominia de su cruz se ha convertido en gloria para los creyentes.

2. Más aún, yo veo a Jesús, nuestra vida, que corre presuroso hacia el monumento funerario para sacar de allí al muerto de cuatro días, sobre quien (si vuestra caridad se acuerda bien) debe versar el sermón de hoy; esto es, a Lázaro busca para ser El buscado y hallado de Lázaro. Porque en esto está precisamente la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó primero. Ea, pues, Señor, busca a quien amas para hacerle a él amante de ti y diligente en buscarte. Pregunta en dónde le han puesto, puesto que yace encerrado, atado y como aplastado por la losa sepulcral. Yace en el túmulo de la conciencia, está preso con los lazos de la disciplina, está apretado como con una piedra que gravita sobre él y es oprimido con la carga de la penitencia, especialmente porque le falta por ahora el amor fuerte como la muerte y la caridad que lo soporta todo, y además, Señor, ya huele mal, puesto que hace ya cuatro días que se halla en ese estado.

Sospecho que ya vuelan delante los ingenios de muchos para entender qué Lázaro sea ese de quien hablo; aquél sin duda que muerto poco ha al pecado, horadó la pared [2], a fin de ver las muchas y execrables abominaciones de su perverso e inescrutable corazón, y, según otro profeta [3], se ocultó en la caverna subterránea abierta en la roca viva a fin de substraerse a la indignación e ira del Señor.

3. ¿Mas qué significan aquellas palabras: *Señor, mira que hiede, pues hace ya cuatro días que está ahí?* Acaso no entenderá cualquiera prontamente lo que significa este hedor y estos cuatro días. Yo juzgo que el primero de estos días es del temor, cuando el mal del pecado, penetrando en nuestros corazones, nos da la muerte, y en algún modo nos sepulta en el fondo de nuestras conciencias. El segundo, si no me engaño, se pasa en el trabajo del combate. A la verdad, en los principios de la conversión suele acometer más fuertemente la tentación de la mala costumbre, y apenas se pueden extinguir los dardos inflamados del enemigo. El tercero parece ser el del dolor, cuando uno repasa sus años en la amargura de su alma y no trabaja tanto en evitar lo que está por venir, cuanto en llorar con muchísimas lágrimas lo pasado. ¿Os admiráis de que he llamado días a éstos? Tales eran debidos a una sepultura; unos días de niebla y de obscuridad, días de llanto y de amargura. Síguese a éstos el día de la vergüenza y confusión, muy semejante a los anteriores, cuando ya se cubre de horrible confusión esta lamentable alma, considerando atentísimamente en qué y cuánto ha delinquido, y mirando con los ojos del corazón las denegridas imágenes de sus pecados. Semejante alma nada disimula, sino que todo lo juzga, todo lo agrava, todo la exagera; no se perdona a sí, hecha duro juez contra sí misma. Enojo útil ciertamente y crueldad digna de misericordia, que fácilmente le concilia la divina gracia cuando el alma se llena del celo por la gloria de Dios aun contra sí misma. Mientras tanto, ¡oh Lázaro!, sal ya afuera, no te detengas más tiempo envuelto en tanto hedor. La carne que huele mal está próxima a la podredumbre, y el que se confunde y quebranta más intensamente de lo que conviene, está cerca de la desesperación. Por tanto, Lázaro, sal afuera. Un abismo llama a otro abismo; el abismo de luz y de mise-

[2] Ez. 8, 8.
[3] Ier. 4, 26.

ricordia llama al abismo de miseria y tinieblas. Mayor es la bondad de Dios que tu iniquidad, y donde abunda el delito, El hace sobreabundar su gracia. *Lázaro,* dice Jesús, *sal afuera.* Como si dijera más claramente: ¿Hasta cuándo te detiene la obscuridad de tu conciencia? ¿Cuánto tiempo te compungirás en tu interior con un corazón pesado? Sal afuera, anda, respira en la luz de mis misericordias. Porque esto es lo que leíste en el profeta: *Enfrenaré tu boca con mi alabanza para que no perezcas*[4]. Y más explícitamente otro profeta dice de sí: *Conturbada está interiormente mi alma, por eso me acordaré de ti*[5].

4. Mas ¿qué nos da a entender Jesús cuando dice: *Quitad la piedra;* y casi a continuación: *desatadle?* ¿Por ventura, después de la visita de la gracia que le trajo el consuelo, cesará de hacer penitencia porque se acercó a él el reino de los cielos, o desechará la enseñanza, dando acaso lugar a que el Señor se enoje y perezca él fuera del camino de la justicia? De ninguna manera haga esto. Quítese la piedra, pero permanezca la penitencia, no ya apremiando y cargando, sino antes corroborando y confirmando la mente vigorosa y robusta, siendo ya su comida lo que antes no sabía hacer, o sea, la voluntad del Señor. Así la disciplina ya no constriñe al que se halla libre, según aquello: *No hay puesta ley para los justos*[6], sino que le rige como voluntario y le dirige por el camino de la paz. Acerca de esta resurrección de Lázaro, más claramente canta el profeta: *No abandonarás mi alma en el infierno*[7], porque, como me acuerdo haber dicho en el segundo día de esta festividad, es como un infierno y cárcel del alma la conciencia culpable. *Ni permitirás que tu santo,* es decir, aquel a quien tú mismo santificas, *vea la corrupción.* Porque está próximo a la corrupción el muerto de cuatro días, que ya comienza a oler mal. Por modo parecido el impío que se ve hundido en el abismo de sus pecados está próximo a hundirse más aún en la corrupción, sin hacer caso de nada; pero prevenido por la voz de la virtud y vivificado por ella, da gracias al Señor diciendo: *Me hiciste manifiestos los caminos de la vida y me llenarás de alegría con la vista de tu divino rostro.* Porque elevaste mi mente a la contemplación de ti mismo y sacaste del infierno mi alma cuando se congojaba sobre mí mi espíritu, mirando el

[4] Is. 48, 9.
[5] Ps. 41, 7.
[6] 1 Tim. 1, 9.
[7] Ps. 15, 10.

semblante demasiado abominable de la conciencia propia. *Clamó Jesús*, dice el evangelista, *con grande voz: Lázaro, sal afuera*[8], con grande voz ciertamente, no tanto elevada en el sonido cuanto magnífica en la piedad y virtud.

5. Mas ¿adónde hemos venido? Seguíamos a la Virgen que subía sobre los cielos, y ved ahí que hemos descendido con Lázaro al abismo. Del esplendor de la virtud hemos bajado al hedor de un muerto de cuatro días; inclinándose por sí misma se resbaló la oración. ¿Por qué esto, sino porque éramos llevados del peso propio y nos arrastraba tras sí una materia tanto más copiosa cuanto más familiar? Confieso mi impericia, no oculto mi gran pusilanimidad. No hay cosa, a la verdad, que más delcite, pero tampoco la hay que más me aterre, que el hablar de la gloria de la Virgen Madre. Porque, sin mencionar ahora el inefable privilegio de sus méritos y prerrogativas enteramente singulares, con tanto afecto de devoción la aman todos, como es justo; con tanta admiración la honran y la respetan, que, aunque todos emprendan hablar de ella, sin embargo todo lo que se dice de lo que es indecible, por lo mismo de que se pudo decir, es menos grato, agrada menos y menos se acepta. ¿Y qué mucho que dé poco gusto todo lo que de una gloria incomprensible puede comprender la mente humana? Porque si alabo yo en ella la virginidad, otras muchas vírgenes se ofrecen a mi mente después de ella. Si predico su humildad, se encontrarán acaso, aunque sean pocos, quienes, a ejemplo de su divino Hijo, se hicieron mansos y humildes de corazón. Si quiero engrandecer la muchedumbre de su misericordia, acuden a mi memoria algunos varones y también mujeres que fueron misericordiosos. Una cosa hay en la cual ni tuvo antes par ni semejante, ni la tendrá jamás, y es el haberse juntado en ella los gozos de la maternidad con el honor de la virginidad. *María*, dice Jesús, *escogió para sí la mejor parte*. Nadie duda, en efecto, que si es buena la fecundidad conyugal, todavía es mejor la castidad virginal; pues bien, supera inmensamente a las dos la fecundidad virginal o la virginidad fecunda. Privilegio es éste propio de María y que no se concederá jamás a ninguna otra mujer, porque nadie se lo podrá arrebatar a ella. Es un privilegio exclusivamente suyo y por esto mismo inefable, porque

[8] Io. 11. 43.

así como nadie lo puede alcanzar, así tampoco nadie lo puede explicar cual se merece. ¿Y qué diremos si paramos mientes en el Hijo de quien es madre? ¿Qué lengua será capaz, aunque sea angélica, de ensalzar con dignas alabanzas a la Virgen Madre, y madre no de cualquiera, sino de Dios? Duplicada novedad, duplicada prerrogativa, duplicado milagro, pero que por modo maravilloso se armonizan digna y aptísimamente. Porque ni fué decente a la Virgen otro Hijo ni a Dios otra madre.

6. Sin embargo, si atentamente lo consideramos, veremos al punto que no sólo estas dos, sino también todas las demás virtudes que, al parecer, compartía con otros, fueron en María singulares. Porque ¿qué pureza, aunque sea la angélica, se atreverá a compararse con aquella virginidad que fué digna de ser hecha sagrario del Espíritu Santo y habitación del Hijo de Dios? Si juzgamos del precio de las cosas por lo raro de ellas, sin duda la primera mujer que resolvió observar en la tierra una vida angélica es superior a todas las demás. *¿Cómo,* dice, *podrá ser esto, porque yo no conozco varón?* [9] ¡Qué propósito tan firme de guardar virginidad aquel que ni prometiéndole el ángel un hijo, titubeó en lo más mínimo! *¿Cómo,* dice, *podrá ser esto?;* porque yo supongo que no habrá de ser del mismo modo que suele hacerse en las demás mujeres, puesto que yo absolutamente no conozco varón, ni con deseos de hijo ni con esperanza de sucesión.

7. Pero ¿cuán grande y cuán preciosa fué su humildad acompañada de tanta pureza, de inocencia tanta, y de una conciencia enteramente exenta de pecado, más aún, adornada con tal plenitud de gracia? ¿De dónde a ti tanta y tan profunda humildad, oh dichosa Virgen? Digna ciertamente de que el Señor fijara en ella su mirada, de que el Rey de reyes desease su hermosura y de que con su olor suavísimo lo atrajese a sí desde aquel eterno reposo en el paterno seno. Mira, pues, cuán manifiestamente concuerdan entre sí el cántico de nuestra Virgen y el cántico nupcial; sin duda su purísimo seno fué tálamo del divino Esposo. Escucha a María en el Evangelio: *Miró el Señor,* dice, *la humildad de su sierva.* Escucha a la misma en el cántico de los Esposos: *Cuando el Rey estaba en su reposo, mi nardo dió su olor* [10]. El nardo es una planta humilde, de

[9] Lc. 1, 34.
[10] Cant. 1, 11.

flores blancas muy olorosas, por lo cual simboliza admirablemente la humildad, cuyo aroma y hermosura hallaron gracia delante de Dios.

8. Cese de ensalzar tu misericordia, ¡oh bienaventurada Virgen!, quienquiera que, habiendo invocado en sus necesidades, se acuerda de que no le has socorrido. Nosotros, siervecillos tuyos, te congratulamos a la verdad en todas las demás virtudes, pero en tu misericordia más bien nos congratulamos a nosotros mismos. Alabamos la virginidad y admiramos la humildad, pero la misericordia sabe más dulcemente a los miserables; por esto abrazamos con más amor la misericordia, nos acordamos de ella más veces y la invocamos con más frecuencia. Porque ésta es la que obtuvo la salud de todo el mundo, ésta la que logró la reparación del linaje humano. No cabe duda que anduvo solícita a favor de todo el linaje humano aquella a quien dijo el ángel: *No temas, María, porque has hallado gracia,* o sea, has hallado la gracia que buscabas. ¿Quién podrá investigar, pues, ¡oh Virgen bendita!, la longitud y latitud, la sublimidad y profundidad de tu misericordia? Porque su longitud alcanza hasta su última hora a los que la invocan. Su latitud llena el orbe de la tierra para que toda la tierra esté llena de su misericordia. En cuanto a su sublimidad, fué tan excelsa que alcanzó la restauración de la ciudad celestial, y su profundidad fué tan honda que obtuvo la redención para los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Por ti se llenó el cielo, se evacuó el infierno, se instauraron las ruinas de la celestial Jerusalén, se dió la vida que habían perdido a los miserables que la aguardaban, de suerte que tu potentísima y piadosísima caridad está llena de afecto para compadecerse y de eficacia para socorrer a los necesitados; en ambas cosas es igualmente rica y exuberante.

9. A esta fuente abundosa, pues, corra sedienta nuestra alma; a este cúmulo de misericordia recurra con toda solicitud nuestra miseria. Mira ya con qué afectos te hemos acompañado, subiendo tú al Hijo, y te hemos seguido a lo menos de lejos, Virgen bendita. Que en adelante tu piedad tome a pechos el hacer manifiesta al mundo la misma gracia que hallaste con Dios, alcanzando con tu intercesión perdón para los pecadores, remedio para los enfermos, fortaleza para los débiles de corazón, consuelo para los afligidos, amparo y libertad para los que peligran.

Y en este día que celebramos con tanta solemnidad y alegría, a estos siervecillos tuyos que invocan con sus alabanzas tu dulcísimo nombre, ¡oh María!, reina piadosa, alcánzales los dones de la gracia de Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro, quien es sobre todas cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

EN EL DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA DE LA ASUNCION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA *

SOBRE LAS DOCE PRERROGATIVAS DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, SEGÚN LAS PALABRAS DEL APOCALIPSIS: «UN PORTENTO GRANDE APARECIÓ EN EL CIELO: UNA MUJER ESTABA CUBIERTA CON EL SOL Y LA LUNA A SUS PIES Y EN SU CABEZA TENÍA UNA CORONA DE DOCE ESTRELLAS»

1. Muchísimo daño, amadísimos, nos causaron un varón y una mujer; pero, gracias a Dios, igualmente por un varón y una mujer se restaura todo. Y no sin grande aumento de gracias. Porque no fué el don como había sido el delito, sino que excede a la estimación del daño la grandeza del beneficio. Así, el prudentísimo y clementísimo Artífice no quebrantó lo que estaba hendido, sino que lo rehizo más útilmente por todos modos, es a saber, formando un nuevo Adán del viejo y transfundiendo a Eva en María. Y, ciertamente, podía bastar Cristo, pues aun ahora toda nuestra suficiencia es de El, pero no era bueno para nosotros que estuviese el hombre solo. Mucho más conveniente era que asistiese a nuestra reparación uno y otro sexo, no habiendo faltado para nuestra corrupción ni el uno ni el otro. Fiel y poderoso mediador de Dios y de los hombres es el hombre Cristo Jesús, pero respetan en él los hombres una divina majestad. Parece estar la humanidad absorbida en la divinidad, no porque se haya mudado la substancia, sino porque sus afectos están divinizados. No se canta de El sola la misericordia, sino que también se le canta igualmente la justicia, porque aunque aprendió, por lo que padeció, la compasión, y vino a ser misericordioso, con todo eso tiene la potestad de juez al mismo

* PL 183. 429.

tiempo. En fin, nuestro Dios es un fuego que consume. ¿Qué mucho tema el pecador llegarse a El, no sea que, al modo que se derrite la cera a la presencia del fuego, así perezca él a la presencia de Dios?

2. Así, pues, ya no parecerá estar de más la mujer bendita entre todas las mujeres, pues se ve claramente el papel que desempeña en la obra de nuestra reconciliación, porque necesitamos un mediador cerca de este Mediador y nadie puede desempeñar tan provechosamente este oficio como María. ¡Mediadora demasiado cruel fué Eva, por quien la serpiente antigua infundió en el varón mismo el pestífero veneno! ¡Pero fiel es María, que propinó el antídoto de la salud a los varones y a las mujeres! Aquélla fué instrumento de la seducción, ésta de la propiciación; aquélla sugirió la prevaricación, ésta introdujo la redención. ¿Qué recela llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en ella austero, nada terrible; todo es suave, ofreciendo a todos leche y lana. Revuelve con cuidado toda la serie de la evangélica historia, y si acaso algo de dureza o de reprensión desabrida, si aun la señal de alguna indignación, aunque leve, se encuentre en María, tenla en adelante por sospechosa y recela el llegarte a ella. Pero si más bien (como es así en la verdad) encuentras las cosas que pertenecen a ella llenas de piedad y de misericordia, llenas de mansedumbre y de gracia, da las gracias a aquel Señor que con una benignísima misericordia proveyó para ti tal mediadora que nada puede haber en ella que infunda temor. Ella se hizo toda para todos; a los sabios y a los ignorantes, con una copiosísima caridad, se hizo deudora. A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el afligido, el pecador perdón, el justo gracia, el ángel alegría; en fin, toda la Trinidad, gloria; y la misma persona del Hijo recibe de ella la substancia de la carne humana, a fin de que no haya quien se esconda de su calor.

3. ¿No juzgas, pues, que esta misma es aquella mujer vestida del sol? Porque, aunque la misma serie de la visión profética demuestre que se debe entender de la presente Iglesia, esto mismo seguramente parece que se puede atribuir sin inconveniente a María. Sin duda ella es la que se vistió como de otro sol. Porque, así como aquél nace indiferentemente sobre los buenos y los malos, así también

esta Señora no examina los méritos antecedentes, sino que se presenta exorable para todos, para todos clementísima, y se apiada de las necesidades de todos con un amplísimo afecto. Todo defecto está debajo de ella y supera todo lo que hay en nosotros de fragilidad y corrupción, con una sublimidad excelentísima en que excede y sobrepasa las demás criaturas, de modo que con razón se dice que la luna está debajo de sus pies. De otra suerte, no parecería que decíamos una cosa muy grande si dijéramos que esta luna estaba debajo de los pies de quien es ilícito dudar que fué ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, sobre los querubines también y los serafines. Suele designarse en la luna no sólo el defecto de la corrupción, sino la necedad del entendimiento y algunas veces la Iglesia del tiempo presente; aquello, ciertamente, por su mutabilidad y la Iglesia por el esplendor que recibe de otra parte. Mas una y otra luna (por decirlo así) congruentísimamente está debajo de los pies de María, pero de diferente modo, puesto que *el necio se muda como la luna y el sabio permanece como el sol*[1]. En el sol, el calor y el esplendor son estables, mientras que en la luna hay solamente el esplendor, y aun éste es mudable e incierto, pues nunca permanece en el mismo estado. Con razón, pues, se nos representa a María vestida del sol, por cuanto penetró el abismo profundísimo de la divina sabiduría más allá de lo que se puede creer, de suerte que, en cuanto lo permite la condición de simple criatura, sin llegar a la unión personal, parece estar sumergida totalmente en aquella inaccesible luz, en aquel fuego que purificó los labios del profeta Isaías, y en el cual se abrasan los serafines. Así que de muy diferente modo mereció María no sólo ser rozada ligeramente por el sol divino, sino más bien ser cubierta con él por todas partes, ser bañada alrededor y como encerrada en el mismo fuego. Candidísimo es, a la verdad, pero y también calidísimo el vestido de esta mujer, de quien todas las cosas se ven tan excelentemente iluminadas, que no es lícito sospechar haya en ella nada, no digo tenebroso, pero ni obscuro en algún modo siquiera o menos lúcido, ni tampoco algo que sea tibio o no lleno de fervor.

[1] Eccli. 27. 12.

4. Igualmente, toda necedad está muy debajo de sus pies, para que por todos modos no se cuente María en el número de las mujeres necias ni en el coro de las vírgenes fatuas. Antes bien, aquel único necio y príncipe de toda la necedad que, mudado verdaderamente como la luna, perdió la sabiduría en su hermosura, conculcado y quebrantado bajo los pies de María, padece una miserable esclavitud. Sin duda, ella es aquella mujer prometida otro tiempo por Dios para quebrantar la cabeza de la serpiente antigua con el pie de la virtud, a cuyo calcaño puso asechanzas en muchos ardides de su astucia, pero en vano, puesto que ella sola quebrantó toda la herética perversidad. Uno decía que no había concebido a Cristo de la substancia de su carne; otro silbaba que no había dado a luz al niño, sino que le había hallado; otro blasfemaba que, a lo menos, después del parto, había sido conocida de varón; otro, no sufriendo que la llamasen Madre de Dios, reprendía impiísimamente aquel nombre grande, *Theocotos*, que significa la que dió a luz a Dios. Pero fueron quebrantados los que ponían asechanzas, fueron conculcados los engañadores, fueron confutados los usurpadores y la llaman bienaventurada todas las generaciones. Finalmente, luego que dió a luz, puso asechanzas el dragón por medio de Herodes, para apoderarse del Hijo que nacía y devorarle, porque había enemistades entre la generación de la mujer y la del dragón.

5. Mas ya, si parece que más bien se debe entender la Iglesia en el nombre de luna, por cuanto no resplandece de suyo, sino por aquel Señor que dice: *Sin mí nada podéis hacer*[2], tendremos entonces evidentemente expresada aquí aquella mediadora de quien poco ha os he hablado. *Apareció una mujer*, dice San Juan, *vestida del sol, y la luna debajo de sus pies*[3]. Abracemos las plantas de María, hermanos míos, y postrémonos con devotísimas súplicas a aquellos pies bienaventurados. Retengámosla y no la dejemos partir hasta que nos bendiga, porque es poderosa. Ciertamente, el vellocino colocado entre el rocío y la era, y la mujer entre el sol y la luna, nos muestran a María colocada entre Cristo y la Iglesia. Pero acaso no os admira tanto el vellocino saturado de rocío como la mujer ves-

[2] Io. 15, 5.
[3] Apoc. 17, 1.

tida del sol, porque si bien es grande la conexión entre la mujer y el sol con que está vestida, todavía resulta más sorprendente la adherencia que hay entre ambos. Porque ¿cómo en medio de aquel ardor tan vehemente pudo subsistir una naturaleza tan frágil? Justamente te admiras, Moisés santo, y deseas ver más de cerca esa estupenda maravilla; mas para conseguirlo debes quitarte el calzado y despojarte enteramente de toda clase de pensamientos carnales. *Iré a ver,* dice, *esta gran maravilla*[4]. Gran maravilla, ciertamente, una zarza ardiendo sin quemarse, gran portento una mujer que queda ilesa estando cubierta con el sol. No es de la naturaleza de la zarza el que esté cubierta por todas partes de llamas y permanezca con todo eso sin quemarse; no es poder de mujer el sostener un sol que la cubre. No es de virtud humana, pero ni de la angélica seguramente. Es necesaria otra más sublime. *El Espíritu Santo,* dice, *sobrevendrá en ti*[5]. Y como si respondiese ella: Dios es espíritu y nuestro Dios es un fuego que consume. *La virtud,* dice, no la mía, no la tuya, sino *la del Altísimo, te hará sombra.* No es maravilla, pues, que debajo de tal sombra sostenga también una mujer vestido tal.

6. *Una mujer,* dice, *cubierta con el sol.* Sin duda cubierta de luz como de un vestido. No lo percibe acaso el carnal; sin duda es cosa espiritual, necedad le parece. No parecía así al Apóstol, quien decía: *Vestíos del Señor Jesucristo*[6]. ¡Cuán familiar de El fuiste hecha, Señora! ¡Cuán próxima más bien, cuán íntima mereciste ser hecha! ¡Cuánta gracia hallaste en Dios! En ti está y tú en El; a El le vistes y eres vestida por El. Le vistes con la substancia de la carne y El te viste con la gloria de la majestad suya. Vistes al sol de una nube y eres vestida tú misma de un sol. Porque una cosa nueva hizo Dios sobre la tierra, y fué que una mujer rodease a un varón, que no es otro que Cristo, de quien se dice: *He ahí un varón; Oriente es su nombre*[7]; una cosa nueva hizo también en el cielo, y fué que apareciese una mujer cubierta con el sol. Finalmente, ella le coronó y mereció también ser coronada por El. Salid, hijas de Sión, y ved al rey Salomón en la diadema con que le coronó su Madre. Pero esto para otro tiempo. Entre tanto, entrad, más bien, y ved a la reina en la diadema con que la coronó su Hijo.

[4] Ex. 3, 3. [5] Lc. 1, 35. [6] Rom. 13, 14. [7] Zach. 6, 12.

7. *En su cabeza*, dice, *tenía una corona de doce estrellas*. Digna, sin duda, de ser coronada con estrellas aquella cuya cabeza, brillando mucho más lúcidamente que ellas, más bien las adornará que será por ellas adornada. ¿Qué mucho que coronen los astros a quien viste el sol? *Como en los días de primavera*, dice, *la rodeaban las flores de los rosales y las azucenas de los valles*. Sin duda la mano izquierda del Esposo está puesta bajo de su cabeza y va su diestra la abraza. ¿Quién apreciará estas piedras? ¿Quién dará nombre a estas estrellas con que está fabricada la diadema real de María? Sobre la capacidad del hombre es dar idea de esta corona y explicar su composición. Con todo eso, nosotros, según nuestra cortedad, absteniéndonos del peligroso examen de los secretos, podremos acaso sin inconveniente entender en estas doce estrellas doce prerrogativas de gracias con que María singularmente está adornada. Porque se encuentran en María prerrogativas del cielo, prerrogativas del cuerpo y prerrogativas del corazón; y si este ternario se multiplica por cuatro, tenemos quizá las doce estrellas con que la real diadema de María resplandece sobre todos. Para mí brilla un singular resplandor, primero, en la generación de María; segundo, en la salutación del ángel; tercero, en la venida del Espíritu Santo sobre ella; cuarto, en la indecible concepción del Hijo de Dios. Así, en estas mismas cosas también resplandece un soberano honor, por haber sido ella la primicería de la virginidad, por haber sido fecunda sin corrupción, por haber estado encinta sin opresión, por haber dado a luz sin dolor. No menos también con un especial resplandor brillan en María la mansedumbre del pudor, la devoción de la humildad, la magnanimidad de la fe, el martirio del corazón. Cuidado vuestro será mirar con mayor diligencia cada una de estas cosas. Nosotros habremos satisfecho, al parecer, si podemos indicarlas brevemente.

8. ¿Qué es, pues, lo que brilla, comparable con las estrellas, en la generación de María? Sin duda el ser nacida de reyes, el ser de sangre de Abraham, el ser de la generosa prosapia de David. Si esto parece poco, añade que se sabe fué concedida por el cielo a aquella generación por el privilegio singular de santidad, que mucho antes fué prometida por Dios a estos mismos Padres, que fué prefigurada con misteriosos prodigios, que fué prenunciada con oráculos proféticos. Porque a esta misma señalaba an-

ticipadamente la vara sacerdotal cuando floreció sin raíz, a ésta el vellocino de Gedeón cuando en medio de la era seca se humedeció, a ésta la puerta oriental en la visión de Ezequiel, la cual para ninguno estuvo patente jamás. Esta era, en fin, la que Isaías, más claramente que todos, ya la prometía como vara que había de nacer de la raíz de Jesé, ya, más manifiestamente, como virgen que había de dar a luz. Con razón se escribe que este prodigio grande había aparecido en el cielo, pues se sabe haber sido prometido tanto antes por el cielo. *El Señor dice: El mismo os dará un prodigio. Ved que concebirá una virgen.* Grande prodigio dió, a la verdad, porque también es grande el que le dió. ¿En qué vista no reverbera con la mayor vehemencia el brillo resplandeciente de esta prerrogativa? Ya, en haber sido saludada por el ángel tan reverente y obsequiosamente, que podía parecer que la miraba ya ensalzada con el solio real sobre todos los órdenes de los escuadrones celestiales y que casi iba a adorar a una mujer el que solía hasta entonces ser adorado gustosamente por los hombres, se nos recomienda el excelentísimo mérito de nuestra Virgen y su gracia singular.

9. No menos resplandece aquel nuevo modo de concepción, por el cual, no en la iniquidad, como las demás mujeres, sino sobreviniendo el Espíritu Santo, sola María concibió y de sola la santificación. Pero el haber engendrado ella al verdadero Dios y verdadero Hijo de Dios, para que uno mismo fuese Hijo de Dios y de los hombres y uno absolutamente, Dios y hombre, naciese de María, abismo es de luz; ni diré fácilmente que aun la vista del ángel no se ofusque a la vehemencia de este resplandor. En lo demás, evidentemente se ilustra la virginidad de su cuerpo y el propósito de la virginidad por la novedad del mismo propósito, puesto que, elevándose en la libertad de espíritu sobre los decretos de la ley de Moisés, ofreció a Dios con voto la inmaculada santidad de cuerpo y de espíritu juntamente. Prueba la inviolable firmeza de su propósito el haber respondido tan firmemente al ángel que la prometía un hijo: *¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón?* Acaso por eso se turbó en sus palabras y pensaba qué salutación sería ésta, porque había oído que la llamaban bendita entre las mujeres la que siempre deseaba ser bendita entre las vírgenes. Y desde aquel punto, ciertamente, pensaba qué salutación sería ésta, porque ya

parecía ser sospechosa. Mas luego que en la promesa de un hijo aparecía el peligro manifiesto de la virginidad, ya no pudo disimular más ni dejar de decir : *¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón?* Por tanto, con razón mereció aquella bendición y no perdió ésta, para que así sea mucho más gloriosa la virginidad por la fecundidad y la fecundidad por la virginidad y parezcan ilustrarse mutuamente estos dos astros con sus rayos. Pues el ser virgen cosa grande es, pero ser virgen madre, por todos modos es mucho más. Con razón también sola ella no sintió aquel molestísimo tedio con que todas las mujeres embarazadas son afligidas, pues ella sola concibió sin libidinoso deleite. Por lo cual, en el mismo principio de la concepción, cuando principalmente son afligidas miserablemente las demás mujeres, María con toda presteza sube a las montañas para asistir a Isabel. Subió también a Belén, estando ya cercano el parto, llevando aquel preciosísimo depósito, llevando aquel peso dulce, llevando a quien la llevaba. Así también, en el mismo parto, de cuánto esplendor es el haber dado a luz con un gozo nuevo la nueva prole, siendo sola ella entre las mujeres ajena de la común maldición y del dolor de las que dan a luz. Si el precio de las cosas se ha de juzgar por lo raro de ellas, nada se puede hallar más raro que éstas. Puesto que en todas ellas ni se vió tener primera semejante, ni segunda. De todo esto, si fielmente lo miramos, sin duda concebiremos admiración ; pero y veneración también, devoción y consolación.

10. Mas lo que todavía resta considerar pide imitación. No es para nosotros el ser antes del nacimiento prometidos prodigiosamente de tantos y tan varios modos, ni el ser prenunciados desde el cielo, ni tampoco el ser honrados por el arcángel Gabriel con los obsequios de tan nueva salutación. Mucho menos nos comunica las otras dos cosas a nosotros ; ciertamente su secreto es para sí. Porque sola ella es de quien se dice : *Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo*[8]. Sola ella es a quien se dice : *Lo santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios*[9]. Sean ofrecidas al Rey las vírgenes, pero después de ella, porque ella sola reserva para sí la primacía. Mucho más, ella sola concibió al hijo sin corrupción, le llevó sin opresión, le dió a luz sin dolor. Así, nada de esto se exige de nosotros, pero,

[8] Mt. 1. 20.
[9] Lc. 1, 35.

ciertamente, se exige algo. Porque por ventura, si también nos falta a nosotros la mansedumbre del pudor, la humildad del corazón, la magnanimidad de la fe, la compasión del ánimo, ¿excusará nuestra negligencia la singularidad de estos dones? Agraciada piedra en la diadema, estrella resplandeciente en la cabeza es el rubor en el semblante del hombre vergonzoso. ¿Piensa acaso alguno que careció de esta gracia la que fué llena de gracias? Vergonzosa fué María. Del Evangelio lo probamos. Porque ¿en dónde se ve que fuese alguna vez locuaz, en dónde se ve que fuese presuntuosa? Solicitando hablar al hijo se estaba afuera, ni con la autoridad que tenía de madre interrumpió el sermón o se entró por la habitación en que el hijo estaba hablando. En toda la serie, finalmente, de los cuatro Evangelios (si bien me acuerdo) no se oye hablar a María sino cuatro veces. La primera al ángel, pero cuando ya una y dos veces la había él hablado; la segunda a Isabel, cuando la voz de su salutación hizo saltar de gozo a Juan en el vientre; y, alabando entonces Isabel a María, cuidó ella más bien de alabar al Señor; la tercera al Hijo, cuando era ya de doce años, porque ella misma y su padre le habían buscado llenos de dolor; la cuarta, en las bodas, al Hijo y a los ministros. Y estas palabras, sin duda, fueron índice ciertísimo de su congénita mansedumbre y vergüenza virginal. Puesto que, reputando suyo el empacho de otros, no pudo sufrir, no pudo disimular que les faltase vino. A la verdad, luego que fué increpada por el Hijo, como mansa y humilde de corazón, no respondió, mas ni con todo eso desesperó, avisando a los ministros que hiciesen lo que él les dijese.

11. Y después de haber nacido Jesús en la cueva de Belén, ¿acaso no leemos que vinieron los pastores y encontraron la primera de todos a María? *Hallaron*, dice el evangelista, *a María y a José, y al infante puesto en el pesebre*. También los Magos, si hacemos memoria, no sin María su Madre encontraron al Niño, y cuando ella introdujo en el templo del Señor al Señor del templo, muchas cosas ciertamente oyó a Simeón, así relativas a Jesús como a sí misma, pero como siempre mostróse tarda en hablar y solícita en escuchar. *María conservaba todas estas palabras, ponderándolas en su corazón*[10]; y en todas estas circuns-

[10] Lc. 2, 19.

tancias no profieren sus labios una sola palabra acerca del sublime misterio de la encarnación del Señor. ¡Ay de nosotros, que parece tenemos el espíritu en las narices! ¡Ay de nosotros, que echamos afuera todo nuestro espíritu, y que, según aquello del cómico [11], llenos de hendiduras nos derramamos por todas partes! ¡Cuántas veces oyó María a su Hijo, no sólo hablando a las turbas en parábolas, sino descubriendo aparte a sus discípulos el misterio del reino de Dios! ¡Vióle haciendo prodigios, vióle pendiente de la cruz, vióle expirando, vióle cuando resucitó, vióle, en fin, ascendiendo a los cielos! Y en todas estas circunstancias, ¿cuántas veces se menciona haber sido oída la voz de esta pudorosísima Virgen, cuántas el arrullo de esta castísima y mansísima tórtola? Ultimamente leemos en los Actos de los Apóstoles que los discípulos volviendo del monte Olivete perseveraban unánimemente en la oración. ¿Quiénes? Hallándose presente allí María, parece obvio que debía ser nombrada la primera, puesto que era superior a todos, así por la prerrogativa de su divina maternidad como por el privilegio de su santidad. *Pedro y Andrés*, dice, *Santiago y Juan*, y los demás que se siguen. *Todos los cuales perseveraban juntos en oración con las mujeres, y con María, la madre de Jesús* [12]. Pues ¿qué?, ¿se portaba acaso María como la última de las mujeres, para que se la pusiese en el postrer lugar? Cuando los discípulos, sobre los cuáles aún no había bajado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado, suscitaron entre sí la contienda acerca de la primacía en el reino de Cristo, obraron guiados por miras humanas; todo al revés lo hizo María, pues siendo la mayor de todos y en todo, se humilló en todo y más que todos. Con razón, pues, fué constituída la primera de todos, la que siendo en realidad la más excelsa escogía para sí el último lugar. Con razón fué hecha Señora de todos la que se portaba como sierva de todos. Con razón, en fin, fué ensalzada sobre todos los coros de los ángeles la que con inefable mansedumbre se abatía a sí misma debajo de las viudas y penitentes, y aun debajo de aquella de quien habían sido lanzados siete demonios. Ruégoos, hijos amados, que imitéis esta virtud; si amáis a María, si anheláis agradarla, imitad su modestia. NADA DICE TAN BIEN AL HOMBRE,

[11] TERENCIO, *Eunuco*, 1, 2, 25.
[12] Act. 1, 14 y 15.

nada es tan conveniente al cristiano y nada es tan decente al monje en especial.

12. Y sin duda que bastante claramente se deja ver en la Virgen, por esta misma mansedumbre, la virtud de la humildad con la mayor brillantez. Verdaderamente, colactáneas son la mansedumbre y la humildad, confederadas más íntimamente en aquel Señor que decía : *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* [13]. Porque así como la altivez es madre de la presunción, así la verdadera mansedumbre no procede sino de la verdadera humildad. Mas ni sólo en el silencio de María se recomienda su humildad, sino que resuena todavía más elocuentemente en sus palabras. Había oído : *Lo santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios* [14], y no responde otra cosa sino que es la sierva de El. De aquí llega la visita a Isabel, y al punto se le revela a ésta por el espíritu la singular gloria de la Virgen. Finalmente, admiraba la persona de quien venía, diciendo : *¿De dónde a mí esto, que venga a mi casa la madre de mi Señor?* Ensalzaba también la voz de quien la saludaba, añadiendo : *Luego que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, saltó de gozo el infante en mi vientre.* Y alababa la fe de quien había creído diciendo : *Bienaventurada tú que has creído, porque en ti serán cumplidas las cosas que por el Señor se te han dicho.* Grandes elogios, sin duda, pero también su devota humildad, no queriendo retener nada para sí, más bien lo atribuye todo a aquel Señor cuyos beneficios se alababan en ella. Tú, dice, engrandeces a la madre del Señor, pero mi alma *engrandece al Señor.* Dices que a mi voz saltó de gozo el párvulo, pero *mi espíritu se llenó de gozo en Dios, que es mi salud,* y él mismo también, como amigo del Esposo, se llena de gozo a la voz del Esposo. *Bienaventurada me llamas porque he creído,* pero la causa de mi fe y de mi dicha es haberme mirado la piedad suprema, a fin de que por eso me llamen bienaventurada las naciones todas, porque se dignó Dios mirar a esta su sierva pequeña y humilde.

13. Sin embargo, ¿creéis acaso, hermanos, que Santa Isabel errase en lo que, iluminada por el Espíritu Santo, hablaba? De ningún modo. Bienaventurada ciertamente era aquella a quien miró Dios y bienaventurada la que

[13] Mt. 11, 19.
[14] Lc. 1, 35.

creyó, porque su fe fué el fruto sublime que produjo en ella la vista de Dios. Pues por un inefable artificio del Espíritu Santo, a tanta humildad se juntó tanta magnanimidad en lo íntimo del corazón virginal de María, para que (como dijimos antes de la integridad y fecundidad) se volvieran igualmente estas dos estrellas más claras por la mutua correspondencia, porque ni su profunda humildad disminuyó su magnanimidad ni su excelsa magnanimidad amenguó su humildad, sino que, siendo en su estimación tan humilde, era no menos magnánima en la creencia de la promesa, de suerte que aunque no se reputaba a sí misma otra cosa que una pequeña sierva, de ningún modo dudaba que había sido escogida para este incomprensible misterio, para este comercio admirable, para este sacramento inescrutable, y creía firmemente que había de ser luego verdadera madre del que es Dios y hombre. Tales son los efectos que en los corazones de los escogidos causa la excelencia de la divina gracia, de forma que ni la humildad los hace pusilánimes ni la magnanimidad arrogantes, sino que estas dos virtudes más bien se ayudan mutuamente, para que no sólo ninguna altivez se introduzca por la magnanimidad, sino que por ella principalmente crezca la humildad; con esto se vuelven ellos mucho más timoratos y agradecidos al dador de todas las gracias y al propio tiempo evitan que tenga entrada alguna en su alma la pusilanimidad con ocasión de la humildad, porque cuanto menos suele presumir cada uno de su propia virtud, aun en las cosas mínimas, tanto más en cualesquiera cosas grandes confía en la virtud divina.

14. El martirio de la Virgen ciertamente (que entre las estrellas de su diadema, si os acordáis, nombramos la duodécima) está expresado así en la profecía de Simeón como en la historia de la pasión del Señor. *Está puesto éste,* dice Simeón del párvulo Jesús, *como blanco, al que contradecirán, y a tu misma alma* (decía a María) *traspasará la espada*[15]. Verdaderamente, ¡oh madre bienaventurada!, traspasó tu alma la espada. Ni pudiera ella penetrar el cuerpo de tu hijo sin traspasarla. Y, ciertamente, después que expiró aquel tu Jesús (de todos, sin duda, pero especialmente tuyo) no tocó su alma la lanza cruel que abrió (no perdonándole aun muerto, a quien ya no podía

[15] Lc. 2. 34 y 35.

dañar) su costado, pero traspasó seguramente la tuya. Su alma ya no estaba allí, pero la tuya, ciertamente, no se podía de allí arrancar. Tu alma, pues, traspasó la fuerza del dolor, para que no sin razón te prediquemos más que mártir, habiendo sido en ti mayor el afecto de compasión que pudiera ser el sentido de la pasión corporal.

15. ¿Acaso no fué para ti más que espada aquella palabra que traspasaba en la realidad el alma y que llegaba hasta la división del alma y del espíritu: *Mujer, mira tu hijo?* [16] ¡Oh trueque! Te entregan a Juan en lugar de Jesús, el siervo en lugar del Señor, el discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios, un hombre puro en lugar del Dios verdadero. ¿Cómo no traspasaría tu afectuosísima alma el oír esto, cuando quiebra nuestros pechos, aunque de piedra, aunque de hierro, sola la memoria de ello? No os admiréis, hermanos, de que sea llamada María mártir en el alma. Admírese el que no se acuerde haber oído a Pablo contar entre los mayores crímenes de los gentiles el haber vivido sin tener afecto. Lejos estuvo esto de las entrañas de María, lejos esté también de sus humildes siervos. Mas acaso dirá alguno: ¿Por ventura no supo anticipadamente que su Hijo había de morir? Sin duda alguna. ¿Por ventura no esperaba que luego había de resucitar? Con la mayor confianza. Y a pesar de esto, ¿se dolió de verle crucificado? Y en gran manera. Por lo demás, ¿quién eres tú, hermano, o qué sabiduría es la tuya, que admiras más a María compaciente que al Hijo de María paciente? El pudo morir en el cuerpo, ¿y María no pudo morir juntamente en el corazón? Realizó aquello una caridad superior a toda otra caridad; también hizo esto una caridad que después de aquélla no tuvo par ni semejante. Y ahora, ¡oh Madre de misericordia!, postrada humildemente a tus pies, como la luna, te ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estás constituída mediadora entre ella y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de tu alma le alcances la gracia de que en tu luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que te amó verdaderamente más que a todas las demás criaturas y te adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en tu cabeza la corona de hermosura. Llena estás de gracia, llena del celestial rocío, sustentada

[16] Io. 19, 26.

por el amado y rebosando en delicias. Alimenta hoy, Señora, a tus pobres ; los mismos cachorrillos también coman de las migajas que caen de la mesa de su Señor ; no sólo al criado de Abrahán, sino también a sus camellos dales de beber de tu copiosa hidria, porque tú eres verdaderamente aquella doncella anticipadamente elegida y preparada para desposarse con el Hijo del Altísimo, el cual es sobre todas cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

EN LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA *

(8 de septiembre)

Del acueducto

1. Cuando el cielo goza ya de la presencia de la Virgen fecunda, la tierra venera su memoria. Allí se halla la posesión de todo bien, aquí el recuerdo ; allí la saciedad, aquí una tenue prueba de las primicias ; allí la realidad, aquí el nombre. *Señor,* dice el salmista, *tu nombre permanece para siempre, y tu memoria pasará de generación en generación* [1]. Esta generación y generación no es de ángeles a la verdad, sino de hombres. ¿Queréis saber cómo su nombre y su memoria está en nosotros y su presencia en las alturas? Oíd al Salvador cuando dice : *Habéis de orar así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre* [2]. Fiel oración, cuyos principios nos avisan de la divina adopción y de la terrena peregrinación, a fin de que, sabiendo que mientras no estamos en el cielo vivimos alejados del Señor y fuera de nuesra patria, gimamos dentro de nosotros mismos aguardando la adopción de hijos, o sea, la presencia del Padre. Por tanto, expresamente habla de Cristo el profeta cuando dice : *Cual espíritu que anda delante de nosotros es Cristo nuestro Señor; bajo de su sombra viviremos entre las gentes* [3], porque entre las celestiales bienaventuranzas no se vive en la sombra, sino más bien en el esplendor. *En los esplendores de los santos,* dice, *de mi seno te engendré antes del lucero* [4]. Pero esto, sin duda, el Padre.

---

* PL 183, 437.

[1] Ps. 101, 13.
[2] Mt. 6, 9.
[3] Thren. 4, 20.
[4] Ps. 109, 3.

2. Mas la madre no le engendró al mismo en el esplendor, sino en la sombra; pero no en otra sombra que con la que el Altísimo la cubrió. Justamente por eso canta la Iglesia, no aquella Iglesia de los santos, que está en las alturas y en el esplendor, sino la que peregrina todavía en la tierra: *A la sombra de aquél que había deseado me senté, y su fruto es dulce al paladar mío*[5]. Había pedido que se le mostrase la luz del medio día en donde el Esposo apacienta su rebaño, pero fué contrariada en su deseo, y en lugar de la plenitud de la luz recibió la sombra, en lugar de la saciedad el gusto. Finalmente, no dice: A la sombra que yo había deseado, sino: A la sombra de aquel a quien yo había deseado me senté, pues no había deseado la sombra, sino el resplandor del medio día, la luz llena de quien es luz llena. *Y su fruto,* añade, *dulce a mi paladar.* ¿Hasta cuándo me has de negar tu compasión, sin permitirme el respirar y tragar siquiera mi saliva?[6] ¿Cuándo llegará el día en que se cumpla esta sentencia: *Gustad y ved cuán suave es el Señor?*[7] Sin duda es suave al gusto y dulce al paladar, por lo cual se comprende perfectamente que, en vista de ello, prorrumpiera la esposa en voces de acción de gracias y de alabanza.

3. Pero ¿cuándo se dirá: *Comed, amigos, y bebed y embriagaros, amadísimos?*[8] *Los justos,* dice el profeta, *coman en convite,* pero *delante de Dios*[9], no en la sombra. Y de sí mismo dice: *Seré saciado cuando aparezca tu gloria.* También el Señor dice a los apóstoles: *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones y yo dispongo para vosotros, así como mi Padre le dispuso para mí, el reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa*[10]. ¿En dónde? *En mi reino,* dice. Dichoso aquel que coma el pan en el reino de Dios. Sea, pues, tu nombre santificado, por el cual de algún modo ahora estás, Señor, en nosotros, habitando por la fe en nuestros corazones, puesto que ya ha sido invocado sobre nosotros tu nombre. Vénganos tu reino. Venga, ciertamente, lo que es perfecto y sea acabado lo que es en parte. *Tenéis,* dice el Apóstol, *por fruto de vuestras obras la santificación, pero será su fin la vida eterna*[11]. La vida eterna es fuente indeficiente que riega toda la superficie del paraíso. Ni sólo la riega, sino que la em-

[5] Cant. 2, 3.
[6] Iob. 7, 19.
[7] Ps. 33, 9.
[8] Cant. 5, 1.
[9] Ps. 67, 3.
[10] Lc. 22, 28-30.
[11] Rom. 6, 22.

briaga, como fuente de los huertos, pozo de aguas vivas que corren con ímpetu desde el Líbano, y el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios [12]. Pero ¿quién es la fuente de la vida, sino Cristo Señor? *Cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces también apareceréis vosotros con El en la gloria* [13]. A la verdad, la misma plenitud se anonadó a sí misma para hacerse para nosotros justicia, santificación y remisión, no apareciendo todavía vida o gloria o bienaventuranza. Corrió la fuente hasta nosotros y se difundieron las aguas en las plazas, aunque no beba el ajeno de ellas. Descendió por un acueducto aquella vena celestial, no ofreciendo, con todo eso, la copia de una fuente, sino infundiendo en nuestros áridos corazones las gotas de la gracia, a unos, ciertamente, más, a otros, menos. El acueducto, sin duda, lleno está para que los demás reciban de la plenitud, pero no la misma plenitud.

4. Ya habéis advertido, si no me engaño, quién quiero decir que es este acueducto que, recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos la franqueó a nosotros, si no del modo que es en sí misma, a lo menos según podíamos nosotros participar de ella. Sabéis, pues, a quién se dijo: *Dios te salve, llena de gracia.* Mas ¿acaso admiraremos que se pudiese encontrar de que se formase tal y tan grande acueducto, cuya cumbre, al modo de aquella escala que vió el patriarca Jacob, tocase en los cielos, más bien, sobrepasase también los cielos y pudiese llegar a aquella vivísima fuente de las aguas que están sobre los cielos? Se admiraba también Salomón y, al modo del que desespera, decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* [14] A la verdad, por eso faltaron durante tanto tiempo al género humano las corrientes de la gracia, porque todavía no estaba interpuesto este deseable *acueducto* de que hablamos ahora. Ni nos admiraremos de que fuese aguardado largo tiempo, si recordamos cuántos años trabajó Noé, varón justo, en la fábrica del arca, en la cual sólo unas pocas almas, esto es, ocho, se salvaron, y esto para un tiempo bastante corto.

5. Pero ¿cómo llegó este nuestro *acueducto* a aquella fuente tan sublime? ¿Cómo? Con la vehemencia del deseo, con el fervor de la devoción y con la pureza de la oración, según está escrito: *La oración del justo penetra los cielos.*

[12] Ps. 45, 5. [13] Col. 3, 4. [14] Prov. 31, 10.

A la verdad, ¿quién será justo, si no lo es María, de quien nació para nosotros el Sol de justicia? ¿Y cómo hubiera podido llegar hasta tocar aquella majestad inaccesible, sino llamando, pidiendo y buscando? Sí, halló lo que buscaba aquella a quien se dijo: *Has hallado gracia a los ojos de Dios.* ¿Qué? ¿Está llena de gracia y todavía halla más gracia? Digna es por cierto de hallar lo que busca, pues no la satisface la propia plenitud, ni está contenta aún con el bien que posee, sino que, así como está escrito: *El que de mí bebe, tendrá sed todavía*[15], pide el poder rebosar para la salvación del universo. *El Espíritu Santo,* la dice el ángel, *descenderá sobre ti,* y en tanta copia, en tanta plenitud infundirá en ti aquel bálsamo precioso, que se derramará copiosamente por todas partes. Así es, ya lo sentimos, ya se alegran nuestros rostros en el óleo. Mas esto, ciertamente, no es en vano; y si el aceite se derrama, no por eso perece. Por esto, sin duda, también las vírgenes, esto es, las almas todavía párvulas, aman al Esposo y no poco. Y no sólo recibió la barba aquel ungüento que descendía de la cabeza, sino también las mismas fimbrias del vestido le recibieron.

6. Mira, hombre, el consejo de Dios, reconoce el consejo de la sabiduría, el consejo de la piedad. Habiendo de regar toda la era con el rocío celestial, humedeció primero todo el vellocino; habiendo de redimir todo el linaje humano, puso todo el precio en María. ¿Con qué fin hizo esto? Quizá para que Eva fuese disculpada por la hija y cesase la queja del hombre contra la mujer para siempre. No digas ya jamás, Adán: *La mujer que me diste me ofreció del árbol prohibido*[16]; di más bien: La mujer que me diste me ha dado a comer del fruto bendito. Consejo piadosísimo, sin duda, pero no es esto todo acaso; hay otro todavía oculto. Verdad es lo que se ha dicho, pero aún es poco (si no me engaño) a vuestros deseos. Dulzura de leche es; se sacará, acaso, si con más fuerza apretamos la crasitud de la manteca. Contemplad, pues, más altamente con cuánto afecto de devoción quiso fuese honrada María por nosotros aquel Señor que puso en ella toda la plenitud del bien, para que, consiguientemente, si en nosotros hay algo de esperanza, algo de gracia, algo de salud, conozcamos que redunda de aquella que subió rebosando en delicias.

[15] Eccli. 24, 29.
[16] Gen. 3, 12.

Huerto es, en verdad, de delicias que no solamente inspiró viniendo, sino que agitó dulcemente con sus soberanos soplos aquel austro divino, sobreviniendo en ella, para que por todas partes fluyan y se difundan sus aromas, los dones, es a saber, de las gracias. Quita este cuerpo solar que ilumina al mundo, ¿cómo podrá haber día? Quita a María, esta estrella del mar, del mar sin duda grande y espacioso, ¿qué quedará sino obscuridad, que todo lo ofusque, sombra de la muerte todo y densísimas tinieblas?

7. Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso *que todo lo recibiéramos por María*. Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro. Puesto que, mirando en todo y por todo al bien de los miserables, consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad. Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con sólo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas. El te dió a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de Padre tal? Será oído sin duda por su respeto, pues el Padre ama al Hijo. Mas recelas acaso llegarte también a El. Hermano tuyo es, tu carne es, tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Este hermano te lo dió María. Pero, por ventura, en El también miras con temblor su majestad divina, porque, aunque se hizo hombre, con todo eso permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con El? Pues recurre a María. Porque se halla la humanidad pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza. No me cabe la menor duda: será ella oída también por tu respeto. Oirá sin duda el Hijo a la Madre, y oirá el Padre al Hijo. Hijos amados, ésta es la escala de los pecadores, ésta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de la esperanza mía. ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler o padecer El repulsa? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no; mil veces no. *Hallaste,* dice el ángel, *gracia en los ojos de Dios*. Dichosamente. Siempre ella encontrará la gracia, y sola la gracia es de lo que necesitamos. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón; ni riquezas, ni

honores, ni poder, sino gracia. A la verdad, sola es la gracia por la que nos salvamos.

8. ¿Para qué deseamos nosotros, hermanos, otras cosas? Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca y no puede verse frustrada. Busquemos la gracia, pero la gracia en Dios, pues en los hombres es la gracia falaz. Busquen otros el mérito; nosotros procuremos cuidadosamente hallar la gracia. ¿Pues qué? ¿Por ventura no es gracia el estar aquí? Verdaderamente misericordia del Señor es que no hayamos sido consumidos nosotros. ¿Y quiénes somos nosotros? Nosotros tal vez perjuros, nosotros adúlteros, nosotros homicidas, nosotros ladrones, la basura sin duda del mundo. Consultad vuestras conciencias, hermanos, y ved que donde abundó el delito sobreabundó también la gracia. María no alega el mérito, sino que busca la gracia. A la verdad, en tanto grado confía en la gracia y no presume de sí altamente, que se recela de la misma salutación del ángel. *María,* dice, *pensaba qué salutación sería ésta.* Sin duda, se reputaba indigna de la salutación del ángel. Y acaso meditaba dentro de sí misma: ¿De dónde a mí esto, que el ángel de mi Señor venga a mí? No temas, María, no te admires de que venga el ángel, que después de él viene otro mayor que él. No te admires del ángel del Señor, el Señor del ángel está contigo. ¿Qué mucho que veas a un ángel viviendo tú ya angélicamente? ¿Qué mucho visite el ángel a una compañera de su vida? ¿Qué mucho que salude a la ciudadana de los santos y familiar del Señor? Angélica vida es, ciertamente, la virginidad, pues los que no se casan ni son casados serán como los ángeles de Dios.

9. ¿No veis cómo también de este modo nuestro *acueducto* sube a la fuente, ni ya con sola la oración penetra los cielos, sino igualmente con la incorrupción, la cual nos une con Dios, como dice el Sabio? Era la Virgen santa en el cuerpo y en el espíritu, y podía decir con especialidad: *Nuestro trato es en el cielo* [17]. Santa era, repito, en el cuerpo y en el espíritu, para que nada dudes acerca de este *acueducto.* Sublime es en gran manera, pero no menos permanece enterísimo. Huerto cerrado es, fuente sellada, templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo. No era virgen fatua, pues no sólo tenía su lámpara llena de aceite, sino

[17] Phil. 3. 20

que guardaba en su vasija la plenitud de él. En su corazón había dispuesto los grados para subir hasta el lugar santo por medio de la asidua oración y una vida santísima, y así vemos que subió a las montañas de Judea con mucha prisa, saludó a Isabel, y permaneció en su asistencia como tres meses, de suerte que ya entonces podía decir la Madre de Dios a la madre de Juan lo que mucho tiempo después dijo el Hijo de Dios al hijo de Isabel: *Déjame hacer ahora, que así es como conviene que cumplamos nosotros toda justicia* [18]. Puede afirmarse con toda verdad que esta Virgen al subir a las montañas de Judea se elevó más que los más altos montes de Dios, lo cual constituye el tercer ascenso de la Virgen, a fin de que se cumpliera en ella aquello de que con dificultad se rompe la cuerda tres veces doblada. Hervía, pues, la caridad en buscar la gracia, resplandecía en el cuerpo la virginidad y sobresalía la humildad en el obsequio. Pues si todo aquel que se humilla será ensalzado, ¿qué cosa más sublime que esta humildad? Se admiraba Isabel de su venida, y decía: *¿De dónde a mí esto, que la Madre de mi Señor venga a mí?* [19]. Pero mucho más debiera haberse admirado de que María se anticipara a lo que más tarde debía decir su Hijo: No vine a ser servido, sino a servir. Con razón, por tanto, aquel cantor divino, llevado de su admiración profética, decía de ella: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército formado en batalla?* [20] Sube ciertamente sobre el linaje humano, sube hasta los ángeles, pero a éstos también los sobrepuja y se eleva sobre toda criatura celestial. Sin duda que sobre los mismos ángeles es forzoso que vaya a recibir aquella agua viva que ha de difundir sobre los hombres.

10. *¿Cómo*, dice, *se hará esto, porque yo no conozco varón?* Verdaderamente es santa en el cuerpo y en el espíritu, teniendo no sólo la integridad de la virginidad, sino el propósito firme de conservarla incólume. Mas respondiendo el ángel, le dijo: *El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra*. Como si dijera: No me preguntes a mí esto, porque es cosa superior a mi comprensión y no podría declarártelo. El Espíritu Santo, no el espíritu angélico, sobrevendrá en ti, y la

[18] Mt. 3, 15. [19] Lc 1, 43. [20] Cant. 6, 9.

virtud del Altísimo te hará sombra, no yo. No te pares ni siquiera entre los ángeles, Virgen santa; mucho más sublime está lo que la tierra sedienta espera que se le dé a beber por ministerio tuyo. Un poco que les pases a ellos hallarás a quien ama tu alma. Un poco, repito, no porque tu Amado no sea superior a ellos incomparablemente, sino porque nada encontrarás que medie entre El y ellos. Pasa, pues, las virtudes y las dominaciones, los querubines y los serafines, hasta que llegues a Aquel de quien alternativamente están clamando: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. Pues el fruto santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios*[21]. Fuente es de la sabiduría el Verbo del Padre en las alturas. Pero este Verbo por medio de ti se hará carne, para que Aquel que dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[22], diga igualmente: *Porque yo procedí de Dios y he venido de parte de Dios. En el principio*, dice San Juan, *era el Verbo*. Ya brota la fuente, pero por ahora sólo en sí misma. Añade luego: *Y el Verbo estaba en Dios*, habitando una luz inaccesible, y decía el Señor desde el principio: *Yo medito pensamientos de paz y no de aflicción*[23]. Pero en ti, Señor, está tu pensamiento, y lo que piensas lo ignoramos nosotros. Porque ¿quién pudo jamás conocer los designios del Señor o quién fué su consejero? Descendió, pues, el pensamiento de la paz a la obra de la paz: *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Habita por la fe en nuestros corazones, habita en nuestra memoria, habita en nuestro pensamiento y desciende hasta la misma imaginación. Porque ¿qué idea se formaría antes el hombre de Dios? ¿No se le representaba en su corazón bajo la forma de un ídolo?

11. Incomprensible era e inaccesible, invisible y superior a toda humana inteligencia. Mas ahora quiso ser comprendido, quiso ser visto, quiso que pudiésemos pensar en El. ¿De qué modo, me preguntas? Echado en el pesebre, reposando en el virginal regazo, predicando en el monte, pernoctando en la oración; o bien pendiente de la cruz, poniéndose pálido en la muerte, libre entre los muertos y mandando en el infierno; o también resucitando al tercer día y mostrando a los apóstoles las hendiduras de los clavos, insignias de su victoria; últimamente subiendo a lo más alto de los cielos a vista de los mismos apóstoles.

[21] Is. 6. 3. [22] Io. 14. 10 [23] Ier. 19. 11.

¿Qué cosa de éstas no se piensa verdadera, piadosa y santamente? Cualquiera de estas cosas que yo piense, pienso en mi Dios y en todas estas cosas. El es mi Dios. El meditar, pues, estos misterios lo llamé sabiduría, y juzgué por prudencia el refrescar incesantemente la memoria de la suavidad de estos dulces frutos, que produjo copiosamente la vara sacerdotal que María fué a coger en las alturas para difundirlos con la mayor abundancia en nosotros. La recibió, sin duda, en las alturas y sobre los ángeles, puesto que recibió al Verbo del mismo corazón del Padre, según está escrito: *El día anuncia al día la palabra*[24]. Verdaderamente es día el Padre, pues es día del día la salud de Dios. ¿Acaso no es también día María? Y esclarecido. Resplandeciente día es, sin duda, la que procedió como la aurora resurgente, hermosa como la luna, escogida como el sol.

12. Contempla, pues, cómo se elevó hasta los ángeles por la plenitud de la gracia y por encima de los ángeles al descender sobre ella el Espíritu Santo. Hay en los ángeles caridad, hay pureza, hay humildad. ¿Cuál de estas cosas no resplandeció en María? Pero de esto ya os hemos hablado antes del modo que hemos podido; prosigamos en ver su excelencia singular. ¿A quién de los ángeles se dijo alguna vez: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por eso el fruto santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios?* La verdad nació de la tierra, no de la criatura angélica, puesto que no tomó la naturaleza de los ángeles para salvarlos, sino que tomó la semilla de Abraham para redimir a sus hijos. Cosa excelsa es para el ángel el ser ministro del Señor, pero otra cosa más sublime mereció María, que fué la de ser Madre del Señor. Así la fecundidad de la Virgen es una gloria sobreeminente, y por este privilegio único fué sublimada sobre todos los ángeles, tanto más cuanto supera el nombre de Madre de Dios al de simples ministros suyos. A ella la encontró la gracia llena de gracia, para que fervorosa en la caridad, en la virginidad íntegra, en la humildad devota, concibiese sin conocer varón y diera a luz igualmente sin dolor ni menoscabo de su virginidad. Más aún, el fruto que nació de ella se llama santo, y es Hijo de Dios.

[24] Ps. 18, 2.

13. En lo demás, hermanos, debemos procurar con el mayor cuidado que aquella Palabra que salió de la boca del Padre para nosotros por medio de la Virgen, no se vuelva vacía, sino que por mediación de Nuestra Señora volvamos gracia por gracia. Mientras suspiramos por la presencia, fomentemos con toda nuestra atención su memoria, y así sean restituídas a su origen las corrientes de la gracia para que fluyan después más copiosamente. De otra suerte, si no vuelven a la fuente se secarán, y siendo infieles en lo poco no merecemos recibir lo que es máximo. Poco es ciertamente la memoria en comparación de la presencia, poco en comparación de lo que deseamos, pero grande cosa es respecto de lo que merecemos; inferior es respecto del deseo, pero muy superior al mérito. Sabiamente, por tanto, la Esposa, aun por esto poco, se congratula a sí misma en gran manera, puesto que habiendo dicho: *Muéstrame dónde tienes los pastos, dónde reposas al llegar el medio día*[25], aunque recibió muy poco en comparación de lo que había pedido, pues en vez del pasto de medio día sólo gustó el sacrificio de la tarde, sin embargo de ningún modo se lamenta de ello como suele suceder, ni se contrista, sino que da gracias al Amado y en todo se muestra más devota. Sabe muy bien que si es fiel en la sombra de la memoria, obtendrá sin duda la luz de la presencia. Así, los que hacéis memoria del Señor, no guardéis silencio, no permanezcáis mudos, aunque, a la verdad, los que tienen presente al Señor no necesitan de exhortación, y aquellas palabras del profeta: *Alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sión,* más bien son de congratulación que de amonestación, pero los que caminan aún en la fe necesitan de amonestación para que no callen y no respondan al Señor con el silencio, porque El hace oír su voz y habla palabras de paz para su pueblo y para sus santos y para todos aquellos que se vuelven a El de corazón. Por esto se dice en el salmo: *Con el santo serás santo, y con el varón inocente, inocente*[26], y oirá al que le oye y hablará al que le habla. De otra suerte le habrás dado silencio, si tú callas. Pero ¿si tú callas de qué? De la alabanza. *No calléis,* dice, *y no le deis silencio hasta que establezca y ponga a Jerusalén alabanza en la tierra*[27]. La alabanza de Je-

[25] Cant. 1, 6.
[26] Ps. 17, 26.
[27] Is. 62, 7.

rusalén es gustosa y hermosa alabanza, a no ser que acaso juzguemos que los ciudadanos de Jerusalén se deleitan de las alabanzas mutuas y que se engañan recíprocamente con la vanidad.

14. Hágase tu voluntad, ¡oh Padre!, así en la tierra como en el cielo, para que las alabanzas que resuenan en Jerusalén resuenen también en la tierra. Pero ¿qué sucede ahora? El ángel no busca gloria de otro ángel en Jerusalén, mas el hombre desea ser alabado del hombre en la tierra. ¡Execrable perversidad!, pero sólo propia de aquéllos que tienen ignorancia de Dios, que viven olvidados del Señor Dios suyo; en cuanto a vosotros, que os acordáis del Señor, no ceséis de publicar sus alabanzas hasta que resuenen cumplidamente en toda la tierra. Hay un silencio irreprensible, más aún, loable, como también hay palabras que no son buenas. De otra suerte no diría el profeta que era bueno aguardar en silencio la salud que viene de Dios[28]. Bueno es que la jactancia guarde silencio, bueno es que la blasfemia se calle, bueno es que enmudezca la murmuración y la detracción. Acontece que alguno, exasperado por la magnitud del trabajo y peso del día, murmura en su corazón y juzga temerariamente a los que velan por su alma, como que han de dar cuenta de ella. Esta murmuración equivale a un grito clamoroso que procede de un corazón endurecido y que le impide oír la voz de Dios. Otros, por la pusilanimidad de su espíritu, desmayan en la esperanza, y ésta viene a ser como una horrible blasfemia, que ni en este siglo ni en el futuro se perdona. Otros, en fin, aspiran a cosas grandes y muy superiores a su capacidad, diciendo: Nuestra mano es robusta, creyéndose algo cuando en realidad son una pura nada. ¿Qué le hablará a éste aquel Señor que no habla sino de paz? Ese tal dice: Rico soy y de nadie necesito, mientras que el que es la verdad clama: *¡Ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis aquí vuestra consolación*[29]. Y en otra parte añade: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*[30]. Calle, pues, en nosotros la lengua maldiciente, la lengua blasfema, la lengua orgullosa y altanera, porque es bueno aguardar en este triplicado silencio la salud que viene de Dios, a fin de que así podamos decir: *Habla, Señor, porque tu siervo escucha*[31]. Semejantes voces no se diri-

[28] Thren. 3. 26
[29] Lc. 6. 24.
[30] Mt. 5. 5.
[31] 1 Reg. 3. 10.

gen a El, sino contra El, según aquello que decía Moisés a los murmuradores: *No es contra mí vuestra murmuración, sino contra el Señor* [32].

15. Mas de tal suerte has de callar en estas tres cosas, que no enmudezcas del todo, guardando con Dios absoluto silencio. Háblale contra la jactancia por la confesión, para que alcances perdón de lo pasado. Háblale contra la murmuración con la acción de gracias, para que te conceda más abundante gracia en la presente vida. Háblale contra la desconfianza en la oración, para que consigas también la gloria en lo futuro. Confiesa, repito, lo pasado, y da gracias por lo presente, y en adelante ora con más cuidado por lo futuro, a fin de que El a su vez no calle en la remisión, ni en la donación de sus gracias ni en sus promesas. No calles, repito, no guardes silencio en su presencia. Háblale para que también El te hable y pueda decirte: *Mi amado es para mí y yo para él* [33]. Voz agradable es ésta; dulce palabra. Sin duda no es esta voz de murmuración, sino de tórtola. No me digas: *¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en la tierra extraña?* [34], porque no debe reputarse tierra extraña aquella de la cual dice el Esposo: *La voz de la tórtola se ha oído ya en nuestra tierra.* Había, pues, oído el que decía: *Cogednos las zorras pequeñas,* y por eso acaso prorrumpió en voces de gozo, diciendo: *Mi amado es para mí y yo para él.* Sin duda voz de tórtola que con una castidad singular persevera para su consorte, así vivo como muerto, para que ni la muerte ni la vida la separen de la caridad de Cristo. Mira, pues, si hubo algo que pudiese apartar al amado de la amada, cuando ves que persevera unido a ella aun pecando y estando apartada de El. Porfiaban envueltas entre sí las nubes en ofuscar los rayos para que nuestras iniquidades nos apartasen de Dios. Pero desplegó su fervor el Sol y lo disipó todo. De otra suerte, ¿cuándo hubieras tú vuelto a El, si El no hubiera perseverado para ti, si El no hubiera clamado: *Vuélvete, vuélvete, Sunamitis; vuélvete, vuélvete para que te miremos?* [35] Sé, pues, tú también no menos perseverante, de modo que por ningunos castigos, por ningunos trabajos te apartes.

16. Lucha con el ángel, como Jacob, para que no seas vencido; porque *el reino de los cielos se alcanza a viva*

[32] Ex. 16, 8.
[33] Cant. 2, 16.
[34] Ps. 136, 4.
[35] Cant. 6, 12.

fuerza y sólo los valerosos le arrebatan[36]. ¿Por ventura no indican lucha aquellas palabras: *Mi amado es para mí y yo para él?* Te dió El muestras de su amor, experimente también el tuyo. En muchas cosas te prueba el Señor tu Dios; se desvía muchas veces, aparta de ti su rostro; pero no llevado de ira. Lo hace para probarte, no para reprobarte. Te sufrió el amado, sufre tú al amado, sostén al Señor y obra varonilmente. No le vencieron a El tus pecados, a ti tampoco te superen sus castigos, y alcanzarás la bendición. Mas ¿cuándo? Al nacimiento de la aurora, cuando ya esclarezca el día, cuando haya establecido las alabanzas de Jerusalén en la tierra. He aquí, dice Moisés, *que un varón*, o sea, un ángel, *luchaba con Jacob hasta la mañana*[37]. Haz que sea oída de mí en la mañana tu misericordia, porque en ti, Señor, he esperado. No callaré, perseveraré en la oración hasta la mañana, y ojalá que no me quede en ayunas. Tú, Señor, te dignas alimentarme, y no sólo esto, sino entre las azucenas. *Mi amado es para mí, y yo para él, el cual se apacienta entre las azucenas*[38]. Un poco antes se observa en el mismo cántico que la aparición de las flores va acompañada del arrullo de la tórtola[39]. Pero atiende que parece indicar el sitio, no el sustento, y no explica de qué cosas se alimenta, sino entre qué cosas. Acaso, pues, no se alimenta con el manjar, sino con la compañía de las azucenas, ni come azucenas, sino que anda entre ellas. Sin duda más bien por el olor que por el sabor agradan las azucenas y son más a propósito para la vista que para la comida.

17. Así, pues, se apacienta entre las azucenas, hasta que decline el día, y a la belleza de las flores se siga la abundancia de los frutos. Porque ahora es tiempo de flores, no de frutos, pues tenemos aquí sola la esperanza y no lo que esperamos, y caminando por la fe, no por la vista clara, nos congratulamos más con la expectación que con la experiencia. Considerad la suma delicadeza de esta flor y acordaos de aquellas palabras del Apóstol: *Llevamos este tesoro en vasos de barro*[40]. ¡Cuántos peligros amenazan a las flores! ¡Cuán fácilmente con los aguijones de las espinas es traspasada la azucena! Con razón, pues, canta el amado: *Como azucena entre espinas, así es mi Amiga entre las vírgenes*[41]. ¿Acaso no era azucena entre

[36] Mt. 11, 12.
[37] Gen. 32, 24
[38] Cant. 2, 16.
[39] Cant. 2, 12.
[40] 2 Cor. 4, 7.
[41] Cant. 2, 2.

espinas el que decía: *Con los que aborrecían la paz era yo pacífico?*[42] Sin embargo, aunque el justo florece como la azucena, no se alimenta el Esposo de azucenas ni se complace en la singularidad. Escuchad cómo habla el que mora en medio de las azucenas: *Donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*[43]. Ama siempre Jesús lo que está en medio; los lugares apartados y solitarios siempre los ha reprobado el Hijo del hombre, que es el mediador entre Dios y los hombres. *Mi Amado es para mí y yo para él, el cual se apacienta entre azucenas.* Procuremos, pues, hermanos míos, cultivar azucenas; démonos prisa a arrancar de raíz las espinas y los abrojos, y plantemos en su lugar azucenas, por si alguna vez acaso se digna el amado descender a apacentarse entre ellas.

18. En María sí que se apacentaba, puesto que en ella hallaba grandísima abundancia de azucenas. ¿No son acaso azucenas el decoro de la virginidad, las insignias de la humildad, la supereminencia de la caridad? También nosotros podemos tener azucenas, aunque menos hermosas y olorosas; con todo, ni aun entre ellas se desdeñará de apacentarse el esposo, con tal de que a esas acciones de gracias, de que hemos hablado antes, les dé lustre la alegría de la devoción, a la oración le dé candor la pureza de intención y la misericordia dé blancura a la confesión, como está escrito: *Aunque sean vuestros pecados como la escarlata, se volverán blancos como la nieve, y aunque sean rojos como el carmesí, serán blancos como la lana*[44]. Pero sea lo que fuere aquello que dispones ofrecer, acuérdate de encomendarlo a María, para que vuelva la gracia por el mismo cauce por donde corrió, al dador de la gracia. No le faltaba a Dios, ciertamente, poder para infundirnos la gracia, sin valerse de este *acueducto*, si El hubiera querido, pero quiso proveerte de ella por este conducto. Acaso tus manos están aún llenas de sangre o manchadas con dádivas sobornadoras, porque todavía no las tienes lavadas de toda mancha. Por eso aquello poco que deseas ofrecer, procura depositarlo en aquellas manos de María, graciosísimas y dignísimas de todo aprecio, a fin de que sea ofrecido al Señor, sin sufrir de El repulsa. Sin duda can-

[42] Ps. 119, 7.
[43] Mt. 18, 20.
[44] Is. 1, 18.

didísimas azucenas son, ni se quejará aquel amante de las azucenas de no haber encontrado entre azucenas todo lo que El hallare en las manos de María. Amén.

EN LA FIESTA DE SAN MIGUEL *

(29 de septiembre)

1 De los oficios de los ángeles para con nosotros y de nuestra reverencia para con ellos **

1. Celebramos hoy la fiesta de los santos ángeles y exigís el sermón debido por tanta solemnidad. Pero ¿qué os diré acerca de los espíritus angélicos siendo yo un vil gusano de la tierra? Creo ciertamente, y tengo una fe inquebrantable, de que bienaventurados en la divina presencia y vista de Dios, se alegran sin fin en la posesión de aquellos bienes del Señor, que ni ojo alguno vió, ni oído oyó, ni entendimiento humano es capaz de comprender. ¿Qué hablará, pues, un simple mortal a hombres mortales de unas cosas que ni él es suficiente para expresarlas ni ellos tampoco para entenderlas? A la verdad, si de la abundancia del corazón habla la boca, es preciso igualmente que calle la lengua cuando hay escasez de pensamientos. Sin embargo, si excede nuestra posibilidad el hablar de aquella claridad y gloria de la cual gozan en sí mismos, o más bien en su Dios, y que de todos modos sobrepuja inmensamente nuestra escasa comprensión, hablemos al menos de aquella gracia y caridad que muestran con nosotros. Porque en aquellos espíritus soberanos no sólo se halla una dignidad admirable, sino también una dignación amable. Es justo pues, hermanos, que ya que no podemos comprender su gloria, nos acojamos más y más estrechamente a la misericordia, de que nos consta que abundan los domésticos de Dios, los ciudadanos del cielo, los príncipes del paraíso. Por otra parte, el apóstol San Pablo, que fué arrebatado al tercer cielo, que mereció entrar en aquella bienaventurada corte y saber sus secretos, nos testifica *que todos ellos son espíritus que hacen el oficio de servidores o ministros*

* PL 183. 447-454.
** PL 183. 447.

enviados de Dios para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud [1].

2. Ni esto parezca a alguno increíble, supuesto que el mismo Criador y Rey de los ángeles vino no a ser servido, sino a ministrar y dar su vida para redención de muchos. ¿Por qué, pues, despreciará alguno el ministerio de los ángeles, en el cual les precede aquel Señor a quien en las alturas con todo anhelo y felicidad ministran ellos? Si también dudas de esto, ciertamente quien lo vió dió testimonio de ello diciendo: *Millares de millares le servían y mil millones asistían* [2]. Otro profeta, hablando del Hijo, dice: *Hicístele un poco inferior a los ángeles* [3]. Así convenía, en efecto, que venciera a los ángeles en la humildad el que superaba inmensamente en la sublimidad, y que fuera tanto menor que ellos cuanto más inferior fué el ministerio a que se dedicó y que fuera hecho tanto más superior y excelente que los ángeles, cuanto era más aventajado el nombre que recibió por herencia o naturaleza. Mas acaso preguntarás: ¿En qué se hizo inferior a los ángeles cuando vino a ministrar, supuesto que (como dijimos más arriba) ellos también son enviados para ejercer su ministerio? Sin duda en que no sólo ministró, sino que fué ministrado, y era uno sólo el que ministraba y el que era ministrado. Justamente, por tanto, la Esposa, en el Cántico de los Cánticos, dice: *Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados* [4]. Pues ministrando salta entre los ángeles, pero ministrado sobrepasa a los mismos ángeles. Ministran los ángeles, pero de lo ajeno, ofreciendo a Dios las obras buenas, no suyas, sino nuestras, y trayéndonos sus gracias a nosotros. Por lo cual, diciendo la Escritura: *Que el humo de los aromas encendidos de las oraciones de los santos subió por mano del ángel al acatamiento de Dios* [5], había advertido cuidadosamente antes *que le habían sido dados muchos perfumes compuestos de las oraciones de los santos.* Porque nuestros sudores, no los suyos, nuestras lágrimas, no las suyas, ofrecen a Dios, y a nosotros también nos vuelven los dones de Dios, no los suyos.

3. No así aquel ministro más sublime que todos, pero igualmente más humilde que todos, que se ofreció a sí mismo en sacrificio de alabanza, y que ofreciendo al Padre su

[1] Hebr. 1, 14.
[2] Dan. 7, 10.
[3] Ps. 8, 6.
[4] Cant. 2, 8.
[5] Apoc. 8, 4.

vida nos administra todos los días su preciosísima carne. Por causa, pues, de este tan grande ministro no es maravilla que, con la buena voluntad, y aun gustosamente, nos ministren los ángeles santos, pues ellos nos aman porque Cristo nos amó. Dice un adagio vulgar : Quien bien quiere al amo, bien quiere a su perro. Nosotros, ¡oh bienaventurados ángeles!, cachorrillos somos de aquel Señor a quien amáis con tanto afecto ; cachorrillos, repito, que deseamos ser saciados de las miajas que caen de la mesa de nuestros señores, que sois vosotros. Y esto sea dicho, hermanos, para que en adelante tengáis mucha mayor confianza en los ángeles bienaventurados, y por consecuencia con más familiaridad invoquéis su auxilio en todas vuestras necesidades, y también para que procuréis vivir en su presencia más dignamente, a fin de conciliaros más y más su gracia, captaros su benevolencia e implorar su clemencia. Por esto juzgo necesario exponer también a vuestra caridad otras causas, las cuales igualmente hacen cuidadosos de nuestra flaqueza a los mismos ángeles bienaventurados, sin congoja suya a la verdad, pero no sin utilidad nuestra ; ni para detrimento de su felicidad, sino para aumento de nuestra salud.

4. Consta, sin duda, que, como dotadas de razón y capaces de bienaventuranza, las almas humanas (si me es permitido hablar así) son parientas de la naturaleza angélica, ni es decente a vosotros, ¡oh bienaventurados espíritus!, desdeñar contra el precepto de la ley a vuestra especie, la cual debéis visitar, aunque haya caído en tanta vileza. Porque no creemos que vosotros, ciudadanos celestiales, os deleitéis en la desolación de vuestra ciudad y en la ruina de los muros que miráis medio caídos. Si deseáis su instauración (como es razón), repetid con frecuencia, os ruego, ante el trono de la gloria, las palabras de súplica, diciendo : *Señor, por tu buena voluntad sé benigno para con Sión, a fin de que sean edificados los muros de Jerusalén*[6]. Si amáis la hermosura de la casa de Dios, o, más bien, porque la amáis verdaderamente, experimenten vuestro celo las vivas y racionales piedras, las cuales solas pueden coedificarse con vosotros para su instauración. Esta es, carísimos, la triplicada cuerda con la cual desde la excelsa habitación de los cielos es traída para consolarnos,

[6] Ps. 50, 20.

para visitarnos, para ayudarnos la sobreeminente caridad de los ángeles, por nosotros, por Dios y por sí mismos. Por Dios, ciertamente, cuyas entrañas tan grandes de misericordia para con nosotros ellos mismos (como es justo) imitan. Por nosotros, en quienes sin duda tienen compasión de su propia semejanza. Por sí mismos, pues desean ardientemente reclutar entre nosotros muchas almas, a fin de llenar los vacíos que dejaron sus compañeros rebeldes. De la boca de los párvulos, que ahora se alimentan de leche y no de sólido manjar todavía, se ha de perfeccionar aquella alabanza de la Majestad divina, cuyas primicias gozan ya los espíritus angélicos en la patria bienaventurada, pero tanto más ansiosamente nos aguardan cuanto son estimulados de la expectación y deseo de verla cuanto antes consumada.

5. Siendo esto así, pensad cuánta solicitud necesitamos tener también nosotros, carísimos, para exhibirnos dignos de la compañía y visita de los ángeles, y de que de tal modo vivamos en su presencia que no ofendamos jamás sus santos ojos. Porque, ¡ay de nosotros!, si alguna vez, provocados por nuestros pecados y negligencias, nos juzgan indignos de su presencia y de su visita y nos vemos en la necesidad de llorar y decir con el profeta: *Mis amigos y mis deudos arrimáronse y apostáronse contra mí y mis allegados se pararon a lo lejos. Y mientras aquellos que procuraban mi muerte trabajaban con denuedo contra mí*[7], los que con su presencia podían ampararme y arrojar al enemigo, se han alejado de mí. Pues si nos es tan necesaria la familiaridad que se dignan tener con nosotros los ángeles, nos debemos guardar de ofenderlos y debemos ejercitarnos en aquellas cosas en que sabemos que tienen ellos gusto. Hay muchísimas cosas que les agradan y les da gusto encontrarlas en nosotros, como es la sobriedad, la castidad, la pobreza voluntaria, los frecuentes gemidos al cielo y las oraciones con lágrimas y atención del corazón. Pero sobre todas estas cosas, la unión y la paz exigen de nosotros los ángeles de la paz. ¿Qué mucho que principalmente se deleiten en estas cosas, pues ellas representan una cierta forma de la ciudad suya en nosotros, para que admiren ellos una nueva Jerusalén en la tierra? Digo, pues, que así como las partes todas de aquella ciudad tie-

[7] Ps. 37. 12.

nen entre sí la más perfecta unión, así nosotros igualmente sintamos una misma cosa, una misma cosa digamos todos y no haya cismas entre nosotros, sino más bien todos juntamente seamos un cuerpo en Cristo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros.

6. Pero, por el contrario, nada les ofende tanto y les provoca a indignación como las disensiones y escándalos, si acaso llegan a encontrarse en nosotros. Oigamos cómo habla a los de Corinto San Pablo: *Habiendo entre vosotros envidias y contenciones, ¿no es claro que sois carnales y que procedéis como hombres?* [8] En la epístola del apóstol San Judas leemos así: *Estos son los que se separan a sí mismos de la grey de Jesucristo, hombres sensuales que no tienen el espíritu de Dios* [9]. Es de ver cómo el alma del hombre vivifica todos los miembros unidos entre sí. Separa cualquiera de ellos de la unión de los demás y verás si en adelante le dará vida. Así es todo aquel que dice anatema a Jesús, lo cual ninguno lo dice en el espíritu de Dios, porque anatema es separación. Así es, digo, todo aquel que se aparta de la unión; no dudes de que al punto se apartará de él el espíritu de la vida. Justamente, pues, a los contenciosos y que se separan a sí mismos de la grey de Jesucristo, los llaman los apóstoles carnales y animales, que no tienen espíritu. Y así, aquellos santos y bienaventurados espíritus, luego que encuentran escándalos y disensiones, dicen: ¿Qué tenemos que ver nosotros con esta generación que no tiene espíritu? Porque si en ella estuviera el espíritu, por él sin duda se difundiría la caridad y no se rompería la unión. No permaneceremos con estos hombres para siempre, porque son carne. Porque ¿qué concordia puede haber entre la luz y las tinieblas? Nosotros del reino de la paz y de la unión somos, y esperábamos que estos hombres habían de venir a esta misma unión y paz. Mas ahora, ¿en qué modo convendrán con nosotros los que discuerdan entre sí mismos? Bien veis qué congruente es a esta solemnidad la lección evangélica que tanto terror infunde acerca del escándalo de los párvulos, supuesto que en gran manera disgustan a los ángeles los escándalos: *El que escandalice a uno de estos pequeñuelos* [10]; duro es lo que se sigue. Pero ya pasa de la hora

[8] 1 Cor. 3. 3.
[9] Iud. 19.
[10] Mt. 18. 6.

y tenemos que ir a celebrar las misas. Pídoos que no tengáis por molesta la dilación, la cual podrá no ser inútil si proseguimos con más diligencia el presente capítulo en otro sermón.

2 Sobre las palabras del Evangelio: «El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen en mí», etc. *

1. Habéis oído, hermanos carísimos, resonar la lección evangélica sumamente terrible contra aquellos que escandalizan a los párvulos. La verdad a ninguno lisonjea, a ninguno adula, a nadie engaña, sino que clama abiertamente que *¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! Bueno era para él si este hombre no hubiera nacido*[1]. A la verdad, mejor le fuera si no hubiera nuevamente nacido, si no hubiera nacido para la vida de la gracia, si no hubiera nacido del espíritu aquel que después acaba en la carne. Si hubiera alguno, no lo permita Dios, que suscita escándalos en esta casa, en esta congregación santa muy agradable a Dios y a sus ángeles y por ellos frecuentada, mejor le sería que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y en vez del suave yugo y carga ligera del Salvador, puesta esa pesada piedra de los deseos terrenos en sus hombros, fuese sumergido en lo profundo de este mar grande y espacioso, que no es otro, sin duda, que este siglo perverso. Porque menos condenación tendría en perecer en el siglo que en el monasterio. Preciso es que perezca el hombre que no tiene caridad, aunque llegue a entregar su cuerpo de suerte que arda. Y esto he dicho yo, hermanos, no porque sienta menos bien de vosotros o porque vea reinar en vosotros este malísimo vicio, sino para que en aquella misma caridad, unanimidad y paz en que os mantenéis en el Señor procuréis cuidadosamente perseverar y abundar más. Porque ¿cuál es mi esperanza, mi gozo y mi corona de gloria? ¿Por ventura no es la unidad y la unanimidad vuestra, en la que me gozo de veros amantes de la fraternidad y de que ante todas cosas y sobre todas cosas reine entre vosotros una recíproca caridad, la cual es el vínculo de la perfección? Por tanto,

* PL 183, 451.
[1] Mt. 26, 24.

ruégoos, carísimos, que os mantengáis así siempre firmes en el Señor. Porque en esto conocerán los hombres, y aun los mismos ángeles de Dios, que sois discípulos de Cristo, en que os améis recíprocamente.

2. A la verdad, si retenéis en la memoria aquellas tres causas de la caridad y solicitud de los ángeles para con nosotros, las cuales os explicamos en el sermón precedente, veréis que por ellas se nos recomienda magníficamente la práctica del amor fraternal. Porque fácil es de advertir que al hombre que no ama a su prójimo ninguna causa de aquellas que hemos dicho le favorece. ¿Por ventura seremos amados de los ángeles por causa de Cristo si conocen, por la escasez del amor mutuo, que de ninguna manera somos discípulos de Cristo? ¿Por ventura seremos amados de ellos por nosotros mismos, esto es, por la semejanza de la naturaleza espiritual, si hallan que no amamos a los consortes de nuestra humana naturaleza, o, por mejor decir, si de las mismas contiendas que hay entre nosotros se deja ver que somos más bien carnales que espirituales? ¿Por ventura, finalmente, nos amarán por sí mismos y por la instauración de su ciudad que se ha de hacer por medio de nosotros, si (lo que Dios no permita) aquella sola cosa con la que solamente nos podemos unir y coedificar con ellos, que es la liga de la caridad, llegase a faltar? ¿Cómo esperarán que han de ser reedificados por medio de nosotros los eternos muros de aquella ciudad, si conocen, si ven que no somos piedras vivas que puedan ajustarse entre sí mismas, sino más bien polvo leve que arroja el viento de sobre la tierra y que el soplo de una sola palabra le excita a formarse torbellino y el aura levísima de cualquiera sospecha le derrama y esparce? Y baste haber dicho esto sobre lo que el Señor dice: *Si alguno escandaliza a uno de estos pequeñuelos.* Pues yo creo que con mayor cuidado en adelante os guardaréis de esta tan malísima peste.

3. Mas ¿a quién no hará fuerza lo que en el Evangelio se sigue: *Si tu ojo te escandaliza, sácale?* ¿Por ventura nos amonesta que nos saquemos este ojo corporal o que nos cortemos una de nuestras manos y uno de nuestros pies? Lejos de nosotros este pensamiento enteramente carnal y demasiado ridículo. Más bien, después que nos espantó con bastante aspereza para que evitáramos los escándalos exteriores, la palabra divina nos da consejo acerca de lo que debemos ejecutar respecto del escándalo que pa-

decemos interiormente, supuesta la ley contraria que sentimos en nuestros miembros. El conoce nuestro barro y que no tan fácilmente podemos evitar semejante escándalo. Por cierto podemos saber, por la cotidiana experiencia, que de tres modos sucede darse este escándalo. Algunas veces está en nosotros el ojo sencillo de la intención espiritual, y que más bien se debe llamar de la gracia que nuestro; pero nos es ocasión de escándalo nuestro ojo cuando nuestra voluntad entromete importunamente otra menos casta intención. Pero tenemos ya sobre esto el consejo saludable del Salvador: *Sácala,* dice, *y échala de ti.* Se hará esto si no consientes, si la desechas, si la resistes. A este modo se ha de entender lo que dice de la mano y del pie. Porque cuando estando nosotros empleados en obras buenas intenta la voluntad propia llevarnos a otras, es nuestra mano la que entonces nos escandaliza; al punto debemos cortarla y echarla de nosotros, de modo que no la demos el consentimiento.

4. Así también, deseando aprovechar en la santa conducta de nuestro estado y subir por los grados de aquella escala que apareció a Jacob y, según lo que dice el salmista[2], ir de virtud en virtud, muchas veces padecemos escándalo del pie de nuestra pusilanimidad y negligencia, el cual, ciertamente, intenta más bien bajar y caminar más despacio; es preciso cortarle, para que el pie de la gracia, que está en el camino recto, pueda correr sin tropiezo, sin escándalo y sin impedimento. Mas lo que dice: *Que es mejor para nosotros entrar en la vida con un ojo, o mano, o pie, que ir, teniendo dos, al infierno*[3], nota a aquellos que siguen su voluntad igualmente siendo buena que siendo mala, y entran por dos caminos, siguiendo ahora lo bueno, ahora lo malo, según que varían los deseos suyos. A los cuales, en verdad, sería más útil adherirse a la gracia en todas las cosas, y cuando se lo impide la voluntad propia, cortarla y arrojarla de sí mismos. Sucede también que, ejercitados por mucho tiempo en cortar nuestra propia voluntad, en algún modo la domamos para que aprenda a no ensoberbecerse, sino que más bien, sin ningún escándalo o contradicción, esté sujeta a Dios nuestra alma; ni haya ya necesidad de echar fuera nuestro ojo, puesto que adhiriéndose al ojo sencillo se hizo sencillo, y no es ya otro ojo, sino uno

[2] Ps. 83. 8.
[3] Mt. 18. 9.

con él; testigo el Apóstol, quien dice que *el que se junta a Dios se hace un espíritu con El*. Lo que se ha dicho del ojo se ha de entender igualmente de la mano y del pie. Aquel, pues, cuya voluntad, con el afecto y con el deseo, se une a la gracia, de suerte que ni desea hacer cosas malas, ni las menos buenas, ni menos bien de lo que la gracia le sugiere, ése, sin duda, es varón perfecto. Mas esta paz más bien pertenece a la felicidad; el cortar los escándalos y la victoria de las tentaciones, a la fortaleza; aquello, digo, es propio de la gloria, esto de la virtud.

EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS *
(1 de noviembre)

1 Sobre la lección evangélica: «Viendo Jesús a las turbas, subió a un monte», etc. **

1. La presente festividad de Todos los Santos digna es de celebrarse con toda devoción. A la verdad, si parece grande, y lo es, la solemnidad de San Pedro o de San Esteban o de cualquiera otro de los demás santos, ¿cuánto más grande será ésta, que no es de uno solamente, sino de todos? Pero no ignoráis, hermanos, que tienen costumbre los seculares de preparar para sí en los días festivos, festivos convites, y cuanto más esclarecida sea la solemnidad, tanto más espléndidos son sus banquetes. Pues ¿qué? ¿Por ventura no se deben buscar también las delicias del corazón para aquellos que se han convertido de corazón? ¿No podrán también las personas espirituales procurarse delicias espirituales? Por eso ya está aparejado, hermanos míos, nuestro convite; ya está todo cocido y llegó el tiempo de sentarse a la mesa. Razón será, pues, que primero se sacie el alma, puesto que ésta es la porción mejor sin duda y sin comparación, especialmente siendo manifiesto que las solemnidades de los santos pertenecen más a las almas que a los cuerpos; ahora bien, las almas deben tomar más parte en lo que es propio de las almas, como que entre estas festividades y ellas existe un como natural parentesco. He aquí también por qué los santos se compadecen más de las almas, desean más los bienes convenientes

* PL 183, 453-482.
** PL 183, 453.

a las almas y se deleitan más de la refección de ellas, porque ellos también fueron, como nosotros, pasibles, lloraron las molestias de esta peregrinación y miserable destierro y experimentaron la grave carga de este cuerpo, los tumultos del siglo y las tentaciones del enemigo. Así no hay duda alguna de que les es mucho más grata y mucho más acepta esta solemnidad, en la que ponemos toda nuestra atención en los convites y manjares de las almas, que la que celebran los mundanos poniendo su principal cuidado en procurarse placeres y deleites.

2. Sin embargo, ¿de dónde podremos sacar el pan de las almas en esa tierra desierta, en ese lugar de horror, en esa vasta soledad? ¿De dónde sacaremos nosotros el manjar espiritual debajo del sol, en donde nada hay sino perpetuo trabajo y dolor y aflicción del espíritu? Pero yo sé quién dijo: *Pedid y recibiréis;* y también: *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre celestial desde el cielo dará el espíritu bueno a los que se lo piden?* [1] No ignoro con cuánta instancia, mendigando toda esta noche y día, habéis pedido que os den el pan vivo del cielo, no aquel que fortalece el cuerpo, sino el que robustece el corazón del hombre. A la verdad, que nos hayan convidado a este banquete no me atrevo a decirlo; mendigos somos que vivimos de la prebenda [2] de Dios; mendigos, repito, echados delante de la puerta del Rey riquísimo, llenos de úlceras y deseosos de hartarnos, mejor dicho, de sustentarnos con las miajas que caen de la mesa de nuestros señores, cuya solemnidad celebramos hoy. Sin duda rebosan ellos en delicias y reciben una medida buena, apretada y bien colmada hasta derramarse. Confiamos que habrá quien nos dé también a nosotros, pues hay un caos inmenso y una distancia sobremanera grande entre la liberalidad y benignidad de Dios y la crueldad del rico avariento. Por tanto, nuestro Padre nos dió hoy el pan, porque siendo Padre de misericordias es necesario que sea al mismo tiempo Padre de los miserables; diónos, repito, el pan del cielo y manjares en abundancia, de los cuales ojalá que sea yo cocinero fiel, ojalá que mi alma sea cocina apropiada.

---

[1] Lc. 11, 13

[2] *De la limosna de Dios.* Las riquezas y todos los demás bienes que gozamos no son nuestros, sino limosnas que nos da misericordiosamente la Providencia divina.

3. Para preparar, pues, vuestros platos, toda esta noche tomó calor mi corazón dentro de mí y en mi meditación ardió el fuego; aquel, sin duda, que el Señor Jesús echó en la tierra y quiso que se encendiese vivamente. Pues es necesario que la espiritual comida tenga cocina y fuego espiritual. Resta sólo que sepa distribuir lo que tengo dispuesto; vosotros considerad más bien al Señor que lo da que al ministro que lo distribuye. Porque yo, en cuanto a lo que tengo por mí mismo, nada más soy que un consiervo vuestro, que con vosotros juntamente, para mí y para vosotros (como sabe el mismo Señor) mendigo el pan del cielo y el alimento de la vida. Por tanto, no soy yo quien os lo da, sino vuestro Padre mismo es quien os da el pan vivo desde el cielo. El os apacienta con obras y palabras; más aún, con la carne de su Hijo, la cual es verdaderamente comida. Porque acerca de las obras leo: *Mi comida es el hacer la voluntad de mi Padre*[3]; y acerca de las palabras que: *no vive el hombre de sólo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*[4]. Así ahora hemos de alimentarnos de sus hechos y de sus palabras, habiendo de recibir después de esto el inmaculado sacramento del cuerpo del Señor en la sacrosanta mesa del altar, con el favor suyo.

4. Leemos en el evangelio de hoy que, *viendo Jesús las turbas, se subió a un monte*[5]. De las ciudades, pues, y castillos seguían al Señor, cuando predicaba, los pueblos, cuyas almas salvaba, sanando también los cuerpos; y enamorados de su trato y de su aspecto juntamente, se llegaban a El, cuya voz sin duda era suave y su rostro hermoso, como está escrito: *Hermoso más que todos los hijos de los hombres, derramada está la gracia en tus labios*[6]. Tal es el que nosotros seguimos y a quien nos hemos juntado; todo El es amable, y no sólo los pueblos, sino los mismos ángeles desean mirar en El. ¿Qué cosa más suave os pondremos delante? Ciertamente éstas son las delicias de los ángeles. Gustad, por tanto, y ved cuán suave es el Señor. A esta suavidad, a este sabor, a esta sabiduría, que verdaderamente es traída de lo oculto, nada hay acá en la tierra que se le pueda comparar. ¿Qué? ¿Admiras en el sol el esplendor, en la flor la pulcritud, en el pan el sabor, en la tierra la fecundidad? Pues todas estas cosas fueron dadas

---

[3] Io. 4, 34.
[4] Mt. 4, 4.
[5] Mt. 5, 1.
[6] Ps. 44, 3.

por Dios, y no hay duda que reservaría para sí mucho más de lo que haya dado a sus criaturas.

5. Ni reputemos por cosa ociosa el haber subido al monte, lo cual ciertamente estaba predicho tanto antes, clamando el profeta como de lejos: *Sube sobre el monte excelso, tú que evangelizas a Sión; eleva con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén*[7]. En la cual subida, si vosotros no halláis otra cosa más propia, yo juzgo que debe entenderse aquello que en el principio de los Actos de los Apóstoles menciona San Lucas diciendo: *Primeramente, ¡oh Teófilo!, hablé de todas las cosas más notables que hizo Jesús y enseñó*[8]. Sin duda no según la costumbre de los fariseos, que ataban cargas grandes e incapaces de llevarse y las ponían en los hombros de los hombres, mas ellos no querían moverlas con su dedo. ¿Por ventura no es éste un pan bueno del alma y que robustece muchísimo el corazón del hombre? Confiadamente te sigo, Señor, a cualquiera parte que vayas y seguramente ando por el camino de tus mandamientos, sabiendo que antes fuiste por él tú mismo. Seguramente, repito, corro por el camino de tus mandamientos, supuesto que conozco que tu salida desde el cielo empíreo fué para correr por este camino, y que fué también por este camino tu vuelta a lo sumo de él. No puedo, hermanos míos, ahora masticar a este modo cada cosa; sed vosotros como animales limpios y que rumian, para que suceda lo que está escrito: *El tesoro deseable reposa en la boca del sabio*[9]. Porque me obliga a ceñir y acortar las palabras, así la brevedad de la hora como la grandeza de la materia.

6. *Viendo Jesús las turbas, se subió a un monte.* Viéndolas con una mirada de piedad, porque eran como ovejas errantes sin tener pastor. ¿Qué significará que antes que comenzase a enseñar se subió al monte, sino que en esto mismo enseñó la necesidad que tienen los predicadores de la palabra de Dios de caminar con los deseos del alma y una santa conducta a las cosas sublimes, y de subir al monte de las virtudes? *Y habiéndose sentado, se llegaron a El sus discípulos. Habiéndose sentado,* dice. De otra suerte, ¿quién podría llegarse a aquel excelso gigante? Benignísimamente por todos modos se inclinó y se abatió hasta sentarse, de suerte que puede decir al Padre: *Tú*

[7] Is. 40, 9. [8] Act. 1, 1. [9] Prov. 21, 20.

conociste mi asiento y mi elevación. Siéntase, pues, para que se acerquen a aquel Señor, a quien, estando en pie, ni los ángeles mismos podrían alcanzar, los publicanos y pecadores, y para que se acerque María Magdalena y se acerque el ladrón desde la cruz. Y habiéndose sentado, se llegaron a El sus discípulos. Se llegaron no tanto con el movimiento de los pies como con el afecto del corazón y la imitación de sus virtudes. Bien se dice haberse llegado, no las turbas, no cualquiera del pueblo, sino los discípulos, a fin de que, así como se lee haber sido dado el Testamento Viejo en el monte Sinaí, subiendo solo Moisés y aguardando abajo el pueblo, así también ahora recibiesen los montes la paz para el pueblo y los collados la justicia, como si, envuelto en ciertas tinieblas y en lo oculto, se dijera a los apóstoles lo que después habían de decir ellos en la luz, y oyeran al oído lo que habían de predicar después desde los terrados. Por lo cual también se sigue:

7. Y *abriendo su boca los enseñaba.* Abrió ahora su boca el que había abierto primero las bocas de los profetas. De ahí es lo que se lee en el salmo: *Abrirás mis labios, Señor, y mi boca anunciará tu alabanza.* Mas ahora aquel Señor, que de muchos y varios modos había hablado por los profetas, habló al fin con su misma boca, como si dijera: *Ved que ya estoy presente el mismo que otras veces os hablaba.* Bienaventurados los que oyeron hablar a la sabiduría encarnada; bienaventurados los que oyeron las palabras de la Palabra de Dios, que salieron de su misma boca. Sin embargo, lo que ellos oyeron todavía está reservado para nosotros, porque también nosotros podemos oírlo, aunque no de El mismo. *Abriendo su boca los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu.* Verdaderamente se abrió la boca de aquel Señor en quien están depositados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Y verdaderamente esta doctrina es de Aquel que en el Apocalipsis dice: *He aquí que renuevo todas las cosas* [10]; de Aquel que por el profeta había dicho antes: *Abriré mi boca, pronunciaré cosas escondidas desde el principio del mundo* [11]. Porque ¿qué cosa más escondida que el ser bienaventurada la pobreza? Sin embargo, quien habla es la Verdad, que ni puede ser engañada ni engañar, y ella misma es quien dice que *son bienaventurados los po-*

[10] Apoc. 21, 5.
[11] Ps. 77, 2.

bres de espíritu. ¿Y con todo eso, insensatos hijos de Adán, buscáis tanto las riquezas, deseáis las riquezas todavía, cuando ya la bienaventuranza de los pobres está divinamente recomendada, cuando ya se ha predicado al mundo y se ha creído por los hombres? Búsquelas el pagano, que vive sin Dios; búsquelas el judío, que se aferró a las terrenas promesas, pero ¿con qué vergüenza, mejor dicho, con qué alma busca el cristiano las riquezas, después que Cristo publicó bienaventurados a los pobres? ¿Hasta cuándo, hijos descastados, hasta cuándo hablará vuestra boca la vanidad, llamando bienaventurado al pueblo que posee esos bienes terrenos, esos bienes visibles, esos bienes perecederos, cuando el Hijo de Dios, abriendo su boca, habló la verdad, declarando que son bienaventurados los pobres y pronunció aquel triste ¡ay! para los ricos?

8. Pero atiende con cuidado que no nombra los pobres sin alguna restricción; no habla de aquellos que son pobres, no por una voluntad loable, sino por una necesidad miserable. Espero, a la verdad, que a éstos también les aprovechará, para con la misericordia de la divina bondad, esa su miserable condición; pero sé que el Señor en este lugar no habló de ellos, sino de aquellos que pueden decir con el profeta: *Te ofreceré un sacrificio voluntario* [12]. Con todo eso, no toda pobreza voluntaria tiene alabanza para con Dios, puesto que de algunos filósofos también se lee que dejaron todas sus cosas para poder emplearse más libremente en el estudio de la vanidad, estando libres de los cuidados del mundo, y no quisieron abundar en los haberes terrenos para abundar más en otros más de su gusto. A esos tales los excluye al decir *pobres de espíritu*, esto es, de espiritual voluntad. *Bienaventurados*, pues, *los pobres de espíritu*, es decir, los que son pobres, con una intención espiritual, con un espiritual deseo, por solo el beneplácito de Dios y la salud de las almas: *Porque de ellos es el reino de los cielos*. Pero ¿quién es el que así habla, el que así declara bienaventurados a los pobres, el que así los enriquece? ¿Te parece que podrá ser verdad esto? Sin duda lo será, porque es veraz y poderoso el que lo promete. Si murmura el enemigo, se le responderá: ¿Por ventura no me es lícito a mí hacer lo que quiero? ¿Qué? ¿Tu ojo es

[12] Ps 53, 8.

malo porque yo soy bueno? Si tú con justicia fuiste humillado, ¿por qué quisiste ensalzarte contra mí? ¿Por ventura los que se humillen por mí no serán con razón ensalzados? Y verdaderamente, hermanos, si aquel infeliz fué arrojado del cielo porque codició la elevación, anheló subir a las alturas, solicitó presuntuoso la sublimidad, ¿no es consiguiente que sean bienaventurados los que voluntariamente se abaten a sí mismos abrazándose con la humildad de la pobreza, y que, según la sentencia del Salvador, sea de ellos el reino de los cielos que perdió Lucifer? Y atiende cuán sabiamente ordenó las cosas la Sabiduría, oponiendo contra el pecado primero el primer remedio. Como si más claramente dijera: ¿Quieres alcanzar el cielo que perdió el ángel soberbio, que confió en su virtud y en la muchedumbre de sus riquezas? Abraza la vileza de la pobreza y será tuyo. Síguese:

9. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* ¡Qué bien! Así convenía, recomendada ya la pobreza, que se predicase también la mansedumbre, porque para los que dejan todas las cosas suele ser la primera tentación la de las molestias del cuerpo y de la aflicción de la carne a que no estaban acostumbrados. Pero ¿qué aprovechará la pobreza si (lo que Dios no permita) el pobre viene a parar en la murmuración, haciéndose enojoso e impaciente de la disciplina? ¡Qué bellamente también, después de la promesa del reino, se da como en arras otro reino menor, para que, como dice la Escritura: *Tengamos la promesa de esta vida presente y, al mismo tiempo, de la futura,* y con la exhibición de los favores presentes se haga firme la expectación de los bienes futuros! *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* Por esta tierra entiendo yo nuestro cuerpo, al cual si desea el alma poseerle, si quiere reinar sobre sus miembros, es necesario que ella sea mansa y esté sujeta a su superior, porque tal hallará ella a su inferior cual se porte ella misma con su superior. Porque se arma la criatura para vengar la injuria de su Criador. Y por eso, sepa el alma que experimenta que su carne se rebela contra sí, que ella también se halla menos sujeta de lo que es razón a las potestades superiores. Hágase ella mansa y humíllese bajo la poderosa mano del Altísimo; esté sujeta a Dios y juntamente a los prelados a quienes debe obedecer, como a quienes tienen el lugar de Dios, y luego encontrará a su cuerpo su-

jeto y humilde. Porque la misma Verdad es quien dice: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* Y mira cómo va contra la herida del segundo pecado esta segunda medicina. En efecto, después de la ruina de la prevaricación del ángel, la primera que pecó fué Eva, agitada por la inquietud de su espíritu y desechando el yugo suave y la carga leve de la prohibición del Señor, porque no quiso aguardar a recibir de la mano del Señor, de la que había recibido las demás cosas, la perfección de la bienaventuranza, sino que cometió el atentado de querer arrebatarla antes de tiempo, por consejo de la serpiente. Por eso perdió el paraíso, aquella tierra de delicias; por eso encontró en su cuerpo una contraria ley. Mas tal vez a esta voz del Señor te enciendes en el deseo de la mansedumbre y te quejas de la aspereza de tu corazón y de ciertos movimientos brutales y de una fiereza indómita. Atiende, pues, lo que se sigue:

10. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* Al caballo indómito doman los latigazos; al álma áspera y dura, la contrición de espíritu y frecuencia de lágrimas. Así, en todas tus obras, acuérdate de tus novísimos; no permitas en ninguna manera que se alejen de los ojos de tu corazón el horror de la muerte, el tremendo riesgo del juicio y el miedo del infierno encendido. Piensa la miseria de tu peregrinación, repasa tus años en la amargura de tu alma, medita los peligros de la vida humana, considera la fragilidad propia, y si perseveras en tales pensamientos, yo te prometo que sentirás muy poco todo lo que al exterior es molesto, ocupado como te hallarás totalmente en la molestia interior. Pero no permitirá Dios que estés sin consolación, porque es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, y se cumplirá enteramente lo que promete la Verdad: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* Concuerda también con esta sentencia aquello que en Salomón leíste: *Mejor es ir a la casa del llanto que a la casa del convite.* Por tanto, bienaventurada hubieras sido, Eva, si después de la culpa buscaras el consuelo de las lágrimas y hubieras obtenido más presto el perdón entregándote a la penitencia. Mas tú buscaste el miserable consuelo de otra caída semejante en tu varón y has inficionado con un veneno pésimo, es decir, con un malísimo vicio, toda la posteridad tuya; de suerte que hasta el día de hoy la perdición de uno la reputa otro

su consuelo. ¡Miserable consuelo por todos modos el de Eva y el de aquellos que imitan esa miseria! Al revés, *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. Mas ¿qué otra cosa es esta consolación que aquella gracia de devoción que procede de la esperanza del perdón y aquella delectación suavísima de lo bueno, y el gusto, aunque pequeño, de la sabiduría con que el benigno Señor refrigera al alma afligida? Este gusto no es otra cosa que un estímulo del deseo y un incentivo del amor, como está escrito: *Los que me comen tendrán todavía hambre, y los que me beben todavía tendrán sed*. Por esto al punto se añade:

11. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos*. El que tiene hambre, tenga más hambre, y el que desea, desee mucho más; porque cuanto pueda desear, *tanto ha de recibir*. Antes bien, no según la imperfección del deseo y medida suya, porque, a la verdad, hasta que lo tenga perfectamente no podrá perfectamente desearlo, como ni tampoco lo podrá tener perfectamente hasta que perfectamente lo desee, sino que ha de recibir una medida buena, llena, remecida y que rebose. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos*. Al paladar enfermo del corazón y al alma achacosa, todavía les parece ser la justicia una cosa dura e insípida; pero los que la han gustado, esos mismos son los que saben cuán bienaventurados son los que tienen hambre de ella, porque ellos serán hartos. ¡Oh verdaderamente feliz y gloriosa hartura! ¡Oh convite santo! ¡Oh banquetes deseables!, en los cuales, ciertamente, no podrá haber ansiedad ninguna y ningún fastidio puede tener lugar, pues habrá una suma saciedad junto con un deseo sumo. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos*. Creo que estas palabras proceden también contra Adán, el cual parece haber tenido alguna porción de la justicia en haberse compadecido de la mujer; pero si hubiera tenido hambre de la justicia, sin duda hubiera cuidado de dar lo que debía no sólo a la mujer, sino mucho más al Criador. Debía, ciertamente, a la mujer la compasión y la enseñanza como a inferior, pues la cabeza de la mujer es el varón. Mas debía a Dios la sujeción y obediencia. Pero ¿qué pensar, hermanos míos, al ver cuántos hay, aun el día de hoy, que juzgan severamente de aquel hecho y, sin embargo, le imitan

neciamente? Se indignan contra Adán porque obedeció a la voz de su mujer más que a la de Dios, y ellos mismos cada día a su Eva, es decir, a su carne, la obedecen más que a Dios. Hermanos, si viéramos presente a Adán puesto en aquel lance ahora, y que subiendo varios pensamientos a su corazón se hallaba apretado y embarazado entre el ruego de la mujer y el precepto del Criador, ¿no le daríamos voces diciendo: Guárdate, miserable, mira no lo hagas; está engañada tu mujer, no condesciendas con ella? ¿Por qué, pues, todas las veces que nos acomete una semejante tentación no nos exhortamos a este modo a nosotros mismos? *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.* Pero ¿qué puede ser toda nuestra justicia delante de Dios? ¿Por ventura no será reputada, según el profeta, como paño de menstruosa? Y si con rigor se juzgare, ¿no se hallará injusta toda nuestra justicia y que le falta el debido peso? ¿Qué será, pues, de los pecados, cuando ni la misma justicia podrá responder por sí? Por tanto, clamando vivamente con el profeta: *No entres en juicio, Señor, con tu siervo,* recurramos con toda humildad a la misericordia, pues sola ella puede salvar nuestras almas, y pensemos cuidadosamente lo que se sigue:

12. *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* Atiende cómo lo uno y lo otro comprende brevemente, en una palabra, Zaqueo, diciendo: *La mitad de mis bienes doy a los pobres, y si he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro veces doblado.* Ves cuánta hambre de la justicia tiene éste, a quien no le basta volver con igual medida, sino que vuelve cuadruplicado. También es misericordia grande el dar a los pobres, como lo hace, la mitad de sus bienes. Sin embargo, no callaré lo que siento. Hablará mi boca la alabanza del Señor, del Señor ciertamente, no la vuestra, puesto que no a vosotros, sino a su nombre, doy la gloria. Zaqueo, sin duda, cuya alabanza está en el Evangelio, dió a los pobres la mitad de sus bienes, pero yo veo aquí muchos Zaqueos que nada dejaron para sí de todas las cosas. ¿Quién me escribirá a mí el Evangelio de estos Zaqueos, o más bien de estos Pedros, que confiadamente pueden decir al Señor: *Mira que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido?* Pero está escrito ya en el Evangelio eterno, en el libro de la vida está escrito y sellado. *Bienaventurados los miseri-*

cordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Mas al propio tiempo, hermanos míos, esta sentencia nos manifiesta la crueldad de Adán, que nos parecía antes haber pecado por exceso de amor a su mujer. Ea, pues, ¡oh Adán!, nosotros sabemos que ella es hueso de tus huesos y carne de tu carne y que has pecado por el amor que la tenías. Veamos ahora cuánto la amas. El Señor viene con una espada de fuego a tomar venganza de la prevaricación; ponte delante, exponiéndote al riesgo por ella, y di: Señor, la mujer es más frágil, la mujer ha sido engañada; mía es la iniquidad, mío es el pecado, contra mí solo proceda la venganza. No es así como habla ciertamente. Oigámosle: *La mujer,* dice, *que me diste por compañera me ha dado del fruto de aquel árbol y lo comí...* ¡Oh perversidad! ¡Rehusas recibir por ella la pena y no rehusaste admitir la culpa! ¡Cómo, ¡ay dolor!, lo has confundido todo, siendo perniciosamente misericordioso cuando debías ser severo, y más perniciosamente cruel cuando convenía tener misericordia! Pues aunque de ningún modo debiste delinquir por ella, con todo debieras satisfacer por ella con ánimo gustoso. Así, pues, conviene, hermanos, que se haga; que nunca el hombre peque por complacer a otro, lo cual es justicia, pero gustosamente conviene que lleve los pecados de otros sobre sí, lo cual es misericordia. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* Síguese:

13. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Bienaventurados, ciertamente, y enteramente bienaventurados los que vean a Aquel en quien desean mirarse los ángeles y en cuya vista consiste la vida eterna. *A ti, dijo mi corazón, mis ojos te han buscado; tu rostro, Señor, buscaré*[13]. *Porque ¿qué cosa puedo yo apetecer del cielo ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, Dios mío? Mi carne y mi corazón desfallecen, ¡oh Dios de mi alma!, que eres herencia mía por toda la eternidad*[14]. ¿Cuándo me llenarás de alegría con tu rostro? ¡Ay de mí por la inmundicia de mi corazón!, por cuyo impedimento no merezco todavía ser admitido a aquella dichosa visión. ¡Con cuánta solicitud, hermanos, con cuánta aplicación se debe trabajar para poder limpiar esos

[13] Ps. 26, 8.
[14] Ps. 72, 25-26.

ojos con que hemos de ver a Dios! Y yo ciertamente hallo que me mancho frecuentemente con tres géneros de inmundicia: con la concupiscencia de la carne, con la concupiscencia de la gloria temporal y con la memoria de los pasados delitos. Porque mi alma se ve agitada por dos suertes de deseos que ni con los dictados de la razón ni con solas mis fuerzas puedo sofocar mientras que estoy en este siglo malo y me hallo atado a este cuerpo de muerte. Sin embargo, a estas inmundicias debemos oponer el remedio de la oración, con la cual, así como los ojos de los siervos están en las manos de sus señores, así nuestros ojos deben mirar al Señor Dios nuestro hasta que se apiade de nosotros; sólo El es limpísimo y puede hacer limpio al que es concebido en pecado. A este modo también contra la memoria de los pecados se instituyó el remedio de la confesión, pues todo se lava en este sacramento. Según esto, las dos cosas que limpian los ojos del corazón son la oración y la confesión. Por consiguiente, son *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Le verán, sin duda, en el cielo, cara a cara; le verán ahora también, pero como en un espejo y bajo imágenes obscuras; ahora le conocen sólo imperfectamente, mas entonces le conocerán con una visión clara. Todo aquel, pues, en cuya conciencia vive aún encerrado el pecado, o bien peca por desesperación, teniendo a Dios por inmisericordioso, o bien, peca contra la esperanza, pensando que Dios hace poco caso de los pecados. De ambos se dice con razón: *Pensaste inicuamente que yo había de ser en un todo como tú*, porque ni uno ni otro ve a Dios, sino que la iniquidad se desmiente a sí misma, forjándose un ídolo que ocupa el lugar de Dios. Al revés, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos solos ven a Dios, ellos solos sienten de El en bondad y cómo verdaderamente es bueno, de tal suerte que ninguno es esencialmente bueno sino El. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Miserables, por tanto, Adán y Eva, quienes, volviéndose a las palabras de malicia para buscar excusas en sus pecados, rehusaron limpiarse con la confesión, permanecieron con el corazón inmundo y fueron echados de la presencia del Señor. Síguese:

14. *Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios*. Con razón serán llamados con el nombre de hijos de Dios los que cumplieron las obras propias

del Hijo de Dios. Pues El es por quien, reconciliados, tenemos paz con Dios ; El es quien pacificó en su sangre las cosas que están en los cielos y las que están sobre la tierra, siendo mediador entre Dios y los hombres Jesucristo, el Hombre-Dios. Notad bien cómo en las tres primeras bienaventuranzas se reconcilia el alma consigo misma, en las dos siguientes con el prójimo, en la sexta con Dios, y en la séptima reconcilia también a otros hombres entre sí, como recibido ya en la gracia del Señor y favorecido con su dichosa familiaridad. Porque con la pobreza, con la mansedumbre, con el llanto, se renueva en el alma una cierta semejanza e imagen de la eternidad que abraza todos los tiempos, mereciendo con la pobreza lo futuro, vindicando para sí con la mansedumbre lo presente y recuperando también con el llanto de la penitencia lo pasado, como está escrito : *Repasaré delante de ti todos mis años en la amargura de mi alma* [15]. A la verdad, por la justicia y misericordia convenimos perfectamente con el prójimo, no haciendo con él, por amor a la justicia, todo lo que no quisiéramos que se hiciese con nosotros, y haciéndole, por la misericordia, todo lo que queremos que otros hagan con nosotros. Reconciliados ya con nosotros, reconciliados también con el prójimo, confiadamente, por la limpieza de corazón, nos reconciliamos con Dios. Bienaventurados aquellos que, a fin de mostrarse agradecidos por su reconciliación y solícitos piadosamente por sus hermanos, hacen diligencia, en cuanto alcanzan sus fuerzas, para reconciliarlos a ellos consigo mismos y con Dios. Porque de qué alabanzas juzgas digno y con cuánto afecto se debe estimar aquel monje que, viviendo sin queja entre sus hermanos, precave con toda solicitud que no haya en él cosa que tengan los demás que soportarla, y todo lo que en los demás es oneroso lo lleva él pacientísimamente, que los escándalos de cada uno los reputa suyos y que clama como el Apóstol : *¿Quién es escandalizado y yo no me abraso? ¿Quién enferma y yo no enfermo?* [16] *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* [17]. No es Dios de disensión, sino de paz ; y por eso a los hijos de la paz es razón llamarlos también hijos de Dios.

15. La octava bienaventuranza, que es la que se sigue, es la prerrogativa de los mártires, y para imitar su

[15] Is. 38, 15. [16] 2 Cor. 11, 29. [17] Mt. 5, 9.

invencible constancia no parece haber ya en nosotros ni oportunidad ni valor. Se honra ahora más la justicia cuanto es en lo exterior, y ninguno o pocos padecen persecución por ella. Sin embargo, dichosos, si es que hay algunos, porque de ellos es el reino de los cielos, en donde ya nadie les perseguirá. Pero si también en nosotros se multiplica la tribulación, entonces igualmente debe multiplicarse el gozo, fijando la vista no en las incomodidades y molestias que se ven, sino en los premios que no se ven. Pues las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas. *Bienaventurados,* dice, *seréis cuando os aborrezcan los hombres, cuando os separen y desechen y digan todo mal contra vosotros, mintiendo por causa mía. Alegraos en ese día y llenaos de gozo, porque así vuestra recompensa es copiosa en los cielos* [18], mucho más copiosa que haya sido el trabajo en la tierra. Pero ¿qué querrá decir el haberse hecho la misma promesa a los pobres que a los mártires, sino que verdaderamente es un género de martirio la pobreza voluntaria? *Bienaventurado el hombre que no corrió tras el oro y no puso su esperanza en los tesoros del dinero. ¿Quién es éste y le alabaremos?, porque él ha hecho cosas admirables en su vida* [19]. ¿Qué cosa es más digna de admirar o qué martirio hay más penoso que el tener hambre entre los abundantes manjares, helarse de frío entre muchos y preciosos vestidos, estar oprimido de la pobreza entre las riquezas que ofrece el mundo, que ostenta el maligno y que desea nuestro mismo apetito? ¿Acaso con razón no será coronado el que combate de este modo, desechando al mundo que promete, burlándose del enemigo que tienta y, lo que aún es más glorioso, triunfando de sí mismo y crucificando la concupiscencia que halagüeña le incita? Finalmente, por eso a los pobres, y juntamente a los mártires, se promete el reino de los cielos, porque con la pobreza se compra lo que con el martirio sufrido por Cristo se obtiene sin dilación alguna.

2 Del estado de los santos antes de la resurrección *

1. Celebrando hoy, carísimos, la memoria festiva de todos los santos, dignísima de toda nuestra devoción, juzgo por conveniente predicar a vuestra caridad un sermón,

[18] Mt. 5, 11-12. [19] Eccli. 31, 8-9. * PL 183, 462.

ayudándome el Espíritu Santo, acerca de la inmensa felicidad de que gozan ya en su bienaventurado descanso y de la futura consumación que aguardan, de tal suerte que no seguiré las conjeturas de mi propia opinión, sino la autoridad de los divinos libros, para que no parezca profetizo de mi propio corazón, sino que, en cuanto pueda, deseo fundarme en los testimonios de las Escrituras. Tres utilidades, con el favor del Señor, podremos sacar de este sermón: primera, que después de haber conocido, aunque no sea más que en parte, la feliz recompensa de los santos, procuremos en adelante con mayor solicitud seguir sus huellas; segunda, que suspiremos con deseo más fervoroso por gozar de su compañía, y tercera, que nos encomendemos con más afectuosa devoción a su patrocinio. Fiel sermón y digno de toda acepción será si a quienes rendimos una solemne veneración les seguimos con una conducta de vida semejante a la suya, si nos apresuramos con todo anhelo a conseguir la bienaventuranza de aquellos que publicamos felicísimos y si nos ampara al propio tiempo el patrocinio de aquellos cuyos elogios nos deleitan. No será poco fructuosa, no, la festiva memoria de los santos si arroja lejos de nosotros la debilidad, la tibieza y el error, pues con su intercesión será robustecida nuestra flaqueza, se excitará la tibieza nuestra con la consideración de su bienaventuranza y aun nuestra ignorancia con sus ejemplos será instruída. Por tanto, como no dudo de que estaréis ya perfectamente instruídos acerca de la manera de imitar los ejemplos de los santos, después de haber oído la lección del santo Evangelio de hoy y el sermón del Señor, los cuales han erigido sin duda delante de vuestros ojos aquella escala por la que subió el coro universal de los santos que hoy celebramos, no ignorando tampoco que en implorar sus sufragios habéis empleado con devoción religiosa todo el tiempo casi de la noche y de este día; ya, acerca de su bienaventuranza, tentaré hablar algo, aunque sea poco, aquello que nos dé el mismo que ya engrandece y glorifica a los que primero llamó y justificó.

2. Leemos en el libro de los Salmos: *Vuélvete, alma mía, a tu descanso, ya que el Señor te ha colmado de bienes, pues El sacó mi alma de la muerte, ha enjugado mis lágrimas y apartado mis pies del precipicio*[1]; y en otra parte: *Nuestra alma, como un pájaro, fué libertada del*

[1] Ps. 104, 7. 8

lazo de los cazadores[2]. Igualmente me parece haber hallado en la serie de las divinas Escrituras otras muchas palabras semejantes a éstas de hombres que se alegraron, no sin mucha admiración, de haber sido libertados; palabras de una seguridad perfecta y de una inmensa felicidad, voz de acción de gracias y alegría, la cual, a mi modo de entender, de ningún modo conviene a los que todavía habitan en casas de barro y comen su pan en el sudor de su rostro. Porque ¿quién de nosotros se gloriará de que tiene el corazón casto? ¿Quién se atreverá a gloriarse de que ya está el lazo deshecho, de que sus pies están libres ya de la caída, reclamando ciertamente el Apóstol y diciendo: *El que está en pie mire no caiga?*[3] Por lo que también de sí mismo añade: *Infeliz de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?*[4] Y en otro lugar: *Hermanos*, dice, *yo no juzgo que he llegado a conseguir el objeto adonde dirijo mis pasos. Mi única mira es que, olvidado de lo que queda atrás y atendiendo sólo y mirando a lo que está delante, pueda ir corriendo hacia la meta*[5]. Y añade en otra parte: *Así que yo voy corriendo, no como quien corre a la aventura; peleo no como quien tira golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y le sujeto a la servidumbre, no sea acaso que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado*[6]. Esta verdaderamente es la trompeta de la milicia, éstas las palabras de un capitán animoso que pelea valerosamente. Pues la del salmista arriba citadas más parecen propias del que ha triunfado ya o de quien, aunque todavía no ha triunfado, vuelve ya victorioso de la batalla y aguarda el día de un gran triunfo con alegre y segura conciencia.

3. ¿Qué dice, pues, vuelto de la batalla, el soldado fuerte, el siervo fiel? *Vuélvete ya, alma mía, a tu descanso*. Porque, cuando militabas bajo el estandarte del Señor, viviendo en el cuerpo de muerte, ningún descanso había para ti, así por la fatiga del combate como por el riesgo del éxito, incierto todavía. Por aquí te inquietaba el tumulto de las tentaciones, por allí te ponía en más grave cuidado el miedo de quedar vencida. Sin embargo, hermanos, aun entonces tenía gloria el soldado de Cristo, si bien no tenía descanso, puesto que dice aquel generoso y fortísimo soldado de quien poco ha hicimos mención: *Toda nuestra*,

[2] Ps. 123, 7.
[3] 1 Cor. 10, 12.
[4] Rom. 7, 24.
[5] Phil. 3, 13.
[6] 1 Cor. 9, 26-27.

gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia[7]. Estas palabras de San Pablo no juzgo que se hayan de entender de tal suerte que pertenezca a la conciencia el atestiguar a favor de sí misma. Porque no el que da testimonio a favor de sí mismo es por eso ya verdaderamente estimable, sino aquel a quien Dios da testimonio. Así, el testimonio en que se gloría el Apóstol no es el que de sí misma nos da la conciencia, sino el que expresa el espíritu de verdad en ella, dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios[8]. Es, pues, testimonio de la conciencia, no porque ella le dé, sino porque le recibe. Porque, cuando aplaude la verdad, cuando atestigua la justicia, sin duda es la voz de Dios la que aprueba y el Espíritu Santo el que testifica, al modo que si a un soldado que combate varonilmente, su rey, por cuyo amor y honor pelea, observándole de cerca, le aplaudiera con rostro alegre, y alabando sus generosos hechos le repitiera que ya estaba próxima la victoria y le prometiera los premios ya preparados y una eterna corona. En este testimonio se gloriaba sin duda el ejercitado y valiente soldado, pero de ningún modo descansaba, sino que peleaba mucho más fuerte y varonilmente. Así, pues, mientras que militan, se alegran ciertamente los escogidos de Dios, pero solamente de las primicias del espíritu, que no sólo ayuda su flaqueza con la virtud suya, sino que consuela su pusilanimidad con su testimonio. Por lo cual, con razón, el Apóstol, de quien hablábamos, dice: *No es el reino de Dios comida y bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo*[9].

4. Mas, consumado ya el tiempo de su milicia, tienen gozo los santos sólo en su espíritu, hasta que llegue aquel día en que merezca entrar en el gozo de su Señor, no sólo su alma, sino también su cuerpo. Y así tenemos escrito en el salmo: *Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro. Has infundido la alegría en mi corazón*[10]. ¿De qué? Sin duda de lo que se sigue: *Están bien abastecidos y alegres con la abundancia de su trigo, vino y aceite.* Oyó, pues, esta alma la voz del que decía: *Dadla del fruto de sus manos y celébrenla en las puertas sus obras*[11]. Por lo cual le mandan escribir a San Juan, en su Apocalipsis, que son *bienaventurados los muertos que mueren en el Señor*[12]. ¿Por qué bienaventurados? *Porque ya, desde ahora, dice*

[7] 2 Cor. 1, 12. [8] 1 Cor. 10, 18. [9] Rom. 14, 17. [10] Ps. 4, 7. [11] Prov. 31, 31. [12] Apoc. 14, 13.

el Espíritu que descansen de sus trabajos. De donde también, en el mismo salmo de que hablamos poco antes, a las palabras que pusimos arriba se añadió: *En paz dormiré y descansaré* [13]. Y acerca de las obras se nos dice en el Apocalipsis: *Sus obras les acompañan.* ¿A qué fin les siguen, sino para alabarlos en la asamblea de los justos? ¿A qué fin les siguen, sino para que se enriquezcan con el fruto de ellas y a fin de que, recibiendo el fruto de sus trabajos, engorden aquellos becerros que, según el testimonio del salmista, deben ser puestos sobre el altar del Señor cuando se reedifiquen los muros de Jerusalén? [14] Entre tanto, que las almas de los justos están bajo del altar y no sobre él, nos lo enseña aquel cuyos testimonios se hicieron creíbles sobremanera; el cual, como escribe en el Apocalipsis, *oyó sus voces bajo del mismo altar* [15]. Todavía, pues, está como sellada sobre ellas la luz del rostro del Señor; y, aunque no llena, con todo eso tienen mucha alegría en su corazón, hasta que llegue aquel día en que les llene de alegría con su rostro. Entre tanto, repito, se vuelven aquellas almas a su descanso, hasta que venga el día que merezcan entrar en el descanso del Señor. Todavía las alaban sus obras en las puertas, hasta que llegue el tiempo en que tengan cada una la alabanza de Dios. Veis, hermanos, cuán unas son las Escrituras y cómo con el mismo sentido y casi con las mismas palabras hablan de la bienaventuranza de las almas.

5. Pero ninguno de vosotros sospeche que será poco grande el descanso y la alegría de aquellos que, libres enteramente de toda molestia, repasan sus años en la dulzura de su alma, se gozan por los días en que fueron humillados, por los años en que se vieron expuestos a toda clase de males, consideran con gustosa admiración e inefable gozo los peligros que evadieron, los trabajos que toleraron, los combates en que vencieron, y en premio de todo esto, con fe ciertísima e indubitable aguardan la bienaventurada esperanza y la venida de la gloria del gran Dios y Salvador suyo, que resucitará y transformará sus cuerpos y los hará conformes al suyo glorioso.

6. ¡Cuánta es su felicidad! ¡Cuán inmensa su alegría!, porque, sin duda, se alegran con un triplicado gozo, que nace de la memoria de su anterior virtud, del logro del

[13] Ps. 4, 10. [14] Ps. 50, 20. [15] Apoc. 6, 9.

presente descanso y de la segura expectación de la consumación futura. Acerca de esta consumación tenemos el testimonio que ellos mismos nos dan hacia el final del salmo poco ha mencionado. Dice, pues, cada alma de aquellas a quienes ya se concedió llegar a este descanso: *En paz dormiré y descansaré, porque tú, Señor, has asegurado mi esperanza.* Asegurado, dice, mi esperanza; no como quien anda entre la esperanza y el miedo, fluctuando con gran solicitud y muchísima ansiedad. Así también, acerca del presente descanso de los santos tenemos escrito en otro salmo: *Vuélvete, alma mía, a tu descanso, ya que el Señor te ha colmado de bienes.* De bienes, repito, aunque no de todos los bienes. En efecto, oye cómo la ha colmado de bienes. *Pues El sacó mi alma de la muerte, ha enjugado mis lágrimas y apartado mis pies del precipicio;* esto es, me libró enteramente de todo pecado y de la pena del pecado, del temor y del peligro de recaer. Este es el lecho suavísimo del alma, que ningunas lágrimas tiene que regar o lavar, porque Dios habrá limpiado ya todas las lágrimas de sus ojos. Esta es la morada en que ya no se compunge, ni vive sumida en la aflicción, porque no lleva ya clavada en su corazón la espina, puesto que salió ya de la tierra que brota espinas y abrojos. Este es, sin duda, el lecho del alma, que no necesita ser mullido y calentado para alivio de su enfermedad, porque todas las cosas de enfermedad pasaron a un tiempo. Este es, repito, el suavísimo y saludable descanso del alma, la conciencia limpia, quieta y segura. Sea, pues, para el alma bienaventurada, cual blando colchón la pureza de su conciencia, almohada la tranquilidad, y cobertor su seguridad, a fin de que duerma deleitablemente en este lecho y descanse dichosamente.

7. Acerca del recuerdo de la anterior virtud, basta que traigáis a la memoria las palabras del salmo 123, de que hice mención más arriba. Consideran, pues, y repasan con mucha admiración de cuántos lazos, de cuántos peligros fueron librados con el divino auxilio; y, llenos de gozo en el Señor, dicen: *Si el Señor no hubiera estado con nosotros, confiéselo ahora Israel, si el Señor no hubiera estado con nosotros cuando arremetieron las gentes contra nosotros, nos hubieran, sin duda, tragado vivos. Nuestra alma ha vadeado el torrente, pero a buen seguro que por sí sola no hubiera podido vadear unas aguas tan profundas. Bendito sea el Señor,* añaden, *que no permitió*

fuéramos presa de sus rabiosos dientes[16]. También las palabras que, instando ya el tiempo de su muerte, hablaba el Apóstol, aplicadas a aquel estado en que ahora felizmente descansa, parecen convenirle ahora mucho mejor. Sí, ahora dice ya más seguramente: *He combatido con valor, he llegado al término de mi carrera, guardé la fe; en lo demás, nada me resta sino esperar la corona de justicia que me está reservada, y que el Señor, justo juez, me dará en aquel día*[17]. Estos son, hermanos míos, éstos son todos los negocios de los santos, ésta la comida, éste el sueño de ellos; y por eso quiso el Espíritu Santo que se escribiesen las palabras que hemos mencionado y otras semejantes, para que por ellas llegásemos a entender en algún modo el estado feliz de que gozan.

8. Pero muy diferentemente son ellos penetrados de semejantes afectos en sus meditaciones y mucho más se deleitan de lo que pueda percibir nuestro pensamiento o explicar nuestra palabra. Escucha, si no, cómo se esfuerza el profeta recalcando y multiplicando las palabras para engrandecer y magnificar esta dicha, sin que, a pesar de todo, lo llegue a conseguir. *¡Cuán grande es,* dice, *la muchedumbre de tu dulzura, Señor, que escondiste y reservaste para los que te temen!* Y añade: *Tú la has comunicado abundantemente a aquellos que esperan en ti, en la presencia de los hijos de los hombres*[18]. Es, pues, la muchedumbre de dulzura que está escondida grande, sin duda, y muy grande, pero todavía no del todo perfecta, porque se ha de perfeccionar en lo manifiesto, no en lo escondido, cuando no descansen los cuerpos de los santos bajo del altar, sino que residan como jueces sobre los tronos. Son admitidas, pues, al descanso eterno las almas santas, desnudas ya de sus cuerpos, mas no a la plena gloria del reino, pues falta aún la glorificación de sus cuerpos. *Me aguardan a mí los justos,* decía el profeta cuando aún estaba detenido en la cárcel del cuerpo, *hasta que me des la recompensa*[19]. Y la voz divina dice a las almas santas que piden la resurrección de sus cuerpos: *Esperad un poco de tiempo hasta que se llene el número de vuestros hermanos*[20]. Mas ya debe darse fin al sermón, pues nos llama la solemnidad de las misas que todavía se han de celebrar.

---

[16] Ps. 123, 1-6.
[17] 2 Tim. 4, 6-8.
[18] Ps. 30, 20.
[19] Ps. 141, 8.
[20] Apoc. 6, 11.

Lo que falta, pues, acerca de la misma materia, reservémoslo para otro sermón.

3 Cómo las almas santas estarán sin mancha ni arruga **

1. Habéis advertido, si no me engaño, por lo que se dijo en el sermón precedente, que son tres los estados de las almas santas: el primero es aquel en que están unidas al cuerpo corruptible; el segundo, separadas del cuerpo mortal, y el tercero, unidas de nuevo con el cuerpo ya glorificado. El primero, en la milicia; el segundo, en el descanso; el tercero, en la bienaventuranza consumada; el primero, finalmente, en los tabernáculos; el segundo, en los atrios; el tercero, en la casa de Dios. *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes!* [1] Sin embargo, mucho más deseables son los atrios, según lo que añade: *Mi alma desea ardientemente estar en los atrios del Señor y se desmaya a la fuerza del ardor de este deseo.* Pero, porque aun en los mismos atrios, al parecer, hay algún defecto, por eso son llamados bienaventurados enteramente los que habitan en la casa del Señor. Yo me he regocijado en gran manera al oír lo que se me ha dicho, hermanos, que iremos a la casa del Señor. Y si me preguntáis de dónde tan confiadamente presumo esto, sin duda de que ya muchos de entre nosotros están en los atrios aguardando hasta que reciban sus cuerpos, hasta que se llene el número de sus hermanos. Pues en aquella beatísima casa ni sin nosotros entrarán ni sin sus cuerpos, esto es, ni los santos sin los demás elegidos ni los espíritus sin sus cuerpos, puesto que no se dará la bienaventuranza entera hasta que el hombre, a quien se ha de dar, esté entero. No habrá llegado la Iglesia a su completa perfección mientras ella misma permanezca imperfecta. Por esto cuando los santos pedían la resurrección de sus cuerpos, como dijimos ya en el sermón anterior, recibieron esta divina respuesta: *Esperad un poco de tiempo hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos* [2]. Con todo eso recibieron ya cada uno su estola, pero no se vestirán con dobles ropas hasta que nosotros igualmente nos vistamos; como de

* PL 183, 468. [1] Ps. 83, 1. [2] Apoc. 6, 11.

los patriarcas y profetas dice el Apóstol: *Proveyó Dios, por un particular favor que quiso hacernos, que no recibiesen sino juntamente con nosotros el cumplimiento de su felicidad en el alma y en el cuerpo*[3]. La estola primera es la misma felicidad y descanso de las almas, de que hemos hablado; la segunda es la inmortalidad y gloria de los cuerpos. Por lo cual dicen también: *Vindica, Señor, la sangre de tus santos que ha sido derramada*[4], no como quien anhela vengarse y lo procura con todo su conato, sino como quien desea ardientemente la resurrección y glorificación de su cuerpo, la cual fiiamente no dudan que se ha de dilatar hasta el día del juicio.

2. Mas ¿de dónde a ti esto, oh mísera, oh fea, oh fétida carne? ¿De dónde a ti esto? Las almas santas, las que señaló Dios con su propia sangre, te aguardan; y sin ti en cierto modo no puede completarse su alegría, ni perfeccionarse su gloria, ni consumarse su bienaventuranza. De tal suerte está vivo en ellas este natural deseo que, por decirlo así, las impide que su corazón se encamine a Dios con toda la libertad, las retiene en algún modo y como que las inclina con cierta violencia a apetecer la unión[5]. Por esto el bienaventurado San Juan, que nos declaró por el Espíritu muchas cosas de aquel estado en que felizmente descansan las almas bienaventuradas, dice: *Sin mancha están delante del trono de Dios*. Sin mancha, repito, pero no sin arruga, hasta que venga aquel día en que Cristo hará presentarse delante de sí mismo la Iglesia gloriosa, sin tener mancha ni arruga alguna. En los justos que todavía militan, ni sin mancha está la Iglesia, porque ninguno está limpio de mancha, ni aun el infante cuya vida es de un día sobre la tierra; la cual vida testifica el bienaventurado Job que es milicia. Pero en los que descansan bajo del altar de Dios, ya está sin mancha la Iglesia, como se dice en el salmo: *Señor, ¿quién morará en tu tabernácu-*

[3] Hebr. 11, 40.
[4] Apoc. 6, 10.
[5] Doctrina errónea de San Bernardo, que gusta expresar con frecuencia en sus obras, que tomó de algunos Santos Padres y que parece apoyarse en un texto de San Pablo (Hebr. 11, 40). Es doctrina católica que las almas de los justos, al entrar, después de la muerte, en el cielo, poseen plenamente a Dios y gozan de toda la felicidad de que son capaces, y que esta felicidad del alma esencialmente no experimenta ningún aumento al unírsela el cuerpo después de la resurrección final. Cf. *Introducción general: Doctrina teológico-dogmática*, p. 90.

lo o quien descansará en tu santo monte? Aquel, añade, *que vive sin mancha*[6]. Este, pues, descansará en el monte del Señor, porque vivió sin mancha ; mas el que además estuviere sin arruga será ensalzado sobre el monte. Y si quieres saber cuándo estarán sin arruga las almas santas y cuándo serán extendidos los cielos, como una piel que se dilata de modo que ni la más mínima arruga se encuentre en ella, te diré que esto será, sin duda, cuando ya sigan al Cordero a cualquier parte que vaya. Verdaderamente es preciso que se dilaten y extiendan aquellas almas de quienes ha de ser seguido el Cordero. ¿Adónde llega este Cordero? Alcanza de un fin a otro fin fuertemente y dispone suavemente todas las cosas.

3. ¿Quieres saber todavía adónde va el Cordero y adónde tienen necesidad las almas bienaventuradas de seguirle? *En todas las cosas*, dice El, *busqué el descanso*. Este es, a la verdad, el descanso del Señor, no entrecortado, no restringido a una cosa determinada, porque en todas las cosas se alegra, en todas se deleita, en todas busca el descanso y le halla. Pues las cosas buenas le agradan en sí mismas, y no menos se deleita en la buena ordenación de los males. Ama la misericordia y el juicio, ni sólo se complace a sí mismo en la gloria de los buenos, sino también en los mismos suplicios de los impíos, por cuanto son justos. ¿Pues qué? ¿Piensas acaso que podrá el alma humana entrar en ese gozo de su Señor y en ese su descanso, de suerte que ella igualmente se deleite en todas las cosas y que sin limitarse ya a alguna particular afección pase a un cierto afecto general y divino? Podrá, sin duda, si fuere hallada fiel en las pocas cosas que recibió en el tiempo de su milicia, esto es, en el uso de los miembros de su cuerpo y de sus sentidos, en el dominio de sus apetitos, que recibió para regirlos, probándose en todo esto cuán fiel haya sido a su Señor. Sepa, pues, el siervo de Cristo poseer su vaso de santificación : glorifique y lleve a Dios en su cuerpo, y no cabe duda de que colocará sobre lo mucho, el Señor liberal y rico, al siervo que haya sido fiel en lo poco. Sobre lo mucho ciertamente, porque le constituirá señor de su casa y príncipe de toda su posesión. Ni os parezca esto increíble, hermanos míos, como si fuera solamente pensamiento salido de mi cabeza ; porque la Verdad misma lo promete manifiestamente, y de su promesa no es lícito du-

[6] Ps. 14. 1-2.

dar. *Bienaventurado aquel siervo,* dice, *al cual, viniendo su señor, le halle obrando de este modo. De verdad os digo que le colocará sobre todos los bienes suyos* [7]. Entonces, pues, el siervo fiel será constituído sobre todos los bienes de su Señor cuando merezca entrar en su gozo, y en adelante alegrarse con El en todas las cosas, gozarse de todas y en todas deleitarse. Porque *el que se junta a Dios,* testigo el Apóstol, *se hace un espíritu con El* [8]; y su voluntad, juntándose perfectamente a la voluntad divina, se hace una con ella, de suerte que nada que sea contrario a ella se halle ya en todas las criaturas, sino que todas las cosas se hacen o más bien permanecen según su arbitrio.

4. Esta es la bienaventurada esperanza que aguardan las almas santas; y aunque se emplean en acción de gracias por esta felicidad en la que ya descansan, con todo eso oran todavía y claman a Dios por aquella consumación que aguardan. Por lo cual, así como dijimos que están sin mácula de vejez, pero no sin arruga de cierto deseo vehemente, así también parece que han llegado a la acción de gracias, pero todavía no a la voz de la perfecta alabanza, porque es razón que a un Señor que es infinitamente perfecto le alaben los que son ya perfectos, a fin de que El sea alabado con su heredad, cuando ya no solamente le alaben ellos, sino que cada uno tenga alabanza de Dios. De donde el profeta parece haber usado expresamente del verbo en futuro, diciendo: *Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán.* Y el bienaventurado San Juan, en el Apocalipsis, no sólo oyó voces de alabanza, sino también voces de súplica. Pues escribe así: *Bajo del altar de Dios oí las voces de los que habían sido muertos.* ¿Qué voces? *Vindica, Señor,* decían, *la sangre de tus santos que ha sido derramada.* Voz de ruego parece ésta, y no aún de perfecta alabanza, la cual brotará de sus labios cuando se hayan reunido con sus cuerpos. ¿Mas hasta cuándo iremos rodeando de lejos este altar y temeremos acercarnos a él? Desea, si no me engaño, vuestra caridad oír el sacramento de este altar y saber su sagrado y secreto misterio. Pero ¿quién soy yo para que con facilidad me atreva a entrar impetuosamente, cual escudriñador temerario, en el santuario de los santos? ¡Como si yo no hubiera leído que el escudriña-

[7] Mt. 24. 26.
[8] 1 Cor. 6, 17.

dor de la Majestad será oprimido por su gloria! Sin embargo, pausemos aquí hoy, si os place, por si acaso, accediendo a nuestras súplicas, se dignan manifestarnos el misterio de aquel altar las almas santas que le habitan, no, a la verdad, por nuestro mérito, sino por el de Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, reconociéndonos entre los que hemos de llegar a ser ciudadanos y domésticos de Dios, y no mirándonos como que debamos ser excluídos, cual si fuéramos huéspedes y advenedizos, de aquella morada misteriosa.

4 Del seno de Abraham y del altar bajo del cual el bienaventurado San Juan oyó a las almas de los santos, y de los siete panes, acerca de los cuales se lee que quedaron otras tantas espuertas*

1. Habiéndose hecho mención por incidencia de aquel celeste altar bajo del cual el bienaventurado San Juan oyó las voces de los santos, diferimos hablar de él (como juzgo recordará vuestra caridad) a fin de que, precediendo la oración, se nos franquease más segura entrada a tan sagrado y tan secreto tabernáculo. Tiempo es ya de decir aquello que se nos ha dado a conocer acerca de esta materia, sin ánimo de imponer nuestro criterio a los que hubieren recibido otras luces de lo alto. Lo primero, pues, que puede excitar la atención es qué querrá significar San Juan al decir que oyó las voces de las almas santas debajo del altar de Dios, siendo así que, hablando el Salvador en el Evangelio del alma de Lázaro, no debajo del altar de Dios, sino al seno de Abraham, dice que fué llevada por los ángeles. El santo Job ni siquiera se atrevió a aspirar al altar de Dios cuando dijo: *¡Quién me diera que me guarezcas y escondas en el infierno hasta que pase tu furor y me señales el plazo en que te has de acordar de mí!* Ahora bien, ya había terminado el plazo que pedía el santo Job; ya había llegado el tiempo de acordarse, ya había llegado el tiempo de tener misericordia cuando oyó San Juan las voces de los santos bajo del altar de Dios. Porque hasta que viniera Aquel deseado que borrase con su sangre la escri-

* PL 183. 471.

tura de nuestra condenación y, apagando la espada de llamas, abriese a los creyentes los reinos de los cielos, a ninguno de los santos se franqueaba la entrada en ellos, aunque les había Dios proveído en el mismo [1] infierno un lugar de descanso y refrigerio, fijando un caos grande entre aquellas almas y las de los impíos. Pues aunque unas y otras estaban en tinieblas, no estaban unas y otras en penas, sino que eran atormentados los impíos, pero los justos eran consolados. Que estuviesen en tinieblas lo sabemos por el testimonio del santo Job, quien decía de sí mismo que había de ir a un lugar tenebroso y cubierto con la obscuridad de la muerte. A este lugar, pues, obscuro sin duda, pero quieto, llama el Señor seno de Abraham, por el motivo, según yo pienso, de haber muerto él en la fe y expectación del Salvador. Porque tan manifiestamente fué probada y aprobada la fe de Abraham, que fué el primero que mereció recibir la promesa de la futura encarnación del Verbo. Bajando, pues, a este lugar el Salvador, hizo pedazos las puertas de bronce y quebrantó los cerrojos de hierro, y sacando de aquella especie de cárcel a los prisioneros, los cuales estaban sentados, esto es, descansando, aunque en tinieblas y sombras de muerte, ya entonces los colocó bajo del altar de Dios, escondiéndolos en su tabernáculo en el día de los males y protegiéndolos en lo escondido de su tabernáculo hasta que llegue el tiempo en que, cumplido el número de sus hermanos, pasen adelante y perciban el reino que les está preparado desde el origen del mundo. Mas si acaso en alguna parte se llama también seno de Abraham el descanso presente de los santos, es cierto haberse tomado del Evangelio esta costumbre, aunque nadie debe dudar que es muy diferente este seno de aquél ; como que aquél estaba en tinieblas y éste en mucha luz ; aquél en el infierno, éste en el cielo. Sin embargo, no sin congruencia parece decirse aún ahora que los hijos de los patriarcas son recibidos en el seno paterno cuando desde este siglo merecen pasar a su compañía.

2. A la verdad, el mismo altar, acerca del cual ha de versar este sermón, yo, en cuanto alcanzo, no juzgo ser otra cosa que el cuerpo mismo del Señor Salvador. Creo que también yo, acerca de esto, interpreto el sentido del

[1] La situación de las almas después de la muerte es una de las incógnitas que más inquietó a los pensadores de la antigüedad. Sobre este particular véase *Introducción general, Escatología*, p. 90.

mismo Señor, especialmente oyéndole que promete en el Evangelio: *En cualquiera parte que esté el cuerpo, allí se congregarán también las águilas*[2]. Ahora bien, descansan felizmente los santos bajo de la humanidad de Cristo, en la cual ciertamente desean mirar los mismos ángeles, hasta que venga el tiempo en que ya no sean colocados bajo del altar, sino que sean ensalzados sobre él. Mas ¿qué dije? ¿Por ventura alguno, no diré de los hombres, sino aun de los ángeles, podrá, no superar, pero ni alcanzar siquiera a la gloria de la humanidad de Cristo? ¿De qué modo, pues, he dicho yo que serán ensalzados sobre el altar los que ahora felizmente descansan bajo de él? Con la visión y contemplación, no con la preferencia, puesto que se mostrará a nosotros el Hijo (como tiene prometido) a sí mismo, no en la forma de siervo, sino en la forma de Dios[3]. Nos mostrará también al Padre y al Espíritu Santo, sin cuya vista nada nos bastaría, porque ésta es la vida eterna, que conozcamos al Padre, verdadero Dios, y a Jesucristo, a quien envió; y en ellos, sin duda alguna, también al Espíritu de ambos. Pasando por delante de nosotros El, nos ministrará las nuevas y hasta aquel tiempo nunca experimentadas delicias de su manifiesta contemplación. De donde San Juan, en su carta, dice: *Ahora somos hijos de Dios, pero todavía no apareció lo que seremos.* Y añade: *Mas sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El, porque le veremos como El es*[4]. Oye, en fin, a la esposa en el Cantar de los Cantares hablar confiadamente, y mírala colocada ya con la esperanza sobre el altar. *Su izquierda* (sin duda la del Esposo) *está bajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará*[5]. Trasciende, pues, el alma bienaventurada la encarnación y humanidad de Cristo, la cual con razón se llama su izquierda, para contemplar más sublimemente su divinidad y majestad, que no sin congruencia se llama su diestra.

3. De tres modos, hermanos míos, gozaremos de Dios en aquella eterna y perfecta bienaventuranza: viéndole a El en todas las criaturas, teniéndole en nosotros mismos y, lo que aún es inefablemente más gustoso y dichoso, conociendo la misma Trinidad en sí misma y contemplando claramente aquella gloria con los ojos limpios del corazón. En esto estará la vida eterna y perfecta, en que conozcamos

[2] Lc. 17. 17.
[3] Io. 14. 9.
[4] 1 Io. 3. 2.
[5] Cant. 2. 6.

al Padre y al Hijo, juntamente con el Espíritu Santo, y veamos a Dios como Él es, o sea, no sólo como está en nosotros o en las demás criaturas, sino como es en sí mismo. De donde aquellas dos cosas que dijimos antes parecen ser como adyacentes y como la corteza del trigo, pero este conocimiento es la suma de la bienaventuranza, la medula del trigo, la substancia del grano, con que, sin duda, es saciada la ciudad santa de Jerusalén. Sin embargo, cuanto es grande aquella bienaventuranza, tanto está escondida a nuestros ojos, porque ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre cuánta claridad, cuánta suavidad y cuánto gusto nos aguarda en aquel conocimiento. Esta es la paz de Dios, que excede todo encarecimiento, ¿cuánto más todo nuestro discurso? Lo que no se ha concedido, pues, a ninguno experimentar, ninguno intente explicarlo. *Una medida llena,* dice el Señor, *colmada, remecida y que rebose pondrán en vuestros senos*[6]. *Llena,* con la universidad de las criaturas; *colmada,* en nuestro hombre interior; *remecida,* en el exterior; *rebosando,* en Dios mismo. Allí está el colmo de la felicidad, allí la supereminente gloria, allí la bienaventuranza que sobrepuja toda comprensión.

4. Cómo será visto Dios en las criaturas y cómo le tendremos en nosotros, lo podemos, a lo menos en parte, conjeturar por las mismas primicias del Espíritu que hemos recibido ya. Mas aquel conocimiento de Dios en sí mismo es de todo punto incógnito para nosotros; es admirable y excelso en tanto grado, que no podemos comprenderlo. Podemos entender de algún modo cómo será visto en las criaturas, puesto que aun ahora se ve en ellas, de donde los mismos filósofos, testigo el Apóstol, por estas cosas criadas vinieron en conocimiento de las perfecciones invisibles de Dios[7]. Pero por más que uno se adelante en mirar con el entendimiento cuán poderosísima, cuán prudentísima, cuán benignísimamente aquella Majestad eterna hizo todas las cosas, las rige todas y las ordena todas, absolutamente comprende muy poco respecto de lo que es en la realidad. Vendrá tiempo cuando ya, como dijimos en el sermón precedente, seguiremos al Cordero adondequiera que vaya, y le alcanzaremos en todas las criaturas para que nos gocemos en todas, en lo cual consiste el gozo del

[6] Lc. 6, 38.
[7] Rom. 8, 20.

Señor Dios nuestro. Nos alegraremos, a la verdad, en todas las cosas, pero el motivo de nuestro gozo no será otro que El mismo, así como El igualmente no se goza de otra cosa que de sí mismo.

5. Cómo tendremos a Dios en nosotros, lo podemos percibir por lo menos en parte. Consta que la naturaleza de las almas consta de tres elementos. De aquí que los sabios de este mundo enseñen que el alma humana es racional, irascible y concupiscible, y esta triplicada facultad del alma nos enseña también la misma naturaleza y la experiencia cotidiana. Por cierto, así como pertenecen a nuestra facultad racional la ciencia e ignorancia, como hábito y como privación, así a la facultad concupiscible pertenecen el deseo y el desprecio, y a la que se llama irascible la alegría y juntamente la ira. Llenará, pues, Dios nuestra facultad racional con la luz de la ciencia, de modo que nada nos faltará en el conocimiento de las ciencias todas. Llenará la facultad concupiscible con la fuente de la justicia, para que por todos modos la deseemos y nos llenemos de ella enteramente, como está escrito: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*. Porque ninguna otra cosa, fuera de la justicia, puede llenar el deseo del alma, y ninguna otra cosa puede hacerla dichosa. Así cuando llene Dios de justicia nuestra facultad concupiscible, todo lo que debe desechar el alma lo desechará; todo lo que debe desear, lo deseará, y de todas las cosas aquello apetecerá más que sea más digno de apetecerse. Finalmente, con razón atribuímos la justicia a nuestra facultad concupiscible, pues que según ella obre deseando o rehusando, somos reputados justos o injustos. Cuando ya llene Dios lo que en nosotros se llama facultad irascible, tendremos la perfecta tranquilidad y nos llenaremos de la paz divina, experimentando un gusto y alegría suma. Y mira tú si en estas tres cosas, por lo que toca al alma, no consiste la bienaventuranza perfecta, cuando ya la ciencia no infle por la justicia, ni contriste por la alegría, para que cese aquel proverbio: *El que añade la ciencia, añade también el dolor*[8], cuando la justicia ni sea indiscreta por la ciencia ni onerosa por la alegría, cuando la alegría ni sea intempestiva por la ciencia ni impura por la justicia.

[8] Eccl. 1, 18.

6. Pero en todas estas cosas nada recibió todavía este nuestro hombre exterior. A fin, pues, de que habite también la gloria en nuestra tierra y se llene, como dice otro profeta, toda la tierra de la majestad del Señor, se han de buscar para él cuatro cosas, estando él compuesto de cuatro elementos, como es sabido. Ni te admires de que parezca necesitar de más cosas el que es más miserable, habiendo también leído en el salmo que dice el profeta: *De ti está sedienta el alma mía, ¡y de cuántas maneras lo está también mi cuerpo!*[9] Tenga, pues, nuestra tierra *la inmortalidad*, ni tema ya el ser reducida nuevamente a polvo, porque en resucitando nuestro cuerpo ya no morirá, no le dominará la muerte jamás[10]. Pero ¿de qué le serviría, si sucediese acaso vivir en las miserias y enfermedades de esta pasibilidad, en la que es afligido incesantemente este cuerpo corruptible, y no una vez, sino siempre muere? Tendrá, ciertamente, algún día una entera impasibilidad, pues de los humores desordenados dicen que proceden el dolor y la enfermedad. Pero ya, igualmente, desea nuestro cuerpo la *ligereza*, según aquella porción del aire que tiene, para no sentir molestia aun en su propio peso. Pues bien, debemos creer que será tanta la *ligereza* y agilidad de los cuerpos bienaventurados, que podrán, si quieren, sin tardanza ni dificultad alguna, seguir en todo aun la misma velocidad de nuestros pensamientos. ¿Qué falta ya para la perfecta bienaventuranza de los cuerpos? Sola una cosa: la *hermosura*. La poseeremos no como quiera, sino perfectísima, y esta cualidad no sin razón la podemos asignar al cuarto elemento de que consta nuestro cuerpo, que es el fuego. Estamos aguardando al Salvador, Jesucristo Señor nuestro, dice el Apóstol, *el cual transformará nuestro cuerpo abatido y humillado y lo hará conforme al suyo glorioso*[11], cumpliendo lo que El prometió, *que resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre*[12]. De esta suerte llenará Dios completamente nuestras almas cuando les conceda una ciencia perfecta, una perfecta justicia y una perfecta alegría, y llenará también toda nuestra tierra la majestad del Señor cuando haga que nuestro cuerpo venga a ser incorruptible, impasible, ágil y semejante al cuerpo glorioso de Jesucristo. Tal vez no sería fuera de razón que en estas siete propiedades viéramos simbolizados

[9] Ps. 62, 2.
[10] Rom. 6, 9.
[11] Phil. 3, 20-21.
[12] Mt. 13, 43.

aquellos siete panes con que se lee que sació el Señor a cuatro mil hombres, y de los cuales los apóstoles llevaron para guardarlos otras tantas espuertas. Porque ahora nos alimentamos con estos panes, cuando en sabrosa meditación rumiamos aquella bienaventurada esperanza, hasta que venga el tiempo en que, gozándonos no de la esperanza, sino de la cosa misma y de su cumplimiento, merezcamos recibir como una espuerta llena por cada pan.

5*

1. Festivo día para nosotros, y que ocupa lugar distinguido entre las principales solemnidades, es la solemnidad de hoy. ¿Qué decimos, pues? ¿De qué apóstol es, de qué mártir, de qué santo? No es de alguno singularmente, sino igualmente de todos, pues todos sabemos que se llama y es festividad de Todos los Santos la que celebramos hoy. De todos, repito, así celestes como terrenos, porque hay santos del cielo y santos de la tierra, y aun de éstos, que son de la tierra, unos moran en la tierra todavía, mientras que otros se hallan ya en el cielo. Se celebra, pues, la fiesta de todos ellos juntamente, pero quizá no uniformemente. Ni es esto maravilla, por cuanto ni la santidad de ellos es uniforme, sino que entre santos y santos hay su distancia, y ésa no pequeña. Ni lo digo precisamente porque uno sea más santo que otro (pues ésta es más bien distancia de cuantidad que de cualidad), sino también de distinto y diferente modo se llaman, y con verdad, santos. Y acaso entre los ángeles y los hombres se podía asignar esta diversidad de santidad y, juntamente, de celebridad, pues no parece que se puedan honrar como triunfantes los que se sabe que nunca pelearon. Sin embargo, por otro lado deben ser honrados ellos también como amigos tuyos, ¡oh Dios!, a cuya voluntad se adhirieron siempre con tanta facilidad como felicidad. A no ser que digamos que pelearon también ellos por haber perseverado varonilmente, pecando los otros, y que en lugar de tomar el partido de los impíos, todos y cada uno de ellos exclamaron: *Bueno es para mí permanecer unido con Dios.* Se debe celebrar en ellos, pues, la gracia que los previno con

* PL 183, 475

bendiciones de dulzura ; se debe honrar la benignidad de Dios, no trayéndolos a penitencia, sino retrayéndolos de todas las cosas a que sería debida la penitencia, no sacándolos de la tentación, sino guardándolos de la tentación.

2. Otro género de santidad ciertamente, y digna de ser honrada de un modo particular, aparece en aquellos que vinieron de la tribulación grande y blanquearon sus vestidos en la sangre del Cordero, los cuales, después de muchos combates, triunfan ya coronados en el cielo, porque pelearon legítimamente. ¿Hay todavía otro tercer género de santos? Le hay, pero oculto. Porque hay santos que todavía militan, aún pelean, corren todavía, aún no han llegado a la meta. Acaso parecerá que temerariamente he llamado santos a éstos, pero sé que uno de ellos no receló decir a Dios : *Guarda mi alma, puesto que soy santo*[1]. Y el Apóstol, sabedor de los divinos secretos, dice más claramente : *Sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de aquellos que aman a Dios; de aquellos, digo, que El ha llamado, según su decreto, para ser santos*[2]. Esta es, sin duda, la diversidad en la aplicación del nombre de santidad, que unos se llaman ya santos, según la consumación, otros según la sola predestinación. Está escondida, pues, en Dios esta santidad ; está cerrada y se celebra en algún modo secretamente. A decir verdad, *no sabe el hombre si es digno de amor o de odio, sino que todo se reserva en secreto para lo venidero*[3]. Sea, pues, celebrada la fiesta de estos santos en el corazón de Dios, puesto que el Señor sabe quiénes son suyos y El conoce los que escogió desde un principio. Sea también celebrada entre aquellos espíritus que están destinados y son enviados a ejercer el ministerio en favor de aquellos que deben percibir la herencia de la salud. En cuanto a nosotros, se nos prohibe alabar en su vida al hombre. Porque ¿cómo sería segura la alabanza en donde ni la misma vida es segura? *No será coronado sino el que pelee legítimamente*[4], dice aquella trompeta celestial. Y escucha la ley del combate de la boca del mismo Legislador : *El que persevere hasta el fin, éste será salvo*[5]. No sabes quién ha de perseverar, no sabes quién ha de pelear legítimamente, no sabes quién ha de recibir la corona.

3. Alaba la virtud de aquellos cuya victoria es cierta ya ; ensalza con devotos elogios a aquellos cuyas coronas

[1] Ps. 82. 2.
[2] Rom. 8. 28.
[3] Eccl. 9. 1-2.
[4] 2 Tim. 2. 5.
[5] Mt. 10. 22.

puedes celebrar y glorificar con toda seguridad. Durante la pasada noche cantábamos a los santos diciendo : *Temed al Señor todos vosotros, sus santos* [6], pero no es a los que moran en el cielo a quienes dirigíamos estas palabras. No, no exhortábamos a que temieran a aquellos que perseveraron hasta el fin, porque escrito está : *Ya no mora el temor en nuestra patria.* Más bien decíamos esto a aquellos santos a quienes es precisa multiplicada guardia por la muchedumbre de peligros que les rodean. Puesto que no es su lucha solamente contra hombres de carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos que andan esparcidos por los aires [7]. Necesitan verdaderamente de guardia los que en tantas maneras no sólo de cerca, sino de lejos, son acometidos. Y en donde hay tantas peleas por fuera, no deben faltar temores por dentro, por lo que con razón se dice a éstos : *Temed al Señor todos vosotros, sus santos.* Toda nuestra bienaventuranza por ahora es temer a Dios, diciendo la Escritura : *Bienaventurado el varón que siempre está medroso* [8]. Y también el salmista dice : *Bienaventurados todos los que temen a Dios, los que andan por sus caminos* [9]. Pero muy diferentemente son bienaventurados aquellos en quienes ya la perfecta caridad echó fuera al temor, ni temen ya andando por los caminos de la vida, sino que más bien se emplean en la alabanza, habitando en la casa de Dios, como canta el profeta: *Bienaventurados los que habitan, Señor, en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán* [10]. Nuestra felicidad, pues, y nuestra festividad por ahora consiste en el temor de Dios ; la de ellos más bien en el gozo y la alabanza.

4. De ahí es que pueden ser alabados sin peligro los hombres que no viven ya con vida propia, sino con la de Dios, puesto que la vida de los hombres es tentación. Hay como una duplicada seguridad en esta alabanza, aunque tal vez, si atentamente lo consideramos, veremos que esa doble seguridad se reduce a una sola, puesto que, por una parte, no hay para qué recelemos alabar a los que verdaderísima y ciertísimamente son dignos de alabanza ; y, por otra, no ofrece peligro alguno el glorificar a los que de tal suerte están absortos en la gloria, que no pueden ya envanecerse con nuestras alabanzas, porque no tiene por don-

[6] Ps. 33, 10.
[7] Eph. 6, 12.
[8] Prov. 28, 14
[9] Ps. 127, 1
[10] Ps. 83, 5.

de entrar la vanidad en donde todo lo ocupó ya la verdad. Pero ¿qué gloria, dirás, pueden tener los santos? Porque ni cada uno se glorifica a sí mismo, por estar escrito: *No te alabe tu boca* [11], ni se alaban mutuamente los unos a los otros, puesto que atentos y absortos en la alabanza del Criador, en quien está colocada toda su bienaventuranza, nunca pueden ocuparse en recíprocas alabanzas, diciendo el profeta, como arriba lo hicimos notar: *Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán.* Sin embargo, no me determino a creer que estén faltos de gloria los santos, especialmente porque dice el Apóstol: *Este trabajo tan momentáneo y leve de nuestra tribulación, obra en nosotros un peso eterno de gloria incomparable y sublime* [12]. Y el profeta: *Visítanos por medio de tu Salvador, a fin de que nos veamos colmados de los bienes de tus escogidos y participemos de la alegría de tu pueblo y seas glorificado en aquellos a quienes miras como tu heredad* [13]. No dice para que seas glorificado *por aquellos* que son tu heredad, sino *en aquellos* que son *tu heredad*, para que se entienda que será la alabanza mutua. Pero si la misma heredad, o los elegidos, alaban al Señor, oigamos del Apóstol quién es el que alaba a la heredad. *Entonces*, dice, *cada uno tendrá alabanza.* ¿De quién? *De Dios* [14]. Grande loador, por cierto, y alabanza digna de ser deseada con la mayor vehemencia. Feliz conmutación de alabanza, cuando no sólo es cosa dichosa el alabar, sino el ser alabado.

5. ¿De qué, pues, podrán servir a los santos estas nuestras alabanzas? ¿De qué esta nuestra glorificación? ¿De qué esta nuestra misma solemnidad? ¿A qué fin ofrecemos terrenos honores a los que, según la veraz promesa del Hijo, honra el Padre celestial? ¿Qué pueden contribuir a su dicha nuestros elogios? Llenos están de gloria y alabanza. Es mucha verdad, carísimos; para nada necesitan los santos de nuestros honores, ni con nuestra devoción se les aumenta nada. No cabe duda de que el celebrar nosotros su memoria nos importa a nosotros, no a ellos. ¿Queréis saber cuánto nos importa? Yo siento que se inflama en mí, con este recuerdo, un deseo vehemente, y este deseo es de tres modos. Vulgarmente se dice: lo que el ojo no ve, el corazón no siente. El ojo mío es mi memoria, y el pensar

[11] Prov. 27, 2.
[12] 2 Cor. 4, 17
[13] Ps. 105, 4-5.
[14] 1 Cor. 4, 5.

en los santos en algún modo es verlos. A no dudarlo nuestra *porción está en la dichosa tierra de los vivientes*, ni es exigua esa porción, sino inmensa, con tal de que a la memoria acompañe el afecto. Mas aunque nuestro trato debe estar en los cielos, sin embargo no de la misma manera el nuestro que el de ellos. Pues la substancia de ellos está allí, pero de nosotros sólo están los deseos; ellos están allí por la presencia, nosotros por la memoria. ¿Cuándo nosotros también nos juntaremos a nuestros Padres? ¿Cuándo esencialmente nos veremos asociados a ellos? Este es el primer deseo que la memoria de los santos o excita o más bien incita en nosotros, el de gozar de su compañía tan deseable, el de merecer ser conciudadanos y compañeros de la casa y mesa de los bienaventurados espíritus, de vernos unidos al congreso de los patriarcas, a los escuadrones de los profetas, al senado de los apóstoles, a los ejércitos numerosos de los mártires, a los colegios de los confesores, a los coros de las vírgenes; de agregarnos, finalmente, y congratularnos en la comunión de los santos todos.

6. Los recuerdos de cada uno de ellos, como otras tantas centellas de fuego, mejor dicho, como ardentísimas hachas, encienden los ánimos devotos, para que anhelen sedientos a verlos y abrazarlos, de suerte que muchas veces juzguen hallarse entre ellos, vibrando con toda el ansia y vehemencia de sus corazones, ya hacia todos juntamente, ya hacia éstos, ya hacia aquéllos. Mas ¿qué negligencia es ésta, qué pereza, mejor diríamos, qué locura es que no procuremos vivamente con frecuentes suspiros, con ferventísimos afectos arrancar de la tierra nuestros corazones y flecharlos hacia aquellos escuadrones tan felices? ¡Ay de nosotros por la dureza de nuestro corazón! ¡Ay de nosotros por el pecado que el Apóstol reprochaba a los gentiles echándoles en cara el ser desamorados! Nos aguarda aquella Iglesia de los dichosos escogidos, y descuidamos el ir a juntarnos con ellos; nos desean los santos, y les desatendemos; nos desean los justos, y nosotros disimulamos. Despertemos, hermanos, de una vez, resucitemos con Cristo, busquemos las cosas que están arriba, sea nuestro anhelo saborear las cosas celestiales. Deseemos a los que nos desean, apresurémonos hacia aquellos que nos aguardan, anticipémonos con el deseo a aquellos que nos esperan. En la presente vida, que vivimos juntos y formando comunidad, nada hay de seguridad, nada de perfección segura, nada de

descanso, y, sin embargo de ello, aquí también, ¡cuán bueno y cuán gustoso es habitar los hermanos unidos entre sí! Porque todo lo que ocurre de molestia interior o exterior, con la misma compañía de hermanos tan verdaderos con quienes tenemos un alma y un corazón en Dios, se hace más tolerable. ¿Cuánto más dulce será, cuánto más deleitable, cuánto más bienaventurada aquella unión en donde ninguna sospecha podrá haber, ni ocasión alguna de disensión, en donde la más perfecta caridad unirá a todos en alianza indisoluble? De suerte que así como el Padre y el Hijo son una cosa, así nosotros seremos una cosa en ellos.

7. No solamente hemos de desear la compañía de los santos, sino su felicidad también, de modo que aspiremos con fervorosísimos afectos a la gloria de quienes deseamos la presencia. Ni es dañosa esta ambición, ni la pretensión de aquella gloria es en modo alguno peligrosa. Pues el decir: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria,* es voz que corresponde a la presente vida, puesto que los mismos ángeles claman: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*[15]. *No me toques,* dice Jesús a la Magdalena, *porque todavía no he subido a mi Padre*[16]. Quien así habla es el Verbo de gloria. Ciertamente, el Hijo sabio es la gloria del Padre. No me toques, dice la gloria, no me busques aún. No quieras por ahora buscar gloria; más bien huye de ella y guárdate de tocarla de ningún modo hasta que lleguemos al Padre, en donde toda gloria será segura. Allí será alabada mi alma en el Señor; óiganlo los mansos y alégrense. ¿Por ventura no parece haber oído al que decía: *No me toques, pues todavía no he subido a mi Padre,* la que en el cántico clama: *Huye, amado mío, huye?* Esto es lo que mencionamos arriba: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria.* De donde también en el himno cantamos nosotros hoy: *Da la paz a tus siervos y haz que nosotros también te demos gloria por todos los siglos,* según la distribución de los ángeles, sin duda.

8. Por ser, pues, tentación la vida del hombre sobre la tierra, con razón no debe buscar en la tierra el hombre la gloria, sino la paz; paz con Dios, paz con el prójimo, paz consigo mismo. *¡Oh guarda de los hombres! ¿Por qué me pusiste contrario a ti y me has hecho pesado para mí mis-*

[15] Lc. 2, 14.
[16] Io. 20, 17.

mo? [17] Vecina lucha sin duda, intestina sedición, guerra no civil, sino doméstica, es desear el espíritu contra la carne y la carne contra el espíritu. ¿De dónde esto, sino de que me pusiste contrario a ti? Porque tú eres libertad verdadera, tú la vida, tú la gloria, tú la suficiencia, tú la bienaventuranza, y yo, pobre, mísero y miserable, confuso y humillado hasta no más, muerto por el pecado, vendido bajo del pecado. En fin, tú, perfecto y santo deleite y descanso de los espíritus bienaventurados, me pusiste desde el principio contra Edén (que significa deleite) en el trabajo, sin duda, y en la angustia. Con todo eso dices: *Conviértete a mí en todo tu corazón.* Es claro que estamos apartados, pues nos exhortas a que volvamos; es claro que somos contrarios, pues nos llamas para que nos convirtamos. Mas ¿cómo? *En el ayuno,* dice, *en el lamento y en el llanto* [18]. ¡Cosa maravillosa! Pues ¿qué? ¿Acaso lo pasas tú en el ayuno, vives en el llanto, habitas en el lamento? Lejos estás tú de todas estas cosas, lejos sobremanera están estas cosas de ti. Tu reino, sin duda, está en Jerusalén, a la cual sacias con la flor del pan; ni allí hay llanto o clamor, ni tampoco dolor alguno, sino más bien acción de gracias y voz de alabanza. *Los justos,* dice, *coman en el convite en la presencia de Dios y deléitense en alegría y gozo* [19]. ¿Cómo, pues, con ayunos, con lágrimas y lamentos nos volveremos a El? ¿Acaso el justo le hallará a El en la alegría y el gozo, pero el que todavía no es justo no le hallará sino con ayunos, con lágrimas y lamentos? Así es ciertamente, pero éste será aquel justo que mereció ya su vista, no el que vive todavía por la fe. Por cierto lo que dice el Señor: *Con él estoy en la tribulación* [20], pertenece a aquel que camina por la fe, no a aquel que ya llegó a ver su rostro. Verdaderamente una sola cabeza es respecto de ambos, pero no se muestra a todos los miembros de un modo mismo. Porque a unos se ostenta esa cabeza áspera con las espinas e inclinada en la cruz para que se humillen ellos igualmente y se espinen y lastimen. A otros aparece gloriosa, para ser glorificados por ella y para que se glorían en ella hechos semejantes a aquel Señor a quien ven tal cual es.

9. Este es el segundo deseo que, por la memoria de los santos, se inflama en nosotros, y por el cual anhelamos a

[17] Iob 7, 20.
[18] Ioel 2, 12.
[19] Ps. 67, 4.
[20] Ps. 90, 15.

que, así como a ellos apareció ya, así también aparezca a nosotros Cristo nuestra vida, y nosotros igualmente aparezcamos con El en la gloria. Entre tanto, no como es, sino como se hizo por nosotros, se nos representa nuestra Cabeza, no coronada de gloria, sino rodeada de las espinas de nuestros pecados, diciendo la Escritura: *Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre*[21]. ¡Oh rey! ¡Oh diadema! Verdaderamente la sinagoga es esta madre, que, no mostrándose madre, sino madrastra, coronó a nuestro Rey con una corona de espinas. Avergüéncense de seguir la gloria los miembros a quienes se muestra su Cabeza tan sin gloria, y no teniendo aspecto ni hermosura ni cosa semejante. Verdaderamente, este es *Salomón*, el cual nombre interpretado significa no el que beatifica o glorifica, sino el *Pacífico* y el que trae la paz. Esto, sin duda, por ahora, para que en todo se realice aquel angélico cántico en que se dió a la *tierra paz y gloria a los cielos*[22]. Vergüenza nos dé, bajo de una Cabeza atravesada con espinas, hacernos miembros delicados, puesto que toda púrpura ahora no tanto le sirve de honor como de irrisión. Con todo eso vemos que en muchas partes es honrado el presente día no sin mucha ostentación y exceso de comidas. ¿Honrado dije? Mejor diríamos vilipendiado. Véanlo los que tal hacen. Suya es esta solemnidad, no de los santos; lo que a ellos agrada hacen, no lo que a los santos. Llegará tiempo en que vendrá Cristo, y entonces ya no se nos anunciará su muerte, para que entendamos que hemos de estar muertos al mundo y que nuestra vida ha de estar escondida con El en Dios, sino que aparecerá la Cabeza gloriosa, y con ella resplandecerán los miembros glorificados, cuando transforme nuestro cuerpo humillado, haciéndole semejante a su gloriosa Cabeza, que es El mismo. Anhelemos a esta gloria con toda ambición, y con segura ambición, no sea acaso que tengamos que oír: *Buscáis la gloria unos de otros y no queréis la gloria que viene de sólo Dios*[23].

10. A la verdad, para que podamos esperarla y aspirar a tanta dicha, en gran manera debemos desear los sufragios de los santos, a fin de que lo que no alcanza nuestra posibilidad se nos dé por su intercesión. *Tened misericordia de mí, a lo menos vosotros que sois amigos míos*[24].

[21] Cant. 3, 11.
[22] Lc. 2, 14.
[23] Io. 5, 44.
[24] Iob 19, 21.

Vosotros sabéis nuestro peligro, conocéis nuestro barro, conocéis nuestra ignorancia y los engaños de los enemigos; sabéis sus impetuosos asaltos y nuestra fragilidad. Hablo a vosotros, que os visteis en la misma tentación, que superasteis los mismos conflictos y evadisteis los mismos lazos, que aprendisteis la compasión de lo mismo que padecisteis. Confío verdaderamente de los ángeles, que ni ellos se desdeñarán tampoco de visitar a su especie, principalmente porque está escrito: *Visitarás a tu especie y procurarás que nada le falte*[25]. Sin embargo, aunque juzgo que puedo esperar mucho de ellos por la semejanza de la espiritual substancia y forma racional, con todo eso me parece que puedo usar de más confianza para con aquellos que conozco ser mis consortes en la misma humanidad, siendo esto alguna razón para que ellos con más familiaridad y especialidad tengan misericordia de quien es hueso de sus huesos y carne de su carne.

11. A la verdad, pasando de este mundo al Padre, nos dejaron sus santas prendas, puesto que entre nosotros fueron sepultados en paz sus cuerpos, los cuerpos de aquellos cuyos nombres vivirán para siempre y cuya gloria jamás será sepultada. Lejos esté de vosotras, almas santas, aquella crueldad del copero de Faraón, propia de un egipcio, que, restituído a su primer grado, al punto se olvidó del santo José, que quedaba en la cárcel. Porque no eran miembros de una misma cabeza, ni tenía parte alguna el fiel con el infiel, ni había más sociedad entre un israelita y un egipcio que entre la luz y las tinieblas. Se interpreta tinieblas el Egipto; mas Israel se interpreta el que ve a Dios, y, por tanto, en cualquiera parte donde se hallaba Israel había luz. No se pudo olvidar así nuestro Jesús del ladrón crucificado con Él; hízose, sin duda, lo que se le prometió: el mismo día en que padeció con Él reinó con Él. En cuanto a nosotros, si no fuéramos miembros de la misma Cabeza de la que lo son los santos, ¿a qué vendría congratularnos hoy con tan solemnes votos y con tanto afecto? Pero el que dijo: *Si es glorificado un miembro, todos los miembros se gozan juntamente,* igualmente añade: *Pero si padece un miembro, todos los miembros padecerán juntamente con él.* Esta es nuestra correspondencia con ellos; que nosotros les congratulemos y ellos se compadezcan de

[25] Iob 5, 24.

nosotros; nosotros, con una devota meditación, reinemos en ellos, y ellos militen en nosotros y por nosotros con su piadosa intervención. Ni hay porque dudemos de su piadosa solicitud para con nosotros, supuesto que no habiendo de ser consumados sin nosotros, como más arriba dijimos, nos aguardan hasta que se nos dé la recompensa, a fin de que en aquel último día de grande y eterna fiesta, concurran juntamente todos los miembros para formar un varón perfecto con su excelsa Cabeza, y sea alabado con su heredad Jesucristo Señor nuestro, quien es sobre todas las cosas bendito y digno de alabanza y glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

EN EL TRANSITO DE SAN MALAQUIAS, OBISPO *

(5 de noviembre)

1 **

1. El cielo, carísimos, nos ha destinado hoy una bendición copiosa, y no distribuirla fielmente sería para vosotros perjudicial y peligroso para mí, a quien parece estar encargado este ministerio. Temería, pues, vuestro daño, temería mi condenación si pudiera decírseme: *Los párvulos pidieron pan, y no hubo quien se lo diese* [1]. Sé cuán necesaria es para vosotros la consolación que viene del cielo, puesto que renunciasteis varonilmente a los deleites carnales y a las delicias mundanas. Ninguno duda de que ha sido un celestial beneficio y determinación del consejo soberano que el obispo Malaquías muriese hoy entre nosotros y tuviese entre nosotros la deseada sepultura. Porque no cayendo en la tierra ni siquiera una hoja del árbol sin la voluntad divina, ¿quién será tan rudo que no advierta evidentemente en la venida y en el tránsito de este varón bienaventurado un designio amorosísimo de la piedad soberana? Desde muy lejanas tierras [2] vino para dejar aquí la tierra, apresurando su viaje por otra causa ciertamente, aunque sabemos que había deseado muchísimo esto por la especial caridad que para con nosotros tenía. En su camino tuvo que superar muchos impedimentos, ni

* PL 183, 481-490.
** PL 183, 481.

[1] Thren. 4, 4.
[2] Desde Irlanda.

se le permitió pasar la mar hasta que se acercase el tiempo de su consumación y aquel término de su vida más allá del cual no podía pasar[3]. Al llegar a nuestra casa, después de tantas y tan horrorosas fatigas, le recibimos como a un ángel de Dios, por el respeto debido a su santidad, y él, a su vez, con aquella su mansedumbre y humildad tan profundamente radicada en él, nos dió pruebas inequívocas de su profundo afecto, mucho mayores de lo que nosotros merecíamos. Después se mantuvo entre nosotros unos pocos días con buena salud, mientras que daba tiempo a que llegaran los compañeros, que estaban dispersados en Inglaterra a causa de los impedimentos que un rey suspicaz ponía a la partida del hombre de Dios. Habiéndose al fin juntado todos con él, disponíase a emprender el viaje a la curia romana, pues con este designio había venido, cuando súbitamente vióse asaltado de la enfermedad; sintió al punto que más bien era llamado al celestial palacio, proveyendo Dios, por un especial efecto de su piedad en favor nuestro, que no saliendo de entre nosotros desde aquí emprendiera el viaje al cielo.

2. Ninguna señal, no digo de muerte, pero ni de enfermedad grave le apreciaron los médicos; con todo eso, él, regocijado en su espíritu, nos decía que era enteramente preciso que en este año saliese Malaquías de esta vida. Se trabajó en lo contrario, ya con devotas súplicas a Dios, ya con todos los medios que pudimos, pero prevalecieron sus méritos para que fueran atendidos los deseos de su corazón y no se viera privado de lo que tanto anhelaba su alma. De esta suerte decía que todo concurriría a llenar sus deseos, puesto que había él elegido con especialidad este sitio, inspirándoselo la divina clemencia, y deseaba desde mucho antes que fuese el día de su sepultura aquel en que se celebra la general memoria de todos los fieles difuntos. Otra circunstancia colmó estos nuestros gozos, pues, disponiéndolo Dios así, habíamos elegido el mismo día para traer los huesos de nuestros hermanos del cementerio antiguo y colocarlos aquí[4]. Y, ciertamente, cuando los traíamos y cantábamos, como es costumbre, decía el varón santo que se deleitaba muchísimo con aquel

[3] Murió en la abadía de Claraval en 1148. Es el único santo cuya biografía escribió San Bernardo. La incluímos en el segundo tomo de sus obras.

[4] En la cripta de la iglesia.

canto, y no mucho después siguió él aquellos huesos, cerrándole los ojos un sueño suavísimo y felicísimo. Demos gracias a Dios por todas sus disposiciones, porque quiso, siendo nosotros indignos de ello, honrarnos con la presencia de su muerte bienaventurada, porque quiso enriquecer a sus pobres con el tesoro preciosísimo de su cuerpo y porque siendo nosotros débiles quiso sustentarnos con esta columna de su Iglesia. Una de dos cosas prueba esta distinción que para nuestro bien se ha hecho con nosotros : o que es agradable a Dios o que Dios se quiere hacer agradable el lugar al cual, desde los fines de la tierra, trajo a un varón de tanta santidad para morir y ser sepultado en él.

3. Sin embargo, la caridad misma de este bienaventurado Padre para con nosotros me compele a condolerme afectuosísimamente de aquel pueblo y a gemir horrorizado de la crueldad de la muerte, que no receló dar estocada tan fiera a aquella iglesia. Cruel, a la verdad, e inexorable muerte, que maltrató tanta multitud de hombres, hiriendo a uno solo, ciega e imprórida, que ató la lengua de Malaquías, paró en seco sus pasos, hizo caer sus manos y cerró sus ojos. Aquellos ojos devotos, digo, que con piadosísimos llantos acostumbraban conciliar la divina gracia a los pecadores, aquellas limpísimas manos que habían amado siempre el ejercitarse en laboriosas y humildes obras, que tantas veces ofrecieron por los pecadores el saludable sacrificio del cuerpo del Señor, y que sin ira ni contención se elevaban en la oración al cielo, pues se sabe hicieron tantos beneficios a los enfermos y resplandecieron con varios prodigios. Sí, la muerte paró en seco los hermosos pasos de quien evangelizaba la paz, de quien anunciaba los verdaderos bienes, aquellos pies que tantas veces se fatigaron en el empleo de la piedad y aquellas plantas dignas de ser seguidas con devotos besos ; cerró aquellos santos labios sacerdotales que guardaban la ciencia, aquella boca justísima que meditaba la sabiduría e hizo enmudecer aquella lengua pura de quien, hablando la justicia y la misericordia, solía curar tantas llagas de las almas. Ni es maravilla, hermanos, que sea inicua la muerte, pues la engendró la iniquidad ; ni que sea inconsiderada, pues sabemos que la dió a luz la seducción. Nada hay que admirar, repito, de que hiera sin discreción la que tiene su origen en la prevaricación, de que sea cruel y fatua la que fué engendrada

por la falacia de la antigua serpiente y la insipiencia de la mujer. ¿Pero a qué lamentarnos de que se atreviera a embestir a Malaquías, fiel miembro de Cristo, cuando contra la misma Cabeza de Malaquías y de todos los escogidos arremetió furibunda? Arremetió, sin duda, al que estaba libre, pero ella no se evadió libre. Tropezó con la vida la muerte, pero ésta quedó desmenuzada por aquélla y fué absorbida por la vida la muerte. Tragándose el anzuelo, por allí comenzó a ser presa por donde pareció que prendía ella.

4. Mas acaso dirá alguno: ¿De qué modo ha sido superada la muerte por la Cabeza, cuando vemos que con tanta libertad se embravece aun contra sus miembros? Si la muerte fué muerta, ¿cómo pudo matar a Malaquías? Si está vencida, ¿cómo todavía prevalece contra todos, sin que haya hombre que viva y no vea la muerte? Vencida verdaderamente está la muerte, obra del diablo y pena del pecado; vencido está el pecado, causa de la muerte; vencido está también el maligno, autor del pecado y de la muerte. Ni solamente están todos éstos vencidos, sino juzgados ya y condenados. Está dada ya la sentencia, pero todavía no está promulgada. En fin, está ya aparejado el fuego para el diablo, aunque todavía no haya sido precipitado en el fuego; por un poco de tiempo se le deja ejercitar su malignidad. Como martillo del celestial artífice, va dando incesantes golpes al linaje humano, quebranta a los escogidos para utilidad de ellos y hace pedazos a los réprobos para su condenación. Cual es, pues, el padre de familias, tales son sus domésticos, es a saber, el pecado y la muerte. Porque aunque no se dude que juntamente con Cristo fué clavado en su cruz el pecado, con todo eso todavía se le permite entre tanto no a la verdad reinar, pero sí habitar aun en el mismo Apóstol. ¿Creéis, acaso, que no os digo la verdad? Pues oíd lo que dice él mismo: *Ya no obro yo aquello*, es decir, el mal, *sino que lo obra el pecado o la concupiscencia que habita en mí*[5]. Así igualmente la muerte misma de ningún modo se ve obligada a ausentarse, pero se la precisa a no dañar. Mas llegará tiempo en que se dirá: *¿En dónde, ¡oh muerte!, está tu victoria?* Y esa insidiosa enemiga ciertamente será destruída la última. Pero ahora, disponiéndolo Aquel que tiene el imperio de la vida y de la muerte y refrena al mar en los términos fijos de sus ori-

[5] Rom. 7, 17.

llas, aun la misma muerte es un sueño de refrigerio para los amados del Señor, testificándolo el profeta, que dice: *Cuando enviare a sus amados el sueño, gozarán de la herencia del Señor*[6]. Pésima es, sin duda, la muerte de los pecadores, cuyo nacimiento es malo y su vida peor: *Pero es preciosa la muerte de los santos*[7]. Preciosa, ciertamente, como fin de los trabajos, como consumación de la victoria, como puerta de la vida, como entrada adonde se goza de una seguridad perfecta.

5. Demos, pues, el parabién, hermanos, demos el parabién a nuestro Padre, porque si es cosa piadosa llorar a Malaquías difunto, lo es muchísimo más aún congratularse con Malaquías que vive. ¿Por ventura no vive? Y dichosamente. A la verdad, pareció que moría a los ojos de los insipientes, pero él está en el seno de la paz; conciudadano ya de los santos y doméstico del Señor, canta y da gracias diciendo: *Pasamos por el fuego y el agua, pero nos has conducido al lugar del refrigerio*[8]. Pasó, sin duda, varonilmente, y traspasó dichosamente. Verdadero hebreo, celebró la Pascua en espíritu, y pasando nos decía: Con ansia he deseado comer esta Pascua entre vosotros. Pasó por el fuego y por el agua aquel a quien ni las cosas tristes pudieron derribar ni las suaves pudieron detener. Hay bajo de nosotros un lugar que todo él le reserva para sí el fuego, de suerte que ni una pequeña gota de agua del dedo de Lázaro pudo conseguir allí aquel miserable rico. Está igualmente arriba la ciudad de Dios, a la cual alegra el ímpetu del río, el torrente de los deleites y aquel cáliz tan esclarecido que embriaga. En este medio, a la verdad, está la ciencia de lo bueno y de lo malo, y aquí es donde se puede experimentar así el deleite como la tribulación. La infeliz Eva nos trajo a estas alternativas. Aquí ciertamente hay día y hay noche, pero en el infierno solamente hay noche y en el cielo solamente día. Por tanto, bienaventurada el alma que traspasó lo uno y lo otro, no deteniéndose en el deleite ni desfalleciendo en la tribulación.

6. De las muchas y magníficas acciones de este varón pienso referiros brevemente una, en la cual se ve cuán valerosamente traspasó el fuego y el agua. La silla metropolitana de aquel grande patricio, apóstol de los de Hibernia [9], se la apropiaba a sí una familia tiránica, constitu-

[6] Ps. 126, 3.
[7] Ps. 115, 15.
[8] Ps. 65, 12.
[9] Hoy Irlanda.

yendo los arzobispos por el orden de la sucesión y poseyendo por herencia el santuario de Dios. Instado, pues, de los fieles nuestro Malaquías para que se opusiese a tantos males, poniendo su vida en sus manos, llegó intrépido, tomó el arzobispado, exponiéndose a riesgo tan manifiesto por dar fin a tan grande delito. Entre los peligros gobernó aquella iglesia, y después de cesar los peligros, al punto ordenó canónicamente a otro que le sucediese, pues él había recibido el arzobispado con la condición de que, en cesando la furia de la persecución y una vez elegido otro, con toda seguridad se le había de permitir volverse a su propia silla, en donde, sin rentas eclesiásticas ni seculares, habitando en las religiosas congregaciones que él había fundado, siendo entre ellos como uno de tantos, vivió santamente y sin propiedad alguna. Así al hombre de Dios lo purificó, no aniquiló, el incendio de la tribulación, pues era su alma de oro puro; así ni el deleite le detuvo o le ablandó, ni llevado de la curiosidad de ver se paró en el camino, olvidado de su propia peregrinación.

7. ¿Quién de vosotros, hermanos, no deseará vivamente imitar su santidad, si es que hay alguno que se atreva a aspirar a ello? Creo, pues, que con más gusto oiréis, si acertamos a explicarlo, qué es lo que hizo santo a Malaquías. Mas porque no parezca quizá menos apreciable nuestro testimonio, oíd a la Escritura, que dice: *Por medio de su fe y mansedumbre el Señor le hizo santo*[10]. Con la fe pisaba al mundo, testificando San Juan: *Lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fe*[11]. Con su espíritu de mansedumbre toleraba con ánimo tranquilo cualesquiera cosas duras y adversas. Por una parte, a imitación de Cristo, pisaba los mares con la fe, a fin de no ser detenido por los deleites; por otra, con su paciencia poseía su alma, a fin de no ser rendido en los combates. Acerca de estas dos cosas leemos en el salmo que *caerán a tu lado izquierdo mil, y diez mil a tu derecha*, porque a muchos, más derriban las falacias de la prosperidad que los golpes de la adversidad. Así que ninguno de nosotros, carísimos, prendado de la llana y blanda superficie que ofrece el mar, vaya a creer que ese camino es más cómodo y seguro, porque también hay en él grandes montes, invisibles ciertamente, pero más peligrosos por eso mis-

[10] Eccl. 45, 4.
[11] 1 Io. 5, 4.

mo. Más trabajoso tal vez se presenta el camino entre lo empinado de los montes y lo áspero de las rocas, pero los experimentados le hallan mucho más seguro y deleitable. Sin embargo, en ambas partes reconocía que hay trabajo, en ambas peligro, aquél que decía que es necesario combatir *con las armas de la justicia a la diestra y a la siniestra* [12]; por lo que toca a nosotros con sobrado motivo podemos dar el parabién a los que pasaron por el fuego y el agua y fueron conducidos al lugar del refrigerio. ¿Queréis saber qué refrigerio? ¡Ojalá que acerca de esto os hablase otro! En cuanto a mí no acierto a decir palabra, porque no me ha sido dado aún paladear ese refrigerio.

8. Con todo eso, me parece a mí que, acerca de este refrigerio, oigo hoy a Malaquías decir: *Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te hizo bien; porque sacó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída* [13]. En las cuales palabras oíd brevemente lo que entiendo, porque ya se va acabando el día y se ha dilatado el sermón más de lo que esperaba, pues contra mi voluntad me desvío de la dulzura del nombre paterno y, temiendo la lengua callar a Malaquías, se recela de dar fin al discurso. Muerte del alma, hermanos míos, es el pecado, pues supongo no habréis olvidado lo que se lee en el profeta: *El alma que pecare, ella misma morirá* [14]. Tres parabienes, pues, corresponden a un hombre librado ya de todo pecado, del trabajo y del peligro. Porque desde este punto ni se dice ya que el pecado habita en él, ni se le intima el llanto de la penitencia, ni se le previene que se guarde en adelante de peligro alguno. Dejó ya Elías la capa, no tiene ya que temer, no tiene ya que recelar que le toque la adúltera y mucho menos que le detenga por fuerza. Subió ya en el carro, no hay que temer ya que caiga; sube suavemente, no trabajando con el propio vuelo, sino sentado en un carro ligero. A este refrigerio, carísimos, corramos nosotros, con toda el ansia del corazón, tras el aroma de los perfumes que exhala este bienaventurado Padre nuestro, que parece haber excitado hoy nuestra tibieza trocándola en deseos ferventísimos. Corramos, repito, tras él, clamándole repetidas veces: Atráenos en pos de ti. Con todo el afecto de nuestro corazón demos gracias al Omnipotente, que con su misericordia nos alienta a progresar más

[12] 2 Cor. 6, 7. [13] Ps. 114, 7-8. [14] Ez. 18, 4.

y más de día en día en la virtud, y que a esos indignos siervecillos suyos, a quienes faltaban méritos propios, ha querido que, a lo menos, no les faltasen los méritos ajenos.

2*

1. Es claro, carísimos, que mientras permanecemos en este cuerpo estamos alejados del Señor y fuera de nuestra patria, y por esto más bien nos intima llanto que gozo este destierro miserable y el conocimiento de nuestros delitos. Con todo eso, porque somos amonestados por la boca del Apóstol a que nos alegremos con aquellos que se alegran, el tiempo y la causa piden que nos excitemos a una entera alegría. Porque, si verdaderamente, como sintió el profeta, se gozan los justos en la presencia de Dios, se goza sin duda Malaquías, que en sus días agradó a Dios y fué hallado justo. En santidad y justicia ministró delante de El; agradó a Dios el ministerio y le agradó también el ministro. ¿Qué mucho que le agradase? Plantó el Evangelio sin ocasionar gastos, llenó del Evangelio la patria, domó especialmente la barbarie fiera de sus moradores los irlandeses, sujetó al suave yugo de Cristo con la espada del espíritu las naciones extranjeras, restituyéndole a El su herencia diseminada hasta los extremos de la tierra. ¡Oh ministerio fructuoso! ¡Oh ministro fiel! ¿Por ventura no fué el instrumento de que se sirvió el Padre para cumplir la promesa que hizo a su Hijo? ¿No tenía en él fijos los ojos el Padre cuando decía a su Hijo: *Te daré las naciones en herencia y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra?*[1] ¡Cuán gustoso recibía el Salvador lo que había comprado, y había comprado con el precio de su sangre, con la ignominia de la cruz y con el horror de su pasión! ¡Cuán gustoso lo recibía de las manos de Malaquías, que graciosamente le servía! Lo que más le complacía en su ministro, sin duda, era el que desempeñara su oficio gratuitamente, y en su ministerio le era agradable la conversión de los pecadores. Grata le era, repito, y agradable en su ministro la sencillez del ojo y en su ministerio la salud del pueblo.

---

* PL 183, 486.

[1] Ps. 2, 8.

2. Aun en el caso en que hubiera sido menor el efecto de su ministerio, no por esto hubiera mirado a Malaquías y a sus obras con menor complacencia aquel Señor de quien es amiga la pureza y familiar la sencillez; Aquel de cuya justicia es propio apreciar la obra por la intención, y por la calidad del ojo juzgar del estado de todo el cuerpo. Mas ahora grandes son las obras del Señor y proporcionadas a todas las voluntades y ocupaciones de Malaquías; grandes y muchas son, y buenas en gran manera, aunque mejores por el buen origen de su casta intención. ¿Qué obra de piedad se le pasó por alto a Malaquías? Pobre era para sí, pero rico para los pobres. Padre de los huérfanos fué, amparo de las viudas, patrono de los oprimidos. Daba con alegría, pedía raras veces y recibía con un pudor casto. El restablecer la paz entre los que discordaban fué uno de sus mayores cuidados, y fué mucha su eficacia. ¿Quién fué como él, piadoso para compadecerse, pronto para socorrer, libre para corregir? Porque por una parte era verdaderamente celoso, y por otra no le faltaba la ciencia que rige el celo mismo. Y siendo él enfermo con los enfermos, era igualmente poderoso con los poderosos, resistía a los soberbios, castigaba a los tiranos, hecho maestro de reyes y de príncipes. El mismo es quien, orando, quitó la vista al rey que obraba mal y se la restituyó habiéndose humillado. El quien a los violadores de la paz que había hecho, y a los entregados al espíritu de error, les frustró sus intentos del mal que maquinaban, y de nuevo les obligó a la paz, quedando ellos confusos y asombrados de lo que les había sucedido. El fué a quien, para librarle de los infractores del pacto que habían hecho, obsequiosamente le asistió un río haciendo vanos con un modo maravilloso los conatos de los impíos que iban en su persecución. No había lluvias, ni avenidas de aguas, ni copia de nubes, ni liquidación de nieves, cuando de repente se trocó en río grande el que era pequeño arroyo, y el río corría y se hinchaba inundando y negando enteramente el paso a los que querían ejecutar el mal.

3. ¡Cuántas cosas hemos oído y sabido del celo de este varón y de la vindicta que se ejecutó en sus enemigos, siendo él, con todo eso, suave y manso y de mucha misericordia para todos los que padecían necesidad! Como único padre de todos vivía para todos; fomentaba a todos, como la gallina fomenta sus polluelos y bajo el cubierto de sus

alas les protegía. No discernía el sexo o la edad, no miraba al rango o condición de las personas, a ninguno faltaba, recibiendo a todos en el regazo de su piedad. De cualquiera tribulación que clamasen a él, la reputaba propia ; sólo que en la suya era paciente y en la ajena compaciente, y aun muchas veces santamente impaciente, puesto que en diversas ocasiones, lleno de celo por unos, se enojaba con otros, para mirar por el bien y salud de todos, libertando a los pobres y reprimiendo a los fuertes. Así, pues, se airaba, pero, para no pecar, no airándose, según aquello del salmo : *Airaos, mas no queráis pecar.* No le dominaba a él la ira, sino él dominaba a su ánimo. Era dueño de sí mismo, y, a la verdad, el vencedor de sí mismo no podía ser vencido de la ira. *Su ira estaba en su mano.* Llamada, venía sosegada, no arrebatada de su ímpetu, sino regida a su arbitrio. No se encendía con ella, sino que usaba de ella. Grande fué en regir o reprimir así éste como los demás movimientos de uno y otro hombre suyo, interior y exterior, procurando en todo la más exacta mesura y la mayor circunspección. Porque no de tal modo atendía a todos que a sí solo se desamparase o sólo a sí exceptuase de aquel cuidado general. Era también cuidadoso de sí mismo, guardábase a sí mismo, de tal suerte en fin era todo suyo y todo de todos, que ni la caridad en nada le impedía o embarazaba para velar sobre sí mismo, ni el bien propio le estorbaba mirar por la utilidad común. Si hubierais visto a este hombre como sumergido en mil negocios y asediado por mil y mil cuidados, hubierais dicho que había nacido para la patria, no para sí ; si le hubierais visto solo y habitando consigo, hubierais pensado que vivía solamente para Dios y para sí.

4. Sin turbación obraba en las turbaciones, sin ocio pasaba el tiempo que le daba al ocio. ¿Cómo había de estar ocioso el que se ejercitaba en los justos preceptos del Señor? Pues aunque le dejaban algún tiempo libre las necesidades de los pueblos, pero nunca era tiempo desocupado para él, pues lo empleaba en meditaciones santas, en el ejercicio de orar, en el ocio dulcísimo de contemplar. Su conversación era siempre muy grave, discreta y moderada. Su mirar, o lo mantenía atento vivamente a lo que hacía, o modesto y replegado sobre sí mismo, porque sus ojos los tenía colocados en su rostro, pero no iban volviéndose a una parte y a otra jamás, sino que obedecían siempre a la

virtud. Su risa, que era rara, o respiraba caridad o provocaba a ella. Cierto que se asomaba algunas veces en su semblante, pero nunca rompía impetuosamente; con tal aire y gracia anunciaba la alegría del corazón, que no disminuía en lo más mínimo la agradable compostura de su rostro, sino que la aumentaba. Tan modesta, que no pudiese dar sospecha de ligereza; tan moderada, discreta y apacible, que bastase a conservar su alegre semblante libre de todo lunar o nube de tristeza. ¡Oh don perfecto! ¡Oh pingüe holocausto! ¡Oh grato obsequio, así por el ánimo con que lo presentaba como por las manos puras con que lo ofrecía! ¡Qué olor de suavidad tan grato a Dios exhalaban sus oraciones cuando estaba ocioso! ¡Qué buen olor de Cristo para los hombres exhalaban sus sudores y fatigas cuando estaba ocupado!

5. Por tales cosas, amado de Dios y de los hombres, no sin razón es recibido hoy Malaquías en la compañía de los ángeles, consiguiendo en la realidad lo que significa su nombre. Y, sin duda, antes ángel era no menos en la pureza que en el nombre, pero ahora se cumple más felizmente en él la interpretación del nombre glorioso, cuando con los ángeles goza de igual gloria y felicidad. Demos, pues, el parabién, hermanos, demos el parabién a nuestro Padre, como es razón, porque es cosa piadosa llorar a Malaquías difunto, pero es más piadosa aún congratular a Malaquías que vive. ¿Por ventura no vive? Y felizmente. Sin duda pareció a los ojos de los insipientes que moría, pero él se halla en la paz. En fin, conciudadano ya de los santos y doméstico de Dios, canta y da gracias juntamente diciendo: *Pasamos por el fuego y por el agua, pero nos has conducido al lugar del refrigerio.* Pasó, sin duda, varonilmente, y traspasó dichosamente. Verdadero hebreo, celebró la Pascua en espíritu, y pasando nos decía: Con ansia he deseado comer esta Pascua entre vostros. Pasó por el fuego y el agua aquel a quien no pudieron rendir las cosas tristes ni detener las suaves. Alegrémonos de que nuestro ángel ha subido a juntarse con sus conciudadanos para hacer el oficio de embajador por los hijos de la cautividad, conciliándonos los corazones de los bienaventurados y dándoles parte de las ansias de los miserables. Alegrémonos, repito, y gocémonos, porque ya aquella celestial curia tiene de entre nosotros quien cuide de nosotros,

quien proteja con sus méritos a los que instruyó con sus ejemplos y fortaleció con sus milagros.

6. El pontífice santo, que en espíritu de humildad había presentado tantas veces al cielo las víctimas pacíficas, hoy por sí mismo subió al altar de Dios, siendo él víctima y sacerdote. Trasladándose el sacerdote, el rito del sacrificio se mudó con mejoras; ya se secó la fuente de las lágrimas, y con gozo y alegría se ofrece el holocausto. Bendito el Señor Dios de Malaquías, que con el ministerio de un pontífice tan grande visitó a su plebe, y ahora, habiéndole llevado a la ciudad santa, no cesa de consolar nuestro cautiverio con el recuerdo de tanta suavidad. Gócese en el Señor el espíritu de Malaquías, porque aliviado ya del peso de la mole corpórea, ninguna materia impura o terrena le sirve de embarazo, para que con toda ligereza y vivacidad, pasando toda corpórea e incorpórea criatura, camine todo él a Dios, y, juntándose a El, sea con El un espíritu eternamente.

7. La santidad debe ser ornamento de esta casa, en la cual frecuenta la memoria de santidad tan grande. ¡Oh Malaquías santo, guárdala en santidad y justicia, apiadado de nosotros, que entre tantas y tan grandes miserias anunciamos la memoria de la abundancia de tu suavidad! Grande es sobre ti la disposición de la piedad divina, que te hizo pequeño en tus ojos y grande en los suyos, que hizo por ti grandes cosas salvando a tu patria e hizo en ti cosas grandes introduciéndote en su gloria. Tu festividad, que con razón se celebra votiva en honra de tus virtudes, sea por tus méritos y ruegos saludable para nosotros. La gloria de tu santidad, que por nosotros se recuerda y se continúa por los ángeles, entonces será para nosotros dignamente gustosa, si fuere también fructuosa. Permítasenos, trasladándote tú, retener algunas reliquias de los frutos de tu espíritu, de los cuales subes cargado, pues nos congregamos hoy en tu deliciosísimo convite.

8. Sé para nosotros, te lo pedimos, ¡oh Malaquías santo!, otro Moisés u otro Elías, repartiéndonos también tú a nosotros de tu espíritu, puesto que en el espíritu y virtud de ellos viniste tú. Tu vida es ley de vida y de enseñanza; la muerte tuya, puerto de la muerte y puerta de la vida; tu memoria, dulcedumbre de suavidad y de gracias; tu presencia, corona de gloria en las manos del Señor Dios tuyo. ¡Oh olivo fructífero en la casa de Dios! ¡Oh

aceite de alegría, que unge y luce fomentando con beneficios, resplandeciendo con milagros!, haznos participantes de aquella luz y suavidad de que gozas. ¡Oh azucena odorífera que eternamente brota y florece delante de Dios y esparce por todas partes vivífico olor de suavidad, de quien entre nosotros permanece en bendición la memoria y entre los ciudadanos del cielo está en honor la presencia! ¡Haz que los que te celebramos no seamos frustrados de la participación de tanta plenitud. ¡Oh luminar grande y luz que luce en las tinieblas iluminando con los rayos de sus prodigios y méritos hasta el horror de esta cárcel y llenando de alegría la ciudad! Ahuyenta de nuestros corazones las tinieblas de los vicios con los esplendores de tus virtudes. ¡Oh estrella de la mañana, tanto más clara que las demás cuanto más vecina al día y más semejante al sol! Dígnate ir delante de nosotros, para que nosotros también caminemos en la luz, como hijos de la luz y no de las tinieblas. ¡Oh aurora que esclarece sobre la tierra, pero luz del mediodía que baña las altas playas del cielo!, recíbenos en la compañía de aquella luz, con la cual, iluminado, brillas esplendorosamente hacia fuera y ardes suavemente por dentro, concediéndonos tanto bien nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

*EN LA FIESTA DE SAN MARTIN, OBISPO**

(11 de noviembre)

De los ejemplos de obediencia

1. Pienso que aguarda de nosotros un sermón así esta vuestra concurrencia como la venida de estas ilustres personas que nos congratulamos se hallen aquí de tan lejos[1]. A la verdad, con más gusto les oiría yo a ellos, pero porque eligen, más bien, exigen, que hable yo, ya que no se me permite oírles es preciso obedecerles. Y, sin duda, vivo sermón es tanta mansedumbre suya, puesto que, siendo más santos en méritos, superiores en dignidad, más ricos en sabiduría, se han dignado no sólo venir a visitarnos,

* PL 183, 489.

[1] Con frecuencia se encontraban en Claraval personajes ilustres, tanto eclesiásticos como civiles, que venían a visitar a San Bernardo y también a consultarle en sus negocios y dificultades.

sino a oírnos. Eficaz enseñanza y doctrina digna de todo aprecio, porque no nos amonestan con la palabra y la lengua, sino con la obra, y en verdad a ser imitadores suyos, como lo son ellos de Cristo, y a aprender, como ellos sin duda aprendieron de El, a ser mansos y humildes de corazón. Así María fué a visitar a Isabel, la Virgen a la casada, la Señora a la sierva, la Madre del Juez a la madre del Precursor, la Madre de Dios a la madre de un siervecillo. Así también el mismo Jesús después fué a Juan, y fué para ser bautizado, como a quien convenía cumplir toda justicia. Vosotros, ciertamente, reverendos padres, no escogéis el peor partido, pues más prontos estáis a escuchar que a hablar, aunque sea a aquellos que necesitan más de vuestros documentos. Por lo que a mí toca, ya que no puedo cumplir toda justicia, procuraré mostraros a lo menos alguna, pues no ignoráis vosotros ser justo que obedezca un inferior a los superiores.

2. ¿Pero de qué hablaremos? *Quien trae su origen de la tierra, de la tierra habla*[2], dice aquella voz que clama en el desierto. Hablemos, pues, de la tierra, porque de la tierra subsistimos y en la tierra vivimos. Así, oídme vosotros, terrígenas e hijos de los hombres, con vosotros y de vosotros hablamos. En la tierra nacemos, en la tierra moramos, en la tierra morimos, volviéndonos a la misma tierra de que fuimos formados. Estrecha es la entrada por la cual penetramos en la tierra, nuestra mansión en ella es breve y sola la muerte cierta. Todo hijo de Adán se ve obligado a someterse a la sentencia que mereció. Dilatóse en gran manera, se multiplicó y llenó la tierra. Sin embargo, que quieran que no quieran, por más que recalcitren, todos se ven forzados a someterse a aquella sentencia que oyó el primer Adán: *Tierra,* dice, *eres, y en tierra te has de convertir*[3]. Sentencia grave, sin duda, pero no sin un grande temperamento de misericordia; dura en gran manera, pero si atiendes a los méritos, llena de indulgencia, puesto que no menos justamente se hubiera podido decir al que pecaba: Tierra eres, y desde ahora irás debajo de la tierra. Justo sería aún entonces el Señor, justo y loable sobremanera. Digno, sin duda, sería de ser alabado, pero no sería yo capaz de alabarle. De otra suerte, entonces también no menos verdaderamente diría yo, si es que lo pu-

[2] Io. 3. 31.
[3] Gen. 3. 19.

diera decir : *Justo eres, Señor, y recto tu juicio*[4]. Pero no te confesará el infierno, ni la muerte te alabará ; mas nosotros, que vivimos, bendecimos al Señor. Perdonaste, pues, a tu criatura, no quisiste vengar la gloria de tu nombre, no permitiste en manera alguna que, al descender yo de Jerusalén, me alejase hasta Jericó. Habiendo sido dejado medio muerto en el camino, puedo alabaros siquiera a medias, pero luego que todo yo viviere, entonces todo yo romperé en alabanzas y dirán todos mis huesos : *¿Señor, quién es semejante a ti?* Por esto sin duda, habiéndote yo airado, te acordaste de la misericordia, no condenando al hombre echándole al lugar de la perdición, sino humillándole en el lugar de la aflicción. ¿De qué te resientes, hombre? ¿Qué te quejas pareciéndote que esta sentencia es demasiado severa? Hecho tú de la tierra, fuiste condenado a la tierra, para que la misma sea tu patria que fué tu materia.

3. Pero dirás : Quisiera oír más bien : eres espíritu y en espíritu te has de volver, porque también soy espíritu en lo que toca al alma, ni cabe duda que ésta es la más noble porción de mí mismo. He oído, a la verdad, al Apóstol decir *que el Señor es Espíritu*, y al Señor mismo *que El es Espíritu Dios*. Ni sólo es Espíritu, sino *Padre de los Espíritus*. ¿Por qué, pues, me detiene la madre de la carne por ser yo en parte carne, y no me recibe el Padre de los espíritus siendo yo en parte espíritu? Ya sé, ya sé que la causa de esto no es la naturaleza, sino la culpa, pues así como los espíritus prevaricadores están detenidos en este espacio medio del aire entre el cielo y la tierra, por lo cual se llaman potestades aéreas, así también nuestros pecados nos apartan de Dios y constituyen un muro de división entre el Criador y Padre de los espíritus y la criatura espiritual. Arrastró a su región el cuerpo al alma, y he ahí que, prevaleciendo él, oprime a la que es peregrina allí. Hízose el talento de plomo, ciertamente, pero no por otra causa sino porque está sentada la iniquidad sobre él. Porque el cuerpo abate al alma, pero es el cuerpo que se corrompe, pues él se corrompe, y aun también, testigo el Apóstol, está muerto por el pecado. Así, pues, aunque en algún modo sea cielo también el hombre, semejante, sin duda, a los espíritus celestiales en la substancia y en la forma : en la substancia porque es espiritual,

[4] Ps. 118, 137.

en la forma porque es racional ; sin embargo, de ninguna manera bastan estas dos cosas a levantarle para que merezca oír : cielo eres y en cielo te has de volver. En vano se gloriará de la libertad de arbitrio que se halla en el alma ; él es llevado cautivo en la ley del pecado, que está en la carne. Porque, aunque acaso pareciese que una cuerda duplicada pudiese prevalecer a otra igualmente duplicada, de modo que a quien exige para sí la tierra como con dos derechos, es a saber, como patria juntamente y materia, no menos por las dos semejanzas de que se ha hablado, esto es, de la substancia y de la forma, le recibiese también el cielo como celestial ; pero, habiéndose ya triplicado aquella cuerda inferior y que tira hacia abajo, juntándosela ciertamente el pecado, no se romperá, a no ser que por la otra parte acuda también la gracia. A la verdad, luego que ella asista, no hay que dudar que fácilmente será rota esta pesada cuerda de iniquidad con que somos arrastrados, o, más bien, que arrastramos nosotros. Pues esta gracia se interpone entre Dios y nosotros, no separándonos, sino reparándonos y juntándonos.

4. Por esto iré al monte de la gracia y a los collados de la misericordia, cuyos tesoros sé muy bien que están depositados en Cristo. Iré al que está lleno de gracia y de verdad, por si recibo algo de aquella plenitud, o más bien por si soy recibido en aquella plenitud, a fin de poder salir un día a su encuentro, juntamente con los demás miembros, después de haber alcanzado la medida de la edad de la plenitud de Cristo, puesto que ninguno sube al cielo sino el que descendió del cielo. Fidelísimo, sin duda, y benignísimo mediador, el cual no separó, ciertamente, sino que hizo ambas cosas una, deshaciendo la pared de la cerca que mediaba, condonándonos todos los delitos, borrando la escritura del decreto que había contra nosotros, que nos era contraria, y la deshizo clavándola en la cruz y despojando los principados y potestades. Pasó confiadamente, triunfando en lo público de ellos y pacificando por su sangre las cosas que están en el cielo y las que están sobre la tierra. Por esta salud, verdaderamente, que había de obrar en medio de la tierra, no puso luego al hombre bajo la tierra, como había merecido pecando, sino en la tierra. Así podemos respirar nosotros y de ningún modo desesperar, mientras permanecemos en la tierra ; podemos mirar confiadamente al cielo y recibir las preciosas dádivas y perfectos

dones del Padre de las luces, del Padre de los espíritus, del Padre de las misericordias. Por esto hizo al hombre recto, aun en el mismo cuerpo, y le dió un rostro sublime, siendo así que todos los demás animales miran inclinados a la tierra, para que, levantando a las estrellas el rostro, suspire hacia aquel lugar en donde contempla tan dichosa y perenne mansión.

5. ¿Por ventura la vista de aquella lucidísima región no es un vehementísimo incentivo de amor y un estímulo que suscita en nosotros ardentísimos deseos, si piadosa y fielmente la contemplamos? No son ciertamente las estrellas del cielo semejantes a los terrones de la tierra. No es pequeña la distancia que hay entre el esplendor del sol y la opacidad de este suelo. Con todo eso, quizá también aquí se ven algunas cosas hermosas cada cual en su género, pero estas mismas andan siempre envueltas y mezcladas con otras que son más bien feas, como el oro en el lodo, la piedra preciosa en el muladar, la azucena entre espinas. Mas tú toda eres hermosa, patria mía, y no hay mancha en ti; toda hermosa, sin contar aquello que se oculta dentro. ¿Qué es aquello? Sin duda los bienaventurados espíritus angélicos, y las mismas almas de los santos que ya merecieron entrar en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Porque, así como hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres, pero es muy diferente la hermosura de los celestes de la de los terrestres, así también hay espíritus celestes y espíritus terrestres, ni hay menor distancia, a la verdad, entre ellos. Los celestes se llaman ángeles, arcángeles, virtudes, principados, potestades, dominaciones, tronos, querubines y serafines. Bien sé los nombres, y quizá es esto todo lo que sé. Porque ¿qué más podré yo, que he nacido en la tierra, percibir de las cosas celestiales? ¿Qué podrá decir un hombre carnal de las espirituales y divinas? Sin embargo, aunque ignoro lo que se oculta en todos esos vocablos, sé ciertamente que alguna cosa grande y admirable está cerrada y sellada bajo de tanta majestad de palabras. No sin causa se llama cielo; por cierto, un no sé qué de grande y excelente se encubre en él; se encubre, repito, aunque por medio de la fe podemos alcanzar alguna noción de él, porque así como desde la tierra podemos contemplar la hermosura exterior del cielo sin que nos sea dado allegarnos a él, así también po-

demos barruntar algo de la gloria inefable que allí se encierra sin que se nos conceda aún poderla comprender. Vemos la patria, pero la saludamos de lejos ; olemos aquellas delicias, pero sin que podamos aún saborearlas.

6. No sin motivo el Hijo unigénito que mora en el seno del Padre, mientras habitamos aún en esta región envuelta en sombras de muerte, nos refiere, por medio de la fe, la gloria de que gozan los espíritus celestiales, y, en cambio, la de los cuerpos nos la hace ver con los ojos. *Escucha, hijo,* nos dice, *y considera.* Así se ejecuta ; mas ¿a qué fin? *Presta atento oído,* añade, *y olvida tu pueblo y la casa de tu padre.* Es que quiere que, depuesta toda contumacia de nuestra parte, aprendamos la obediencia y nos sujetemos a sus enseñanzas. Quiere, además, que nos olvidemos de lo que queda atrás, que despreciemos las cosas que están bajo de nosotros, que desechemos las costumbres terrenas y vicios, que gustemos las cosas celestiales, que busquemos las que están arriba y anhelemos a las que están delante de nosotros. Quiere también que esta criatura noble desee aquella tan grande hermosura de su casa, para que se transforme en su misma imagen yendo de claridad en claridad, como iluminado por el Espíritu del Señor, a fin de que consiga de esta suerte que el Rey de la gloria se enamore más y más de su beldad espiritual. Pero acaso me preguntarás : ¿Cómo sé yo que lo que nos enseña la fe acerca de los espíritus celestiales y lo que vemos en los cuerpos celestes es para nosotros una exhortación constante a la obediencia?

7. ¿Cómo? Contempla la maravillosa exactitud con que esa ingente muchedumbre de cuerpos celestes obedece incesantemente a las divinas leyes, sin exceder jamás en tan continuos movimientos la raya de los tiempos que les está señalada, ni traspasar los términos de los sitios que les están determinados. También debes oír que los mismos espíritus tan sublimes tienen oficio de ministros y son enviados a un ministerio de la mayor dignación, por no llamarle ministerio indigno de ellos. Mas de ningún modo juzgo hallarás en las Escrituras que alguno de ellos jamás o contradijese al que le enviaba o se enojase, aun ligeramente, con aquellos mismos tan inferiores a sí, por cuya causa eran enviados al ministerio. Si lo adviertes con cuidado, todos éstos son ejemplos de obediencia, tanto más apreciables, sin duda, cuanto son en materia más digna.

Mas conozco que, al oír esto, murmura entre sí mismo el sentido del hombre y su pensamiento inclinado siempre al mal. ¿Por qué me propones tú, dice, la obediencia de los celestiales elementos? ¡Como si en ellos hubiera sentido alguno o deliberación alguna de la razón! ¡Como si en vez de moverse no fueran movidos ellos! ¿Para qué alabas la obediencia aun de los mismos ángeles? A la verdad, sienten los ángeles, pero sólo cosas deleitables, siendo sin duda obedientes al Criador, mas con una voluntad tan feliz como fácil. ¿Qué mucho obedezcan? Siempre están viendo el rostro del Padre, y el verle es bienaventuranza perfecta, eterna gloria, delicia suma.

8. Pon delante de nosotros, Señor, el ejemplo de los patriarcas y profetas, de esos varones sumisos a vuestros preceptos, obedientes de voluntad, obedientes también contra la propia voluntad. Dicho y hecho. Se nos exhibe (pasando en silencio los demás por no alargarme), se nos exhibe, repito, el ejemplo de Abraham saliendo de su tierra al mandato del Señor, echando de su casa a su criada Agar y a su hijo y aun dispuesto a sacrificar a su carísimo hijo Isaac. ¿Qué podrá cavilar aquí la astucia humana? Acaso responderá que, apareciéndosele el mismo Dios de muchos y varios modos, admitía su hospedaje, tomaba parte en su convite, le animaba con sus coloquios, le instruía con sus consejos, le daba hijos, le ilustraba con victorias, le colmaba de riquezas. ¿Pues qué dirás cuando se presente Cristo hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz? Mucho tendría que decir entonces, me responderás, pues se me ofrecen poderosas razones que alegar. Porque ¿cuándo al Unigénito del Padre, cuándo a Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, podré presumir yo imitar? Se ofreció porque quiso, cuando y cuanto quiso padeció, como quien era verdadero hombre sin duda, pero no menos verdadero Dios. Ni aun quiero tampoco me alegues la misma obediencia de los apóstoles, quienes ciertamente consta vieron con sus ojos, según la profética promesa, a su Preceptor, y oyeron con sus oídos la voz de quien les amonestaba. Por lo que, escribiendo uno de ellos, dice con la mayor expresión: *Lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida.* ¿Qué mucho que dejasen todas las cosas? ¿Qué mucho que en todas las cosas siguiesen a tan grande majestad? ¿Qué no haría yo si se

me diese la misma oportunidad? Pero no lo hizo así Cristo con todas las demás naciones, no lo hizo ciertamente así con las que precedieron ni con las que se siguieron. Porque así como muchos reyes desearon verle y no le vieron, así no menos llegaron ya los días en los que deseamos ver aquel día único del Hijo del hombre, y con todo eso no lo alcanzamos.

9. Oportunamente, pues, se nos propone hoy el ejemplo de San Martín, para que no podamos alegar excusa alguna con que cohonestar nuestras faltas. En efecto, siendo él semejante en todo a nosotros, y sin duda sensible y pasible, y además viviendo mucho después de aquellos tiempos en que tuvieron lugar las visiones de los patriarcas y profetas, siendo igualmente puro hombre, no teniendo nada de la naturaleza de la divinidad, pero creyendo en aquel Señor a quien no vió, lleno del fruto de la obediencia y rico de virtudes, dejó el suelo y ascendió al cielo, entregando a la tierra lo que tenía de la tierra y dirigiendo el espíritu al Padre de los espíritus, a quien sirvió fielmente con espíritu de adopción. No fué cuerpo celeste, ni tampoco espíritu celeste; animal racional fué, y también mortal, nacido de la tierra e hijo del hombre. En la tierra nació, en la tierra fué educado, en la tierra fué ejercitado y probado, en la tierra fué consumado. Ni era patriarca, ni alguno de los profetas de quienes dice la Verdad en el Evangelio: *La ley y los profetas duraron hasta Juan*[5]. Mucho más seguro aún que no era él Cristo, aunque indudablemente vivía Cristo en él, no de otra suerte sin duda que por la fe.

10. A la verdad, de este mismo modo *muy cerca de ti está su palabra* o mandamiento: *En tu corazón está y en tu boca*[6], con tal que la busques con recto corazón. Sin duda esta palabra de que habla Moisés es la palabra de la fe, por interpretarlo así el Apóstol. Por lo cual en otra parte dice el mismo Apóstol: *Jesucristo era ayer, y es hoy, y será para siempre*[7]. Entiende tú, por el día de *ayer*, desde el principio del mundo hasta la ascensión del Señor; por el día de *hoy*, desde la ascensión hasta la consumación de los siglos; el *para siempre* indica después de la universal resurrección de los muertos. A ninguno de éstos falta Cristo, a ninguno falta Jesús, a ninguno falta la unción de su gracia, a ninguno la salud. A los patriarcas y

[5] Mt. 11, 13. [6] Deut. 30, 14. [7] Hebr. 13, 8.

profetas fué mostrado en visión, a los apóstoles en la humanidad, a San Martín en la fe, a los ángeles ya les muestra su rostro. El cual rostro también prometió mostrarlo a todos los escogidos, mas no hoy, sino cuando llegue el *para siempre*. En fin, ya había pasado el día de ayer, ya había esclarecido este nuestro día de hoy, cuando decían los apóstoles: *Aunque conocimos a Cristo según la carne, mas ahora ya no le conocemos de este modo*. Con todo eso, parece haberse reservado algo de la carne del cordero para esta mañana, pero lo que resta se entrega al fuego, por cuanto hasta hoy se nos exhibe la misma carne a nosotros, pero espiritualmente, no carnalmente.

11. No tenemos razón para quejarnos de que se hayan negado a este nuestro tiempo aquellas apariciones que fueron hechas a los padres del Antiguo Testamento, o la presencia de su cuerpo que fué mostrado a los apóstoles, porque se hará claro, a los que fielmente lo consideren, que ni lo uno ni lo otro nos hace falta. Porque se nos presenta aun ahora la VERDADERA SUSTANCIA de su cuerpo en el santísimo sacramento. No escasean ahora tampoco las revelaciones, pero en espíritu y virtud, para que se vea que al tiempo de la gracia, que es ahora, nada le falta en género alguno de gracias. Finalmente, aunque ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre lo que preparó Dios a los que le aman, con todo a nosotros nos lo reveló por su espíritu. Ni te admires de que hiciera apariciones corporales a los que aguardaban su temporal advenimiento; en cuanto a nosotros, nos es tanto más necesaria una gracia más eficaz y una revelación más digna, cuanto son más excelentes las cosas que aguardamos.

12. Así, como decíamos antes, San Martín no fué Cristo, pero tuvo en sí a Cristo; no gozó, como los ángeles, de la presencia de su Majestad, ni, como los apóstoles, de la vista de su humanidad, ni como otros santos, a quienes habló en visión en otros tiempos, sino que gozó de la presencia de Cristo como hoy le tiene la Iglesia: por medio de la fe y de los sacramentos. *No era la luz, pero sí antorcha ardiente y luciente*[8], se dijo de San Juan. Pero si a éste os pusiere yo delante, pienso que me diríais: Este es el más grande de los hombres, es más que profeta, y aun el ángel de Dios Padre, como El mismo lo testifica al decir:

[8] Io. 5. 35.

He aquí que envío a mi ángel, etc.[29] San Martín también era antorcha ardiente y esplendorosa, y a él debemos imitar en lo que es imitable, no en lo que es más bien admirable. A la mesa de un rico te sientas hoy: considera cuidadosamente las cosas que se te ponen delante; pero es preciso que sepas distinguir entre los manjares que te sirven y los platos en que se te sirven. Aquéllos te mandan que los tomes, éstos no. Rico es este Martín, rico en méritos, rico en milagros, rico en virtudes, rico en portentos. Considera, pues, diligentemente las cosas que te ponen delante: unas para que las admires y otras para que las imites. Sí, para que las imites, puesto que se te recomienda que procures tú practicar lo que él practicó. Considera diligentemente, además de lo que te ponen delante, el modo como te lo ponen. Resucitó Martín tres muertos, cuantos ciertamente había leído que resucitó el Salvador. Dió vista a los ciegos, oído a los sordos, habla a los mudos, a los cojos la facilidad de andar y a los enfermos robusta salud. Evadió los peligros con la virtud divina, rebatió las llamas poniendo delante su propio cuerpo, aplastó y destrozó la mole inmensa de una máquina sacrílega con una columna igual que descendió del cielo, limpió con un beso a un leproso, curó con aceite a un paralítico, venció a los demonios, vió a los ángeles y previó los sucesos futuros.

13. Mas estas altísimas maravillas y otras semejantes que obró, ¿qué mucho las llame yo vasos magníficos colocados sobre la mesa de este rico, vasos de macizo oro, resplandecientes de pedrería y no menos preciosos por la materia de que están compuestos que por la fina labor que los adorna? No quieras buscar en ellos el sabor, sino admira el esplendor. Brille sobre tales cosas nuestra antorcha, para que con su luz veamos la luz, que todavía no somos capaces de contemplar en toda su pureza. No es él, ciertamente, la luz, pero ha venido para dar testimonio de la luz, a fin de que nosotros pudiéramos contemplar la gloria de Dios en su santo, puesto que no nos es posible aún contemplarle a El como es en sí mismo. Sin embargo, no juzgues que las lámparas de Martín, aunque estén adornadas, se hallen vacías; no es él alguna virgen fatua, tiene reserva de aceite en su vasija. Tiene vino en las redomas, tiene dentro de estas fuentes copia abundante de man-

[29] Lc. 7. 17

jares espirituales deliciosos y exquisitos, a fin de que los pobres no sólo los vean y admiren, sino que los coman y se sacien de ellos; de suerte que, al contemplar aquéllas, alaben al Señor, mas de éstos vivan sus corazones, pues de no ser así, ¿cómo os alabarían, Señor, los muertos? Si queremos, pues, que las alabanzas que dirigimos a Dios al admirar a sus santos sean dignas de El y gratas a sus ojos, es preciso que vayan acompañadas de la imitación de sus virtudes, de forma que contemplando con viva curiosidad la riqueza y preciosidad de las fuentes que contienen los espirituales manjares, comamos éstos con más ansia y apetito. Así debemos proceder con alternativos afectos entre el resplandor y el hervor de esta antorcha, para que el primero nos haga más apreciable el segundo, y con el mutuo cotejo nos parezcan ambos más agradables. Porque fué humilde de corazón y pobre de espíritu San Martín, como evidentísimamente lo prueban los efectos de la divina gracia, pues cierto que Dios no hubiera dado tanta sino a quien era tan humilde.

14. Mas a fin de poner a vuestra vista algunos indicios de sus virtudes, aunque pocos, recordad cuán pobre de espíritu le conoció el bienaventurado Hilario, cuando al intentar darle el oficio de diaconado y no pudiendo conseguir de él que lo aceptara, pues clamaba que era indigno de aquel honor, le mandó que fuese exorcista, en lo cual parece que tuvo que hacerle cierta violencia, pues sabía muy bien que de su impulso hubiera él rehusado una orden todavía más inferior y humilde que ésta. Pobre fué, desaliñado en el vestir, la barba hirsuta y el rostro nada bello. Ciertos espíritus malévolos se lo echaron en cara al ser elegido obispo; mas él, después de su elección, no quiso cambiar nada de su manera de proceder en esta parte, como puede verse en su historial [10]. En una palabra, porque fué Martín verdaderamente pobre de espíritu, pobre y humilde mereció llamarse. Por lo que respecta a su mansedumbre, escucha lo que acerca de esto nos dejó escrito su biógrafo Sulpicio: «Tanta paciencia había llegado a tener en soportar toda clase de injurias, que siendo sumo sacerdote, impunemente era ofendido aun de dos ínfimos clérigos; ni por esto jamás los echó de su lugar o los desechó de su caridad en cuanto estuvo de su parte» [11]. A este pro-

[10] Cf. Sulpicio Severo, *Vida de San Martín*, c. 7.
[11] Cf. Sulpicio Severo, *Dial.*, 3, c. 20.

pósito, sin duda que todos vosotros recordaréis la conducta que observó con Bricio, a quien había escogido por sucesor suyo, previniéndole acerca de las muchas adversidades que tendría que soportar después de su tránsito y santificándole por medio de su fe y mansedumbre, a pesar de que había oído la respuesta que dió a cierto hombre que preguntaba por nuestro Santo, pues deseaba hablarle. «¡Qué! —le contestó Bricio despectivamente—, ¿buscas a aquel desvariado? Mírale allá lejos y repara cómo, según su costumbre, está mirando al cielo cual si fuera un insensato.» A la verdad, con frecuencia el hombre de Dios, como quien tanto despreciaba la tierra, miraba al cielo. Sabía, sin duda, que para esto había recibido, según arriba dijimos, una recta estatura en el mismo cuerpo, sabía que estaba allí su tesoro, sabía que allí estaba sentado a la diestra del Padre Jesucristo, sabía que nunca podría alcanzar lo que tanto deseaba hasta que llegase allí. Por lo cual no es mucho que no se alterara en lo más mínimo de que le llamaran loco en la tierra aquel cuyo trato y conversación era con los moradores del cielo, donde tenía puestos continuamente sus ojos. De ellos brotaban también sobre sus mejillas las abundantes lágrimas que de ordinario solía derramar, sobre todo por los pecados de aquellos que le parecían ser sus detractores.

15. Cuánta hambre y sed tuvo de la justicia, lo están probando todas las acciones de su vida, pero de un modo más especial su celo en combatir la idolatría, en derruir y asolar los templos en que eran adorados los ídolos y destruir sus estatuas, en arrasar los bosques consagrados a los falsos dioses. En este particular no dudó exponerse alguna vez a grandes riesgos, con el fin de quitar la ocasión de tan grandes delitos. En lo que toca a su caridad para con los pobres, el Salvador mismo se gloriaba entre los ángeles, ostentando la mitad de la capa que él le había dado. Ojalá que también se digne mostrar con nosotros, miserables, delante del sumo Juez, en cuyo tabernáculo admirable ya entró, aquella misericordia con que libertó aun a los que estaban destinados a la muerte y sentenciados a varios tormentos, por quienes se escribe de él que estuvo postrado delante de la puerta del juez de la tierra la mitad de la noche. Porque ¿cómo no le oirá ahora el que hizo

aun entonces que fuese oído? Por cierto la limpieza de su corazón nos la indica con la mayor claridad aquella respuesta con que confundió al enemigo hallándose ya a las puertas de la eternidad: «Nada encontrarás en mí que pueda servirme de confusión; el seno de Abraham se abre ya para recibirme.» En efecto, tuvo la dicha de terminar sus trabajos en una obra de pacificación, pues aunque no ignoraba el fin de sus días, con todo eso fuése a donde estaban los clérigos discordes, entre los cuales, reformada la paz, descansó en la paz él mismo.

16. Pero sería largo de contar las persecuciones que sufrió por la justicia; cómo, intrépido él delante de Juliano Augusto, en la ciudad de Vormes, y más constante con el mismo terror que querían causarle, fué puesto en la cárcel para ponerle desarmado delante de los bárbaros al otro día; cómo cerca de los Alpes, bajo del hacha que vibraba un ladrón contra su cabeza, estuvo segurísimo; cómo, habiéndole perseguido en Milán el arriano Auxencio y ofendídole con injurias, al fin le echó de la ciudad; cómo, en otra parte, antes, combatiendo acérrimamente contra la perfidia de los sacerdotes, fué atormentado con suplicios, azotado públicamente con varas y compelido a salir también de allí; cómo también en la demolición de un templo, acometiéndole, empuñando la espada, un gentil, presentó al que le iba a herir la cerviz desnuda, hasta que, levantando él su mano para dar el golpe, cayó hacia atrás; a otro que intentó herirle con un cuchillo, se le cayó el hierro de las manos y desapareció de repente. Por todas estas cosas no hay duda que de muchos modos es coronado el que, aunque a la verdad no fué mártir por el efecto de una pasión consumada, lo fué, sin embargo, muchas veces por el afecto de una voluntad devotísima. *Comed ya, amigos, y bebed y embriagaos, carísimos.* Esto sí que se llama vivir santamente, y en tales cosas debe consistir la vida de nuestro espíritu. A no ser que acaso creamos que sólo publica bienaventurados la palabra divina a los que resucitan muertos, dan vista a los ciegos, sanan a los enfermos, limpian a los leprosos, curan a los paralíticos, arrojan a los demonios, anuncian los acontecimientos futuros y resplandecen con milagros; y no más bien a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que lloran, a los que tienen hambre y sed de la justicia, a los misericordiosos,

a los limpios de corazón, a los pacíficos y a los que padecen persecución por la justicia.

17. Perdonadme, hermanos míos, que me haya olvidado casi del ejemplo de la obediencia, que era el que, según el orden propuesto, debíamos mostrar en San Martín. A la verdad me he detenido demasiado antes de llegar al asunto principal de mi plática, pero, si no me engaño, bueno será aún estarnos aquí un rato más, puesto que llego tarde a hablaros de la obediencia de San Martín. «Señor, dice, si todavía soy necesario a tu pueblo, no rehuso el trabajo, hágase tu voluntad.» ¡Oh alma verdaderamente santísima! ¡Oh caridad inestimable! ¡Oh obediencia singular! ¡Un buen combate has peleado, consumaste la carrera, guardaste la fe; en lo demás te está reservada la corona de justicia que te dará hoy el Señor, justo juez! ¿Y todavía dices: No rehuso el trabajo, hágase tu voluntad? Ofreciste, sin duda, a Isaac; degollaste a aquel único hijo a quien amabas, la propia voluntad, en cuanto estaba de tu parte; sacrificaste el singular gozo tuyo con devoción piadosa, estando dispuesto a volver otra vez a los peligros, a renovar los combates, a sufrir de nuevo el trabajo, a sostener la tribulación, a prolongar la prueba, a tolerar, en fin, la dilatación de aquella tan grande felicidad, de aquella por tanto tiempo deseada compañía de los espíritus bienaventurados, para volverte desde la misma entrada de la gloria a las aflicciones de esta mortalidad; últimamente, y esto supera todo lo demás, consientes en estar alejado más largo tiempo de tu Cristo, si El lo quiere así. Ahora bien, ¿quién podrá jamás dudar de que tiene mucho más mérito aquel que se muestra pronto y dispuesto a cumplir la voluntad de su señor, aun antes del mandato, que aquel que espera obedecer después del mandato? Grande, ciertamente, es vuestra obediencia, ángeles santos; pero yo me atrevo a decir, sin que lo llevéis a mal vosotros, que no sé si entre vosotros se hallaría alguno dispuesto a ser enviado alguna vez a ministerio tal que fuera preciso para ello no ver el rostro del Padre. Cosa grande es, ¡oh Pedro!, el haber dejado todas las cosas para seguir a Cristo, pero se te oyó decir en el monte en el cual delante de ti se transfiguró: *Señor, bueno es estarnos aquí; hagamos tres tabernáculos.* No es esto lo que dice nuestro Martín: si todavía soy necesario a tu pueblo, no rehuso el trabajo. Aparejado está tu

corazón, ¡oh Martín!, aparejado está tu corazón a permanecer en el cuerpo o a ser desatado y estar con Cristo.

18. Grande fué la tranquilidad que mostró hallándose ya envuelto por los horrores de la muerte; grande también su deseo de gozar de la vida de Cristo; y el fervor ardiente con que anhelaba esto constituye la más alta perfección; pues bien, todo esto se hallaba en él en grado eminentísimo, puesto que no temiendo la muerte, sino más bien deseando con tanto anhelo la presencia del Señor, no rehusaba vivir más tiempo y tolerar una expectación molestísima. ¿En qué otra cosa, pues, pudiera no obedecer aquel que puesto en tan grave aprieto clamaba tan devotamente: *Hágase tu voluntad?* Esta, pues, sea nuestra porción, hermanos míos, en el convite de hoy; consideremos diligentemente esta obediencia que ponen delante de nosotros en la mesa de este pobre, más bien de este rico ya, reconociendo que esta misma es la que conviene que nosotros preparemos, de modo que cada uno de nosotros diga: *Aparejado estoy y no estoy turbado para guardar tus mandamientos.* Ni solamente por una vez o sólo en parte, sino resuelto está mi corazón, ¡oh Dios!, resuelto está mi corazón, aparejado para ambas cosas y sin poner límites en nada a tus disposiciones. Acaso deseo esto o aquello con especialidad y con ansia, pero ni rehuso esto ni aquello; como fuere la voluntad del cielo, así se haga. Deseo el descanso, pero no rehuso el trabajo; hágase tu voluntad.

EN EL DIA DE SAN CLEMENTE, PAPA Y MARTIR *

(23 de noviembre)

De las tres aguas

1. *Preciosa es delante del Señor la muerte de sus santos.* Oiga el pecador y enójese; rechine sus dientes y deshágase. Fué cogido en su astucia, cayó en la hoya que él hizo, cayó en el lazo que tendió. Porque por la envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra; pero he aquí que se ha hecho preciosa la muerte de los santos. Escucha, pues, enemigo de la vida; atiende, autor de la

* PL 183. 499.

muerte. ¿Qué vale ya tu astucia? Tu sagacidad, ¿qué daña? Antes bien, para que te duelas más, aún cooperan al bien todas las cosas respecto de aquellos que, según el propósito de Dios, fueron llamados para ser santos. Porque ni de otra suerte que con la misma muerte del cuerpo, la cual es efecto de tu obra, triunfó de ti el bienaventurado mártir cuya solemnidad celebramos. Hizo, pues, de la necesidad virtud, conmutó la pena del pecado en mérito de la gloria, se mostró fiel en lo poco para hallarse digno de ser constituído sobre lo mucho. Poco era, y enteramente poco, todo lo que antes había recibido aquella bienaventurada alma respecto de esta gloria que mereció con la pasión presente, puesto que toda la delectación de este mundo, toda su gloria, todo cuanto en él se desea, es poquísimo en comparación de aquella gloria, de aquella felicidad, de aquella bienaventuranza, si es que se puede llamar poquísimo, y no más bien nada y vapor que aparece por brevísimo tiempo. Había recibido el bienaventurado Clemente un linaje noble, amplias posesiones, una pingüe herencia, ciencia también muy grande, de suerte que era tenido por el mejor filósofo de aquel tiempo. Había recibido todas estas cosas del Señor, pues son dones de Dios todas estas cosas. Así se mostró fiel a aquel Señor que se las había dado, cuando por su amor las despreció todas, abandonándolas todas y juzgándolas como estiércol para ganar a Cristo.

2. Pero, acaso, aun entonces murmura el enemigo diciendo: *Todo lo dará el hombre a trueque de conservar lo que le es más precioso; renunciará a todo cuanto posee por salvar su vida*[1]. ¡Qué! ¿Juzgas que en la vida del cuerpo, que recibió del Señor, se hallará infiel, prefiriendo ésta al mismo Dios? Pues bien, tienes potestad para acometerle por medio de tus ministros, a fin de que por ambas partes se vea estrechado, teniendo necesidad de separarse o del Señor o del cuerpo. Busca varios y crueles géneros de tormentos, pero sábete que fabricas una corona a nuestro mártir. Porque así como despreció los adornos y socorros de esta vida, así despreciará también la misma vida. Todo el cuerpo te expone para la muerte, y te maldice en tu cara, y con su sagrada boca blasfema de tus ídolos, y aun en medio de sus tormentos ensalza libremente a su Señor Dios y le confiesa intrépidamente. Así será

[1] Iob 2. 4.

coronado, porque varonilmente peleó y venció fielmente, ni pudo ser separado de la claridad de Cristo con los halagos de esta vida ni con el horror de la muerte. Dinos, alma santa, que de este modo exponías tu cuerpo a los suplicios, dinos: ¿le amabas o no le amabas? Sin duda que le amaba, responde, puesto que ninguno jamás tuvo odio a su carne. Amábala yo, pues, pero la amaba poco, como a sierva que era, y amaba mucho más al Señor Dios. Y para que fuese prueba de mi amor la ejecución de la obra, abrazaba gustosamente por su gloria la misma muerte del cuerpo.

3. ¿Qué decimos a esto, hermanos míos? Damos el parabién a un mártir, pero su gloria sirve para nuestra confusión. A la verdad, el bienaventurado Clemente era hombre semejante a nosotros, pasible, rodeado de la misma flaqueza y pegado a su carne con el mismo vínculo del natural afecto. El glorificó de este modo a Cristo y recibió el cáliz de la salud; y nosotros, ¿qué damos al Señor por todas las cosas que El nos ha dado? Ciertamente con la misma imagen nos adornó, con la misma sangre nos redimió, y nos llamó a una misma herencia incorruptible e incontaminada y eterna, conservada en los cielos. ¿Por qué no hemos de poder también nosotros, a semejanza de San Clemente, beber el cáliz de Cristo? Mas acaso respondan algunos: Podríamos si se ofreciese la oportunidad; pero ya cesó el tiempo de las persecuciones. Confieso que no creo mucho a los que dicen esto. ¿Pues qué? ¿No podéis soportar la punzada de una aguja y juzgáis que podríais resistir a la punta de la espada? Probad, en los conflictos pequeños, cuán varonilmente podríais permanecer en los mayores combates. Ahora ya no se dice: Sacrificad a los ídolos y viviréis; y si no queréis hacer esto, será preciso que muráis a poder de terribles suplicios. Conoce el Señor nuestro barro y no nos ofrece combate tan fuerte. Al bienaventurado Clemente le ofreció un terrible combate para que venciese y aprendiese que la más poderosa de todas las cosas es la sabiduría.

4. Y vuestro combate, ¿cuál es, hermanos míos? Cada día sugiere el enemigo a vuestros corazones: quebranta las reglas de tu orden, quéjate, murmura, obra más remisamente, finge flaqueza, responde ásperamente al que te habló acaso con alguna dureza, para que así satisfaga tu deseo. A nadie se le dice: si no hicieres estas cosas, morirás; sino cuando mucho: con dificultad y trabajo podrás resis-

tir. ¿Y quién sería capaz de sufrir tanto? Porque esto es lo que acostumbramos oír en lo interior, esto lo que acostumbramos responder a los que nos exhortan o a las secretas mociones del Espíritu Santo que nos habla en nuestro interior. Si peligramos, pues, en tan pequeñas escaramuzas, si apenas resistimos, si aun nos rendimos algunas veces, ¿qué haríamos en aquel combate tan grande? Si cede nuestra flaqueza a unos frágiles juncos, ¿como resistiría a los dardos? ¿Veis cómo estamos reducidos a nada y cual, si fuéramos mujeres o débiles niños, alabamos a otros que pelean y nosotros mismos no queremos pelear? ¿Qué hacemos? Todos ciertamente estamos llamados a las bodas del Cordero, y no es lícito aparecer vacíos en su presencia. Consideremos, pues, diligentemente las cosas que nos ponen delante, porque es preciso que preparemos nosotros otras tales. Consideró el bienaventurado Clemente el vino que el Señor le servía, y, como él era rico, quiso, a su vez, servir, en las bodas del Cordero, el vino de su propia sangre. Pero nosotros, Señor, somos pobres y no tenemos vino. *Llenad las hidrias de agua*, nos responde. ¿Qué? ¿También será recibida el agua si la lleváremos? Sin duda será recibida, con tal, empero, de que, siguiendo la recomendación del Sabio, atendamos diligentemente a las cosas que nos pone delante Aquel que, habiendo venido, no con el agua sola, sino con agua y sangre, nos sirvió agua junto con el vino. Así lo testifica el que vió abierto el costado del Señor, muerto ya en la cruz, y del cual salió sangre y agua.

5. Así debemos hacerlo también, hermanos, para mostrarnos fieles a nuestro Dios; si no tenemos ocasión de sufrir el martirio de sangre (porque martirio es testimonio), busquemos a lo menos el testimonio del agua, y ni aun éste ciertamente despreciará Dios. Tres son, pues, los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre. Dichosos los que tienen este triplicado testimonio, porque la cuerda triplicada, con dificultad se rompe. Nosotros, si no tenemos el testimonio de la sangre, a lo menos tengamos el del espíritu y del agua, porque sin el espíritu, la sangre y el agua no serían bastante. Al revés, si se halla el espíritu, aunque sea sin la sangre y el agua, será suficiente su testimonio, porque es espíritu de verdad; la sangre y el agua nada aprovechan por sí mismos si el espíritu no testifica en ellos. Con todo eso, pienso que

apenas, o de ningún modo, se halla el espíritu sin la sangre o el agua. Por tanto, carísimos, busquemos agua a lo menos, nosotros que no tenemos la sangre. Y porque arriba hicimos mención de las hidrias, busquemos las dos o tres medidas de capacidad que las hidrias tenían. Y pues Cristo nos sirve tres aguas, será perfecto aquel de entre nosotros que pueda tener como El medidas. Por esto se pone con distinción *dos o tres medidas,* para que entendamos que dos, a lo menos, son necesarias, y que la tercera no se exigirá de todos.

6. Recibe, pues, tú las tres partes de agua que te sirve el Salvador. El llora sobre Lázaro y sobre la ciudad de Jerusalén, siendo ésta la primera agua. Suda, instando ya la hora de su pasión, y ésta es la segunda agua, que mana no sólo de los ojos, sino de todo el cuerpo juntamente. Mas ésta es roja y de un color sanguíneo, según está escrito: *Y vínole un sudor como de gotas de sangre que corría hasta la tierra*[2]. La tercera agua es aquella que dijimos antes que manó de su costado juntamente con la sangre. Por modo parecido también tú tendrás la primera agua si riegas con tus lágrimas el lecho de tu conciencia y con el dolor de la compunción borras las manchas de los pecados pasados. Tendrás la segunda si con el sudor de tu rostro comes de tu pan y con el trabajo de la penitencia castigas tu cuerpo y apagas las llamas de la concupiscencia. Es ésta de color sanguíneo o a consecuencia del trabajo o por el mismo fuego de la concupiscencia que ella apaga. Mas si pudieras adelantar hasta alcanzar la gracia de la devoción, entonces te darían a beber el agua de la sabiduría saludable, y el Espíritu de Cristo, que es dulce más que la miel, haría brotar en ti una fuente de agua cristalina que brotaría hasta la vida eterna. Y acuérdate que ésta es el agua que sale del costado de quien duerme y que fluye sin molestia alguna. Porque es preciso que esté muerto ya para el mundo el que quiere deleitarse en esta gracia. Así, para resumir lo dicho en dos palabras, la primera agua es la que limpia la conciencia de los delitos pasados; la segunda evita los daños futuros y extingue el fuego de la concupiscencia; la tercera, si tuvieres la dicha de alcanzarla, sacia del todo al alma sedienta.

---

[2] Lc. 22, 44.

EN LA VIGILIA DE SAN ANDRES, APOSTOL.

Cómo debemos prevenir con ayunos las solemnidades de los santos

1. La autoridad de los Padres estableció que las fiestas principales de los santos fuesen antecedidas con votivos ayunos, útilmente, sin duda, y no en vano para nosotros, si hay quien lo advierta. Porque contraemos todos los días muchos pecados y en muchas cosas faltamos todos, ni enteramente es seguro entrar a celebrar las festividades sagradas, y en especial las que son principales, sin preceder la purificación de la abstinencia, con la cual nos haremos más dignos y más capaces de los goces espirituales. Así, el justo, en el principio de sus palabras, se hace acusador de sí mismo, ni comienza las alabanzas ajenas sino por la reprensión propia. Mas si tiembla también el justo, aunque diligente en prevenir a aquel Señor que está dispuesto a juzgar las justicias mismas, ¿qué hacemos nosotros, cuyos pecados todavía no se hallan juzgados y cubiertos? Se debe temer muchísimo que se hallen ser aquellos pecados manifiestos aun antes del juicio. Si ni el justo presume sin una cierta modestia y vergüenza llegarse a las alabanzas de los santos, ¿cuánto más preciso será que el pecador, en cuya boca no es hermosa la alabanza, tema siempre aquella voz: *¿Por qué cuentas tú mis justicias?*[1] O aquella: *Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo la vestidura nupcial?*[2] Bienaventurados, por tanto, los que andan solícitos de conservar en todo tiempo inmaculada su estola, quiero decir, la gloria de su conciencia, y de ostentarla siempre hermosa. Pero porque son pocos los que de este modo guardan con toda diligencia su corazón, y menos aún, si es que se encuentran algunos, los que lo conservan en toda su pureza y santidad, nos es necesario limpiar con la frecuente abstinencia las manchas que contraemos, particularmente cuando llega el día en que ha de celebrarse alguna solemnidad principal.

2. Ni es solamente preparación para la próxima celebridad la observancia del ayuno que la precede, sino que

* PL 183, 501. [1] Ps. 49, 16. [2] Mt. 22, 12.

también se nos da con ello una especie de amonestación y lección de no pequeña importancia, puesto que se nos muestra cuál sea el camino verdadero de la eterna festividad. ¿Por qué, en efecto, anticipamos los ayunos a las solemnidades, sino porque es preciso que por muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios? Así es indigno de participar de la solemne alegría el que no observa la establecida abstinencia de la vigilia. Sin duda alguna, si rehusas afligir tu alma en la vigilia, con razón serás juzgado indigno del descanso y gozo festivo. Es todo el tiempo de la penitencia presente una cierta vigilia de la solemnidad grande y del sábado eterno que aguardamos. Ni te quejarás de que la vigilia sea algo larga si atiendes a la eternidad de la festividad. Porque, aunque las solemnidades de un día acostumbren tener la preparación de un día, sin embargo de ser eterna aquella fiesta, no se nos exige una preparación eterna. ¿Pero adónde nos arrebata la gustosa memoria de aquella felicidad? Puesto que con este vocablo, más frecuente y más dignamente quizá, se denomina aquella festividad. Volvamos, pues, al asunto de la presente plática.

3. La principal causa del ayuno de hoy y de la solemnidad y alegría que aguardamos es la dichosa pasión de San Andrés Apóstol. Porque es muy puesto en razón que, ya que no podemos estar pendientes de la cruz con él, ayunemos con él a lo menos. ¿Y quién dudará que estando él pendiente dos días en la cruz ayunó también? Tomemos parte, aunque sea escasa, en su pasión, y ya que no estemos clavados con él en el patíbulo, estemos afligidos juntamente con él por el ayuno, para que, apiadándose Dios de nosotros, seamos participantes de su corona y a la vez compañeros al presente de sus gozos espirituales. ¿Cómo no nos regocijaremos con la memoria del triunfo de aquel que, en presencia de su suplicio, sabemos que se regocijó con tanta vehemencia? ¿Por ventura podrá no ser alegre aquella festividad en la que hasta la misma cruz está llena de gozo? De ordinario solemos dar el nombre de fiesta a lo que es alegre, del mismo modo que llamamos cruz a lo que nos aflige y causa tormento; vocablo éste que en latín [3] se deriva del de cruz [4]. ¡Con cuánto gozo del mundo universo se debe celebrar un milagro de tanta novedad y tan

[3] *Cruciatus.*
[4] *Crux.*

magnífica obra de la divina virtud! Era San Andrés hombre semejante a nosotros, pasible y mortal, y, sin embargo, con tan vehemente ardor de espíritu tenía sed de la cruz, se regocijaba en ella con gozo tan inaudito que, habiendo visto desde lejos el patíbulo que estaba preparado para él, «¡Oh cruz—dice—, mucho tiempo ha deseada y preparada ya al ánimo que por ti anhela! Seguro y alegre vengo a ti, con tal que tú también gozosa me recibas»[5]. ¿No veis que no cabe en sí por lo grande de su gozo? *Con tal*, dice, *que tú también gozosa*. Pues ¿qué? ¿Tan grande es el gozo que se ha de gozar también la misma cruz, ni ha de tener precisamente algo de alegría, sino que todo lo que tenga ha de ser alegría? ¿O dirá alguno que es menos contra la costumbre, sobre la razón, más allá de la naturaleza, regocijarse la cruz que el crucificado? A aquélla la negó la naturaleza todo sentido de alegría; a éste, si ella llega a prevalecer, le disipa todo gozo y le trae el dolor. «Amante tuyo—dice—fuí siempre y deseé abrazarte.» Hermanos, éste es fuego que centellea, no lengua que habla; y, si es lengua, de fuego es ciertamente. Carbones son de aquel fuego que desde lo excelso había Cristo enviado a sus huesos. Y ¡ojalá que sean para nosotros carbones desoladores que consuman y abrasen todo lo que hay en nosotros de afección carnal! ¡Qué centellas son éstas y de cuánto fuego interior salen resplandeciendo!

4. Sin duda, ¡oh bienaventurado Andrés!, grano de mostaza es la fe tuya, pues luego que se comenzó a moler comenzó a sacar de sí tan inesperado fervor. ¿Qué fuera si se moliese un poco más? ¿Qué ánimo podría sostener aquel fervor, qué oído aquellas palabras? Mientras que sólo amenazaba Egeas, el grano de mostaza parecía despreciable todavía. Estaba entero, no sabíamos lo que se ocultaba dentro. «El Señor—dice—me envió a esta provincia, en la cual le he adquirido un pueblo no pequeño.» Llegue el almirez de la conminación, y ya tendrá un sabor mucho más acre y hablará más animosamente. Juzga amedrentarle Egeas amenazándole con el suplicio de la cruz, pero no sucede así. Se enciende más oyendo esto y clama libremente: «Si me asustara yo del patíbulo de la cruz, no predicaría la

[5] Palabras tomadas de las *Actas del martirio de San Andrés*. Se cree piadosamente que las redactaron los presbíteros y diáconos de Acaya después de la muerte del santo apóstol. San Beato, abad de Liébana, en Asturias (s. VIII), es de los primeros en citar estas actas en su libro 1 contra Elipando.

gloria de la cruz.» Mas luego que miró el leño que estaba dispuesto para él, desde aquel punto ya, encendido todo en amor, aplaudía y celebraba a aquella amada suya, la saludaba obsequiosamente, la recibía devotísimamente, magníficamente la ensalzaba y se gloriaba en el elogio de ella, clamando más con el afecto que con la voz: «¡Salve, cruz preciosa, que recibiste hermosura y pulcritud de los miembros del Señor! ¡Salve, cruz, que fuiste consagrada con el cuerpo de Cristo y adornada de sus miembros como de preciosas margaritas!» Con razón, por tanto, veneran al amante de la cruz todos los que son siervos de la cruz, pero justamente exige mayor devoción de aquellos que propusieron con especialidad llevar la cruz. A vosotros y de vosotros digo esto, hermanos míos, quienes no con oídos sordos habéis escuchado la voz de aquella trompeta evangélica: *El que no lleva a cuestas su cruz y no me sigue, no puede ser discípulo mío*[6]. Estad, pues, aparejados a aplicar toda la diligencia del alma a esta solemnidad y a celebrarla con magnánimo corazón, porque un tesoro riquísimo de consolación y de exhortación juntamente está depositado en ella, si hay quien cave y lo busque.

EN LA FIESTA DE SAN ANDRES APOSTOL *

(29 de noviembre)

1 De tres géneros de peces que hay en el mar, en los ríos y en los estanques **

1. Celebrando hoy el glorioso triunfo del bienaventurado San Andrés, nos regocijamos y deleitamos en las palabras de gracia que salieron de su boca. Ni podría haber hoy lugar para la tristeza viendo que con tanta vehemencia se alegraba él. Ninguno de nosotros se compadeció del que así padecía; ninguno se atrevió a llorar a quien así se alegraba. De otra suerte con razón nos podría decir él mismo lo que el Salvador, llevando a cuestas la cruz, dijo a las mujeres que le seguían y lloraban: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas*[1].

[6] Lc. 14. 27.

* PL 183. 503-514.
** PL 183. 503.
[1] Lc. 23. 28.

Por otra parte, cuando era llevado a la cruz el bienaventurado San Andrés, el pueblo, que se dolía de que un hombre tan santo y justo fuese injustamente condenado, quiso estorbar que fuese atormentado; pero él le disuadió de ello con todas las veras de que era capaz, a fin de que no le privaran de la corona, o, por mejor decir, del suplicio. Porque deseaba ardientemente ser desatado y estar con Cristo, pero en la cruz que siempre había amado; deseaba entrar en el reino, pero por la puerta del patíbulo. ¿Qué la dice, pues, a aquella su amada? «Por ti me reciba el que por ti me redimió.» Conque, si le amamos, gocémonos con él, no sólo porque es coronado, sino también porque es crucificado; gocémonos porque infundió Dios este deseo en su alma y también porque puso en su cabeza una corona de piedras preciosas. A decir verdad, si le damos el parabién de que merezca gozar ya del abrazo de la cruz tanto tiempo deseada, sería muy de maravillar que no admirásemos el gozo de aquel a quien damos el parabién.

2. Porque mientras que al celebrar las vigilias de esta noche nos deleitábamos cantando las palabras de tanto regocijo que él pronunció, pensáis que no habría entre nosotros quien discurriría consigo mismo y diría: ¿Qué quiere decir esto? ¿De dónde tan nueva alegría? ¿Es cierto que la cruz es preciosa, que la cruz puede ser amada, que hay gozo inefable en la cruz? No cabe duda que sí, hermanos míos, si hay quien sepa alargar la mano para recoger sus frutos, porque el árbol de la cruz siempre engendra la vida, fructifica el gozo, destila el óleo de la alegría, suda el bálsamo de espirituales gracias. No es árbol silvestre; árbol de vida es para los que llegan a él. Arbol fructífero, árbol salutífero es. De otra suerte, ¿cómo ocuparía él la tierra del Señor? Hablo de aquel terrón preciosísimo en que está clavado con las raíces de los clavos. Si no fuese más precioso que todos juntos, más fructífero que todos, nunca se hubiera plantado en aquel huerto, ni se permitiría que ocupase aquella viña. En fin, ¿qué maravilla que diese a la cruz suavidad quien se la dió al mismo fuego? ¿Cómo se ha de juzgar insípida la cruz, cuando sabe a mieles la misma llama? ¿Porque a qué le sabía a Lorenzo aquel fuego cuando se reía de los verdugos y se burlaba del juez? ¿Qué diremos a esto, hermanos? ¿Por qué no hemos de hallar también nosotros exquisito sabor en las tribulaciones padecidas por Cristo y no hemos de

gustar aquel escondido maná? Si llegáramos a conseguirlo, quedaría enteramente vencido el diablo, ni tendría absolutamente nada que alegar contra nosotros. Esto solo nos bastaría contra la doble malicia del enemigo.

3. Porque aquel tan iniquísimo como astutísimo cazador de los hombres, y que sólo tiene sed de la sangre de las almas, tiende lazos y arroja también dardos. Contra unos dirige los dardos de sus maliciosas sugestiones, y con ellos hiere a aquellos cuya paciencia es débil y flaca. A otros solicita enredar en los deleites, y con éstos ciertamente logra coger a una multitud copiosa de los que andan arrastrándose por la tierra o revoloteando a flor de ella. Haya, pues, gozo en la tribulación y ya no tendrá el enemigo lazos con que nos enrede, ni dardos con que nos derribe; nos veremos libres del lazo de los cazadores y de todas sus malignas sugestiones. Porque nada aprovechará el enemigo en aquel a quien deleita la cruz de Cristo, y el hijo de la iniquidad no llegará a dañarle si para exasperar su ánimo pretende introducir en él cualquiera amargura. No cuida de las delicias el que se apacienta con el ayuno, mucho menos puede murmurar por aquello en que se deleita. Sin duda puso su refugio altísimo, en donde ni se puede temer la trampa del enemigo ni la saeta, y no sólo esto, sino que viene a ser como un pez puro, que tiene escamas y aletas juntamente. Por cierto, así como en vano se echa la red a los ojos de los que están vestidos de plumas, así en vano se arroja el dardo en las escamas de los que están armados de cotas. Por determinación de la ley [2] aquellos peces se juzgaban puros que se mueven con aletas y están cubiertos con escamas, ora estén en el mar, ora en los ríos, ora en los estanques. Tiene, pues, este mar grande y espacioso peces puros y dignos de la mesa del Señor, porque de aquellos que andan, así por el traje como por el trato y acciones, en la anchura del siglo, reservó para sí muchos millares, los cuales trae la red apostólica para que, cuando sea sacada a la orilla, sean separados de los malos. En dicha orilla, sin duda, estará sentado este nuestro pescador de hombres, que ahora arrastra tras de sí a toda la Acaya entera. Tienen también los ríos peces puros, y son todos aquellos que son hallados administradores fieles, puesto que es río también el orden de aquellos predica-

[2] Lev. 11, 10.

dores que no permanecen fijos en un mismo lugar, sino que se extienden y dilatan corriendo en varias direcciones para regar con sus sudores diversas tierras. Hay igualmente en los estanques peces puros, que en los claustros sirven a Dios en espíritu y en verdad. Con razón se comparan los monasterios a los estanques, en donde, aprisionados, en cierto modo, los peces, no tienen libertad de vaguear, a fin de que estén siempre prontos para los convites espirituales, diciendo cada uno dentro de sí: ¿Cuándo vendrá quien me lleve? Todos los días en que ahora milito estoy aguardando que llegue mi mudanza y gloriosa renovación.

4. Ciertamente, como dijimos arriba, haciendo mención de la ley, ora se hallen en la mar, ora en los ríos, ora en los estanques, aquellos peces son puros que tienen escamas y aletas. Son, pues, muchas las escamas, pero de ellas se hace como una sola cota, porque una es la virtud de la paciencia, aunque parezca que en cada tribulación mostramos distinta paciencia. Mas así como en las escamas podemos ver simbolizada la paciencia, así no sin congruencia parece que las aletas pueden simbolizar la alegría del ánimo. Porque la alegría eleva y sostiene, de modo que no parece sino que da como saltos hacia lo alto cualquiera que se alegra. Sin duda, para que tengamos dos aletas, debemos buscar para nosotros una duplicada alegría. Y acaso por esto enseña el Apóstol (pues él verdaderamente tenía alas, con las cuales fué arrebatado hasta el tercer cielo y voló también al paraíso) no sólo a *gloriarse en la esperanza*, sino también *a gloriarse*[3] en las tribulaciones. Enteramente vuela en lo sublime, sea quien fuere aquel a quien no sólo la expectación de los bienes futuros, sino también la misma prueba de los presentes males le deleita, de modo que llega a gloriarse en ella. Tal hallamos a nuestro bienaventurado apóstol, tal le admiramos, tal con razón le ensalzamos.

5. Por lo que podemos distinguir tres grados en los que andan por el camino de la virtud: el de los que comienzan, el de los que adelantan y el de los perfectos, porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor, el medio es la esperanza, y la caridad es la plenitud, según aquello del Apóstol: *La plenitud de la ley es la caridad*[4]. El que comienza, ya por el temor sostiene pacientemente la

[3] Rom. 5. 3. [4] Rom. 13. 10.

cruz de Cristo; el que adelanta en la esperanza, la lleva gustosamente; pero el que es consumado en la caridad, la abraza ya ardientemente. Sólo es éste, pues, quien puede decir: Porque siempre fuí amante tuyo he deseado abrazarte. Lejos está esta voz de aquel que, aunque a la verdad la sostiene, con todo desearía, si pudiera ser, no haber llegado a este trance. Si no fuera temerario sólo el insinuarlo, diría que parece estar lejos de esto aun aquella voz: *Padre, si puede ser, pase de mí este cáliz*[5]. ¿Qué queremos significar con esto? Cierto que, al parecer, había subido sobre el asnillo para escapar de las manos de sus enemigos. Reconozco, sin duda, en el Capitán de la batalla, el temblor de los pusilánimes; reconozco en el médico la voz del enfermo; reconozco a la gallina que enferma encovando a sus polluelos. Considero en todo esto su inmensa caridad; su piedad me pasma, su dignación me asombra. El misericordioso Señor no quiso tomar para sí el robusto afecto del bienaventurado Andrés; porque no es necesario el médico a los sanos, sino a los enfermos. Y si acaso esta dignación escandaliza a alguno, ciertamente merece oír: *¿Por ventura es malo tu ojo porque yo soy bueno?*[6] A ese tal el aroma de vida le causa la muerte.

6. ¿Qué cosa digna de admiración hubiera sido, Señor Jesús, si en llegándose la hora para la cual habías venido, te hubieras mantenido intrépido, como quien tenía la potestad de poner la vida sin que nadie te la pudiera arrebatar? ¿Acaso no fué mucho más glorioso, supuesto que todo esto se ejecutaba para nuestra instrucción y ejemplo, que no sólo la pasión del cuerpo, sino también la afección del corazón se hiciese patente a nosotros, y que a aquellos a quienes debía vivificar tu muerte hiciese igualmente tu susto robustos, tu tristeza alegres, tu tedio animosos, tu turbación quietos, tu desolación consolados? Leo en la resurrección de Lázaro que Jesús *enterneciόse en su alma y conturbόse a sí mismo*[7]. Pero, en todo caso, si se conturbó a sí mismo no fué por necesidad de su condición, sino por el beneplácito de su voluntad. Mas ahora ya escucho algo más admirable aún, y es que hasta tal extremo prevaleció aquel amor que es fuerte como la muerte, que hubo de confortar a Cristo el ángel de Dios. ¿Quién? ¿A quién? Oye al evangelista: *Se le apareció*, dice, *un ángel del cielo que*

[5] Mt. 26, 39. [6] Mt. 20, 15. [7] Io. 11, 33.

le confortó[8]. ¿De quién habla aquí? Sin duda de Aquel a quien llegada la hora de nacer se le abrió de par en par el seno cerrado y sellado de la Virgen, sin detrimento de su virginidad; de Aquel a cuyo imperio se convirtió el agua en vino, a cuyo tacto fué ahuyentada la lepra, bajo cuyas plantas se mantuvo sólido el mar, a cuya voz resucitaron los muertos; de Aquel que sostiene en su ser todas las cosas con el poder de su palabra, por quien todas las cosas fueron hechas, por quien subsiste el universo entero, y también el ángel mismo. Y ¿qué diré? ¿A quién él? Menos me detendría si no fuera él enteramente indecible. Confortando, pues, a Aquel cuya majestad ni aun en el mismo confortador podía caber.

7. Ruégote, ángel, me digas, ¿a quién consolabas? ¿Ignorabas acaso quién era Aquel a quien venías a consolar? Ciertamente El es consolador, ciertamente es paráclito; de otra suerte no hubiera dicho a los apóstoles que había de ser enviado otro paráclito por el Padre, si El no fuera también paráclito. Sí, reconozco en El un paráclito máximo, un paráclito benignísimo, que está cerca de aquellos cuyo corazón está atribulado. No desespero ya, Señor, aunque me parezca molesta la tribulación que padezco, aunque soy pusilánime, aunque deseo que pase de mí el cáliz. No desespero, repito, con tal que añada también yo: *Con todo eso, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.* De esto mismo también aprendí a recurrir no al consuelo terreno y caduco, sino al angélico, sino al espiritual, sino al celeste. Así ciertamente, con tal de que no murmure (pues esto me separaría de ti enteramente, si no volviera sobre mí con la mayor celeridad), no rehuso las pruebas, aunque en ellas tengo necesidad también de consuelo. ¿Pues qué? Conozco la voz mía en la del Salvador, ¿y desesperaré de la salud? Ciertamente en la paciencia mía poseeré mi alma.

8. Sin embargo, quiero pasar más adelante, a serme esto posible; no quiero limitar mis aspiraciones a sólo alcanzar la salvación. *El que teme a Dios*, dice el Sabio, *hará buenas obras*[9]. Pero esto no me basta, pues está escrito: *Desvíate de lo malo y haz el bien; busca la paz y síguela*[10]. Como si dijera: no debes contentarte con la salvación; busca la paz, no sea que también la salvación esté para ti

[8] Lc. 22, 43. [9] Eccli. 15, 1. [10] Ps. 36, 27.

en peligro. Oye, pues, al ángel alegrarse y cantar cuando nació aquel Señor que fué hecho nuestra paz: *Paz sea en la tierra a los hombres de buena voluntad.* ¿Cuál es la voluntad buena sino la que es ordenada? ¿Cuál es ésta, preguntas? La que se conforma con la razón, que dice que *los sufrimientos y penas de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* [11]. Si llegas a saborear esto, no hay duda que gustosamene llevarás la cruz del Señor y dirás: *Resuelto estoy, y nadie me arredrará de cumplir vuestros mandamientos* [12].

9. Pero si quieres ser perfecto, una cosa todavía te es necesaria. ¿Cuál es ésta, dices? Sin duda el gozo en el Espíritu Santo. Porque el alma que se ve cohibida por el temor, es paciente, y la que es llevada por motivos de esperanza, siéntese impulsada a obrar el bien; pero, si no fuere al propio tiempo fervorosa de espíritu, fácilmente podría resbalar o desfallecer. Por cierto, la caridad que el Espíritu Santo derrama en los corazones es paciente y es benigna y, lo que es más aún, nunca fenece. En el primer mandato que se dió a nuestros primeros padres, si lo consideras con cuidado puede parecer que Eva fué paciente y Adán benévolo. Pero, como uno y otro cayó, se hace claro que ni ella ni él estaban sólidamente establecidos en la virtud. *Vió la mujer,* dice la Escritura, *que el fruto del árbol era bello a los ojos y de aspecto deleitable* [13]. ¿No te parece que apenas contiene ya su mano? Así, luego que fué preguntada por la serpiente, mira si manifiestamente no revelan sus palabras que le había sido molesto el mandato de Dios. *Del fruto de los árboles del paraíso,* dice, *sí comemos; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal nos dijo que no comiésemos* [14]. No dice, así es la voluntad del Criador; por qué ha de ser así él lo sabe; a nosotros nos basta obedecer, porque nuestra vida está en su voluntad. Por esto fácilmente fué seducida la mujer, sin dificultad dió oídos a las promesas del demonio y se dejó persuadir de su falacias. Mas Adán no fué seducido, sino subvertido por el amor de la mujer. Porque él hubiera deseado guardar el mandato que conocía serles útil si la mujer no le persuadiera otra cosa. No parece haber tenido él

[11] Rom. 8. 18.
[12] Ps. 118. 60.
[13] Gen. 3. 6.
[14] Gen. 3. 2-3.

dificultad en observar el mandato, y así el que tenía buena voluntad no tuvo fortaleza porque le faltó fervor.

10. Es fuerte como la muerte, no la paciencia o la esperanza, sino el amor; no el temor o la razón, sino el espíritu de fortaleza. Dice la paciencia: Es preciso que se obre así, porque se ve estimulada del temor. Dice la buena voluntad: Así conviene y así se ha de hacer, porque se siente atraída de la razón de la esperanza. Pero la caridad, que es inflamada por el espíritu, no dice: Así es preciso, ni así conviene, sino así lo quiero, así lo anhelo, así lo deseo con vehemencia. Veis cuánta es la sublimidad, veis cuánta es la seguridad y cuánta la suavidad de la caridad. ¡Feliz el alma que llegue a este estado de caridad! Ni debemos desesperar nosotros de ello ciertamente, supuesto que por esto de un modo especial se celebra la memoria de aquel que llegó a este grado, para que no sólo invoquemos su auxilio, sino para que también seamos excitados por su ejemplo. Digo más, aun de entre nosotros me parece que veo yo a algunos en este grado. Si dices que el bienaventurado Andrés es apóstol y que tú no puedes, por ser pequeño, seguir sus huellas, déte vergüenza el no imitar a lo menos a los que se hallan contigo. *Ninguno de repente se hace sumo;* ascendiendo, no volando, se llega a agarrar lo sumo de la escala. Subamos, pues, con la meditación y oración, como con dos pies. Porque la meditación enseña lo que falta, la oración alcanza la gracia de que no falte; aquélla muestra el camino, ésta nos lleva; con la meditación, en fin, conocemos los peligros que nos amenazan; con la oración los evadimos, haciéndonos este favor nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

2 De los cuatro extremos de la cruz *

1. Hoy se celebra la solemnidad del bienaventurado Andrés apóstol, y si con piadosa solicitud la meditamos, hallaremos en ella muchas cosas que edifiquen nuestras almas, puesto que en el mismo principio de su conversión nos da un ejemplo grande de perfecta obediencia. El cual, aunque es provechoso a los cristianos todos, sin embargo

* PL 183, 509.

le debemos recibir nosotros con más aprecio, puesto que por razón de nuestra profesión de una manera especial somos deudores a la santa obediencia. Sabio banquero es, o, por mejor decir, la misma sabiduría, Aquel a quien precisamente debemos entregar esta moneda de la obediencia, ni la recibirá si no la halla del todo cabal y sin falsedad alguna. Por cierto que si discutimos los mandatos del superior, si le juzgamos, si le obedecemos en esto y no en lo otro, es falsa la moneda de nuestra obediencia, no la recibirá Cristo, a quien le debemos no una moneda averiada, sino legítima, puesto que todos prometimos una obediencia absoluta y sin restricción alguna. Mas si alguno obedece en lo exterior, pero disimuladamente y sólo a la vista, murmurando en lo oculto, falsa es la moneda de éste, de plomo es y no plata, y está sentada la iniquidad sobre el talento de plomo. Dolosamente obra, aunque esto no se le oculta a Dios, puesto que Dios no puede ser burlado.

2. ¿Quieres contemplar un dechado de perfecta obediencia? *Vió el Señor*, dice el evangelista, *a Pedro y a Andrés que echaban la red al mar, y les dijo: Venid en pos de mí, y yo os haré que vengáis a ser pescadores de hombres*[1]. Yo haré de vosotros, les dice, que sois pescadores, otros pescadores, o más bien predicadores. Y ellos al punto, sin juzgar nada ni dudar, sin tener solicitud alguna acerca de qué habían de vivir, no considerando tampoco en qué modo unos hombres rudos y sin letras podrían hacerse predicadores, en fin, no preguntando nada, sin dilación alguna, *dejando las redes y la nave, le siguieron*. Atended, hermanos míos, que para vosotros están escritas estas cosas y para vuestra instrucción se refieren cada año en la iglesia, a fin de que, teniendo ante los ojos ese modelo de obediencia, purifiquéis vuestros corazones en la obediencia de la caridad. Esta es, sin dificultad alguna, la que sola hace recomendable la moneda de la obediencia; ésta es la plata probada y purificada de ella. Porque sola la caridad es la que hace a la obediencia grata y aceptable a Dios. Puesto que *Dios ama al que da con alegría*[2]. Y también: *Si entrego mi cuerpo de suerte que arda, pero no tengo caridad, de nada me aprovecha*[3], como dice el Apóstol.

3. ¿Queréis que también de la misma pasión de este bienaventurado apóstol, la cual celebramos hoy, hablemos

[1] Mt. 4. 18-19. [2] 2 Cor. 9. 7. [3] 1 Cor. 13. 3.

algo para alabanza de Cristo y edificación vuestra? Habéis oído, ciertamente, cómo habiendo llegado el bienaventurado Andrés al lugar en que estaba la cruz aparejada, fué confortado en el Señor, y lleno del Espíritu Santo, que, juntamente con los demás apóstoles, había recibido en forma de lenguas de fuego, hablaba palabras verdaderamente de fuego. Viendo, pues, de lejos preparada la cruz, de ningún modo (como parece exigía la mortal flaqueza) se puso pálido su rostro, de ningún modo se le heló su sangre; no se erizaron sus cabellos o se le pegó a las fauces su voz; no le tembló el cuerpo, no se turbó su mente, ni perdió en lo más mínimo su presencia de espíritu. De la abundancia del corazón habló su boca, y la caridad que en su corazón hervía despedía como unas centellas ardentísimas en la voz. Porque ¿qué decía el bienaventurado Andrés mirando, como he dicho, de lejos la cruz que le estaba dispuesta? «¡Oh cruz, dijo, mucho tiempo ha deseada y ya preparada al ánimo que por ti anhelaba! Tranquilo y gozoso vengo a ti; dígnate gozosa y alegre recibir en tus brazos a un discípulo de Aquel que estuvo de ti pendiente, porque siempre fuí amante tuyo y he deseado abrazarte.» Decidme, hermanos míos, ¿es hombre el que así habla? ¿No parece, más bien que hombre, algún ángel o alguna otra nueva criatura? Hombre es, sin duda, semejante a nosotros, y pasible, puesto que el ser pasible lo testifica la misma pasión, en cuya proximidad sale él fuera de sí con tanto gozo. ¿De dónde, pues, en un hombre, este gozo nuevo y esta alegría hasta ahora jamás oída? ¿De dónde en tanta fragilidad tanta constancia? ¿De dónde en un hombre terreno una mente tan espiritual, una caridad tan fervorosa, un ánimo tan robusto? Esté lejos de nosotros creer que tanta virtud le viene de sí mismo. Don perfecto es que desciende del Padre de las luces, de Aquel ciertamente que sólo hace maravillas grandes.

4. Sin duda, carísimos, que el Espíritu Santo era quien ayudaba su flaqueza y por el cual se difundía en su corazón la caridad fuerte como la muerte, mejor dicho, más fuerte aún que la muerte. ¡Oh si nosotros también fuéramos participantes de él! Porque ved ahí que se nos hace molesto el trabajo de la penitencia, la aflicción del cuerpo pesada y la abstinencia onerosa; en las vigilias, dormita nuestra alma por el tedio, no por otra causa ciertamente que por la pobreza de espíritu; pues si le hubiera en nosotros,

sin duda ayudaría él nuestra flaqueza, y así como hizo que al bienaventurado Andrés la cruz y la muerte misma no sólo le fuera molesta, sino deseable y deleitable por todos modos, así también nos haría a nosotros dulce y suave nuestro trabajo y penitencia: *Porque mi espíritu,* dice el Señor, *es más dulce que la miel*[4], de manera que, aunque amarguísima, no puede prevalecer sobre su dulzura la amargura de la muerte. ¿Qué no templará aquella dulzura, que aun a la misma muerte la hace dulcísima? ¿Qué aspereza podrá resistir a aquella unción que hace a la muerte también suavísima? *Cuando dé,* dice, *a sus amados el sueño gozarán de la herencia del Señor*[5]. ¿Qué molestia no expelerá aquel gozo que hace que la muerte misma sea alegrísima? Busquemos este espíritu, hermanos, con toda solicitud, trabajemos para merecer tener este espíritu, o más bien para que este mismo que ya tenemos le tengamos más abundantemente, porque cualquiera que no tenga el Espíritu de Jesucristo, ése no es de Cristo. Nosotros, a la verdad, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios a fin de que entendamos las cosas que el Señor nos ha dado. Las obras de salud y vida dan testimonio de su presencia, las cuales de ningún modo podríamos hacer si no nos asistiese el Espíritu del Salvador que vivifica nuestras almas. Pidamos, pues, que multiplique Dios en nosotros sus dones y que aumente el espíritu el mismo Señor que nos dió ya las primicias de él. Porque ningún testimonio hay más cierto de la presencia de Dios que el deseo de mayor gracia, puesto que El dice: *Los que me comen, todavía tendrán hambre, y los que me beben, todavía tendrán sed*[6].

5. Mas acaso las conciencias de muchos nos responden: Deseamos ciertamente este espíritu que de este modo ayude nuestra flaqueza, pero no le podemos hallar. Y yo les digo: Por eso no le halláis, porque no le buscáis; por eso no le recibís, porque no le pedís. Pedís y no recibís porque pedís negligentemente. Porque nada más aguarda, nada más solicita Dios que el ser buscado con desvelo y con deseo. Por otra parte ¿cómo lo negará a los que se lo piden el que aun a los que no se lo piden les provoca y exhorta a que se lo pidan? *Si vosotros,* dice, *siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro*

[4] Eccli. 24, 27. [5] Ps. 126, 3. [6] Eccli. 24, 29.

Padre celestial dará el espíritu bueno a los que se lo pidan?[7] Pedid, pues, carísimos, y pedid sin intermisión, pedid sin vacilar, y en todas vuestras obras invocad la presencia y auxilio de este dulcísimo y suavísimo Espíritu. Nosotros, hermanos míos, tenemos necesidad de llevar nuestra cruz juntamente con el bienaventurado Andrés, o, más bien, con Aquel a quien siguió él, que es el Señor Salvador. Por eso se alegraba tanto, por eso se regocijaba, porque no sólo parecía morir por El, sino también con El, y que le llegaba el tiempo de ser injertado en El, por la semejanza de su muerte, a fin de que padeciendo con El, reinase igualmente con El. Para que nosotros seamos juntamente con El crucificados, con los oídos atentos del corazón oigamos la voz del que dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo y lleve su cruz y sígame*[8], como si dijera: El que me desea, despréciese a sí mismo; el que quiere hacer mi voluntad, aprenda a quebrantar la suya.

6. Mas al momento se levantan guerras, luego se arman contra nosotros los enemigos. Armémonos nosotros también contra ellos; imitemos las armas de nuestro Rey, llevando nosotros también nuestra cruz, en la cual triunfaremos de nuestros enemigos. Escuchad las promesas que nos hizo el salmista, o más bien el Espíritu Santo por su boca: *Como con un escudo te cercará su verdad*[9]. Sin duda que se refiere a la verdad del Altísimo, puesto que de El hablaba el salmista, como manifiestamente lo indican las palabras antecedentes del mismo salmo. ¿Y a qué fin, hermanos míos, somos cercados con el escudo, sino porque de todas partes nos cercan guerras? Finalmente, atiende cuál es el motivo de que te circunde con el escudo. *Como con un escudo*, dice, *te cercará su verdad*. ¿Para qué? *No temerás*, añade, *ni al enemigo que anda entre tinieblas ni los asaltos del demonio del medio día*. ¿No ves cuán necesario es que cerque con el escudo la verdad a quien de tal manera rodean los dardos del enemigo? Porque por la parte inferior se levanta el temor nocturno, por la siniestra vuela la saeta en el día, por la diestra anda el enemigo tenebroso, y, para que nada falte, acomete el demonio meridiano por la parte superior. Mas nosotros, míseros y miserables, estando cercanas tantas serpientes y volando por to-

[7] Mt. 7. 11. [8] Lc. 9. 23. [9] Ps. 90. 5.

das partes flechas de fuego, acometiéndonos por todos lados los enemigos, con todo eso, con una perniciosa seguridad y negligencia nos adormecemos, nos entorpecemos en el ocio, nos divertimos en vanidades y chanzas, estando tan perezosos para los ejercicios espirituales como si ya fuera paz y seguridad, y no milicia, la vida del hombre sobre la tierra. Esto es, os lo aseguro, carísimos, esto es lo que fuertemente me aterra, lo que enteramente traspasa mi alma con la espada de un temor amarguísimo: que entre tantos peligros nos hallemos menos timoratos, menos ejercitados, menos solícitos de lo necesario. Porque una de dos cosas prueba esta negligencia nuestra: o que del todo estamos entregados a los enemigos, sin advertirlo siquiera, o al menos que, si entre estas cosas nos conservamos, somos demasiadamente ingratos con aquel Señor que nos defiende. Cuánto peligro traiga cualquiera de estas dos cosas, bastante manifiesto es. Por amor de Dios, carísimos, despiértenos la misma vigilante malicia de los enemigos y la maligna instancia con que, tan solícitos y tan diligentes, buscan nuestra perdición, nos haga a nosotros cuidadosos y circunspectos, a fin de que, con temor y temblor, obremos nuestra salvación.

7. Ved ahí, pues, cómo en la cruz está nuestra salud, con tal de que nos adhiramos a ella varonilmente. *La predicación de la cruz,* dice el Apóstol, *parece una necedad a los ojos de los que se pierden, mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud y poder de Dios*[10]. Ella es el escudo con que somos rodeados, para que sus cuatro extremos rebatan cuatro diferentes dardos de los enemigos. El extremo inferior rechaza los temores nocturnos, esto es, la pusilanimidad que procede de la aflicción de la carne, a fin de que procuremos castigar varonilmente este cuerpo, que está debajo de nosotros, y sujetarle a la servidumbre. Mas si alguno en nuestra cara nos maldice, si alguno abiertamente nos quiere persuadir lo malo, dispara durante el día la saeta, atacando nuestro lado izquierdo, esta saeta debe ser rechazada con el siniestro extremo de la cruz. Pero, si nos adulan, si al modo de quien aconseja nuestro bien nos brindan con el veneno de la murmuración fraterna e intentan sembrar el odio en nuestro corazón, si,

[10] 1 Cor. 1, 18.

en fin, quieren persuadirnos alguna cosa inicua como si fuera buena, esté ésta para mí a la diestra ; pero Judas con el beso me entrega y es necesario rebatir con el extremo derecho de la cruz el negocio que anda en tinieblas. Mas ve ahí al demonio del medio día, conviene a saber, el espíritu de soberbia, el cual, sin duda, cuanto más resplandecen en el alma las virtudes, suele acometerla más reciamente. Muchas veces he procurado persuadiros de cuán perniciosa sea la soberbia, por ser principio de todo pecado y causa de toda perdición. Por tanto, quienquiera que seas, que procuras obrar tu salud, acuérdate de tener contra ella el extremo superior de la cruz sobre tu cabeza, para que no te dejes arrastrar por la soberbia ni se engría tu corazón aspirando a cosas grandes y maravillosas, superiores a tu capacidad. Todos estos dardos, arrojados desde lo alto, debe rechazarlos el extremo superior de la cruz que está sobre tu cabeza levantado. A la verdad, éste solo es en donde se halla escrito el título de la salud y juntamente del reino, porque sólo el que se humilla merece ser salvado y ensalzado.

8. Para resumir en pocas palabras lo que precede, diremos que los cuatro extremos de esta cruz son la continencia, la paciencia, la prudencia y la humildad. ¡Dichosa el alma que en esta cruz se gloría, la que triunfa en esta cruz ; con tal, empero, que persevere en ella y por ningunas tentaciones pueda ser derribada! Ore, pues, quienquiera que esté en esta cruz, ore con el bienaventurado Andrés a su Señor y Maestro, que no permita que sea depuesto de la cruz. Porque ¿a qué no se atreverá aquel maligno? ¿Qué no presumirá tentar aquel impío? Lo que intentaba hacer con las manos de Egeas respecto del discípulo, había pensado hacerlo con las lenguas de los judíos respecto del Maestro. Mas en el uno y en el otro, pesándole ya tarde de lo que había hecho, hubo de retirarse vencido y confuso. ¡Ojalá que igualmente se retire también de nosotros, venciendo Aquel que en sí mismo y en su discípulo triunfó! El mismo haga que merezcamos también nosotros ser consumados felizmente en esta nuestra cruz de penitencia, tal cual fuere la que por su nombre tomamos. Hágalo así Aquel que es sobre todas cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

EN LA MUERTE DE DOM HUMBERTO, MONJE CLAREVALLENSE *

1. Murió Humberto [1], siervo del Señor, siervo devoto, siervo fiel. Vosotros mismos visteis cómo la noche pasada expiró entre nuestras manos, como uno de los gusanillos de la tierra. Le fatigó durante tres días la muerte y le deshizo entre sus fauces para saciarse de la sangre que apetecía sedienta. Ea, ya hizo lo que ella pudo, mató el cuerpo, y ved ahí que está ya depositado en el corazón de la tierra. Separó de nosotros un dulce amigo, un prudente consejero, un fuerte auxiliar. Ni a mí ni a vosotros perdonó la insaciable homicida, pero mucho menos a mí. ¿De este modo separas, muerte amarga? ¡Oh bestia cruel! ¡Oh amargura amarguísima! ¡Oh terror y horror de los hijos de Adán! ¿Qué has hecho? Mataste. ¿Pero qué? Sólo el cuerpo ciertamente, porque al alma nada puedes hacerla. Voló ella a su Criador, a quien tan ardientemente había deseado, tan fielmente había seguido todos los días de su vida. Mas también el mismo cuerpo que te parece tienes ya por tuyo, se te ha de quitar cuando tú, enemiga cruel, seas destruída y absorbida por tu propia victoria. Devolverás, sin duda, devolverás algún día este cuerpo al que cubriste ayer, con tu llegada a él, de salivazos y abominaciones y de tantas asquerosidades e inmundicias, alegrándote y alabándote de haber prendido también a éste con tus lazos. Vendrá el Unigénito del Padre con grande potestad y majestad a buscar a Humberto y a transfigurar aquel mismo cadavérico cuerpo con su cuerpo glorioso. Mas tú, ¿qué harás entonces? Verdaderamente, según está escrito en Jeremías, en el último de los días quedarás declarada por necia, y viviendo para siempre Humberto, morirás para siempre tú. Vomitó la bestia marina al profeta que había tragado, y tú volverás a Humberto, a quien te parece haber encerrado en tu vientre vastísimo.

2. Por lo demás, hermanos míos, este siervo de Dios os predicó un sermón práctico en toda clase de obras de san-

---

* PL 183, 513.

[1] Sentidísima oración fúnebre, muy semejante a la que pronunció con ocasión de la muerte de su hermano Gerardo (sermón 26 sobre el Cantar de los Cantares). Aquí se revela la riqueza de afectos que poseía el alma de San Bernardo, afectos no sólo para con Dios, sino también para con los hombres.

tidad, y a fe que ha resultado un sermón largo y macizo. Largo, en cuanto a lo dilatado de su vida; macizo, en lo que toca a la sublimidad de la misma. No es menester que abra yo más mi boca si retenéis bien ese sermón, si lo mantenéis impreso en vuestros corazones. Cincuenta años y más vivió en el servicio de aquel Señor a quien servirle es reinar, porque desde su niñez fué colocado en el santuario de Dios[2]. Con nosotros vivió treinta años, desde el mismo principio casi de este monasterio, no sólo sin queja, sino con gracia, por lo cual su memoria será en bendición para nosotros y para la generación que se ha de seguir. Como extranjero y peregrino anduvo este camino y esta vida, tomando para sí cuanto menos pudo de las cosas del mundo. No tenía aquí ciudad permanente, como ni tampoco la tenían sus padres, y manteniendo fijos los ojos en las cosas que están delante, corría sin cesar hacia la palma de la divina vocación. Nada tiene el mundo que con justicia pueda reclamar en él o de él, porque ni el mundo le agradó a él ni él al mundo. Tomó de sus haberes lo menos que le fué posible, y hubiera tomado menos aún si no se lo hubiera impedido la obediencia. Estaba contento teniendo la comida y el vestido, no con superfluidad, sino según la necesidad, y aun la misma necesidad la reputaba muchas veces por superfluidad. Pocos días ha, si bien me acuerdo, hablando los dos confidencialmente, me dijo que él era *prebendado*[3] de este monasterio y que era alimentado en la casa de Dios como un hombre de ninguna utilidad. Porque era verdaderamente manso y humilde de corazón, y aunque florecía en las demás virtudes, con todo eso poseía con especialidad la gracia de la mansedumbre. Por esto se mostraba a todos afable y amable, y lo era en gran manera.

3. Con todo eso, cuán moderada haya sido su boca y su lengua lo habéis conocido plenísimamente todos vosotros, quienes visteis por tanto tiempo su conducta y oisteis su conversación. ¿Quién jamás oyó de su boca sonido de detracción, palabra de chanza, expresión de propia alabanza, voz de envidia? ¿Quién le halló alguna vez o juzgando a otros o consintiendo al que los juzgase? ¿Quién le pudo

---

[2] En el monasterio llamado *Granja de Dios*, donde vivió veinte años, hasta que en 1118 pasó a Claraval.

[3] *Prebendados* se llamaban aquellos que vivían de la limosna cotidiana de algún monasterio o de otra persona piadosa.

oír jamás hablando cosas inútiles? Más aún, ¿quién no temió ser oído de él, si acaso hablaba tales cosas? Ciertamente guardaba sus caminos solícitamente para no delinquir con su lengua, sabiendo que el que no ofende con su lengua éste es perfecto varón. Lejos está de ti, ¡oh Humberto!, aquella amenaza del Evangelio: *Ay de vosotros que ahora reís, porque vendrá día que lloraréis.* ¿Por ventura alguno de vosotros le halló riendo aun entre muchos que reían? Serenaba, sí, su semblante por causa de los circunstantes, para no hacerse molesto; pero, si os acordáis bien, no prorrumpía en risa entera. Por cierto, cuánto haya sido su fervor los días y las noches en la obra de Dios[1], no sólo lo visteis, sino que lo admirasteis hasta el día de su muerte, puesto que, habiendo llegado casi a una edad decrépita, cansado y quebrantado además de las incomodidades de la vejez, con tantas y tan grandes enfermedades que muchos de vosotros no ignoran, con todo eso era su ánimo, como suele decirse, vencedor de los años y que no sabía ceder a la enfermedad. Allende esto, en los fríos y en los calores, subiendo y bajando por los montes y valles, seguía el trabajo de los jóvenes, de modo que era para todos admiración y pasmo. Si alguna vez le detenía yo conmigo para tomar su consejo en la multitud de negocios que me agobian, parecía estar triste y mustio hasta que se le permitía volver a vuestra compañía. Rarísima vez se le vió faltar a las solemnes vigilias, a las cuales no pocas veces se anticipaba él; rarísima vez faltó en las demás horas al coro, y esto solamente en tan extrema necesidad, que se sintiera acometido de alguna enfermedad de suyo mortal.

4. Con no usar apenas de los ordinarios alimentos en el refectorio, si acaso le ponían delante alguna otra cosa, o no la tomaba, o con tanto disgusto la tomaba, que acerca de este particular llegaba a hacerse bastante molesto. Habría resuelto beber sólo agua, si con todas mis fuerzas no hubiera yo resistido. Si le obligaban alguna vez a beber vino, tan demasiadamente lo cargaba de agua, que más era vino por el color que por el sabor. Apenas vez alguna, y aun compeliéndole a ello la obediencia, entró en la enfermería; apenas, habiendo entrado, podía ser allí detenido.

[1] San Benito, en su santa Regla, llama al oficio divino *Opus Dei*, «la obra de Dios». Esta terminología la han seguido San Bernardo, los benedictinos y todos los amantes del rezo eclesiástico.

Confieso que en esta parte era menos obediente, porque él me oprimía a mí con el peso de su autoridad. Yo le alabo en lo demás, pero en esto no le alabo, pues, como vosotros sabéis, se mostró no poco terco en semejantes cosas. Creo que si él ha sufrido alguna cosa triste, la ha sufrido por haberse arrimado poco a nuestro parecer en orden a la necesidad de su cuerpo. ¿Pero cuál era en los consejos él? Sencillo siempre y discreto, lo cual sé yo tanto mejor cuanto más veces he tocado a las puertas de su pecho. No sólo yo sé esto, sábelo también toda esta comunidad. ¿Quién, en fin, acometido de muchas o de peligrosas tentaciones, no oyó de su boca así la raíz de la tentación como el remedio de ella? Porque de tal suerte discurría por todos los ángulos de la conciencia enferma, que pudiera creer el que se confesaba que lo había visto todo y que a todo había estado presente.

5. ¿Mas cuánta era su caridad? De tal modo se hallaba revestido de entrañas de piedad, que a todos excusaba, por todos intercedía, sin saberlo aquellos en cuyo favor hablaba, no haciendo acepción de personas, sino de necesidades. Era, pues, de corazón humilde, en la conversación dulce, animoso en la obra, fervoroso en la caridad, fiel en lo que se le encomendaba, circunspecto y discreto en el consejo. Era compuesto sobre todos los hombres que haya yo visto en estos tiempos, perseverando consecuente consigo mismo en todo tiempo y hora. Verdaderamente puso sus plantas en las sendas del Señor Jesús, ni retiró el pie de ellas hasta consumar el curso de su camino. El fué pobre, también fué pobre éste. Vivió Aquel en trabajos, y en muchos trabajos vivió éste. Aquél fué crucificado, y éste fué clavado en muchas y grandes cruces, y llevó en su cuerpo las señales de las llagas del Señor Jesús, cumpliendo también en su carne lo que faltaba de las pasiones de Cristo. Aquél resucitó y éste resucitará. Aquél subió al cielo, y se espera que éste también subirá, habiendo de subir sin duda en cuerpo y alma cuando el Rey de la gloria descenderá por nosotros, así como ascendió antes, para hacer manifiesta su potencia, puesto que no es cosa de menor excelencia descender por el aire que haber subido antes por el aire. Porque así en otro tiempo los ángeles lo predijeron: *Este Jesús que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá del mismo modo que le habéis visto subir*

ahora [5]. No alabes al hombre en su vida, dice la Escritura [6], por el motivo de no ser oportuna la alabanza sino después de la muerte. Esto mismo observé yo cuidadosamente respecto de él, no abriendo mi boca para alabarle mientras vivía, porque acaso no incurriésemos yo en la nota de adulación o él en la culpa de vanidad. Desde ahora ya no hay que temer ni lo uno ni lo otro; ni yo le veo a él, ni él quizá me oye a mí. Mas, aunque lo oiga, no se mueve con las palabras de los hombres, fijándose más atenta y felizmente en la palabra de Dios. Nada aprovechará el enemigo en él, y el instigador de la vanidad no llegará a dañarle.

6. Ve ya delante de ti, Padre dulcísimo, aquella fuente de pureza a que anhelabas sediento con tanto ardor de ánimo; ve cómo ya estás sumergido en aquel abismo de la piedad divina, de quien tan devotamente solías anunciar la memoria de la abundancia de suavidad. Porque ¿quién como él fué tan devoto predicador de la piedad divina, quién tan cuidadoso elogiador de la pureza humana y quién tan afectuoso amante de ambas cosas? ¿O a quien alguna vez hablaste cinco palabras, en las cuales no resonase la pureza verdadera, en las cuales no se oyese la santa piedad de Dios? No me duelo, pues, sobre él, pues sació el Señor el deseo de su alma; más bien lloro que me han quitado a mí un fiel consejero, un poderoso auxiliar, un varón concorde con mi alma, un hombre según mi corazón. En mí han recaído todos estos males. A mí pasaron tus iras, Señor Jesús, y tus terrores me han conturbado. Habías alejado de mí a mis amigos y allegados, y sacando de la miseria a mis conocidos, me dejaste a mí en las miserias. Me quitaste los hermanos según la carne, y más hermanos aún en el espíritu, hombres sabios en tus negocios y en los negocios seculares que son conforme a ti. Te llevaste de aquí otros muchos que conllevaban mi carga, esta pesada carga que pusiste sobre mí. Uno, y casi el único que me había quedado de tantos y tan íntimos amigos y coadjutores míos, Humberto, tanto más suave amigo cuanto más antiguo, también te le llevaste, porque era tuyo. A mí, a mí solo me reservas para los trabajos, yo muero en cada uno de ellos y has hecho que se estrellaran en mí todas tus olas. ¡Ojalá que a quien azotas le des la muerte de una vez y no guardes a ese hombre miserable para tantas y tan grandes muertes! Sin embargo no quiero usar otro len-

[5] Act. 1, 12. [6] Eccli. 11, 30.

guaje que el del santo Job, que solía decir: El que ha comenzado a herirme, acabe conmigo; y éste sea mi consuelo, que afligiéndome con dolor termine en mí su obra crucificante. Estoy dispuesto a los azotes, por si acaso el piadoso Padre conmuta los azotes en beneficios. Por lo que también mis palabras no están llenas de queja, sino de dolor. No lloro a Humberto, puesto que no debe ser llorado el que fué llamado a la mesa del rico, sino que lloro sobre mí y sobre vosotros, sobre esta casa y sobre los demás hermanos nuestros, los cuales todos esperaban los consejos de su boca. Así el Salvador, yendo cargado con su cruz, como un ladrón que llevara a hombros el instrumento de su suplicio, habiendo visto a las mujeres que le habían seguido desde Galilea lamentarse sobre El, vuelto a ellas las dijo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, llorad más bien sobre vosotras y sobre vuestros hijos*[7]. *Pues las cosas que de mí fueron profetizadas ya tocan a su fin*[8]. Las cosas que veis me preparan a mí, también son temporales, las que no veis son eternas. Si son temporales, son transitorias; si son transitorias, son también mortales; y el mero hecho de que son visibles es prueba cierta de que pasan y mueren. Cosas temporales fueron también las que miramos en la muerte de Humberto, pero ya logró el gozo y la alegría para perpetuas eternidades.

7. Así, no hemos de llorar nosotros por aquel a quien no aflige ya llanto ni dolor. Pero ni por nosotros, a quienes fué quitado, nos hemos de quejar, sino más bien dar gracias al Señor porque nos lo concedió tanto tiempo. Pues si la memoria no me es infiel, han pasado diez años en los cuales no vivió sino para nosotros y con nosotros, y aquí está mi temor, de que por eso ha sido trasladado, porque no éramos dignos ya de su compañía. Sin embargo, ¿quién sabe si el Señor se lo ha llevado para que con sus súplicas nos proteja delante del Padre? ¡Ojalá sea así! Porque, si era tanta su caridad cuando estaba con nosotros, que todas las cosas que tocan a las solicitudes corporales con más gusto me las cedía a mí que las tomaba para sí, ¿cuánto más ahora, que está allegado a la suma caridad, que es Dios, será mayor para mí su benevolencia y caridad? Mas acaso ahora conoce más completamente la verdad respecto de mí y de mi conducta; y no se compadece, como solía, sino que, como yo recelo, se indigna. Pero si

[7] Lc. 23, 28. [8] Lc. 22, 37.

también por mis pecados nos le quitó Dios, ojalá me alcance él que misericordiosamente se me perdone esto mismo, a fin de que no tenga yo que padecer pena sobre pena.

8. En lo demás, hermanos míos, os digo que si siguierais sus huellas, no tan fácilmente caeríais en pensamientos vanos, en palabras ociosas, en pasatiempos y chanzas, porque en estas cosas perdéis mucho así de vuestra vida como de vuestro tiempo. Vuela el tiempo siendo irrevocable, y cuando pensáis que os libráis de un trabajo que en sí es cortísimo, incurrís en otro mayor. Porque debéis saber que, después de esta vida, en el lugar del purgatorio tendremos que pagar cien veces doblado y hasta el último cuadrante lo que aquí hubiéramos omitido por negligencia. Yo bien sé que es duro para el hombre disipado el someterse a la corrección, para el hablador, guardar el silencio, y permanecer de asiento en el monasterio a aquel que estaba acostumbrado a vaguear de abadía en abadía; pero más duro, y mucho más duro, sería haber de tolerar aquellas futuras molestias. También Humberto, en los comienzos de su vida monacal, tuvo que superar, como yo mismo supe, muchas tentaciones sobre estas cosas, pero peleó con mucho valor y fatiga, y venció; y así como entonces era duro para él sostener el combate en las tentaciones, así ahora le hubiera sido más duro el volver a aquellas ocupaciones inútiles, porque la buena costumbre se había hecho en él naturaleza. Ejercitaos vosotros en estas enseñanzas y atended al ejemplo que visteis en él y ahora habéis oído, para que lleguéis un día a aquel Señor a quien él llegó, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

EN LA DEDICACION DE LA IGLESIA [*] [1]

1 De cinco misterios de la dedicación [**]

1. La festividad de hoy, hermanos, tanto mayor devoción debe excitar en nosotros cuanto nos es más familiar.

---

[*] PL 183, 517-536.

[1] San Bernardo predicó estos seis sermones en la fiesta de la dedicación de la basílica de Claraval, que él mismo había comenzado a construir y que a su muerte estaba todavía sin terminar. La solemnidad tenía lugar probablemente después de la fiesta de San Andrés. El rito de la consagración de las iglesias no era en su tiempo tan complejo como en el actual.

[**] PL 183, 517.

Porque, a la verdad, las demás festividades de los santos nos son comunes con las demás iglesias, pero ésta de tal modo nos es propia, que si nosotros no la celebráramos, a nadie se le podría ocurrir siquiera el celebrarla. Nuestra es, porque es de nuestra iglesia, y todavía es más nuestra porque es de nosotros mismos. ¿Os admiráis quizá y os ruborizáis de que se celebren fiestas de vosotros? ¡Por Dios!, *guardaos de haceros semejantes al caballo y al mulo, que no tienen entendimiento.* Porque ¿qué santidad pueden tener estas paredes para que celebremos su solemnidad? Tienen, sin duda, santidad, pero por nuestros cuerpos. ¿Dudará por ventura alguno que son santos vuestros cuerpos, los cuales son templo del Espíritu Santo, para que sepa cada uno de vosotros usar del propio cuerpo santa y honestamente? Así, pues, santas son las almas por el Espíritu de Dios que habita en vosotros; santos son los cuerpos por razón de las almas, santo es también este templo por razón de los cuerpos que en él moran. Todavía estaba detenida en la carne corruptible y en el cuerpo de pecado, con el que había cometido el grave crimen de adulterio el alma de aquel que decía: *Guarda mi alma, puesto que soy santo*[2]. Admirable es verdaderamente Dios en sus santos, no sólo en los celestiales, sino en los terrenos también. En ambas partes tiene santos, y en unos y otros es admirable beatificando a aquéllos y santificando a éstos.

2. ¿Buscáis acaso alguna prueba de esta santidad de que hablamos, y deseáis que se os muestren algunos milagros de estos santos? Muchos de vosotros ciertamente salieron varonilmente de los pecados y vicios en que antes se revolcaban cual si fueran animales inmundos y resisten valerosamente cada día a los que les impugnan, según el Apóstol, quien, hablando de los santos, dice: *Sanaron de grandes enfermedades, se hicieron valientes en la guerra*[3]. ¿Qué cosa más maravillosa que aquel que antes apenas por dos días podía contenerse de la lujuria, de la demasía del vino, de glotonerías y embriagueces, de las disoluciones e impudicicias y de los demás semejantes y desemejantes vicios, se contenga de ellos ahora durante muchos años y aun toda su vida? ¿Qué mayor milagro que el que tantos jóvenes, tantos mozos, tantos nobles, en fin, todos los que veo aquí, estén como presos en una cárcel abierta, sin gri-

[2] Ps. 85, 2.
[3] Hebr. 11, 34.

llos y detenidos con sólo el temor de Dios, que perseveren en tanta austeridad de penitencia, más allá del poder humano, sobre la naturaleza y contra la costumbre? Vosotros mismos veis, como yo creo, cuántos milagros podríamos hallar si fuera permitido escudriñar en particular la salida de Egipto de cada uno y el camino del desierto que le fué preciso recorrer, esto es, la renunciación del siglo, la entrada en el monasterio y su modo de vivir en él. ¿Qué son estas cosas sino argumentos manifiestos del Espíritu Santo que habita en cada uno de vosotros? Porque los movimientos vitales de su cuerpo prueban que el alma habita en él y la vida espiritual que llevan es claro indicio de que habita el Espíritu en su alma. Aquello se distingue por la vista y el oído; esto por la caridad, humildad y las demás virtudes que practican.

3. Vuestra es, pues, hermanos carísimos, vuestra es la festividad de hoy. Vosotros habéis sido dedicados al Señor, El os ha escogido y tomado por cosa propia: *A tu cuidado,* dice el profeta, *está la tutela del pobre, tú eres el amparo del huérfano*[4]. ¡Qué bien trocasteis, carísimos, todo lo que pudisteis tener en el siglo, cuando, dejando todas esas cosas, habéis merecido ser cosa propia del Autor del siglo y tener por posesión propia a aquel Señor que, sin duda, es la porción y heredad de los suyos! No vuelvo a decir es bienaventurado el pueblo que tiene estas cosas, sino que es *bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios*[5]. Ved, pues, si no es razón que celebremos como día festivo aquel en que nos tomó por suyos propios y se posesionó de nosotros por medio de sus ministros y vicarios, para que suceda como El mismo ya en otro tiempo lo había prometido diciendo: *Yo en medio de ellos seré su Dios*[6]; y nosotros somos su pueblo y ovejas de su aprisco. Pues cuando esta casa por manos de los pontífices fué dedicada al Señor, se hizo esto sin duda para nosotros, no sólo para los que entonces estuvimos presentes, sino para todos los que hasta el fin de los siglos han de militar en el servicio del Señor en este lugar.

4. Por tanto es necesario que se cumpla en nosotros espiritualmente todo lo que visiblemente se ejecutó en este templo. Y si queréis saber qué ceremonias se realizaron

[4] Ps. 10. 14 iuxta Hebr.
[5] Ps. 143, 13.
[6] Zach. 2. 3.

entonces, os diré que la *aspersión*, la *inscripción*, la *unción*, la *iluminación* y la *bendición*. Tales fueron los sagrados ritos con que consagraron este templo los pontífices, y estas mismas son las que Cristo, cual Pontífice supremo que nos ha de dar los bienes en la vida futura, obra invisiblemente cada día en nosotros. Porque, en primer lugar, nos *rocía con el hisopo*, para que nos limpiemos, nos lavemos, nos blanquecemos y se diga de nosotros: *¿Quién es esta que asciende blanqueada?* [7] Nos lava, digo, en la confesión, nos lava con lluvia de lágrimas, nos lava con el sudor de la penitencia y nos lava más aún con aquella agua preciosísima que manó de la fuente de la piedad, esto es, de su costado. Nos rocía con el hisopo, que es yerba humilde y purgativa del pecho; con el agua de la sabiduría saludable, que es el temor de Dios, principio de la sabiduría y fuente de vida, y mezcla además el condimento de la sal, para que no sea el temor insípido, faltándole la esperanza y la devoción. Mas no sólo es esto, sino que también *escribe con el dedo de Dios*, con el cual arrojaba los demonios, sin duda alguna por virtud del Espíritu Santo. Escribe, repito, su ley, no ya en la piedra, sino en las carnales tablas del corazón, cumpliendo la profética promesa en la que ofreció que nos quitaría el corazón lapídeo [8] y nos daría un corazón de carne, esto es, un corazón no duro, no obstinado, no judaico, sino piadoso, manso, tratable y devoto. *Bienaventurado aquel a quien tú instruyes, Señor, y le enseñas tu ley* [9]. Bienaventurados, vuelvo a decir, los que son enseñados *y se acuerdan de sus mandatos para ejecutarlos* [10]. De otra suerte, *al que conoce el bien y no lo ejecuta, se le argüirá de pecado* [11]; *y el siervo que sabe la voluntad de su Señor y no la hace recibirá muchos azotes* [12].

5. Por lo cual es necesario que la *unción* espiritual de la gracia ayude nuestra flaqueza, suavizando con su divina virtud las cruces de tantas y tan diversas observancias y mortificaciones que tenemos que practicar, puesto caso que no es posible que sigamos a Cristo sin cruz. A la verdad, ¿quién podría sostener la aspereza de la cruz sin unción? De aquí es que muchos tienen horror y huyen de la penitencia viendo ciertamente la cruz, pero sin fijarse en que está *ungida*. Vosotros, que lo habéis experimentado, vosotros mismos sabéis que verdaderamente está ungida nues-

[7] Cant 8. 5.
[8] Ez. 11. 19.
[9] Ps. 93. 12.
[10] Ps. 101. 18.
[11] Iac. 4. 17.
[12] Lc. 12. 47.

tra cruz y que, por la gracia del Espíritu Santo que nos ayuda, es suave y deleitable nuestra penitencia y, por decirlo así, es dulcísima nuestra amargura. Mas después que precedió la unción de esta gracia, ya Cristo no pone su antorcha debajo del celemín, sino sobre el candelero para que *ilumine,* porque es tiempo de que luzca nuestra luz delante de los hombres y vean nuestras obras buenas y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos.

6. La *bendición,* a la verdad, la aguardamos al fin, cuando abra su mano y colme de bendiciones a todos los vivientes. En los cuatro ritos antes mencionados se simbolizan los méritos ; en la bendición los premios. En la bendición llegará a su colmo la gracia de la santificación, pues entonces formaremos ya una casa no hecha por manos de hombres, sino eterna en los cielos ; formaremos aquella casa preciosa y sublime edificada con piedras vivas, que son los ángeles y los hombres. A un tiempo mismo, pues, se ha de hacer el edificio y la dedicación misma se ha de completar. Sin duda las vigas y las piedras separadas no hacen la casa ni en ellas puede habitar alguno ; la unión sola hace la casa. Así la unión perfecta de los celestiales espíritus, continuada sin división alguna en sí misma, ofrece una entera y congruente habitación a Dios, a la cual beatifica inefablemente la gloria de la majestad que reside allí. Porque ¿quién sabría todos los consejos de los reyes o quién conocería todos sus dichos o hechos como los postes y paredes del palacio, si no les faltase el sentido de inteligencia? Así aquellas piedras vivas y racionales de la celestial curia están presentes a los divinos consejos, y por esto conocen los misterios de la Trinidad y oyen las palabras inefables que no es permitido a los hombres hablar. *Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán* [13], puesto que cuanto más ven, más entienden, más conocen, y cuanto más conocen tanto más aman, más alaban y más admiran.

7. Pero por cuanto dijimos ya, que los materiales de aquella casa están unidos entre sí y perfectamente enlazados, resta que de algún modo expliquemos en qué consiste esa unión y conexión. Leemos en Isaías : *Bien hecha está la soldadura* [14]. Con una duplicada soldadura, pues, que

[13] Ps. 83, 5.
[14] Is. 41, 7.

consta de un conocimiento pleno y de un amor perfecto, se juntan entre sí los bienaventurados. Porque con tanto mayor amor se adhieren entre sí recíprocamente, cuanto están más adheridos a la misma caridad, que es Dios. No puede desunirlos ni separarlos sospecha alguna, por cuanto los rayos fulgentísimos de la verdad que contemplan no permiten que se oculte a ninguno de ellos cosa alguna de las que pasan en los demás. *Porque si quien está unido con Dios es un mismo espíritu con El,* no hay duda alguna que los bienaventurados, que viven perfectamente unidos, compenetran igualmente todas las cosas con El y en El. Si deseáis morar un día en este palacio, anhele y desfallezca vuestra alma por llegar a los atrios del Señor, y a semejanza del salmista clamad: *Una sola cosa he pedido al Señor; ésta buscaré y solicitaré, y es el que pueda yo morar en la casa del Señor todos los días de mi vida*[15]. Imita igualmente al mismo profeta, el cual, *como juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob: Si yo entro en el tabernáculo de mi casa,* etc. Pero acerca de esto hemos de tratar en otro sermón lo que el mismo Señor se digne darnos a entender.

2 De cómo debemos concordar con nosotros mismos y con los demás*

1. En otro tiempo el glorioso rey y profeta santo del Señor, David, comenzó a revolver en su mente un religioso pensamiento, juzgando por cosa indigna que no tuviese casa alguna en la tierra el Señor de los ejércitos, mientras que él habitaba una casa propia de la dignidad real[1]. Esto mismo, hermanos míos, es razón que nosotros también, fiel y varonilmente, lo llevemos a efecto. Pues el haber sido reservada esta obra para Salomón, no obstante que había agradado a Dios el pensamiento de David, pende de otra razón que no es del caso explicar. Mas tú, alma mía, verdaderamente habitas en una sublime casa que fabricó Dios para ti. Hablo de este tu cuerpo, de tal modo organizado, dispuesto, embellecido y ordenado, que puede servirte de morada gloriosa y deleitable. Y aun al mismo cuerpo le fabricó una casa excelsa, acomodadísima y hermosa,

[15] Ps. 26. 4.

* PL 183. 521.

[1] 2 Reg. 7. 12; 1 Par. 17. 1.

que no es otra que este mundo visible y habitable. Ahora bien, ¿no te parece cosa indigna que Él haya hecho casa para ti y que tú no hagas diligencia alguna para edificarle un templo? En cuanto a ti, todavía tienes aquí una casa en qué morar, pero está cierto de que en breve se derrumbará, y si antes no previenes otra, el mejor día te verás expuesto a la lluvia, al viento y al frío. Mas, ¡ay!, ¿quién podrá soportar el extremado rigor de aquel frío? Dichosa, por tanto, y muy dichosa, el alma que puede decir: *Sabemos que si esta nuestra casa terrestre en que habitamos viene a derrumbarse, Dios nos dará en el cielo otra casa no hecha por manos de hombre y que durará eternamente*[2]. Por tanto, alma mía, no des sueño a tus ojos ni permitas dormitar a tus párpados hasta que hayas fabricado una morada al Señor y un tabernáculo al Dios de Jacob[3].

2. ¿Pero en qué pensamos, hermanos míos? ¿En dónde se halla el lugar de este edificio o quién podrá ser el arquitecto? Pues este templo, visible para nosotros, sin duda se hizo para ser habitación nuestra, puesto que no habita el Altísimo en casas fabricadas por manos de hombres. ¿Qué templo, pues, edificaremos para aquel Señor que dice, y con mucha verdad: *El cielo y la tierra lleno yo?*[4] Me atribularía en gran manera y se acongojaría mi espíritu si no le oyera decir: *El Padre y yo vendremos a él y haremos en él nuestra mansión*[5]. Así que ya sé ahora en donde debe ser preparada la casa para El, porque no puede morar sino en su imagen. El alma es capaz de Dios, pues ciertamente fué criada a su imagen. Por lo que date prisa, adorna tu tálamo, Sión, porque se ha complacido el Señor en ti y será habitada tu tierra. Regocíjate mucho, hija de Sión, tu Dios ha de habitar en ti. Di con María: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*[6]. Di también, según las palabras de la bienaventurada Isabel: *¿Y de dónde a mí tanta dicha que venga la majestad de mi Señor a mí?*[7] ¡Cuánta benignidad, cuánta gloria de las almas, que el Señor de todas las cosas y que de nada tiene indigencia mande que se haga templo para él en ellas!

3. Por esto, hermanos míos, con todo el deseo y con digna acción de gracias, trabajemos en edificarle ese templo en nosotros; primeramente, seamos cuidadosos de que ha-

[2] 2 Cor. 5, 1. [4] Ier. 23, 24. [6] Lc. 1, 38.
[3] Ps. 131, 4-5. [5] Io. 14, 23. [7] Lc. 1, 43.

bite en cada uno; después de esto, en todos juntamente, porque ni desdeña El a cada uno en particular ni a todos juntos. En primer lugar, pues, procure cada uno no discordar de sí mismo, porque todo reino en sí dividido será desolado, y una casa caerá sobre otra casa[8], ni entrará Cristo en donde estén las paredes inclinadas y los muros desplomados. Además, ¿por ventura no quiere el alma tener la casa de su cuerpo entera? ¿Acaso no se vería precisado a salir de ella si fueren separados los miembros unos de otros? Si desea, pues, que habite Cristo por la fe en su corazón, esto es, en sí misma, evite cuidadosamente el que sus miembros, o sea, su entendimiento, su voluntad y su memoria discorden entre sí, de suerte que su inteligencia permanezca libre de error, porque la voluntad ama a la inteligencia exenta de todo error; procure también que esté la voluntad sin iniquidad, porque así la quiere ver la inteligencia. De otra suerte, si el alma se condena a sí misma, a causa de la malicia de la voluntad, en aquello mismo que la razón tiene por bueno, es ya una guerra intestina y una peligrosa discordia, porque semejante razón está censurando a la voluntad, y la acusa, la juzga y la condena. Por lo cual dice el Señor en el Evangelio: *Compónte luego con tu adversario mientras estás con él en el camino, no sea que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue en las del alguacil y te metan en la cárcel*[9]. Esté igualmente la memoria sin mancha, para que no quede en ella pecado alguno que no se borre con la confesión sincera y los frutos dignos de penitencia. De otra suerte, a la conciencia en la que se encubriera el pecado, la aborrecería la voluntad y la abominaría la razón. Según esto, buena habitación prepara a Dios aquel de quien ni la razón está engañada, ni la voluntad pervertida, ni la memoria manchada.

4. Hallándose ya cada uno con estas disposiciones, es necesario, además, que todos nosotros nos unamos y conglutinemos por una mutua caridad que es vínculo de perfección. A la verdad, en esta vida no podemos tener conocimiento perfecto de la conciencia de los demás, y acaso tampoco es conveniente tenerle. En la casa celestial el conocimiento es nutrimiento del amor, pero aquí podría ser detrimento. Porque ¿quién se gloriará de que tiene casto el

[8] Mt. 12. 25.
[9] Mt. 5, 25.

corazón? Por tanto sería fácil que se viera confundido el que fuese conocido y que este conocimiento dañara al que lo tuviera. Allí será gustoso el conocimiento en donde ya no habrá mancha. Aquella casa, pues, está unida más firmemente, como que ha de permanecer por toda la eternidad; en cambio ésta, como que es tabernáculo de combatientes, está menos perfectamente unida. Aquélla, sin duda, es casa de alegría; ésta, de milicia; aquélla es casa de alabanza; ésta, de oración. Esta, repito, es la ciudad de nuestra fortaleza, aquélla es la ciudad de nuestro descanso. Así, si somos aquí victoriosos, seremos allí gloriosos, teniendo en vez de morrión la diadema, en vez de la espada el cetro y la palma, la vestidura dorada en vez del escudo, y en vez del peto, la estola de gozo. Entre tanto parece más tolerable el estar oprimido que el ser muerto y el sostener el peso del escudo y de la cota que el ser herido con los dardos de fuego del maligno, de los cuales, con su protección soberana, nos guarde Aquel que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

3 De los tres preparativos de guerra que necesitamos para guardar y defender el castillo de Dios *

1. Esta casa, hermanos míos, es un castillo del Rey eterno, pero sitiado por los enemigos. Así, todos cuantos hemos jurado seguir sus banderas y nos hemos alistado en su milicia, debemos persuadirnos de que tenemos necesidad de tres defensas para la custodia de este castillo, es a saber, de *alcázar*, de *armas* y de *alimentos*. ¿Cuál es el alcázar? *Sión es nuestra ciudad fuerte*, dice el profeta; *el Salvador será para ella su muro y su baluarte* [1]. El muro es la continencia, y el baluarte la penitencia. Buen muro el de la continencia, pues de tal suerte circunda y ciñe alrededor por todas partes la plaza, que ni por las ventanas de los ojos ni por las de los demás sentidos se permite la entrada a la muerte. Buen baluarte el de la penitencia, que sostiene los primeros ímpetus de los enemigos, para que nos mantengamos varonilmente entre las muchas tentaciones y perseveremos siempre inalterables, puesto que el

* PL 183, 523.
[1] Is. 26, 1.

único remedio, cuando la continencia es acometida y en algún modo vacila, es poner delante la paciencia, y por más que se encienda el sentido del pecado, negarle resueltamente el consentimiento. *Mediante vuestra paciencia*, dice el Salvador, *poseeréis vuestras almas*[2]. Se pone, pues, en su ciudad el Salvador por muro y antemural, hecho para nosotros por Dios Padre justicia y para el profeta paciencia, como él mismo dice: *Porque tú eres, Señor, mi paciencia*[3]. Sirve de muro, vuelvo a decir, en la conducta de nuestra vida, y de antemural en la tolerancia de los trabajos, haciendo que nos abstengamos de todos los deleites de la carne y del presente siglo y que suframos varonilmente todo lo adverso.

2. Conviene además que preparemos las *armas*, pero armas espirituales, potentísimas, no sólo para resistir las acometidas del enemigo, sino también para atacarle briosamente y vencerle. *Revestíos de toda la armadura de Dios*, dice el Apóstol, *para poder contrarrestar las asechanzas del enemigo*[4]. ¿En qué pensamos, pues, hermanos míos? Pesada es, a la verdad, para nosotros la tentación del enemigo, pero mucho más pesada es para él nuestra oración. Nos molesta su iniquidad y astucia, pero mucho más le atormenta a él nuestra sencillez y misericordia. No puede resistir a nuestra humildad; con nuestra caridad se abrasa y le atormenta sobremanera nuestra mansedumbre y obediencia. Por otra parte no podemos ser apretados por hambre, de suerte que nos veamos compelidos a entregar el castillo a los enemigos, porque, a Dios las gracias, no cae sobre nosotros aquella terrible amenaza de hambre y sed que nos hace oír el profeta, o más bien el Señor por medio del profeta[5], porque allí no era cuestión de escasez de pan y agua solamente, sino también de la palabra de Dios. Por esto nos avisa el Evangelio que *no vive el hombre de sólo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*. Así que no nos faltan *alimentos* a nosotros, quienes frecuentemente oímos sermones y con más frecuencia las lecciones sagradas, y alguna vez gustamos también las delicias de la devoción espiritual, como cachorrillos que comen las migajas que caen de la mesa de sus señores; hablo de aquellos convidados celestiales que gozan ya de la abundancia de la casa de Dios. Tenemos, igualmente, el pan de las

[2] Lc. 21, 19. [3] Ps. 70, 5. [4] Eph. 6, 11. [5] Am. 8, 11.

lágrimas, que, aunque menos suave, sin embargo robustece grandemente el corazón. Tenemos, además, el pan de la obediencia, de que habla el Señor a los discípulos : *Mi comida*, dice, *es el hacer la voluntad de mi Padre*. Sobre todo tenemos el pan vivo del cielo, el cuerpo del Señor Salvador, con cuya fortaleza ciertamente es abatida toda la fortaleza de la parte adversa.

3. De este modo, pues, está guarnecida la fortaleza del castillo del Señor, de suerte que nada hay que temer con tal de que queramos obrar fiel y valerosamente, esto es, con tal de que no seamos *traidores*, ni *cobardes*, ni *ociosos*. *Traidores* son, ciertamente, todos los que en este castillo del Señor intentan introducir a los enemigos, cuales son los murmuradores, aborrecibles para Dios, y los que siembran discordias y fomentan escándalos entre sus hermanos. Porque así como el Señor sólo mora donde mora la paz, así es manifiesto que la discordia es el lugar más apropiado para morar el diablo. No os admiréis, hermanos míos, si os parece que hablo con alguna dureza, porque la verdad a nadie adula. Sepa que haría el oficio de traidor si alguno (lo que el Señor no permita) intentara introducir cualesquiera vicios en esta casa y convertir el templo de Dios en cueva de los demonios. Gracias a Dios, serán muy pocos aquí los que así procedan. Sin embargo, no faltará alguno quizá que, de vez en cuando, se ponga al habla con los enemigos y establezca pacto con la muerte, esto es, que trate (cuanto es de su parte) de aflojar los resortes de la disciplina de la Orden, de entibiar el fervor, turbar la paz y ofender la caridad. Guardémonos de ellos cuanto podamos, pues, como se escribe en el santo Evangelio, de esos tales *Jesús no se fiaba*. De verdad os digo que, aunque ahora se les tolere, sufrirán presto un grave juicio si con suma presteza no se enmendaren, puesto que el daño que intentan hacer es sumamente grave. ¡Cómo, hermano mío! ¿Guardas fidelidad, con tus obras, a la vanidad, a la tibieza o a otros cualesquiera vicios, y mientes a Dios con la tonsura? Un bellísimo castillo habrás quitado a Cristo si entregas a sus enemigos el de Claraval. Bellísimos réditos y preciosos en sus ojos los que recibe de aquí todos los años ; y el abundante botín que El arrebata a sus enemigos, suele ponerlo en este lugar de su alcázar, pues tiene mucha confianza en esta fortaleza. Mira a tantos y tantos que redimió del poder del enemigo y les congregó aquí des-

de las regiones del oriente y del ocaso, del aquilón y del mar. ¿A qué suplicios juzgas será entregado, a qué suplicios, vuelvo a decir, te parece será expuesto, después que fuere cogido (pues ni esconderse ni huirse podrá) el traidor de este castillo? No será condenado, ciertamente, a la muerte común de los demás, sino que es preciso que muera con exquisitos tormentos. Pero no me detengo por ahora más en esto; confío que de aquí en adelante nos guardaremos mejor de traición tan execrable, procurando con mayor solicitud no atraer, sino repeler los vicios, de cualquier especie que sean, carnales o seculares, a fin de que no merezcamos incurrir en la nota o la pena reservada a los traidores.

4. En segundo lugar, se debe también precaver que alguno, acaso vencido por la *pusilanimidad* y *cobardía*, huya de la guarnición, temblando y espantado en donde no hay que temer y reputándose con loca temeridad seguro en donde es sumo el peligro. Porque a las enemigas manos, a las enemigas espadas se expone cualquiera que huye, como si no supiera que aquellos enemigos carecen totalmente de misericordia, siendo a la verdad crueles con los ajenos, pero mucho más crueles con los suyos, como quienes son cruelísimos consigo mismos.

5. Digamos ahora siquiera dos palabras acerca del tercer peligro, porque mientras busco, deseoso en gran manera de vuestra salud (como es justo), diversos remedios para las diversas enfermedades espirituales, pasó ya la hora algún tanto. ¿Qué aprovechará que no quieras entregar el castillo, ni dejarle tampoco, si permaneces en él *ocioso* y desidioso? Por tanto, con todo el ánimo, con toda la virtud de que seamos capaces, carísimos, trabajemos en mantener y defender el castillo de nuestro Señor y Rey, que ha puesto a nuestro cuidado; andemos solícitos contra las astucias del enemigo y aparejados contra todas sus maquinaciones, según está escrito: *Resistid al diablo y huirá de vosotros*. Mas porque sabemos quién dijo: *A no ser que el Señor guardare la ciudad, en vano velará el que la guarda*, humillémonos bajo la mano poderosa del Altísimo, encomendándonos a nosotros mismos y a esta casa, con toda la devoción posible, a su misericordia, para que El nos guarde de todas las asechanzas de los enemigos, para alabanza y gloria de su nombre, el cual es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

4 De tres misiones *

1. Con votivas alabanzas celebramos este día y le honramos con festivos gozos. Mas, puesto que no corresponde a los religiosos ni es decente a los sabios el ignorar qué es lo que veneran o no saber lo que celebran, debemos investigar nosotros en memoria de qué santo o santos se hace esto. Pero ni juzgo yo que pueda prometer esto por mí mismo; hable primero otro cuyo testimonio sea mayor y parezca más creíble. Admiráis acaso a qué fin decimos en el principio de nuestra oración estas cosas, ofreciéndose más manifiestamente a vuestra vista la presente iglesia, cuya dedicación aniversaria se celebra. ¿Por qué debemos recelar llamar santas a unas paredes que santificaron con tantas ceremonias las sagradas manos de los obispos? Desde entonces, y sin interrupción alguna, sabemos que resuena aquí la repetición de lecciones santas, se perciben los devotos susurros de las santas oraciones, se honra la dichosa presencia de santas reliquias, vela en fin infatigable la guardia de los santos espíritus. Dirás acaso: Las demás cosas, a la verdad, son evidentes, ¿pero quién se gloriará de haber visto los centinelas angélicos? Aunque quizá no los ves, hay quien los ve: el mismo sin duda que los envía. ¿Quién es éste? El mismo que por el profeta dice: *Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardias* [1]. Hay, ciertamente, arriba una Jerusalén que es libre y es nuestra madre, pero de ningún modo creeré que hayan sido puestos guardias sobre sus muros, cuando en su alabanza canta el profeta: *El Señor ha establecido la paz en tu territorio* [2]. Mas si tú no juzgas suficiente eso, prosigue oyendo lo que se sigue en el testimonio precedente de Isaías: *Todo el día*, dice, *y toda la noche estarán alerta, no callarán jamás.* Pues es fácil advertir, aun por esto solo, que no es ésta aquella Jerusalén de la que leíste: *Sus puertas no se cerrarán al fin de cada día, pues no habrá allí noche* [3]. Aquella Jerusalén, pues, ni padece mutaciones ni necesita de guardias; a nuestros días y noches sí que es necesario que se deputen guardias. Por esto dice: *Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardias.*

2. Benigno eres, Señor, ni puedes contentarte con

* PL 183, 526.

[1] Is. 62, 6.
[2] Ps. 147, 14.
[3] Apoc. 21, 25.

esta frágil protección de nuestros muros, sino que a los mismos hombres que son prelados de otros hombres, sobrepone también la custodia de los ángeles, para que defiendan los muros y a los que están dentro del ámbito de ellos. Así es, Padre, porque así agrada a tus ojos y es necesario a nosotros. Porque es insuficiente nuestra administración, a no ser que con nosotros y por nosotros envíes al ministerio a aquellos espíritus destinados por ti a esto, para que percibamos la herencia de la salvación. ¿Qué importa, pues, que no veamos el obsequio si experimentamos el auxilio? ¿Qué importa que no merezcamos su aspecto si percibimos el efecto? Ciertamente aprendemos, aun de esto solo, que las cosas invisibles se deben preferir a las visibles, porque las cosas que se ven son temporales; las que no se ven, eternas. A más de que en las cosas invisibles está la causa de las visibles, conforme a aquello que dice el Apóstol: *Las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas visibles*[4]. De este modo, sin duda, en otro tiempo confutó Jesús a los judíos, que blasfemaban al Santo de Dios acerca de la invisible remisión de los pecados, con el signo visible de la sanidad corporal: *Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa*[5].

3. Por modo parecido, al fariseo que murmuraba contra el médico que obraba la salud y que estaba censurando a la enferma que era sanada, le convenció de su error con indicios manifiestos, enumerando los obsequios que de ella recibía[6]. Erraba el que tenía horror de aquella mujer, como si fuera todavía pecadora la que, asida a las divinas plantas, las regaba con sus llantos, las enjugaba con sus cabellos, las apretaba con sus besos y las ungía con preciosos aromas. ¿Pues quién hará mención de los crímenes que ya están borrados, quién censurará a la que toca ya al Señor, quién juzgará pecadora a la que cuando llora las culpas cometidas aborrece la iniquidad, cuando besa los pies del Señor ama la justicia, y, sucesivamente, cuando los enjuga con sus cabellos exhibe la humildad, y cuando con aromas los unge muestra la mansedumbre? ¿Por ventura es posible que reine el pecado en un ánimo contrito y

[4] Rom. 1, 20 [5] Mc. 2, 10. [6] Lc. 7, 38 ss.

en un espíritu que gime? ¿Acaso la mucha caridad no cubre la muchedumbre de los pecados? *Se la perdonaron muchos pecados porque amó mucho.* Con razón por esto no debe llamarse ya pecadora, ¡oh fariseo!, según tu sentencia, sino discípula santa de Cristo, de quien aprendió en tan breve tiempo a ser mansa y humilde de corazón. Sin duda, esto es lo que en el profeta leíste, pero acaso lo despreciaste: *Da un vuelco a los impíos y ya no parecerán más*[7]. Así, carísimos, así acontecerá también con vosotros; si aquel antiguo acusador de los hermanos os impropera con vuestros pecados pasados, de los cuales vosotros mismos os avergonzáis, escuchad al Apóstol, que os consuela magníficamente, diciendo: *Esto fuisteis, a la verdad, pero ya estáis lavados, ya estáis santificados*[8]; y aquello otro: *Ahora el fruto de vuestras buenas obras es vuestra santificación, pero su fin es la vida eterna*[9]. Y explicándose más claramente en otra parte añade: *El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros*[10].

4. Quien así habla es el mismo a quien cedimos la palabra al principio de este razonamiento, cuando preguntábamos quiénes eran los santos cuya santidad aplaudíamos con solemne devoción. Porque, aunque haga que estas paredes se llamen y sean santas, la consagración de los obispos, la lectura habitual de las Escrituras, las asiduas oraciones, las reliquias de los santos y la visita de los ángeles, con todo eso de ningún modo se ha de creer que es honrada por sí la santidad de ellas, siendo cierto que ni por sí se santifican. Antes bien, es santa la casa por los cuerpos, los cuerpos por las almas y las almas por el espíritu que habita en ellas. Ni dude nadie acerca de esto, puesto que tenemos signos visibles de su gracia invisible para bien nuestro. Digo esto porque también vosotros, a semejanza del paralítico evangélico, con el auxilio de esta gracia os habéis levantado del lecho de vuestro cuerpo en que yacíais enfermos, y cargándooslo fácilmente sobre las espaldas de vuestra alma, vais caminando hacia vuestra casa, hacia aquella casa que ha de ser vuestra alegre morada y a la que os referís cuando cantáis con el profeta: *Iremos a la casa del Señor*[11]. ¡Oh casa admirable y digna de ser preferida a los más bellos tabernáculos y a los atrios más deseables! *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor*

[7] Prov. 12, 7
[8] 1 Cor. 6, 11.
[9] Rom. 6, 22.
[10] 1 Cor. 3, 17.
[11] Ps. 131, 1.

¡Dios de las virtudes! Mi alma desea ardientemente estar en los atrios del Señor y está casi desmayada por el ardor de este deseo [12]. ¡Pero mucho más *bienaventurados son los que habitan en tu casa, Señor!; por los siglos de los siglos te alabarán* [13]. *¡Qué cosas tan gloriosas se han dicho de ti, oh ciudad de Dios!* [14] En los tabernáculos, pues, está el gemido de la penitencia, en los atrios el gusto de la alegría, en ti la saciedad de la gloria. Esta ínfima casa, a la verdad, es de oración; la de en medio es de expectación; tú, de acción de gracias y alabanza. Dichoso, por tanto, el que aquí se desviare del mal, que es la culpa, e hiciere el bien, para que se libre allí del mal, que es la pena, y en ti reciba el bien. Aquí, sin duda, están las primicias del Espíritu, allí las riquezas, en ti la plenitud, con la cual pondrán en nuestros senos aquella medida buena, llena, remecida y que rebosa. Aquí, en fin, se hacen los hombres santos, allí seguros, en ti bienaventurados. Estas son, en verdad, las primicias del Espíritu que se dan anticipadamente ahora a los que militan, a saber, la santidad en la conducta de la vida, la piedad en la intención, la fortaleza en el combate. En la santidad de la conducta entiende tú los frutos de la penitencia y todos los ejercicios corporales encaminados al cumplimiento de los divinos mandatos. Y porque estas cosas, si tu ojo no fuere sencillo, no pueden ser sencillas, necesariamente se te exige la piedad de la intención y la pureza del corazón, no sea que entre insensiblemente en él la ambición del honor o el apetito de la alabanza; por esto sólo debes desear complacer a aquel Señor que solo puede llenar tus deseos, y retornar al origen de su propia fuente toda la gracia que hayas recibido. Mas acuérdate que sola la perseverancia es coronada y que ésta no se puede lograr tan fácilmente entre tantos riesgos si no obtienes en tan multiplicada lucha multiplicada virtud. Esto es en los tabernáculos.

5. Por cierto, en los *atrios*, que reciben a los que salen de esta vida después de los molestos conflictos, para recrearlos con su amena alegría, se dan a éstos las riquezas del espíritu, el descanso de los trabajos, la seguridad de los cuidados, la paz de los enemigos. Puesto que el mismo Espíritu, que solía prohibirles con tanto ahinco el ocio y les intimaba la lucha, díceles ahora que ha llegado

[12] Ps. 83, 1 [13] Ps. 83, 5. [14] Ps. 86, 2.

ya el tiempo de descansar de sus trabajos. Los pondrá lejos de los cuidados y los eximirá de toda solicitud el mismo que al presente pone los consejos en su alma y hace que se turbe ahora andando solícita acerca de muchas cosas. Igualmente, alcanzada ya la victoria, les concederá el dormir en paz suavemente en Dios, el mismo que mientras todavía brama el león rugiente excita a las vigilias y arma para la pelea. Sin embargo, en estas cosas, como ya lo dijimos antes, más bien se halla la liberación del mal que la remuneración del bien ; con todo, la dura experiencia de nuestra necesidad nos obliga a reputar la ausencia del mal como colmo de bien, así como la conciencia reputa por plenitud de santidad el estar libre de graves delitos. De esto es fácil advertir cuán lejos estamos del sumo bien, pues tenemos por justicia el carecer de culpa, y por bienaventuranza el carecer de miseria.

6. Pero esté lejos de todos el pensar que a este modo es la abundancia de aquella casa y el torrente de delicias y todas las demás cosas que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni le pasó a hombre alguno por pensamiento, pero que el Señor tiene preparadas y que preparó Dios para los que le aman. No quieras, pues, oír, ¡oh hombre!, lo que no oyó el oído del hombre, ni preguntes al hombre lo que ni el ojo humano ve ni en el ánimo cabe. Mas por no callar enteramente acerca de esto, saludando desde lejos aquella nuestra patria, nos parece como percibir una triplicada promesa, conviene a saber, de potencia, de magnificencia y de gloria. Pues hombre era e hijo de este cautiverio el que decía : *Me internaré en la consideración de las potencias del Señor* [15]. Nosotros podemos saber qué cosa sea carecer de flaqueza, como quienes estamos circundados de ella ; mas qué sea el ser vestido de fortaleza y entrar de lleno en la potencia, ni sólo en la potencia, sino en mucha potencia, y acaso también en la omnipotencia, no lo podemos saber por ahora. Clama también un testigo fiel que *a los que justificó, también los magnificó* [16]. La magnificencia, aquella sublime magnificencia sobre todo, que es razón proceda de aquella grandeza que ni tiene fin ni número, ojalá se permita a nuestra pequeñez el aguardarla, porque no es posible apreciarla ni concebirla, mas en cuanto a la promesa de la gloria no hay que recelar ni tener sospe-

[15] Ps. 70, 16.
[16] Rom. 8, 30.

cha alguna ; feliz y confiadamente entonces te saciarás de gloria, de cuyo apetito por ahora te apartan con tantas conminaciones. Entonces tendrá cada uno, de parte de Dios, la alabanza segura y sempiterna, libre igualmente de fin que de riesgo, y, como está escrito, será aquélla una *alabanza gustosa y hermosa* [17]. Ea, pues, hermanos míos, militemos entre tanto varonilmente en los tabernáculos, para que después suavemente descansemos en los atrios, a fin de que, por último, nos gloriemos sublimemente en el paraíso, cuando las aflicciones tan breves y tan ligeras de la presente vida nos produzcan el eterno peso de una sublime e incomparable gloria, en donde seremos alabados en el Señor todo el día, no con alabanza vana y falaz, sino verdadera y eterna.

5 De dos consideraciones de sí mismo *

1. Hoy también, hermanos, celebramos una solemnidad, y solemnidad esclarecida. Esto, a la verdad, fácilmente lo digo ; mas si proseguís preguntando de qué santo, eso acaso, yo no lo diré tan fácilmente. Porque todas las veces que se celebra la memoria de algún apóstol, de algún mártir o confesor, no es dificultoso explicar de quién es la solemnidad, como, por ejemplo, de San Pedro, del glorioso Esteban, de nuestro santo padre Benito o de alguno de los demás grandes príncipes de la excelsa curia celestial. Mas ahora de ninguno de éstos se celebra la solemnidad, y, sin embargo, se celebra alguna, y no sólo alguna, sino una no pequeña. Y si lo queréis oír, se celebra la festividad de la casa de Dios, del templo de Dios, de la ciudad del Rey eterno, de la Esposa de Cristo. Ninguno duda, ciertamente, que es santa la Esposa del Santo de los santos y dignísima de celebrarse con todo honor. Mas ¿por ventura dudará alguno que sea santa la casa de Dios, de la cual se lee : *A tu casa es decente la santidad?* [1] Así también : *Santo es su templo, admirable en la equidad* [2]. Y San Juan testifica que vió él mismo la ciudad santa : *Vi*, dice, *la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que, viniendo de Dios, descendía del cielo, preparada como una esposa que se adorna para su varón* [3]. En las cuales palabras, a la verdad co-

[17] Ps. 146, 1.
* PL 183, 529.
[1] Ps. 92, 5.
[2] Ps. 64, 6.
[3] Apoc. 21, 2

mencé ya a declarar lo que por ahora, lo confieso, deseaba ocultaros. Digo, pues, que la misma Esposa, que es ciudad, a la vez es templo y casa también. Ni esto es de admirar, especialmente cuando es uno el mismo el que se digna mostrarse para con ella Esposo y Rey, Dios y Padre de familias.

2. Con todo eso, aún no juzgo que estaréis satisfechos hasta que más claramente entendáis qué cosa sea la que ha merecido llamarse y ser en realidad casa de este Padre de familias, templo de Dios, ciudad de este Rey y, finalmente, Esposa de este Esposo tan glorioso. Mas yo, verdaderamente, tengo no poco recelo de hablar lo que siento acerca de esto, no suceda que (lo que Dios no permita) alguno de vosotros lo escuche menos fielmente o menos humildemente, no suceda que acaso alguno salga de este auditorio o envanecido por la grandeza de la gloria o incrédulo por la pusilanimidad de su espíritu. Deseo siempre que vosotros seáis fieles y humildes, porque lo uno y lo otro es sobremanera necesario para la salvación, puesto que sólo a los humildes da la gracia el mismo Señor a quien sin la fe es imposible agradar. Deseo, pues, y ardientemente deseo, que procuréis mostraros a El como párvulos y grandes (mejor dicho, para que os admiréis más), como nada y algo, y aun algo que sea grande. Porque sin un ánimo grande no podréis lograr aquellos bienes tan grandes en arrebatar a la fuerza el reino de los cielos, del mismo modo que no podréis entrar en el reino de los cielos si no os convertís y hacéis como unos párvulos. No soy hombre de entendimiento profundo, ni puedo expresar con palabras lo que no he gustado. Con todo eso, diré lo que algunas veces siento que pasa en mí, para que si alguno acaso lo juzga útil, lo imite. Porque en otro tiempo se me pudo persuadir que tuviese piedad de mi alma, a fin de agradar a mi Dios, y, a la verdad, frecuentemente pongo la consideración en ella ; mas ojalá que esto pudiera y supiera hacerlo sin cesar. Hubo un tiempo en que de ninguna manera tenía gusto en hacer esto, sin duda porque la amaba poco, si es que la amaba ni siquiera un poco. Porque ¿de qué modo ama uno a aquel de quien ama la muerte? Y si, como es cierto e indubitable, la iniquidad es muerte del alma, claro está que es absolutamente cierta la sentencia del que dice : *Aquel que ama la iniquidad aborrece a su*

alma [4]. La aborrecía yo, sin duda alguna, y la aborrecería aún si no me hubiera enseñado a amarla Aquel que la amó primero.

3. Mas ahora que, por la infinita bondad del mismo Señor, tengo la dicha de parar la atención en mi alma, algunas veces me parece a mí, lo confieso, hallar en ella como dos cosas contrarias. Si la miro según la realidad como ella es en sí y de sí, nada puedo pensar con más verdad sino que está reducida a la nada. ¿Qué necesidad tengo ahora de contar una a una sus miserias, cuán cargada esté de pecados, cuán envuelta en tinieblas, cuán rodeada de peligros y pronta a los halagos de las concupiscencias, cuán expuesta a las pasiones, llena de ilusiones, inclinada a lo malo siempre, proclive a todo vicio y, por último, llena de toda confusión e ignominia? Ciertamente, si aún todas nuestras justicias, miradas a la luz de la verdad, son como un trapo sucio y asqueroso [5], ¿cuáles tendrán que ser reputadas nuestras injusticias? Si la luz que hay en nosotros es tinieblas, ¡cuán espesas serán las mismas tinieblas! Fácil es a cada uno de nosotros si examina todas sus cosas más plenamente y sin disimulo, y si las juzga sin acepción de persona, el asentir en todo a la apostólica verdad y clamar libremente: *El que juzga que es algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo* [6]. *¿Quién es el hombre para que hagáis de él tanto caso,* dice la fiel y devota confesión, *o para que os dignéis ocupar en él vuestro corazón?* [7] ¿Qué más? Sin duda se hizo semejante a la vanidad el hombre, a la nada está reducido el hombre y nada es el hombre. Sin embargo, ¿cómo es enteramente nada aquel a quien Dios magnifica? ¿Cómo es nada aquel a quien se ha allegado el Corazón divino?

4. Respiremos, hermanos, y si en nuestros corazones somos nada, acaso en el corazón de Dios puede ocultarse otra cosa acerca de nosotros. ¡Oh Padre de misericordias! ¡Oh Padre de los miserables! ¿Por qué llegas a ellos tu corazón? Sé, sé que donde está tu tesoro allí está tu corazón. ¿Cómo, pues, somos nada si somos tu tesoro? Todas las gentes, como si no fueran, así son delante de ti, y como la nada y lo vacío serán reputadas. Verdaderamente así es delante de ti, pero no así dentro de ti. Así es en el juicio de tu verdad, pero no así en el afecto de tu piedad. Sin duda

[4] Ps 10. 6.
[5] Is. 64. 6.
[6] Gal. 6. 3.
[7] Iob 7. 17.

llamas a las cosas que no son como a las que son. Conque a un mismo tiempo no son, pues a las que no son llamas; y son, puesto que las llamas. Porque, aunque no sean en cuanto a sí, sin embargo son para contigo; ciertamente, según dice el Apóstol: *No por las obras de justicia, sino por el que llama*[8]. Así, verdaderamente, así consuelas en tu piedad a quien humillaste en tu verdad, para que se desahogue magníficamente en tus entrañas el que con razón se estrechaba en las suyas. Por cierto, todos tus caminos son misericordia y verdad para los que buscan tu testamento y tus testimonios; testamento, sin duda, de piedad y testimonios de la verdad.

5. Lee, hombre, en tu corazón, lee dentro de ti mismo los testimonios de la verdad y te juzgarás indigno aun de esta luz común. Lee en el corazón de Dios la alianza que se hizo firme con la sangre del Mediador y verás al punto cuán inmensamente dista lo que posees con la esperanza de lo que tienes en la realidad. *¿Qué es el hombre,* dice Job, *para que hagáis de él tanto caso?* Grande es ciertamente, pero en Dios, puesto que fué engrandecido por El ¿Y cómo no ha de ser grande en Dios, teniendo Dios tan gran cuidado del hombre? *Porque El cuida de nosotros*[9], dice el apóstol San Pedro. Y el profeta: *Yo por mí soy un mendigo y desvalido, pero el Señor tiene cuidado de mí*[10]. Artificiosa conexión, sin duda, entre una y otra consideración, con la que, ascendiendo y descendiendo simultáneamente, en un mismo momento se miró a sí mendigo y desvalido, y a Dios solícito por él. Cosa de los ángeles es ésta, ascender y descender al mismo tiempo: *Veréis,* dice San Juan, *a los ángeles que ascienden y descienden sobre el Hijo del hombre*[11], puesto que no hay sucesión alguna o alternativa en sus ascensos y descensos. A un tiempo mismo son enviados para ejercer su ministerio en favor de aquéllos que deben percibir la herencia de la salud y asisten ante el rostro de la majestad de Dios, proveyendo el Señor misericordiosamente que por una parte nosotros tengamos el consuelo y por otra ellos no tengan tribulación alguna. De otra suerte, ¿cómo sufrirían con igualdad de ánimo el verse apartados por nuestra causa, aunque fuera por breve tiempo, de aquel rostro de gloria en quien desean mirar siempre? En fin, oye a la Verdad misma en el

[8] Rom. 9, 12.
[9] 1 Petr. 5, 7.
[10] Ps. 39, 18.
[11] Io. 1, 51.

Evangelio: *Los ángeles de ellos*, sin duda de los párvulos, *en los cielos siempre ven la cara de mi Padre* [12]. Porque están deputados de tal modo a la guarda de los párvulos, que en ninguna manera se vean privados de su bienaventuranza. De aquí es que el bienaventurado San Juan vió a la santa ciudad de Jerusalén descendiendo, mas no la pudo ver estando quieta. Y advierte que dijo que descendía, no que caía. Porque cayó en otro tiempo una parte no pequeña de aquella ciudad, pero la que de ningún modo era santa, siendo causa de su gravísima caída, el haberse hecho enemiga de toda santidad.

6. Esta ruina y caída terrible no pudo verla San Juan porque todavía no existía; pero vióla el Verbo, que era en el principio; vióla Aquel que es el Principio, y que decía a sus apóstoles: *Veía yo a Satanás caer del cielo súbito como un rayo* [13]. Así, pues, aquella parte que cayó ha de ser reparada por Dios cuando levante de sus ruinas y reedifique los muros de Jerusalén, mas no con aquellos mismos que cayeron. Pero esta Jerusalén que apareció descendiendo, ya estaba preparada, y por esto añadió el mismo San Juan: *Preparada por Dios* [14]. Porque el descender los ángeles y no caer fué obra de la divina preparación, por cuanto fué preparada sin duda por Dios así su voluntad como su facultad. Por lo que testifica el Apóstol, no sólo que son espíritus destinados a ejercer su ministerio, sino que son enviados a ejercerlo. ¿Qué mucho envíe los ángeles para bien de aquellos por quienes quiso El ser enviado del Padre? ¿Qué mucho que por ellos incline los cielos, cuando por ellos se inclinó el Rey de los cielos, de tal modo que con el dedo escribía en la tierra? Señor, inclina tus cielos; no basta que los inclines, sino que es preciso que tú mismo bajes. ¿Y por qué? Para que puedan subir contigo aquellos con quienes condesciendes. Por lo demás, el ascenso y descenso angélico, según dijimos, carece de vicisitud o sucesión; en cuanto a nosotros, nos vemos forzados a andar de acá para allá, porque ni nos es posible morar de asiento en las alturas del cielo ni nos conviene tampoco andar mucho al arrastre por el suelo. *Suben hasta los cielos*, dice el salmista, *y bajan hasta los abismos; y en medio de tales angustias su alma desfallece* [15]. ¿Y por qué esto? Porque en el presente estado nuestra alma más se

[12] Mt. 18. 10.
[13] Lc. 10. 18.
[14] Apoc. 21. 2
[15] Ps. 106. 26.

consume en los males que se deleita en los bienes, pues al parecer tiene los males en la realidad, pero los bienes sólo en la esperanza. *¿Quién podrá salvarse?*, dicen los discípulos al Salvador. Y El responde: *Para los hombres es esto imposible, para Dios todas las cosas son posibles* [16]. Esta es toda nuestra firme confianza, ésta es nuestra única consolación, ésta es toda la razón de nuestra esperanza.

7. Mas estando ya ciertos de la posibilidad de salvarnos, ¿tenemos firme voluntad de conseguirlo? Pero ¿quién sabe si es digno de amor o de odio? [17] ¿Quién conoció los designios del Señor o quién ha sido su consejero? Aquí ya, ciertamente, es necesario que la fe nos subvenga, aquí es preciso que la Verdad nos socorra, para que lo que acerca de nosotros se oculta en el corazón del Padre, se nos revele por su Espíritu, dando testimonio a nuestra alma de que somos hijos de Dios y que se lo persuada llamándola y justificándola gratuitamente por la fe, en las cuales dos cosas, sin duda, se halla como un tránsito medio desde la predestinación eterna a la glorificación futura. Por esto juzgo que a la primera de las dos consideraciones que propusimos arriba, podríamos llamarla real y verdadera, y a la segunda, en cierto modo, fiel y piadosa. Ni nos admiraremos de que en el hombre se hallen cualidades tan desemejantes, si atentamente consideramos cuánta diversidad de naturalezas se han juntado en su misma substancia. Porque ¿qué cosa más sublime que el espíritu de vida? ¿Y qué cosa más humilde que el barro de la tierra? La cual coherencia, en el hombre, de cosas tan incoherentes, juzgo que no se ocultó a los mismos sabios del paganismo cuando definían al hombre animal racional y mortal. Sorprendente unión, sin duda, la de la razón y de la muerte; pasmosa sociedad la de la espiritualidad con la corrupción. La misma diversidad y oposición hallamos, y aun quizá mayor, en las costumbres, sentimientos, aspiraciones y afectos del hombre, por manera que si observamos atentamente de una parte la espantosa corrupción y malignidad que en sí encierra, y de otra los nobles sentimientos y aspiraciones con que se halla dotado, no podremos menos de maravillarnos de que se hayan podido juntar en un mismo sujeto cosas tan opuestas. De aquí es que el hombre pueda ser llamado ora *Bar-yona*, que significa hijo de la paloma, ora

[16] Mt. 19, 25.
[17] Rom. 11, 34.

Satanás. No os admiréis de esto. Acordaos a quien se dijo que era bienaventurado y Satanás (y lo uno y lo otro con verdad, porque lo uno y lo otro fué dicho por la Verdad). Primeramente le dijo Cristo: *Bienaventurado eres, Simón Bar-yona* [18], y no mucho después: *Retírate de mí, Satanás* [19]. Uno mismo, pues, era lo uno y lo otro, aunque no lo era en el mismo sentido. Porque aquello lo tenía del Padre, esto del hombre; pero el mismo era lo uno y lo otro. ¿De dónde le venía el ser *Bar-yona?* De que no la carne y la sangre, sino el Padre había sido quien le había revelado lo que él dijo. ¿Por qué era Satanás? Porque *no tenía conocimiento ni gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres.* Si nosotros bajo estos dos aspectos miráramos cuidadosamente lo que somos y consideráramos, por una parte, cuán nada somos y, por la otra, cuán engrandecidos hemos sido, como que tiene solicitud de nosotros tan grande Majestad y ha aplicado su corazón a favorecernos, juzgo que nos gloriaríamos con gran mesura, aunque ésta consolidaría más y más nuestra gloria, porque nos gloriaríamos sólo en el Señor, no en nosotros, puesto que sólo nos quedarían alientos para poder decir: Si el Señor determinare salvarnos, al punto seremos librados.

8. Después de esto detengámonos un momento en esta especie de atalaya, observemos atentamente la casa de Dios, busquemos también el templo y ciudad, busquemos igualmente a la Esposa. No me he olvidado de ello, ni puedo repetirlo sin cierto miedo reverencial; nosotros somos todo esto; nosotros, vuelvo a decir, lo somos, pero en el corazón de Dios; nosotros lo somos, pero por la dignación suya, no por la dignidad nuestra. No usurpe el hombre lo que es de Dios, a fin de que no pretenda magnificarse a sí mismo; de otra suerte, haciendo Dios lo que le corresponde hacer, humillaría al que así se ensalzare. Si nosotros, con cierta audacia pueril, pretendiéramos salvarnos sin que nada nos costara, justamente perderíamos la salvación, porque cuando uno disimula su miseria cierra la puerta a la conmiseración, y la gracia no halla entrada donde reina la presunción de los propios méritos; al revés, la humilde confesión de las propias miserias excita la compasión. A la verdad, ésta sola hace que Dios, como un rico padre de familias, nos alimente en el hambre y que,

[18] Mt. 16, 17.
[19] Mt. 16, 23.

bajo de su amparo, hallemos abundancia de panes. Por tanto, seamos su casa mística, a la cual nunca falte el alimento de vida, pero acordémonos de que El tiene declarado que su casa es casa de oración. Ahora bien, esto parece cuadrar admirablemente con el testimonio del profeta, cuando afirma que hemos de ser sustentados por Dios, en nuestras oraciones, con el pan de lágrimas, y que éstas han de constituir también nuestra bebida. Mas, según el mismo profeta, como lo hicimos notar más arriba, la santidad ha de ser el mejor ornamento de esta casa, a fin de que a las lágrimas de la penitencia acompañe la pureza de la conciencia, con lo cual la que es ya casa mística se convierta en templo de Dios. *Sed santos,* dice el Señor, *porque yo soy Santo* [20]. Y el Apóstol: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo habita en vosotros?* [21] *Si alguno viola el templo de Dios, Dios le perderá* [22].

9. Mas ¿acaso será suficiente la santidad? No, sino que, además, es necesaria la paz, testigo el Apóstol, cuando dice: *Procurad tener paz con todos y la santidad de vida, sin la cual ninguno verá a Dios* [23]. Esta paz es la que hace que los hombres vivan como hermanos, porque ella es la que edifica para nuestro Rey, que es el verdadero *Rey pacífico,* aquella nueva ciudad llamada Jerusalén, que significa visión de paz. Porque dondequiera que sin el concierto de la paz, sin la observancia de la ley, sin disciplina ni régimen ni cabeza, se hallare congregada una multitud, aquello no merecería llamarse pueblo, sino turba; no sería ciudad, sino confusión; imagen verdadera de Babilonia, no de Jerusalén. Pero ¿cómo podrá ser esto, me preguntáis, que un Rey tan excelso se trueque en Esposo y que una ciudad se convierta en su Esposa? ¿Cómo será posible que Dios se digne hacerse Esposo del alma? Sólo puede realizar esto aquella que no conoce imposibles, a saber, la caridad, que es fuerte como la muerte. ¿Cómo no elevará fácilmente al alma la que logró inclinar al mismo Dios? Sin embargo, para entender esto no debes ya fijar tu atención en aquella consideración que hicimos arriba acerca de lo que eres de ti mismo, sino que aquí necesitas, sobre todo, ejercitar la fe en toda su grandeza y magnificencia. A la verdad el mismo Dios te dice: *Yo te desposaré con-*

[20] Lev. 11. 44.
[21] 1 Cor. 6. 19.
[22] 1 Cor. 3, 17.
[23] Hebr. 12. 14.

migo para siempre, y te desposaré conmigo mediante el juicio y la justicia (mía, no tuya), *y te desposaré mediante la misericordia y la clemencia*[24]. Si El no ha hecho contigo lo que es propio de un Esposo, si no te ha amado con amor de Esposo, si como Esposo no se ha mostrado celoso contigo, no puedes gloriarte aún de ser su Esposa.

10. Así, hermanos míos, si por la abundancia de pan que poseemos se ve que somos la casa del gran Padre de familias, si somos el templo de Dios por nuestra santificación y la ciudad del Rey sumo por nuestro amor a la vida de comunidad, si somos la esposa del Esposo inmortal por la caridad, no dudo afirmar que esta solemnidad es de veras nuestra fiesta. Ni os admiréis de que se celebre ésta con tanta solemnidad en la tierra, puesto que se celebra así también en los cielos. En efecto, si (como dice la Verdad misma, y no puede menos de ser verdadero) por un pecador que hace penitencia[25] hay tanto gozo en los cielos, aun para los ángeles de Dios, no se puede dudar que tengan hoy ellos un gozo multiplicado por tantos pecadores que aquí hacen penitencia. ¿Queréis oír más todavía? Pues sabed que el *gozo del Señor es nuestra fortaleza*[26]. Regocijémonos, pues, con los ángeles de Dios, alegrémonos con Dios y hágase en acción de gracias la presente solemnidad, porque cuanto nos es más doméstica, tanto debe ser para nosotros más devota.

6 De la reverencia que se debe a los lugares sagrados *

1. Solemnidad doméstica es para nosotros la dedicación de nuestra casa, pero mucho más doméstica es la dedicación de nosotros mismos, puesto que nuestra fué aquella aspersión, nuestra aquella bendición, nuestra la consagración, que, celebrada por las manos de los santos pontífices, también hoy, por su anual conmemoración, se trae a nuestra memoria con votivas alabanzas. ¿Por ventura tiene Dios cuidado de las piedras? No son las paredes, sino los hombres los que dicen: *El Señor tiene cuidado de nosotros*[1]. Un hombre era Jacob, y en sueños vió a los ángeles que descendían y ascendían. Ni sólo esto, sino que,

[24] Os. 2, 19.
[25] Lc. 15, 7.
[26] 2 Esdr. 8, 10.
[1] 1 Pétr. 5, 7.
* PJ. 183, 535.

además, testifica que estaba allí el Señor de los ángeles, diciendo: *Verdaderamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía*[2]. Se admiraba de esta gracia y se asombraba de la magnitud de tanta dignación. Pues ¿cuánto más terrible será este lugar, siendo cierto y evidente que el Señor mora en él, por cuanto en él están congregados en su nombre no dos o tres, sino muchísimos siervos suyos? Que lo sepan todos, sin que nadie lo ignore, puesto que no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que procede de Dios, a fin de que entendamos las cosas que Dios nos ha dado. Terrible lugar, sin duda, y digno de toda reverencia el que habitan varones fieles, el que frecuentan los santos ángeles, el que el Señor mismo se digna ennoblecer con su presencia.

2. Porque ¿cómo tan grande patriarca podía ignorar que no hay lugar alguno en que no esté Dios? Pero acaso se admiraba de otra cosa cuando dijo: *Verdaderamente mora el Señor en este lugar*. Allí verdaderamente mora, y verdaderamente mora como Señor, en donde en nombre suyo se congregan los ángeles y los hombres juntamente. Porque, aunque esté en todo lugar, sin que lugar alguno pueda contenerle, con todo eso expresamente decimos: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, porque diversamente, y con un cierto modo particular, se muestra presente allí, no siendo El, a la verdad, diverso, sino haciendo que las cosas sean diversas. Se halla, pues, en todo lugar, conteniendo todas las cosas, aunque, claro está, de muy diferente modo. En los hombres malos está haciendo beneficios y disimulando; en los escogidos, obrando y preservando; en los cielos, apacentando y reposando; en los infiernos, acusando y condenando. Hace que su sol nazca también sobre los malos, pero mientras disimula la impiedad de los malos, parece que no está en ellos verdaderamente. Así, si me es permitido hablar de esta suerte en los impíos, Dios está como disimulado en los justos en verdad, en los ángeles en felicidad, en los del infierno en su fiereza. ¿Os suena cosa dura el haber dicho su fiereza? Mas yo su ira temo y su furor. *Señor, no me arguyas en tu furor*[3]. *Verdaderamente*, dice, *el Señor está en este lugar*. En donde llueve, pues, sobre los justos y los injustos, es Padre y Padre de misericordias que aguarda a los hombres a pe-

[2] Gen. 28, 16.
[3] Ps. 6, 2.

nitencia. En donde condena a los obstinados es Juez, y es cosa horrenda caer en las manos de Dios vivo. En donde reposa es Esposo, y dichosa el alma que introduzca en su alcoba.

3. Pero en este lugar verdaderamente es Señor, si es que nosotros le servimos en espíritu y en verdad. Porque no era verdaderamente Señor en aquellos a quienes decía: *¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?*[4]. Testifican las sagradas Letras que fué puesto otro tiempo el primer Adán en el paraíso para que trabajase y le guardase[5]. Así el segundo Adán en la Iglesia de los santos, en la congregación de los suyos, en el huerto de delicias (puesto que sus delicias son estar con los hijos de los hombres), así, vuelvo a decir, también el mismo Señor está en este lugar para obrar y para guardarle. De otra suerte, *así como, si no edifica el Señor la casa, en vano trabajan los que la edifican*, así no menos, *si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda*[6]. Por cierto que estén en este lugar los ángeles ascendiendo y descendiendo, lo manifiesta la visión misma del patriarca: están ascendiendo para ver el rostro del Padre y descendiendo para cuidar de nuestro bien. ¿Qué, pues? ¿Cómo debemos nosotros estar aquí, con cuánta reverencia debemos asistir en este lugar, en el cual está Dios obrando y guardando y los ángeles ascendiendo y descendiendo? Sin duda nos conviene estar en la penitencia y en la expectación. Esto es, pues, olvidar las cosas que están detrás, ignorar, reprobar, repasar aquellos años en la amargura de nuestra alma, y en lo demás con el pensamiento y con el ansia juntamente extendernos a las cosas de adelante. A esto venimos, para esto nos han puesto aquí. Esto es lo que se exige de nosotros: la penitencia de los pecados pasados y la expectación de los premios futuros.

[4] Lc. 6, 46.
[5] Gen. 2, 15.
[6] Ps. 126, 1.

*SERMONES VARIOS**

Los historiadores de San Bernardo consideran los sermones varios como un complemento de los de tiempo y de los de santos. En efecto, son aplicaciones prácticas de las enseñanzas que se hallan expuestas en los sermones anteriores. Por eso, también algunos son muy breves. Esta brevedad, sobre todo desde el sermón 43, hace pensar no en discursos, sino en capítulos morales o pensamientos de un autor piadoso. Acaso, y ésta es la opinión más probable, sean fragmentos de discursos perdidos.

Los sermones 10, 12, 45, 50, 74, 84, 86, 92 guardan cierta analogía con los tratados De anima, *que andaban de mano en mano en la Edad Media. El 2, 3, 4, 15, 21, 22, 29, 42, 60, 72, 101, 103, 124 son tratados completos, dentro de su brevedad, del amor de Dios. Los sermones 6, 7, 21 pertenecen a Nicolás de Claraval, secretario del Santo.[1] El 8 y 28 se atribuyen a Güerico de Igny, pero tal vez sean de San Bernardo[1]. El 40 y 49 tienen un origen dudoso. El 68 es una repetición del 32.*

---

* O *diversos*: PL 183. 537-748.

[1] VACANDARD, *Vie de Saint Bernard*, 1.ª ed., t. 1, p. 454, n. 3.

1 DEL ENGAÑO Y BREVEDAD DE LA VIDA PRESENTE *

1. Es sentencia muy verdadera, hermanos, que *la vida del hombre sobre la tierra es una tentación* [1], pues es engañosa y, sencillamente, tiene costumbre de engañar. Para burlar de continuo al hombre, cambia de rostro, cambia de voz; ya niega, ya promete; nunca se avergüenza; de su misma cuantidad dice a cada uno cosas diferentes; más, si aún te deleita el servir al pecado, de suerte que te y opuestas en diversos tiempos. Ahora se queja de que es breve, ahora se muestra muy larga. Mientras se deleita del pecado, gime profundamente por su brevedad; brevedad, ciertamente, no falsa, sino gemido engañoso, pues se lamenta cuando más bien convenía alegrarse. A la verdad, le es un bien el perseverar obrando así para que ponga fin la necesidad a los pecados cuando no le pone la voluntad. Le conviene a aquel que siempre muere que se muera pronto su cuerpo; mejor, sin duda, le hubiera sido a ese hombre no haber nacido. El recuerdo de la brevedad de la vida debía ser, más que un incentivo, un remedio del pecado, como está escrito: *Acuérdate de tus postrimerías y nunca pecarás* [2]. Y si hasta ahora reina en ti el pecado; más, si aún te deleita el servir al pecado, de suerte que te duelas del poco tiempo que tienes para servirle; si tanto amas el camino ancho que deseas de todos los modos hacerle más largo, quieras o no quieras, su fin no está más lejos; pero tú, te lo aseguro, estás lejos del reino de Dios y parece que has hecho una firmísima alianza con la muerte, un pacto con el infierno.

2. *Erraron*, dice el profeta, *en la soledad, en el desierto; no encontraron el camino de la ciudad hospitalaria* [3]. Esta es la soledad de los soberbios, porque a sí solos se reputan, a sí solos desean se les repute. ¿Es literato? Odia al socio. ¿Es adinerado? Si ve que otro es más rico, se retuerce. ¿Es fuerte o famoso? Dale un igual y se remorderá. Es solitario, pero errado. Anda errando por su soledad; no podrá habitar solo en la tierra. Ni es extraño que a esta soledad se le añada el desierto, de modo que diga

* PL 183, 537.
[1] Iob 7, 1.
[2] Eccli. 7, 40.
[3] Ps. 106, 4.

en la soledad, en el desierto. Pues así como en la soledad suele faltar el agua y los lugares desiertos son de ordinario estériles y áridos, así a la soberbia la acompaña la impenitencia. El corazón elevado es duro y ajeno a la piedad, desconocedor de la compunción, seco de todo rocío de gracia espiritual, porque *Dios resiste a los soberbios, mas a los humildes les da la gracia*[4]. *El cual,* dice el profeta, *hace brotar fuentes en los valles; las aguas pasarán por medio de los montes*[5]. De aquí el que diga lamentándose de sí mismo: *Mi alma te desea como tierra sin agua*[6]. Ciertamente, la carencia de agua no sólo trae aridez, sino también suciedad cuando no tienes con qué lavarte; y el corazón humano que desconoce las lágrimas, no sólo es necesario que sea duro, sino también impuro. *Lavaré,* dice, *todas las noches mi lecho para borrar las manchas de la conciencia. Regaré con mis lágrimas mi cama*[7] para que no suceda en mí lo que está escrito de la semilla, que *cayó sobre piedra, y, nacida, se secó porque no tenía humedad*[8].

3. *Erraron en la soledad, por el desierto; no encontraron el camino de la ciudad hospitalaria.* Erraron, ciertamente, en lugar sin camino, no en la senda, pues el camino amplio no es camino. La rectitud pertenece al camino; la latitud, más a la planicie que al camino. En el camino amplio, la soledad es camino, y donde no hay camino, todo es camino. Así es la vida dada a los vicios: tiene por todas partes términos amplios, porque no tiene ningún término. No se puede llamar vida a aquella en que sólo se vive para la muerte, testigo el Apóstol, que clama: *Porque si vivís según la carne, moriréis*[9]. Así, pues, en el rodeo no hay camino. Con todo, es camino de los impíos, según se lee: *Los impíos andan por rodeos*[10]. El espacioso camino es aquel cuyo espacio no está cerrado por ninguna meta, donde no hay ni ley ni prevaricación. A estos hijos, pues, de la desconfianza, que se entregaron totalmente a los deleites corporales y a los propios caprichos, se les dice en confianza que la vida es breve, para que se duelan carnalmente y, al igual que su príncipe[11], conozcan que tienen poco tiempo y anhelen con más vehemencia los deleites,

[4] Iac. 4, 6.
[5] Ps. 103, 10.
[6] Ps. 142, 6.
[7] Ps. 6, 7.
[8] Lc. 8, 6.
[9] Rom. 8, 13.
[10] Ps. 11, 9.
[11] El demonio.

como se cuenta que dijeron algunos: «No se nos pase la flor temporal; coronémonos de rosas antes de que se marchiten. No haya prado por donde no pase nuestra lujuria; nadie se vea libre de nuestra liviandad; dejemos en todos los lugares señales de alegría, porque ésta es nuestra parte y nuestra suerte.» Y más claramente: *Comamos y bebamos, pues mañana moriremos* [12]. Mas esto mismo les responderá a ellos mañana su injusticia. Ni siquiera tienen aquí ciudad permanente aquellos que no encontraron el camino de la ciudad hospitalaria. Sino que cuanto más se apresuran a pecar, tanto más enloquecen. A esos mismos, pues, cuando comienzan a horrorizarse con el recuerdo de la muerte inminente y temblar con la terrible expectación del juicio, al punto la falsedad de esta vida les engaña con que es larga; de suerte que, habiéndose dolido poco antes de que era corta para el pecado, ahora la encuentran de repente tan prolongada, que piensan pueden con seguridad consumir aún una no pequeña parte en ellos; y que, por lo demás, es larga y suficiente para hacer penitencia por los mismos. Mas como a los primeros, si no se arrepienten, les vendrá el temor que recelan; más aún, les vendrá mayor que el que temen; de modo que no sólo pase velozmente el tiempo de los deleites, sino que suceda también el tiempo o, mejor, la eternidad de los suplicios; y así, a éstos, al decir paz y seguridad, de repente les sobrevendrá la muerte [13], para que no puedan ni llegar a la mitad de los días que aún creen alcanzar ni vivir la mitad de los que por ahora se prometen.

4. Para vosotros, hermanos míos, no temo nada ni de la vana tristeza de la verdadera brevedad ni de la falaz consolación de la longitud simulada, puesto que ciertísimamente habéis empezado a caminar hacia la ciudad hospitalaria; ni andáis por lugares desiertos, sino por el camino. Mas temo que, de otra manera, la misma vida os quiera engañar con la simulación de la longitud, no para sacar consolación de aquí, sino para ingerir desolación. Temo, repito, que, pensando alguno que le resta un largo camino, se sienta oprimido por la pusilanimidad del espíritu y desespere de poder soportar tantos y tan prolongados trabajos. ¡Como si las consolaciones divinas no alegra-

[12] Sap. 2, 6-9; Is. 22, 13.
[13] 1 Thes. 5, 3.

sen a las almas de los elegidos conforme a la muchedumbre de los dolores de su corazón! Ahora, ciertamente, se dan como a medida, según la muchedumbre de los dolores. Mas después de éstas, se darán no ya consolaciones, sino delectaciones en su derecha para siempre. Deseemos esa derecha, hermanos míos, que nos abraza a todos nosotros; suspiremos por aquellas delectaciones, para que, pues en verdad es breve el tiempo, también nos parezcan pocos los días por la magnitud del amor. *Los sufrimientos de este tiempo no son condignos de la futura gloria que se revelará en nosotros* [14]. ¡Dichosa promesa y digna de ser abrazada con toda ansiedad! No estaremos presentes como simples y vanos espectadores, ni esa gloria se nos revelará como extrínsecamente, sino en nosotros. Veremos a Dios cara a cara, mas no fuera de nosotros, porque estará en nosotros como quien está todo en todo. Toda la tierra estará llena de esa gloria; ¡cuánto más la misma alma! *Se nos colmará,* dice, *de los bienes de tu casa* [15]. Y ¿por qué digo que no se nos añadirá la gloria, sino que estará unida? Ahora, ciertamente, está en nosotros, mas entonces se revelará; ahora somos hijos de Dios, mas aún no aparece lo que seremos.

5. Hermanos míos, si recibimos el espíritu que es de Dios y no el de este mundo, sepamos lo que Dios nos ha dado. Yo os digo que todas las cosas. Y si a mí no me creéis, creed al Apóstol. *No perdonó,* dice, *al propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos iba a dar todas las cosas con El?* [16] Esta es, pues, la potestad de los hijos de Dios, la que dió a aquellos que le recibieron. Esta la gloria de cada uno de los fieles, gloria como de adoptados de Dios por causa de Aquel cuya gloria hemos visto y es como de Unigénito del Padre. Oye, finalmente, la potestad: *Todo le es posible al que cree* [17].

6. «Mas todavía, dirás, me inquietan muchas cosas; muchas se oponen evidentísimamente. Me admiro de que digas que todas han sido dadas, cuando casi ninguna se adapta a los deseos. Algunas parecen que nos sirven, mas con nuestro trabajo y si primero les servimos a ellas. Los mismos animales, si no les alimentamos nosotros, si no les dominamos, si no les sustentamos con follaje, no ayudan. La misma tierra, que nos debería ser más hermana,

[14] Rom. 8. 10.
[15] Ps. 64, 5.
[16] Rom. 8. 32.
[17] Mc. 9, 22.

no nos suministra el pan si no es con el sudor de nuestro rostro; todavía más, aun después de cultivarla, nos germina cardos y espinas. Y todas las restantes, si lo consideramos diligentemente, más servicio exigen de nosotros que el que nos dan. Y callo aquellas que están dispuestas a dañarnos, como el fuego a quemarnos, el agua a sumergirnos, las fieras a despedazarnos.» Estas cosas, ciertamente, son así; mas, con todo eso, no miente el Apóstol, quien también en otro lugar asevera más claramente saber que *todas las cosas cooperan al bien de aquellos que aman a Dios; de aquellos que, según su voluntad, están llamados a ser santos* [18]. Pero fíjate bien que no dice servir a su capricho, sino cooperar al bien. No sirven a su capricho, sino a su utilidad; no a su placer, sino a su salvación; no a nuestro deseo, sino a nuestra comodidad. En este sentido, cooperan hasta ahora todas las cosas a nuestro bien, aun incluyendo entre todas la misma muerte, aun el mismo pecado; los cuales consta que no son naturalezas, sino corrupción de la naturaleza. ¿Acaso no cooperan los pecados al bien de aquel que con ellos se vuelve más humilde, más fervoroso, más solícito, más timorato, más prudente?

7. Estas son, pues, las primicias del espíritu, éstas las primicias del reino, éstas el gusto anticipado de la gloria, éste el principio del poder y cierta arra de la paterna herencia. Y cuando venga lo que es perfecto, se evacuará lo que es imperfecto, y en adelante todas las cosas se dispondrán conforme al deseo, pues lo útil y lo deleitoso se unirán con un vínculo indisoluble y no podrán ya separarse. Este será aquel peso eterno de gloria del que expresamente dice el Apóstol: *Esta nuestra tribulación breve y momentánea obrará en nosotros un peso eterno de gloria, sublimísimo sobre toda consideración* [19]. Vete, pues, ahora enumerando y diciendo: Es largo, es pesado; no puedo llevar cosas tan oprimentes y duraderas. El Apóstol dice que es momentáneo y ligero lo que soporta. Y, ciertamente, aún no has recibido de los judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno, aún no has estado noche y día en el profundo del mar, aún no has trabajado más que todos. Finalmente, aún no has resistido hasta la sangre. Por tanto, mira cómo no son condignos los su-

[18] Rom. 8, 28.
[19] 2 Cor. 4, 17.

frimientos de la gloria. La tribulación es momentánea y leve; la gloria, eterna y medida sublime sobre toda ponderación. ¿Por qué te enumeras días y años sin ninguna certidumbre? Pasa la hora, pasan las penas; no se acumulan, sino que, más bien, ceden y pasan. No así la gloria, no así la remuneración, no así la recompensa misma del trabajo. Desconocen la vicisitud, desconocen el fin; permanecen todas juntas y permanecen para siempre. *Cuando dé,* dice, *a sus amados el reposo, he ahí la herencia*[20]. Ahora a cada día le basta su malicia; no puede reservar su trabajo para el siguiente; mas la recompensa de todos los trabajos se nos dará en aquel día al que no sucederá otro. *Me está reservada la corona de justicia,* dice el Apóstol, *que me dará no en aquéllos, sino en aquel día, el justo Juez*[21]. *Mejor es que mil días, uno pasado en tus tabernáculos*[22]. Gota a gota se beben las penas; se toman libando, pasan por partecitas. Mas en la remuneración es un torrente de placer, un río impetuoso, un torrente de alegría el que inunda, un río de gloria y un río de paz. Es verdaderamente río que afluye, no que fluye o corre. Se llama río, no porque pase o corra, sino porque es caudaloso.

8. *Peso eterno,* dice, *de gloria.* No se nos promete un vestido glorioso ni una casa gloriosa, sino la misma gloria. Si alguna vez se dice eso o cosa semejante, es en figura. A la verdad, lo que esperan los justos no es algo alegre, sino la misma alegría. Los hombres gozan en los alimentos, gozan en las pompas, gozan en las riquezas, gozan también en los vicios; mas el llanto ocupa las extremidades de estos goces, porque el gozo de materia mutable es necesario que se mude, mudada la cosa. Se enciende un velón; no es una pura luz, sino una lámpara; ahora bien, el mismo fuego consume lo mismo que le sustenta, ni se sustenta sino con la misma consunción. Por tanto, faltando la materia, falta también éste; y, cuando la veas a ella completamente acabada, hallarás también que éste se ha acabado. Y así como lo último de esa llama lo ocupa el humo y la obscuridad, así la alegría de la cosa alegre se convierte en tristeza. Mas a nosotros, Dios nos puso no un panal de miel, sino una purísima y liquidísima miel. Dios nuestro Se-

[20] Ps. 126, 2-3.
[21] 2 Tim. 4, 8.
[22] Ps. 33, 11.

ñor atesoró para nosotros la misma alegría, la misma gloria, la misma paz, el mismo deleite, la misma amenidad, la misma felicidad, la misma exultación. Y todo esto será una sola cosa para que toda la Jerusalén participe de lo mismo. Y esta una sola y misma cosa no es sino El mismo, como más arriba recordamos, según lo que dice el Apóstol, que *Dios será todo en todas las cosas*[23]. Esta es nuestra recompensa, ésta nuestra corona, éste el premio de nuestra victoria; corramos, pues, de tal suerte que le arrebatemos. Hermanos míos, nunca el prudente labrador, que desea la abundante cosecha, piensa que está lejos la oportunidad de sembrar. Vuestros días, no menos que vuestros cabellos, todos están enumerados. Teniendo, pues, carísimos, tal promesa, no desfallezcamos nunca ni nos fatiguemos; no nos quejemos de que es gravoso el peso de Cristo, pues El mismo atestigua que es ligero; no nos quejemos de su yugo, que en realidad es suave. Y siempre que nos parezca soportar el peso del día, pensemos en el peso eterno de la gloria. A ella nos lleve, por su infinita misericordia, el Señor de las virtudes y el Rey de la gloria, a quien por ahora clamemos con devota humildad: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria*[24].

2 De la obediencia, paciencia y sabiduría, o del modo de conocernos a nosotros mismos, que somos hombres *

1. Os ruego, hermanos míos, por la común salvación, que recibáis la oportunidad que se os ofrece de obrar vuestra salvación. Os ruego por la misericordia, por la que supisteis haceros tan miserables, que os apliquéis a lo que vinisteis, a lo que subisteis de los ríos babilónicos. *Junto a los ríos de Babilonia*, dice el profeta, *nos sentamos para recordarte a ti, Sión*[1]. No tenéis aquí ningún cuidado de alimentar a los hijos, ninguna preocupación de cómo agradaréis a las mujeres; no es necesario pensar en tratos, ni en negocios seculares, ni en la misma comida y vestido. Lejos está de vosotros en gran parte la malicia del día y la solicitud de la vida. Así os esconde Dios en lo oculto de

[23] 1 Cor. 15, 28.
[24] Ps. 113, 9.
* PL 183, 542.
[1] Ps. 136, 1.

su tabernáculo. *Reposad,* pues, dilectísimos, *y advertid que El mismo es Dios* [2]. Mas para que alguna vez podáis esto, primero debéis procurar ver qué sois vosotros. Según la voz del mismo profeta: *Sepan las gentes que son hombres* [3]. Por tanto, emplead todo este vuestro reposo en una doble consideración, como hacía el santo en su oración [4]: «Señor, conózcate a ti y conózcame a mí.» ¿Cómo se conocerá a sí mismo el hombre que huye del trabajo y del dolor? O ¿cómo sabrá que es hombre el que no está dispuesto a aquello para que ha nacido? *El hombre,* dice, *nace para el trabajo* [5]. Podría dudarse que ha nacido para el dolor el que no ha nacido con dolor. Mas el clamor de la parturienta indica el dolor; el llanto y el vagido de la prole, el trabajo. *Porque tú,* dice el profeta, *consideras el trabajo y el dolor* [6]. El trabajo está en las acciones; el dolor, en los sufrimientos. Por tanto, el que se reconocía hombre, preparado con una sencilla confesión para ambas cosas, decía: *Preparado está mi corazón, Dios mío, preparado está mi corazón* [7]. Y, expresando más claramente esta doble preparación, añadía sobre la obra: *Preparado estoy y no me he turbado para cumplir tus preceptos* [8]. Y sobre el sufrimiento: *Yo estoy dispuesto a los azotes y mi dolor está siempre en mi presencia* [9].

2. Nadie, pues, se gloríe durante esta vida miserable de haber evadido esa doble vejación. Ninguno de los hijos de Adán vive aquí sin trabajo, ninguno sin dolor. Hay quienes orillan algunos, mas caen en otros más graves. *No participarán,* dice, *en los trabajos de los hombres y no serán azotados con ellos.* Mas no estarán continuamente sin trabajos ni mucho menos sin ser azotados. *Por eso,* dice finalmente, *los poseerá la soberbia.* Grave es, pues, el trabajo: *Se han cubierto de su iniquidad y de su impiedad* [10]. Gravísimos los azotes: *A la verdad, no habrá alegría para los impíos, dice el Señor* [11]. Y si no sienten la ansiedad del trabajo ni la lesión del azote, esa misma insensibilidad indica la vehemencia del tormento. Suda el pobre en su trabajo externo, mas ¿acaso trabaja con menos ansiedad el rico interiormente en su pensamiento? Abre aquél su boca bostezando, el otro la abre eructando; y, mientras tanto,

[2] Ps. 45, 11.
[3] Ps. 9, 21.
[4] San Agustín, *Confesiones.*
[5] Iob 5, 7.
[6] Ps. 9, 14.
[7] Ps. 56, 8.
[8] Ps. 118, 60.
[9] Ps. 35, 18.
[10] Ps. 72, 5, 6.
[11] Is. 57, 21.

éste se siente atormentar más fuertemente por el fastidio que aquéllos por la necesidad. Finalmente, quieran o no quieran, no sólo los hombres, sino también los demonios, hacen y sufren lo que la suma Providencia dispone.

3. Por lo demás, ni se recomienda una obediencia leprosa ni una paciencia de perro. De aquí es el no pedir simplemente que se haga la voluntad de Dios, que consta se hace en toda y por todas las cosas. ¿Quién resistirá a ella? Mas se pide que se haga su voluntad *así en la tierra como en el cielo*. La cual adición creo que debemos juntar a las dos primeras peticiones para pedir al Padre, que está en los cielos, que sea santificado su nombre, que venga su reino y que se haga su voluntad [12]. Y todo esto, *así en la tierra como en el cielo*. De otro modo, ¿dónde no es santificado su nombre? ¿Dónde no viene ya su reino, cuando, al nombre de Jesús, todos se arrodillan: los del cielo, los de la tierra, los del infierno? [13] *Sé que eres el Santo de Dios*, dice también el mismo maligno [14]. Mas de muy distinto modo y con afecto completamente desigual es santificado este nombre en el cielo, en donde se clama con tan inenarrable felicidad: *Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos* [15]. Igualmente, reina no sólo en la tierra, sino también en el infierno, con el poder que tiene sobre la vida y la muerte. Mas muy diferentemente reina en los que forzados le sirven y en los que voluntariamente le obedecen.

4. Alimento bueno es la obediencia, de la que dice el mismo Señor. *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre* [16]. Y el profeta: *Comerás el trabajo de tus manos; bienaventurado eres y te irá bien* [17]. Alimento bueno la paciencia de los pobres, la cual no perecerá al fin, pan de lágrimas, pan de dolor. Con todo eso, a ambos les es necesario condimento, sin el cual, insípidos, no sólo no alimentarán, sino que, gustados, traerán la muerte. Ambos son, hermanos míos, alimento fuerte, y si no se pone un tercero apetecible, habrá muerte en la olla. ¿Qué cosa más apetecible que la sabiduría? Es la vara de vida que por medio de Moisés endulzó las aguas amargas de Marath [18]. Es la harina que por medio de Eliseo condimentó la comida de los profetas [19]. Es el fuego que se manda esté ardiendo siempre en el altar [20]. Es el aceite por cuya falta se cierra a las

[12] Mt. 6, 9-10.
[13] Phil. 2, 10.
[14] Mc. 1, 24.
[15] Is. 6, 3.
[16] Io. 4, 34.
[17] Ps. 127, 2.
[18] Ex. 15, 25.
[19] 4 Reg. 4, 41
[20] Lev. 6, 12.

vírgenes fatuas la entrada de las bodas [21]. Es la sal que se manda no falte en ningún sacrificio [22]. Por eso llamamos insulsos a aquellos hombres que entendemos carecen de sabiduría. Y el Señor nos manda que tengamos sal en nosotros [23]. También el Apóstol aconseja que condimentemos toda nuestra conversación con la sal [24].

5. Mas pienso que esta sabiduría, que como tercer elemento queremos que se añada a la obediencia y a la paciencia, debe ser triple, para que nuestro condimento esté confeccionado como de tres hierbas. Es necesario, pues, que haya justicia en la intención, alegría en la operación, humildad en la reputación. Nuestra obediencia o nuestra paciencia serán en cierto modo insípidas e insulsas para Dios, si no es El mismo causa de todo cuanto hacemos o padecemos, pues se nos manda que cuanto obramos, lo obremos para la gloria de Dios; seremos dichosos no si padecemos, sino si padecemos por la justicia. Mas conviene evitar la pusilanimidad y la tristeza en todas las cosas que hay que hacer o soportar, porque Dios ama al dador alegre [25]. En fin, la misma alegría y voluntad devota pertenecen especialmente a la preparación. Por tanto, es necesario huir, ante todo, de la soberbia. Si alguno siente orgullosamente, su obra y su paciencia saben a vanidades, y no hay otro sabor más desagradable o más contrario a la verdad. ¿No ves cuán útil le es al hombre saber que es hombre, para que de este modo esté preparado a obedecer los mandamientos y a sobrellevar los azotes, para que, conociendo que por ahora no puede evitar el trabajo ni el dolor, de tal modo trabaje y sufra, que éstos pasen a serle alimento saludable? Y así, *mejor es la obediencia que las víctimas* [26] *y mejor el hombre sufrido que el fuerte* [27]. La desobediencia es causa de la muerte; todos lo experimentamos, todos morimos por ella. La impaciencia es la perdición del alma, como dice el Señor: *Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* [28]. Con todo eso, también es necesaria para la salvación la sabiduría que hemos mencionado. Pues no sólo perecieron por su desobediencia aquellos que no tuvieron obediencia, o por su impaciencia aquellos que carecieron de paciencia, sino también por su insensatez aquellos que no tuvieron sabiduría.

[21] Mt. 25, 12.
[22] Lev. 2, 13.
[23] Mc. 9, 49.
[24] Col. 4, 6.
[25] 2 Cor. 9, 7.
[26] 1 Reg. 15, 22.
[27] Prov. 16, 32.
[28] Lc. 21, 19.

6. Y para que sepan los hombres que son hombres, están sujetos a trabajos y sufrimientos. Hubo un tiempo en que el hombre estaba ocupado en trabajo y meditación, teniendo trabajo sin sufrimiento y meditación sin trabajo. Me refiero a cuando se le colocó en el paraíso para que le trabajase y le custodiase. Y, si no hubiera caído, habría llegado un día en que gozara de la sola contemplación, de igual modo que en este grado inferior en que ahora se halla, si no se esfuerza por levantarse, ha de caer a lo ínfimo, esto es, ha de verse en el solo sufrimiento, pues en los infiernos no habrá trabajo, sino tan sólo sufrimiento. Feliz, pues, aquel cuyo cuerpo no agravaba al alma, puesto que no se corrompía. Pero mucho más feliz si, cesando ya el trabajo, hubiese llegado a percibir plena y perfectamente la sabiduría, amando ya gratuitamente al cuerpo como quien en nada necesita del cuerpo. Este, pues, sería un orden hermosísimo y aun será cuando sea. Ni debemos nunca desesperar, de suerte que como el alma a Dios, así parezca decir la carne al alma : *Porque no necesitas de mis bienes, me llenarás de alegría con tu rostro*[29]. Entonces, cuando aparezca la gloria, será la plenitud, será la saciedad. Lo que esperamos de la reformación de los cuerpos y de la conformación a la claridad de su cuerpo, será fruto de una superabundancia amplísima en modo y medida, para que nos alegremos felizmente en su glorificación, mas no principalmente. *Tu mujer,* dice, *será como la vid abundosa en los ángulos de tu casa.* Se honrará a la carne, mas conforme a su medida, no habitando en medio de la casa, sino afuera ; ni colocada enfrente, sino al lado. *Tus hijos como retoños de oliva alrededor de tu mesa*[30]. Ciertamente, no faltarán las mismas obras, mas las que se hacen ahora, no las que entonces se hagan, como está escrito : *Sus obras les seguirán*[31]. Y, aunque nos alegraremos y daremos gracias a Dios por aquellas cosas que con su ayuda hicimos, con todo eso, no las reservaremos el primer lugar, sino que se las colocará alrededor.

7. Mas ahora, habitando en la región de los cuerpos, estamos sujetos a los cuerpos, y desde que traspasaron nuestros padres la ley, no sólo es tiempo de obrar, sino también de padecer ; de todas nuestras cosas, lo más es

[29] Ps. 15, 2. 11.
[30] Ps. 127, 3.
[31] Apoc. 14, 13

trabajo y dolor. Duro alimento, ciertamente, el pan de cebada ; mas, arrojado del palacio el soldado delicado por haber ofendido al rey, tendrá necesidad de volverse al único siervecillo que tiene. Allí deberá habitar las tinieblas y tomar con él alimentos desacostumbrados ; cambiar las delicias reales por los guisos rústicos, y los nobles lechos, por el vil esterquilinio, según aquello de la lamentación profética : *Los que se alimentaban de manjares exquisitos abrazaron los estiércoles* [32]. Esto principalmente deplora allí el profeta : que, olvidadas las creaturas nobles de la propia condición, no hacen caso de tanta miseria ; y no sólo no hacen caso de lo que sufren, sino que abrazan como grandes bienes los que son poco menos que males últimos. Por lo cual dice también de sí mismo : *Yo soy el hombre que veo mi pobreza a causa del castigo de su indignación* [33].

8. Gimamos también nosotros, hermanos míos, bajo este peso y deploremos las presentes calamidades. Prorrumpa cada uno de nosotros con frecuencia en voz de piadosa queja y clame : *Infeliz hombre yo, ¿quién me librará de este cuerpo mortal?* [34] Procuremos también robarnos a nosotros mismos y evadirnos, aunque sea por una hora, de estas pésimas ocupaciones, elevar el ánimo, vibrar el corazón hacia aquello que es suyo, que, cuanto más natural, es tanto más suave. A esto se refiere lo que se dice : *Reposad y ved que yo soy Dios* [35]. Mas esta visión no es de los ojos, sino de los corazones, puesto que dice el Señor : *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* [36]. Este es el bien propio del corazón, ni necesita para esto de un instrumento servil. Es el alimento propio del alma, del que dice el profeta : *Se secó mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan* [37]. Lo que solemos decir : Nada hay más fácil que el dicho, lo decimos en comparación de las obras, porque es mucho más voluble la lengua que la diestra y porque aquélla se mueve más fácilmente a las palabras que ésta a las obras. Por otra parte, el pensamiento es más pronto que el dicho y que la obra, porque en él habla el alma con su boca, ve con sus ojos, obra con sus manos. Aunque también aquí le es necesario trabajar con gemido y compungirse dentro del lecho. Ciertamente, todavía nuestra vida está cerca del infierno, lugar de solos tormentos, de suerte que el dolor ocupa el traba-

[32] Thren. 4, 5.
[33] Thren. 3, 1.
[34] Rom. 7, 24.
[35] Ps. 45, 11.
[36] Mt. 5,8.
[37] Ps. 101, 5.

jo, y el trabajo y dolor, aun el mismo pensamiento. ¿Acaso no hay en nosotros, de algún modo, acciones dolorosas, y en nuestros pensamientos también dolor y trabajo? ¡Ay de la ternerilla de Efraín, acostumbrada a amar la trilla [38], acostumbrada al yugo, desconocedora de la quietud! ¿Cuándo iré y me presentaré ante la faz de Dios? ¿Cuándo cesarán todas estas cosas y ya no habrá llanto, ni clamor, ni dolor alguno, ni trabajo alguno? ¿Cuándo embriagará al alma la abundancia de la casa de Dios y el torrente aquel inagotable de los divinos deleites? ¿Cuándo la exigirá toda para sí la contemplación de la serenísima luz? Hijitos, anhelemos los atrios del Señor, suspiremos frecuentemente por ir allí. Esos son nuestra patria; percibamos sus aromas y, al menos, la saludemos de lejos. Amén.

3 Sobre el cántico del rey Ezequías: «Dije en medio de mis días», etc. [1*]

1. Los hombres sanguinarios e hipócritas no llegarán a la mitad de sus días [2]; perseverarán en sus maldades hasta la muerte, y esto porque no temen al Señor. Mas quien con el temor de Dios se inicia en la sabiduría, éste al punto divide en dos sus días, al exclamar por el temor: iré a las puertas del infierno. Y al comenzar, con el miedo del infierno, a abstenerse de los males, empieza a buscar la consolación en los bienes, porque es necesario consolarse en una de las dos cosas. Es buena la consolación de la esperanza de la salvación eterna, en la cual, quitados los pecados, que ponían separación entre él y Dios, revive y se alegra por su gracia. Y cuando comienza a progresar en la gracia, porque esto es vivir piadosamente en Cristo, es necesario, según atestigua la Escritura, padecer persecución [3], para que el reciente gozo se convierta en tristeza, y la dulzura del bien, apenas tocada, por decirlo así, con la punta de los labios, se transforme en amargura; de suerte que se vea obligado a exclamar: *Mi cítara se ha convertido en llanto, y mi cántico, en lamentación* [4]. Llora, pues, ahora más amargamente la dulzura perdida que antes la amargura probada de los pecados; y esto lo hace hasta

[38] Os. 10, 11.
* PL 183, 546
[1] Is. 38, 10-20
[2] Ps. 54, 24.
[3] 2 Tim. 3, 12
[4] Iob 30, 31.

tanto que, compadeciéndose Dios, vuelva la consolación. La cual vuelta, conoce que aquella tentación sufrida fué probación, no desolación, y que fué probación para ilustrarle, no para destruirle, como está escrito: *Le visitas por la mañana y de repente le pruebas*[5]. Por lo cual, conociendo también el provecho de su tentación, no sólo no rehuye, sino que desea ser tentado, al decir: *Pruébame y tiéntame*[6]. Progresando, pues, continuamente con estas vicisitudes, entre la visitación de la gracia y la probación de la tentación, en la escuela de las virtudes, haciendo la visitación que no desfallezca y la tentación que no se ensoberbezca; finalmente, cambiando el ojo interior con tal ejercicio, al punto se hace la luz, y, deseando adherirse a ella fielmente, mas no pudiendo por la presión del cuerpo, contra su voluntad y dolorido, se repliega hacia sí. Gustado un poco cuán suave es el Señor, retiene su sabor en el paladar del corazón cuando vuelve a su casa. Con ello sucede que ya no desea ningún bien suyo, sino a El mismo. Y ésta es la caridad que no busca lo que es suyo. Esta hace al hijo no buscar lo propio, sino amar al Padre. El temor hace al siervo atender a sus comodidades; la esperanza, al mercenario, procurar sus ganancias.

2. Habiendo recorrido estos grados Ezequías, advierte a los que habrían de pasar: *Dije en la mitad de mis días: Iré a las puertas del infierno.* Como si quisiese indicar: Cuando, dejada la imagen del hombre terrestre, empecé a querer llevar la imagen del celestial, concebí del temor, como está escrito[7], y exclamé: *Iré a las puertas del infierno.* Mas no desesperando de ninguna manera con el temor, busqué el resto de mis años para empezar a vivir para mí, yo que hasta ahora había vivido contra mí. Lo busqué en aquel que dijo: *Sin mí no podéis hacer nada*[8]. Sin El no sólo no podía ir a El, mas ni siquiera volverme hacia El, como espíritu que va y no vuelve. *Busqué*, pues, *el resto de mis años.* Lo cual conseguido (no lo niega el que incita a buscarlo), al punto experimenté la sentencia del Sabio, que dice: *Hijo, cuando te dispongas a servir a Dios, permanece en temor y prepara tu alma para la tentación*[9]. Y así, al verme acometido por las tentaciones, al apartárseme la esperanza que había concebido de salvación, pareciéndome que ya estaba para sucumbir, dije:

[5] Iob 7, 18.
[6] Ps 25, 2.
[7] Is. 26, 17-18.
[8] Io. 15, 5.
[9] Eccli. 2, 1.

No veré al Señor en la tierra de los vivos; lo cual ciertamente había presumido en mi prosperidad, pues *dije en mi abundancia: No me removerán eternamente.* No me daba cuenta de que *en tu voluntad,* no en mi potestad, *me comunicaste valor.* Por lo cual *apartaste de mí tu rostro y me hallé conturbado* [10] para no ver jamás al Señor Dios, esto es, al Padre, en la tierra de los vivos. *Ni veré más al hombre,* esto es, *al Hijo,* de quien se ha dicho: *Es hombre, y ¿quién le ha conocido?* [11] Mas *tampoco veré al habitador de la quietud,* esto es, al Espíritu Santo, del cual está escrito: *¿Sobre quién descansará mi espíritu, sino sobre el humilde y manso?* [12]

3. Añadió también: *Me han arrebatado mis hijos,* esto es, la prole de mis buenas obras que a causa del temor comenzaba a dar a luz, y los han arrollado; de suerte que también del alma puede decirse: *Y la que tenía muchos hijos se ha debilitado. Me han arrebatado,* pues, esta piadosa descendencia y *me la han arrollado como la tienda de los pastores;* me la han dado por un tiempo, no eternamente. Además añadió: *Mi vida ha sido cortada como por un tejedor,* para que aprenda que sus progresos no están en mi mano, sino en la mano del Omnipotente, de igual modo que la tela en la mano del tejedor. *Cuando aún estaba tejiéndome,* esto es, en el mismo principio, *me cortó,* como si en el mismo tiempo me diese y me quitase lo dado. Mas, aunque desfalleció mi potencia, no me abandonó ni pareció que no pudiese terminar el que había comenzado. ¿Qué mucho? Después experimenté claramente que el valor se fortalece en la debilidad [13]. Y dije: *Bien ha sido para mí el que me hayas humillado* [14]. Conocí, pues, que *desde la mañana a la tarde me habías terminado,* esto es, me habías consumado. No sólo en la mañana de la visitación o sólo en la tarde de la tentación, sino en ambas estará mi perfección. Tonto de mí, que sólo *esperaba hasta la mañana,* cuando David dice: *Desde la vigilia de la mañana hasta la noche espera Israel en el Señor* [15]. Y porque era yo pequeño en la esperanza, *como un león trituró todos mis huesos,* es decir, toda la fortaleza en que temerariamente confiaba para el futuro cuando aún estaba bajo la tutela de la gracia. ¿Y quién los trituró sino nuestro adversario, el diablo, que, como un león rugiente, merodea buscando a

[10] Ps. 29. 7-8.
[11] Ier. 17.
[12] Is. 66. 2.
[13] 2 Cor. 12. 9.
[14] Ps. 118. 71.
[15] Ps. 129. 6.

quién devorar?[16] Tú, pues, Señor, me terminarás a mí, humillado y probado con esta contrición, desde la mañana hasta la tarde, pues mañana y tarde se han hecho un solo día.

4. Por lo cual yo, conforme se me ha enseñado, bendeciré al Señor en todo tiempo, esto es, en la mañana y en la tarde, no como aquel que te bendice cuando le haces beneficios[17], no como aquellos que creen por un tiempo y en el momento de la tentación se apartan[18]. Mas diré con los santos: *Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de soportar los males?*[19] En la mañana *clamaré como polluelo de golondrina,* en la tarde *meditaré como paloma.* Es, a saber, cuando me sonría la mañana de la gracia, saltando y clamando al modo de golondrina, daré gracias por la visitación; y cuando venga la tarde, no faltará el sacrificio vespertino, pues, gimiendo como la paloma, derramaré lágrimas en la tribulación. Así, pues, servirán ambos tiempos a Dios; al brotar el llanto por la tarde y al estallar la alegría por la mañana. Me entristeceré muchísimo por la tarde para gozar alegre de la mañana. Agradarán ambos a Dios, el pecador compungido y el justo devoto; al cual, por otra parte, desagrada tanto el justo ingrato como el pecador tranquilo. O también: discurriendo *como polluelo de golondrina* de aquí para allá, me ocuparé en los oficios de Marta, mostrándome dador alegre a cuantos padecen necesidad, *y meditaré como paloma* llorando por lo que se me opone mientras miro lo que me falta. Esto, pues, haré mañana y tarde, esto es, al principio y al fin, conforme a lo que dijo Labán en figura de ambas vidas: *No es costumbre que a las menores las demos primero en matrimonio*[20], aunque indiferentemente pasemos de una a otra. Lo mismo pienso que da a entender Job cuando dice: *Si duermo, digo: ¿Cuándo me levantaré? Y de nuevo esperaré la tarde*[21]. Descansando, pues, en la tarde de la contemplación, deseaba la mañana para levantarse a obrar; y fatigado de nuevo por los negocios, esperaba la tarde para volver a tomar con gusto los ocios de la contemplación.

5. También se podría entender por la avecilla gorjeadora el canto de los que salmodian en la iglesia, y por la paloma gemebunda, los suspiros de la oración privada.

[16] 1 Petr. 5, 8.
[17] Ps. 48, 19.
[18] Lc. 8, 13.
[19] Iob 2, 10.
[20] Gen. 29, 26.
[21] Iob 7, 4.

Mas parece preferir la sentencia media el versículo siguiente: *Se han atenuado mis ojos al mirar a lo alto.* Ya se diga *atenuados*, esto es, vueltos sutiles a causa de la asiduidad en mirar a lo alto y contemplar las cosas sublimes y elevadas, ya se entienda *atenuados*, esto es, extenuados o acortados de algún modo en su visual, según aquello: *Desfallecieron mis ojos al contemplar tu palabra*[22]. Y además: *Me acordaré de Dios y me alegraré; me he ejercitado y ha desfallecido mi espíritu*[23]. Ya se tome de aquel modo, ya de éste, no designa otra cosa que la contemplación. Por lo demás, la segunda exposición conviene más con lo siguiente. Pues dice: *Señor, padezco violencia.* Como si dijese: Señor, no espontáneamente, sino a la fuerza, me aparto y arranco de tu contemplación, porque *el cuerpo que se corrompe agrava al alma y la habitación terrena deprime la mente que piensa muchas cosas*[24]. *Responde*, pues, *tú por mí*, ¡oh Creador!, que conoces la condición de la naturaleza. O, si esto lo hacen los pecados y no es culpa de la naturaleza, sino de mi pésima condición, también de este modo responde por mí, clavando los pecados a la cruz y borrándolos con tu sangre para que no haya quien me impida la contemplación. *Mas ¿qué me diré o qué se me responderá a mí mismo, cuando he sido yo quien lo he hecho?* ¿A qué otro me volveré o qué otro responderá por mí, cuando yo mismo, no otro, me impuse esta dificultad, más aún, esta imposibilidad, dándome aquella sentencia: *Con el sudor de tu rostro comerás tu pan*?[25]

6. Y, pues no se lee *lo hizo*, sino *lo hice*, entendemos que se arguye de haber echado la culpa al autor al quejarse de la naturaleza y que todo se lo imputa a sí y a sus pecados, diciendo: *¿Qué diré o qué se me responderá a mí mismo, cuando he sido yo quien lo he hecho?* Esto es, padezco aquello que he merecido pecando. Pero aun me queda una cosa que puedo hacer: *Te enumeraré todos mis años en la amargura de mi alma.* Porque no soy digno de enumerártelos con dulzura, haré lo que puedo; me recordaré a mí mismo en la amargura de mi alma. Habitas una luz inaccesible y no puedo fijar por largo tiempo el débil dardo de mi mente en el rayo de tu fulgor; por esto, confundido, vuelvo a las tinieblas acostumbradas y familiares de mi primera vida, no ya para yacer de nuevo en ellas con

[22] Ps. 118, 82. [24] Sap. 9. 15.
[23] Ps. 76. 4. [25] Gen. 3. 19.

la delectación mortífera, sino para castigarlas y repasarlas en la amargura de mi alma. Convenía, pues, que, de ser posible, reviviese yo para contar de nuevo lo mal que viví; mas, porque esto no puedo, al menos te enumeraré todos mis años en la amargura de mi alma, trayendo de nuevo ante mis ojos lo que no puedo obrar de nuevo. Te los enumeraré a ti solo, porque contra ti solo pequé, para que en lo que yo me condeno te justifiques tú y te venza la misericordia cuando me juzgues. Ya mucho antes los había repasado; mas, porque no están lo suficientemente castigados, de nuevo vuelvo a ellos, recordándolos en la amargura de mi alma hasta destruirlos completamente para que ya no me sirvan de impedimento.

7. Ni creo que sea infructuosa esta preparación. Pues *si así se vive*, mejor, porque así se vive no ciertamente en la carne, sino en el espíritu, *y porque en tales cosas anda la vida de mi espíritu*, esto es, en la consideración de mí y en la contemplación de ti, *me corregirás más y más y me vivificarás*. Me corrijo cuando, pensando en mí, me acongojo; revivo cuando, elevado, te contemplo. Y así, mostrándome a mí, me corriges; mostrándote a mí, me vivificas. Por tanto, es necesario que me vivifiques, *porque en la paz está mi amargura más amarga*. A causa de mis pecados, he pasado una amargura muy amarga en el principio de mi conversión, por lo que exclamé: *Iré a las puertas del infierno;* una amargura mucho más amarga por los terrores en el progreso de la conversión cuando dije: *No veré al Señor en la tierra de los vivos*. Mas he aquí que, castigados ya los pecados y apaciguados los terrores que acostumbraban invadirme, en esta paz soporto una amargura amarguísima por la falta de contemplación. ¡Oh Señor!, tú, que, compadeciéndote de mí, me perdonaste mis pecados y, ayudándome, venciste mis tentaciones, vuélveme también ahora la alegría de tu salud. Pero ved qué dice: *Mas tú elevaste mi alma para que no pereciese;* es a saber, tanto en el conflicto de los vicios como en el ímpetu de las tentaciones, *arrojaste tras tus espaldas todos mis pecados* según la muchedumbre de tus misericordias.

8. No sin razón, pues, *no te alabará el infierno;* al cual en verdad casi descendí cuando me vi impelido por las tentaciones arrolladoras, puesto que, *si Dios no me hubiese ayudado, mi alma habitaría poco menos que en el in-*

fierno[26]. Mas *ni la muerte*, en la cual algún tiempo me vi detenido cuando aún yacía muerto en los pecados, *te alabó, ni aguardarán los que descienden en el lago tu verdad*, los que después de gustada la dulzura de la contemplación descienden en el lago de la desesperación. La muerte es para los que yacen en los pecados antes de la conversión; el infierno, para los que sucumben a las tentaciones después de recibida la remisión; el lago, para los que desesperan después de experimentada la contemplación. Pues cuanto más alto sube alguno, tanto más gravemente se hiere al caer. *El infierno no te confesará*, esto es, los que, convertidos, se han dejado vencer por las tentaciones; *ni la muerte te alabará;* esos que ni convertidos ni confesados se alegran cuando hacen mal y se gozan en las cosas pésimas[27]. No se da confesión en el muerto como en quien no existe[28]. *Ni los que descienden en el lago esperarán tu verdad;* aquellos que desde la altura de la contemplación divina se vieron precipitados al lago de su propia desconfianza. Lo cual sucede cuando alguno se deja absorber por la demasiada tristeza después de conseguida tanta alegría. *Mas el vivo, ése, el vivo, te alabará.* Hay quien viviendo en la carne está muerto en el espíritu y hay quien muerto en la carne está igualmente muerto en el espíritu. Ninguno de estos dos te alabará. *Pero el vivo, ése, el vivo, te alabará;* es a saber, ese que vive tanto en la carne como en el espíritu, ése te alabará *como yo hoy*. Con esta doble vida espero vivir por tu ayuda. Prosigue:

9. *El Padre dará a conocer a sus hijos la verdad.* No se la revelará al siervo, porque el siervo no sabe lo que hace su señor[29]. Ni tampoco se elevará al mercenario a la contemplación de la misma, pues busca la propia utilidad. Mas se la dará a conocer el Padre al Hijo, el cual dice: *Con todo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú, Padre*[30]. Al siervo se le revela el poder de Dios; al mercenario, la felicidad; al Hijo, la verdad. No porque estén éstas separadas en Dios, pues en El son una misma cosa poder, felicidad y verdad, sino porque la criatura, conforme a sus diversos afectos, siente al Creador de diversas maneras. Con el santo será santo, y con el perverso, perverso[31]. Oye, finalmente, la voz del Hijo: *Señor,*

[26] Ps. 93. 17.
[27] Prov. 2. 14.
[28] Eccli. 17. 26.
[29] Io. 15, 15.
[30] Mt. 26. 39.
[31] Ps. 17. 26.

sálvame. ¿Por qué? ¿Acaso para que no arda en el infierno? ¿Acaso para no verse privado del premio? De ninguna manera, *sino que cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor*. No quiero, dice, la salvación para evitar las penas o para reinar en el cielo, sino para alabarte eternamente con aquellos de quienes está escrito: *Bienaventurados los que habitan en tu tabernáculo, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos*[32]. El siervo dice: *Iré a las puertas del infierno*. El mercenario: *No veré al Señor en la tierra de los vivos*. El Hijo: *Cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor*. A lo cual se asemeja aquello otro: *Abridme las puertas de la justicia. Entraré por ellas y alabaré al Señor*[33]. Y tanto el que teme ir a las puertas del infierno como el que desea ver al Dios por la quietud que hallará buscan, sin duda ninguna, lo que es suyo. Mas el que desea cantar salmos en la casa del Señor, no llora sus peligros ni apetece sus ganancias, sino que ama a aquel a quien desea cantar todos los días de su vida. No sin motivo, pues, se alaba a Aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

4 Del modo de buscar a Dios y del triple vínculo con que nos hemos de unir a El *

1. Aquí no estamos todo el día ociosos. Sabemos lo que buscamos y conocemos al que nos ha ajustado. Buscamos a Dios, aguardamos a Dios. Lo cual no es cosa pequeña ni de poco esfuerzo cuando aquella que se gloría de una piedad única se queja con frecuencia de haber sido engañada, pues dice: *Le busqué y no le hallé*[1]. Así como es amable, así también es admirable, porque cuando no se le busca, se le encuentra, y no se le encuentra cuando se le busca. Si hubiésemos nacido cuando se hizo al hombre sobre la tierra y nuestra vida se hubiese extendido hasta cien mil años, no bastarían para buscar dignamente la futura gloria que se revelará en nosotros. He ahí el tiempo de buscar, he ahí que los días de hallar están entre las manos. *Buscad*, dice, *al Señor mientras se le puede encontrar, invocadle mientras está cerca*[2]. Vendrá un tiempo

[32] Ps. 83, 5.
[33] Ps. 117, 19.
* PL 183, 551.
[1] Cant. 3, 1.
[2] Is. 55, 6.

en que no habrá lugar, cuando aquella fuente de misericordia se seque con interminable sequedad. *Me buscaréis*, dice, *y no me hallaréis*[3]. Bien, Señor, para el alma que te busca. Si para la que te busca, ¿cuánto más para la que te encuentra? Si tan dulce es la memoria, ¿cuánto más dulce será la presencia? Si la miel y la leche son tan dulces bajo la lengua, ¿qué serán sobre la lengua?

2. Por tanto, hermanos míos, mirad a ver si andáis por el camino, si no os desviáis. *Alégrese*, dice, *el corazón de los que buscan a Dios*[4]. Si os alegráis en los trabajos, si corréis por el camino de los mandamientos de Dios con paso firme y apresurado, si cada día el estado del doble hombre está más próximo a progresar que a empezar, sin duda ninguna buscáis siempre su faz. ¿Dónde se ha alejado del amado el amado y le buscaremos? ¿Dónde está? ¡Qué he dicho, miserable! Mas ¿dónde no está? Está altísimo en el cielo, profundísimo en el infierno, latísimo en la tierra, difundidísimo en el mar. No está en ningún sitio y está en todas partes, porque ni está ausente de ninguna parte ni cabe en ningún lugar. El mismo está aquí, pero yo no estoy aquí. ¡Cuánto más verdadero parecería, Señor, el que tú no estás aquí y yo estoy aquí! Mas yo ni estoy aquí ni en ningún otro sitio, porque he sido reducido a la nada y no lo he sabido[5]. Verdaderamente a la nada, esto es, al pecado, y no lo he sabido, porque no estuve cuando el primer padre me devoró con mordisco amarguísimo. De aquí es que, rotos el corazón y el cuerpo, me derramo por los deleites, por las amarguras, pues tengo una culpa innata, una pena hereditaria; de aquí el que esté por completo desparramado y enervado. Aquel, pues, que es el mismo que dijo: *Yo soy el que soy*[6], verdaderamente existe, pues es propio suyo ser lo que es.

3. ¿Qué participación, pues, qué convenio entre aquel que no es y aquel que es? ¿Cómo pueden unirse cosas tan diversas? *Me es cosa buena*, dice el santo, *adherirme a Dios*[7]. Inmediatamente no puedo unirme a El, mas tal vez podré hacer esta unión por algún medio. Y para no teneros por más tiempo en suspenso, tres son los vínculos con que nos unimos a El. Y de tal modo son tres, que al mismo tiempo son uno solo. Con solos éstos o con otros semejantes, se ha de ligar lo que se debe ligar. En el primero po-

[3] Io. 7, 34.
[4] Ps. 104, 3.
[5] Ps. 72, 22.
[6] Ex. 3, 14.
[7] Ps. 72, 28.

ned las cuerdas ; en el segundo, los clavos de madera y de piedra ; en el tercero, la goma. El primero ata fuerte y duramente ; el segundo, más fuerte y más duramente ; el tercero, suave y con seguridad. Está atado de algún modo al Redentor con la cuerda aquel que, turbado vehementemente por la tentación, se propone, por motivo de honestidad, el recuerdo de la promesa, y se mantiene de esta manera atado como con la cuerda para no romper el propósito. Vínculo, sin duda ninguna, duro y molesto, mas también muy peligroso y que no puede durar mucho tiempo, pues la cuerda se pudre y pronto olvidamos o rompemos el vínculo del pudor. Hay también quien se adhiere con clavos al Señor de la majestad; se une con el temor de Dios; no se asusta ante la faz de los hombres, sino ante los tormentos infernales. Este, ciertamente, no temió pecar, sino arder. Con todo eso, clava más dura y fuertemente que el primero, porque, vacilando aquél en el propósito, éste no le pierde. El tercero, en cambio, se le une con la goma, esto es, con la caridad ; el cual, ligándose a Dios tan suave como seguraramente, se hace un espíritu con El. Este es aquel que, sea lo que quiera como dondequiera, tanto lo que hace como lo que le hacen, todo lo trae y lo vuelve a su provecho. Bienaventurado este hombre, saturado del espíritu de la majestad divina, que, suave y unido, lleva a todos y para ninguno es carga ; que tiene por más terrible y espantoso que el mismo infierno ofender a sabiendas, aun en cosa levísima, el rostro del Omnipotente. Este es el amante de los hermanos y del pueblo de Israel ; éste el que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa de Jerusalén [8]. *Cosa buena es,* dice Isaías, *estar unido con goma* [9]. Verdaderamente es buena y dichosa, porque los otros dos, sin llamarles malos, son, en comparación de éste, pesados e insoportables.

4. Pero aquel ojo misericordioso que conoce nuestro barro, a ninguno de los que ha de salvar le deja en el primero, sino que le lleva al segundo, y ni siquiera ahí le abandona. Del segundo le conduce al tercero. En el primero nos avergüenza desistir ; mas, si nos abrasamos, apenas nos sostenemos una hora ; en el segundo, temiendo ya y esperando, progresamos ; en el tercero, amando, concluímos. Así, excluídos los dos primeros, o sea, el temor y

[8] 2 Mach. 15. 14. [9] Is. 41. 7.

el pudor, permanecemos en el solo reclinatorio del amor. Así también, Cristo primeramente fué atado; en segundo lugar, crucificado; en tercer lugar, cubierto con la pegajosa unción de los aromas, no porque tuviese necesidad de consolidar con estos aromas el cuerpo, que no podía en modo alguno disolverse o ver la corrupción, sino porque, habiendo soportado por nosotros los esputos de los judíos, no se desdeñó recibir también por nosotros los ungüentos de los fieles. Y fíjate que no permaneció en las cuerdas y clavos ni el espacio de un solo día, sino que, vencedor con la unción, resucitó para triunfar eternamente. De igual modo, no tolera que los elegidos permanezcan por largo rato en los dos primeros, sino que los unge con la unción de la misericordia, para que, crucificados al mundo y el mundo para ellos, resuciten al nuevo espíritu y digan: *¿Quién nos separará de la caridad de Dios?* [10]

5. Con esta goma nos ha unido a sí aquella divina mirada desde la constitución del mundo para que seamos santos e inmaculados por la caridad ante su presencia. Sabemos, pues, que el que ha nacido de Dios no peca, porque la generación celeste le guarda [11]. Generación celeste es lo mismo que eterna predestinación, en la cual Dios determina hacernos conformes a la imagen de su Hijo. Ninguno de estos peca, esto es, persevera en el pecado, porque Dios conoce quiénes son suyos, y el propósito de Dios permanese inmutable. Aunque David se manchó con la nota de horrendos crímenes, aunque María Magdalena tuvo siete demonios, aunque el Príncipe de los Apóstoles se sumergió en lo profundo de la negación, no hay quien los pueda arrancar de la mano de Dios. *A los que predestinó, a éstos los llamó también; y a los que llamó, a éstos también los justificó* [12]. ¿Acaso no es cosa buena adherirnos a Dios? Buscad, buscad, hermanos míos, a Dios y seréis confirmados, buscad siempre su rostro [13]. Buscad al Señor y viva vuestra alma [14]. *Y mi alma*, dice, *vivirá para El* [15]. La cual está muerta para el mundo. La que está viva para el mundo no vive para El. Por tanto, busquémosle a El para que siempre le busquemos y cuando venga a buscarnos diga de nosotros: *Esta es la generación de los que le buscan, de los que buscan la faz del Dios de Jacob* [16].

[10] Rom. 8. 35.
[11] 1 Io. 5. 18.
[12] Rom. 8. 30.
[13] Ps. 104. 4.
[14] Ps. 68. 13.
[15] Ps. 21. 31.
[16] Ps. 23. 6.

Así, pues, se abran las puertas eternales y entre el rey de la gloria y nosotros con El. El cual es Dios bendito por los siglos. Amén.

5* Sobre las palabras de Habacuc: «Estaré de pie sobre mi lugar de guardia» [1]

1. Leemos en el Evangelio que, predicando cierto día el Señor e instruyendo a sus discípulos sobre el misterio de comer su cuerpo para participar de sus sufrimientos, dijo alguno: *Duro es este discurso*, y que desde este momento ya no fueron con El. Mas que, interrogados los discípulos si también ellos querían irse: Señor, contestaron, *¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida* [2]. Así, pues, os digo a vosotros, hermanos míos, que hasta ahora les ha parecido a algunos que las palabras que habló Jesús son espíritu y vida [3], y por eso le siguen; mas a otros parecen duras, y buscan en otro lugar consolación miserable. La sabiduría clama en las plazas, es a saber, en el camino amplio y espacioso que conduce a la muerte para atraer a los que caminan por él. Finalmente: *durante cuarenta años*, dice, *estuve cerca de esta generación y dije: Estos siempre andan errados de corazón* [4]. Tienes también en otro salmo: *Una vez habló Dios* [5]. Una sola vez porque siempre. Una sola vez, no interpolada, sino continua y perpetua.

2. Llama a los pecadores para que vuelvan al corazón; los arguye por el error del corazón. Por lo mismo de que habita ahí, ahí habla, haciendo lo que enseñó por el profeta que dice: *Habladla al corazón a Jerusalén* [6]. Pues Babilonia, porque es tierra y no puede soportar todos sus discursos, se aleja del corazón y prefiere andar en la car-

* PL 183, 554.

[1] Hab. 2, 1.

[2] Io. 6, 61. 67. 68. 69.

[3] En esta bella expresión, San Bernardo no quiere decir que el misterio de la sagrada Eucaristía, del que habló Jesucristo a los judíos (Io. 6, 47-59), deba entenderse de una manera espiritual o mística, no real; sino, más bien, que dicho misterio es vida espiritual—en oposición a muerte—de los fieles que lo entienden de una manera real. Por lo demás, San Bernardo, en el sermón en la fiesta de San Martín, n. 11, dijo ya de una manera clara y terminante que en la sagrada forma, después de la consagración, se halla la «verdadera substancia de su carne» (la de Cristo).

[4] Ps. 96, 10.

[5] Ps. 61, 12.

[6] Is. 40, 2.

ne, como de corazón muerto; más aún, como paloma seducida que no tiene corazón. Quiere alegrarse cuando hace mal y saltar de gozo en las cosas pésimas. Y oyendo de este modo la voz del Señor, que de ningún modo aprueba estos goces, sino que los detesta, reprende y condena, huye y se esconde, a semejanza de Adán prevaricador. Mas ¡ay de mí! ¡Qué vil encubrimiento buscas, alma mía, qué vil encubrimiento buscas! Hojas son las que tejes; hojas, digo, que no te dan nada de calor, que no tienen nada de solidez. Salido el sol, se secan y el viento cálido las dispersa. Y tú quedarás desnuda y miserable. Entonces no habrá nada oculto que no se revele, porque vendrá el Señor e iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los secretos del corazón. No habrá, desgraciada, donde te ocultes. En vano dirás a los montes: *Caed sobre nosotros*, y a los collados: *Cubridnos*[7], porque es necesario que te presentes desnuda y patente ante el tribunal de Cristo para que oigas la voz del juicio tú que despreciaste la voz del consejo. He ahí, pues, que dice Dios: *Haced penitencia*[8]; pero muchos disimulan y se tapan los oídos y dicen: *Duro es este discurso*. No así, impíos, no así podréis disimular cuando suene aquella palabra áspera y aquella audición mala: *Id, malditos, al fuego eterno*[9].

3. Veis, hermanos, cuán saludablemente nos aconseja el profeta que, si oímos hoy su voz, no endurezcamos nuestros corazones. Casi las mismas palabras habéis leído en el Evangelio y en el profeta. Dice el Señor en el Evangelio: *Mis ovejas oyen mi voz*[10]. Y el santo David en el salmo: *Pueblo suyo* (no hay duda que el del Señor) *y ovejas de sus pastos, si percibís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*[11]. Es mucho más útil y saludable oírle hoy aconsejando, consolando, amonestando, enseñando y, a lo más, arguyendo, increpando, corrigiendo, que en aquel día tan amargo, tan lúgubre, tan tenebroso, oírle juzgar, indignarse, castigar, vengarse, condenar. Preferible es, repito, para mí que me humille, que me corrija el justo con misericordia y me increpe, a que unte mi cabeza el aceite de los pecadores, no sea quizás hallado tierra que hiera la vara de su boca cuando hagan añicos con la vara de hierros los vasos de barro. Preferible me es guardar

---

[7] Os. 10. 8.
[8] Mt. 3. 2.
[9] Mt. 25. 41.
[10] Io. 10. 27.
[11] Ps. 94, 7. 8.

con el profeta, por las palabras de sus labios, los preceptos duros [12], a que el espíritu de sus labios me mate con el impío.

4. Mas ahora, si en su voz siento algo de amargura, no es sin dulzura, porque, cuando se pone airado, se acuerda de la misericordia ; más aún, porque la misma indignación no viene de otra cosa que de su misericordia. Arguye y castiga a los que ama, y azota a todo el que recibe por hijo [13] ; visita con la vara sus iniquidades y con los azotes sus pecados, mas no quita de él su misericordia. Por tanto, los que son prudentes no tapan sus llagas, sino que las descubren y las confiesan al Señor, porque es bueno, porque su misericordia dura eternamente ; porque de tal suerte infunde el vino de la reprensión, que no falta el aceite de la consolación. Por tanto, repito, el sabio toma la disciplina para que no se irrite el Señor y no le busque ya según la muchedumbre de su ira, sino que se aparte su celo de él. Por eso, el corazón del sabio está donde está la tristeza, mas el corazón de los tontos, donde está la alegría [14] ; pero la tristeza de aquél se convertirá en gozo y las postrimerías del gozo de éstos lo ocupará el llanto. Oye, finalmente, a Habacuc, profeta, cómo no disimula la increpación del Señor, sino que se preocupa de ella con continua y solícita meditación. Dice, pues : *Estaré de pie sobre el lugar de mi guarda y permaneceré firme sobre el muro para ver lo que se me dice y lo que he de responder al que me arguye.* También nosotros, os ruego, hermanos míos, estemos firmes en nuestro lugar de guarda, porque es tiempo de milicia. No vivamos en el muladar de nuestro cuerpo miserable, sino en el corazón, donde habita Cristo con el juicio y consejo de la razón; de tal modo que no tengamos confianza en nuestra vida ni nos apoyemos en la frágil custodia, sino que estemos firmes sobre el muro, apoyándonos con todas las fuerzas en Cristo, firmísima piedra. *El cual puso sobre la piedra mis pies y dirigió mis pasos* [15]. De este modo colocados y afianzados, contemplemos ya para ver qué se nos dice y qué hemos de responder al que nos arguye.

5. El primer grado, pues, carísimos, de la contemplación es que constantemente consideremos qué quiere el Señor, qué le agrada, cuál será acepto delante de El. Y, por-

[12] Ps. 16. 4.
[13] Hebr. 12. 6.
[14] Eccli. 7. 5.
[15] Ps. 39, 3.

que todos le ofendemos en muchas cosas y porque nuestro querer choca contra la rectitud de su voluntad ni puede unirse o adaptarse a ella, humillémonos bajo la poderosa mano de Dios altísimo y andemos solícitos por mostrarnos necesitados delante de los ojos de su misericordia. *Sáname, Señor, y seré sano; sálvame y estaré salvado* [16]; y aquello otro: *Señor, apiádate de mí, sana mi alma, porque he pecado* [17]. Después que el ojo del corazón ha sido purificado con estos pensamientos, no vivamos ya en nuestro espíritu con amargura, sino en el espíritu divino con mucha delectación. No consideremos ya cuál sea la voluntad de Dios para con nosotros, sino cuál sea en sí misma. La vida, pues, está en su voluntad, para que no dudemos que es más útil y completamente más cómodo para nosotros lo que está conforme con su voluntad. Y por eso, si procuramos con toda solicitud conservar la vida de nuestra alma, debemos procurar con tanta mayor solicitud no apartarnos, en cuanto podamos, de ella. Después, cuando hayamos progresado algo en el ejercicio espiritual, teniendo por jefe al Espíritu, que escudriña también las honduras de Dios, pensemos cuán suave es el Señor, cuán bueno en sí mismo, y oremos con el profeta para ver la voluntad del Señor y visitar no ya nuestro corazón, sino su templo [18]. Digamos también con el mismo profeta: *Dentro de mí mismo se ha turbado mi alma, por lo cual me acuerdo de ti* [19]. En estas dos cosas está toda la suma de la vida espiritual: en turbarnos y contristarnos con la consideración de nosotros, a fin de salvarnos y respirar con la divina; y en tener consolación por el gozo del Espíritu Santo, para que de este modo primero concibamos temor y humildad; después, esperanza y caridad.

6 De la piel, carne y huesos del alma *

1. El bienaventurado David habla en el salmo de los justos, diciendo: *Muchas son las tribulaciones de los justos, pero de todas ellas los libra el Señor. El Señor guarda todos sus huesos, no será machacado ninguno de ellos* [1]. Nadie pensará que esto se haya dicho de los huesos corporales, principalmente cuando tantos huesos de mártires

[16] Ier. 17. 14.
[17] Ps. 40. 5.
[18] Ps. 26. 4.
[19] Ps. 41. 7.
* PL 183, 556.
[1] Ps. 33. 20-21.

quebraron las manos de los hombres impíos y machacaron los dientes de las bestias. Más bien nos hemos de sorprender y compadecer de la condición de las almas humanas, las cuales, aunque con gran vivacidad perciben afuera tantas cosas, no pueden con ninguna perspicacia pensar en sí mismas o conocerse cómo son, sino que necesitan en absoluto de algunas figuras y enigmas corporales para poder conjeturar por las cosas visibles y exteriores las invisibles e interiores. Pongamos, pues, el pensamiento como cierta piel del alma, los deseos como la carne, para que, consiguientemente, podamos tomar la intención como la boca. Así en los huesos estará la integridad de la vida del alma; la salud, en la incorruptibilidad de la carne; la hermosura, en la belleza de la piel. ¿En qué consisten, pues, las tribulaciones de los justos, sino en que se marchita por algún tiempo la piel cuando se entretiene el corazón en un pensamiento inútil? Algunas veces también se hiere la carne cuando el pensamiento pernicioso llega a corromper con la delectación el afecto. Mas los huesos de los justos, Dios los guarda completamente íntegros e ilesos para que nunca se quiebre el propósito de su corazón y nunca se destruya la intención de salvarse aunque se dé asentimiento a la concupiscencia halagadora. Así como el pensamiento de pecado decolora y el afecto hiere, así el consentimiento mata por completo al alma.

2. Evitemos, pues, amadísimos, los pensamientos inútiles para que el rostro de nuestras almas permanezca hermoso, para que, olvidados de cuanto queda atrás, esto es, de nuestro pueblo y de la casa de nuestro padre, desee el Rey nuestro rostro. Salgamos de nuestra tierra para que no nos aprisione el pensamiento que induce al deleite de la carne. Salgamos de nuestra parentela, esto es, de los pensamientos curiosos, que, habitando en los sentidos corporales, son parientes del deleite. Salgamos también de la casa de nuestro padre para huir de los pensamientos soberbios y vanos. Un tiempo fuimos nosotros, como los demás, hijos de ira, fuimos también nosotros del padre diablo, que es rey de todos los hijos de la soberbia y que ha puesto su asiento y su morada infelicísima en los montes elevados. Y, si tal vez suben a nuestra mente algunos de estos pensamientos, trabajemos con toda soliciud por lavar y raspar

pronto el lunar con que sentimos nos hemos manchado, clamando y diciendo con el profeta: *Asperjéame, Señor, con el hisopo y purifícame; lávame y quedaré más blanco que la nieve*[2]. Mas si alguna vez, por nuestra incuria y negligencia, pasase el pensamiento inútil también al afecto del corazón, sabiendo que no es ya mancha, sino plaga, recurramos con todo apresuramiento al auxilio del Espíritu, que ayuda nuestra debilidad, clamando aquello del salmo y diciendo: *Señor, apiádate de mí; sana mi alma, porque te he ofendido*[3]. Estas son tentaciones humanas, y no se pueden evitar completamente mientras peregrinamos en este cuerpo mortal. No obstante, ninguno las tenga en poco o menosprecie, porque, si no mortales, son ciertamente peligrosas.

5. Por tanto, hermanos míos, guardemos la intención y el propósito de nuestra mente con aquella solicitud con la que deseamos guardar la vida de nuestras almas, porque es un pecado mortal el faltar con consentimiento y deliberación. Nuestra propia conciencia nos condena. Mas esto no lo he dicho para que desespere el que tal vez tiene conciencia de tal delito, sino para que tema el precipicio y para que quien haya caído procure salir pronto. Y aquel cuyos huesos han sido quebrados y machacados, sepa que está separado del cuerpo de Cristo, del que se dice: *No quebraréis ninguno de sus huesos*[4]. Por lo cual, aunque en la pasión su piel quedó descolorida y amoratada para sanarnos con sus cardenales, aunque los clavos traspasaron su carne y la lanza abrió su costado para redimirnos con su sangre, con todo eso, no se quebró ni uno solo de sus huesos. Por lo cual dice también el santo David: *No te son desconocidos mis huesos, los que tú hiciste en lo oculto*[5]. Y en otro salmo: *Mis huesos*, dice, *se volvieron áridos como la leña seca*[6]. Lo cual sucede cuando el alma pierde totalmente todo goce del bien y se reserva la fortaleza de la árida intención. Y fíjate a ver si no sufrió cosa igual el bienaventurado Job cuando clama: *Consumidas las carnes, mis huesos se adhirieron a mi piel*[7]; es a saber, corrompido el afecto, apenas si retenía el pensamiento espiritual la recta intención.

---

[2] Ps. 50. 9.
[3] Ps. 40. 5.
[4] Ex. 12, 46; Io. 19. 36
[5] Ps. 138. 15.
[6] Ps. 101. 4.
[7] Iob 19, 20.

7 Sobre la triple gloria, según aquello del Apóstol: «El que se gloría, gloríese en el Señor» [1] *

1. *El que se gloría, gloríese en el Señor.* Sabía el Apóstol que la gloria es propia del Creador y no de la creatura, según aquello: *Mi gloria no la daré a otro* [2]; y *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad* [3]. Y también: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria* [4]. Mas consideró que de tal modo ama la gloria la creatura racional como quien está hecha a imagen y semejanza del Creador, que nunca o casi nunca ha podido reprimir este deseo. Por lo cual, según la sabiduría que le ha dado Dios, encuentra un consejo salubérrimo, diciendo: Ya que no pueden persuadirnos a que no nos gloriemos, al menos *el que se gloría gloríese en el Señor.* Y considera cuánto sobrepasa la filosofía de San Pablo a la sabiduría de los filósofos de este mundo, sabiduría que, ciertamente, es insensatez para Dios [5]. Viendo los filósofos que algunos se deleitaban en las alabanzas ajenas y que buscaban mutuamente la gloria unos de otros, los que sobresalieron de entre ellos advirtieron prudentemente que esta gloria era vana y digna de todo desprecio. Mas, considerando después e investigando atentamente qué gloria debía apetecer el sabio, aquí ya descarrilaron completamente en sus pensamientos, juzgando que a cada uno le bastaba la gloria propia, como si el alma, que no puede subsistir por sí misma, pudiese por sí misma ser bienaventurada. Y así como los deseosos de la gloria ajena se esforzaban con toda solicitud por hacer aquellas cosas que admirasen y alabasen los hombres, así éstos juzgaban que sólo había que buscar aquella que aprobase el espíritu interior.

2. Y ésta es, ciertamente, la sabiduría suma de los sabios de este mundo, la cual es imperfecta aunque se aproxima a la verdad. Pero a ambas filosofías las sobrepasa el Apóstol con la sublime contemplación de la verdad: *El que se gloría,* dice, no se gloríe en otro ni en sí, *sino en el Señor.* Y, condenando con mayor insistencia aquella que parecía más próxima a la verdad, condenándola con cierto

* PL. 183. 558.
[1] 2 Cor. 10. 17-18.
[2] Is. 42. 8.
[3] Lc. 2. 14.
[4] Ps. 113. 9.
[5] 1 Cor. 3, 19

juicio de la verdad, dice: *No es aprobado aquel que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien recomienda Dios.* ¿Por qué, pues, ando solícito del juicio de otro hombre o de mi propio juicio, si ni por su vituperio seré reprobado ni por sus alabanzas aprobado? Hermanos míos, si yo tuviere que presentarme ante vuestro tribunal, con razón me gloriaría de vuestras alabanzas. Y si hubiese de ser juzgado por mi misma conciencia, satisfecho de mi propio testimonio, me deleitaría en mis propias alabanzas. Mas, puesto que he de presentarme no ante vuestro juicio ni ante el mío, sino ante el de Dios, ¿qué gran insensatez, más aún, qué gran locura será gloriarme de vuestro testimonio o del mío, principalmente siendo Él tal, que todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos, y no tiene necesidad de que alguno le dé testimonio del hombre? Con razón, pues, dice el mismo Apóstol, reprobador de la gloria vana y falaz: *Tengo por poca cosa el que me juzguéis vosotros o el día humano, mas ni siquiera me juzgo yo mismo; quien me juzga a mí es el Señor*[6]. En las cuales palabras hay que considerar diligentemente aquello de que, teniendo por poca cosa el juicio ajeno, de ninguna manera seguirá el suyo aunque no le tiene por tan poco. Nadie sabe las cosas que están en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él[7]; de suerte que, en comparación con el testimonio interior, se ha de tener completamente por nada el exterior. ¿Qué me va a mí con las alabanzas de aquellos que me desconocen? Y si ese espíritu que está en el hombre pudiese conocer todas las cosas que hay en el hombre, sin duda ninguna bastaría su testimonio. Mas el corazón del hombre es malo e impenetrable también para sí mismo[8], de tal suerte que en gran parte desconoce las cosas presentes y su futuro no le puede averiguar. Mas porque algunas veces conoce las cosas actuales, si no nos reprende nuestra conciencia, tenemos no ya gloria, sino *confianza en Aquél*, como dice el bienaventurado San Juan[9]. Mas cuando merezcamos poseer nuestra sentencia de parte de su Verdad, para la que nada hay escondido, de ella podremos gloriarnos con toda seguridad.

3. Mas por ahora, dice el Apóstol, *no queráis ser juzgados antes de tiempo, sino aguardad hasta que venga el Señor, quien iluminará las cosas escondidas en las tinie-*

[6] 1 Cor. 4. 3-4
[7] 1 Cor. 2. 11.
[8] Ier. 17. 9.
[9] Io. 3. 21.

blas [10]. La gloria, pues, será perfecta y segura cuando cada uno reciba su alabanza de Dios. También ahora, aunque no plenamente, aunque no sin temor y cuidado grandes, nos gloriamos algún tanto en el Señor, al dar el Espíritu Santo testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. De esto nos podemos verdaderamente gloriar, de que tenemos un Padre tan bueno, cuya inefable majestad tiene como cosa propia cuidar de nosotros. Por lo cual dice el profeta: *Señor, ¿qué es el hombre para que le engrandezcas? O ¿por qué acercas a él tu corazón?* [11] Así, pues, el que se gloría, no se gloríe en sus méritos. Pues ¿qué tiene que no haya recibido? Si lo ha recibido, ¿por qué se gloría como si no lo hubiera recibido? Gloríese, pues, en aquel de quien lo ha recibido, no porque es grande, sino porque le ha engrandecido Dios; esto es, que en las cosas que ha recibido, se gloríe no como quien no las ha recibido, sino como quien las ha recibido. No dice el Apóstol: Si lo has recibido, ¿por qué te glorías? Sino: *¿por qué te glorías como quien no lo ha recibido?* [12], de modo que no prohibe, sino que enseña a gloriarnos.

4. Mas ¿qué significa lo que dice: *No el que se recomienda a sí mismo ése es aprobado, sino aquel a quien Dios recomienda?* ¿Quién es ése a quien Dios recomienda en este siglo? ¿Cómo va a recomendar la Verdad a aquel que es todavía reprensible? Finalmente, dice: *Yo castigo y corrijo a los que amo* [13]. ¿Acaso es esto toda la recomendación? En verdad, por lo que a mí me parece, ésta es. ¿Qué recomendación mejor y más eficaz hay que el testimonio de la caridad divina para con nosotros? Ningún testimonio hay más creíble que el de su amor, ninguno más cierto en esta vida; el cual deseaba el profeta cuando decía: *El justo me corregirá e increpará con misericordia* [14]. Esta es, pues, la increpación en la que continuamente nos sugiere a solas el Espíritu de verdad qué es lo que nos falta y en la que repele la soberbia, la negligencia, la ingratitud. En el cual triple vicio se arrastran peligrosamente casi todos los hombres religiosos, por eso de que perciben con el oído del corazón poco atento lo que habla en el interior aquel Espíritu de verdad que no toca a ninguno. Esto a algunos les proviene, si no me engaño, de que, ansiosos de la gloria propia, no pueden aquietarse con ninguna ra-

[10] 1 Cor. 4, 5.
[11] Iob 7, 17.
[12] 1 Cor. 4, 7.
[13] Apoc. 3, 19.
[14] Ps. 140, 5.

zón cuando no hallan en sí mismos nada de que puedan gloriarse. En cambio, habrá gloria perfecta y segura si desconfiamos de todas nuestras obras, como de sí mismo atestigua el bienaventurado Job [15], y, con el profeta Isaías, conocemos que todas nuestras justicias no deben ser reputadas sino como paños de menstruadas [16]. Con todo eso, confiamos y nos gloriamos también en el Señor, cuya misericordia para con nosotros es tan grande, que nos guarda de los pecados más graves y mortales, que nos protege y que tan benignamente se digna manifestarnos y condonarnos los delitos de nuestra imperfección y la impureza de nuestra vida ordinaria, para que, asentados firmemente en la humildad, en la solicitud y en la acción de gracias, nos gloriemos no ya en nosotros, sino en Dios.

8 De los diversos afectos y estados en que se halla el alma bajo Dios *

1. El que llamemos a Dios con los diversos nombres de padre, maestro, Señor, no quiere decir que haya alguna diversidad en su naturaleza simplicísima y completamente invariable, sino una múltiple variación en nuestros afectos según los diversos progresos o defectos de nuestra alma. Se ve, pues, que con algunas almas obra como padre de familias; con algunas, como Señor; con algunas, como maestro; con algunas, también como padre; con algunas, como esposo; de tal suerte que parece que aprovecha con los que aprovechan y que muda con los que cambian el que, según el profeta, cambia a las criaturas y quedan mudadas, aunque El sea el mismo y sus años no mengüen [1]. Finalmente, atiende a lo que le dice el mismo profeta en otro salmo: *Con el santo serás santo, con el hombre inocente serás inocente, con el elegido serás elegido;* y para que más nos admiremos, *con el perverso te pervertirás.* Y, a fin de que entendamos que así como nos mudamos, así se muda también El, añade a continuación: *Porque tú salvas al pueblo humilde y humillas los ojos de los soberbios* [2].

2. Mas, porque no ha sido creado primero lo espiritual, sino lo animal, y después lo espiritual, me parece a

[15] Iob 9, 28. * PL 183, 561. [2] Ps. 18, 26-28.
[16] Is. 64, 6. [1] Ps. 101, 27-28.

mí que a nuestra conversión preceden cuatro estados, uno bajo nosotros mismos y tres bajo el príncipe de este mundo. El alma está bajo sí misma cuando sigue la propia voluntad, alegrándose de la libertad perniciosa. Este es aquel hijo pródigo que recibió la porción de la herencia que le tocaba, es a saber, ingenio, memoria, fuerzas corporales y los otros bienes de la naturaleza, para usar de ellos no conforme a la voluntad divina, sino conforme a su propia voluntad, y vivir en este siglo como sin Dios. Por ahora, el hombre está bajo sí mismo, pues, aunque satisface su propia voluntad, con todo eso, no le poseen todavía los vicios ni los pecados; pues quien hace pecado, no es siervo de sí mismo, sino del pecado. Luego camina a una región lejana el que antes se había separado, mas no alejado, del padre. Recibida ciertamente la porción de la herencia, se hizo independiente, y, aunque se había separado del Autor, con todo eso, estaba próximo a El mientras no se apartase con las obras. Y permaneció siempre que siguió, conforme a su capricho, las cosas lícitas, aunque no convenientes. Mas al apartarse de sí mismo, es a saber, al caer en el pecado, camina a una región lejana, porque nada hay tan lejos de aquel que es sumo y singular como lo que de ningún modo existe y nada más remoto de aquel por quien y en quien son todas las cosas como el pecado, que, entre todas las cosas, no es nada.

3. Por tanto, es justo juicio de la divina venganza que al hijo que se fugó del padre, otro le haga su esclavo. Por eso se lee que, marchando a una región lejana, se juntó a uno de los ciudadanos. Este no es otro, a mi entender, que uno de los espíritus malignos; los cuales, porque pecaron con irreparable obstinación y pasaron a amar la maldad y perversidad, ya no son huéspedes o peregrinos, sino como ciudadanos y habitadores del pecado. Mas ¿qué otra cosa significa lo que se dice de que el joven pobre y peregrino se juntó a un ciudadano, sino que se hizo súbdito suyo? Finalmente, lo que sigue muestra cómo se juntó: *Se juntó a uno de los ciudadanos de aquella región, quien le envió a su granja para que apacentase los puercos.* Y nota que se dice que por causa del hambre se juntó a un ciudadano malvado, como descendió Israel en tiempo de hambre a Egipto[3]. Hambre verdaderamente peligrosa y perniciosa, que pone a los libres en una miserable servi-

[3] Gen. 46. 6.

dumbre, que los somete a los trabajos de barro y ladrillos, que los asocia a los puercos, más aún, que los hace ser siervos de los puercos. Pero ¿de dónde le ha venido tanta pobreza a aquel que llegó rico con todas las cosas que le habían tocado de la herencia paterna? Sin duda ninguna, de eso que se ha dicho antes, que disipó todos sus bienes viviendo lujuriosamente con las meretrices. *Por eso*, dice, *comenzó a sentir necesidad*[4].

4. Ahora bien, por estas meretrices entiende las concupiscencias de la carne, con las que, viviendo lujuriosamente, disipa los bienes de la naturaleza al abusar de ellos para su deleite. A lo cual, como ya dijimos, sucedió una pobreza perniciosa, conforme a lo que atestigua la Escritura de que el ojo no se sacia de mirar, ni el oído de oír cosas nuevas[5]. Se le envía, pues, a apacentar puercos, es a saber, los sentidos corporales, que se deleitan en la pocilga de lodo y en las inmundicias. Y mira no sean éstos los puercos en los que entraron los malignos espíritus expulsados del hombre[6]. Arrojado, pues, el pecado de nuestra parte racional, es decir, de nuestra mente, se adhiere a los sentidos corporales, según lo que atestigua el Apóstol de que con su mente se somete a la ley de Dios, mas con su carne, a la ley de pecado que está en nuestros miembros. Por lo que añade en otro lugar: *Sé que no hay bien alguno en mí, esto es, en mi carne*[7]. ¿Qué otra cosa hay que hacer cuando, arrojados así del hombre los espíritus inmundos, habitan en los puercos, sino buscar el remedio de las lágrimas y correr a las aguas para que en su abundancia se sofoque la perversa raíz del pecado? Aunque esta extinción total de pecado está más bien reservada para el fin.

5. Estas cosas las he dicho de pasada para manifestar más claramente de qué modo se adueña el maligno de aquel a quien halla bajo sí propio: entra como un fuerte armado y se apodera de la morada en donde habita el pobre y débil. Ahora bien, de tres modos me parece a mí que están los hombres bajo el príncipe de las tinieblas. Primero, ni queriendo ni no queriendo, lo que conviene a aquellos que aun no tienen el uso de la voluntad, mas que, no obstante eso, son vasos de ira por el pecado original hasta tanto que, atado el fuerte, arrebate el más fuerte sus

[4] Lc 15, 11-15.
[5] Eccle 1, 8.
[6] Mt. 8, 32.
[7] Rom. 7, 18-25.

vasos al venir en el sacramento, como verdadero Moisés, en el agua, mas no en el agua sola, sino en el agua y en la sangre. Segundo, queriendo, cuando ya pecan voluntariamente. Tercero, no queriendo, cuando ya procuran arrepentirse, mas impelidos miserablemente por la costumbre, por justo juicio de Dios, estando con manchas, se manchan más. En este tercer estado parece hallarse ese hijo pródigo, verdaderamente pródigo, que no sólo ha disipado sus cosas, sino que también a sí mismo ha sometido a una miserable servidumbre. El infeliz, vendido al pecado, al volver en sí, dice: *¡Cuántos mercenarios en la casa de mi padre tienen panes abundantes, y yo aquí me muero de hambre!* Si alguno tiene experiencia de sí mismo, creo que fácilmente reconocerá en estas palabras un ánimo desgraciado. ¿Quién de los arrastrados por la costumbre de pecado no se reputaría feliz si se le diese ser como uno de esos que ve tibios en el siglo, que viven sin crimen, mas que no buscan las cosas de arriba, sino las que están sobre la tierra? *¡Cuántos mercenarios,* dice, *de la casa de mi padre tienen panes abundantes!,* esto es, tienen el consuelo de su inocencia y gozan del bien de la propia conciencia; *mas yo aquí me muero de hambre,* esto es, me siento abrasado por los deseos insaciables de los pecados y por los afectos de los vicios. Con todo eso, puede entenderse también que se muestra trabajado no por el hambre de pan ni por la sed de vino, sino por el hambre y la sed de la palabra divina, con que el profeta amenaza a Judea[8]. Y eso lo digo no porque sea así, sino porque así lo siente el miserable humillado bajo el pecado. Los pecadores arrepentidos no se glorían del testimonio de su propia conciencia, pues su mente es mercenaria y mundana, mas tienen por santísimo a todo el que ven inocente de cualquier modo que sea. *Hazme,* dice, *como uno de tus mercenarios*[9].

6. Este es ya el primer estado en que comienzan a vivir los que, como mercenarios, se encuentran bajo el padre de familias. Estos son los que vemos en el siglo servir a Dios por la recompensa y pedirle los bienes terrenos que anhelan sin ningún deseo o casi ninguno de los eternos. Empieza a vivir bajo Dios en el segundo grado el que, como siervo, teme la cárcel y recela de que le condenen a las penas. En el cual estado está la conversión, la salida

[8] Am. 8. 11.
[9] Lc. 15. 17-19.

del siglo y la entrada en la vida ; por lo que leemos : *El temor es el principio de la sabiduría* [10]. Y otro profeta dice : *Con tu temor concebimos para dar a luz el espíritu de salvación* [11]. De este grado está cerca o como mezclado el tercero, es a saber, el de aquellos que, niños aún en Cristo, desean la leche y viven como bajo maestro y pedagogo. Esto conviene principalmente a los novicios, que si bien han empezado a deleitarse en las consolaciones de la meditación santa, de las lágrimas, de la salmodia, de las demás cosas semejantes, temen infantilmente ofender al maestro para que no les azote, para que nos les prive de los donecillos con que les suele estimular ese benignísimo instructor. Estos son los que tienen al Señor siempre presente en su pensamiento y se conmueven si por una sola hora se aparta de ellos. No temen ya los suplicios serviles, sino, como niños, los azotes ; aprenden las enseñanzas del maestro para que no se irrite y se vean fuera del camino justo, para que no se les quite la gracia y les vengan todas las cosas molestas, para no hallarse con tedio y para que no les azote interiormente, es a saber, con pensamientos amargos. Estos son los azotes con que Dios castiga a sus pequeños, los cuales conocemos mejor por la experiencia que en teoría. Por lo cual el mismo Señor habla por el profeta : *Si sus hijos violan mi ley*, etc., *visitaré con azotes de varas sus iniquidades, y con castigos sus pecados* [12].

7. Así, pues, en estos comienzos y en esta edad infantil de tal modo se suceden el temor del Señor y las enseñanzas del maestro, que se encuentran ya en éstas, ya en aquel quien procura con diligencia observar esto. De aquí es que, hablando a la Iglesia, nueva aún, menciona al mismo tiempo los dos nombres, diciendo : *Vosotros me llamáis Señor y maestro, y decís bien, pues lo soy* [13]. Reconozcan nuestros novicios que éste es su lugar, para que procuren en adelante aplicarse a estas cosas con más constancia. Ante todo, les es necesario el temor ; con él podrán borrar los pecados pasados y evitar los futuros. *El temor de Dios*, como dice la Escritura, *arroja el pecado* [14], tanto el que se ha admitido como el que intenta entrar. Le arroja ciertamente haciendo penitencia por aquél, resistiendo a éste. Mas, porque es estrecho y arduo el camino que conduce a la vida, como a niños en Cristo os es necesario a vosotros,

[10] Eccli. 1, 16. [12] Ps. 88, 31-33. [14] Eccli. 1, 27.
[11] Is. 26, 18. [13] Io. 13, 13.

¡oh hijitos!, un pedagogo y nutricio que os enseñe, guíe y alimente; que os acaricie como a niños y os consuele con algunos halagos para que no perezca la edad débil. Por tanto, os aconsejo, no yo, sino el príncipe y pastor de la Iglesia: *Como niños recién nacidos, desead con cordura y sin engaño la leche;* de tal suerte, que nunca permanezcáis en ella, sino *que con ella crezcáis para la salvación*[15]. Y, expresando lo mismo otro pasaje de la Escritura, dice así: *Alegraos grandemente todos los que lloráis por ella* (sin duda ninguna, por Jerusalén, pues de ella se hablaba) *para que bebáis leche y os saciéis de la abundancia de su consolación, para que, cuando se os quite la leche, comáis de su gloria*[16].

8. Este, pues, es el estado del hijo de robusta edad que vive bajo el padre, que no come leche, sino que se alimenta de manjar sólido, olvidado de las cosas que quedan atrás, en las que el ojo servil moraba en la amargura. El cual ni considerando las mismas cosas que están presentes ni percibiendo las consolaciones de los niños, sino, más bien, dirigiéndose a lo que está por delante, esto es, a la palma de la soberana vocación, y a la entrada de la futura gloria, aguarda la dichosa esperanza y la llegada de la gloria del Dios grande. Deja, pues, las cosas que eran de niño para no ocuparse demasiado de estas consolaciones, suaves ciertamente, pero no duraderas. Y, porque ya ha llegado a varón perfecto, conviene que se ocupe en las cosas que son del Padre, que suspire por la herencia, que piense en ella con continua meditación. ¿Acaso le tendrá alguno por mercenario si anhela la herencia paterna y la aguarda y desea con todo afecto, atestiguando el mismo profeta que ella es premio del hijo y no del mercenario? *Cuando dé,* dice, *a sus queridos el sueño, he ahí la herencia del Señor; hijos, la recompensa es el fruto del vientre*[17].

9. Con todo eso, se encuentra otro grado más sublime y otro afecto más digno que éste cuando, castigado completamente el corazón, nada más desea el alma, nada más busca que al mismo Dios. Con la continua experiencia aprende que Dios es bueno para los que esperan en El, para el alma que le busca; de suerte que del afecto del corazón y por convencimiento clama aquello del salmo: *¿Qué hay para mí en el cielo y qué otra cosa quiero yo so-*

[15] 1 Petr. 2. 2. [16] Is. 66. 10-11. [17] Ps. 126. 2-3.

bre la tierra sino a ti? Desfallecieron mi carne y mi corazón. Dios de mi alma y Dios, mi suerte para siempre[18]. Y el alma que así es no desea nada suyo, ni la felicidad, ni la gloria, ni otra cosa con amor de sí propia, sino que toda va a Dios y su único y perfecto deseo es que la introduzca el Rey en su alcoba para unirse a El, para gozar de El. Por lo cual, descubierta constantemente la faz y mirando, en cuanto puede, la gloria del esposo, va transformándose de claridad en claridad en su misma imagen como por obra del Espíritu del Señor. De este modo merecerá escuchar: *Eres toda hermosa, amiga mía*[19]. Y ella se atreverá a decir: *Mi querido para mí y yo para él*[20]. Y con esta conversación felicísima y dichosísima se deleitará la gloriosa con el esposo.

9 Sobre las palabras del Apóstol a los romanos: «Las cosas invisibles de Dios se han hecho visibles desde la creación del mundo», etc.[1] Y sobre las palabras del salmo 84: «Oiré lo que me dice el Señor Dios», etc.[2]

1. *Las cosas invisibles de Dios,* dice el Apóstol, *se han hecho visibles desde la creación del mundo por aquellas cosas que se hicieron.* Este mundo sensible es como un libro público y atado con cadenas, como se suele hacer[3], para que el que quiera, pueda leer en él la sabiduría de Dios. Pero vendrá un tiempo en que el cielo se plegará como un libro, en el que ninguno tendrá necesidad de leer, porque a todos les enseñará Dios[4]. Y como la creatura del cielo, así también la creatura del mundo ya no verá a Dios como en espejo y enigma, sino cara a cara, y contemplará su sabiduría como hecha líquida en sí misma. Mas por

[18] Ps. 72. 25-26.
[19] Cant. 4. 7.
[20] Cant. 2. 16.

[1] Rom. 1. 20.
[2] Ps. 84. 9.
[3] PL 183. 565.
[3] En la época de San Bernardo, a causa de la escasez de los códices y de la dificultad en adquirirlos, se consideraban éstos como un verdadero tesoro, que había que guardar cuidadosamente. Con frecuencia, cuando su servicio era público entre los miembros de una comunidad o de una asociación, estaban atados a sus estantes correspondientes con gruesas cadenas.
[4] Io. 6. 45.

ahora el alma humana tiene necesidad de alguna creatura para llegar al conocimiento del Creador, mientras que, por el contrario, la naturaleza angélica tiene un conocimiento mucho más perfecto y dichoso del Creador de la creatura. A esta excelencia, pues, aunque brevemente, fué elevada aquella alma dichosa[5] que contempló todo el mundo como recogido en un solo rayo; del cual milagro, dice el bienaventurado papa San Gregorio en el libro de los *Diálogos* al describirle: «Para quien ve al Creador es pequeña toda creatura»[6]. Felices, por tanto, los que se sienten saciados con pan de trigo, para no tener necesidad de extraer miel de la piedra y aceite de la roca durísima. Estos ven las cosas invisibles de Dios no investigándolas en las cosas visibles, sino contemplándolas como hechas líquidas en sí mismas. Mas, como ya dijimos, esto es propio de la beatitud angélica, no de la debilidad humana.

2. Busquemos, pues, al menos por aquellas cosas que han sido hechas, el conocimiento de las cosas invisibles de Dios. Y, si estas cosas las contempla el alma en las demás creaturas, es necesario que las mire y contemple mucho más sutilmente y mucho más dilatadamente en la creatura que ha sido hecha a imagen del Creador, esto es, en sí misma. Entre las creaturas que habitan bajo el sol, ninguna está en un grado más próximo a Dios que el alma humana, de suerte que con razón le diga el profeta: *¡Bienaventurado el varón cuyo auxilio le viene de ti! Dispuso en su corazón grados para subir a ti.* Y poco después: *Irán de virtud en virtud; se verá al Dios de dioses en Sión*[7]. Por tanto, os amonestamos incesantemente, hermanos míos, que andéis los caminos del corazón y tengáis vuestra alma siempre en vuestras manos para que oigáis lo que os habla el Señor, *pues habla de la paz.* ¿A quiénes habla de la paz? Seguramente *a su pueblo y a sus santos.* ¿Quién es su pueblo y quiénes son sus santos? Ciertamente aquellos que vuelven al corazón. Por lo que sigue también: *Y a aquellos que se vuelven al corazón.*

3. Nosotros en estas palabras acostumbramos ver los tres géneros de hombres a quienes solamente habla Dios

---

[5] San Bernardo parece oponerse aquí a lo que dice en el sermón 31 sobre el Cantar de los Cantares, n. 2: «Ni el sabio, ni el santo, ni el profeta le han visto o pueden ver tal como es en este cuerpo mortal.»

[6] *Dial.*, l. 2, c. 35.

[7] Ps. 83, 6-8.

de la paz, como el profeta previó otros tres que solos se habían de salvar: Noé, Daniel y Job [8], expresando, aunque en un orden distinto, los mismos grados, es a saber, el de los continentes, el de los prelados y el de los casados. Los continentes deben volverse de los apetitos carnales a aquellas cosas que son del corazón, es decir, a los deseos espirituales; por lo que también el ángel llamó a Daniel *varón de deseos* [9]. Los prelados deben procurar servir de provecho más que presidir; a ellos les conviene sobre todo la santidad; por lo que en el salmo se les llama santos. Y los casados no traspasen los mandamientos, para que con razón se les llame pueblo del Señor y ovejas de sus pastos.

4. Mas también entre nosotros mismos—porque debemos tener más solicitud de nosotros mismos—solemos clasificar estos tres órdenes. Por el pueblo entendemos los hermanos conversos, quienes se ocupan en los negocios externos y como seglares. Los que se vuelven al corazón son los claustrales, a los que no distrae ninguna ocupación, sino que libremente reposan para ver cuán suave es el Señor. A ambos Dios habla de la paz, porque tienden a lo mismo, aunque no por el mismo camino. Es agradable el salterio con la cítara, mas no lo es menos el sonido de la cítara que el del salterio, aunque éste le dé más agudo y aquélla más suave. Con todo eso, María eligió la mejor parte, aunque quizás no sea de menos mérito ante Dios la humilde vida de Marta. Pero se alaba la elección de María [10] en el sentido de que, por cuanto a nosotros se refiere, debemos elegir ésta y soportar pacientemente aquélla, si se nos impone.

5. Lo que va en medio, *a sus santos*, pertenece a los prelados, quienes, a la verdad, necesitan de ambas vidas. Oficio suyo es proveer a los otros dos y unir las paredes que hacen ángulo, pues se les ha constituído vicarios de Jesucristo, piedra angular. Y no hay duda de que su administración es mucho más peligrosa que la de todos los demás. No obstante esto, si administran bien, se adquirirán un buen galardón y recibirán una medida de paz más copiosa y rebosante para que con razón se diga de ellos: *Porque a sus santos habla Dios de la paz.* ¿Dudará acaso alguno de qué santos habla aquí? Oiga a Isaías, que dice: *Se os llamará santos de Dios, ministros de nuestro Dios* [11].

[8] Ez. 14. 14.
[9] Dan. 10. 11.
[10] Lc. 10. 42.
[11] 6 Is. 41. 6.

Me había propuesto dar algún ejemplo de cómo el ánimo humano debe subir de la consideración de sí mismo al conocimiento espiritual, mas es necesario diferirlo para otro día y para otro sermón.

10 De la vida y de los cinco sentidos del alma *

1. Grande es, carísimos, nuestra negligencia y del todo inexcusable, pues, entregándonos a pensamientos vanos, perdemos el tiempo; no tenemos necesidad de penetrar las nubes ni pasar los mares para encontrar pensamientos salutíferos, sino que, como dice Moisés, la palabra está cerca, en nuestra boca y en nuestro corazón [1]. Podemos hallar en nosotros mismos infinitas ocasiones de pensamientos útiles. Finalmente, si tan ignorante y negligente fuese el alma que ni siquiera sus interioridades puede investigar, atienda al menos a aquellas cosas que hace fuera pública y manifiestamente, para que en ellas, si busca con atención, halle también la sabiduría. Ea, pues (porque está escrito: *Da ocasión al sabio y se hará más sabio* [2]), considera, ¡oh alma!, qué das a tu cuerpo, y verás que le suministras vida y sentido. La vida la hallarás uniforme en todo el cuerpo (pues, por ejemplo, no de otro modo vive el ojo que los dedos), mas no así el sentido. Busca, pues, que tu alma, que, sin duda ninguna, es Dios, te suministre a ti cosas semejantes. No se puede decir que vive el alma que no tiene el conocimiento de la verdad, sino que aun está muerta en sí misma, de igual modo que carece de sentido la que aun no tiene amor. La verdad es, pues, la vida del alma, y la caridad su sentido. Y no os extrañe que a veces las almas de los impíos tengan conocimiento de la verdad careciendo de la caridad, pues también en muchos cuerpos hallaréis vida sin sentido, como en los árboles y demás plantas, animadas ciertamente, pero con animación, no con alma [3]. Del mismo modo, también las almas de los inicuos tienen conocimiento por la razón natural, a la cual algunas veces ayuda la gracia, sin ani-

---

* PL 183, 567.

[1] Deut. 30, 14.

[2] Prov. 9, 9.

[3] Por alma entiende aquí San Bernardo el alma sensitiva o intelectiva. Por el contexto se deduce que no conocía aún la división de alma vegetativa, sensitiva e intelectiva.

marla de ningún modo. Mas cuando en alguno el alma espiritual infunde el conocimiento de la verdad y el amor, no lo hace de un modo externo, sino como alma suya, que, uniéndosele, le hace un solo espíritu consigo; en éste, repito, el conocimiento de la verdad es indivisible, como se ha dicho de la vida del cuerpo. Con el mismo conocimiento comprenderás las cosas más pequeñas y las más grandes.

2. Mas el amor, si observas atentamente, es vario, y le podrás hallar clasificado en cinco partes, conforme a los cinco sentidos del cuerpo. Hay un amor piadoso, con que amamos a los padres; hay un amor gozoso, con que amamos a los amigos; hay un amor justo, para con todos los hombres; hay un amor violento, para con los enemigos; hay un amor santo o devoto, para con Dios. En todos éstos, si te fijas, encontrarás un modo propio para cada uno, completamente diverso de los demás. Finalmente, si te deleita considerarlo con más detención, te parecerá que no sin causa el primero, esto es, el amor de los padres, conviene al tacto; este sentido sólo percibe las cosas que están próximas y unidas al cuerpo, de igual modo que este amor no se muestra sino a los que están próximos a nuestra carne. Y ni siquiera discrepa de la razón de semejanza el que, de todos los sentidos, sólo éste se halle difundido por todo el cuerpo, pues también el amor es natural a toda carne; de tal suerte, que los mismos animales brutos aman a sus hijos y son amados de ellos. Es también agradable ver cuán propiamente conviene el amor social con el gusto, por su mayor dulzura y porque este sentido es del que más necesita la vida humana. No veo por qué razón se ha de decir que vive al menos con vida social quien no ama a aquellos entre quienes vive. El amor general con el que amamos a los hombres tiene algo parecido con el olfato, en el sentido de que percibe las cosas lejanas y no experimenta plenamente el deleite carnal, sino que le tiene tan disminuído como extendido. El oído capta cosas mucho más remotas, y nadie entre los hombres está más alejado del amante como quien no ama. Además, mientras que en los otros sentidos hay no pequeño deleite de la carne y parece que más bien pertenece a la carne, el oído sale todo fuera de la carne. No sin razón, pues, parece convenir a aquel amor cuyo motivo total es la obediencia. Por tanto, es claro que este amor pertenece al oído, pues todos los demás amores toman ocasión de la carne.

3. Finalmente, el sentido de la vista parece apropiarse la semejanza del amor divino, porque es más excelente que todos los demás, de una naturaleza singular, más perspicaz que todos ellos y discierne cosas mucho más lejanas. Además, el olfato y el oído sienten cosas remotas, mas parece que atraen a sí el aire que sienten. Mas con la vista no sucede lo mismo, sino que, más bien, parece salir y marchar a las cosas remotas[4]. Así también en el amor. En cierto modo, atraemos a los amigos que amamos precisamente para que sean también ellos como nosotros, esto es, para que sean amigos. Mas si, como es digno, amamos a Dios con toda la virtud, con toda el alma, con todo el corazón, nosotros mismos vamos a El y nos apresuramos con toda diligencia al que está inefablemente sobre nosotros.

4. Está, pues, claro que, en los sentidos del cuerpo, la vista es más digna que todos los demás, y el oído, que los otros tres; el olfato parece superar al gusto y al tacto, si no en utilidad, al menos en dignidad, y el gusto excede al tacto. Lo cual lo manifiesta la misma disposición de los miembros. ¿Quién no sabe que los oídos son inferiores a los ojos, que están colocados en lo más alto? Así también es manifiesto que las narices están más bajas que los oídos; la boca, que las narices; las manos y las demás partes del cuerpo, a las que pertenece el tacto, que la boca. En segundo lugar, también se puede considerar en los sentidos del alma cómo uno es más digno que otro. Mas, porque esto lo podéis advertir fácilmente, lo paso en gracia a la brevedad. Igualmente, dejo a vuestra diligencia el considerar que así como los miembros de los cuerpos es necesario que caigan tan pronto como deje el alma de alimentarlos, así igualmente es necesario que perezcan los afectos que hemos dicho del alma, que son como sus miembros, sin el alma de la misma alma, que es Dios, al no amar enteramente lo que se debe amar o al no amarlo como se debe o con el fin que se debe. Hay quienes sólo aman carnalmente a los padres y alaban a Dios cuando les hace bien. Mas este amor, o no se ha de llamar amor o es caduco y se arrastra por la tierra.

[4] Cuando San Bernardo escribía este sermón, las ciencias naturales experimentales no habían nacido todavía. No tiene, pues, nada de extraño que errara al creer, como todos sus antecesores y contemporáneos, que la vista no se servía de la luz, lo mismo que el oído del aire, para percibir los objetos.

11 DEL DOBLE BAUTISMO Y DE QUE TENEMOS QUE ABANDONAR LA PROPIA VOLUNTAD *

1. Sabéis, hermanos míos, pues profesáis firmemente la fe católica, que en el bautismo el Padre celestial adopta a los que renuncian a Satanás y los traspasa de la potestad de las tinieblas al reino del Hijo de su claridad. A la verdad, ésa es la estola primera que el afecto paterno manda a los criados llevar cuanto antes, sin aguardar la petición de la boca ni el dejo del corazón, sino previniendo hasta el mismo entendimiento con las bendiciones de su dulzura. *Cuantos hemos sido bautizados en Cristo, tantos nos hemos vestido de Cristo* [1]. Igualmente, clama otro, testigo también él fidelísimo, que *a cuantos le recibieron les dió el poder de ser hijos de Dios* [2]. Y no es poder vano o débil, *pues estamos muy ciertos de que ni la muerte, ni la vida, ni las virtudes, ni los ángeles, ni la altura, ni la profundidad podrá separarnos de la caridad de Dios, que está en Jesucristo* [3]. Fíjate cuántas cosas ha enumerado el Apóstol (son sus palabras), mas no dice: Ni nosotros mismos. Ciertamente, ésta es la libertad con la que Cristo nos libertó, que ninguna criatura nos pueda apartar o hacernos violencia. Sólo nosotros lo podemos, arrastrados por la propia voluntad y seducidos por la propia concupiscencia. Fuera de esto, no hay nada que podamos temer. Finalmente, hasta tanto que cualquiera de los recién nacidos reciba el uso y facultad de deliberar, no podrá ser separado en absoluto de la caridad de Dios. Hasta entonces vive seguro bajo la protección y advocación del Señor, su Dios; nada hay de todas las cosas que pueda temer. Mas, al entrar en los años de la discreción, tampoco ha de temer violencia de ninguna de las demás cosas, sino de la que duerme en su mismo seno, es a saber, de su propia voluntad. Estará quizá el pecado afuera, mas el apetito está bajo la voluntad; mientras ella se niegue a abrir, él rehusará consentir.

2. A la verdad, a nuestros primeros padres les suplantó no un oso o un león, sino la serpiente, ciertamente

* PL 183, 569.
[1] Gal. 3, 27.
[2] Io. 1, 12.
[3] Rom. 8, 38-39.

la más astuta, pero no la más fuerte de todos los animales; ni el hombre a la mujer, sino la mujer al hombre. La serpiente, ¡oh Eva!, te engañó; te engañó ciertamente, no te impelió o te obligó. A ti, ¡oh Adán!, te dió la mujer del árbol, no infiriéndote violencia, sino ofreciéndotelo. Y no se hizo por su mandato, sino por tu voluntad, pues obedeciste más a su voluntad que a la divina. Y si él, ignorante, no tuvo con qué precaverse, al menos nosotros procuremos estar alerta amonestados por tantos ejemplos. Más aún, porque en este punto también nosotros nos hallamos desgraciadamente en peligro, procuremos hallar algún remedio a tantos males. ¿Cuándo hubiera podido obtener por la violencia el fuerte armado, a quien ató el más fuerte que sobrevino, la casa en otro tiempo suya? Mas la encontró vacía y locamente expuesta; y entrando, no irrumpiendo, con otros siete espíritus peores que él, no más poderosos, habitó libremente [1]. ¿Quién, pues, le admitió sino la propia voluntad? Ella es la que de nuevo nos entrega al poder de las tinieblas, la que nos somete al imperio de la muerte.

3. Ven, Señor Jesús; ven también ahora, Jesús bueno; arroja otra vez con valentía al que locamente hemos admitido de nuevo. Si nos libras también ahora, seremos verdaderamente libres. Hemos hecho nulo el primer pacto; te hemos ofendido, Señor, entregándonos de nuevo a Satanás y a sus obras, sometiendo voluntariamente nuestro cuello al yugo de la iniquidad y condenándonos a una mísera servidumbre. Por tanto, hermanos míos, nos conviene volvernos a bautizar; es necesario firmar un nuevo pacto; necesitamos una segunda profesión; ya no basta renunciar a Satanás y a sus obras; hay que renunciar igualmente al mundo y a la propia voluntad. El nos sedujo, ella nos entregó. En el primer bautismo, cuando en nada nos había dañado aún nuestra voluntad, hubo bastante con renunciar al diablo, por cuya envidia, entrando el pecado y la muerte en un hombre, pasaron a todos los hombres. Mas, después que hemos experimentado los halagos del mundo engañador y la infidelidad de la propia voluntad, en el segundo bautismo de nuestra conversión [2],

[1] Lc. 11. 21-26.

[2] Siguiendo a muchos de los Santos Padres. San Bernardo opina que la profesión religiosa es un segundo bautismo. Cf. serm. 37 de los diversos. n. 3; *Del precepto y de la dispensa*, c. 17. n. 54.

como he dicho, procurando con mucha sabiduría no sólo resarcir el primer pacto, sino también renovarle, renunciamos a esos afectos. Por tanto, procuremos, amadísimos, guardarnos inmaculados de este siglo, sabiendo que en esto consiste la religión pura e inmaculada delante de Dios[6]. Guardémonos, pues, de la propia voluntad como de una víbora pésima y malísima y que sola en adelante puede condenar nuestras almas.

12 Del principio, medio y fin, según aquello del Eclesiástico: «Acuérdate de tus novísimos», etc.[1*]

1. *Hijo, acuérdate de tus novísimos y nunca pecarás.* Recuerda el principio, contempla el medio, acuérdate del fin. Aquél engendra vergüenza, ése causa dolor, éste mete miedo. Piensa de dónde has venido y avergüénzate, de dónde eres y llora, adónde vas y tiembla. Mira, no pretendas ignorar algo, no venga sobre ti aquella terrible maldición que lanza el Esposo, diciendo: *Si te ignoras, ¡oh hermosa entre las mujeres!, sal y vete tras los rebaños de tus compañeros*[2]. Primeramente, pues, estando en el honor, ¡oh hombre!, no lo advertiste, por lo que se te ha comparado con los brutos y te has hecho semejante a ellos[3]. Y, si la vejación no despierta el entendimiento, vete también detrás de los rebaños, expuesto a todos los males mientras ellos no sienten mal alguno. Conoce, pues, tu principio y avergüénzate de haber sido comparado con los brutos, acuérdate de tu fin y teme no vayas también tras ellos. Avergüénzate, digo, de que, en lugar de la compañía de los ángeles, has conseguido la compañía de las bestias, no ya en las necesidades del cuerpo, sino también en los afectos del corazón. Con los brutos partes el alimento de la tierra, pues tuviste asco del pan de los ángeles, del pan celestial. Y no sólo esto, sino que—aún es peor—en el cuerpo recto está torcida el alma; en el cuerpo permanece la semejanza del alma humana, mas en el alma, la semejanza de Dios se ha cambiado en semejanza de bestia.

---

[6] Iac. 1, 27.
[1] Eccle. 7, 40.
[*] PL 183, 571.
[2] Cant. 1, 7.
[3] Ps. 48, 13-21.

2. ¿No te avergüenzas de tener la cabeza elevada y el corazón torcido, el cuerpo de pie y el corazón arrastrado por la tierra? ¿Acaso no es arrastrarse por la tierra el gustar la carne, el desear cosas carnales, el buscar cosas carnales? Mas, porque has sido creado a imagen y semejanza de Dios, al perder la semejanza, te haces semejante a los brutos no obstante conservar su imagen. Si puesto en sublimidad no advertiste que eres barro, hundido en lo profundo del barro, no ignores que eres imagen de Dios y avergüénzate de haberla dado una semejanza extravagante. Acuérdate de tu nobleza y avergüénzate de tanta abyección. No ignores tu hermosura y confúndete más aún de tu fealdad. Esta es, según Salomón, *la confusión que trae gloria*[4], al avergonzarte de haber caído de tanta gloria. Algún tiempo estuviste coronado de gloria y honor, estuviste colocado sobre las obras de la mano del Señor; eras habitante del paraíso, conciudadano de los ángeles y familiar de Dios Sabaot. De esta gloria, repito, de los hijos de Dios te depusiste tú mismo; tú mismo te desterraste de aquella dulcísima y felicísima patria, del huerto de las delicias.

3. He ahí de dónde viniste; ¿quieres saber adónde has venido? Ciertamente, a un lugar de dolor, pues tu vida está cerca del infierno. ¿Qué hay aquí sino trabajo, dolor y aflicción de espíritu? Mas ahora te sucede a ti como a aquel que nació y creció en la cárcel y que, no habiendo visto nunca la luz, se admira de la tristeza y ansiedad de su madre. Ella sabe por qué se duele, y, porque conoció los bienes, le son más pesados los males; y con el recuerdo de la paz, su amargura se hace amarguísima. Mas a ti los males menores te parecen grandes bienes y, ante las grandes cadenas a que estás acostumbrado, te parecen los anillos pequeños un descanso. Deseas comer porque tienes hambre; ambas cosas son trabajo; mas, porque el hambre es más pesada, ignoras que el comer es un trabajo. Pero, después que has arrojado el hambre, mira a ver si no tienes por más pesado comer que tener hambre. Y de este modo son todas las cosas que están por debajo del sol, de suerte que en ellas no hay nada verdaderamente dichoso. El hombre siempre quiere pasar de una cosa a otra, y sólo con el cambio siente algún alivio, como si

[4] Eccli. 4, 25.

pasase del agua al fuego para volver otra vez al agua quien no puede soportar ninguno de los dos. Ciertamente, todo remedio de un trabajo es comienzo de otro trabajo. Nadie puede en este siglo malo tener lo que quiere. Ni el justo se siente saciado de justicia, ni el voluptuoso de placer, ni el curioso de curiosidad, ni el ambicioso de vana gloria. He ahí de qué te has de doler, si no te has vuelto insensible; he ahí de qué te has de doler, pues se te ha colocado en el destierro y moras en el desierto, andas en tinieblas y por lugares pantanosos, y con el sudor de tu rostro comes tu pan. ¿Y no se muere tu ojo de amargura cuando considera estas cosas y no llora juntamente con el profeta: *¡Ay de mí!, que se ha prolongado mi destierro!*[5]

4. Tienes ya el principio, tienes también el medio; mas el fin, ¿cuál es? De él se dice que quien le recuerda no pecará. Integran tu fin la muerte, el juicio y el infierno. ¿Qué cosa más horrible que la muerte? ¿Qué más terrible que el juicio? Pero nada se puede pensar de más intolerable que el infierno. ¿Qué temerá el que ante estas cosas no tiembla, no se espanta, no se siente herido por el temor? ¡Oh hombre!, si has perdido la vergüenza, que pertenece a la creatura noble; si no sientes el dolor, que también es propio de los carnales, al menos no omitas el temor, que es propio de los brutos. Le cargamos al asno y le fatigamos con muchos trabajos, y no se preocupa, porque es asno. Mas si le arrojas al fuego, si quieres precipitarle en una hoya, se resiste cuanto puede, pues ama la vida y teme la muerte. Ahora bien, ¿no te parece justo que él que se ha hecho más insensible que los brutos se vea obligado también a ir en pos de ellos y, puesto en los tormentos, tenga el lugar postrero? Teme, pues, ¡oh hombre!, que en la muerte se te ha de separar de todos los bienes de este cuerpo y se ha de cortar con amarguísimo divorcio el vínculo tan dulce de la carne y del alma. Teme que en el terrible juicio has de ser presentado a Aquel en cuyas manos es horrible caer y que cuando examina nada se le esconde; el cual, si encuentra en ti iniquidad, te ha de apartar de toda quietud y gloria y te ha de separar del número de los bienaventurados. Teme verte puesto en los tormentos eternos e inmensos del infierno; teme ir junto con el diablo y sus ángeles, al fuego eterno que se prepa-

[5] Ps. 119, 5.

ró pára ellos. Por eso, este temor se llama principio de la sabiduría[6]; no la vergüenza ni el dolor, porque ninguno de ellos llevan a la sabiduría, ninguno de ellos tienen eficacia. De aquí que no se diga: *Acuérdate* de tu principio o de tu medio, sino *de tu fin y no pecarás*. Para resistir al pecado es más poderoso y vehemente el espíritu de temor que la vergüenza y el dolor. La vergüenza cesa con la repetición de los pecados y el dolor encuentra consuelo en cualquiera satisfacción de este mundo; mas el temor no halla con qué consolarse. En la muerte no llevarás contigo ni cosa grande ni pequeña de este mundo; en el juicio no te es posible engañar ni resistir; en el infierno no habrá ninguna consolación, sino, más bien, un perpetuo ¡ay!, un perpetuo gritar y llorar, un perpetuo rechinar de dientes.

13 De tres misericordias y de cuatro compasiones[*]

1. Así como hay pecados mínimos, medianos y grandes, así también hay misericordia pequeña, mediana y grande. El pecado grande tiene necesidad de misericordia grande para que donde abundó el delito sobreabunde la gracia. Llamo misericordia pequeña la expectación, en la cual no se castiga al punto el pecado, mas se aguarda a que se haga penitencia. Es pequeña no en sí, sino en comparación con las otras. Pues, por lo demás, es grande, grande en extremo, la espera del Señor. No aguardó a que se arrepintiese el ángel pecador, sino que al punto le precipitó del cielo. Igualmente, no dió treguas al hombre pecador, sino que acto seguido le arrojó del paraíso. Mas ahora aguarda, disimula, soporta doce años, veinte años, hasta la vejez. Y si consideramos cuántos y qué pecados se cometen diariamente, ¿no tendríamos por leves aquellos que, con todo, recibieron al punto sentencia de condenación? Nada, pues, de extraño que temblaran y casi resbalaran los pies del profeta que ardió en celos al ver la paz de los pecadores e inicuos ni de que los mismos pecadores digan: *Pero ¿sabe Dios todo esto? ¿Hay ciencia en lo alto?*[7] Pero ésta es la gracia y la virtud de la cruz de

[6] Ps. 110. 10.

[*] PL 183. 573.

[7] Ps. 72. 2. 3. 11.

Cristo. *Vivo yo*, dice el Señor ; *no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva*[2]. A mi entender, ésta es la voz de Cristo resucitado, que parece decir : Quiera o no quiera el judío, yo vivo ; no quiero la muerte del pecador, pues he muerto por los pecadores ; quiero que sea fructuosa mi muerte, y por ella abunde la redención.

2. Esta misericordia, pues, del Señor, en la que tarda en castigar y está dispuesto a olvidar, yo la he llamado pequeña, no ciertamente en sí, sino en comparación con las otras, pues, si existiese sola, no sería suficiente para salvarnos, más aún, aumentaría la sentencia de condenación al decírsenos : *Esto hiciste y callé*[3]. Oigamos, por tanto, al Apóstol clamar a su modo terriblemente : *¿Desprecias las riquezas de su bondad* (sin duda que de Dios) *y de su longanimidad? ¿Ignoras que la paciencia de Dios te convida a penitencia? Mas tú, con tu dureza y tu corazón impenitente, atesoras ira para el día de la venganza*[4]. Atesoras, dice, tesoros de ira en cambio de los tesoros de misericordia que desprecias al hacer infructuosa en ti la misericordia de Dios. Mas ¿a causa de qué? A causa de tu dureza y de tu corazón impenitente. ¿Quién, pues, rasgará esta dureza sino quien divide con su pasión las piedras? ¿Quién dará corazón penitente sino aquel de quien es todo don óptimo?

3. La segunda misericordia, mayor que la primera, es la que hace que la primera no sea infructuosa y se convierta en condenación de muerte. Consiste en dar la penitencia, sin la cual la esperanza no sólo no aprovecha, sino que, más bien, daña. Esta, ciertamente, podría bastar en los pecados leves, porque en aquellas cosas de que no nos podemos librar por completo mientras vivimos en este cuerpo de pecado para salvarnos puede bastar una penitencia cotidiana. Pero en los pecados más graves y que son mortales es necesario no sólo de penitencia, sino de continencia. Es cosa difícil y sólo posible al poder de Dios el arrancar de los cuellos el yugo del pecado una vez que se ha recibido, porque quien comete pecado, se hace siervo del pecado, y el poder libertarle no está ya sino en la mano del fuerte.

4. Esta es la gran misericordia necesaria a los grandes pecadores. De ellos se dice : *Compadécete de mí, Se-*

---

[2] Ez. 33, 11. [3] Ps. 49, 21 [4] Rom. 2, 4. 5.

ñor, según tu gran misericordia y según la muchedumbre de tus compasiones[5]. En otro lugar ya se ha hablado de las cuatro hijas de esta gran misericordia[6], que son: la infusión de la amargura, el apartamiento de las ocasiones, la virtud de resistir y la sanidad del afecto. A veces, Dios ingiere en aquel que se halla cogido en algún pecado ciertas amarguras, que ocupan el pensamiento del hombre y arrojan la perniciosa delectación del pecado. A veces, quita las ocasiones para que no sufra tentación su debilidad. A veces, da la virtud de resistir, que es cosa mayor, para que luche valientemente contra la tentación y no consienta. A veces, sana el afecto, lo que es perfectísimo; con lo cual se desarraiga la tentación totalmente para que no sólo no se consienta, mas ni la sienta siquiera.

14 De los siete dones del Espíritu Santo contra los siete vicios *

1. *La sabiduría vence a la malicia* al aplastar a Satanás Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios. *Abarca fuertemente de un confín a otro confín,* arrojando del cielo al soberbio, venciendo en la tierra al maligno, despojando en el infierno al avaro. *Y dispone todas las cosas suavemente*[1], confirmando en el cielo a los ángeles que permanecieron firmes, redimiendo en el mundo a los vendidos, librando en el infierno a los cautivos. O, si os agrada más, entendámoslo de este modo: el Espíritu septiforme procede en orden de batalla contra los siete grados de pecados. Primero se levanta el temor contra la negligencia. En verdad, él es quien golpea al alma, quien golpea la conciencia, quien golpea el sopor mortal y despierta la solicitud. Finalmente, *quien teme a Dios no desprecia nada*[2], mas respeta todas sus obras.

2. Para que la lucha sea más violenta se aprietan las mallas de la coraza y se juntan en el corazón del hombre el descuido de sí mismo y el deseo de curiosear a los demás. Tres son, dice el Sabio, las cosas que arrojan de la casa a

---

[5] Ps. 50, 1-2.
[6] Serm. 3 en el domingo sexto después de Pentecostés.
* PL 183, 574.
[1] Sap. 7, 30; 8, 1.
[2] Eccle. 7, 19.

su habitante: el humo, la gotera y la mala mujer [3]. ¿Cuándo faltaron estas cosas a la negligencia? El que descuida las cosas propias, no arroja el humo de su casa, no corrige a la mujer, no repara el techo. Humean los pecados que no se extinguen con ningún deseo de la misericordia ni con lágrima alguna; y ese humo es terribilísimo e intolerable. Se hace mala la voluntad y se vuelve peor cada día con el mismo descuido. Destila la indignación del soberano juez por defecto de la caridad, que es la única que tapa la multitud de los pecados [4]. Es necesario, pues, que salga fuera y curiosee las cosas exteriores quien de este modo desprecia las cosas internas, no atiende a las pasadas, no inspecciona las presentes, no mira a las futuras. Por tanto, a la curiosidad se opone la piedad, y lo que aquélla saca del corazón, ésta lo vuelve a introducir. A la verdad, esa piedad es culto de Dios. En el corazón se adora a aquel que sabemos habita en el corazón. La curiosidad da a luz a la experiencia del mal, de suerte que quien anda vagando por muchas cosas, con facilidad ofende, con facilidad cae en el lazo, con facilidad encuentra lo que le agrada perniciosamente. Contra esta experiencia lucha el espíritu de ciencia, enseñando a elegir el bien y reprobar el mal, enseñando cuál es lo peligroso y cuál conviene experimentar.

3. En muchos la experiencia ha pasado ya a ser concupiscencia. Estos grados los tienes en Dina, la hija de Jacob, a la que raptó y violó Emor, hijo de Sichén, cuando salía a ver las mujeres extranjeras; a la que después consoló, como leemos, de su tristeza con caricias, de tal suerte que el alma de la una se adhirió al alma del otro [5]. He dicho en concupiscencia, pues, como recuerda el profeta, el hombre que desprecia la ley pasa a los malos deseos del corazón [6], repudia la honestidad, dice adiós al pudor, olvida por completo el temor del Señor, y sólo se deja llevar del apetito, sólo sigue a la concupiscencia, sólo se deja arrastrar de la voluptuosidad, que en él tiene el oficio de voluntad. Contra esta concupiscencia del mal lucha la fortaleza, pues la libertad ya no está en ninguna parte, sino en la mano del fuerte. Se fije el hombre ayunos, castigue el cuerpo y se someta a servidumbre, no sea que de la es-

[3] Prov. 27, 15.
[4] Cf. *Introducción general: Predestinación y justificación*, p. 85.
[5] Gen. 34, 1-8
[6] Ps. 72, 7

tirpe de la culebra salga el basilisco ; de la concupiscencia, la costumbre. ¡Ojalá pudiéramos todos ignorar cómo se siente arrastrar la humana fragilidad por la sola costumbre a las cosas ilícitas sin los halagos de la concupiscencia o el ímpetu de los deseos! Cometiendo el pecado, nos hacemos siervos del pecado[7], siervos verdaderamente del diablo, y le seguimos a todo lo malo a que nos lleve según su capricho, pues somos esclavos suyos.

4. Esta costumbre es una cadena grave y perniciosa, más fácil de desatar que de romper ; de suerte que aquí parece caer aquel proverbio vulgar : la industria es más poderosa que la violencia. Para que, así como se repele la violencia con la violencia y se apaga el fuego de los deseos con el fervor del espíritu, así con astucias burles la astucia del maligno y a la costumbre opongas el consejo. De otro modo, si buscas la violencia y esperas dominar la costumbre castigando al cuerpo, es de temer que resulte el esfuerzo pernicioso y que antes muera la misma substancia que la concupiscencia inveterada, sobre todo cuando la costumbre es una segunda naturaleza. Se necesita, pues, de consejo, dado por el ángel del gran consejo o por algún hombre espiritual que no ignore los pensamientos de Satanás ni los remedios espirituales. Debemos substraernos a la ocasión de caer y debemos buscar la oportunidad de huir del pecado. Leemos, hermanos míos, que en el desierto a uno que le atacaba el espíritu de fornicación violentamente le curó un padre con una industria laudable. Llamando en secreto a otro hermano más anciano, le mandó que le llenase de injurias y que luego, como si él mismo hubiese sido el injuriado, se fuese a quejar al superior. Se acongojaba el otro y se afligía vehementemente, y así en breve se olvidó de la primera tentación ; de suerte que, preguntado de nuevo, respondía : «¡Ah, padre! ¿No le dejan a uno vivir y voy a poder fornicar?»[8]

5. Mas aún no ha llegado aquello que da la victoria, en que está el triunfo, a lo que se debe la corona, pues de la costumbre ha brotado el desprecio ; de suerte que, pecando ya tanto más libre cuanto más desesperadamente, dilata el pecador las cadenas de la concupiscencia y se arroja con todo el ímpetu al precipicio, como está escrito :

---

[7] Io. 8, 34.
[8] Véase San Jerónimo, carta a Rústico, hacia el medio.

El pecador, al llegar al profundo de los males, desprecia[9]. Es necesario, pues, que el espíritu de inteligencia impugne este desprecio iluminando las tinieblas del corazón, infundiendo la luz de la divina misericordia y de la abundante compasión. La inteligencia ha de ser atribuída a cosas altísimas y divinas, que ni la razón humana ni la misma fe pueden comprender de ningún modo o difícilmente, como es aquello: *Donde abundó el delito sobreabundó la gracia*[10].

6. Mas, si el desprecio persiste, es necesario que también se acerque la malicia, para que el triste, desesperado, pierda el consuelo y, ya que no tiene parte en los bienes, se alegre, al menos, en los males, se alegre cuando hace mal y se goce en las cosas pésimas. Para éstos sólo hay un remedio: que la sabiduría luche contra la malicia, y luche con la diestra propia, que no conoce haber sucumbido jamás. ¿Cuándo, pues, será libre el que bajó a Babilonia, si no le previenen bendiciones de la suprema bondad, de suerte que un clavo saque a otro clavo y la alegría de la unción espiritual arroje la dulzura pestilente de los vicios?

7. Así, pues, la sabiduría victoriosa abarca desde uno a otro confín fuertemente, arrancando cada uno de los vicios, injertando todas las virtudes. Ciertamente, se arroja la negligencia para que el espíritu de temor llene la mente, se arroja la curiosidad para que suceda la piedad, se pone en fuga la experiencia del mal y se presenta la ciencia. Así, la fortaleza prevalece sobre la concupiscencia, el consejo corta la costumbre, el entendimiento poderoso remueve el desprecio, y, desaparecida toda malicia, reina la sabiduría. Al triunfar la cual, aquella alma miserable, a la que había adormecido una perniciosa negligencia, despertado una curiosidad peor, atraído la experiencia, cogido la concupiscencia, arrebatado la costumbre, echado a la cárcel el desprecio, decapitado la malicia, la despierta el temor, la piedad la endulza blandamente, la ciencia, indicando lo que se ha hecho, la infunde dolor; la fortaleza la levanta como a cosa suya, el consejo la desata, el entendimiento la saca de la cárcel, la sabiduría pone la mesa, refocila a la hambrienta y la repara con saludables alimentos.

---

[9] Prov. 18, 3.
[10] Rom. 5, 20.

15 De cómo hemos de buscar la sabiduría *

1. ¿Qué hacemos, hermanos míos, en este mundo? O ¿qué hacemos de este mundo? Si pretendemos librarnos de este presente mundo malvado, ¿por qué nos metemos aún en las cosas de este mundo? Si queremos salir, ¿por qué trabajamos por llevar con nosotros nuestros grillos? Pongamos que son de oro; pero es mucho mejor estar libres sin ellos que por causa de ellos estar presos. No estimemos el valor, sino consideremos el impedimento, no sea que, además de la necesidad de nuestra condición, que, ciertamente, debemos tener como dura, empecemos a adherirnos a ellos con el visco de la concupiscencia y a atarnos con los lazos de la vana solicitud. ¿Qué hacen los que están con grillos? Es más conveniente no preguntarlo, pues a los hombres se les ponen grillos más bien para que padezcan que para que obren algo. Los grillos son impedimentos para la acción, son causa de sufrimiento. Con todo eso, debemos hacer algo en este mundo; debemos hacer penitencia, mas esto pertenece, al parecer, más al sufrimiento que a la acción. Con todo eso, debemos hacer algo aquí, no ya de este mundo, sino en este mundo. Después de leer que a Adán se le puso en un lugar de delicias para que le trabajase [1], ¿quién de sano juicio pensará que a sus hijos se les ha puesto en un lugar de dolor para que descansen? Trabajemos, pues, más en procurar un alimento que no perece; obremos la obra de nuestra salvación. Trabajemos en la sabiduría, la cual dice: *Los que trabajan en mí no pecarán* [2]. *El mundo es el campo,* dice la Verdad [3]. Cavemos en él; se oculta un tesoro, desenterrémosle. Esa es la sabiduría que se extrae de lo oculto. Todos la buscamos, todos la deseamos.

2. Mas en vano la busca quien la busca en su lecho; no se encuentra tampoco en la tierra de los que viven suavemente. Es lecho, ¿y buscas ahí al gigante? Es tuyo, ¿y esperas hallar ahí al que desconoce siempre los poblados? *Si le buscáis,* dice, *buscadle; volveos y venid* [4]. ¿Dónde buscarle? Fuera de tu lecho. ¿De dónde te has de volver? *De tus voluntades* [5]. Y si no hallo la sabiduría en mis voluntades, ¿dónde, dices, la hallaré? Vehementemente la

* PL 183, 577.
[1] Gen. 11, 15.
[2] Eccle. 24, 30.
[3] Mt. 13, 38.
[4] Is. 21, 12.
[5] Eccle. 18, 30.

desea mi alma; mas no bastará con encontrarla, aunque logre encontrarla, si no pongo en mi seno una medida buena, llena, apretada y rebosante. Y con razón. *Bienaventurado*, pues, *el hombre que encontró la sabiduría y abundó en prudencia* [6]. Búscala mientras se la puede encontrar e invócala mientras está cerca. ¿Quieres oír cuán cerca está? *Cerca está la palabra, en tu corazón y en tu boca* [7]. Mas con tal de que la busques con un corazón recto. Levanta el corazón, sal de tu lecho, para que no oigas en vano la admonición de tener elevado el corazón. Si en el corazón encuentras la sabiduría, la prudencia afluirá a la boca; mas procura que afluya, no que fluya o se vomite.

3. Ciertamente encontraste la miel si encontraste la sabiduría; pero no comas mucho, no sea que, saciado, lo vomites. Come de tal modo, que siempre tengas hambre. Ella misma dice: *Los que me comen quedarán con hambre* [8]. No reputes en mucho lo que tienes, no te sacies, no sea que vomites, y lo que creías tener, se vaya de ti como de quien desistió de buscar antes de tiempo. No hay que cesar tampoco de buscarla o invocarla mientras se la puede encontrar, mientras está cerca. De otro modo, dice Salomón, *no sentará bien, como a aquel que come mucha miel; y así, el que es curioso de la majestad, se verá oprimido por la gloria* [9]. ¿Por qué interrogas, Pilatos, aparte al Señor para que te susurre al oído lo que es la verdad? Es mucho para ti; lo santo no es para los perros, ni la margarita para los puercos. Busca, más bien, el gusto de la fe, pero no busques por ahora la saciedad de la inteligencia. Con razón, hermanos míos, se embotó al reverberar la punta, y, sin aguardar respuesta, salió a los judíos el que había empezado a andar en cosas admirables y muy superiores a sí preguntando qué era la verdad [10].

4. Por tanto, busquemos en el corazón la sabiduría que es de la fe, como dice el Apóstol: *No saber más de lo que conviene saber, sino saber sobriamente* [11]. La sabiduría sobria se halla en la penitencia de los pecados pasados, en el desprecio de las comodidades presentes, en el deseo de los premios futuros. Ciertamente has encontrado la sabiduría si lloras los pecados de la vida pasada, si tienes en poco las ambiciones de este siglo, si deseas con todo anhelo la eterna bienaventuranza. Has hallado la sabiduría si,

[6] Prov. 3, 13. [8] Eccli. 14, 29. [10] Io. 18, 38.
[7] Rom. 10, 8. [9] Prov. 15, 27. [11] Rom. 12, 3.

discerniendo y juzgando todas estas cosas con cierto sabor del ánimo, te saben tal como son : éstas, amargas y dignas de ser huídas ; ésas, despreciables también como terrenas y caducas ; aquéllas, en cambio, dignas de ser deseadas con todo los anhelos como bienes perfectos. Y esta sabiduría es sobria y desconoce el vómito, pues el frío del temor por el recuerdo de los pecados y el fervor de la caridad por el deseo de las promesas divinas apartan toda tibieza de esas ocupaciones pésimas que ahora tenemos para que ni vomites la sabiduría ni ella te vomite a ti. Y así como es *bienaventurado el hombre que encuentra la sabiduría,* así también es *bienaventurado,* o, mejor, más bienaventurado, *el hombre que mora en la sabiduría* [12], pues quizás esto pertenece a la afluencia.

5. A la verdad, tres cosas se necesitan para que afluya a tu boca la sabiduría o la prudencia : que en tu boca haya confesión de la propia iniquidad, acción de gracias y voz de alabanza, palabra también de edificación. Ciertamente es necesario *fe en el corazón para justificarnos y confesión en la boca para salvarnos* [13]. En el principio del discurso, el justo debe acusarse a sí mismo [14] ; en el medio, engrandecer al Señor ; en tercer lugar (si afluye abundantemente la sabiduría), edificar al prójimo. Pero ¿también a la obra ha de afluir la sabiduría? Y en grado sumo. Por tanto, busquemos en la obra una triple afluencia, pues en otro tiempo dijo cierto sabio que la sabiduría era triple [15]. Ahora bien, si vosotros no halláis cosa mejor, pienso que, por lo que se refiere a la obra, afluye con una copiosa sabiduría todo el que entre vosotros vive continente, paciente y obedientemente ; de modo que la fiel obediencia mortifique la propia voluntad, la humilde continencia corte a la vez el deleite carnal y mundano, la paciencia sonriente soporte con valentía la doble adversidad, es a saber, la corporal y la del mundo.

16 De los tres géneros de bienes y de la vigilancia sobre los pensamientos *

1. Hermanos míos, debemos tener un cuidado más constante y una vigilancia mayor sobre nuestros pensa-

[12] Eccli. 16, 22.
[13] Rom. 10, 12.
[14] Prov. 18, 17.
[15] Prov. 22, 20.
* PL 183, 579.

mientos ; sobre nuestros pensamientos, digo, a los que se administra continuamente materia de tan santas meditaciones. Día y noche se nos cantan y se nos leen las voces proféticas, evangélicas y apostólicas ; las cuales amenazan con la pena eterna y prometen la gloria del reino eterno. ¿De dónde, pues, a nosotros pensamientos tan vanos, tan dañosos, tan obscenos, que nos atormentan ya con la inmundicia y la vanagloria, ya con la soberbia y la ambición, ya con las demás pasiones ; de tal suerte que apenas si alguna vez podemos respirar en santos pensamientos? ¡Ay de nosotros por el sopor y tibieza de nuestro corazón, que permitimos ocuparnos en estas vanidades y no nos lanzamos, más bien, en cada momento a los bienes del Señor, ya naturales, ya espirituales, ya también eternos! Los bienes naturales son grandes ; los espirituales, mayores ; los eternos, grandísimos. En los primeros nos reparamos, en los segundos nos ejercitamos, en los terceros nos extendemos y nos beatificamos. Si no puedes fijar el ojo de la meditación en aquella sublimidad de los bienes eternos, porque están distantes y sobrepasan todo sentido, vuelve la vista a los bienes de la gracia, que están en el ejercicio de las virtudes, para que veas de qué pura conciencia y de qué enérgica libertad es el vivir y pensar en castidad y caridad, en paciencia y humildad, en las demás virtudes que vuelven al hombre amable a Dios, apacible e imitable a los hombres. Y, si también éstos son demasiado sublimes y sobrepasan tu debilidad, fija tus ojos en los bienes de la naturaleza, que te deben ser tan familiares cuanto tú lo eres para ellos. Y no decimos bienes de la naturaleza como si no fuesen bienes de la gracia, sino porque estuvieron de algún modo injertados y coplantados con la naturaleza antes de que existiese el pecado, el cual no sólo inficiona la persona, sino también la naturaleza. Desde entonces, a causa de la herida infligida, no los tenemos a la mano, más frecuentemente sentimos que están en nosotros y cerca de nosotros tanto por la razón como por los afectos. Y porque constamos de cuerpo y alma, debemos, como dice el Apóstol, empezar por la parte animal, esto es, los bienes del cuerpo, para que no sea primero lo espiritual, sino lo animal [1].

2. Todos los bienes del cuerpo que sólo le debemos

[1] 1 Cor. 15, 46.

procurar son la salud. Nada más le debemos dar o buscar; aun esto mismo, lo debemos incluir y encauzar en sus límites, puesto que sus frutos son nulos y la muerte es su fin. Mas aquí hay una hoya que no quiero que os permanezca oculta. El deleite pone asechanzas a la salud y la persigue con malignidad tan sutil, que apenas si sabe alguien descubrirla o precaverla. Y si se sirve al deleite y no a la salud, esto ya no es de la naturaleza, sino bajo la naturaleza; la cual da la mano a la muerte al constituir por maestra a la sensualidad. De aquí es que algunos han descendido o, por mejor decir, caído a ímpetus tan bestiales y rebeldes, que prefieren el placer a la salud y se deleitan frecuentísimamente en aquellas cosas que saben van seguidas de enfermedades difíciles y agudísimas. Y así como la naturaleza del cuerpo es la salud, así la naturaleza del corazón es la pureza, porque con el ojo turbado no se ve a Dios, que es precisamente para lo que ha sido hecho el corazón humano. Si, pues, debemos tener un cuidado solícito de la salud del cuerpo, lo debemos tener tanto más de la pureza del corazón, cuanto que estamos convencidos de que ésta es más digna que aquélla. Y decimos aquí simplemente pureza para que todo cuanto hacemos lo confesemos pura y humildemente al Señor en la oración y al hombre en la confesión y exclamemos: *Dije: Confesaré contra mí mi injusticia al Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi pecado*[2].

3. Y, porque somos animales sociales, pasemos de las cosas que están en nosotros a aquellas que están alrededor de nosotros, para que, si puede ser, tengamos, en cuanto esté de nuestra parte, paz con todos los hombres. Esta es la ley natural de la sociedad: que no hagamos a otros lo que no queremos que se nos haga a nosotros mismos, y que cuanto queremos que se nos haga a nosotros, procuremos hacérselo a los demás. Así como debemos salud al cuerpo y pureza al corazón, así debemos paz al hermano. Y de aquí debemos pasar a las almas de los santos, que volaron de esta cárcel mortal a los gozos de los cielos. A éstos, sin duda ninguna, les debemos imitación, porque fueron, como nosotros, pasibles y nos dieron a conocer los caminos de la vida, que guardaron tan infatigable como interminablemente. Mas a aquellos que salieron

[2] Ps. 31, 5.

sin tanta santidad o sin terminar la penitencia, les debemos compasión y oración por la unión de nuestra similar naturaleza, para que el Padre piadoso quite de ellos la escoria, conmute en beneficios los azotes y los lleve, finalmente, a los goces de la ciudad dichosa. Si los toros lloran, mugen y prosiguen los deberes de fraternidad con ciertos obsequios cuando encuentran otro toro muerto, ¿cuánto más debe hacer un hombre con otro hombre, puesto que les enseña la razón y les mueve el afecto? Y así como a las almas santas las debemos imitación, así a las menos santas las debemos compasión, tomando de allí el ejemplo y de aquí el gemido.

4. De los santos ángeles debemos buscar el auxilio con suspiros ocultos y lágrimas frecuentes, para que ellos ofrezcan a la soberana majestad nuestros ruegos y nos obtengan gracia, ya que son espíritus administradores enviados a nosotros para que alcancemos la herencia de la salvación[3]. Mas de aquel Señor de todas las cosas hay que pedir la piedad, para que, siendo su naturaleza bondad, siéndole propio compadecerse siempre y perdonar, no mire la muchedumbre de nuestras iniquidades, sino que, según la multitud de sus misericordias, se compadezca de nosotros. A ése, pues, le debemos, con toda reverencia y humildad, amor y sujeción. Amor, porque El nos creó y nos hace beneficios; sujeción, porque está sobre nosotros y porque nos lo manda el que es terrible en sus juicios sobre los hijos de los hombres. Así, pues, debemos salud al cuerpo, pureza al corazón, paz al hermano, imitación a los santos, compasión a los muertos. Igualmente, hemos de pedir auxilio al ángel, piedad a Dios. Todo esto lo debemos hallar y obtener del arca de los bienes naturales para que, después de haber hecho lo que se ha mandado y dado a la naturaleza, sepamos que somos siervos inútiles que hicimos lo que debíamos hacer. Nunca o casi nunca se halla algún precepto dado a los hombres que pase los términos y posibilidad de la naturaleza. En estos bienes, como dije antes, nos reparamos y en cierto modo nos restituímos al ser antiguo, al volvernos a la innata suavidad de la naturaleza, al guardar el orden debido de las cosas en nuestras relaciones con nosotros mismos, con aquellos que están junto a nosotros y con aquellos que están sobre

[3] Hebr. 1, 14.

nosotros. Y esto por lo que se refiere a los bienes naturales.

5. Los bienes espirituales, en los que nos ejercitamos para tender a los eternos, son los mismos naturales (aunque considerados desde otro punto de vista) junto con otros muchos que es largo de enumerar. Los unos son según la naturaleza; los otros, sobre la naturaleza. En el ejercicio espiritual, al cuerpo no le debemos salud, sino servidumbre, aflicción, trabajo, según la voz de aquel varón espiritual y de gran doctrina que decía: *Castigo mi cuerpo para reducirle a servidumbre* [1]. Tampoco le debemos al corazón sólo esta pureza para que casta y humildemente confesemos nuestros pecados, sino que en nuestra intención, pensamiento y obra hemos de mostrar circunspección, para que nuestra vida sea fructuosa y nuestra fama gloriosa; no que fructifique para sí, sino para Dios; no que se glorifique a sí, sino a su Padre, que está en los cielos. Igualmente, no decimos que se ha de mostrar paz a solos los hermanos, sino que debemos estar pacíficos con aquellos que odian la paz, llevando a todos, sin querer que nos lleve nadie. No sólo mostremos a los muertos compasión y oración, sino añadamos también congratulación a la esperanza, pues, aunque nos debemos contristar de que padecen en el purgatorio, nos debemos alegrar mucho más de que ya está cerca el momento en que quite Dios toda lágrima de sus ojos para que ya no haya ni llanto, ni clamor, ni dolor alguno, porque pasó lo primero. Ya no sólo debemos imitación a los santos, no sólo debemos buscar auxilio de los ángeles, sino también desear ardientemente su presencia, estar con ellos y ver aquellas columnas del cielo que sostienen el orbe de las tierras, en las que brilla y reluce tanto y tan excelente el signo de la divinidad. Del Señor, finalmente, no sólo debemos buscar la piedad, sino también debemos dirigir hacia él todo el afecto para que nos amemos por El y suspiremos por saber cuál es aquella majestad que hace todas las cosas, que las contiene todas juntas, y en la que las criaturas racionales desean verse.

6. Estos son los caminos del ejercicio espiritual, en los que se dilata y deleita la mente religiosa; en los que, olvidada de las cosas que están detrás y extendiéndose a las que están delante, es decir, a los bienes eternos, sigue la

[1] 1 Cor. 9, 27

palma de la suprema vocación. ¿Acaso no saltó por encima de la naturaleza este bienaventurado apóstol San Andrés, cuya fiesta celebramos, cuando decía: «¡Oh buena cruz, largo tiempo deseada, preparada para mis deseos ardentísimos! Seguro y gozoso vengo a ti.» Esta voz es de hombre enajenado y que ha subido de los bienes de la naturaleza a los bienes de la gracia, pues no sólo se gloría en la esperanza, no sólo en las tribulaciones, sino que también va gozoso a la presencia de los tribunales al ser hallado digno de sufrir desprecio por el nombre de Jesucristo. No sólo va pacientemente, sino que se apresura libremente, más aún, ardientemente, a los tormentos como si fueran ornamentos y a las penas como si fueran delicias.

7. Por tanto, aquellos eternos bienes son bienes que no vió el ojo ni oyó el oído, que nunca salen de aquella patria que no conoce sino el gozo y el júbilo. Allí nada falta; allí está la abundancia que puede llenar todo deseo. ¿Qué abundancia es esa en la que nada hay de lo que no quieres y está todo lo que quieres? *Haya paz*, dice el profeta, *en tus muros y abundancia en tus torres*[5]. En aquellas torres, repito, que, según otro profeta, se edificarán con piedras preciosas; en ellas nos saciará Dios con la flor de harina, no con la corteza del sacramento. Mas, si no nos faltase nada, pero nos estuviese algo escondido, ¿estaría acaso la gloria consumada? Por eso, nada nos estará escondido. He ahí la sabiduría con que se saciará la curiosidad del hombre. ¡Oh sabiduría, en la que conoceremos entonces perfectísimamente todo lo que hay en el cielo y en la tierra, pues beberemos en la misma fuente de sabiduría el conocimiento de todas las cosas! No temeré las sospechas, no temeré los conciliábulos, porque aquella ciudad es, según San Juan, como un cristal purísimo[6], para que así como a través del cristal vemos clarísimamente, así también veamos clarísimamente las conciencias de los demás. Mas ¿qué importa el que nada falte o nada se oculte, si permanece la ansiedad de perderlo? Por eso, nada aterra. He ahí la potencia en que se fortalece la debilidad humana: *Puso*, dice, *paz en tus confines y aseguró los cerrojos de tus puertas*[7] para que no entre ningún enemigo ni pueda salir ningún amigo. Así, pues, donde

[5] Ps. 121, 7.
[6] Apoc. 21, 19.
[7] Ps. 147, 14. 13.

está la suma abundancia, la suma sabiduría, el sumo poder, pienso que nada falta a la plenitud de bienaventuranza por lo que se refiere al sumo de felicidad humana. Estos son los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; bienes de la humanidad, bienes de la virtud, bienes de la eternidad. Meditemos, pues, hermanos míos, estas cosas, las rumiemos y, según el precepto de la ley, las volvamos a rumiar [8], porque así se vive y en tales cosas está la vida de nuestro espíritu. De este modo, el pensamiento santo nos guardará, para que digamos con el santo: *La meditación de mi corazón estará siempre en tu presencia, Señor, ayuda mía y mi redentor* [9].

17 De la triple custodia: de la mano, de la lengua y del corazón *

1. Todos nos quejamos de que nos falta la gracia, pero con más razón quizás se queja la misma gracia de que muchos la faltan a ella. Esta gracia de la devoción que buscamos es una cosa del corazón, y se priva a sí mismo de este don el que descuida ofrecerla una morada digna. Ahora bien, ¿cómo tendrá cuidado de su corazón aquel que no es circunspecto en las palabras ni vigila las obras? No se extrañe de que le falte la consumación el que no tomó el principio, ni tampoco aquel que parece tener el principio, si no llega al medio. Gran cosa es para un hombre del mundo tener las manos limpias; para el monje no es cosa grande, sino un mal enorme, no apartar sus manos del contagio. Mas aun en las mismas manos se nos exige a nosotros limpieza mayor y justicia más abundante. A ellos se dice: *Huíd de la fornicación* [1]; *el que robaba, ya no robe* [2], y demás obras semejantes, pues quien hace tales cosas no conseguirá el reino de Dios. ¿Acaso debemos temer nosotros este contagio de las obras y tan grave contaminación de las manos? Mas, porque son más puras, por eso ofende más en ellas un levísimo lunar; y así como a un precioso vestido le afea notablemente una mancha pequeña, así para mancharnos a nosotros basta cualquiera mancha, aun la más mínima; ni es ya un lunar, sino un manchón grave, el que en nuestras acciones aparezca la más

[8] Lev. 11, 3. * PL 183, 583. [2] Eph. 4, 28.
[9] Ps. 18, 15. [1] 1 Cor. 4, 1-8.

mínima negligencia de los mandamientos. Esta diligencia en guardar los preceptos se ejerce en los principios de nuestra conversión cuando, aunque poca, tenemos ya la luz, a no ser que se tengan por grandes aquellos a quienes dice la Verdad : *Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos, hicimos lo que debíamos hacer*[3]. Mas esto, responderás, lo aconsejó que lo dijéramos por humildad. Verdaderamente que por humildad. Pero ¿acaso contra la verdad? Por lo demás, si en la guarda de las obras se nos halla negligentes, ningún sabio aconsejará que no se trague un mosquito a aquel que se traga un camello.

2. Mas, aunque ya estén purificadas las manos, no se puede pasar seguidamente al corazón ; se deben limpiar los labios con un segundo cuidado y con una media solicitud. Y si dijeses : Pocos son los que regulan sus palabras con rectitud, aprende de esto cuán rara es la perfección, pues ni siquiera el progresar es común a todos. ¿Quién podrá decir las manchas que contrae el pequeño miembro de la lengua, cuánta sea la inmundicia que se coagula en los labios impuros, cuánta la ligereza de una boca poco circunspecta? Hay lengua que se desata en palabras ociosas, hay lengua impúdica, la hay también vanagloriosa. De las dos últimas, la primera se familiariza con la lascivia ; la segunda, con la arrogancia. Hay también lengua hipócrita y lengua maldiciente ; de las cuales la una se divide en falsificadora y aduladora ; la otra, ya arroja injurias a la cara, ya calumnia en lo oculto. Si los hombres han de dar cuenta a Dios de todas las palabras ociosas que han dicho[4], ¿con cuánto mayor rigor se les juzgará sobre la mentirosa, mordaz e injuriosa, sobre la orgullosa y lasciva, sobre la aduladora y calumniosa?

3. ¡Qué sentencia más verdadera aquélla, hermanos : *En el mucho hablar no evitarás el pecado!*[5] Pasando otras cosas, si precisamente es ociosa una palabra porque no tiene ninguna causa razonable, ¿qué gran cuenta debemos dar de aquella que es contra razón? Ninguno de vosotros, hermanos míos, estime en poco el tiempo que gastáis en vuestras ociosidades, pues es tiempo aceptable y día de salvación. Vuela la palabra para no regresar, vue-

[3] Lc. 17, 10.
[4] Mt. 12, 36.
[5] Prov. 10, 19.

la el tiempo para no volver, y el loco no advierte lo que pierde. Es agradable hablar, dicen, mientras pasa la hora. ¡Oh, mientras pasa la hora! ¡Oh, mientras pasa el tiempo! Mientras pasa la hora, cuánto te ofrece la compasión del Creador para hacer penitencia, para obtener el perdón, para adquirir la gracia, para merecer la gloria! ¡Mientras pasa el tiempo, en que debías hacerte propicia la divina piedad, correr hacia la sociedad angélica, suspirar por la herencia perdida, aspirar a la felicidad prometida, excitar la voluntad perezosa, llorar la iniquidad cometida! ¿Se alegran acaso los labradores de buscar nuevas ocupaciones y de pasar irreprensiblemente el día sin ocuparse cuándo se presenta la deseada oportunidad de sembrar, y los viñadores cuando llega el tiempo esperado de la poda? ¿Acaso, cuando se acercan las ferias, se retrasan los comerciantes y buscan ocasiones que les impidan sacar provecho de ellas? Finalmente, los pobres mendicantes, ¿buscan distracciones, ceden los puestos a otros pobres y se retiran a ocultarse en los rincones de las plazas cuando, despertado por sus muchos ayes, se presenta el distribuidor de las limosnas?

4. ¡Ojalá, pues, que sólo se perdiere en palabras el tiempo de la vida! Mas se comprueba que muchos pierden en las palabras también la vida, y que no sólo la pierden, sino que también la hacen perder, y esto a sus hermanos. ¿Acaso no pierden la vida los detractores, odiosos a Dios, odiosos a la vida? La vida huye de los que odia; y aquellos de quienes huye la vida es necesario que mueran. ¿Acaso no muere aquel que bebe el veneno que le proporciona la lengua engañosa del detractor? Arteramente le quitan la vida del amor, e, ignorándolo, poco a poco se enfría en él la caridad fraterna. Quizás lo oiga también aquel a quien se difama. Ciertamente, las palabras vuelan, y, habiendo recorrido primero las bocas de muchos, difícil será que no se aumente en la boca de cada uno y, ya madura, se cuente a aquel a quien va dirigida la ofensa. Ahora bien, al oírlo se escandalizará y se consumirá, y con tanta más facilidad se extinguirá en él la caridad cuanto antes parecía estar más viva. *Si mi enemigo*, dice, *me maldijese, en verdad lo sufriría*[6]. El oidor prudente se pone en guarda; se pone también en guarda, si no es necio, el que sabe ha sido difamado; éste, para no inficio-

[6] Ps. 54 13.

narse con el veneno; aquél, para no verse perturbado por el escándalo. Mas, de por sí, la lengua maldiciente, al herir la conciencia del uno y dañar la caridad del otro, se mata a sí misma y juntamente a los otros dos. ¿Acaso no es una víbora esta lengua? Ciertamente es ferocísima, pues con un solo hálito inficiona mortalmente a tres. ¿Acaso no es una lanza esta lengua? Ciertamente, y agudísima, pues penetra a tres con un solo golpe. *Su lengua,* dice, *es una espada aguda*[7]. La lengua del detractor es una espada de dos filos, más aún, de tres.

5. Ni te avergüences de decir que esta lengua es más cruel que la lanza que traspasó el costado del Señor. La lengua también traspasa el cuerpo de Cristo, un miembro del Cuerpo místico; ni le traspasa ya muerto, sino que traspasándole le hace muerto. Es también más dañosa que las mismas espinas que impuso el furor militar a aquella cabeza sublime, o también que los clavos de hierro que la iniquidad consumada de la gente judía fijó en aquellas manos y pies santísimos, pues, si no hubiese preferido la vida del Cuerpo que ahora se atraviesa y mata a la vida de su cuerpo, nunca habría entregado este último a la injuria de la muerte, a la ignominia de la cruz. ¡Y decimos: Es poca cosa una palabra! ¡Es una carne tierna, blanda y pequeña la lengua del hombre! ¿Qué sabio la tiene en algo? Ciertamente es cosa ligera una palabra, porque vuela suavemente, mas hiere gravemente. Pasa suavemente, mas abrasa gravemente; penetra suavemente en el ánimo, mas no sale suavemente; se dice con facilidad, mas no se revoca fácilmente. Fácilmente vuela, y por eso viola fácilmente la caridad. Cosa vil es una cosa muerta, mas echa a perder el perfume[8]. Es un miembro tierno la lengua, mas difícilmente se le puede sujetar. Es pequeña y de substancia débil, mas tiene un uso grande y poderoso. Es un miembro pequeño, mas, si no tienes cuidado, un gran mal. Es tenue y aplanada, instrumento aptísimo para vaciar los corazones, como creo testimoniarán las conciencias de muchos de vosotros, a no ser que todos seamos tan perfectos, que nunca, después de largas conversaciones, se haya encontrado nuestra mente en cierto modo vacía, la meditación menos devota, el afecto más seco y el holocausto de la oración no tan pingüe por las palabras que di-

[7] Ps. 56, 5.
[8] Eccle. 10, 1.

jimos o por las que oímos ; pero siempre por las palabras.

6. Fácilmente se va la lengua y no con menos facilidad penetra en el corazón ; de tal suerte, que en la conversación a muchos les aprovecha poco el cohibir la propia si no se guardan de la ajena. Es útil el hermano que te habla, es sabio, es varón religioso y temeroso de Dios ; digo más, es ángel, y ángel de luz ; también ahora guárdate no sea que oigas algo que hiera. No quiero que sospeches de la persona, sino de la lengua, sobre todo en las conversaciones que se tienen en los recreos [9]. Buena es, ciertamente, la sencillez de la paloma, mas en esto no omitas la astucia de la serpiente. María, no pasando sin juzgar las palabras del ángel, *pensaba cuál sería aquel saludo* [10]. Tú también, que al menos estarás bien advertido con las frecuentes experiencias de cuánto dañan las palabras, no descuides, si te invitan a hablar (algunas veces es necesario tomar parte en la conversación), no sólo la circunspección de la boca, sino también poner guarda al oído. No admiréis que en este grado, propio de los que progresan, nos detengamos tanto tiempo, pues creo que entre nosotros son más los que progresan que los perfectos.

7. Acaso parezca excesivo en la reprensión de las palabras. Pero acordaos de que es la lengua la que habla contra los vicios de la lengua. Al menos se la ha de excusar en eso de que ni siquiera a sí misma se perdona ni deja de aconsejar a los oyentes contra los propios peligros de sí misma. El lenguaje es viento, mas no siempre viento abrasador. *Levántate,* dice, *aquilón, y ven, austro; sopla mi huerto y espárzanse sus aromas* [11]. Es muy grande, ciertamente, la utilidad del discurso y frecuentemente se halla en la lengua un fruto preciosísimo. A la verdad, la vida del justo viene de la fe ; la fe, de lo que se oye, y lo oído, de la palabra de Dios ¿Cómo vivirá alguien si no cree? ¿Cómo creerá si no oye? ¿Cómo oirá si no se le anuncia? Por eso debemos tener sobre ella mayor diligencia y una custodia más vigilante, puesto que, según la Escritura, *la muerte y la vida están en mano de la lengua* [12]. Si sólo estuviese la

[9] Como aparece por este sermón, había también entre los cistercienses algunos ratos del día dedicados a la recreación de los monjes, en que era lícita la conversación. Fuera de este tiempo, debemos confesar que San Bernardo exigía un silencio riguroso. Cf. serm. 3 de adviento, n. 5.

[10] Lc. 1, 29.

[11] Cant. 4, 16.

[12] Prov. 18, 21.

vida, no la deberíamos circuncidar; si sólo la muerte, la deberíamos cortar. Mas debemos poner guarda a nuestra boca y una puerta circunspecta a nuestros labios para que ni la eterna clausura dañe la edificación vital ni se dé una libre salida a la ponzoña mortal. Vigilemos, pues, hermanos, sobre nuestras obras para no omitir lo que nos está mandado ni cometer lo que nos está prohibido. Nos exhorta a esta doble custodia el profeta cuando dice: *Apártate del mal y obra el bien* [13]. Con todo eso, vigilemos sobre nuestras palabras para que no suceda que en ellas ofendamos a Dios y al prójimo. Feliz, pues, aquel a quien en toda conversación le solicita ese doble temor y le estimula la consideración de los dos que le oyen: primeramente, la consideración de la majestad divina, en cuyas manos es horrible caer; en segundo lugar, la consideración de la debilidad fraterna, pues fácilmente se puede dar a los hermanos un escándalo.

8. Con todo, no pienso que se pueda llamar aún perfecto al que cuida de evitar ofender con palabras, si no es en comparación con el primero, que sólo vigila las obras. La Verdad, hablando en el Evangelio de los siervos que viven en vela aguardando la venida del Señor, dice: *Si viene en tercera vigilia y los encuentra así, bienaventurados son esos siervos* [14]. Hallas que no se dice en la primera vigilia ni en la segunda. Esta custodia es ya del corazón, sobre el cual, dice el Sabio, hay que poner todo cuidado, *porque de él procede la vida* [15]. Yo, pues, pienso que esta custodia consista especialmente en dos cosas: en que la mente vigile con toda solicitud sobre el rebaño de los afectos, y juntamente sobre el de los pensamientos. Con razón se pone aquí toda guarda, pues del corazón proceden las otras dos: las palabras y las obras. A no ser que quizás, lo que no ocurra, sean fruto de un estudiado disimulo y tengan la forma de piedad, no la virtud. Así como la vena que brota de la fuente, si antes no llena el hueco en que se halla, no podrá ni subir, ni rebosar, ni correr a llenar otros recipientes, así también el espíritu humano, hasta que no cumpla perfectamente las guardas de la mano y de la lengua que hemos dicho antes, no podrá volverse al cuidado de sí mismo, ni gozar de la dichosa tranquilidad de la de-

[13] Ps. 36, 27.
[14] Lc. 12, 38.
[15] Prov. 4, 23.

voción, ni elevarse al sublime grado de la contemplación. Ea, pues, hermanos míos, si buscamos la gracia de la suprema visitación, la busquemos de este modo; si deseamos recibir las consolaciones espirituales, las pidamos de este modo; si deseamos que se nos abra el cielo, llamemos de este modo. Finalmente, vigilemos de este triple modo, si queremos entrar a las bodas con el esposo, Jesucristo, nuestro Señor, que es bendito por los siglos. Amén.

18 Del gozo espiritual, o de las palabras del Apóstol: «El reino de Dios no es comida ni bebida», etc. [1] *

1. ¿Por qué nos apartamos del sendero los que caminamos al gozo? Hay ciertamente en el cielo un gozo, mas no es el gozo de la tierra. Hay un gozo en el reino del cielo, mas no es un gozo carnal, ni un gozo mundano, ni un gozo cuyo fin le ocupa el llanto, sino un gozo en el que se ha convertido la tristeza; no es, finalmente, el gozo de aquellos que se alegran cuando hacen mal, ni el júbilo que algunos tienen en las cosas pésimas, sino el gozo del Espíritu Santo. ¿Mas de dónde procede este gozo sino de la justicia y de la paz? Estas mismas destilen, como la miel de las celdillas, para que un recipiente más sólido pueda recibir fácilmente el dulce licor cuando está flúido. Esto tendrá lugar cuando saboreemos la pura miel y nuestro gozo sea pleno y puro, de suerte que nos gocemos no sólo en el Espíritu, sino también del mismo Espíritu. Tendrá lugar cuando el gozo sea completamente espiritual, de modo que no nos muevan ya los motivos corporales, ni las obras de misericordia, ni las lágrimas de penitencia, ni los motivos de justicia, ni las pruebas de paciencia, sino, más bien, la misma presencia del Espíritu, en quien los mismos ángeles desean contemplarse. Mas por ahora, haciendo las veces de sal, me condimenta la sabiduría como si ella no fuese alimento. Por ahora, antes de comer, suspiro; y ni siquiera entonces se me permite tragar mi saliva. Es, pues, sabio aquel a quien todas las cosas le saben como son. Mas aquel a quien la sabiduría le sabe tal cual es en sí, no sólo es sabio, sino también bienaventurado. En esto, pues,

[1] Rom. 14. 17.
[*] PL 183. 587.

consiste ver a Dios como es; éste es el río que alegra la ciudad de Dios; éste, el torrente de deleite; ésta, en fin, la abundancia embriagadora.

2. Mas ahora, Señor, no tienen vino. Por ahora en estas bodas falta el vino. Sí, el vino de los deleites carnales y de la concupiscencia mundana. *Su vino*, dice, *es la hiel de los dragones y el veneno mortal de los áspides*[2]. Siempre nos falte este vino, hermanos míos, porque este vino no es bueno. El buen vino no se saca de la viña de la impureza, sino de la hidria de la purificación. El buen vino no se obtiene de la uva de Gomorra, sino del agua de Judea. *Guardaste*, dice, *el buen vino hasta ahora*[3]. Mas el vino óptimo se guarda todavía. Éste no se obtiene del agua, sino, más bien, se exprime de aquel gran racimo de la tierra de promisión que ahora, mientras conocemos en la carne a Cristo, y a éste crucificado, se lleva en la vara. ¿Acaso no le faltaba vino a aquel que decía: *Mi alma rehusó ser consolada?* Mas parece que bebió el vino hecho agua cuando añadió: *Me acordé de Dios y me alegré*[4]. Y ¿qué hará en la presencia quien con el solo recuerdo se deleita? Igualmente, los apóstoles gustaron el vino hecho del agua cuando *fueron alegres a la presencia de los tribunales, pues se les había hallado dignos de sufrir por el nombre de Jesús*[5]. ¿Cómo no ha de ser vino de agua el gozo del desprecio? Ciertamente, se cumplía ya la promesa de la Verdad, quien les había dicho de este modo: *Vuestra tristeza se convertirá en gozo*[6], esto es, vuestra agua se convertirá en vino. ¿Te admiras de que el agua se haya convertido en vino? También se convierte en pan, a no ser que te hayas olvidado de comer tu pan, aquel del que leíste: *Nos alimentarás con el pan de las lágrimas y nos darás a beber lágrimas en abundancia*[7]. Ahora bien, oye la abundancia: *Había*, dice, *seis hidrias de piedra para la purificación de los judíos*[8]. Si, pues, eres judío, no según la carne, sino según el espíritu, servirás seis años y en el séptimo serás libre; en seis días te purificarás; seis días trabajarás; en las seis hidrias te libertarás con tribulaciones y en la séptima no te tocará el mal. No sólo te libertarás en las seis, sino que beberás vino de ellas cuando, como dice el Apóstol, comiences a gloriarte no sólo en la esperanza, sino también en las tribulaciones[9].

---

[2] Deut. 32, 33. [3] Io. 2, 3. 10. [4] Ps. 76, 3. 4. [5] Act. 5, 41. [6] Io. 16, 20. [7] Ps. 79, 6. [8] Io. 2, 6. [9] Rom. 5, 3.

3. Este es, pues, el doble gozo que por ahora tienes en el Espíritu Santo : gozo con la memoria de los futuros bienes y gozo por la resignación de los males presentes. De esto nada sabe a carnal, nada a mundano, nada a vanidad. Mas la suavidad que en ambos gozos te absorbe es el Espíritu de verdad y la Sabiduría celestial. *Alegraos en el Señor siempre,* dice el Apóstol ; *otra vez os digo: Alegraos.* Y para indicar la materia de estos dos gozos, añade: *Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres, pues el Señor está cerca* [10]. ¿Qué otra cosa es vuestra modestia sino la mansedumbre y la paciencia? Gocémonos, pues, en aquellas cosas que esperamos, porque el Señor está cerca.

De nuevo gocémonos en aquellas cosas que sufrimos para que nuestra modestia sea conocida de todos. A la verdad, *la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza, y la esperanza no nos engaña* [11].

4. Ahora bien, para que el corazón pueda experimentar esta doble alegría espiritual se necesitan de antemano dos cosas que ejerzan la justicia y otras dos que conserven la paz. Estas nos la recomienda frecuentísimamente la Sagrada Escritura. A la verdad, todo el ejercicio de la justicia parece que depende de estos dos mandamientos : que nadie haga a otro lo que no quiere se le haga a sí mismo, como se expresa la carta de los apóstoles enviada a los gentiles [12], y que, como el Señor dijo a los mismos apóstoles : *Lo que queréis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros también a ellos* [13]. Mas, porque todos ofendemos en muchas cosas, es imposible que en este lugar y en este tiempo no haya escándalos, pues aún no han venido los ángeles a quitar los escándalos del reino de Dios ni tampoco estamos en aquella ciudad bienaventurada en cuyos confines puso Dios la paz. Por eso es imposible conservar entre nosotros a cada momento la paz, a no ser que aquel que en algo ha ofendido al prójimo evite la animosidad orgullosa, y aquel que ha sido ofendido, la obstinación inexorable.

5. Por tanto, hermanos míos, procuremos ser humildes para dar satisfacción a los que tengan algo contra nosotros, ser prontos para perdonar a los que nos han ofendido, porque no sólo se necesitan estas dos cosas para con-

[10] Phil. 4. 4. 5.
[11] Rom. 5. 4. 5.
[12] Act. 15. 23.
[13] Mt. 7. 12.

servar la mutua paz entre nosotros, mas sin ellas tampoco se puede obtener el perdón divino. Dios no recibe el don de aquel que antes no se ha reconciliado con el hermano [14] y exige con mucho más rigor la deuda, que antes había perdonado, de aquel que no la perdona al consiervo. Aunque permanezcan en nosotros estas tres cosas: la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo, no estemos todavía seguros porque tenemos dentro de nosotros el reino de Dios, mas con mayor temor y temblor obremos nuestra salvación sabiendo que todo este tesoro le llevamos aún en vasos de barro.

19 Sobre las mismas palabras del Apóstol: «El reino de Dios no es comida ni bebida», etc. [1*]

1. El apóstol San Pablo suele ser breve en las palabra y rico en las sentencias. No lo ignoraba aquel hombre dotado de tan gran elocuencia y sabiduría, a quien cada una de las palabras de San Pablo le parecían truenos [2]. En efecto, con tal precisión expresa todas las cosas y con tal espíritu y vigor clama, que demuestra maravillosamente orden en la exposición, plenitud en la idea y unión en ambas. *No es*, dice, *el reino de Dios comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.* ¿Qué decís a esto vosotros, golosos y lujuriosos, cuyo dios es el vientre, cuyos sentidos todos están en el vientre o debajo del vientre; quienes, como dice el apóstol Santiago, *alimentáis con la lujuria vuestros corazones y vuestras cuerpos?* [3] Oíd, oíd: *Porque los alimentos son para el estómago, y el estómago, para los alimentos, Dios destruirá a ésos y a éste* [4]. ¡Ay de vosotros!, que dormís en lechos de marfil y camas lascivas, que coméis cordero escogido, bebéis vino exquisito y os ungís con los mejores ungüentos [5]. *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo estaréis con el corazón pesado* por la saciedad en el cuerpo? *¿Por qué amáis la vanidad* [6] y descuidáis la verdad? La abundancia de la carne, las delicias del cuerpo, la saciedad del vientre os dejarán antes de la muerte o las dejaréis vosotros a ellas en la muerte, porque dice el santo: *Cuando muera, no se llevará todo*

---

[14] Mt. 5. 24.
[1] Rom. 14. 17.
[*] PL 183. 589.
[2] San Jerónimo.
[3] Iac. 5, 5.
[4] 1 Cor. 6. 13.
[5] Am. 6. 1. 4. 6.
[6] Ps. 4, 5.

ni descenderá con él su gloria. Se les puso como a ovejas en el infierno; la muerte los devoró[7]. ¡Qué bien dicho *como a ovejas!;* porque, quitado el vellón de las riquezas humanas y esquilados con dureza y al rape, se les envía desnudos a los eternos suplicios. *La muerte los devorará,* porque siempre morirán a la vida y siempre vivirán para la muerte. Aquí la carne será para los gusanos y allí el alma estará destinada al fuego hasta tanto que, juntados de nuevo con infeliz unión, se asocien para los tormentos los que fueron socios en los vicios.

2. ¡Oh delicado!, que, rodeado y agobiado por delicias y riquezas, esperas la confusión y la muerte; *el reino de Dios no es comida ni bebida;* no es púrpura ni lino, porque aquel rico que se vestía de ambas cosas descendió al punto a los infiernos[8]. ¿Pues ¿qué es? *Justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.* ¿Te das cuenta de cómo el gozo está puesto al fin? Vosotros, hijos fatuos de Adán, ¿queréis, pasando de un salto precipitado la justicia y la paz, pervertir el orden y poner al principio lo que es final? Nadie hay que no quiera gozar. Mas esto no lo lograrán, porque, así como *no hay paz para los impíos,* así, dice el Señor, tampoco habrá gozo para ellos[9]. No así, impío, no así. Primero hay que hacer justicia, buscar la paz y seguirla, y después, finalmente, aprisionar el gozo, mejor, dejarse aprisionar por el gozo. Así, aquellas multitudes angélicas primero obraron la justicia al permanecer firmes en la verdad y abandonar al desertor de la verdad. Después fueron aseguradas en aquella paz que sobrepasa todo sentido, pues, aunque los ángeles están diversamente honrados unos que otros, ninguno murmura, ninguno tiene envidia.

3. Alaba tú, Jerusalén, al Señor; alaba tú, Sión, a Dios, porque ha asegurado los cerrojos de tus puertas, porque ha bendecido a tus hijos en ti el que puso la paz en tus confines[10]. Alaba y renueva las alabanzas, porque tus puertas han sido cerradas con postillos fortísimos y cerrojos inconmovibles, de modo que no entre ningún enemigo ni salga ningún amigo. Benditos tus hijos en ti con toda bendición espiritual en los cielos junto con Cristo. Ya no hay temor en tus confines, porque en ellos puso la

---

[7] Ps. 48, 18. 15.
[8] Lc. 16, 19 22.
[9] Is. 48, 22; 57, 21.
[10] Ps. 147, 12-14.

paz. No te confunde ninguna tentación, ningún torbellino de pensamientos, porque aquel astuto verdugo está lejos de tus muros y de tus hijos y aquel que es lo que es te consolida y une con toda identidad, *pues tu participación*, dice, *es de El mismo* [11]. Ahora ya, en tercer lugar, sacan aguas de las fuentes del Salvador, y con los ojos descubiertos, por decirlo así, contemplan la esencia de la divinidad sin ser engañados por ninguna imaginación de fantasmas corporales. He aquí el gozo que viene al fin, he aquí el gozo que no tiene término.

4. Desgraciados de nosotros, que, arrojados de aquella región feliz, hemos bajado a ésta, más aún, hemos caído en esta vanidad. *Los ínclitos hijos de Sión*, dice el profeta, *que vestían oro preciosísimo, han sido tenidos por vasos de barro* [12]. Hijos de Sión, es a saber, de aquella ciudad imaginaria edificada por el Señor para que le vieran en toda su gloria; hijos de la suprema Jerusalén, que es libre, que es nuestra madre, ínclitos por la dignidad de nuestra condición, vestidos de oro preciosísimo por la imagen de la divinidad. ¿Cómo, pues, siendo así, se nos ha llegado a reputar como vasos de arcilla, cómo hemos degenerado en estos cuerpos frágiles y de barro? Los ángeles, hermanos carísimos, obran la justicia para con Dios, viven en paz unos con otros y tienen gozo en sí mismos. Igualmente, tú, hombre, no pretendas arrebatar primero lo que es tuyo y despreciar la justicia, que debes a Dios, y la paz, que debes al prójimo. La justicia es una virtud que da a cada uno lo que es suyo. Tú no sólo debes a tu Creador justicia, sino muchas y grandes justicias. *El Señor es justo y ama las justicias* [13]. *Tu justicia como los montes de Dios* [14]. Bien dicho *como los montes*, porque te ha inyectado verdaderas montañas de misericordias.

5. Primeramente, te creó con todas las demás cosas y en todas ellas, mas no sin una prerrogativa de gran dignidad. Dijo de todas las cosas y fueron creadas. Después de esto, inflamada aquella majestad con un amor vehementísimo hacia ti, te redimió. ¿Acaso con la facilidad de la palabra? No, sino que obró tu salvación durante treinta y tres años, viviendo sobre la tierra, siendo fijado a la cruz, entregado a la muerte, condenado a los desprecios. Tu Dios se hizo tu hermano, no hermano de los ángeles, pues

[11] Ps. 121. 3.
[12] Thren. 4. 2.
[13] Ps. 10. 8.
[14] Ps. 35, 7.

nunca asumió su naturaleza, sino la estirpe de Abraham. Tienes de común con los ángeles el haber sido creado; de especial, el ser hermano de Jesús. Añadió todavía para con nosotros algo más: el apartarnos con su dedo del camino espacioso y amplio que conduce a la muerte y colocarnos en la asamblea de los justos. ¿Qué otra cosa debió hacer que no hiciese? ¿Acaso no ablandará el corazón, aunque sea de piedra, una multitud tal y tan grande de beneficios concedida por un tal y tan grande? Cuanto eres, cuanto puedes, lo debes al que te ha creado, al que te ha redimido, al que te ha llamado.

6. Mas, después de hacer la justicia, haz también la paz. Mientras vivimos en este vaso de arcilla y en la fragilidad de la complexión humana, no podemos estar inmunes de hallar escándalos. Si, pues, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, sé humilde para pedirle perdón; si tienes algo contra él, sé fácil en concedérselo y todos los miembros estarán en paz. Así, pues, dispuestos perfectamente para estas dos cosas, la caridad y la humildad, no podremos sentir disensión. *Aprended,* dice, *de mí, que soy manso y humilde de corazón* [15]; *manso,* que pertenece a la caridad, porque la caridad es paciente, es benigna; *humilde,* que se refiere a la misma propiedad de la palabra. Para los que así se portan será el gozo en el Espíritu Santo. Hablaré lo que conoce el experimentado y desconoce el inexperto: *El hombre animal,* dice, *no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios* [16]. ¿Acaso cuando nos hallamos en la oración no se endulza lo oculto de nuestras entrañas al recuerdo de aquel gozo que está en la Jerusalén, en la de arriba, que es nuestra madre? ¿Acaso no surca el rostro de los que meditan el río de las lágrimas? ¡Oh si durase este estado! *Si me olvido de ti, Jerusalén, se dé también al olvido mi diestra; se adhiera mi lengua a mis fauces si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en el principio de mi alegría* [17]. Verdaderamente en el principio de la alegría, porque en ella debe estar también el fin.

7. ¿Cuándo romperás mi saco, Señor Jesús, y me rodearás de alegría para que te cante mi gloria y no me acongoje? El principio del gozo que aquí sentimos alguna vez es una gota, una gotita de aquel río que desciende,

[15] Mt. 11, 29.
[16] 1 Cor. 2, 14.
[17] Ps. 136, 5. 6.

cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios. ¿Cuándo vendrá el tiempo en que nos sumerjamos profundamente entre gozos perennes en la fuente misma de la divinidad, donde una ola sigue a otra ola sin interrupción ni intercalación? ¿Cuándo iré y me presentaré ante la faz del Señor? ¿Cuándo pasaré al lugar admirable de sus tabernáculos, a la casa de Dios? ¿Cuándo veremos lo que hemos oído en la ciudad del Señor de las virtudes? Ea, pues, hermanos míos, insistamos en este feliz ternario con fidelidad y nos acordemos siempre de aquellas palabras: *Amigo, ¿a qué has venido?*[18] No hemos venido a matar al rey en su imagen, sino a servir al que es bendito por los siglos. Amén.

20 SOBRE LAS PALABRAS DEL SEÑOR: «TODO EL QUE SE EXALTA SERÁ HUMILLADO Y EL QUE SE HUMILLA SERÁ EXALTADO»[1] *

1. Si consideramos atentamente, hermanos míos, los estados de los hombres, hallaremos que son cuatro: la suma felicidad del cielo, por la que suspiramos; la media felicidad del paraíso, de donde caímos; la media infelicidad de este mundo, en el que gemimos, y la extrema infelicidad del infierno, que con razón tememos. Lo puedo decir más brevemente: vida y sombra de la vida, sombra de la muerte y muerte. Así, pues, colocados ni en lo sumo ni en lo ínfimo, tememos descender y deseamos ascender con tanta mayor ansiedad cuanto que estamos más vecinos de lo ínfimo que de lo sumo. Y he aquí que se nos dice: *Todo el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado*. ¿Qué quiere significar esta lacónica unión de exaltación y humillación? ¿Acaso es poco, Señor, el que nos hayas humillado en tu verdad, que aún exiges que se proponga el hombre humillarse a sí mismo? Ciertamente, todavía queda algo a que nos podemos humillar, pero el que cae allí, ya no podrá pretender levantarse, y el que se haya humillado hasta ahí, en vano esperará la exaltación. Nos has humillado en el lugar de la aflicción y nos ha cubierto la sombra de la muerte. Nuestra vida está continuamente cerca del infierno; ¿adónde nos humillaremos más? ¿Qué utilidad hallaremos en descender a la corrupción?

[18] Mt. 16, 50.
[1] Lc. 18, 14.
* PL 183, 592.

A la verdad, debajo de nosotros no hay otra cosa que aquella irreparable corrupción. Después de la sombra de la muerte no queda sino la muerte; después del lugar de aflicción sólo resta el lugar de la muerte.

2. *El que se humilla,* dice, *será exaltado.* Si dijese: El que esté humillado será exaltado, ciertamente saltaría de gozo, como quien está en verdad humillado, y muy humillado. Mas porque dice: *El que se humilla será exaltado,* por todas partes veo angustias y no sólo ignoro qué elegir, mas también qué hacer. Deseo ser exaltado porque esto me es necesario, pues ni tengo aquí ciudad permanente ni me es cosa buena permanecer aquí aunque me fuera permitido. Mas es necesario ir más abajo, es necesario perecer. Ya poseo un lugar inferior y que sólo tiene debajo de sí el ínfimo, esto es, el infierno. Si hasta ahí me humillo, no habrá esperanza de exaltación; si no me humillo, está igualmente la desesperación de lograr la exaltación, porque *el que se humilla será exaltado,* y sólo éste. Si esto hago, muero; si no lo hago, seré repulsado de la exaltación, ni evitaré de este modo las manos de la muerte. Mas, si esto parece difícil, consideremos, al menos, lo que precede.

3. *Todo el que se exalta será humillado.* Aquel a quien la Verdad humilla, ¿cómo podrá exaltarse? No digo aquí dónde, sino cómo, porque no parece faltar el lugar, sino la virtud. No falta al hombre, repito, adónde se pueda exaltar, mas le falta completamente el poder. La voluntad es muy grande, pero no hay ninguna facultad. Quieran o no quieran los hombres, es voz común de todo Adán, de todo el género humano: *Nos has humillado en tu verdad*[2]. Todo el que es humillado en la verdad es verdaderamente humillado, a no ser que falazmente se exalte. ¿Qué es exaltarse falazmente sino no exaltarse verdaderamente? Gracias, pues, a El, porque no dijo: Todo el que se exalte será exaltado. ¡Cómo nos esforzaríamos por exaltarnos en vano si creyéramos poderlo conseguir, cuando ni siquiera la desesperación actual de lograrlo cohibe el apetito de exaltación! Quizás significa esto lo que dice: *El que se exalta será humillado,* lo cual no se dirige al efecto, que es nulo, sino el afecto, que es insensato.

---

[2] Ps. 118, 75.

4. A cuántos, pues, vemos humillados, pero no humildes; golpeados, pero no doloridos; curados ciertamente por Dios, pero ni siquiera con esa curación sanados. Estos son los que, estando entre espinas, cuentan delicias, disimulando los pecados que cometen, el desfiladero en que titubean, las tinieblas que les circundan, los lazos entre los que andan, el lugar de aflicción en que habitan, el cuerpo mortal que llevan, el yugo pesado que soportan, la conciencia más pesada que ocultan, la sentencia gravísima que esperan. Uno de éstos era aquel a quien en el Apocalipsis se encarga a San Juan escribirle: *Di: Porque soy rico y no necesito de ninguno y porque tú ignoras que eres pobre, miserable, desgraciado, ciego, desnudo*[3]. Ni es extraño que sea vana y mentirosa la exaltación de los hijos de los hombres, pues ellos son vanos y mentirosos. La verdad los humilla, la vanidad los exalta. Amaron más las tinieblas que la luz; abrazaron la vanidad que los exalta y buscaron la mentira; recalcitraron con los deseos y esfuerzos, con los disimulos y conatos frívolos que pudieron contra la verdad que les humilla.

5. ¿Hemos hecho algo? Pienso que también hemos encontrado cómo ha de humillarse el hombre a sí mismo. Digo, pues, que, adhiriéndose a la verdad que le humilla, no disimule, sino coopere con ella con un piadoso y devoto afecto. Por tanto, procuraré evitar en adelante, en cuanto me sea posible, la dureza del corazón; sentiré y lloraré mi dolor, no ocurra que, si se hace insensible, sea también mi herida insanable. Seré un varón que veo mi pobreza por los castigos de su indignación para que mi alma no venga a ser del montón de aquellos a quienes dice la Verdad: *Los herí y no se dolieron*[4]; y de nuevo: *Curamos a Babilonia y no sanó*[5]. Grave curación es esta humillación, pero la soberbia es una enfermedad mucho más grave; a la cual ojalá de tal modo se la cure, que sane con esta cura. Consentiré, pues, con mi adversario; aceptaré mi sentencia, cederé al que me hiere con el aguijón para no ser pinchado dos veces. Tal creo que significa aquello que dice el Señor: *Todo el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado*. Como si dijese: El que dé coces contra el aguijón será herido dos veces; por el contrario, se perdonará a aquel que consiente y da lugar a la ira.

[3] Apoc. 3, 17. [4] Ier. 5, 3. [5] Ier. 51, 9.

21 Sobre las palabras de la Sabiduría: «El Señor condujo al justo por caminos rectos» [1]

1. Es justo quien al principio del discurso se acusa a sí mismo [2]; es también justo quien vive de la fe [3]; y es también justo quien está sin miedo [4]. El primero, ciertamente, es bueno, porque se acerca al camino; el segundo es mejor, porque corre por él; el tercero es óptimo, porque ya se acerca al fin. Tomemos, pues, al primero, al que encontraremos prontamente. A éste le condujo el Señor, y no a otro, porque es propio suyo apartarle del camino de la iniquidad, llevarle al camino de la verdad y conducirle por él. *Por los caminos rectos*, dice. Los caminos del Señor son caminos rectos, caminos hermosos, caminos llenos, caminos llanos. Rectos sin error, porque conducen a la vida; hermosos sin mancha, porque enseñan la limpieza; llenos por la multitud, porque todo el mundo está ya dentro de la red de Cristo; llanos, sin dificultad, porque dan la suavidad. Su yugo, pues, es suave, y su carga, ligera [5]. *Y le mostraré su reino*. El reino de Dios se concede, se promete, se muestra, se percibe. Se concede en la predestinación, se promete en la vocación, se muestra en la justificación, se percibe en la glorificación. Por lo cual también se dice aquello: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino de Dios* [6]. Dice así el Apóstol: *A los que predestinó, a éstos también los llamó, y a los que llamó, a éstos también los justificó, y a los que justificó, a éstos también los engrandeció* [7]. En la predestinación está la gracia; en la vocación, la potencia; en la justificación, la alegría; en el engrandecimiento, la gloria.

2. *Y les dió la ciencia de los santos*. Ciencia de santos es sufrir aquí temporalmente y alegrarse eternamente. La ciencia de los malos es muy al revés. Hay una ciencia del mundo, que enseña la vanidad, y hay otra de la carne, que enseña el deleite; aquélla es como nuestro padre y ésta como nuestra madre. La madre siempre desea la tranquilidad para su hijo y le evita todo sufrimiento; así, la carne grasosa, gorda, dilatada, recalcitra y no sufre que se la toque ni con el dedo más pequeño. El padre quiere que su

---

[1] Sap. 10. 10.
[*] PL 183, 594.
[2] Prov. 18. 17.
[3] Rom. 1. 17.
[4] Prov. 28. 1.
[5] Mt. 11. 30.
[6] Mt. 25. 34.
[7] Rom. 8. 30.

hijo se mueva de aquí para allá y aprenda cómo engrandecerse algún día; así también el mundo quiere que se meta el hombre en muchos trabajos para que tenga con qué ensoberbecerse, con qué hincharse y ande loco de su propia vanidad. De la propia voluntad, como de una raíz, nacen dos hijas, que son como dos sanguijuelas: la vanidad y el deleite. Las cuales claman: ¡Más! ¡Más! Estas nunca se sacian, nunca dicen basta. Si alguno destruye completamente en sí a estas dos, no sin razón se podrá aplicar aquella voz que dice: *Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me tomó* [8].

3. *El Señor le honró por sus trabajos.* ¿Acaso no somos también nosotros honrados en nuestros propios trabajos cuando todo lo que hacemos lo juntamos al vínculo de la comunidad para que no haya en nosotros peso y peso, medida y medida, ya que ambas cosas son abominables delante de Dios? ¿Acaso no adoran y honran también los príncipes de la tierra esta vilidad, esta deformidad, este hábito? ¡Ay de nosotros si nos alegramos, a no ser en Cristo y por Cristo! ¡Ay de nosotros si ofrecemos por cualquier precio la pobreza! Y *recompensará abundantemente sus trabajos*, ya en este mundo con la perseverancia y no abandonándole hasta el fin, ya en el otro con la gloria para que goce eternamente. Feliz la unión de ambas cosas al morir aquí el justo lleno de días y al nacer allá en la plenitud de los mismos. En ambos lugares estará lleno, aquí de gracia, allá de gloria, porque el Señor dará la gracia y la gloria [9]. Amén.

22 DE CUATRO DEUDAS *

1. Estáis, hermanos míos, en el camino que conduce a la vida, en el camino recto y despejado que lleva a aquella santa ciudad de Jerusalén, que es libre, que está arriba, que es nuestra madre. El ascenso es arduo, pues está abierto por la misma pendiente de la montaña; pero la brevedad del camino templa y disminuye la magnitud del trabajo. Mas vosotros con tan feliz facilidad como fácil felicidad no sólo vais por este camino, sino que corréis, por-

[8] Ps. 26. 10.
[9] Ps. 83. 12.
* PL 183. 595.

que estáis descargados y ceñidos al no llevar ningún peso sobre las espaldas. Mas no así otros; no así los que, trayendo consigo cuadrigas con enormes cargamentos, prefieren subir dando vueltas a la montaña. Los cuales muchas veces se precipitan por los despeñaderos del monte, de manera que apenas pueden llegar al fin de su vida. Felices, pues, vosotros, que os dejáis a vosotros y a todo lo vuestro, sin ninguna pequeña excepción, y por la misma pendiente camináis hacia aquel que monta sobre el ocaso, cuyo nombre es Señor [1]. Mas los que, a pesar de haber huído de Egipto, suspiran tiernísimamente por las cosas de Egipto, no encuentran la ciudad hospitalaria, sino que, agobiados por las pesadísimas cargas de sus deleites, caen o bajo las cargas o con las cargas, de suerte que apenas si llegan al destino de su carrera.

2. ¿Cuál es la razón (gracias sean dadas a aquel cuya gracia ha hecho todo esto) por la que vuestra vida representa la vida apostólica? Ellos dejaron todas las cosas y, reunidos en la escuela del Salvador y bajo su presencia, extrajeron con gozo aguas de la fuente del Salvador y bebieron la misma fuente de la vida en la misma fuente. Bienaventurados los ojos que vieron. ¿Acaso no habéis hecho vosotros algo semejante no en su presencia, sino en su ausencia; no por sus palabras, sino por la voz de sus mensajeros? Defended esta prerrogativa de que, si ellos creyeron a la vista y a las palabras, vosotros habéis creído a lo oído y a los mensajeros. Permaneced así, carísimos, en el Señor, de suerte que como ellos guardaron el camino real de la justicia con sed y hambre, con frío y desnudez, con trabajos y ayunos, con vigilias y demás observancias, así también vosotros, igualándolos en cierto modo en los ejercicios, aunque por sus méritos, digáis al Señor vuestro Dios cuando venga sobre el trono de su gloria: *Estamos gozosos por los días en que nos has humillado, por los años en los que hemos visto los males* [2]. En verdad os digo que estáis en el recto camino, en el camino dichoso que conduce al Santo de los santos. Mentiría (lo cual digo para vuestro consuelo) si no confesase que de las manos de este pecador han volado almas de monjes, de novicios y de hermanos conversos a los goces celestiales muy libres de la cárcel de este cuerpo mortal. Si me preguntáis de dónde sé

[1] Ps. 67, 5
[2] Ps. 89, 15.

esto, os diré que se me han dado y mostrado señales ciertísimas de ello.

3. No tengo razones para temer por vosotros de los esfuerzos de Satanás y sus ministros sabiendo que su fortaleza la han quebrantado y reducido a la nada las heridas del Redentor. Con espíritu, pues, de fortaleza aquel fuerte venció al fuerte, derribando las puertas de acero y los cerrojos de hierro. Mas tengo miedo por vosotros de sus engaños y astucias, pues enseñado parte por la sutileza de su naturaleza, parte por la experiencia de tantos miles de años, no ignora la fragilidad de la naturaleza humana aunque se vuelva contra él. Así, homicida insaciable, no envió a nuestros primeros padres osos, ni leones, ni los animales fuertes de la tierra, sino la tortuosa y astuta serpiente; la cual, a causa de la flexibilidad de su cuerpo, suele cubrir ya la cabeza con la cola, ya la cola con la cabeza. La serpiente no era la más fuerte, sino *la más astuta de todos los animales que se arrastraban por la tierra*, como dice la Escritura. Por lo cual empezó por interrogar y explorar la mente de la mujer, sabiendo que había que trabajar con astucia, no con fuerzas. *¿Por qué os ha mandado el Señor*, dijo, *que no comáis del árbol de la ciencia del bien y del mal? Ella respondió: Porque puede ser que muramos* [3]. Lo que Dios había puesto como cierto, diciendo: *en cualquier día que comáis moriréis* [4], ella lo pone en duda, diciendo: *Porque puede ser que muramos*. Y oye el ingenio y malicia de la serpiente: *De ningún modo*, dice, *moriréis* [5]. Dios afirma, la mujer duda, Satanás niega. Por lo mismo, yo temo también, no sea que, como a Eva, os seduzca la serpiente con su astucia y se corrompa en vuestros sentidos la castidad que tenéis en Jesucristo [6].

4. ¿Pensáis que no hay alguno entre vosotros a quien no diga en sus pensamientos: ¿Por qué os ha mandado Dios guardar esta regla? Conforme al temple de vuestros espíritus, al tibio le propone la mitigación; al fervoroso, una vida más estrecha, con lo cual sólo anhela y espera apartarle de la sociedad de los justos. Sin duda ninguna, ese espíritu que te sugiere esto es espíritu mentiroso, espíritu que tiene potestad, espíritu que envidia tu lugar. Por eso, el Sabio, que no desconocía esto, dice: *Si el espíritu del que tiene potestad se monta sobre ti, no abando-*

[3] Gen. 3, 1-3.
[4] Gen. 2, 17.
[5] Gen. 3, 4.
[6] 2 Cor. 11, 3.

nes tu lugar[7]. Lejos esté el pensar que el Espíritu de verdad que te trajo quiera volverte a sacar, pues en su boca no están el sí y el no, sino siempre el sí, como lo atestigua una irrefragable autoridad: *Nadie*, observa el Apóstol, *hablando en el Espíritu de Dios, dice: Anatema Jesucristo*[8]. Jesús significa salvación, y anatema, separación. Ahora bien, el que te susurra separación de la salud, ni es espíritu de Dios ni viene de Dios, porque el Espíritu Santo no vino a desparramar, sino a recoger; siempre llama a los dispersos de Israel a su tierra.

5. ¿Qué? ¿Deseará alguno una vida más austera? Os digo a vosotros que ésta es austerísima y que, si os fijáis, responde en sus posibilidades a aquella primitiva escuela del Salvador. ¿Acaso te atreves, aunque sea sólo en el pensamiento, a descender a una más laxa? ¡Oh si conocieses también tú cuánto debes y por cuántos motivos! Verías que nada es lo que haces; y en comparación de tus muchas deudas, lo tendrías por cosa mínima. ¿Quieres saber qué debes y a quiénes lo debes? Primeramente, a Jesucristo le debes toda tu vida, pues El entregó su vida por tu vida y sufrió tormentos amargos para que no los sufrieras eternos. ¿Qué te podrá ser penoso y duro si recuerdas que aquel que fué engendrado de la misma naturaleza de Dios en el día de su eternidad, en los esplendores de los santos y antes de la aurora, que es esplendor y figura de la substancia de Dios, vino a tu cárcel, a tu barro, y se metió, como se dice, hasta el cuello en el lodo? ¿Qué cosa no te será suave si, trayendo a la memoria todas las amarguras de tu Señor, recordases primeramente aquellas infantiles necesidades; después, los trabajos: como la predicación, las fatigas al andar, las tentaciones en el ayuno, las vigilias en la oración, las lágrimas al compadecerse, las insidias al hablar; finalmente, los peligros de los falsos hermanos, los sarcasmos, los salivazos, las bofetadas, los azotes, las burlas, los desprecios, los improperios, los clavos y otras cosas semejantes que durante treinta y tres años obró y soportó en medio de la tierra para nuestra salvación? ¡Oh, qué indebida compasión, qué gratuito y tan probado amor, qué inesperada dignación, qué estupenda dulzura, qué invencible mansedumbre! Dejarse crucificar el Rey por un esclavo indignísi-

[7] Eccle. 10. 4.
[8] 1 Cor. 12. 3.

mo, más aún, por un gusanillo! ¿Quién oyó jamás cosa semejante? Apenas hay quien quiera morir por el justo, y El murió por los injustos y los enemigos, eligiendo desterrarse de los cielos para llevarnos a nosotros a los cielos, como amigo dulce, consejero prudente, auxiliador poderoso.

6. ¿Qué volveré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Si se juntasen en mí todas las vidas de los hijos de Adán, y todos los días de los siglos, y los trabajos de todos los hombres que existieron, existen y existirán, ¿serían acaso algo en comparación de aquel cuerpo, admirable y estupendo por las virtudes divinas, por la concepción del Espíritu Santo, por el nacimiento de una virgen, por la inocencia de vida, por la afluencia de la doctrina, por el esplendor de los milagros y por la revelación de los misterios? Ves, pues, que así como los cielos están elevados sobre la tierra, así también aquella vida sobre la nuestra; no obstante, fué entregada por nuestra vida. Así como la nada no tiene comparación con ninguna cosa, así tampoco nuestra vida no tiene proporción con la vida de El, puesto que no puede ser aquélla más digna y ésta más miserable. Y no penséis que exagero en mis sermones. Para contemplar arcano de tan gran dignación queda deficiente toda lengua, ni basta tampoco el ojo. Si, pues, le diera cuanto soy y cuanto puedo, ¿no sería esto como echar una estrella al sol, una gota al río, una piedra a la torre, un poco de polvo al monte, un grano al granero? No tengo sino dos cosas diminutas, mejor, diminutísimas: el cuerpo y el alma; menos aún, una sola cosa diminuta: la voluntad. ¿Y no la echaré a la voluntad de aquel que, siendo tan grande, previene con tantos beneficios al que es tan pequeño, que para comprarme entero se entregó a sí entero? De otra suerte, si la retengo para mí, ¿con qué frente, con qué ojos, con qué mente, con qué conciencia iré a las entrañas de misericordias de nuestro Dios y me atreveré a perforar aquel fortísimo muro que defiende a Israel y pondré como precio de mí aquellas, no digo gotas, sino olas de sangre que manan de las cinco llagas de su cuerpo? ¡Oh generación perversa e hijos infieles! ¿Qué haréis en el día de la calamidad que viene de lejos? ¿A cúyo auxilio huiréis?

7. Mas ¿acaso soy solamente deudor de ese a quien apenas puedo devolver tan poca cosa? Mis pecados preté-

ritos exigen de mi vida futura que haga frutos dignos de penitencia y que recuerde en la amargura de mi alma mis años pasados. Y para esto, ¿quién es idóneo? Pequé sobre el número de las arenas del mar y mis pecados se han multiplicado; no soy digno de ver la altura del cielo por la multitud de mi iniquidad, pues he irritado tu ira y he hecho el mal delante de ti. *Me rodearon males que no tienen número; me apresaron mis iniquidades y no pude ver* [9]. Si, pues, están sin número, ¿cómo los enumeraré? ¿Cómo satisfaré si se me obliga a pagar la deuda hasta el último cuadrante? Mas ¿quién conoce también los delitos? Dice aquella pluma celestial, San Ambrosio: «Con más facilidad encuentro quienes guardaron la inocencia que quienes hicieron congrua penitencia» [10]. Mas, por mucho que me arrepienta, por mucho que me aflija y macere, dice el justo, *por tu nombre,* no por mi mérito, *Señor, perdonas mi pecado, que no es pequeño* [11]. Aunque dedicases a la penitencia todo cuanto vives, todo cuanto gustas, todo cuanto tienes, todo cuanto puedes, ¿acaso sería algo o se podría reputar en algo? Poco antes dijimos que debías devolver tu vida a Cristo por la suya, mas ahora lo exige de nuevo el recuerdo de los pecados pretéritos. ¿Acaso, como se dice vulgarmente, de una hija quieres sacas dos yernos?

8. ¿Y qué si te muestro un tercer deudor que exija de ti tu vida no menos dura que verdaderamente? Pienso que también deseas poseer la ciudad de la que se dice: *Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios* [12], y aquella gloria que ni ojo vió, ni oído oyó, ni sintió jamás corazón humano: el reino de todos los siglos, vivir eternamente en las perpetuas eternidades. Creo que quieres ser igual a los ángeles de Dios en el cielo, ser también heredero de Dios, coheredero de Cristo y oír las melodías angélicas en los placeres de la suprema Sión y ver qué es aquello de dar Cristo el reino a Dios Padre y ser Dios todo en todos; finalmente, ser semejante a Dios y verle como es. Ni hay duda de que deseas ver también cómo caen las sombras y cómo se levanta la aurora cuando brille aquel día solemne y disipe las nubes de las cosas, cuando ya no se incline la tarde, sino que sea un eterno mediodía, cuando venga la plenitud del calor y de la luz, el estacionamiento del sol, el

[9] Ps. 39. 13.
[10] *De Paenit.*, l. 2., c. 10.
[11] Ps. 24. 11.
[12] Ps. 86. 3.

fin de las tinieblas, se sequen los pantanos y se arrojen todas las miasmas. ¿Acaso no es conveniente que para comprar esto te des a ti mismo y todas cuantas cosas puedas hallar dondequiera que sea? Y después que hayas cumplido todo esto, no pienses que los sufrimientos del tiempo actual serán merecedores de la gloria futura que se revelará en nosotros. ¿Acaso eres tan desvergonzado o impudente que para comprarlo te atrevas a contar este tu minuto, que absorben al punto tanto la vida de Cristo como la penitencia de los pecados?

9. ¿Qué dices si saco a medio al cuarto deudor, que no quiere ceder el derecho de primacía a ninguno de los otros tres? He ahí que está a la puerta el que hizo el cielo y la tierra; El es tu Creador, tú su creatura; tú su siervo, El tu Señor; El el alfarero, tú su vasija. Todo lo que eres lo debes a Aquel de quien lo tienes todo, principalmente a aquel Señor que te hizo y te llenó de beneficios, te da la carrera del sol, la temperatura del aire, la fecundidad de la tierra, la abundancia de los frutos. A éste, pues, sin duda ninguna hay que servir con toda la verdad, con todas las fuerzas, para que no te mire quizás con ojo de indignación, te desprecie y te entregue a tormentos para siempre, por los siglos de los siglos. No creo que te arrebate tan gran insensatez que pretendas nombrar, ni siquiera contar, este tu minuto. Dime, pues, a mí: ¿a quién de estos cuatro te propones devolver lo que debes, siendo cada uno tan grande acreedor, que de por sí solo te pueda ahogar? Ea, pues, Señor, me hacen violencia, responde por mí. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu; paga tú todas las deudas, líbrame de todas ellas, pues tú eres Dios y no hombre, y lo que es imposible a los hombres, a ti te es posible. Hice lo que pude; Señor, tenme por excusado, pues tus ojos vieron mi imperfección. ¿Quién gruñirá ya más diciendo: Hemos trabajado demasiado, hemos ayunado demasiado, hemos vigilado demasiado, al ver que no puede responder por la milésima, menos aún, por la mínima parte de sus deudas? Esta es quizás, hermanos míos, aquella vuestra cuaresma, no exterior, sino interior, que no contiene la corteza del sacramento, sino la flor de harina. Pues, si a cada uno de estos cuatro de por sí y por sí les debéis toda la perfección del decálogo, sin duda ninguna, diez multiplicado por cuatro hacen vuestra cuaresma, la que debéis observar todos los días

de vuestra vida. Y aquel que os reunió en este lugar conserve vuestra vida en la obra santa, para que cuando aparezca Aquel que es vuestra vida, aparezcáis también vosotros con El en la gloria.

23 De la discreción de espíritus *

1. San Pablo, el maestro de los gentiles, animando a sus discípulos, con ocasión de la naturaleza espiritual en que vivimos, a la conversión espiritual, dice: *Si vivimos espiritualmente, andemos espiritualmente* [1]. Como si dijese: Si la carne no aprovecha nada y sólo es el espíritu el que aprovecha, conviene separar lo precioso de lo vil y anteponer la parte más digna para andar según el espíritu, no según la carne. La conversión de la carne debe hacerse hacia el espíritu para que ella sirva y no se la sirva, de suerte que pueda decir el espíritu a su siervo: Ven, y viene; haz esto, y lo hace. De este modo será nuestra esposa como vid abundosa y se salvará por la generación de los hijos, que son las obras buenas; mas con tal de que esté en los lados de nuestra casa, esto es, en lugar escondido y humilde, y que el alma resida en medio, como señora, como padre de familia, como juez, de suerte que se cumpla lo que está escrito: *Mi alma siempre está en mis manos* [2]. Maldito aquel espíritu que se degenera a sí mismo, maldito el hombre que da de comer a la estéril y no hace bien a la viuda. Finalmente, como atestigua el mismo Apóstol, si vivimos según la carne, moriremos, porque los que andan según la carne no pueden agradar a Dios [3] y los que siembran en la carne recogerán de la carne corrupción [4]. Mas, si con el espíritu damos muerte a las obras de la carne, viviremos, porque los que se rigen por el espíritu de Dios son hijos de Dios [5] y los que siembran en el espíritu recogerán del espíritu la vida eterna [6].

2. Prudentemente, hermanos míos, y no locamente hemos elegido la vida espiritual, que consiste en castigar el cuerpo y someterle a servidumbre, en adorar a Dios, que es espíritu, y en adorarle en espíritu y verdad. Mas, porque hay diversos géneros de espíritus, debemos hacer dis-

* PL 183, 600
[1] Gal. 5, 25.
[2] Ps. 118, 109.
[3] Rom. 8, 13. 8.
[4] Gal. 6, 8.
[5] Rom. 8, 13. 24.
[6] Gal. 6, 8.

tinción entre ellos, sobre todo habiéndonos enseñado el Apóstol que no a todo espíritu debemos creer [7]. A los menos eruditos y a los que tienen poco ejercitados los sentidos les podrá parecer que todo pensamiento viene de su mismo espíritu, no de otro. Que no es así, lo prueba la verdad cierta de la fe y los testimonios de las Sagradas Escrituras. *Oiré*, dice el profeta, no lo que yo hable, *sino lo que me habla el Señor Dios* [8]. Y otro profeta: *El ángel que me habla* [9], etc. Y en el salmo se nos enseña que también Dios obra por medio de los ángeles malos [10]. Por lo cual teme el Apóstol no suceda que, así como a Eva la engañó la serpiente con su astucia, así engañe también a los corazones de los discípulos [11], a los que habla aquel cuyas astucias no ignoraba San Pablo cuando decía: *Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los rectores de este mundo de tinieblas* [12]. Que el espíritu de la carne no es bueno, lo manifiesta el mismo Apóstol cuando atestigua que algunos estaban hinchados del espíritu de su carne [13]. Igualmente, declara que existe el espíritu de este mundo, por lo que se gloría en el Señor por sí y por sus discípulos no de haber recibido este espíritu del mundo, sino el que viene de Dios, *para que sepamos qué nos ha dado Dios* [14].

3. Así, pues, estos dos espíritus son satélites de aquel príncipe maligno de las tinieblas; de tal suerte que el espíritu de maldad domina al espíritu de la carne y al espíritu de este mundo. Por lo cual, si alguno de estos tres espíritus habla a nuestro espíritu, no le creamos, porque tienen sed de sangre, no ya de cuerpos, sino (lo que es peor) de almas. Mas, porque la naturaleza de todos es espiritual, les conoceremos por sus palabras y la misma sugestión nos dirá quién es el espíritu que habla. Siempre el espíritu de la carne habla cosas blandas; el espíritu del mundo, cosas vanas; el espíritu de maldad, cosas amargas. Cuando (lo que sucede con frecuencia) llama a nuestra mente un pensamiento carnal, por ejemplo, de comida, de bebida, de sueño y de las demás cosas semejantes que pertenecen al cuidado de la carne; cuando nos enardecemos con cierto deseo humano, estemos seguros de que es el espíritu de la carne el que nos habla y arrojémosle como a

[7] 1 Io. 4. 1.
[8] Ps. 84. 9.
[9] Zach. 1, 9.
[10] Ps. 77. 49.
[11] 2 Cor. 11. 3.
[12] Eph. 6. 12.
[13] Col. 2. 18.
[14] 1 Cor. 2, 12.

un adversario, diciendo: *Apártate, Satanás, porque no gustas las cosas que son de Dios* [15], sino que, más bien, tu sabiduría es enemiga de Dios. Y cuando un pensamiento vano, no de los halagos de la carne, sino de ambición del siglo, de jactancia, de arrogancia y demás cosas semejantes, se revuelve en nuestros corazones, es el espíritu del mundo el que habla, enemigo mucho más pernicioso y que hay que repeler con mayor empeño. Mas con frecuencia, después de haber vuelto las espaldas estos satélites, se levanta contra nosotros, como un león rugiente, el mismo príncipe, que tiene una gran ira. Sucede esto cuando nos sentimos provocados no al deleite de la carne, no a la vanidad del siglo, sino a la ira, a la impaciencia, a la envidia, a la amargura del espíritu; cuando se nos susurra importunamente si se ha dicho o hecho algo con poca caridad o con poca discreción, si en algún signo o en alguna obra se nos da al parecer ocasión de indignación y materia de sospecha. A este pensamiento hay que resistir como al mismo diablo y no de otro modo nos debemos precaver de él que de la misma perdición, pues está escrito: *Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* [16].

4. Sucede a veces que, dominado nuestro espíritu por alguno de estos tres y hecho siervo suyo, para su propio daño, ¡ay!, hace sus veces; de suerte que, ya sin la sugestión de otro espíritu, la misma alma de por sí da a luz pensamientos o voluptuosos, o vanos, o amargos. En este caso, pienso que no es fácil discernir cuándo habla nuestro mismo espíritu o cuándo escucha a alguno de esos tres. Mas ¿qué importa el saber quién habla, si es uno mismo el lenguaje que habla? ¿Qué importa conocer la persona del que habla, si consta que es pernicioso lo que se habla? Si es enemigo, resiste virilmente al enemigo; si es tu mismo espíritu, argúyele y llora amarguísimamente por haber caído en tan gran miseria y en tan miserable servidumbre.

5. Pero cuando en la mente se halla un pensamiento saludable de castigar el cuerpo, de humillar al corazón, de guardar la unidad, de mostrar caridad a los hermanos o de adquirir, conservar, ampliar las demás virtudes, sin duda ninguna es el Espíritu divino quien habla o por sí mismo o por medio de su ángel. Y lo mismo que se ha dicho del espíritu humano y maligno, lo mismo se vuelve a decir del

[15] Mc. 8. 33.
[16] Lc. 21. 19.

angélico y divino. No es fácil discernir quién es el que habla ni peligroso el ignorarlo, principalmente siendo cosa cierta que el ángel bueno nunca habla por sí mismo, sino que es Dios quien habla por él

6. Con muchísima atención debemos considerar después cómo hemos de oír; mejor, con cuánta indignación hemos de arrojar las sugestiones de aquellos malignos espíritus, apartar nuestros oídos para no escuchar cosas horribles y la sabiduría que revelan la carne y la sangre; agarrar en cuanto nacen los niños babilonios, esto es, los pensamientos mundanos, y estrellarlos contra la piedra; alejar de la presencia de nuestros corazones al mismo maligno con sus pensamientos y reducirlos a la nada. Mas, recibiendo con toda devoción aquellos pensamientos que nos aconsejan la justicia y la verdad, hallemos gracia delante de la divina dignación para que no se nos encuentre ingratos a tanta benignidad, pues sabemos que El mismo es quien habla justicia, El mismo, cuyas palabras son verdad. ¡Cuánta temeridad, más aún, qué gran insensatez sería el apartar neciamente nuestro oído y volver nuestro espíritu a no sé qué bagatelas mientras nos habla el Señor de la majestad! ¡Qué gran injuria y cuán digna de vengarse con gran dureza, pues el gusano vilísimo no se digna oír al Creador de todas las cosas, que clama a él! Por el contrario, ¡cuán grande la inefable dignación de la bondad divina, que cotidianamente nos sustenta a nosotros, infelices, que apartamos nuestros oídos y endurecemos nuestros corazones, que clama a nosotros y sigue clamando en las plazas! Verdaderamente *en las plazas*, pues clama en la amplitud de la caridad. He ahí, Señor, que no tienes necesidad de mis bienes, y, con todo eso, dices: *Convertíos a mí, hijos de los hombres;* y de nuevo clamas: *Vuelve, vuelve, Sunamitis; vuelve, vuelve para que te contemplemos*[17].

8. Por tanto, os ruego, amadísimos, que os acordéis del Señor, que no calléis ni le respondáis con el silencio, sino que oigáis qué os habla, pues habla de la paz. Feliz, pues, y bienaventurada el alma que percibe en el silencio los hilos del susurro divino y repite con frecuencia aquello de Samuel: *Habla, Señor, que tu siervo escucha*[18]. Tenga aquí fin el sermón de hoy, para que, callando tam-

[17] Cant. 6, 12.
[18] 1 Reg. 3, 9.

bién nosotros, oigamos interiormente al Señor, que nos habla y aconseja acerca de su reino, tanto más útilmente cuanto más sutilmente, por la interna inspiración. Mas si nos sugiere El mismo algo más sobre el tema de oír la voz del Señor, lo trataremos en otro sermón para no cansar vuestras inteligencias con discurso largo en cosa tan útil y espiritual.

24 De las numerosas utilidades de la palabra de Dios *

1. Creo que recordaréis lo que en el sermón de ayer aconsejé a vuestra solicitud acerca de la discreción necesaria de espíritus que debemos tener para saber endurecer constantemente los oídos de vuestro corazón contra los silbidos venenosos de la serpiente antigua, contra los cantos mortíferos de la sirena, para no atender ni al espíritu de la carne, que habla cosas blandas ; ni al espíritu del mundo, que sugiere banalidades ; ni al espíritu de maldad, que ingiere amarguras y siembra escándalos. Especialmente es necesario conocer las astucias de éste, sin ignorar sus pensamientos. A veces, ese espíritu maligno y perverso se transforma en ángel de luz [1] para, con la semejanza de la virtud, dañar mejor. Pero también entonces, si lo advertimos con diligencia, no siembra sino gérmenes de amarguras y discordias. A unos los aconseja ciertos ayunos raros para escandalizar a los otros, no porque ame el ayuno, sino porque se deleita en los escándalos. Así suele traer muchas cosas de este género, las cuales fácilmente se descubren con la sabiduría divina, si tenemos ante los ojos aquella definición apostólica del bienaventurado San Juan : *La sabiduría que es de Dios primero es casta, después pacífica* [2]. Todos los pensamientos que no concurren en estas dos cosas, no dudes en tenerlos por ajenos a la sabiduría de Dios. Aquella que parece casta y que no se deja arrastrar fácilmente de los vicios, sino que, más bien, pretende la imagen de la virtud, la podrás tener enteramente por de Dios si es pacífica y si la aprueba el juicio de tu prelado o el de los hermanos espirituales, porque Dios no hace una cosa que no revele a sus siervos.

* PL. 183, 603.
[1] 2 Cor. 11, 14.
[2] Iac. 3, 17.

2. Con cuánta devoción, con cuánta humildad, con cuánta solicitud se debe recibir como de sola la divina dignación el pensamiento saludable, lo dijimos en parte en el sermón de ayer; y en el de hoy nos esforzaremos por persuadirlo más detenidamente. *Bienaventurados*, pues, *los que oyen la palabra de Dios y la guardan*[3]. ¿Queréis saber cuán bienaventurados son? Al principio, al sonar en los oídos del alma la voz divina, conturba, aterra y juzga; mas inmediatamente después, si no apartas el oído, vivifica, derrite, alienta, ilumina, purifica. Además es nuestro alimento, gozo, medicina, confirmación, descanso, resurrección y consumación. Y no te admires de que la palabra divina sea ya todo en todos en cuanto se refiere a la justificación, pues será también todo en todos para la glorificación. Diga eso el pecador y se turbará su vientre; a esa voz temblará el alma carnal. Todos los secretos del corazón los lima y juzga esa palabra viva y eficaz, escrutadora de los corazones y pensamientos. Por tanto, aunque estés muerto en el pecado, al oír la voz del Hijo de Dios, vivirás. La palabra, pues, que se habla es espíritu y vida. Si tu corazón se ha endurecido, acuérdate de la Escritura, que dice: *Emitirá su palabra y lo derretirá*[4]; y también: *Mi alma se ha derretido y mi querido me habla*[5]. Si eres tibio y temes que te vomite, no te apartes de la palabra del Señor y te inflamará, porque su palabra es muy ardiente. Y si lloras las tinieblas de la ignorancia, oye atentamente lo que te habla el Señor Dios, y su palabra será una lámpara para tus pies y una luz para tus caminos.

3. Mas quizás llores tanto más cuanto que más claramente conoces, al ser iluminado, los pecados más mínimos; pero el Padre te santificará en la verdad, que es su misma palabra, para que entre los apóstoles merezcas oír: *Vosotros estáis limpios por las palabras que os he hablado*[6]. Ahora ya, después de haber lavado tus manos entre los inocentes, te preparará la mesa, para que no sólo vivas de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios, para que con su fortaleza corras por el camino de sus mandamientos. Y, si se forman contra ti campamentos, si se levantan las luchas de las tentaciones, toma la espada del espíritu, que es la palabra divina, y con ella triunfarás fácilmente. Y si tal vez, lo que sucede en las

[3] Lc. 11, 28.
[4] Ps. 147, 18.
[5] Cant. 5, 6.
[6] Io. 15, 3.

batallas, resultas herido, El enviará su palabra y te sanará y te librará de la muerte, para que también en ti se cumpla lo que dice el centurión, cuya fe se recomienda tan magníficamente: *Señor, di una sola palabra y sanará mi criado*[7]. Y, si titubeas un poco, confiesa y clama: *Mis pies vacilaron, estuvieron a punto de resbalar*[8]; y con sus palabras te confirmará, de suerte que en tu experiencia digas que en la palabra de Dios están asegurados los cielos, y en el espíritu de su boca, toda su virtud.

4. Persevera, pues, en estos y otros pensamientos semejantes, ejercítate continuamente hasta que diga el Espíritu que descanses de tus trabajos. En esta palabra descansarás dulcemente y te adormecerás suavemente hasta que venga la hora en que todos los muertos resuciten, oigan su voz y caminen. Mas ¿adónde? Unos al juicio eterno, otros a la vida eterna. ¿Y quién sabe si es digno de amor o de odio? Entonces principalmente me acordaré de tu palabra, Señor, que diste a tu siervo, en la cual me comunicaste la esperanza para que no temiese la audición mala. Más bien lléveme la audición buena a la visión cuando digas: *Venid, benditos de mi Padre*[9], etc. *A todo el que me confiese delante de los hombres*, dice El mismo, *le confesaré yo también en la presencia de mi Padre y de los santos ángeles*[10]. Lo que se digne concedernos el que ha sido constituído juez de vivos y de muertos. Amén.

25 Sobre las palabras del Apóstol: «Quiero que primero se hagan preces, oraciones», etc.[*1]

1. Cuatro me parece a mí que son los modos de orar que se expresan en las palabras del Apóstol: *Quiero que primero se hagan preces; después, oraciones, peticiones y acciones de gracias*. Hay algunos a quienes la conciencia de los pecados los aterra y atormenta todavía, pues aun no han recibido la virtud de resistir; lo cual sucede cuando, yaciendo en el lodo de los pecados, los irradia el Espíritu de verdad y, excitándolos, los hace avergonzarse y temer a Dios al ver la enormidad de sus crímenes y lo exiguo de sus méritos. Y, asustados al ver delante de sí el infierno,

---

[7] Mt. 8, 8.
[8] Ps. 72, 2.
[9] Mt. 25, 34.
[10] Mt. 10, 32; Lc. 12, 8.
[*] PL 183, 605.
[1] 1 Tim. 2, 1.

pues en sí no hallan nada de bueno, buscan en otra parte con qué cubrirse. Saben, pues, que no es seguro mostrarse en la presencia del Señor su Dios vacíos, contra el precepto de la ley [2], y mucho menos atreverse a presentar con manos llenas de estiércol. Porque temen, y con razón, presentarse por sí mismos, procuran suplicar por medio de otros. Tal es aquel género de oración del que solemos usar cuando decimos: «San Pedro, ruega por nosotros», etc. Sobre todo, es clarísimo aquel ruego: «Por tu cruz y tu pasión, líbranos, Señor.» Nos asemejamos a un ladrón aprisionado y ya próximo al patíbulo, que, desesperando completamente ni hallando en sí algo con qué rogar, extiende los brazos, diciendo: «Así murió Cristo», para mover a piedad los ánimos de los que le tienen aprisionado.

2. De estos tales se puede decir que *el reino de los cielos sufre violencia y los osados le arrebatan* [3]. Hacía violencia al reino de los cielos el publicano aquel que, no atreviéndose a levantar los ojos al cielo, pudo inclinar a sí mismo al cielo [4]. Cosa semejante hizo aquella mujer que padecía flujo de sangre; la cual, temiendo acercarse a Cristo, hizo salir una virtud de El. Furtivamente tocó una fimbria y se curó de su enfermedad; por lo cual parece palabra de uno que no lo ha hecho de su agrado lo que el Señor dice de ella: *¿Quién me ha tocado?* Y añade: *He sentido salir una virtud de mí* [5]. No creo que haya entre vosotros ninguno de éstos; mas quizás, entre los seglares y los que viven en el mundo, algunos hayan experimentado alguna vez lo que os digo: sufrir involuntariamente flujo de sangre, de esa sangre, repito, que no poseerá el reino de Dios [6]. Ciertamente, el que comete pecado se hace siervo del pecado [7]; no se podrá contener con su propia fuerza aunque quiera. A este tal no le conviene llegar por sí mismo a Cristo, sino tocar, si la halla, su orla; esto es, debe considerar al hombre que vea más humilde y último en la iglesia, que es el vestido de Cristo; a aquel, repito, que eligió ser despreciado en la casa de Dios, pues es la orla puesta en el ruede del vestido a la que desciende desde la cabeza toda la abundancia del ungüento espiritual. Si alguno, pues, toca a éste con algunos beneficios, con humilde súplica o con una confesión pura, para mover su afecto a compadecerle, tenga confianza, y sin duda

[2] Ex. 23. 15.
[3] Mt 11. 12.
[4] Lc. 18. 13-14.
[5] Lc. 8. 43-46
[6] 1 Cor. 15. 50.
[7] Io. 8. 34.

sanará ; mas sepa la orla que la virtud no ha salido de sí, sino de Cristo, el cual protesta que se le ha tocado en la orla. Os he expuesto como he podido qué género es este de súplica y qué alma le necesita.

3. Mas, recibida ya la virtud de contenerse, quien es consciente de sí mismo, se acerca seguro y busca el perdón para los pecados pasados, y, hablando ya a su Dios por medio de la boca, usa de la plegaria, que es su expresión. De aquí el que María Magdalena, aunque no menos humilde que la hemorroísa, no sólo no se avergüenza de acercarse, sino que riega con lágrimas los pies, los seca con los cabellos, los unge con bálsamo, los besa con boca devota [8]. Por lo cual está patente a todos que ya se había propuesto en su corazón abstenerse en adelante del pecado y que se había detenido como un río. Y si también lo has conseguido tú, lo primero que debes hacer es recordar en tu oración con el Señor los años pasados en la amargura del alma.

4. Después que, perseverando algún tiempo en los lamentos de penitencia, hayas concebido cierta alegría y confianza en el perdón, llégate a las súplicas, para que con seguridad, como quien ha sido recibido en la gracia del Señor, te atrevas a pedir para ti y para tus consiervos lo que conviene pedir. Mas quizás preguntes cómo o de dónde podrás saber si has conseguido o no este perdón. A fin de que se conserve la humildad, la piedad divina suele disponer que cuanto más aprovecha uno, tanto menos crea haber aprovechado. Si alguno llega hasta el grado supremo del ejercicio espiritual, se le deja alguna imperfección del primero para que le parezca que apenas si ha conseguido éste. Con todo eso, sé lo que hemos leído hoy en el evangelio : Decía Jesús al paralítico : *Confía, hijo, se te perdonan tus pecados;* y se lo tomó esto como blasfemia. Mas El, que conoce los pensamientos de los hombres, dijo : *¿Qué pensáis en vuestros corazones?* Blasfemáis pensando que he blasfemado y, para excusar el poder de la curación visible, decís que usurpo el poder de curar las enfermedades invisibles. Yo os pruebo, mostrando con una señal visible el poder invisible, que más bien sois vosotros los blasfemos. *Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra de perdonar los pecados, levántate, dice al paralítico, toma tu lecho y marcha* [9]. Tú, pues,

[8] Lc. 7, 38. [9] Mt. 9, 2-7.

si te levantas ya con el deseo de las cosas celestiales, si tomas tu lecho, es a saber, elevas tu cuerpo de los deleites terrenos, de suerte que ya no se deje llevar el alma por sus concupiscencias, sino que, más bien, rija ella, como es justo, al cuerpo y le lleve donde no quiere; si, finalmente, andas olvidado de las cosas que están detrás y lanzado con el deseo y el propósito a las que están delante, no dudes de que estás curado. A la verdad, no podrías levantarte si no te aliviasen la carga, ni coger el lecho si no te le descargasen, pues no es posible caminar en el fervor de la nueva vida con la pesada mole de los pecados.

5. Por tanto, el que así es puede pedir con confianza. Sólo debe precaver el pedir lo que no hay que pedir o el no pedir lo que debemos pedir y buscar o el buscar tibiamente lo que debemos buscar en todo tiempo y con todo afecto. *Pediréis y no recibiréis*, dice Santiago, *porque pedís mal, porque buscáis para vuestras concupiscencias*[10]. Así obra el que busca las cosas terrenas más de lo necesario, el que sigue la gloria del mundo o el deleite. Tal suele ser también el pedir en las oraciones la muerte de los enemigos, como suelen hacer los hombres del siglo, y otras cosas semejantes que no convienen. No obstante, si faltan las cosas temporales, hay que pedirlas en cuanto lo requiere la necesidad humana; mas, según la sentencia del bienaventurado Gregorio, estas cosas no hay que pedirlas con demasía. Y en este género entran también aquellas espirituales, sin las que puede haber salvación, como son el don de hablar sabiamente, la gracia de las curaciones y todas aquellas otras que no estamos ciertos de necesitarlas. Por ejemplo, si te fatiga una tentación, ciertamente puedes pedir que te la quite, mas no con insistencia demasiada, porque en esto conviene recordar siempre aquella sentencia apostólica: *No sabemos orar como conviene*[11]. Más bien debemos encomendarnos a Dios sin temer que nos falte nada. Pero lo que debemos pedir con todo afecto y en todo tiempo, lo que deben suplicar a Dios tus deseos incesantemente y con el mayor tesón es que tengas su gracia, que seas acepto a sus divinos ojos, que vivas en El y mueras en El para que merezcas verle y gozar de El perpetuamente. De esto se dijo: *Orad sin intermisión*[12]. Por lo cual añade también el profeta: *Mi rostro te buscó; busca-*

[10] Iac. 4, 3. [11] Rom. 8, 26. [12] 1 Thes. 5, 17.

ré, Señor, tu rostro; y en otra parte: *Una cosa pedí al Señor, que buscaré siempre: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida*[13].

6. Al cuarto grado de oración, que es de acción de gracias, creo que llegan muy pocos. Y lo que es más raro es tanto más precioso. Mucha gracia encontrará en Dios aquel a quien, según su promesa, escucha antes de que se le invoque[14], a aquel a cuyo espíritu dará testimonio el espíritu que tiene de Dios de que ha sido escuchado su deseo; de tal suerte que esté cierto de que ya no sólo puede orar, sino dar gracias. Así lo tienes, por ejemplo, en la resurrección de Lázaro, en donde dice el Señor sin haber orado antes: *Padre, te doy gracias porque me has oído*[15]. Por tanto, la primera, esto es, la súplica, se ha de hacer con ruboroso afecto. La segunda, que con más propiedad llamamos oración, con afecto puro, de modo que no disimulemos nuestros pecados ni nos lisonjeemos, sabiendo que cada uno encontrará misericordia ante el Señor si es duro juez consigo mismo. La tercera, esto es, la postulación, desea un afecto más amplio y una dilatada confianza, como está escrito: *Pida, pues, con confianza, sin dudar nada*[16]. Por tanto, creo lo dicho: *Cualquier lugar que pise vuestro pie será de vosotros*[17]; tanto alcanzaremos cuanto pisemos con el pie de la fe. La cuarta, que es la acción de gracias, debe estar llena de devoción y abundar en delicias.

7. En cuanto a la reverencia de la oración, el pasaje de la regla que se ha leído en el capítulo[18] es para vosotros una autoridad. Con esta ocasión he pensado deciros algo acerca de la oración. Digo, pues, brevemente que muchos de vosotros, me figuro yo, experimentáis en la oración aridez y pesadez de espíritu; de suerte que, orando solos los labios, no atendéis a lo que decís ni a quién habláis, porque, llevados como por cierta costumbre, os acercáis con reverencia y solicitud poco dignas. Mas ¿qué otra cosa debe pensar el hermano que entra a la oración que aquel dicho profético: *Entraré al lugar del tabernáculo admirable, a la casa de Dios?*[19] Ciertamente nos conviene durante el tiempo de la oración entrar en la curia celestial, en

[13] Ps. 26, 8-4.
[14] Is. 65, 24.
[15] Io. 11, 41.
[16] Iac 1, 6.
[17] Ios. 1, 3.
[18] *Regla de San Benito*, c. 20.
[19] Ps. 41, 5

aquella curia en la que el Rey de reyes se sienta en trono de estrellas, rodeado del ejército innumerable e inefable de los espíritus bienaventurados. Por lo cual aquel que lo vió, al no encontrar números con que expresarlo, dijo: *Miles de miles le administraban y decenas de cientos de miles le asistían*[20]. ¡Con cuánta reverencia, pues, con cuánto temor, con cuánta humildad es justo que se acerque allí el renacuajo vil después de salir de su charca! ¿Cuán tembloroso, cuán suplicante, cuán humilde, finalmente, cuán solícito y atento con todo el ánimo a la majestad gloriosa podrá estar el miserable hombrecillo en la presencia de los ángeles, en la asamblea de los justos, en la congregación de los santos?

8. En todas nuestras acciones nos es necesaria mucha vigilancia, pero principalmente en la oración. Como leemos en nuestra Regla[21], en toda hora y en todo lugar nos contemplan los ojos de Dios, pero principalmente en la oración. Siempre se nos mira, pero entonces nos presentamos y nos mostramos, hablando, como quien dice, cara a cara con Dios. Por tanto, aunque en todas partes está Dios, debemos orar en el cielo y pensar en él durante el tiempo de la oración, de suerte que nuestra mente no se sienta retardada por el techo del oratorio, ni por el espacio del aire, ni por la densidad de las nubes, sino que debemos orar conforme a la forma que nos dió Cristo cuando dijo: *Así debéis orar: Padre nuestro, que estás en los cielos*[22]. El cielo por cierta prerrogativa se llama trono de Dios, porque, en comparación de la manera que ven a Dios en los cielos los santos ángeles y almas elegidas de Dios, nosotros, miserables y peregrinos de la tierra, sólo conocemos su nombre. El que ora, ore como si hubiese sido elevado y presentado a Aquel que se asienta en un trono sublimado por encima de los ángeles que no cayeron y elevado sobre los hombres. A los cuales, siendo mendigos, levantó del polvo, y, siendo pobres, del estercolero. De este modo, repito, se considere a sí mismo y atienda que ha sido presentado al Señor de la Majestad, de suerte que diga con Abrahán: *Hablaré a mi Señor aun siendo polvo y ceniza*[23]. Y porque me lo mandas con precepto y me lo has enseñado con tu institución, me atrevo a ello, Señor, fuente de piedad.

[20] Dan. 7. 10.
[21] *Regla de San Benito*, c. 19.
[22] Mt. 6. 9.
[23] Gen. 18. 27.

26 De que debemos someter nuestra voluntad a la voluntad divina *

1. Acabáis de oír, hermanos míos, en nuestra Regla [1], a la cual quiero que siempre que se lea estéis atentos con vuestro espíritu, la sentencia de Cristo sobre la humildad. Insensato es y loco el que confía en otros méritos de la vida, en otra religión y sabiduría que la sola humildad. Ante el Señor, hermanos míos, no tenemos derecho ninguno, pues todos le ofendemos en muchas cosas. Por otra parte, no le podemos engañar, pues, si conoce lo escondido de los corazones, ¿cuánto más las obras manifiestas? Tampoco podemos resistirle con las fuerzas, pues es omnipotente. Por tanto, ¿qué nos queda sino huir con toda el alma a los remedios de la humildad y suplir con ella lo que en otras cosas tenemos de menos? Mas ¡oh espantosa vanidad! ¡Oh espantosa fatuidad de nuestro corazón! No basta para reprimir del todo su orgullo ni domar plenamente sus movimientos soberbios tantos motivos de humildad, sino que se ensoberbece todavía la tierra y la ceniza.

2. Así, pues, el culmen de la humildad parece consistir en que nuestra voluntad esté sujeta, como es justo, a la voluntad divina, conforme a lo que dice el profeta: *¿Acaso no ha de estar sujeta mi alma a Dios?* [2] Sé que toda criatura, quiera o no quiera, ha de estar sometida al Creador, mas de la criatura racional se desea una sujeción voluntaria para que voluntariamente sacrifique al Señor y confiese su nombre, no porque es terrible y santo, no porque es omnipotente, sino porque es bueno. Pero es necesario que esta sujeción sea triple, de modo que nosotros queramos en absoluto lo que nos consta que Dios quiere, que aborrezcamos lo que ciertamente El no quiere; que ni queramos plenamente ni aborrezcamos plenamente aquello que no sabemos con certeza si lo quiere o no lo quiere. En este tercero, hermanos míos, está todo el peligro de los religiosos, pues desgraciadamente nos halagamos a nosotros mismos, y con nuestros halagos nos seducimos. De aquí resulta que disimulemos buscar la voluntad del Señor cuando queremos hacer la nuestra para tener alguna excusa en

* PL 183, 609.
[1] *Regla de San Benito*, c. 7.
[2] Ps. 61, 1.

nuestra ignorancia. ¿Quién es ese monje tan infeliz que no se atreve a querer aquello que está cierto de que Dios lo quiere o presume querer aquello que está seguro de que no lo quiere? Mas en lo tercero está el peligro para aquellos que ya salieron del siglo y habitan en un lugar de perfección como en un paraíso de deleites. En medio del paraíso estuvo puesto el árbol de la transgresión, en el que prevaricaron nuestros primeros padres; el árbol de la ciencia del bien y del mal, árbol no ya del bien ni tampoco del mal, sino del bien y del mal.

3. Por tanto, os ruego, hermanos míos, que atendáis con diligencia, pues nada se me ocurre que podáis oír con más utilidad. En donde está cierta la voluntad de Dios, la siga la nuestra en absoluto, es a saber, en aquellas cosas sobre las que encontramos algo cierto en las Escrituras o cuando el Espíritu publica manifiestamente en nuestros corazones qué debemos sentir, como es la caridad, la humildad, la castidad, la obediencia y las demás virtudes; éstas las aprobamos indudablemente y las deseamos, pues sabemos con toda certeza que agradan a Dios. Igualmente, debemos orillar aquellas otras que ciertísimamente sabemos que Dios las odia, como son la apostasía, la fornicación, la iniquidad, la impaciencia. Mas en aquellas en las que no podemos encontrar nada de cierto, nada determine como cierto nuestra voluntad, más bien esté como pendiente entre ambas cosas o, por lo menos, no se adhiera demasiado a ninguna de las dos, pensando siempre no agrade quizás más a Dios la parte contraria; estemos preparados a seguir su voluntad en cuanto conozcamos que se inclina a cualquiera de las partes. Nadie dude de aquellas cosas que son ciertas, nadie tome las dudosas por ciertas, nadie se arrogue la decisión ni precipite la sentencia en las dudosas, y experimentaremos lo que está escrito: *Mucha paz para los que aman, Señor, tu ley; no habrá para ellos escándalo*[3]. ¿De dónde, pues, vienen los escándalos sino de que seguimos la propia voluntad y de que, tomando temerariamente por verdadero lo que hemos determinado en nuestro corazón, si sucede que de algún modo nos lo prohiben o nos lo impiden, al punto nos dejamos caer en la impaciencia, en la murmuración y en el escándalo, no atendiendo a que todas las cosas cooperan al bien de aquellos

[3] Ps. 118, 165.

que el Señor en sus juicios ha llamado a ser santos y a que cuanto a nosotros nos parece un fracaso es un aviso de Dios que nos indica su voluntad? Mas aquel que nada determina en su corazón como cierto acerca de ello, no podrá tropezar por más que se vuelva a cualquier lado. Y si piensa hacer algo que no le ha sido mandado, teniendo suspensa su voluntad hasta tanto que interrogue al superior y busque la voluntad de Dios en aquel que hace sus veces, no le turbará cualquiera cosa que le ordene, porque la mucha paz será para los que aman la ley del Señor, ni habrá escándalo para ellos.

4. Pero lo que he dicho de tener la voluntad suspensa o tenerla sometida a la voluntad divina, no lo aplico a los deseos y afectos. Esto es imposible mientras el alma se vea retenida en este cuerpo de pecado, en este cuerpo mortal. ¿Qué otra cosa es la vida eterna sino seguir con todo afecto en todas las cosas la divina voluntad? No obstante, es necesario que nuestro consentimiento esté sujeto a la divina voluntad, si deseamos tener la paz eterna, si deseamos tener la paz temporal, como está escrito: *Mi paz os doy, mi paz os dejo*[4]. *Señor*, dice el profeta, *andarán al resplandor de tu rostro y a tu nombre saltarán de gozo todo el día*[5]. Otro anda al resplandor de su propio rostro solícito por hacer su propia voluntad y considerando sólo el beneplácito de su corazón. Otro anda al resplandor del rostro humano teniendo siempre fijos los ojos en qué agrada a los hombres, qué opina el mundo. Del cual dice el profeta de Dios: *No deseé el día del hombre, tú lo sabes, Señor*[6]. Remordimiento e infelicidad hay en sus caminos; no conocieron la senda de la paz; en sus ojos no hay temor de Dios[7]. Porque, si alguno tiene siempre ante sus ojos el temor de Dios, sus caminos son caminos pulcros, y todas sus sendas, pacíficas[8]. *Venid a mí*, dice, *todos los que trabajáis y estáis cargados*, los que estáis sujetos a vuestra o ajena servidumbre, *y encontraréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave, y mi carga, ligera*[9]. Cuanto más benigna y dulce es la divina clemencia que cualquiera hombre, tanto más suave es ciertamente su yugo que todas las demás cargas. Por lo cual cuantos hombres han procurado agradarse a sí mismos o a los hombres han sido confundidos; mas los que andan al res-

[4] Io. 15. 27. [6] Ier. 17. 16. [8] Prov. 3. 17.
[5] Ps. 88. 16-17. [7] Ps. 13. 3. [9] Mt. 11. 28-30.

plandor de tu rostro, Señor, pensando solamente en ver cómo hacen tu voluntad y procurando con todo el corazón agradarte, a la verdad saltarán ahora todo el día de gozo en tu nombre sin encontrar escándalo y después exultarán en tu justicia, cuando, arrojando sus enfermedades y entrando en sus posesiones, se acuerden sólo de tu justicia y posean ya sin trabajo a la que ahora siguen con esfuerzo.

27 CONTRA EL PÉSIMO VICIO DE LA INGRATITUD *

1. Grande es, amadísimos, la misericordia de Dios para con nosotros, pues con tan inefable poder de su espíritu, con tan inestimable don de su gracia nos ha sacado de nuestra vida vana en este mundo, en el que estuvimos algún tiempo como sin Dios o, más verdaderamente (lo que es peor), también contra Dios, no teniendo ignorancia de El, sino desprecio. ¡Y ojalá que la imagen espantosa de esta vida o, mejor, de esta muerte (*pues el alma que peca morirá* [1]), esté frecuentemente en nuestros ojos! ¡Cuán grande ceguera, cuán grande perversidad fué aquélla! Y así, pesando con la continua meditación el peso de la misericordia, podamos apreciar, si no perfectamente como es, al menos un poco, la cuantidad de la misericordia liberadora. Ahora bien, si alguno de nosotros considera diligentemente no sólo de dónde le han sacado, sino también en dónde le han colocado; no sólo lo que ha evitado, sino también lo que ha recibido; no sólo de dónde se le ha llamado, sino también adónde se le ha llamado, encontrará, sin duda ninguna, que el cúmulo de esta misericordia excede en absoluto la cantidad de la primera medida. No hizo cosa igual a todas las demás naciones, pues no sólo ha manifestado los juicios, sino también los designios; ha obrado magníficamente con nosotros no sólo recibiéndonos como siervos, sino eligiéndonos como amigos. No le hemos elegido nosotros a El, sino que El nos ha elegido a nosotros y nos ha puesto para que trabajemos y demos fruto; fruto, digo, no ya obligatorio, el cual pertenece al juicio y es conocido también de los siervos, mas ni siquiera perecedero, el cual es de consejo y se manifiesta a los amigos.

* PL 183, 612.
[1] Ez. 18, 4. 20.

2. Se nos ha colocado aquí para que ni sirvamos al pecado (pues ése es el trabajo obligatorio) ni tampoco al siglo, como aquellos que están sujetos a los cuidados terrenos, aunque no a las culpas, implicados en los oficios corporales, aunque no en los vicios, y trabajando en las cosas pasajeras de este mundo para su propia sustentación y la de los suyos; cuyo trabajo, aunque ciertamente no es merecedero de condenación, tampoco pertenece a la salvación; pues aunque conservan el fundamento, con todo eso sufren detrimento al perecer las cosas que habían edificado. Estos, ciertamente, se salvan, mas como quien pasa por el fuego. Pero de nosotros, ¿qué se dice? ¿Qué consejo se da a los amigos? *Procuraos no el alimento que perece, sino el que permanece para la vida eterna*[2]. No cesemos de procurarnos este alimento aunque quizás nos ocupemos en cosas terrenas, porque la obediencia lo manda, o en bien de la caridad fraterna, pues nuestra intención es distinta de la de aquellos cuyo trabajo hemos dicho que ha de perecer. Este trabajo se basa en una raíz distinta; por lo mismo, no tienen un mismo perecer, pues está arraigado en la eternidad, que nunca perece.

3. Además, si nos hubiésemos abstenido de las cosas ilícitas, sin seguir por eso las de consejo; si, dejada la primera fornicación, hubiésemos permanecido en la castidad conyugal, sin aceptar el consejo que se nos dió de la vida célibe; si, habiéndonos abstenido de los robos y engaños, hubiésemos usado de las cosas propias, sin aspirar a la perfección evangélica, de la que está escrito: *Si quieres ser perfecto, anda, vende todas las cosas que tienes y ven y sígueme*[3], ¿no sería esto una gran piedad de Dios, que nos dió el vernos libres de los crímenes en los que, envueltos muchos de vosotros, teníais una respuesta de muerte y el juicio de una cierta condenación, para poder respirar en algún grado inferior? El hijo pródigo tenía miedo de aspirar al número de los hijos, reputándose dichoso si, al menos, merecía ser recibido en el de los mercenarios; mas no quedaba satisfecha la piedad paterna si no le mostraba una misericordia tan copiosa, que la pudiese envidiar hasta aquel hijo mayor que nunca se había apartado del padre[4]. Igualmente, amadísimos, la mise-

[2] Io. 6, 27.
[3] Mt. 19, 12. 21.
[4] Lc. 15, 11. 32.

ricordia de Dios derramada sobre nosotros no sólo nos recibe de hijos de ira y disensión en el número de los elegidos, sino que nos llama al colegio de los perfectos. Y si algunos por negligencia no llegan a la perfección, ellos verán lo que responden, pues todos nosotros hemos profesado una vida apostólica y todos hemos dado nuestro nombre a la perfección evangélica. Pero esto no lo digo de aquella gloria de santidad que no sólo merecieron recibir para sí propios, sino para todo el mundo, como está escrito: *Reciban los montes paz para el pueblo, y justicia los collados*[5], sino, más bien, de su profesión, de la que habla San Pedro por todos, diciendo: *He ahí que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido*[6].

4. Mas se me ocurre preguntar, hermanos, qué significa el que parezca ahora menos liberal con nosotros la divina clemencia; de tal suerte que, habiéndonos concedido tantas cosas cuando no lo pedíamos ni lo deseábamos, más aún, cuando quizás lo rehusábamos, ahora que lo pedimos, rogamos, suplicamos muchas veces, continuamente, parece hasta negarnos cosas mucho más pequeñas. ¿Qué pensamos, carísimos? ¿Se han acortado las manos de Dios o, quizás, se han agotado los tesoros de su gracia? ¿Qué pensamos, repito? ¿Se habrá cambiado la voluntad o habrá disminuído la facultad? Ninguna de ambas cosas es lícito pensar de Él, ninguna de ambas cosas es permitido creer de la Majestad omnipotente e inmutable. ¿Qué significa, pues, el que, a pesar de suplicar y pedir incesantemente, no somos escuchados, cuando nos dió antes tan gran misericordia y tan gratuita? Y si respondiese alguno lo que se respondió al Apóstol de que nos basta la gracia de Dios[7], se engaña completamente, puesto que todas nuestras oraciones, súplicas y peticiones se encaminan principalmente a adquirir esta gracia para que no andemos con altiveces ni cosas superiores a nosotros; a orar que se nos dé la humildad, la que conviene, no digo a los santos, sino a monjes pecadores; a suplicar que se nos conceda la paciencia, no digo toda la que se ha otorgado a los mártires, sino la que es necesaria a nuestra profesión; a pedir la caridad, la que, según sabemos por el testimonio de la Escritura, se concedió como don divino no a los ángeles, sino

[5] Ps. 81. 3.
[6] Mt. 14. 27.
[7] 2 Cor. 22. 9.

a nuestros padres, que fueron hombres como nosotros, pasibles y también pecadores.

5. ¡Ay de esta generación miserable por su imperfección, a la que parece suficiente la misma insuficiencia y pobreza tan grande! ¿Quién piensa acaso aspirar a aquella perfección que nos muestra la Escritura? No sin razón, pues, aunque el principio de la conversión sea igual en nosotros que en nuestros padres, el progreso de la misma es muy distinto. Y, aunque leemos que ellos progresaban de día en día y que consumaban la carrera, se estima entre nosotros grande el que conserva los principios de su conversión, de suerte que no sea menos humilde o timorato, menos solícito y circunspecto, menos fervoroso de espíritu, menos paciente y manso en el medio que en el principio. ¡Cuántos, pues, vemos olvidados de sí y de sus pecados e, igualmente, despreocupados de Dios y de sus beneficios; los cuales no ya redimen el tiempo, sino que le pierden; de tal modo que apenas si se recuerda en ellos algo de sus costumbres y afectos primeros. ¿Acaso no son de este tipo aquellos que no reparan en chanzas y detracción, palabras de jactancia e impaciencia; que contristan fácilmente al prójimo, más aún, al Espíritu de Dios que está en ellos; que tienen en poco el escándalo de los pequeños; que cuando se corrige a los demás parecen estar dormidos con cierta negligencia o se inflaman con caras de ira; que, como gente que hace justicia, se acercan libremente a la iglesia; que salmodian con los demás, mas no con espíritu ni con inteligencia; que no sé qué necedades meditan durante el tiempo de la oración; que ni siquiera se avergüenzan de participar del sacramento del Cuerpo del Señor, ante el que tiemblan los ángeles? ¿Qué otra cosa, digo, hacen éstos sino presumir confiadamente, como quien está seguro de la gracia de su Señor, de aquella familiaridad que durante largo tiempo merecieron? Esto es, pues, lo que se dice en el proverbio vulgar: El señor que se familiariza hace siervos fatuos. Mas ¿dónde está, amadísimos, lo que tantas veces cantáis: *Porque yo soy advenedizo y peregrino como todos mis antepasados?*[8] ¡Ay! ¡Ay! No se encuentra quien vuelva para dar gracias a Dios, si no es este extranjero. *¿No fueron acaso diez los limpiados? Los otros nueve, ¿dónde están?* Creo que os acordaréis que éstas fueron las palabras del Salvador con las que repren-

[8] Ps. 38, 13.

dió la ingratitud de aquellos nueve. Se lee que oraron, suplicaron y pidieron bien los que levantaron las manos diciendo: *¡Jesús, hijo de David, compadécete de nosotros!*[9], mas les faltó una cuarta cosa que añade el Apóstol: la acción de gracias[10], pues no volvieron ni dieron gracias a Dios.

6. Hasta ahora hemos visto a muchos pedir demasiado importunamente lo que entendían que les faltaba, pero a muy pocos hemos conocido que hayan dado gracias por los beneficios recibidos. Ni es irreprensible que pidamos con insistencia, pero quita su efecto a la petición el ser ingratos. Y quizás esto mismo de negar a los ingratos lo que piden parezca ser una especie de clemencia para que no se nos juzgue más duramente por nuestra ingratitud cuanto más ingratos hemos sido a numerosos beneficios. Por tanto, en esta cuestión es misericordia negar la misericordia, como es ira e indignación mostrar misericordia; esa, a la verdad, que mienta el mismo Padre de las misericordias cuando dice: *Me compadeceré del impío y no aprenderá a hacer justicia*[11]. ¡Cuántos, hermanos, vemos y lamentamos que, con tal de conservar el hábito y la tonsura, piensan que todas las cosas están salvadas! No consideran los miserables cómo, royendo el gusano de la ingratitud lo interior, deja de taladrar la corteza que ven para que no recapaciten y se avergüencen, y con la misma vergüenza se enmienden. Mas, presumiendo que ya ha corroído en algunos todo lo interior, no se avergüenza de sacar también la cabeza venenosa a lo que aparece por de fuera; a no ser que pensemos que los que apostatan públicamente de Dios se han hecho pésimos de repente y no, más bien, que fueron desfalleciendo poco a poco al comerles otros su vigor sin ellos saberlo.

7. Ves que no a todos aprovecha el ser purificados de la lepra de la vida mundana, o sea de los pecados manifiestos, pues a muchos les nace en lo oculto la úlcera de la ingratitud, la cual es tanto más peligrosa cuanto más interior. Y con razón pregunta el Salvador en el Evangelio dónde están los otros nueve, porque la salvación de los pecadores está muy lejos. De igual modo, pregunta al primer hombre después del pecado dónde está[12] y en el juicio afirma que no conoce a los obradores de la iniquidad[13],

[9] Lc. 17, 18. 17, 13.
[10] 1 Tim 11. 1.
[11] Is. 26, 10.
[12] Gen. 3, 9.
[13] Lc. 13, 27.

puesto que leemos en el salmo: *El Señor conoce el camino de los justos, mas la senda de los impíos perecerá* [14]. Y no sin causa fueron nueve los que no volvieron al Salvador. En este número, el cinco se une al cuatro, pero no hay una unión buena entre la sensualidad corporal y la tradición evangélica. Lo cual suele suceder cuando queremos obedecer a los cuatro Evangelios e igualmente regalar a los cinco sentidos del cuerpo.

5. Feliz, pues, aquel samaritano que conoció que nada tenía que no hubiese recibido; por lo mismo, guardó el depósito y volvió con acción de gracias al Señor. Feliz el que por cada uno de los bienes de la gracia vuelve a Aquel en quien está toda la plenitud de las gracias; y, al mostrarnos agradecidos por las gracias recibidas, hacemos lugar en nosotros a la gracia para merecer recibir aún gracias mayores. Sola nuestra ingratitud nos impide en absoluto el progresar en la vida perfecta, pues, reputando el dador que en cierto modo se ha frustrado lo que el ingrato ha recibido, se cuida en adelante de no dar tanto al ingrato para no perder tanto. Feliz, pues, el que, teniéndose por extranjero, da no pequeñas gracias aun por los mínimos beneficios, no disimulando el considerar como gratuito lo que se da al extranjero y desconocido. Mas nosotros, desgraciados y dignos de compasión, habiendo sido al principio, cuando nos considerábamos todavía extranjeros, muy timoratos, muy devotos y humildes, después nos olvidamos facilísimamente de cuán gratuito es lo que recibimos y, presumiendo no bien de la familiaridad de Dios, no advertimos en modo alguno que merecemos oír que los *enemigos* del Señor *son sus domésticos* [15]. Le ofendemos con mucha más facilidad, pues, si pensamos que no debemos tener por más grave lo que nosotros hacemos, por el contrario, leemos en el salmo: *Si mi enemigo me maldijese, ciertamente lo sufriría* [16]. Por tanto, os ruego, hermanos míos, que nos humillemos más y más bajo la poderosa mano de Dios y que procuremos estar lejos de este vicio grande y pésimo de la ingratitud para que, ocupándonos con toda devoción en la acción de gracias, nos atraigamos la gracia de nuestro Dios, la sola que puede salvar nuestras almas. Y no sólo nos mostremos agradecidos con len-

[14] Ps. 1, 6.
[15] Mt. 10, 36.
[16] Ps. 59, 13.

gua y palabra, sino con obra y verdad, porque no es tanto la verbosidad como la acción de gracias lo que exige de nosotros el dador de todas las gracias, nuestro Señor, que es bendito por los siglos. Amén.

28 SOBRE LO QUE SE LEE EN JOB: «EN LAS SEIS TRIBULACIONES TE LIBRARÁ Y EN LA SÉPTIMA NO TE TOCARÁ EL MAL» [1] *

1. Es muy digno y lo exige verdaderamente la razón de la equidad que aquellos a quienes desde toda la eternidad se les prepara un reino no sean negligentes en disponerse ellos mismos para el reino, no suceda que, preparado el reino, se encuentren desprevenidos. Así lo leemos de cierta cena, que, según dice el Señor, *fué, ciertamente, preparada, mas los llamados no fueron dignos* [2]. Preguntamos, pues, cómo se han de disponer para el reino preparado los futuros reyes. Y si lo inquirimos piadosamente, lo oiremos del Señor por medio del profeta: *Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? O ¿quién descansará en tu monte santo? El que entra,* dice, *sin mancha* [3]. Mas esta preparación, responderás, parece que sólo conviene a Cristo. Nadie de los demás está limpio de mancha, ni siquiera el niño cuya vida sobre la tierra es de un solo día [4]. Así, pues, entró solo el único que es cordero sin mancilla, sólo no pudo ser argüído de pecado Aquel que ni le hizo ni le halló en sí. Sólo mi sumo Pontífice no se contaminó ni en el padre ni en la madre, como dice la ley [5]; tuvo padre ciertamente, pero a Dios; tuve madre, pero a una virgen. Por lo cual solo entra en el santo de los santos, y *nadie sube al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo* [6].

2. ¿Y nosotros qué? ¿Acaso estaremos siempre desesperándonos? Muy al contrario, esperaremos, y por esto más. Pues aunque entrará solo, entrará todo en absoluto y no se le quebrantará ni uno de sus huesos. En el reino no estará la Cabeza sin los miembros, mas con tal de que éstos sean conformes y estén unidos a la Cabeza; *conformes*, a la verdad, en las costumbres, *unidos* en la fe. La

[1] Iob 5. 19.
* PL 183, 616.
[2] Mt. 22. 8.
[3] Ps. 14. 1. 2.
[4] Iob 14. 4. según los Setenta.
[5] Lev. 21. 1. 2.
[6] Io. 3. 13

misma edad más pequeña tiene la conformidad de que es capaz, tiene también la unión, pues con la triple inmersión adquiere cierta semejanza con su muerte y en el bautismo recibe la fe que aún no es capaz de evolución. El espíritu de sabiduría es benigno, y a quien ató la culpa transmitida, le desata la justicia prestada. Mas no de igual manera librará después al maldito por sus labios. *Al que peca voluntariamente después de haber recibido la gracia, no se le dejará hostia por su pecado* [7]. No librará de igual modo al maldito por sus labios que al maldito por los labios ajenos. La maldición, hermanos míos, es una mancha grave, y sabemos que no mancha al hombre lo que entra por su boca, sino lo que sale de ella [8]. La mancha, pues, y la maldición proceden de los labios, pero no siempre de los labios propios. Ni le viene tampoco al párvulo la culpa original del cuerpo o corazón propio, pues por ahora no puede tener no sólo ningún consentimiento, pero ni siquiera sentimiento de pecado. Mas ¿cómo se ha de entender que no librará el Espíritu Santo al maldito por sus propios labios o a los que pecan voluntariamente; y que para ellos no se crucificará de nuevo Jesucristo, ni serán injertados de nuevo por el bautismo en el simbolismo de su muerte? De ellos se necesita ya una fuente propia de lágrimas, llevar la cruz propia, mortificar los propios miembros e inmolar la hostia propia. De lo contrario, diría en vano: Creo. Es preciso expiar con los labios propios la maldad de los labios propios. Es necesario entrar por muchas tribulaciones en el reino de Dios [9], y nadie entra si no es por medio de tribulaciones propias o ajenas.

3. La tribulación del segundo Adán sólo purga a los que contaminó la ofensa del primero. Mas no queremos decir que a cada uno pueda bastarle la propia tribulación. ¿Qué vale toda nuestra penitencia, puesto que, si no compadecemos, no podemos correinar? Mas lo que en nosotros hay de menos lo suple El. Con todo, eso poco que es de nosotros no tolera que nos lo reservemos. Y si la unión de la fe sin la conformidad de las costumbres no puede salvar a los adultos, mucho menos podrán salvar las obras sin la fe. Es, pues, más fácil que se reforme un cuerpo deforme, mas unido a la Cabeza, que se una el que está separado,

[7] Hebr. 10, 26.
[8] Mt. 15, 11.
[9] Act. 14, 21.

por muy semejante que sea. Mas también ese mismo miembro que está deforme es necesario que o se haga conforme a la imagen de su hijo y de la Cabeza, o se aparte del cuerpo y sea anatema de Cristo, para que en la plenitud de su Cuerpo no se encuentre nada indecoroso.

4. Por tanto, donde hay mancha propia se requiere purificación propia; y si la contaminación es múltiple, es necesaria una tribulación múltiple. ¿De dónde, pues, la tribulación sino de que se lucha contra la concupiscencia al resistir a la contaminación? ¿Qué se podrá encontrar en el hombre que esté puro de esta mancha, inmune de esta contaminación? El virus pestilencial mana dentro, sale del corazón, y después ocupa todo el cuerpo; con los deseos toca la mente, inficiona los miembros con los halagos. De aquí la curiosidad del oído, la petulancia de los ojos; de aquí el deleite del olfato; de aquí el tan desordenado placer en la boca; de aquí el sentido de la comodidad y la liviandad perniciosa del tacto en todo el cuerpo; de aquí aquella embriaguez dentro del alma de los deseos y cierto horno de ambición, avaricia, envidia, contumacia, maldad, encendido vehementemente con los afectos de todos los vicios. Cuantos deleites parece tener el cuerpo, cuantas satisfacciones el mundo, tantas tribulaciones padece y tantas tentaciones sufre el hombre justo. Y de igual modo que quien anda según la carne se deleita con el placer de los sentidos y piensa que las delicias están en los sentidos, así también todo el que desea sembrar en el espíritu se esfuerza más por desarraigar que por propagar las espinas y los cardos que la propia tierra, por la maldición, germina, puesto que se siente dolorido siempre que ellas le clavan.

5. ¡Cuán múltiple tribulación es resistir una por una a estas numerosas pestes! Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en mí salud. Todo lo inficiona la concupiscencia; en todos los miembros se encuentra la ley del pecado. Por todas las ventanas pretende entrar la muerte. Y dentro se irrita con mayor peligro y se ensaña más cruelmente el fómite de toda la maldad. Con todo eso, de ninguna manera hay que desfallecer o ceder a la desesperación. Pues, aunque abunden las tribulaciones por Cristo, también abundan las consolaciones por medio de El. Finalmente, oye la consolación: el pecado está afuera; si no le abres, no entrará. Brota en el corazón, mas

está bajo tu poder [10]; si no cedes espontáneamente, nada te dañará. Oye la consolación: reprime el consentimiento, y éstas no prevalecerán; serás inmaculado para que sin mancha puedas entrar también tú mismo a habitar en el tabernáculo y a descansar en el monte santo de tu Señor Dios. Si los tuyos no son dominados, entonces estarás limpio del gran delito [11]. Ciertamente, del gran delito que ocupa todo el hombre, el interior y el exterior. Oye todavía la consolación: *De las seis tribulaciones,* dice, *te librará y en la séptima no te tocará el mal.* Si eres niño hebreo, servirás seis años; saldrás libre en el séptimo. Tienes seis tribulaciones contra los deseos del corazón y contra el deleite de la sensualidad corporal repartida por los cinco sentidos; mas en estas seis serás librado de la séptima, no ya en el sentido de que no venga, sino de que no te hiera, ni te haga daño, ni te toque el mal. Vendrá, ciertamente, la muerte; ésa es la séptima tribulación, mas para los elegidos del Señor será sueño. He aquí su herencia. Será la puerta de la vida, el principio del refrigerio; será la escalera de aquel monte santo y la entrada al lugar del tabernáculo admirable, que hizo Dios y no el hombre. En la séptima, pues, no te tocará el mal. Un mal, ciertamente, triple que permanece en la séptima para aquellos que en las seis tribulaciones no procuran permanecer incólumes, ni se purifican completamente en las seis hidrias para poderse mostrar en las bodas al esposo sin tener mancha ni arruga. Para ellos, pues, permanece el horror en la salida, el dolor en el tránsito, la vergüenza en la presencia ante la gloria del Dios grande.

6. ¿De dónde nos viene esta disimulación, hermanos míos? ¿De dónde esta tibieza tan perniciosa? ¿De dónde esta seguridad tan maldita? ¿Por qué, miserables, nos seducimos a nosotros mismos? Tal vez somos ya ricos, tal vez reinamos ya. ¿Acaso no acechan a la puerta de nuestra casa aquellos espíritus horribles? ¿Acaso no aguardan nuestra salida aquellas caras espantosas? ¡Qué pavor será el tuyo, oh alma mía, cuando, dejadas todas las cosas, cuya presencia te es tan agradable, cuyo aspecto tan encantador, cuya cohabitación tan familiar, entres sola en una región completamente desconocida y veas que se arrojan sobre ti por cuadrillas aquellos monstruos terribilísi-

[10] Gen. 4, 7.
[11] Ps. 18, 14.

mos! ¿Quién vendrá en tu ayuda en día de tan gran necesidad? ¿Quién te protegerá de los que rugen dispuestos a devorarte? ¿Quién te consolará? ¿Quién te conducirá? Hijitos míos, acordémonos de estas nuestras postrimerías para no pecar. Debemos pasar por el fuego, y el fuego probará cuál ha sido la obra de cada uno. Allí nuestro oro se convertirá en escoria, allí se revelará toda la impureza, allí la misma Verdad, computado el tiempo que se nos ha dado y que nosotros despreciamos, juzgará con justicia. ¿Cómo se han de reputar allí nuestras justicias sino como paño de menstruosa? Lo que ahora pasamos sin hacer aprecio, ocultamos con astucia, descuidamos con disimulo, ¡con qué tormentos lo consumirá allí la llama vengadora! Ojalá diese alguno a mi cabeza aguas, y a mis ojos, una fuente de lágrimas; tal vez no encontraría el fuego abrasador lo que en el presente hubiese diluído la corriente de lágrimas.

7. Ahora bien, ¿piensas que después de aquel fuego se encontrará algún residuo en nosotros? ¿O será tanto que nos atrevamos a ofrecerlo a la cara de su majestad o presentarnos con ello ante El? ¡Qué vergüenza será, qué confusión, el presentarnos ante la faz del Señor, nuestro Dios, tan tibios, tan imperfectos y tan vanos después de tantos beneficios! Adán huía para esconderse de El después de haber gustado una manzana prohibida [12], ¿qué presumiremos nosotros después de tantos delitos, después de tantos crímenes? ¿Cuándo se purificará de esta confusión el ojo de nuestro corazón, al cual ahora descuidamos darle ayuda para que pueda contemplar con mirada fija los rayos de aquel Sol verdadero? Como se derrite la cera a la presencia del fuego, así perecerán los pecadores a la presencia de Dios [13]. Entre, pues, la podredumbre en mis huesos y se oculte dentro de mí para que descanse en el día de la tribulación [14], de la séptima, y en ella no me toque el mal. Este mal terrible de horror, dolor y vergüenza. Feliz el alma que habla con confianza a sus enemigos a la puerta: ¿Por qué estás ahí, bestia cruel? Nada de mal encontrarás en mí. Más feliz aquel cuyas obras no son consumidas, a quien el examen demuestra que levantó los edificios de oro, plata y piedras preciosas. Felicísimo el que sin ninguna nube de confusión, mirando con cara completamente descubierta la gloria del Señor, se trans-

[12] Gen. 3. 8. [13] Ps. 67. 3. [14] Hab. 3, 16.

forma en la misma imagen y se hace semejante a El, viéndole como es en sí, Dios bendito sobre todas las cosas y laudable y glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

29 Del triple amor de Dios *

1. *No améis al mundo ni aquellas cosas que están en el mundo. Todas las cosas que están en el mundo son concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo; las cuales no son del Padre* [1]. ¿Pues qué? ¿Hay alguna cosa del Padre con que se nos recompense estas del mundo que dejamos? Las hay, ciertamente, mucho más dulces y amables; pero éstas no se dan a los siervos, mucho menos a los enemigos. Quien quiera ser amigo de este mundo, es declarado enemigo de Dios. El consejo se da a los amigos, a los cuales se dice: *Todo lo que oí del Padre os lo he manifestado a vosotros* [2]. El bienaventurado San Gregorio comenta que ese conocimiento es el mismo amor. El amor es triple, pues excluye las tres cosas que no son del Padre. Por eso, creo que se interrogó tres veces a San Pedro: *¿Me amas, me amas, me amas?* [3] Quizás son también estos tres amores los que se preceptúan en la ley: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* [4]; esto es, le amarás dulcemente o afectuosamente, le amarás prudentemente, le amarás fuertemente. El amor del corazón tiene algo de parecido con el amor carnal, pues, a la verdad, todos los afectos son del corazón. Pero el alma suena un poco más elevado, por lo que se la llama sede de la sabiduría; por esto, con razón, se la atribuye el amar a Dios prudentemente.

2. Ahora bien, a aquel amor afectuoso que llamamos del corazón le ayuda mucho la meditación de la encarnación de Cristo y todo lo que hizo en la carne, principalmente su pasión. Viendo, pues, Dios que los hombres amaban extraordinariamente la carne, les mostró tanta dulzura en la carne, que no habría nadie de corazón tan duro que no le amase con todo afecto. Queriendo, pues, recuperar a esta noble creatura que es el hombre, se dijo: Si le obligo por la fuerza, tendré un asno, no un hombre,

---

* PL 183, 620.
[1] 1 Io. 2, 15-16.
[2] Io. 15, 15.
[3] Io. 21, 15-17.
[4] Deut. 6, 5.

puesto que no vendrá libremente ni espontáneamente para que se pueda decir: *Te sacrificaré voluntariamente*[5]. ¿Acaso daré mi reino a los asnos? O ¿acaso tiene Dios cuidado de un buey? Por tanto, para que venga voluntariamente, le aterraré, a fin de que así se convierta y viva. Y le amenazó con las tinieblas eternas más terribles que se pueden imaginar, con gusanos inmortales, con fuego inextinguible. Mas, como no lograse atraer al hombre, dijo: No sólo es temeroso, sino también deseoso; le prometeré lo que parece más deseable. Los hombres desean oro, plata y cosas semejantes; mas, sobre todo, desean la vida. Esto es claro, y muy claro. Si, pues, dice, desean tanto esta vida miserable y momentánea, ¿cuánto más amarán la vida reposada, eterna y bienaventurada? Por tanto, los prometió la vida eterna; prometió lo que ni vió el ojo, ni oyó el oído, ni imaginó el corazón del hombre.

3. Mas, viendo que nada aprovechaba, una cosa, dijo, me queda aún. El hombre no sólo tiene temor y deseos, sino también amor; no hay en él cosa más poderosa para atraerle. Vino, pues, a la carne, y tan amable se mostró, que usó para con nosotros de aquella caridad que nadie puede tener mayor, esto es, dió la vida por nosotros. Ahora ya, quienquiera que ni con esto se convierta, oirá con razón: *¿Qué otra cosa debí hacer por ti que no haya hecho?*[6] Y, ciertamente, en ninguna otra cosa muestra tanto su caridad como en el misterio de la encarnación y de la pasión; en ninguna otra cosa se revela tanto su piedad, en ninguna otra cosa aparece tanto su benignidad como en la humildad, según atestigua el Apóstol: *Apareció la benignidad y la humanidad de nuestro Salvador*[7]. Ciertamente, la potencia se ocultó, pues vino en la debilidad. Por lo cual dice Habacuc: *Allí se escondió su fortaleza*, no hay duda de que en la cruz, *cuyos brazos están en su mano*[8]. Igualmente, la Sabiduría se escondió, pues le agradó salvar a los creyentos por la locura de la palabra. ¿Acaso no se hizo, en cierto modo, demente el que entregó su vida a la muerte, quitó los pecados de muchos y devolvió lo que no había robado? ¿Acaso no estaba embriagado con el vino de la caridad y olvidado de sí, contra el consejo de Pedro, que dice: *Ten compasión de ti*?[9] Así, pues, se escondió la fortaleza y, sobre todo, se veló y se encarnó la sabiduría;

[5] Ps. 53. 8.
[6] Is. 5. 4. 7.
[7] Tit. 3. 4.
[8] Hab. 3. 4.
[9] Mt. 16. 22.

pero la benignidad no pudo declararse más, ni expresarse más abundantemente, ni recomendarse más evidentemente.

4. Ahora bien, esto dijimos que pertenecía al amor afectuoso del corazón, pues tan aficionados se ven los hombres a esto, que apenas lo pueden oír o recordar sin lágrimas. Este amor, pues, es contra la concupiscencia de la carne. ¿Qué dulzura tendrá en la carne aquel que tiene tanta dulzura en la pasión de Cristo? Mas esta dulzura puede fallar si falta la prudencia; difícilmente se podría evitar en la miel el veneno. Es necesario, pues, que esté presente la prudencia, con la que podamos investigar los misterios internos, a fin de estar preparados para dar razón a cuantos nos la pidan. Este amor prudente excluye la curiosidad, pues el ánimo que está atento a estas cosas no puede tener curiosidad de las temporales, como dice el profeta: *¡Señor, cuánto amo tu ley! Es mi meditación durante todo el día*[10].

5. El tercero es que cada uno ame fuertemente, de modo que así como no se puede engañar, así tampoco pueda ser sorprendido por estar preparado para sufrir todas las cosas por la justicia. ¿Quién no sabe que aquel que es rey del cielo no ambiciona los reinos y los honores de la tierra, sino que, más bien, los desprecia? Por tanto, *bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*[11]. Por eso se le requiere ahora a Pedro de estos tres amores, porque antes se le había hallado ignorante. Oyendo, pues, primeramente de la pasión del Señor, no lo pudo soportar como quien ama dulcemente; y dijo como quien ama imprudentemente: *Lejos de ti.* Por lo cual mereció oír: *Apártate de mí, Satanás, porque no gustas las cosas que son de Dios*[12]. Amor semejante había en los apóstoles cuando se les decía: *Si me amaseis, os alegraríais ciertamente de que vaya al Padre*[13]. Más aún, porque aman, se duelen. Aman y no aman; aman dulcemente, mas no aman sabiamente. La misma noche en que había de ser entregado Jesús, Pedro amaba dulce y prudentemente al decir: *Estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte*[14], mas no le amaba fuertemente, porque *el que cayó no se hallaba en ese grado*

[10] Ps. 118, 97.
[11] Mt. 5, 10.
[12] Mt. 16, 22-23.
[13] Io. 14, 28.
[14] Lc. 22, 33.

estable [15]. Aún no había venido de lo alto aquella fortaleza, la cual recibida, no negó, sino que, usando de la libre voz, dijo: *Juzgad vosotros cuál es más conveniente: obedecer a Dios o a los hombres* [16]. ¿Acaso no está examinado en el amor el propuesto al rebaño para que le apaciente? Debe, pues, presidir a otros aquel que, embriagado del vino de la caridad, esté abrasado, olvidado de sí, de modo que no busque lo que es suyo, sino, más bien, lo que es de Cristo. Y nota que, preguntado San Pedro si amaba más que éstos, respondió únicamente que amaba, no atreviéndose a afirmar lo que se avergonzaba de haber dicho antes; y quizás por eso se contristó. Pues primeramente había dicho: *Aunque todos se escandalicen de ti, yo no* [17].

30 Del leño, del heno y de la paja *

1. Hermanos míos, ni en el cielo ni en el paraíso hay seguridad, mucho menos en el mundo. En el cielo cayó el ángel de la presencia de la divinidad; en el paraíso, Adán cayó del lugar del deleite; en el mundo, Judas de la compañía del Salvador. Esto lo digo para que ninguno se lisonjee de este lugar porque se diga: Este lugar es santo. No santifica el lugar a los hombres, sino los hombres al lugar. Hay, pues, entre nosotros tres géneros de hombres, y estos tres no están lo suficiente acordes con el orden y el hombre que ha entrado en este camino. Los hay que empezaron bien, mas al punto desfallecieron. Los hay que nunca empezaron, sino que permanecieron y permanecen en su molicie. Y los hay que se dejan llevar del espíritu de ligereza, que son tardos a escuchar y prontos a hablar, muy dispuestos a enumerar lo que hacen, si es que hacen algo. ¿Acaso no apartará de sí a éstos Dios? No, si permanecieren en el fundamento; mas se salvarán como por el fuego. ¿Por qué fuego? Dice el Apóstol: *Nadie puede poner otro fundamento fuera del que está puesto, que es Jesucristo. Si alguien edifica sobre éste fundamento leña, heno, paja, éste se salvará, mas como por el fuego* [1]. El fundamento es Cristo; el leño es frágil, el heno blan-

[15] Boet., *De consol. phil.*, l. 1, v. 1.
[16] Act. 5, 29.
[17] Mt. 26, 33.

* PL 183, 622.
[1] 1 Cor. 3, 11. 12. 15.

do, la paja ligera. Son leña los que empezaron fuertemente, mas, rotos, no se vuelven a soldar. Son heno los que, entibiados con la molicie que debían huir, ni con la punta del dedo, como se dice, quieren tocar los trabajos arduos. Son paja los que, llevados por los movimientos de la veleidad, nunca permanecen en el mismo estado.

2. De éstos hay que temer, ciertamente, mas no desesperar, porque, si tienen a Cristo por fundamento, esto es, terminan la vida en este camino, se salvan, mas como por el fuego. El fuego tiene tres cosas: humo, luz, ardor. El humo excita las lágrimas, la luz ilumina las cosas vecinas, el ardor quema. Por tanto, el que es de este modo, debe tener en la mente humo, esto es, amargura, porque es tibio, porque es remiso, porque es ligero, porque, en cuanto está en sí, perturba y arruina el orden. Mas también debe tener luz en la boca para que, cual es en la mente, se muestre y se lamente en la confesión, de modo que la conciencia aguijonee a la lengua y la lengua arguya a la conciencia. Es necesario también que sienta ardor en el cuerpo, esto es, la tribulación de la penitencia, y, si no mucho, al menos algo. ¿Piensas que arrojará de sí a los que de este modo están doloridos en el corazón, confesados con la boca, atormentados en el cuerpo quien desea que todos los hombres se salven y que nadie perezca? Hay también otros que edifican sobre este fundamento oro, plata y piedras preciosas. Estos comienzan enérgicamente, continúan enérgicamente y terminan enérgicamente, no atendiendo a lo que puede la carne, sino a lo que quiere el espíritu.

31 Del cuidado solícito de los pensamientos *

1. Nos aconseja, hermanos, el bienaventurado Benito que andemos solícitos de nuestros pensamientos [1], siguiendo el consejo del Sabio, quien exhorta a guardar con todo cuidado el corazón, *porque de él procede la vida* [2]. Tres géneros de pensamientos se me ocurren a mí que han de precaver con mucha solicitud los que se convierten de corazón y se apresuran a presentarse a sí mismos como tem-

* PL 183, 623.
[1] *Regla*, c. 7.
[2] Prov. 4, 23.

plos vivos del Señor. Hay muchos pensamientos completamente ociosos y que no vienen al caso, los cuales puede arrojar el alma con la misma facilidad con que la vienen, con tal de que habite consigo en el corazón y asista al Dominador de toda la tierra.

2. Hay también otros pensamientos que se adhieren más violentamente y más fuertemente, los cuales, a la verdad, pertenecen a las necesidades de la naturaleza y están como tomados del mismo barro del que estamos hechos también nosotros. Estos, si se pegan un poco, ya no se pueden apartar sin lesión y dificultad. Frecuentemente, pues, de tal modo se nos pega un pensamiento carnal de comida, de bebida o de vestido, que apenas le podemos arrancar de nuestros corazones. Lo cual no viene de otra cosa sino de que ese pensamiento barroso y viscoso encuentra, en cierto modo, una tierra cenagosa y pegajosa. No sin causa, pues, se dijo que el hombre fué hecho no de cualquiera tierra, sino del barro[3]. Fíjate, pues, lo barroso que es el cuerpo, pues tan fuertemente y casi tan indisolublemente se adhiere al alma, que apenas si se puede separar con mucha aflicción. ¿Qué hemos de hacer, pues, cuando uno de esos pensamientos pegajosos sube a la mente? Debemos exclamar con el santo Job y decir: *Rubén, primogénito mío, no crezcas, pues subiste al lecho de tu padre*[4]. Roja, carnal y sanguinolenta es esta concupiscencia; la cual sube a nuestro lecho cuando no sólo toca la memoria con el pensamiento, sino entra al mismo lecho de la voluntad y le ensucia con perversa delectación. Con razón se llama nuestro primogénito este apetito carnal, pues pulula en nosotros desde el mismo principio de nuestra vida, mientras que los demás vicios se contraen en el transcurso de los tiempos con el trato de este mundo y las varias ocasiones. Por tanto, conviene reprimir el apetito que no podemos extinguir, para que, tan pronto como entra en nuestro lecho, no permitamos en ningún modo que crezca, sino que le mantengamos bajo de nosotros, como dice la Escritura: *Debajo de ti estará tu apetito y tú le dominarás*[5].

3. El tercer género de pensamientos es sobremanera inmundo y fétido, el cual no le debemos admitir por ninguna razón, sino presentir de lejos su hedor y arrojarle

[3] Gen. 2, 7 [4] Gen. 49, 3-4. [5] Gen. 4, 7.

con toda la energía, combatirle con todo el ánimo e invocar al punto con gemidos, lágrimas y suspiros al Espíritu para que ayude nuestra debilidad. De este modo, apartándose confundido, no se atreverá tan fácilmente el maligno enemigo a ofrecernos o meternos cosa semejante a los que resistimos virilmente. Me refiero a aquellos pensamientos completamente inmundos y pestilenciales que pertenecen a la lujuria, a la envidia, a la vanagloria y a los demás vicios detestables. Ahora bien, si queremos conservar puras nuestras almas, hemos de salir con gran indignación contra estos pensamientos cuando todavía están lejanos y esfumarlos de nosotros para que no tengan ningún acceso. El primer género de pensamientos, es a saber, de las cosas vanas y que no vienen a cuento, es barro; mas simplemente barro, esto es, que no se pega ni huele, a no ser que permanezcan por largo tiempo en nosotros y por nuestra incuria y negligencia se conviertan en otro género de pensamientos, lo cual experimentamos diariamente. Al despreciar los pensamientos vanos y ociosos como cosa mínima, nos deslizamos a los torpes y deshonestos. El género segundo de pensamientos no es simplemente barro, sino, como ya hemos dicho, viscoso y pegajoso. Pero el tercero le debemos precaver, no tanto como barro o limo, sino como cieno inmundísimo y fetidísimo.

32 De tres juicios: propio, humano y divino *

1. *A nosotros nos debe considerar el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.* El ministro de Cristo debe vivir de tal modo, que de las costumbres del hombre exterior, que se ve, se deduzca el equilibrio del espíritu interior, que no se ve; de suerte que ni por otro ni por sí mismo pueda ser juzgado, sino que diga con el mismo Apóstol: *Por nada tengo el que me juzguéis vosotros o el día humano, mas ni siquiera me juzgo yo mismo; el que me juzga es el Señor* [1]. En estas palabras hay que distinguir tres juicios: el humano, el propio de cada uno y el divino. El humano puede, ciertamente, juzgar de las cosas externas que perciben los sentidos corporales, mas de las cosas internas no puede. Por lo

* PL 183, 624.
[1] 1 Cor. 4, 1. 3. 4.

cual está escrito: *¿Qué sabe el hombre de las cosas que son del hombre, sino el espíritu que está en El?* [2]. Por tanto, de aquellas cosas que están en el hombre puede juzgar el espíritu del hombre que está en El; pero mucho más perfectamente las juzga Dios, cuyo juicio no pudo evadir, como confiesa, el Apóstol, que sobrepasó el humano y el propio. Despreciaba el humano quien decía: *Por nada tengo yo el que me juzguéis vosotros o el día humano.* Tampoco temía el propio quien decía: *Pero ni siquiera me juzgo a mí mismo.* No tengo conciencia de nada. Sólo restaba el juicio divino, del que dice: *Mas el que me juzga a mí es el Señor.*

2. Esto no obstante, cada uno debe, en cuanto puede, mostrarse irreprensible; primero delante de Dios, después también delante de los hombres. Esto es lo que en otra parte dice el mismo Apóstol: *Obrando bien no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres* [3]. De tres modos, pues, obramos el bien delante de los hombres; es a saber: con el vestido, con la acción, con la palabra. Con el vestido, si no es rico; con las obras, si no son reprensibles; con las palabras, si no son despreciables. De tres modos, igualmente, delante de Dios: con el pensamiento, con el afecto, con la intención. El pensamiento debe ser santo, porque está escrito: *El pensamiento santo te guardará.* El afecto debe ser puro y la intención recta. Estas tres cosas, es a saber, el pensamiento, el afecto, la intención, están en el alma. Mas en ella cada una parece que ocupa sus propios lugares. Pues el pensamiento está en la memoria; el afecto, en la voluntad, y la intención, en la razón.

3. Y para que veamos más claramente su uso y diferencia, tomemos un ejemplo de las cosas externas. Si algún color deforme inficiona solamente el cutis, el cuerpo se vuelve feo, mas nada pierde por esto su salud. Pero si alguna podredumbre o algún tumor virulento ataca la carne, ya no sólo se perturba la belleza del cuerpo, sino también su salud. Y si, prevaleciendo la dolencia, ocupa con la misma carne la medula de los huesos, entonces, finalmente, no sin razón se puede desesperar de la vida. De igual modo, en el alma, si el pecado se ingiere en la memoria por el pensamiento, mas, con todo eso, ni la volun-

[2] 1 Cor. 2, 11.
[3] Rom. 12, 17.

tad presta afecto ni la deliberación asentimiento, confieso que es una deformidad y que esa alma no merece oír entonces: *Eres toda hermosa, amiga mía*[4]. Pero, aunque lunar, no es una enfermedad. Y, si la voluntad provocada, se adhiere con el sentido a la delectación, mas, no obstante eso, resiste la deliberación de la razón, ciertamente enferma el alma, mas no muere todavía. Es necesario que clame: *Sáname, Señor, y seré sanado*[5]. Entonces, finalmente, se dice que muere cuando la misma razón se inclina al pecado por la intención. Entonces consiente, y de tal se dice: *El alma que peque morirá*[6]. Este triple grado deploró David en persona del pecador, diciendo al Señor que le arrojaba del paraíso al dilatado destierro de este siglo: *Apoyaste sobre mí tu mano*. Y porque los deseos carnales son pena del pecado: *No hay salud en mi carne a la presencia de tu ira*. Mas ya ni siquiera hay fortaleza de la razón: *No hay paz para mis huesos al recuerdo de mis pecados*[7]. El cual de nuevo canta los mismos grados en persona del justo: *Me acordé de Dios, me alegré y me ejercité*[8]. Alegrado por la voluntad, ejercitado por la razón.

4. No arroje a Dios de la memoria la turba impetuosa de los muchos pensamientos, los cuales suelen afluir, como la gente plebeya, a la plaza; póngase a su puerta un guardián cuyo nombre es *recuerdo de la propia profesión*, para que, cuando el ánimo se sienta agravado por los torpes pensamientos, se increpe a sí mismo y se diga: ¿Acaso debes pensar esto tú, que eres sacerdote, que eres clérigo, que eres monje? ¿Debe el cultivador de la justicia admitir en sí algo de inicuo? ¿Es lícito al siervo de Cristo, al amante de Dios, pensar, aunque sea por un momento, tales cosas? Diciendo esto, arroje el flujo del pensamiento ilícito con el recuerdo de la propia profesión. Igualmente, en la puerta de la voluntad, ante la que se suelen reunir los pensamientos carnales como la familia en la casa familiar, se ponga un portero que se llame *recuerdo de la patria celeste*. Este puede arrojar al deseo perverso como un clavo arroja a otro clavo y recibir sin tardanza a Aquel que dice: *He ahí que estoy a la puerta y llamo*[9]. Finalmente, en el tálamo de la razón hay que poner guardia tal y tan fiero, que a nadie perdone, mas arroje lejos a todo

[4] Cant. 4, 7.
[5] Ier. 17, 14.
[6] Ez. 18, 4.
[7] Ps. 37, 3-4.
[8] Ps. 76, 4.
[9] Apoc. 3, 20.

enemigo que, ya oculta, ya abiertamente, presuma entrar; y éste sea el *recuerdo del infierno*. En las otras, esto es, en la memoria y en la voluntad, no es intolerable se reciba cierto vago pensamiento o cierto afecto impuro, mas sería un daño gravísimo y absolutamente dañoso que alguna vez perdiese la razón la rectitud de intención.

33 Sobre las palabras del salmo 23: «¿Quién subirá al monte del Señor?» *

1. Estas son, hermanos míos, unas palabras de exhortación para que, pues todos nos esforzamos por subir, tendamos todos a lo más sublime, aspiremos todos por llegar arriba, nos ingeniemos todos por llegar a lo alto. Procuremos subir allí donde nos es cosa buena estar, donde estaremos seguros, donde no habrá ya que temer, donde podremos permanecer constantemente. Y no sólo busca el profeta al escalador de este monte para excitar el deseo de subir, sino también para enseñar el modo al que lo desea. Feliz el que dispuso en su corazón subir las gradas de este monte y que anhela y desfallece en deseos de llegar a los atrios del Señor. Ciertamente, este monte es monte ubérrimo, cúmulo de todos los bienes, monte de deleite eterno, casa de Dios. *Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos* [1]. Oye de un testigo fiel cómo esta casa es monte: *¡Oh Israel, cuán grande es la casa del Señor y cuán ingente el lugar de su posesión! Es grande y no tiene consumación, excelso e inmenso* [2]. Más aún, no sólo es monte, sino también monte de los montes; en él hay muchas mansiones, muchos montes. Además, sus fundamentos están en los montes santos [3].

2. Y ni siquiera esto calló el bienaventurado Isaías: *Será*, dice, *la casa del Señor un monte preparado en la suma de los montes; y se elevará sobre los collados* [4]. ¿Por qué no ha de ser monte de montes, fundado en la exultación universal de toda la tierra, ese en donde hay una abundancia tan grande de todas las cosas deleitables, en donde es una la plenitud de todas las abundancias? Será, pues, monte de paz, monte de gozo, monte de vida, monte de glo-

* PL 183, 626.
1 Ps. 23, 5.
2 Bar. 3, 24-25.
3 Ps. 86, 1.
4 Is. 2, 2.

ria ; todos los montes serán un monte de consumada felicidad. ¿Acaso no será monte de paz, de paz sobre toda paz, de paz que sobrepasa todo sentido? Ciertamente es monte grande la paz del corazón, la paz en la carne, la paz con los hombres enemigos, la paz con todos los prójimos, la paz con los mismos demonios, la paz con Dios. Y la paz no tendrá fin. Habrá gozo, y, como le describe el Señor, *gozo pleno,* gozo seguro, que nadie quitará de nosotros [5]. También tendremos vida, y la tendremos abundante, pues no podrá ser ineficaz la venida de tan gran pastor, el cual se llegó precisamente a las ovejas, como El mismo atestigua, *para que tengan vida, y la tengan más abundantemente* [6]. ¿Acaso no te parece también monte el peso eterno de gloria sublime sobre toda medida? Por tanto, de todas estas cosas y de las que se puedan igualmente imaginar como deseables, hay una sola medida buena de bienaventuranza, apretada, colmada y rebosante [7] ; como si, reuniendo muchos montes, uno de oro, otro de plata, otro de jacinto y esmaragdo y de toda la brillantez de las piedras preciosas, otro también de seda, púrpura y lino y de todas las demás cosas valiosísimas, los juntases en un solo monte. A nosotros se nos devuelven todas las cosas multiplicadas. Y si alguno edificó oro, plata y piedras preciosas sobre fundamento, se verá crecer a su humilde edificio en inmensos montes, y de una pequeña semilla, no digo que recogerá grandes haces, sino montones de haces.

3. *¿Quién, pues, subirá al monte del Señor? ¿O quién permanecerá en su lugar santo? El de manos inocentes y el limpio de corazón.* Bienaventurado ése, si, a la verdad, ése es alguno. ¿Mas quién se gloriará de tener manos inocentes y corazón casto? Nadie está limpio de mancha, ni siquiera el niño cuya vida sobre la tierra es de un solo día [8]. Uno solo está libre de mancha entre los manchados, limpio entre los inmundos, uno solo libre entre los muertos ; no se encontrará otro fuera de él. Ese es aquel de quien leíste : *Nadie sube al cielo sino quien descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo* [9]. Era, pues, de manos inocentes quien no cometió pecado, quien, habiendo obrado muchas obras buenas, decía libremente a los judíos : *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* [10] Mas

[5] Io. 16, 24 22.
[6] Io. 10, 10.
[7] Lc. 6, 38.
[8] Iob 14, 4, según los Setenta.
[9] Io. 3, 13.
[10] Io. 8, 46.

¿quién dudará que fué de corazón limpísimo aquel que estuvo unido personalmente a la Sabiduría, en la que no puede hallarse nada sucio y que todo lo abarca por su pureza? No en vano asumió su alma el único que tiene poder de dejarla y volverla a tomar [11]. No en vano la recibió al nacer, no en vano la dejó al morir, no en vano la volvió a asumir al resucitar.

4. Mas ¿cómo no se puede decir de El que no juró en vano a su prójimo, que no recibió en vano su alma, que no le alcanzó en vano todas las cosas, si El solo recibió la bendición? ¿Convenía acaso que padeciese Cristo, que resucitase y que así entrase en su gloria? [12] Era suya. ¿Qué utilidad tendrá su sangre, si todos caemos en la corrupción? ¿Qué verdad habrá en la promesa, si, como arriba hemos recordado, *nadie sube al cielo sino quien descendió del cielo?* Bien; reciba éste la bendición; pero la misericordia, ¿para qué? O no recibió éste la misericordia, o, más bien, si te das cuenta, no la recibió para sí solo. Recorre las palabras sagradas del profeta y mira de qué modo subentiende, como oculta la multitud. Hablaba de uno y decía: *Este recibirá;* mas de repente pasa a esta generación y dice: *Esta es la generación de los que buscan.* Y esto para que en el *uno* no entiendas la singularidad de persona, sino la unidad de espíritu. A la verdad, éste es el esposo y ésta la esposa, y sabemos quién dijo: *Ya no son dos, sino una sola carne* [13]. Por tanto, éste sube, éste recibe la bendición; mas también recibirán otros con El, o, más bien, en El, porque de El recibirán la bendición. Oye esto del profeta: *Así, pues, el Señor dará la bendición; irán de virtud en virtud* [14]. Y he aquí por qué convenía que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos, para que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados [15]. La penitencia está destinada a perdonar, y la remisión a purificar. *Bienaventurado,* pues, no sólo aquel en quien no se halla pecado, sino *aquel a quien no se lo imputa el Señor* [16]. *Encontré,* dice, *un hombre conforme a mi corazón* [17]. ¿Acaso para que pueda gloriarse de que tiene el corazón casto? No, pues *ni las estrellas están limpias en su presencia* [18], sino porque Dios no desprecia el corazón arrepentido y humillado [19]. El corazón arrepentido está

[11] Io. 10, 18.
[12] Lc. 24, 26.
[13] Mt. 19, 7.
[14] Ps. 83, 8.
[15] Lc. 24, 46.
[16] Ps. 30, 2.
[17] Act. 13, 22.
[18] Iob 25, 5.
[19] Ps. 1, 19.

próximo al corazón limpio ; y esto es ser conforme al corazón de Dios, quien se halla cerca de aquellos que están con el corazón atribulado. Es samaritano que está próximo a aquel que cayó en manos de los ladrones [20]. No jurará engañosamente a este su prójimo, sino que hará cuanto ha prometido : *En verdad os digo que os sentaréis para juzgar...* [21]

5. Seamos, pues, también nosotros, amadísimos, a nuestro modo, amantes de la inocencia de las manos y de la pureza del corazón. Ante todo, seamos solícitos, ya que no podemos evitarlo completamente a causa de la fragilidad humana, en apartarnos cuanto podamos del mal, no sólo en las acciones, sino también en los pensamientos. Por lo demás, para que no se diga que hemos recibido en vano nuestras almas racionales, usemos también del consejo de la razón. ¿Cómo no había de recibir en vano su alma aquel que, como uno de los animales irracionales, sigue sólo el apetito de la carne, entregándose a los placeres del cuerpo? Añadió también el profeta : *No juró engañosamente a su prójimo.* Así como debemos observar la pureza dentro de nosotros, así igualmente la inocencia para con el prójimo; así también debemos ejercitar las obras de la virtud, las obras de la piedad en nosotros y para con el prójimo. No nos seamos, pues, inútiles ni recibamos en vano nuestras almas ; no seamos inútiles a nuestro prójimo ni se nos pruebe que le hemos jurado en vano. Conoce nuestro barro el Espíritu que habla por el profeta y no nos quiere aconsejar simplemente que seamos útiles a nuestro prójimo ; nos compromete con juramento para que reconozcamos la deuda y nos avergoncemos de irritar la fidelidad prometida. Todos, pues, hemos jurado a nuestros prójimos, con los que formamos una unidad en la Iglesia, de suerte que el que vive, ya no vive para sí, sino para aquel que ha muerto por todos.

6. Ni me diga alguno : Para El viviré, puesto que El no sólo ha vivido para todos, sino que ha muerto para todos, mas no para ti [22]. ¿Cómo podrá vivir para El quien de tal modo descuida a los queridos de El? ¿Cómo vivirá para El quien no cumple su ley ni guarda su mandamiento? ¿Deseas saber qué ley, qué mandamiento? *Este es*, dice, *mi mandamiento: que os améis los unos a los otros*

[20] Lc. 10, 30-36. [21] Mt. 19, 28. [22] 2 Cor. 5, 15.

como yo os he amado[23]. Y el Apóstol: *Llevaos unos a otros las cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo*[24]. No pienses, pues, que es gratuito el bien que haces al prójimo para que te sea lícito descuidarlo también, si quieres. Eres deudor por la fuerza del sacramento y estás obligado a la propia profesión. *Éste*, pues, *recibirá la bendición del Señor y la misericordia de Dios, su Salvador*. Este, porque *sólo uno recibe el galardón*. Mas para que no pienses que es uno solo hombre, *ésta es la generación de los que buscan a Dios*. Este recibirá la bendición, porque es la cabeza, y el cuerpo es uno solo, Cristo. Mas ésta es la generación, porque todos concurrimos a la medida de la edad de la plenitud de Cristo[25].

7. Y quizás también el mismo Señor es el monte del Señor, del que se dice: *¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién permanecerá en su lugar santo?* Ciertamente, El es la piedra desgajada sin manos, que creció en un monte inmenso[26]; El es quien, levantado sobre la tierra, trajo todas las cosas a sí[27]; monte coagulado, monte pingüe. ¿Por qué dudáis vosotros, ¡oh judíos!, de ese monte coagulado, de ese monte en el que Dios tiene a bien habitar?[28] *En nombre de Belcebú*, dicen, *príncipe de los demonios, arroja los demonios*. ¡Sospecha execrable, blasfemia reprensible! Cristo es príncipe, y gran príncipe, cuyo dominio ni siquiera pueden evadir los mismos demonios. Pero el reino de ellos se destruye dividido en sí mismo[29]; el reino de éste es íntegro y perfecto, reino que no tendrá fin[30]. Hay, pues, distancia entre Príncipe y príncipes; ni hay comparación entre el Monte coagulado y pingüe y los montes sólo coagulados. Este vuestro (Belcebut) es monte coagulado, pero no pingüe; más bien es maldito con una perpetua esterilidad. Es monte porque es soberbio, coagulado porque sus escamas están unidas unas a otras y porque su corazón se ha cuajado como la leche.

8. El Señor Cristo es monte, monte coagulado y monte pingüe. Es *monte* por la sublimidad; *coagulado*, por la aglomeración de muchos, y *pingüe*, por la caridad. Y ahora mira cómo atrae a sí todas las cosas, cómo todas las cosas se unen a El con una unidad personal, espiritual, sacra-

[23] Io. 13, 34.
[24] Gal. 6, 2.
[25] Eph. 4, 13.
[26] Dan. 2, 34. 35. 45.
[27] Io. 12, 32.
[28] Ps. 67, 16-17.
[29] Mt. 12, 24-25.
[30] Lc. 1, 33.

mental. Tiene en sí al Padre, con el que es una misma substancia; tiene asumido al hombre, con el que es una misma persona; tiene adherida a sí al alma fiel, con la que es un solo espíritu; tiene por esposa a la única Iglesia de los elegidos, con la que es una sola carne. Y quizás pareciera mejor llamar a esta unión *carnal*, mas preferí llamarla sacramental, teniendo por más digno este vocablo, sobre todo dándome ocasión el Apóstol, cuando dice: *Este sacramento es grande, y yo os digo que en Cristo y en la Iglesia* [31]. Es ciertamente monte pingüe y muy ubérrimo, en el que Dios tiene a bien habitar. Por eso le ungió con el óleo de la alegría más que a todos sus copartícipes. Es monte de aromas celestiales, es monte de carismas espirituales, que no recibe medido el espíritu, sino que obtiene toda la plenitud de la gracia. Es monte grande, en el que están escondidos todos los tesoros de sabiduría y de ciencia, en el que habita toda la verdad de la humanidad y toda la plenitud de la divinidad, en el que se restaura todo lo del cielo y de la tierra para que sea Dios bendito por siempre en todas las cosas.

9. Venid, hermanos, subamos a este monte; y, si nos parece arduo el camino, descarguémonos; si largo, apresurémonos más; si trabajoso, clamemos a El: *Llévanos en pos de ti; correremos al olor de tus ungüentos* [32]. Feliz quien corre de tal manera que le coge, mejor, que se deja coger, y merece ser admitido en aquella amplitud del monte y plenitud del cuerpo de Cristo. Feliz quien sube a aquel monte beatífico tan perseverantemente deseado para recibir en la morada santa un lugar de reposo, para ver en su santuario a Dios Padre y juntamente su virtud y su gloria [33], que no son otras que el mismo monte de los montes, monte coagulado y pingüe, Jesucristo, nuestro Señor. Por el cual, ciertamente, aparecemos ya por la predestinación ante Aquel que nos amó y nos benefició en su Hijo querido, en el que nos eligió antes de la creación del mundo [34]. Pero entonces ya conoceremos de igual modo que nos conoce cuando, elevado perfectamente ese monte altísimo y ubérrimo, atraiga todo a sí El que es eternamente bendito sobre todas las cosas. Amén.

---

[31] Eph. 5, 32.
[32] Cant. 1, 3.
[33] Ps. 62, 3.
[34] Eph. 1, 4.

34 SOBRE UNAS PALABRAS DE ORÍGENES *

1. Según me temo, quizás os puedan haber dañado algunas palabras que ayer se leyeron de la homilía de Orígenes sobre aquel capítulo de la ley en que se prohibía a Aarón y sus hijos beber vino al acercarse al altar, si las recibís simplemente como parecen sonar. «Mi salvador, dice, llora también ahora mis pecados y permanece en el llanto tanto cuanto nosotros persistimos en el error» [1]. Y otras muchas frases del mismo género, dichas quizás más abundantemente que circunspectamente, ni tan sobria como difusamente. ¿Qué quiere significar este insólito gruñido? O ¿ignoro qué murmura alguno de vosotros? Sé, ciertamente, que los doctos en la ley divina se reirán de estas palabras, pero también me confieso deudor de los menos sabios, ni ahora se trata del pensamiento de Orígenes. Podría haber quizás hablado hiperbólicamente; él verá; no viene a nuestro caso. Aunque tampoco debo callar que la autoridad común de los Padres afirma que escribió bastantes cosas contra la fe, por lo que aconsejan que se le lea con cierta circunspección. Mas al presente, nosotros no intentamos saber lo que él sintió, sino procuramos evitar que se aparte ninguno de vosotros lo más mínimo, por sus palabras, de cuanto pertenece a la sana doctrina.

2. Lejos, pues, el creer que en el cielo hay lugar de tristeza, así como también de culpa. Allí nadie puede delinquir, nadie puede llorar; de igual modo que en la tierra no habría habido ninguna pena si no hubiese precedido la iniquidad. En el cielo hay sola justicia y también sola alegría; en el infierno, sólo pecado y sola pena del pecado; por tanto, nos encontramos en medio de ambos y, por lo mismo, ninguno de los dos están consumados. Somos afligidos en muchas cosas porque todos ofendemos en muchas cosas [2]. Porque en el cielo no puede haber lugar ninguno de sufrimiento o dolor, el Unigénito de Dios Padre, habiendo de redimir con su pasión al hombre, recibió la carne en que padecer, ya que no podía padecer en la divinidad. Así, pues, se le vió también en la tierra y vivió con los hombres [3] para humillarse a sí mismo en el lugar de la aflicción. Se dignó, pues, turbarse y temer, asustarse y

* PL 183, 630.
[1] *Sobre el Lev.* 9, 9.
[2] Iac. 3, 2.
[3] Bar. 3, 38.

experimentar en sí todas las tentaciones y debilidades, a excepción del pecado. En la tierra, repito, Jesús lloró verdaderamente, se afligió verdaderamente, padeció verdaderamente, murió verdaderamente, fué sepultado verdaderamente; mas cuando resucitó pasaron todas las cosas viejas. No busques, pues, más a tu amado en tu lecho; resucitó, no está aquí. Es voz de la esposa: *Busqué en mi lecho a Aquel a quien ama mi alma; le busqué y no le hallé*[4]. Más bien la encontraron a ella los guardias y la dijeron: *¿Por qué buscas entre los muertos al que vive?*[5] Estuvo, ciertamente, entre los muertos, pero ya no está; estuvo entre los muertos, pero también entonces fué libre. Ciertamente, El se turbó a sí mismo; El mismo puso su alma; se ofreció porque quiso[6]. Toda la debilidad le vino de su propia voluntad, no por la necesidad. Por lo cual, cuanto en El era debilidad, era más fuerte que la fortaleza de los hombres[7]; era también entonces grande entre los niños, poderoso entre los débiles, libre entre los muertos.

3. A veces parece que también hay cierta libertad en nuestras tribulaciones cuando, por ejemplo, sufrimos con caridad libre y liberal trabajos penitenciales por los pecados del prójimo, llorando por ellos, ayunando por ellos, disciplinándonos por ellos, saldando lo que no hemos arrebatado. Por lo que dice también San Pablo: *Estando libre de todo, me hice siervo de todos*[8]. Mas esto nada es en comparación con la libertad de aquel que no tuvo ningún delito propio, que nada debió a la muerte, que no mereció ninguna tribulación. De vosotros, aunque el prójimo no puede exigir quizás en justicia esas tribulaciones voluntarias, con todo, las exige Dios; y, si tal vez, parece que a alguno dé más al prójimo de lo que le debe, en cambio, a Dios nadie ha devuelto nunca lo que le debe. *Tengo en poco*, dice el Apóstol, *el que me juzguéis vosotros o el día humano, mas ni siquiera me juzgo a mí mismo*[9]. Nota lo que decía en otra parte: *Si nos juzgamos a nosotros mismos, ciertamente no nos juzgamos*[10]. Y también: *El hombre espiritual discierne todas las cosas*[11]. Y aquí no puso juzgar, sino discernir, lo cual, ciertamente, es lo mismo que aprobar, según dice en otra parte: Bienaventurado el

---

[4] Cant. 3, 1.
[5] Mt. 28, 5; Lc. 25, 5
[6] Is. 53, 7.
[7] 1 Cor. 1, 25.
[8] 1 Cor. 11, 19.
[9] 1 Cor. 4, 3.
[10] 1 Cor. 11, 31.
[11] 1 Cor. 2, 15.

hombre que no se juzga en aquellas cosas que aprueba [12]. Así, pues, tenía en poco el que le juzgasen aquellos a los que estaba cierto de no haber substraído nada del oficio de que era deudor, pues conocía que no había pecado contra ninguno, sino que, más bien, a todos había prestado, de tal modo que habló ingenuamente con conciencia segura: *¿Quién está enfermo que yo no enferme? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?* [13] Con los judíos se hizo judío para ganar a los judíos, y con aquellos que estaban sin ley, como sin ley; finalmente, se hizo todo para todos para salvar a todos [14]. Con razón, pues, tenía en poco el que le juzgasen aquellos ante quienes de este modo se había mostrado sin ofensa, entre los que de este modo había honrado su ministerio. Tampoco se juzgaba en aquello que aprobaba, mas daba perfectamente lo que se debía a sí mismo: el castigo del cuerpo, la compasión del alma, toda solicitud en la guarda de su corazón, para de este modo no tener conciencia en sí de pecado. *Mas no en esto*, dice, *soy justificado; el que me justifica es el Señor* [15]. No puedo en absoluto orillar su juicio; y si soy justo, no levantaré la cabeza, porque todas mis justicias son delante de El como paño de menstruosa [16]. No hay quien se justifique en su presencia, no hay ni siquiera uno.

4. Por lo demás, no hay nadie a quien no le convenga decir a Dios: *Pequé contra ti*. Es grande quien con verdad puede decir *contra ti solo* [17]. Sólo fué también completamente libre entre los muertos Aquel que no cometió pecado, Aquel cuya justicia es como los montes de Dios. Mas ya ni siquiera está entre los muertos, sino que, elevado de entre ellos, mudado en el cuerpo y mudado en el corazón, entró a las potencias del Señor. Y fué privado de toda enfermedad, despojado igualmente de aquellos sucios vestidos con los que en Zacarías apareció primero vestido [18], engalanado con otros espléndidos, como se dice en el salmo: *Rasgaste mi saco y me rodeaste de alegría* [19]. Porque recibió una verdadera substancia de carne y alma, una verdadera naturaleza de ambas, no le faltaron ni los sufrimientos del uno ni los de la otra; mas, por esto mismo, ahora está ya glorificado en ambos. Pienso que la glorifi-

[12] Rom. 14, 22.
[13] 2 Cor. 11, 29.
[14] 1 Cor. 9, 22.
[15] 1 Cor. 4, 4.
[16] Is. 64, 6.
[17] Ps. 50, 6.
[18] Zach. 3, 3.
[19] Ps. 29, 12.

cación de ambos la encierra el profeta en un breve versículo cuando dice : *Reinó el Señor, se vistió de hermosura; se vistió el Señor de fortaleza*[20]. La hermosura, en la claridad del cuerpo, y la fortaleza, en el estado impasible del espíritu. Además dice : *Mi alma está triste hasta la muerte*[21]. Por lo que, inclinando la cabeza, añadió : *Está consumado*[22], para que en adelante no se sospechase en El ninguna enfermedad.

5. Más dice éste : «Si su Apóstol llora por algunos que pecaron antes y que no hicieron penitencia por aquellas cosas que hicieron[23], ¿qué diré de Aquel que se llama Hijo de la caridad?» Y después : «Habiendo buscado lo nuestro, ¿ahora ya no nos buscará a nosotros, ni pensará en nuestras cosas, ni se afligirá por nuestros errores, ni llorará nuestra perdición y ruina el que lloró sobre Jerusalén?»[24] Dice además : «Ahora, porque es misericordioso y compasivo el Señor, con mayor afecto que su Apóstol, llora con los que lloran y lamenta a aquellos que antes pecaron. Ni debemos pensar que, llorando y lamentando San Pablo por los pecadores, se abstenga el Señor del llanto.» Entender esto tal como suena, ¿qué otra cosa es sino buscar al amado en el lecho? El muerto no sabe buscar al que ama mi alma fuera del sepulcro, ni el enfermo fuera de la camilla, ni el niño fuera de la cuna. Pero aquél, como arriba recordamos, no ha sido menos glorificado en el corazón que en el cuerpo (por el contrario, tanto más cuanto más capaz es el alma de gloria que la carne) ; y así como no puede descuidar a los suyos, así tampoco puede llorar por ellos. Mas ¿cuándo podrá comprender la fragilidad humana el afecto que sin miseria tiene misericordia, y que de tal modo ama, que ame con toda vehemencia a aquel que se duele o peligra, sin por eso dolerse El mismo o turbarse? Mas aunque esto sea muy sobre nuestra experiencia, con todo, nada hay imposible para Dios. Puede, pues, conferir no sólo a sí, sino también a todos los suyos, a los que viste de fortaleza después de quitarles la debilidad de la carne e introducirles en sus dominios, aquel amor que se goza con los que gozan, mas que no llora con los que lloran, y que tan afectuosa y eficazmente se une a aquellos que ama, que, no obstante, persevera la misma imperturbabilidad. Ni hay duda de que es mucho más sublime

[20] Ps. 92. 1. [22] Io. 19. 30 [24] Lc. 19. 41.
[21] Mt. 26. 38. [23] 2 Cor. 12. 21.

aquel amor, como supera la medicina, si hay alguna que de tal modo cura las llagas, que al curar no mengua en nada su virtud o substancia a aquella otra que de tal suerte cura, que al curar se desvirtúa y corrompe. Aunque lloró el Señor sobre Jerusalén, ahora ya no llora en absoluto; igualmente murió, pero, resucitado de entre los muertos, ya no muere[25]; igualmente estuvo en el lecho, mas, levantado, ya no se le encuentra en él.

6. Con todo eso, tiene también ahora un afecto más amplio y eficaz que cuantos lloran por los delincuentes o ponen sus almas por los hermanos, aunque El, consumada ya su obra, ninguna otra ha de hacer en adelante. Esto es propio de nuestra debilidad; arrojamos nuestra red al mar para que coja de toda clase de peces sin distinguirlos en nada. El, y no sólo El, sino también los apóstoles y todos los demás que juntamente con ellos son santos, vinieron a las costas y no pusieron ya los peces mezclados en los vasos, sino solamente a los buenos y elegidos; pero a los malos los arrojaron fuera[26]. Mas por ahora, ¡cuántos peces malos me veo obligado a arrastrar, cuántos díscolos y molestos he reunido en mi red al unirse mi alma a vosotros! Me congratulo con los que aprovechan; afecto dichoso; es bueno el pez. Me conduelo con los que desfallecen, lloro con los que lloran, me angustio por los que peligran, enfermo con los que están enfermos, me abraso con los escandalizados. Estas cosas son pesadas y acerbas; ciertamente, malos peces. Pero he dicho malos no por la culpa, sino por la pena. Haga Dios que no nos sintamos oprimidos por la pusilanimidad de espíritu y la tempestad a causa de los peces malos hasta que lleguemos al deseado litoral, en donde separemos y apartemos los malos de los buenos, para que ya en adelante no haya en nuestros confines ni llanto ni clamor, ni siquiera dolor o temor, sino acción de gracias y palabras de júbilo. Amén.

35 De los tres órdenes de la Iglesia. Predicado a los Padres reunidos en capítulo *

1. En este mar grande y espacioso, en el que, ciertamente, no se designa otro que el siglo presente, amargo y fluctuante, sólo tienen camino libre para pasar tres géne-

[25] Rom. 6, 9. [26] Mt. 13, 47-48. * PL 183, 634.

ros de hombres, cada cual a su modo. Son Noé, Daniel y Job [1]; de ellos, el primero pasa en nave; el segundo, por un puente; el tercero, a nado. Ahora bien, esos tres hombres designan tres órdenes de la Iglesia. Noé rigió el arca para no perecer en el diluvio; en él reconozco a los rectores de la Iglesia. Daniel, varón de deseos, dado a la abstinencia y la castidad, simboliza la clase de los penitentes y continentes que se consagran a sólo Dios; Job, que empleó bien los bienes de este mundo en el matrimonio, designa al pueblo fiel, que posee lícitamente los valores terrenos. Ahora bien, nuestro sermón tratará del primero y del segundo, porque están presentes nuestros venerables hermanos y coabades, del género de los prelados; porque están presentes los monjes, del orden de los penitentes, del que, con todo eso, tampoco nos debemos considerar ajenos nosotros los abades, a no ser que, lo que no suceda, a causa de nuestro oficio, nos hayamos olvidado de nuestra profesión. El tercero, es a saber, el orden de los casados, le paso de corrida, como menos perteneciente a nosotros. Ellos son los que surcan este mar grande a nado y tienen un camino más peligroso y también más largo, pues no siguen las marcas de ninguna senda. Que sea peligroso este camino, se muestra por los muchos que con tristeza vemos perecer y los pocos que vemos llegar como se debe. Es, pues, muy difícil, principalmente en estos días, en los que domina la malicia, evitar entre las olas de este siglo las simas de los vicios y las hoyas de los pecados criminales.

2. El orden de los continentes pasa por un puente; nadie hay que no sepa que éste es un camino más breve y más fácil y también más seguro. Pero omito las alabanzas; más bien quiero mostrar los peligros; es mucho mejor y más útil. Vuestro camino, amadísimos, es ciertamente recto y más seguro que el de los casados, pero no del todo seguro. Hay que temer un triple peligro; esto es, que alguno se iguale a los otros, mire atrás, o quiera pararse o sentarse en medio del puente. Ninguno de estos tres puede soportar su estrechez o el camino angosto que conduce a la vida. Así, pues, contra el primer peligro oremos cada uno con el profeta: *No permitas*, Señor, *que tropecemos con la soberbia, pues allí cayeron los que obraron la iniquidad* [2]. Aquel que, echando su mano al arado, después se

[1] Ez. 14, 14.
[2] Ps. 35, 12-13.

vuelve atrás, cae al punto y el abismo anega su cabeza. También es necesario que caiga, impelido y arrojado por los que siguen, aquel que quiere permanecer estancado sin abandonar el orden y disimulando aprovechar en él. El camino es estrecho e impide progresar a los que quieren progresar. De aquí que constantemente le arguyan y reprendan y, no pudiendo sobrellevar la lentitud de su tibieza, le urjan como con ciertos estímulos y le empujen con las manos; de suerte que es necesario que suceda una de dos cosas: o progresar o desistir completamente. De ninguna manera conviene detener el paso, mucho menos mirar atrás o igualarnos a los otros; mas debemos correr y apresurarnos con toda humildad, no sea que se aleje mucho de nosotros el que salió como gigante a correr su camino. Y si sabemos tenerle siempre delante de nuestros ojos, arrastrados por su perfume, correremos con más facilidad.

3. Mas no será demasiado angosto el camino del puente para los que quieren correr por él. Está formado de tres leños, para que, si quieren apoyarse bien, no se caiga su pie en el camino. Estos tres son la mortificación del cuerpo, la pobreza de los bienes del mundo y la humildad de la obediencia. *Y nosotros nos es necesario entrar al reino de los cielos por muchas tribulaciones*[3]; *y los que quieren ser ricos en este mundo caen en la tentación y lazo de Satanás*[4]. Aquel a quien apartó de Dios la desobediencia volverá, sin duda ninguna, a El por la obediencia. Es necesario que estos tres estén unidos entre sí. La penitencia del cuerpo no puede ser estable entre las riquezas ni puede ser discreta sin la obediencia; la pobreza en el deleite y en la voluntad propia no tiene ningún mérito, no puede ser de ninguna trascendencia delante de Dios; la obediencia en las riquezas y en el deleite ni es estable ni gloriosa.

4. Unidos bien estos tres, mira a ver si no has evadido perfectamente los tres peligros del mar: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Bien unidos, repito, de suerte que evites el nudo de la impaciencia en la mortificación, el escrúpulo de la avaricia en la pobreza y el nudo de la propia voluntad en la obediencia. *Pues los que murmuraron perecieron*[5] *y los que quieren hacerse ricos* (no dice los que son,

[3] Act. 14. 21. [4] 1 Tim. 6. 9. [5] 1 Cor. 10. 9.

sino los que quieren hacerse) *caen en las tentaciones y en el lazo del diablo.* Mas ¿qué diferencia habrá, si tal vez, lo que no suceda, deseas no ya las riquezas, sino la misma pobreza, con tanto afecto con cuanto anhelan los hombres del siglo las riquezas? ¿Qué más da que sea cualquiera la substancia, si está igual de corrompido el afecto, si es que no parece más tolerable el desear más aquellas cosas que desean los más? Por tanto, quien se esfuerza, ya abierta, ya ocultamente, para que lo que tiene en la voluntad se lo conceda el padre espiritual, éste se engaña si se alaba de ser obediente; en esto no obedece él al superior, sino, más bien, el superior a él.

5. Así, pues, porque, según la sentencia del Salvador, se nos medirá según la medida con que midiéremos [6], le resultará bien al hombre dar de esto hasta el culmen para ser del número de aquellos a quienes se pone en su seno una medida buena, llena, colmada y rebosante. Para la salvación es suficiente sobrellevar con paciencia las molestias del cuerpo, mas daremos hasta el culmen si las abrazamos libremente con fervor de espíritu. Puede bastar con no apetecer las cosas superfluas ni murmurar por las necesarias, si por casualidad faltaren; pero daremos hasta el culmen si libremente y con alegría nos preocupamos de procurar a otros las cosas necesarias, padeciendo nosotros necesidad. Basta, igualmente, para salvarnos, no procurar con impaciencia o engaño forzar el ánimo del superior a aquello que deseamos, mas darás hasta el culmen si huyes, en cuanto tu buena conciencia lo permite, de aquellas cosas a las que sientes inclinada tu propia voluntad.

6. Los prelados son los que se adentran por la mar en naves y maniobran en medio de las grandes aguas. No se ven coartados por sendas determinadas del puente o del nado para poder bogar en todas direcciones y venir, cuando haya necesidad, en auxilio de cada uno, dirigir el camino del puente o del nado, ordenar a los que avanzan, investigar los peligros, apartarlos, animar a los tibios y apoyar a los pusilánimes. Finalmente, suben hasta el cielo y descienden hasta los infiernos, ya tratando las cosas espirituales y sublimes, ya juzgando los hechos infernales y horribles. Mas ¿qué nave se podrá encontrar que soporte las olas impetuosas y que pueda estar segura en tan gran

[6] Mc. 4, 24.

peligro? Ciertamente, *el amor es fuerte como la muerte y la emulación es dura como el infierno*, porque, como tienes en otra parte: *Numerosas aguas no pudieron extinguir la caridad*[7]. Es necesario, absolutamente necesario, que esta nave de los prelados esté formada de tres lados, porque de esta manera guarda la forma de las naves, porque, según la doctrina de San Pablo, *la caridad procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no ficticia*[8]. La pureza del corazón la tiene el prelado en aquello de que debe desear aprovechar más bien que presidir; de modo que, por ejemplo, en la prelacía no ha de buscar el propio provecho, el honor secular u otra cosa cualquiera para sí, sino el beneplácito de Dios y la salvación de las almas. Mas, juntamente con la intención buena, es necesaria una vida irreprensible, de manera que, hecho ejemplo del rebaño, empiece a enseñar y a obrar y, según la regla de nuestro Maestro[9], todo lo que enseñe a sus discípulos ser ilícito, indique igualmente en actos que no debe hacerse, no sea que pueda susurrar el hermano a quien reprende, diciendo: *Médico, cúrate a ti mismo*[10]. Tal circunstancia es la condenación de los prelados y la pérdida de los súbditos. Y yo no hablo así porque evito esto, sino porque a mí y a todos nos clama juntamente la Verdad que es necesario que sea quien preside intachable[11], de tal manera que con el Señor pueda responder con conciencia segura a los que le insultan estas mismas palabras: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?*[12] No que pueda estar sin pecado en esta vida miserable, sino que ha de evitar el maestro con todo cuidado aquellas cosas que reprende en los discípulos.

7. Por tanto, cual es en la vida, lo mismo ha de ser también en sus íntimos sentimientos; para que no sea, por ejemplo, humilde por de fuera, y dentro, en su corazón, soberbio, presumidor de su sabiduría, de su virtud o de su santidad; lo cual, sin duda ninguna, es fe fingida, pues no confía, como parece mostrar la humildad de la vida, en la sola piedad de Dios. Y fíjate con cuánta propiedad convienen a estas tres cosas, es a saber, a la pureza del corazón, a la buena conciencia y a la fe no fingida, aquellas palabras del Apóstol, que dice: *Yo tengo por*

---

[7] Cant. 8, 6-7.
[8] 1 Tim. 1, 5.
[9] *Regla de San Benito*, c. 2.
[10] Lc. 4, 23.
[11] 1 Tim. 3, 2.
[12] Io. 8, 46.

nada el que me juzguéis vosotros o el día humano, etc. *No me juzgo*, dice, *porque no tengo conciencia* de haber buscado mis cosas, sino las de Jesucristo. Por nada tengo el que me juzguéis vosotros, por la buena conciencia y por la vida irreprensible. *Pero el que me juzga es el Señor* [13], para enseñar que, humillado bajo la poderosa mano de Dios, sólo tiene puesta en El su esperanza. Juzga tú también si se puede adaptar convenientemente a esto aquellas tres interrogaciones de San Pedro, de modo que sea lo mismo decir: *¿me amas, me amas, me amas?* [14] ¿Tienes caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida? Con razón, pues, se interroga acerca de la nave, acerca de si tiene caridad, al que ha de ser constituído pescador de hombres.

36 De la altura y profundidad del corazón *

1. Sobre aquello que hace poco se habló, de que unos miran hacia arriba y otros hacia abajo [1], tengo todavía algo que decir a vuestra caridad. Pues, si bien os acordáis, de aquellas dos ideas que entonces expresamos, aunque una es más perfecta que la otra, con todo eso, ambas son útiles. Hay algunos que tienen el corazón dirigido hacia las cosas de arriba, conforme a la rectitud que Dios dió al hombre, y responden con seguridad a las palabras exhortativas del presbítero: *Los tenemos al Señor*. Hay también otros que, semejantes a los animales brutos, que están inclinados, son la risa de los espíritus inmundos, quienes claman despectivos: *Cúrvate para que pasemos* [2]. Sabéis que en las comunidades de muchos es imposible que todos sean de una misma fortaleza, ya corporal, ya moral. La autoridad de nuestra Regla [3] aconseja que se sufra pacientemente ambas debilidades y la caridad manda condescender algún tanto con ellas. Lo ve esto algún otro, y tal vez empieza a envidiar al que debía condoler. De aquí sucede muchas veces que le considere dichoso dentro de su corazón por aquella cosa por la que el otro se reputa miserable, sobre-

[13] 1 Cor. 4, 3-4.
[14] Io. 21, 15. 17.
* PL 183, 637.
[1] *Serm.* 12, n. 2.
[2] Is. 51, 23.
[3] *Regla de San Benito*, c. 72.

llevando con modestia la necesidad. Por tanto, se ha encorvado totalmente y demuestra que con su bajo corazón gusta la carne aquel en quien ni siquiera la misma miseria carece de envidia. Pone su corazón en aquellas dispensas que el superior, con cierta consideración caritativa, otorga a la ajena necesidad, busca cosas semejantes, murmura contra aquel que niega al que pide irracionalmente. De aquí se suscitan sospechas, detracciones y escándalos.

2. Esto no lo digo, carísimos, como si tuviera que quejarme gran cosa de vosotros en este particular; sólo he creído necesario aconsejaros y preveniros por los muchos tiernos y delicados que hay entre vosotros, con quienes la edad o la debilidad exigen que se temple un poco el rigor de la regla común. Gracias sean a Aquel de quien viene todo don, porque veo aquí a muchos cuya mente, fija en Dios, tan lejos se halla de aquel pensamiento enfermo, que en absoluto desconocen a los más débiles que están junto a sí y se quejan de hacer menos que ninguno. Y porque los superiores siempre están atentos, ellos se olvidan, con el Apóstol, de las cosas que están detrás, fijos a lo de delante [4]. ¿Cuánto, piensas, admiraré, cuánto veneraré en mi corazón, con cuánto afecto y caridad abrazaré a aquellos que, como desconociendo a los que diariamente ven junto a sí, se eligen uno o dos, o también varios, de los que ven más fervorosos; y, siendo ellos quizás más perfectos, siempre se ponen delante de sí y se los proponen como ejemplo sus santos anhelos de Dios y sus ejercicios corporales y espirituales?

3. Me acuerdo haberlo dicho ya otra vez, pero no me pesa repetirlo de nuevo: la meditación tan sublime en que pasó cierto hermano converso todo el tiempo de las vigilias. Muy de mañana me tomó y llevó al auditorio y, puesto de rodillas, dijo: «¡Ay de mí!, que he considerado en las vigilias a un solo monje, en el que he enumerado treinta virtudes, de las que ni siquiera encuentro una en mí.» Y quizás aquél no poseía ninguna tan grande como esta humildad de la emulación religiosa. Sea, pues, fruto de este sermón el considerar siempre más altas las cosas de los otros, porque en ello hay más plenitud de humildad. Pues si quizás en alguna cosa parece que te ha sido dada mayor gracia que al hermano, no obstante eso, si eres buen emu-

[4] Phil. 3, 13.

lador, te podrás juzgar inferior en muchas otras. ¿Qué importa el que puedas trabajar y ayunar más que él, si él te supera en paciencia, te precede en humildad, te sobrepasa en caridad? ¿Por qué te entretienes con meditación insensata en aquellas cosas que deseas tener? Sé más bien solícito en conocer lo que te falta. Esto es mejor. ¡Ojalá, hermanos míos, fuerais tan deseosos de la gracia espiritual como los hombres seglares del dinero temporal! Debíamos ciertamente, y debíamos en grado sumo, vencer con el bien el mal, y desearlo tanto más ansiosamente cuanto es más precioso lo que deseamos; pero ojalá podamos ser, por lo menos, iguales. Es, pues, gran confusión, y muy grande, el que ellos deseen más ardientemente las cosas perniciosas que nosotros las útiles, que ellos se apresuren más en ir a la muerte que nosotros a la vida. ¿Quién podrá explicar con cuánto deseo de dinero se siente abrasado el avaro, con cuánto apetito de gloria se quema el ambicioso, cuán violentamente, en fin, arrastran a cada uno sus apetitos? Los verás tener en nada cuanto han alcanzado, no atender con cuánto trabajo y deseo lo pudieron, finalmente, conseguir, porque todo eso se envilece por el deseo de la menor cosa que ven conseguir a otros.

4. Por tanto, tampoco consideres tú demasiado las cosas que te parece tener. Al menos que sea para poder dar gracias y reconocerte deudor a Aquel que te lo dió, o también por motivos de consolación, cuando esto es necesario para que no te pongas por cualquiera causa más triste. Por lo demás, considera siempre con preferencia aquellas cosas que tiene otro y no tú, pues este pensamiento te guarda en la humildad, te aparta del desfiladero de la tibieza y también enciende el deseo de progresar. Por el contrario, mira cuántas cosas malas da a luz en ti aquel pensamiento con que revuelves en tu espíritu lo que crees tener y lo echas de menos en otro cualquiera. De aquí viene el que te hagas soberbio y te antepongas a los demás; de aquí el que descuides el aprovechamiento, al juzgarte mayor que otro; de aquí el que empieces a desfallecer y caer al pensar, por tu comparación con un segundo, que te has exigido demasiado. De esta manera caes en la tibieza y empiezas a obrar remisamente. Y sabemos que Dios resiste a los soberbios, y que da la gracia a los humildes [3], y que es mal-

[3] Iac. 4. 6.

dito el que obra con negligencia la obra de Dios[6]. En cambio, son bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque, si mortificamos en el espíritu las obras de la carne, viviremos; mas, si vivimos según la carne, moriremos[7].

37 En los trabajos de la recolección. Sobre aquellas palabras del salmo 23: «Esta es la generación de los que buscan a Dios, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob»[1]

1. Fatigado mi ánimo de los diversos géneros de hombres que buscan cosas diferentes, ¡con cuánto deseo me he acercado hoy a este sagrado recinto a reparar mi ánimo! Gracias a Dios, no me he visto defraudado en mi deseo ni frustrado en mi esperanza. Deseé ver; he visto, y mi alma se ha derretido. Me he llenado de consuelo, sobreabundo de gozo, todo mi interior bendice al nombre del Señor y todos mis huesos claman: Señor, *¿quién hay semejante a ti?*[2] Al considerar de lejos, cuando me acercaba, confieso que me pareció ver corporalmente a los que cierto profeta los previó en espíritu; y al punto subió a la mente lo que él había pronunciado por la boca, para cantar con él, diciendo: *Esta es la generación de los que buscan al Señor.*

2. Son muchas, si no me engaño, las generaciones de los hombres, y esta que ahora aparece y florece ante nosotros es la tercera. La primera generación, ni buscó a Dios ni Dios la buscó a ella, pues a cada uno le engendró su madre con el olvido de la mente y el reato de la iniquidad. En la segunda nos ofreció, como era menester, el rápido remedio del agua y del Espíritu Santo, y esa generación no fué todavía generación de los que buscan, sino de los buscados, pues el Señor buscó a los que ni sabían buscarle ni podían. Nos buscó, pues, y nos encontró en la generación segunda para que fuésemos pueblo de la adquisición. Si por casualidad todavía murmura el hermano mayor y arde de envidia, se le dice: *Conviene comer y gozar, porque este hermano tuyo había perecido y ha sido encontrado*[3].

---

[6] Ier. 48, 10. [7] Rom. 8, 13. * PL 183, 639. [1] Ps. 23, 6. [2] Ps. 34, 10. [3] Lc. 15, 32.

3. Por lo demás, el Señor nos buscó para que le buscáramos en el tiempo oportuno, cuando ya podía ser buscado y encontrado. ¡Ay de nosotros, que por tanto tiempo hemos disimulado y descuidado buscar la vida, buscar a Aquel que sólo es bueno para los que le buscan, para el alma que espera en él! ¡Ay de ti, generación perversa y exasperante, generación mala y adúltera, que todavía buscas la mentira y amas la vanidad, que no guardas fidelidad a la Verdad, con la que te habías desposado! ¿Acaso no tiene esta generación necesidad de nacer de nuevo, de ser nuevamente engendrada? Y mucha. Ciertamente, vueltos los hombres raza de víboras, tienen mayor necesidad ahora de entrar de nuevo en el vientre de la madre gracia y renacer cuanto mejor conocen que sus obras últimas son peores que las primeras. Gracias, pues, a la misma gracia y, si se puede decir, a la compasión más que gratuita, que llenó de beneficios no sólo a los que no los merecían, sino también a los ingratos y a los que merecían mal. Gracias sean a Aquel que os regeneró aun esta vez a la esperanza de la vida para que recibieseis la adopción de hijos. Os engendró, pues, ahora voluntariamente en la palabra de la verdad. El engendraros primeramente en el sacramento de la piedad, aunque fué voluntario para el generador, con todo eso, no pudo ser voluntario para los engendrados, en los que aún no había ningún uso de la voluntad, ningún ejercicio de la razón; y, por lo mismo, ningún conocimiento de la misma generación, ninguna noticia del generador. Ahora, finalmente, la generación voluntaria exhibe un sacrificio voluntario, según aquello: *Libremente te sacrificaré y confesaré, Señor, tu nombre, porque está bien*[4].

4. *Esta es la generación de los que buscan al Señor.* ¿De quienes le buscan, diré, o de quienes le poseen? De quienes le tienen ciertamente y de quienes le buscan; de otro modo, no teniéndole, no podrían buscarle. Mas ¿qué tienen o qué buscan? Mejor, ¿cómo tienen, cómo buscan? Los engendrados en el Verbo tienen al Verbo. ¿Acaso no es el Verbo Señor? Oye a Juan: *Y el Verbo era Dios*[5]. ¿Por qué, pues, continúa buscando al Señor esta generación? Considera qué sigue en el salmo: *Esta es,* dice, *la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob.* Al mismo, pues, tienen y bus-

[4] Ps. 53, 8.
[5] Io. 1, 1.

can, porque son uno y el mismo el Verbo del Padre y el esplendor de la gloria paterna. A éste, ciertamente, se le puede tener sin buscarle, mas sin tenerle no se le puede buscar. Finalmente, es aquella Sabiduría que dice de sí: *Quien me come tendrá más hambre*[6]. El es poderoso para prestarse también al que no le busca, y, como arriba hemos mostrado, busca y previene con el cúmulo de gracias y la bendición de su dulzura a los que no pueden buscarle. Ninguno es idóneo para buscarle antes que para tenerle, porque *nadie*, dice, *viene a mí si mi Padre no le trae*[7]. Se halla presente el que trae y, en cierto modo, no está presente el que no trae a otro sitio que a sí mismo. Nunca jamás está por la fe el Padre sin el Hijo; de suerte que sólo aparentemente lleva al Hijo. ¿Cómo no ha de exultar ahora nuestro espíritu? ¿Cómo no se ha de gozar extraordinariamente en esta generación de los que buscan al Señor? Ciertamente es un testimonio muy creíble de la gustada sabiduría la misma hambre tan vehemente. Esta hambre es para mí una prueba ciertísima y un argumento irrefutable de que tenéis a quien de tal modo buscáis y de que habita en vosotros el que tan fuertemente os atrae a sí. Este no es curso de humana posibilidad; la maravilla la ha hecho la mano de Aquel a quien es necesario que claméis siempre: *Atráenos en pos de ti; correremos tras el olor de tus ungüentos*[8]. No es, repito, propio del hombre esta manera de conversión; no buscamos otra prueba de que habita en vosotros Cristo que esa de que así le buscáis.

5. Veis, pues, hermanos, el espíritu que habéis recibido, un espíritu que es de Dios, para que sepáis qué cosas os ha dado Dios. Habéis oído hablar del grado apostólico, del grado profético, del grado angélico; y pienso que no podemos imaginar cosa más sublime. Ahora bien, me parece a mí ver en nosotros algo, y algo grande, de cada uno de ellos. ¿Quién dudará llamar vida celestial y angélica a la vida célibe? Y lo que en la resurrección han de practicar todos los elegidos, abstenerse del matrimonio, ¿no lo hacéis ya vosotros, como los ángeles de Dios en el cielo? Abrazad, hermanos míos, la preciosísima margarita, abrazad la santidad de vida que os hace semejantes a los santos y familiares de Dios, como dice la Escritura: *La incorrupción acerca de Dios*[9]. Así, pues, no por vuestros méritos,

[6] Eccli. 24. 29.
[7] Io. 6, 44.
[8] Cant. 1, 3.
[9] Sap. 6, 20.

sino por la gracia de Dios, sois lo que sois ; por lo que a la castidad y vida santa se refiere, sois ángeles terrenos o, más bien, ciudadanos celestiales ; mas, por ahora, peregrinos en la tierra. Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos hacia el Señor.

6. ¿Qué diremos de la profecía? *La ley y los profetas hasta Juan* [10]. Lo dice la Verdad. Con todo eso, no era adversario, sino discípulo de la Verdad, el que decía también después de Juan : *En parte conocemos y en parte profetizamos*. Ha cesado, pues, la profecía, porque ya conocemos, mas tampoco ha cesado del todo, porque todavía conocemos en parte. *Cuando venga,* dice, *lo que es perfecto, se evacuará lo que es imperfecto* [11]. Ciertamente, los profetas que existieron antes de Juan profetizaron los dos advientos, y ninguna parte de la salvación estaba en el conocimiento, sino ambos en la profecía. Grande es, ciertamente, el género de profetizar al que os veo entregados, grande el estudio de la profecía en el que os veo ocupados. ¿Qué es ello? Ciertamente, según el Apóstol, no considerar las cosas que se ven, sino las que no se ven [12], es, sin duda ninguna, profetizar. Andar en espíritu, vivir de la fe, buscar las cosas que son de arriba, no las de la tierra, olvidarse de las que están detrás y dirigirse a las que van por delante, es profetizar en gran parte. De otro modo, ¿cómo habíamos de vivir en los cielos sino mediante el espíritu de profecía? De igual modo, los profetas antiguos no vivían entre los hombres de aquel tiempo, sino que, saltando con cierto valor e ímpetu aquellos días, anhelaban ver el del Señor ; le veían y se gozaban en El.

7. Mas oigamos también algo de la profesión apostólica. *He ahí que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido* [13]. Si es lícito gloriarse, tenemos gloria ; mas, si somos sabios, procuremos tenerla en el Señor. Esta es verdaderamente gloria : el gloriarse, quien se gloríe, en el Señor. No hizo todas estas cosas nuestra mano poderosa, sino el Señor. No hizo cosas grandes el que es poderoso para que con razón engrandezca nuestra alma al Señor. Fué obra de su gran don el que siguiésemos aquel propósito del que se gloriaban los apóstoles. Quizás también, si me quisiere gloriar en esto, no seré necio, porque diré la verdad ; aquí hay algunos que han dejado más que nave

[10] Lc. 16. 16.
[11] 1 Cor. 13. 9-10.
[12] 2 Cor. 4. 18.
[13] Mt. 19. 27.

y redes. ¿Qué vale aquello? Los apóstoles dejaron todas las cosas, mas para seguir al Señor presente en la carne. No es de nosotros el decirlo; más seguro es oírlo al Señor, que dice: *Porque me viste, creíste, Tomás. Bienaventurados los que no vieron y creyeron*[14]. Quizás también el género de profetizar parezca ser más excelente, pues no se mira a cualquiera bienes terrenos o transitorios, sino a los espirituales y eternos; además, el tesoro de la castidad brilla más en vaso de barro y, en algún sentido, es más verdadera la virtud en la carne frágil.

8. Cuando se encuentra la vida angélica en este cuerpo, en el corazón la expectación profética, en ambos la perfección apostólica, ¿cuán grande será este cúmulo de gracias? ¿Qué devolveréis al Señor por todas las cosas que os ha dado? ¡Grado sublime, pero, por eso mismo, mucho más peligrosa la caída! ¿Acaso no son tres los cielos a que hemos ascendido? Por tanto, el que está de pie, mire no caiga. *Veía*, dice, *a Satanás caer como un rayo del cielo*[15]. Cayó de lo alto; se quebró y se hizo añicos; se desesperó de su llaga; se hizo espíritu que va y no vuelve. ¿Acaso también vosotros queréis ir? Cayó Satanás. ¿Caeréis vosotros en pos de él? ¡Cuán saludable es hallaros en los caminos del Señor, permanecer en la gracia en la que estáis! No es, pues, bienaventurado el varón que va por el camino de los pecadores; bienaventurado, más bien, aquel cuyo auxilio está en ti, Señor. Estos tales irán de virtud en virtud para ver al Dios de los dioses en Sión, para ver la bondad de los elegidos, para alabarte con tu heredad. A la verdad, ellos son la heredad, ellos son dioses e hijos todos del Excelso.

9. Por tanto, hermanos, puesto que ésta es verdadera y ciertísimamente la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro de Dios de Jacob, ¿qué otra cosa os diré sino aquello que dice el mismo profeta: *Alégrese el corazón de los que buscan al Señor; buscad al Señor y seréis confirmados; buscad su rostro siempre*[16]? Y lo que otro dice: *Si le buscáis, buscadle*[17]. ¿Qué significa: *Si le buscáis, buscadle? Buscadle con sencillez de corazón*[18]. No otra cosa como El, no otra cosa fuera de El, no otra cosa después de El. *Buscadle con la sencillez del corazón*. Simple por naturaleza, exige la sencillez del corazón.

[14] Io. 20, 29.
[15] Lc. 10, 18.
[16] Ps. 104, 3.
[17] Is. 21, 12.
[18] Sap. 1, 1.

Finalmente, su trato es con los sencillos. *El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus negocios* [19]. No pueden hallar a Aquel a quien buscáis los que durante un tiempo creen y en el tiempo de la tentación se apartan. Es eternidad a la cual no se la encuentra de ninguna manera si no se la busca con perseverancia. *¡Ay también del pecador que entra en la tierra por dos caminos!* [20] *Nadie puede servir a dos señores* [21]. Tampoco ama esta duplicidad aquella integridad, aquella perfección, aquella plenitud. Tiene por cosa indigna el prestarse a ser hallado si no le buscas con corazón perfecto. Por lo demás, si es odiosa la vuelta del perro a su vómito y la del puerco limpio a la charca de pecina [22], si también Dios empieza a vomitar de su boca al que encuentra tibio [23], ¿qué será del hipócrita y traidor? Si es maldito el que hace negligentemente la obra de Dios, ¿qué merecerá el que la hace arteramente? Huyamos, pues, carísimos, de esta duplicidad, evitemos con todos los medios posibles la levadura de los fariseos. Dios es Verdad, y quiere buscadores que le busquen en espíritu y en verdad. Si no queremos buscar a Dios en vano, le busquemos verdaderamente, le busquemos frecuentemente, le busquemos constantemente; de suerte que no busquemos otra cosa en lugar de El, ni otra cosa con El, ni tampoco nos volvamos de El a otra cosa. Es más fácil que el cielo y la tierra pasen, que no encuentre quien así busca, que no reciba quien así pide, que no sea abierto quien así llama.

38 Durante el trabajo de la recolección. Sobre aquello del Apóstol: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» [1] *

1. A la verdad, parecemos pobres, y lo seremos si hemos recibido el espíritu que es de Dios, de suerte que sepamos cuáles son los bienes que El nos ha dado. Nos ha dado Dios grande gracia y grande poder. *A cuantos le recibieron,* dice, *los dió poder de ser hijos de Dios* [2]. ¿Acaso no tenemos poder de hijos de Dios cuando nos sirven todas las cosas? Sabía el mismo Apóstol que *todo coopera al bien de los que aman a Dios.* Mas quizás diga alguno de

[19] Iac. 1, 8.
[20] Eccli. 2, 14.
[21] Lc. 16, 13.
[22] 2 Petr. 2, 22.
[23] Apoc. 3, 16.
* PL 183, 644.
[1] Rom. 8, 28.
[2] Io. 1, 12.

vosotros: ¿Qué me va a mí esto? Y en la pusilanimidad de su corazón medite cosas semejantes: Gloríense de tener poder de hijos de Dios aquellos en quienes bulle un ferviente amor y vive un gran cariño hacia El; presuman que todo coopera a su bien aquellos que aman a Dios de verdad; mas yo soy mendigo y pobre; carezco de afecto filial y estoy falto de devoción digna. Pero atiende lo que sigue. No deja ningún lugar a la desesperación en su Escritura el que en otra parte habla así: *Para que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanzas*[3]. Aquel afecto, pues, que buscas es paz, no paciencia; está en la patria, no en el camino. Los que son de este género no necesitan del consuelo de las Escrituras.

2. Luego por la paciencia o consolación de las Escrituras tengamos esperanzas, aunque no podamos aún conseguir la paz. Por lo cual, al decir que todo coopera al bien de los que aman a Dios, añadió muy oportunamente: *de aquellos que según su decreto están llamados a ser santos*. En las cuales palabras no te aterre el nombre de santo, pues los llama santos no por los méritos, sino por el propósito; no por el afecto, sino por la intención, según aquello del profeta: *Guarda mi alma, porque soy santo*[4]. Aquella santidad que tú te imaginas, ni siquiera San Pablo, oprimido todavía por el cuerpo corruptible, creía haberla conseguido. *Olvidado*, dice, *de las cosas que están atrás y dirigiéndome a las que están delante, sigo la palma de la suprema vocación*[5]. Tienes, pues, que sin haber alcanzado todavía el galardón, tenía, con todo eso, la santidad del propósito y el propósito de la santidad. Igualmente, tú, si te propones en tu corazón apartarte del mal y obrar el bien, mantenerte en lo que has empezado y progresar siempre de bueno en mejor, si haces alguna vez cosas menos rectas, como es propio de la fragilidad humana, y no persistes en ello, sino que te arrepientes y te corriges cuanto puedes, serás, sin duda ninguna, santo también tú, mas que por ahora necesita clamar a Dios: *Guarda mi alma, porque soy santo*.

3. ¿Quieres saber cómo todas las cosas cooperan al bien de estos santos? Pero no las he de recorrer una por una, porque la hora no permite que se prolongue el sermón, pues debemos marchar; ya hemos oído la campana, ya ha llegado el tiempo de la oración vespertina. Oíd, pues,

[3] Rom. 15, 4. [4] Ps. 85, 2. [5] Phil. 3, 13-14.

en una palabra abreviada cómo nos sirven todas las cosas, cómo cooperan todas a nuestro bien. Nuestros enemigos sean jueces. Si ellos por nosotros, ¿quién contra nosotros? Si nuestros mismos contrarios trabajan por nosotros, ¿cómo no trabajarán con ellos todas las cosas?

4. Dos son, como es manifiesto, los géneros de enemigos que se enfrentan con nosotros, es a saber, el doble mal que hacemos y el que sufrimos. Estos últimos, para decirlo más abiertamente, son la culpa y la pena. Ahora bien, aunque las dos cosas son contrarias a nosotros, estarán, si queremos, también por nosotros; de suerte que ésta nos libre de aquélla y que contra ésta nos ayude poderosamente aquélla. En nuestros corazones y en el lecho de nuestra conciencia nos dolemos de nuestros delitos pasados; mas esta penitencia y la pena voluntaria que sufrimos suavizan la conciencia y, quebrantando los dientes de los pecados roedores, nos llevan a la esperanza del perdón. No sólo repelen los pecados pasados, sino también los futuros, pues echan lejos los vicios tentadores y destruyen algunos de tal manera, que rarísima o casi ninguna vez se atreven a levantar la cabeza venenosa. De este modo, la pena trabaja por nosotros contra la culpa, para que deje de existir en absoluto o sea menor. La culpa, igualmente, hace que o no sea o sea menor la pena; no ya que deje de existir en absoluto o se le rebaje de su cuantidad, lo que de ninguna manera conviene, sino en el sentido de que sea poco onerosa o totalmente nada. Quien sintiere perfectamente el peso del pecado o la lesión del alma, no sentirá nada o casi nada la pena exterior del cuerpo, o no tendrá en nada el trabajo con que sabe que borra los pecados pasados y evita los futuros. De este modo, el santo David no reputó en nada las injurias del siervo que le insultaba, pues se acordaba del hijo que le perseguía [6].

39 En los trabajos de la recolección. De las dos mesas o del riego inferior *

1. Este trabajo, hermanos míos, nos recuerda nuestro destierro y nuestra pobreza y también nuestra iniquidad. ¿Por qué nos afligimos todos los días con mortificaciones,

[6] 2 Reg. 16, 11.

* PL 183, 645.

con muchos ayunos, con frecuentes vigilias, con trabajos y fatigas? ¿Acaso hemos sido creados para esto? De ninguna manera. Aunque el hombre nace para el trabajo, no ha sido creado para el trabajo. Su nacimiento es pecador, y por eso merece pena. Todos debemos gemir con el profeta, diciendo: *He sido concebido en la iniquidad; mi madre me concibió en pecado*[1]. Muy ajena a esto fué la primera creación, pues así como Dios no hizo la culpa, así tampoco la pena. De aquel mal, que es el mayor de todos, es a saber, de la muerte, dice claramente la Escritura: *Por la envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra*[2]. Y en otro lugar: *Dios no hizo la muerte*[3]. Por tanto, así como mientras trabajan las manos ni se cierra el ojo ni se abstienen de oír los oídos, así, y aun mucho mejor, mientras trabaja el cuerpo, la mente debe estar fija en su obra y no descansar. Durante el trabajo piense en la causa del trabajo para que la pena que sufre le represente la culpa por la que padece, para que mientras ve la herida vendada medite en la herida que está debajo de los paños. Con este pensamiento nos humillamos bajo la poderosa mano de Dios y, llenada la mente con cierta dulce piedad, se muestra a sus ojos miserable. Por esto nos amonesta la Escritura diciendo: *Compadécete de tu alma agradando a Dios*[4]. No hay duda de que aquella miseria que agrada a Dios fácilmente puede obtener su misericordia. Y no digamos en qué nos hemos de compadecer de nuestras almas. Si no disimulas neciamente, se pueden encontrar en ellas muchas cosas dignas de compasión.

2. Una cosa os digo para daros ocasión de que advirtáis también todas las demás. ¿Acaso no nos hallamos entre dos mesas, contemplando, ayunos, a los que comen aquí y allí? Así somos ciertamente, así somos. ¿Dónde está, para los que así nos hallamos colocados, la risa, el jolgorio; dónde la ligereza, dónde la soberbia, dónde la altivez de los ojos? ¿Acaso no conocemos las mesas, no consideramos los banquetes, no vemos las delicias? Aquí veo a los que viven deliciosamente con todos los bienes sensibles de ese mundo; allí contemplo a otros a quienes Cristo dispuso un reino para que coman y beban sobre su mesa en el reino de su Padre[5]. En ambos sitios veo a hombres semejantes a mí, a hermanos míos; ¡ay de mí! A ninguna de

[1] Ps. 1, 7.
[2] Sap. 2, 24
[3] Sap. 1, 13.
[4] Eccli. 30, 24.
[5] Lc. 22, 29.

las dos me es lícito extender la mano. Ambas mesas me están prohibidas; ésta por la profesión, aquélla por el vínculo del cuerpo; de suerte que no me atrevo a acercarme a la de abajo ni puedo llegar a la de arriba. ¿Qué otra cosa resta entre éstas sino comer el pan del dolor, para que mis lágrimas sean mi pan de día y de noche, y esperar a ver si alguno de los convidados celestiales, movido a compasión, arroja a la boca del cachorrito que ladra bajo la mesa algún fragmento exiguo, aunque no sea más, de aquellas delicias? La baja consideración con la que nos dolemos por razón de aquellos que vemos vivir deliciosamente en este mundo, es de un alma todavía enferma; tampoco me agrada tal afecto en un alma espiritual. Más lejos está todavía del juicio de la verdad el que llama dichosos a aquellos a quienes debiera llorar como desgraciadísimos, a aquellos que pecan y no hacen penitencia. Se reputa desgraciado no ciertamente con el consentimiento del juicio, sino con el sentimiento de no ser como ellos, cuando más bien debiera desear que todos fueran como él.

3. Los que andan en tales pensamientos serán dignos de alabanza si esa que ellos reputan su miseria determinan sobrellevarla pacientemente por amor o temor de Dios, y dicen con cierto profeta al Señor: *Por las palabras de tus labios he seguido las sendas escabrosas*[6]. Este pensamiento, ciertamente, es de los que empiezan como leche de párvulos. Mas, cuando el alma haya comenzado a progresar y seguir el juicio de la razón, renunciará a todo, y, considerándolo como estiércol, llorará con el profeta por aquellos que lo abrazaron[7]. Con cierta santa humildad despreciará todas estas soberbias y, colocado en gran altura de espíritu, no llamará dichoso al pueblo de quien son estas cosas, sino completamente desgraciado, y, al contrario, dichoso a aquel de quien es el Señor. Y mientras al compararlos consigo se compadece de ellos, encontrará a otros con cuya comparación se compadezca de sí mismo si contempla las riquezas celestiales y los deleites que por siempre están en la derecha del Señor. Por lo que resulta que quien primero lloraba derramando lágrimas por el riego de abajo y suspiraba: *Por ti nos mortificamos todo el día*[8], llorará más abundantemente por el de arriba, diciendo: *¡Ay de mí!, que mi destierro se ha prolongado*[9].

---

[6] Ps. 16, 4.
[7] Thren. 4, 5.
[8] Rom. 8, 36.
[9] Ps. 119, 5.

40 De los siete grados de la confesión *

1. *Me hiciste conocer mis caminos; con tu presencia me llenaste de alegría; en tu diestra hay alegrías eternas* [1]. Con gusto nos acercamos a ti, Señor Jesús, como los discípulos al maestro, como los enfermos al médico, como los siervos al Señor. Tú eres maestro y señor; tu escuela está en la tierra, y tu cátedra, en los cielos. Tú eres ese eximio médico que con sola la palabra restaura todas las cosas. Muéstranos, Señor, tus caminos y enséñanos tus senderos [2], porque tus caminos son hermosos, y todos tus senderos pacíficos [3]. Bienaventurado el que anda por tu camino, Señor de las virtudes; más bienaventurados los que corren por el camino de tus mandamientos, los que corren al olor de tus ungüentos. Saltas, pues, como gigante para correr tu camino [4], y no sólo corres, sino que también saltas por los montes y traspasas los collados. Los filósofos gigantes saltaron no para correr tu camino, sino para buscar la vanagloria; disparataron en sus pensamientos; no en tu humildad o en tus virtudes, sino en las suyas. Ignoraron el camino de la sabiduría, no se acordaron de sus caminos. No se la oyó en Canaán ni se la vió en Temán [5]. Malditos los que dijeron al Señor Jesús: *Apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos* [6]. Mas nosotros te buscamos día tras día y queremos conocerlos.

2. Tus principales caminos son dos: confesión y obediencia. En la confesión se lavan todos las cosas, en la obediencia se solidifican las virtudes. La confesión es buen ornamento del alma; purga los pecados y al justo le hace más limpio. Si hay pecados, se lavan en la confesión; si bienes, se acrecienta su valor. Al confesar tus males, tu espíritu contribulado es un sacrificio para Dios; cuando confiesas los beneficios de Dios, inmolas a Dios un sacrificio de alabanza. Sin la confesión, el justo es tenido por ingrato, y el pecador por muerto. La confesión, pues, es el camino del pecador; la gloria, del justo. Veo a David decir: *Pequé;* y oír: *Ha quitado Dios de ti tu pecado, no morirás* [7]. Considero a María, que confiesa sus crímenes, si no con las palabras, al menos con las obras, y al Señor,

* PL 183, 647.
1 Ps. 15, 11.
2 Ps. 24, 4.
3 Prov. 3, 17.
4 Ps. 18, 6.
5 Bar. 3, 22.
6 Iob 21, 14.
7 2 Reg. 22, 13.

que responde refiriéndose a ella: *Le han sido perdonados muchos pecados porque ha amado mucho* [8]. Miro al Príncipe de los Apóstoles, que niega tímidamente, que llora amarguísimamente; a Cristo, que le mira [9]. Contemplo a aquel ladrón dichoso, que se acusa a sí mismo, que excusa a Cristo; y al Señor, que le promete: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* [10]. ¡Oh! ¡Cuán sublime es esta confesión, por la cual el ladrón condenado y crucificado asciende del patíbulo al reino, de la tierra al cielo, de la cruz al paraíso! ¡Confesión gloriosa la que libró a Pedro apóstol de la triple negación y no permitió que cayese del culmen del apostolado! ¡Institución feliz la que a María, que amó mucho, perdonó mucho y la asoció, con el gran título del amor, al cuerpo de los apóstoles! ¡Compasión preclara la que limpió al rey y profeta de la múltiple inundación de crímenes y le llevó a la gloria de la antigua dignidad! Este es el camino que nunca ha engañado a su viandante, que nunca ha abandonado sino al que le abandona.

3. Son muchos los caminos de la confesión; son muchos los senderos que hay para encontrarla; son difíciles de retener e imposibles de enumerar. El primer sendero y el primer grado de este camino es el conocimiento de sí. Esta sentencia cayó del cielo: Hombre, conócete a ti mismo. Mira a ver si el esposo no dice lo mismo también de la esposa en el Cántico del amor: *Si te ignoras a ti misma, ¡oh hermosa entre las mujeres!, sal y vete* [11], etc. El conocimiento de sí mismo consiste en tres cosas: en conocer el hombre lo que ha hecho, lo que ha merecido, lo que ha perdido. ¿Qué cosa más vil, ¡oh noble criatura, imagen de Dios, semejanza del Creador!, que ensuciar tu carne con los deleites carnales y por un breve placer perder el torrente de delicias? ¿Qué más furioso que dejarse tu mente arrebatar por la ira, elevar por la soberbia, atormentar por la envidia y retorcer por la ansiedad? Tú, que te has alimentado de manjares delicados, ¿por qué abrazas el estiércol? Recuerda también lo que has merecido. Suban a tu memoria las ollas infernales, el horno férreo de la gran Babilonia, la casa de la muerte, el domicilio de la ansiedad, el globo de las llamas, la acerbidad del frío, las tinieblas sempiternas; considera el orden de los tormentos, el rostro de los atormentados, la mutación de las pe-

[8] Lc. 7, 47.
[9] Lc. 22, 56. 62.
[10] Lc. 23, 40-43.
[11] Cant. 1, 7.

nas, la infinitud de las miserias ; discurre por estas cosas con los ojos intelectuales, y podrás decir : Mejor me sería no haber nacido. Vuelve los ojos y mira lo que habías perdido. Recuerda cuál es la ciudad gloriosa, la habitación celestial, el lugar de la vida, el palacio de la suavidad, el esplendor de la gloria, la magnitud de la gracia, la claridad infinita. Fíjate en el orden de los goces, en el rostro de los que gozan, en la numerosidad de los premios, en la multitud de las delicias, y podrás exclamar : Pues te perdí, lo perdí todo, Señor Dios. Si atas con esta triple cuerda tu alma, entenderás y advertirás que el principio de la salvación es el conocimiento del pecado [12].

4. El segundo grado es la penitencia. El cual está tan íntimamente unido con el primero, que nadie puede conocerse a sí mismo sin arrepentirse, ni puede arrepentirse sin conocerse. Arrepiéntase, pues, el alma herida con el dardo de la compunción con una triple penitencia : porque perdió la inocencia, porque, perdida, no la buscó, porque despreció la paciencia de Dios. Sé, Señor Jesús, que en el bautismo nos diste la primera estola de la inocencia, que nos vestiste con el vestido níveo, que nos colocaste en el solio de la justicia. Mas sé que pronto nos apartamos del camino que nos habías mostrado y que derrochamos en la región lejana la porción de la herencia que nos tocaba, como el hijo pródigo. Vinieron a nosotros espíritus vilísimos y reyes de los fuegos eternos ; los inmundos vinieron a los limpios ; los condenados, a los que se debían salvar ; los curvos, a los rectos, y dijeron a nuestras almas : *Inclinaros para que pasemos* [13]. Los oímos y nos inclinamos ; pasaron por nosotros y perdimos la inocencia. Si es culpa el haberla perdido, ¿qué piensas será el no buscar la pérdida? Pierde uno alguna cosa en esta tierra mortal ; busca a los jueces, convoca a los amigos, lleva a juicio, no deja nada por intentar hasta que encuentre la cosa perdida, se restituya lo quitado y guarde lo restituído. Nosotros perdimos, por las astucias de aquel insaciable homicida, nuestra herencia incorruptible, inmarcesible e incontaminada que teníamos en los cielos. ¡Mas no la buscamos! ¡Nos encorvaron y no nos levantamos! Levantémonos, pues, y vayamos a nuestro Padre y le digamos : *Padre, pequé contra el cielo y contra ti.* Y, recorriendo todo el texto de la lec-

[12] SÉNECA, carta 28.
[13] Is. 51, 23.

ción evangélica, ofrezcamos al Padre la penitencia de la mente y la contrición del corazón, para que tal vez, estando todavía aún lejos, nos vea, y, movido a compasión y corriendo, caiga sobre nuestro cuello y nos bese con el beso de su boca. Quizás mandará que se traiga la primera estola de la inocencia, que se nos vista con los vestidos de las virtudes, que se nos ponga en nuestra mano el anillo de los secretos, que se nos calcen nuestros pies para que anunciemos el evangelio de la paz. Mandará tal vez que se traiga un becerro cebado y que se mate en honor de los que vuelven para comer y exultar, para volver con danzas y músicas a los gozos de la suprema ciudad [14], donde los ángeles de Dios tienen grande gozo sobre un pecador que hace penitencia. Sabemos, Señor Jesús, que no privarás de los bienes a aquellos que andan en la inocencia [15], mas tampoco a aquellos que andan en la penitencia. Porque nadie no hizo pecados, sino uno solo; bienaventurado el varón a quien no imputa el Señor el pecado [16]. Todo lo que El decretó no imputarme es como si no existiera. Piensa también con cuánta soberbia has usado, más aún, abusado, de la paciencia de Dios. Te veía pecar y disimulaba como si no viese; te llamaba y no oías; te amenazaba y no temías; prometía y despreciabas. No te atraían las promesas ni te atemorizaba el terror. ¿Ignoras que la paciencia de Dios te convida a la penitencia? Teme con gran temor, a fin de no atesorar ira para el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios [17]; acuérdate de que es horroroso caer en las manos del Dios vivo [18]. Liga, pues, con este triple vendaje de la penitencia la herida de tu alma y di: *Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo; sáname*, etc. [19]

5. El tercer grado es el dolor. También éste está compuesto de tres lazos. En verdad, después del conocimiento y la penitencia, mi dolor se ha renovado y ha revivido el fuego en mi meditación, porque ofendí al Creador, porque no temí al Señor, porque desprecié al Bienhechor. *¿Acaso*, dice el Señor, *no estáis vosotros en mi mano como el barro en mano del alfarero?* [20] Si El te hizo vaso de honor, ¿por qué has querido hacerte de desprecio? *¿Acaso dice la hechura al que la ha formado: Por qué me has hecho así?* [21]

[14] Lc. 15, 11-32.
[15] Ps. 83, 13.
[16] Ps. 31, 2
[17] Rom. 2, 4-5.
[18] Hebr. 10, 31.
[19] Ps. 6, 3.
[20] Ier. 18, 6.
[21] Rom. 11, 20.

La creatura se atrevió a provocar al Creador, la hechura al Hacedor, la obra al Artífice. Acuérdate, vajilla vilísima, que, si caes sobre esta piedra, te quebrarás, y que, si ella cae sobre ti, te machacará con aplastamiento temible, de tal suerte que ni siquiera aparezca el menor vestigio. Pero tú mezclaste la sangre con la sangre al ofender al Creador y no temer al Señor. Eras siervo de aquel Señor cuya ira nadie puede resistir, habías recibido la orden de cumplir sus mandamientos. No quisiste entender para no obrar bien, para recalcitrar del imperio de su dominio; determinaste vivir conforme a tu propia ley dentro de su república. ¿No has oído la sentencia que recibió el siervo malo, a quien, por no hacer la voluntad del señor que conocía, se le condenó a numerosos azotes? [22] Los ángeles se prestan a oír la voz de sus palabras [23]. Son llamadas las estrellas y dicen: *Estamos presentes* [24]; el viento y el mar le obedecen [25] y guardan con firmeza inmovible toda la ley que les ha puesto; tú solo eres peregrino, ¿y no te preocupas de los decretos de la imperativa majestad? Oye que te puede arrojar a las tinieblas exteriores, donde hay llanto y rechinar de dientes en una perpetua infelicidad. Y si no te mueve la ofensa del Creador, la reverencia de la potestad, muévate, al menos, la ingratitud, pues despreciaste al bienhechor después de tantos beneficios. ¿Dónde encontrarás un bienhechor tan grande que te suministre el curso del sol, la temperatura del aire, la fecundidad de la tierra, la abundancia de los frutos? Finalmente, para colmo de todos los beneficios que te ha hecho en tu vida, no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros [26]; entregó al Unigénito por los adoptivos, al Señor por los siervos, al Justo por los impíos. ¿Qué otra cosa debió hacer por ti que no hiciera? Si, pues, te duele con este dolor, podrás decir con el profeta: *Mis entrañas se han conmovido de dolor; mis entrañas se han conmovido de dolor; los sentidos de mi corazón se han turbado* [27].

6. El cuarto grado es la confesión de la boca. Después del conocimiento de sí, después de la penitencia de la mente, después del dolor del corazón, sigue la confesión de la boca. *En todas estas cosas es necesaria la fe del corazón para justificarse y la confesión de la boca para salvar-*

[22] Lc. 12. 47.
[23] Ps. 102. 20.
[24] Bar. 3. 35.
[25] Mt. 8, 27.
[26] Rom. 8. 32.
[27] Ier. 4, 19.

se[28]. Esta ha de ser triple si se ha de conseguir la salvación. Debe ser, pues, verdadera, sencilla y propia. El Altísimo busca la verdad, y ¿en qué querrá ser engañado quien no quiere engañar? Conocemos por experiencia a muchos que, viniendo a la confesión, volvieron con la conciencia más cargada que librada de sus pecados. Si son clérigos, dicen aquellas cosas que hicieron en las luchas literarias; si soldados, las que hicieron en las luchas guerreras; y, bajo el palio de la humildad, visten la soberbia, condenándose de esta suerte con el sacramento en el que se halla la plenitud de toda la humana salvación. Hay también otros a quienes el temor impele a la confesión, otros a los que induce la hipocresía. Se confiesan solamente para aparecer, al menos exteriormente, confesados. ¿Acaso piensas que es confesión verdadera la que impone el temor y hace el disimulo, cuando el Espíritu Santo huye del engaño[29] y el Omnipotente busca una satisfacción gratuita? Es verdadera confesión aquella que desciende de la contrición de la mente, sin ser impelida del temor ni paliada por la ficción y que con espíritu contrito profiere las cosas que siente. Además, la confesión debe ser sencilla y exenta de todo ocultamiento. ¿Qué le aprovecha al pecador decir una parte y retener la otra, limpiarse por una parte y por otra servir a la inmundicia? ¿Acaso se puede destilar de un mismo vaso cosa dulce y amarga, sabrosa e insípida? Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Dios[30], ¿y tú ocultas algo a Aquel que en tan gran sacramento ocupa su lugar? Muestra y desnuda todo cuanto lacera tu corazón, descubre la herida para que sientas la obra del médico. Es necesario que busques al Señor con sencillez de corazón[31], no con doblez. Porque ¡ay de aquellos que hablan con fingimientos y entran a la tierra por dos caminos![32] También debe ser propia. Hay algunos que enumeran con gran gravedad los pecados de los otros y hablan con extraordinaria declamación de los excesos de los compañeros; desconocen los suyos, mas los ajenos los guardan continuamente en la memoria. ¡Infelices y desgraciados, a quienes se ha dado llorar los ajenos y abandonar los propios! ¿Acaso no has leído que *el justo en el principio del discurso es acusador de sí mismo?*[33] *De sí mismo*, dice la Escritura, no de otro. ¿Acaso te has olvidado del

[28] Rom. 10, 10.
[29] Sap. 1, 5.
[30] Hebr. 4, 13.
[31] Sap. 1, 1.
[32] Eccli. 2, 14.
[33] Prov. 18, 17.

apóstol Santiago, que dice: *Confesaos unos a otros vuestros pecados*?[34] *Vuestros*, dijo, no los ajenos. *Yo conozco mi iniquidad y mi pecado siempre está contra mí*[35]. *Mía*, dijo el profeta, no tuya.

7. El quinto grado es la mortificación de la carne. También ella está consagrada en número ternario. Conviene, pues, que se haga ocultamente, con autorización y discretamente. Quebranta con un continuo martirio tus tiernos miembros educados en delicias exquisitas, para que en tanto sepas que te has abstenido de las cosas lícitas en cuanto te acuerdas de haber perpetrado las ilícitas. Pero esto hay que hacerlo ocultamente para que ignore tu izquierda lo que hace tu derecha[36]. No hay que poner la guarda de tanto bien en la boca de los hombres, sino en lo oculto de tu corazón, para que tu gloria sea el testimonio de tu conciencia[37]. No decimos esto para que no luzca tu luz delante de los hombres, ni glorifiquen a tu Padre, que está en los cielos[38], sino para que no escondas tu intención en la brevedad de la gloria vil. Nada es más triste que macerar aquí la carne con ayunos, afligirla con vigilias y recibir aquí la gloria, allí el infierno. Hay que hacerlo, pues, con licencia, porque cuanto se hace con el permiso del pastor, es más agradable a la presencia divina y el Altísimo recibe en especial aquella hostia que no se ofrece por la iniciativa de la voluntad propia, sino por el imperio del que manda. La exclusión de la voluntad propia vale mucho para reprimir la soberbia, la cual no puede extirpar el que ama la vanidad de este mundo. Además, en esta mortificación debemos guardar la discreción, no sea que por querer azotarnos demasiado perdamos la salvación y matemos al ciudadano al querer someter al enemigo. Considera tu cuerpo y su posibilidad, mira la complexión de la carne, impón orden a tu mortificación. Guarda tu cuerpo incólume en obsequio del Creador. Hemos visto a muchos que de tal modo maltrataron su carne y traspasaron al principio las barreras de la discreción, que se volvieron inhábiles para las solemnes alabanzas y se vieron precisados a cuidarse por largo tiempo con mayor delicadeza.

8. El sexto grado es la corrección de la obra. También ella está consagrada en un número trino, es a saber: que

[34] Iac. 5, 16.
[35] Ps. 50, 5.
[36] Mt. 6, 3.
[37] 2 Cor. 1, 12.
[38] Mt. 5, 16.

no te hagas a ti mal, que no dañes a otro, que no cooperes con el que daña. Has experimentado cuán pasajera es la inmersión en los deleites, ¿y quieres volver ahí? Has notado que pasa el placer y queda el pecado. Por tanto, aparta tu pie de los caminos nefandos de la inmundísima liviandad. Somete tu cuello a los mandatos del Altísimo para que no haya iniquidad en tus manos. Priva a la gula de los banquetes solemnes y corta las conversaciones vanas. Aparta tus ojos para que vean la vanidad [39], tapa sus oídos para que no oigan cosas sanguinarias [40], y entonces podrás decir: *El Señor me castigó con severidad* [41]. ¿Qué te aprovecharía el encaminar tus obras por la línea de la rectitud, si deseas hacer daño a otros? El que no hizo mal a su prójimo y no admitió oprobio contra su prójimo descansará en el santo monte de Dios [42], recibirá la bendición de Dios y la misericordia de su Salvador [43]. No te creas inocente si no reprendes con cuanto poder tengas a los impíos y a los que se levantan contra las virtudes, si no te opones como un muro en pro de Israel, castigándote, no dañando a otro ni consintiendo con el que daña. Es, pues, verdadera aquella sentencia: El cual, pudiendo poner enmienda, lo descuidó, por lo que se hizo, sin duda ninguna, partícipante del delito. Cuando se pone en medio la causa de Dios y contraría a la verdad la falsedad, quien no resiste conforme lo pide el cargo que lleva, sufrirá condena por su silencio.

9. El séptimo grado es la perseverancia. También ella está dedicada con la santificación de un número ternario. Constituyen la perseverancia la imitación de los santos, la brevedad de los tiempos, la fragilidad de los cuerpos. ¿Qué no podrás padecer cuando ves a jóvenes, niños, vírgenes, ancianos, ancianas, decrépitos, no sólo soportar diversos tormentos, sino también desearlos? Considera la edad de los niños, el fuego de los jóvenes, la ternura de las vírgenes, la fragilidad de las ancianas, la debilidad de los ancianos, la imposibilidad de los decrépitos; y dondequiera que vuelvas los ojos, encontrarás en estas edades multitud de ejemplos que corrieron virilmente a la palma del martirio. ¿Acaso no estás hecho también tú del mismo lodo y no se te ha inspirado el mismo espíritu? Tal vez no hay persecución para que sufras martirio, ni se te condena

[39] Ps. 118, 37.
[40] Is. 33, 15.
[41] Ps. 117, 18.
[42] Ps. 14, 3.
[43] Ps. 33, 5.

por servir a Cristo; más aún, se te alaba y todos te engrandecen. Pero, si amenaza la persecución, la debemos despreciar por su brevedad. La naturaleza fué muy próvida con nosotros, pues demuestra que ningún dolor puede ser a la vez grande y largo. Si es grande, no puede ser largo. La unión del cuerpo y del alma no puede soportar por largo tiempo tormentos refinados, sino que, impresionada por la magnitud del estupor, se disuelve con suma velocidad. Es, pues, de gran ánimo el despreciar los grandes tormentos, que en tan breve tiempo originan mutación tan grande, que hacen volar al paciente del trabajo al descanso, de la miseria a la gloria. Debemos considerar también la fragilidad del cuerpo, al cual pueden sofocar en breve momento un accidente levísimo o una fiebre abrasadora. Da, pues, a la virtud lo que debes dar a la necesidad, si hay necesidad, para conseguir por una prueba breve un premio sempiterno.

10. Así, pues, ves cuán difícil es correr por el camino de la confesión y cuán numerosos son los senderos que debemos seguir. Es verdad lo que dice aquel tan gran maestro de la Iglesia: «Con más facilidad se encuentran quienes conservaron la inocencia que quienes hicieron una digna penitencia» [44]. Estas cosas hemos hablado a nuestro modo de la confesión, reservando para las inteligencias más sublimes el peso de la sentencia sublime. Por lo demás, al principio de otro sermón intentamos ya explicar el camino de la obediencia para que nunca nos sean fastidiosas las palabras del Señor Salvador, el cual es bendito por los siglos.

41 De la virtud de la obediencia y de sus siete grados *

1. *No podemos pensar alguna cosa por nosotros mismos, sino que nuestro poder nos viene de Dios* [1]. ¿Qué podría pensar el espíritu puesto en este vaso de barro y en esta fragilidad de la complexión humana, metido en la cárcel, corrompido por el pecado, deprimido por las cosas terrenas? *El cuerpo que se corrompe apesadumbra al alma*

[44] San Ambrosio, *De Penit.*, l. 2, c. 10.

* PL 183, 653.

[1] 2 Cor. 3, 5.

y la habitación terrena deprime la mente pensadora de muchas cosas[2]. Mas hay un espíritu benigno de Sabiduría[3] que ilumina al espíritu encerrado, que sana al corrompido y alivia al deprimido. Hay también un espíritu de piedad que desata a los presos, que ilumina a los ciegos y levanta a los caídos. Hay también un espíritu de verdad que nos enseña toda la verdad, y que no sólo nos la enseña, sino que también la sugiere[4]. La sugiere para que la busquemos, la enseña para que la entendamos. Ese es a quien el Señor Jesús, después de haber obedecido al Padre hasta la muerte de cruz, envió a sus apóstoles, que le obedecían. ¿Acaso no te parece que habían ascendido al culmen de una singular obediencia aquellos que, recibida la licencia de sentarse en la ciudad y, cerrados dentro de las paredes de una casita, *perseveraban unánimes en oración?*[5] ¿No habéis oído que *iban los apóstoles gozosos a la presencia de los tribunales por haber sido hallados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Cristo?*[6] ¡Oh! ¡En qué energías de virtud tan grande se fundamentan los que se gozan de ser arrastrados a los tribunales por Cristo, los que tienen a gloria ser matados por causa de El, los que buscan la gloria de morir por El! Almas bienaventuradas, penetradas de la abundante majestad del Espíritu, para quienes parece que se han mudado maravillosamente la vilidad en sublimidad, el desprecio en gloria, la paciencia en victoria. Su alma está muy llena de oprobios para los que tienen abundancia y de desprecio para los soberbios[7]. ¿No ves con qué elevada frente desafían la altivez de los pontífices, la envidia de los fariseos y el tumulto de la plebe, diciendo: *Es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres?*[8] Mira aquellas dos grandes lumbreras Pedro y Pablo; recorre todo el orbe del senado apostólico, y verás cómo persiste virilmente en ellos, entre la multitud de los tormentos, la firmeza de la obediencia. ¿Acaso no *obedeció* al Padre *hasta la muerte, y muerte de cruz*, y aprendió a obedecer, por aquellas cosas que padeció, el Hijo del Rey y Rey de aquella región que resplandece por continuos goces? Oíste la miseria, oye también la corona; viste el peligro, mira el premio; atendiste a la debilidad, atiende al poder. *Por lo cual*, dice, *Dios le exaltó y le dió un nombre que es sobre todo nombre*[9].

[2] Sap. 9, 15. [3] Sap. 1, 6. [4] Io. 14, 26. [5] Act. 1, 14. [6] Act. 5, 41. [7] Ps. 122, 4. [8] Act. 5, 29. [9] Phil. 2, 8-9.

2. Mas dejemos por ahora de hablar de aquella obediencia que vemos cerrada y sellada con tan singular prerrogativa. Salga al medio aquel gran patriarca luz de la fe, forma de la obediencia, príncipe de la justicia. Oye del Omnipotente: *Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre y ven a la tierra que te mostraré*[10]. Y a la voz de un solo mandato huyó de la patria, abandonó a los parientes, dejó la heredad y entró como nuevo huésped en las regiones de otros. Cosa grande, consagrada con el privilegio de la primitiva dignidad en el padre de muchas gentes. Es el primero que primero renuncia a sus haberes y que recorre el camino de la obediencia con rapidez incansable. Finalmente, habiendo recibido en su vejez al hijo, en el que estaba acumulada la bendición de todo el mundo, le dice Dios: *Toma a tu primogénito Isaac, a quien amas, y ofrécemele en holocausto*[11]. ¡Oh! ¡Cuánta amargura hay en estas palabras! ¡Oh! ¡Cuán grande herida en el amor del corazón de padre! Se le manda matar al hijo, hueso de sus huesos y carne de su carne; al hijo de la gran promesa, de la vejez extrema, de la mujer propia; al hijo prometido admirablemente, nacido felizmente, educado en toda inocencia. Y para que nada falte a encender más dentro de las entrañas paternas el fuego del amor tiernísimo, se añade *unigénito*. Hay muchos hijos, pero no todos son unigénitos. El es único para el padre, unigénito para la madre, reservado para la herencia. No te fijes en Ismael, porque quien ha sido engendrado en la esclavitud y de una esclava no pertenece de ningún modo a la herencia. Mas, aunque son muchos los hijos y los unigénitos, no todos son queridos; para exacerbar la tribulación del corazón paterno y comprobar en la mente la obediencia del justo, añade el Señor: *a quien amas*. Para que se rememore la ternura del padre con el recuerdo del nombre querido y la interior piedad hierva toda al sonido de la voz querida, se le designa al niño por el nombre con que le había llamado el Señor antes de ser concebido. Ves con cuántos martillazos de tribulaciones se hiere la piedad de Abrahán, a quien se manda que mate a su unigénito, que inmole a quien ama, que hiera a Isaac. Es muy tentado, muy probado, muy purificado. Es dulce la relación de hijo a padre y de padre a hijo; de esta dulzura y del afecto de

[10] Gen. 12. 1.
[11] Gen. 22. 2.

todas las necesidades se olvida Abrahán; descarga el asno, prepara los maderos, enciende el fuego, toma la espada. No pregunta al Señor por qué; no murmura, no se queja, no muestra, al menos, rostro dolorido, sino que, desconocedor del motivo de todas las cosas que se le mandan, se apresura con crudelidad piadosa a matar al hijo. Por eso se encuentra en Abrahán la virtud de una suprema y admirable obediencia, digna de que se la encomie con las alabanzas de una singular excelencia.

3. Es cosa durísima una obediencia verdadera, y no puede descender al ánimo que no está perfecta y completamente purificado de todo afecto de este mundo. Pero, para que su camino brille más claramente, mostraremos, en cuanto podamos, cuál es la obediencia que debemos especialmente a Dios, cuál la que debemos al hombre, cuál la que debemos a Dios y al hombre a un mismo tiempo. Hay ciertos bienes sumos y ciertos males sumos. Son sumos bienes amar al prójimo, decir la verdad, no robar, no decir falso testimonio, no adulterar y otros muchos que no enumeramos por la brevedad del sermón. Son males sumos sus contrarios y los semejantes. Dios nos manda que hagamos los bienes y que nos abstengamos de los males. La autoridad santa e inmutable de este precepto no se puede en ningún modo repeler, pues está sellado con el sello de Aquel que dice: *Yo soy el Señor y no mudo* [12]. Si, pues, aquel hombre a quien puso sobre nuestras cabezas quisiese sentir de otra manera, poniendo tinieblas en lugar de la luz y luz en lugar de las tinieblas, de suerte que mande abandonar los bienes dichos y adherirnos a los males anotados, se ha de rechazar con audacia su dominio y decir con voz independiente: *Es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres* [13]. Esta es la obediencia especial que debemos a Dios, que de ningún modo se puede cambiar por el capricho de los hombres, sino que se ha de conservar con propósito inmutable. Por tanto, ten como regla ciertísima que no debes, aunque te mande el superior, dejar los bienes predichos y obrar los males apuntados. Mas entre los bienes sumos y los males sumos hay ciertas obras que están como en medio, las cuales reciben el nombre de bienes o males, según se relacionen con otra cosa. Tales son: andar, estar sentado, hablar, callar, comer,

[12] Mal. 3, 6.
[13] Act. 5, 29.

ayunar, estar despierto, dormir y otras semejantes. Las cuales, si se hacen con licencia del superior, aguardan una suma recompensa. En estas cosas medias debemos ser obedientes y sumisos al superior, no interrogando nada para tranquilidad de conciencia [14], pues en estas cosas Dios no manda nada, sino que lo deja a disposición del superior. No te mueva un maestro imperioso, un poder indiscreto; más acuérdate que no hay ningún poder que venga de otro que de Dios y que quien resiste a la potestad resiste a la ordenación de Dios [15]. Esta es, pues, la obediencia propia del hombre, la cual debemos al hombre los que somos súbditos del hombre. Mas hay otra que es común a Dios y al hombre, porque la obediencia que se da a los superiores se da a Aquel que dice: *El que a vosotros oye, a mí me oye* [16]. Decimos que debemos andar este camino con gran cautela porque ahí se ocultan muchos grados; y si dejamos uno de ellos, quedan los demás sin retribución ninguna.

4. El primer grado es obedecer de buena voluntad. Toda edad, desde su juventud, está inclinada al mal [17]; cada uno sigue los instintos de su mal corazón. Desde aquella angustia de la primera prevaricación, le es innato al hombre el amor de su propia voluntad, la cual, dejando la voluntad de su Creador, se hace súbdita de la servidumbre en aquello en que quiere dominar. Es difícil, pues, dejar la propia voluntad y servir a la de otro. Porque es muy penoso, no podrá subir al primer grado de la obediencia quien no hace suya la voluntad del que manda. El justo se gloría de haber alabado a Dios voluntariamente, por lo que dice: *Libremente te sacrificaré* [18]. Es, pues, la sola voluntad la que adorna el efecto de toda la obra. Sin ella no se hace nada bueno aunque parezca serlo. Por tanto, hay que recibir voluntariamente los mandatos de los superiores y apartar al mismo corazón de sus inclinaciones voluntariosas hasta que, matada la propia voluntad, ame el mandato del que ordena. En esto consiste obedecer voluntariamente y cumplir voluntariamente la voluntad de los superiores.

5. El segundo grado es someterse con sencillez. *El que anda con sencillez, anda con seguridad*, dice el proverbio [19]. Con sencillez de corazón ofreció Salomón todas las cosas. La Escritura demuestra que buscó a Dios con sen-

[14] 1 Cor. 10, 25.
[15] Rom. 13, 1-2.
[16] Lc. 10, 16.
[17] Gen. 8, 21.
[18] Ps. 53, 8.
[19] Prov. 10, 9.

cillez de corazón [20]. Vemos a muchos que después de la orden del superior hacen muchas preguntas; que interrogan frecuentemente: por qué, a qué fin, por qué causas; que fabrican continuas querellas, que inquieren: ¿Por qué ha mandado esto? ¿De dónde viene esto? ¿Quién dió este consejo? De aquí la murmuración, de aquí las palabras que suenan a murmuración e indignación y que destilan amargura. De aquí la frecuente excusa, la simulación de imposibilidad, la demanda de auxilio a los amigos. No fué así Abrahán. Oye lo que dice el Señor del pueblo sencillo: *Me obedeció apenas oyó mi voz* [21], con lo que demuestra que en uno solo e idéntico momento tuvo lugar el mandato del que ordenaba y la obediencia del mandado. *No erréis, pues de Dios nadie se ríe* [22]. ¿Murmuras contra el superior en el tabernáculo de tu corazón? La diestra de Dios eleva su mano para derribarte. Marcha, pues, sencillamente por los mandatos de la obediencia, añadiendo a la voluntad la sencillez, a la intención la iluminación. Es fortaleza el seguir el camino del Señor [23], esto es, la obediencia. Se visten de fortaleza los que son obedientes y los que marchan con sencillez.

6. El tercer grado es obedecer con alegría. *Dios ama al dador alegre. No al que da,* dice el Apóstol, *con tristeza o por necesidad* [24]. La serenidad del rostro y la dulzura de las palabras adornan mucho la obediencia del mandado. Por lo que dice también aquel poeta gentil: «Más que nada, acrecienta el don la dulzura del rostro» [25]. ¿Qué lugar habrá para la obediencia allí donde se descubre la amargura de la tristeza? Muchas veces muestran las señales externas la voluntad del ánimo, y es difícil que no muden el rostro los que mudan la voluntad. La composición nebulosa del cuerpo y el rostro ofuscado por las tinieblas de la tristeza demuestran que la devoción se ha apartado del espíritu. Mira a David saltando delante del arca del Señor y reprendiendo con gran sabiduría la indignación de la mujer soberbia. *Bailaré,* dice, *y seré vil en la presencia del Señor* [26]. Ves, pues, cuán necesaria y conveniente es la alegría en la ejecución de la obediencia. ¿Quién mandará con gusto al hombre lleno de tristeza? Si quieres ser

[20] Sap. 1. 1.
[21] Ps. 17. 45.
[22] Gal. 6. 7.
[23] Prov. 10. 29
[24] 2 Cor. 9. 7.
[25] Ovidio, *Metam.*, l. 8.
[26] 2 Reg. 6, 14. 22.

perfecto, recibe la orden del que manda con alegría y con gran jovialidad de rostro, de suerte que juntes a la voluntad del corazón y a la sencillez de la obra la hilaridad del rostro.

7. El cuarto grado es obedecer velozmente. Velozmente corre la palabra de Dios [27] y quiere tener un seguidor veloz. Ves con cuánta velocidad corre aquel que dice: *Corrí el camino de tus mandamientos* [28]. El obediente fiel desconoce las rémoras, huye del mañana, ignora la tardanza, va delante del que manda; prepara sus ojos para ver, sus oídos para oír; dispone su lengua a la voz, sus manos a la obra, sus pies al camino; se recoge todo para recoger la voluntad del que manda. Mira al Señor mandando rápidamente y al hombre obedeciendo prontamente: *Zaqueo*, dice, *baja pronto, porque hoy conviene que me hospede en tu casa. Y descendió al momento y le recibió con gozo.* Has advertido que descendió con rapidez y le recibió con gozo. Oíste la obediencia, oye también la remuneración de la obediencia. *Porque hoy la salvación ha entrado en esta casa.* Considera también, con ocasión de esta obediencia, el gran misterio que se halla al fin y la sentencia, sellada con el sello de la misericordia: *El Hijo del hombre*, dice, *ha venido a buscar y salvar lo que había perecido* [29]. ¿No habéis leído que se manda a los hijos de Israel comer el cordero de prisa? [30] Se dice, pues, que se ha de hacer rápidamente la comida del Cordero verdadero porque aquellas palabras que dió por la ley, que El mismo mostró, que dejó a los prelados de la Iglesia para que las comunicaran, han de ser consumadas con obediencia veloz. También tú, cuando juntes a la voluntad del corazón la sencillez de la obra y la hilaridad del rostro, añade la velocidad, para que seas, según el apóstol Santiago, *rápido para oír* [31] y veloz para cumplir.

8. El quinto grado es cumplir virilmente. *Obrad virilmente vosotros todos los que esperáis en el Señor, y se fortalecerá vuestro corazón* [32]. No está la fortaleza en dejarse arrastrar por la obediencia, sino en no apartarse de la obediencia. Si se levanta la tribulación, si estalla la persecución, si te ponen un lazo los pecadores, si los malignos te impiden el camino, tú no abandones el sendero de la

[27] Ps. 147, 15.
[28] Ps. 118, 32.
[29] Lc. 19, 5. 6 9. 10.
[30] Ex. 12, 11.
[31] Iac. 1, 19.
[32] Ps. 30, 25.

obediencia, mas di: *Estoy dispuesto, sin estar conturbado, a guardar tus mandamientos*[33]. ¿Qué podrán obtener las cosas enumeradas anteriormente si falta la fortaleza, que es quien coloca las virtudes en la ciudadela de la constancia y quien las rodea con aquella muralla que no puede traspasar el ímpetu de los enfurecidos? ¿Has puesto tu mano en cosas fuertes? Hay que obrar al punto y obedecer con constancia; no hay que abandonar entre la aspereza de las palabras o de los azotes camino tan real, sino que debemos mantenernos en él con fervor más tenaz. Y para concluir brevemente con las dotes de la obediencia, es una virtud que guarda y fortalece. Junta, pues, a la velocidad la fortaleza, a la fortaleza la constancia, y entonces cantarás seguro: *La mano del pecador no me moverá*[34].

9. El sexto grado es obedecer humildemente. En nuestra humillación se acordó de nosotros el que nos hizo[35]. Gran virtud es la humildad, sin la cual la misma fortaleza no sólo no es virtud, sino que cae en el vicio de la soberbia. ¡Con cuánta valentía corría Saúl cuando era niño ante sus ojos! ¡Cuántas falanges de filisteos derribó! ¡Con cuántas fuerzas manejaba la espada! Mas después que le dominó la soberbia y pasó al afecto del corazón, hecho débil e impotente, fácilmente sucumbió a las armas de los incircuncisos. Mira al rey, en el que una humildad sublime y una sublimidad humilde brillan en una feliz combinación. *Señor*, dice, *no se ha exaltado mi corazón ni se han elevado mis ojos*[36]. Recorre con intención constante todo su itinerario, y a cualquier parte que vuelvas los ojos encontrarás que está cubierto con las flores de la humildad. Oye igualmente lo que dice en otra parte: *Guardaré en ti mi fortaleza*[37]. ¡Con cuánta verdad habla el justo ejecutor de la justicia! Hay muchos que guardan no para Dios, sino para una gloria vana; que confían en su poder; que se glorían de las virtudes recibidas como si no las hubieran recibido, con lo que hacen injuria al Creador, de quien es todo don óptimo y todo don perfecto[38]. Por tanto, para que la fortaleza no se vuelva soberbia, hay que condimentarla con la sal de la humildad, porque nada aprovecha obedecer con fortaleza si nos ensoberbecemos infelizmente. Guardan su fortaleza para Dios aquellos que

[33] Ps. 118, 60.
[34] Ps. 35, 12.
[35] Ps. 135, 23.
[36] Ps. 130, 1.
[37] Ps. 58, 10.
[38] Iac. 1, 17.

después de haber hecho lo que debían hacer pueden decir: *Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer*[39].

10. El séptimo grado es obedecer con perseverancia. No se salvará el que empieza, sino el que persevera[40]. El empezar es de muchos; el perseverar, de pocos. La perseverancia es hija única del supremo Rey, fruto de las virtudes, consumación de las mismas, despensa de todo bien, virtud sin la cual nadie ve a Dios ni será visto de Dios. Es el fin de la justificación para todos los creyentes; en ella la comunidad de todas las virtudes se consagra un glorioso tálamo. ¿Qué aprovecha correr y abandonar antes de llegar a la meta la carrera? *Corred de tal modo que os apoderéis del premio*, dice el Apóstol[41]. ¡Oh! ¡Con qué pie más perseverante había consumado su carrera el que decía: *Terminé mi carrera!*[42] ¡Oh! ¡Qué carrera más larga terminó aquel ladrón feliz que, consumado en breve, abarcó muchos tiempos![43] Finalmente, habla también el Señor de los profetas por el profeta: *Si el justo se vuelve atrás de su justicia y hace la iniquidad, no me acordaré de ninguna de sus justicias*[44]. Ves, pues, en qué profundo olvido se sepultan aquellas virtudes a las que no sigue la perseverancia. Ella la única que introduce al aposento particular del Rey al amador de la obediencia para que le vea en su belleza, en la que los ángeles desean verle[45]. En este camino en el que andamos me han ocultado el lazo los soberbios[46]. Este camino es difícil y pesado por los espinosos rodeos; está inundado de múltiples trampas. ¿Acaso piensas que hay fruto de obediencia cuando el súbdito oye la obediencia que había deseado con muchas ansias, cuando se le manda lo que huele a dignidad y rebosa gozo y alegría, cuando tiene apariencia de poder? Por el contrario, ¿asignas tú mérito a aquella obediencia que, viniendo con adversidad, aterra al ánimo del que oye, es pesada al oído, más pesada a la obra y pesadísima a la constancia? Ciertamente no. Lo que hay que hacer, si queremos seguir a Aquel que huyó del reino[47] y vino voluntariamente a la pasión[48], es apartar el ánimo de la prosperidad y abrazar con él la adversidad.

---

[39] Lc. 17, 10.
[40] Mt. 10, 22.
[41] 1 Cor. 9, 24.
[42] 2 Tim. 4, 7.
[43] Sap. 4, 13.
[44] Ez. 18, 24.
[45] 1 Petr. 1, 12.
[46] Ps. 139, 6.
[47] Io. 6, 15.
[48] Is. 53, 7.

11. Habéis advertido, pues, que estos caminos son caminos de la vida y llevan a la vida. Bienaventurados los mansos [49], porque a los mansos enseñará el Señor sus caminos [50]. Les toca a ellos lo que sigue: *Me llenó de alegría con su rostro* [51]. Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos al Señor [52], estamos lejos del rostro de Dios, del rostro de la gloria, de la contemplación de la majestad, si es que no nos ilumina con frecuencia el Señor misericordioso y compasivo. Esto tiene lugar cuando, apartada aquella nube que se oponía a que pasase la oración, nos acercamos a El y nos ilumina para que *veamos con la cara descubierta la gloria del Señor* [53]. Mas no le vemos propiamente con la cara descubierta, pues le contemplamos aún por medio de espejos y en enigmas y estamos retenidos en la cárcel del cuerpo; no obstante, dice *con la cara descubierta*, por lo que se refiere a la obscuridad del cuerpo. Por eso, este espíritu, hecho en otro tiempo para el Creador de los espíritus, emerge y, adhiriéndose a El, se hace un espíritu con El. Pero esta contemplación no es de ninguna importancia, porque el espíritu, rodeado de las paredes claustrales, se hiere con el contacto de la carne, y, aunque creado por encima de la creatura, se encuentra pronto debajo de las más viles. El Espíritu creador, de quien son todas las cosas grandes y cuyos deseos todos son exquisitos [54], ya se acerca ignorándolo nosotros, ya se aleja desconociéndolo, porque no sabemos de dónde viene ni adónde va [55]. Muchas veces, cuanto más se le busca, más se aleja, según lo que El mismo habla a la esposa: *Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron alejarme* [56]. Sucede también que viene cuando no se le busca y huye cuando se le busca. Así dice la esposa en los Cantares que le buscó y no le encontró [57]. Este rostro no merece encontrar el rostro de la gloria del Dios que es sobre los querubines, pues se muestra clarísimo y purísimo a la multitud de los ángeles, mas a nosotros se nos revela en imágenes especulativas y obscuras.

12. Porque aquí no podemos ver el rostro de Dios como es, no tendremos la plenitud de la alegría hasta tanto que nos atraiga a sí mismo, y la Cabeza se acerque al cuerpo, y sea Dios todo en todas las cosas. Allí será la ple-

[49] Mt. 5, 6.
[50] Ps. 24, 9.
[51] Ps. 15, 11.
[52] 2 Cor. 5, 6.
[53] 2 Cor. 3, 18.
[54] Ps. 110, 2.
[55] Io. 3, 8.
[56] Cant. 6, 4.
[57] Cant. 3, 2.

nitud, aquí es el gusto. Gustamos aquí y vemos, no penetramos. En el gusto es suave, en la saciedad es admirable. Las almas de los santos, que, descargadas de los cuerpos terrenos, volaron ya a los asientos eternos, aunque beben, con todo eso, no se sacian ni se embriagan. Aunque gozan de una gran beatitud, esperan todavía la resurrección de los cuerpos para que, pues tuvieron en la tierra cuerpo y alma, se sientan inundados de alegría eterna[58]. Por ahora, a cada uno de ellos se les ha dado una estola blanca, mas se les ha encargado que aguarden un poco de tiempo[59] hasta que se quebrante a los impíos con quebranto doble y ellos sean coronados con bienaventuranza doble. Por tanto, no teniendo lo que desean tener, no pueden estar embriagados; mas aquella visión les es debida, de suerte que así como se bebe sin trabajo, así descansen sin trabajo hasta que se sacien al aparecer la gloria de Dios. Por tanto, cuando resucitemos varones perfectos, conforme a la plenitud de la edad de Cristo[60], y se ornamente aquella gloriosa ciudad de margaritas y sea como habitación de todos los que se alegran, entonces nos colmará de alegría con su rostro[61], porque le veremos como es[62]. Entonces nos embriagaremos con la abundancia de su casa, nos dará de beber del torrente de su deleite[63] y nos dirá: *Bebed y embriagaros, carísimos*[64]. Y esto porque el alma poseerá con justo derecho la iluminación, y el cuerpo, la glorificación.

13. Sigue: *Deleites en tu derecha hasta el fin*[65]. La izquierda de Dios es la vida presente. Y es la vida presente porque entendemos por izquierdo aquello de que no nos preocupamos gran cosa. En esta vida, Dios permite que sus elegidos sean flagelados y aun que se les mate. ¿Acaso no te parece que han sido olvidados los que dicen: *Por ti nos vemos mortificados todo el día y se nos aprecia como a ovejas del matadero? ¿Por qué apartas tu rostro y te olvidas de nuestra pobreza?*[66] Mas por la diestra se significa aquella vida bienaventurada que no conoce sino goces, y de la que no podemos decir otra cosa que aquello: *Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios*[67]. Allí están aquellos deleites que no vió el ojo, ni oyó el oído, ni se imaginó el corazón del hombre; aquellas cosas que Dios

[58] Is. 61, 7.
[59] Apoc. 6, 11.
[60] Eph. 4, 13.
[61] Ps. 15, 11.
[62] 1 Io. 3, 2.
[63] Ps. 35, 9.
[64] Cant. 5, 1.
[65] Ps. 15, 10.
[66] Ps. 43, 22. 24.
[67] Ps. 86, 3.

tiene preparadas para los que le aman [68]. En la izquierda están las tribulaciones, en la derecha los deleites. ¿Hasta cuándo? *Hasta el fin*. ¿Quién es este fin? El fin de la justicia es Cristo para todo creyente [69]. Es Aquel de quien dice la Sabiduría: *Abarca fuertemente de uno a otro confín y todo lo dispone suavemente* [70]. Ver a Dios es el fin consumado. Es el fin, al que una vez llegados, ya no tendremos más sed; es Jesucristo, Esposo de la Iglesia, a quien se bendice por los siglos. Amén.

42 De cinco negocios y de cinco regiones *

1. El Verbo del Padre, el Unigénito de Dios, el Sol de justicia, aquel sumo negociador, trajo el precio de nuestra redención desde los últimos fines de los cielos. Fiel es este negocio y digno de todo aprecio. En él el Rey, Hijo del Rey, se ha hecho negocio, en El se da oro por el plomo, se da el Justo por el pecador. ¡Oh! ¡Qué indebida es la compasión, qué gratuito el amor de este modo manifestado! ¡Oh! ¡Qué dignación tan inopinada, qué estupenda dulzura, qué invicta mansedumbre, qué vil negocio, en donde Dios se entrega por el siervo, es muerto el Creador en lugar de la criatura, es condenado el Señor en lugar del esclavo! Tuyas son estas obras, Cristo, que descendiste de la luz del cielo a las tinieblas del infierno, de la derecha de la majestad a la miseria de la humanidad, de la gloria del Padre a la muerte de la cruz, que iluminaste el infierno y redimiste al hombre, superando a la muerte y a su autor. Eres único y no tienes segundo; habiéndote invitado la propia benignidad para redimirnos, te trajo la misericordia, te impulsó la verdad, con la que habías prometido venir; te recibió la pureza del vientre virginal, te sacó la potencia de la salvada integridad, te condujo por todas partes la obediencia, te armó la paciencia, te manifestó la caridad con palabras y milagros. Váyanse muy lejos los negociadores de la tierra de Temán; apártense los hijos de Agar que buscaron la prudencia; aléjense de mí los gigantes que hubo al principio del mundo, de gran estatura, experimentados en la guerra. A éstos no eligió el Señor. No merecieron el camino de la disciplina; por eso

[68] 1 Cor. 2, 9.
[69] Rom. 10, 4.
[70] Sap. 8, 1.
* PL 183, 661.

perecieron. Mas se la dió a Jacob, su siervo, y a Israel, su amado. Escondiste, pues, estas cosas, Señor, a los sabios y a los prudentes, a los gigantes y a los potentados, que se hicieron grandes delante de sus propios ojos, y las manifestaste a tus pequeños y humildes[1]. Voluntariamente abrazo tu negocio, porque es también mi negocio. Con suma suavidad rumia mi alma esta mercancía. Y no sólo la rumia, sino que vuelve lo que ha rumiado, porque entiende lo que ama y guarda en la memoria lo que elige. En estos negocios mandas que se entretenga mi alma para que se haga nave de comerciante que trae de lejos su pan. Negociaré hasta que vengas; saldré contento al que llegue y ojalá oiga: *¡Bravo, siervo bueno!*[2] Tuyos son los cielos y tuya es la tierra. En tus regiones negociaré seguro, teniéndote a ti solo por guía en el camino, por protector en los peligros, por compañero en las tribulaciones.

2. Tus regiones son cinco, las cuales recorren al negociar tus comerciantes, en las cuales te buscan tus queridos y te encuentran tus elegidos. La primera región es la región de la desemejanza. Esa noble creatura, hecha en la región de la semejanza, creada a semejanza de Dios, porque no entendió que se hallaba en lugar honroso, de la semejanza descendió a la desemejanza. ¡Grande, ciertamente, desemejanza la que hay entre el paraíso y el infierno, entre el ángel y el bruto, entre Dios y el diablo! ¡Conversión execrable el mudarse la gloria en miseria, la vida en muerte, la paz en lucha para perpetua cautividad! ¡Descendimiento maldito el bajar de las riquezas a la pobreza, de la libertad a la servidumbre y del descanso al trabajo! Desgraciados de nosotros, concebidos miserablemente, a quienes se ha dado nacer entre angustias, vivir en trabajos y morir con dolor. Se nos engendra y engendramos pecadores de pecadores, deudores de deudores, corrompidos de corrompidos, caídos de caídos. Gente pecadora, pueblo de iniquidad enorme, semilla pésima, hijos criminales, que aumentan la prevaricación. He ahí que, como si nada fuésemos, así somos delante de ti; se nos tiene por nada y vacío[3]; pensamos que somos algo, no siendo nada. Se nos hiere al entrar en el mundo, al vivir en el mundo, al salir del mundo; desde la plantilla del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay salud en nosotros. Conocía esto aquel sublime profeta que, deplorando el estado de la

[1] Mt. 11. 25. [2] Mt. 25. 21. 23. [3] Is. 40, 17.

humana miseria, prorrumpía en estas palabras: *Pesado yugo gravita sobre los hijos de Adán desde el día de la salida del vientre de sus madres hasta el día de la sepultura en la madre de todos* [4].

3. ¿Qué hemos de negociar, Señor Dios, en esta región de la desemejanza? Veo que el género humano, desde la salida del sol hasta el ocaso, recorre los comercios terrenos. Veo a unos buscar las riquezas, a otros anhelar los honores, a otros dejarse arrebatar por la suavidad del viento favorable. Mas ¿qué de las riquezas? ¿No es cierto que se adquieren con trabajo, que se poseen con temor, que se pierden con dolor? Atesoras y no sabes para quién atesoras [5]. Mira cuánto trabajo has soportado por las riquezas que perecen. Pasas los mares, y, navegando, te abres un nuevo mundo después de haberte hallado, como dice el Sabio, a tres dedos de la muerte; huyes de la patria, dejas los padres, te apartas de la mujer, desconoces los hijos, y, olvidado de todas las necesidades, buscas para adquirir, adquieres para perder, pierdes para sufrir. Hijos de los hombres, *¿hasta cuándo seréis de corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* [6] ¿Qué locura es ésta, hijos de Adán, de vagar por los mares, de recorrer la tierra, de andar fuera del mundo, en numerosos trabajos, con muchos insomnios, con frecuentes ayunos, con constantes peligros de muerte? ¡He ahí qué riquezas! Mas ¿qué de los honores? Has sido puesto en un lugar sublime, se te ha hecho jefe. Mira a ver si no te critican todos, te miran todos, te dañan todos. Si eres soldado, haces la guardia a la puerta del príncipe para adquirir dominio, y, vestido de malla, estás más cerca de la herida que del honor, de la muerte que de la vida, del peligro que del premio. Si eres de la *Suerte* del Señor, ¿acaso no teme el obispo al romano pontífice, el archidiácono y el diácono al obispo? Mira si tienes también tu mano libre de toda dádiva, no sea que oigas con Simón: *No tendrás parte ni suerte en este misterio, pues quisiste poseer al Espíritu Santo con dinero* [7]. A nosotros no nos toca juzgar a los rectores de la Iglesia. Vean ellos, los amigos del Esposo, qué han de responder cuando el que juzga el orbe de la tierra les exija razón de la Esposa. ¿Acaso podrá alguno estar en el honor sin dolor, en la prelacía sin tribulación, en la su-

[4] Eccli. 40, 1. [5] Ps. 38, 7. [6] Ps. 4, 3. [7] Act. 8, 21.

blimidad sin vanidad? ¡He ahí qué honores! Y ¿qué de la gloria? ¿De dónde a ti la gloria, polvo fétido, barro de la tierra, vaso despreciable? No te des a ti, no te des a ti la gloria, sino al Señor. A Aquel debes alabar que es glorioso en sus santos, a Aquel ensalzar a quien ensalzan los ángeles en las alturas. ¿Acaso no es también vana aquella gloria que no es otra cosa que apariencia vana de oro, que apenas si se puede tener sin envidia? Mira a los que precedes, y piensa que a todos has prestado simientes de envidia. Todos se inflaman contra ti con miradas torvas, se sienten atormentados por tu felicidad, se sienten abrasados por tu gloria. He ahí que por lo que eres glorioso eres odioso, por lo que eres sublime eres humilde; por lo que crees estar seguro, andas solícito. Nota que, si corres tras la gloria, incurres en la envidia; si sigues la felicidad, caes en la infelicidad. Ves, pues, cuán vanamente se agita todo hombre[8]. Estas son las mercancías que se encuentran en la región de la desemejanza. Por tanto, el prudente negociador, que ve trabajo en las riquezas, pena en los honores, envidia en la gloria, hace su trato, que consiste en el desprecio del mundo, y huye.

4. La segunda región es el paraíso claustral. El claustro es verdaderamente un paraíso, una región defendida por el valladar de la disciplina, en la que hay una gran abundancia de preciosas mercancías. Cosa gloriosa el habitar los hombres de idénticas costumbres en una misma casa[9]; bueno y dichoso el habitar los hermanos juntamente[10]. Ves a uno llorar sus pecados, a otro exultar en las alabanzas de Dios; a éste servir a todos, a ése enseñar a otros; a éste orar, a ése leer; a éste compadecerse, a ése castigar los pecados; a éste arder de caridad, a ése progresar en humildad; a éste humilde en las prosperidades, a ése sublime en las cosas adversas; a éste trabajar en la actividad, a ése reposar en la contemplación..., y podrás decir: *Estos son los campamentos de Dios*[11]. *¡Qué lugar más temible! Esto no es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo*[12]. ¿Qué tienes, pues, que considerar, alma fiel, en estos mercados? Recorre las virtudes de los que habitan en la casa del Señor de las virtudes y haz de ello tu negocio, tu forma de vivir. Tú, que primero habitabas en la re-

[8] Ps. 38, 12.
[9] Ps. 67, 7.
[10] Ps. 132, 1.
[11] Gen. 32, 2.
[12] Gen. 28, 17.

gión de la sombra de la muerte, pasas a la región de la vida y de la verdad.

5. La tercera región es de expiación. Tres son los lugares a que van las almas de los muertos: el infierno, el purgatorio, el cielo. Al infierno van los impíos; al purgatorio, los que han de ser purgados; al cielo, los perfectos. Los que están en el infierno no pueden ser redimidos, porque en el infierno no hay redención. Los que están en el purgatorio aguardan la redención, mas antes han de ser atormentados o por el calor del fuego, o por el rigor del frío, o por algún grave dolor. Los que están en el cielo, hermanos de Cristo por naturaleza, coherederos en la gloria, semejantes por la feliz eternidad, gozan de la visión de Dios. Ahora bien, porque los primeros no merecen se les redima y los terceros no lo necesitan, nos queda pasar a los de en medio con la compasión, ya que estuvimos unidos a ellos por la humanidad. Iré a esta región y veré esta visión grande: cómo deja primero el Padre a los hijos que ha de glorificar en la mano del tentador, no para que los mate, sino para que los purgue; para que ya no sean vasos de ira, aptos para la muerte, sino vasos de misericordia, preparados para el reino. Me levantaré, pues, en su ayuda; interpelaré con gemidos, imploraré con suspiros, intercederé con oraciones, satisfaceré con sacrificio singular para que, si por casualidad lo ve Dios, juzgue y convierta el trabajo en descanso, la miseria en gloria, los azotes en corona. Con estos y otros oficios semejantes puede liquidarse su penitencia, terminar su trabajo, desaparecer su pena. Por tanto, recorre, alma fiel, cualquiera que seas, este lugar de expiación y mira qué se hace en ella; y en estos mercados haz tu compra, es decir, el afecto del que se compadece.

6. La cuarta región es la infernal. ¡Oh región dura y pesada, región temible, región digna de huirse! ¡Tierra de olvido, tierra de aflicción, tierra de miserias, en la que no hay ningún orden, sino un horror sempiterno! ¡Lugar mortal, en el que hay fuego ardiente, frío helante, gusano inmortal, hedor intolerable, martillos que machacan, tinieblas que se palpan, confusión de pecados, nudos de cadenas, caras horribles de demonios! Tiemblo todo y me horrorizo al recuerdo de esta región y todos mis huesos se conmueven. ¿Cómo caíste, Lucifer, que habías nacido por

la mañana?[13] Toda piedra preciosa era tu vestido[14]; ahora debajo de ti se extiende la polilla y tu vestido son los gusanos[15]. ¡Oh Dios! ¡Cuánta distancia hay entre un vestido de piedras preciosas y un vestido de gusanos, entre las delicias del paraíso y la polilla corroedora del infierno! Sé que ese fuego está preparado para el diablo y sus ángeles[16] y también para los hombres iguales a ellos; allí, sin terminar, estarán acabándose, morirán sin morirse, se verán atormentados sin cesar. Desciende, pues, ahora que vives, al infierno, recorre con los ojos de la mente las oficinas de los tormentos, huye de los crímenes y de los vicios por los que perecieron los hombres criminales y viciosos. Ten odio a la iniquidad, ama la ley del Señor y haz en tan temibles mercados tu compra, esto es, el odio al pecado.

7. La quinta región es el paraíso sobrecelestial. ¡Oh región dichosa de las supremas virtudes, donde los santos ven a la bienaventurada Trinidad cara a cara, donde aquellos grandiosos ejércitos, con aleteo sublime de alas, no cesan de clamar: *¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos!*[17] Es un lugar de deleite en donde los justos beben del torrente del placer; lugar de esplendor, en donde los justos brillan como el fulgor del firmamento; lugar de alegría, en donde la hay eterna sobre sus cabezas; lugar de abundancia, en donde nada falta a los que le ven; lugar de suavidad, en donde aparece el Señor blando para todos; lugar de paz, en donde ésta hizo pacíficamente su asiento; lugar de admiración, en donde son admirables sus obras; lugar de saciedad, en donde nos saciaremos cuando aparezca su gloria; lugar de visión, en donde se verá una muy grande. ¡Oh región sublime llena de riquezas! Desde el valle de lágrimas suspiramos por ti, en donde resplandecerá una sabiduría sin ignorancia, un recuerdo sin olvido, un entendimiento sin error, una razón sin obscuridad. Región en la que, pasando Dios, suministrará a sus elegidos, esto es, se mostrará tal cual es. Allí será Dios todo para todos, allí la universalidad de las cosas, ordenadas admirablemente, dará al Creador gloria y alegría a la creatura. Corre, pues, alma espiritual, con los ojos de los deseos, por esta región y mira al Rey de la gloria, iluminado con su resplandor, rodeado de los ejércitos de ángeles, adornado con legiones de santos, deponer a

[13] Is. 14, 12.
[14] Ez. 28, 13.
[15] Is. 14, 11.
[16] Mt. 25, 41
[17] Is. 6, 3.

los soberbios y exaltar a los humildes, condenar a los demonios y redimir a los hombres. Mírale y di: *Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán* [18]. Y después de percibir con la mente tan preciosas mercancías, géneros tan preclaros, haz tu compra, esto es, el amor de Dios. Has visto las regiones, has probado las mercancías, has hecho tu compra, eres bienaventurado. Negocia, pues, mientras viene el Señor tu Dios para que puedas decirle: *Señor, me has dado cinco talentos; he ahí otros cinco que he ganado.* Y merecerás oír: *Entra en el gozo de tu Señor* [19], del Esposo de la Iglesia, que es bendito por los siglos. Amén.

43 De la magnanimidad, de la longanimidad, de la unanimidad *

1. En pocas palabras nos recomienda San Lucas tres virtudes en la Iglesia primitiva, a la que nos describe [1] perseverando en oración unánime después de la subida de Jesús y aguardando la consolación celestial que se les había prometido. Con laudable magnanimidad, pues, este pequeño rebaño, sin el consuelo del pastor, pero sin dudar en nada de que se tenía cuidado de él, más aún, con la seguridad de que se tenía para con él un cuidado paternal, llama al cielo con devotas pulsaciones, seguro de que penetran ahí las oraciones de los justos, de que no desprecia Dios las súplicas de los pobres y de que vuelven con bendición abundante. Mas tampoco persistían incansables sin longanimidad, según aquello del profeta: *Si se retrasa, aguárdale, porque seguramente vendrá y no tardará* [2]. Por otra parte, la unanimidad se lee expresada con toda evidencia, pues ésta sola merece el carisma del Espíritu divino. Dios no es Dios de disensión, sino de paz [3]; ni hace habitar en una misma casa sino a los de idénticas costumbres [4].

2. Con razón, pues, oyó el oído divino la preparación de su corazón y no los confundió en su esperanza, pues eran magnánimos, longánimes, unánimes. Ciertísimamente éstos son testimonios evidentísimos de la fe, de la esperanza, de la caridad. A la verdad, la esperanza obra la

[18] Ps. 83, 5.
[19] Mt. 25, 20-21.
* PL 183, 665.
[1] Act. 1, 14.
[2] Hab. 2, 3.
[3] 1 Cor. 14, 33.
[4] Ps. 67, 7.

longanimidad, y la caridad la unanimidad. Y ¿acaso la fe no hace también a uno magnánimo? Y sola ella. Cuando se presume sin la fe, no es aquélla sólida magnitud, sino una ventosa hinchazón y un tumor vano. ¿Quieres oír a un magnánimo? *Todo*, dice, *lo puedo en Aquel que me conforta* [5]. Imitemos, pues, hermanos míos, esta triple preparación, si deseamos obtener la medida sobreabundante. A todos, fuera de Cristo, se da con medida el Espíritu; mas el cúmulo de la medida sobreabundante parece en cierto modo exceder a la medida. Evidente fué la magnanimidad en nuestra conversión; lo sea también en la consumación la longanimidad, lo sea la unanimidad en la vida ordinaria. De semejantes almas quiere ser restaurada aquella Jerusalén celestial; de esas a las que no falta la magnitud de la fe al recibir la carga de Cristo, ni la longitud de la esperanza al persistir, ni la juntura de la caridad, que es vínculo de la perfección.

44 De aquellas cosas en que los misterios de Cristo no parecen haberse cumplido todavía *

1. Todo lo que leemos del Salvador son medicamentos de nuestras almas. Procuremos, pues, que no se diga alguna vez de nosotros: *Curamos a Babilonia y no ha sanado* [1]. Piense cada uno cómo obran en sí medicamentos tan saludables. Hay algunos para quienes no ha nacido todavía Cristo; los hay para quienes aún no ha padecido; los hay para quienes todavía no ha resucitado. Para unos, todavía no ha ascendido; para otros, aún no ha enviado al Espíritu Santo. ¿Cómo ha obrado la humildad de Aquel que, siendo igual a Dios, no tuvo por robo el compararse con El, mas se rebajó a sí mismo tomando forma de siervo? [2] ¿Cómo obra la humildad de Dios en el hombre soberbio? ¿Qué vestigios hay de su humildad en aquellos que con todo anhelo desean las riquezas terrenas y los honores? Por el contrario, ¿no se alegra vuestra conciencia, hermanos, de que podéis decir: *Un pequeño nos ha nacido?* [3] Los hay para quienes aún no ha padecido Cristo. Estos son los que rehuyen los trabajos y temen todavía la muerte, como si

[5] Phil. 4, 13.

* PL 183, 666.

[1] Ier. 51, 9.

[2] Phil. 2, 6-7.

[3] Is. 9, 6.

El no hubiese vencido los trabajos soportándolos y la muerte muriendo.

2. Los hay para quienes todavía no ha resucitado. Son los que se sienten morir continuamente en la ansiedad de los trabajos y en la aflicción de la penitencia. Los cuales, si no se abreviasen esos días, ¿quién los podría soportar? Para otros resucitó Cristo, pero no ascendió; más aún, vive todavía con ellos en la tierra con piadosa dulzura; éstos son los que están todo el día con devociones, que lloran en las oraciones y suspiran en sus meditaciones. Todas las cosas les son festivas y alegres y todos sus días se les canta un continuo *Aleluya*. Mas conviene quitarles la leche para que aprendan a comer alimento sólido; conviene que Cristo se les vaya y se les quite esta devoción temporal. Mas ¿cuándo podrán comprender esto? Se quejan de que Dios los ha abandonado, de que los ha privado de la gracia. Pero aguarden un poco, se sienten en la ciudad hasta que se les vista desde el cielo con cierta virtud más sólida y reciban carismas mayores del Espíritu Santo, como los apóstoles, que fueron promovidos a un grado más elevado y entraron a un camino sobreeminente de caridad no cuando lloraban solícitos y tristes, sino cuando con resonante victoria triunfaron del adversario común y aplastaron a Satanás debajo de sus pies.

45 De la Trinidad en Dios y en el hombre *

1. Aquella bienaventurada y sempiterna Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios, una suma potencia, una suma sabiduría, una suma benignidad, creó cierta trinidad a su imagen y semejanza, es a saber, el alma racional; la cual ofrece cierto vestigio de aquella suma Trinidad por cuanto consta de memoria, razón y voluntad. La creó, pues, de este modo para que, permaneciendo en El, fuese dichosa con su participación y, apartándose de El, fuese desgraciada a cualquier parte que se volviera. Mas esta trinidad creada prefirió caer por el impulso de la propia voluntad a permanecer por el libre arbitrio en la gracia del Creador. Cayó, pues, por la sugestión de la delectación y el consentimiento, de aquella suma y hermosa trinidad, es a saber, del poder, de la sabiduría y de la pu-

* PL 183, 667.

reza, en otra contraria y fea trinidad, esto es, en la enfermedad, en la ceguera, en la inmundicia. La memoria se hizo impotente y enferma; la razón, imprudente y tenebrosa; la voluntad, impura. Ahora bien, la memoria, que estando firme consideraba el poder de la simple divinidad, al caer y rodar sobre las piedras, quedó rota en tres partes, es a saber, en pensamientos afectuosos, onerosos, ociosos. Llamo pensamientos afectuosos a aquellos a los que se aficiona, como son los cuidados de las necesidades humanas: comer, beber y demás semejantes; onerosos, a los que versan sobre las administraciones externas y ocupaciones duras; ociosos, a los que ni se aficiona ni la oprimen, pero que la apartan de la contemplación de las cosas eternas; por ejemplo, pensar en un caballo que corre, en una ave que vuela.

2. La caída de la razón también es triple. La pertenecía discernir entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo cómodo y lo incómodo; pero en esto la ciega tanta obscuridad ahora, que muchas veces emite un juicio contrario, recibiendo lo malo por lo bueno, lo falso por lo verdadero, lo molesto por lo cómodo; y al contrario. Nunca, a la verdad, se engañaría si nunca se la privase de la luz en que fué creada. Mas porque ella cayó de ahí, sin duda ninguna, no encuentra otra cosa que las tinieblas de su ceguedad. Y de resultas perdió aquel instrumento mediante el cual trabajaba, es a saber, aquel tríptico de sabiduría: la ética, la lógica, la física, a las que podemos llamar con los otros nombres de ciencia moral, especulativa y natural. Ciertamente, por la ética se elige el bien y se reprueba el mal; por la lógica se conoce lo verdadero y lo falso; por la física, lo cómodo y lo incómodo, es a saber, qué debemos tomar a nuestro uso, qué debemos repudiar.

3. Sigue la voluntad, cuya ruina igualmente es triple. La que debía adherirse a la suma benignidad y pureza y amar sólo a ellas, caída por la propia iniquidad de lo más alto a lo más bajo, amó las cosas terrenas por la concupiscencia de la carne, por la concupiscencia de los ojos y por la ambición del siglo. ¿Qué caída se puede imaginar más desgraciada que ésta, en la que, arruinándose la memoria, la razón y la voluntad, se arruina toda la substancia del alma?

4. Pero aquella bienaventurada Trinidad, acordándose de su misericordia y olvidándose de nuestra culpa, reparó

esta caída tan grave, tan tenebrosa, tan ignominiosa de nuestra naturaleza. Vino el Hijo enviado por el Padre, y nos dió la fe; después del Hijo se envió al Espíritu Santo, y nos enseñó la caridad. Y así, mediante estas dos, es a saber, la fe y la caridad, nació la esperanza de volver al Padre. Y ésta es la trinidad, a saber, la fe, la esperanza y la caridad, mediante la cual aquella inconmutable y bienaventurada Trinidad llevó, como por una trinidad, del cienago profundo, a la perdida bienaventuranza a la otra trinidad mudable, caída y desgraciada. La fe iluminó la razón, la esperanza levantó la memoria, la caridad purificó la voluntad. Cuando vino, pues, Dios Hijo y se hizo hombre el que era Dios, dió, como médico bueno, preceptos, con cuya observancia se restaurase la salud perdida. Mas, para que se diera fe a esos preceptos, hizo milagros; para persuadir la utilidad de los mismos, prometió la bienaventuranza.

5. Una es la fe de los preceptos, otra la de los milagros, otra la de las promesas; esto es, con la primera esperamos en Dios, con la segunda confiamos en Dios, con la tercera creemos a Dios. Por la fe de los preceptos esperamos en Dios. Esperar en Dios no es otra cosa que aguardar en El y amarle. Por la fe de los milagros confiamos en Dios, porque puede tales cosas y todas las demás. Por la fe de las promesas creemos a Dios, porque cuanto ha prometido lo cumple con toda seguridad. Igualmente, la esperanza es triple, y procede de la triple fe predicha. De la fe de los preceptos nace la esperanza del perdón, de la fe de los milagros la esperanza de la gracia, de la fe de las promesas la esperanza de la gloria. Igualmente, la caridad se obtiene, en número ternario, *del corazón puro, de la conciencia buena y de la fe no fingida*[1]. La pureza la debemos al prójimo; la conciencia, a nosotros mismos; la fe, a Dios. La pureza consiste en que cuanto hacemos, lo hagamos o para la utilidad del prójimo o para el honor de Dios. Principalmente la debemos manifestar al prójimo, porque a Dios le somos ya manifiestos, mas al prójimo no lo podemos ser sino en cuanto le abrimos nuestro corazón. La conciencia buena la hacen en nosotros dos cosas: la penitencia y la continencia, es a saber, el castigar por la penitencia los pecados cometidos y el no cometer después, en virtud de la continencia, lo que luego habíamos

[1] Tim 1, 5.

de castigar ; y ésta nos la debemos a nosotros mismos. Finalmente, resta la fe no fingida, la cual debemos mostrar a Dios con toda solicitud, de suerte que ni por el prójimo a quien mostramos caridad ofendamos a Dios, ni por la conciencia que con la penitencia y continencia deseamos guardar en la humildad mostremos menos obediencia a los mandamientos de Dios ; y ésta es la fe no fingida. La llamamos no fingida para distinguirla de la fe muerta y de la fingida. Es muerta la fe que sin obras es fingida, la que ahora cree y en el tiempo de la tentación se aparta ; por lo que también se la llama ficticia, esto es, frágil.

6. Todo esto lo podemos resumir brevemente para que con más facilidad lo retenga la memoria. Digamos, pues : hay una Trinidad creadora, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la que cayó la trinidad creada : la memoria, la razón y la voluntad. Es trinidad también aquella por que cayó, es a saber, la sugestión, la delectación, el consentimiento. Es trinidad aquello en que cayó, es a saber, la impotencia, la ceguedad, la inmundicia. Por otra parte, la trinidad que cayó, la memoria, la razón, la voluntad, tuvo en cada una de ellas una caída triple : la memoria cayó en tres especies de pensamientos : afectuosos, onerosos, ociosos. La razón en una triple ignorancia : del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, de lo cómodo y de lo incómodo. La voluntad cayó, finalmente, en la concupiscencia de la carne, en la concupiscencia de los ojos y en la ambición del siglo. Es también trinidad aquello por que resucitó, es a saber, la fe, la esperanza, la caridad. Las cuales tienen triples subdivisiones. Hay una fe de preceptos, de milagros, de promesas ; hay una esperanza de perdón, de gracia, de gloria; hay una caridad de corazón puro, de conciencia buena y de fe no fingida.

46 De la conexión entre la virginidad y la humildad *

1. *Dios te salve, María, llena de gracia.* No podía residir la plenitud de la gracia en la sola virginidad, porque no a todos les es dado participar de ella. Felices los que no mancharon sus vestidos y, como nuestra Reina, se glorían del privilegio de la virginidad. Pero ¿acaso sólo tienes

* PL 183, 669.

una bendición, oh Señora? Te ruego que también a mí me bendigas. Esa virtud se perdió en mí; ya no puedo aspirar a ella. Me pudrí en mi estequilinio y me hice como un bruto; mas ¿acaso no tienes tú algo para mí? ¿No hay lugar donde poder estar contigo porque ya no te pueda seguir adondequiera que vayas? Busca el ángel a la niña que el Señor había destinado para el Hijo de su Señor. Bebe de tu cántaro, agradado por la virtud que ha reconocido; mas ¿no darás también de beber a los animales? Bebe el ángel aquello de que no conoces varón; beban también los animales aquello de que te glorías de la humildad. *Miró*, dice, *el Señor la humildad de su sierva* [1]. La virginidad sin humildad quizás tiene gloria, mas no delante de Dios. El Excelso siempre mira lo humilde y contempla desde lejos las alturas [2]. A los humildes les da gracia, a los soberbios les resiste [3]. Mas ni siquiera con estas dos metretas se llena tu hidria; es capaz también de otra tercera; de modo que no sólo beben el ángel y el animal, sino también el mismo arquitriclino. Este vino bueno que hemos guardado hasta el fin lo saca el ángel ministro, pero para llevárselo al arquitriclino [4]. Dice, pues, el ángel refiriéndose a la fecundidad de María, que es la tercera metreta: *Lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios* [5]; como si dijese: Con sólo El te es común esta generación.

47 De las cuatro soberbias *

1. *Dios te salve, María, llena de gracia.* Bien llena, pues es agradable a Dios, a los ángeles y a los hombres. A los hombres, por la fecundidad; a los ángeles, por la virginidad; a Dios, por la humildad. Ella afirma que Dios la ha mirado en esta tercera [1], porque Dios mira lo humilde, y lo elevado lo contempla de lejos [2]. Así como los ojos de Satanás ven todo lo sublime, así los ojos del Señor contemplan todo lo humilde. Por lo cual dice en el Cantar de los Cantares: *Vuelve, vuelve, sunamitis; vuelve, vuelve, para que te veamos* [3]. Cuatro veces dice *vuelve*, refiriéndose a las cuatro soberbias, por las que, apartada de Dios, no

[1] Lc. 1, 28. 48.
[2] Ps 137, 5.
[3] Iac. 4, 6.
[4] Io. 2, 6-10.
[5] Lc. 1, 35.
* PL 183, 670.
[1] Lc. 1, 28. 48.
[2] Ps. 137, 5.
[3] Cant. 6, 12.

veía. Hay, pues, una soberbia del corazón, una soberbia de la boca, una soberbia de la obra, una soberbia del vestido. Hay soberbia del corazón cuando el hombre es grande ante sus ojos. Contra ella ora el Sabio cuando dice: *No me des la soberbia de mis ojos*[4]. Y en otra parte: *¡Ay de vosotros los que sois sabios ante vuestros ojos!*[5] Hay soberbia de la boca o de la lengua, que se llama jactancia, cuando el hombre no sólo se siente grande, sino que también lo manifiesta. Por lo que el salmista dice: *Disperse el Señor todos los labios engañosos y la lengua charlatana*[6]. Hay soberbia de la obra cuando el hombre hace ciertas cosas externas para aparecer grande. De la cual dice el mismo salmista: *No habitará en mi casa el que obra soberbiamente*[7]. Hay soberbia del vestido cuando el hombre, para aparecer glorioso, se viste de preciosos trajes. Por lo cual dice San Pablo: *No en el vestido precioso*[8]. Y el Señor: *Los que se visten blandamente están en las casas de los reyes*[9], en donde abunda la soberbia. Cinco son las cosas que Dios ha puesto al alma racional como remedio de tan mortífera peste: el lugar, el cuerpo, la tentación del diablo, la predicación de Cristo y su vida. El lugar, porque es un destierro; el cuerpo, porque es oneroso; la tentación, porque inquieta; la predicación de Cristo, porque edifica, y su vida, porque enseña. Así como el alma es vida del cuerpo, así Dios es vida del alma; y así como el cuerpo se halla muerto si no le sustenta el alma por los cinco sentidos, así el alma está muerta si Dios no la humilla con estas cinco cosas.

48 De la pobreza voluntaria *

1. *Entró Jesús en cierta aldea, y una mujer por nombre María le recibió en su casa*[1]. La aldea en que entró Jesucristo es la pobreza voluntaria, que hace a sus habitantes estar seguros de la doble impugnación con que se ven atacados los amadores de este siglo, es a saber, de la propia envidia y de la ajena. La pobreza, como se la tiene por miseria, carece de ajena envidia; y porque es voluntaria no envidia nada a nadie. Estas dos hermanas simbolizan

[4] Eccli. 23. 5.
[5] Is. 5. 21.
[6] Ps. 11. 4.
[7] Ps. 100. 7.
[8] 1 Tim. 2. 9.
[9] Mt. 11. 8.

* PL 183. 671.
[1] Lc. 10. 38.

las dos vidas de los amantes de la pobreza. Algunos, con Marta, se preocupan de preparar al Señor Jesús dos guisos, es a saber, la corrección de la obra con la salsa de la contrición y la obra de piedad con el condimento de la devoción. Mas aquellos que con María se ocupan sólo para Dios, al considerar qué es Dios en el mundo, qué en los hombres, qué en los ángeles, qué en sí mismo, qué en los réprobos, contemplan que Dios es el rector y el gobernador del mundo, el libertador y protector de los hombres, el sabor y la gloria de los ángeles, el principio y el fin en sí mismo, el terror y el horror de los réprobos. En las criaturas le contemplan admirable; en los hombres, amable; en los ángeles, deseable; en sí mismo, incomprensible; en los réprobos, intolerable.

49 De la triple palabra *

1. *El día transmite la palabra al día:* el día al día, el ángel a la Virgen. El ángel es día por la beatitud, la Virgen es día por la virtud de la integridad. Y *la noche comunica a la noche la ciencia*[1]. La serpiente es noche por la malicia, la mujer es noche por la ignorancia. *El día transmite la palabra al día:* la Deidad a la virginidad, el seno de la paterna majestad al seno de la materna integridad. De otro modo: *El día transmite al día la palabra.* Dios Padre al alma racional iluminada por la fe. Y *la noche comunica la ciencia a la noche:* la creatura racional al alma racional no iluminada aún por la fe. Por lo que el Apóstol dice: *Las cosas invisibles de Dios se hacen visibles desde la creación del mundo por medio de las criaturas.* Por lo cual nosotros distinguimos palabra anunciada, palabra inspirada, palabra eructada. La primera hizo el conocimiento; la segunda, la conversión; la tercera, la vivificación. La primera perjudicó, la segunda no aprovechó, la tercera vivificó. La primera perjudicó, *porque, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se ensoberbecieron en sus pensamientos, y su corazón insensato se obscureció*[2]. La segunda no aprovechó porque no se dió la ley que puede aprovechar. La tercera vivificó, pues redimió por la cruz. La primera está toda fuera; la segunda, fuera y dentro; la tercera,

* PL 183, 671. [1] Ps. 18, 3. [2] Rom. 1, 20-21.

toda dentro. Y nota que cuando se eructa, se saca de la plenitud del que eructa como cierto sabor de la misma substancia. Y por eso se dice que la Sabiduría encarnada tiene en sí toda la plenitud [3]: en los milagros, el conocimiento; en la doctrina, la conversión; en la pasión, la vivificación. Por lo que dice el profeta: *Venid y volvamos al Señor, porque El nos ha tomado y nos sacará, nos herirá y nos curará. Nos vivificará después de dos días*, es a saber, del conocimiento y de la conversión; *en el tercer día nos resucitará* con la voz de la Palabra encarnada por su primera resurrección; *y viviremos en su presencia*, vivificados por la pasión, iluminados con mayor claridad por el conocimiento de los milagros; *y le seguiremos para conocer al Señor* [4], instruídos por la conversión de la doctrina.

50 De la manera de ordenar rectamente los afectos *

1. *Salid, hijas de Sión, y ved al rey Salomón.* No dice al Eclesiastés o al Idida [1] (con estos dos nombres era llamado aquel rey), porque esta frase se refiere a Jesucristo, nuestro verdadero Salomón, que es Salomón, esto es, pacífico, en el destierro; Eclesiastés, esto es, orador en el juicio; Idida, esto es, amado del Señor en el reino. En todas partes rey. En el destierro es ordenador de las costumbres, en el juicio, remunerador de los méritos; en el reino, distribuidor de los premios. En el destierro es manso; en el juicio, justo; en el reino, glorioso. En el destierro es amable; en el juicio, terrible; en el reino, admirable. *Con la corona con que le coronó su madre* [2]. Esta corona es de misericordia, y en esto, imitable. Le coronó también su madrastra con corona de miseria, y en esto es despreciable. Hablo de la Sinagoga, que no se mostró como madre, sino como madrastra. Le coronó su familia con corona de justicia, y en esto es terrible. Le coronó su Padre con co-

[3] Io. 1. 16.
[4] Os. 6. 1-3.

* PL 183. 672.
[1] En el l. 2 de los Reyes. c. 12. v. 25. el profeta Natán da a Salomón el nombre de *Jedidejah*, que significa *Amable a Dios*. De él se formó, por razón de mayor facilidad, el otro de *Idida*.
[2] Cant. 3, 11.

rona de gloria, y en esto es deseable. Véanle, pues, los pecadores con la corona de miseria, esto es, de espinas, y se arrepientan ; véanle las hijas de Sión, las almas afectuosas, con la corona de misericordia y le imiten ; le verán los impíos con la corona de justicia y perecerán ; le verán los santos con la corona de gloria y se gozarán perpetuamente.

2. *Salid, hijas de Sión,* almas delicadas, del sentido de la carne a la inteligencia de la mente ; de la servidumbre de la concupiscencia carnal, a la libertad de la inteligencia espiritual ; *y ved al rey Salomón con la diadema con que le ha coronado su madre.* Ciertamente son también coronados otros imitadores de El, mas esto con trabajos y ayudados por la gracia. A sólo Este le coronó su madre, porque sólo El salió del seno de la madre con los afectos ordenados, como un esposo del tálamo. Estos afectos son cuatro conocidísimos : amor y alegría, temor y tristeza. Sin éstos no puede subsistir el alma humana. Para unos sirven de corona ; para otros, de confusión. Purgados y ordenados, vuelven al alma gloriosa por la corona de las virtudes ; desordenados, la vuelven despreciable e ignominiosa por la confusión. Se purifican de esta manera : si se ama lo que debe ser amado, si se ama más lo que debe ser más amado, si no se ama lo que no debe ser amado, el amor está purificado. Y así de los demás. Se ordenan de esta manera : el temor al principio ; después, la alegría ; después, la tristeza ; al fin, el amor. Tal es su clasificación : del temor y de la alegría nace la prudencia ; el temor es causa de la prudencia ; la alegría, el fruto. De la alegría y la tristeza nace la temperancia, de la cual la tristeza es la causa, y la alegría, el fruto. De la tristeza y del amor nace la fortaleza, y su causa es la tristeza, y el fruto, el amor. Se cierra el círculo de la corona : del amor y del temor nace la justicia ; su causa es el temor, y su fruto, el amor.

3. Considera, pues, cómo estos afectos son virtudes si están ordenados, perturbaciones si desordenados. Si la tristeza sigue al temor, engendra la desesperación ; si el amor a la alegría, la disolución. Siga, por tanto, la alegría al temor, pues el temor tiene cuidado de lo futuro, la alegría se alegra de lo actual y posee el fin de la cautela prudente. Pruebe, pues, la alegría al temor. El temor probado no es otra cosa que la prudencia. Acompañe a la alegría la tristeza, porque abraza moderadamente las ale-

grías quien se acuerda de las tristezas. Temple la tristeza a la alegría. Júntese el amor a la tristeza, porque soporta con alegría las cosas tristes quien desea con amor las cosas que deben ser amadas. Conforte el amor a la tristeza. La tristeza confortada no es otra cosa que la fortaleza. Júntese el amor al temor, porque se adhiere ordenadamente a las cosas que hay que amar quien no desprecia las cosas que hay que temer. Ordene el amor al temor. El temor ordenado no es otra cosa que la justicia. Estos dos afectos, la tristeza y la alegría, no se extienden a otras cosas. En nosotros mismos nos alegramos y en nosotros mismos nos entristecemos. En cambio, el amor y el temor se extienden a otras cosas. El temor es un afecto natural que nos une al superior por la parte inferior y dice relación con sólo Dios. El amor es un afecto que nos une con el superior, con el inferior y con el igual y dice relación a Dios y al prójimo. En estas dos cosas, pues, consiste la perfecta justicia: en temer a Dios por su poder y amarle por su bondad y en amar al prójimo por la unidad de naturaleza.

51 De la purificación de María y de la circuncisión de Cristo*

¿Qué entendemos cuando decimos que María se purificó? Y ¿qué cuando decimos que se circuncidó a Cristo? A la verdad, ni ella tuvo necesidad de la purificación ni El de la circuncisión. Por nosotros, pues, se circuncida éste y ella se purifica. Nos dan ejemplo a los que hacemos penitencia para que, absteniéndonos de los vicios, primero nos circuncidemos por la continencia, después nos purifiquemos por la penitencia de los pecados cometidos. ¿Qué significa que María lleva a Jesús en el seno; San José, en los hombros al ir y volver de Egipto; Simeón, en los brazos? Representan a los tres órdenes de elegidos: María, a los predicadores; San José, a los penitentes; Simeón, a los buenos operadores. El que evangeliza a otros, lleva a Jesús como en el seno para darle a luz a otros o, más bien, en otros. De éstos era el bienaventurado San Pablo, quien decía: *Hijitos míos, a los que de nuevo doy a luz hasta que se forme Cristo*

* PL 183, 673.

en vosotros[1]. Quienes por causa de Cristo se ven colmados de trabajos, quienes padecen persecución, quienes no hacen a nadie ningún mal, mas sufren con paciencia los que se infieren a ellos, con razón llevan a Cristo en los hombros. A éstos dice la misma Verdad: *Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*[2], etc. Quien da pan al hambriento, bebida al sediento y obra con los necesitados las demás prácticas de caridad, ¿no lleva a Cristo en sus brazos? A éstos les dirá en el juicio el Señor: *Cuando hicisteis esto a uno de mis pequeñuelos, a mí me lo hicisteis*[3].

52 De la casa de la divina sabiduría, esto es, de la Virgen María *

1. *La sabiduría edificó para sí una casa*[1], etc. Como hay varias sabidurías, debemos buscar qué sabiduría edificó para sí la casa. Hay una sabiduría de la carne, que es enemiga de Dios[2], y una sabiduría de este mundo, que es insensatez ante Dios[3]. Estas dos, según el apóstol Santiago, son *terrenas, animales y diabólicas*[4]. Según estas sabidurías, se llaman *sabios los que hacen el mal y no saben hacer el bien*[5], los cuales se pierden y se condenan en su misma sabiduría, como está escrito: *Cogeré a los sabios en su astucia*[6]; *Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes*[7]. Y, ciertamente, me parece que a tales sabios se adapta digna y competentemente el dicho de Salomón: *Vi una malicia debajo del sol: el hombre que se cree ante sí ser sabio.* Ninguna de estas sabidurías, ya sea la de la carne, ya la del mundo, edifica, más bien destruyen cualquiera casa en que habiten. Pero hay otra sabiduría *que viene de arriba; la cual primero es pudorosa, después pacífica*[8]. Es Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios, de quien dice el Apóstol: *Al cual nos ha dado Dios como sabiduría y justicia, santificación y redención*[9].

2. Así, pues, esta sabiduría, que era de Dios, que era Dios, vino a nosotros del seno del Padre y edificó para sí

[1] Gal. 4, 19.
[2] Lc. 9, 23.
[3] Mt. 25, 40.
* PL 183, 674.
[1] Prov. 9, 1.
[2] Rom. 8, 7.
[3] 1 Cor. 3, 19.
[4] Iac. 3, 15.
[5] Ier. 4, 22.
[6] 1 Cor. 3, 19.
[7] 1 Cor. 1, 19.
[8] Iac. 3, 17.
[9] 1 Cor. 1, 30.

una casa, es a saber, a María virgen, su madre, en la que talló siete columnas. ¿Qué significa tallar en ella siete columnas sino hacer de ella una digna morada con la fe y las buenas obras? Ciertamente, el número ternario pertenece a la fe en la santa Trinidad, y el cuaternario, a las cuatro principales virtudes. Que estuvo la Santísima Trinidad en María (me refiero a la presencia de la majestad), en la que sólo el Hijo estaba por la asunción de la humanidad, lo atestigua el mensajero celestial, quien, abriendo los misterios ocultos, dice: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo;* y en seguida: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*[10]. He ahí que tienes al Señor, que tienes la virtud del Altísimo, que tienes al Espíritu Santo, que tienes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Ni puede estar el Padre sin el Hijo o el Hijo sin el Padre o sin los dos el que procede de ambos, el Espíritu Santo, según lo que dice el mismo Hijo: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí.* Y otra vez: *El Padre, que permanece en mí, ése hace los milagros*[11]. Es claro, pues, que en el corazón de la Virgen estuvo la fe en la Santísima Trinidad.

3. Que poseyó las cuatro principales virtudes como cuatro columnas, debemos investigarlo. Primero veamos si tuvo la fortaleza. ¿Cómo pudo estar lejos esta virtud de aquella que, relegadas las pompas seculares y despreciados los deleites de la carne, se propuso vivir sólo para Dios virginalmente? Si no me engaño, ésta es la virgen de la que se lee en Salomón: *¿Quién encontrará a la mujer fuerte? Ciertamente, su precio es de los últimos confines*[12]. La cual fué tan valerosa, que aplastó la cabeza de aquella serpiente a la que dijo el Señor: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, tu descendencia y su descendencia; ella aplastará tu cabeza*[13]. Que fué templada, prudente y justa, lo comprobamos con luz más clara en la alocución del ángel y en la respuesta de ella. Habiendo saludado tan honrosamente el ángel diciéndola: *Dios te salve, llena de gracia,* no se ensoberbeció por ser bendita con un singular privilegio de la gracia, sino que calló y pensó dentro de sí qué sería este insólito saludo. ¿Qué

[10] Lc. 1, 28. 35.
[11] Io. 14, 10.
[12] Prov. 31, 10.
[13] Gen. 3, 15.

otra cosa brilla en esto sino la templanza? Mas cuando el mismo ángel la ilustraba sobre los misterios celestiales, preguntó diligentemente cómo concebiría y daría a luz la que no conocía varón; y en esto, sin duda ninguna, fué prudente. Da una señal de justicia cuando se confiesa esclava del Señor [14]. Que la confesión es de los justos, lo atestigua el que dice: *Con todo eso, los justos confesarán tu nombre y los rectos habitarán en tu presencia* [15]. Y en otra parte se dice de los mismos: *Y diréis en la confesión: Todas las obras del Señor son muy buenas* [16].

4. Fué, pues, la bienaventurada Virgen María fuerte en el propósito, templada en el silencio, prudente en la interrogación, justa en la confesión. Por tanto, con estas cuatro columnas y las tres predichas de la fe construyó en ella la Sabiduría celestial una casa para sí. La cual Sabiduría de tal modo llenó la mente, que de su plenitud se fecundó la carne, y con ella cubrió la Virgen, mediante una gracia singular, a la misma sabiduría, que antes había concebido en la mente pura. También nosotros, si queremos ser hechos casa de esta sabiduría, debemos tallar en nosotros las mismas siete columnas, esto es, nos debemos preparar para ella con la fe y las costumbres. Por lo que se refiere a las costumbres, pienso que basta la justicia, mas rodeada de las demás virtudes. Así, pues, para que el error no engañe a la ignorancia, haya una previa prudencia; haya también templanza y fortaleza para que no caiga ladeándose a la derecha o a la izquierda.

53 De los nombres del Salvador *

1. *Y será su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz* [1]. Es *Admirable* en el nacimiento, *Consejero* en la predicación, *Dios* en las obras, *Fuerte* en la pasión, *Padre del siglo futuro* en la resurrección, *Príncipe de la paz* en la perpetua bienaventuranza. Estos mismos nombres se le pueden asignar con toda propiedad en la obra de nuestra sal-

[14] Lc. 1, 28-38.
[15] Ps. 139, 14.
[16] Eccli. 39, 21.

* PL 183, 676.
[1] Is. 9, 6.

vación. En primer lugar, se llama *Admirable* en la conversión de nuestra voluntad, que es mutación de sola la diestra del Excelso. En segundo lugar, se llama *Consejero* en la revelación de su voluntad, cuando nos revela lo que debemos seguir los convertidos. Por lo cual decía San Pablo después de convertido: *Señor, ¿qué quieres que haga?*[2] Es necesario que éstos se duelan de sus pecados, en cuya remisión se llama *Dios*, pues es obra propia suya perdonar los pecados. De aquí que, al perdonar nuestro Salvador los pecados en la tierra, le llamasen blasfemo los judíos[3] por asumir lo que era sólo de Dios. En cuarto lugar, se dice *Fuerte*. Según la sentencia del mismo Apóstol, es necesario que *todos los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo sufran persecución*[4].

2. Mas ¿quién sufrirá, si Aquél no ayuda? Por lo cual dice David: *Si no fuera porque el Señor me ayuda, mi alma habitaría poco menos que en el infierno*[5]. Cuando nos protege en las tribulaciones, cuando aparta y repele de nosotros las mismas potestades aéreas, ¿qué otra cosa se le puede llamar por esto sino *Fuerte?* Por lo cual se ha dicho: *El Señor es fuerte y poderoso, el Señor es poderoso en la batalla*[6]. Y porque nuestra conversión y vida en Cristo la debemos hacer no por los bienes temporales, sino con la esperanza de los futuros, por eso se pone en quinto lugar *Padre del siglo futuro*. Es a saber, *Padre* en la regeneración de nuestros cuerpos. Y *porque todos, ciertamente, resucitaremos, pero no todos seremos transformados*[7], se pone en sexto lugar *Príncipe de la paz*, para que discierna la inmutación de los justos de la resurrección de los inicuos. La cual obtenida, se cumple toda perfección, ni queda ya otra cosa que desear. Esa es por cuya exaltación canta el salmista diciendo: *Alaba, Jerusalén, al Señor. Alaba a tu Dios, Sión. Porque aseguró los cerrojos de tus puertas y bendijo a tus hijos en ti el que puso la paz en tus confines*[8]. La consecuencia y virtud de estos seis nombres los resumió breve y elegantemente el ángel con una sola palabra al decir a José: *Y le pondrás por nombre Jesús*. Y, exponiendo la razón de este nombre, añade: *El salvará a su pueblo de sus pecados*[9].

---

[2] Act. 9. 6.
[3] Mt. 9. 3.
[4] 2 Tim. 3, 12.
[5] Ps. 93. 17.
[6] Ps. 23. 8.
[7] 1 Cor. 15, 51.
[8] Ps. 147. 12-14
[9] Mt. 1, 21.

54 De la aparición de Cristo *

1. Apareció el Hijo de Dios para ayudarnos y enseñarnos; lo cual puede, porque es Virtud y Sabiduría del Padre. La virtud ayuda, la sabiduría enseña e informa. La enfermedad tiene necesidad de auxilio, la ceguera necesita de enseñanza y doctrina. Nos enseñó ciertamente, haciendo que renunciásemos a la impiedad y a los deseos seculares, para vivir sobria, justa y piadosamente [1]. La incredulidad era impiedad, porque ni creíamos en Dios ni le honrábamos. Así como es piadoso honrar a Dios, así es impío renegar de El. Deseos seculares son la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, las cuales arrastran e inclinan al amor del mundo. Relegadas éstas, vive el hombre sobriamente, refrenando la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Mas, después que empieza a ser sobrio, pone una doble sobriedad contra la doble embriaguez. La efusión de los deleites es la embriaguez externa; la ocupación en las cosas vanas, la interna. Por el contrario, la sobriedad externa es el freno de los deleites; la interna, la exclusión de las curiosidades. De este modo vive el hombre sobriamente en cuanto a sí mismo, justamente en cuanto al prójimo y piadosamente en cuanto a Dios. *Piadosamente en cuanto al prójimo,* al que tributa lo que es justo. La justicia consiste en dos cosas: en la inocencia y la beneficencia. La inocencia da principio a la justicia, la beneficencia la consuma. *Piadosamente en cuanto a Dios.* La piedad consiste en dos cosas: en no presumir de nosotros, sino en confiar perfectamente en Dios, para vencer por El todos los impedimentos del mundo. No hemos de desconfiar de Dios, sino obrar con seguridad y confianza. El, como médico piadoso y digno de alabanza, bebió la poción antes de presentarla a los suyos, esto es, sufrió antes la pasión y la muerte, con lo que recibió la inmortalidad y la impasibilidad, para enseñar a los suyos a beber con confianza la poción que engendra la salud y la vida. Quien, después de la pasión, vive con vida eterna, nos infunde confianza para que esperemos recibir de El lo mismo.

* PL 183, 677.
[1] Tit. 2, 12.

55 De las seis hidrias espirituales *

1. *Estaban allí colocadas seis hidrias de piedra según la purificación de los judíos*[1]. Entendemos que las seis hidrias puestas allí simbolizan las seis observancias propuestas a los siervos de Dios, en las cuales, como judíos, deben purificarse. Estas son: el silencio, la salmodia, la vigilia, el ayuno, el trabajo manual, la pureza. En la hidria del silencio nos purificamos de los pecados que contraemos con la locuacidad. Este vicio tiene ocho especies: hay palabra tonta, vana, mentirosa, ociosa, dolosa, maldiciente, deshonesta, excusatoria. Esta peste nace de la locuacidad, y con la censura del silencio, o se evita completamente o se reprime para que no haga daño. En la salmodia se hace una doble confesión, pues en ella se conduele el pecador de los pecados y se dan a Dios alabanzas por los juicios de su justicia. En esta hidria cualquier judío que se confiese rectamente se purifica del espíritu inmundo de la blasfemia, a la que estaba sometido antes de la conversión. Al alabarse a sí mismo y acusar a Dios, ¿qué otra cosa era sino blasfemo? ¿Acaso no son blasfemos los que dicen: *No son justos los caminos del Señor?*[2] ¿Acaso no es blasfemo insensato aquel que dice en su corazón: *No hay Dios?*[3] Mas ahora, convertido y confesado, instruído en cánticos divinos, con la corrección de la vida corrige también las palabras. Acusándose a sí mismo, se atribuye a sí las cosas malas; alabando a Dios, aplica las cosas buenas que ve en sí no a sí, sino a El; y todo esto lo hace en la salmodia. Por salmodia entiende todo lo que se da a Dios con espíritu melódico, ya sean salmos, ya himnos, ya cualquiera cántico.

2. La tercera hidria son las vigilias. A éstas siempre las debe acompañar la oración insistente. Por eso, se lee en el Evangelio que Jesucristo pasaba las noches en oración[4] y que, al exhortar a sus discípulos, juntó ambas cosas, diciendo: *Vigilad y orad para no caer en la tentación*[5]. Tales vigilias nos lavan de las manchas que hemos contraído cuando, dominados por el sueño, nos hicieron olvidar el camino de nuestra salvación la tibieza y la negligencia. La cuarta hidria es el ayuno.

* PL 183. 677.
1 Io. 2, 6.
2 Ez. 18. 25.
3 Ps. 52. 1.
4 Lc. 6. 12.
5 Mc. 14. 38.

¿Quién dudará de que también él purifica? Es verdadera aquella sentencia: Las cosas contrarias se curan con las contrarias. Si, pues, hemos pecado por la gula y la glotonería, ¿qué nos resta sino repararlo por la abstinencia? Y no sólo purifica el ayuno este vicio, sino que tiene además virtud para arrojar los demonios, como dice el Señor: *Este género de demonios con ninguna otra cosa puede salir sino con oración y ayuno*[6].

3. Sigue la quinta hidria que hemos llamado trabajo manual. Si buscamos en ella alguna purificación, la podemos encontrar de numerosas maneras. Y pasando muchas cosas, ¿quién no ve cuán digno es de alabanza y de cuánto mérito aquello que hace a uno contentarse con su trabajo y no desear ninguna otra cosa? Y, para que no piense alguno que digo esto más por hablar que por decir verdad, oiga a nuestro mismo doctor en la fe, al apóstol Pablo, enseñar y mandar estas mismas cosas en su Carta a los Tesalonicenses: *Os rogamos, hermanos míos, que adelantéis más y más, que desempeñéis vuestro oficio, que viváis en paz, que cumpláis con vuestro deber, que trabajéis con vuestras manos, como os he mandado; que os portéis bien con aquellos que están fuera de la Iglesia, que no deseéis ninguna otra cosa más*[7]. Oiga al mismo hacer lo que decía: *Vosotros mismos sabéis que debéis imitarnos; no estuvimos inquietos entre vosotros, ni comimos gratuitamente el pan de otro, sino que trabajamos y nos fatigamos día y noche para no ser gravosos a ninguno.* Oiga una vez más enseñar lo que decía: *Cuando estábamos entre vosotros, os dijimos que, si alguno no trabajaba, no comiese*[8]. ¿Ves con cuánta solicitud manda el doctor de las gentes que se observe el trabajo de manos? ¿Por qué procuró esto con tanto cuidado sino porque, como pastor bueno y diligente, previó que convenía sobremanera a la salud de las ovejas?

4. Resta la última hidria, la pureza. En ésta nos limpiamos de aquellas inmundicias repartidas por los cinco sentidos del cuerpo: por la vista, por el oído, por el gusto, por el olfato, por el tacto. Por otra parte, las restantes obras predichas, esto es, el silencio, la salmodia, las vigilias, el ayuno, el trabajo manual, no pueden ejercitarse sin ésta. Si no están ceñidos los riñones, esto es, si falta la pureza, ¿qué aprovecharán las lámparas en-

[6] Mc. 9, 28. [7] 1 Thes. 4, 10-11. [8] 2 Thes. 3, 7.

cendidas? De esto debemos colegir lo necesario que es la purificación de esta hidria, pues sola tiene tanta virtud de salvación como las restantes juntas. Hemos de notar, además, que en todas estas observancias, las cuatro primeras las debemos a nosotros mismos; la quinta, al prójimo; la sexta, a Dios. El silencio, la salmodia, las vigilias, el ayuno, cada uno lo debe ejercitar por sí mismo, esto es, para nuestro perfeccionamiento; el trabajo manual, por el prójimo, para no gravar a ninguno, sino, más bien, tener de dónde socorrer las necesidades del que padece; la pureza, por Dios, para agradarle y hacer su voluntad. Por lo que está escrito: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación; que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificación y honor*[9]. El llamarse aquellas hidrias de piedra, significa que no pueden ser observadas sin cierta dificultad y que es duro y áspero el camino que conduce a la vida. O también se las llama de piedra por la fortaleza, para que no se rompan o se deshagan fácilmente y se derrame el licor de la gracia que hay en ellas: lo cual, ciertamente, podría acontecer pronto si fuesen de barro o de madera o de cualquiera otra materia frágil. O también se llaman de piedra, esto es, cristianas, por estar hechas de la piedra, Cristo, y en su fe.

56 De cómo se han de llenar las hidrias místicas con un triple temor *

7. *Cada una de ellas cabía dos o tres metretas.* Primero hay que saber que estas hidrias algunas veces están vacías, algunas veces llenas. Algunas veces llenas de veneno, algunas veces de agua, algunas veces también de vino. Están vacías y sin nada cuando se hacen por vanagloria o algún emolumento temporal. Están llenas de veneno si se soportan con murmuración o con rencor de ánimo. Están llenas de agua cuando se observan por el temor de Dios, pues en el agua se simboliza el temor de Dios. Por lo cual se lee en Salomón: *El temor del Señor es fuente de vida*[1]. Están llenas de vino cuando el temor se convierte en amor, cuando la caridad excluye el temor, cuando aquellas cosas que primero se observaban por el

[9] 1 Thes. 4, 3-4. * PL 183, 679. [1] Prov. 14, 27.

temor de la pena se ejercitan después por la delectación y amor de la justicia. Dios no quiere que estén vacías o llenas de veneno, pero manda que se llenen de agua para que el agua se convierta en vino, como hizo el Señor. Mas ¿a quiénes manda el Señor llenar las hidrias? A los ministros ciertamente, a quienes ha puesto a la cabeza de su familia para que le den a su tiempo la medida de trigo, a quienes primero se lo sugiere María, diciendo: *Haced todo lo que os diga.* Con este ejemplo se insinúa que el oficio de la predicación no lo deben desempeñar sino aquellos a quienes María, esto es, la madre gracia, haya instruído primero. De otro modo, se les dirá: *Reinaron y no por mi mandato; se hicieron príncipes y lo ignoré*[2]. Llenan, pues, los ministros las hidrias de agua; predican cosas admirables de la dulzura del reino; describen cosas horribles de los terrores del suplicio. Con estas dos cosas adquieren los oyentes un sumo temor de perder aquéllas y de caer en éstos; y por eso las hidrias caben dos metretas. Mas ¿qué significa eso de *o tres?* Añádase a los dos un tercer temor y cabrán tres metretas. Ciertamente, los dos predichos temores de futuro son muy útiles; mas hay otro temor de presente mucho más posible, que siempre teme el hombre con pavor, y es el perder la gracia interna. Quien estuviere repleto de este temer, añadió sin duda ninguna a las dos metretas una tercera.

2. Hay que notar que cuando las hidrias se han llenado hasta el sumo, entonces el agua se convierte en vino, porque es un orden razonable que, constituyendo el temor el principio de la caridad, le siga, cuando es perfecto, la plenitud del amor. Por lo cual dice también el arquitriclino al esposo: *Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están ya embriagados, entonces saca lo que es peor; mas tú has guardado el buen vino para ahora*[3]. Las gentes del mundo, cuando desean adquirir algún honor, tienen la costumbre de conquistar primero a los hombres por el amor. Mas cuando le han conseguido, orgullosos del poder, someten luego por el temor a aquellos a quienes antes habían mostrado no terror, sino amor. Estos ponen primero el buen vino, esto es, el amor; y cuando están embriagados, entonces sacan lo que es peor, esto es, el temor. Pero nuestro Esposo lo hace al revés. Siempre

[2] Os. 8. 4.
[3] Io. 2. 6. 10.

guarda para el fin el buen vino; y lo que en su comparación es peor, lo da antes, diciendo: *Hijo, cuando entres a servir al Señor, está firme en el temor* [1]. Si por temor te haces siervo suyo, El te hará amigo suyo por la caridad. Y así, el agua del temor se transformará en vino de dilección. Para esto, pues, te purificas en aquellas seis hidrias con el agua del temor, para esto te acercas con temor a El, como siervo al señor, para que de siervo pases a ser hijo.

57 De los siete sellos que desató Cristo *

1. *He ahí que venció el León de la tribu de Judá; la raíz de David abre el libro y desata sus siete sellos* [1]. Los siete sellos son el nacimiento temporal, la circuncisión legal, la purificación de la madre, la huída a Egipto, las necesidades de la carne, el bautismo, la pasión. Estos son, en verdad, ciertos signos de la humanidad, a los cuales la Sabiduría encarnada de Dios quiso adherirse y ligarse. El es la segunda persona de la Trinidad, y aunque dicha encarnación la obraron juntamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con todo eso, ni el Padre ni el Espíritu Santo se encarnaron, sino sólo el Hijo. Llenaron, ciertamente, el Padre y el Espíritu Santo la carne del Hijo, pues ninguno podía separarse de El, mas la llenaron con la majestad, no con la suscepción. Así, pues, el Hijo mostró en la carne el poder del Padre mediante las obras, mostró la bondad del Espíritu Santo perdonando los pecados; y lo que era suyo, mejor, lo que era El mismo, esto es, la sabiduría, se ocultó en aquellos signos anotados. Se hizo una cosa admirable y estupenda. Se debilitó la virtud suma y (por decirlo así, si es lícito decirlo, lo cual digo reverentemente) se enfatuó en cierto modo la Sabiduría. No me avergüenzo de decir lo que no se avergonzó el doctor de las gentes de enseñar. Así lo creyó, así lo enseñó, así lo dejó escrito: *Nosotros*, dice, *predicamos a Cristo crucificado, escándalo, a la verdad, para los judíos, insensatez para los gentiles; mas para los judíos y griegos llamados, Cristo es Virtud de Dios y*

[1] Eccli. 2. 1.
* PL 183. 680.
[1] Apoc. 5, 5.

Sabiduría de Dios; pues lo que parece insensatez en Dios, es más sabio que los hombres, y lo que parece débil en Dios, es más fuerte que los hombres[2].

2. Con todo eso, había que esconder y cubrir esta virtud en la humildad para que se cumpliesen todos los oráculos de los profetas. Padeció, pues, en la cruz el Dios impasible y en nuestra carne mortal murió y fué enterrado el Hijo de Dios inmortal. Mas he ahí que al tercer día resucitó de entre los muertos; y quien había sido en la pasión cordero, se hizo león en la resurrección. *Resucitó y venció el León de la tribu de Judá*, porque pisoteó, al resucitar por su virtud, la muerte que por nuestra debilidad había sufrido. Resucitado, pues, de entre los muertos, ya no muere; la muerte no le volverá a dominar más[3]. Resucitado y subido a los cielos, abrió el libro, porque con la autoridad de la Sagrada Escritura descubrió claramente que era Dios. Por lo cual está escrito: *Exalta, Dios, sobre los cielos y sobre la tierra tu gloria*[4]. Desató los siete sellos de este libro cuando abrió a las inteligencias de los fieles con la explicación de la sagrada Palabra lo que habían predicho los profetas y la Ley en alegorías de sus misterios, de esos que obró viviendo temporalmente. Estas cosas predichas de sí mismo las mostró con luz clarísima obradas en sí mismo.

58 De las tres mujeres que ungen al muerto, esto es, de la mente, de la mano, de la lengua; las cuales procuran la salud del prójimo *

1. ¿Qué significa el que, después de su muerte, aquellas tres santas mujeres compraron aromas para ungir al que estaba puesto en el sepulcro? ¿Qué nos dejaron en su acción digno de imitar? Las cosas hechas, como dice el bienaventurado San Gregorio, indican algo que hacer en la santa Iglesia[1]. Si nosotros vemos en el corazón de algún hermano a Cristo muerto, muerta la fe en Cristo, debemos trabajar para acercarnos a ungir el cuerpo exánime con los aromas comprados. Estas tres muje-

[2] 1 Cor. 1, 23-25.
[3] Rom. 6, 9.
[4] Ps. 107, 6.

* PL 183, 681.
[1] Hom. pascual.

res significan en nosotros tres potencias que compran aromas congruos. ¿Quiénes son éstas? La mente, la mano, la lengua. Todo el que compra da y recibe algo; pierde lo que da para poseer lo que recibe. Da, pues, la mente el dinero de la propia voluntad y compra el afecto de la compasión, el celo de la justicia, la discreción del consejo. La mano da la obediencia y compra la paciencia en la tribulación, la perseverancia en el trabajo, la continencia en la carne. La lengua da el dinero de la confesión y recibe moderación en la corrección, abundancia en la exhortación, eficacia en la persuasión.

2. Preparados tales ungüentos, hablan entre sí al venir juntamente al sepulcro y dicen: *¿Quién nos apartará la piedra de la puerta del sepulcro?*[2] Esta piedra es o la excesiva tristeza, o la pereza, o la dureza, la cual, si obstruye la puerta del corazón, en vano vienen con diversos aromas a embalsamar el cuerpo o la mente, o la mano, o la lengua. Mas porque está escrito: *Tu oído oyó la preparación de su corazón*[3], ven la piedra corrida, entran en el sepulcro y oyen que ha resucitado el muerto a quien querían ungir. ¿Quién indica esto? ¿Quién predica esto? El ángel de la resurrección. Se le ve, pues, a aquel en quien Cristo ha resucitado con rostro más alegre, con mirar más risueño, con palabras más puras, con andar más modesto, con espíritu más pronto para toda obra buena. Y todas estas cosas, ¿qué son sino un nuncio de la feliz resurrección interna? Lo demás que se hizo y se dijo en la resurrección de Cristo, como, por ejemplo, la invención del sudario, lo de ver al mismo Señor en Galilea y otras cosas que contiene la narración evangélica, pueden interpretarse conforme al modo empezado; de suerte que lo que históricamente precedió en la cabeza, se obre también moralmente en su Cuerpo.

59 De los tres panes del hombre espiritual *

1. *Amigo, dame tres panes*[1]. Cuando viene a nosotros del viaje nuestro amigo, esto es, cualquier prójimo convertido, le debemos dar tres panes. El primer pan es la continencia, con la que se refrena el cuerpo, para que no vuel-

[2] Mc. 16. 1. 3.
[3] Ps. 9, 17.

* PL 183. 682.
[1] Lc. 11. 5.

va después a los deleites mortales. El segundo es la humildad, con la que se instruye el alma, para que no se ensoberbezca por su continencia. El tercero es el fervor de la caridad, con el que se enciende el espíritu, para que guarde a ambos, es decir, al cuerpo y al alma, en la castidad y en la humildad. Con estas tres virtudes se alimenta y se fortifica el hombre de Dios como con tres panes, para que, como dice el Apóstol, estén íntegros el espíritu, el cuerpo y el alma para cuando venga el Señor [2]. Llama espíritu a la gracia, la cual, según el mismo Apóstol, ayuda a nuestra debilidad [3] para que no desfallezcamos y en su tiempo cosechemos el bien que hemos sembrado [4]. El primer pan se llama carnal y corporal; el segundo, racional; el tercero, espiritual. Cuando faltan estos panes, los debemos pedir a Dios. Con razón se piden tres, porque son tres los llegados que hay que alimentar: el alma, como varón; la carne, como mujer; el espíritu, como vínculo de ambos. Y notad que no dice: Da, sino: *Préstame tres panes*, como si hubiera que devolverlos, porque el sacerdote debe impetrar del cielo, para el pecador convertido, la gracia, mas el fruto de la misma no lo ha de referir a sí, sino a Dios.

60 Sobre el ascenso y descenso de Cristo y nuestro *

1. *Nadie sube al cielo sino el que baja del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo* [1]. Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, queriendo mostrarnos el modo de subir al cielo, hizo El mismo lo que nos enseñaba subiendo al cielo. Y como no podía subir si primero no bajaba y como, por otra parte, no le permitía bajar y subir la simplicidad de su divinidad, la cual ni puede disminuir ni aumentar o variar de algún modo, asumió y juntó a su persona nuestra naturaleza, esto es, la humana, para descender y ascender en ella, a fin de mostrarnos a nosotros el camino por el que podríamos subir. Todo esto lo indican las palabras antedichas del santo Evangelio. En aquello que se dice: *Nadie sube al cielo sino el que descendió*, expresa la asunción de la naturaleza humana; en aquello que se añade: *que está en los cielos*, se muestra la inconmuta-

[2] 1 Thes. 5, 23. [3] Rom. 8, 26. [4] Gal. 6, 9. * PL 183, 683. [1] Io. 3, 13.

bilidad de su divinidad. En las cuales palabras se insinúa también aquello de que él es también el camino por el que hemos de subir y la patria en la que hemos de permanecer. El camino es para los que pasan; la patria, para los que llegan. Permaneciendo lo que era en su naturaleza, descendió y ascendió por nosotros en la nuestra; abarcó así fuertemente de un confín a otro confín y dispuso todas las cosas suavemente[2]. Descendió, pues, a lo más bajo que fué decente, subió a lo más alto que pudo; su mismo descenso lo hizo fuertemente, pues era Virtud de Dios; el ascenso lo dispuso suavemente, pues era Sabiduría de Dios. Se dice *descendió* y no *cayó* porque el que cae, rueda sin graduación; mas el que desciende, baja por peldaños.

2. Hay grados al descender y los hay al subir. En el descenso, el primer grado es desde el sumo cielo hasta la carne; el segundo, hasta la cruz; el tercero, hasta la muerte. He ahí hasta dónde descendió. ¿Acaso pudo más? ¿Podría ya ciertamente nuestro rey decir y clamar como con cierto cariño de la obra: *¿Qué otra cosa debía hacer que no lo haya hecho?*[3] *No hay mayor amor que el dar la vida por los amigos*[4]. Hemos visto el descenso, veamos también el ascenso. También éste es triple; su primer grado es la gloria de la resurrección; el segundo, el poder del juicio; el tercero, la subida a la diestra del Padre. Por la muerte mereció la resurrección, y por la cruz, el poder de juzgar; para que, pues en ella fué juzgado injustamente, por ella obtenga plena autoridad judicial, según lo que El mismo dice después de la resurrección: *Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*[5]. Y esa forma, esto es, la carne, en la que ha padecido, ha muerto y ha resucitado, la elevó sobre todos los cielos y sobre todos los coros de los ángeles hasta la diestra del Padre. ¿Qué cosa más suave que esta disposición, en la que la victoria absorbe a la muerte y la ignominia de la cruz se convierte en gloria, de suerte que de ella digan los santos: *Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*[6], en donde la misma humildad de la carne pasa de este mundo al Padre? Nada hay más sublime que esta ascensión, nada se puede pensar o decir más glorioso que este honor. Así, por el misterio de su encarnación, el Se-

---

[2] Sap. 8. 1. [3] Is. 5. 4. [4] Io. 15. 13. [5] Mt. 28. 18. [6] Gal. 6. 14

ñor desciende y asciende, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas.

3. Tomémosle también nosotros de su misterio para nuestra costumbre. Quien dice que permanece en Cristo, debe andar como El anduvo[7]. Descendamos por el camino de la humildad y se ponga en nosotros su primer grado, esto es, su primer paso, que consiste en no querer dominar; el segundo grado es querer sometemos; el tercero, padecer con ecuanimidad cualquier desprecio o injuria que se nos haga. Del primer grado careció Lucifer en el cielo cuando dijo en su corazón: *Subiré al cielo y sobre los astros de Dios pondré mi solio; me sentaré en el monte del testamento, en los lados del aquilón; subiré sobre las alturas de las nubes, seré semejante al Altísimo*[8]. Al decir esto, cayó irreparablemente del cielo, y fuertemente también, porque es soberbia del todo intolerable el querer dominar. Del segundo grado carecieron los primeros hombres en el paraíso. Estos, aunque prefirieron hacer su voluntad a someterse al Creador, con todo eso, no presumieron dominar a sus semejantes. Por eso, su culpa y su pena fué muy distinta de la soberbia y de la ruina diabólica; por eso merecieron que más tarde los reparase la divina clemencia. El tercer grado no le tienen quienes creen un tiempo y en la hora de la tentación se apartan.

4. Esto lo digo para que sepamos a quiénes debemos dejar de imitar. El diablo y el hombre, los dos, quisieron ascender desordenadamente, éste a la ciencia, aquél al poder, pero ambos a la soberbia. No queramos ascender de esta manera; más bien, oigamos al profeta, que busca la manera de ascender. *¿Quién*, dice, *subirá al monte del Señor? O ¿quién estará en su lugar santo? El de manos inocentes y el de corazón puro, el que no ha recibido en vano su alma ni ha jurado engañosamente a su prójimo*[9]. Hay que advertir que en esto se señala un triple grado de ascenso. El primer grado es la inocencia de la obra; el segundo, la limpieza del corazón; el tercero, el fruto de la edificación. Los cuales encontramos de un modo admirable en los grados ascensoriales sobredichos. Allí era el tercer grado la tolerancia de las injurias. Esa es la que prueba al primer grado de esta ascensión, a saber, la inocencia de la obra. Allí el segundo grado era la paciencia de la sujeción. A ésta también la obra la limpieza del corazón, que

[7] 1 Io. 2, 6. [8] Is. 14, 13-14. [9] Ps. 28, 3-4.

es el segundo grado de ascenso. Para esto, pues, tenemos prelados doctores, para que purifiquemos el corazón, como dice Jesucristo: *Vosotros estáis ya limpios por las palabras que os he dicho* [10]. Allí también el primer grado fué el desprecio del dominio, aquí el tercero es el fruto de la edificación. Quien no apetece dominar, está, sin duda ninguna, capacitado para presidir a los demás.

61 De los cuatro montes a que debemos subir *

1. *¿Quién subirá al monte del Señor?* [1] Subió una vez Cristo corporalmente sobre la altura de los cielos, mas también ahora sube espiritualmente en los corazones de los elegidos. Si queremos también subir nosotros con El, debemos subir de los valles de los vicios a los montes de las virtudes. Dos son las clases de vicios. Hay unos que nos dañan a nosotros, otros que dañan al prójimo; ésos se llaman torpezas, éstos crímenes; y todos, valle de lágrimas, porque con ríos de llanto se debe llorar la vida de los pecadores. Del valle de las torpezas se sube al monte de la castidad por una triple continencia: de los miembros, de los sentidos, de los pensamientos. En la primera continencia cohibimos los actos, en la segunda evitamos las miradas, en la tercera agostamos los afectos. Igualmente, del valle de los crímenes se sube al monte de la inocencia. Aquí se erige la escala: *Lo que no quieres se te haga a ti, no lo hagas tú a los otros* [2], y se pone en ella un triple grado de temor: temor del que padece, no sea que aplique la ley del talión; temor de la potestad del superior, no sea que imponga un castigo; temor del juicio interno, que da a cada uno según sus obras. Cuando han subido a ese monte, entonces son ya justos y viven de la fe, mas es necesario padecer, como el Apóstol, persecución [3].

2. Por tanto, hay que huir del monte de la inocencia al monte de la paciencia. Aquí se levanta también una escala de tres grados: el primero es la pasión del Señor; el segundo, la fortaleza de los mártires; el tercero, la grandeza del premio. Estos grados pueden llamarse también grados del pudor, así como los de la inocencia fueron grados del temor. Y nota que este monte de la paciencia, con-

[10] Io. 15, 3.
* PL 183, 685.
[1] Ps. 23, 3.
[2] Tob. 4, 16.
[3] 2 Tim. 3, 12.

forme a estos grados, es arduo, espinoso y árido. Arduo por la dificultad de imitar la pasión del Señor ; espinoso, por los aguijones de las pasiones, que son muchos, a saber : daños en la fortuna, afrentas, tormentos corporales, en los cuales fueron examinados los santos ; áridos, por la retribución de los premios, que no se esperan para este mundo, sino para el futuro. Después de este monte hay que ascender a otro monte, al monte de los montes ; al cual, una vez llegados, ya se descansa en el Señor. Por eso está escrito : *En la paz se hizo su lugar*[4]. Mas también en este monte de la paz se erige la escala de la caridad, por lo que el Señor dice : *Todo cuanto queréis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros a ellos*[5]. Queremos, ciertamente, que se nos recompense, que se nos perdone, que se nos dé gratis.

62 De las varias y verdaderas imitaciones de Cristo *

1. *El que me sirve, me siga*[1]. Hay algunos que no siguen a Cristo, sino que huyen de El ; otros no le siguen, sino que le preceden ; algunos le siguen, mas no le alcanzan ; otros, en fin, le siguen y le alcanzan. No le siguen, sino que huyen, los que no dejan de pecar ; de los cuales está escrito : *Todo el que obra mal, odia la luz*[2] ; y el profeta : *He ahí que los que se alejan de ti perecerán*[3]. No le siguen, sino que le preceden, los que prefieren su propio parecer al de los maestros. Un ejemplo le tenemos en Pedro cuando increpó al Maestro, que quería padecer por nuestra salud, diciéndole : *¡Lejos de ti, Señor, esto!*[4] Le siguen, mas no le alcanzan, quienes obran tibiamente y remisamente o quienes, no perseverando hasta el fin, se apartan del camino. De los tales dice el Apóstol: *Levantad las manos remisas y los pies irresolutos y dad pasos rectos con vuestros pies, para que no claudique el que yerra, sino que, más bien, sane*[5]. Le siguen y le alcanzan los que imitan perseverantemente y con devoto afecto del espíritu el camino de su humildad. Estos tales siguen al Señor. *El que me sirve, me siga*, esto es, me imite. ¿Con qué fruto? *Para que donde yo estoy, esté también mi sirvien-*

[1] Ps. 75, 3.
* PL 183, 685.
[1] Mt. 7, 12
[1] Io. 12, 26
[2] Io. 3, 20.
[3] Ps. 72, 27.
[4] Mt. 16, 22.
[5] Hebr. 12, 12-13.

te [6]. El fruto de esta imitación es la mansión en la eterna bienaventuranza.

63 De los tres medios que señaló Cristo para alcanzar la bienaventuranza, conforme a aquello: «El que quiera venir en pos de mí», etc. [1] *

1. El que quiera, venga en pos de mí, por mí, a mí. En pos de mí, porque soy la Verdad; por mí, porque soy el camino; a mí, porque soy la vida. *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.* Tres cosas propuso Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios, Angel del gran consejo, al alma racional, hecha a imagen de la Trinidad; es a saber, la servidumbre, la vilidad, la aspereza. Servidumbre, en la abnegación de sí mismo; vilidad, en la tolerancia de la cruz; aspereza, en la imitación de Cristo. Y esto para que la que cayó por la desobediencia del estado de la triple felicidad, humillada con la aflicción de la triple miseria, se levante por la obediencia. Había caído de sí, de la sociedad de los ángeles, de la visión de Dios; esto es, de la libertad, de la dignidad, de la bienaventuranza. Oiga, pues, el consejo, para que, negándose a sí misma, esto es, a la propia voluntad, recupere su propia libertad; para que, tomando su cruz, esto es, crucificando su carne con los vicios y las concupiscencias, recupere por la continencia el bien de la sociedad de los ángeles; para que, siguiendo a Cristo, esto es, imitando su pasión, recupere la visión de la claridad, porque, «si con El padecemos, reinaremos con El» [2].

64 De la preciosa vida y muerte de los santos

1. *Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de los santos* [1]. Una muerte preciosa en la presencia del Señor la hacen algunas veces la vida, algunas veces la causa, algunas veces la vida y la causa. En los confesores que mueren en el Señor la hace preciosa la vida. En los mártires que mueren por el Señor la hacen preciosa algunas

[6] Io. 12, 26.
* PL 183, 686.
[1] Lc. 9, 23.
[2] Rom. 8, 17.
* PL 183, 686.
[1] Ps. 115, 15.

veces la causa, algunas la causa y la vida juntamente. A la verdad, es muerte preciosa aquella que recomienda la vida; más preciosa la que recomienda la causa; preciosísima la que previenen la vida y la causa juntamente.

2. Por tanto, tres cosas son las que hacen santa la vida del hombre: la conducta sobria, el acto justo, el sentido piadoso. La conducta será sobria si vivimos continentemente, socialmente, obedientemente; esto es, castamente, caritativamente, humildemente. Por la continencia se obtiene la castidad; por la sociabilidad, la caridad; por la obediencia, la humildad. Esta es la virtud que hace al alma estar perfectamente sometida a Dios y vivir segura bajo la sombra de sus alas. Habrá acto justo si al mismo tiempo es recto, discreto, fructuoso; recto por la buena intención, discreto según la medida posible, fructuoso por la utilidad del prójimo. Habrá sentido piadoso si nuestra fe en Dios aprecia la suma potencia, la suma sabiduría, el sumo bien; de suerte que creamos que la potencia ayuda nuestra debilidad, que su sabiduría corrige nuestra ignorancia, que su bondad borra nuestra iniquidad. Tres cosas son las que hacen preciosa la muerte de los santos: el descanso del trabajo, el gozo por la novedad, la certeza de la eternidad.

65 De la conexión que hay en las tres parábolas de Cristo según San Mateo: «El reino de Dios es semejante a un tesoro escondido en un campo», etc. [1*]

1. Las tres parábolas de esta lección nos recomiendan un triple grado. El campo es el cuerpo. Este, mientras le dominan todavía las pasiones de los deseos, yace estéril y sujeto a la maldición; produce espinas y cardos; no se sabe lo que se oculta dentro. ¿Quién le considera en ese tiempo capaz de producir dignos frutos de penitencia? ¿Por qué expones tan neciamente, ¡oh alma!, tu cuerpo? ¿No sabes lo que hay escondido en él? ¿Qué sino el reino de los cielos? Debes encontrar en él las obras de salvación, con las cuales podrás comprar el reino de los cielos; compra, pues, el campo y vindica tu cuerpo de tus con-

[1] Mt. 13, 44-48.
[*] PL 183, 687.

cupiscencias, dando su precio a los incentivos y ocasiones de las mismas concupiscencias.

2. Una vez que hayas hallado el tesoro, sé negociador y busca preciosas margaritas. Si encuentras una preciosísima, vende también entonces todo cuanto tienes y cómprala. ¿Cuál es esta única tan preciosa? Nada de extraño que por un tesoro haya vendido todo cuanto tenía, esto es, haya abandonado por los bienes de la salvación los pecados y los incentivos de los mismos. Antes sólo tenía estas cosas. Mas ahora, habiendo encontrado ya su tesoro, ¿cómo es que busca buenas margaritas y por una sola vende todo lo que tiene? Yo creo que esta única no es otra cosa que la unidad. Busca buenas margaritas quien en la obra de su salvación no está contento con los bienes inferiores, sino que persigue otros sumos y más excelentes. Y, no encontrando otra cosa más preciosa que la unidad, no escatima nada por ella: a los ayunos, a las vigilias, a las oraciones, prefiere valientemente la unidad.

3. Quiero, pues, que en ésta se permanezca no como uno de tantos, sino como uno con todos. Extienda ampliamente su seno; cierre dentro de sus entrañas todo género de afectos; se haga todo para todos; esté preparado para congratular y para condoler; para gozar con los que gozan y para llorar con los que lloran. Ya vendrá un tiempo en que, llegando a la orilla, se excluyan de la red de la caridad los malos peces y se arroje cuanto sea molesto.

66 De las ocho bienaventuranzas, opuestas a otros tantos pecados *

1. En el mismo orden que precedió la culpa siguió su medicina. El primer pecado se hizo en el cielo por la soberbia de la prevaricación angélica, que dijo en su corazón: *Subiré al cielo: sobre los astros pondré mi solio; me sentaré en el monte del Testamento, en los lados del aquilón: subiré por encima de la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo* [1]. Se infló en sí mismo y, excluído de la suerte de los espíritus bienaventurados, perdió el reino de los cie-

* PL 183, 688.
[1] Is. 14, 13. 14.

los. Contra este pecado se ha dicho: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* [2]. El segundo pecado se cometió por la desobediencia de la mujer en el paraíso [3]. Por este pecado, la carne se rebeló contra el espíritu, de modo que, pues su espíritu no fué sumiso al Creador, tampoco lo sea la carne al espíritu. Contra éste se ha dicho: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* [4]. Contra estos dos pecados nos presenta el Señor la medicina cuando dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* [5]. El tercer pecado fué el arrastrar la misma mujer a su marido a la culpa [6]. Debió ella, ciertamente, llorar su pecado y no añadir un pecado a otro pecado. Mas pensó tener una consolación haciendo al varón participante de él. Es muy natural el que todos quieran asociarse un compañero, ya sea en los vicios, ya sea en las virtudes. Contra este pecado está el siguiente remedio: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* [7].

2. El cuarto pecado le cometió Adán al consentir [8]. *Adán*, como dice el Apóstol, *no fué seducido, mientras que la mujer fué seducida a la prevaricación* [9]. Ella pecó por ignorancia, éste por fragilidad. Pecó, pues, por amar demasiado a la mujer; pecó no por hacer la voluntad de ella, sino porque la prefirió a la voluntad de Dios. Por lo cual el mismo Señor le dijo: *Por haber obedecido a la voz de tu mujer más que a mí, sea maldita la tierra en tu trabajo* [10]. Ciertamente era justo que hiciese con preferencia la voluntad de Aquel a quien más debía. ¿Quién dudará de que debía más a su Creador que a su mujer? Si estaba unido a la mujer por el amor, a Dios lo estaba por el amor y el temor juntamente. Debieron valer más dos vínculos para tenerle adicto al precepto de Dios que uno solo al amor de la mujer. Contra este cuarto pecado se ha puesto el siguiente remedio: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos* [11]. Ciertamente tuvo Adán justicia. Fué creado justo por el Dios justo; mas, porque no la siguió con el libre albedrío, fácilmente se alejó de ella por el mismo. En contra de lo cual dice el salmista de Cristo: *Amó la justicia y odió la iniquidad* [12].

---

[2] Mt. 5, 3.
[3] Gen. 3, 6.
[4] Mt. 5, 4.
[5] Mt. 11, 29.
[6] Gen. 3, 6.
[7] Mt. 5, 5.
[8] Gen. 3, 6.
[9] 1 Tim. 2, 14.
[10] Gen. 3, 17.
[11] Mt. 5, 6.
[12] Ps. 44, 8.

El quinto pecado lo cometió quien echó la culpa propia a la mujer, diciendo: *La mujer que me diste por compañera me dió del árbol y comí*[13]. Primeramente fué cruel contra sí el que excusó su propio pecado; en segundo lugar, contra la mujer a la que acusó. Ciertamente se tomó sobrada venganza del pecado cuando acusó a aquella por cuyo amor pecó. Contra este pecado se dijo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*[14].

3. El sexto pecado lo cometió Eva, quien, al increparla el Señor por qué había hecho eso, respondió: *La serpiente me engañó y comí*[15]. Así se arrojó también ella en las palabras maliciosas para excusar su pecado[16], echando la culpa a la serpiente, como si fuese inmune del crimen. Nada hubiera aprovechado la sugestión de la serpiente si ella hubiese negado el asentimiento de la propia voluntad. Tal vez hubo en ella algún movimiento de soberbia, por lo que mereció la sedujera la serpiente. Contra lo cual se ha dicho: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*[17]. El séptimo pecado se cometió fuera del paraíso cuando Caín se levantó contra Abel, su hermano, y le mató[18]. Desde aquel tiempo, ya se ha hecho común el que los malos se levanten contra los buenos y los opriman. El remedio de este pecado es el siguiente: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*. Y si los inicuos no quieren cesar de su persecución, los justos los deben soportar con paciencia, oyendo la consolación que sigue y dice: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*[19]. He ahí cuán necesaria fué la venida de Cristo: para que sometiera la carne al espíritu, para que hiciera las paces con el hombre, para que reconciliara al hombre con Dios.

67 De las dos clases de preceptos de la ley: los morales y los figurados *

1. *La ley la dió Moisés, la gracia y la verdad las hizo Jesucristo*[1]. Dos clases de preceptos encuentro en la anti-

[13] Gen. 3, 12.
[14] Mt. 5, 7.
[15] Gen. 3, 13.
[16] Ps. 140, 4.
[17] Mt. 5, 8.
[18] Gen. 4, 8.
[19] Mt. 5, 9. 10.
* PL 183, 689.
[1] Io. 1, 17.

gua ley: unos son morales, como por ejemplo: *No codiciarás los bienes ajenos, no adulterarás, honrarás a tu padre* [2], y otros semejantes. Algunos son figurativos y simbólicos, como la inmolación de los toros y la sangre de los cabritos. Con todo eso, aquel pueblo carnal ni pudo cumplir aquéllos ni obtener con éstos la salud. Por lo cual, al reprender el Salvador en su Evangelio a los fariseos por haber hecho nulos con sus tradiciones los mandamientos de Dios [3], se refiere, sin duda ninguna, a esos preceptos de la ley en los que se fundamentaban las costumbres. Pues de los demás, Él mismo habla por el profeta: *Les di preceptos no buenos* [4]. Esos, ciertamente, que eran la sombra de los futuros. ¿Qué consecuencia lógica puede haber entre pecar un hombre e inmolar un carnero? Este podría decir con el profeta: *Restituí lo que no había arrebatado* [5]. Con razón, pues, no recibió buenos preceptos el pueblo no bueno, como dice el profeta: *Con el santo serás santo y con el perverso te pervertirás* [6]. Conocía los corazones carnales de los judíos; por eso les dió preceptos carnales, que en la conciencia no pueden hacer perfecto al que sirve en las justicias carnales. Por tanto, vino nuestro Cristo lleno de gracia y de verdad, para que de este modo se cumpliesen con la gracia los preceptos morales; y los que eran simbólicos y místicos, revelada la verdad, no se observasen después literalmente, sino se entendiesen según el espíritu. Por lo cual, cuando peca el hombre, ya no se mata un carnero o un toro, sino que se ofrece la Hostia viva, el Sacrificio racional y aceptable, y con ayunos y trabajos se merece el perdón y la gracia juntamente.

68 (Por ser una repetición del 32, todas las ediciones de *Obras completas* le suprimen.)

69 DE LA TRIPLE RENOVACIÓN DE LA TRIPLE VEJEZ *

1. *Así como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos también la del celestial* [1]. Son dos los hom-

[2] Ex. 20, 17. 14. 12.
[3] Mc. 7, 13.
[4] Ez. 20, 25.
[5] Ps. 68, 5.
[6] Ps. 17, 26.
[1] 1 Cor. 15, 49.
* PL 183, 690.

bres: el viejo y el nuevo; el viejo, Adán; el nuevo, Cristo. Aquél es terreno; éste, celestial; la imagen de aquél es la vejez; la de éste, la juventud. La vejez está en el corazón, en la boca, en el cuerpo; en los cuales hemos pecado de tres modos: con el pensamiento, con el lenguaje, con las obras. En el corazón están los deseos carnales y mundanos, esto es, el amor de la carne y el amor del mundo. Igualmente, en la boca hay una doble vejez: la arrogancia y la detracción. También doble en el cuerpo: las torpezas y los crímenes. Todas estas cosas son imagen del hombre viejo, y todas las debemos renovar en nosotros. Si no hubiese vejez en el corazón, no diría el Apóstol: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente y vestíos del nuevo hombre, que ha sido creado según Dios en espíritu y en santidad de la verdad*[2]. Igualmente, si no hubiese vejez en la boca, no diría la Escritura: *Aléjense las cosas viejas de vuestra boca*[3]; y el Apóstol: *No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino la que es buena e inspira edificación y gracia a los oyentes*[4]. También hace mención de la vejez del cuerpo cuando dice: *Como entregasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia e iniquidad, a fin de obrar la iniquidad*. De cuya renovación también añade: *Así, pues, entregad vuestros miembros a la justicia para que hagan obras de santidad*[5].

2. Se renueve, pues, nuestro corazón de los carnales y mundanos deseos, para que, excluídos éstos, entre el amor de Dios y el amor de la patria celestial. Aléjese de nuestra boca la arrogancia y la detracción, y ocupen su lugar la verdadera confesión de nuestros pecados y la buena estimación de los prójimos. En lugar de las torpezas y delitos, tómese la continencia y la inocencia, para que se arrojen con virtudes contrarias los vicios contrarios. Esta renovación la hace Cristo, quien habita en nosotros por la fe. La indica El mismo: *He ahí que hago nuevas todas las cosas*[6]. Por lo cual habla en los Cantares a la esposa: *Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo*[7]. Cuando habita en el corazón es Sabiduría; cuando habita en la boca, Verdad; cuando habita en el cuerpo, Justicia.

---

[2] Eph. 4, 23. 24.
[3] 1 Reg. 2, 3.
[4] Eph. 4, 29
[5] Rom. 6, 19.
[6] Apoc. 21, 5.
[7] Cant. 8, 6.

70 De la vigilancia y solicitud en procurar la salvación *

1. *Se nos ha hecho espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres* [1]. Juntamente de los malos y de los buenos. A aquéllos les mueve a mirarnos constantemente la pasión de la envidia; a éstos, la compasión de la misericordia. Aquéllos desean nuestro defecto; éstos, nuestro progreso. Y ciertamente estamos en prueba, estamos puestos en medio del paraíso y del infierno como entre el claustro y el siglo. Unos y otros están atentos a ver lo que hacemos, unos y otros dicen: «¡Oh si pasase a nosotros!» Lo dicen con intención ciertamente desigual, mas no con desigual voluntad. Y ya que los ojos de todos están fijos en nosotros, los nuestros, ¿dónde se han ido? O ¿por qué sólo ellos se han apartado de nosotros? Mirando con tanta curiosidad a derecha e izquierda, solamente nos despreocupamos de mirar nuestra vida, sólo descuidamos mirar a nosotros mismos. Ni tenemos miedo a los que nos engañan ni reverenciamos a los espíritus que nos asisten. *Los justos me aguardan para que me recompenses* [2]. Y de nuevo: *Los pecadores me aguardan para perderme* [3]. Aquí se me prepara el infierno, allí la corona; y, puesto en medio de uno y de otro, ¿gustaré de bagatelas, me entretendré en oscilar? Mas ni me siento arrastrado del deseo ni me aterro por el peligro, ni estoy anheloso ni temeroso de lo que debía estarlo; me encuentro perniciosamente insensible ante ambas cosas. Levantémonos de una vez, hermanos míos, y no recibamos en vano nuestras almas, por las que otros vigilan con tanto celo, ya para nuestro bien, ya para nuestro mal. No es pequeña cosa la que de tal suerte intentan los enemigos y desean los ciudadanos.

71 Comparación de la servidumbre en Egipto con la servidumbre del diablo *

1. La íntegra y perfecta moralidad consiste principalmente en dos cosas: en evitar los vicios y desear las virtudes. Por lo cual dice el salmista: *Apártate del mal y*

* PL 183, 691.
[1] 1 Cor. 4, 9.
[2] Ps. 141, 8.
[3] Ps. 118, 95.
* PL 183, 691.

haz el bien[1]. Huyamos, pues, de los vicios, abracemos las virtudes. Recorramos sumariamente las historias sagradas y saquemos el fruto de la moralidad. El hambre obliga a Israel a entrar en Egipto[2]. Al punto encuentra allí un nuevo señor, y de libre se hace esclavo. Al habitar en esa región se somete al poder del Faraón, quien manda matar a los varones y reservar a las mujeres. Israel es afligido duramente con trabajos de barro y ladrillos[3]. El Faraón suministra paja a los trabajadores. A esto les ha llevado el hambre.

2. No el hambre de pan ni la sed de agua, sino el hambre y sed de oír la palabra de Dios, obligó a muchos a entrar en Egipto. Esta palabra de Dios es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo[4]. Por lo cual dice el salmista: *El precepto del Señor es refulgente e ilumina los ojos*[5]. El que sigue este resplandor no anda en tinieblas, sino que habita la luz de la vida. De la luz de los preceptos se pasa a la luz de los premios. El que padece necesidad de esta palabra divina, se ve obligado a entrar en Egipto, esto es, en las tinieblas. Le envuelven las tinieblas de la ignorancia y se halla sometido al dominio del Faraón, esto es, del diablo, que es príncipe de Egipto, o sea de las tinieblas, según aquello del Apóstol: *Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y las potestades, contra los rectores del mundo de estas tinieblas, contra las maldades espirituales que viven en los aires*[6]. Bajo el dominio del Faraón se hacen las obras de barro, esto es, las disolutas y las sórdidas. El da las pajas, esto es, los pensamientos ligeros. Las pajas se prenden rápidamente y en un momento se consumen. Así también los malos pensamientos, introducidos por el diablo, se prenden pronto en nuestras mentes al consentir la molicie de la carne. Mas, si procuramos resistir virilmente, se apagarán muy pronto con la ayuda de Dios. En las pajas encendidas se cocía el barro y se solidificaba, convirtiéndose en ladrillos. Igualmente, con las pajas de la delectación se encienden los pensamientos malos, que son el barro; se cuecen cuando pasan al acto, se solidifican cuando se convierten en costumbre.

---

[1] Ps. 36, 27.
[2] Gen. 42, 46.
[3] Ex. 1.
[4] Io. 1, 9.
[5] Ps. 18, 9.
[6] Eph. 6, 12.

72 Del camino de los impíos y del camino del Señor *

1. *Bienaventurado el varón que no sigue el consejo de los impíos* [1]. Son piadosos los que creen en Dios y le adoran. Piedad es culto de Dios [2]. Este culto consiste en tres cosas: en la fe, en la esperanza, en la caridad; las cuales son invisibles. De estas tres carecen los impíos, que no le adoran, y cuya intención es anteponer las cosas visibles a las invisibles, las terrenas a las celestiales. Cabeza y príncipe de éstos es el diablo, el primero que se apartó de la piedad, y, hecho impío, sacó con su engaño de ella a los hombres, colocados en el paraíso, para tenerlos por compañeros de su error y participantes de su iniquidad. El, pues, sedujo a Eva y ella sometió al varón. Del mismo modo, ahora el demonio sugiere a la carne, la carne al espíritu, y se junta el consejo de los malvados. Se dicen mutuamente unos a otros: *Tengamos todos una sola bolsa* [3]. Pone cada cual en la memoria, como en una bolsa, su óbolo: el demonio, la sugestión; la carne, la delectación; el espíritu, el consentimiento. Después, con esta moneda simbólica compran la comida competente: la carne, la combustión, es a saber, el fuego que no se apaga; el espíritu, la mala conciencia, esto es, el gusano que no muere; el demonio, la sangre de ambos.

2. A este consejo de los impíos se va de cuatro modos. Algunos van arrastrados contra su voluntad; otros, atraídos con halagos; otros, seducidos sin saberlo; otros, espontáneamente. Estos necesitan de cuatro virtudes, para que, armados con ellas, resistan a fin de no ir al consejo. Los forzados necesitan la fortaleza, con la que resistan hasta la muerte las amenazas, los tormentos y los daños. Aquellos que van atraídos con halagos necesitan la templanza, la cual reprime los deseos ilícitos para no ceder a las promesas ni dejarse ablandar por los halagos. Aquellos que van seducidos ignorándolo necesitan la prudencia, la cual distingue lo útil de lo inútil y enseña qué debemos guardar y qué rechazar. Necesitan la justicia aquellos que siguen espontáneamente. La justicia es la rectitud

* PL 183, 692.
[1] Ps. 1, 50.
[2] Iob 20, según los Setenta.
[3] Prov. 1, 14.

de la voluntad, la cual ni ama el pecar ni consiente en el pecado. La justicia y la fortaleza tienen el asiento en la voluntad, porque la voluntad debe ser justa y fuerte. La justicia está ordenada precisamente a rechazar las cosas malas y preferir las mejores. Esta no la tuvo, al parecer, Adán, quien, consintiendo en lo malo, abandonó lo que era útil. La prudencia y la templanza tienen el asiento en la razón, porque la razón debe ser prudente y comedida. Hay prudencia cuando la razón está enseñada por la gracia a evitar por la justicia los contagios de la injusticia. Evita, pues, no sólo la injusticia abierta, sino también aquellas cosas que en cierto modo son contra la justicia, atendiendo no a lo que es lícito, sino a lo que conviene; y evita las riquezas y alguna otra cosa no porque sean ilícitas, sino porque suelen ser impedimento a la justicia. Mas por causa de algunos que obran hipócritamente, se añade *por la justicia*. La justicia es la perfección del alma racional. Otras virtudes, la fortaleza, la templanza, la prudencia, están encaminadas a conseguirla o conservarla, las cuales la conservan para que no se pierda o disminuya. Mas después que la justicia se hace perfecta y pasa al afecto del corazón, entonces es lo mismo que las otras tres: fuerte, prudente y comedida.

3. *Que no sigue*. Seguir pertenece a aquellos que son inconstantes y a quienes se puede empujar fácilmente. Mas, queriendo evitar algunos esto, se hacen evidentemente obstinados; no se amoldan a ningún consejo y mantienen inconmovible su propósito. Por eso, se añadió: *Y no se mantuvo terco*, es a saber, ni ligero ni obstinado. El camino de los pecadores es el mundo o la propia voluntad, que no es otra cosa que la soberbia, de la que vienen todos los males, así como de la voluntad común, todos los bienes. *Y no se sienta en la cátedra de la pestilencia*. Se sienta el que enseña con ejemplos a los otros a pecar. Esta es la cátedra, y se sostiene en cuatro pies: el primer pie es la malicia; el segundo, el desprecio de Dios; el tercero, la irreverencia; el cuarto, la astucia. La malicia consiste en amar el mal, como hacen el diablo y muchos impíos. Mas, porque a veces sucede que los tales temen a Dios no con temor bueno, sino porque pueden incurrir en los daños de las cosas o en los tormentos del cuerpo, para hacerse más malos, desprecian al mismo Dios, y el desprecio se convierte en segundo pie. Puede acontecer también que amen

el mal, que desprecien a Dios, mas que tengan respeto a los hombres con quienes habitan. Por eso, sigue, para aumento del mal, el pie de la irreverencia, para que ni teman a Dios ni reverencien a los hombres. Para la consumación de la malicia está el cuarto pie, el de la astucia, para que sepan usar de los tres predichos y mezclen el veneno con el aceite, y el vinagre con la miel. La parte más alta de esta cátedra en la que se sienta es el poder. Si es poderoso el que tiene las cosas predichas, entonces daña a muchos, lo mismo que, si no siéndolo, logra seducir con su consejo y atraerse al que tiene poder para impelirle al mal. Después se pone un almohadón para que se siente más cómodamente. El almohadón se hace con las plumas más ligeras de las aves, lo cual significa la vana gloria y el favor de las turbas, con lo que se deleitan y se enorgullecen los hombres. Se pone un escabel a los pies para que no toquen la tierra. Algunos de éstos no hacen cosas terrenas, sino que simulan las espirituales para engañar mejor. Su doctrina es como pestilencia, que ocupa y devasta muchos lugares.

4. *Mas su voluntad está en la ley del Señor.* En la primera parte se ha dicho qué es lo que hay que rechazar, en ésta se dice qué hay que aceptar. En aquélla se dijo: *Apártate del mal;* en ésta: *Haz el bien*[1]. Lo cual es andar en la ley. Mas, porque este camino se hace no con el movimiento del cuerpo, sino con el afecto de la mente, por eso se dice: *Su voluntad está en la ley del Señor.* Querer, como atestigua el bienaventurado Gregorio, es ir con la mente. Por este camino marchan y hacen como su carrera tres clases de hombres: el siervo, el mercenario, el hijo. Tiran del mismo carro dos jumentos, la conminación y la promesa. El siervo está sentado sobre la conminación, el mercenario sobre la promesa. Los dos arrastran el carro, el uno con el temor, el otro con el deseo, y los dos son impelidos por los propios impulsos. Sólo el hijo, a quien no intimida el temor ni halaga el deseo, sino que obra con espíritu de amor, va en el vehículo sin trabajo ni daño. *Todos los que obran en espíritu de Dios son hijos de Dios*[2]. Este carro tiene también cuatro ruedas, que son esos cuatro afectos del ánimo: el amor y la alegría, el temor y la tristeza. Los réprobos aman los bienes tempora-

[1] Ps. 36, 27.
[2] Rom. 8, 14.

les y se alegran cuando han hecho mal, pero a este amor y a esta alegría sigue el temor y la tristeza sempiterna. Por el contrario, los elegidos a quienes se dice: *El mundo gozará y vosotros os afligiréis, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo*[6], ponen como primeras ruedas el temor y la tristeza, y como posteriores, el amor y la alegría. A éstos, pues, se les convierte el temor en caridad, y la tristeza, en alegría sempiterna.

5. Pero hay que notar que este camino de la Ley del Señor se termina en seis días. El primer día se llama gemido del corazón; el segundo, confesión de la boca; el tercero, donación de los bienes propios; el cuarto, trabajo corporal; el quinto, abnegación de la propia voluntad; el sexto, desprecio de la muerte. En el séptimo día se descansa de todos los predichos y se espera el octavo de la resurrección. Y *en su ley meditará día y noche*. En cualquier estado que se halle el hombre, jamás debe apartarse de la Ley del Señor, sino que en los días de los bienes nunca se debe olvidar de los males, y en los días de los males siempre debe acordarse de los bienes. Puede también entenderse por el día y por la noche la vida activa y contemplativa, las cuales ambas se contienen en la Ley del Señor.

73 De la insensatez de los hombres que no temen ni aman a Dios *

1. Dijo el necio en su corazón: *No hay Dios*[1]. Dios, aunque es uno solo y una misma cosa, con todo eso, no porque varíe en sí, sino porque varía nuestro ánimo, parece que tiene diversos sabores cuando le gustamos. A los que le temen sabe a justicia y poder; a los que le aman, a bondad y misericordia. Por lo cual dice en otra parte este mismo profeta: *Dios ha hablado una sola vez, y he oído estas dos cosas: que Dios tiene poder y que a ti, Señor, te es propia la misericordia*[2]. Lo mismo es oír esto que gustarlo, porque ambas cosas se hacen en una misma y simplicísima inteligencia. Así, pues, una sola vez ha hablado el Señor, porque ha engendrado un solo Verbo. Mas de este solo Verbo hemos oído y gustado estas dos cosas:

[6] Io. 16, 20.
* PL 183, 695.
[1] Ps. 13, 1.
[2] Ps. 61, 12. 13.

Que el poder es de Dios y que a ti, Señor, se te debe la misericordia. Es completamente necio aquel a quien Dios no sabe ni a temor ni a amor. Aprenda cuanto quiera ; yo no le llamaré sabio mientras no ame ni tema a Dios. ¿Cómo diré que está consumado en la sabiduría aquel a quien no veo ni siquiera iniciado? El principio de la sabiduría es el temor de Dios [3] ; la consumación es el amor ; la esperanza ocupa el lugar medio. Aquel a quien Dios no sabe ni a justicia por el temor ni a misericordia por el amor, ése dice ciertamente en su corazón : *No hay Dios.* No cree en Dios aquel que no le tiene ni por justo ni por piadoso.

74 De la corrupción de los hombres *

1. *Se corrompieron y se hicieron abominables en sus deseos; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno* [1]. El alma tiene su corrupción y el cuerpo tiene la suya. La corrupción del alma es triple ; la del cuerpo, cuádruple. El cuerpo consta de cuatro elementos, mas el alma subsiste con una triple energía. Es racional, concupiscible, irascible. La racional, cuya salud es el conocimiento de la verdad, se corrompe con la soberbia. Corrompida, cae de dos sitios : del conocimiento de sí y del conocimiento de Dios. A la concupiscencia la corrompe la vanagloria ; a la ira, la envidia. La corrupción del cuerpo se llama abominación, y se hace de cuatro modos, según los cuatro elementos de que consta [2]. Cuatro cosas son, pues, las que corrompen el cuerpo : la curiosidad, la locuacidad, la crudelidad, la voluptuosidad. Son las cuatro partes del cuerpo en las que residen principalmente los cuatro elementos. En el ojo está el fuego ; en la lengua, que forma las voces, el aire ; en las manos, que contienen el tacto, la tierra ; en los órganos genitales, el agua. Estas cuatro partes las corrompen aquellas cuatro pestes : a los ojos, la curiosidad ; a la lengua, la locuacidad ; a las manos, la crudelidad ; a las partes genitales, la voluptuosidad. De este modo se hacen los hombres *corruptos y abominables:* corruptos en

[3] Ps. 110, 9.

* PL 183, 695.

[1] Ps. 13, 1.

[2] Durante mucho tiempo se creyó que el cuerpo humano constaba de cuatro elementos: fuego, aire, tierra, agua.

el alma, abominables en el cuerpo; corruptos delante de Dios, abominables delante de los hombres. *No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno.* Cuatro son los géneros de hombres; de entre todos los cuatro, no hay nadie que haga el bien, no hay ni siquiera uno. Los hay que ni conocen a Dios ni le buscan; y éstos están muertos. Otros le conocen, mas no le buscan; y éstos son los impíos. Otros le buscan y no le conocen; y éstos son los fatuos. Otros, finalmente, le conocen y le buscan; y éstos son los santos. De solos los cuales se puede decir que son quienes hacen el bien.

75 NO DEBEMOS DIFERIR LA PENITENCIA PARA LA MUERTE *

1. *Se multiplicaron sus enfermedades y se apresuraron.* ¿Por qué descuidan los hombres hacer penitencia y presumen de una confesión última? ¿Cómo piensan que podrán reunir en el espacio de una hora todos los miembros del alma, que la concupiscencia y los deseos han desparramado por todo el mundo, y que están como pegados por toda la tierra con goma? No digo, exclama el Señor, que de tales no salve a algunos, pues soy poderoso para reunir en un solo momento todas las cosas, sino que *no reuniré círculos sanguinarios* [1], esto es, círculos de aquellos que perseveran en la sangre sin abandonar los pecados, hasta que éstos, multiplicadas las enfermedades, les abandonen a ellos. No reuniré los círculos de los tales. Si os acordáis bien, hallaréis en todo el canon de las Escrituras un ladrón salvado de esta manera. No quieras, pues, confiar en tan peligrosa esperanza. Ciertamente, el espíritu no sólo respira por donde quiere, sino también cuando quiere [2]; no le es difícil conceder de repente una perfecta contrición de corazón, que otros consiguen después de mucho tiempo. Mas ¿quién te ha dicho que querrá entonces socorrerte de esta manera Aquel a quien tú ahora rechazas de este modo? Ciertamente es benigno el espíritu de Sabiduría, mas no librará al maldito por sus propios labios [3]. Oye quién es ése: *Maldito el que peca contra la esperanza.*

* PL 183, 696.
[1] Ps. 15, 4.
[2] Io. 3, 8.
[3] Sap. 1, 6.

76 De la necesidad y recomendación de la divina gracia *

1. *Le preveniste con bendiciones de dulzura* [1]. Nos es necesaria a nosotros una triple bendición: la que previene, la que ayuda y la que consuma. La primera procede de la misericordia; la segunda, de la gracia; la tercera, de la gloria. La misericordia previene la conversión, la gracia ayuda a bien vivir, la gloria obra la consumación. Si Dios no da esta triple bendición, nuestra tierra no podrá dar el fruto de la salvación. No podemos incoar el bien mientras no nos prevenga la misericordia, ni hacerle mientras no nos ayude la gracia, ni consumarle mientras no nos llena la gloria. De estas tres, no sin motivo nos sabe más dulce aquella que no sólo sin méritos, sino a pesar de los grandes deméritos, nos previene, de suerte que, siendo hijos de ira y obrando las obras de la muerte, piensa sobre nosotros pensamientos de paz y da el espíritu bueno, el espíritu de vida, el espíritu de adopción; no sólo a los que no le piden, sino a los que le rechazan; no sólo a los que le invocan, sino a los que le provocan; no sólo a los que le rezan, sino a los que le repelen. ¿Qué sabrá dulce a aquella alma que no gusta tanta misericordia? Con razón, pues, se llama bendición de dulzura aquella que previene, porque la que ayuda se denomina bendición de fortaleza, y la que consuma, de plenitud.

77 De los diversos géneros de hombres que conocen y no conocen a Dios; igualmente, de los que Dios conoce y no conoce *

1. *Un pueblo a quien no conocí me sirvió* [1]. No era cosa de gran admiración que sirviese a Dios un pueblo que conociera. Mas porque le ha servido y le ha obedecido a la primera palabra uno a quien desconocía, debemos llamarle digno de toda alabanza. De estos dos géneros de conocidos y no conocidos, de conocedores y no conocedores, resultan cuatro diferencias. Hay unos que conocen a Dios y son conocidos de Dios; otros que no le conocen ni son co-

* PL 183, 696.
[1] Ps. 20, 4.

* PL 183, 697.
[1] Ps. 17, 45.

nocidos; otros que son conocidos, mas no conocen; otros que no son conocidos y, con todo, conocen. Conocer Dios es hacer feliz, conocer el hombre es dar gracias. Los que son conocidos de Dios y le conocen son los ángeles; los cuales, felices por El, siempre se ocupan en sus alabanzas y le sirven obsequiosamente. Los que ni conocen ni son conocidos son los pobres de necesidad, a los que ni enriquece la abundancia de los bienes temporales ni hace dichosos el servicio divino. Los que son conocidos y no conocen son los ricos de este siglo, los cuales tienen muchas riquezas; mas, apresados por los deseos terrenos, nunca elevan el corazón a las cosas celestiales. Los que no son conocidos, pero conocen, son los pobres voluntarios, a los que ni la tribulación, ni la angustia, ni ningún otro peligro pueden separar de la caridad de Dios. Estos, a la verdad, se ven probados con adversidades de todos los géneros y se sienten fatigados con duras tribulaciones, como está escrito: *El horno prueba los vasos de barro, y la tribulación, a los hombres justos*[2]. En persona de los cuales habla el salmo: *Dios, Dios mío, mírame. ¿Por qué me has abandonado?* ¿Acaso no parecen ignorados los que oran para que se les mire? Con todo eso, aunque parezcan abandonados, ellos conocen a Dios. En persona de estos mismos, se dice a continuación en el mismo salmo: *Dios mío, clamaré por el día, y no me oirás; por la noche, y no lo tendré por insensatez*[3]. De éstos dice, pues, la voz divina: *Un pueblo que no conocí me sirvió*. Como si dijese abiertamente: ¿Qué de extraordinario hay en que me sirváis vosotros, a quienes hago felices, si me sirven aquellos a los que dejo en su pobreza? ¿Qué de especial hay en que me obedezcáis vosotros que veis mi rostro, si me obedecen aquellos que no me ven, mas sólo me oyen? Ven los ángeles, oyen los hombres. Oyen ciertamente y obedecen, y cuando se hacen iguales a los ángeles, merecen verle. Así, pues, el oír es el mérito de ver; la visión, el premio de oír. Primero es oír; en segundo lugar, ver, como está escrito: *Oye, hija, y mira*[4]. Quien quiera ver a Dios en lo futuro, necesita oírle en el presente y obedecerle apenas le oye.

---

[2] Eccli. 27, 6.
[3] Ps. 21, 2, 3.
[4] Ps. 44, 11.

78 De la diferencia entre tabernáculo, atrio, casa *

1. Hay tres moradas: el tabernáculo, el atrio, la casa. En el tabernáculo están todos los justos que viven y trabajan en la carne, porque los tabernáculos son de los que trabajan y militan. El tabernáculo tiene un techo, mas carece de fundamento y es portátil, porque los justos no están fundados en las cosas presentes, sino que buscan la ciudad que tiene los cimientos arriba. La fe, que es el fundamento, no está en las cosas terrenas, sino en el Señor. Tienen techo, esto es, la protección y la defensa de la gracia. Los atrios están vecinos a la casa y tienen grande amplitud. En ellos están las almas de los santos descargadas de los cuerpos; las cuales, dejada la estrechez de la carne, se hallan en la amplitud. Los atrios tienen fundamento, mas no techo, porque las almas que están en amor de Dios no caen, por lo que *nuestros pies estaban firmes* [1]; no tienen techo, porque aun esperan el aumento, que no se tendrá sino en la resurrección de sus cuerpos [2]. Después de esa resurrección estarán con los ángeles en la casa que tiene fundamento y techo. El fundamento será la estabilidad de la eterna bienaventuranza; el techo, su consumación y su perfección.

79 De que siempre y en todo nos debemos someter a la voluntad de Dios *

Preparado está mi corazón, Dios; preparado está mi corazón [1]. El camino recto, hermanos, ni se declina a la derecha ni a la izquierda. Ciertamente, se puede encontrar el hombre preparado una vez, no dos. Si le dice Dios: *Arroja a la esclava y a su hijo* [2] (me refiero a las obras de la carne), no se tarda. Si dice: *Inmólame a tu hijo Isaac, a quien amas* [3], esto ya no se puede oír con paciencia. No se sufre que por razón de la utilidad o unidad fraterna padezca (al parecer) detrimento el fervor espiri-

* PL 183, 698.
[1] Ps. 121, 2.
[2] Véase sermón 41, nota 55.

* PL 183, 698.
[1] Ps. 54, 8.
[2] Gen. 21, 10.
[3] Gen. 22, 2.

tual. ¿Acaso no arroja fácilmente el siervo de Cristo lo que pertenece al deleite corporal? Mas dejarse privar con toda serenidad de un placer del espíritu cuando obliga la obediencia o lo pide la razón de la caridad fraterna, esto es ofrecer a Dios un holocausto grande y agradable. Con todo eso, acuérdate de que en este sacrificio no se mata a Isaac, sino al cabrito de la contumacia.

80 De las varias uniones *

1. *¡Qué bueno y alegre es habitar los hermanos en un mismo lugar!* [1] Hay una unidad natural, una unidad carnal, una unidad virtual, una unidad moral, una unidad espiritual, una unidad social, una unidad personal, una unidad principal. Hay unidad natural entre el cuerpo y el alma, hay unidad carnal entre el hombre y la mujer; de la cual unión se dice: *Serán dos en una sola carne* [2]. Unidad virtual es aquella que junta al hombre a sí mismo para que no se desparrame por cosas diversas, sino que con el profeta pida una cosa al Señor [3]. Unidad moral es la que nos une al prójimo. Por lo que dice el salmista: *Hace habitar a los de unas mismas costumbres en la casa* [4]. Unidad espiritual es la que nos une con Dios. Por lo que dice el Apóstol: *El que se adhiere a Dios, se hace un espíritu con El* [5]. Unidad social la hay entre los ángeles, para todos los cuales es uno mismo el querer y el no querer. Unidad personal la hay en Cristo. Unidad principal, que es también substancial, la hay en la Trinidad.

2. *¡Qué bueno y alegre!* Hay algunas cosas que son buenas y alegres; hay algunas que no son buenas ni alegres; algunas son buenas y no alegres; algunas son alegres y no buenas. De las buenas y no alegres se llega a las buenas y alegres; de las alegres y no buenas, a las no buenas y no alegres. Buenas y no alegres son la continencia, la paciencia, la disciplina. Alegres y no buenas, la voluptuosidad, la curiosidad, la vanidad. Ni buenas ni alegres, la envidia, la tristeza, la pereza. Buenas y alegres, la honestidad, la caridad y la pureza. Para obtener esta cosa buena y gozosa son necesarias la unidad virtual y la unidad moral. A la primera la turban la pusilanimidad

* PL 183, 698.
[1] Ps. 132, 1.
[2] Gen. 2, 24.
[3] Ps. 26, 4.
[4] Ps. 67, 7.
[5] 1 Cor. 6, 17.

y la ligereza. La pusilanimidad hace abandonar el propósito ; la ligereza, mudarle. A la segunda la turban la obstinación, la sospecha y la simulación. La obstinación no recibe al prójimo, la sospecha no cree al prójimo, la simulación no se junta con el prójimo. La esperanza de los bienes eternos arroja la pusilanimidad ; la obediencia humilde, la ligereza. La obstinación se arroja con la humildad ; la sospecha y la simulación, con la caridad.

81 De la alabanza de Dios en la boca del pecador *

No es preciosa la alabanza en la boca del pecador [1]. Igualmente, no es preciosa la que se halla en la boca del pecador penitente, porque sufre confusión con el recuerdo y la memoria del pecado. En él hay una confesión útil, pero no una alabanza preciosa y honrosa. Mas cuando, usando de los beneficios de Dios, se adhiere a la divina alabanza y se deleita y aprovecha constantemente en ella, de tal suerte que no le agrade ninguna otra cosa, entonces hay en su boca una alabanza preciosa de Dios. Sucede lo mismo que al labrador, quien, mientras echa el estiércol en su campo, está todo lleno de suciedad y de estiércol ; ni es hermosa su labor, aunque sí fructuosa ; mas cuando recoge gavillas de mieses, entonces su trabajo es precioso y dulce.

82 De la guarda constante del corazón *

1. *Guarda con toda diligencia tu corazón,* porque de él procede la vida [1]. Por dos causas procede la vida del corazón : ya porque es necesario creer de corazón para justificarse [2], y el justo vive de la fe [3], y con la fe se purifica el corazón [4] y el limpio de corazón ve a Dios [5], esto es, le conoce, y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Dios único, y a Jesucristo, a quien has enviado [6] ; ya porque Jesucristo, nuestra vida, que habita ahora en nuestros corazones por la fe [7], aparecerá glorioso y nosotros con él [8]. Y

* PL 183, 699.
[1] Eccli. 15, 9.
* PL 183, 699.
[1] Prov. 4, 23.
[2] Rom. 10, 10.
[3] Rom. 1, 17.
[4] Act. 15, 9.
[5] Mt. 5, 8.
[6] Io. 17, 3.
[7] Eph. 3, 17.
[8] Col. 3, 4.

quien ahora está oculto en el corazón, entonces saldrá como del corazón al cuerpo, cuando reforme nuestro cuerpo abatido, configurándole a su cuerpo glorioso[9]. Por lo que dice otro apóstol: *Ahora somos hijos de Dios y aún no aparece lo que seremos*[10].

2. Mas debemos considerar lo que dice: *Guarda con todo cuidado tu corazón*. Suelen decir los hombres de este siglo: Quien guarda su cuerpo, guarda un castillo hermoso. Mas nosotros no decimos así, sino: Quien guarda su cuerpo, guarda un vil estercolero, como atestigua el Apóstol: *Porque quien siembra en la carne, recogerá de la carne corrupción, mas quien siembra en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna*[11]. Como si dijese: Debemos cultivar y custodiar preferentemente el castillo del alma, porque de él procede la vida eterna. Mas este castillo, colocado en la tierra de los enemigos, se ve atacado por todas partes; por eso le debemos proteger con vigilante solicitud y con todo cuidado, esto es, por todas partes: por abajo y por arriba, por delante y por detrás, por la derecha y por la izquierda. Por abajo le acomete la concupiscencia de la carne, que lucha contra el alma, porque la carne se subleva contra el espíritu. Por arriba está inminente el juicio de Dios. Cosa horrenda es caer en las manos de Dios vivo[12]. Con gran solicitud guardaba su corazón el que decía: *Siempre temí el enojo de Dios como a olas hinchadas que fuesen a reventar sobre mí*[13]. Por detrás está la delectación mortífera, que nace del recuerdo de los pecados pasados; por delante, la insistencia de las tentaciones; por la izquierda, la inquietud de los hermanos arrogantes y murmuradores; por la derecha, la devoción de los hermanos obedientes. También éstos, si no nos precavemos, nos pueden dañar de dos modos: ya siendo causa de que envidiemos sus buenos actos, ya de que emulemos su gracia particular.

3. Vigile, pues, contra la carne, el rigor de la disciplina; contra el juicio de Dios, el juicio de la propia confesión; y éste sea doble: manifiesto por las cosas manifiestas y oculto por las ocultas. Por lo que dice el Apóstol: *Si nos juzgamos a nosotros mismos, no nos juzgamos*[14]. Vigile contra la delectación, que procede del recuerdo de los pecados pasados, la frecuente lectura; contra la insis-

[9] Phil. 3, 21. [11] Gal. 6, 8. [13] Iob 26, 23.
[10] 1 Io. 3, 2. [12] Hebr. 10, 31. [14] 1 Cor. 11, 31.

tencia de la tentación, la insistencia en la oración suplicante ; contra la inquietud de los hermanos, la paciencia y la compasión ; contra el fervor de los hermanos obedientes, la congratulación y la discreción. La congratulación arroja la envidia ; la discreción, la demasiada emulación.

83 De que se han de recibir con cautela las alabanzas humanas *

¿Encontraste miel? No comas mucho, no sea que saciándote lo vomites [1]. En este lugar, la palabra miel puede significar muy apropiadamente el favor de la alabanza humana. Con razón no se nos prohibe toda comida, sino la comida inmoderada. Es lícita cuando recibimos útilmente las alabanzas humanas por motivo de la caridad fraterna y por la salvación de aquellos que de este modo se nos hacen más asequibles. Guardada esta parquedad, no nos hará daño el comer moderadamente la miel. Si hay algo de más, es malo, y se convierte en daño. Come inmoderadamente de la miel encontrada aquel que, prestando a ella su corazón, se hincha con el favor de la alabanza humana, engorda y se engrasa. De este favor de la alabanza ruega el profeta santo a Dios que le guarde, expresando no con la palabra de miel, sino con la otra semejante del aceite, este favor que hemos indicado, al decir : *No ungirá mi cabeza el aceite de los pecadores* [2]. ¿Quieres saber cuándo vomita el inmoderado devorador de la miel lo que, tomando hasta saciarse, no digirió bien? Entonces, sin duda ninguna, vomitará las alabanzas de que se sacia, no buscando otro fruto que el llenarse del favor humano ; entonces, repito, vomitará lo que come con perniciosa delectación, cuando se abrase de envidia al oír alabar a otro. La mente dada a la vanidad e hinchada por la arrogancia reputa como vituperio la alabanza de otro.

84 De la constancia contra la tentación del diablo *

1. Dos lugares tiene el alma racional : el inferior, al que rige, y el superior, en el que descansa. El inferior que

* PL 183, 700.
[1] Prov. 25, 16.
[2] Ps. 140, 5.
* PL 183, 701.

rige es el cuerpo, el superior en el que descansa es Dios. De los dos se puede entender razonablemente lo que está escrito: *Si se levanta sobre ti el espíritu que tiene poder, no abandones tu lugar* [1], es a saber, ya rijas el inferior, ya descanses en el superior. Mas lo que dije primero conviene a los rudos y todavía imperfectos, a los que habla el Apóstol: *Lo digo con lenguaje humano por la debilidad de vuestra carne: Así como entregasteis vuestros miembros en esclavitud a la inmundicia y a la iniquidad para servir a la iniquidad, de igual modo, entregad vuestros miembros en servicio a la justicia para obrar la santificación* [2]. Tres son las cosas que hace el alma en el cuerpo: vivificar, sensibilizar, regir. Si se le quita la vida o se perturba sus sentidos, por ninguna de estas dos cosas es condenada. Mas si sucumbe a la tentación que la vence, esto ya se la imputa como pecado. Por tanto, se la dice que cuando monte sobre ella el espíritu no abandone su lugar; esto es, que cuando se levante la tentación no preste sus miembros al pecado como armas de iniquidad.

2. Mas debemos notar lo que se dice: *Si se levanta sobre ti el espíritu que tiene poder.* Nada, ciertamente, puede el espíritu maligno contra nosotros, a no ser que Dios le envíe o le permita. Por lo cual, teniendo una voluntad mala, su poder siempre es medido. Su voluntad mala nace de sí mismo, mientras que el poder no lo tiene de otro que de Dios. Este poder siempre le modera el Señor para que no dañe, por causa de la mala voluntad, más de lo que exigen los deméritos que se castigan. Estas cosas sean dichas del lugar inferior. Por lo que se refiere a la parte superior, se ha de entender de esta manera: que por la tentación del diablo no abandone la quietud que tiene en Dios, sino que, aun cuando la tiente el diablo por todas partes, ella permanezca fija en Dios con tranquilidad y constantemente. Esta segunda explicación va dirigida a aquellos que con Elías pueden decir: *Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia me encuentro* [3]; y aquello otro de San Juan Apóstol: *Vivimos en el mundo como El vivió* [4]. Esta explicación, repito, conviene a los perfectos, que en su vida imitan ya de alguna manera el estado de eternidad.

---

[1] Eccle. 10, 4.
[2] Rom. 6, 19.
[3] 4 Reg. 3, 14.
[4] 1 Io. 4, 17.

85 De la caída irreparable del alma *

Ya caiga el árbol al mediodía o al aquilón, ahí permanecerá [1]. El calor y suavidad del mediodía suele tener en la Sagrada Escritura una buena significación; del aquilón, en cambio, procede todo mal [2]. Ahora bien, uno vió a los hombres como árboles [3]. Se corta un árbol en el monte, y a cualquier lado que caiga, allí estará, porque Dios te juzgará allí en donde te encuentres. Allí, repito, inmutablemente e irreparablemente. Mire bien el árbol adónde ha de caer antes de que caiga, porque, una vez que caiga, no podrá levantarse; más, ni volverá siquiera a ningún lado. Y, si quieres saber adónde ha de caer el árbol, fíjate en sus ramas. No dudes que ha de caer por aquel lado donde tenga más abundancia de ramas y sea más frondoso cuando se le corte. Nuestras ramas son nuestros deseos; los cuales, si son espirituales, se extenderán hacia el mediodía; si son carnales, hacia el aquilón. Quiénes han de prevalecer, lo indica el tronco, que se halla en medio. Prevalecerán aquellas que arrastren consigo al tronco. De igual modo, está puesto nuestro cuerpo entre el espíritu, al que debe servir, y los deseos carnales, que luchan contra el alma, o las potestades de las tinieblas, como una vaca que se encuentra entre el pastor y el ladrón. Por más que amenace éste, por más que aceche, si no lleva la vaca, vence el rústico. De igual modo, por más que se irrite el maligno, aunque hierven multitudes de pensamientos malos, si el alma vindica para sí su vaso, hemos de creer que ha vencido; para que, como dice el Apóstol: *No reine el pecado en nuestro cuerpo mortal, sino que, así como hemos prestado nuestros miembros a la iniquidad para obrar la iniquidad, de igual modo los pongamos a servicio de la justicia para obrar la santificación* [4].

86 Del peso, medida y número de la creación *

1. *Todo lo hiciste con peso, medida y número* [1]. Esto se ha dicho en comparación de la divina esencia. Las creaturas han sido hechas con peso, medida y número; sólo el

* PL 183, 702.
[1] Eccle. 11, 3.
[2] Ier. 1, 14.
[3] Mc. 8, 24.
[4] Rom. 6, 12. 19.
* PL 183, 702.
[1] Sap. 9, 21.

Creador carece de todas éstas. El peso resulta de la dignidad de la cosa. Así, pues, fué hecha con peso aquella que se compara con otra del mismo género según lo más o lo menos o lo igual. Tiene peso aquella que se puede estimar en lo que vale. La medida resulta del lugar y del tiempo. Y si admitimos que el lugar es algo corpóreo, la medida de las cosas incorpóreas será el tiempo, no el lugar. El alma no puede estar en lugar corpóreo. El cuerpo, como tal vez pareciera, no es su lugar. ¿Cómo podrá ser encerrada en el cuerpo la que vive tanto en lo interior como en lo exterior, la que está tanto en la periferia como en las entrañas más íntimas?

2. Mas, a causa del afecto carnal y de la costumbre corporal, de tal suerte se pierde el alma que no sabe pensar sino cosas corpóreas. *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*[2]. Gusta lo que ama. Embetunada y dominada por los afectos terrenos, no puede considerar su rostro; metida en lo más profundo del lodo, no se ve a sí misma, mas piensa que su forma es esa imagen de barro que lleva. Pero es muy distinta; y muy distinta también es la manera con que se obtiene la medida del alma por su lugar. A la verdad, el lugar de cada una de las cosas es el fin de su substancia. La substancia del alma se encuentra en la razón, en la memoria, en el consejo, en el juicio y en las demás cosas semejantes, a las cuales las localiza su fin propio. Así, pues, todo espíritu ha sido hecho en medida (a excepción del divino), pues la razón, la memoria y todas las demás cosas tienen su medida. Todas han sido hechas en número, ya sea según la composición, como son los cuerpos, ya según la variedad o mutabilidad, como son también los incorpóreos. Dios es el único en quien no cabe de ningún modo ni peso, ni medida, ni número. Dios es el único que no tiene otro de su género con quien compararse. Es uno y el único completamente inmutable, eterno, inmenso, indivisible y absolutamente invariable.

87 Del beso del Esposo o de la gracia de la contemplación*

1. *Béseme con el beso de su boca*[1]. Tres son los besos: el primero, el del pie; el segundo, el de la mano; el ter-

[2] Mt. 6, 21. * PL 183, 703. [1] Cant. 1, 1.

cero, el de la boca. Con el primero nos convertimos al besar los pies del Señor. Los pies del Señor son dos : la misericordia y la verdad. Estos dos pies los imprime Dios en los corazones de los que se convierten para que todo pecador, si se convierte de veras, los abrace. Si recibiese la misericordia sin la verdad, ciertamente caería en la presunción. De igual modo, si recibiese la verdad sin la misericordia, perecería por la desesperación. Mas, a fin de salvarse, se arroja humildemente a ambos pies del Señor para condenar sus pecados con la verdad y esperar el perdón por la misericordia, y éste es el primer beso. Se da el segundo cuando nos levantamos por primera vez a las obras buenas. Besamos la mano de Dios cuando se las ofrecemos o cuando recibimos de El los dones de las virtudes Finalmente, el tercer beso se da cuando, consumado el llanto de la penitencia y recibidos los dones de las virtudes, la mente desea, impaciente por el amor e inspirada por un anhelo celestial, ser introducida en el interior del aposento, en los goces secretos de la cámara íntima, cuando, interrumpiendo la voz del ánimo dulces suspiros, canta con piadoso afecto del corazón : *Buscaré, Señor, tu rostro*[2]. Y así, a causa de su vehemente deseo, se la hace presente el Esposo, a quien tanto ama, a quien tanto desea, por quien tanto suspira. El primer beso, pues, se da para la remisión de los pecados, y se llama propiciatorio ; el segundo, por los dones de las virtudes, y se llama remuneratorio ; el tercero, en la contemplación de las cosas celestiales, y se llama contemplativo.

2. Mas debemos saber que hay dos géneros de contemplación. Hay unos que suben y caen, otros que son elevados y descienden. Los que suben son aquellos de quienes se dijo : *Conociendo a Dios, no le glorificaron ni le dieron gracias como a Dios*. No dieron gracias porque atribuyeron a sus esfuerzos o a su ingenio lo que Dios les había revelado. Por eso siguió su caída : *Y se desvanecieron en sus pensamientos. Diciendo que eran sabios, se volvieron necios*[3]. En cambio, los elegidos son arrebatados, como Pablo y sus semejantes. Pero también descienden, a fin de que hablen a los pequeños aquello que han visto en el rapto de su mente para que lo puedan comprender. Fué arrebatado San Pablo cuando dijo : *Si nos extasiamos, es por ra-*

[2] Ps. 26, 8.
[3] Rom. 1, 21. 22.

zón de Dios. Descendió cuando dice: *Si nos hacemos sobrios, es por causa vuestra*[4]. El alma perfecta desea ser arrebatada con este género de contemplación y recibir los castísimos abrazos de su esposo cuando dice: *Béseme con el beso de su boca.* Como si dijese: Yo no puedo levantarme con mis fuerzas, ni con mi industria, ni con mis méritos a la contemplación de los goces de mi Señor, mas *béseme El con el beso de su boca*, esto es, hágase por su gracia; *béseme con el beso de su boca*, no por la doctrina, no por la naturaleza, sino por su gracia. De un modo admirable ha expresado la gracia, la obra y el modo de la obra. Al decir *béseme*, muestra la gracia del operador; cuando añade *con el beso*, muestra la misma obra, esto es, la contemplación; mas cuando termina, *de su boca*, expresa evidentemente el modo de la obra, es decir, el modo con que se hace la contemplación; por la boca se designa al Verbo.

3. La contemplación resulta de la descensión del Verbo de Dios a la humana naturaleza por la gracia y la exaltación de la humana naturaleza al mismo Verbo por el amor divino. A nadie le debe parecer indigno que en la contemplación del Verbo de Dios hagamos esta distinción, puesto que atestigua el Evangelio que de un modo semejante se hizo la encarnación del mismo. Allí se envía primero la gracia cuando el ángel saluda a la Virgen, diciendo: *Dios te salve, llena de gracia.* Cuál y cuánta sea esa gracia, lo añade a continuación: *El Señor es contigo.* Se señala también la obra de esta gracia cuando dice: *Bendito el fruto de tu vientre.* El fruto de tu vientre es la encarnación del Verbo. Se enseña el modo de tan gran obra cuando se dice: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*[5]. En estas obras del Verbo, tanto en las que hemos entresacado del Evangelio como en las que hemos expuesto del Cantar de los Cantares, se patentiza que ésta, la encarnación, se hizo de la abundancia de la divina gracia, y que aquélla, la contemplación, jamás podrá ser fruto de la humana voluntad, sino solamente del don divino.

4. Y hay que notar que la misma contemplación se distingue en tres especies según la diversa fase de los tiempos. Primeramente se llama alimento; en segundo lugar, bebida; en tercer lugar, embriaguez. Por lo cual en

[4] 2 Cor. 5, 13.
[5] Lc. 1, 28. 35.

lo que sigue se invita a los elegidos por boca del Esposo, que dice: *Comed, amigos, y bebed; carísimos, embriagaos* [6]. Primeramente, comen cuando viven todavía en la carne corruptible. Mas después, descargados del cuerpo y trasladados al cielo, se dice que beben lo que primero comían, porque ya contemplan cara a cara y sin trabajo lo que primero creían por la fe cuando, puestos en el cuerpo, peregrinaban al Señor y con el sudor de su rostro comían el pan; de igual modo que nosotros pasamos más fácilmente lo que bebemos que lo que comemos, puesto que en aquello hay algo trabajo, mientras que en esto es ligerísimo el paso. Colocados los santos en este estado, pueden beber ciertamente, mas no embriagarse, porque se ven en cierto sentido como apartados de la perfectísima contemplación de la divinidad en tanto aguardan la resurrección de sus cuerpos para el fin del mundo. Obtenida la cual, de tal modo se une el cuerpo a la mente y la mente a Dios, que ya en adelante nada habrá que pueda apartarlos de la interna embriaguez de la contemplación. Los que comen en la primera invitación son llamados amigos, esto es, queridos; en la segunda, más queridos, porque beben; en la tercera, carísimos, porque se embriagan.

5. *Porque tus pechos son mejores que el vino* [7]. Dos son los pechos de la esposa: uno, de congratulación; otro, de compasión. Por lo cual, alimentando el Apóstol a los pequeños con estos dos pechos, dice: *Gozad con los que gozan, llorad con los que lloran* [8]. En el vino se entiende el deseo mundano, del cual está escrito: *Su vino es hiel de dragones y veneno insanable de áspides* [9].

6. *Fragantes como los más exquisitos ungüentos* [10]. Insinúa que hay unos ungüentos buenos, otros mejores y otros óptimos, preferidos a todos los demás. Digamos, pues, que hay tres especies de ungüentos. El primero se hace con el recuerdo de los pecados cuando nos dolemos de ellos y pedimos perdón. Este ungüento es bueno, porque Dios no desprecia el corazón contrito y humillado [11]. Se derrama a los pies del Señor, y ahí recibe la remuneración, es a saber, la remisión de los pecados, al decir el Señor: *Le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho* [12]. El segundo ungüento se hace con el recuerdo de los beneficios de Dios. Este se derrama directamente en la ca-

[6] Cant. 5, 1. [7] Cant. 1, 1. [8] Rom. 12, 15. [9] Deut. 32, 33. [10] Cant. 1, 2. [11] Ps. 50, 19. [12] Lc. 7, 47.

beza, porque las virtudes no se pueden referir sino a Dios, de quien proceden. Este ungüento es ya precioso, porque de él está escrito: *¿Por qué se ha hecho este desperdicio de ungüento? Se podía haber vendido por más de trescientos denarios y haberse dado a los pobres.* Mas el Señor aprueba este gasto cuando dice: *Dejadla. ¿Por qué la molestáis? A los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre.* No sólo aprueba, sino que también recompensa cuando dice: *Yo os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se predique este evangelio, se dirá en memoria suya lo que ésta ha hecho* [13]. El tercer ungüento se compone de preciosos aromas, como se ha escrito de aquellas santas mujeres que *compraron aromas para ir a ungir a Jesús* [14]. Mas este tercer ungüento no se derrama o pierde, porque el Señor no quiso que se derramase sobre su cuerpo muerto, sino que se guardase para su cuerpo vivo, esto es, para la santa Iglesia, a la que envía a las mujeres que habían venido con los ungüentos para que la anuncien la resurrección. El primer ungüento, pues, se llama ungüento de compunción, y le consume el fuego de la contrición; el segundo, ungüento de la devoción, y le consume el fuego de la caridad; el tercero, ungüento de piedad, el cual no es consumido, sino que se guarda íntegro.

88 Del recto uso de los dones de Dios *

1. Así como hay dos cosas en Cristo: una desconocida para nosotros, es a saber, la generación divina, de la que está escrito: *¿Quién contará su generación?* [1], y otra conocida, como la generación y obras humanas, así igualmente del Espíritu Santo hay una cosa oculta a nuestras inteligencias, es a saber, cómo procede del Padre y del Hijo siendo igual y coeterno con el Padre y con el Hijo; otra manifiesta, porque El la ha enseñado, es a saber, cómo obra en nosotros su gracia. Las operaciones del Espíritu Santo en nosotros son unas por nosotros y otras por el

[13] Mt. 26, 8-13; Mc. 14, 4. 9.
[14] Mc. 16, 1.
* PL. 183, 706.
[1] Is. 53, 8.

prójimo. Por nosotros, esto es, por nuestra utilidad, obra en nosotros primeramente la compunción, consumiendo los pecados; en segundo lugar, la devoción, ungiendo y sanando las heridas; en tercer lugar, nos sustenta y fortifica como con pan dándonos el entendimiento; en cuarto lugar, nos embriaga como con vino aumentando ese mismo entendimiento e infundiendo el amor. Los demás carismas, esto es, la sabiduría, el consejo, etc., se nos dan para la utilidad de los otros. Por lo cual, al hablar el Apóstol de la distribución de los dones, no dice simplemente: *a otros se da la sabiduría*, a otros la ciencia, sino que añade: *el lenguaje de ciencia, el lenguaje de sabiduría*[2], para mostrar que estos dones se dan por razón de los otros, esto es, para edificar a los otros.

2. En las cuales obras hay que precaver un doble peligro: que dividamos con el prójimo lo que se nos ha dado para nosotros o que reservemos para nosotros lo que se nos ha dado para el prójimo. Si nos guardamos para nosotros solos lo que hemos recibido para la utilidad de los demás, no tenemos caridad y se nos dice: *¿Qué utilidad hay en la sabiduría escondida y en el tesoro oculto?*[3] Por otra parte, si queremos hacer partícipes a los hombres de los dones de Dios que deben permanecer ocultos en el corazón, perdemos la humildad y con razón nos increpa aquella voz: *¿Qué tienes que no hayas recibido?*[4] Así, peligramos de ambos modos al perder aquí la humildad y allí la caridad. Y ¿acaso puede salvarse alguno sin la humildad y sin la caridad? Vuestro aprovechamiento debe guardar un recto orden, de suerte que primero procuremos cumplir con aquellos dones primeros, es a saber, con la compunción y semejantes, y que después, si por la gracia del Espíritu Santo sobrevienen los demás, esto es, la sabiduría y la ciencia, procuremos compartirlos con los prójimos. De este modo, si nos reservamos aquellas cosas que nos convienen a nosotros solos y nos otorgamos a nosotros mismos y al prójimo aquellas que se confieren para su utilidad, obtendremos aquel don del Espíritu Santo que se llama discreción de espíritus.

[2] 1 Cor. 12, 8.
[3] Eccli. 20, 32.
[4] 1 Cor. 4, 7.

89 DEL BESO QUE DESEA LA ESPOSA, ESTO ES, DEL ESPÍRITU SANTO *

1. *Béseme con el beso de su boca* [1]. Por la boca del Padre se entiende el Hijo. *Ninguno conoce al Hijo si no es el Padre, ni nadie conoce al Padre si no es el Hijo y aquel a quien quiera el Hijo revelárselo* [2]. Mas, a quien quiera que se haga esta revelación, ya sea la del Padre, ya la del Hijo, no se hace sino por el Espíritu Santo. Por eso, cuando dijo con Pedro al Señor: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*, respondió El: *Bienaventurado eres, Simón Baryona*, que significa hijo de la paloma, *porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos* [3]. Y el Apóstol, después de haber dicho *el ojo no vió ni oyó el oído*, etc., añade a continuación: *mas a nosotros nos lo reveló Dios por su Espíritu* [4]. Así, pues, parece que la esposa tiene la gracia del Espíritu Santo, mediante la cual conoce que el Hijo es igual al Padre. Por eso no dice: *Béseme* con su beso, es a saber, con el Hijo, no con cualquiera otra criatura, puesto que ninguna puede ser igual al Padre, sino *con el beso de su boca*. El beso dice relación entre el que besa y el besado. Si, pues, se besan mutuamente el Padre y el Hijo, su beso, ¿qué otra cosa es sino el Espíritu Santo?

2. Con este beso desea la esposa que se la bese cuando dice: *Béseme con el beso de su boca*. Que recibió este mismo beso, lo atestigua San Pablo cuando dice: *Porque sois hijos, envió Dios al Espíritu de su Hijo a nuestros corazones; el cual nos hace clamar: ¡Abba, Padre!* [5] Este beso prometía el mismo Salvador cuando exhortaba a los discípulos a la oración constante, diciéndoles: *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¿con cuánta mayor razón dará vuestro Padre, que está en los cielos, dones buenos*, esto es, *al Espíritu bueno?* [6] Con la impresión de este beso recibe el alma racional de su mismo Esposo, el Verbo de Dios, el conocimiento y el amor de la verdad; las cuales cosas imprimen, como labios, la misma virtud y sabiduría de Dios. La sabiduría confiere el conocimiento; la virtud, el amor. Igualmente, la misma

* PL 183, 707.
[1] Cant. 1, 1.
[2] Mt. 11, 27.
[3] Mt. 16, 16. 17.
[4] 1 Cor. 2, 9. 10.
[5] Gal. 4, 6
[6] Mt. 7, 11; Lc. 11, 13.

alma tiene dos labios, con los que besa a su Esposo, esto es, la razón y la voluntad. Propio de la razón es recibir la sabiduría y propio de la voluntad recibir la virtud. Si la razón percibe el conocimiento de la sabiduría, mas la voluntad no tiene la virtud del amor, no es pleno el beso ; o, si la voluntad obtiene el amor, mas la razón no percibe en absoluto el conocimiento, el beso es a medias. Sólo es pleno y perfecto cuando la sabiduría ilustra la razón y la virtud impulsa la voluntad.

90 De los tres ungüentos : de la compunción, de la devoción, de la piedad *

1. Dos son los pies de Dios : la misericordia y el juicio. Con éstos andan y recorren constantemente las mentes espirituales, saltando como gigante que sigue su carrera [1], con tal de que éstas sean tales, que pueda decir con razón : *Habitaré en ellas y pasearé por ellas* [2]. Estos pies del Señor los unge, en primer lugar, el alma pecadora con aquel primer ungüento que se llama de la compunción. Así, María, que era pecadora, ungió los pies de Jesús. Ni se crea que es este ungüento ordinario, pues de él está escrito : *Y toda la casa se llenó de olor del ungüento* [3]. Y ciertamente, puesto que en los cielos se percibe la fragancia de este ungüento, como atestigua la Verdad cuando dice : *Siempre se alegran los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia* [4]. Mas por muy precioso que parezca, en comparación de ese otro que se llama de la devoción y que se hace con la memoria de los beneficios divinos, con el que también se unge la cabeza del Señor, es juzgado por vil y de ningún precio. Del primero se dice : *Dios no desprecia el corazón contrito y humillado* [5] ; mas del segundo : *El sacrificio de alabanza me honrará* [6]. Unges con él la cabeza cuando das gracias a Dios por sus dones, puesto que la cabeza de Cristo es Dios [7]. Ciertamente, tocamos en Cristo la deidad cuantas veces nos acordamos de sus beneficos para gloria suya, de igual modo que necesitamos pensar en su humanidad y no en su divinidad cuando recapacitamos no en sus dones, sino en nuestros pecados.

---

* PL 183, 708.
[1] Ps. 18, 6. [2] 2 Cor. 6, 16. [3] Io. 12, 3. [4] Lc. 15, 10. [5] Ps. 50, 19. [6] Ps. 49, 23. [7] 1 Cor. 11, 3.

2. Sabemos que en la asunción de la carne recibió estos dos pies, es a saber, la misericordia y el juicio, para que el pecador, que no tenía llegada a la cabeza, esto es, a la deidad, la tuviese a los pies, esto es, a la humanidad. Si aquel pie que hemos dicho de la misericordia no perteneciese al hombre asumido, no diría San Pablo de El: *Sufrió todas las miserias, menos el pecado, para hacerse misericordioso* [8]. Y si, igualmente, no perteneciese el juicio al hombre, el mismo hombre-Dios no diría de sí mismo: *Y le dió poder de hacer juicio, porque es hijo del hombre* [9]. Así, pues, a estos pies del Varón de dolores, que sabe de enfermedad, se acerca el pecador no dudando, sino hablando con confianza: *Ahora nos acercamos con confianza al trono de la gracia, pues no tenemos un Pontífice que no sepa compadecerse de nuestras debilidades* [10]. La pecadora se acercó a ungir los pies, la justa a ungir la cabeza. El ungüento que se derrama sobre la cabeza se ha de considerar tanto más precioso que aquel otro con que se ungen los pies cuanto sabemos son más preciosas las especies con que se confecciona. Las especies del ungüento de los pies las encontramos sin trabajo en nuestra región, puesto que todos somos pecadores; mas aquellas otras las recibimos importadas difícilmente y de muy lejos, como que son del paraíso de Dios. Toda dádiva óptima y todo don perfecto son de arriba y descienden del Padre de las luces [11]. ¿Qué cosa más preciosa que este ungüento, de cuya efusión se hace notar que murmuraron también los apóstoles, diciendo: *¿Para qué esta pérdida? ¡Podía haberse vendido y dado a los pobres!*

3. Mas también ahora, cuando vemos alguno reposar en Dios con tanta devoción y gracia que con razón se cree que unge la cabeza de Cristo y persistir constantemente en la santa quietud, en la acción de gracias y en la delectación de la devoción divina, no faltan quienes a esto le llaman pérdida y se quejan, según ellos creen con justa murmuración, de que, pudiendo aprovechar a muchos, repose sólo para sí; y esto no porque tengan envidia de la santidad, sino porque miran por la caridad. Mas con frecuencia, Dios, que es la misma caridad, dispensa de las obras de caridad a esa alma que ve deleitarse en los estudios espirituales, principalmente si sabe que aún es pusilánime e

[8] Hebr. 4. 15.
[9] Io. 5. 27.
[10] Hebr. 4, 16. 15
[11] Iac. 1, 17.

ignorante como mujer y que aún no ha progresado hasta convertirse en varón perfecto. Lo cual discierne mejor Aquel que mira el corazón que los hombres, que sólo ven la cara y juzgan según ella, no atendiendo a que no es fácil reposar devotamente y ocuparse fructuosamente; someterse humildemente y presidir útilmente; ser gobernado sin queja y gobernar sin culpa; obedecer espontáneamente y mandar discretamente; ser bueno, en fin, entre los buenos y bueno también entre los malos; más aún, ser pacato entre los hijos de la paz y mostrarse pacífico entre aquellos que la odian. Sabiendo, pues, Jesús quiénes son y quiénes no son idóneos para implicarse en los cuidados de tal alma delicada y que no está preparada, a causa de su ternura, para tratar los negocios, volviéndose contra los que sienten de otra manera y que la improperan por esta quietud, como infructuosa, ciertamente con buen celo, mas no según la ciencia, les reprende: *¿Por qué molestáis a esta mujer?* Aunque, como debemos confesar, es mejor eso a que la arrastráis, con todo, ha obrado una buena acción conmigo. Dejadla, pues, por ahora obrar el bien que puede. Sé que todavía es mujer. Cuando, por mutación de la derecha del Excelso, se convierta de mujer en hombre (lo cual no me será desconocido cuando suceda, pues si avanza es porque la impulso y si se mantiene es porque la sostengo), entonces será mejor la iniquidad del hombre que la mujer que ahora hace bien [12]. Así, pues, aguardo esa cosa mejor. Ni tengo por pérdida el derramamiento de este ungüento, en que se designa la devoción de la mujer y se simboliza mi sepultura. A esto se añade el que se extendió por todas partes su fragancia; por lo cual, en cualquier lugar donde se predique este evangelio, se dirá también en memoria suya lo que ésta ha hecho [13].

4. Mas vengamos al tercer ungüento. Ciertamente, al comparar entre sí a los dos pasados, hemos conocido sin ambigüedad ninguna que el segundo es mucho mejor que el primero y mucho más excelente. Maravilla será si podemos encontrar otro tercero que con derecho se pueda anteponer a los dos primeros. Mas precisamente esto mismo lo indica la esposa cuando dice que sus pechos exhalan aromas de ungüentos óptimos. No son óptimos si no vencen a los mejores, así como no se puede decir con verdad

[12] Eccli. 42, 14.
[13] Mt. 26, 8-13.

que son mejores aquellos que no superan a los buenos. Mas ese segundo ungüento con que se unge la cabeza ha resultado de tan gran excelencia, que apenas hay riquezas no digo que se la puedan preferir, mas ni siquiera comparar. No obstante eso, yo no creo que haya mentido la esposa, puesto que tiene por esposo a la misma Verdad, cuyas palabras son estas que habla; el cual, así como no puede engañar, así no puede ser engañado. De otro modo, mintiendo a la Verdad, en vano suspiraría y desearía ser abrazada con los abrazos de la Verdad. ¿Qué amistad puede haber entre la mentira y la verdad? Más bien pierden la verdad todos los que hablan mentira [14].

5. Quizás, si buscas en el Evangelio, hallarás que también ha precedido la imagen de este ungüento. *María Magdalena*, se dice, *María de Santiago y Salomé compraron aromas para venir y embalsamar a Jesús* [15]. ¿No veis, pues, en el mismo comienzo de este capítulo lo mucho que se ha de estimar este ungüento material, puesto que para comprar sus aromas no bastaron una o dos mujeres? Una trajo el primer ungüento, otra el segundo. Para comprar y preparar éste vinieron tres juntamente a comprar a un mismo tiempo lo que no podía cada una de por sí, para de este modo *venir y ungir a Jesús*. No sólo ungir los pies, no sólo la cabeza, sino que dice: *para venir y ungir a Jesús*, es decir, todo el cuerpo. Mas atiende que Cristo no toleró que se perdiese este precioso ungüento. Por eso, no habiendo encontrado el cuerpo, lo volvieron consigo. Se las mandó mostrar al vivo lo que habían preparado para el muerto. Lo cual hicieron cuando, anunciando al punto el gozo de la resurrección, procuraron borrar la tristeza de los corazones de los apóstoles, quienes, sin duda ninguna, eran miembros de Cristo, y miembros vivos. Y si Cristo no hubiese amado más a estos miembros que a su cuerpo crucificado, no le hubiese entregado a la crucifixión por ellos. Así, pues, aparece claro que este último ungüento precede a los otros dos tanto cuanto superó el amor de Cristo por este cuerpo, es a saber, la Iglesia, destinataria del tercer ungüento, al amor que tuvo a su cuerpo mortal, ungido con los otros dos ungüentos y al que entregó a la muerte por la redención del primero.

[14] Ps. 5, 7.
[15] Mc. 16, 1.

91 De tres emisiones *

1. *Tus emisiones son un paraíso* [1]. Esa es voz de la celestial Jerusalén, que se congratula con la que peregrina por la tierra. Tres son las emisiones: la primera es la de los casados que hacen penitencia en el mundo; la segunda, la de los continentes que viven en el claustro; la tercera, la de los prelados que predican y rezan por el pueblo. De la primera emisión, esto es, de la penitencia, dicen los ángeles (quienes experimentan gozo grande por un pecador que hace penitencia) [2]: *¿Quién es esta que sube por el desierto como varilla de humo*, etc.? Se dice, pues, que esta alma penitente sube *por el desierto*, es decir, por una tierra intransitable y árida, cuando recorre sus pecados. Sube *como varilla* al confesar humildemente sus pecados. La cual confesión se llama con exactitud *varilla de humo*, porque brota por las diversas especies de pecados como el humo por los diversos agujeros del turíbulo. Hay que notar que, aunque el humo nunca tiene fulgor, con todo, muchas veces puede tener olor. Que este humo de la confesión tenga cierto olor de piedad, se deduce de lo que se añade: *Compuesto de aromas de mirra y de incienso y de toda clase de polvos aromáticos* [3]. A la confesión siempre la deben acompañar la mirra y el incienso, esto es, la mortificación de la carne y la oración del corazón. Una cosa sin la otra aprovecha poco o nada. Si alguno mortifica la carne y no quiere orar, es soberbio y se le dirá: *¿Acaso comeré la carne de los toros o beberé la sangre de los cabritos?* [4] Igualmente, si reza, mas descuida mortificar su carne, oirá: *¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?* [5] Y aquello otro: *Será execrable la oración de aquel que aparta su oído para no oír el precepto* [6]. Por tanto, ambas cosas deben ir juntas, pues consta que se reprueba una sin la otra.

2. Sigue: *Y de toda clase de polvos olorosos*. Después del recuerdo y de la confesión de los pecados, después de la mortificación y de la oración, hay que presentar el fruto de la lismosna. La cual se llama *polvo* porque se hace de la substancia terrena, y *olorosa*, porque emite un olor sua-

* PL 183, 710.
[1] Cant. 4, 13.
[2] Lc. 15, 10.
[3] Cant. 3, 6.
[4] Ps. 49, 13.
[5] Lc. 6, 46.
[6] Prov. 28, 9.

ve. Por eso se dijo a Cornelio, obrador del bien : *Subieron tus oraciones y tus limosnas*[7]. O también se llama *de toda clase de polvos aromáticos* porque no sólo se han de triturar por la confesión y lavar por la compunción los pecados grandes, sino también los más pequeños. Esto sea dicho acerca de la primera emisión.

3. La segunda es la de los continentes que viven en el claustro o en la soledad. En esta emisión no se hace ninguna mención del desierto o del humo, esto es, de la penitencia, sino de la luz, del esplendor y de la virtud. En su alabanza cantan las voces angélicas : *¿Quién es esta que sube como aurora resurgente, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como ejército formado en batalla?*[8] En estas palabras se muestra su triple virtud : la humildad, la castidad, la caridad. La aurora es fin de la noche y principio del día. La noche significa la vida del pecado ; la luz, la vida del justo. Por tanto, la aurora, que pone en fuga a las tinieblas y anuncia la luz, significa con razón la humildad, porque así como ella divide la noche y el día, así ésta divide al justo del pecador. De aquí, es decir, de la humildad, comienza y con ella progresa todo justo. Por eso se la llama *aurora resurgente*, porque el edificio de las virtudes se levanta de la humildad como del fundamento. Por tanto, para mostrar su humildad se ha dicho *como aurora resurgente*. Mas aquello que sigue : *hermosa como la luna*, demuestra la castidad. Se dice que la luna no tiene su resplandor de sí, sino que le recibe del sol. Cuanto más se pone delante de él, tanto mayor es la parte que se ilumina con su resplandor. Igualmente, si la comunidad o cualquier alma fiel se pone delante de las miradas del verdadero sol para contemplarle, con su visión recibirá, sin duda ninguna, muy pronto en sí cierto brillo de hermosura y gracia de castidad. Con lo que sucederá que, creciendo y aprovechando con su luz, será también promovida a la perfección, de suerte que con razón se diga de ella lo que sigue :

4. *Brillante como el sol*. ¿Por qué como el sol? ¿Acaso porque los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre?[9] Mas ¿de dónde brillarán allí como soles sino de los esplendores del vestido nupcial?[10] Ese es el vestido con que habían de ser vestidos, viviendo aún en la tierra, aque-

[7] Act. 10. 3. [8] Cant. 6. 9. [9] Mt. 13. 43. [10] Mt. 12, 11..

llos a quienes se dijo: *Mas vosotros permaneced en la ciudad hasta que se os vista con la virtud de lo alto*[11]. Si alguno se vistiese con este vestido de la caridad, simbolizado en aquel vestido nupcial, y la ordenase con rectitud en sí, sin duda ninguna sería terrible para sus enemigos y como ejército puesto en batalla. A la verdad, los demonios no se preocupan de las demás virtudes mientras se hallan sin la caridad. Mas cuando ven a la caridad misma puesta en orden de batalla, al punto se precipitan en la huída. Se puede también entender en eso que se dice de *brillante como el sol* la perseverancia, que solamente es de los elegidos. Mas en aquello que sigue: *terrible como ejército puesto en orden de batalla,* la discreción, madre de las virtudes, que aterra y pone en fuga a los demonios, que adquiere y conserva las virtudes. Otras muchas cosas se pueden también entender y decir congruamente de esta segunda emisión, mas de entre muchas basten estas pocas.

5. La tercera emisión conviene a los predicadores, de cuya vida y doctrina habla con admiración aquella voz: *¿Quién es esa que sube del desierto rebosando de delicias, apoyada sobre su amado?*[12] En la primera emisión se había dicho: *¿Quién es esta que sube por el desierto?,* mas en ésta se dice: *Que sube del desierto,* porque allí los penitentes se sienten heridos por las espinas entre las que avanzan, mas aquí los doctores han pisoteado con espíritu sublime cuanto pudieron sacar del siglo. Por eso, pues, se ha dicho: *del desierto, rebosando de delicias.* Hay que buscar qué delicias son ésas de las que se dice que rebosa, quién aquel amado y por qué se apoya sobre él. No se han de tener por pequeñas delicias aquellas que los ciudadanos celestiales tienen por tales. A la verdad, estas delicias son de la mente, no del vientre; del alma, no del cuerpo; del espíritu, no de la carne; de la razón, no de la sensualidad; del interior del hombre, no del exterior. Para hablar más brevemente, son la misma efusión abundante de la gracia. Bienaventurada aquella alma en quien se derrama esta gracia, a quien se previene con bendiciones de la soberana dulzura para que se haga templo de Dios y oráculo del Espíritu Santo. A tal alma no le pueden faltar las riquezas de salvación: la sabiduría, la ciencia y el temor de Dios, óptimo tesoro de la misma. Abundando y hallándose

[11] Lc. 24. 49.
[12] Cant. 8. 5.

repleta de estas delicias, exalte ya en las iglesias al Señor y le alabe en las cátedras de los ancianos. Lo que ha escuchado en el aposento y al oído, lo predique ya sobre los techos, y de este modo rebose de delicias. Rebosar es lo mismo que insistir con la palabra de doctrina, lucir con el ejemplo de vida, ejercer constantemente la obra espiritual.

6. Mas es necesario que en todo esto no busque su propia gloria, sino la del autor. Su amado es Aquel de quien se ha escrito: *Yo para mi amado y mi amado para mí*[13]. Y el Padre: *He ahí a mi Hijo querido, oídle*[14]. Se ha de apoyar en El, es decir, ha de atribuir, con el auxilio de la gracia, toda su obra a Aquel de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas y a quien se refieren todas las cosas. Por qué se ha de apoyar sobre él, nos lo da a conocer más extensamente el mismo amado, quien enseña al hombre la ciencia. Dice a los discípulos, a quienes había llenado de estas delicias: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, de igual modo vosotros, si no permanecéis en mí.* Y de nuevo: *Sin mí no podéis hacer nada*[15]. Como si dijese abiertamente: Si queréis rebosar de delicias, apoyaos en mí. Mas veamos ya cómo se apoyan en El y cómo rebosan. Venga al medio uno por todos, aquel egregio predicador. Bien venido, beatísimo Pablo; rebosa de tus delicias. Rebosaste cuando predicaste por todas las regiones el Evangelio desde Jerusalén hasta Iliria; cuando estableciste el mismo Evangelio sin ayuda alguna; cuando distribuíste los tesoros de la fe y los sacramentos a los griegos y a los bárbaros, a los sabios y a los ignorantes, como prudente y fiel dispensador; cuando estampaste en tu cuerpo mortal la mortificación de Jesús: cuando, entre otras muchas virtudes dignas de admiración que tú pudiste hacer y que nosotros no podemos enumerar, te atreviste a decir con toda autoridad, sin arrogancia ninguna y a pesar de ser ante tu mismo juicio el más pequeño de los apóstoles: *No fué en mí estéril la gracia de Dios, sino que trabajé mucho más que todos ellos.* ¡Delicias grandes y, por decirlo así, deliciosas! Mas para no perderlas apóyate sobre tu amado: *No yo,* dice, *sino la gracia de Dios conmigo*[16]. De nuevo rebosa. Porque, para decir verdad, deleitan grandemente tales delicias. *Lo puedo*

[13] Cant. 2. 16.
[14] Lc. 9. 35.
[15] Io. 15, 4, 5.
[16] 1 Cor. 15, 10.

todo, dice. De nuevo apóyate : *En aquel que me conforta* [17]. De nuevo dice el Apóstol : *El que se gloría, gloríese en el Señor* [18]. Esto es, el que rebosa de delicias, se apoye sobre su amado.

7. Estas cosas hemos dicho, con la ayuda de Dios, de las tres emisiones, que simbolizan a los tres géneros de hombres que en esta vida contiene la santa Iglesia, y a los que en Ezequiel simbolizan Noé, Daniel y Job [19] ; aunque igualmente estas tres emisiones las podemos ver en cada uno de los perfectos. En éstos, pues, la primera emisión es la penitencia ; la segunda, la justicia ; la tercera, la doctrina. Primeramente, haciendo penitencia, se convierten ; en segundo lugar, viviendo bien, ejercitan la justicia ; en tercer lugar, si aprovechan bien, enseñan con la palabra esa justicia que guardan con la vida. Mas, porque los vicios ponen asechanzas a las virtudes y precisamente están puestos junto a ellas para que quien se aparte de las virtudes caiga en los lazos de los vicios, conviene que haya penitencia sin vergüenza, para que no se avergüence de confesar los pecados cometidos, evite la justicia la disimulación y elimine la prelacía la emulación. Donde hay abundantes gracias hay también numerosos peligros.

92 De la triple introducción : en el huerto, en la despensa, en el aposento *

1. *Ven a mi huerto, hermana mía esposa* [1]. En otra parte se dice : *Me introdujo el Rey en su despensa* [2] ; y en otra parte : *en su aposento* [3]. Esta triple introducción se la hace al alma racional su Esposo, el Verbo de Dios, según el triple sentido de las Escrituras : el histórico, el moral, el místico. En el huerto es el histórico ; en la despensa, el moral ; en el aposento, el místico. En el huerto, esto es, en la historia, se contiene una triple operación de la Trinidad : la creación del cielo y de la tierra, la renovación del cielo y de la tierra, la confirmación del cielo y de la tierra. El Padre creó, el Hijo reconcilió, el Espíritu Santo confirmó. Un tiempo es el de la creación, otro el de la reconciliación, otro el de la confirmación, así como en el huerto

[17] Phil. 4, 13.
[18] 2 Cor. 10, 17.
[19] Ez. 14, 14.
* PL. 183, 714.
[1] Cant. 5, 1.
[2] Cant. 1, 3.
[3] Cant. 3, 4.

uno es el tiempo de la plantación, otro el de la recolección de los frutos y otro el de comerlos. La creación y la reconciliación son del siglo presente, la confirmación del futuro. En el principio del tiempo creó el Padre, en la plenitud de los tiempos reconcilió el Hijo, después de todo este presente tiempo confirmará el Espíritu Santo. Del Padre dijo el Hijo: *Mi Padre obra hasta ahora;* y añadió de sí: *Y yo obro*[4]. Igualmente, el Espíritu Santo podrá decir en la consumación del siglo: El Padre y el Hijo obran hasta ahora; desde hoy ya obro yo; es a saber, haciendo nuestros cuerpos espirituales, haciendo que el cuerpo se junte al espíritu y el espíritu a Dios. De tal modo confirmará el Espíritu Santo a este mismo cuerpo, que al punto, sin ningún intervalo, resultará lo que está escrito: *El que se une a Dios se hace un espíritu con El*[5]. El Antiguo Testamento nos instruye sobre la creación y promete la reconciliación. El Nuevo Testamento muestra la reconciliación y promete la confirmación.

2. La segunda introducción es en la despensa. Esta despensa contiene la ciencia moral y tiene tres mansiones distintas. La primera se llama la celda de los aromas; la segunda, la de los frutos; la tercera, la de los vinos. En la primera están los que se llevan bien con los prelados; en la segunda, los que se llevan bien con los iguales; en la tercera, los que se llevan bien con los súbditos. La primera habitación es de la disciplina; la segunda, de la naturaleza; la tercera, de la gracia. El que se esfuerza por alcanzar la cumbre de la vida perfecta, primero se hace discípulo y entra en la habitación de la disciplina, en la que el maestro ordena sus costumbres con varias virtudes, como los droguistas los aromas con diversas especies. Por lo cual esta habitación se llama de los aromas, porque cuantos abrazan voluntariamente el trabajo de la disciplina, con su ejemplo derraman ante los demás el olor de la imitación. De aquí fácilmente pasan a la habitación de la naturaleza, pues los que han quebrantado la propia voluntad bajo el maestro fácilmente pueden congeniar con los demás condiscípulos. Y esta habitación, en la que se vive en comunidad con los otros, se llama muy propiamente habitación de la naturaleza, porque a todos los hombres los engendró iguales la naturaleza. Mas a unos les antepone

[4] Io. 5. 17.
[5] 1 Cor. 6. 17.

o pospone por razón de los méritos. Se llama celda de los frutos porque es de gran utilidad, si la gracia que uno recibe la administra en bien de otro. Por lo cual está escrito: *El hermano que ayuda al hermano será exaltado como ciudad fortificada*[6]. Y en otro lugar dice el profeta: *He ahí qué bueno y feliz es habitar los hermanos en un mismo lugar*[7]. Mas cuando ya se hallan perfeccionados en esta segunda de la naturaleza, entonces pueden pasar a la tercera, que es la habitación de la gracia, para que quienes vivieron honradamente y sin queja con los otros presidan a los demás a fin de instruirles. Y esta habitación se llama de los vinos para que fermenten con la caridad los que preceden a los demás con el mando. Se llama también habitación de la gracia, aunque este nombre puede ser común a las otras dos. Ciertamente, la disciplina y la vida social son don de la gracia, pero ésta se la apropia de un modo especial, porque es muy fácil someterse o asociarse, mas raro y difícil hallar quien pueda gobernar a los otros útilmente.

3. En estas tres habitaciones se contienen y se forman todas las costumbres de los hombres. Todos los hombres o son prelados, o son iguales, o son súbditos. Así como se escogen de la huerta algunas hortalizas y se ponen en las despensas, en donde hay diversos lugares, para guardarlas, así igualmente se toma de la historia sagrada el sentido moral y se esconde en la despensa, para que de ahí se instruya toda la vida humana. Ahí leen los prelados cuáles se han de mostrar a sus súbditos cuando se dice: *No han de dominar a su clero, sino que han de ser el dechado de su grey*[8]; y aquello otro: *No pretendo dominar en vuestra fe, sino ayudaros en vuestro gozo*[9]. Y el Señor en el Evangelio: *El buen pastor da su vida por las ovejas*[10]. Asimismo, los iguales encuentran en la misma Escritura cómo se deben portar mutuamente cuando leen: *Llevad vuestras cargas unos a otros, y así cumpliréis la ley de Cristo*[11]; y aquello otro: *Prevenios mutuamente con reverencias*[12], y muchas más del mismo estilo. También los súbditos tienen ahí con qué componer sus costumbres, es a saber, cómo han de someterse a los mayores, cuando se les dice: *Obedeced a vuestros prepósitos y sedles sumisos. Ellos velan como quienes han de dar cuenta de vuestras almas*[13].

---

[6] Prov. 17, 19. [8] 1 Petr. 5, 3. [10] Io. 10, 11. [12] Rom. 12, 10.
[7] Ps. 132, 1. [9] 2 Cor. 1, 23. [11] Gal. 6, 2. [13] Hebr. 13, 17

93 De las propiedades de los dientes aplicadas a la profesión de la vida religiosa *

1. *Tus dientes son como rebaño de trasquiladas que salen del lavadero; todas con gemelos; no hay estéril entre ellas* [1]. El Espíritu Santo, de cuya secretísima fuente mana este río del Cantar de los Cantares, nos recomienda, me parece a mí, en estos dientes misterios no pequeños. Estos dientes no son de los que se dice: *Dios quebrantará sus dientes en su boca* [2]; ni de los que clama la voz divina al varón santo: *Temo el cerco de sus dientes* [3]. Por el contrario, estos dientes son más blancos que la leche, puesto que son de la esposa, cuya belleza deseó el Altísimo; la cual no tiene mancha ni arruga. Siendo toda blanca, se la encuentra más blanca en los dientes. Así, pues, con una comparación inaudita, perora sus alabanzas diciendo: *Tus dientes son como rebaño de trasquiladas.* ¿Qué cosa, pregunto, hay digna en esta comparación para que creamos que ha descendido de los arcanos celestiales? Grande la hay ciertamente, y que hemos de sentir con gran ánimo. El Espíritu es quien habla, el cual cuando habla no puede proferir ni una *i* vana. Algo hay, sin duda, envuelto en esos dientes, lo cual, desenvuelto, abrirá el arcano de una inteligencia más sagrada.

2. Los dientes son blancos y fuertes; no tienen carne; carecen de piel; no permiten que se meta algo entre ellos; no hay dolor como su dolor; los labios se cierran para que no se les vea; es indecoroso que se les vea si no es cuando nos reímos; mastican todo el alimento del cuerpo; no perciben, con todo, ningún sabor; no se gastan fácilmente; están puestos en orden, unos arriba, otros abajo; y aunque los de abajo se mueven, los de arriba nunca. Estos dientes, pues, pienso que son los hombres de la profesión monástica, quienes eligen un camino más corto y una vida más segura, quienes, de entre todo el cuerpo de la Iglesia, que es blanco, son los más blandos. ¿Qué, pues, más blanco que aquellos que evitan todas las lacras de la inmundicia y deploran los pecados, tanto los de pensamiento como los de obra? ¿Qué más fuerte que aquellos que reputan la tribulación como consuelo, el de-

* PL 183, 715. [1] Cant. 4, 2. [2] Ps. 57, 7. [3] Iob 41, 5.

precio como gloria, la pobreza como abundancia? Estos no tiene carne, porque, olvidados en la carne de la carne, oyen lo que dice el Apóstol: *Vosotros no vivís en la carne, sino en el espíritu*[4]. Carecen de piel, porque, no teniendo el brillo y nerviosidad de los cuidados mundanos, duermen y descansan en la paz de Dios. No permiten que se meta nada entre ellos, porque tienen por intolerable la menor ofensa, ya en sí, ya en las conciencias de cada uno. De aquí viene vuestra oportuna importunidad, con la que frecuentemente me fatigáis al comunicaros conmigo muchas veces y por lo largo, aun sin verdadera necesidad. No hay dolor como su dolor, porque nada hay tan horroroso y horrible como la murmuración y la disensión en la comunidad. Se cierran los labios para que no se les vea; igualmente, nosotros nos rodeamos de murallas materiales para no estar patentes a los ojos y al acercamiento de los seglares. Es indecoroso que se vean, si no es cuando nos reímos, porque nada hay más torpe que un monje andando por las ciudades y por los castillos, a no ser que le obligue la que cubre todos los pecados, la caridad. La caridad es la risa, porque es alegre. Es alegre ciertamente, pero no disoluta. Los dientes mastican todo el alimento del cuerpo porque se les ha establecido a los monjes para orar por todo el cuerpo de la Iglesia, es a saber, por los vivos y los difuntos. No deben percibir ningún sabor, porque no se deben apropiar para sí ninguna gloria, sino decir con el profeta: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*[5]. No se gastan fácilmente, porque cuanto más viejos, son tanto más fervorosos, y corren con tanta mayor rapidez cuanto más se acercan a la palma. Están puestos en orden. Si aquí, en donde la comida y la bebida, la vigilia y el sueño, el trabajo y el descanso, el andar y el sentar y todas las demás cosas están reglamentadas con número, peso y medida no hay orden, ¿en dónde le podrá haber? Unos están arriba y otros abajo, porque entre nosotros hay prelados y súbditos, y así, los superiores se unen con los inferiores para que los inferiores no se aparten de los superiores. Mas, moviéndose los inferiores, los superiores nunca se deben mover, porque, aunque algunas veces se turben los súbditos, los prelados deben permanecer con la mente imperturbable. *Como rebaño de*

[4] Rom. 8, 9.
[5] Ps. 103, 1.

trasquiladas, dice. ¡Con cuánta razón se compara a los monjes con las ovejas trasquiladas! Pues, a la verdad, están trasquilados aquellos a quienes ni los corazones, ni los cuerpos, ni cosa alguna del mundo se les deja en propiedad. *Que subieron del lavadero.* El lavadero es el bautismo, del que sube quien tiende a la cumbre de la vida más perfecta, mas del que desciende quien se entrega a una vida deshonesta. *Todas con gemelos*, porque dan a luz con palabras y ejemplos. Y *entre ellas no hay estéril*, porque nadie es infecundo.

94 Del proceso de la vida cristiana o espiritual según la tropología de Elías huyendo de Jezabel *

1. *Temió Elías a Jezabel y, levantándose, fué a donde le llevara la voluntad. Vino a Betsabee de Judá; dejó allí a su siervo y marchó al desierto. Habiéndose sentado a la sombra de un enebro, se echó después y se durmió. Y el ángel del Señor le tocó y le dijo: Levántate y come. Y miró, y he ahí que a su cabecera había un pan cocido a la lumbre y un vaso de agua. Comió, pues, y bebió, y anduvo con la fortaleza de ese pan cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, Oreb* [1]. En Elías, que significa Señor, o Señor fuerte, se entiende todo justo que sufre persecución por la justicia. Por lo que se dijo aquello: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia* [2]. El cual, temiendo a Jezabel, esto es, la malicia del siglo o la tiranía del diablo, se levanta de la tentación de los pecados y va a donde le lleva la voluntad de Dios que le inspira. Llega a Betsabee de Judá, a la santa Iglesia, que se llama Betsabee, esto es, al pozo séptimo, por la abundante gracia del Espíritu septiforme, que ahí se ofrece a los fieles, o al pozo de la saciedad por la profundidad de los misterios de Dios y refección de las santas Escrituras. Sobre esta profundidad tenemos en el salmo: *Agua tenebrosa en las nubes del aire* [3]; y de nuevo: *Tus juicios son abismos numerosos* [4]. Espantándose el Apóstol y desfalleciendo de asombro con tal consideración, se siente compe-

* PL. 183. 717.
[1] 3 Reg. 19. 3-8.
[2] Mt. 5. 10.
[3] Ps. 17. 12.
[4] Ps. 35. 7.

lido a exclamar: *¡Oh profundidad de las riquezas de sabiduría y ciencia de Dios!*, etc.[5]

2. Sobre esta saciedad lees en el salmo: *Me llevó a las aguas refrigerantes*[6]; y también: *Se embriagarán con la abundancia de su casa*[7]. Esta embriaguez no ocasiona fastidio, sino que provoca un apetito insaciable con ardientes deseos. En este piélago de la Sagrada Escritura anda el cordero y nada el elefante. En la mesa de la doctrina católica se presentan a cada uno suficientes manjares según su inteligencia. Este es el paraíso de las delicias, éste el huerto de todas las manzanas. Llegando, pues, a Betsabee, a la santa Iglesia, como se ha dicho, corre a la confesión, que se indica en Judá; deja allí a su siervo, es decir, el sentido pueril y la debilidad de los actos primeros, y marcha al desierto, esto es, al desprecio de este mundo. Una vez llegado allí, se sienta, esto es, descansa de los tumultos del siglo, cantando con el profeta: *Este será mi descanso por los siglos de los siglos*[8]. Se tiende en el suelo, esto es, se reputa vil, y renuncia a sus deseos según aquello del Evangelio: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*[9]. Se duerme bajo la sombra de un enebro, porque en los atrios del Señor descansa, en cuanto a los sentidos del cuerpo, de todas las maldades, diciendo con el salmista: *Dormiré y descansaré en la paz del Señor*[10]. Entonces le toca la visión angélica y le impulsa a obrar el bien y le eleva a cosas más altas. Mira a su cabeza, esto es, a Cristo, que es cabeza de la Iglesia, y he ahí un pan cocido al rescoldo, esto es, el alimento del dogma divino, por de fuera ciertamente áspero, pero en la medula inefablemente confortativo y dulce; y un vaso de agua, esto es, la fuente de lágrimas, con la compunción del corazón. Come y bebe, esto es, cumple lo que oye; y marcha con la fortaleza hasta el monte de Dios, es a saber, hasta la cumbre de la bienaventuranza.

95 De cómo los predicadores han de templar la amargura de la doctrina *

1. *Había hambre en la tierra y los hijos de los profetas vivían con Eliseo. Este les mandó aderezar una comi-*

[5] Rom. 11, 33.
[6] Ps. 22, 2.
[7] Ps. 35, 9.
[8] Ps. 131, 14.
[9] Lc. 9, 23.
[10] Ps. 4, 9.

* PL 183, 718.

da. Habiéndola gustado, exclamaron: Muerte en la olla, varón de Dios, y no pudieron comer. Mas él dijo: Traedme harina. La metió en la olla y mandó se distribuyera a la turba. Comieron y no hubo más amargura en la olla[1]. El hambre en la tierra es la penuria de la palabra de Dios en la mente humana; los hijos de los profetas son los hijos de los predicadores. Profeta es sinónimo de vidente. Y a los santos perdicadores no sin causa se les llama profetas, pues contemplan los arcanos de los misterios de Dios y, conforme encuentran las costumbres de los hombres, ofrecen medios de curación. Eliseo significa Salvación del Señor; con este nombre se designa perfectamente todo prelado y doctor de la Iglesia, con cuya saludable persuasión se anuncia a los pueblos la salvación del Señor y con cuyo anuncio se les comunica. Estos tales, por razón de su oficio, ponen a sus súbditos una olla grande llena de acerbidad que contiene hierbas agrestes, esto es, la admonición que trata de cosas graves, cocida, no obstante, en el fuego del Espíritu Santo. Mas los súbditos, horrorizados de la austeridad de las palabras, exclaman: *Muerte en la olla*. No pueden gustar.

2. Pero el sabio dispensador no trae, sino que, más bien, manda traer harina, porque no trae, sino que exhorta a tener caridad, con cuyo condimento se vuelve dulce cualquiera cosa que parezca amarga. Ciertamente, el predicador puede declamar ante los oídos de los circunstantes los consejos de salvación, pero nadie, sino sólo Dios, puede infundir el sabor de la caridad al paladar del corazón. Por lo cual dice San Gregorio: «Si no está dentro el espíritu que enseñe, en vano trabaja por de fuera la lengua del doctor»[2]. Uno es el sabor del cielo y otro el sabor de la tierra. De ninguna manera nos podrá agradar el sabor del cielo mientras busquemos el sabor de nuestro cocido. En el desierto se dan codornices y maná, esto es, en el lugar de la disciplina se dan mandatos mayores y menores. Viendo los hijos de Israel el maná, se dijeron unos a otros: *Manhú, ¿qué es esto? No sabían lo que era. A los cuales dijo Moisés: Este es el pan que Dios os ha dado para que comáis*[3]. El misterio de este hecho se describe convenientemente en el Evangelio de San Juan, donde dice el Señor:

[1] 4 Reg. 4, 38-41.
[2] Hom. 30 sobre el evangelio.
[3] Ex. 16, 15.

Yo os juro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre, etc. *Pero muchos de los discípulos, al oír esto, dijeron: Duro es este discurso; ¿quién le puede escuchar?, y desde este momento muchos se volvieron atrás* [4]. De igual modo, cuando algunos simples vienen a la vida de perfección, se asustan de la severidad de la regla. Si se les habla del desprecio del mundo, de la lucha entre las virtudes y los vicios; si se les exige el insomnio frecuente, la asiduidad a la oración, rigurosos ayunos, dicen quejándose dentro de sí: ¿Qué es esto? ¿Quién puede cumplir tantas y tan enormes cosas? No saben cuán grande es la gracia de la orden recibida. Mas el pastor les debe responder con palabras consoladoras y procurar que se les traiga la harina.

96 De las cuatro fuentes del Salvador y de las aguas que de ahí hemos de sacar *

1. *Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador* [1]. Por el paraíso que perdimos se nos ha restituído Cristo, nuestro Salvador. Así como de una fuente del paraíso se derivaban cuatro ríos, que regaban el paraíso, así también del arcano de su pecho proceden cuatro fuentes, de las que se sacan cuatro clases de aguas para que se riegue por todo el universo la Iglesia. Las cuatro fuentes son: la verdad, la sabiduría, la virtud y la caridad. De estas cuatro fuentes se sacan aguas, de cada una las suyas propias. De la fuente de la verdad se sacan las aguas de los juicios; de la fuente de la sabiduría, las aguas de los consejos; de la fuente de la virtud, las aguas de los auxilios; de la fuente de la caridad, las aguas de los deseos. En las aguas de los juicios conocemos cuál nos es el lícito y cuál no. En las aguas de los consejos discernimos lo que conviene y lo que no conviene. Mas, porque a los varones justos que marchan rectamente por los consejos no les faltan tentaciones, pues se les prueba de dos maneros: o con terrores para acobardarlos o con halagos para seducirlos, por tanto, contra los terrores han de ser armados con los auxilios de la virtud divina, y contra los halagos, con los deseos de la

[4] Io. 6, 54. 61. 67.
* PL 183, 719.
[1] Is. 12, 3.

caridad suprema. Con los deseos de las cosas mejores se vencen, como dice cierto santo, los deseos de las peores. Podemos también proceder de esta manera: ¿De qué sirve el saber lo que es lícito y lo que conviene (lo cual enseñan el juicio y los consejos), si resulta que no lo podemos llevar a cabo? Por tanto, después de las aguas de los juicios y de los consejos, debemos buscar las aguas de los auxilios. De nuevo: ¿Qué aprovecha el poder, si su fin no es la caridad? Por tanto, después de los juicios, después de los consejos, después de los auxilios, hemos de sacar deseos de la fuente de la caridad para que cuanto gustamos o hablamos, cuanto obramos o sufrimos, tenga por fin la vida eterna.

2. Mas para que cuanto hemos dicho de las fuentes y del agua aparezca con más claridad, pienso que lo debemos comprobar con testimonios de las Escrituras y adornar de plata las áureas comparaciones que hemos aducido. Lo primero que hemos dicho de que esas cuatro fuentes manan del pecho de Jesús, pienso que no admite ninguna duda. En cambio, debemos aclarar cómo se sacan de esas fuentes las aguas antedichas. Venga, pues, David y diga que de la fuente de la verdad proceden los juicios. Esto parece sentir cuando dice: *Salga de tu rostro mi juicio*[2]. No llamaría el santo varón juicio suyo al que no procediese del rostro de Dios, es decir, de la verdad. Sabía que a los elegidos de Dios se les rige con los juicios de la verdad como con una vara de hierro, y, porque se sentía bajo este régimen, exclamaba cantando: *Los juicios de Dios son verdaderos, justificados en sí mismos; son mucho más deseables que el oro y las piedras preciosas, mucho más dulces que la miel y el panal*[3]. Y para que los elegidos no se aparten de ellos por incuria, oigan por boca del mismo profeta la voz del Padre, que amenaza: *Si no andan en mis juicios ni guardan mis mandamientos, visitaré con vara sus iniquidades y con azotes sus pecados*[4]. Estos misterios del juicio divino los abría el llavero del reino celestial cuando decía: *Es hora de que empiece el juicio en la casa de Dios. Si se empieza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creyeron en su Evangelio?*[5] Y esto se ha dicho de los elegidos. Pero hay otro juicio de los réprobos, el cual igualmente procede de la misma Verdad. Por eso

[2] Ps. 16. 2.
[3] Ps. 18. 10. 11.
[4] Ps. 88, 31-33.
[5] 1 Ptr. 4. 17.

dice San Pablo: *Sabemos que tendrán juicio según equidad aquellos que hacen tales cosas*[6]. Estos dos juicios los abarca la misma Verdad cuando dice: *Yo vine como juez a este mundo para que quienes no ven vean y quienes ven se vuelvan ciegos*[7]. Enumera igualmente los dos cuando añade: *E irán éstos al suplicio eterno, mas los justos, a la vida eterna*[8].

3. Después de haber visto cómo se sacan los juicios de la fuente de la verdad, veamos cómo se obtienen los consejos de la fuente de la sabiduría. ¿Quién dudará de que es sabio San Pablo, cuando su coapóstol San Pedro ensalza la sabiduría que se le ha dado[9], cuando toda la serie de sus palabras no contienen otra cosa que sabiduría? Profiera, pues, consejos y mediante ellos nos enseñe qué nos conviene a los que peregrinamos de prisa a la patria celestial. *Sobre la virginidad*, dice, *no tengo precepto del Señor; con todo eso, doy consejo como quien ha conseguido del Señor la misericordia de ser fiel ministro suyo. Pienso, pues, que ese estado es bueno, a causa de la necesidad presente, y que le será bien al hombre permanecer de esta manera*, esto es, en la virginidad. Si hubiese precepto sobre la virginidad, ninguna otra cosa sería lícita sino la que se mandaba. Mas porque ambas cosas, casarse o no casarse, son lícitas, ¿qué se puede decir más compendiosamente sino que *le es bueno al hombre permanecer de esta manera*, principalmente ahora, en que la insistencia de la necesidad parece presentarse con frecuencia y la brevedad del tiempo nos impele a morir y toda la creatura del mundo pasa? De nuevo, hablando de la viuda, dice: *Mejor la será permanecer de esta manera*, esto es, en viudez, *según mi consejo*. Y para que se crea que este consejo no le había sacado de su propio corazón, sino, más bien, de la fuente de la Sabiduría, sigue diciendo: *Pienso que también yo tengo el espíritu de Dios*[10]. Mas ¿por qué me entretengo en unos ejemplos, cuando todo sexo, toda condición, encuentra en sus palabras, si busca diligentemente, consejos de salvación? Y si alguno, más curioso, quiere investigar si es verdad cuanto se ha dicho y si los consejos manan de la Sabiduría, lea los libros que se titulan Sapienciales, en donde todo el texto parece ofrecernos consejos. Y si de ahí quiere obtener normas para una vida más perfecta y más

[6] Rom. 2. 2.
[7] Io. 9. 39.
[8] Mt. 25. 46.
[9] 2 Petr. 3. 15.
[10] 1 Cor. 7. 25. 26. 40

útil, oiga lo que le dice con oportunidad la Sabiduría que le invita: *Si quieres vivir, guarda los mandamientos*[11]. ¿Mandamientos de quién? *Teme*, dice, *a Dios y observa sus mandamientos*[12]. Oigala también clamar con afecto maternal: *Dame tu corazón*[13]. ¡Oh! ¡Cuánto me gustaría a mí suspender también mi corazón de las palabras de aquel de cuya boca meliflua oigo brotar tan dulces consejos de vida! ¡Ojalá pudiese tintar la pluma de mi lengua en su fuente para poder hablar digna y útilmente de las dos que restan, es a saber, de la virtud y de la caridad!

4. Y, porque estas cuatro fuentes se comunican unas a otras su sabor, de suerte que quien bebe de una se sienta invitado con cierta inefable dulzura de amor a beber de la otra, quiero pasar de la sabiduría a la virtud, y mostrar, si me ayuda la misma virtud, cómo se sacan de ahí las aguas de los auxilios. Así como dije antes que son dos los juicios de la verdad, porque muestran lo que es lícito y lo que no lo es; así como son dos los consejos de la sabiduría, porque muestran qué conviene y qué no conviene, así, igualmente, hemos de conocer que de esta fuente de la virtud se han de sacar dos aguas de auxilios que o laven a los elegidos de las culpas o los refrigeren en los tormentos. Tomemos ejemplo de ambos: refiere el evangelista San Lucas que cierta mujer que padecía flujo de sangre, no habiendo podido curar después de gastar todos sus haberes con los médicos, se acercó por detrás al Señor, tocó la orla de su vestido y al punto quedó sana del flujo; y añade que Jesús dijo: *¿Quién me ha tocado?* Y que, habiendo respondido los discípulos: *Te comprime y aflige la turba y dices: ¿Quién me ha tocado?*, repitió de nuevo: *Alguno me ha tocado, pues he sentido salir de mí una virtud*[14]. He ahí qué aguas auxiliadoras sacó esa mujer de la fuente de la virtud, con las cuales se lavó el derrame de sangre que ningún médico pudo sanar. Y si alguno dijese que el presente testimonio no pertenece al asunto que traemos entre manos, puesto que la mujer aquella no fue én ningún modo lavada de las culpas, sino sólo de la enfermedad de la carne, sepa que es costumbre de la virtud divina curar antes el corazón que el cuerpo. Por lo que en otra ocasión, habiéndosele ofrecido cierto paralítico para que le curase, como bueno y piadoso médico, que quería sanar antes lo que

[11] Mt. 19, 17.
[12] Eccli. 12, 13.
[13] Prov. 28, 26.
[14] Lc. 8, 43-46.

era primero, esto es, la mente antes que la carne, le dijo: *Confía, hijo, tus pecados te son perdonados*. Y así, sanada la conciencia, a continuación sana el cuerpo cuando dice: *Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa*[15]. Del mismo modo, primero lavó interiormente el corazón de esta mujer por el don de la fe, como está escrito: *Con la fe limpia sus corazones*[16], con lo cual mereció obtener exteriormente la salud del cuerpo. Esto mismo insinúa el Señor cuando dice: *Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz*[17]. Que se obtengan también las aguas de los auxilios en los tormentos, lo muestran aquellos tres jóvenes puestos en el fuego del horno caldeado, a los que la misma llama refrigeró[18]; y, sobre todo, aquel ínclito mártir Vicente, que, siendo atormentado con crueldad, no sólo sobrellevó los tormentos, sino que, como se dice, estuvo provocando todo el tiempo a su verdugo con estas palabras: «Ea, enfurécete con todo el espíritu de tu malignidad; verás que con la virtud de Dios puedo más al ser atormentado que tú mismo que me atormentas.» Muy abundantes cosas se pueden decir de esta fuente de la virtud, mas la recorro por encima, porque de la fuente de la virtud deseo más beber que escribir.

5. A esta fuente nos invita la voz de nuestro Redentor, que dice: *Si alguien tiene sed, venga a mí y beba, y de su vientre manarán aguas vivas*. Y a continuación nos declara el evangelista a qué fuente nos invita, diciendo: *Esto lo dijo del espíritu que habían de recibir cuantos creyesen en él*[19]. ¿Y qué espíritu es éste sino el espíritu de caridad, que no puede recibir el mundo, sino sólo aquellos que creen en El? De esta fuente, pues, saquemos las aguas de los deseos y las dividamos en dos riachuelos, para que así como los preceptos de su caridad son dos, así, igualmente, sean dos los deseos con que se cumplan esos preceptos. Uno es el deseo con que se ama a Dios por sí mismo, otro aquel en que se ama al prójimo en Dios o por Dios. En aquél no hay ningún modo, sino que se ama a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la virtud; en cambio, en éste se prescribe cierto orden, como cuando se dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*[20]. Con aquél ardía el profeta cuando decía: *Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea también mi*

[15] Mt. 9. 2. 6.
[16] Act. 15. 9.
[17] Lc. 8. 48.
[18] Dan. 3. 19.
[19] Io. 7. 37. 39.
[20] Mt. 22. 37. 39.

alma a ti, Dios mío[21]; y también: *Mi alma desfallece por los deseos de estar en los atrios del Señor*[22]. Esto mostraba el Apóstol a los Romanos cuando les escribía: *Deseo veros para comunicaros alguna gracia espiritual*[23]; y el Señor a sus discípulos en el Evangelio: *Con grandes ansias he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer*[24].

6. Y hay que notar que la mente humana se siente excitada e impulsada a ese deseo por tres afectos especiales; por eso se la manda amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la virtud. El primero es dulce; el segundo, prudente; el tercero, fuerte. El primero le tuvo Pedro cuando trató de disuadir al Señor para que no muriese; amaba dulcemente con el corazón a Aquel cuya pasión le espantaba. Mas al oír: *Apártate, Satanás, porque no gustas las cosas que son de Dios, sino las que son del hombre*[25], enseñado con estas palabras y entendiendo lo bueno que tenía la muerte de Cristo, empezó a amar prudentemente con toda el alma al que primero amaba dulcemente con todo el corazón. Pero todavía no le amaba con toda la virtud. Lo cual, si lo hubiese hecho, no le habría negado tan escandalosamente. Mas después de la resurrección y ascensión, dado ya el Espíritu, amó, finalmente, con toda la virtud a Aquel por quien no temió más tarde sufrir el horrendo suplicio de la cruz. En la caridad para con el prójimo nos ejercitamos de tres modos: o para edificarla donde no se halla, o para que no perezca, o mengüe donde se halla. Cualquiera que obre ésta con afecto puro hacia el prójimo, merecerá después indudablemente aquella otra que es Dios mismo.

97 De la suavidad de la palabra y del yugo de Cristo, duro por defuera y dulcísimo por dentro *

1. *Miel y leche bajo tu lengua*[1]. Esto, a la verdad, es necesario, pues lo que está en la lengua suena duro. *Las palabras del sabio son como aguijones y como clavos metidos profundamente*[2]. Otro es aquel *cuyas palabras son más muelles que el aceite*[3]; pero el aceite del pecador no

[21] Ps. 41, 2.
[22] Ps. 83, 3.
[23] Rom. 1, 11.
[24] Lc. 22, 15.
[25] Mc. 8, 33.
* PL 183, 723.
[1] Cant. 4, 11.
[2] Eccle. 12, 11
[3] Ps. 140, 5.

ungirá mi cabeza. Me corrija y me increpe el justo, pues esto es misericordia ; mas no me unte la cabeza ese aceite en el que hay engaño. Hermosamente, pues, se llama a las palabras del seductor adulador o del seductor inicuo no ya blandas, sino *muelles*, porque en ellas no hay una suavidad verdadera y sólida, sino, más bien, postiza y simulada, pues *son dardos*[4]. ¿Y debajo de su lengua qué? Oye al profeta : *Trabajo y dolor*[5]. Por tanto, hay miel y leche debajo de la lengua de aquel que finge trabajo en el precepto[6]. Te admiras de que finja la Verdad ; ciertamente, nos es lícito admirarnos, pero no dudar. Si buscas todavía otro testigo, lee en el Evangelio *que fingió ir más lejos*[7]. ¿Por qué no ha de mostrar barro al barro? A la verdad, El conoce nuestro barro ; sabe que se impacienta con el trabajo, que no soporta la dilación, que es frágil para ambas cosas ; por tanto, proveyó piadosamente que la piedad tuviese la promesa de la vida presente y de la futura[8], no imponiendo un trabajo verdadero, sino, más bien, fingiéndole en el precepto. Oye cómo se muestra El mismo fingiendo el trabajo : *Tomad mi yugo sobre vosotros, y encontraréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave, y mi carga ligera*[9]. ¿Cómo no ha de ser fingido el trabajo, cuando no se encuentra trabajo en él, sino descanso?

2. Así, pues, trabajo en la lengua, miel debajo de la lengua. ¿Qué sobre la lengua? Cosas inefables que no le es lícito hablar al hombre[10]. ¡Miserables los que, atendiendo a lo que está en la lengua, no pudieron percibir lo que está escondido bajo de la lengua ni lo que está colocado sobre la misma! *Duro es este discurso*, dicen[11]. Duro ciertamente ; pero, con todo eso, es el mismo discurso de la vida. *Quien no toma su cruz y me sigue no es digno de mí*[12]. *Si alguno viene a mí y no odia al padre y a la madre, aun a su misma alma, no es digno de mí*[13]. ¿Qué cosa más dura se puede decir? No erréis. Parece piedra, pero es pan. Duro en la corteza, pero suavísimo en la medula. Te tienta el Señor, tu Dios. Este fingimiento de trabajos es el ejercicio y prueba del amor. Convengamos que es piedra. ¿Acaso piensas que lo creen los demonios? *Si eres Hijo*

---

[4] Ps. 54, 22.
[5] Ps. 9, 7.
[6] Ps. 93, 20.
[7] Lc. 24, 28.
[8] 1 Tim. 4, 8.
[9] Mt. 11, 29. 30.
[10] 2 Cor. 12, 4.
[11] Io. 6, 6.
[12] Mt. 10, 38.
[13] Lc. 14, 26. 27.

de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Todos sabemos quién dijo esto. No duda que aquel a quien tiene por Hijo de Dios pueda hacer con sólo el dicho (más fácil que el cual no hay nada) pan de la piedra. Hay que aprender del enemigo. Digamos también nosotros al Hijo de Dios: *Di que estas piedras se conviertan en pan.* Pues Aquel que había venido para salvar no a los demonios, sino a los hombres, confutó a los adversarios con el fin de enseñar a los pequeños. El demonio no dijo lo que él quiso, sino lo que convenía que nosotros oyésemos para que esta nuestra piedra se convirtiese en pan y no la de él. *No con el solo pan,* dice, *vive el hombre, sino con toda palabra que procede de la boca de Dios*[14].

3. ¿Qué murmuras tú, enemigo de la verdad, ante esto? Lo que tú mismo te ves obligado a confesar y no puedes de ningún modo negar, que el Hijo de Dios es poderoso para decir que estas piedras se conviertan en pan. Si, pues, dice que de las palabras de Dios, tomadas en general, se vive y que en tales está la vida de mi espíritu[15], ¿por qué me susurras por algunas de ellas: *Duro es este discurso?* A aquellas cosas que el Hijo de Dios mandó se hiciesen alimento de la vida, ¿acaso las llamas piedras tú, que no eres hijo de Dios? No seré yo quien te juzgue igual a Dios (como tú pretendiste temerariamente arrogártelo) para que, diciéndolo tú, el pan se convierta en piedra. Puesto que no eres hijo de Dios, sin causa ninguna dirás que estas piedras se conviertan en pan; ni menos en vano nos presentarás tu piedra en lugar del pan, el escorpión en lugar del huevo, la serpiente en lugar del pez. ¡Ay de aquellos que al pan le llaman piedra y a la piedra pan; que ponen luz en lugar de las tinieblas y tinieblas en lugar de la luz[16]; que juzgan que el yugo de Cristo es áspero y que hay delicias debajo los sentidos! No quiero estas delicias. Prefiero más gustar y ver cuán suave es el Señor[17]. No en vano lo había experimentado ese mismo que lo aconseja. Finalmente, dice: *¡Cuán dulces son para mis fauces tus palabras!*[18] Y de nuevo: *¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que escondiste para los que te temen!*[19] ¿Dónde piensas que está escondida? Debajo de su lengua, debajo de la cabeza de aquella que dice: *Su izquierda bajo mi cabeza y con su derecha me abraza-*

[14] Mt. 4. 3. 4.
[15] Is. 38, 16.
[16] Is. 5, 20.
[17] Ps. 33, 9.
[18] Ps. 118. 103.
[19] Ps. 30, 20.

rá [20]. Aunque en la promesa de la vida presente haya dulzura y abundancia de dulzura, multitud grande y extraordinariamente grande, con todo eso, la perfección no se da sino en la promesa de la futura. *Cumpliste*, dice, *en presencia de los hombres con aquellos que esperan en ti* [21]. ¿Qué cumplió? Estas palabras no están en la lengua ni sobre la lengua. Por eso, el oído no lo oyó, porque no profetizó la lengua lo que preparó Dios para aquellos que le aman. No obstante, esa consumación no se hará a escondidas, sino en la presencia de los hijos de los hombres. Muy propiamente, pues, no dice que cumple, sino que cumplió con los que esperan, pues *por la fe hemos sido salvados* [22].

98 De los hijos de la paz, en los cuales habita Dios *

Su lugar fué hecho en la paz [1]. Hay una paz fingida, como en Judas, y hay otra desordenada, como en Adán y Eva. Ninguna de estas dos es lugar de Dios. Sola la paz cristiana, que deja y da el Señor a sus discípulos, es aquella en la que descansa el Señor. Esta ofrecen los santos predicadores a todo el género humano; mas unos la rechazan y otros la reciben. Pero nosotros, sacudiendo el polvo de nuestros pies sobre aquellos que odian la paz, vengamos a los amantes de la misma. De éstos, unos reciben la paz, otros la retienen, otros la hacen. Se les puede también llamar con otros nombres, es a saber: pacatos, pacientes, pacíficos. Estos nombres los obtienen según los diversos estados en los que se hallan. Los pacatos poseen por esta paz la tierra de su cuerpo, porque son mansos [2]. Los pacientes poseen su alma. A los cuales se dice: *Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* [3]. Los pacíficos no sólo poseen su tierra, sino también la de aquellos otros en los que obran la paz. Por eso se les llama con razón hijos de Dios [4]. Los pacatos se denominan así porque reciben la paz; de ellos está escrito: *Si hubiere allí un hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz* [5]. Mas porque son pusilánimes, al verse agitados por los escándalos, al punto pierden la paz que

[20] Cant. 2, 6.
[21] Ps. 30, 20.
[22] Rom. 8, 24.
* PL 183, 725.
[1] Ps. 75, 3.
[2] Mt. 5, 4.
[3] Lc. 21, 19.
[4] Mt. 5, 9.
[5] Lc. 10, 6.

habían recibido. Los pacientes son aquellos que retienen la paz recibida y no la pierden por muchas injurias que les hagan. A éstos, como a más robustos, se les manda: *Amad la paz y la santidad, sin la que nadie ve a Dios*[6]. En cambio, los pacíficos son aquellos que no sólo hacen la paz en sí y en otros, sino que también aman a los que pretenden quitarla, como está escrito: *Con aquellos que odiaron la paz estuve pacífico*[7]. Estos son a quienes Dios ama como a hijos y con quienes, a manera de piedras vivas, la Sabiduría se construye para sí un templo. Y a fin de que no puedan ser derribados de este edificio con ninguna clase de empujones, obrando y habitando Dios juntamente, los hace a semejanza de la piedra, iguales por cuatro lados: por arriba, por abajo, por la derecha y por la izquierda. Por arriba, haciendo que sometan humilde y prudentemente su voluntad a la divina; por abajo, haciendo que rijan con templanza la carne sometida; por la derecha, haciendo que abracen caritativamente a los buenos; por abajo, haciendo que soporten con valentía a los malos.

99 De cuatro géneros de hombres que obtienen el cielo *

1. Cuatro son los géneros de hombres que poseerán el reino de los cielos. Unos le arrebatan violentamente, otros le compran, otros le roban, otros son impelidos a él. Le arrebatan los que dejan todas las cosas y siguen a Cristo. De los cuales se dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[1]. Hay otros, de inferior grado, a quienes se compran las cosas carnales mientras se siembra en ellos las espirituales; a éstos les dice el Señor en el Evangelio: *Haceos amigos con el dinero de la iniquidad, para que cuando muráis os reciban en los tabernáculos eternos*[2]. A estos tales se les llama mercaderes, porque en la vida presente dan a los pobres los bienes temporales que poseen para recibir después en su lugar bienes eternos, los que no alcanzan sino mediante aquéllos. Es necesario, pues, que cuantos han de ser examinados en el juicio futuro sean amigos del Juez o tengan amigos intercesores ante él. En la bienaventuranza ocupan

[6] Hebr. 12, 14. [7] Ps. 119, 7. * PL 183, 726. [1] Mt 5, 3. [2] Lc. 16, 9.

el primer lugar los que interceden, y el segundo, aquellos por quienes se intercede. Hay otros que hacen en lo oculto algunas cosas buenas, por las que merecen el reino de los cielos. Y se dice que roban el cielo porque, evitando la alabanza humana, sólo se contentan con el testimonio divino. Tipo de éstos es la mujer que, padeciendo flujo de sangre, pensó dentro de sí diciendo: Si toco la orla de su vestido, seré salva [3]. Lo cual pensado, se acercó ocultamente y tocó y se salvó. Hay otros que son compelidos, como, por ejemplo, los pobres de necesidad, a los cuales purifica este fuego de la pobreza que Dios les ha dado para que no les castigue en lo futuro el fuego del juicio. De éstos está escrito: *Obligadles a entrar para que se llene la casa* [4]. Muchos son compelidos con varias necesidades y sufrimientos; los cuales, por admirable providencia de Dios, al soportar, si no libremente, al menos pacientemente, la pena temporal, consiguen la vida eterna.

100 De la diferencia entre el pueblo y el prelado *

Cuanta distancia hay entre el pastor y el rebaño, tanta media entre el obispo y el pueblo. Ese está elevado y recto, éste tiene la cabeza inclinada hacia el suelo. Por lo cual dice el poeta: «Mientras que todos los demás animales están inclinados hacia la tierra, el hombre ha obtenido rostro elevado» [1]. Aquél rige, éste es regido; aquél apacienta, éste es apacentado. Aun por la misma forma externa y aparato, se distinguen uno de otro. ¿Qué significa tener la vara en la mano sino la disciplina en la obra, de manera que instruya a sus súbditos más con su ejemplo que con la palabra? Los soberbios se avergüenzan de ser discípulos si los preceden los maestros con humildad. Por lo cual tiene escrito el Señor: *Las cosas que empezó Jesús a hacer y a enseñar* [2]. Tiene también un bastón con que herir al lobo; la vara es para la oveja, el bastón para el lobo. Esto es, a los mansos y obedientes les debe corregir con delicadeza, pero a los duros de corazón y díscolos les debe corregir más duramente, y, cuando haya necesi-

[3] Mc. 5. 28.
[4] Lc. 14. 23.

* PL 183. 726.
[1] Ovidio, *Metamorf.*, l. 1, v. 84-85.
[2] Act. 1. 1.

dad, les debe herir con sentencias de anatema. Tiene al perro por la cuerda, es decir, al celo por la discreción, para no ser de aquellos de quienes se ha escrito: *Tienen el celo de Dios, pero no conforme a sabiduría*[3]. El pastor tiene también buen pan en el zurrón, esto es, la palabra de Dios en la memoria.

101 De cuatro modos de amar *

Hay dos amores, el carnal y el espiritual. De éstos se sacan cuatro modos de amar, es a saber: amar a la carne carnalmente, amar al espíritu carnalmente; amar a la carne espiritualmente, amar al espíritu espiritualmente. En éstos existe un progreso y ascenso de los inferiores a los superiores. Para que los hombres, que sólo sabían amar la carne carnalmente, aprendiesen a amar a Dios también espiritualmente, Dios se hizo carne. Hablando y conviviendo con los hombres, fué por ellos amado primero carnalmente. Cuando quiso ya dar la vida por los amigos, ya amaban éstos al espíritu, pero todavía carnalmente. Por lo cual le respondió Pedro cuando hablaba de su pasión: *Lejos de ti esto, Señor; no sea para ti*[1]. Mas, al conocer que por la misma pasión se obraba el misterio de la redención, en la misma pasión ya amaban la carne espiritualmente. Por fin, al resucitar El y subir a los cielos, aman al espíritu espiritualmente y cantan alegres: *Aunque conocimos a Cristo en la carne, ahora ya no le conocemos así*[2]. Del mismo modo, nosotros amamos nuestra carne carnalmente cuando amamos y cumplimos sus deseos. Amamos al espíritu carnalmente cuando le afligimos en la oración, llorando, suspirando, gimiendo. Amamos a la carne espiritualmente cuando, sometida al espíritu, la ejercitamos en los bienes espirituales y la guardamos con discreción. Amamos al espíritu espiritualmente cuando posponemos por caridad nuestros intereses espirituales a la utilidad del prójimo.

---

[3] Rom. 10, 2.

* PL 183, 727.

[1] Mt. 16, 22.

[2] 2 Cor. 5, 16.

102 DEL MODO DE VOLVER A DIOS *

1. Hay un modo de volver a Dios opuesto a la caída del primer hombre. Adán, colocado en el paraíso, perdió primero la presencia de Dios. Atestigua el bienaventurado Agustín [1] que de ninguna manera hubiese arrojado el tentador del paraíso al hombre si no hubiese precedido en el alma del hombre alguna soberbia, pues se escribió con toda verdad: *Antes de la ruina se exalta el corazón* [2]. En segundo lugar perdió la justicia al obedecer a la voz de la mujer antes que a Dios. La justicia es una virtud que da a cada uno lo que es suyo. En tercer lugar perdió el juicio cuando, corregido después del pecado, volvió al Creador, a través de la mujer, la culpa propia al decir: *La mujer que me diste por compañera me ha ofrecido del árbol y he comido* [3]. El hombre, puesto en el destierro, ha de volver por los mismos grados de las virtudes por los que el primer hombre mereció ser arrojado del paraíso. Primeramente, pues, hay que hacer el juicio, después ejercer la justicia; en tercer lugar, añadir la circunspección. El juicio nos le debemos a nosotros mismos para acusarnos y juzgarnos, la justicia se la debemos al prójimo, la circunspección a Dios.

2. Este camino de vuelta nos le muestra el profeta Miqueas cuando dice: *Te indicaré, ¡oh hombre!, cuál es lo bueno, cuál lo que Dios pide de ti. Es a saber: que hagas el juicio, que hagas misericordia y que andes solícitamente con tu Dios* [4]. Cristo enseñó este camino de salvación, como atestigua el Apóstol cuando dice: *La gracia de Dios nuestro Salvador se apareció a todos nosotros, enseñándonos a vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo después de renunciar a la impiedad y a los deseos seculares*, etc. *Sobriamente*, por lo que a nosotros se refiere; *justamente*, por lo que se refiere al prójimo; *piadosamente*, por lo que se refiere a Dios. El mismo expone con más claridad la circunspección que debemos a Dios cuando dice: *Aguardando la esperanza dichosa y la venida de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo* [5]. Igualmente, si queremos este orden e institución de vida, se

---

* PL 183, 727.
[1] *De Civitate Dei*, l. 14, c. 13.
[2] Prov. 21, 18.
[3] Gen. 3, 6. 12.
[4] Mich. 6, 8.
[5] Tit. 2, 11-13

pueden encontrar en la Sagrada Escritura muchos pasajes como éste: *Bienaventurado el varón que mora en la sabiduría, que piensa en la justicia y que medita cuerdamente en la presencia de Dios*[6]. Mora, ciertamente, en la sabiduría y es sabio el que se juzga a sí mismo en este lugar para evadir el juicio eterno de Dios. *Si nos juzgamos a nosotros mismos*, dice el Apóstol, *ciertamente no seremos juzgados*[7]. Es sabio no según la sabiduría de este siglo, sino según aquella que se saca de lo oculto; la cual por la obra maravillosa de Dios hace que los elegidos, tallados con golpes y tribulaciones, sean después colocados en el verdadero edificio de Salomón sin sonidos de martillo.

103 De cuatro grados que se distinguen en el progreso de los elegidos *

1. Cuatro grados se distinguen en el progreso de todos los elegidos. En el primero, cada uno se hace amigo de su alma; en el segundo, de la justicia; en el tercero, de la sabiduría; en el cuarto se hace sabio. En el primer grado evita todo lo que puede dañar a su alma y ama cuanto la puede endulzar. Por tanto, tiene horror al infierno y desea el cielo. De ese modo, puede cumplir aquel precepto divino que recibió en el comienzo de su conversión: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*[1]. Esto no lo puede hacer mientras anda en la carne, pero sí cuando obra con espíritu de Dios. ¿Qué gana el hombre con que su prójimo arda en el infierno? ¿O qué pierde si va con él al paraíso? La herencia del paraíso no es tal que mengüe con el número de los poseedores. Por tanto, ama al prójimo quien no quiere que padezca mal—como tampoco lo quiere padecer él—, quien le desea, como a sí mismo, la posesión del cielo. ¿Cuándo podrá tener horror al infierno y desear las cosas celestiales con su propio espíritu, es decir, con el espíritu del hombre? Mas lo podrá con el espíritu de Aquel a quien se ha dicho: *Si subo al cielo, tú estás allí*[2], etc. A la verdad, el espíritu de sabiduría está presente en todas partes; conoce lo que se hace en el cielo y lo que se hace en el infierno. Cuando llena la mente humana, ingiere el temor de las penas del infierno e in-

[6] Eccli. 14, 22. * PL 183, 728. [2] Ps. 138, 8.
[7] 1 Cor. 11, 31. [1] Mt. 22, 39.

funde el amor de las cosas celestiales. Y así, le hace al hombre amarse a sí mismo y le dice: *Ten compasión de tu alma y agrada a Dios*[3]. Primero, pues, es amarse a sí mismo; en segundo lugar, amar al prójimo. No se ha dicho te amarás a ti mismo como al prójimo, sino *amarás al prójimo como a ti mismo*. De esta manera, se hace amador de su alma por el Espíritu Santo que ha recibido por la fe.

2. Alcanzado, pues, este don, no debe quedar contento con sólo él, sino debe desear ser promovido a cosas mayores, progresar hacia cosas mejores. Ahora ya vive por el Espíritu Santo. *Si, pues, vivimos por el Espíritu Santo*, dice el Apóstol, *andemos también en el Espíritu*[4]. Y en otra parte: *Contemplando cara a cara la gloria de Dios, nos vamos transformando claridad tras claridad en su misma imagen como por obra del Espíritu del Señor*[5]. Esto mismo parece que sintió el salmista de los santos. *El legislador*, dice, *dará la bendición; caminarán de virtud en virtud; verán al Dios de los dioses en Sión*[6]. Ande también este que tenemos en las manos; marche y progrese hasta que llegue al grado cuarto. Hecho, sin duda ninguna, sabio en él, vea al Dios de los dioses en Sión. Por todo cuanto he dicho, quien ama a su alma, debe amar también la justicia. De otro modo, si ama la iniquidad, no ama, sino que odia verdaderamente su alma[7].

3. Amando la justicia, pasa al segundo grado y oye aquel precepto de la sabiduría: *Amad la justicia los que juzgáis la tierra*[8]. Si, pues, la ama perfectamente, debe sufrir por ella con paciencia toda pena y cualquier desprecio que se le haga. La justicia le prestará dos cosas: una, el hacer lo que debe; otra, el sufrir lo que debe, es a saber, el sufrir el mal merecido, si no ha hecho el bien que debió hacer. De este modo, no abandonando la justicia cuando se castiga por ella cualquiera mancha de prevaricación, tampoco ella nos abandonará a nosotros. No hay nadie que se esconda de su calor. A esta pena no sólo no la tiene horror el varón justo, sino que, por el contrario, la recibe con gusto al creer que mediante ella se purifican los pecados de la vida pasada. Por eso está escrito: *No le afligirá al justo cualquiera cosa que acontezca*[9]. A los varios deleites que

[3] Eccli. 30, 24.
[4] Gal. 5, 25.
[5] 2 Cor. 3, 18.
[6] Ps. 83, 8.
[7] Ps. 10, 6.
[8] Sap. 1, 1.
[9] Prov. 12, 21.

le han hecho caer, opone medicamentos contrarios, por los que resucite. Ejemplos: cayó por la desobediencia, por la obediencia vuelve a la vida; es lúbrico y disoluto, se repara por el cultivo de la continencia y el rigor de la disciplina; padece dolor por los mismos elementos del mundo, con cuyo uso dudoso se había deslizado a los deleites. Y después de haber sido probado dura y largamente con estos tormentos, como el oro en el crisol, juzgándole ya digno Aquel que nos alimenta con el pan de las lágrimas y nos da de beber con medida de lágrimas, comienza a consolarse y oye aquella voz de Isaías que dice: *Consuélate, consuélate, pueblo mío, dice tu Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y llamadla, porque se ha colmado su malicia,* esto es, su aflicción, *y se ha perdonado su iniquidad. En lugar de todos sus pecados, recibirá del Señor el duplo* [10]. Mas, después que ha recibido la consolación, anda solícito y busca cómo agradar a Aquel que le ha justificado. Cuanto de bueno hace, lo hace para agradar a su solo Creador.

4. Pasa al tercer grado de su aprovechamiento para ser amigo de la sabiduría, la cual le habla con materno afecto cuando dice: *Hijo, dame tu corazón* [11]. Ahora bien, al llegar a ese grado, ninguna otra cosa le resta sino subir al cuarto, en donde se dice que se es sabio. Esto ocurre cuando ya obra no para agradar a Dios, lo cual ciertamente lo hacía en el tercero, sino porque Dios le agrada o porque agrada a Dios lo que hace. Este tal puede, con toda confianza y seguridad de conciencia, entonar aquel cántico del Sabio: *En todas las cosas encontré descanso,* etc. Este descansa en todas las cosas cuando en todas ellas le agrada Dios; no inclina la voluntad de Dios a la suya, sino que sabe elevar su voluntad a la de Dios. Morará en la herencia del Señor [12], como le promete la voz del mismo Señor, que dice: *Te daré la tierra en que duermes,* esto es, esta paz, a la que has llegado con tu trabajo y mi don, te la haré estable y perpetua. Mas lo que añade: *y a tu descendencia* [13], lo podemos entender de esta manera: que no sólo se dará a tu espíritu esta tranquilidad ahora y en el futuro, sino también a tu descendencia, esto es, a tus obras, la glorificación del cuerpo.

---

[10] Is. 40, 1. 2.
[11] Prov. 23, 26.
[12] Eccli. 24, 11.
[13] Gen. 28, 13.

104 De cuatro impedimentos de la confesión*

1. Cuatro cosas son las que impiden la confesión: la vergüenza, el temor, la esperanza, la desesperación. A algunos se la impide la vergüenza. Estos por la sola confusión se avergüenzan de decir los pecados que han cometido. De la cual vergüenza dice Salomón: *Hay una confusión que acarrea el pecado.* Por lo contrario, de aquellos que confiesan se dice de nuevo: *Hay una confusión que trae gloria*[1]. A estos últimos les menciona también el profeta, diciendo: *los vestiste de confusión y belleza*[2]. Y en otra parte: *Confesión y belleza son su obra*[3]. A otros se la impide el temor. Temen que, si se confiesan, se les ha de echar una penitencia grave. A éstos arguye Job: *Al que teme la escarcha, le caerá encima la nieve*[4]. Hay también otros que desean algo de este mundo, y piensan que conseguirán lo que desean si no se manifiestan a los hombres como son. A éstos les impide la confesión la esperanza, esto es, el ansia de obtener el deseo. A los tales les amenaza el Señor en el Evangelio: *¡Ay de las que están encinta y criando!*[5] Hay otros que nada de esto les avergüenza, mas temen solamente que después de la confesión de los pecados no se podrán abstener en ninguna manera de ellos. A éstos les impide la desesperación. A los cuales con mucha oportunidad se les puede aplicar aquello: *El pecador, al llegar al profundo de los males, despreciará*[6]. Mas ocurrirá algunas veces que todas estas cosas juntas impidan la confesión. El que está aprisionado por estos cuatro males, yace verdaderamente en el catafalco e hiede como aquel muerto de cuatro días del Evangelio[7]. Está escrito: *En el muerto perece la confesión, como en quien ya no existe*[8]. Y si está muerto el que no se confiesa, ciertamente revive el que se confiesa. Venga, pues, Jesús y diga: *Sal fuera*[9]; y a su voz se levantará al punto el que estaba muerto. Reciba aquí nuestro muerto la exhortación y no difiera la confesión.

2. Dígase, pues, a aquel a quien detiene la vergüenza: ¿Por qué te avergüenza confesar tu pecado, cuando

---

* PL 183, 730.
[1] Eccli. 4, 25.
[2] Ps. 103, 1. Ps. 110, 3.
[3] Iob 6, 16.
[4] Mt. 24, 19.
[5] Prov. 18, 3.
[6] Io. 11, 39.
[7] Eccli. 17, 26.
[8] Io. 11, 43.

no te avergonzó el hacerle? O ¿por qué te avergüenzas de confesarle a Dios, a cuyos ojos no le puedes esconder? Y si te avergüenza el contar a un solo hombre, y pecador, tu pecado, ¿qué harás en el día del juicio, en que se manifestará con todo detalle tu conciencia? Estas tres cosas, pues, hay que proponer contra la vergüenza, es a saber: la consideración de la razón, la reverencia del Dios que mira, la comparación de la mayor confusión. Igualmente, contra el temor hay que oponer otras tres cosas: considerar cuán largas son las penas del infierno, cuán graves, cuán infructuosas. Por el contrario, la penitencia del tiempo presente es breve, leve y fructuosa. Contra la esperanza, igualmente, hay que oponer tres cosas; es a saber: los bienes del siglo futuro, mayores que los bienes de la vida presente, más seguros, más duraderos; a cuya comparación cuanto se puede desear en este mundo es poco e incierto y, por decirlo así, momentáneo. Finalmente, contra la desesperación de vencer el pecado hay tres remedios: el primero es el vigor mismo del buen propósito que adquiere en la confesión; el segundo, la gracia de Dios, que merece por la humildad; el tercero, el auxilio que, compasivo, le prestará aquel a quien se confiesa.

105 De los requisitos para la justificación y la salvación *

1. Dos son las cosas en que consiste nuestra salvación: la justificación y la glorificación. La primera es el comienzo; la segunda, el perfeccionamiento. En ésa hay trabajo, en ésta se obtiene el fruto del trabajo. Ahora, ciertamente, la justificación se hace por la fe, mas la glorificación consistirá en la visión. Cuánta sea en la vida futura la glorificación de los santos, no lo puede alcanzar por ahora el entendimiento humano. De ella se ha escrito *que el ojo no vió, ni oyó el oído* [1], etc. Omitida, pues, ésta, que excede nuestras fuerzas, hablemos de la justificación, que se obra ahora, lo que nos ha parecido conveniente para la edificación de nuestros hermanos. Ese es el camino por el que se hace el tránsito a la glorificación, como dice el Apóstol: *A los que predestinó, a éstos los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; y a los que justifi-*

* PL. 183. 731.
[1] 1 Cor. 2. 9.

có, a éstos también los engrandeció[2]. No se puede obtener el engrandecimiento si no precede la justificación, puesto que ésta es el mérito y aquélla el premio. Así lo enseñó el Señor en el Evangelio. Al anunciar a los discípulos el reino de Dios, primero les propuso la justicia, diciendo: *Si vuestra justicia no es más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*[3].

2. Y hay que notar que así como en aquel reino de la bienaventuranza el Señor se hace presente a los elegidos para glorificarlos, así también en el camino de la peregrinación se les hace presente para justificarlos. Para ser glorificados los elegidos con la visión necesitan que Dios les justifique primero por la fe. Así, pues, tres son las cosas que deben renunciar quienes desean ser justificados. Primero, las obras malas; en segundo lugar, los deseos carnales; en tercer lugar, los cuidados del siglo. Por otra parte, son tres las cosas en que deben insistir, las cuales se hallan contenidas en el sermón del Señor en la montaña[1]: la limosna, el ayuno, la oración. De este modo, absteniéndonos de los vicios prohibidos y obrando fielmente las obras buenas que están preceptuadas, se completa la justificación. Opónganse, pues, a las obras malas las obras de misericordia; contra los deseos carnales preséntense los ayunos; a los cuidados del siglo suceda el amor de Dios y la frecuencia de la oración.

106 De tres cosas necesarias para hacer penitencia*

1. Tres son los estados del alma: en el cuerpo, sin el cuerpo, con el cuerpo recibido de nuevo. El primero se la da para hacer penitencia, los otros dos para tener descanso o pena según obró el bien o el mal mientras estuvo en el cuerpo. Para hacer penitencia son necesarias tres cosas: el tiempo, el cuerpo, el lugar. Que es necesario el tiempo, lo dice el Apóstol: *He ahí el tiempo aceptable, he ahí el día de la salvación*[1]. Igualmente, escribe el mismo del cuerpo: *Es necesario que todos nosotros nos presentemos ante el tribunal de Cristo para que cada uno manifieste las obras de su propio cuerpo que haya hecho*[2]. Del lu-

[2] Rom. 8. 30.
[3] Mt. 5. 20.
[1] Mt. 5-7.
* PL 183. 732.
[1] 2 Cor. 6. 2.
[2] 2 Cor. 5. 10.

gar habla la Escritura, diciendo: *Si sube sobre ti el espíritu que tiene potestad, no abandones tu lugar*[3]. Ahora bien, el tiempo se divide en tres: pasado, presente y futuro. Ninguno de éstos pierde el que hace penitencia. Pues restaura el tiempo pretérito que perdió al recapacitar en todos sus años con la amargura de su alma; el presente le posee ya por el ejercicio de la obra; el futuro, por la constancia del buen propósito. Del pretérito habla el Apóstol cuando dice: *Redimiendo el tiempo, porque los días son malos*[4]. Nos exhorta a obrar en el tiempo presente cuando dice: *Mientras tenemos tiempo, obremos el bien con todos, principalmente con los hermanos en la fe*[5]. Sobre el futuro, nos aconseja el Señor cuando dice: *Quien persevere hasta el fin, se salvará*[6].

2. El cuerpo es también necesario para hacer penitencia. A la verdad, en el cuerpo podemos padecer males y obrar bienes; padecer por los delitos cometidos, obrar para obtener los premios eternos. Mas el que carece de cuerpo, ¿cómo podrá hacer frutos dignos de penitencia? Y hay que notar que la penitencia que se hace en el cuerpo es leve y breve. Breve, porque se termina con la muerte; leve, porque se tolera más fácilmente con la sociedad del cuerpo. A la verdad, sería pesada si la sufriera sola el alma; mas porque divide su trabajo con el cuerpo, cuanto se ve agravado éste, tanto se siente descargada el alma. Igualmente, parece ser necesario y útil el lugar, es a saber, la Iglesia de la vida presente. Si cada cual, mientras vive en ella su cuerpo, descuida hacer penitencia, no podrá obtener en el futuro ningún remedio de salvación.

107 De los afectos en la oración [7]

1. Como el enfermo al médico, así debe acudir el pecador a su Creador. Por tanto, el pecador debe orar a Dios como el enfermo al médico. De dos maneras se ve impedida la oración del pecador: por la falta de luz o por demasiada luz. No está iluminado por ninguna luz el que no ve ni confiesa sus pecados. Por el contrario, se siente iluminado por luz excesiva el que ve tanto, que desespera del perdón. Ninguno de estos dos ora. ¿Qué hay que hacer?

[3] Eccle. 10, 4. [5] Gal. 6, 10. [7] PL 183, 733.
[4] Eph. 5, 16. [6] Mt. 10, 22.

Hay que amortiguar la luz para que el pecador vea sus pecados, los confiese y ore por ellos a fin de que sean perdonados. En primer lugar, su oración debe hacerse con afecto pudoroso. Esto se obtiene cuando el pecador no se atreve a acercarse a Dios por sí mismo, sino que busca algún santo varón, algún santo pobre de espíritu que sea como orla en el ruedo del vestido del Señor para tener, mediante él, acceso. Tipo de esta oración le tienes en aquella mujer del Evangelio que padecía flujo de sangre. Deseando sanar, se acercó y pensó dentro de sí, diciendo: *Si toco la orla de su vestido, seré salva*[1]. La segunda oración debe ser hecha con afecto puro. Tiene lugar cuando el pecador se acerca ya por sí mismo y se confiesa con la propia boca. Ejemplo de semejante oración nos lo dejó aquella pecadora que con sus lágrimas regó los pies de Jesús y los enjugó con los cabellos de su cabeza; de la cual dijo el Señor: *Se la perdonan muchos pecados porque ha amado mucho*[2]. La tercera oración se derrama con afecto más amplio. Tiene lugar cuando aquel que había orado por sí reza ya por los otros. Así oraron los apóstoles por la mujer cananea que rogaba por su hija: *Atiéndela*, dicen, *porque clama detrás de nosotros*[3]. La cuarta oración se emite con afecto devoto; la cual sale de la pureza del corazón sin ninguna duda y con acción de gracias. Tal oración la hizo el mismo Señor cuando resucitó del sepulcro a Lázaro muerto de cuatro días y dijo: *Padre, te doy gracias porque me has oído*[4]. El Apóstol nos enseña a hacer con frecuencia oraciones semejantes cuando dice: *Orad sin intermisión, dad gracias por todas las cosas*[5]. Estas cuatro clases de oraciones que hemos dicho, es a saber, oración pudorosa, pura, amplia, devota, las llama el Apóstol con otros nombres, y nos exhorta a ellas diciendo: *Ante todo, ruego que se hagan súplicas, oraciones, postulaciones, acciones de gracias*[6]. Los ruegos se hacen con afecto devoto; las oraciones, con afecto puro; las postulaciones, con afecto amplio; las acciones de gracias, con afecto devoto.

2. Hemos hablado de las clases de afectos y oraciones; digamos también con qué pureza hay que orar. Ciertamente, me parece que aquí son necesarias tres cosas, a las que, además, debemos unir la intención de la oración. El que ora debe considerar, pues, lo que pide, a Aquel a

[1] Mt. 9, 21.
[2] Le. 7, 47.
[3] Mt. 15, 23.
[4] Io. 11, 41.
[5] 1 Thes. 5, 17-18.
[6] 1 Tim. 2, 1

quien pide y a sí mismo que pide. En aquello que pide debe procurar que cuanto pida sea conforme a Dios y desear esto mismo con sumo afecto. Por ejemplo: si pide en la oración la muerte para el enemigo, daños y humillaciones para el prójimo, tal oración no es según Dios, puesto que El mismo manda y dice: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a aquellos que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian*[7]. Si desea la remisión de los pecados, la gracia del Espíritu Santo, la virtud, la sabiduría, la fe, la verdad, la justicia, la humildad, la paciencia, la mansedumbre y todos los demás carismas espirituales, y al pensar en ello siente afecto vehemente, esta oración es según Dios y bien merece ser oída. De estas oraciones habla el Señor por Isaías: *Antes de que clamen les escucharé; todavía hablando los oiré*[8]. Hay otras cosas que, si faltan, las da Dios; y pueden ser según Dios o no según Dios conforme sea el fin a que se dirigen. Tales son, por ejemplo, la salud del cuerpo y la abundancia de las demás cosas; las cuales, aunque son de Dios, no debemos apreciarlas mucho ni tener de ellas gran deseo. Igualmente, en Aquel a quien se pide debemos considerar dos cosas: la bondad y la majestad. La bondad con la que quiere dar gratuitamente y la majestad con la que puede dar cualquiera cosa que pidamos. Mas también en sí mismo debe considerar el que pide dos cosas; esto es, que no piense que recibe algo por sus méritos, sino que solamente espere recibir por la misericordia de Dios lo que ha suplicado. Entonces se dice que el corazón es puro, cuando alguno piensa en estas tres cosas que se han dicho y como se han dicho. Y quien ore con esta pureza y esta intención del corazón, sepa que será oído, porque, como atestigua San Pedro, apóstol: *Dios no tiene acepción de personas, sino que todos cuantos temen a Dios y obran la justicia le son aceptos*[9].

108 De las sangrías espirituales *

Dos son las causas de las sangrías: unas veces, la calidad de la sangre; otras, la cantidad; ni es menos perniciosa la inmoderada abundancia que la corrupción.

[7] Mt. 5, 44.
[8] Is. 65, 24
[9] Act. 10, 34. 35
* PL. 183, 734.

La sangre de mi alma es mi voluntad. El parentesco natural reside, más que en todos los demás humores, en la sangre, y la vida del alma está en la voluntad. Hay que disminuir, pues, la mala voluntad, que es la causa de la muerte espiritual. Hay que disminuirla, digo, porque no se la puede extraer ni agotar completamente. Hay que cortar y abrir las venas con el hierro de la compunción para que salga y se arroje, si no todo el sentido, al menos el consentimiento del pecado. ¿Dudas acaso de que se pueda encontrar en el alma una abundancia de sangre inútil? Oye al médico sabio cómo enseña que debemos disminuir la misma sangre de la justicia: *No quieras ser demasiado justo,* dice [1]. Semejante es aquello del Apóstol: *No conviene saber más de lo que conviene saber, sino saber sobriamente* [2]. ¿Qué vena podremos perdonar si la justicia y la sabiduría necesitan de disminución? ¿Qué cosa más útil que la sangre? Mas acuérdate de aquello: no es justo el demasiado justo ni, por decirlo así, conviene llamar sabiduría a la sabiduría ebria. Lo mismo acontece en la sangre del cuerpo, pues cuando ha crecido demasiado, ya no reporta alimento al cuerpo, sino detrimento. Por tanto, si aún deleita el pecar, la sangre es viciosa y debes apresurarte a disminuirla. Si quieres hacer penitencia, es necesario que castigues tus miembros, que aflijas tu cuerpo, que te juzgues a ti mismo, para que así no caigas en las manos del Dios vivo. Justo es todo esto, mas hay que evitar la demasía. Hay que reprimir el fervor inmoderado para que no dañe a la unidad y sirva a la discreción.

109 De que debemos evitar el esplendor vano de la virtud *

Andemos, hermanos míos, con cuidado, no sea que, engañados en el ínterin por el esplendor huero de los vasos, tengamos que lamentarnos después de que se apagan nuestras lámparas. Yo creo que no se habían encendido aquellas que entonces parecían apagarse. Tienes de este modo: *El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que, recibiendo sus lámparas...* [1] Recibiendo dijo, no encendiendo. ¿Cómo las habían de encender las que no tomaron

[1] Eccle. 7, 17.
[2] Rom. 12, 3.
* PL 183, 735.
[1] Mt. 25, 1.

aceite consigo? O ¿cómo pudo haber fuego donde faltó la materia del fuego? La castidad, ciertamente, luce por sí misma; mas así como son más luminosas las lámparas ardiendo que las apagadas, así es tanto más hermosa la generación casta con la caridad. En las vírgenes fatuas también parecen agradar con cierta gracia natural y refulgir con cierta belleza ingénita la templanza de los placeres, la paciencia en las adversidades, la honestidad en la conversación, la circunspección en las palabras, la limosna y las demás obras de piedad. Mas porque resplandecen con claridad vítrea más bien que ígnea, por eso sus lámparas se consideran apagadas, pues sabían que ese esplendor vacío le eclipsaría la luz eterna.

110 COLOQUIO DEL HOMBRE CONSIGO MISMO O CON SU ALMA *

¡Cuánta es nuestra miseria, y nuestra indigencia cuán numerosa! ¡Aún tenemos necesidad de palabras! Y siendo ambas cosas miserables, no sólo es sorprendente que necesitemos palabras para hablar con otros, sino, mucho más, que también las necesitemos para hablar con nosotros mismos. *Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu humano que está en el hombre* [1]. Se ha puesto un caos grande entre nosotros, a no ser que, interviniendo el instrumento de las palabras, se haga un mutuo tránsito entre los corazones para la comunicación de los pensamientos. ¿Quién ignorará que para esta necesidad se han inventado las palabras? Mas también es necesario que hablemos con nosotros mismos con palabras: *¿Acaso no estás sujeta a Dios, alma mía?*, dice el profeta; *de El depende mi salvación* [2]. Y ¿quién no tiene frecuente necesidad de volver a llamar a su alma, de llamar a su razón, de convocar a los afectos? ¿Quién no tiene necesidad de hablarse a sí mismo con palabras, increparse con amenazas, solicitarse con consejos, urgirse con acusaciones? Algunas veces conviene persuadirse con raciocinios como éste: *De El viene mi salvación;* o consolarse también conforme aquello: *¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas?* [3]; o como excitarse de cuando en cuando y decir: *Alaba, alma mía, al Señor* [4]; o amonestarse con frecuen-

* PL 183, 735. [1] 1 Cor. 2, 9. [2] Ps. 61, 1. [3] Ps 41, 6. [4] Ps. 145, 1.

cia sobre las cosas que conviene obrar, como esto: *Bendice, alma mía, al Señor y no te olvides de todas sus retribuciones*[5]. Mi corazón me ha abandonado, y tengo necesidad de volver a hablarme a mí mismo o, más bien, a ese otro yo. Y esto con tanta más frecuencia cuanto menos he vuelto todavía al corazón, cuanto menos he vuelto a mí, finalmente, cuanto menos me he unido a mí mismo. Mas cuando hayamos llegado a varones perfectos, ya no habrá necesidad de mutuas palabras. Muy oportunamente cesarán las lenguas. No se requerirá un intérprete medio, porque nos habrá unido a todos tan íntimamente con la caridad Aquel único Mediador, que también nosotros seremos una sola cosa en aquellos que verdaderamente son una sola cosa sempiterna, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo.

111 De cómo hemos de demostrar la fe con la vida y las costumbres, o de los seis testimonios que debemos presentar a Dios *

1. Nadie que sea fiel, aunque tibio, pone en duda el que tanto la felicidad eterna de la patria celestial, por la que suspira nuestra peregrinación, como los tormentos del infierno, que están preparados para los impíos, exceden no sólo todo sentido del cuerpo humano, sino también el entendimiento del corazón. ¡Y ojalá que en todos viviese esta fe y a la credulidad siguiese, como es razonable, el deseo de aquélla y el temor de éstos! ¿Por qué no preferimos pasar por medio de espadas, dejar, si fuera necesario, medio quemada esta miseria tan grande y acelerar el paso a tanta gloria, sino porque nuestra fe es insensible y muerta? Para cúmulo de desgracias, al impedimento de la salvación y a la ocasión de nuestra pérdida se añade que en la estimación de ambos fines no concuerda nuestro afecto con el juicio y que, en la consideración de los caminos, ni siquiera tenemos un perfecto conocimiento de la verdad. No es extraño que no se mueva con ningún deleite de las virtudes el afecto que anda también torpe en lo que se refiere a aquella eterna bienaventuranza, ni tampoco que no tema la presente amargura de los pecados cuando ni siquiera se ha espantado de aquellos suplicios eternos que

[5] Ps. 102. 2. * PL 183. 736.

están preparados para el diablo y sus ángeles. Y esto es así porque tenemos costumbre de anhelar con más vehemencia las buenas y temer las malas de aquellas cosas de que tenemos más experiencia, aunque sean menores.

2. Pero lo que más me admira es que nuestra fe, que en las cosas futuras parece estar tan cierta, titubee en las presentes. Vosotros, hijos fatuos de Adán, no juzgando ni discerniendo, admitiendo las promesas de la vida presente y futura [1], os mostráis incrédulos e infieles en aquellas cosas que experimentamos a cada paso; parece que os han dejado la fe de la futura promesa para cúmulo de condenación. Y lo mismo debemos decir sobre las amenazas. ¿Acaso no es el mismo Aquel que asevera que está preparado un reino para los elegidos y un infierno para los réprobos [2], Aquel que con la misma boca y con la misma verdad atestigua que cuantos no se adhieren a sí han de trabajar y estar sobrecargados; mas que cuantos se adhieren, no desfallecerán, como es propio de la humana pusilanimidad, sino que crecerán en fortaleza con su ayuda? El que promete un reino inefablemente deleitoso, ese mismo atestigua que su yugo es suave, y su carga ligera. Quien promete una eterna bienaventuranza en la patria, promete también para el camino descanso y refección. Finalmente, habla el profeta diciendo: *No vió el ojo, ni oyó el oído, ni se imaginó el corazón del hombre lo que tiene Dios preparado para los que le aman* [3]. Y todo lo creemos con facilidad. Habla el mismo Señor de los profetas: *Venid a mí todos los que os halláis trabajados y sobrecargados, y yo os refociláré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave, y mi carga ligera* [4]. ¡Y cuántos apartan el oído de su corazón, ya que no se atreven a apartar el del cuerpo! ¿Qué incredulidad es ésta, más aún, qué locura? ¡Como si pudiera engañarse la sabiduría o engañar la verdad! ¡Como si la caridad que ofrece no pudiese dar, o no pudiera cumplir la omnipotencia lo que promete!

3. ¿Qué hombre habrá tan esclavo del deleite y de la lujuria que no elija la sobriedad y la castidad si ve con certeza que le son más deleitables? ¿Quién será tan ambicioso que no empiece a estar contento con toda la vilidad y estrechez, si sabe, como es verdad, que la caridad, que no

[1] 1 Tim. 4, 8.
[2] Mt. 25, 34. 41.
[3] 1 Cor. 2, 9.
[4] Mt. 11, 28-30.

busca lo suyo, es más digna que todas las dignidades? ¿Quién será tan avaro que no desprecie al punto todas las riquezas si tiene por más feliz la pobreza? Ahora bien, en vano clama Cristo que su carga es ligera, en vano predica que su yugo es suave; por el contrario, aquellos mismos que se apellidan con el nombre de cristianos tienen por más deleitoso el yugo del demonio, el de la carne, el del siglo. Mas ¿de dónde a ti, Señor, Dios mío, una inconsideración tan grande como la que ellos te atribuyen? ¿Cómo prometes tan públicamente lo que tan fácilmente se echa de ver que no cumples? Aseguras que tu espíritu es más dulce que la miel y el panal [5]. Y he ahí que éstos encuentran más dulce la carne de la caza, la carne, ¡oh dolor!, de la meretriz, la vanidad del siglo. ¡Desgraciados! ¡Juzgan a medias y desprecian como amargo tu maná escondido, que no han gustado! Mas los que han probado ambos saben que Dios es verdad y todo hombre mentiroso [6]. Sus testimonios, pues, debían ser creídos plenamente. Muy al contrario, se burlan y ríen de tus promesas y de la experiencia de los tuyos. Los hombres carnales no perciben las cosas que son del espíritu de Dios; les parecen insensatez [7]. A la verdad, no hay nada de particular en que no crea al hombre experimentado quien no cree a Dios, que promete. Luego se nos tiene por insensatos a cuantos predicamos que la cruz del Señor es suave; a cuantos engrandecemos los deleites de la pobreza, ensalzamos la gloria de la humildad, eructamos las delicias de la castidad. Sea también estimado insensato con nosotros el profeta que dice haberse deleitado en los mandamientos del Señor como en grandes riquezas [8].

4. Vosotros, pues, que sois sabios a vuestros ojos, preferid no todas las riquezas, sino algunas, las que podéis mendigar, a los mandamientos divinos para que nunca tenga testimonio vuestra fe. Para vosotros permanezca ésta oculta, escondida, en donde ni siquiera el mismo Padre, que está en los cielos, lo vea [9], para que pueda decir: *No os conozco* [10]. Creéis firmemente que Dios es justo, veraz, remunerador, omnipotente, bien sumo, eterno. Mostraos áspides sordos y oídos tapados [11] para que no oigáis la voz del que impropera y que dice: *Muéstrame tu fe*

[5] Eccli. 24, 27.
[6] Rom. 3, 4.
[7] 1 Cor. 2, 14.
[8] Ps. 118, 14.
[9] Mt. 6, 4.
[10] Mt. 25, 12.
[11] Ps. 57, 5.

sin obras [12]. Creer, ¿cuánto os cuesta? Mas no entréis en el camino de los mandamientos, porque es camino arduo, áspero e intransitable. ¡Infelices y desgraciados!, que no habéis encontrado el camino de la ciudad hospitalaria, y por eso erráis por lugar desierto y no vais per el camino [13]. El fin de vuestros caminos, que a vosotros os parecen buenos y que juzgáis deleitosos (aunque no tienen nada de deleite), se hunde en lo profundo del infierno, en donde habrá llanto y crujir de dientes. Despertad, ebrios, y llorad para que no os coja aquel llanto perpetuo. Al decir paz y seguridad, entonces os sobrevendrá una muerte repentina, como los dolores a la embarazada, y no podréis huir [14]. Y con razón, pues ahora despreciáis conscientemente el tiempo de huir y rechazáis el camino de la fuga.

5. *Orad*, dice el Señor, *para que vuestra huída no sea en invierno o en sábado* [1]. Huíd mientras el tiempo es aceptable y se os muestra un camino deleitoso. Huíd en los seis días que es lícito trabajar. Huíd en aquellos seis testimonios, que arriba hemos tocado, de la justicia, de la verdad, de la recompensa, de la omnipotencia, de la suma bondad, de la eternidad; no sea que el séptimo, es a saber, el testimonio del celo divino, no ya le deis, sino os veáis obligados a sufrirlo. Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? [15] Es camino de muerte ése por el que corréis, camino de perdición, camino cuyo fin se precipita en lo profundo del infierno. Con todo eso, aún hay esperanza, porque todavía no ha llegado el fin del camino, esto es, de la vida. Apresuraos a prevenir el fin, no sea que, cogidos de repente, os quedéis allí donde caigáis. Venid, hijos, oídme; os enseñaré el camino de la salvación, el camino de los testimonios de Dios, en que os deleitéis como en numerosas riquezas.

6. Llámese el primer camino hasta el corazón. La voz divina llama a los prevaricadores [17] allí en donde el testimonio de la justicia engendra la compunción y el temor. De aquí se pasa a la confesión de la boca, para que no tardemos en dar testimonio a la Verdad contra nosotros mismos. Si alguno se avergüenza de Ella delante de los hombres, Ella se avergonzará de él delante de su Padre [18]. Siga después el desinterés de las posesiones, la distribu-

---

[12] Iac. 2, 18.
[13] Ps. 106, 4. 40.
[14] 1 Thes. 5. 3.
[15] Mt. 24. 20.
[16] Lc. 3. 7.
[17] Is. 46. 8.
[18] Lc. 9. 26.

ción de los bienes, como está escrito: *Derramó, dió a los pobres; su justicia permanecerá por los siglos de los siglos* [19]. Y también: *Si quieres ser perfecto, anda, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* [20]. En esta donación liberal de la propiedad se halla el testimonio de la divina largueza y una retribución abundante, de suerte que quien da espontáneamente lo suyo, con seguridad puede esperar recibir de la mano del Señor cosas mayores. Pero aún es necesario que des un cuarto testimonio a la omnipotencia. Me refiero a la aflicción del cuerpo. Hay que sembrar, ciertamente, el cuerpo animal, mas para que resucite el espiritual. ¿Acaso no te parece que duda de la resurrección y de la inmutación quien perdona su cuerpo? Igualmente, parece dudar de la justicia quien no se compunge en el espíritu; de la verdad, quien no se confiesa, y de la futura retribución, quien es avaro. De este mismo modo debemos considerar los demás testimonios que siguen. Y si de tal manera progresas que llegas a no hacer tu voluntad, sino la suya, demuestras magníficamente la estima que la tienes, clamando no con palabras ni con la lengua, sino con las obras y la verdad, que sólo Dios es bueno [21].

7. En fin, resta que te apliques a perseverar. Esta es la consumación de la vida y tiene testimonio de eternidad. La perseverancia en nuestro recto modo de vivir es imagen de la eternidad divina, de suerte que así como es El, así seamos nosotros en este siglo, imitando, según nuestras posibilidades, aquella su inconmutabilidad. Por esto dice el Sabio: *El tonto cambia como la luna, el sabio permanece como el sol* [22]. Este es, pues, el camino, amadísimos; andad por él. Subiendo de virtud en virtud, se verá al Dios de los dioses en Sión [23]. A la gloria de cuya visión nos lleve el Señor de las virtudes y el Rey de la gloria, que es el camino, la verdad y la vida, Jesucristo nuestro Señor [24].

112 De cuatro conciencias *

Vuélvete, alma mía, a tu descanso. El alma trabaja y descansa en la conciencia, porque hay una conciencia bue-

[19] Ps. 111, 9. [21] Lc. 18, 19. [23] Ps. 83, 8. * PL 183, 732.
[20] Mt. 19, 21. [22] Eccli. 27, 12. [24] Io. 14, 6.

na, pero no tranquila ; otra tranquila, pero no buena ; otra ni tranquila ni buena ; otra buena y tranquila. Tranquila y no buena es la de aquellos que pecaron en la esperanza y dicen en su corazón que Dios no pedirá cuenta ; ésta es, sobre todo, de los jóvenes. Buena, pero no tranquila, es la de aquellos que, vueltos ya al Señor, repasan sus años con amargura. Ni buena ni tranquila es la de aquellos que desesperan a causa de la muchedumbre de los pecados. Buena y tranquila es la de aquellos que subordinan la carne al espíritu, la de aquellos que viven pacíficos con quienes odian la paz. Esta, la conciencia, es el lecho del alma ; en él toma el alma descanso, mas no perfecto. Para que pueda prestar un descanso perfecto es necesario que no sólo sea buena y tranquila la conciencia, sino también segura ; por lo cual añade : *Porque ha apartado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies del lazo* [1]. De la muerte, dando una conciencia buena ; de las lágrimas, dándola tranquila y buena ; del lazo, dándola segura.

113 De que debemos evitar los pecados propios y los ajenos *

Límpiame, Señor, de los pecados ocultos y perdona a tu siervo los ajenos [1]. Tres son las cosas ocultas : la acción ilícita, la intención dolosa, el afecto impuro. La obra mala mancha la memoria ; la intención dolosa, la razón y la mente ; el afecto impuro, la voluntad. La memoria se purifica por la confesión ; la mente, por la lección ; el afecto o la voluntad, por la oración. Estarás libre de los pecados ajenos si no insultas, si no te apartas, si no consientes, si no disimulas. Es propio de la justicia no consentir, sino resistir con toda la fuerza ; propio de la fortaleza, no apartarse, sino soportar pacientemente los males del prójimo ; de la templanza, no insultar, sino compadecer con moderación ; de la prudencia, no disimular, sino procurar solícitamente que cesen los males.

[1] Ps. 114, 8.
* PL 183, 740.
[1] Ps. 18, 13.

114 De las numerosas paces*

La paz del cuerpo es la templanza ordenada de las partes; la paz del alma irracional, el descanso ordenado de los apetitos; la paz del alma racional, la unión del pensamiento y de la acción; la paz del cuerpo y del alma, la vida ordenada y la salud del viviente; la paz del hombre y de Dios, la obediencia ordenada en la fe bajo la Ley eterna; la paz de los hombres, la concordia ordenada; la paz de la casa, la concordia ordenada de los que cohabitan, del que manda y del que obedece; la paz de la ciudad es semejante; la paz de la ciudad celestial, la sociedad ordenadísima y concordísima de gozar de Dios y de vivir de El; la paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. El orden es la disposición que da su lugar a cada una de las cosas iguales y desiguales.

115 De tres corazones*

Salga el hombre a lo alto del corazón y Dios será exaltado[1]. Hay corazón elevado, corazón humilde y corazón medio. Dice el profeta: *Volved, prevaricadores, al corazón*[2]. El primer acceso es el del siervo prevaricador al corazón humilde, al cual le impele la justicia. El segundo acceso es el del mercenario al corazón medio, al cual le llama el consejo. El tercero es el del hijo al corazón elevado, al cual le eleva el deseo. Entonces es exaltado Dios, esto es, se eleva sobre el corazón, para que, no pudiéndole comprender la razón, le desee al menos el afecto y el amor. Y nota que estos progresos o ascensiones se hacen en el corazón. Por lo que dice el profeta: *Cuando vivía en el valle de lágrimas, dispuso ascensiones en su corazón*[3]. Mas algunas veces excede el hombre interior a la razón y se eleva por encima de sí; lo cual se llama éxtasis de la mente. Por tanto, decimos que hay cuatro grados de ascensión: el primero, al corazón; el segundo, en el corazón; el tercero, del corazón; el cuarto, sobre el corazón. En el primero se teme a Dios, en el segundo se oye al Consejero, en el tercero se desea al Esposo, en el cuarto se ve a Dios.

---

* PL 183. 740.
* PL 183. 740.
[1] Ps. 63. 7, 8.
[2] Is. 46. 8.
[3] Ps. 83. 6. 7.

116 De dos muertes y otras tantas resurrecciones *

Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba [1]. Dos son las muertes y otras tantas las resurrecciones. La primera muerte es la del alma; la segunda, la del cuerpo. La muerte del alma es la separación de Dios; la muerte del cuerpo, la separación del alma y del cuerpo. Aquélla la obra el pecado, ésta la pena del pecado. Igualmente, la primera resurrección es la del alma; la segunda, la del cuerpo. Obra la resurrección del alma la venida humilde y oculta de Cristo, la resurrección del cuerpo la hará su advienio glorioso y manifiesto. El alma invisible ha sido creada a imagen de Dios, por lo que dice la Escritura: *Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza* [2]. Ciertamente, recto. Por eso, el hombre exterior, es decir, el cuerpo, aparece en su forma recto, con vida y sentido, para que por esto exterior y visible comprendamos aquello interior e invisible: que ha sido hecho recto en la voluntad, vivo en el pensamiento, sensible en el amor. Y así como el cuerpo, esto es, el hombre exterior, recibirá en su resurrección vida y sentido, así, igualmente, el alma, esto es, el hombre interior, recibirá en su resurrección vida y sentido, esto es, conocimiento y amor. Que el conocimiento sea vida, lo atestigua la Verdad cuando dice: *Esta es la vida eterna, que conozcáis al verdadero Dios y a Jesucristo, a quien ha enviado* [3]. Y que el amor es el sentido, se infiere de aquí: así como el hombre exterior no se distingue en la vida, porque en todas sus partes vive de un modo igual, mas en el sentido se distingue en cinco partes conocidísimas, es a saber, la vista, el gusto, el oído, el olfato, el tacto, pues de una manera siente en el ojo, de otra en el oído, y así de los demás; igualmente el hombre interior no se distingue en el conocimiento, pero sí en el amor. Y así como aquél se divide en cinco sentidos diferentes, así éste tiene por objeto cinco cosas invisibles de Dios, que son la verdad, la justicia, la sabiduría, la caridad, la eternidad. De una manera se aficiona a la verdad, a la que ama por la libertad; de otra a la justicia, a la que ama por la suavidad; de otra a la caridad, a la que ama

* PL 183. 741.
[1] Col. 3. 1.
[2] Gen. 1, 26. 27.
[3] Io. 17. 3.

por la virtud ; de otra a la eternidad, a la que ama por la seguridad.

117 De cuatro fuentes espirituales en donde se curan cuatro enfermedades del alma *

El alma fiel tiene su paraíso espiritual, no terreno, mas, por eso mismo, mucho más deleitoso y secreto. En éste se deleita el alma como en todas las riquezas. De este paraíso brotan cuatro fuentes, que son : la verdad, la caridad, la virtud, la sabiduría. De estas fuentes se sacan aguas saludables para el alma enferma. El alma humana está trabajada por cuatro enfermedades de vicios, es a saber, por el temor, por la concupiscencia, por la propia iniquidad, por la ignorancia. Vencida por el temor, la cogen en el vicio ; halagada por la concupiscencia, se ve arrastrada al vicio ; por su propia iniquidad sigue voluntariamente al vicio ; seducida por la ignorancia, cae en el vicio. A estas almas que trabajan y gimen por esos males las consuela el profeta, diciendo : *Sacaréis con gozo aguas de las fuentes del Salvador* [1]. Contra la pusilanimidad, que viene del vicio del temor, sacarán agua de auxilios de la fuente de la virtud ; contra la concupiscencia de la voluptuosidad temporal, el agua de los deseos de la fuente de la caridad ; contra la malicia de la iniquidad voluntaria, el agua de los juicios de la fuente de la verdad ; contra la malacia de la ignorancia, el agua de los consejos de la fuente de la sabiduría. Y esto con gozo, para que quien gemía primero bajo el peso de los vicios, ahora se alegre con la adquisición de las virtudes, comprándose de las aguas de los consejos la prudencia ; de las aguas de los auxilios, la fortaleza ; del agua de los deseos, la templanza ; del agua de los juicios, la justicia ; de suerte que en las cosas adversas la fortaleza arroje la pusilanimidad ; en las prósperas, la templanza refrene la lascivia ; en las obras, la justicia excluya la iniquidad ; en las dudas, la prudencia instruya a la ignorancia. Refocilada, pues, el alma con tales aguas y, adornada con las virtudes, se dilate y comprenda con todos los santos cuál sea la anchura y la longitud, la sublimidad y lo profundo [2]. Estas cuatro se las pue-

* PL 183, 741.
[1] Is. 12, 3.
[2] Eph. 3, 18.

de abarcar con los dos brazos de Dios, es a saber, con el amor verdadero y el temor verdadero. Con el temor, la sublimidad y lo profundo, esto es, la potencia y la sabiduría ; con el amor, la anchura y la longitud, esto es, la caridad y la verdad. Se teme a Dios, porque todo lo puede con el poder ; se le teme verdaderamente, porque nada le permanece oculto por la sabiduría. Se ama a Dios, porque es caridad ; se le ama verdaderamente, porque es verdad, esto es, eternidad.

118 De seis grados ascensoriales *

Permaneced en los caminos del Señor y preguntad por sus senderos. Permanece en los caminos del Señor el que guarda las prácticas corporales del buen propósito. Mas porque el ejercicio corporal vale para poco, como dice San Pablo, por eso añade : *Y preguntad por sus caminos* [1] ; esto es, desead las vidas de los santos padres y encontraréis el camino. Luego marchad por él. Encuentra el camino quien vuelve al corazón, anda por él quien dispone en su corazón ascensiones [2]. La primera ascensión de este camino es la contrición ; la segunda, la confesión ; la tercera, el afecto ; la cuarta, el desprendimiento de los bienes propios ; la quinta, la renuncia de la voluntad propia ; la sexta, la humillación de la sujeción voluntaria ; la séptima, la perseverancia.

119 De tres cosas que debemos considerar en la encarnación *

El misterio de la encarnación tiene en sí tres cosas dignas de consideración ; es a saber : la forma de humildad, la prueba de amor, el sacramento de redención. La forma de humildad la indican los gemidos del párvulo, el lugar, el pesebre, los pañales. La prueba del amor la indica la muerte piadosa, porque no hay mayor caridad que la de aquel que da la vida por los amigos [1]. El sacramento de la redención muestra una triple potencia de la divinidad ; es a saber : de la nada hizo algo, renovó lo aviejado, perpetuó lo temporal.

* PL. 183, 742.
[1] Ier. 6, 16.
[2] Ps. 83, 6.
[1] Io. 15, 13.
* PL 183, 742.

120 Del triple ministerio *

El servicio de los ministros de Cristo es triple: de servidumbre, de caridad, de dignidad. El ministerio de servidumbre es el castigo del cuerpo; el de la caridad, la devoción de la mente; el de la dignidad, la consagración del cuerpo de Cristo. El primero se hace en la aflicción; el segundo, en la alegría; el tercero, en la humildad. El primero es sacrificio de temor, el segundo de amor, el tercero de alabanza.

121 Sobre la enseñanza del temor y de la caridad *

Estamos en la escuela de Cristo, en la que se nos enseña con una doble doctrina. Una cosa enseña aquel verdadero maestro por sí mismo, otra por sus ministros. Por los ministros enseña temor, por sí mismo amor. Por eso, al faltar el vino, manda a los ministros que llenen las hidrias de agua [1]; de igual modo, al resfriarse diariamente la caridad, los ministros de Cristo llenan las hidrias de agua, esto es, llenan de temor las mentes de los hombres. Y, ciertamente, con mucha propiedad se entiende en el agua el temor, porque, así como el agua apaga el fuego, así el temor apaga la pasión; y, así como el agua limpia las manchas del cuerpo, así también el temor purga los lunares de los espíritus. Llenemos, pues, con esta agua las hidrias, esto es, nuestras mentes, porque quien teme, nada descuida; y, en verdad, está bien lleno aquel en quien no puede caber la negligencia. Mas, porque el agua pesa, esto es, tiene pena el temor, debemos acercarnos a Aquel que hace vino del agua, esto es, convierte el temor penal en amor para que podamos oír lo que El mismo enseña del amor. Dice así: *Este es mi precepto, que os améis mutuamente* [2]. Como si dijese: Muchas cosas mando por los ministros, mas esto os recomiendo especialmente yo mismo. Y en otra parte: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: en que os amáis unos a otros* [3]. Por tanto, para demostrar que somos discípulos de la Verdad, amémonos

* PL 183, 743.
* PL 183, 743.
[1] Io. 2, 7.
[2] Io. 15, 12.
[3] Io. 13, 35.

mutuamente. Y en este amor vigilemos con una triple solicitud, porque Dios es caridad [4]. Toda nuestra solicitud se la debemos a El, esto es, para que nazca, para que crezca, para que se conserve. Nace si alimentas al enemigo, si le das de beber, pues haciendo eso, arrojas carbones encendidos sobre su cabeza [5]. Los carbones encendidos son las obras de caridad, las cuales arrojas sobre el diablo, que es cabeza de todos los inicuos, para que, quitado él, nazca en ti, como cabeza, Dios, que es caridad. Crece si socorres al que padece necesidad, si te prestas al que te quiera angariar, si abres tu ánimo al enemigo. Se conserva y aumenta con el rostro amable, con la conversación dulce, con la obra alegre; de modo que la caridad que demuestran el rostro y las palabras la confirmen las obras piadosas y alegres, porque las obras son la prueba del amor.

122 De los vicios que deben temer los que ayunan *

Mas tú cuando ayunes unge tu cabeza y lava tu rostro [1]. Esto lo dijo el Señor a causa de dos vicios, es a saber, el de la vanagloria y el de la impaciencia, que suelen derrumbar a los que ayunan. Al ordenar que se lave la cara, manda conservar pura la intención; porque así como toda la belleza del cuerpo reside en el rostro, así toda la belleza de la obra del alma reside en la intención. Por la unción de la cabeza, con la cual se suaviza lo que era áspero, nos manda mantener la naturalidad en el ayuno. Será pura la intención si en todas nuestras acciones buscamos o el honor de Dios o la utilidad del prójimo o nuestra buena conciencia.

123 De la vida del espíritu *

1. *Andad en el espíritu y no sigáis los deseos de la carne* [1]. Hay algunos que andan en la carne, los cuales ponen todo cuidado en evitar las molestias de la misma. Estos son los que, a pesar de probar las virtudes, porque no quieren de ningún modo evitar las molestias de la carne,

[4] 1 Io. 4, 8. * PL 183, 744. * PL 183, 744.
[5] Rom. 12, 20. [1] Mt. 6, 17. [1] Gal. 5, 16.

no pueden resistir a sus malas concupiscencias. A los tales dice el Apóstol: *Andad en espíritu;* esto es, dejad vuestra solicitud de evitar las molestias de la carne. En esta vida del espíritu hay dos grados: el inferior y el superior. En el grado inferior, el hombre anda en su espíritu; en el superior, en el espíritu de Dios. El hombre anda en el grado inferior cuando, vuelto al corazón, se preocupa de sus afectos y reprime en sí lo que conoce es contrario a la virtud. En este grado ofrece a Dios, por la compunción, el sacrificio del espíritu atribulado y del corazón abatido. Subiendo de este grado al superior, comienza a pensar en los beneficios de Dios; y, vuelto a la acción de gracias, ofrece a Dios por la devoción el sacrificio de alabanzas. En ambos grados ve a Cristo: en el primero, crucificado; en el segundo, coronado de gloria y honor. En el primero estaba Isaías cuando decía: *Le vimos y no tenía belleza ni aspecto*[2]. Estaba en el segundo cuando decía: *Vi al Señor sentado sobre un trono elevado*[3]. Y nota que en el primero dijo: *Vimos,* mientras que en el segundo: *Vi;* porque aquello es de muchos y de los pecadores; mas esto, de pocos y del profeta. Por lo cual dice el Apóstol: *En parte conocemos* a Cristo, y a éste crucificado; *en parte profetizamos*[4], porque todavía no vemos cómo es. *Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque le veremos como es*[5]. Vió el profeta, mas con ojo profético, al Señor sentado sobre un trono excelso, esto es, sobre la creatura angélica; y elevado, esto es, sobre la creatura humana; porque El mismo despertó del polvo al necesitado y levantó al pobre del estercolero a fin de sentarlos con príncipes donde ocupen trono de gloria. *Y toda la tierra estaba llena de su majestad*[6]. Toda la tierra, esto es, los cuerpos de los elegidos estarán llenos de majestad cuando reforme nuestro cuerpo humillado configurándole con el cuerpo de su claridad[7]. *Y aquellas cosas que estaban por debajo de El llenaban el templo*[8]. Arrojados los hipócritas y aquellos que, invitados, se excusan de venir, a las tinieblas exteriores, los humildes y los sometidos a Dios llenarán el templo, porque El mismo salvará al pueblo humilde y humillará los ojos de los soberbios[9].

---

[2] Is. 53, 2.
[3] Is. 6, 1.
[4] 1 Cor. 13, 9. 12.
[5] 1 Io. 3, 2.
[6] Is. 6, 3.
[7] Phil. 3, 21.
[8] Is. 6, 1.
[9] Ps. 17, 28.

Los serafines estaban sobre El; cada uno tenía seis alas. Los serafines, esto es, los ardientes, simbolizan a aquellos que sirven a Dios con fervor, a los cuales halla el Señor vigilando y los coloca sobre todos sus bienes. *Cada uno con seis alas,* porque no sólo los prelados, sino también los súbditos, tienen alas y son serafines si son fervorosos. *Con dos cubrían sus cabezas, con dos los pies y con dos volaban* [10]. Las almas fervorosas tienen alas con que volar, esto es, la esperanza y el temor, porque es propio del que vuela subir algunas veces a lo más alto y otras bajar a lo más profundo. Por la esperanza buscan las cosas altas, porque habitan en el cielo. Por lo cual dicen algunos de ellos: *Nuestra vida está en los cielos* [11]. Por el temor buscan las ínfimas. Condescienden con los enfermos y los instruyen, considerándose a sí mismos para no verse también ellos tentados. *Con dos cubrían sus pies.* Sus pies son los afectos con los que se unen a los prójimos. Mas, porque a éstos se les ofende de dos maneras, es a saber, abatiendo a los débiles con demasiado rigor o consintiendo blandamente con sus vicios, los velaban aquellos serafines con dos alas: con la consideración de la propia flaqueza, el demasiado rigor; con el celo de la rectitud, la demasiada blandura. *Con dos alas velaban sus cabezas.* La cabeza es ya la intención de la contemplación, ya el entendimiento espiritual. Esta la velan los serafines a causa de los enemigos, a causa de la vanagloria y de la soberbia oculta; contra la vanagloria, una ala, es a saber, el amor de la verdad; contra la soberbia, otra, esto es, el estudio de la humildad.

124 De cuatro grados de la buena voluntad *

1. La palabra de Dios suele hacer dos cosas: sanar las almas viciosas y aconsejar a las buenas. Llamo viciosas no a todas las que tienta el vicio, sino a las que consienten voluntariamente en él y no resisten cuanto pueden. A tales almas habla la Verdad en el Evangelio diciendo: *Ponte de acuerdo con tu adversario cuando estés con él en el camino* [1], etc. No dijo *vicio,* sino *adversario.* Este adversario es la palabra de Dios, que siempre se opone a los vi-

[10] Is. 6. 2.
[11] Phil. 3. 20.

* PL 183. 745.
[1] Mt. 5, 25.

cios. Se pone de acuerdo con éste quien puede decir con el profeta: *Y mi pecado siempre está contra mí*[2]. Llamo buenas no sólo a las almas perfectas, sino a las que comienzan; las cuales, aunque tengan vicios, con todo eso, no consienten, sino que sienten repugnancia. Tales almas pueden caer muchas veces por debilidad o ignorancia, pues está escrito: *Siete veces al día cae el justo*[3], mas se levantan por la voluntad, que la tienen buena. Esta es, pues, la que hace buena al alma. El alma, aunque tiene por naturaleza muchas cosas buenas, como son el buen ingenio, la memoria capaz, la razón vigilante y todos los demás bienes del alma, con todo eso, sola la voluntad, si es buena, hace al alma buena; si viciosa, viciosa. Mas, porque *el hombre,* como dice Job, *nunca permanece en el mismo estado*[4], pues o decae o progresa, hay que progresar en esta voluntad, porque ella es el camino del que dice el profeta: *Este es el camino, andad por él*[5]. Y el salmo: *Bienaventurado el varón cuyo auxilio le viene de ti; dispuso progresos en el corazón en el valle de lágrimas*[6]. En el corazón, esto es, en la voluntad.

2. El primero de estos grados es la voluntad recta; el segundo, la poderosa; el tercero, la devota; el cuarto, la plena. En el primer grado, el alma consiente en la mente con la ley de Dios; mas, porque repugna la carne, no puede acabar de hacer el bien que ama, sino que muchas veces hace por debilidad el mal que odia[7]. Mas en esto su voluntad es recta, pues, poniéndose de acuerdo con su adversario, odia en sí lo que él reprende. En el grado segundo, no sólo no hace el mal que odia, sino que también lleva a cabo con valentía, aunque con violencia, el bien que ama, diciendo con el profeta: *Por las palabras de tus labios guardé los caminos duros*[8]. En el tercer grado, ya corre por el sendero de los mandamientos de Dios con el corazón dilatado y se deleita en ellos como en todas las riquezas, porque, ungida la piel con el aceite de la gracia espiritual y sabiendo que Dios ama al dador alegre[9], se extiende con alegría a cualquier bien y clama con el profeta David: *Cuando dilataste mi corazón, corrí por el camino de tus mandamientos*[10]. En el cuarto grado están los ángeles, los cuales pueden llevar a cabo el bien tan fácilmente como

---

[2] Ps. 50, 5.
[3] Prov. 24, 16.
[4] Iob 14, 2.
[5] Is. 30, 21.
[6] Ps. 83, 6. 7.
[7] Rom. 7, 16-25.
[8] Ps. 16, 4.
[9] 2 Cor. 9, 7.
[10] Ps. 123, 32.

quieren. Este grado le puede desear el alma, mas no puede subir a él en el cuerpo por la razón de que éste le agrava. Quien no tiene aún recta el alma, sepa que se lo impide la intención carnal. Quien la tiene recta, pero no poderosa, sepa que se lo impide la costumbre mala. Quien la tiene devota, pero todavía no poderosa, sepa que se lo impide la habitación terrena. Aquel cuya voluntad todavía es viciosa, ore y diga: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*[11], entendiendo por tierra a sí mismo, y por cielo, a aquel que tiene una voluntad recta, porque cuanto dista el cielo de la tierra, tanto dista la recta voluntad de la viciosa. Ore del mismo modo quien tiene voluntad recta, mas no poderosa. Y así los demás; de suerte que siempre pretenda el alma progresar, pues así como está condenado quien permanece en una voluntad viciosa, así es reprensible quien no procura ascender a las otras.

125 De cómo hemos de glorificar a la Sabiduría de Dios *

1. *Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo*[1]. En otra parte dice la Escritura: *Quedó justificada la sabiduría en sus hijos*[2]. Y en la oración decimos: *Santificado sea el tu nombre*[3]; Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios, es justificado, santificado, glorificado en sus santos. Digamos, pues, primeramente cómo es justificada la sabiduría en sus hijos. *Dios flagela a todo hijo que ama*[4]. Mas éste al principio de la flagelación, porque es siervo de Dios bajo de la ley y no sabe que es hijo, murmura; llama a Dios cruel y a sí inocente. A éste, pues, se aparece Cristo, Virtud de Dios, mas todavía no sabiduría, porque siente por la flagelación el poder de la virtud, mas no la suavidad de la sabiduría por el pensamiento. A este tal la sabiduría le alcanza fuertemente con el azote y le dispone suavemente por el entendimiento[5] al inspirarle aquello del Apóstol, es a saber: *Gozarse en las tribulaciones, saber que la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza, y que la esperanza no engaña*[6]. Ahora ya

[11] Mt. 6, 10.
* PL 183, 746.
[1] 1 Cor. 6, 20.
[2] Mt. 11, 19.
[3] Mt. 6, 9.
[4] Hebr. 12, 6.
[5] Sap. 8, 1.
[6] Rom. 5, 3-5.

comprende que no se le castiga como a siervo, sino que se le enseña con azotes como a hijo para que reciba la herencia; declarándose a sí pecador y a Dios justo, justifica en sí a la madre sabiduría.

2. Mas ¿de qué aprovecha confesar los pecados entre los azotes, si no te abstienes de ellos por la santidad de la continencia, como está escrito: *Sed santos como yo soy santo*[7], para que cual es el padre sea el hijo y en la santidad de los hijos se santifique el nombre del Padre? Esto pedimos diariamente en la oración para que así como se queja el Padre de algunos malos e incontinentes, diciendo: *Diariamente blasfeman los gentiles de mi nombre a causa de vosotros*[8], de igual modo le santifiquen los santos. Mas para que no pienses que es invento mío el que la continencia es santidad, oye al Apóstol decir a los tesalonicenses: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* Y para que no entiendas en santificación otra cosa que continencia, oye lo que sigue: *Para que os abstengáis de la fornicación, para que sepa cada uno de vosotros mantener su vaso en santificación*[9]. Por lo cual llamamos santos a aquellos que, firmes en el propósito de la continencia, se abstuvieron no sólo de las acciones ilícitas de este siglo, sino también de las conversaciones impuras. Por lo que está escrito: *El sabio permanece firme como el sol, el tonto cambia como la luna*[10].

3. Mas, porque el hijo sabio es la gloria del padre, es necesario que la madre sabiduría no sólo sea santificada en él por la estabilidad de la continencia, sino también glorificada por la fructificación de la obra buena, como dice la Verdad en el Evangelio: *Luzca vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos*[11]. Por lo que, describiendo el salmista al hijo de la sabiduría, dice: *Feliz el hombre que se compadece y presta*[12]. Verdaderamente breve, pero perfecta definición del sabio. Feliz, pues, de confesar el delito entre los azotes, se goza de borrarlo por la presente tribulación. Se compadece de su alma al complacer a Dios por la belleza de la continencia, presta al prójimo el fruto de la obra buena. Y éste es el justo que da a cada uno lo que es suyo: a Dios, la confesión; a sí mis-

[7] Lev. 19, 2.
[8] Is. 52, 5; Rom. 11, 24.
[9] 1 Thes. 4, 3. 4.
[10] Eccli. 27, 12.
[11] Mt. 5, 16.
[12] Ps. 111, 5.

mo, la misericordia ; al prójimo, la caridad. De este modo es justificada la sabiduría en sus hijos por la confesión de los pecados, santificada por el bien de la continencia, glorificada por la fructificación de la obra buena. La primera batalla del temor de Dios es contra la negligencia. El temor impulsa a la guarda de sí mismo. Mas, si prevalece la negligencia, ésta engendra la curiosidad. Al germinar la tierra del corazón, inculta a causa de la negligencia, la que en sí mismo no puede encontrar descanso, se siente obligada a vagar por afuera. De este modo sale la curiosidad del corazón, contra la cual lucha la piedad. La piedad es el culto de Dios. Es adorado en el corazón quien habita en él. La curiosidad, si no se la vence, engendra la experiencia del mal, porque, al vagar el ánimo por muchas cosas, fácilmente encuentra dónde hallar una delectación nociva. Contra ésta lucha la ciencia, enseñando qué debemos experimentar, qué no. Mas, si prevalece la experiencia, engendra la concupiscencia para pasar al afecto del corazón.

SENTENCIAS O ESQUEMAS

SENTENCIAS O ESQUEMAS *

1. *Tres son los que dan testimonio en el cielo: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tres los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre* [1]. Igual ocurre en el infierno, como leemos en Isaías: *Su gusano no muere y su fuego no se apaga* [2]. Dos son las penas, el gusano y el fuego; el uno roe la conciencia, el otro quema los cuerpos. Se añade un tercero, la desesperación, que consiste, precisamente, en aquello que se dice: *no muere y no se apaga*. A los que están en el cielo se les da el testimonio de la bienaventuranza; a los que están en la tierra, el de la justificación; a los que están en el infierno, el de la condenación. El primer testimonio es de gloria, el segundo de gracia, el tercero de ira.

2. La Escritura atestigua del Espíritu Santo que procede, sopla, mora, llena, glorifica. De dos modos se dice que procede: de dónde y adónde. ¿De dónde? Del Padre. ¿Adónde? A las criaturas. Procediendo, predestina; soplando, llama a los que predestina; morando, justifica a los que llama; llenando, acumula méritos sobre los que justifica; glorificando, enriquece con méritos a aquellos sobre quienes acumula méritos.

3. El Espíritu Santo arguye al mundo del pecado que disimula, de la justicia que no observa ordenadamente al dársela a sí mismo y no a Dios, del juicio que usurpa al juzgar temerariamente tanto de sí como de los demás.

4. En los ciudadanos de Babilonia, la efusión de las aguas, esto es, la confusión de los pensamientos, vuelve a la tierra informe y vacía. Mientras todos los pensamientos fluctúen alrededor de la carne, no habrá que esperar de ella ningún fruto de salvación. Sepárense, pues, aguas de aguas [3], al vindicar para sí el alma, como es digno, su parte de atención y meditación. Así, pues, comprímase a las aguas inferiores con determinados límites, encáuceselas,

---

* PL 183, 747-758.

[1] Io. 5, 7 y 8.

[2] Is. 66, 24.

[3] Gen. 1, 6.

la necesidad no exceda los términos. Dilátense las superiores copiosamente. De este modo el Señor da su bendición y nuestra tierra producirá su fruto [4].

5. En el pueblo de Dios unos son carnales, otros espirituales, pero ni ésos carecen del deseo de los bienes eternos, ni éstos del apetito de las cosas temporales. Se diferencian en que los más apetecen más unas cosas y los otros otras; y, según aquello que prefieran, se los tiene por espirituales o carnales. Así en las bendiciones de Jacob y Esaú se mencionan el rocío del cielo y la riqueza de la tierra, pero no en el mismo orden: *Te dé Dios abundancia de rocío celestial y de riquezas terrenas,* dice a Jacob. Por el contrario, añade a Esaú: *Consista tu bendición en riquezas terrenas y rocío celestial* [5]. Qué prefieran cada uno, aparece por sus anhelos y preocupaciones.

6. *Es pésima la muerte de los pecadores* [6]: Mala en la pérdida del mundo, pues no se podrán separar sin dolor de aquello que aman; peor en la separación de la carne, de la que arrancarán a sus almas los espíritus malignos; pésima en los tormentos del infierno, cuando alma y cuerpo sean entregados juntamente a los fuegos perpetuos. Por el contrario, es óptima la muerte de los buenos, porque en ella habrá descanso del trabajo, alegría por la novedad, seguridad para siempre.

7. *Con excremento de buey es apedreado el perezoso* [7]. Son bueyes los que se ejercitan esforzadamente en la obra de Dios; los que siembran con lágrimas, pero recogen con alegría. Estos, pues, tienen por estiércol a todo lo del mundo. En cambio, el perezoso, de cuyos domingos se burlan los demonios que lo ven, es despreciado en su vagancia por sus enemigos, así como los bueyes esforzados son honrados en sus trabajos por Dios. Cuando los espíritus malignos ven a alguno perezoso en los ejercicios espirituales, meten a destiempo en su imaginación pensamientos terrenos; como si hicieran bolas con los excrementos de los bueyes y lapidasen con ellas, como es justo, al perezoso.

8. *Béseme con el beso de su boca* [8]. Tres son los besos: el reconciliatorio, el remuneratorio, el contemplativo. El primero se da en los pies, el segundo en las manos, el tercero en la boca. En el primero se recibe la remisión de los pecados; en el segundo, el don de las virtudes; en el

[4] Ps. 84, 13.
[5] Gen. 27, 28-40.
[6] Ps. 33, 22.
[7] Eccli. 22, 2.
[8] Cant. 1, 1.

tercero, el conocimiento de los secretos. Así, se les puede llamar también besos de doctrina, de naturaleza, de gracia.

9. Dos son los pechos de la Esposa : el de la congratulación y el de compasión. Producen dos clases de leche : exhortación y consolación ; tres ungüentos : compunción, devoción, piedad ; compunción del recuerdo de los pecados, devoción del recuerdo de los beneficios, piedad de la consideración de los desgraciados.

10. *Vuelve, vuelve, Sunamitis; vuelve, vuelve, para que te veamos* [9]. Vuelve, primero, de la alegría necia; vuelve, en segundo lugar, de la tristeza inútil ; vuelve, en tercer lugar, de la vanagloria ; vuelve, en cuarto lugar, de la oculta soberbia. Es gloria vana la que viene por afuera de la boca de los hombres. La soberbia oculta nace de dentro. Cuando deje el alma todos estos vicios, la mirará el Esposo. Además, se debe abstener de otras muchas cosas, para hacerse digna de sus abrazos. Por lo cual, se la dice también a ella : *Vuelve, vuelve, para que te veamos.*

11. Los pastores deben vigilar el rebaño, para proporcionarle tres cosas necesarias : disciplina, guarda, oraciones. *Disciplina,* a causa de la corrección de las costumbres, para que no perezca, por la propia incuria, la grey encomendada. *Guarda,* a causa de la sugestión, para que no la seduzca la astucia enemiga. *Oraciones,* a causa de la insistencia de las tentaciones, para que no la derribe la pusilanimidad. En la disciplina, está el rigor de la justicia ; en la guarda, el espíritu de consejo ; en la oración, el afecto de compasión.

12. Dos creaturas formó el Hacedor de todas las cosas para que le conociesen, el hombre y el ángel. Al hombre le justifican la fe y la memoria ; al ángel le beatifican la inteligencia y la presencia. Y, porque algún día han de ser igualados los hombres a los ángeles, es necesario que, mientras tanto, los justifique la fe y se eleven hasta la inteligencia. Está escrito : *Si no creéis, no entenderéis* [10]. Así, la fe es camino para la inteligencia, pues con la fe se purifica el corazón para que el entendimiento vea a Dios. Igualmente, el recuerdo de Dios conserva su presencia. El que fija aquí, en la memoria, sus preceptos para cumplirlos, merecerá algún día gozar de su presencia. Tengan,

[9] Cant. 6, 12.
[10] Is. 7, 9 (según los Setenta).

pues, los ángeles, en el cielo, inteligencia y presencia de Dios; tengamos también nosotros, en el mundo, fe y memoria.

13. Somos tu porción, Señor, que arrebataste con tu espada y tu arco de la mano del amorreo [11]. Espada tuya es tu lenguaje vivo y eficaz [12]; arco tuyo, tu encarnación. En ella, curvado en cierto sentido el leño de la sabiduría y doblada de una piadosa manera la divinidad, se ve extendido intensamente el nervio de la carne y agrandada inefablemente la humanidad. Somos, pues, tu parte y el pueblo de tu adquisición [13], que conquistaste con la palabra de la predicación y el misterio de la encarnación.

14. En la circuncisión del Señor ni se rompe ningún nervio ni se quiebra ningún hueso, para que se mantengan más fuertes y firmes las partes ilesas. Se abre el cutis, se corta la carne, se derrama la sangre para que se castigue la concupiscencia seductora. La carne simboliza al pecado, que permanece en ella; pero el cutis es el cobertor, y la sangre su incentivo. Habrá verdadera circuncisión, no en cuanto a la letra, sino en cuanto al espíritu, si apartas el velo de la excusa y del disimulo mediante la compunción del corazón y la confesión de la boca, si cortas el hábito del pecado con la corrección de las costumbres, si, finalmente, como es natural, evitas las ocasiones de pecado y el fómite de las concupiscencias.

15. *Ofrecieron los Magos al Señor oro, incienso y mirra* [14]. Atendidos el lugar y el tiempo, estas cosas parecían necesarias. El valor del oro, a causa de la pobreza; el ungüento de la mirra, a causa de la delicadeza, como es claro, del cuerpo infantil; el perfume del incienso, a causa del aire maloliente del establo. Mas, porque esto ya pasó, ofrezcámosle dones más aceptables: la unción de la mirra, en la participación de una vida social; la hermosura del incienso, en el suave olor de la buena fama; el brillo del oro, en la pureza de la conciencia; de tal suerte que procuremos buscar no la estima de los hombres, ni la gloria vana de la opinión honrosa, sino el honor de Dios y la utilidad de los hermanos.

16. Ante todo, estén los hermanos sin murmurar. Tal vez algunos tengan por pecado leve el murmurar;

---

[11] Gen. 48, 22.
[12] Hebr. 4, 12.
[13] 1 Petr. 2, 9.
[14] Mt. 2, 11.

mas no quien aconseja que se evite antes que nada [15]. Pienso que tampoco le tuvo por leve aquel que decía a los murmuradores: *Vuestra murmuración no es contra mí, sino contra el Señor. Porque ¿qué soy yo?* [16] Ni tampoco aquel que dijo: *No murmuréis, como murmuraron algunos, a quienes destruyó el exterminador* [17], aquel exterminador que fué establecido para alejar a los murmuradores de los confines de esa bienaventurada ciudad a la que se dice: *Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sión, a tu Dios, el cual puso la paz en tus confines* [18]. Nada de común tienen la murmuración y la paz, la acción de gracias y la detracción, el celo amargo y las voces de alabanza. Así, pues, en la boca de tales tres testigos esté todo testimonio, para que sepamos que hay que evitar con todo cuidado esta peste de la murmuración.

17. Con tres nos debemos reconciliar: con los hombres, con los ángeles, con Dios. Con los hombres, por las obras externas; con los ángeles, por las señales ocultas; con Dios, por la pureza del corazón. De las obras que debemos hacer delante de los hombres está escrito: *Luzca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* [19]. De los ángeles dice David: *En presencia de los ángeles te alabaré* [20]. Las señales ocultas son los gemidos, los suspiros, el uso del cilicio y los otros géneros de penitencia que agradan a los ángeles. Por lo que también se dijo aquello: *Reinará la alegría entre los ángeles por un solo pecador que haga penitencia* [21]. Para reconciliarnos con Dios no necesitamos obras, ni señales, sino pureza y sencillez de corazón. Escrito está: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* [22]; y aquello: *Si tu ojo es simple...* [23]

18. *Sois el templo santo de Dios* [24]. Templo de Dios es el claustro religioso. Tiene dos paredes: la activa y la contemplativa, Marta y María, la exterior y la interior. A la interior la son necesarias dos clases de piedras: evitar el vicio del deleite y el de la curiosidad. Dos, igualmente, a la exterior: no ser fraudulentos ni turbulentos. Por lo

---

[15] *Regla de San Benito*, c. 34.
[16] Ex. 15, 8.
[17] 1 Cor. 10, 10.
[18] Ps. 147, 12-14.
[19] Mt. 5, 16.
[20] Ps. 137, 1.
[21] Lc. 15, 10.
[22] Mt. 5, 8.
[23] Mt. 5, 8.
[24] 1 Cor. 3, 17.

cual dice el Señor: *Siervo fiel y prudente*[25]. Fiel, para que no sea fraudulento; prudente, para que no sea turbulento. La pared que une a ambas son los prelados y aquellos que, obedientes, entran y salen, como se dijo del Señor: *Su salida es del alto cielo y el alto cielo su meta; ni hay quien se esconda a su calor*[26].

19. Por cinco causas estudia el hombre: para saber, para que se sepa que sabe, para vender, para edificar, para edificarse. Para saber, es curiosidad; para que se sepa que sabe, vanidad; para vender, simonía; para edificar, caridad; para edificarse, humildad. Los que se criaron entre sedas abrazaron los estiércoles[27], esto es, el cuidado del vientre.

20. *El temor de Dios es el principio de la sabiduría*[28]. El primer temor llama a los que van a la muerte; le sucede la tristeza mundana; a ésta la excluye la esperanza de la eternidad.

21. Dispútase si el amor de Dios precede en el tiempo al amor del prójimo. Por una parte, parece que no podemos amar al prójimo por Dios si antes no amamos a Dios; mas, por otra, el amor del prójimo parece preceder al amor de Dios, porque está escrito: *El que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve?*[29] Pero debemos saber que el amor de Dios se puede considerar en dos estados: incipiente y perfecto. El hombre comienza a amar a Dios antes que al prójimo; mas porque no se puede perfeccionar este amor si no se nutre y crece por el amor al prójimo, conviene que primero se ame al prójimo. Así, pues, el amor de Dios precede, como incipiente, y va precedido del amor al prójimo para alimentarse con él. Si, tal vez, tienes mando sobre algunos, insta y corrige con caridad y con amor, mirando a la salvación eterna, no suceda que, por tener compasión de la carne, perezca la carne. Haz esto último y tendrás que soportar a muchos a quienes no podrás imponer tu autoridad. Amenaza y estarás seguro. El Señor tendrá misericordia de todos los que padecen agravios.

22. *Amarás al prójimo como a ti mismo*[30]. Cada uno debe amar al prójimo como a sí mismo, para inducir a honrar a Dios a cuantos hombres pueda, ya con el consuelo del beneficio, ya con la dispensación de la doctrina, ya

[25] Mt. 24, 45.
[26] Ps. 18, 7.
[27] Thren. 4, 5.
[28] Ps. 110, 10.
[29] 1 Io. 4, 20.
[30] Mt. 19, 19.

con el castigo de la disciplina. El que elige esto por sola la discreción es prudente ; el que no se aparta de ello por ninguna aflicción es fuerte ; el que no busca otra satisfacción es templado ; el que lo ejecuta sin orgullo es justo.

23. *No es preciosa la alabanza en boca del pecador* [31]. En el pecador penitente es fructuosa ; en el justificado, preciosa ; así como el estercolar los campos no es cosa bella, sino fructuosa ; mas el recoger luego las mieses es preciosa.

24. Cuatro cosas impiden la confesión : el temor de perder ; la vergüenza de aparecer vil ; la esperanza del honor o de algún otro bien terreno, si le tienen a uno por inocente ; la desesperación de conseguir los mismos bienes si le consideran malo.

25. Hay ocho trinidades. La primera es aquella suma e individua Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La segunda es la que cayó. La tercera aquella por la que cayó. La cuarta aquella en que cayó. La quinta aquella por la que se levanta, la cual se divide en tres trinidades. La trinidad que cayó es la memoria, la razón y la voluntad. La memoria se debilitó de tres modos, es a saber, por los pensamientos afectuosos, onerosos y ociosos. La razón se obcecó de tres modos : porque muchas veces recibe lo falso por verdadero y al revés, lo ilícito por lo lícito y al revés, lo cómodo por lo incómodo y al revés [32]. La voluntad se afeó de tres modos : por la concupiscencia de la carne, por el deseo de los ojos y por la ambición del siglo. La trinidad por la que cayó es la sugestión, el deleite y el consentimiento. La trinidad en que cayó es la enfermedad, la fealdad, la ceguera. La trinidad por la que se levantó es la fe, la esperanza y la caridad. La fe es triple : de preceptos, de signos, de promesas. La esperanza es también triple : de perdón, de gracia y de gloria. La caridad, finalmente, también es triple : de todo el corazón, de toda el alma, de todas las fuerzas.

26. En la comunidad debe haber dos paredes : una interior, otra exterior. La interior son los claustrales ; la exterior los hermanos conversos. Esos no deben ser curiosos ni voluptuosos ; éstos ni turbulentos ni fraudulentos. Y, porque es rara la paz entre ambos, hay una tercera pa-

[31] Eccli. 15, 9.
[32] Como lo pide el contexto y se colige del sermón 45 de los diversos, n. 2.

red que, como transversal, une las separadas. Son el abad y el prior y los demás hermanos espirituales. El fundamento es el santo propósito.

27. Adaptación de los siete dones del Espíritu Santo a las apariciones del Señor resucitado. Se apareció a las mujeres, a las cuales dijo el ángel: *No temáis* [33]: he ahí el espíritu de temor. Se apareció a Pedro, que había negado [34]: he ahí el espíritu de piedad. Se apareció a la mujer, a la que se dijo: *No me toques; todavía no he subido a mi Padre* [35]: he ahí el espíritu de ciencia. Se apareció a aquellos once en el monte que había señalado, donde dijo: *Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra* [36]: he ahí el espíritu de fortaleza. Se apareció a los dos que iban a Emaús, de los cuales está escrito: *Y los iluminó para que entendiesen las Escrituras:* he ahí el espíritu de entendimiento. Finalmente, se les apareció a los que estaban reunidos, cuando subió a los cielos [37], porque de él se había dicho: *Yo, Sabiduría, habito en el lugar más alto* [38]: he ahí el espíritu de sabiduría.

28. La gracia es cuádruple: gracia creativa, gracia redentiva o compasiva, gracia distributiva, gracia remunerativa. Primera: *Todo se hizo por El.* Segunda: *El Verbo se hizo carne.* Tercera: *Lleno de gracia.* Cuarta: *Y de verdad* [39].

29. La paz es cuádruple: con Dios, con el prójimo, con la carne, con el espíritu. Y, como es débil, hay que poner debajo de cada una de las cuatro especies un fundamento: debajo de la paz con la carne, la templanza; debajo de la paz con el espíritu, la fortaleza; debajo de la paz con el prójimo, la prudencia; debajo de la paz con Dios, la justicia. *Gloria en las alturas:* paz con Dios; *y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* [40]: paz con el prójimo; *la paz con vosotros; mirad mis manos y mis pies* [41]: paz con la carne; *recibid el Espíritu Santo* [42]: paz con el espíritu.

30. *Las moscas muertas en el perfume echan a perder su fragancia* [43]. Son moscas: la vanidad, la curiosidad y el deleite. Y, porque hay muchas moscas en Egipto y rodean los sacrificios de los egipcios, no podemos sacrificar al Señor, nuestro Dios, en Egipto, sacrificio de justicia y de ca-

---

[33] Mt. 28. 9 y 5.
[34] Lc. 24. 34.
[35] Io. 20. 17.
[36] Mt. 28. 18.
[37] Lc. 24. 27. 45 y 51.
[38] Eccli. 24. 7
[39] Io. 1. 14.
[40] Lc. 2 14
[41] Lc. 24. 36 y 39.
[42] Io. 20. 22.
[43] Eccl. 10. 1.

ridad. Por eso marchamos al desierto, esto es, a la soledad del corazón, en tres días de marcha [44]. Del primer día dice el Esposo a la esposa: *Ven a mi huerto, hermana mía esposa* [45], esto es, al vivero de las buenas virtudes. Del segundo se alegra la esposa y dice: *El Rey me ha introducido en su bodega* [46], esto es, en las delicias de las Escrituras. El tercer día es el tálamo, la plenitud del amor, en el cual se deleitan mutuamente el Esposo y la esposa. Y advierte cómo contra la vanidad está la solidez de las virtudes; contra la curiosidad, las varias delicias de las Escrituras; contra el deleite, el tálamo de ese amor sumo.

31. Dos son los pechos de la caridad: la compasión y la congratulación. De la compasión se extrae la leche de la consolación; de la congratulación, la leche de la exhortación.

32. Tres cosas guardan la unidad: la paciencia, la humildad y la caridad. Con éstas se debe armar el soldado de Cristo. Tendrá la paciencia como escudo, que lleve y mueva contra el enemigo; la humildad como coraza, con que proteja el pecho; la caridad como lanza, con que, provocando a todos a un duelo de amor, como dice el Apóstol [47], y haciéndose todo para todos, pelee las batallas del Señor. Conviene que también tenga el yelmo de la salvación, que es la esperanza, con que defienda y conserve la cabeza, que es la sede del alma. Tenga también la espada de la palabra divina y el caballo del buen deseo. Hay que matar a Goliat con su espada; y a la vanagloria con la consideración de la misma vanagloria.

33. Dos son los novísimos: la muerte y la vida. A éstos volamos con dos alas: el temor y la esperanza. Cubrimos los pies con otras dos: la penitencia del corazón y la confesión de la boca, conforme a aquello: *Con el corazón se cree para lograr la justificación; de la boca procede la confesión que salva* [48]; cubrimos la cabeza con otras dos: el amor de Dios y el amor del prójimo. Por lo cual, dice el Apóstol: *Si nos extasiamos es por Dios; si nos moderamos, por vosotros* [49].

34. Advierte que del temor viene la compunción; de la compunción, la renuncia de todas las cosas; de la renuncia, la verdadera humildad; de la humildad, la verdadera confesión, en que está la purga de todos los vicios;

[44] Ex. 8, 26-27. [45] Cant. 5, 1. [46] Cant. 1, 3. [47] Hebr. 10, 24. [48] Rom. 10, 10. [49] 2 Cor. 13, 7.

de la confesión, el desarrollo de las virtudes ; el conjunto de las cuales hace la pureza del corazón, en la que está la sabiduría y la perfecta caridad. Además, es necesario saber que el espíritu de temor da temor ; que el espíritu de piedad da compunción ; que el espíritu de ciencia da la renuncia de las cosas presentes ; que el espíritu de fortaleza da la verdadera humildad (pues la humildad vence todas las cosas) ; que el espíritu de consejo da la confesión ; que el espíritu de inteligencia da la adquisición de las virtudes ; que el espíritu de sabiduría da la perfecta pureza del corazón y el amor.

35. Hay cuatro clases en la casa del Señor. Unos se arrojan a los pies de Jesús, como los etíopes, como María penitente y confesa ; otros se sientan a sus plantas, como la misma María cuando oía sus palabras ; otros yacen en su pecho ; otros se asientan a su lado. Las dos primeras clases viven para sí ; la tercera, para sí y para el prójimo, como el evangelista Juan, que aspira y recibe la paz del pecho del Señor para anunciarla al pueblo. El cuarto vive para el prójimo, como el Apóstol, que decía : *He luchado buena pelea; he consumado la carrera; he conservado la fe.* Por lo cual añade tranquilo : *Me está reservada la corona de justicia*[50]. Por eso, *deseo morir y estar con Cristo; mas permanecer en la carne lo creo necesario a causa de vosotros*[51]. Estos ni temen morir ni rehusan vivir.

36. Hay una soberbia ciega, otra vana, otra ciega y vana al mismo tiempo. Hay soberbia ciega cuando el hombre piensa que tiene en sí lo que no tiene. La hay vana cuando se gloría en aquello que los hombres piensan que es, aunque en realidad no lo sea. La hay ciega y vana al mismo tiempo cuando, de lo bueno que no tiene, se gloría en sí mismo y busca de ótros la gloria.

37. Hay una humildad suficiente, otra abundante, otra sobreabundante. La suficiente se somete al mayor y no se prefiere al igual. La abundante se somete al igual y no se prefiere al menor. La sobreabundante se somete al menor. Por eso dijo el Señor a Juan : *Deja; conviene que cumplamos toda justicia*[52].

38. Cuantos quieran agradar a Dios perfectamente, deben brillar tanto con la castidad como con la caridad. La castidad es quíntuple, a saber : de los oídos, de los ojos,

---

[50] 2 Tim. 4, 7-8. [51] Phil. 1, 23-24. [52] Mt. 3, 15.

del olfato, del gusto y del tacto. La caridad es cuádruple, la cual, según el Apóstol, lo *cree todo:* no es suspicaz ; *lo espera todo:* no es perezosa ; *lo soporta todo:* no murmura ; *lo sobrelleva todo* [53] : no es impaciente. He aquí nueve cosas, que, si alguno las tiene, es perfecto y vive en la tierra conforme a los nueve órdenes angélicos. Por lo cual, dijo el Apóstol : *Nuestro vivir está en los cielos* [54]. Y, por decirlo así, tiene más mérito el hombre que vive de este modo que el ángel. Para el hombre es virtud ; para el ángel, dignidad.

39. El alma santa mortifica su carne, para librarla de la podredumbre de los vicios, cuando renuncia por la continencia a todos los deleites del mundo. Entonces parece que aplica la mirra al cuerpo mortal, para que, después del juicio último, permanezca libre de la corrupción eterna. Mas cuando se enciende con un mayor deseo de las cosas celestiales y arroja con entusiasmo del corazón los pensamientos superfluos, hace de su corazón como un turíbulo delante de Dios. En el cual, reuniendo por el amor las virtudes, parece como si quemara carbones y encendiera la mente con el fuego de la caridad delante de Dios. Al elevar a Dios oraciones fervorosas y puras, saca como incienso aromático del turíbulo para oler suavemente delante del Amado y, con sus buenas obras, impulsar a los prójimos a que le amen.

40. *No cocerás el cabrito en la leche de su madre* [55]. El cabrito es el pecador ; la madre, los primeros padres, de los cuales procedemos todos los procreados ; la leche, los vicios que vinieron del pecado original. *No cocerás el cabrito en la leche de su madre*, esto es : no se deje al pecador permanecer hasta el día de su muerte en los pecados, sino llámesele antes a las buenas obras, para que no perezca.

41. *Son tres los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre* [56]. Al venir el Señor, derogó la circuncisión y los demás bautismos, mas instituyó otro, en el cual quiso que estas tres cosas predichas diesen en la tierra testimonio de la cristiandad. Oye cómo, según el Apóstol, hace y es signo la sangre de Cristo de que morimos al pecado : *¿Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo lo hemos sido en su muerte?* El agua, que

[53] 1 Cor. 13, 7.
[54] Phil. 3, 20.
[55] Ex. 34, 26.
[56] 1 Io. 5, 8.

es como un túmulo en el que se encierra el cuerpo, significa que no debemos servir más al pecado: *Por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo en la muerte.* El espíritu vivifica y hace que cuantos somos enterrados en el elemento de las aguas, resucitemos renovados por el mismo Espíritu, *para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en la nueva vida*[57]. Y estos tres, porque obran una misma cosa, *son una misma cosa,* como dice Juan. Una misma cosa en cuanto misterio, no en cuanto naturaleza. La sangre, pues, es testigo de la muerte; el agua, de la sepultura; el espíritu, de la vida. La sangre mira al precio; el agua, al lavado; el espíritu renueva a la mente. La sangre del Señor nos redime, el agua de la fuente sagrada nos lava, el espíritu nos hace hijos adoptivos de Dios.

42. *En la cuarta vigilia vino a ellos* (los apóstoles) *andando sobre el mar*[58]. El primer sueño es el temor nocturno, o sea, el temor de las cosas adversas; la vigilia siguiente, la prudencia. El segundo sueño, la saeta que vuela por el día, esto es, la tentación de las cosas prósperas; la vigilia siguiente, la fortaleza. El tercer sueño, el negocio que anda en las tinieblas, es a saber, la vanagloria; la vigilia siguiente, la justicia. Entonces vino a ellos el Señor andando sobre el mar. El Señor por encima, mas Pedro se sumerge. Primero le toman por un fantasma, pero después le reconocen. Los más tímidos, mas, con todo, fieles, engrandecen en estas cosas al Señor.

43. Siete cualidades debe tener la oración. Debe ser fiel, según aquello: *Creed que recibiréis y que se os dará cuanto pidáis*[59]; después, pura, conforme al ejemplo de Abrahán, que apartaba las aves del sacrificio; en tercer lugar, justa; en cuarto lugar, asidua; en quinto lugar, humilde; en sexto, lugar ferviente (estas dos últimas las tienes en el grano de mostaza); en séptimo lugar, devota.

[57] Rom. 6. 3-4.
[58] Mt. 14. 25.
[59] Mc. 11. 24.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE PRIMER VOLUMEN DE LAS «OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO». DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 19 DE DICIEMBRE DE 1953. VÍSPERA DE LA FIESTA DE SANTO DOMINGO DE SILOS, EN LOS TALLERES PENITENCIARIOS DE ALCALÁ DE HENARES

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1. SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA. 5.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1953. LXXVI—1583 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 7 mapas.
2. SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 2.ª edición. 1950. XVI+800 págs.
3. OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª edición 1951. XII+1799 págs. en papel biblia
4. SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fray JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 2.ª ed. 1949. XL+887 págs., con profusión de grabados.
5. HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI+1355 págs., con grabados.
6. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y FR. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1945. XL+755 págs.—Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI (49).
7. CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, Obispo de Túy. 4.ª ed. Reimpresión. 1952. XLVIII+1068 págs.
8. TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, Arzobispo de Valladolid. 3.ª ed. 1952. XXXVI+978 págs., con grabados de la *Vida de la Virgen*, de Durero.
9. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. XVI+847 págs.—Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).
10. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 2.ª ed. 1950. XII+822 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).
11. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 2.ª ed. 1951. VIII+734 págs.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).

12-13. OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI+953 págs. Tomo II: VIII+869 págs.—Los dos tomos.

14. BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1953. Reimpresión. XXIV+1592+122* páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.
15. VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías*. Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas

por el P. Lucinio del SS. Sacramento, O. C. D. 2.ª ed. 1950. XL+1431 págs., con grabados.

16. TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. José María Bover, S. I. 1952. Reimpresión. XVI+971 págs.

17-18. TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de Nicolás González Ruiz. Tomo I: *Autos sacramentales*, 2.ª ed. 1953. LXXII+924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos*. 2.ª ed. 1953. XLVIII+924 págs.

19. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. León Amorós, Fr. Bernardo Aperribay y Fr. Miguel Oromí, O. F. M. 1947. XII+798 págs.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

20. OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana*. Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. Antonio Trancho, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. Desiderio Díaz de Triana, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, Obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII+1162 págs.

21. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos*. Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Evaristo Seijas, Fr. Eusebio Cuevas, Fr. Manuel Martínez y Fr. Mateo Lanseros, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI+1047 págs.—Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).

22. SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo*. Introducción general por el P. Fr. José María Garganta, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. Miguel Gelabert y Fr. José María Milagro, O. P. 1947. LVI+955 págs., con profusión de grabados.

23. OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. Germán Prado, O. S. B. 1947. XXIV+1515 págs., con grabados. (Agotada. Véase el núm. 110 de este catálogo).

24. OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual*. Introducciones y notas del P. Victoriano Larrañaga, S. I. 1947. XII+881 págs.

25-26. SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 3.ª ed. 1953. XVI+2057 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

27. LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. José María Bover, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI+482 págs.

28. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos*. Edición, en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel Oltra, O. F. M. 1947. VIII+975 págs.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29. SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo I: *Introducción general* por el P. Santiago Ramírez, O. P., y *Tratado de Dios Uno*. Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. Raimundo Suárez, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. Francisco Muñiz, O. P. 1947. XVI+238*+1055 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (41) y III (56).

30. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer*. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Teófilo Prieto, Fr. Andrés Centeno, Fr. Santos Santamarta y Fr. Herminio Rodríguez, O. S. A. 1948. XVI+899 págs.—Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).

31. OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. Miguel Batllori, S. I., y Miguel Caldentey, T. O. R., con una introducción biográfica de

D. Salvador Galmés y otra al *Blanquerna* del P. Rafael Ginard Bauçá, T. O. R. 1948. XX+1147 págs., con grabados

32. VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. Andrés Fernández, S. I. 1948. LVI—611 págs., con profusión de grabados y 7 mapas.

33. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario*. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Perelló, Obispo de Vich. 1948. XLIV+898 págs. en papel biblia, con grabados.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Prof. Francisco Javier Sánchez Cantón. 1948. VIII+192 págs., con 304 láminas.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. Francisco Suárez, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo*. Versión castellana por el P. Galdós, S. I. 1948. XXXVI+915 págs.—Publicado el volumen 2.º (55).

36. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fray Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel Oltra, O. F. M. 1948. VIII+754 págs.—Publicado el tomo VI (49).

37. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental*. 1948. XXXII+824 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: Fray Alonso de Madrid: *Arte para servir a Dios* y *Espejo de ilustres personas;* Fray Francisco de Osuna: *Ley de amor santo*. Introducciones del P. Fr. Juan Bautista Gomis, O. F. M. 1948. XII+700 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad*. Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. Luis Arias, O. S. A. 1948. XVI+943 páginas, con grabados.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).

40. NUEVO TESTAMENTO, de Nácar Colunga. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII+451 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

41. SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad*, en latín y castellano; versión del P. Fr. Raimundo Suárez, O. P., e introducciones del P. Fr. Manuel Cuervo, O. P. *Tratado de la creación en general*, en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. Jesús Valbuena, O. P. 2.ª ed. 1953. XX+594 págs.—Publicado el tomo III (56).

42. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental y El Criterio*. 1948. XX+755 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43. NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. José María Bover, S. I. (Separata de la Bover-Cantera). 1948. VIII+622 págs. en papel biblia con 6 mapas.

44. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: Fray Bernardino de Laredo: *Subida del monte Sión;* Fray Antonio de Guevara: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* Fray Miguel de Medina: *Infancia espiritual;* Beato Nicolás Factor: *Doctrina de las tres vías*. Introducciones del P. Fr. Juan Bautista Gomis, O. F. M. 1948. XVI+837 páginas en papel biblia. Publicado el tomo III y último (46).

45. LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el Padre Francisco de B. Vizmanos, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV+1306 págs. en papel biblia.

46. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: Fray Diego de Estella: *Meditaciones del amor de Dios;* Fray Juan de Pineda: *Declaración del «Pater noster»;* Fray Juan de los Angeles: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana;* Fray Melchor de Cetina: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen;* Fray Juan Bautista de Madrigal: *Homiliario evangélico*. Introducciones del P. Fr. Juan Bautista Gomis, O. F. M. 1949. XII+868 págs. en papel biblia.

47. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por José Camón Aznar. 1949. VIII+106 páginas, con 303 láminas.

48. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo.* 1949. XVI+768 páginas en papel biblia.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel Oltra, O. F. M. 1949. VIII+48*+779 págs.

50. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Andrés Centeno, Fr. Gerardo Enrique de Vega, Fr. Emiliano López y Fr. Toribio de Castro, O. S. A. 1949. XII+943 págs.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).

51. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña.* 1949. XXVIII+1002 págs., en papel biblia.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: Escritos políticos: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista.* 1950. XXXII+1061 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Amador del Fueyo, O. S. A. 1950. XX+945 págs.—Publicados los tomos VIII (69), IX (79), X (95) y XI (99).

54. HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano*, por el P. Bernardino Llorca, S. I. 1950. XXXII+961 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (104) y IV (76).

55. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. Francisco Suárez, S. I. Volumen 2.° y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo.* Versión castellana por el P. Galdos, S. I. 1950. XXIV+1226 páginas.

56. SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo III: *Tratado de los Angeles.* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. Raimundo Suárez, O. P., e introducciones del P. Fr. Aureliano Martínez, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo.* Versión e introducciones del P. Fr. Alberto Colunga, O. P. 1950. XVI+ 943 págs., con grabados.

57. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: Escritos políticos: *El matrimonio real: Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Ultimos escritos políticos.* 1950. XXXII+1053 págs. en papel biblia.—Publicado el tomo VIII (66).

58. OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. Isidoro Rodríguez, O. F. M., y D. José Guillén, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950 VIII+84*+825 págs.

59. COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo.* Versión castellana, introducción y notas del P. Luis María Jiménez Font, S. I. Introducción biobibliográfica del P. José Caballero, S. I. 1950. VIII+1159 págs. en papel biblia.—Publicado el tomo II (72).

60. CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis*, por el P. José Hellín, S. I. 1950. XXVIII+928 págs.

61. SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De sacra Scriptura*, por los PP. Miguel Nicolau y Joaquín Salaverri, S. I. 2.ª ed. 1952. XX+1151 págs.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

62. SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariología. De gratia Christi. De virtutibus infusis*, por los PP. Jesús Solano, José A. de Aldama y Severino González, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV+902 págs.—Publicado el tomo IV (73).

63. SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. José Herrera y Vert-mundo Pardo. C. M. 1950. XII+907 páginas en papel biblia, con profusión de grabados.

64. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio*, por el Prof. Francisco J. Sánchez Cantón. 1950. VIII+124 págs., con 255 láminas.—Publicado el tomo III (47).

65. PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papías. El Pastor de Hermas.* Edición bilingüe, preparada y anotada por D. Daniel Ruiz Bueno, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII+1130 págs. en papel biblia.

66. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Miscelánea. Primeros escritos. Poesías. Indices.* 1950. XVI+1014 páginas en papel biblia.

67. ETIMOLOGIAS, de San Isidoro de Sevilla. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. Luis Cortés, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. Santiago Montero Díaz, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX+88*+563 págs.

68. EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia*, del P. Jungmann, S. I. 2.ª ed. 1952. XXVIII+1264 págs.

69. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Lope Cilleruelo, O. S. A. 1951. VIII+921 páginas.—Publicados los tomos IX (79), X (95) y XI (99).

70. COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. José M. Bover, S. I. 1951. VIII+324 págs.

71. TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. D. Gregorio Alastruey, 2.ª ed. 1952. XL+426 págs., con grabados

72. COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo II: *Evangelios de San Marcos y San Lucas*. Versión castellana, introducción y notas del P. José Caballero, S. I. 1951. XVI+881 págs. en papel biblia

73. SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De sacramentis. De novissimis*, por los PP. José A. de Aldama, Francisco de P. Solá, Severino González y José F. Sagüés, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV+1110 págs.

74. OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana*, por el P. Otilio del Niño Jesús, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa*, por el P. Efrén de la Madre de Dios, O. C. D. *Libro de la Vida*, escrito por la Santa. Edición revisada y preparada por los PP. Efrén de la Madre de Dios y Otilio del Niño Jesús. 1951. XII+904 págs. en papel biblia.

75. ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. Daniel Ruiz Bueno, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII+1185 págs. en papel biblia.

76. HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV: *Edad Moderna: La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. Francisco Javier Montalbán, S. I. Revisada y completada por los PP. Bernardino Llorca y Ricardo García Villoslada, S. I. 1953. Reimpresión. XII+851 páginas.

77. SUMMA THEOLOGICA Sancti Thomae Aquinatis, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars*. 1951. XXIV+851 págs.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).

78. OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general*. Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. Andrés Goy, C. SS. R. 1952. XVI+1033 págs. en papel biblia.

79. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelagianos. Actas del proceso contra Pelagio*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Victorino Capánaga y Fr. Gregorio Erce, O. R. S. A. 1952. XII+799 págs.—Publicados los tomos X (95) y XI (99).

80. SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. II: *Prima secundae*. 1952. XX+848 págs.—Publicados los tomos III (81), IV (83) y V (87).

81. SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III: *Secunda secundae*. 1952. XXVIII+1230 págs.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).

82. OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI+897 págs.—Publicado el tomo II y último (100).

83. SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars*. 1952. XX +798 págs.—Publicado el tomo V (87).

84. LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el Padre FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P. Introducción general del P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII+831 págs.

85. EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII+921 págs.

86. OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción, introducciones y notas de los PP. CÁNDIDO DE DALMASES e IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I. 1952. XVI+80*+1075 págs

87. SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum. Indices*. 1952. XX+652+389* págs.

88. TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV*. 1952. XL+754 págs., con grabados.

89. OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores*. Biografía, introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1952. XL+1120 págs.—Publicado el tomo II (103).

90. SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis*, por los PP. JOSÉ M. DALMAU y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 1952. XXIV +1023 págs.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

91. LA EVOLUCION MISTICA, por el P. MTRO. FR. JUAN G. ARINTERO, O. P. 1952. LXIV+804 págs.

92. PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *Theodicea. Ethica*, por los PP. JOSÉ HELLÍN e IRENEO GONZÁLEZ, S. I. 1952. XXIV+924 págs.

93. THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. F. REGATILLO y M. ZALBA, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis*, por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. 1952. XXVIII+965 páginas.—Publicado el tomo II (106).

94. SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia y su naturaleza. La creación y las criaturas*. Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. JESÚS AZAGRA y Fr. MATEO FEBRER, O. P. Introducción general por el P. Fr. JOSÉ M. DE GARGANTA, O. P. 1952, XVI+712 págs.—Publicado el tomo II y último (102).

95. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. XII +943 págs.—Publicado el tomo XI (99).

96. OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas*. Introducción biográfica, versión y notas del P. Fr. SANTOS SANTAMARTA, O. S. A. 1952. XII+665 págs.

97. LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo I: *El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús*. 1953. LXXII+951 págs.

98. PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis*, por los PP. Leovigildo Salcedo y Jesús Iturrioz, S. I. 1953. XXIV+893 págs.—Publicado el tomo III (92).

99. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI: *Cartas (2.ª)*. Edición en latín y castellano preparada por el P. Fr. Lope Cilleruelo, O. S. A. 1953. VIII+1100 págs.

100. OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último: *De la concepción virginal y del pecado original. De la procesión del Espíritu Santo. Cartas dogmáticas. Concordia de la presciencia divina, predestinación y gracia divina con el libre albedrío. Oraciones y meditaciones. Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Julián Alameda, O. S. B. 1953. XVI+804 págs.

101. CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. Unica publicación castellana completa según la edición crítica de «Monumenta Historica Soc. Iesu» (1944-1945), anotadas por el P. Félix Zubillaga, S. I., redactor de «Mon. Hist. Soc. Iesu». 1953. XVI+578 págs.

102. SUMA CONTRA LOS GENTILES, de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe con el texto crítico de la Leonina. Tomo II: *Libros III y IV: Dios fin último y gobernador supremo. Misterios divinos y postrimerías.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. Jesús M. Pla, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. José M. Martínez y Fr. Jesús M. Pla, O. P. 1953. XVI+960 págs.

103. OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo II: *Sermones. Pláticas espirituales.* Introducciones y notas del Dr. D. Luis Sala Balust, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1953. XX+1424 págs.

104. HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media: La cristiandad en el mundo europeo y feudal*, por el P. Ricardo García Villoslada, S. I. 1953. XII+1006 págs. Publicado el tomo IV (76).

105. CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA. *Introducción fisicoquímica y matemática*, por el P. José M.ª Riaza, S. I. 1953. XXXII+756 págs., con profusión de grabados y 16 láminas.

106. THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los padres Eduardo F. Regatillo y M. Zalba, S. I. Tomo II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae*, por el P. Marcelino Zalba, S. I. 1953. XX+1104 páginas.

107. LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo VIII: *La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del régulo. El perdón de las ofensas. El tributo al César. Resurrección de la hija de Jairo. Cristo Rey. La última venida de Cristo.* 1953. LXXX+1348 págs.

108. TEOLOGIA DE SAN JOSE, por el P. Fr. Bonifacio Llamera, O. P., con la *Suma de los dones de San José*, de Fr. Isidoro Isolano, O. P., en edición bilingüe. 1953. XXVIII+663 págs.

109. OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra.* Edición preparada por el P. Francisco de la Hoz, S. D. B. 1953. XX+1800 págs.

110. OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I: *Vida de San Bernardo*, por Pedro de Ribadeneira. *Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias.* Edición preparada por el P. Gregorio Díez, O. S. B. 1953. XXXVI+1188 págs.

DE PROXIMA APARICION Y EN PREPARACION

TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Tomo II: *Siglos V a VII*, por el P. Jesús Solano, S. I.

SAN LUIS MARIA GRIÑON DE MONTFORT.

SANTA TERESA. Edición crítica. Introducciones y estudios biográficos por el P. Efrén de la Madre de Dios, C. D. Tomos II y III.

OBRAS DE SAN BENITO Y DOCUMENTOS BENEDICTINOS PRIMITIVOS, preparadas por los monjes benedictinos de Montserrat.

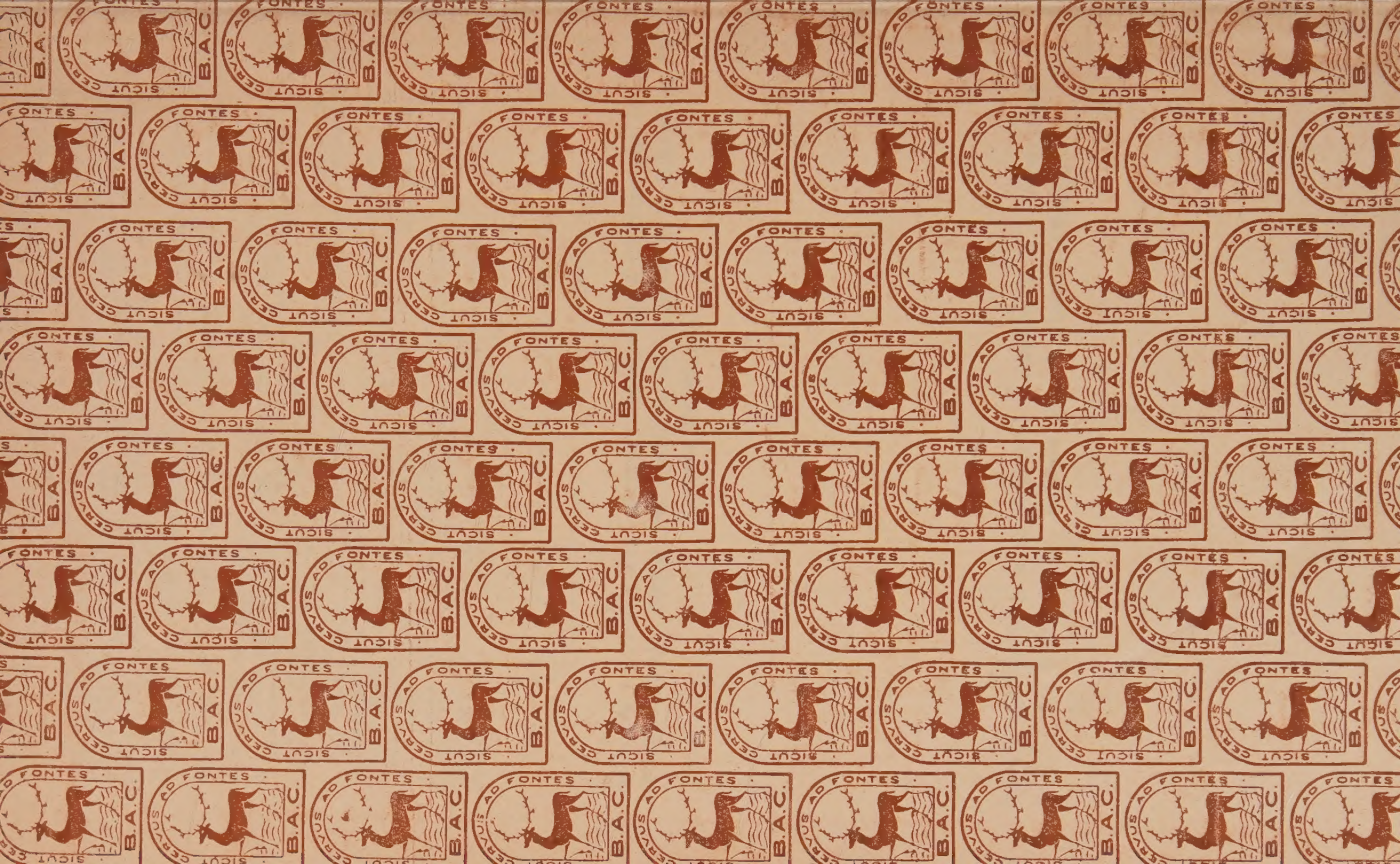
PADRES APOLOGISTAS, por D. Daniel Ruiz Bueno.

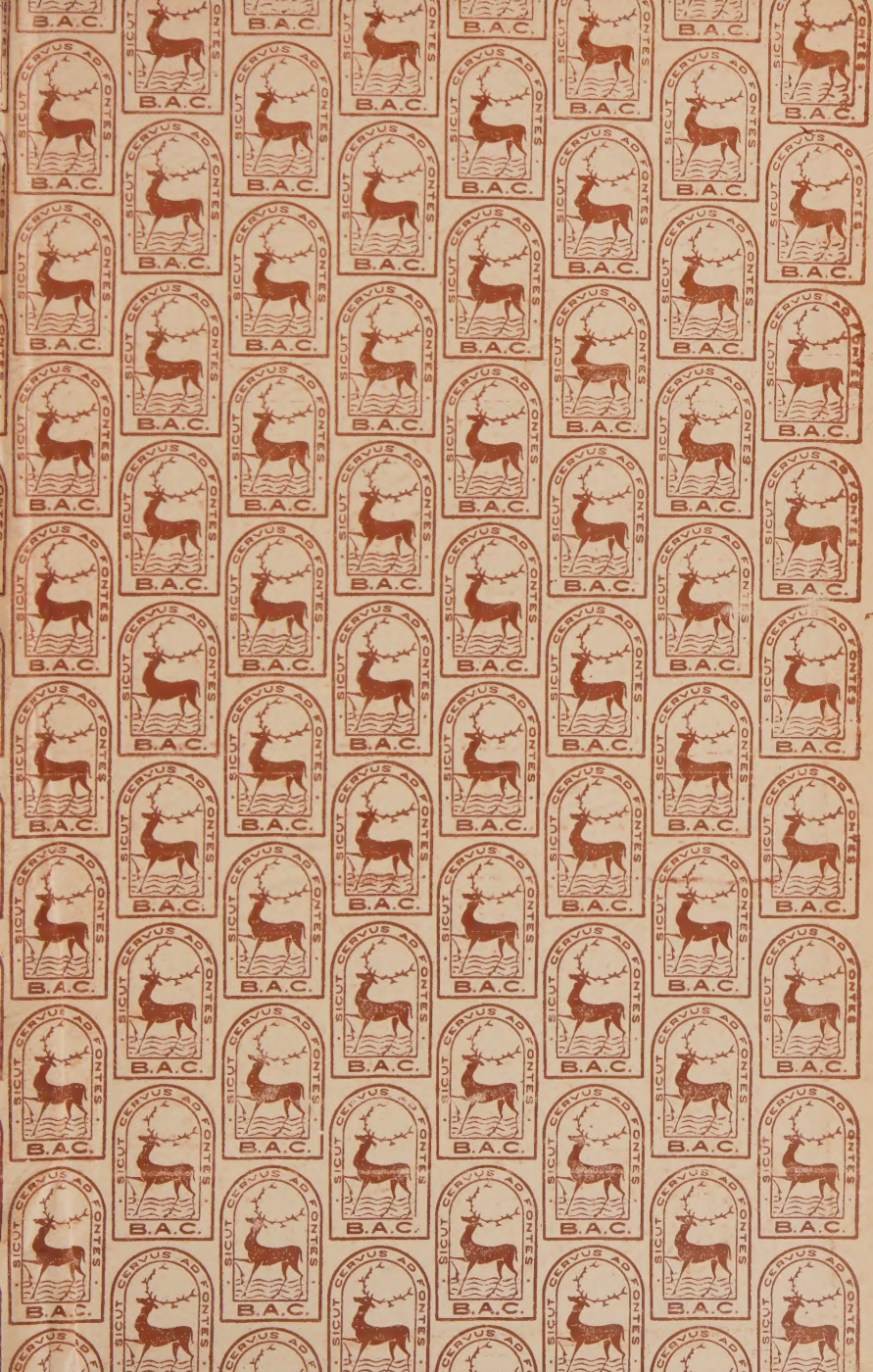
COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO. Tomo III y último: *Evangelio de San Juan*. Versión castellana por el P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I.
OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGARIO. Tomo II.
THEOLOGIAE MORALIS SUMMA. Tomo III. (Aparecidos ya el I y el II.)
LAS CATACUMBAS Y LA TUMBA DE SAN PEDRO, por el Dr. D. JOSÉ VIVES.
OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XII y sucesivos.
LA PALABRA DE CRISTO. Tomo II.
PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. Tomo II. (Aparecidos ya el I y el III.)
HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomo III, por el P. LETURIA, S. I. (Aparecidos ya el I, el II y el IV.)
SUMA TEOLOGICA. Edición bilingüe. Tomos IV, V y sucesivos.
EL ROSTRO DE CRISTO EN EL ARTE ESPAÑOL. Tomo IV de la serie «Los grandes temas del arte cristiano en España», por el señor marqués de LOZOYA y don CÉSAR OVIDIO PAREDES HERRERA.
VIDA GLORIOSA DE CRISTO. Tomo V de la serie «Los grandes temas del arte cristiano en España», por don MANUEL GÓMEZ-MORENO y la señorita MARÍA ELENA GÓMEZ-MORENO.
PATROLOGIA MARIANA. Tomo I: *Patrología mariana antigua*. Tomo II: *Patrología mariana medieval*, por el P. SANTIAGO ALAMEDA, O. S. B.
OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica por D. LUIS SALA BALUST. Tomo III.
DOCTRINA PONTIFICIA. Cinco volúmenes por materias.
OBRAS DE FRAY LUIS DE GRANADA. Selección en varios volúmenes.
SAN JOSE DE CALASANZ. Biografía y escritos completos.
HISTORIA DE LA LITURGIA, de Mons. RIGHETTI.

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de diciembre de 1953.
La B. A. C. viene publicando, al menos, doce volúmenes nuevos cada año.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos.

Dirija sus pedidos a la Editorial Católica, S. A. (Departamento de Extranjero), Alfonso XI, 4 Madrid (España)


FONTES
SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B. A. C.